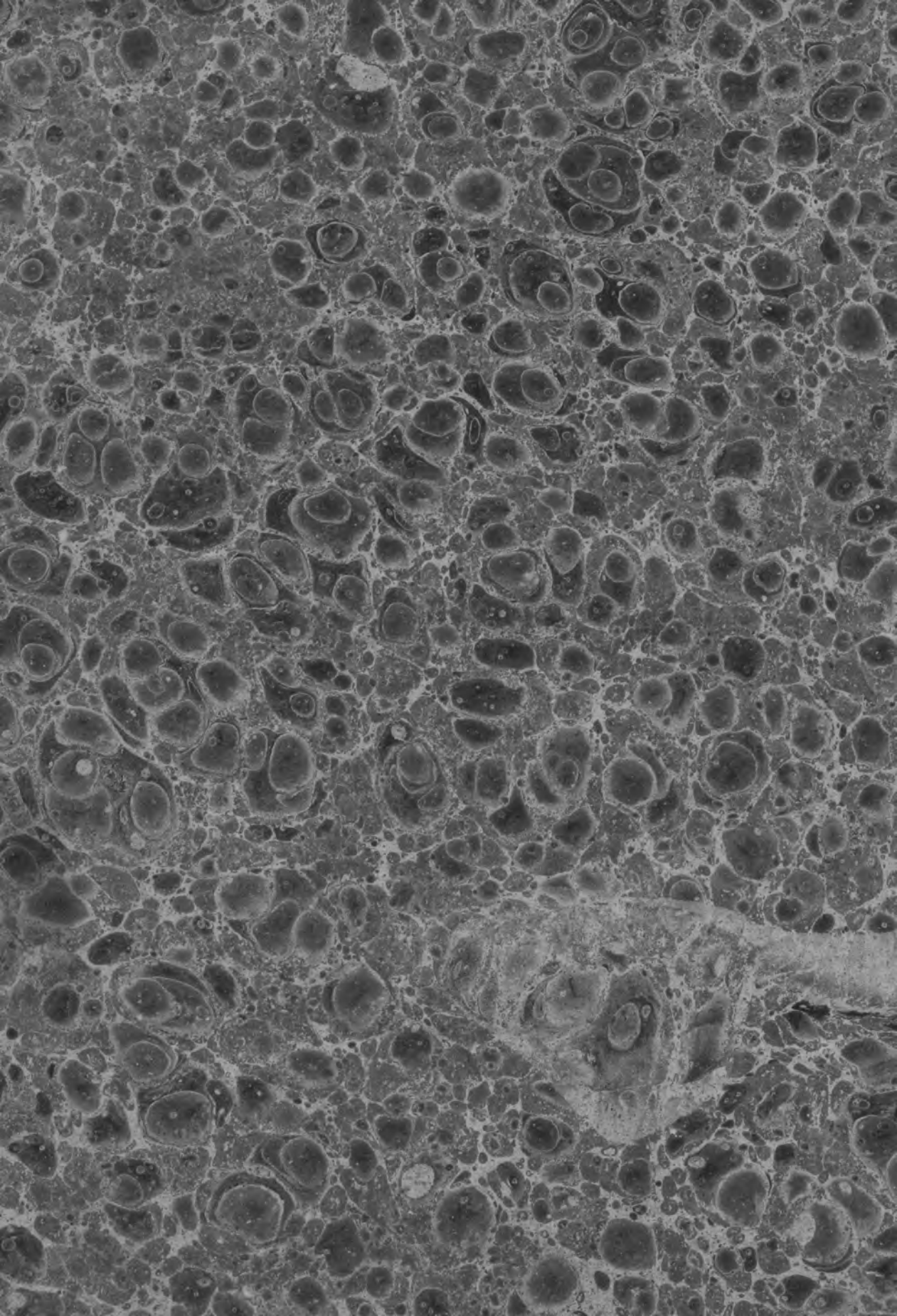
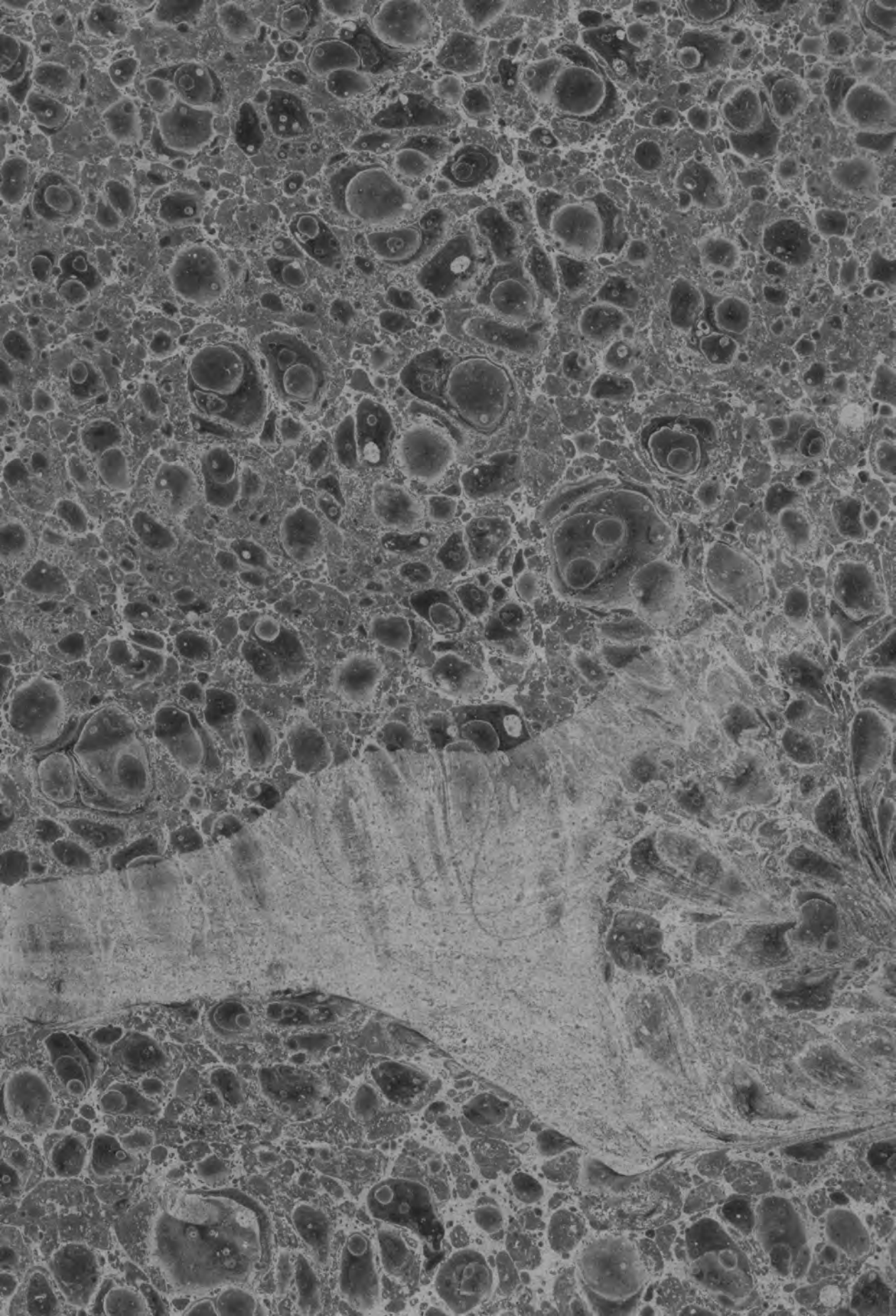




D 6CL
A



t.15944/
c.1201210

BIBLIOTECA DE EL CATOLICO.

TOMO XIV.--I.

EJERCICIO

DE

PERFECCION

Y VIRTUDES CRISTIANAS.

I.

EJERCICIO

DE

PERFECCION

Y VIRTUDES CRISTIANAS,

POR

EL V. P. ALONSO RODRIGUEZ,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS, NATURAL DE VALLADOLID.

DIVIDIDA EN TRES PARTES.

Dirigido á los religiosos de la misma Compañía.

NUEVA EDICION.

TOMO I.

MADRID: 1851.

IMPRENTA DE EL CATOLICO, A CARGO DE D. JOSE MARIA CAÑADA,
calle de Colon, número 10, cuarto bajo.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

R. 126501

EL EDITOR.

Al empezar la publicacion de la *Biblioteca de* El Católico nos propusímos tambien dar las preciosas Obras místicas de nuestros autores ascéticos que tanto crédito y reputacion les merecieron y que en tanta estima son tenidas por las personas piadosas, asi dentro como fuera de España. No hay quien ignore lo mucho que en esto se aventajaron los Granadas, Leones, Rodriguez, Puente, Santa Teresa de Jesus, S. Juan de la Cruz, el V. Maestro Avila etc. Sus Obras son buscadas de todos y leidas con singular avidéz, como lo demuestran las muchas ediciones que de ellas se han hecho.

Mas ¿por cuál de estas Obras habiamos de comenzar, ya que todas entraban en nuestro plan? Hé aqui lo que nos detenia y dejaba perplejos; hubiéramos querido poder darlas todas á la vez y á precios bajos y sin que á la economía perjudicase la claridad y limpieza de la impresion, teniendo en cuenta que tales obras deben salir en un carácter de letra clara é inteligible, y no tan diminuta y compacta que canse la vista y la perjudique; pero no siéndonos posible dar á la vez todas las obras, forzoso nos fué hacer eleccion de las que debiamos dar primero, siguiendo luego la impresion de las demas. En esta eleccion debia entrar en cuenta, no solo el mérito de las obras, sino tambien y aun casi principalmente la abundancia ó escasez que hubiera de egemplares y lo bueno ó malo de las ediciones existentes.

Y hé aqui lo que nos movió al punto á pensar desde luego en las Obras del V. P. Alonso Rodriguez, de la Compañía de Jesus, y del P. Luis de la Puente, de la misma Compañia. Hállanse en efecto todavia numerosos egemplares de las Obras de Fr. Luis de Granada, de Fr. Luis de Leon, de Santa Teresa etc. y aun las hay en diferentes tamaños mas ó menos cómodos; pero de las del P. Puente, tan preciosas, tan recomendables, apenas si se encuentra ya algun egemplar en las librerías; y esto mismo, aunque no con tanta escasez, sucede con las del P. Rodriguez. Hemos preferido, sin embargo, comenzar por estas, porque sobre no ser muchos los ejemplares que se encuentran y estos de ediciones no muy mo-

dernas, no son tan voluminosas como las del P. Puente y son por lo tanto mas acomodadas para principiar esta série de nuestra *Biblioteca*.

Espuesto nuestro plan y los motivos que nos han inducido á publicar primero las Obras del V. P. Rodriguez, podriamos ahora estendernos en hacer el debido elogio de ellas. Pero ¿quién hay que las desconozca? ¿Quién que no se encante y quede prendado al ver la sencillez, claridad y gracia con que, sin degenerar en bajeza, presenta en ellas su autor la doctrina católica y lleva como por la mano al práctico *ejercicio de la perfeccion y virtudes cristianas* que es el título que las puso? ¿Quién ignora el aprecio con que desde su aparicion fueron recibidas, habiendo sido preciso hacer tres numerosas ediciones aun en vida del autor? ¿Quién ignora que á los pocos años se hallaban ya traducidas y publicadas en latin, en italiano, en francés, en inglés, en aleman etc., y que despues de la muerte del autor han sido muchas las ediciones que de ellas se han hecho tanto en España como en el estranjero? ¿Quién desconoce que no sin razon fueron recibidas con tan general aplauso, puesto que sobre incluirse en ellas la enseñanza de cuanto encierra una vida cristiana, apoyándola con oportunísima y copiosa erudicion de Escritura, de Padres, de Historia eclesiástica, de símiles vivísimos y de convincentes razones, se vé en ellas tan observado el precepto de mezclar el *utile dulci* y verdades tan austeras, como son las de la perfeccion cristiana, sazonadas con tal sal y gracia tanta que puede muy bien decirse que su estilo es el que recomendaba San Pablo en su carta á los colosenses (1)? ¿Quién no reconoce un mérito singular en estas Obras al ver la claridad con que están tratadas materias de suyo tan profundas y cómo el autor supo bañarlas de tanta luz que el hombre mas sin letras y la muger mas sencilla puedan penetrar hasta el fondo de cuanto en ellas se enseña, sin que por ello tenga por que tacharlas el sábio y entendido, sino antes bien mucho que aprender, mucho que alabar y que admirar?

Escusado es por lo tanto nos detengamos en elogiar estas Obras, Obras que si bien dedicó su autor á sus hermanos, los religiosos de la Compañía de Jesus, no menos se dirigen y son útiles asi á todas las comunidades religiosas, como á toda clase de personas, sea cual fuere su condicion y estado, ora vivan retiradas en el claustro, ora vivan en medio de los peligros y bullicio del mundo, segun el mismo autor lo dice en su dedicatoria. Nos limitaremos por tanto á indicar las reglas que nos hemos propuesto seguir en esta nueva edicion. Ante todo nos ha parecido conveniente hacer preceder esta de una noticia biográfica del venerable autor de estas Obras, porque si en sentir de san Ambrosio lo que mas aviva en el discípulo el deseo de aprender es el alto concepto que ha formado de la escelencia de su maestro (2), no podrá menos de estimular á la lectura de esta Obra y á que produzca gran utilidad en los que la lean el ver cómo el autor practicó lo que enseña, mereciendo sin duda por ello el glorioso dictado de que Jesucristo dijo eran merecedores los que enseñan y practican lo que enseñan (3). En esta noticia biográfica, que tanto se echa de menos en otras ediciones, no hemos hecho mas de estractar la que precede á una edicion de Sevilla que tenemos á la vista y cuyas palabras hemos conservado casi siempre intactas por ese sabor de antigüedad y piedad que en ellas se nota. Quizá, á pesar de lo mucho que la ha-

(1) Sermo vester semper in gratia sale sit conditum. *Ad Colos.* IV, 6.
(2) Primus discendi ardor nobilitas est Magistri. *San Ambros.* de Virginibus, lib. 2.
(3) Matth. XXIII, 3.

bemos estractado, parezca todavía algo estensa y que desciende á demasiados pormenores; pero hemos preferido ser algo difusos á quedarnos cortos: sabemos muy bien que las personas piadosas desean saber hasta las acciones mas pequeñas de los que se han aventajado en la práctica de las virtudes cristianas.—Hemos procurado además traducir á nuestra lengua todos los testos latinos que se hallaban sembrados en la Obra, procurando enlazar su traduccion con el testo, y poniendo luego abajo en las citas el latin.—Tambien nos hemos tomado la libertad de arreglar la ortografía antigua á la que ahora se usa, pero conservando fielmente las palabras y términos del autor, siquiera fuesen antiguos, cuyo lenguage y estilo es uno de los mejores de su tiempo y aun mirado como modelo.—Finalmente, hemos adoptado el tamaño en 4.°, en vez del en 8.°, en que hemos dado las obras anteriores, porque de lo contrario habrian de tener demasiados tomos estas Obras tan voluminosas y salir mas caras á los suscritores; asi que de este modo atendemos á su interés y á la comodidad de poder encontrar mas fácilmente las materias que cada cual desee consultar, y con lo cual se evita tambien el que pueda estraviarse con tanta facilidad algun tomo y quedar incompletas las Obras, como mas de una vez sucede.

NOTICIA BIOGRAFICA DEL V. P. ALONSO RODRIGUEZ.

El venerable P. Alonso Rodriguez de la Compañía de Jesus nació de familia no sobresaliente, pero honrada y piadosa, el año de 1526, catorce años antes que la misma Compañía se fundase, y cuando aún el que habia de ser su fundador, el gran P. san Ignacio de Loyola, apenas acababa de luchar en Barcelona con los rudimentos de la gramática y comenzaba á luchar en Alcalá con los de la filosofía para asi habilitarse á la ejecucion del alto designio que ya Dios le habia inspirado de la fundacion de la Compañia. Tan de antemano le iba Dios previniendo á aquel glorioso Patriarca para hijos suyos sugetos de primer nota, y que de tanto lustre habian de ser á la Religion que aún no habia fundado.

Fué su patria la nobilísima ciudad de Valladolid, feliz no menos en haber sido madre de tal hijo, que en haberlo sido casi al mismo tiempo del otro oráculo tambien de ciencia mística, el venerable P. Luis de la Puente; pues en la perfeccion de la vida y en lo sábio, santo y útil de sus escritos, fueron tales, que no dieron estos siglos ni alguno que los esceda, ni muchos que puedan comparárseles.

Los primeros años de su larga vida fueron como de jóven modesto y aplicado al estudio, con tan buen logro de su aplicacion, que á los diez y nueve de edad se hallaba ya graduado en filosofía. Dejó el mundo, y entró en la Compañia en el colegio de Salamanca el año de 1557; fué uno de mas de doscientos jóvenes que de aquella floridísima universidad, en sola una Cua-

resma, huyendo del mundo, se refugiaron en varias religiones, amedrentados del eco de aquel clarin evangélico, el venerable P. Juan Ramirez, llamado en su tiempo *Apóstol de España*.

En los primeros años de su vida religiosa (en que se incluyen dos de noviciado y algunos de estudios teológicos) juntó tanto caudal de virtud, letras y prudencia, que á los siete años de su entrada en la Religion hizo de él la Compañia la confianza que solo suele hacer de los que entre sus hijos sobresalen mucho en esas tres nobles partidas. Fióle la educacion de sus novicios, y ejerció este empleo por espacio de dos años, que fueron los de 564 y 65 en el colegio de Salamanca, donde para crédito de estos no mas que principios de su admirable magisterio de espiritu, bastará decir que fué aqui su novicio y su discípulo en la Teología mística aquel que habia de ser, y de hecho fué, maestro universal del orbe en la escolástica, el eximio doctor P. Francisco Suarez. Y hizo este grande hombre tanto aprecio de la que miró siempre como muy buena suerte suya, que conservó toda su vida una muy grata y dulce memoria del venerable P.; y con complacencia santa solia congratularse á sí mismo por la que llamaba dicha de haberle tenido por su primer Maestro de espíritu: *De tan insigni vitae spiritualis Magistro solitus est postea sibi ipsi gratulari*, dice un historiador de los dos (1).

A los dos años de maestro de novicios de Salamanca, pasó de aquel colegio al de Monterey, con el empleo de rector de aquella casa, y con la sobre-carga de haber de leer al mismo tiempo una cátedra de teología moral: tareas, que continuó por espacio de doce años, y á que con su santo celo y religiosa actividad añadió la de salir con frecuencia á los lugares de la comarca á hacer muy fervorosas misiones que le ganaron en todo el pais crédito de varon apostólico. Como tambien al mismo tiempo desempeñaba el empleo de la cátedra, saliendo su fama desde aquel no muy gran teatro, y volando por toda España, se acreditó en toda ella de hombre grandemente sabio en letras morales; tanto que entre los hombres mas doctos, aun de las provincias de España mas distantes, se encendió una generosa codicia de haber á las manos, á cualquiera costa, alguna copia de las materias morales, que dictaba en Monterey á sus discípulos el venerable Padre (1).

Algunas de estas copias llegaron á Andalucía y una de ellas á Granada, á manos del príncipe de la facultad, el venerable P. Tomás Sanchez. Y el alto aprecio que de los escritos del P. Alonso hizo aquel grande hombre, se referirá aquí con las mismas palabras con que lo refiere el venerable P. Juan Eusebio, que dice así: *Leyó teología moral con tanto aplauso y concurso, que sus doctos escritos eran muy buscados; y en Andalucía se hicieron varios traslados, y uno de ellos tuvo en grande estima el P. Tomás Sanchez, valiéndose de su doctrina en las obras que escribió* (2).

El alto punto de estimacion de hombre sabio, á que subió en los doce años de cátedra, movió á los superiores á que, para darle teatro mas proporcionado á su gran saber, lo sacasen de Monterey mas hácia el centro de España. Sacáronlo á Valladolid, donde en la que entonces era Casa Profesa, tuvo el empleo de resolutor de casos. Este nombre se da en la Compañía á los que en ella tienen por oficio el resolver cuantas dudas morales les consultaren domésticos y estraños. Aquí vivió el P. por espacio de un buen número de años, en reputacion poco menos que de oráculo; y aquí tuvieron digno empleo sus grandes letras. Porque como en ciudad grande y con una Chancillería de tanta y tan dilatada jurisdiccion, eran muchos y gravísimos los casos dudosos que á cada paso se ofrecian; de que en los mas y mas graves solia recurrirse por resolucion al P., cuyo sentir comunmente se oia con veneracion, y se seguia con puntualidad.

No podia el crédito de un hombre de este tamaño contenerse dentro de España. Llegó á Roma, donde enterado de sus raras prendas aquel heróico general de la Compañía, el P. Claudio Aquaviva, ordenó al venera-

(1) *Alegambe in* Bibliot. Soc. *verbo* Alphonsus.

(1) *Alegambe ubi supra.*
(2) *Var. Ilust. tomo* IV, *en la vida de el V. P.*

ble Padre que dejando á la provincia de Castilla, á quien ya tanto habia ilustrado, pasase á ilustrar tambien la de Andalucía. Recibió y ejecutó esta órden cuando ya su edad se rozaba con los sesenta años. Pero era de ancianidad tan robusta y tal su vivacidad, que vino á Andalucía con el resto de fuerzas y de vida, que bastó para llegar á cumplir en ella los noventa de edad, y para vivir y trabajar gloriosamente por espacio de treinta y un años, distribuidos de esta suerte: los doce primeros vivió en el colegio de Montilla; los diez siguientes, en el de Córdoba; y los nueve últimos en la Casa Profesa de Sevilla.

De los doce de Montilla, los diez primeros fué al mismo tiempo maestro de novicios y rector del colegio, y los dos últimos solo maestro de novicios; magisterio que regentó con tal felicidad y tal acierto, que cuantos salieron de su escuela salieron perfectamente fundados en dictámenes clásicos de espíritu, y muchos tan empeñados en ser santos, que se salieron con ello y florecieron en Europa y en ambas Indias con crédito de hombres apostólicos y de santidad sobresaliente.

En los diez años que vivió en Córdoba, sobre la de ser maestro y padre espiritual de los de casa con nombre de *prefecto de espíritu*, fué su principal ocupacion la de disponer sus admirables pláticas y ponerlas en estado de darlas al público por medio de la prensa. Dáse aquí el nombre de *pláticas* á estas sus obras tan celebradas en el mundo y tan útiles á todo él, porque los materiales de que principalmente constan son la enseñanza religiosa y las exortaciones domésticas que el venerable padre solia hacer las mas veces como maestro á solo sus novicios, y muchas ó como prelado, ó como prefecto de espíritu á toda la comunidad de novicios y antiguos. Y asi, lo que en este asunto trabajó en Córdoba, se reduce á haber distribuido sus pláticas en varias clases, entresacando de todas ellas, y uniendo unas con otras las que tenian entre sí mas afinidad para darles la forma y nombre que les dió de tratados. No hubo en esto tanto que hacer como en haber de dar á sus pláticas nuevo temple, como de hecho les dió, sazonándolas de suerte, que las que de primera infancia se habian hecho para solo religiosos, ahora parezcan hechas para cuantos, aun en el estado secular, aspiran á servir á Dios con perfeccion; que es una de las principales partidas que les adquirieron en el mundo á estas obras el renombre de *Admirables*.

Dos veces en los diez años de su residencia en Córdoba sacó la obediencia al venerable padre de su estudioso y santo retiro. La primera, para que se hallase en Roma á la quinta congregacion general de la Compañía, como uno de los tres vocales de su provincia de Andalucía. Acompañóle en esta jornada con el mismo carácter y por la misma provincia el sábio y venerable P. Francisco Arias.

En Roma y en la Congregacion general (junta que constaba de lo mejor de la Compañía, y que los que á ella habian concurrido eran muchos muy doctos, muchos muy santos, todos de gran prudencia y no pocos, que lo eran todo, muy prudentes, muy doctos y muy santos) el P. Alonso Rodriguez, que era de los de esta cuarta nobilísima clase, dió tales muestras de prudencia, sabiduría y virtud, que volvió de Roma á España doblada la estimacion y el aprecio que ya de él antes se solia hacer en toda la Compañía.

Y asi á los pocos dias que de vuelta de Roma se le permitieron de descanso en su colegio de Córdoba, volvió á sacarlo de él el mismo general Claudio Aquaviva, con órden de que recorriendo por toda la provincia de Andalucía, visitase sus colegios con título de inspector de la observancia de las reglas, que como estaban entonces muy recien establecidas, se juzgó conveniente el que hombres de gran celo, gran prudencia y de vida tal, que fuesen ellos mismos vivos ejemplares de cuál debia ser la observancia, discurriesen por las provincias enseñando con la voz y mostrando con el ejemplo cómo deben las reglas observarse. Y asi, al mismo tiempo que en la provincia de Andalucía tuvo este cargo el P. Alonso Rodriguez, en la provincia de Castilla tuvo el mismo el venerable P. Luis de la Puente (1). Tan á un mismo paso corrieron es-

(1) *Saltolo, en la vida del P. Puente.*

tos dos grandes hombres, y tan como de iguales los graduó la estimacion que de ambos hizo la Compañía, que tan delicada suele ser en la calificacion del valor de sus hijos.

Ochenta y un años de edad contaba ya el venerable P. Alonso, cuando de Córdoba hubo de pasar á Sevilla á una congregacion provincial. Y con esta ocasion (como en todas partes le veneraban, le amaban y con tanta ambicion solicitaban su compañia) á instancias de los PP. de Sevilla se quedó á vivir en esta ciudad, donde en la casa profesa residió lo que restaba de su larga vida, que fueron nueve años. Aqui en Sevilla dió la última mano á sus escritos, y aqui los dió la primera vez á la estampa. Y empezaron á correr por el mundo con tan general aceptacion, que apurada en breve la primera, aunque numerosa impresion, para satisfacer á las ánsias de tantos como buscaban estas obras y padecian de desconsuelo de haber llegado tarde, aun en vida del autor hubieron de reimprimirse segunda y tercera vez.

Su venerable autor, al cumplir los ochenta y ocho años, se halló tan falto de fuerzas y tan cargado de achaques, que hubo de rendirse al lecho y pasar en él los dos que le restaban hasta los noventa en que concluyó su santa vida con una placidísima y preciosa muerte, cual suele ser la de los santos, á los 21 de febrero del año 1616.

En su entierro hubo todas aquellas piadosas demostraciones con que suele atreverse el pueblo á celebrar las exequias de los que murieron con crédito de estraordinaria virtud. Hubo inmenso concurso. Hubo aclamaciones de Santo. Mucha priesa á besarle los pies, á tocarle rosarios, á pedir reliquias, y aun en muchos llegó la devocion á tomarlas por su mano, atreviéndose con piadosa violencia á despojar de parte de sus vestiduras al venerable cadáver (1).

Hablóse hasta ahora muy en general del venerable autor de estas obras, siguiéndolo solo muy por mayor en los principales pasos de su vida. Razon será que se diga algo en particular de lo mucho que pudiera decirse de sus virtudes. Llegaron estas en el P. Alonso Rodriguez á tan alto punto, que cuantos de ellas escribieron (que fueron muchos y de muy grave censura) las calificaron no menos que de heróicas.

Fué singularísimo en él, y muy dificilmente imitable en los de su instituto, el retiro de las criaturas y la abstraccion de casi todo trato humano, que observó con raro teson toda su larga vida. En doce años que vivió en Montilla, se le observó que no salió de casa sino doce veces, una cada año, á visitar por Pascua á los marqueses de Priego, no por ser señores del lugar, ni por ser tan grandes señores, sino por religiosa gratitud como á patronos de su colegio.

En todo el resto del año, no solo no salia de casa, pero ni aun de su aposento salia, sino á lo inescusable. Y para poder hacerlo asi, tenia hora determinada de audiencia cada dia para sus novicios, en que les resolvia sus dudas, animaba en sus batallas y desvanecia sus escrúpulos. Cuando hacia oficio de rector, á la hora de audiencia de los novicios añadia otra media hora en que el ministro y el procurador del colegio le informaban, aquel de el estado espiritual y este del temporal de la casa, y este breve informe le bastaba para que espidiese prudentísimas órdenes, con que los despachaba bien instruidos de lo que debian hacer.

Hecho esto, se daba á sí mismo por absuelto en todo aquel dia del cuidado de la casa; se encerraba en su aposento y se entregaba todo á la oracion y al estudio, tan descuidado de todo lo que no era esto, y tan negado al comercio con seglares, que en cierta ocasion la duquesa de Béjar, que deseaba hablarle y no habia podido conseguirlo por sí misma, hubo de interponer la autoridad del provincial para que bajase el P. á la iglesia á oirla dos palabras. Bajó por obedecer, oyó lo que se le consultaba, respondió brevemente y sin mas esperar (mas tomada, que pedida la licencia de retirarse), se volvió á su encierro.

Mayor prueba de su estremado retiro (aunque hace papel en ella sugeto muy inferior), es lo que se cuenta del P. siendo rector en Montilla. Servia en casa, algunos

(1) *Funus ejus à frequenti populo celebratum est; nitentibus certatim omnibus manus ejus dissuaviari, rosariis contingere, reliquias postulare, etc.* Alegambe.

años habia, un mozo seglar; y como á este género de domésticos, en casas especialmente de noviciado, no se les permite la entrada sino muy rara vez á lo interior de la casa, y el retiro del P. era tal; aun despues de algunos años de doméstico, no habia logrado el conocer de vista al superior del colegio. Sucedió, pues, que á este criado, estando de visita en el colegio el provincial, le encargase cierto negocio de alguna importancia, de que él dió muy buena cuenta, y de que obligado el provincial, le preguntó qué recompensa queria de su buena diligencia. Aquel buen hombre, á su modo, respondió: «P. provincial, el mayor favor que su paternidad puede hacerme, será darme ocasion de que yo vea á ese mi P. rector; que como siempre se está metido en su custodia, en tres años que há que vivo en el colegio, aun no le he visto la cara.» Hízole gracia el caso y el estilo al P. provincial, y obligó al P. Alonso á que le diese el consuelo de dejarse ver.

Esto era aun siendo rector, que siendo particular aun era mas estrecho su retiro; tanto, que despues de mucho tiempo de habitador de un colegio solia ignorar la disposicion de la casa: de suerte, que si tal vez le era preciso el ir á alguna pieza algo distante de su aposento, necesitaba de conductor que le guiase para no perderse en el camino como país no conocido. La esperiencia de esto causó no poca admiracion á los PP. de la casa Profesa de Sevilla, cuando ya despues de algunos años que el padre residia en ella, le vieron una vez enredado entre los tránsitos de casa como en un laberinto, sin saber por qué rumbo echar para acertar con la ropería comun; hasta que por la veneracion con que todos le miraban, se ofreció uno de ellos á irle sirviendo de guia.

En fin, este raro varon, habiendo gastado la mayor parte de su vida en las ciudades mas célebres de España, como Sevilla, Córdoba, Valladolid, Salamanca y otras, supo hallarse en cada una una Thebayda, y vivir en todas como en un desierto; tanto, que por lo que este venerable P. fué casi en nuestros tiempos, se puede formar concepto de cuáles serian en los suyos aquellos grandes hombres de la antigüedad, un San Juan Damasceno, un San Nilo Abad, un San Anastasio Sinaita y otros que supieron ser á un mismo tiempo, por sus espiritualísimos escritos, grandes PP. de la Iglesia; y por su abstraccion y retiro del mundo, famosos anacoretas.

Para toda esta abstraccion y retiro de las criaturas le hacia la costa al venerable P. el trato familiarísimo y contínuo que tenia con su Criador, donde la esperiencia de ver y gustar cuán suave es Dios le hacia parecer insulsísima cualquiera otra comunicacion. Cuatro horas de oracion retirada tenia todos los dias: la primera muy de mañana; y á la hora que en la Compañía es para todos de regla; la segunda poco antes de medio dia; la tercera al principio de la tarde; y la cuarta ya muy profunda la noche, poco antes de recogerse, que solia ser bien tarde.

Oracion eran tambien en el venerable P. las tareas de todo el resto del dia, pues todas eran de estudio tan espiritual y tan santo, cuál era preciso que fuese el en que se fraguaron obras tan espirituales y santas como las suyas, y en cuya fábrica le era forzoso el tener toda el alma empleada ya en la Sagrada Escritura, meditando sus oráculos, ya en los sagrados volúmenes de los PP. penetrando su enseñanza, ya en la Historia Eclesiástica observando los ejemplos de los santos. Estas fueron las minas de donde sacó el venerable P. el tesoro de sus obras, y en que trabajando todo el dia, todo el dia forzosamente tendria el alma llena de pensamientos y de afectos santos, que es lo que sin violencia puede llamarse oracion contínua.

En la vocal asi precisa, cuál era el oficio divino, como voluntaria, cuál era el rosario y otras varias devociones que su inalterable constancia en no faltar á ellas jamás hacia parecer tambien precisas, por el ademan esterior del cuerpo, siempre dobladas las rodillas, siempre inclinada la cabeza, quietas siempre, juntas las mas veces, y levantadas las manos, por lo dulce y devoto de la voz, aunque sumisa, y por lo espacioso y bien articulado de la pronunciacion, se le traslucia el temple interior de un ánimo todo sumergido en Dios, y todo tan atento á solo aquel con quien actual-

mente hablaba, que no hallaban en él entrada otras atenciones, si por muy superiores que fuesen eran de cielo abajo.

Buena prueba de esto es la independencia santa con que, siendo rector del colegio de Montilla, se portó con el marqués de Priego, patrono del colegio, señor del lugar y tan gran señor. Vino el marqués un dia al colegio con designio de hablar al P. á tiempo que estaba él rezando sus horas. Llegó hasta la puerta de su aposento, hizo que llamase un criado y que le entrase recado con aviso de que estaba él allí y que deseaba hablarle. Recibió el P. el aviso, y sin hacer el menor movimiento, prosiguió en su rezo con gran quietud y espacio hasta que, concluido despues de largo rato, salió á recibir al marqués, de cuya discrecion y piedad mostró el buen concepto que hacia con no darle mas satisfaccion que la general de decirle que habia estado hablando con mayor Señor.

La misa para el venerable P. era una como quinta esencia de espirituales delicias. Preveníase para ella con reconciliaciones indefectiblemente cuotidianas. Decíala muy despacio, pero con tal modo, que los que se la oian, aunque era lo natural el que ejercitasen la paciencia en misa tan larga, no ejercitaban sino la admiracion de ver en el altar á un hombre con visos de serafin, y con señas de todo absorto en Dios. A lo espacioso y devoto de la misa, correspondia despues lo espacioso y devoto de la accion de gracias; y á uno y á otro correspondia la constancia en no dejar de celebrar ningun dia de los mas de sesenta años de su sacerdocio, por mas que se atravesasen estorbos al parecer insuperables, que las mas veces vencia con esfuerzo propio y no pocas halló vencidos con providencias estraordinarias. Solo los dos últimos años de los noventa que vivió, por tenerle su edad y achaques rendido al lecho, careció del consuelo de celebrar. Pero suplíalo con el de comulgar cada dia de mano agena, y con el de oir misa tal ó cual vez que ayudado de ageno impulso podia dar algunos pasos hasta un oratorio interior de la casa, donde la providencia de los superiores habia dispuesto que se le dijese misa siempre que el P. pudiese ir á oirla.

Poco cuidado tendria de su cuerpo quien traia el alma toda empleada en cuidar solo de sí misma. Todo el tiempo de su vida religiosa trató á su cuerpo no solo con desamor, sino con rigor notable. El desamor lo mostró en no darle gusto en nada, y el rigor en darle cuantos disgustos le permitian las leyes de la prudencia. Solas estas sirvieron de límite á su raro espíritu de mortificacion, como á las iras del mar las arenas, y solas ellas fueron el *usque huc venies* (1) que respetó su fervor, para que con estrago de la salud y aceleracion de la muerte no se dejase arrebatar de aquel santo ímpetu de su espíritu de rigor, que sin este freno lo llevarian sin duda á acabar consigo cuanto antes. Y aun así eran en él frecuentes las disciplinas y casi continuos los cilicios.

En cuanto á no permitirle á su cuerpo gusto alguno, aun de los muy indiferentes, mostró bien cuánto era el desamor que le tenia. Los sentidos, estaba, y con razon, persuadido á que se los habia dado el Autor de la naturaleza, no para complacerlos en algo, sino para servirse de ellos solo en lo muy preciso. Y así, para todo lo demas los tenia condenados á privacion de voz activa. A la vista y al oido (que son las puertas por donde mas y con mas peligro suele mandarse el alma) habia puesto leyes tan estrechas, que ni los ojos habian de ver, ni el oido de escuchar sino aquello cuya noticia podia hacerle falta para el gobierno del resto de sus acciones; y así, era tal en él la modestia de los ojos que el que, sin mas noticia de lo que el P. era, le viese entre novicios le tendria por tan novicio como el que mas, solo con la diferencia de pensar que era uno de la clase de aquellos que, desengañados tarde del mundo, entran ya ancianos en la Religion, y que en la carrera de la vida religiosa con lo muy ligeros que son en el correr suplen lo muy pesados que fueron en el arrancar. Noticias de mundo y novedades, aun las de mayor tamaño, de que fué fertilísimo su siglo, ya que muchas veces no podia dejar de oirlas escusaba siempre el escucharlas. Y así, jamás le oyeron, ni referir las que sin querer

(1) *Job. cap.* 38, *v.* 11.

sabía, ni preguntar las que ignoraba.

Sobre todo: el sentido con quien menos condescendió fué el del *Gusto*. Su porte en esta parte mas que el nombre de templanza, merece el de una rigidísima abstinencia. Los géneros de mas sustancia de que era preciso usar para sustentar la vida, si se los servian bien sazonados, tenia el P. su cierto *contra-arte de cocina*, de que sacaba mil nuevas invenciones, con que, con gran destreza, echaba de industria á perder lo no mal guisado. Muchos de los últimos años de su vida se redujo toda su cena á un cierto tan insulso brevaje, que algunos que quisieron saber por esperiencia á qué sabia, arrepentidos de su curiosidad le calificaron de bebida semejante á aquellas que suelen ejercitar la paciencia de los enfermos.

En crédito de su rara humildad mucho pudiera decirse, aunque de lo ya dicho se infiere cuánto huyó del aplauso humano: pues tanto huyó de ser conocido, y de que supiese el mundo que habia en él tal hombre. A esto miraba aquel su estremado retiro, aquella su admirable abstraccion de las criaturas, aquel negarse á casi todo comercio humano y aquel vivir sepultado como tesoro escondido en las estrecheces de una celda, sin permitirse al registro de tanto caudal de virtud y letras como en ella y en él se encerraban.—Otro efecto de su rara humildad fué el alto silencio en que sepultó tambien los muchos y estraordinarios favores que sin duda recibió del cielo, y que en un alma tan purificada, y de tan familiar, tan estrecho y tan continuo trato con Dios, con gravísimos fundamentos se presume que fueron muchos y grandes. Y asi fué opinion comun de cuantos le conocieron, que de este género de noticias se dejaron su humildad y su silencio, allá no se sabe dónde, otro tesoro escondido.

Un raro primor de este humilde silencio, y no comun á todos santos, observaron en este venerable P. los que escribieron de sus virtudes; y es el que, asi como jamás desplegó sus labios para decir cosa que pudiese engrandecerlo, tampoco los desplegó para apocarse; y asi nunca se le oyó hablar de sí mismo ni en bueno ni en malo; sino, cuando mucho, en materias indiferentes, y cuya relacion, ni le dejaba airoso ni desairado. Ese modo de hablar de sí mismos abatiéndose y apocándose (menos en aquellos que en materia de santidad tienen tan probada su intencion como un San Francisco de Asis) le tenia el venerable P. por sospechoso. Porque decia con gracia, y aun lo dice en sus obras, que ese modo de humillarse de palabra, en muchos suele ser humildad de *garabato*; en cuya retorcida punta, como en la de un anzuelo, ponen el cebo de una humillacion para pescarse un aplauso.

Todo en el P. Rodriguez respiraba humildad. Solia ser el primero en todos los ejercicios humildes, y en los algo decorosos recusaba ser aun el último. Fregar los platos, barrer la casa y otras humildes religiosas faenas de este jaez, que mira como bajezas la altivez humana, eran toda su ambicion, y solian ser sus cotidianas delicias. Y era de ver por cierto, ó en la cocina con un estropajo ó en los corredores de casa con una escoba en la mano, recojiendo basura á todo aquel grande hombre que en su aposento solia estarse con una pluma en la mano repartiendo rayos de luz á toda la posteridad. ¿Y qué ternura no seria tambien el verle frecuentemente en edad ya de mas de ochenta años andar arrastrando por toda la pieza en que comia la comunidad, para besar los pies á los de casa?

Estrechísimo parentesco con la humildad tiene la pobreza de espíritu. En esta virtud, tan propia de religiosos (que como profesan haber despreciado el mundo todo, deben por consecuencia despreciar mucho mas las migajas de este mismo mundo, que son las que solo pueden caber en las estrecheces de una celda), fué el P. Alonso Rodriguez uno de los muy pocos aun entre los muy santos. El menaje de su aposento, el vestido interior y esterior, los géneros de que se alimentaba eran todos como de hombre que estaba reñido con cuanto podia serle de comodidad, autoridad ó regalo; y de quien en la lista de cuanto despreciaba en el mundo se habia puesto á sí mismo en primer lugar.

De los géneros de que se alimentaba queda dicho lo que basta. El menaje de su aposento se reducia á una cama muy mal surtida de lienzo y de lana, un par de si-

llas de madera sin mas primor que el que bastaba para ejecutoria de su antigüedad, que era el estar muy bien labradas de la carcoma y los años; una mesa capaz de algunos libros, y arrimados á las paredes con mayor copia de libros algunos estantes.

Y como en materias de virtud suelen tantas veces disfrazarse impulsos de amor propio con pretestos de piedad, y el P. era tan gran maestro en distinguir entre falsos pretestos de piedad y verdaderos impulsos de amor propio, ni aun con pretesto de piedad usaba de alhajas de mas precio, y asi todos sus muebles en este género se cifraban en tal ó cual estampa de papel; una cruz de madera, un rosario del mismo metal, sin mas engarce que un cordon de hilo comun, y de sotana adentro, con algunas reliquias, una bolsa de tela muy vulgar, pendiente al cuello de un cordon de cáñamo, y aun á tiempos de un cordon de esparto.

Mas se le lucia su espíritu de religiosa pobreza en el vestido. El esterior con todo, aunque era como de religioso humilde y pobre, no era tal que viviese muy reñido con las leyes de la decencia. Pero estas leyes las interpretaba el P. tan á su modo, que jamás admitia pieza nueva y que con haberla usado otro algun tiempo no estuviese bien deslustrada. Su manteo (como el P. por su estremado retiro usaba de él tan poco ó nada) siempre era como de quien se habia hecho dueño la polilla y puéstolo como de su mano. Su sotana muy corta, muy estrecha, muy ajada del largo uso, y con tal ó cual bien visible cicatriz de las heridas que habia recibido en lo mucho que habia batallado con el tiempo. Esto era lo que el P. llamaba decencia.—Pero á su vestido interior no hay nombre que darle. En suma, era tal, que los muchos jesuitas que se hallaron presentes al dicho tránsito del venerable P. y que asi que espiró se dieron harta priesa á repartir entre sí por reliquias su pobre ropa, se hallaron hecha la costa de la particion en lo muy hecha pedazos que ya ella se estaba.

Efectos de estas, que la fé solo humana veneró como reliquias, fueron varios sucesos que la misma buena fé tuvo por milagros, cuya relacion se omite por no caber en la brevedad que aqui se pretende. Aunque por ser capaz de referirse en pocas palabras, no es de omitir lo que sucedió á un devoto. Solicitó este y logró la ocasion de entrar en la bóveda, en que yacía el cadáver del venerable P., con ánimo de tomarse alguna reliquia de su cuerpo, que ya suponia deshecho. Hallólo incorrupto, y no desistiendo por eso de su empeño, se atrevió á cortarle un dedo, de cuya herida, con asombro suyo, vió correr tanta y tan líquida sangre, cuanta bastó, no solo á teñir, sino á mojar muy bien un lienzo con que quiso restañarla.—Finalmente, el concepto que de la estraordinaria virtud del venerable autor de estas utilísimas obras podemos hacer, es el que hacia aquel caballero togado, que promovido de oidor de Valladolid á auditor de la Sacra Rota, y pidiéndole con esta ocasion algunos Padres de la Compañía, que se sirviese de hacer en Roma los buenos oficios que pudiese en cuanto á promover la causa de la beatificacion del venerable P. Luis de la Puente, que estaba pendiente, respondió: "Sí haré, Padres, por cierto; pero ¿por qué no me piden (añadió) que haga lo mismo por el venerable P. Alonso Rodriguez, á quien no tengo por menos santo que otros cuyas beatificaciones se solicitan?" Este concepto de la virtud del venerable autor de estas obras hacia con fé solo humana aquel caballero. El mismo y con la misma fé podemos hacer todos, mientras no dispone otra cosa la única suprema autoridad del vicario de Cristo en la tierra, á cuyas infalibles determinaciones se sujeta cuanto aquí queda dicho.

DEDICATORIA DEL AUTOR.

A LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

El bienaventurado San Gregorio, siendo rogado que escribiese á ciertos monasterios de monges algunos avisos y recuerdos espirituales, responde en la Epístola veinte y siete del Libro sesto del Registro, escusándose diciendo: «Los religiosos, que por la gracia de la compuncion y de la oracion, tienen dentro de sí la fuente de la sabiduría, no tienen necesidad de ser regados de fuera con las gotillas pequeñas de nuestra sequedad. Como en el Paraiso Terrenal no hubo lluvia, ni era menester, porque una fuente que salia de en medio de él lo regaba todo y lo tenia verde, fresco y hermoso, asi el religioso que está en este Paraiso de la Religion, y tiene interiormente dentro de sí esta fuente de la oracion y de la compuncion, no tiene necesidad de nuestros riegos, porque eso le bastará para conservar siempre en su alma la frescura y hermosura de las virtudes.» Con mucha mayor razon me pudiera yo escusar con vuestras reverencias, á quien el Señor ha hecho merced de plantar en este Paraiso de la Compañía de Jesus, y regarlos, y regalarlos en él con el riego de la oracion mental que cada dia tenemos conforme á nuestra regla é instituto, la cual con razon compara tambien San Juan Crisóstomo en un tratado que hace de la oracion á una fuente en medio de un jardin, que todo lo tiene verde y vistoso. Mas esto fuera si yo pensara que habia de decir cosas nuevas, que no supiesen y ejercitasen cada dia vuestras reverencias; pero mi intento en esta obra no es sino refrescar y traer á la memoria lo que todos muy bien saben y ejercitan, que es conforme á lo que nuestro Bienaventurado Padre nos dice en las Constituciones (1), que para esto quiere que haya quien cada semana, ó á lo menos cada quince dias, en pláticas espirituales y exhortaciones públicas, nos dé estos y otros semejantes recuerdos, porque por la condicion de nuestra frágil naturaleza no se olviden, y asi cese la ejecucion de ellos, lo cual, por la bondad del Señor se ejercita y practica en la Compañía, no con pequeño fruto de los de ella. Y por haberme yo ejercitado en ella en este oficio por órden de la obediencia, aunque con mucha confusion mia, mas de cuarenta años, asi con los novicios como con los antiguos, y juntando y recogiendo muchas cosas tocantes á esto, les pareció á mis superiores y á otras muchas personas á quien debo respeto que haria servicio á Dios nuestro Señor y á la Compañia, en tomar este asunto de limar y poner en órden estos trabajos, para que asi el fruto se pueda estender mas y ser mas durable y perpétuo. É imitando en esto al seráfico doctor

(1) *Part.* 3, *Const. c.* 1, §. 28.

San Buenaventura, que lo hizo asi, como él mismo lo dice en el Prólogo de los libros que hace de *Profectu Religiosorum*.

Advertí tambien, que en la Constitucion dicha añade nuestro P.: *Vel illi haec legere teneantur*. Haya quien dé estos y otros semejantes recuerdos, ó ellos sean sean obligados á leerlos. Que no poco me animó á tomar este trabajo, viendo que tambien tenemos de regla (1) en la Compañía este ejercicio tan provechoso y tan encomendado de los santos, de leer cada dia alguna leccion espiritual para nuestro propio aprovechamiento, para lo cual principalmente enderezo yo este Libro, poniendo delante de los ojos con la brevedad y claridad que he podido las cosas mas sustanciales, prácticas y ordinarias, en que conforme á nuestra profesion é instituto nos habemos de ejercitar para que nos sirvan de espejo, en que cada dia nos miremos, huyendo de lo malo é imperfecto que condena, y ataviando y ordenando nuestras almas con lo bueno y perfecto que aconseja, para que así sean ellas muy agradables á los ojos de la Divina Majestad.

Y aunque mi principal intento fué servir en esto á mis padres y hermanos en Cristo carísimos, á quienes por muchos títulos tengo particular obligacion; pero porque la caridad se ha de estender cuanto se pudiere, lo cual es muy propio de nuestro instituto, procuré disponer esta Obra de tal manera, que no solo fuese provechosa para nosotros y para todos los demas religiosos, sino tambien para todos los que tratan de virtud y perfeccion. Y asi corresponde la Obra con el título, que es general para todos, conviene á saber: EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS. Y llámase *Ejercicio*, porque se tratan las cosas muy prácticamente para que se puedan poner en ejecucion.

Divídese en tres tomos ó partes, y cada parte tiene ocho tratados. Pónense las autoridades en latin, porque para los que lo entienden podrá ser de mucho provecho por la fuerza y eficacia que tienen las cosas tomadas en su fuente y especialmente las palabras de la Sagrada Escritura; y para los que no entienden latin no será este impedimento, pues se pone tambien el romance de ellas, y para que ninguna cosa les estorbe y lo pueda mas fácilmente dejar el que quisiere, se pone el latin con letra diferente (*a*).

Espero en el Señor que no será nuestro trabajo en vano, sino que esta semilla de la palabra de Dios sembrada en tan buena tierra como la de corazones deseosos de conseguir la perfeccion, ha de dar fruto, no solo de treinta, sino de sesenta y de ciento.

ALONSO RODRIGUEZ.

---

(1) *Reg. I communium.*
(*a*) En esta edicion lo ponemos al pie como notas. (*N. del E.*)

EJERCICIO

DE

PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.

TRATADO PRIMERO.

De la estima, deseo y aficion que habemos de tener á lo que toca á nuestro aprovechamiento espiritual, y de algunas cosas que nos ayudarán para ello.

CAPÍTULO I.

Del apreció y estima que habemos de tener de las cosas espirituales.

En el capítulo sétimo de la Sabiduría, dice el Sábio (1): "Deseélo, y fúeme dado sentido, pedílo á Dios, y vino en mí el espíritu de la sabiduría, y túvela en mas que los tronos y cetros reales, y las riquezas no las estime en nada, en comparacion de ella, ni las piedra preciosas; porque todo oro, en su comparacion, es un poco de arena, y la plata es como lodo delante de ella." La verdadera sabiduría, en que habemos de poner los ojos, es la perfeccion, que consiste en unirnos con Dios por amor, conforme aquello del Apóstol San Pablo. "Sobre todas las cosas os encomiendo la caridad, que es vínculo de la perfeccion, y nos junta y une con Dios" (ñ). Pues la estima que dice aqui Salomon que tuvo de la sabiduria, esa habemos de tener nosotros de la perfeccion, y de todo lo que sirve para ella. En su comparacion todo nos ha de parecer un poco de arena, y un poco de lodo y estiercol, como decia el Apóstol (2).

Este es un medio muy principal para alcanzar la perfeccion, porque al paso que anduviere esta estima en el corazon, á ese paso andará nuestro aprovechamiento, y to-

(1) Optavi, et datus est mihi sensus, et invocavi, et venit in me spiritus sapientiae, et praeposui illam regnis, et sedibus; et divitias nihil esse duxi in comparatione illius, nec comparavi illi lapidem praetiosum: quoniam omne aurum in comparatione illius arena est exigua, et tanquam lutum aestimabitur argentum in conspectu illius. *Sapient.* VII, 7.

(1) Super omnia autem haec, charitatem habete, quod est vinculum perfectionis. *Ad Colos.* III. 14.

(2) Omnia arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam. *Ad Philip* III., 8.

da la casa y toda la Religíon. La razon de esto es, porque segun la estima en que tenemos una cosa, segun eso es el deseo que tenemos de ella; porque la voluntad es potencia ciega y sigue lo que le dicta y propone el entendimiento; y conforme á la estima y aprecio en que se lo pone, conforme á eso es la voluntad y deseo de alcanzarlo: y como la voluntad es la reina y la que manda á todas las demas potencias y fuerzas del alma interiores y esteriores, segun es la voluntad y deseo que tenemos á una cosa, suele ser el procurarla y el poner los medios y hacer las diligencias para alcanzarla. Y asi importa mucho que la estima y aprecio de las cosas espirituales y de lo que pertenece á nuestro aprovechamiento sea grande, para que la voluntad y el deseo de ello sea grande, y la diligencia para procurarlo y alcanzarlo sea tambien grande, porque todas estas cosas suelen correr á las parejas.

El que trata en piedras preciosas es menester que conozca y estime su valor, so pena de ser engañado, porque si no lo conoce, ni sabe estimar, trocará y venderá alguna piedra de gran precio por cosa de muy poco valor. Nuestro trato es en piedras y margaritas preciosas (1). Somos negociadores del reino de los cielos, es menester que conozcamos y estimemos el precio y valor de la mercadería en que tratamos, porque no seamos engañados trocando el oro por el lodo y el cielo por el suelo, que seria enorme engaño. Y asi dice el profeta Jeremías: "No se glorie el sábio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza, ni el rico en sus riquezas, sino en esto se glorie el que se quisiere gloriar, en saberme y conocerme á mí (2)." Este es el mayor de los tesoros, conocer, amar y servir á Dios, y es el mayor negocio que podemos tener; antes no tenemos otro negocio sino este, porque para esto fuimos criados y para eso venimos á la Religion: ese es nuestro fin y ese ha de ser nuestro paradero y nuestro descanso y nuestra gloria.

Pues esta estima y aprecio de la perfeccion y de las cosas espirituales que pertenecen á ella, querria se imprimiese muy de veras en los corazones de todos, y especialmente en los religiosos, y que unos á otros nos ayudásemos y despertásemos á ello, no solamente con palabras, tratando muchas veces de esto en nuestras pláticas y conversaciones ordinarias, sino mucho mas con el ejemplo de nuestras obras: que en ellas eche de ver el que comienza, y el que va adelante y todos, que de lo que se hace caso en la Religion es de las cosas espirituales, de que sea uno muy humilde, muy obediente, muy dado al recogimiento y la oracion; no de que sea muy letrado, ni gran predicador, ni dotado de otros dones naturales y humanos, como nos lo dice nuestro bienaventurado P. S. Ignacio en las constituciones (1). Y desde el principio es menester que entiendan todos esto y se vayan criando con esta leche, para que desde luego ponga cada uno los ojos y el corazon, no en salir gran letrado ó gran predicador, sino en salir muy humilde y muy mortificado, viendo que eso es lo que acá se estima y de lo que se hace mucho caso, y que eso es en lo que dan los que están desengañados y han caido ya en la cuenta, y que esos son los queridos y estimados de todos. No queremos decir que nos habemos de dar á la virtud por ser queridos y estimados, sino que viendo que esto es lo que se estima, y de lo que se hace mas caso en la Religion, caiga cada uno en la cuenta y

(1) Simile est regnum Coelorum homini negotiatori quaerenti bonas margaritas. *Matth.* XIII, 45.

(2) Non glorietur sapiens in sapientia sua, et non glorietur fortis in fortitudine sua, et non glorietur dives in divitiis suis: sed in hoc glorietur, qui gloriatur, scire, et nosse me. *Jerem.* IX, 23.

(1) 10. p. Const. §. 2; Reg. XVI summarii.

eche de ver, sin duda, esto es lo mejor, esto es lo que me conviene, por aquí iré acertado, quiero darme á la virtud y tratar de veras de mi aprovechamiento, que todo lo demas, sin esto, es vanidad.

De aquí se entenderá cuánto daño pueden hacer los que en sus pláticas y conversaciones todo su negocio es tratar de ingenios, habilidades y talentos, y de calificar al uno y al otro, porque cuando los mas mozos ven este lenguage en los mas antiguos, piensan que eso es lo que corre y lo que acá se estima, y que por ahí han de medrar y valer y ser tenidos; y así ponen la mira en eso y va creciendo en ellos el aprecio y estima de lo que es letras, habilidades é ingenio, y va descreciendo el aprecio y estima de lo que es virtud, humildad y mortificacion; van haciendo poco caso de esto, en comparacion de lo otro, atreviéndose á faltar antes en esto que en aquello. De donde vienen muchos á malearse y aun á faltar despues en la Religion. Mejor fuera tratarles de cuán importante y necesaria es la virtud y la humildad, y cuán poco aprovechan sin ella las letras y habilidades, ó por mejor decir, cuánto dañan; y no engendrar en ellos con esas pláticas deseo de honra y de campear y de ser tenidos por de buenos ingenios y por de grandes talentos, que suele ser principio de su perdicion.

Surio, en la vida de San Fulgencio abad, trae un buen ejemplo á este propósito. Dice que este santo prelado, cuando veia que algunos de sus religiosos eran grandes trabajadores y que no paraban en todo el dia de servir y ayudar á la casa; pero veia por otra parte que en las cosas espirituales no eran tan diligentes, y que en su oracion, leccion, y recogimiento espiritual no ponian tanto cuidado, que á estos no los amaba, ni estimaba tanto, ni le parecia que eran dignos de eso. Pero cuando veia á alguno muy aficionado á las cosas espirituales y muy cuidadoso de su aprovechamiento, aunque por otra parte no pudiese hacer nada en casa, ni servir de nada por flaco y enfermo, á estos dice que les tenia particular amor y los estimaba mucho, y con razon: porque ¿qué hace al caso que uno tenga grandes partes y talentos, si no es obediente y rendido y si el superior no puede hacer de él lo que quiere? Especialmente, si de ahí toma por ventura ocasion para cobrar alguna libertad y querer alguna esencion, mas valiera que nunca tuviera esas habilidades y talentos. Si el superior hubiera de dar á Dios cuenta si habia tenido en casa gente muy hacendosa y de grandes partes, fuera esto; pero no es eso de lo que ha de dar cuenta, sino del cuidado que tuvo que sus súbditos aprovechasen en espíritu y fuesen cada dia creciendo en virtud, y que conforme á las fuerzas y talentos que el Señor dió á cada uno, se empleasen en sus ministerios y oficios, no perdiendo por eso nada de su aprovechamiento. Y de eso mismo tambien pedirá Dios cuenta al súbdito. Ciertamente (dice aquel santo) "el dia del juicio no nos preguntarán qué leimos, mas qué hicimos, ni cuán bien hablamos, mas cuán honestamente vivimos (1)!"

Habia enviado Cristo Nuestro Redentor á sus discípulos á predicar, y dice el Sagrado Evangelio que volvieron muy contentos y ufanos diciendo: "Señor, habemos hecho maravillas y milagros, aun hasta los demonios se nos sujetaban y nos obedecian en vuestro nombre." Respóndeles el Redentor del mundo: "No pongais vuestro contento y gozo en que haceis maravillas y milagros, y mandais á los demonios y os obedecen; sino gozaos y regocijaos porque vuestros nombres están escritos en el cielo (2)." En adquirir y ganar el reino de los cielos habemos de poner nuestro contento y nuestro

(1) Thomas de Kempis, lib. I de Contemptu Mundi, c. 3.

(2) In hoc nolite gaudere quia spiritus vobis subjiciuntur; gaudete autem, quod nomina vestra scripta sunt in coelis. Luc. X, 20.

gozo; que esotro, sin esto, no nos aprovechará nada. "¿Qué le aprovecha al hombre que gane todo el mundo si es con detrimento de su alma (1)?"

Pues si esto decimos, y lo dice el mismo Cristo, de las ocupaciones y ministerios espirituales de ganar y convertir almas, que no por eso nos habemos de olvidar de nosotros, porque no nos aprovechará nada aunque convirtamos todo el mundo, ¿qué será de las demas ocupaciones? No es razon que el religioso ande tan absorto y embebecido en los estudios, ni que se deje llevar tanto de las ocupaciones esteriores que se olvide de su propio aprovechamiento, de su oracion, del exámen de su conciencia, del ejercicio de la mortificacion y penitencia, y que el postrer lugar tengan las cosas espirituales y el peor tiempo sea para ellas, y que si algo se ha de dejar sean ellas, porque eso seria vivir sin espíritu y no como religioso.

Cuenta San Doroteo que habia hecho enfermero á su discípulo Dositeo y él era muy diligente en su oficio; tenia mucho cuidado de los enfermos, las cámas muy bien hechas, los aposentos muy bien aderezados, todo muy limpio y aseado. Yendo á visitar San Doroteo la enfermería, díjole Dositeo: «Padre, viéneme un pensamiento de vanagloria que me dice: ¡cuán bueno lo tienes todo! ¡cómo se contentará de tí tu superior!» Respondióle San Doroteo una cosa con que le quitó bien la vanagloria: «Muy buen servicial has salido Dositeo. Muy buen enfermero has salido y muy diligente, empero no has salido buen religioso (2).» Pues procure cada uno que no se pueda decir esto de él. Muy buen enfermero ó muy buen portero habeis salido; pero no habeis salido buen religioso: muy buen estudiante, ó buen letrado, ó buen predicador habeis salido, pero no buen religioso. Que no venimos acá á eso, sino á ser buenos religiosos. Esto es lo que habemos de estimar y procurar y tener siempre delante de los ojos, y todas las demas cosas las habemos de tomar como accesorias y como por añadidura respecto de nuestro aprovechamiento, conforme á aquellas palabras de Cristo: "Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, que todas estas cosas se os agregarán (1)."

De aquellos PP. del Yermo leemos, que porque no podian estar siempre leyendo ó meditando y orando, se ocupaban, el tiempo que les sobraba, en hacer cestillas y otras obras de manos por no estar ociosos; y algunos de ellos, al fin del año, ponian fuego á todo lo que habian hecho porque no tenian necesidad de ello para sustentarse, sino solamente trabajaban por ocupar el tiempo y no estar ociosos (2). Así nosotros, en lo que habemos de poner principalmente los ojos, es en nuestro propio aprovechamiento; y los demas negocios y ocupaciones, aunque sean con los propios, habémoslas de tomar al modo que tomaban aquellos santos PP. el hacer las cestillas, no para olvidarnos y descuidarnos por eso de nosotros, ni para perder por eso un punto de perfeccion. Y así habemos de ir siempre en este fundamento y tenerle como primer principio, que los ejercicios espirituales que tocan á nuestro propio aprovechamiento los habemos de poner siempre en primer lugar, no dejándolos por ninguna cosa, porque esto es lo que nos ha de conservar y llevar adelante en la virtud, y en faltando esto, luego se nos echará de ver el desmedro. Y harta esperiencia tenemos, que cuando no andamos como debemos, siempre es

(1) Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur? *Matth.* XVI, 26.

(2) Non tamen bonus, et probus effectus es Monachus.

(1) Quaerite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus, et haec omnia adjicientur vobis. *Matth.* VI, 33.

(2) Refert Cassia de abbate Paulo, lib. 10, cap. 24.

por haber aflojado en los ejercicios espirituales. Si nos falta el mantenimiento y sustento del alma, claro está que habemos de andar flacos y descaecidos (1). Y asi nos encomienda esto mucho nuestro santo Padre, y nos avisa de ello muchas veces. Una vez dice: «El estudio que tendrán los que están en probacion, y todos, debe de ser de lo que toca á su abnegacion y para crecer mas en virtud y perfeccion (2).» Otra dice: «den todos á las cosas espirituales tiempo y procuren devocion cuanto la divina gracia les comunicare.» Otra: «den todos el tiempo que les fuere señalado á la oracion, meditacion y leccion, con toda diligencia en el Señor (3).» Y nótese aquella palabra «con toda diligencia.»

De aqui se verá, que por muchas ocupaciones que tenga uno de la obediencia y de su oficio, no es voluntad de los superiores que deje sus ejercicios espirituales ordinarios, porque no hay superior que quiera que uno quebrante sus reglas, y reglas tan principales como estas. Y asi, no pretenda nadie colorear y encubrir su imperfeccion y negligencia en los ejercicios espirituales con velo y capa de obediencia, diciendo: no pude tener oracion ó exámen, ó leccion espiritual, porque me ocupó la obediencia; que no es la obediencia la que impide eso, sino el descuido del particular y la poca aficion que tiene á las cosas espirituales. San Basilio dice (4) que habemos de procurar ser muy fieles en dar á Dios los tiempos que tenemos señalados para oracion y para nuestros ejercicios espirituales, y si alguna vez, por alguna ocupacion forzosa, no pudimos tener la oracion y el exámen á su tiempo, habemos de quedar con una hambre y deseo de suplirlo y restaurarlo luego lo mas presto que pudiéremos. Como cuando nos falta la racion corporal de la comida ó sueño necesario, por haber estado toda la noche con un enfermo confesando ó ayudándole á bien morir, luego lo procuramos suplir y no nos falta tiempo para ello. Es la voluntad de los superiores, cuando ocupan á uno en el tiempo de sus ejercicios espirituales, por ser algunas veces menester, no por eso quieren que los deje, sino que los dilate y los supla despues muy cumplidamente, conforme aquello del Sábio: «No seas impedido de orar (1).» No dice no impidas, sino no seas impedido; no haya impedimento ni estorbo que quite el tener siempre tu oracion. Y para el buen religioso nunca le hay, porque siempre halla tiempo para suplirlo y restaurarlo.

De San Doroteo se cuenta (2) que, siendo hospedero y acostándose muy tarde y levantándose algunas veces de noche para dar recado á los huéspedes, con todo eso se levantaba con los demas á su oracion, y habia rogado á uno que le despertase, porque el despertador no lo hacia por la ocupacion que sabia haber tenido, y aun no estaba del todo sano de unas calenturas. Este era buen deseo de no faltar á sus ejercicios espirituales y no quedarse con cualquier achaque y despues andar desconcertado todo el dia. Y allí se cuenta tambien de un viejo que vió un ángel que incensaba á todos los que habian ido con diligencia á la oracion, y tambien los lugares vacios, de los que impedidos por obediencia faltaban, pero no los de los que por negligencia suya. Esto es bueno para consuelo de los que por ocupaciones de la obediencia no pueden acudir á su tiempo con los demas á los ejercicios espirituales y para

(1) Arnit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum. *Ps.* CI, 5.

(2) 3. p. const. c. 1, § 27, et reg. 22 summarii const.

(3) Reg. 21 summarii. Reg. 1 communium.

(4) Basilius, *serm. de renuntiatione saeculi istius. et spirituali perfectione.*

(1) Non impediaris orare semper. *Eccl.* XVIII, 22.

(2) *San Doroth.* serm. seu doctr. XI, in Bibliot. sanct. Patrum, t. 3.

que procuremos de no faltar en ellos por nuestro descuido.

CAPITULO II.

De la aficion y deseo que habemos de tener á la virtud y perfeccion.

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos (1)." Justicia, aunque es nombre particular de una de las cuatro virtudes cardinales distinta de las otras; pero tambien es nombre comun de toda virtud y santidad. La vida buena y virtuosa llamamos justicia, y al santo y virtuoso decimos que es justo. Dice el Sábio: "la justicia de los buenos los librará (2);" quiere decir, su vida santa los librará. Y asi se toma en muchos lugares de la Escritura: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos," dice Cristo nuestro Redentor (3); que es decir: Si vuestra virtud, religion y santidad no fuere mayor. Y de la misma manera se entiende aquello que dijo el mismo Cristo á san Juan Bautista cuando rehusaba de bautizarle: "asi conviene llenar toda justicia (4):" asi conviene para dar ejemplo de obediencia y humildad y de toda perfeccion. De esta manera se toma tambien en las palabras presentes. Pues dice Cristo nuestro Redentor: Bienaventurados los que tienen tanto deseo y aficion á la virtud y perfeccion que tienen hambre y sed de ella, porque esos serán hartos, esos la alcanzarán. Y es esta una de las ocho bienaventuranzas que nos enseñó y predicó en aquel soberano sermon del monte. San Gerónimo, sobre estas palabras, dice (1): «No basta cualquier deseo de la virtud y perfeccion, es menester que tengamos hambre y sed de ella, que podamos decir con el profeta: *De la manera que el ciervo herido y acosado de los cazadores desea las fuentes de las aguas, asi mi ánima desea á ti, Dios mio* (2).»

Es una cosa de tanta importancia que, como comenzamos á decir en el capítulo pasado, de ella depende toda nuestra medra espiritual, y ese es el principio y el medio único para alcanzar la perfeccion, conforme aquello del Sábio: "El principio para alcanzar la sabiduría (que es el conocimiento y amor de Dios en que consiste nuestra perfeccion) es un verdadero y entrañable deseo de ella (3)." Y la razon de esto es, porque, como dicen los filósofos, en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor y deseo del fin es la primera causa que mueve todas las otras á obrar; de tal manera que cuanto es mayor el amor y deseo del fin, tanto es mayor el cuidado y diligencia que se pone para alcanzarle. Y así importa mucho que el deseo y aficion de la virtud y perfeccion sea grande para que el cuidado y diligencia en procurarla y alcanzarla sea tambien grande.

Es tan importante y necesario para aprovechar que haya en nosotros este deseo, que nos salga del corazon y nos lleve tras sí y no sea menester andar tras nosotros en esto, que del que no tuviere esto, muy poca esperanza habrá. Pongamos ejemplo en el religioso, y cada uno podrá aplicar la doctrina á sí conforme á su estado. Bueno y necesario es en la Religion el cuidado y vigilancia de los superiores sobre los súbditos, y menester es la reprension y la pe-

(1) Beati qui esuriunt et, sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur, Matth. 5, 6.
(2) Justitia rectorum liberabit eos. *Prov.* XI, 6.
(3) Nisi abundaverit justitia vestra plusquam scribarum et pharisæorum. *Matth.* V, 20.
(4) Sic enim decet nos implere omnem justitiam. *Matth.* V, 15.

(1) Non nobis sufficit velle justitiam, nisi justitiæ patiamur famem. *Hieron.*
(2) Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus. *Ps.* XLI, 2.
(3) Initium enim illius verissima est disciplinæ concupiscentia. *Sap.* VI, 18.

nitencia; pero del que por esto hiciere las cosas no hay mucho que fiar; porque esto, cuando mucho, podrá hacer que por alguna temporada, cuando andan sobre él, proceda bien; pero si ello no sale de allá dentro del corazon y del deseo verdadero de su aprovechamiento, no hay que hacer mucho caso de eso, porque no podrá durar.

Esta es la diferencia que hay entre las cosas que se mueven con movimientos violentos, y las que se mueven con movimientos naturales; que las que se mueven con movimientos violentos, como aquello nace de una fuerza é impresion agena, cuanto mas van adelante, tanto mas van aflojando y enflaqueciéndose, como cuando tirais la piedra hácia arriba; mas en las cosas que se mueven con movimiento natural, como cuando la piedra vá á su centro, es al contrario, que cuanto mas vá, mas ligeramente se mueve. Pues esta es tambien la diferencia que hay de los que hacen las cosas por temor de la penitencia y de la reprension, ó porque les están mirando ó por otros respetos humanos, á los que se mueven por amor de la virtud y por puro deseo de agradar á Dios; que aquello no dura sino mientras dura la reprension y el andar sobre ellos, y luego se va cayendo. Como refiere San Gregorio (1) de aquella tia suya Gordiana, que reprendiéndola las otras dos hermanas suyas Tarsila y Emiliana de la liviandad de sus costumbres, y porque no guardaba la gravedad que convenia al hábito de religion que tenia, ella mientras duraba la reprension mostraba gravedad en su rostro y parecia que lo tomaba bien; pero luego, pasada la hora de la reprension y del castigo, perdia aquella fingida gravedad y gastaba el tiempo en hablar palabras livianas y en holgarse con la compañía de las doncellas legas que habia en el monasterio. Era como el arco, flechado con una recia cuerda, que en aflojándose ella, él tambien se afloja y se torna á su primera postura. Como no le salia del corazon, sino era cosa violenta, no podia durar.

Este negocio de la perfeccion no es negocio que se ha de hacer por fuerza, ha de salir del corazon. Y asi dijo Cristo nuestro Redentor á aquel mancebo del Evangelio; "Si quieres ser perfecto (1)." Pero si vos no quereis, no bastarán todas las diligencias y medios que pueden poner los superiores, para haceros perfecto. Esta es la solucion y respuesta de aquello que pregunta San Buenaventura: «¿qué es la causa, dice (2), que antiguamente bastaba un superior para mil monges, y para tres mil y cinco mil, que dicen San Gerónimo y San Agustin que solian estar debajo de un superior, y ahora para diez, y aun para menos, no basta un superior?» La causa de esto es, porque aquellos monges antiguos tenian en su corazon un vivo y ardiente deseo de la perfeccion, y aquel fuego que ardia allá dentro los hacia tomar muy á pechos su propio aprovechamiento y caminar con grande fervor. Con esta metáfora nos declara muy bien el Espíritu Santo la velocidad y ligereza con que caminan los justos por el camino de la virtud cuando ha prendido este fuego en su corazon. Correrán, dice (3), como centellas de fuego por el cañaveral; mirad con qué velocidad y ligereza corre la llama por un cañaveral seco cuando prende el fuego en él. Pues de esa manera corren los justos por el camino de la virtud cuando están encendidos y abrasados de este fuego divino. Asi lo estaban aquellos monges antiguos, y por eso no tenian necesidad de superior para eso, sino antes para que les fuese á la mano en sus fervores; pero cuando eso no hay, no solo no bastará

(1) *Greg.* hom. 38 in Evang.

(1) Si vis perfectus esse. *Matth.* XIX 21.

(2) *Bonav.* opúsculo de *Perfect. Relig.* lib. 1, c. 39.

(3) Fulgebunt justi, et tanquam scintillae in arundineto discurrent. *Sapient.* III, 7.

un superior para diez, sino diez superiores no bastarán para uno, ni le podrán hacer perfecto si él no quiere: claro está eso, porque ¿qué aprovechará visitar la oracion? Despues que ha pasado el visitador, ¿no puede uno hacer lo que quisiere? Y estando allí de rodillas, ¿no puede estarse pensando en el estudio y en el negocio y en otras cosas impertinentes? Y cuando va á dar cuenta de la conciencia, ¿no puede decir lo que quisiere y callar lo que hace mas al caso, y decir que le va bien, no le yendo bien, sino mal? Que por demás es, si él no quiere y lo desea de veras.

Aquí viene bien lo que respondió Santo Tomás de Aquino (1). Preguntándole una vez una hermana suya cómo se podria salvar, respondió el Santo: queriendo; si vos quereis, os salvareis; y si vos quereis, aprovechareis; y si vos quereis, sereis perfecto. En eso está el punto de la dificultad, en que vos querais y lo deseeis de veras y os salga del corazon; que Dios de su parte muy presto está para acudirnos; y si eso no hay, todo lo que acá pueden hacer los superiores será por demás: vos sois el que habeis de tomar á pechos vuestro aprovechamiento, porque ese es vuestro negocio, y á vos os va en ello y no á otro y á esto vinisteis á la Religion. Y tenga cada uno entendido, que el dia que aflojare en esto y se olvidare de sí y de lo que toca á su aprovechamiento, y no tuviere cuidado de hacer bien hechos sus ejercicios espirituales, y un vivo y encendido deseo de aprovechar é ir adelante en la virtud y mortificarse, ese dia va perdido su negocio. Y así, nuestro Padre, al principio de las constituciones y de las reglas, nos pone esto por fundamento: «La interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe é imprime en los corazones, es la que nos ha de conservar, regir y llevar adelante en la via comenzada del divino servicio. Este fuego de amor de Dios y el deseo de su mayor honra y gloria es el que nos ha de estar siempre solicitando para subir é ir adelante en la virtud (1).»

Cuando hay de veras este deseo en el corazon, él hace que pongamos diligencia y cuidado para alcanzar lo que deseamos, porque nuestra inclinacion es muy industriosa para buscar y hallar lo que desea y nunca le faltan medios para ello, y por eso dijo el Sábio: que "el principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo de ella (2)."

Y mas esto de salir la virtud del corazon trae consigo otro bien, que es lo que hace tan eficaz este medio; y es que hace fáciles y suaves las cosas por muy dificultosas que sean de suyo. Sino, decidme, ¿por qué se os hizo á vos tan fácil el dejar el mundo y entrar en Religion, sino porque os salió del corazon? Os dió el Señor una voluntad y aficion grande á eso, que fué la gracia de la vocacion: os quitó la aficion á las cosas del mundo, y os la puso á las cosas de la Religion, y con eso se os hizo fácil. Y ¿por qué á los que se quedan allá en el mundo se les hace esto tan dificultoso? Porque no les ha dado Dios esa voluntad y aficion que os dió á vos: no los ha llamado Dios, como ellos dicen, ni hecho esta gracia de la vocacion. Pues así como para entrar en la Religion os lo facilitó la voluntad y el deseo grande que tuvistes de eso, que no bastaron vuestros padres y parientes, ni todo el mundo, para apartaros de ello, así tambien, para aprovechar en la Religion y para que sus ejercicios se os hagan fáciles, es menester que dure esa voluntad y deseo con que vinisteis á ella; y mientras durare, se os harán fáciles; pero en faltando, todo se os hará dificultoso y cuesta arriba. Esta es la causa porque nos hallamos algunas ve-

(1) 1. p. lib. 3. c. 37. *Hist. Praedicatorum.*

(1) In proemio constit. §. 1.
(2) Sapient. VI, 18.

es tan pesados y otras tan apurados; no eche nadie la culpa á las cosas, ni á los superiores, sino á sí y á su poca virtud y mortificacion. Dice el P. maestro Avila: «Un hombre sano y recio fácilmente levanta una arroba de peso; pero un enfermo ó un niño, dice: ¡ay cómo pesa (1)!» Esa es la causa de nuestra dificultad, que las cosas las mismas son; y en otro tiempo se nos hacian fáciles, y no reparábamos en ellas: en nosotros está la culpa, que habiendo de ser varones y haber crecido en perfeccion, como dice San Pablo (2), somos niños en la virtud y habemos enfermado y aflojado en aquel deseo de aprovechar con que entramos en la Religion.

CAPITULO III.

Que el tener gran deseo de nuestro aprovechamiento, es un medio muy principal y una disposicion muy grande para que el Señor nos haga mercedes.

Impórtanos tambien mucho el tener este deseo y esta hambre y sed de nuestro aprovechamiento, porque este es uno de los mas principales medios y de las mejores disposiciones que podemos poner de nuestra parte para que el Señor nos dé la virtud y perfeccion que deseamos. Asi lo dice San Ambrosio (3), que cuando uno tiene gran deseo de su aprovechamiento y de crecer en virtud y perfeccion, dice que gusta Dios tanto de eso, que le enriquece y llena de bienes y mercedes. Y trae para esto aquello que dijo la Sacratísima Virgen en su Cántico: "A los hambrientos hinche Dios de bienes (4);" y lo mismo habia dicho antes el Profeta (5): "A los que tienen tanto deseo de la virtud y perfeccion, que tienen hambre y sed de ella, á esos enriquece y llena el Señor de dones espirituales", porque se agrada mucho del buen deseo de nuestro corazon. A Daniel le apareció el ángel San Gabriel, y le dijo que sus oraciones habian sido oidas desde el principio, "porque eres varon de deseos (1)." Y al rey David le confirmó Dios el reino para sus descendientes (2) por la voluntad y deseo que tuvo de hacer casa y templo al Señor, aunque no quiso que se le hiciese él, sino su hijo Salomon; pero agradóle mucho aquel deseo y premióselo como si lo hubiera puesto por obra. Y de Zaqueo dice el Sagrado Evangelio (3) que deseó ver á Jesus, y primero fué visto de Jesus, y él se le convida y se le entra por las puertas de su casa.

En el capítulo sesto de la Sabiduría realza mas esto Salomon hablando de la Sabiduría, que es el mismo Dios. "Fácilmente, dice (4), se deja ver de los que la aman y hallar de los que la buscan." ¿Sabeis que tan fácilmente? "Ella misma se adelanta y previene á los que de veras la desean para mostrárseles primero (5):" no lo habeis vos comenzado á desear, cuando ya está con vos. "El que por la mañana madrugare á buscarla, no trabajará mucho en hallarla, andando de acá para allá, porque en abriendo la puerta de su casa la hallará alli sentada á su puerta, esperando que le abriese (6)." Lo primero que topará en abriendo, será con esta Sabiduría divina, que es el mismo Dios. ¡Oh bondad y misericordia infinita de Dios! No se contenta con andarnos él buscando á nosotros y dar aldabadas á nuestra puerta una y otra vez para que le abramos. "Mira que yo soy el que

(1) M. Avila en el Epostalio 1. *p. Epist.* 2.
(2) In virum perfectum. *Ad. Ephes.* IV, 13.
(3) Ambros. *serm.* 3. *sup. Psal.* 118.
(4) Esurientes implevit bonis. *Luc.* I, 53.
(5) Quia satiavit animam inanem (id est, sitibundam), et animam esurientem satiavit bonis. *Psal.* CVI, 9.

(1) Quia vir desideriorum es. *Dan.* IX, 23.
(2) II *Reg.* VII, 22 et 13, et 16.
(3) *Luc.* XIX, 5.
(4) Facile videtur ab his, qui diligunt eam, et invenitur ab his, qui quaerunt illam. *Sap.* VI, 13.
(5) Praeoccupat, qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat. *Ib.* 14.
(6) Qui de luce vigilaverit ad illam non laborabit: assidentem enim illam foribus suis inveniet. *Ib.* 15.

estoy llamando," dice en el Apocalipsi (1); y en los Cantares (2): "Abreme, hermana mia." No se contenta con eso, sino como cansado de llamar se sienta Dios á nuestra puerta, dándonos á entender que ya hubiera entrado si no hallara la puerta cerrada, y que con todo eso, aun no se va, sino siéntase allí para que en abriendo luego topeis con él. Aunque os habeis tardado en abrir á Dios vuestro corazon y en responder á su buena inspiracion, con todo eso aun no se ha ido Dios, que mas gana tiene de entrar que eso; sentado está allí á la puerta esperando que le abrais (3). "Esperando está el Señor para usar de misericordia con vos (4):" porque no hay amigo que asi desee entrar en casa de su amigo, como Dios desea entrar en vuestro corazon: mas gana tiene de comunicársenos y hacernos mercedes que nosotros podemos tener de recibirlas; sino que está esperando que nosotros lo deseemos y tengamos esta hambre y sed de ello. "El que tuviere sed, venga á mí y beba. El que tuviere sed, yo le daré de la fuente del agua de la vida de valde (5)." Quiere el Señor que tengamos gran deseo de la virtud y perfeccion, para que cuando él nos diere algo de esto, lo sepamos estimar y conservar como cosa muy preciosa, porque lo que se desea poco, suélese tener en poco despues de alcanzado. Y asi una de las causas principales por que medramos poco en la virtud y nos quedamos tan atrás en la perfeccion, es porque no tenemos hambre y sed de ella; deseámosla tan tibia y flojamente, que mas parecen deseos muertos que vivos los que tenemos.

(1) Ecce sto ad hostium, et pulso. *Apoc.* III, 20.
(2) Aperi mihi soror mea. *Cant.* V, 2.
(3) Assidentem enim illam foribus suis inveniet. *Sap.* VI, 15.
(4) Expectat Dominus ut misereatur vestri. *Isai.* III, 18.
(5) Ego sitienti dabo de fonte aquae vitae gratis; si quis sitit, veniat ad me, et bibat. *Apoc.* XXI, 6. *Joann.* VII, 37.

Dice San Buenaventura (1) que hay algunos que tienen buenos propósitos y deseos, y nunca acaban de vencerse ni hacerse fuerza para ponerlos por obra, conforme á aquello del Apóstol: "El deseo siempre lo tengo, pero el tiempo de perfeccionarlo no lo hallo (2)." Estos muchas veces no son verdaderos propósitos ni deseos, sino unas veleidades que querrian, pero no quieren. Dice el Sábio (3): "El perezoso quiere y no quiere, porque no quiere echar mano al trabajo." Todo se le va en deseos (4). Compara muy bien el P. maestro Avila estos á los que entre sueños les parece que hacen grandes cosas, y recordados lo hacen todo al revés, conforme á aquello de Isaías: "Acontece que el que tiene hambre ó sed, está soñando que come ó bebe; pero cuando despierta, hállase tan hambriento y sediento como de antes;" asi á estos en la oracion paréceles que desean padecer y ser despreciados y tenidos en poco; y en saliendo de allí, en ofreciéndose la ocasion, todo lo hacen al revés: era que soñaban, no eran deseos verdaderos (5). Otros comparan á estos, y dicen que son como soldados pintados en paramento, que están siempre con la espada sobre el enemigo y nunca acaban de descargar el golpe, conforme á aquello del Profeta: "Asi se les pasa á algunos toda la vida en amagar y no dar (6)." El Profeta Isaías (7) los compara á la muger que está con dolores de parto y nunca acaba de echar la cria-

(1) Bonav. processu IV, relig. c. 3.
(2) Velle adjacet mihi, perficere autem bonum non invenio. *Ad Rom.* VII, 18.
(3) Desideria occidunt pigrum, noluerunt enim quidquam manus ejus operari: tota die concupiscit et desiderat. *Prov.* XIII, 4; XXI, 25, 26.
(4) In desideriis est omnis otiosus.—Hieron. Epistol. 4. *Ad rusticum monachum.*
(5) Sicut somniat esuriens et comedit, cum autem fuerit expergefactus vacua est anima ejus. *M. Avila*, c. 6 *del Audifilia. Isaiae* XXVI, 8.
(6) Verumtamen in imagine pertransit homo *Ps.* XXXVIII, 7.
(7) Venerunt filii usque ad partum, et virtus non est pariendi. *Isai.* XXXVII, 3 et 4.

tura á luz. Asi estos siempre están de parto, y nunca acaban de parirlo. San Gerónimo, sobre aquellas palabras de San Mateo "¡Ay de las que en aquellos dias estén de parto y criando (1)!," dice, «¡ay de aquellos que los deseos buenos que concibieron no los sacaron á luz (2),» sino que ahogaron allá dentro los hijos que habian concebido! pues nunca sacarlos á luz de la obra, es ahogarlos y matarlos dentro del vientre. ¡Ay de estos que se les pasa toda la vida en deseos, y los halla la muerte sin obras! porque despues, no solo no les aprovecharán los deseos que tuvieron, antes serán castigados porque no efectuaron las buenas inspiraciones que el Señor les dió; tornarse han contra ellos sus propios hijos, como fueran por ellos si los sacaran á luz.

Absalon quedó colgado de sus dorados y hermosos cabellos (3); asi vendrá á muchos la muerte y quedarán colgados de sus buenos y dorados propósitos. El Apóstol y Evangelista San Juan en su Apocalipsi (4), dice que vió una muger que estaba de parto y junto á ella un dragon muy grande para tragar la criatura en saliendo. Eso es lo que procura el demonio con todas sus fuerzas cuando el alma concibe algun buen propósito. Y asi es menester que nosotros por el contrario procuremos con todas nuestras fuerzas que nuestros deseos sean tales y tan eficaces que vengamos á ponerlos por obra. Esto dice San Bernardo (5), que quiso decir el Profeta Isaías en aquellas palabras tan sentenciosas como breves: "Si le buscais, buscadle (6)." Quiere decir: No os canseis, porque los deseos y propósitos verdaderos han de ser eficaces y con perseverancia, y tales que nos hagan andar solícitos y cuidadosos de agradar mas y mas á Dios, conforme aquello del Profeta Miqueas: "Te enseñaré, oh hombre, lo que es agradable á Dios y lo que desea de tí, y es que solicites de ser justo, amar á tu prójimo, guardar sus mandamientos (1)." Estos deseos fervorosos son los que nos pide el Señor para hacernos mercedes y llenarnos de bienes. Bienaventurados los que tienen esta hambre y sed de la virtud y perfeccion, porque esos serán hartos (2); Dios les cumplirá sus deseos. De Santa Gertrudis se lee que le dijo el Señor: «Yo he dado á cada uno de los fieles una fístola ó caña de oro con que de mi edificado Corazon chupe y traiga cuanto deseare.» La cual fístola le declaró ser la buena voluntad y deseo.

(1) Vae autem praegnantibus, et nutrientibus in illis diebus. *Matth.* XIV, 19.
(2) Vae illis animabus, quae non perduxerunt sua gemina in virum perfectum. *Reg.* 19. *Hieronym.*
(3) II. *Reg.* XVII, 9.
(4) *Apoc.* XI, 12.
(5) Bern. *serm.* 2, *de altit. et basit. cordis.*
(6) Si quaeritis, quaerite. *Isai.* LXXXI, 12.

(1) Indicabo tibi, o homo, quid sit bonum, et quid Dominus requirat a te, utique facere judicium, et diligere misericordiam, et solicitum ambulare cum Deo tuo. *Mich.* VI, 8.
(2) *Matth.* V, 6.
(3) Qui edunt me adhuc esurient, et qui bibunt me, adhuc sitient. *Eccli.* XXIV, 29.
(4) *Greg. hom.* 36, *super Evang.*

CAPITULO IV.

Que mientras uno mas se da á las cosas espirituales, mas hambre y deseo tiene de ellas.

Dice el Espíritu Santo hablando de la Sabiduría Divina: "Los que me comen, quedarán con hambre, y los que me beben, quedarán con sed (3)." El bienaventurado San Gregorio dice (4) que esta es la diferencia que hay entre los bienes y deleites del cuerpo y los del espíritu; que aquellos, cuando no los tenemos, causan deseo y apetito de sí; mas en alcanzándolos, no tenemos en nada cuanto habemos alcanzado. Desea uno allá en el mundo un colegio y una cátedra; en alcanzándola, luego no tiene aquello en nada y pone los ojos en otra cosa mayor, en tener una canongía ó una audiencia: y en alcanzando esto, luego se enfada y co-

mienza á desear otra cosa mas alta, una plaza de Consejo Real, y luego un obispado, y ni aun ahí está satisfecho, sino que luego pone los ojos en otra mayor, y no estima lo que ha alcanzado ni le dá contento. Empero en las cosas espirituales es al revés, que cuando no las tenemos entonces nos enfadan y tenemos hastío de ellas; mas cuando las tenemos y poseemos, entonces las estimamos mas y tenemos mas deseo de ellas, y tanto mas, cuanto mas las gustamos. Y da el Santo la razon de esta diferencia. Porque los bienes y deleites temporales, cuando los alcanzamos y tenemos, entonces conocemos mejor su insuficiencia é imperfeccion, y como vemos que no nos hartan ni satisfacen, ni dan el contento que pensábamos, tenemos en poco lo que habemos alcanzado y quedamos con sed y deseo de otra cosa mayor, pensando hallar allí el contento que deseábamos; y engañámonos, que lo mismo será despues de alcanzado eso y esotro: ninguna cosa de este mundo nos podrá hartar. Que esto es lo que dijo Cristo nuestro Redentor á la Samaritana: "Por mas que bebais de esta agua de acá, luego de ahí á un poco tornareis á tener sed (1)." El agua de los contentos y deleites que da el mundo, no puede hartar ni satisfacer á nuestra sed. Empero los bienes y deleites espirituales, cuando se poseen, entonces se aman y se desean mas, porque entonces se conoce mas su precio y su valor; y mientras mas perfectamente los poseyéremos, mas hambre y mas sed tendremos de ellos. Cuando uno no ha probado las cosas espirituales ni ha comenzado á gustar de ellas, no es mucho, dice San Gregorio (2), que no las desee; porque ¿quién ha de amar y desear lo que no conoce ni ha probado á qué sabe? Por esto dice el Apóstol San Pedro: "Mas si gustáras cuán dulce es el Señor (1)." Y el Profeta: "Gustad y ved cuán suave es el Señor (2)." Porque en comenzando á gustar de Dios y de las cosas espirituales, hallareis en ellas tanta dulzura y suavidad que os comereis las manos tras ellas.

Pues esto es lo que nos dice el Sábio en estas palabras: El que comiere y bebiere de mí, mientras mas comiere, mas hambre tendrá de mí; y mientras mas bebiere, mas sed tendrá de mí. Mientras mas os diéredes á las cosas espirituales y de Dios, mas hambre y mas sed tendreis de ellas. Pero dirá alguno: ¿Cómo concuerda esto con lo que dijo Cristo á la Samaritana? Aquí dijo Cristo que "el que bebiere del agua que él diere, no tendrá mas sed (3)." En estotro lugar dice el Espíritu Santo por el Sábio, que mientras mas bebiéremos, tendremos mas sed: ¿cómo concuerda lo uno con otro? A esto responden los Santos, que lo que dijo Cristo á la Samaritana, se entiende, que el que bebiere del agua viva que allí promete no tendrá mas sed de los deleites sensuales y del mundo, porque la dulzura de las cosas espirituales y de Dios hace que le parezcan desabridos. Dice San Gregorio: "Así como despues que uno ha comido miel todas las demas cosas le parecen desabridas, así en gustando uno de Dios y de las cosas espirituales, todas las cosas del mundo le dan en rostro y le parecen desabridas y amargas (4)." Pero lo que dice el Sábio en estotro lugar: "Los que comen de mí, tendrán hambre, y los que beben de mí tendrán sed." Entiéndese de las mismas cosas espirituales, que mientras uno mas gustare de Dios y de las cosas espirituales,

(1) Omnis qui bibit ex aqua hac, sitiet iterum. *Joann.* IV, 13.
(2) Quis enim amare valeat quod ignorat?

(1) Si tamen gustabis, quoniam dulcis est Dominus. *I Pet.* I, 3.
(2) Gustate et videte, quoniam suavis est Dominus. *Ps.* XXXIII, 9.
(3) Qui autem biberit ex aqua quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum, *Joann.* IV, 13.
(4) Sicut post gustum mellis omnia videntur insipida, ita gustato spiritu, desipit omnis caro. *Gregor.*

mas hambre y sed tendrá de ellas, porque conocerá mas su valor y esperimentará mas su gran dulzura y suavidad, y asi tendrá mas deseo de ellas. Asi concuerdan los Santos estos dos lugares.

Pero ¿cómo concuerda esto con aquello que dice Cristo por San Mateo (1)? Aqui dice, que los que tuvieren hambre y sed de la justicia, serán hartos. Esotro lugar del Sábio dice que los que comieren y bebieren de él quedarán con hambre y con sed: estas dos cosas, tener hambre y sed y estar hartos, ¿cómo se compadecen? A esto hay buena respuesta. Este es el primor y escelencia de estos bienes espirituales, que con hartar causan hambre, y con satisfacer nuestro corazon causan sed. Es una hartura con hambre, y una hambre con hartura. Esta es la maravilla y la dignidad y grandeza de estos bienes, que satisfacen y hartan el corazon; pero de tal manera, que siempre quedamos con hambre y sed de ellos; y mientras mas vamos gustando y comiendo y bebiendo de ellos, mas crece la hambre y la sed. Pero esta hambre no da pena, sino contento; y esta sed no fatiga, ni congoja, antes recrea y causa una satisfaccion y gozo grande en el corazon. Es verdad que la hartura perfecta y cumplida será en el cielo, conforme aquello del Profeta (2): "Entonces, Señor, me hartaré cumplidamente, y quedaré embriagado y satisfecho cuando os viere claramente en la gloria." Pero aun allá en la gloria, dice San Bernardo sobre estas palabras (3), de tal manera nos hartará el estar viendo á Dios, que siempre estaremos como con hambre y con sed, porque nunca nos causará fastidio aquella dichosa vista de Dios, sino siempre estaremos con una nueva gana de ver y gozar á Dios como si fuese aquel el primer dia y la primera hora, como dice San Juan en el Apocalipsi, que vió á los bienaventurados que estaban delante del trono y del Cordero con grande música y regocijo y que cantaban un cantar nuevo (1). Porque siempre se nos hará nuevo aquel cantar y aquel divino maná, y nos dará tan nuevo gusto que estaremos siempre como con una nueva admiracion, diciendo: "¿Qué es esto? (2)." Pues á este modo son tambien acá las cosas espirituales, porque son una participacion de aquellas celestiales, que por una parte hartan y satisfacen y llenan el corazon, y por otra, causan hambre y sed de sí mismas; y mientras mas nos damos á ellas, y mas gustamos y gozamos de ellas, mas hambre y sed tenemos de ellas. Pero esa misma hambre es una hartura, y esa misma sed es un recreo y satisfaccion muy grande. Todo esto nos ha de ayudar á tener una estima y aprecio tan grande de las cosas espirituales, y un deseo y aficion tan encendida á ellas que, olvidadas y despreciadas todas las cosas del mundo, digamos con el Apóstol San Pedro: "Señor, bueno será que nos quedemos aqui (3)."

(1) Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur. *Matth.* V, 6.
(2) Satiabor cum apparuerit gloria tua. Inebriabuntur ab ubertate domus tuae. *Psal.* XVI, 15; XXXV, 9.
(3) Bern. *Serm.* 64, *ex parv.*

CAPITULO V.

Que es gran señal de estar uno en gracia de Dios el andar con deseo de crecer é ir adelante en su aprovechamiento.

Para que nos animemos mas á tener gran deseo de nuestro aprovechamiento, y una hambre y sed de ir adelante en la virtud y agradar cada dia mas y mas al Señor, y pongamos mas cuidado y diligencia en ello, nos ayudará una cosa muy princi-

(1) Et cantabant quasi canticum novum. *Apoc* XIV, 3.
(2) Manhu? quid est hoc? *Exod.* XVI, 15.
(3) Domine bonum est nos hic esse. *Matth.* XVII, 4.

pal y de mucho consuelo, y es, que una de las mayores y mas ciertas señales que hay de que mora Dios en un alma y de que está bien con Dios, es esta. Asi lo dice San Bernardo: «No hay mayor señal, ni mas cierto testimonio de la presencia de Dios en un alma, que tener un deseo grande de mas virtud y mas gracia y perfeccion (1).» Y pruébalo el Santo, porque el mismo Dios lo dice por el Sábio: "El que me come tendrá mas hambre, y el que me bebe tendrá mas sed (2)." Si teneis hambre y sed de las cosas espirituales y de Dios, alegraos, que esta es señal y testimonio muy grande de que mora Dios en vuestra alma: él es el que os pone esta hambre y causa esta sed; topado habeis con la vena de este divino tesoro, pues tan bien la seguís. Asi como el perro cazador anda flojo y perezoso cuando no ha dado con el rastro de la caza, mas despues que la ha sentido hierve con grande lijereza, buscando en unas y otras partes lo que olió y no descansa hasta hallarlo, asi tambien el que ha sentido de verdad el olor de aquella divina suavidad, corre al olor de este tan precioso unguento (3). Dios, que está dentro de vos, os lleva tras sí. Y si no sentís en vos esta hambre y sed, temed no sea por ventura porque no mora Dios en vuestro corazon, que eso tienen las cosas espirituales y de Dios, como dice San Gregorio (4), que cuando no las tenemos, entonces no las amamos ni deseamos, ni se nos dá nada por ellas.

Decia el glorioso San Bernardo (5) que temblaba y se le espeluzaban los cabellos cuando consideraba aquello que dice el Espíritu Santo por el Sábio: "No sabe el hombre si es digno de ódio ó amor (1)." Dice. Pues si esta consideracion de que no sabemos si estamos en gracia ó en desgracia de Dios, hacia temblar á los varones santos y que eran como columnas de la Iglesia; ¿qué hará á nosotros que por muchas causas que para ello habemos dado tenemos bien de qué temer? Sé de cierto (2) que he ofendido á Dios, y no sé de cierto si estoy perdonado: ¿quién no temblará? ¡Oh! ¡en cuánto estimaria uno el tener alguna prenda ó seguridad en una cosa que tanto le vá! ¡Oh! ¡si supiese yo que el Señor me ha perdonado mis pecados! ¡Oh! ¡si supiese que estoy en gracia de Dios! Pues aunque es verdad que en esta vida no podemos tener certidumbre infalible de que estamos en gracia y amistad de Dios, sin particular revelacion suya; empero podemos tener algunas conjeturas que nos causen alguna probabilidad moral de ello; y una de ellas y muy principal es andar uno con esta hambre y deseo de aprovechar y de ir cada dia creciendo mas en virtud y perfeccion. Y asi esto solo nos habia de bastar para andar siempre con este deseo, por tener una prenda y un testimonio tan grande de que estamos en gracia y amistad de Dios, que es de los mayores consuelos y contentos, ó el mayor, que en esta vida podemos tener.

Confírmase esto bien con lo que dice el Espíritu Santo en los Proverbios. "El camino y senda de los justos y su modo de proceder es, dice (3), como la luz del sol que sale á la mañana, que mientras mas vá, vá creciendo y perfeccionándose mas, hasta

(1) Nullum omnino praesentiae ejus certius testimonium est, quam desiderium gratiae amplioris. *Bern.* serm. 2 de *Sancto Andrea.*

(2) Qui edunt me, adhuc esurient, et qui bibunt me, adhuc sitient. *Eccli.* XXIV, 29.

(3) Trahe me post te, curremus in odorem unguentorum tuorum. *Cant.* I, 3.

(4) Greg. *hom.* 39 *super Evangelia.*

(5) Bern. serm. 23 *super Cantic.* Terribilis est locus iste, et totius expers quietis, totus inhorrui, si quando in eum raptus sum, illam apud me replicans cum tremore sententiam, quis scit, si est dignus amore an odio?

(1) Nescit homo utrum amore, an odio dignus sit. *Eccl.* IX, 1.

(2) In nobismetipsis responsum mortis habuimus. I. *ad Cor.* I, 9.

(3) Justorum semita quasi lux splendens procedit, et crescit usque ad perfectam diem. *Prov.* IV, 28.

llegar á la perfeccion del medio dia." Asi los justos, mientras mas van, mas van creciendo en virtud. Dice San Bernardo: «El justo nunca dice basta (1), porque de ellos está escrito,» que "siempre procuran ir adelante creciendo de virtud en virtud (2)" hasta llegar á la cumbre de la perfeccion. Pero el camino de los tibios y de los imperfectos y malos es como la luz de la tarde que vá desdiciendo y oscureciéndose siempre hasta llegar á las tinieblas y oscuridad de la media noche. Llegan á tanta ceguedad que no ven donde tropiezan (3), ni echan de ver las faltas é imperfecciones que hacen, ni les remuerde la conciencia cuando caen en ellas, antes algunas veces les parece que no es pecado lo que lo es, y que es venial lo que por ventura es mortal. Tanta es su confusion y ceguedad.

CAPITULO VI.

En que se declara cómo el no ir adelante es volver atrás.

Sentencia es comun de los Santos que «en el camino de Dios el no ir adelante es volver atrás (4).» Esto declararemos aquí y nos servirá de un medio muy bueno para animarnos á ir adelante en la perfeccion. Porque ¿quién ha de querer volver atrás de lo comenzado? Especialmente viendo que tiene contra sí la sentencia del Salvador en el Evangelio: "El que ha echado mano al arado y comenzado el camino de la perfeccion y vuelve atrás, no es apto para el reino de los cielos (5)." Palabras son estas que nos habian de hacer temblar. El bienaventurado San Agustin dice: «En tanto no volvemos atrás, en cuanto nos esforzamos á ir adelante, y en comenzando á parar, luego volvemos atrás. Y asi, si queremos no volver atrás, es menester que siempre caminemos y procuremos ir adelante (1).»

Esto mismo y casi por las mismas palabras dicen San Gregorio, San Crisóstomo, San Leon Papa y otros muchos Santos, y lo repiten muchas veces. Pero particularmente San Bernardo prosigue esto mas largamente en dos de sus Epístolas (2). Va allí hablando con el religioso flojo y tibio que se contenta con una vida comun y no quiere ir adelante en su aprovechamiento, y arguye con él de esta manera: «¿No quereis ir adelante?» No. «Luego ¿quereis volver atrás?» Tampoco. Pues ¿qué quieres? Quiero me estar asi como me estoy, ni quiero ser mejor ni tampoco peor. «Eso es querer lo que no puede ser (3). Porque en este mundo no hay cosa que pueda permanecer en un ser; de solo Dios es eso (4).» Todas las cosas del mundo están en continua mudanza (5). Y particularmente del hombre dice Job (6) que "nunca permanece en un ser ni en un estado." Y el mismo Cristo, dice San Bernardo (7), «¿por ventura estuvo parado?»

(1) Numquam justus arbitratur se comprehendisse, numquam dicit satis est. Sed semper esurit, sititque justitiam, ita ut si semper viveret, semper, quantum in se est, justior esse contenderet, semper de bono in melius proficere totis viribus conaretur. *Bern. Epist.* XXV, 3, *ad Abbatem Garin.*

(2) Ibunt de virtute in virtutem. *Ps.* LXXXIII, 8.

(3) Via impiorum tenebrosa, nesciunt ubi corruant. *Prov.* IV, 19.

(4) In via Dei non progredi, regredi est.

(5) Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro aptus est Regno Dei. *Luc.* IX, 62.

(1) Tandiu non relabimur retro, quandiu ad priora contendimus; at ubi coeperimus stare, descendimus, nostrumque non progredi reverti est. Si volumus non redire, currendum est. *August. Epist.* 34, *ad Demetriam virg.*

(2) Bern. *Epist.* 253 et 641.

(3) O Monache, non vis proficere?... Vis ergo deficere?... Hoc ergo vis, quod esse non potest.... Quid enim stat in hoc saeculo?

(4) Apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Ego Dominus, et non mutor. *Jac.* I, 17; *Malach.* III, 6.

(5) Omnes sicut vestimentum veterascent, et sicut opertorium mutabis eos, et mutabuntur, tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient. *Ps.* CII, 27.

(6) Fugit velut umbra, et nunquam in eodem statu permanet. *Job.* XIV, 2.

(7) Quandiu in terris visus est, et cum hominibus conversatus es, numquid stetit?

no. Dice de él el evangelista San Lucas (1) que "así como iba creciendo en edad, así iba creciendo en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres," esto es, dando con los efectos mayores muestras de sabiduría y santidad. Y el Profeta dice que se preparó para correr este camino (2). Pues si nosotros queremos permanecer con Cristo, habemos de andar al paso que él anduvo, dice San Juan (3). Pues si corriendo Cristo vos no correis tras él, sino que os estais parado, claro está que os ireis alejando y quedando muy atrás (4). Vió Jacob una escala que llegaba desde el suelo hasta el cielo y vió en ella ángeles; empero á ninguno vió sentado ni parado, sino que ó subian ó bajaban (5): solo Dios estaba sentado en lo alto de la escala; para darnos á entender, dice San Bernardo, que en esta vida en el camino de la virtud no hay medio entre subir y bajar, entre ir adelante y volver atrás, sino que por el mismo caso que uno no va adelante vuelve atrás, á la manera de la rueda de un torno que, en queriéndola parar, da vueltas atrás. Lo mismo dice el abad Teodoro, como refiere Casiano (6). Empero dirá alguno: bien dicho está y así será, pues lo dicen los Santos; pero todo eso parece que es hablar en parábolas y por figuras y enigmas; mas llana y claramente querríamos que nos declarásedes esa verdad (1). Que me place. Los Santos van declarando esto mas: Casiano lo declara con una buena comparacion, que es tambien de San Gregorio (2). Así como el que estuviese en medio de la canal de un impetuoso rio, si quisiese estarse quedo y no trabajase por subir agua arriba, estaria en gran peligro de irse tras la corriente agua abajo: así, dicen, es en el camino de la vida espiritual. Este camino es tan agua arriba y tan dificultoso á nuestra naturaleza estragada por el pecado, que el que no trabaja y se esfuerza por ir adelante, será llevado rio abajo de la corriente de sus pasiones, como el que navega contra marea y agua arriba, en dejando de bracear y remar para ir adelante, se halla muy atrás. "El reino de los cielos padece fuerza y los esforzados son los que le arrebatan (3)." Es menester ir siempre braceando y forcejeando contra la corriente de nuestras pasiones; y sino, luego nos hallaremos muy desmedrados y desaprovechados.

San Gerónimo y San Crisóstomo declaran esto mas con otra doctrina comun de los Santos y teólogos: y tráela Santo Tomás, tratando del estado de la Religion (4). Dice allí Santo Tomás que los religiosos están en estado de perfeccion. No que luego en siendo religiosos sean perfectos, sino que están obligados á aspirar y anhelar la perfeccion; y el que no procura de ser perfecto ni trata de eso, dice que es religioso fingido, porque no hace aquello á que vino á la Religion. No trato ahora de averiguar si pecaria mortalmente el religioso que dijese: «yo me contento con guardar los

(1) Et Jesus proficiebat sapientia, et aetate, et gratia apud Deum, et homines. *Luc.* II, 12.

(2) Exultavit ut gigas ad currendam viam. *Ps.* XVIII, 6.

(3) Qui dicit se in ipso manere, debet, sicut ille ambulavit, et ipse ambulare. I. *Joan.* II, 6.

(4) Si ergo illo currente tu gradum sistis, non Christo appropias, sed te magis elongas.

(5) Vidit scalam Jacob, et in scala angelos ubi nullus residens, nullus subsistens apparuit, sed vel ascendere vel descendere videbantur universi. *Gen.* XXVIII, 12.

(6) Debemus, inquit, ad virtutum studia irremissa cura, ac solicitudine nosmetipsos semper extendere, ipsisque nos jugiter exercitiis occupare, ne cessante profectu confestim diminutio subsequatur, ut enim diximus, in uno mens eodemque statu manere non praevalet. Id est, ut nec augmentum virtutum capiat nec detrimentum sustineat, non adquisisse enim minuisse est: quia desinens proficiendi appetitus non aberit a periculo recidendi. *Cassian. collat.* 6. *Abb. Theod.* c. 14.

(1) Edissere nobis parabolam istam.

(2) Cassian. *ubi sup.* Greg. III *p. Pastor. admon.* III.

(3) Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. *Matth.* XI, 12.

(4) S. Thom. 2-2, q. 184, art. 3, ad 2.

Mandamientos de Dios y mis votos esenciales; pero las demas reglas, qué no obligan á pecado, no las quiero guardar:» porque en eso hablan diferentemente los doctores. Unos dicen que pecaria mortalmente; otros dicen que, si no interviniese en ello algun género de menosprecio, no seria pecado mortal. Mas lo que es cierto y en lo que convienen todos es, que el religioso que tuviere esta voluntad y propósito será mal religioso, escandaloso y de mal ejemplo, y que moralmente está en grande peligro de caer en pecados mortales; porque "el que menosprecia y tiene en poco las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en las grandes (1)." Y para nuestro propósito basta esto, pues es harto volver atrás.

Para que se entienda esto mejor trae San Crisóstomo algunos ejemplos caseros. Si tuviésedes, dice (2), un esclavo, que ni es ladron, ni bebedor, mas antes es fiel y templado y sin vicio alguno, pero estáse sentado todo el dia en casa, no haciendo las cosas que tocan á su oficio, ¿quién duda, sino que será digno de ser castigado ásperamente, aunque no haga otro mal alguno, porque harto mal es no hacer lo que debe? Mas: si un labrador fuese muy hombre de bien en todo lo demas, pero si se estuviese con las manos en el seno y no quisiese sembrar, ni arar, ni cultivar las viñas, claro está que seria digno de reprension aunque no hiciese otro ningun mal, porque el no hacer lo que debe á su oficio lo juzgamos por harto mal. Mas: en vuestro mismo cuerpo, si tuviésedes una mano que no os hiciese daño ninguno, pero estuviese ociosa é inútil y no sirviese á los otros miembros del cuerpo, ¿no lo tendríades por harto mal? Pues de la misma manera es en las cosas espirituales. El religioso que acá en la Religion se está ocioso y mano sobre mano sin ir adelante, ni tratar de perfeccion, ni dar un paso en la virtud, es digno de grande reprension porque no hace lo que debe á su oficio y estado. El mismo no hacer bien es hacer mal. Y asi el mismo no ir adelante es volver atrás, pues falta á su obligacion y profesion. Mas: ¿qué mayor mal quieres en una tierra que ser estéril y no dar fruto ninguno, especialmente si es muy bien labrada y cultivada? Pues que una tierra como la vuestra, cultivada con tanta diligencia, regada con tantas lluvias de gracias celestiales, calentada con tantos rayos del sol de justicia, con todo eso no lleve fruto ninguno, sino que se haga un eriazo seco y sin fruto, ¿qué mayor mal quereis que esa esterilidad? Eso es dar mal por bien (1) á quien tanto debeis y á quien tantas mercedes os ha hecho.

Otra comparacion suelen traer para esto que parece lo declara bien. Asi como en la mar es un género de grave tempestad la calma y muy peligrosa para los navegantes, porque consumen la provision que llevan para el camino, y despues hállanse sin bastimento en medio de la mar, asi les acontece á los que, yendo navegando por el mar tempestuoso de este mundo, hacen calma en la virtud, no procurando ir adelante en ella; consumen y gastan lo adquirido, acábaseles la virtud que tienen, y despues hállanse sin nada en medio de muchas ondas y tempestades de tentaciones que se levantan y de ocasiones que se ofrecen, para las cuales tenian necesidad de mas provision y de mas caudal de virtud. ¡Ay del que ha hecho calma en la virtud! Comenzásteis á correr bien al principio cuando entrásteis en la Religion, y ya habeis encallado y hecho calma en la vir-

(1) Eccl. XIX, 1.
(2) Chrys. *serm. de virtut. et vitiis.*

(1) Retribuebant mihi mala pro bonis, sterilitatem animae meae. *Ps.* XXXIV, 12.

tud (1). Ya os haceis del antiguo y del cansado; ya os parece que estais rico y que os basta lo que teneis (2). Mirad que os queda mucho que andar (3), y se os ofrecerán muchas ocasiones para las cuales tendreis necesidad de mas humildad, de mas paciencia, de mas mortificacion é indiferencia, y os hallareis desapercibido y muy atrás, al tiempo de la mayor necesidad.

CAPITULO VII.

Que ayuda mucho para alcanzar la perfeccion olvidarse uno del bien pasado y poner los ojos en lo que le falta.

"El que es justo, procure de ser mas justo; y el que es santo, procure de ser mas santo (4)." San Gerónimo y Beda sobre aquellas palabras: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos (5)," dicen: «Claramente nos enseña Cristo nuestro Redentor en estas palabras, que nunca habemos de pensar que nos basta lo que tenemos, sino cada dia habemos de procurar ser mejores (6).» Esto es lo que nos dice el glorioso Evangelista San Juan en las palabras propuestas.

El Apóstol San Pablo, escribiendo á los filipenses, nos dá un medio muy á propósito para esto, del cual dice que usaba él: "Hermanos mios, yo no me tengo por perfecto." El Apóstol dice que no se tiene por perfecto; ¿quién se podrá tener por perfecto? "Yo, dice (1), no pienso que he alcanzado la perfeccion, empero procuro darme prisa para alcanzarla." ¿Y qué haceis para eso? ¿Sabeis qué? "Olvídome de lo pasado y pongo delante lo que me falta, y á eso me animo y lo procuro alcanzar."

Todos los Santos encomiendan mucho este medio. Al fin, como dado y usado del Apóstol. Dice San Gerónimo: «El que quiere ser santo, olvídese de todo el bien pasado que ha hecho y anímese á alcanzar lo que le falta. Dichoso es el que cada dia va aprovechando en la virtud y perfeccion; y ¿quién es ese? ¿Sabeis quién? el que no mira lo que hizo ayer, sino qué será bien hacer hoy para ir adelante (2)»

San Gregorio y San Bernardo declaran esto mas particular (3). Dos partes tiene este medio muy principales. La primera es que nos olvidemos del bien que habemos hecho hasta aqui y que no pongamos los ojos en eso. Y fué menester avisarnos de esto en particular, porque es cosa natural volver los ojos fácilmente á lo que mas nos deleita y quitarlos de lo que nos puede causar molestia. Y como el ver nuestro aprovechamiento y los bienes que nos parece haber hecho nos deleita, y el ver nuestra pobreza espiritual y lo mucho que nos falta nos entristece, por eso se nos van los ojos á mirar antes el bien que habemos hecho que lo que nos falta. Dice San Gregorio: «asi como el enfermo anda buscando lo mas blando y mullido de la cama, y lo mas fresco y gustoso para descansar,

(1) Currebatis bene, quis impedivit veritati non obedire? *Ad Galat.* V, 7.
(2) Jam saturati estis, jam divites facti estis. I. *ad Cor.* IV, 8.
(3) Grandis enim tibi restat via. II. *Reg.* XIX, 7.
(4) Qui justus est justificetur adhuc; et sanctus sanctificetur adhuc. *Apoc.* XXII, 11.
(5) Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur. *Matth.* V, 6.
(6) Apertissime nos instruit, nunquam nos satis justos aestimare debere et quotidianum justitiae semper amare profectum.

(1) Fratres: ego me non arbitror comprehendisse: unum autem, quae quidem retro sunt obliviscens, ad ea vero, quae sunt priora extendens me ipsum ad destinatum persequor, ad bravium supernae vocationis Dei in Christo Jesu. *Ad Phil.* III, 13.
(2) Quicumque sanctus quotidie in priora extenditur, et praeteritorum obliviscitur.—Foelix est qui quotidie proficit, qui non considerat, quid heri fecerit, sed quod hodie faciat, ut proficiat. *Hieron. super Ps.* LXXXIII. – *Basil. Epist. ad Chil.*
(3) *Greg.* l. 22. mor. c. 5.—*Bern.* ser. 1. de altit. et basitud. cordis.

asi es enfermedad del hombre y flaqueza é imperfeccion nuestra que nos holguemos y gustemos mas de mirar y pensar en el bien que habemos hecho que en lo que nos falta.» Y mas dice San Bernardo: «Entended que hay en eso muchos peligros. Porque si os poneis á mirar lo bueno que habeis hecho, de lo que servirá es de ensoberbeceros, pareciéndoos que sois algo, y de ahí vendreis luego á compararos con otros y á preferiros á ellos y aun á tenerlos á ellos en poco y á vos en mucho (1). Sino, miradlo en aquel fariseo del Evangelio, cuán mal le fué por ahí. Puso los ojos en lo bueno que tenia y pónese á contar sus virtudes: «gracias te doy, Señor, que no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, ni como este publicano que está aquí: ayuno dos veces á la semana, pago muy bien los diezmos y primicias.» «De verdad os digo, dice Cristo nuestro Redentor (2), que aquel publicano á quien él se antepuso salió de alli justo, y el que se tenia por justo salió condenado por malo y por injusto.» Esto es lo que pretende el demonio en poneros delante lo bueno que os parece que teneis. Pretende con ello que os tengais en algo, y os ensoberbezcais y que menospregieis á los otros y los tengais en poco para que asi quedeis condenado por soberbio y malo. Y mas: hay otro peligro, dice San Bernardo, en poner los ojos en el bien que habeis hecho y en lo que habeis trabajado; y es que os servirá esto de que os descuideis de ir adelante y andeis tibio y flojo en vuestro aprovechamiento, pareciéndoos que habeis trabajado harto en la Religion y que podais ya descansar. Asi como los caminantes cuando comienzan á cansarse del camino vuelven los ojos atrás á mirar cuánto han caminado, asi nosotros cuando nos cansamos y cuando entra en nosotros la tibieza, nos ponemos á mirar lo que dejamos atrás, y esto nos hace que nos contentemos con esto y que nos quedemos mas de asiento en nuestra flojedad.

Pues para huir estos inconvenientes y peligros, conviene mucho que no miremos al bien que habemos hecho, sino á lo que nos falta; porque la primera vista nos convida al descanso, y la segunda nos incita al trabajo. Esta es la segunda parte de este medio que nos da el Apóstol, que tengamos siempre puestos los ojos en lo que nos falta para que nos animemos y esforcemos á alcanzarlo: lo cual declaran los Santos con algunos ejemplos y comparaciones manuales. S. Gregorio dice (1): «asi como el deudor que debe mil ducados á otro no queda descansado ni descuidado con haber pagado los doscientos ó los cuatrocientos, antes siempre trae puestos los ojos en lo que le falta por pagar y eso es lo que le dá pena, y hasta acabar de pagar toda la deuda siempre anda con aquel cuidado: asi nosotros no habemos de mirar que con lo bueno que habemos hecho hasta aquí habemos ya pagado parte de la deuda que debemos á Dios, sino lo mucho que nos falta por pagar, y eso es lo que nos ha de dar cuidado y la espina que habemos de traer siempre atravesada en el corazon.» Mas dice San Gregorio: «asi como los peregrinos y buenos caminantes no miran lo que han andado, sino lo que les falta por andar, y eso llevan siempre delante de los ojos hasta acabar su jornada, asi nosotros, pues somos peregrinos y viandantes que caminamos á nuestra patria celestial, no habemos de mirar á lo que nos parece haber caminado, sino á lo que nos falta por caminar (2).»

(1) Si enim respicis ad ea, quae habes, elevaris in superbiam, dum te aliis praeponis; proficere negligis, quia magnum te habere arbitraris, et tepidus incipis deficere, et remissus agere. *Bernard.*

(2) Dico vobis, descendit hic justificatus in domum suam ab illo. *Luc.* XVIII, 11 et 14.

(1) Greg. lib. 32 Mor. c. 3.

(2) More itaque viatorum, nequaquam debemus

Mirad, dice San Gregorio, que á los que caminan y pretenden llegar á algun lugar, poco les aprovechará haber ya caminado mucho si no acaban lo que les falta. Y mirad tambien que el premio de la carrera que está señalado para los que corren mejor, no lo lleva el que en gran parte de ella corrió muy ligeramente si al fin de ella se cansó, asi tambien poco os aprovechará que hayais comenzado á correr bien si os cansais al medio de la carrera. Dice el Apóstol: "Procurad de correr de tal manera que alcanceis y consigais lo que pretendeis (1)." No tengais cuenta con lo que habeis corrido hasta aqui, sino echad siempre los ojos al puesto y término donde caminais, que es la perfeccion, y mirad lo mucho que os falta, y de esa manera caminareis bien. Dice San Crisóstomo: «Quien considera que no ha llegado al puesto, no deja jamás de correr (2).»

San Bernardo dice (3) que habemos de ser como los mercaderes y negociantes del mundo. Vereis un mercador, un hombre de negocios que anda con tanto cuidado y diligencia para ganar y acrecentar cada dia su hacienda, que no hace cuenta de lo que ha ganado y adquirido hasta allí, ni de los trabajos que le ha costado, sino todo su cuidado y solicitud pone en ganar de nuevo y en acrecentar cada dia mas y mas, como si hasta allí no hubiera hecho ni ganado nada: pues de esa manera, dice, habemos de hacer nosotros. Todo nuestro cuidado ha de ser cómo acrecentaremos cada dia nuestro caudal, cómo nos aventajaremos cada dia mas en humildad, en caridad, en mortificacion y en todas las demas virtudes, como buenos mercaderes espirituales, no haciendo cuenta de lo trabajado y adquirido hasta aqui. Y asi dice Cristo nuestro Redentor que es semejante el reino de los cielos á un hombre de negocios, y nos manda que negociemos (1).

Y para que llevemos adelante esta comparacion del mercader, pues nos la pone el Sagrado Evangelio, mirad cómo los mercaderes y hombres de negocios del mundo andan con tanto cuidado y solicitud que no pierden punto ni dejan pasar ocasion en que puedan acrecentar su caudal que no lo hagan, y hacedlo vos asi. No perdais punto ni dejeis pasar ocasion en que os podais aprovechar que no lo hagais. «Todos nos animemos para no perder punto de perfeccion que con la divina gracia podamos alcanzar,» como nos lo encomienda nuestro santo Padre (2). No habeis de dejar pasar ninguna ocasion de que no procureis sacar alguna ganancia espiritual, de la palabrilla que os dijo el otro, de la obediencia que os ordenaron contra vuestra voluntad, de la ocasion que se os ofreció de humildad. Todas esas son ganancias vuestras, y vos habíades de andar á buscar y comprar estas ocasiones; y el dia que mas se os hubieren ofrecido os habeis de ir á acostar mas contento y alegre, como lo hace el mercader el dia que se le han ofrecido mas ocasiones de ganar, porque aquel dia le ha ido bien en su oficio. Asi tambien este dia os ha ido á vos bien en vuestro oficio de religioso si os habeis sabido aprovechar. Y asi como el mercader no mira si el otro pierde, ni si se enoja con él por eso, sino solamente tiene cuenta con su ganancia y de eso se alegra, asi vos no mireis si el otro hizo bien ó mal en daros aquella ocasion, ni si tuvo razon ó no, ni os indigneis contra él, sino alegraos de vuestra ganancia.

¡Qué lejos estaríamos de tentarnos y

aspicere quantum jam iter egimus; sed quantum superest, ut peragamus.

(1) Sic currite ut comprehendatis, II *ad Cor.* IX, 24.

(2) Chrys. *hom.* 22. *sup. Epist. ad Roman.* tom. 4.

(3) Bern. *serm.* 1. *de ali. et bas. cordis.*

(1) Negotiamini dum venio. *Matth.* XIII, 45.—*Luc.* XIX, 13.

(2) 6 p. const. c. 1, §. 1, et Reg. 15 sumar.

perder la paz cuando se nos ofrecen semejantes ocasiones si anduviésemos asi! Porque si lo que nos podia entristecer y quitar la paz, eso es lo que nosotros deseamos y andamos á buscar, ¿qué cosa nos podrá turbar y quitar la paz?

Mas: mirad cómo el mercader anda tan embebecido en sus ganancias, que no parece que piensa en otra cosa, y en todos los casos y ocurrencias que se ofrecen luégo se le van los ojos y el corazon á ver cómo podrá sacar de alli alguna ganancia: comiendo está y está pensando en ello, y con ese pensamiento y cuidado se acuesta, y con ese despierta de noche y se levanta á la mañana y anda todo el dia. Pues de esa manera habemos de andar nosotros en el negocio de nuestras almas, que en todos los casos y ocurrencias que se ofrecieren, luego se nos vayan los ojos y el corazon á ver cómo podremos sacar de alli alguna ganancia espiritual. Comiendo habemos de estar y pensando en esto, y con este pensamiento y cuidado nos habemos de acostar y levantar, y andar todo el dia y toda la vida. Porque ese es nuestro negocio y nuestro tesoro, y no hay otro que buscar. Añade San Buenaventura (1), que asi como el mercader no halla juntamente todo lo que desea y ha menester en un mercado ó feria, sino en diversas; asi el religioso no solamente ha de buscar su aprovechamiento y perfeccion en la oracion y en el consuelo espiritual, sino tambien en la tentacion y en el trabajo y oficio y en todas las ocasiones que se le ofrecen.

¡Oh, si buscásemos y procurásemos de esta manera la virtud! ¡Cuán presto nos hallaríamos ricos! "Si buscáredes, dice el Sábio (2), la virtud y perfeccion, que es la verdadera sabiduría, con la diligencia y cuidado que los hombres del mundo buscan el dinero y caban las minas y tesoros, sin duda dareis con ella." Y no nos pide mucho el Señor en esto, dice San Bernardo, pues para alcanzar la verdadera sabiduría y el verdadero tesoro que es el mismo Dios, no nos pide mas cuidado y diligencia de la que los hombres del mundo ponen en alcanzar las riquezas perecederas que están sujetas á polilla y á ladrones y que mañana se han de acabar; habiendo de ser tanto mayor la codicia y deseo de los bienes espirituales y el cuidado en alcanzarlos, cuanto ellos son mayores y mas preciosos que los temporales. Y asi, llora esto muy bien el santo: «Gran confusion y vergüenza nuestra es ver que los mundanos buscan con mas diligencia y cuidado las cosas temporales y aun los vicios y pecados, que nosotros la virtud, y que con mas prontitud y ligereza corren ellos para la muerte que nosotros para la vida (1).»

Cuéntase en la Historia eclesiástica (2) del abad Pambo, que viniendo á la ciudad de Alejandria, encontró con una muger mundana y vió que iba muy compuesta y aderezada, y comenzó á llorar y gemir: ¡ay de mi! ¡ay miserable de mí! Preguntáronle sus discípulos: Padre, ¿por qué lloras? Dice él: «¿No quereis que llore, que veo que esta pone mas cuidado en componerse para agradar á los hombres que yo para agradar á Dios. Veo que trabaja mas aquella para enredar á los hombres y llevarlos al infierno que yo para llevarlos al cielo.» Y del P. Francisco Javier (a), varon apostólico, leemos (3) que se avergonzaba y cor-

(1) Bon. t. 2, *Op.*; l. 2. *de Prof. Relig.* c. 1.
(2) Si quaesieris eam quasi pecuniam, et sicut thesauros efoderis illam, tunc intelliges timorem Domini et scientiam Dei invenies. *Prov.* II, 4.

(1) Magna confusio, magna valde, quod ardentius illi perniciosa desiderant quam nos utilia: citius illi ad mortem properant quam nos ad vitam. *Bern. Ser. 1 de alt. et bas. cordis et Epist.* 341.
(2) *Hist. Eccl.* p. 2, l. 6, c. 1.—*Idem legitur de Ab. Nonno in vita* S. Pelag.
(a) Es ya san Francisco Javier. *(N. del E.)*
(3) *In vita* P. Franc. Xav. l. 3, c. 16.

ria de ver que primero habian ido los mercaderes á Japón á llevar sus mercaderías caducas y perecederas que él á llevar los tesoros y riquezas del Evangelio para dilatar la Fé y ensanchar y amplificar el reino de los cielos. Pues confundámonos y avergoncémonos nosotros que los hijos de este siglo sean mas prudentes y diligentes en las cosas del mundo que nosotros en las de Dios (1). Y bástenos esto para salir de nuestra tibieza y flojedad.

CAPITULO VIII.

Que ayuda mucho para alcanzar la perfeccion poner los ojos en las cosas altas y aventajadas.

Ayudaranos tambien mucho, para aprovechar y alcanzar la perfeccion, poner siempre los ojos en cosas altas y de grande perfeccion, conforme á aquello que nos aconseja el Apóstol San Pablo escribiendo á los de Corinto (2): "Apercebios y disponeos para cosas mayores; acometed y emprended cosas grandes y escelentes. Este medio es de mucha importancia, porque es menester que pasemos muy adelante con nuestros designios y deseos para que con la obra lleguemos siquiera á lo que es razon. Entenderase bien lo que queremos decir y la importancia y necesidad de este medio con una comparacion manual. Cuando un arco ó ballesta está floja, para dar en el blanco es menester asestar un palmo ó dos mas arriba, porque está floja la cuerda, y asi no llega donde quereis, y asestando mas alto viene á dar en el blanco. Asi nosotros somos como el arco ó ballesta floja; estamos tan flacos y tan flojos que para venir á dar en el blanco, es menester asestar muy alto. Quedó el hombre por el pecado tan miserable que para llegar á tener una mediania en la virtud, es menester que con los propósitos y deseos pase muy mas adelante. Dice el otro: «Yo no pretendo sino no hacer pecado mortal; no quiero mas perfeccion.» Mucho me temo que aun no habeis de llegar ahí; porque está floja la ballesta. Si asestárades mas alto, pudiera ser que llegárades ahí; mas no asestando mas adelante, témome que os habeis de quedar atrás. En mucho peligro estais de caer en pecado mortal. El religioso que pretende guardar no solamente los Mandamientos de Dios, sino tambien sus consejos, y que pretende guardarse no solo de los pecados mortales, sino tambien de los veniales y de las imperfecciones, este lleva buen camino para no caer en pecado mortal, porque asestó mucho mas alto; y cuando por su flaqueza no llegare á donde propuso y quedare algo atras, faltará en una cosa de consejo, en una reglita ó en una imperfeccion, ó en algun pecado venial. Pero el otro, que solamente asestó á no hacer pecado mortal, cuando quedare atrás por estar el arco y la ballesta floja, caerá en algun pecado mortal. Y por esto vemos á los del mundo tan caidos en pecados mortales, y á los buenos religiosos por la bondad del Señor tan libres y apartados de ellos. Y este es uno de los bienes grandes que tenemos en la Religion y por el cual debemos dar muchas gracias al Señor que nos trajo á ella. Aunque no hubiera otro bien en la Religion, sino este, bastaba para vivir con gran consuelo y contento y para tener por gran merced y beneficio del Señor el habernos traido á ella: porque acá, confio en el Señor, que se os pasará toda la vida sin caer en pecado mortal, y si estuviérais en el mundo, quizá no se os pasara un año, ni aun un mes, ni aun por ventura una semana.

Por aquí se entenderá tambien el peli-

(1) Quia filii hujus saeculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt.

(2) Aemulamini autem charismata meliora, et adhuc excellentiorem viam vobis demonstro. I ad Cor. XII, 31.

gro del religioso tibio y flojo que no se le dá nada de quebrantar las reglas ni tratar de cosas de perfeccion. Porque este tal, muy cerca está de caer en alguna cosa grave. Pues si quereis aprovechar, poned los ojos en alcanzar una perfectísima humildad hasta llegar á recibir con alegría los desprecios y las deshonras; ¡y plega al Señor que con todo eso llegueis á sufrirlas con paciencia! Poned los ojos en alcanzar una perfectísima obediencia de voluntad y entendimiento, y ¡ojalá no falteis algunas veces en la ejecucion de la obediencia y en la puntualidad de ella! Procurad de resignaros y poneros indiferente para cosas grandes y dificultosas que se podrian ofrecer, ¡y plega al Señor que lo esteis despues para las ordinarias y comunes que cada dia se ofrecen!

Esta dice San Agustin (1) que fué la traza de Dios en ponernos al principio y por el primero de los Mandamientos el mas alto y mas perfecto de todos. "Amarás á Dios con todo tu corazon, con toda tu voluntad, con toda tu ánima y con todas tus fuerzas (2). Este es el mayor de todos los Mandamientos (3) y el fin de todos ellos (4)." Y es tan grande la escelencia de este Mandamiento, que dicen los teólogos y los Santos (5), que su última perfeccion no es de esta vida, sino de la otra. Porque aquel no ocuparnos en otra cosa sino en Dios y tener siempre empleado todo nuestro corazon, toda nuestra voluntad y entendimiento, y todas nuestras fuerzas en estarle amando, es del estado de la bienaventuranza: no podemos en esta vida llegar á tanto como eso, porque habemos de acudir por fuerza á las obligaciones del cuerpo; y con ser este tan alto Mandamiento y de tan grande perfeccion, con todo eso nos le pone el Señor delante y por el primero de todos para que entendamos hasta donde nos habemos de estender y á dónde debemos de procurar llegar. Para eso, dice San Agustin (1), nos puso Dios luego al principio delante de los ojos este mandamiento tan grande y tan alto, para que puestos los ojos en tan alto fin y en tan grande perfeccion, procuremos de estender el brazo y tirar la barra lo mas que pudiéremos. Porque cuanto mas alto asestáremos, menos cortos quedaremos.

Sobre aquellas palabras del Profeta: "Bienaventurado el varon á quien tú ayudaste con el ausilio de tu gracia que dispuso subir en su corazon (2);" dice San Gerónimo: «El varon justo y santo siempre pone los ojos en subir é ir adelante en la perfeccion, y eso es lo que trae atravesado en el corazon (3),» conforme aquello del Sábio: "Los pensamientos del robusto siempre en la abundancia (4)." Pero el pecador y el imperfecto no trata de eso, conténtase con una vida comun; cuando mucho, pone los ojos en ser mediano, y de ahí viene á desdecir y á bajar. Y asi dice Gerson: «Es voz de muchos; bástame una vida comun, yo no quiero sino salvarme, esotras perfecciones grandes y escelentes quédense para los Apóstoles y para los grandes Santos, que yo no pretendo volar tan alto sino irme por un camino llano y carretero (5). Esa es voz de los

(1) Augus. *l. de pers. just. ratio cina. 16. tom.* 7.
(2) Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua. *Deut.* 6, 5; *Luc.* 10, 27; *Matth.* 22, 37.
(3) Hoc est maximum, et primum mandatum. *Matth.* 22, 37.
(4) Finis praecepti est charitas. *I ad Timotth.* I, 5.
(5) S. Thom. II, 2, c. 184, art. 3, ad. II.

(1) Cur nobis praecipiatur quod Deus ex toto corde diligatur, etiam si hoc praeceptum in hac vita non possit impleri, quia non recte curritur, si quo currendum est nesciatur. *San Aug.*
(2) Beatus vir, cujus est auxilium abs te, ascensiones in corde suo disposuit. *Ps.* XVIII, 5.
(3) Sanctus ponit ascensiones in corde suo: peccator descensiones. *Hieronym.*
(4) Cogitationes robusti semper in abundantia. *Prov.* XXI, 5.
(5) Vox multorum est, sufficit mihi vita communis, si cum imis salvari potero satis est. Nolo merita Apostolorum, nolo volare per summa, incedere per planiora contentus sum. *Gers. Tract. de mist. theol. pract. indust. seu consid.* 4.

imperfectos, que esos son los muchos, porque los perfectos son pocos:» "Muchos son los llamados y pocos los escogidos (1)" Dice Cristo Nuestro Redentor en el Evangelio (2): "La puerta y el camino que lleva á la perfeccion y á la vida es angosta y estrecha, y asi son pocos los que entran por ella. Pero el camino comun de la tibieza es muy ancho y asi caminan muchos por él." Esos, dice San Agustin (3) que son los que llama el Profeta "animales del campo (4)," porque se quieren andar en el campo lugar ancho y espacioso, y no quieren entrar en regla ni en pretina: y asi dice Gerson, que en esta sola voz «bástame una vida comun, yo me contento con salvarme, no quiero mas perfeccion»; muestra uno bien su imperfeccion, pues no pretende entrar por la puerta angosta. Y estos tales, que por su tibieza les parece que les basta salvarse con los medianos, han, dice, de temer mucho no sean condenados con las vírgenes locas que se descuidaron y se durmieron, y con el siervo perezoso que se contentó con guardar y enterrar el talento que le fué dado y no quiso negociar ni grangear con él: quitáronle el talento que tenia y echáronle en las tinieblas esteriores (5). No se lee en el Evangelio otra causa de su condenacion, sino porque no quiso acrecentar el talento que le dieron.

Para que mejor se vea cuán feo y vergonzoso es el estado de estos, trae Gerson este ejemplo: Imaginad, dice, que un padre de familias muy generoso y rico tiene muchos hijos, y todos ellos muy bastantes para adelantar su casa y honrar su linage con la industria y buenas partes que tienen; y todos lo hacen asi, salvo uno de ellos, que haciendo todos los demás lo que deben á hijos de quien son, él solo de pereza y flojedad se quiere estar sentado y holgando en casa, y no quiere hacer cosa alguna digna de su ingenio y de la nobleza de su padre para aumento de su casa, pudiéndolo hacer tan bien como todos los demás si quisiese: sino dice que le basta lo que tiene para una mediana pasadía, y que no quiere mas honra ni mas acrecentamiento, ni trabajar mas para eso. El padre llámale, ruégale y persuádele que tenga mas altos pensamientos; pónele delante su habilidad, ingenio y buenas partes, la nobleza de su linage, el ejemplo de sus antepasados y de sus hermanos presentes: si con todo eso él no quisiese salir de tras los tizones ni procurar valer mas, claro está que daria mucho enojo á su Padre. Pues asi, siendo nosotros hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, estános, dice Gerson, nuestro Padre celestial exhortando y animando á la perfeccion: hijos mios, no os contenteis con una vida comun: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (1);" mirad á la generosidad y perfeccion de vuestro Padre, y haced como hijos de quien sois, "para que se os eche de ver que sois hijos de vuestro Padre que está en los cielos (2)." Mirad el ejemplo de vuestros hermanos; si quereis poner los ojos en vuestro hermano mayor, que es Jesucristo, él es el que honró todo nuestro linage, aunque le costó su sangre y su vida, empero á trueque de esto la dió por bien empleada. Y si os deslumbra tan alto ejemplo, poned los ojos en los demas hermanos vuestros tan flacos como vos, nacidos en pecado como vos, llenos de pasiones y tentaciones y malas inclinaciones

(1) Multi sunt vocati, pauci vero electi *Matth.* XX., 16.
(2) Et lata porta, et spatiosa via est, quae ducit ad perditionem, et multi sunt, qui intrant per eam: quam angusta porta, et arcta via est, quae ducit ad vitam, et pauci sunt, qui inveniunt eam.
(3) August. *in Ps.* 8.
(4) Pecora campi. *Psal.* VIII, 8.
(5) *Matth.* XIV, 12 et 30.

(1) Estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester coelestis perfectus est. *Matth* V, 48.
(2) Ut sitis filii Patris vestri, qui in coelis est *Matth.* V, 45.

como vos, que para esto la Iglesia nuestra Madre nos pone delante el ejemplo de los Santos y celebra fiesta de ellos. Y si lo quereis tomar de mas cerca, mirad los ejemplos de vuestros hermanos nacidos de un mismo vientre, de una misma religion y Compañía. Poned los ojos en un P. (S.) Ignacio, en un Francisco Javier y Francisco de Borja, en un Edmundo Campiano y en otros semejantes que sabeis. Procurad de imitarlos, no seais vos deshonra de vuestro linage y de vuestra Religion. El que con todo eso no se anima á hacer obras de valor, sino que se contenta con una vida ordinaria y comun, ¿no está claro que cuanto es de su parte dará descontento y enojo al mismo Dios, que es nuestro Padre, y mal ejemplo á sus hermanos, y que merece que el Padre celestial no le conozca por hijo y que los hermanos no le conozcan por hermano?

Pues esto es lo que vamos diciendo, que tengamos pensamientos altos y generosos, y pongamos siempre los ojos y el corazon en cosas grandes y aventajadas, para que ya que por nuestra flaqueza no lleguemos á tanto, á lo menos no quedemos tan cortos ni tan atrás. Hayámonos en esto al modo que se han los que venden las mercaderías, que suelen pedir al principio mas de lo justo para que asi les vengan á dar lo que es justo, y los que tratan algunos conciertos que suelen al principio pedir mas de lo que es razon para que asi lleguen los otros á lo que es razon, conforme á lo que dice el proverbio: «Pedid lo injusto ó mas de lo que es justo, para que asi os vengan á dar lo justo (1).» Pues asi acá: no digo yo que vos pidais lo injusto, sino lo justísimo. Poned los ojos en lo muy justo para que asi vengais siquiera á lo que es justo. Pedid y desead lo mas precioso para que asi vengais á lo mediano, porque si solo poneis los ojos en lo que es mediano y no os estendeis á mas, aun ahí no llegareis, sino que os quedareis muy atrás.

De aqui se entenderá cuán importante es en las exhortaciones y pláticas espirituales que hacemos tratar cosas de grande perfeccion exhortando á una profundísima humildad que llegue hasta el último grado, y á una perfecta mortificacion de todas nuestras pasiones y apetitos, y á una entera conformidad con la voluntad de Dios, que no haya en nosotros otro querer ni otro no querer, sino lo que Dios quiere ó no quiere, y que ese sea todo nuestro contento y regocijo, y asi en las demas virtudes. Podria decir alguno: «¿para qué es platicar y predicar cosas tan altas á gente flaca y algunas veces á gente que comienza? Si nos dijésedes cosas proporcionadas á nuestra flaqueza, cosas llanas y fáciles, podria ser que las tomásemos; pero esas perfecciones que llegan hasta el tercero cielo, parécenos que no dicen ni hablan con nosotros, sino con un Apóstol San Pablo y con otros semejantes.» No teneis razon; á vos dicen esas perfecciones, y con vos hablamos cuando tratamos de ellas. Antes por esa misma razon que alegais para que no os las digamos, os las habemos de decir. Vos decis que porque sois flaco no os digamos cosas tan altas: yo digo que porque sois flaco es menester platicaros y poneros delante esas cosas altas y de grande perfeccion, para que poniendo los ojos en ellas, vengais siquiera á llegar á lo que es razon y no quedeis tan bajo y tan corto en la virtud.

Para esto ayuda tambien mucho leer y oir las vidas y ejemplos de los Santos, y considerar sus virtudes escelentes y heróicas. Y para eso nos las propone la Iglesia, para que ya que no lleguemos á tanto como ellos, á lo menos nos animemos á salir de nuestra tibieza. Y trae esto otro provecho consigo, que andaremos siquiera confundidos y humillados, considerando la pureza de vida de los Santos y viendo cuán lejos es-

(1) Iniquam petas, ut justum feras.

tamos nosotros de llegar á lo que ellos llegaron. Dice esto muy bien San Gregorio sobre aquellas palabras de Job: "Mirará los hombres justos y santos y tendráse por pecador (1):" humillarse y confundirse há viendo sus grandes ejemplos. Asi como los pobres conocen mas claramente su pobreza cuando ven los tesoros de los ricos y poderosos, así, dice San Gregorio (2), el ánima se humilla y conoce mas su pobreza cuando considera los ejemplos ilustres y vidas memorables de los Santos. Del bienaventurado San Antonio Abad, cuenta San Gerónimo (3), que viniendo de visitar á San Pablo primer hermitaño, y habiendo visto su santidad tan grande, le salieron á recibir sus discípulos diciendo: «¿A dónde has estado, Padre?» Respondió el Santo llorando: «¡ay de mí, pecador, qué falsamente tengo el nombre de religioso! visto hé á Elías y visto hé al Bautista en el desierto, pues he visto á Pablo en el Paraiso.» Y del gran Macario se lee otra cosa semejante, que habiendo visitado unos monges y visto su grande perfeccion, lloraba despues con sus discípulos, diciendo: «Visto hé unos monges, aquellos son monges, yo no soy monge: ¡ay de mí! ¡qué falsamente tengo el nombre de monge (4)!» Pues lo que decian estos Santos por su mucha humildad, podemos nosotros decir con mas verdad si consideramos el ejemplo de los Santos y sus heróicas virtudes. De manera que, ó habemos de procurar imitar aquella perfeccion, ó habemos de suplir con humildad y confusion lo que nos falta, y así por todas partes nos ayudará mucho este medio.

CAPITULO IX.

Cuánto importa hacer caso de cosas pequeñas y no las menospreciar.

"El que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer (1)." Este es un punto de mucha importancia, especialmente para los que tratan de perfeccion; porque las cosas mayores de suyo se están encomendadas, pero en las menores solemos mas facilmente descuidarnos y tenerlas en poco, pareciéndonos que hace poco al caso y que va poco en ello; y es un engaño muy grande, que no va sino mucho. Y asi nos avisa el Espíritu Santo por el Sábio en estas palabras: que nos guardemos de este peligro, porque el que menosprecia las cosas pequeñas y no hace caso de ellas, poco á poco vendrá á caer en las grandes. Basta esta razon para persuadirnos y ponernos temor, pues es razon y aviso del Espíritu Santo. S. Bernardo trata muy bien este punto. De faltas pequeñas comienzan los que vienen despues á caer en grandes males (2). Desengañaos (dice) que verdadera es aquella sentencia comun: «ninguno de repente, comunmente hablando, viene á ser ni muy malo ni muy bueno, sino poco á poco va creciendo el bien y el mal (3).» Asi como las enfermedades grandes del cuerpo poco á poco se van engendrando, asi las enfermedades espirituales y males grandes del alma se van tambien engendrando poco á poco. Y asi, cuando viéredes algunas caidas grandes de algunos siervos de Dios, no penseis, dice el Santo (4), que entonces comenzó el daño, que nunca uno que ha perseverado y vivido mucho tiempo bien vino á resbalar y caer en alguna cosa grave de repente, sino por haberse descuidado primero en cosas menudas y pequeñas, con las cuales se fué enflaqueciendo poco á poco la virtud de su ánima, y mereció que Dios levantase un poco la mano de él, y asi pudo fácilmente ser

(1) Respiciet homines, et dicet, peccavi. *Job.* XXXIII, 27.
(2) *Greg.* lib. 24. Mor., c. 9.
(3) Hier. in vita Paul. prim. heremit.
(4) Vidi Monachos, non sum ego Monachus. *Machar.*

(1) Qui spernit modica paulatim decidet. *Eccl.* XIX, 1.
(2) A minimis incipiunt, qui in maxima proruunt. *Bern.* de ord. vitae, et morum instit.
(3) Nemo repente fit summus.
(4) Bern. *ser. contra pessimum vitium ingrat.*

vencido despues en la tentacion grande que se le ofreció.

Casiano declara esto con una comparacion muy propia, y es comparacion del Espíritu Santo. Las casas, dice (1), no se caen de repente; sino primero comienzan por unas pequeñas goteras, y estas van poco á poco pudriendo las maderas del edificio y penetrando las paredes y enterneciéndolas, desmoronándolas hasta llegar á los fundamentos. Y asi viene la casa á arruinarse y á dar consigo en tierra una noche. Por pereza de no reparar la casa al principio cuando era pequeño el daño, por no trastejarla y quitar las goteras, vino á amanecer caida una mañana (2). De esa misma manera, dice Casiano, vienen los hombres á dar grandes caidas y parar en grandes males. Entran primero nuestras aficioncillas y nuestras pasiones como unas pequeñas goteras, y van poco á poco penetrando y enterneciendo y enflaqueciendo la virtud de nuestra ánima, y asi viene á arruinarse todo el edificio por solo no querer uno al principio repararse cuando era pequeño el daño, porque se descuidó de quitar unas pequeñas goteras. Porque no quiso hacer caso de cosas menudas, por ahi vino á amanecer un dia tentado y otro fuera de la Religion. ¡Pluguiera á Dios que no esperimentáramos esto tanto! Verdaderamente grande temor y espanto pone ver las cosas tan menudas por donde comenzó la perdicion de algunos que vinieron á grande mal. Sabe mucho el demonio, no acomete él de primera instancia á los siervos de Dios con cosas graves; mas astuto es que eso; poco á poco y sin sentir, con cosas pequeñas y menudas hace él mejor su hecho que si acometiese con cosas grandes, porque si luego les entrase con pecados mortales, seria fácilmente sentido y despedido; y entrando por cosas pequeñas y menudas, ni es sentido ni despedido, sino admitido.

Por esto dice San Gregorio (1) que en parte es mayor peligro el de las culpas pequeñas que el de las grandes. Porque estas, cuanto mas claramente se conocen, tanto con el conocimiento del mayor mal mueven mas á que se eviten y á que mas presto se enmienden cuando uno cae en ellas. Mas las culpas pequeñas, cuanto menos se conocen, menos se evitan; y como no se tienen en nada, repítense y estase uno en ellas de asiento y nunca acaba de resolverse varonilmente en desecharlas de sí. Y asi, presto de pequeñas se vienen á hacer grandes (2).

Concuerda muy bien con esto San Crisóstomo. Dice una cosa que llama él maravillosa (3). «Una cosa maravillosa me atrevo á decir que os parecerá nueva y nunca oida; y es que algunas veces es menester que pongamos mas cuidado y diligencia en evitar los pecados pequeños que los grandes, porque los grandes ellos de suyo traen consigo un horror para que los aborrezcamos y huyamos de ellos; pero esotros por el mismo caso que son pequeños, nos hacen flojos y negligentes, y como los tenemos en poco, nunca acabamos de salir de ellos, y asi nos vienen á hacer grande daño.»

Pues por eso estima tanto esto el demonio, y entra y acomete por ahí á los religiosos y siervos de Dios. Y tambien porque sabe él muy bien que por ahí tendrá

(1) Cas. *collat.* 6. *Abbat. Theod.*
(2) In pigritiis humiliabitur contignatio, et in infirmitate manuum perstillabit domus. *Eccl.* X, 18.

(1) Greg. III. *p. Pastor. admon.* 35.
(2) S. Catal. de Sena *en los Dial.* c. 172. El P. M. Ávila, *tom.* II *de las Epistolas.*
(3) Mirabile quidem et inauditum dicere audeo: solet mihi nonnumquam, non tanto studio magna videri esse peccata vitanda, quanto parva et vilia: illa enim, ut aversemur ipsa peccati natura elicit, haec autem hac ipsa re quia parva sunt, desides reddunt, et dum contemnuntur, non potest ad expulsionem eorum animus generose insurgere; unde cito ex parvis maxima fiunt negligentia nostra. *Crysost. hom.* 87, *super Matth.*

entrada para venir á hacerlos despues caer en cosas mayores. Y así dice San Agustin: «¿Qué importa que por pequeño ó grande agujero haya entrado el agua en el navío si al fin se hunde? No se me da mas uno que otro, porque todo viene á ser lo mismo (1).» Así no se le da mas al demonio entraros por cosas pequeñas que por grandes, si al fin alcanza lo que pretende, que es derribaros y hundiros. «De unas pequeñas gotas de agua multiplicadas se vienen á hacer unas crecientes y avenidas tan grandes que echan por tierra los grandes muros y los edificios y castillos fuertes. Por un pequeño agujero y por un resquicio y hendidura ocultamente y poco á poco se entra el agua en el navío hasta que da con él á fondo,» dice San Buenaventura (2).

Por lo cual dice San Agustin (3): que así como cuando el navío hace agua, es menester estar siempre dando á la bomba, sacando el agua para que no se hunda, así nosotros con la oracion y exámen habemos de andar siempre quitando las faltas é imperfecciones, que se nos van entrando poco á poco, para que no nos hundan y aneguen. Ese ha de ser el ejercicio del religioso, siempre es menester dar á la bomba, y sino corremos mucho riesgo. Y en otra parte dice (4): «Habeis huido y escapado de las olas y tempestades y peligros grandes que hay en ese mar tempestuoso del mundo; mirad no vengais acá en el puerto de la Religion á encallar en la arena: mirad no vengais á peligrar y á perderos por unas cosas menudas y pequeñas, porque de esa manera poco os aprovechará el haber huido y escapado de las grandes, como aprovechará poco que el navío se haya escapado de grandes peligros y tempestades, y de grandes rocas y peñascos, si despues en el puerto viene á encallar en la arena.»

(1) Quid enim interest ad naufragium, utrum uno grandi fluctu navis operiatur, et obruatur, an paulatim subrepens aqua in sentinam, et per negligentiam derelicta, atque contempta implet navem, atque submergat. *Aug. Epist.* 108, *ad Seleucianam; et habet. de poenit. Dis.* 1, cap. *Tres sunt.*

(2) Ex minimis gutis multiplicatis innundationes aquarum fiunt, quae etiam magna aliquando maenia subruunt: per modicam rimam aqua latenter in navem influit, donec submergatur. *S. Bon. proc. rel.* 5, c. 10.

(3) Aug. super illud. *Ps.* 66, *et gentes in terra dirlipis.*

(4) Praecavisti magna: de minutis quid agis? An non times minuta? Projecisti molem, vide ne arena obruaris. *Aug. Ps.* 39, circa illud *Multiplic. sunt super capillos capitis mei.*

CAPITULO X.

De otra razon muy principal por la cual nos importa mucho hacer caso de cosas pequeñas.

Importa tambien mucho el hacer caso de cosas pequeñas por otra razon muy principal, y es que si nosotros somos descuidados y negligentes en las cosas pequeñas, y hacemos poco caso de ellas, tenemos mucho que temer no nos niegue Dios por eso sus particulares y especiales auxilios y gracias, así para resistir á las tentaciones y no caer en pecado, como para alcanzar la virtud y perfeccion que deseamos, y así vengamos á grande mal.

Para que mejor se entienda esto, es menester presuponer una teología muy buena, que nos enseña el Apóstol San Pablo escribiendo á los de Corinto (1): que Dios nuestro Señor nunca niega á nadie el auxilio y socorro sobrenatural necesario y suficiente para que si quiere no sea vencido de la tentacion, sino que pueda resistir y quedar con victoria. "Fiel es Dios, dice el Apóstol, bien seguros podeis estar que no permitirá el que seais tentados mas de lo que podeis llevar, y si añadiere mayores trabajos y viniere a mayores tentaciones, añadirá tambien mayor socorro y favor para que podais salir de ellas, no solo sin daño, sino con mucho

(1) Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere. I. *ad Cor.* X, 13.

provecho y acrecentamiento." Empero hay otro auxilio y socorro de Dios mas especial y particular, sin el cual podria uno resistir y vencer la tentacion, si se ayudase como debe, del primer auxilio sobrenatural que es mas general; mas muchas veces no resistirá uno á la tentacion con aquel auxilio primero, si no le da Dios esotro mas particular y especial, no porque no puede, sino porque no quiere, que si él quisiese, bien podria con aquel auxilio primero resistir, porque es suficiente para ello si él se ayudase de él como debe, y asi entonces el caer y ser vencido de la tentacion será por culpa suya, porque cae por su voluntad, y si Dios le diera entonces esotro auxilio especial no cayera.

Pues viniendo á nuestro punto, este segundo auxilio y socorro especial superabundante y eficaz no le da Dios á todos, ni todas veces, porque es liberalidad y gracia particularísima suya, y asi darála Dios á los que él fuere servido, darála á los que fueren liberales con él, conforme aquello del Profeta: "Con el santo, Señor, sereis santo; con el varon inocente, sereis inocente; con el escogido, sereis tambien escogido; y con el perverso, castigareis su maldad (1)." Dice otra letra: "Con el santo, Señor, sereis santo; y con el benigno, benigno; y con el liberal y sincero, sereis sincero y liberal, y con el que no fuere tal, en la misma moneda se lo pagareis (2)," que es lo que nuestro Padre nos puso en las reglas: «Cuanto uno mas se ligare con Dios nuestro Señor, y mas liberal se mostrase con su Divina Magestad, tanto le hallará mas liberal consigo: y él será mas dispuesto para recibir cada dia mayores gracias y dones espirituales (1).» Y es doctrina de San Gregorio Nacianceno y de otros santos (2). Qué sea ser uno liberal con Dios, entenderase bien por lo que es ser liberal con los hombres. Ser acá uno liberal con otro, es darle, no lo que le debe y es obligado, sino mas de lo que debe y es obligado. Esa es liberalidad, que esotra no es sino justicia y obligacion. Pues de la misma manera el que anda con mucho cuidado y diligencia para agradar á Dios, no solo en las cosas de obligacion, sino en las de supererogacion y perfeccion, y no solo en las mayores, sino tambien en las menores, este es liberal con Dios. Pues con los que son asi liberales es tambien Dios muy liberal. Estos son los favorecidos de Dios y á quien él hace las mercedes; á estos les dá no solamente aquellos auxilios generales, que bastan para resistir y vencer las tentaciones, sino tambien los especiales y superabundantes y eficaces, con los cuales en ninguna manera caerán en la tentacion. Pero si no sois liberal con Dios, ¿cómo quereis que sea Dios liberal con vos? Si sois escaso con Dios, mereceis que Dios sea tambien escaso con vos. Si sois tan mezquino y apocado, que andais tanteando y midiendo como por compás, si soy obligado ó no soy obligado, si obliga á pecado, ó no obliga á pecado, y si llega á mortal ó no mas que á venial, esto es ser escaso con Dios, pues no le quereis dar mas de lo que sois muy obligado, y aun en eso por ventura faltais. Dios tambien será escaso con vos, y no os dará sino lo que está obligado por su palabra: daráos los auxilios generales y necesarios que dá á todos, que son bastantes y suficientes para poder resistir á las tentaciones y no caer en ellas. Pero podeis temer con mucha razon que no os dará aquel auxilio especial,

(1) Cum sancto sanctus eris, et cum viro innocente innocens eris, et cum perverso perverteris. *Ps.* XII, 26.
(2) Cum benigno, benignus eris; cum liberali, liberalis eris; cum sincero, et candido, sincero, et candide agis, et cum perverso, perverse agis.

(1) Reg. 19 *summar. const.*
(2) Greg. Naz. *orat de paup. amore, et* Machar. Aegip. *hom.* 19.

superabundante y eficaz, que él suele dar á los que son liberales con él, y asi vengais á ser vencido de la tentacion, y caer en pecado.

Esto es lo que dicen comunmente los teológos y los santos (1), que un pecado suele ser pena de otro pecado. De esta manera se ha de entender, porque por aquel pecado primero desmereció el hombre este auxilio especial y particular de Dios en pena de su pecado y se hizo indigno de él; y asi vino á caer en otro pecado. Y lo mismo dicen de los pecados veniales. Y aun lo que es mas, de las faltas y negligencias y descuido con que uno vive: por esto dicen tambien que puede uno desmerecer y hacerse indigno de aquel auxilio especial y eficaz de Dios, con el cual perseverára y venciera con efecto la tentacion, y sin él será vencido y caerá en pecado. Y de esta manera esplican algunos Santos aquellas palabras del Sabio (2) "el que desprecia etc." Por menospreciar uno las cosas pequeñas y hacer poco caso de ellas, va desmereciendo aquel auxilio especial de Dios, y se va haciendo indigno de él; y asi viene á caer en las grandes. Y de la misma manera esplican aquello del Apocalipsis: "Porque eres tíbio empezaré á vomitarte de mi boca (3)." Al tibio aun no le ha vomitado y desechado del todo Dios; pero hále comenzado á vomitar y desechar: porque por aquella flojedad con que anda y por aquellas faltas que hace advertidamente y de propósito, va desmereciendo aquel auxilio especial y eficaz, sin el cual caerá y le acabará Dios de vomitar y echar de sí.

Pues consideremos cuánta razon hay de temer no desmerezcamos y nos hagamos indignos de este auxilio especial de Dios por nuestra tibieza y flojedad. Cuantas veces nos vemos acosados de tentaciones y en grande peligro, y muchas veces nos hallamos en duda si me detuve ó no me detuve, si consentí ó no consentí, si llegó á pecado ó no. ¡Oh! ¡cuánto nos valdría para estos trances y aprietos el haber sido liberales con Dios, y habernos hecho dignos de aquel auxilio especial y liberal, con el cual estaríamos bien seguros que quedariamos siempre en pié: y sin él nos veremos en grande peligro, y por ventura quedaremos vencidos.

San Crisóstomo pone este medio por muy principal para vencer las tentaciones. Va hablando del demonio, nuestro enemigo, y de la guerra contínua que nos hace, y dice: «Bien sabeis, hermanos mios, que tenemos en el demonio un enemigo perpétuo, que siempre nos está haciendo guerra; porque nunca duerme ni descansa, nunca hay treguas con este tirano. Y asi, es menester andar siempre muy apercebidos, y con grande cuidado y vela, para que no seamos vencidos de él (1).» Pues ¿cómo nos apercebiremos y prepararemos bien para no ser vencidos, sino vencer y sobrepujar siempre á este traidor? ¿Sabeis cómo? Dice San Crisóstomo: «El medio único para eso será el tener de atrás grangeado este auxilio especial de Dios con nuestra buena vida. De esa manera venceremos siempre, y no de otra manera (2).» Nótese la palabra, *y no de otra manera*. Lo mismo nota San Basilio por es-

(1) August. *Serm.* 244. *de temp.* post medium et *Serm.* 88. prope initium, et in illud. *Ps.* 66. *et gentes in terra dirigis.*—Hieron. *ad Celam.* Epist. 1.—Chrys. in *c.* 2. *Gen. hom.* 2. *et hom.* 87. *in Matth.*: *et Serm. de levium pecc. peric.*—Bern. *Serm.* 59 *in Cant.*—Isid. l. 2. *de summo bono.*—Basil. orat. 3. *de iciun.* prope init. et *in regulis brevior.* q. 4.—Greg. l. 10. *mor.* c. 14, et III. *p. past. admonit.* 24. *glos. ibi.*—S. Thom. 1-2. q. 88. art. 3. et aliis.

(2) Qui spernit modica, paulatim decidet. *Eccl.* XIX, 1.

(3) Quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo. *Apoc.* III, 16.

(1) Scitis enim quod hostem habemus perpetuum, et foederis nescium: unde nobis magna vigilantia opus est. *Chrys. hom.* 60 *sup. Gen.*

(2) Non aliter autem cum vincemus, quam si per vitam optimam supernum nobis auxilium conciliemus; et non aliter. *Ib.*

tas palabras: «El que desea ser ayudado del Señor, nunca deja de hacer lo que es de su parte; y el que esto hace, nunca es desamparado del favor divino: por lo cual habemos de tener mucho cuidado que en ninguna cosa nos remuerda la conciencia (1).» Muy bien infiere San Basilio lo que nosotros habemos de sacar de aquí, que es andar con tanto cuidado en los ejercicios espirituales, y en todas nuestras obras, que en ninguna cosa nos remuerda la conciencia, para que seamos dignos de este auxilio especial de Dios.

De dónde se verá bien cuánto nos importa el hacer mucho caso de cosas pequeñas, si pequeñas se pueden llamar las que nos pueden acarrear tanto bien y por donde nos puede venir tanto mal. Por eso dijo el Sábio: «El que teme á Dios, en ninguna cosa se descuida (2)» por mínima que sea: porque sabe muy bien que de las cosas menores viene uno poco á poco á caer en las mayores, y porque teme que, si él deja de ser liberal con Dios en esas cosas, dejará tambien Dios de ser liberal con él.

Por conclusion, digo que es esto de tanta estima y lo habemos de tener en tanto, que podemos tener por regla general que mientras uno hiciere caso de cosas pequeñas y menudas, andará bien y le hará el Señor merced. Y por el contrario, cuando no hiciere caso de cosas pequeñas y menudas andará en mucho peligro, porque por ahí suele entrar todo el mal al religioso. Y bien nos lo dió á entender Cristo nuestro Redentor cuando dijo: "El que es fiel en lo poco lo será tambien en lo mucho; y el que es infiel y malo en lo poco, tambien lo será en lo mucho (3)." Y así, cuando uno quisiere ver cómo le va en su aprovechamiento, que es razon que muchas veces hagamos reflexion sobre esto, exámínese por aquí, mirando si hace caso de cosas pequeñas, ó si se le va entrando la libertad para tenerlas en poco. Y si halla que ya no repara en cosas pocas, ni le remuerde la conciencia como solia cuando falta en ellas, procure remediarlo con todo cuidado. El demonio, dice San Basilio (1), cuando ve que no nos puede apartar de la Religion, procura con todas sus fuerzas persuadirnos que no nos demos á la perfeccion y que no hagamos caso de cosas pequeñas, engañándonos con una vana seguridad que no se pierde por aquello Dios. Pero nosotros, por el contrario, debemos procurar que así como no nos puede apartar de la Religion, así tampoco nos impida la perfeccion, sino que nos demos á ella con todas nuestras fuerzas, haciendo mucho caso de cosas pequeñas y menudas.

(1) Qui a Deo se optat juvari, is numquam deserit quod se addecet officium suum; qui autem hoc facit, is divino auxilio nunquam destituitur: quapropter danda in eo opera est, ne ulla in re conscientia nostra nos condemnet. *Basil. in const. monast.* cap. 2.
(2) Qui timet Deum, nihil negligit. *Eccl.* VII, 19.
(3) *Luc.* XVI, 10.

CAPITULO XI.

Que no habemos de tomar el negocio de nuestro aprovechamiento en general, sino en particular, y cuánto importa el ir poniendo por obra los buenos propósitos y deseos que el Señor nos dá.

Ayudaranos tambien mucho, para aprovechar, un medio que suelen dar comunmente los maestros de la vida espiritual, que no tomemos este negocio de nuestro aprovechamiento en general y en comun, sino en particular y poco á poco. Casiano dice (2) que preguntó el abad Moisen á sus monges en una conferencia espiritual, qué es lo que pretendian con tantos trabajos, con tantas abstinencias y vigilias, con tanta oracion y mortificacion; qué era su fin. Respondieron ellos: «El reino de los cielos.» Díjoles él: «Ese

(1) Basil. *serm. de renunt. saecul. istius, et spiritum perfectum.*
(2) Cassian. *collat.* 3, c. 3 et 4.

es el último fin; pero yo no pregunto sino del fin inmediato y particular en que habeis de poner los ojos para venir á alcanzar este último fin; porque como el labrador, aunque su fin es cojer mucho pan y tener con qué pasar la vida abundantemente, pero todo su cuidado y dilijencia pone en labrar y cultivar la tierra y limpiarla de las malas yervas, porque ese es medio necesario para esotro.» Y el mercader, aunque su fin es hacerse rico, pero todo su cuidado pone en mirar qué negocios y qué manera de negociar le será mas á propósito para alcanzar ese fin, y ahí aplica todas sus industrias y diligencias; asi ha de hacer el religioso. No basta decir en general: «pretendo salvarme, querria ser buen religioso, deseo ser perfecto»; sino es menester que ponga los ojos en particular en la pasion ó vicio que mas le impide, y en la virtud que mas le falta y que eso procure, porque de esta manera yendo poco á poco y andando con cuidado y diligencia ahora sobre una cosa y despues sobre otra, vendrá mejor á alcanzar lo que desea. Este es el medio que el otro Padre del yermo (1) dió á aquel monge que, despues de haber sido muy diligente y fervoroso, aflojó en sus ejercicios espirituales y vino á grande tibieza, y deseando volver á su antiguo estado y hallando cerrado el camino y pareciéndole muy dificultoso, no sabia por donde comenzar. Consolóle y animóle con aquella parábola ó ejemplo de el otro que envió á su hijo á limpiar la heredad que estaba llena de espinas y malezas; y el hijo viendo lo mucho que habia que hacer, desanimóse y echóse á dormir, y no hacia nada ni un dia ni otro. Díjole el padre: no hás hijo de mirar ni tomar en junto todo lo que hay que trabajar, sino cada dia un poco cuanto puede ocupar un cuerpo de un hombre. Hízolo asi y de esa manera dentro de poco tiempo quedó limpia toda la hacienda.

Y débese notar aquí que una de las causas principales por que medramos poco, y no nos hace el Señor mas mercedes, es porque no ponemos por obra los buenos propósitos y deseos que él nos dá: y asi, porque no damos buena cuenta de lo que nos ha dado, no nos da otras cosas mayores. Asi como el maestro de escuela no quiere pasar al niño á mas alta letra y materia mientras vé que no ha hecho ni imitado bien la que le ha dado, asi se suele haber el Señor con nosotros en llevarnos á la perfeccion; tanto mas tarda de darnos grandes cosas, cuanto mas tardamos nosotros en obrar lo dado; y cuanto mas se anima uno á ir asentando y poniendo por obra los deseos que el Señor le dá en la oracion, tanto mas le mueve á que le vaya dando mayores cosas. Dice muy bien el P. Maestro Avila (1): «Quien bien usa de lo que conoce, alcanzará luz para lo que no conoce, y el otro no tiene boca para pedirlo, pues le pueden responder: ¿para qué quieres saber mi voluntad y agradecimiento, pues en lo que lo sabes no lo cumples?» Si vos no poneis por obra los deseos que el Señor os da, ¿cómo quereis que os dé otras cosas mayores? ¿Con qué boca podeis pedir á Dios en la oracion que os conceda esto y lo otro que deseais y habeis menester, si no os quereis enmendar ni mortificar en una falta de que teneis mucha necesidad de enmendaros, y os ha dado Dios muchos deseos é inspiraciones de ello? No sé cómo puede levantar los ojos á pedir á Dios otras cosas mayores el que no se quiere enmendar ni aun en una falta esterior que tiene, sino que de propósito se deja caer en ella una y otra vez. Pues si queremos aprovechar, y que el Señor nos haga muchas mercedes, seamos diligentes en ir poniendo por

(1) In vitis Patr.

(1) M. Avila, l. I, *de las Ep.* fol. 241.

obra las inspiraciones y deseos que el Señor nos dá.

Doctrina es comun de los santos que el que usa bien de los beneficios se hace digno de otros nuevos; y por el contrario, el que usa mal de ellos no merece recibir otros. El Sábio, en el capítulo diez y seis de la Sabiduría, propone esta cuestion: ¿Qué es la causa que el Maná se deshacia al primer rayo del sol que le daba, y no era de provecho mas, y si le ponian al fuego, no se derretia, ni le hacia mal ninguno, siendo mas fuerte el calor del fuego que el del sol? Y responde el mismo Sábio en el fin del mismo capítulo (1): «Para que entiendan todos que conviene ser diligentes en aprovecharnos de las mercedes que el Señor nos hace y de los beneficios que de su mano recibimos, y en castigo del desagradecido y perezoso que no quiso madrugar antes que el sol saliese, para aprovecharse del beneficio que el Señor le habia hecho, permite Dios que el sol le quite la comida. Esto es tambien lo que nos declara maravillosamente Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio (2), en aquella parábola de aquel varon noble que, habiendo repartido su hacienda con sus criados, para que negociasen con ella, cuando despues de haber tomado la posesion de su reino les pidió cuenta, proporcionalmente les fué haciendo gobernadores ó prefectos de otras tantas ciudades cuantos eran los talentos que cada uno habia ganado: al que habia ganado diez talentos, le hizo gobernador de diez ciudades, y al que cinco, de cinco: dándonos á entender que así como aquel rey premió la industria y fidelidad de sus criados con tan grande esceso, cuanto hay de diez talentos á diez ciudades: así tambien si nosotros ponemos por obra las inspiraciones de Dios y somos leales y fieles en esta correspondencia, será muy grande el esceso con que nos acrecentará el Señor sus divinos dones. Y por el contrario, si no correspondemos como debemos, no solo nos será quitado lo que nos habian dado; pero seremos castigados, como lo fué aquel siervo que no grangeó ni ganó cosa alguna con el talento que habia recibido.

De aquel famosísimo pintor Apeles se cuenta que nunca, por muchas ocupaciones que tuviese, se le pasó dia en el cual no ejercitase su arte, y pintase alguna cosa, y hurtando el tiempo á los negocios que se le ofrecian, solia decir: «Hoy no he echado raya ninguna (1).» Y de allí quedó esto por proverbio para cualquier oficio, cuando se pasa el dia sin ejercitarle y hacer algo en él. De aquella manera salió tan perfecto y consumado pintor. Pues si quereis salir perfecto y consumado religioso, no se os pase dia ninguno en que no hagais alguna raya y echeis alguna línea en la virtud. Idos venciendo y mortificando cada día en algo: id quitando cada dia alguna falta de las obras que haceis, porque de esa manera irán ellas siendo cada dia mejores y mas perfectas. Y cuando llegáredes al exámen de medio dia, mirad si se os ha pasado aquel medio dia sin haber dado alguna raya ó puntada en la virtud, y decid: «Hoy no he echado raya ninguna: *Hodie nullam lineam duxi.*» ¡Oh! que hoy no he dado paso ninguno en la virtud, ni mortificádome en cosa alguna, ni hecho siquiera un acto de humildad, habiéndoseme ofrecido ocasiones para ello. En valde se me ha pasado este dia. No ha de ser así esta tarde, no ha de ser así mañana. De esta manera poco á poco vendremos á aprovechar mucho.

CAPITULO XII.

Que nos ayudará mucho, para alcanzar la perfeccion, no hacer faltas de propósito ni aflojar en el fervor.

Ayudarános tambien mucho para crecer

(1) Ut notum omnibus esset, quoniam oportet praevenire solem ad benedictionem tuam. *Sapient.* XVI, 28.
(2) Luc. XIX, 12.

(1) Hodie nullam lineam duxi. *Refert. Plin. lib.* 35 *nat. hist. c.* 10.

en virtud y perfeccion, que procuremos no hacer faltas de propósito. Dos maneras hay de faltas y culpas veniales (1): unas en que caen los temerosos de Dios por flaqueza, ó por ignorancia, ó inadvertencia, aunque con algun descuido y negligencia. Y estas, esperiencia tienen los siervos de Dios, y que andan en verdad con él, que no les causan amargura, sino humildad. Ni hallan que por ellas les tuerce el Señor el rostro: antes esperimentan un nuevo favor del Señor y nuevo espíritu con el recurso humilde que por ellas hacen á Dios. Otras faltas y culpas hay que hacen advertidamente y de propósito las personas tibias y remisas en el servicio de Dios; y estas impiden grandes bienes que recibiéramos si no las hiciéramos. Por estas, muchas veces nos tuerce el Señor el rostro en la oracion y nos deja de hacer muchos favores. Y asi, si queremos medrar y que el Señor nos haga muchas mercedes, procuremos de no hacer faltas de propósito. Basta las que por nuestra ignorancia é inadvertencia hacemos, no añadamos nosotros mas. Basten las distracciones que tenemos en la oracion por la inconstancia de nuestra imaginativa, no nos distraigamos nosotros voluntariamente y de propósito. Basten las faltas que por nuestra flaqueza hacemos en las reglas, no las quebrantemos nosotros de propósito.

Otro medio pone San Basilio para alcanzar la perfeccion, y dice que es muy bueno para en breve tiempo aprovechar mucho, y es no hacer paradillas en el camino de la virtud. Hay algunos que á temporadas tienen unos acometimientos y luego paran. Llevad adelante lo comenzado y no hagais esas paradillas; porque en este camino de la vida espiritual, mas cansado os hallareis haciéndolas, que si no las hiciérades. Hay mucha diferencia de esto á los ejercicios corporales, porque con los ejercicios corporales, el cuerpo, mientras mas obra y trabaja, mas desfallece; pero el espíritu, mientras mas obra, mas fuerzas va cobrando (1). Y asi dice el Proverbio: «El arco tirado se quiebra, y el ánimo flojo desmedra (2).»

Dice San Ambrosio (3) que asi como es mas fácil no caer en pecado y conservar la inocencia, que despues de haber caido hacer verdadera penitencia; asi tambien es mas fácil conservar el fervor de la oracion y de la devocion, que despues de haberse distraido por algunos dias volver á él. El herrero que saca el hierro ardiendo de la fragua porque esté blando y dispuesto para hacer de él todo lo que quisiere con el martillo, no le deja enfriar del todo, sino antes que se enfrie, le vuelve á la fragua, para que de presto se torne á poner como de antes. Asi nosotros nunca habemos de dejar que se acabe el calor de la devocion; porque si se resfria y endurece el corazon, con dificultad tornaremos al fervor primero. Y asi vemos por esperiencia que, por mucho que uno haya aprovechado y vaya adelante en la virtud, si se descuida por una temporada, en un poco de tiempo que se distraiga y deje de continuar sus buenos ejercicios, pierde todo lo que habia ganado en mucho tiempo, que parece que ni aun rastro halla de lo que antes tenia y apenas puede tornar á arribar á ello; tanta es la dificultad que siente. Por el contrario, los que andan con fervor y procuran conservar siempre el calor de la devocion, llevando adelante sus buenos ejercicios y perseverando en ellos, fácilmente se conservan y en breve tiempo aprovechan mucho. Y la razon de esto es tambien porque estos no pierden

(1) Ludov. Blos. *in speculo spirit.* c. VI.

(1) Quia caro operando deficit, spiritus operando proficit. *Basil.*

(2) Arcum frangit intensio, animum remissio. *Paul. Man. in ada.*

(3) Ambr. *lib. unico de paen.* c. 10.

tiempo ninguno, ni deshacen lo que habian hecho, como los tibios y flojos que con sus paradillas todo se les va en hacer y deshacer, en tejer y destejer, y asi nunca acaban su tela. Esotros, no solo no deshacen, antes van adelantando, y con el ejercicio contínuo van cobrando cada dia mas fuerzas y mas facilidad para hacer mas y mejor, y asi vienen á aprovechar mucho. Esto es lo que dijo el Sábio: "El que no quiere trabajar, empobrecerá. Y el que se esforzare al trabajo, enriquecerá (1)."

Comparaba un Padre á los religiosos tibios y flojos, y á los diligentes y fervorosos, y decia que los tibios y remisos, que con la antigüedad hacen ya de los cansados y no procuran ir adelante en su aprovechamiento, son como unos criados viejos de las casas de los señores, que ya no sirven en casa sino de bien parecer y de estarse sentados á las puertas de las casas de los señores contando historias; dánles su racion como á criados viejos, pero ya no privan, ni medran con el señor, ni casi se tiene memoria de ellos. Vereis otros criados nuevos, mancebos tan diligentes y solícitos en el servicio de su señor, que no saben parar ni sentarse en todo el dia, y que apenas ha dado á entender el señor la cosa cuando ya la tienen hecha. Estos son los que privan y medran: asi son los religiosos diligentes y fervorosos.

CAPÍTULO XIII.

De otros tres medios que nos ayudarán para ir adelante en la virtud.

San Basilio (2) dá un medio muy bueno para aprovechar mucho, y le dán comunmente los Santos: que pongamos los ojos en los mejores y en los que mas se señalan y resplandecen en virtud y procuremos imitarlos. Lo mismo aconsejaba el bienaventurado San Antonio Abad, y decia que el religioso ha de andar como buena abeja, cogiendo las florecitas de todos para hacer su miel: de uno, la modestia; de otro, el silencio; de otro, la paciencia; de otro, la obediencia, y de otro la indiferencia y resignacion: en cada uno habemos de mirar aquello en que mas resplandece para imitarlo. Asi leemos que lo hacia él, y con esto vino á ser tan grande Santo. Este es uno de los bienes grandes que tenemos en la Religion, y por el cual San Gerónimo prefiere el morar en congregacion á la soledad, y aconseja el vivir en aquella antes que en esta, «para que del uno aprendais humildad, del otro paciencia; este os enseñe á tener silencio, aquel mansedumbre (1).» Un filósofo llamado Carilo, varon principal y muy señalado entre los Lacedemonios, preguntado: ¿qué república tenia por la mejor del mundo? respondió: que aquella en la cual los ciudadanos traen entre sí contienda sobre cuál ha de ser mas virtuoso, y esto sin alborotos ni sediciones. Pues esta merced entre otras nos hace el Señor ahora en la Religion; plega á su Divina Magestad que siempre sea asi. Allá en el mundo, en casi todas las repúblicas, todas sus contiendas y competencias son sobre la hacienda ó sobre puntos de honra, y apenas se halla hombre que tenga emulacion por la virtud; pero acá, por la bondad y misericordia de Dios, todo el estudio de los religiosos es de lo que toca á su abnegacion y para crecer mas en virtud y perfeccion; y todas sus contiendas y pretensiones son sobre ser cada uno mas virtuoso, mas humilde y mas obediente; y esto sin ruido, sin divisiones, sin murmuraciones, sino con una emulacion y envidia santa. No es pequeña merced y beneficio sino

(1) Egestatem operata est manus remissa: manus autem fortium divitias parat. *Prov.* X, 4.—Anima autem operantium impinguabitur. *Prov.* XIII, 4.
(2) S. Basil. *serm. de abdic. rerum.*

(1) Ut ab alio discas humilitatem, ab alio patientiam; hic te silentium, ille te doceat mansuetudinem. *Hyeron.*

muy grande el habernos traido el Señor á la Religion donde la virtud es la que es favorecida y estimada, donde no es tenido ni estimado el letrado ni el gran predicador, sino por ser muy humilde y muy mortificado; donde todos procuran aventajarse en la virtud y con su ejemplo nos animan á ir adelante. Pues aprovechémonos de tan buena ocasion como tenemos para ejercitar este medio.

De aquí podemos sacar el segundo que es la obligacion que tenemos de dar buen ejemplo á nuestros hermanos, «para que considerando los unos á los otros crezcan todos en devocion y alaben á Dios Nuestro Señor (1)», como nos lo dice nuestro Padre, ó por mejor decir el mismo Cristo en el Evangelio: "Asi luzca vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos (2)." El buen ejemplo, bien sabemos todos cuán eficaz medio es para mover á otros. Mas fruto hace un buen religioso en una casa con su buen ejemplo, que cuantas pláticas y sermones podemos hacer. Porque los hombres mas creen á lo que ven por los ojos que á lo que oyen por los oidos, y persuádense que es hacedero lo que ven al otro poner por obra, y con eso se mueven y animan mucho á obrarlo. Este es aquel cutir y herir de las alas de aquellos santos animales que vió el Profeta Ezequiel (3), cuando con vuestro buen ejemplo herís el corazon de vuestro hermano, y le moveis á compuncion y devocion y á deseo de la perfeccion.

San Bernardo (4) confiesa de si mismo, que en los principios de su Religion, de solo ver á algunos religiosos espirituales y edificativos, se alegraba y animaba tanto, que su ánima se llenaba de suavidad y devocion y sus ojos de dulces lágrimas. Y no solo de verlos sino de solo acordarse de alguno de estos que habia conocido y estaba ausente ó era ya difunto. Esto es de lo que la Sagrada Escritura alaba al Rey Josías: "La memoria de Josías es, dice (1), como una poma de olores que consuela y conforta y quita los desmayos." Tales habemos de procurar ser nosotros, conforme aquello de San Pablo: "Somos buen olor de Cristo (2)." Habemos de ser como una especie aromática, y como una poma ó bujeta de olores, la cual comunica luego su olor, y conforta y anima á quien quiera que la toca. Esto nos ha de ser gran motivo para darnos mucho á la virtud y no dar ocasion ninguna de desedificacion á nuestros hermanos. Porque asi como un religioso ejemplar ayuda mucho y basta para edificar y llevar trás si toda la casa, asi un religioso ruin daña mucho y basta para desedificar toda una comunidad y llevarla tras si. Antes es cosa cierta que mucho mas eficaz es el ejemplo para el mal que para el bien, por nuestra mala inclinacion, que se va mas fácilmente tras lo malo que tras lo bueno.

Mandaba Dios en el Deuteronomio á los capitanes, cuando iban á la guerra, que hiciesen pregonar por todo el ejército: "Los cobardes y temerosos vuélvanse á su casa (3)." Y nótese la razon que dá, que es la que hace á nuestro propósito: "Porque no hagan cobardes á los demas, no les peguen el miedo y la cobardía (4)." Esto es lo que hace un religioso tibio y remiso en la

---

(1) 3. p. const. c. 1, § 4, et Reg. 29. *Summarii.*
(2) Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est. *Matth.* V, 16.
(3) Et audivi vocem alarum animalium percutientium alteram ad alteram. *Ezech.* III, 13.
(4) Bernard. serm. 14 *super Cantica.*

(1) Memoria Josiae, in compositione odoris facta opus pigmentarii. *Eccl.* XLIX, 1.
(2) Christi bonus odor sumus. II. *ad Cor.* II. 15.
(3) Quis est homo formidolosus, et corde pavido, vadat, et revertatur in domum suam. *Deut.* XX, 8.
(4) Ne pavere faciat corda fratrum suorum, sicut ipse timore perterritus est. *Ib.*

Religion con su mal ejemplo. Hace á los demas cobardes para pelear y emprender cosas de perfeccion. Pégales la flojedad y tibieza. Y asi, viene á decir San Eusebio Emiseno: «Los que se han determinado de vivir en congregacion, ó son diligentes con grande provecho de la comunidad, ó son negligentes con grande daño y peligro de ella. (1).»

Podemos añadir aqui otra cosa que puede ser el tercero medio y motivo para lo mismo, y es la obligacion que tenemos de dar edificacion y buen ejemplo, no solamente á nuestros hermanos, con quien tratamos y conversamos cada dia, sino á todo el mundo, para que no pierda por mí la Religion el buen nombre que tiene, porque vemos que por uno suelen los del mundo juzgar á los demas religiosos. La falta y pecado del religioso parece que es como pecado de naturaleza y original y como los bienes mancomunados, que luego dicen: «los de la Compañia tambien se desmandan y hacen esto y esto,» por solo uno que vean que se desmanda y toma alguna libertad. Y asi cada uno tiene obligacion de mirar mucho por la edificacion, para que asi se conserve y vaya adelante la buena opinion y estima de la Religion, y no sea causa con sus faltas é imperfecciones de que se menoscabe el buen nombre y crédito que por la bondad del Señor tiene. Y á nosotros nos corre mas esta obligacion, porque aun estamos en los principios, y tienen todos puestos los ojos en nosotros. Somos el blanco del mundo, de los ángeles y de los hombres (2). Y aunque es verdad que no tienen razon los del mundo en atribuir la falta de uno á toda la Religion; pero al fin, cosa cierta es que el bien y progreso de la Religion depende de ser el uno y el otro buen religioso; y de lo contrario el menoscabo de ella, porque esos son la Religion. Pues guarde cada uno su puesto como buen soldado, no se rompa por él este escuadron tan concertado, no entre por vos la relajacion en la Religion. Y será buena consideracion para esto hacer cada uno cuenta que su Madre la Religion le dice aquellas palabras que aquella santa madre de los Macabeos decia á su hijo menor para animarle á padecer y morir por la guarda de su ley (1): «Hijo mio, ten misericordia de mí, que te he traido en mis entrañas, no nueve meses, sino nueve años, y veinte y treinta y mas años, y te dí leche tres años en la probacion, y te he criado en virtud y letras tan á costa mia, hasta ponerte en el estado en que estás. Y lo que te pido por todo esto es que hayas misericordia de mí, no pierda yo por tí, no me des mala vejez; las armas con que te he armado para bien y provecho tuyo y de los prójimos, no las conviertas contra mí ni contra tí mismo: lo que te habia de ser ocasion y medio para ser mas agradecido y mas humilde y mortificado, no te sea ocasion para ser mas vano y mas libre é inmortificado.

(1) Qui inter multos vitam agere constituerunt, aut cum grandi fructu, aut cum grandi periculo, vel etiam diligentes, vel negligentes sunt. *Euseb. Emissenus. hom.* 7. *Ad Monac.*

(2) Spectaculum facti sumus mundo, et Angelis, et hominibus I. *ad Cor.* IV. 9.

(1) Fili mi, miserere mei, quae te in utero novem mensibus portavi, et lac triennio dedi, et alui, et in aetatem istam perduxi. II. *Mach.* VII, 27.

(2) Vide qualis fueris primo die quando existi de saeculo, et receptus fuisti in claustro, et talis permaneque semper. *Abb. Agat.*

CAPITULO XIV.

Que nos ayudará mucho habernos siempre como el primer dia que entramos en la Religion.

Preguntó uno de aquellos monges antiguos al abad Agaton: ¿cómo se habria en la Religion? Respondió: «Mira cuál fuiste el primero dia que dejaste el mundo y te recibieron en la Religion, y de esta manera permanece siempre (2).» Pues si quereis saber

cómo sereis buen religioso y cómo os habreis para aprovechar mucho en virtud y perfeccion, este es muy buen medio: mirad cuál fuistes el primer dia que dejastes el mundo y fuistes recibido en la Religion, y de esta manera permaneced siempre. Considerad tambien con cuánto fervor y fortaleza dejastes el mundo y todo lo que en él teniades; los parientes, amigos y conocidos; la hacienda, riquezas, regalos y entretenimientos, y perseverad en aquel menosprecio del mundo y en aquel olvido de deudos y parientes, y en aquel sacudimiento de regalos y comodidades propias, y de esta manera sereis buen religioso (1). Considerad tambien con cuánta humildad pedisteis ser recibido en la Religion, y con cuánta instancia; y cómo el dia que os dieron el *si*, os pareció que se os habia abierto el cielo y quedastes muy agradecido y muy obligado á servir á Dios y á la Religion por tan grande merced y beneficio, y perseverad ahora en este agradecimiento y en este humilde reconocimiento; sentíos ahora tan obligado y tan deudor como os sentistes el primero dia que os recibieron, y de esa manera aprovechareis mucho en la Religion. Considerad tambien despues de recibido, con cuánta devocion y modestia os comenzastes á haber á los principios, con qué obediencia, con qué humildad, con qué prontitud, con qué indiferencia y resignacion en todo, y perseverad siempre en esto, y de esa manera ireis medrando y creciendo en virtud y en perfeccion.

Este medio es muy encomendado de los Santos, como luego veremos; pero es menester que le entendamos bien. No queremos decir que no habeis de tener ahora mas virtud que el dia primero que entrastes en la Religion, ni que el antiguo se ha de contentar con la virtud de novicio, que claro está que ha de tener mas virtud el antiguo y que ha de estar mas aprovechado que el novicio que comenzó ayer: como en el estudio, el que ha diez años que estudia, ha de estar mas aprovechado y saber mas que el que comienza; pues la Religion es una escuela de virtud y perfeccion; y asi, el que ha mas que anda en esta escuela, ha de haber aprendido y aprovechado mas. Pero asi como á uno que comenzó á estudiar con mucho fervor y grandes brios, y despues se cansa y afloja, le decimos que torne al fervor primero y al cuidado y diligencia con que comenzó al principio, y que de esta manera saldrá con el estudio: asi lo que decimos ahora es que volvais á aquellos primeros fervores con que comenzastes el camino de la virtud el primer dia que entrastes en la Religion. Mirad con qué denuedo y con qué brio comenzastes entonces á servir á Dios, que no se os ponia nada delante, ni se os hacia cosa dificultosa, y andad ahora con aquel fervor y con aquellos aceros y alientos, y de esa manera aprovechareis mucho en la Religion. Esto es lo que nos quieren decir los Santos en este medio.

El bienaventurado San Antonio, rogándole sus discípulos que les diese algunos avisos espirituales para aprovechamiento, comenzó por aquí su razonamiento, como lo refiere San Atanasio en su vida (1): «Esto es lo que especialmente os encargo: que ninguno se canse con el modo de vida que ha tomado; antes sí, que como si empezase, procure siempre adelantar lo empezado.» Y fuera de que otras muchas veces les repetia esto mismo, estando ya cercano á su muerte, como en testamento y última voluntad, para que se les quedase mas impreso en el corazon, se lo tornó á encargar con

(1) Dion. Cartus. *in scala religiosor.*

(1) Hoc sit primum cunctis in commune mandatum: nullum in arrepti propositi vigore lassescere, sed quasi incipientem debere semper augere quod coeperint. *Ath. et Sur.* t. I, pag. 386.

unas palabras muy tiernas, al fin como de padre: «Yo ya finalmente, hijuelos mios, segun que está escrito, voy á andar la comun jornada, porque ya el Señor me llama: yo deseo ver lo que hay en el cielo; mas á vosotros, ó hijos de mis entrañas, os encargo que no perdais en un punto los trabajos de tantos años: juzgad que habeis hoy entrado en la Religion, asi se aumentará el fervor para perseverar en lo empezado (1).» Si quereis aprovechar en virtud y en perfeccion, tened esto delante de los ojos; haced cuenta que cada dia comenzais de nuevo, y habeos siempre como el primer dia qué comenzasteis, y de esta manera sereis buenos religiosos. San Agustin pone tambien este medio: «Olvidaos de todo cuanto habeis hecho hasta aqui, y haced cuenta que cada dia comenzais de nuevo (2).»

Declaraba esto San Antonio con un ejemplo manual: asi como acá los siervos y criados de los señores, por mucho que hayan servido á sus amos y por mucho que hayan trabajado, no dejan de hacer lo que de nuevo se ofrece, sino que están siempre tan prontos y dispuestos para hacer lo que les mandan, como si cada dia fuese el primero que comienzan á servir, y como si hasta alli no hubieran servido ni trabajado nada: asi, dice, habemos de servir nosotros á Dios nuestro Criador y Señor. Buen ejemplo tenemos de esto en el glorioso Bernardo. Cuenta de él Surio en su vida (3), que á los otros los tenia él por santos y perfectos, y que como gente ya aprovechada y que iba muy adelante podian tener algunas indulgencias y licencias en algunas cosas. Esto es muy bueno para no juzgar á los otros cuando vemos en ellos algo de esto. Pero á sí dice que se tenia siempre por principiante y por novicio, y que no le convenian esas licencias y esenciones. Y asi no perdia punto del rigor de la Religion, ni de los trabajos comunes, ni de los ejercicios humildes. Él era el primero en todas las obediencias y el que primero echaba mano de la escoba y del estropajo: en ninguna cosa queria eximirse ni esceptuarse de los demas; antes, cuando los otros hacian algun ejercicio de mano y él no sabia hacer aquello, por no perder la ocasion procuraba recompensarlo ocupándose entonces en algun ejercicio mas humilde y bajo que aquel; tomaba una azada y poniase á cabar, ó una hacha y partir leña y llevarla acuestas á la cocina. Y holgábase mucho de ocuparse en semejantes ejercicios, y parecíale que todo eso habia él menester para su aprovechamiento, no como algunos que cuando hacen estas cosas dicen: «siquiera por el ejemplo» que ellos no les parece que lo han menester; ni que les hace aquello al caso. Bueno es que hagais eso por el ejemplo y edificacion; pero mejor seria que entendiésedes que tambien lo habeis vos menester, pues á San Bernardo le parecia que lo habia menester.

Añade aqui San Antonio otro punto muy bueno con que se declara mas lo pasado. No se contenta el Santo con que no volvamos atrás de aquellos primeros fervores con que comenzamos, sino quiere que vayamos siempre adelante, añadiendo y acrecentando mas y mas. Como el que comienza de nuevo á servir á Dios, procura ir cada dia añadiendo y acrecentando servicios (1), viendo que hasta alli todo ha sido ofensas y pecados para recompensar lo pasado y hacerse digno de premio y galardon, asi habe-

(1) Ego quidem filioli, secundum eloquia scripturarum patrum gradior viam, jam enim Dominus me invitat, jam cupio videre caelestia, sed vos, o viscera mea, admoneo, ne tanti temporis laborem repente perdatis, hodie vos Religiosum studium arripuisse arbitramini, et caeptae voluntatis fortitudo succrescet.

(2) Obliviscere ergo omne praeteritum, et quotidie inchoare te puta. *Aug.* Epist 143, *ad Demetr. virginem.*

(3) Sur. l. I, c. 4, *vitae suae.*

(1) Sed quasi incipientem debere semper augere, quod caeperit. *S. Ant. ab.*

mos de andar nosotros siempre, como quien no ha allegado nada hasta aqui, sino antes derramado y desperdiciado.

Este medio, dice San Gregorio (1), que conviene á todos, aunque sean muy perfectos, porque el Profeta David, varon perfecto era, y con todo eso, como si comenzara, decia: "Y dije: ahora comienzo (2);" porque andaba con tanto fervor y diligencia en el servicio del Señor al cabo de su vejez, como si entonces comenzara de nuevo á servirle. Antes esto es muy propio de los varones perfectos, conforme aquello del Sábio: "Cuando acabare el hombre, entonces empezará (3)." Los verdaderos siervos de Dios, cuanto mas adelante van y cuanto mas se acercan al fin y á la perfeccion, tanto andan con mayor cuidado y fervor. Que dice Job: "Como los que caban tesoro (4)," y sobre esto dice San Gregorio (5): "asi como los que caban buscando tesoro, cuanto mas han cabado y van en lo mas hondo, con mayor diligencia se dan al trabajo; porque como entienden que se acerca mas el tesoro escondido que buscan, y que les falta poco para dar con él, anímanse á trabajar mas fuertemente y caban con mayor gusto y contento; asi los que de veras tratan de su aprovechamiento y perfeccion, cuanto mas adelante van y cuanto mas se acercan al fin, tanto mayor priesa se dan. ¡Oh! que está ya cerca el tesoro, animaos, daos priesa, que ya poco os falta para llegar á él. Y "tanto mas, cuanto viereis que se llega el dia", dice el Apóstol (6): como si dijera, dice San Gregorio, «tanto mas ha de crecer el trabajo, cuanto el premio y galardon está mas cerca.» Cuando la piedra se mueve hácia bajo, cuanto mas se acerca á su centro, va con mayor velocidad y ligereza hasta acabar de llegar: asi cuanto uno va aprovechando mas en virtud y en perfeccion, y se va acercando y llegando mas á Dios, que es su centro y último fin, tanto se da mayor priesa para acabar de llegar. Y estos, dice San Basilio (1), son los fervorosos de espíritu, que dice San Pablo, no perezosos por la solicitud, "fervorosos de espíritu, servidores del Señor (2)." Hay algunos que á los principios, cuando entran en la Religion, comienzan con fervor, y en saliendo del noviciado luego se cansan y hacen de los antiguos; estos no son fervorosos de espíritu, sino tibios y perezosos. Los fervorosos de espíritu, dice San Basilio, son aquellos que andan siempre como el primer dia con un ardiente deseo y con una hambre insaciable que nunca se hartan ni cansan de servir á Dios, sino siempre desean servirle mas y mas, conforme aquello del Profeta: «En tus mandamientos me deleitaba demasiadamente, Señor (3)."

(1) Greg. l. 22 *Mor.* c. 1.
(2) Et dixi nunc caepi. *Ps.* LXXXVI, 11.
(3) Cum consummaverit homo, tunc incipiet. *Eccl.* XVIII, 6.
(4) Quasi effodientes thesaurum. *Job.* III, 21.
(5) Greg. l. 5 *Mor.* c. 3.
(6) Et tanto magis, quanto videritis appropinquantem diem. *Ad Hebr.* X, 25.

CAPITULO XV.

Que ayudará mucho preguntarse cada uno á sí mismo á menudo: *¿A qué veniste á la Religion?*

Otro medio nos aprovechará tambien mucho para crecer en virtud y alcanzar la perfeccion, y es el que usaba San Bernardo, como lo refiere Surio en su vida: «Traia siempre en el corazon, y muchas veces, hablando consigo mismo, decia: Bernardo, Bernardo, á qué has venido á la Religion (4).»? Y lo mismo leemos del Santo Abad Arsenio, que muchas veces se preguntaba á sí mismo: *Arseni, Arseni, ad quid venis-*

(1) *Bas. in reg. brev. inter.* 259.
(2) Solicitudine non pigri, spiritu ferventes, Domino servientes. *Ad Rom.* XI, 12.
(3) In mandatis ejus volet nimis. *Ps.* XI, 12.
(4) Hoc semper in corde frequenter etiam in ore habebat, Bernarde Bernarde; ad quid venisti? *Sur.* lib. I. c. 4. *vitae S. Bernardi.*

ti? Arsenio, Arsenio, á qué has venido aquí? Entraba muchas veces en cuenta consigo: Arsenio, para qué dejaste el mundo? ¿Qué fué tu fin é intento en dejarle y acojerte á la Religion? Por ventura ¿no fué para que en ella procurases agradar del todo á Dios, y no se te diese nada de agradar y contentar á los hombres, ni de ser tenido y estimado de ellos? Pues ten cuidado de eso, y no hagas caso de la opinion y estima de los hombres: porque ese es el mundo que tu dejaste, no te vuelvas á él con el corazon; porque poco te aprovechará estár acá en la Religion con el cuerpo, si con el corazon estás en el mundo, deseando el aplauso y estima de los hombres. Con esto se despertaban y animaban mucho estos santos. Pues con esto tambien nos habemos nosotros de despertar y animar á ir adelante, y á vencer todas las dificultades que se nos ofrecieren en la Religion. Cuando sintiéredes dificultad en alguna obediencia, despertaos con estas palabras: A qué viniste á la Religion? ¿Viniste por ventura á hacer tu voluntad? No por cierto, sino á seguir la agena: pues ¿por qué quieres hacer la tuya? Cuando sintiéredes algun efecto de la pobreza, con esto os habeis de animar: por ventura ¿veniste acá á buscar tus comodidades y á tenerlo todo muy cumplido y á qué no te faltase nada? No sabes que veniste á ser pobre, y á padecer necesidad como verdadero pobre? ¿Pues de qué te quejas? Cuando os pareciere que no se hace caso de vos, animaos y consolaos con esto: ¿veniste por ventura á la Religion á ser tenido y estimado? No por cierto; sino á ser olvidado de los hombres, y á no hacer caso de la opinion y estima del mundo: ¿pues por qué rehusas aquello á que veniste, y te quieres volver á lo que ya dejaste? Eso es ser religioso: no hacer tu voluntad, ser pobre, y padecer necesidad y querer ser olvidado y que no hagan caso de tí. Eso es estar muerto al mundo y vivir á Dios.

Pues á esto venimos á la Religion, y poco nos aprovechará estar en ella si no hacemos aquello á que venimos. Porque no hace Santos el lugar, sino la vida religiosa y perfecta. Dice esto muy bien San Agustin en un sermon que hace á los religiosos que moraban en el desierto: «Veis aqui, hermanos mios, estamos en la soledad, ya dejamos el mundo y estamos en la Religion. Pero el lugar no hace Santos á sus moradores, sino las obras buenas; la vida religiosa, esa hará santo el lugar y á nosotros tambien (1).» ¡Ay! que por santo que sea el lugar, aunque mas encerrado esteis en la Religion, ahi podeis pecar, y ahi os podeis condenar, dice San Agustin: no os fieis en eso porque el ángel pecó en el cielo y Adan en el Paraiso, y no habia lugar mas santo que aquellos (2). Que no hace santos el lugar: «si el lugar bastára para eso, ni el ángel cayera del cielo, ni el hombre del Paraiso (3).» Y asi, no penseis que habeis concluido ya vuestro negocio y que teneis el campo seguro con decir: «Religioso soy, de la Compañía soy.» Que no basta eso si no haceis aquello á que venistes á la Religion. Mirad que no venistes acá á ser buen estudiante, ni á ser buen letrado, ni á ser buen predicador, sino á ser buen religioso y á procurar la perfeccion. ¡Oh! que muy poco va en que salgais mas ó menos letrado, en que salgais grande ó mediano predicador; empero en lo que va mucho y el todo es en que salgais bueno y perfecto religioso. Pues ¿qué hacemos, si esto no hacemos? ¿Y qué habemos hecho

(1) Ecce in solitudine sumus, in eremo sumus, locus tamen non facit Sanctos, sed operatio bona locum sanctificabit, et nos. *August. Serm.* XXVII, *ad fratr. in eremo.*

(2) Peccavit enim Angelus in Coelo, peccavit Adam in Paradiso, et tamen nullus locus sanctior illis erat. *Ibid.*

(3) Si enim habitatorem loca beare possunt, nec homo, nec Angelus a dignitate corruissent. *Ib.*

hasta aquí, si no habemos hecho esto? ¿En qué habemos entendido, si no habemos entendido en aquello á que venimos? «Amigo mio, hermano mio, ¿á qué veniste (1)?» Entrad en cuenta con vos y preguntaos esto muchas veces á vos mismo. «Ay Dios mio, ¿á qué oficio hubiera yo estado el tiempo que he estado en la Compañía, que no hubiera salido ya con él? Si me hubiera puesto á pintor, ya supiera bien pintar; si á bordador, ya supiera bien bordar y me pudiera valer del oficio, y púseme á ser buen religioso y no he salido con ello. Tantos años há que ando á la escuela de la virtud y aún no he acabado de aprender la primera letra de su A. B. C.; aún no he alcanzado el primer grado de humildad. En siete años salís vos buen filósofo y buen teólogo; yo en tantos años no he salido buen religioso. ¡Oh si buscásemos y procurásemos las verdaderas virtudes con tanto cuidado y diligencia como buscamos y procuramos las letras!»

Dice San Bernardo: «Muchos buscan la ciencia y pocos la conciencia. Pero si la buena conciencia se procurase con tanto cuidado y solicitud como la ciencia, mas presto se alcanzaria y con mas provecho se conservaria (2).» Pues no seria mucho que pusiésemos tanto cuidado y diligencia en nuestro aprovechamiento como ponemos en alcanzar las letras. San Doroteo dice que se ayudaba él mucho de esta consideracion: «Cuando yo estudiaba allá en el siglo, andaba, dice (3), tan embebecido en mi estudio, que no me acordaba ni pensaba en otra cosa, ni aun de comer me acordaba, ni me parecia que tenia tiempo para pensar en lo que habia de comer; tanto, que si no fuera por un compañero muy amigo mio que tenia cuidado de hacerme aderezar la comida y llamarme á comer, muchas veces me olvidara de eso; y era tanto el fervor que traia en mi estudio y el deseo que tenia de saber, que estando comiendo tenia delante abierto el libro y estaba comiendo y estudiando juntamente; y en viniendo de leccion á la tarde, luego encendia la luz y estudiaba hasta la media noche; y cuando me iba á acostar llevaba conmigo el libro á la cama, y en durmiendo un poco luego tornaba á leer; y finalmente, andaba tan absorto en mi estudio, que ninguna otra cosa me daba gusto sino estudiar. Despues cuando vine á la Religion, poníame yo muchas veces á pensar, y hablando conmigo mismo, decia: Si para adquirir la elocuencia y las letras humanas pusiste tanto trabajo y andabas con tanto calor y fervor, ¿cuánto mayor razon será que en la Religion lo andes, para alcanzar las verdaderas virtudes y la verdadera sabiduría? y tomaba mucho aliento (1).

Pues razon será que nos despertemos y animemos nosotros tambien con esto, que algo mas nos va en ser buenos religiosos que en ser buenos letrados. Y asi toda nuestra solicitud y diligencia, ha de ser en cómo alcanzaremos esta sabiduría divina; este ha de ser nuestro negocio. No tuvo el Hijo de Dios otro negocio en la tierra sino entender en amarnos y buscar nuestro provecho y nuestro mayor bien y tan á costa suya; ¿qué mucho que nosotros no tengamos acá otro negocio, sino entender en amar y agradar mas á Dios, y en buscar y procurar su mayor gloria? Por lo cual dice el Apóstol: dejada la tibieza y flojedad, pongamos haldas en cinta y apre-

(1) Amice ad quid venisti?

(2) Multi quaerunt scientiam, pauci vero conscientiam. Si vero tanto studio, et solicitudine quaereretur conscientia quanto quaeritur saecularis, et vana scientia, et citius apprehenderetur, et utilius retineretur. *Bern. de inter. dom. c.* XXI, *et lib. de consc. c.* 2.

(3) Doroth. *doct.* 10.

(1) Si tantus labor, tantusque fervor fuit tibi in adipiscenda eloquentia, quanto major tibi nunc adhibenda est cura, ut veras virtutes adquirere valeas?... Et hac re non modicas vires accepi. *Doroth*

suremos nuestro paso (1)." Démonos priesa á caminar y á subir á este monte de la perfeccion y de la gloria (2).

Asi como el caminante que se ha dormido mucho á la mañana, pone despues diligencia para recobrar el tiempo perdido, y procura darse priesa hasta alcanzar los compañeros que van adelante, asi nosotros nos habemos de dar priesa y correr para recobrar el tiempo perdido. ¡Oh! ¡que van mis compañeros y mis hermanos adelante, y yo solo me he quedado atrás, y habia comenzado primero que ellos, porque entré primero en la Religion! ¡Oh! ¡si tanto nos amargase el tiempo que habemos perdido hasta aquí, y lo sintiésemos tanto que nos sirviese de espuelas para correr ahora con gran fervor!

Dionisio Cartusiano trae aquel ejemplo (3) que se cuenta en las vidas de los padres, de un mancebo que, queriendo entrar en la Religion, su madre pretendia impedir el cumplimiento de sus buenos deseos, y traíale para ello muchas razones. Él en ninguna manera quiso condescender con ella, ni volver atrás de sus propósitos, poniendo esto siempre por escudo: *Salvare volo animam meam*: «quiero salvar mi ánima, quiero asegurar mi salvacion que es lo que importa:» con lo cual respondió á la molesta demanda de su madre. Al fin, como ella vió que no aprovechaban nada todas sus razones é importunaciones, dejóle que hiciese lo que quisiese, y asi se entró en Religion. Pero comenzó presto á aflojar y á vivir con mucho descuido y negligencia en ella. De ahi á algunos dias murió su madre, y él cayó en una grave enfermedad, en la cual un dia le dió un parogismo que le sacó de sí, y arrebatado en espíritu fué llevado al juicio de Dios, donde halló ante el divino tribunal á su madre y á otros muchos que con ella estaban aguardando la sentencia de su condenacion. Volvió la madre los ojos, y viendo allí á su hijo entre los que habian de ser condenados, quedó espantada y díjole: «¿qué es esto, hijo? ¿En esto has venido á parar? ¿Dónde están aquellas palabras que me decias, *quiero salvar mi ánima*? ¿Para esto entraste en la Religion?» Él quedó tan confuso y avergonzado que no supo qué responder. Volvió en sí y fué nuestro Señor servido que escapase de aquella enfermedad. Y considerando que aquella habia sido amonestacion divina, dió una vuelta tan grande que todo era llorar lo pasado y hacer penitencia; tanto que muchos le decian que se moderase algo del rigor porque no perdiese la salud. Pero él, no admitiendo esos consejos, respondia: «si no pude sufrir el baldon de mi madre, ¿cómo podré sufrir el de Cristo y sus Santos Angeles el dia del juicio?»

(1) Propter quod remissas manus, et soluta genua erigite. *Ad Hebr.* XII, 12.—Festinemus ingredi in illam requiem. *Ad Hebr.* I, 41.

(2) Usque ad montem Dei Horeb. III. *Reg.* XIX, 8. —Bonav. t. 2. *Opuscul.* lib. 2 *de profectu Relig.* c. 2.

(3) Dion. Cartus., art. 30, *de quatuor noviss. et in vitis Patrum* p. 2. §. 203.

CAPITULO XVI.

De algunas otras cosas que nos ayudarán para ir adelante en nuestro aprovechamiento y alcanzar la perfeccion.

Dice Cristo nuestro Redentor en aquel soberano sermon del monte: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (1)." El glorioso Cipriano sobre estas palabras dice (2): «Si á los hombres es cosa

(1) Estote perfecti, sicut et Pater vester coelestis perfectus est. *Matth.* V, 48.

(2) Si hominibus laetum est, et gloriosum filios habere consimiles, et tunc magis generase delectat, si ad patrem lineamentis paribus soboles successive respondeat, quanto magis in Deo Patre laetitia est, cum quis sic spiritualiter nascitur, ut actibus ejus, et laudibus divina generositas praedicetur? Quae justitiae palma est, quae corona esse te talem, de quo Deus non dicat, *filios enutrivi, et exaltavi, ipsi autem spreverunt me* (Isai. I, 2.): Cypr. *serm.* 2, *de zelo et livore.*

muy alegre y gloriosa tener los hijos semejantes á sí, y entonces se huelgan y regocijan mas de haberlos engendrado cuando ven que en las facciones, y en el aire, y en los meneos, y en todo se parecen á sus padres, ¿cuánto mas nuestro Padre celestial se alegrará y regocijará cuando viere que sus hijos espirituales salen semejantes á él? ¿Qué palma, qué premio, qué corona, qué gloria os parece que será que seais vos tal, que no se queje Dios de vos, como se queja por Isaías de su pueblo, diciendo: *he criado hijos, y helos levantado y ensalzado, y ellos hánme menospreciado á mí?* Sino que seais tal que vuestras obras redunden en grande gloria y honra de vuestro Padre celestial. Esa es grande gloria de Dios tener hijos tan semejantes á sí que por ellos venga á ser conocido, honrado y glorificado.

Pues ¿cómo seremos semejantes á nuestro Padre celestial? San Agustin nos lo dice: «Tanto seremos mas semejantes á Dios, cuanto mas participaremos de su justicia y santidad; cuanto mas justos y perfectos fuéremos, tanto nos pareceremos mas á nuestro Padre celestial (1).» Y por esto desea tanto el Señor que seamos santos y perfectos, y nos lo acuerda y repite muy á menudo, unas veces por San Pablo: "La voluntad de Dios es que seais santos (2)." Otras por San Mateo: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (3)." Otras por el apostol San Pedro: "Sed santos, porque yo, que soy vuestro Señor y vuestro Dios, soy santo (4)." Esa es la voluntad de nuestro Padre celestial. Es gran contento de los Padres tener los hijos buenos, sábios y santos. "El hijo tal, dice Salomon (1), es alegría de su Padre", como, por el contrario, "el hijo necio y ruin, le es dolor y tristeza." Pues por esto habiamos de procurar darnos á la virtud y perfeccion, aunque no hubiera otra razon para ello, por dar contento á Dios. Porque este ha de ser siempre nuestro principal motivo en todas nuestras obras, el contento de Dios y la mayor honra y gloria suya.

Pero fuera de esto diremos algunos otros medios que nos animen y ayuden á ello. San Agustin dice (2) que la causa por que la Sagrada Escritura nos llama tantas veces hijos de Dios; "yo seré vuestro Padre y vosotros sereis mis hijos," que tantas veces repiten los profetas y el apóstol San Pablo: "Sed imitadores de Dios, como sus mas amados hijos (3);" y el apóstol y evangelista San Juan: "Mirad qué caridad la del Padre para con nosotros que quiere que seamos y nos llamemos sus hijos (4)"; y en otros muchos lugares: la causa de repetirnos tantas veces esto, dice que es para que, viendo y considerando nuestra dignidad y escelencia, nos estimemos y nos guardemos con mayor cuidado y diligencia. La vestidura rica guárdase con mucha diligencia, y pónese gran cuidado en que no caiga mancha alguna en ella. La piedra preciosa y las demas cosas ricas con mayor cuidado se guardan. Pues para que nos guardemos con gran cuidado y tengamos gran cuenta con nosotros, dice San Agustin que nos pone tantas veces delante la Sagrada Escritura que miremos que somos hijos de Dios y que nuestro Padre es el mismo Dios, para que hagamos como hijos de quien somos, y no desdigamos ni de-

(1) Cogitemus nos tanto similiores Deo, quanto esse poterimus ejus participatione justiores. *Aug. Epist* 25, *ad Consentium.*

(2) Haec est enim voluntas Dei sanctificatio vestra. I. *ad Thes.* IV, 3.

(3) Estote ergo vos perfecti, sicut et pater vester caelestis perfectus est. *Matth.* V, 48.

(4) Sancti eritis, quoniam ego sanctus sum. I. *Pet.* I, 16. et *Levit.* XI, 44. et XIX, 2.

(1) Filius sapiens laetificat patrem. Filius vero stultus maestitia est matris suae. *Prov.* X, 2.

(2) Aug. *in Epist.* 243, c. 19.

(3) Estote imitatores Dei sicut filii charissimi. *Ad Eph.* V, 1.

(4) Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, et simus. I. *Joann.* III, 1.

generemos de los altos y generosos pensamientos de hijos de Dios. Concuerda San Leon Papa, diciendo: «Reconoced vuestra dignidad, acordaos que sois hijos de Dios, y no hagais cosa indigna de la nobleza y generosidad de hijo de quien sois (1).» Y San Pablo en los Actos de los Apóstoles, esto puso delante á los atenienses para animarlos y levantarlos á mayores cosas: "Somos del linage de Dios: siendo, pues, de su linage, etc. (2)." Aplicando esto mas á nosotros, y juntamente el ejemplo de la vestidura, que trae San Agustin. Asi como en la vestidura rica hace gran fealdad cualquier mancha, y cuanto mas preciosa es la ropa, tanto mas la afea; en la tela y brocado sale mucho una mancha, pero en el sayal no se echa de ver ni se hace caso de eso; asi en los que viven allá en el mundo no se echa de ver una mancha de un pecado venial ni aun á veces de un mortal, ni se hace caso de eso por nuestros pecados; pero en los religiosos, que son los hijos queridos y regalados de Dios, cualquier imperfeccion campea y se echa mucho de ver; una inmodestia, una murmuracion muy liviana, una palabra impaciente y colérica ofende y desedifica mucho acá, y entre seglares no se hace caso de eso. El polvo en los pies no es de consideracion; pero en los ojos y en las niñetas de los ojos éslo, y de mucha. Los del mundo son como los pies de este cuerpo de la Iglesia; los religiosos como los ojos y como las niñetas de ellos; y asi, cualquiera falta en el religioso es de mucha consideracion, porque le desdora y causa gran fealdad en él, y asi tiene obligacion de guardarse con mayor cuidado.

(1) Agnosce, o christiane, dignitatem tuam, et divinae consors factus naturae noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire; memento cujus capitis, et cujus corporis sis membrum. *S. Leo Papa, Serm. I de Nat. Dom.*

(2) Ipsius enim, et genus sumus. Et genus ergo cum simus Dei. *Act.* XVII, 28.

Otra cosa nos ayudará tambien mucho para aprovechar é ir siempre adelante, que la tocamos arriba (1); que entendamos que es mucho lo que nos falta por andar, y que no es nada lo que tenemos y habemos alcanzado hasta aqui. Este medio se nos insinúa tambien en las palabras propuestas: ¿para qué pensais que nos dice Cristo nuestro Redentor: "sed tambien vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto?" Por ventura, dice Job, ¿podemos nosotros llegar á la perfeccion de nuestro Padre celestial (2)? No por cierto, ni con millares de leguas; por mucho que nos aventajásemos habria siempre infinita distancia entre nosotros y él. Pero dícenos que seamos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto, para que entendamos que en este camino de la virtud siempre hay que andar, y asi nunca nos habemos de contentar con lo que tenemos sino trabajar por lo que nos falta. Suelen decir comunmente los Santos, y con mucha razon, que no hay mas cierto indicio de estar uno muy lejos de la perfeccion que pensar que ha llegado ya á ella, porque en este maravilloso camino, cuanto uno va caminando mas, va descubriendo mas tierra y viendo lo mucho que le falta. Dice San Buenaventura (3) que asi como mientras sube uno á la altura de un monte, mas descubre, asi mientras mas sube uno á la cumbre de este monte de la perfeccion, mas descubre. Suélenos acá acontecer que, mirando de lejos hácia un alto monte, nos parece que está junto al cielo y que desde alli podriamos llegar con la mano á él; pero despues que vamos caminando y subimos al monte, hallamos que está muy mas alto el cielo. Asi es en este camino de la perfeccion y del conocimiento

(1) Capítulo VII.

(2) Numquid homo Dei comparatione justificabitur? *Job.* IV, 17.

(3) Bonav. *t.* 2, *opusc. t.* 2 *de profect. Relig.* c. 21.

y amor de Dios. "Llegaráse el hombre al corazon alto, y será Dios exaltado," dice la Escritura (1); y San Cipriano esplicando este pasage dice (2), que por mucho que subamos en el conocimiento de Dios, queda Dios mas alto; por mucho que conozcais de Dios, hay mucho mas que conocer: y por mucho que le ameis, hay mucho mas que amar. Siempre hay que subir en este camino de la perfeccion, y el que piensa que ha llegado ya á ella y la ha alcanzado, es que está muy lejos, y asi le parece que podrá llegar con la mano al cielo.

Entenderáse tambien esto por lo que vemos acá en las ciencias; que cuanto uno sabe mas, tanto mas entiende lo que le falta por saber. Y asi decia el otro filósofo: «Una sola cosa sé, y es que nada sé (3).» Y el otro gran músico se entristecia y decia que no sabia nada, porque le parecia que veia unos campos tan anchos que no podia llegar allá, ni lo entendia. Los que poco saben, como no entienden lo que les falta y lo mucho que hay que saber, piensan que saben mucho. Asi es en esta sabiduría divina. Los siervos de Dios que han estudiado y aprovechado mucho en ella, conocen bien lo mucho que les falta para llegar á la perfeccion. Y es la causa que mientras mas va uno aprovechando, es mas humilde. Lo uno, porque asi como va creciendo en las demas virtudes, va tambien creciendo en la virtud de la humildad, y en mayor conocimiento propio, y en mayor desprecio de sí mismo; porque todas esas cosas andan juntas. Lo otro, porque conoce mas lo que le falta; mientras mas luz y conocimiento tiene de la bondad y magestad de Dios, mas profundo conocimiento tiene de su miseria y de su nada, porque un abismo llama á otro abismo (1). Aquel abismo del conocimiento de la bondad y grandeza de Dios descubre el abismo y profundidad de nuestra miseria y nos hace ver los átomos y polvos infinitos de nuestras imperfecciones y lo mucho que nos falta para llegar á la perfeccion. El novicio y el que comienza, algunas veces piensa que tiene ya virtud, y es porque no conoce lo mucho que le falta. Acontece que ve una imágen uno que no sabe del arte, y parécele muy bien, y no echa de ver falta ninguna en ella: viene un buen pintor, y mírala con atencion y halla muchas faltas. Asi es acá, no sabeis del arte del propio conocimiento, y por eso no echais de ver las faltas que hay en esa imágen de vuestra ánima. El otro, como sabe mucho del arte, échalas de ver. De todo esto nos habemos de ayudar para andar mas deseosos de alcanzar lo que nos falta, y poner mayor cuidado y diligencia en ello. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia (2)," dice el Evangelio, y lo declara San Gerónimo diciendo: «Bienaventurados los que por justos que sean nunca se hartan ni les parece que basta lo que tienen, sino que tienen hambre y sed de mas virtud y perfeccion, como la tenia el profeta David cuando decia y pedia á Dios: «Señor, labadme mas y mas, no me contento con estar limpio y lavado de mis pecados; no me contento con estar blanco, sino querria que me pusiésedes tan blanco como la nieve y aun mas que la nieve: no solo me rociad por cima, sino lavadme muy bien (3).» Pues asi habemos nosotros de

(1) Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus. *Psal.* LXIII, 8.
(2) Cyprian. *de oper. Chris. ad Cornel. Papam* in prolog.
(3) Hoc unum scio nihil me scire. *Socrat. Refert. Laertius in ejus vita.*

(1) Abyssus abyssum invocat. *Psal.* XLI, 8.
(2) Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam. *Matth.* V, 6.
(3) Amplius lava me ab iniquitate mea, et a peccato meo munda me. *Ps.* L, 4.—Asperges me Domine hyssopo, et mundabor; lavabis me, et super nivem dealbabor. *Ibid.*

clamar y dar voces á Dios: «Señor, mas humildad, mas paciencia, mas caridad, mas mortificacion, mas indiferencia y resignacion. Lavadme mas: *Amplius lava me.*»

CAPITULO XVII.

De la perseverancia que habemos de tener en la virtud y lo que nos ayudará á tenerla.

El bienaventurado San Agustin, sobre aquellas palabras del Apóstol: "No será coronado sino el que peleare legítimamente (1):" dice (2) que pelear legítimamente es pelear con perseverancia hasta el fin, y ese es el que merece ser coronado. Y trae aquel dicho, que es tambien de San Gerónimo y comun de todos los Santos: «El comenzar el camino de la virtud y perfeccion es de muchos, pero el perseverar en él hasta el fin es de pocos (3).» Como vemos en lo que aconteció á los hijos de Israel, que fueron muchos los que salieron de Egipto; seiscientos mil, dice la Sagrada Escritura, sin las mugeres y niños, y de todos ellos solos dos entraron en la tierra de promision (4). De manera, que no es cosa grande el comenzar lo bueno, ni está en eso el punto ni la dificultad, sino en el perseverar y acabar en ello (5). Dice San Efren (6), que asi como no es el trabajo del que edifica el echar los fundamentos sino el acabar el edificio, y cuanto este mas sube y mas alto va, tanto es mayor el trabajo y la costa, asi tambien en el edificio espiritual no está la dificultad en echar los fundamentos y comenzar, sino en acabar; y poco nos aprovechará haber comenzado bien, si no acabamos bien. Dice San Gerónimo (1) que no habemos de mirar á los principios sino al fin. San Pablo comenzó mal y acabó bien, y Judas comenzó bien y acabó mal. ¿Qué le aprovechó haber sido discípulo y Apóstol de Cristo? ¿Qué le aprovechó haber hecho milagros? Asi ¿qué os aprovechará á vos haber comenzado bien si acabais mal? No á los que comienzan sino á los que perseveran se promete el premio y la corona (2). Al fin de la escala vió Jacob que estaba el Señor, no al principio ni al medio, para darnos á entender, dice San Gerónimo (3), que no basta comenzar bien ni mediar, si no perseveramos y acabamos bien. Y San Bernardo dice (4): «Poned el término de vuestro caminar y perseverar donde Cristo le puso, del cual, dice San Pablo, que fué obediente hasta la muerte; porque por mas que corrais, si no es hasta morir, no alcanzareis la corona.»

Cristo nuestro Redentor nos avisa muy en particular de esto en el Sagrado Evangelio: "El que echa mano del arado y vuelve atrás, no es apto para el Reino de Dios (5)." "Acordaos, dice (6), de la muger de Lot." ¿Qué hizo la muger de Lot? Habíala Dios sacado y librado de Sodoma, y ya que estaba en el camino miró atrás, y á dónde miró allí se quedó hecha estátua de

(1) Non coronabitur nisi qui legitime certaverit. II *ad Timot.* II, 5.
(2) *Aug.* serm. 8 ad frat. in eremo.
(3) Caepisse multorum est, ad culmen pervenisse, paucorum. *Hieron.* l. I, *cont. Jovin. et Epist. ad Luc. hisp.*
(4) *Num.* I, 64 et XIV, 30.
(5) Non est igitur magnum inchoare quod bonum est, sed consumare, hoc solum perfectum est. *Aug. serm.* 8 *ad frat. in eremo.*
(6) S. Efren, *exhort. ad piet.*

(1) Non quaeruntur in christianis initia, sed finis. Paulus male caepit, sed bene finivit: Judae laudantur exordia, sed finis proditione damnatur. *Hyeron. Epist. ad Furiam viduam.*
(2) Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. *Matth.* XXIV, 13.
(3) Quid prodest Christum sequi, si non contingat consequi? Ideo Paulus ajebat: sic currite, ut comprehendatis. *Hyeron. ubi supra.*
(4) Ibi tu, Christiane, fige tui cursus, profectusque metam, ubi Christus posuit suam. Factus est, inquit, obediens usque mortem. Quantumlibet ergo cucurreris, si usque ad mortem non perveneris, brabium non aprehendes. *Bern. Ep.* 233, *ad Abbatem Gur.* — I. *ad Cor.* IX, 24; *ad Phil.* II, 8.
(5) Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro aptus est Regno Dei: *Luc.* IX, 26.
(6) Memores stote uxoris Lot. *Luc.* XVII, 32.

sal. ¿Qué quiere decir esto? ¿Sabeis qué? Dice San Agustin (1) que la sal sazona y conserva las cosas; y que por esto dice Cristo que nos acordemos de la muger de Lot, para que mirando lo que á ella le sucedió, nos conservemos con aquella sal, y escarmentando en ella perseveremos en el buen camino que habemos comenzado y no volvamos atrás porque no nos convirtamos nosotros tambien en estátuas de sal con que otros se conserven y perseveren viendo nuestra caida. Cuántos vemos el dia de hoy que no nos sirven á nosotros sino de estátuas de sal con que nos conservemos. Pues escarmentemos en cabeza agena y no hagamos por donde otros escarmienten en la nuestra.

Añaden los Santos Agustino y Gerónimo, que comenzar bien y acabar mal es hacer cosas monstruosas, porque aquellas obras y acciones que comienzan por bien y por razon, y acaban en mal y en sensualidad, son quimeras: es, dicen (2), como si á una cabeza de hombre le hiciese un pintor un cuello de caballo; ese es monstruo: asi es el comenzar bien y acabar mal. Y eso es con lo que dá en rostro el Apóstol San Pablo á los de Galacia que habian vuelto atrás: "Tan nécios sois, que habiendo comenzado en espíritu acabais en carne (3). ¿Quién os ha engañado (4)?"

Para que podamos perseverar y alcanzar del Señor esta merced, es menester que procuremos fundarnos muy bien en la virtud y mortificacion, porque por no estar uno bien fundado, viene á desdecir y caer. Las manzanas gusanientas son las que presto se caen y no llegan á sazon; pero las buenas y sanas duran en el árbol hasta llegar á su perfeccion. Asi, si no hay virtud sólida, si teneis el corazon vano, si hay allá dentro algun gusanillo de presuncion y soberbia ó impaciencia, ó de alguna otra aficion desordenada, esto os irá royendo y consumiendo el jugo y enflaqueciendo la sustancia y fortaleza de la virtud, y os pondrá en peligro la perseverancia. Dice el Apóstol que importa mucho fortificar y fortalecer el corazon con la gracia de Dios y con verdaderas y sólidas virtudes (1).

Alberto Magno declara bien de qué manera nos habemos de fundar en las virtudes para poder durar y perseverar en ellas. Dicé (2) que el verdadero siervo de Dios ha de estar tan fundado en la virtud, y hála de tener tan arraigada allá dentro en el corazan, que siempre esté en su mano ejercitarla y no dependa de lo que otros pueden hacer ó decir. Hay algunos que mientras no se les ofrecen ocasiones, sino que les suceden las cosas conforme á su gusto, parece que son humildes y tienen mucha paz; pero en ofreciéndose la ocasion, por liviana que sea, luego pierden la paz y muestran lo que son. Y entonces, dice Alberto Magno, no está la virtud de la paz ni de la humildad en ellos, sino en los otros; esa es virtud de los otros y no vuestra, pues ellos os la quitan y ellos os hacen gracia de ella cuando quieren. Eso es ser bueno por virtud del otro. Como suelen decir allá los del mundo cuando los alaban, «eso será por virtud de vuestra merced.» Y dicen la verdad. No habeis de ser bueno por virtud agena, sino por virtud propia, que esté en vos y no dependa de otros. Comparan á estos muy bien á unas lagunas de agua reposada que, si las dejais estar, no dan mal olor, pero si las meneais, no hay quien lo sufra.

---

(1) Aug. *Epist.* 73, *sup. illud* vovete, et reddite.
(2) Cum enim sic agitur, humano capiti cervicem pictor equinam jungit. *Aug. serm.* 8 *ad fratres in eremo.*
(3) Sic stulti estis, ut cum spiritu caeperitis, nunc carne consummemini *Ad Gal.* III, 3.
(4) ¡O insensati Galatae! quis vos fascinavit non obedire veritati? *Ib.*

(1) Optimum est enim gratia stabilire cor. *Ad Hebr.* XIII, 9.
(2) Alb. Magn. *in Enchirid. de ver. perfectique virt. c.* 13.

Asi estos, mientras no les tocan, sino que los dejan andar al sabor de su paladar, parecen agua clara; pero meneadlos un poco y vereis qué olor echan de sí. "Hurga á los montes y humearán (1)."

CAPITULO XVIII.

De otro medio para aprovechar en virtud, que son las exortaciones y pláticas espirituales, y cómo nos aprovecharemos de ellas.

Entre otros medios que tiene la Religion, y muy particularmente la Compañía, para ayudar y animar á los suyos á que vayan adelante en virtud y perfeccion, es uno muy principal las pláticas y exortaciones espirituales que para esto tenemos de regla. Y asi diremos aqui algunas cosas que nos ayudarán para aprovecharnos mas de ellas, que podrán servir á todos para aprovecharse y sacar fruto de los sermones que oyen. Lo primero, nos ayudará mucho para esto que no vamos á ellas por costumbre y por cumplimiento, sino con verdadero deseo de aprovecharnos y sacar fruto de ellas. Consideremos con qué ánsia y deseo irian aquellos PP. del Yermo, cuando se juntaban á aquellas colaciones y conferencias espirituales que tenian, y qué provision llevarian de alli para sus celdas. Pues con esa ánsia y deseo habemos nosotros de ir, y entonces nos entrarán ellas en provecho, como cuando uno va á comer con gana y con hambre, entonces parece que le entra en provecho lo que come; y nota San Crisóstomo (2), que asi como el tener uno buena gana de comer es señal de salud y buena disposicion corporal, asi el tener deseo y hambre de oir la palabra de Dios es señal de que está buena el alma, y si no teneis hambre de la palabra de Dios, ni gustais de ella, es mala señal: enfermo estais, pues no teneis gana de comer, antes teneis hastío de este manjar espiritual; y aunque no hubiese en esto otra cosa, por solo oir tratar y hablar un poco de Dios, habiamos de ir á estas pláticas con mucho consuelo y gusto, porque naturalmente se huelga uno que le hablen y traten del que mucho ama, como el padre de su hijo. Pues si amais á Dios, holgareis de oir hablar de Dios, y asi dijo Cristo nuestro Redentor: "El que es de Dios oye las palabras de Dios (1)." Y por el contrario, del que no gusta de oir la palabra de Dios, añadió luego: "y por eso vosotros no la ois, porque no sois de Dios (2)."

Lo segundo, para aprovecharnos de estas pláticas, es menester que no vayamos á ellas con curiosidad, atendiendo al modo y gracia con que se dice, ó si se traen algunas cosas nuevas ó estraordinarias, sino que quitemos los ojos de eso y los pongamos en la sustancia de lo que dice. Esta es una de las cosas que nosotros reprendemos en los del mundo, y por la cual el dia de hoy muchos sacan poco fruto de los sermones. ¡Qué diriamos del enfermo á quien va á sangrar el barbero, si no se dejase sangrar, sino se estuviese mirando los instrumentos; ¡oh qué linda lanceta! ¡oh qué gentil navaja! ¡oh qué buena caja! ¿dónde se hizo? Dejaos de eso y sangraros han, que es lo que os importa, esotro no os hace al caso. Pues asi son los que no tienen cuenta con la sustancia de lo que se dice, que es lo que ellos han menester, sino con las palabras y traza ó artificio. Comparan á estos muy bien al harnero ó criba y al cedazo, que despiden de sí el grano y la flor de la harina y se quedan con solas las pajas y el salvado. En el segundo libro de Esdras cuenta la Sagrada Escritura (3), que leyendo Esdras la ley del Señor al pueblo de Is-

(1) Tange montes, et fumigabunt. *Ps.* CXLIII, 5.
(2) Chris. *Hom. 4 et 32 super Gen.*

(1) Qui ex Deo est, verba Dei audit. *Joann.* VIII, 47.
(2) Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis. *Ib.*
(3) Esdrae II, c. VIII, 11.

rael, era tanta la mocion de la gente y tan grandes los llantos y gritos, cotejando sus obras y vida con aquella regla que oian, que era menester que los levitas anduviesen acallando la gente y haciendo silencio para que el predicador pudiese proseguir su sermon. De esta manera se han de oir las exhortaciones y sermones, con confusion y compuncion, cotejando cada uno su vida con lo que oye y considerando cuán diferentes somos de lo que allí se nos dice y cuán lejos estamos de la perfeccion que allí se nos platica.

Lo tercero, con que se confirma mas lo pasado, es que entiendan todos que estas pláticas no son para decir cosas nuevas y estraordinarias, sino para traernos á la memoria las cosas comunes y ordinarias que traemos entre manos y ponernos calor en ellas. Y con este presupuesto habemos de ir á ellas, porque asi, echada fuera toda curiosidad, sacaremos mas provecho de ellas. Para este fin ordena espresamente nuestro Padre que se hagan las pláticas en la Compañía. En la tercera parte de las constituciones, despues que ha puesto las reglas que tenemos sacadas en el Sumario, dice: «Haya quien dé cada semana ó á lo menos cada quince dias estos ú otros semejantes recuerdos; porque por la fragilidad de nuestra naturaleza no se olviden, y asi cese la ejecucion de ellos (1).» Y de camino nota aqui el P. maestro Nadal en las declaraciones que escribió sobre las constituciones, que aunque la constitucion pone aquella disyuntiva, cada ocho ó á lo menos cada quince dias, pero que la costumbre universal de la Compañía es que no se dilate esto á los quince dias, sino que se haga cada ocho dias. Tomó la Compañía lo mejor, y ninguno mejor que él pudo decir esto, porque visitó casi toda la Compañía y sabia bien la costumbre universal de ella. De manera que estas pláticas son para refrescar la memoria de lo que ya sabemos, porque nos olvidamos fácilmente de lo bueno; y asi, es menester acordárnoslo y repetírnoslo muchas veces. Y aunque lo tuviésemos en la memoria, para avivar nuestra voluntad y deseo es menester darnos voces, repitiéndonos nuestra obligacion y profesion, y qué es á lo que venimos á la Religion: porque verdadera es aquella sentencia de San Agustin: «Vuela el entendimiento, y síguele un tardo ó ningun afecto (1).» Aun mas lisiada y enferma quedó nuestra voluntad para seguir lo que conviene, que el entendimiento para entenderlo. Por esto es necesario decirnos muchas veces unas mismas cosas, y asi lo hacia el Apóstol San Pablo, como él lo dice á los Filipenses: "En lo demas, hermanos mios, gozaos en el Señor: en escribiros siempre lo mismo, no me embarazo, porque para vosotros es preciso (2)." No le faltaban al Apóstol cosas que decir, y bien nuevas y esquisitas las podia decir el que habia sido arrebatado al tercero Cielo; pero siéntese obligado á decirles y repetirles las mismas cosas que otras veces les habia dicho, porque aquello les era á ellos mas necesario. Esto es á lo que ha de atender el que hace las Pláticas y el que hace los Sermones, no á decir lo que á él le ha de hacer parecer mas docto y erudito, porque esto seria predicarse á sí mismo, sino lo que ha de hacer mas provecho á los oyentes. Y á esto tambien han de tener ojo los oyentes, y de esta manera no se enfadarán de oir las cosas comunes y que ya saben, pues que ven que las han menester, porque no las obran, ó á lo menos no con aquella perfeccion que debian.

(1) III. p. Const. c. 1. §. 28.

(1) Praevolat intellectus, sequitur tardus vel nullus afectus. *August.*

(2) De caetero, fratres mei, gaudete in Domino; eadem vobis scribere mihi quidem non pigrum, vobis autem necessarium. *Ad Phil.* III, 1.

Lo cuarto, ayudará mucho que lo que se dice en las Pláticas lo tome cada uno como si para él sólo se dijese y no como dicho para los otros. No nos hagamos á oír estas pláticas, como los del mundo oyen los sermones. Decia un gran predicador: «todos los que me oís, sois trinchantes; porque asi como el trinchante todo su oficio es repartir para otros, y él quédase sin nada, asi vosotros, cuando me oís, decís: ¡Oh qué buen punto este para fulano! ¡oh qué bien le viene esto á zutano! ¡oh y si estuviera aqui mi vecino, cómo le hiciera esto al caso! y vos os quedais sin nada. Convidados quiero que seais en este convite de la palabra de Dios, no trinchantes.» Dice el Eclesiástico: "El hombre prudente y sábio, cualquiera palabra provechosa que oye, la aplica á sí; pero el vicioso y vano desconténtase de ella y échala á las espaldas, échasela á otros (1)." Pues seamos de los cuerdos y cada uno tome lo que se dice para sí, y como si á él solo se dijese y con él solo se hablase y no con otro. Porque lo que parece que viene bien á otro, os vendrá por ventura mejor á vos; sino que muchas veces vemos la paja en los ojos de nuestro vecino y no vemos la viga que tenemos atravesada en los nuestros (2). Especialmente, que aunque al presente no sintais aquello en vos, lo habeis de guardar para despues, que lo habreis menester, y por ventura muy presto. Y asi siempre lo habeis de tomar, como si por vos y para vos solo se dijese.

Lo quinto, con que se declara mas esto, conviene mucho que todos tengan entendido y vayan siempre con este presupuesto, que lo que en las pláticas se dice ó reprende, no es porque al presente haya aquello en casa, sino para que nunca lo haya. Porque la medicina que previene la enfermedad y preserva de ella es mucho mejor que la que la cura despues. Y eso es lo que hacemos en estas exortaciones, conforme al consejo del Sábio: «Antes de la enfermedad aplica el medicamento (1).» Aplicamos la medicina y el remedio antes que venga la enfermedad, exortando á lo bueno y vituperando lo malo para que asi no venga nadie á caer en aquello que ya sabe que es malo y peligroso. Y asi seria gran falta juzgar: «esto se dijo por fulano:» y mucho mayor decirlo. Porque no se pretende notar á ninguno en particular, que no seria eso prudencia, ni de fruto, sino antes de daño. Y asi seria juzgar y condenar, al que hace la plática, de una cosa muy mal hecha.

Pero aunque de parte del que predica ó hace la plática ha de haber esta circunspeccion y recato; mas de parte del que oye, será muy bueno que cada uno tome lo que se dice como si por él ó para él solo se dijese. No que entienda que el que platica le quiso notar y señalar á él, porque esto, como habemos dicho, seria falta; sino que entrando cada uno la mano en su pecho y yendo cotejando sus obras y su vida con aquello que oye, diga: «verdaderamente todo esto dice á mí, y yo tengo mucha necesidad de ello: Dios se lo puso en la boca para mi provecho:» porque de esa manera se saca mucho fruto.

De aquella plática que hizo Cristo nuestro Redentor á la Samaritana, dice el Sagrado Evangelio que salió ella dando voces diciendo: "Venid y vereis un hombre que me ha dicho cuanto ha pasado por mí (2)." Cuando el predicador habla con los oyentes y les dice lo que pasa por sus almas, entonces es bueno el sermon y la plática, y

(1) Verbum sapiens quodcumque audierit scius, laudabit, et ad se adjiciet: audivit luxuriosus, et displicebit illi, et projiciet illud post dorsum suum. *Eccl.* XXI. 18.

(2) *Matth.* VII. 3.

(1) Ante languorem adhibe medicinam. *Eccl.* XVIII. 20.

(2) Venite, et videte hominem, qui dixit mihi omnia quaecumque feci. *Joann.* IV, 29.

eso es lo que contenta y hace fruto en ellos.

Lo sesto, es menester que entendamos que la palabra de Dios es manjar y mantenimiento del alma. Y asi siempre habemos de procurar sacar algo de las pláticas y sermones que guardemos y conservemos en nuestro corazon para que nos dé esfuerzo y aliento para obrar despues. Sobre aquellas palabras de Cristo: "La simienza que cayó en la buena tierra, estos son los que oyendo de buena y muy buena voluntad la palabra de Dios y reteniéndola en sí, dan fruto con la paciencia en retenerla (1)," dice S. Gregorio (2) que asi como el no retener uno en el estómago el manjar corporal que come, sino provocarlo luego, es enfermedad grave y peligrosa: asi lo es el no retener uno en su corazon la palabra de Dios que oye, sino que por un oido se le entra y por otro se le sale. Decia el Profeta: "Escondia yo, Señor, y guardaba vuestras palabras en mi corazon, para no pecar (3)," para resistir á las tentaciones, para animarme á la virtud y perfeccion. ¡Cuántas veces acontece que tiene uno una tentacion y se vé en algun peligro, y acuérdase de una autoridad de la Sagrada Escritura, ó alguna otra cosa buena que oyó, y con aquello se esfuerza y anima, y siente mucho provecho! Con tres autoridades de la Escritura venció y deshizo Cristo nuestro Redentor las tres tentaciones que el demonio le trajo (4).

De lo dicho se verá cuán dignos son de reprension los que van á las pláticas y á los sermones por cumplimiento, ó se están alli durmiendo ó distraidos pensando en otras cosas, que es lo mismo. Dice el Sagrado Evangelio: "Viene el demonio y quita la palabra de su corazon, porque no se salven (1)" ó porque no se aprovechen. Esas son las aves de rapiña que comen el grano que se siembra para que no nazca: por ventura, aquella palabra que perdisteis cuando os dormistes, ó cuando os distrajistes, fuera medio para vuestro aprovechamiento; y el demonio, con la envidia que tiene de vuestro bien, procura por todas las vias que puede que no prenda en vuestro corazon.

Dice San Agustin, que la palabra de Dios es como el anzuelo, que entonces coge cuando es escogido (2). Asi como cuando el pez toma el anzuelo queda él tomado y asido de él, asi cuando vos tomais y recibís bien la palabra de Dios quedais preso y asido de ella. Y por esto procura tanto el demonio estorbar que no la percibais para que vos no quedeis asido ni quede prendido vuestro corazon. Pues procuremos ir á las pláticas y sermones con la disposicion que debemos, y oir de tal manera la palabra de Dios que prenda en nuestro corazon y dé fruto. Dice el Apóstol Santiago: "no seais solamente oidores de la palabra de Dios, sino obradores. No os engañeis á vosotros mismos pensando que cumplís con oir, porque el que oye la palabra de Dios y no la obra, es como el que se mira en un espejo y luego se va y se olvida de su forma y figura (3)." Esos no serán justificados, sino los que la pusieren por obra (4).

En el Prado espiritual, que compuso

---

(1) Quod autem in bonam terram, hi sunt qui in corde bono, et optimo audientes verbum retinent, et fructum afferunt in patientia. *Luc.* VIII, 15.

(2) Greg. *hom.* 15 *sup. Evangel.*

(3) In corde meo abscondi eloquia tua, ut non peccem tibi. *Ps.* CXVIII, 11.

(4) *Matth.* IV, 4.

(1) Venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant. *Marc.* IV, 15; *Luc.* VIII, 12.

(2) Quod tunc capit, quando capitur. *August.*

(3) Estote factores verbi, et non auditores tantum, fallentes vosmetipsos.—Quia si quis auditor est verbi, et non factor, hic comparabitur viro considerranti vultum nativitatis suae in speculo, consideravit enim se, et abiit, et statim oblitus est qualis fuerit. *Jac.* I, 22 et 23.

(4) Non enim auditores legis justi sunt apud Deum, sed factores legis justificabuntur. *Ad Rom.* II, 13.

Juan Evirato, ó segun otros, San Sofronio, patriarca de Jerusalen, y fué aprobado en el segundo concilio Niceno, se cuenta (y lo trae tambien Teodoreto en su historia religiosa) que estando un dia un santo varon llamado Eusebio, sentado con otro, llamado Amiano, leyendo en un libro de los Evangelios, el Amiano leia y el otro lo iba declarando; y sucedió, que como unos labradores estuviesen labrando sus tierras en aquella campiña, Eusebio, por mirarlos, se distrajo y no atendió á la leccion, y dudando entonces Amiano en lo que iba leyendo, dijo á Eusebio que se lo declarase. Eusebio, como no habia estado atento, le dijo que se lo leyese otra vez; conociendo por esto Amiano que se habia distraido de lo que estaba haciendo, reprendióle y díjole: «no es maravilla si por deleitarte con la vista de los que trabajan, no percibiste como convenia las palabras evangélicas.» Como Eusebio oyó esta reprension quedó tan avergonzado con ella que mandó á sus ojos que en ningun tiempo se deleitasen mirando aquella vega, ni aun las estrellas del cielo. Y desde alli se entró por una senda estrecha y se recogió á una choza, de donde nunca mas salió en todo lo restante de su vida. En esta estrecha prision vivió cuarenta años, y mas, hasta que murió. Y porque la necesidad con la razon le compeliese á estar alli quedo, se ató por los lomos con una cinta de hierro, y con otra mas pesada por la cerviz, y á estas cintas de hierro ató una cadena y la cadena al suelo, para que por fuerza estuviese acorbado, y no pudiese andar libremente, ni mirar mas aquella vega, ni aun levantar mas los ojos al cielo. De esta manera se castigó el siervo de Dios por sola una inadvertencia y distraccion que tuvo á la declaracion de la palabra de Dios, para confusion nuestra que tan poco caso hacemos de las muchas que tenemos.

TRATADO SEGUNDO.

De la perfeccion de las obras ordinarias.

CAPITULO I.

Que nuestro aprovechamiento y perfeccion está en hacer las obras ordinarias, que hacemos, bien hechas.

Dice el Señor á su pueblo: "lo que es bueno y justo, hacedlo bien hecho, justa y cabalmente (1)." No está el negocio de nuestro aprovechamiento y perfeccion en hacer las cosas, sino en hacerlas bien, como no está tampoco en ser uno religioso, sino en ser buen religioso. Dice san Gerómo, escribiendo á Paulino (1): «No es de loar el vivir en Jerusalen; sino el vivir bien en Jerusalen.» Tenia en mucho este Paulino á San Gerónimo, porque moraba en aquellos lugares sagrados, donde Cristo Nuestro Señor obró los Misterios de nuestra Redencion; y dicele San Gerónimo, no es

(1) Juste quod justum est persequeris. *Deuteron.* VI, 20.

(1) Non Hierosolymis fuisse, sed Hierosolymis bene vixisse laudandum est. Hieron. *Epist. ad Paulin. de instit. Monach.*

de loar el vivir en Jerusalen, sino el vivir bien en Jerusalen. Y traese comunmente este dicho para avisar á los religiosos que no se contenten con estar en la Religion; porque asi como el hábito no hace al monge, asi tampoco el lugar, sino la vida buena y santa. De manera que todo el punto está, no en ser religioso, sino en ser buen religioso; y no en hacer los ejercicios de la Religion, sino en hacerlos bien hechos. Es lo que decian de Cristo que cuenta el Evangelista San Marcos: "Todas las cosas hizo bien (1)." En ese bien está todo nuestro bien.

Cosa cierta es que todo nuestro bien y todo nuestro mal está en ser nuestras obras buenas ó malas; porque tales seremos nosotros, cuales fueren nuestras obras. Esas dicen quien es cada uno: por la fruta se conoce el árbol. Dice San Agustin que el hombre es el árbol y las obras el fruto que lleva; y asi por el fruto de las obras se conoce quién es cada uno (2). Y por eso dijo Cristo Nuestro Redentor de aquellos hipócritas y falsos predicadores: "Por el fruto de sus obras conocereis lo que son (3)." Y por el contrario, dice de sí mismo: "Las obras que yo hago dan testimonio de mí (4); "y si á mí no me quereis creer, creed á mis obras que ellas dicen quien yo soy (5)." Y no solamente dicen las obras lo que cada uno es en esta vida, sino tambien lo que ha de ser en la otra. Porque tales seremos en la otra vida para siempre, cuales fueren nuestras obras en esta. Porque Dios Nuestro Señor ha de premiar y galardonar á cada uno conforme á sus obras, como la Escritura Divina tantas veces lo repite, asi en el Viejo como en el Nuevo Testamento: "Porque tú darás á cada uno conforme á sus obras (1);" y el Apóstol San Pablo: "Lo que sembrare el hombre eso cojera (2)."

Pero descendamos mas en particular, y veamos qué obras son esas en que está todo nuestro bien y todo nuestro aprovechamiento y perfeccion. Digo que son estas ordinarias que hacemos cada dia. En tener esa oracion ordinaria, que tenemos, bien tenida; en hacer esos exámenes, que hacemos, bien hechos; en oir la misa y en decirla como debemos; en rezar nuestras horas y nuestras devociones con reverencia y atencion; en ejercitarnos continuamente en la penitencia y mortificacion; en hacer nuestro oficio, y lo que nos encarga la obediencia, bien hecho. En eso está nuestro aprovechamiento y perfeccion. Si hiciéremos estas obras con perfeccion seremos perfectos; y si las hiciéremos imperfectamente seremos imperfectos. Y asi esta es la diferencia que hay del bueno y perfecto religioso al imperfecto y tibio: no está la diferencia en hacer mas ú otras cosas el uno que el otro, sino en hacer, las que hace, con perfeccion ó con imperfeccion. Por eso aquel es bueno y perfecto religioso, porque hace estas cosas bien hechas, y por eso el otro es imperfecto porque las hace con mucha tibieza y negligencia. Y cuanto uno mas se estendiere y adelantare en esto, tanto será mas perfecto ó imperfecto.

En aquella parábola del sembrador, que salió á sembrar su semilla, dice el Sagrado Evangelio (3), que aun la buena semilla, y sembrada en buena tierra, en una parte dió fruto de treinta, en otra de sesenta, en otra de ciento. En lo cual, dicen los Santos, que se denotan los tres grados que hay de los que sirven á Dios, incipientes, proficientes

(1) Bene omnia fecit. *Marc.* VII, 37.
(2) Aug. *de serm. Dom. in monte.* lib. II, c. 36.
(3) A fructibus eorum cognoscetis eos. *Matth.* VII, 16.
(4) Opera quae ego facio in nomine Patris mei, haec testimonium perhibent de me. *Joan.* X, 25.
(5) Et si mihi non vultis credere, operibus credite, *Ib.*

(1) Quia tu reddes unicuique juxta opera sua. *Ps.* LXI, 13; *Matth.* XVI, 27; *Ad Rom.* II, 6.
(2) Quae seminaverit homo, haec et metet. I *ad Cor.* III, 8; *ad Galat.* VI, 8.
(3) *Matth.* XIII, 8 et 23.

y perfectos. Todos nosotros sembramos una misma semilla, porque todos hacemos unas obras y guardamos una misma regla; todos tenemos un mismo tiempo de oracion y de exámenes, y desde la mañana hasta la noche estamos ocupados por obediencia; pero con todo eso, *homini homo quid praestat*? ¡cuánto vá, como dicen, de Pedro á Pedro! ¡cuánto vá de un religioso á otro! Porque en el uno esas obras que siembra hacen fruto de ciento, porque las hace con espíritu y con perfeccion, y esos son los perfectos: en el otro dan fruto, pero no tanto, sino de sesenta; y esos son los que van aprovechando: en el otro solo dan fruto de treinta, y esos son los que comienzan á servir á Dios. Pues mire cada uno de cuáles de estos es. Mirad si sois de los de á treinta. Y aun ¡plega Dios que no sea nadie de los que dice el Apóstol (1) que sobre el fundamento de la fé edifican leña, heno y paja para que arda en el dia del Señor! Mirad no hagais las cosas por vanidad y por respetos humanos, por contentar á los hombres, y porque os tengan en algo: porque eso es edificar leña, heno y paja para que arda á lo menos en el Purgatorio, sino procurad hacer eso que haceis bien hecho y con perfeccion, y será edificar plata, oro y piedras preciosas.

Entenderáse bien que está nuestro aprovechamiento y perfeccion en esto por esta razon: todo nuestro aprovechamiento y perfeccion está en dos cosas; en hacer lo que Dios quiere que hagamos, y en hacerlo como el quiere que lo hagamos; porque no parece que hay mas que pedir, ni mas que desear que esto. Pues lo primero, de hacer lo que Dios quiere que hagamos, ya lo tenemos por la misericordia de Dios en la Religion, y ese es uno de los mayores bienes y de los mayores consuelos que tenemos los que vivimos debajo de obediencia, que estamos ciertos que eso que hacemos y en que nos ocupamos por la obediencia, es lo que Dios quiere que hagamos. Y este es como primer principio en la Religion, sacado del Evangelio y de la doctrina de los Santos, como diremos cuando tratemos de la obediencia (1). "El que á vosotros oye, á mí oye (2);" obedeciendo al superior, obedecemos á Dios y hacemos su voluntad; porque aquello es lo que Dios quiere que hagamos entonces.

No resta sino lo segundo, hacer las cosas como Dios quiere que las hagamos, que es hacerlas bien hechas y con perfeccion: porque de esa manera quiere él que las hagamos. Y esto es lo que vamos diciendo.

En las Crónicas de la órden cisterciense se cuenta que estando en maitines el glorioso San Bernardo con sus monges, vió muchos ángeles notando y escribiendo lo que los monges allí hacian y de la manera que lo hacian; y que de unos lo escribian con oro, de otros con plata, de otros con tinta, de otros con agua, segun la atencion y espíritu con que cada uno oraba y cantaba, y que de otros no escribian nada; porque aunque estaban allí con el cuerpo, con el corazon y pensamiento estaban muy lejos y divertidos en cosas impertinentes. Y dice que vió tambien cómo principalmente al *Te Deum laudamus*, andaban los ángeles muy solícitos porque le cantasen muy devotamente, y que de las bocas de algunos que le comenzaban salia una como llama de fuego. Pues mire cada uno cuál es su oracion, y si merece ser escrita con oro, ó con tinta, ó con agua, ó que no se escriba nada. Mirad si cuando estais en oracion, salen de vuestro corazon y de vuestra boca llamas de fuego ó bostezos y desperezos. Mirad si estais allí solamente con el cuerpo, y

(1) I. *ad Cor.* III, 12.

(1) Parte III, trat. 5, c. 10 y 12.
(2) Qui vos audit, me audit. *Luc.* X, 16.

con el espíritu en el estudio, ó en el oficio, ó en el negocio ó en otras cosas impertinentes.

CAPITULO II.

Que nos ha de animar mucho á la perfeccion el habérnosla Dios puesto en una cosa muy fácil.

El P. maestro Nadal, varon insigne de nuestra Compañía por sus grandes letras y virtud, cuando vino á visitar las provincias de España, una de las cosas que dejo mas encomendadas, fué que se enseñase á menudo esta verdad: que todo nuestro aprovechamiento y perfeccion consistia en hacer bien hechas las cosas particulares, ordinarias y cotidianas que traemos entre manos. De manera, que no está el aprovechar y mejorar la vida en multiplicar otras obras estraordinarias, ni en hacer otros oficios altos y levantados, sino en hacer con perfeccion esas obras ordinarias de la Religion y esos oficios en que nos pusiere la obediencia, aunque sean los mas bajos del mundo, porque eso es lo que Dios quiere de nosotros. Y asi en eso habemos de poner los ojos si queremos agradarle y alcanzar la perfeccion. Pues consideremos y ponderemos aquí á cuán poca costa podemos ser perfectos, pues que con lo mismo que hacemos, sin añadir mas obras, lo podemos ser. Cosa es esta de gran consuelo para todos y que nos debe animar mucho á la perfeccion. Si os pidiéramos para ser perfecto algunas cosas esquisitas y estraordinarias, algunas elevaciones ó contemplaciones muy altas, pudiérades tener alguna escusa y decir que no podíades, ó que no os atrevíades á subir tan alto. Si os pidiéramos que os disciplinárades cada dia hasta derramar sangre, ó que ayunárades á pan y agua, ó que anduviérades descalzos y con cilicio perpétuo, pudiérades decir que no sentíades fuerzas para ello; pero no os pedimos eso ni está en eso vuestra perfeccion, sino en hacer lo mismo que haceis bien hecho. Con las mismas obras que haceis, si quereis, podeis ser perfecto: ya está hecha la cosa, no habeis menester añadir mas obras. ¿Quién no se animará con esto á ser perfecto, estando la perfeccion tan á la mano y en una cosa tan casera y tan hacedera? Decia Dios á su pueblo para animarle á su servicio y al cumplimiento de su ley: "Estos mandamientos, que yo te doy ahora, no es cosa que está muy lejos y muy levantada de tí, ni que está puesta allá en el cuerno de la luna, para que puedas decir: «¿quién de nosotros podrá subir al cielo para alcanzarla?» Ni tampoco es cosa qne está de esotra parte de la mar para que tengas ocasion de decir: «¿quién podrá pasar la mar y traerla acá de tan lejos?» No está sino muy cerca y muy á la mano (1)." Esto mismo podemos decir de la perfeccion de que ahora tratamos. Y asi el bienaventurado San Antonio con esto exhortaba y animaba á sus discípulos á la perfeccion. Los griegos, dice (2), para alcanzar la filosofía y las demas ciencias, hacen grandes jornadas y largas navegaciones, poniéndose en grandes trabajos y peligros; empero nosotros para alcanzar la virtud y la perfeccion, que es la verdadera sabiduría, no habemos menester ponernos en esos trabajos y peligros, ni aun salir fuera de nuestra casa, porque dentro de ella la hallaremos, y aun dentro de nosotros mismos (3). En esas cosas or-

(1) Mandatum hoc quod ego praecipio tibi hodie non supra te est, nec procul positum, nec in coelo situm, ut possis dicere, quis nostrum valet ad coelum ascendere, ut deferat illud ad nos, ut audiamus, atque opere compleamus; nec trans mare positum, ut causeris, et dicas: Quis ex nobis poterit transfretare mares et illud ad nos usque deferre, ut possimus audire et facere quod praeceptum est. Sed juxta te est sermo valde, in ore tuo, et in corde tuo, ut facias illum. *Deut.* XXX, 11.

(2) Graeci studia transmarina sectantur, regnum autem coelorum intra vos est. *Ant. Abbas.*

(3) Regnum Dei intra vos est. *Luc.* XVII, 21.

dinarias y cotidianas que haceis está vuestra perfeccion.

Suélese preguntar muy ordinariamente en las conferencias espirituales, cuando viene un tiempo de devocion, como de Cuaresma, Adviento, Pascua del Espíritu Santo, ó renovacion de votos, de qué medios nos ayudaremos para disponernos y prepararnos para esta renovacion, ó para esta Cuaresma, ó para recibir el Espíritu Santo, ó el Niño Jesus recien Nacido, y vereis dar tantos medios y tantas consideraciones, y todas buenas; pero el medio principal en que debemos insistir, es este de que vamos tratando: perfeccionarnos en esto ordinario que hacemos. Id quitando las faltas y las imperfecciones que teneis en esas cosas ordinarias y cotidianas, y procurad ir cada dia haciéndolas mejor y con menos faltas, y esa será muy buena preparacion, ó la mejor, para todo lo que quisiéredes. Poned ahí los ojos principalmente, y todos los demas medios y consideraciones sean para ayudaros á esto.

CAPITULO III.

En qué consiste la bondad y perfeccion de nuestras obras, y de algunos medios para hacerlas bien.

Pero veamos en qué consiste el hacer bien las obras, para que veamos los medios que nos ayudarán á hacerlas bien. Digo brevemente que consiste en dos cosas. Lo primero y principal, en que las hagamos puramente por Dios. San Ambrosio pregunta (1): ¿qué es la causa que en la creacion del mundo, criando Dios las cosas corporales y los animales, á todos alaba luego? Cria Dios las plantas y los árboles, y dice luego: "Y vió Dios que era bueno (2)." Cria Dios los animales y las aves y los peces, y dice luego: "Y vió Dios que era bueno." Cria los cielos, las estrellas, el sol y la luna, y dice luego: "Y vió Dios que era bueno." A todas estas cosas alaba luego en acabándolas de criar; y llegando á la creacion del hombre, solo él parece que se queda sin alabanza, porque no añadió luego: "Y vió Dios que era bueno," como habia añadido á todas las demás cosas. ¿Qué misterio es este, y qué será la causa de ello? ¿Sabeis qué? (dice el Santo). La causa es que la hermosura y bondad de las demas cosas corporales y de los animales está en esto esterior, que se parece de fuera, y no hay mas perfeccion en ellas que lo que se echa de ver con los ojos, y por eso se alaban luego: empero la bondad y perfeccion del hombre, no está en esto esterior que se parece de fuera, sino en lo interior que está escondido allá dentro. "Toda la hermosura del hombre, que es hijo de Dios, está dentro (1)," y eso es lo que agrada á los ojos de Dios. Dijo Dios á Samuel: "Los hombres ven solamente lo esterior, que se parece de fuera, y de eso se agradan ó desagradan; pero Dios mira lo interior del corazon (2):" mira el fin y la intencion con que cada uno hace las obras: y por eso no alaba luego al hombre en criándole, como á las demas criaturas. La intencion es la raiz y el fundamento de la bondad y perfeccion de todas nuestras obras (3). Los cimientos no se ven, pero ellos son los que sustentan todo el edificio: asi es la intencion.

Lo segundo, que pide la perfeccion de las obras, es, que hagamos en ellas lo que podemos y es de nuestra parte para hacerlas bien hechas. No basta que vuestra intencion sea buena; no basta que digais que las haceis por Dios, sino es menester que

(1) *Ambr. lib. inst. virg. ad Eusebium*, c. 3.
(2) Et vidit Deus quod esset bonum. *Gen.* I, 10, 12, 18, 21, 25.

(1) Omnis gloria ejus filiae regis ab intus. *Ps.* XLIV, 14.
(2) Homo enim videt ea, quae parent; Dominus autem intuetur cor. I. *Reg.* XVI, 7.
(3) Véase despues el tratado III.

procureis hacerlas lo mejor que pudiéredes para agradar mas con ellas á Dios. Pues sea este el primer medio para hacer las obras bien hechas: hacerlas puramente por Dios, porque eso nos hará hacerlas bien y lo mejor que pudiéremos para asi agradar mas con ellas á Dios, aunque no nos vean los superiores, y aunque no nos miren los hombres, al fin como quien las hace por Dios. Preguntó una vez nuestro Padre S. Ignacio á un hermano que era algo descuidado en su oficio: «hermano, ¿por quién haceis eso?» Respondió que por amor de Dios. Dícele nuestro Padre: «pues yo os certifico que si de aqui adelante lo haceis de esa manera, que os tengo de dar una muy buena penitencia. Porque si lo hiciérades por los hombres, no fuera grande falta hacerlo con ese descuido; pero haciéndolo por un tan gran Señor, es muy grande falta hacerlo de esa manera.»

El segundo medio, que los Santos ponen por muy eficaz para esto, es andar en la presencia de Dios. Aun allá Séneca decia que el hombre deseoso de la virtud y de hacer las cosas bien hechas, ha de imaginar que tiene delante de sí alguna persona de grande veneracion y á quien tuviese mucho respeto, y hacer y decir todas las cosas como las haria y diria si realmente estuviera en su presencia (1). Pues si esto seria bastante para hacer las cosas bien hechas, ¿cuánto mas eficaz medio será andar en la presencia de Dios y traerle siempre delante de los ojos, considerando que nos está mirando? Especialmente, que esto no es imaginacion como esotro, sino que en realidad de verdad pasa asi, como tantas veces nos lo repite la Escritura, diciendo: "los ojos del Señor son muy mas claros que el sol: miran por todas partes todos los caminos de los hombres y el profundo del abismo, y penetran los corazones humanos hasta lo mas oculto y escondido de ellos (1)."

Despues (2) trataremos de propósito de este ejercicio de andar en la presencia de Dios, y diremos cuán escelente y provechoso es, y cuán estimado y encomendado de los Santos. Ahora solamente sacaremos de ahí para nuestro propósito, de cuánta importancia es hacer las obras ordinarias bien hechas. Eslo de tanta que, como diremos alli, el andar en la presencia de Dios no es solo para parar en ella, sino para que nos sea medio para hacer bien las obras que hacemos; y si por andar atentos á que Dios está presente, nos descuidasemos en las obras é hiciesemos faltas en ellas, no seria esa buena devocion, sino ilusion. Y aún mas añaden algunos, y dicen que esa es la presencia de Dios que habemos de traer, y la que la Sagrada Escritura y los Santos tanto nos encomiendan: procurar de hacer las obras de tal manera y tan bien hechas, que puedan parecer delante de Dios, y que no haya en ellas cosa indigna de sus ojos y de su presencia; al fin, como quien las hace delante de Dios que le está mirando: y esto parece que nos quiso dar á entender el Evangelista San Juan en su Apócalipsis, donde refiriéndo las propiedades de aquellos santos animales que vió estar delante del trono de Dios prestos para sus mandatos, dice que de dentro y de fuera y alrededor estaban llenos de ojos: ojos en los pies, ojos en las manos, ojos en los oidos, ojos en los lábios, y ojos en los mismos ojos, para significarnos que los que quisieren perfectamente servir á Dios y ser dignos de su presencia, han de mirar en todo para no hacer cosa indigna de la presencia

(1) Sic vive tanquam sub alicujus boni viri, ac semper praesentis oculis. *Sen. Epist.* 25.

(1) Oculi Domini multo plus lucidiores sunt super solem, circumspicientes omnes vias hominum, et profundum abyssi, et hominum corda intuentes in absconditas partes. *Eccl*, XXIII, 28.—*Job.* XXXIX, 21 *et* c. XXXI, 4.—*Prov.* V, 21. 2.—*Baral.* XVI, 9.

(2) En el tratado VI.

de Dios. Habeis de estar lleno de ojos de dentro y de fuera, que veais cómo obrais, y veais cómo andais, y veais cómo hablais, y veais cómo ois, y veais cómo veis, y veais cómo pensais, y cómo quereis, y cómo deseais, para que en todas vuestras cosas no haya ninguna que pueda ofender á los ojos de Dios, ante cuyo acatamiento estais.

Este es muy buen modo de andar en la presencia de Dios; y asi el Eclesiástico y el Apóstol San Pablo, en lugar de aquello que se dice en el Génesis de Enoc: "que anduvo eno Dios," que es lo mismo que en presencia de Dios, "y se desapareció porque lo llevó el Señor (1)," dicen ellos: "Enoc agradó á Dios, y fué trasladado al Paraiso (2):" dándonos claramente á entender que es todo uno el andar siempre con Dios, ó delante de Dios, y el agradar á Dios, pues declaran lo uno por lo otro. Y San Agustin y Orígenes declaran de esta manera aquello que dice la Sagrada Escritura en el Exodo que cuando Jethro vino á ver á su yerno Moisés se juntaron Aaron y todos los mas graves de Israel para comer con él delante de Dios (3). No quiere decir que se juntaron á comer delante del Tabernáculo ó del Arca, que aun no la habia; sino que se juntaron para festejarle, y comer y beber y holgarse con él; empero con tanta piedad y santidad y compostura religiosa, como quien comia delante de Dios, procurando que no hubiese en ello cosa que pudiese ofender á sus divinos ojos. De esta manera andan los justos y los perfectos delante de Dios en todas sus cosas, aun en las indiferentes y necesarias á la vida humana. Los justos, dice el profeta (4), coman y beban en buen hora, y

(1) Ambulavitque cum Deo (coram Deo) et non apparuit, quia tulit eum Dominus: *Gen.* V, 24.
(2) Enoch placuit Deo, et translatus est in paradisum. *Eccl* XLIV, 16; *ad Hebr.* XI, 5.
(3) Ut comederent panem cum eo coram Deo. *Exod.* XVIII, 12.
(4) Justi epulentur, et exultent in conspectu Dei, et delectentur in laetitia. *Ps.* LXVII, 4.

y huélguense y regocíjense á sus tiempos; empero delante de Dios, sea de manera que todo pueda parecer delante de los ojos de Dios, que no haya en ello cosa indigna de su presencia.

De esta manera tambien dicen muchos Santos que se cumple aquello que dice Cristo Nuestro Redentor en el Evangelio: "Conviene siempre orar y no desfallecer (1)," y San Pablo á los Tesalonicenses: "Orad siempre (2)." Dicen que siempre ora el que siempre obra bien. Asi lo dice San Agustin sobre aquellas palabras del Salmista: "Todo el dia en su alabanza (3)." ¿Quereis, dice (4), un medio muy bueno para estar todo el dia alabando á Dios? Haced todo lo que hiciéredes bien hecho, y de esa manera todo el dia estareis alabando á Dios (5). Lo mismo dice San Hilario: «Entonces conseguimos orar siempre cuando siempre nos ejercitamos en obras del agrado de Dios y á gloria suya. Asi es oracion toda la vida de cualquiera varon santo: porque viviendo de dia y de noche conforme á la ley, esta misma vida es la meditacion diurna y la meditacion nocturna de la ley (6). Y San Gerónimo sobre aquel verso: "Alabadle sol y luna, alabadle todas las estrellas y la luz (7)," pregunta: ¿cómo alaban á Dios el sol y la luna, la luz y las estrellas? Y responde: «¿Sabeis cómo le alaban? Porque nunca cesan de hacer su oficio muy bien hecho: siempre están sirviendo á Dios y haciendo aquello pa-

(1) Oportet semper orare, et non deficere. *Luc.* XVIII, 1.
(2) Sine intermissione orate. 1 *ad Thes.* V, 17.
(3) Tota die laudem tuam. *Ps.* XXXIV, 28.
(4) August. sup. *Ps.* 34, conc. 2 in fin.
(5) Quidquid egeris bene age, et laudasti Deum. *Ib.*
(6) Per hoc enim efficitur, ut sine intermissione oremus, cum per opera Deo placita, et in gloriam ejus semper exercita, sancti cujusque viri vita omnis oratio sit, ac sic secundum legem noctu dieque vivendo, vita ipsa, nocturna legis erit, et diurna meditatio. *Hilar. in Ps.* 1. *sup. illud*: aet in lege ejus meditabitur die, ac nocte.»
(7) Laudate eum sol, et luna: laudate eum omnes stellae, et lumen. *Ps.* 148.

ra que fueron criadas, y eso es estar siempre alabando á Dios (1).» De manera que el que hace su oficio muy bien hecho, el que hace muy bien las cosas cotidianas y ordinarias de la Religion, ese siempre está alabando á Dios y está siempre en oracion. Y podemos confirmar esto con aquello que dice el Espíritu Santo por el Sábio: "El que guarda la ley multiplica la oracion: es saludable sacrificio atender á los Mandamientos y apartarse de toda culpa (2)." Pues en esto se verá bien de cuánta estima y perfeccion es hacer las cosas ordinarias, que hacemos, bien hechas; pues eso es multiplicar la oracion y eso es andar siempre en oracion y en la presencia de Dios, y ese es un sacrificio muy saludable y que agrada mucho á Dios.

CAPITULO IV.

De otro medio para hacer bien las obras, que es hacerlas como si no tuviésemos otra cosa que hacer.

El tercer medio, para hacer las cosas bien hechas, es hacer cada cosa como si no tuviésemos otra que hacer. Tener uno oracion, decir una Misa, rezar el Rosario y nuestras horas, como si no tuviésemos otra cosa que hacer, y asi de todas las demas obras. ¿Quién vá tras de nosotros? no nos confundamos en las obras, ni nos impida la una á la otra, sino atendamos siempre á aquello que estamos haciendo de presente. En la oracion no pensemos en el estudio, ni en el oficio, ni en el negocio, que eso no sirve sino de impedir la oracion y no hacer bien uno ni otro. Todo el dia queda para el oficio, y para el estudio, y para el ministerio. "Todas las cosas tienen su tiempo (1):" demos á cada cosa su tiempo: "Bástale al dia su trabajo (2)." Este es un medio tan justo y tan conforme á razon que aun los paganos, faltos de fé, le enseñaban para tratar con mas reverencia á aquellos que ellos pensaban ser dioses. De donde emanó aquel proverbio antiguo: «los que »han de adorar, se sienten (3).» Los que hubieren de tratar con Dios, háganlo de asiento y con atencion y reposo, y no de paso y desacordados. Plutarco, tratando de la estima y reverencia con que los sacerdotes de su tiempo se llegaban á sus dioses, dice que entretanto que el sacerdote hacia el sacrificio, nunca cesaba un pregonero de clamar y de decir estas palabras: «Haz lo que haces (4).» «Está en ese negocio: no te diviertas; mira bien el negocio en que entiendes en esta hora.» Pues este es el medio que damos ahora: que procuremos estar en lo que hacemos enteramente, tomándolo de propósito y de asiento, haciendo cada obra como si no tuviésemos otra cosa que hacer. «Haced lo que haceis,» *hoc age*: estad en ello: poned todo vuestro cuidado y diligencia en esto que está presente; dad de mano por entonces á todas las demás cosas, y de esta manera hareis bien cada cosa. Probaba un filósofo que solamente habíamos de tener atencion á lo que hacemos de presente, y no á lo pasado ni á lo por venir (5). Y daba esta razon: porque esto presente es lo que solamente está en nuestra mano, y no lo pasado ni lo por venir, porque aquello ya se pasó, y asi no está ya en nuestra mano: y lo otro no sabemos si vendrá. ¡Oh! ¡quién pudiese acabar consigo

(1) In eo quod a suo officio, et servitio non recedunt, servitium ipsorum laus Dei est. *Hyeron. sup. Ps.* 148.

(2) Qui conservat legem multiplicat orationem: sacrificium salutare est attendere mandatis, et discedere ab omni iniquitate. *Eccl.* XXXV, 1.—Vulgata correcta legit *oblationem*.

(1) Omnia tempus habent. *Eccl.* III, 1.

(2) Sufficit diei malitia sua. *Matth.* VI, 34.

(3) Adoraturi sedeant. *Paul. Manutius* in adagiis.

(4) Hoc age, hoc age. *Plutarch.*

(5) Quod nunc instat agamus. *Aristipus*: Refert. Aelianus lib. XIV histor.

y fuese tan señor de sí mismo y de sus pensamientos é imaginaciones, que no pensase en otra cosa sino en lo que está haciendo! Pero es tanta la instabilidad de nuestro corazon, y por otra parte es tanta la malicia y astucia del demonio que, ayudándose de eso, nos trae pensamientos y cuidados de lo que habemos de hacer despues, para impedir y estorbar lo que estamos haciendo de presente. Es esta una tentacion muy comun del enemigo, y muy dañosa y perjudicial, porque en eso pretende él que nunca hagamos cosa bien hecha. Para eso os trae el demonio en la oracion pensamientos del negocio, del estudio, del oficio, y os pone delante cómo hareis aquello bien, para que no tengais bien la oracion en que estais de presente; y á trueque de eso, no se le dá nada de representaros mil modos y maneras de cómo hareis despues bien lo otro; porque ahora no lo haceis, y despues cuando lo vengais á hacer, no le faltará otra cosa que poneros delante para que tampoco hagais aquello bien. Y de esa manera nos anda engañando, para que ninguna cosa hagamos bien. Pero no se nos ocultan sus intenciones, bien se las entendemos (1). Dejaos de lo por venir, y no tengais ahora cuidado de ello; porque aunque eso sea bueno para despues, ahora no es bueno pensar en ello. Y cuando os viniese esa tentacion, con color de que despues no os acordareis de aquello que entonces se os ofrece, en eso mismo vereis que eso no es de Dios, sino tentacion del demonio, porque Dios no es amigo de confusion sino de paz y sosiego, y de orden y concierto; y asi, eso que os quita el sosiego y la paz y orden de las cosas, no es Dios, sino el demonio, que es amigo de confusion y desasosiego. Desechadlo, y fiad de Dios, que haciendo lo que debeis, él os ofrecerá á su tiempo todo lo que os cumpliere y con ventaja. Y aunque se os ofrezca la razon y el buen punto, y el buen argumento y solucion en tiempo de los ejercicios espirituales, dadlo de mano, y creed que no perdereis nada por eso, sino antes ganareis. Dice San Buenaventura que «la ciencia que se deja por la virtud, se halla despues mas cumplidamente por la misma virtud (1).» El P. maestro Avila dice: «Cuando viniere el cuidado fuera de tiempo, decid: No me manda mi Señor ahora nada de eso, y asi no tengo que pensar en ello; cuando mi Señor me lo mandare, entonces trataré de eso (2).»

(1) Non enim ignoramus cogitationes ejus. II *ad Cor.* II.

CAPITULO V.

De otro medio, que es hacer cada obra, como si aquella hubiese de ser la postrera de nuestra vida.

El cuarto medio, que dán los Santos para hacer las obras bien, es hacer cada obra de tal manera, como si aquella hubiese de ser la postrera de nuestra vida. Dice San Bernardo, dando órden al religioso, cómo se ha de haber en las obras: «Pregúntese cada uno á sí mismo en cada obra: si luego te hubieses de morir, ¿harias esto (3)?» ¿Hariaslo de esa manera? Y San Basilio dice: «Ten presente siempre el último de tus dias. Cuando te levantares á la mañana, teme si llegarás á la noche, y cuando á la noche te acostares no te prometas amanecer: y asi mas fácilmente te podrás refrenar en todo vicio (4).» Que es

(1) Scientia quae pro virtute despicitur, per virtutem postmodum melius invenitur. *D. Bonavent. in spec. disp.* p. 2, c. 7.

(2) M. Avil. t. III. Epistol.

(3) In omni opere suo dicat sibi ipsi: si modo moriturus esses, faceres istud? *Bernard. in spec. Monachorum.*

(4) Semper ante oculos tuos versetur ultimus dies. Cum enim diluculo surrexeris, ad vesperum te ambi-

en romance lo que dice aquel Santo: «Asi habias de ordenarte en todo, como si luego hubieses de morir: cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás á la noche; y cuando la noche, no te oses prometer de ver la mañana, porque muchos mueren súbitamente (1).» Este es muy eficaz medio para hacer las cosas bien hechas. Y asi leemos del bienaventurado San Antonio (abad) que daba muchas veces este recuerdo á sus discípulos para animarlos á la virtud, y hacer las cosas con perfeccion. Aun allá dijo el otro: «Pensad que cada dia es el postrero (2).» Si hiciésemos las cosas cada una como si luego nos hubiésemos de morir y aquella hubiese de ser la postrera, de otra manera y con otra perfeccion las hariamos. ¡Oh! ¡qué misa diria yo, si entendiese que aquella era la postrera obra que habia de hacer en mi vida y que no me quedaba ya mas tiempo para obrar ni para merecer! ¡Oh! ¡qué oracion tendria, si entendiese que aquella era la última y que ya no habia mas tiempo para pedir á Dios misericordia y perdon de mis pecados! Por eso dice el refran: «si quieres saber orar, entra en la mar.» Entonces, cuando se vé la muerte al ojo, de otra manera se tiene oracion.

Cuéntase de un religioso sacerdote, siervo de Dios, que acostumbraba confesarse cada dia para decir misa; al fin de su jornada cayó enfermo, y viendo el superior, que la enfermedad era mortal, díjole: «Padre, muy malo está, confiésese como para morir.» Respondió el enfermo, levantando sus manos al cielo: «Bendito y alabado sea el Señor, que treinta y tantos años há que cada dia me confesaba como si luego me hubiera de morir, y ahora no será menester sino reconciliarme como para decir Misa.» Este andaba bien; pues asi habemos de andar nosotros. Cada vez nos habemos de confesar como para morir y comulgar como para morir y asi de todas las demas obras, y con eso á la hora de la muerte no será menester decirnos que nos confesemos como para morir, sino que nos reconciliemos como para comulgar. Si de esta manera anduviésemos, siempre nos hallaria la muerte bien apercebidos y nunca nos tomaria de repente. Y asi esta es la mejor oracion y la mejor devocion para no morir muerte súbita. Dice Cristo nuestro Redentor: "bienaventurado el siervo que, cuando viniere el Señor, le hallare de esta manera velando (1)." Asi vivia el Santo Job: "Todos los dias de esta vida estoy, dice (2), esperando la otra vida:" cada dia hago cuenta que es el postrero para mí. Llamadme, Señor, el dia que quisiéredes, que dispuesto y preparado estoy para responderos y acudir á vuestro llamamiento en cualquier tiempo y hora que me quisiéredes llamar (3).

Una de las buenas señales que hay para conocer si anda uno bien y á las derechas con Dios, es (4) si está apercebido y á punto siempre para responder á Dios cuando le llamare en cualquier tiempo y en cualquier obra de las que está haciendo. No trato de certidumbre infalible, que esa no la podemos tener en esta vida sin particular revelacion, sino de conjeturas probables y morales que es lo que podemos tener. Una muy grande y muy principal es mirar si lo tendríades por bien que la muerte os tomase en este tiempo y en esta coyuntura y en esta obra que estais haciendo. Mirad si

---

gas pervenire, et cum in lectulum ad quiescendum membra tua posueris, noli considerare de lucis adventu, ut facilius te possis refrenare ab omnibus vitiis, *Basil. instr. ad filium spiritualem.*

(1) Thom. de Kempis.

(2) Omnem crede diem tibi diluxisse supremum. *Horac.* lib. I, Epist. 4.

(1) Beatus ille servus quem cum venerit Dominus ejus invenerit sic facientem. *Matth.* XXIV, 46.

(2) Cunctis diebus, quibus nunc militio, expecto donec veniat immutatio mea. *Job.* XIV, 14.

(3) Vocabis me, et ego respondebo tibi. *Ib.* 15.

(4) Trat. 8, cap. 20.

estais dispuesto para responder á Dios, como el Santo Job, si en este punto os llamase. Probaos muchas veces con esta prueba, y preguntaos muchas veces á vos mismo esta pregunta: ¿si ahora viniese la muerte, holgaríaste? Cuando yo me pongo á pensar y á preguntarme esto á mí mismo, si hallo que huelgo de que ahora venga la muerte en este punto y en esta obra que hago, paréceme que ando bien y quedo con alguna satisfaccion. Pero cuando hallo que no querria que viniese ahora la muerte, ni que me tomase en este oficio, ni en esta ocupacion y coyuntura, sino que se detuviese un poco á que se acabasen estas tareas que tengo, que me traen distraido, esa no es buena señal, antes la tengo por claro indicio de que ando descuidado en mi aprovechamiento, y no como debo á buen religioso. Porque como dice aquel Santo (1): «si tuvieses buena conciencia, no temerias mucho la muerte:» y pues la temeis tanto, señal es que os remuerde en algo vuestra conciencia y que no teneis buena cuenta. «Mejor es temer el pecado que la muerte.» El mayordomo que tiene buena cuenta está deseando que se la vengan á tomar; pero el que la tiene mala, está temiendo cuándo se la han de venir á tomar, y ándalo escusando y dilatando cuanto puede.

Nuestro Padre San Francisco de Borja decia que el buen ejercicio del religioso ha de ser ponerse á punto de morir veinte y cuatro veces al dia, y que entonces se hallaba él bien, cuando podia decir cada dia: «Hoy me tengo de morir (2).» Pues éntre cada uno en cuenta consigo mismo, y examínese muchas veces con esto. Y si os parece que no estais ahora en sazon y coyuntura para morir, procurad de poneros en buen punto para ese trance, y haced cuenta que pedís al Señor que os conceda algunos dias de vida para eso, y que os lo concede; y aprovechaos de ese tiempo, y procurad de vivir en él como si luego hubiésedes de morir. ¡Bienaventurado el que vive de tal manera, cual desea ser hallado en la hora de la muerte!

Esta es una de las cosas mas provechosas que solemos predicar á los prójimos: que vivan de tal manera cual desean ser hallados á la hora de la muerte, y que no dilaten su conversion y penitencia para adelante; «porque el dia de mañana es incierto, ¿y qué sabes si amanecerás mañana (1)?» Dice San Gregorio: «El Señor, que prometió perdon al pecador si hiciere penitencia, nunca le prometió el dia de mañana (2).» Suelen decir que no hay cosa mas cierta que la muerte, ni mas incierta que la hora de la muerte. Pero aún mas que eso dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: "Vosotros estad apercebidos: porque en la hora, que no pensais, vendrá el Hijo del Hombre (3)," que aunque va hablando del dia del juicio, con razon lo podemos entender tambien de esta hora; porque entonces será el juicio particular de cada uno, y lo que allí se sentenciare no se ha de alterar sino confirmar en el juicio universal. Pues dice Cristo nuestro Redentor que no solo es incierta, y no sabeis cuándo ha de venir esa hora, sino que vendrá en la hora que vos no pensais, y por ventura cuando mas descuidado estuviéredes; que es lo que dice San Pablo: "Vendrá como un ladron por la noche (4)"; y San Juan en su Apocalipsis: "Vendré á tí como ladron, y no sabrás

(1) Thom. de Kempis.
(2) Quotidie morior. *Lib.* IV, c. 8, *vitae P. Franc. de Borja.*—I. *Cor.* XV, 31.

(1) *Thom. de Kempis.*
(2) Qui poenitentibus veniam spopondit, peccantibus crastinam diem non promisit. *Greg.* hom. 12 *in* Evang.
(3) Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, filius hominis veniet. *Luc.* XII, 40.
(4) Sicut fur in nocte ita veniet. I. *ad Thes.* V, 1.

la hora en que vendré (1)." El ladron no avisa, antes aguarda á cuando todos están mas descuidados, y aun dormidos. Y asi, con esta misma comparacion nos enseña Cristo nuestro Redentor cómo nos habemos de haber para que no nos coja la muerte de sobresalto y desapercebidos. "Si el señor de la casa supiera la hora en que ha de venir el ladron, bastara que estuviera apercebido para entonces; pero porque no sabe la hora, si á prima, ó media noche, ó á la mañana, está siempre apercebido, para que no le escalen y roben la casa (2)." Pues de esa manera, dice, habeis de estar vosotros apercebidos siempre, y en todo tiempo, porque vendrá la muerte á la hora que no pensais.

Notan aqui los Santos (3) que fué misericordia grande del Señor que nos fuese incierta la hora de la muerte para que siempre estuviésemos apercebidos y á punto para ella, porque si supieran los hombres el cuándo, aquella seguridad les fuera ocasion de mucho descuido y de muchos pecados. Si aun con estar inciertos y no saber su hora, viven con tanto descuido, ¿qué hicieran si supieran de cierto que no se habian de morir tan presto? San Buenaventura dice (4) que quiso el Señor que estuviésemos siempre inciertos de la hora de la muerte para que hagamos poco caso de las cosas temporales y no nos embebezcamos en ellas, pues cada hora y cada momento las podemos perder, como se lo dijo Dios á aquel rico avariento que refiere San Lucas: "Nécio, esta noche has de morir: estas riquezas que has allegado ¿cuyas han de ser (5)?"

(1) Veniam ad te tanquam fur, et nescies qua hora veniam ad te. *Apoc.* III, 3.
(2) Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. *Luc.* XII, 39.
(3) Aug. in *Ps.* 144, *super illa verba* misericors, et miserator Dominus.—Greg. *hom.* 13 *super Evang.*, et *l.* 12 *Moral. c.* 20.
(4) Bonav. de *profectu Relig.* lib. I, c. 17.
(5) Stulte, hâc nocte animam tuam repetunt a te; quae autem parasti, cujus erunt? *Luc.* XII, 20.

Sino que pongamos nuestro corazon en las que nunca se han de acabar.

Pues razon será que lo que predicamos á otros lo tomemos tambien para nosotros, como nos lo avisa el Apóstol: "Tú, que enseñas á otros, enséñate á tí mismo (1)." Una de las tentaciones mas comunes con que el demonio engaña á los hombres, es con encubrirles esta verdad tan clara y tan manifiesta, quitándosela de los ojos y haciendo que se olviden de eso y que no piensen en ello, y haciéndoles creer que les queda harto tiempo para lo uno y para lo otro, y que despues se enmendarán y vivirán de otra manera. Y con esta misma tentacion engaña tambien á muchos religiosos, haciéndoles que dilaten su aprovechamiento para adelante; cuando se acaben estos estudios, cuando salga de este oficio, en concluyendo este negocio, entonces concertaré mis ejercicios espirituales y mis penitencias y mortificaciones. Triste de vos, y si os moris en los estudios ¿de qué os servirán las letras por las cuales aflojastes en la virtud, sino de paja y heno para que ardais mas en la otra vida, como dice el Apóstol (2)? Pues aprovechémonos de lo que decimos á otros: "Médico, cúrate á tí mismo (3)." Curaos tambien á vos mismo con este remedio, pues lo habeis menester.

CAPITULO VI.

De otro medio para hacer bien las obras, que es no hacer cuenta mas que de hoy.

El quinto medio, que nos ayudará y animará tambien mucho para hacer las cosas ordinarias bien hechas y con perfeccion, es que no hagamos cuenta mas que de hoy. Y aunque parece que este medio no

(1) Qui ergo alium doces, te ipsum non doces. *Ad Rom.* II, 21.
(2) I ad Cor. III, 12.
(3) Medice, cura te ipsum. *Luc.* 4.

es diferente del pasado, sí lo es como se verá en el discurso. Una de las cosas que suele hacer á muchos desmayar y aflojar en el camino de la virtud, y una de las tentaciones con que el demonio procura esto, es ponerles delante: «¿es posible que tantos años has tú de poder andar con tanto recato, con tanta puntualidad, con tanta esaccion en las cosas, mortificándote siempre, yéndote á la mano, negando tu gusto, y quebrantando tu voluntad en todas las cosas?» Y represéntales el demonio eso por muy dificultoso, y que no es vida aquella que se podrá llevar tan á la larga; y asi leemos de nuestro bienaventurado P. S. Ignacio (1) que, cuando se recogió en Manresa á hacer penitencia, entre otras tentaciones con que el demonio allí le acometió, fué una esta: «¿cómo es posible que tú puedas sufrir una vida tan áspera como esta setenta años que aun te quedan de vida?» Pues contra esta tentacion es derechamente este medio. No habeis de hacer cuenta de muchos años, ni de muchos dias, sino solamente de hoy. Este es un medio muy proporcionado con nuestra flaqueza: por un dia ¿quién no se animará y esforzará á vivir bien y á hacer lo que es de su parte para que vayan las cosas bien hechas? Es al modo que nuestro Padre nos pone en el exámen particular, donde aun de medio en medio dia nos manda proponer: de aqui á comer, siquiera, tengo de andar con modestia, ó guardar el silencio, ó tener paciencia. De esa manera se hace fácil y llevadero lo que por ventura se os hiciera muy dificultoso, si lo tomárades absolutamente: nunca tengo de hablar, ó siempre tengo de andar enfrenado, y muy compuesto y recogido.

De este medio se aprovechaba aquel monge, de quien se lee en las vidas de los PP. que era muy combatido de la gula, cargando desde la mañana tanta hambre sobre él, y tanto desfallecimiento, que no lo podia sufrir, y para no quebrantar la santa costumbre de los monges, de no comer hasta las tres de la tarde, usaba de esta cautela; á la mañana, hablando consigo, decia: «por mucha hambre que tengas ¿qué mucho es esperar hasta hora de tercia? entonces podrás comer.» Llegada la hora de tercia, decia: «En verdad que me he de hacer fuerza y que no he de comer hasta hora de sesta, que como me pude esperar hasta hora de tercia, podré hasta la de sesta,» y asi se entretenia aquel tiempo. A la hora de sesta echaba el pan en el agua y decia: «En tanto que se remoja el pan, menester es esperar hasta hora de nona, que pues he esperado hasta ahora, por dos ó tres horas mas no tengo de quebrantar la costumbre de los monges.» Venida la hora de nona, comia despues de dichas sus oraciones. Esto hizo muchos dias engañándose á sí mismo con estos plazos cortos, hasta que un dia, sentándose á comer á hora de nona, vió levantarse un humo de la esportilla, á donde tenia los panes, y que se salia por la ventana de la celda, que debió ser el espíritu malo que le tentaba. Y desde entonces nunca mas sintió aquellas hambres y desfallecimientos falsos que solia, tanto que se le pasaban dos dias sin comer, sin darle pena. Asi le pagó nuestro Señor la victoria que habia alcanzado de su enemigo y la guerra que habia padecido.

Pero digimos, y no sin causa, que este medio es muy proporcionado con nuestra flaqueza, porque, al fin, como á enfermos y flacos, nos va llevando poco á poco para que asi no nos espante el trabajo. Mas si nosotros fuésemos fuertes y fervorosos y tuviésemos mucho amor de Dios, no seria menester llevarnos de esta manera tan poco á poco para encubrirnos el trabajo y la dificultad, porque el verdadero siervo de Dios

(1) *Lib. I, c. 6. vitae P. N. S. Ignatii.*

no se le pone delante el mucho tiempo ni los muchos años; antes todo tiempo le parece breve para servir á Dios y todo trabajo pequeño. Y así no es menester llevarle de esa manera poco á poco. Dícelo esto muy bien San Bernardo (1): «El verdadero justo no es como el mercenario ó jornalero que se obliga á servir por un dia, ó por un mes, ó por un año, sino para siempre,» sin límite y sin término se ofrece á servir á Dios con gran voluntad. "Para siempre jamás, nunca me olvidaré, Señor, de vuestra ley y de vuestros mandamientos y consejos." Y porque se ofreció y determinó á servir á Dios absolutamente y sin término, y no dijo, ni limitó por un año ó por tres años haré esto, por eso su premio y galardon será tambien sin término, para siempre jamás. De esta manera declara San Bernardo aquello del Sábio: "Consumado en breve cumplió muchas edades (2)." El verdadero justo en poco tiempo y en pocos dias de vida vive muchos años, porque ama tanto á Dios y tiene tanto deseo de servirle, que si cien años y aun cien mil viviese, siempre se emplearia en servirle mas y mas. Y por ese deseo y determinacion es como si todo ese tiempo viviera de esa manera, porque le premiará Dios conforme á su deseo y determinacion. Estos son hombres de hecho y varones fuertes como Jacob, que por el grande amor que tenia á Raquel le parecia poco servir por ella siete años y despues otros siete: "Parecíanle pocos los dias por la grandeza de su amor (3)."

(1) Non enim ad annum vel ad tempus instar mercenarii, sed in aeternum divino se mancipat famulatui.—Audi vocem justi dicentis: in aeternum non obliviscar justificationes tuas, quia in ipsis vivificasti me. Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum (*Ps.* CXVIII, 93 et 112).—Non igitur ad tempus: proinde justitia ejus manet non aliquanto tempore, sed in saeculum saeculi.—Sempiterna itaque justi esuries sempiternam meretur refectionem. Bern. *Epist.* 252 *ad abbat. Gurin.*

(2) Consummatus in brevi explevit tempora multa. *Sapient* IV, 13.

(3) Videbantur illi pauci dies prae amoris magnitudine. *Gen.* XXIX, 20.

CAPITULO VII.

De otro medio, que es acostumbrarse uno á hacer bien las obras.

Aquel grande y antiquísimo filósofo Pitágoras daba un consejo muy bueno á sus discípulos y amigos para ser virtuosos y para que la virtud se les hiciese fácil y suave. Decíales: escoja cada uno para sí una manera de vivir muy buena, y no repareis en que al principio os parezca trabajosa y difícil, porque despues con la costumbre se os hará muy fácil y gustosa. Este es un medio muy principal y de que nos debemos ayudar, no tanto por ser de aquel filósofo, cuanto porque es del Espíritu Santo como luego veremos, y muy bastante para lo que pretendemos. La buena manera de vida ya la habemos escogido, ó por mejor decir, ya el Señor nos ha escogido para ella: "No me elegisteis á mí, mas yo os elegí á vosotros (1)." Bendito y glorificado sea él para siempre por ello. Pero en esta vida y estado en que el Señor nos ha puesto puede haber mas y menos, porque podeis ser perfecto religioso y podeis ser imperfecto y tibio, conforme á como hiciéredes las obras. Pues si quereis aprovechar y alcanzar la perfeccion en eso, procurad acostumbraros á hacer las obras y ejercicios de la Religion bien hechos y con perfeccion; acostumbraos á tener bien la oracion y los demas ejercicios espirituales; acostumbraos á ser muy puntual en la obediencia y en la observancia de las reglas y á hacer caso de cosas pequeñas; acostumbraos al recogimiento, á la mortificacion y penitencia, á la modestia y silencio, y no repareis en que al principio sentireis alguna dificultad en eso, porque despues con la costumbre se os hará no solo fácil, sino muy suave y gustoso, y no

(1) Non vos me elegistis, sed ego elegi vos *Joann.* XV, 16.

os hartareis de dar gracias á Dios por haberos acostumbrado á ello.

Esta doctrina nos la enseña el Espíritu Santo en muchos lugares de la Sagrada Escritura. En los Proverbios dice: "Yo te mostraré el camino de la sabiduría (1)," yo te enseñaré á saborear en el conocimiento de Dios; que esto quiere decir: «Sabiduría» en la Sagrada Escritura dice San Bernardo: «Sabrosa ciencia» *sapida scientia*. Sabiduría es un sabroso conocimiento de Dios. Pues yo te enseñaré, dice, el camino por donde vengas á tener sabor y gusto en el conocer, amar y servir á Dios: "Yo te llevaré por las sendas de la equidad, y habiendo entrado en ellas no se estrecharán tus pasos, y corriendo no hallarás en qué tropezar (2)." Llevarte hé primero por las sendas estrechas de la virtud (á las cuales llama así, porque la virtud á los principios se nos hace difícil por nuestra mala inclinacion y parécenos senda estrecha); empero despues que pasares aquellas entradas estrechas, andarás muy holgado, espacioso y á tu placer, y aun correrás sin tropezar ni reparar en cosa alguna. Enséñanos elegantemente el Espíritu Santo por esta metáfora que, aunque á los principios sintamos dificultad en este camino de la virtud y perfeccion, no por eso habemos de desmayar, porque despues no solo no hallaremos dificultad, mas mucho gusto y mucho contento y alegría, y vendremos á decir: "Un poquito trabajé, y despues hallé para mí gran descanso (3)." Lo mismo se repite en el capítulo sesto del Eclesiástico: "Poco trabajareis, y luego comereis y gozareis del fruto de vuestro trabajo (4)." Y el Apóstol San Pablo nos enseña tambien esto mismo (1): "Toda disciplina y todo buen ejercicio, al principio parecece dificultoso, penoso y triste; empero despues con el uso, no solo se hace fácil, sino muy suave y gustoso." Y así lo vemos en todas las artes y ciencias, ¡qué dificultoso se le hace á uno al principio el estudio! que muchas veces es menester llevarle allá por fuerza, y dicen que la letra con sangre entra; pero despues con el ejercicio, cuando uno va aprovechando y sabiendo, gusta tanto de él, que todo su entretenimiento y recreacion es estarse estudiando. Pues así es tambien el camino de la virtud y de la perfeccion.

San Bernardo va declarando esto muy bien sobre aquellas palabras de Job: "Lo que primero aborrecia mi ánima, ahora por la estrechez es mi comida (2)." Quereis saber, dice (3), ¿cuánto hace el ejercicio y la costumbre, y cuánta fuerza tiene? Al principio pareceros ha una cosa muy dificultosa y que no se puede llevar; pero si os acostumbrais á ella, no os parecerá tan dificultosa ni tan pesada como eso; de ahí á poco os parecerá cosa ligera y fácil y casi no la sentireis; de ahí á poco ya del todo no la sentireis; y en breve, ya no solo no la sentireis, sino que os dará tanto gusto y contento que podreis decir con Job: «aquello que primero aborrecia mi ánima y no lo podia arrastrar, sino que me causaba horror, ya es mi manjar y mantenimiento, y muy dulce y sabroso.» De manera que todo es conforme á como uno se acostumbrare; por eso se os hace á vos dificultoso el

(1) Viam sapientiae monstrabo tibi. *Prov.* IV, 11.
(2) Ducam te per semitas aequitatis, quas cum ingressus fueris non arctabuntur gressus tui, et currens non habebis offendiculum. *Ib.*
(3) Quia modicum laboravi, et inveni mihi multam requiem. *Eccles.* LI, 35.
(4) In opere enim ipsius exiguum laborabis, et cito edes de generationibus illius. *Eccles.* VI, 20.

(1) Omnis autem disciplina in praesenti quidem videtur non esse gaudii, sed moeroris, postea autem fructum pacatissimum exercitatis per eam reddet justitiae. *Ad Hebr.* XII, 11.
(2) Quae prius nolebat tangere anima mea, nunc prae angustia cibi mei sunt. *Job.* VI, 7.
(3) Primum tibi importabile videbitur aliquid; processu temporis, si assuescas, judicabis non adeo grave; paulo post, et leve senties; paulo post, nec senties; paulo post, etiam delectabit. *Bernard. lib. I, de consid. ad Eug.*

guardar las adiciones y documentos de la oracion y del exámen, porque teneis poca costumbre de eso. Por eso teneis tanta dificultad en recoger vuestra imaginativa, que se os vaya donde quisiere luego en despertando y al tiempo de la oracion, porque nunca os habeis hecho fuerza, ni acostumbrado á recogerla y enfrenarla para que no se vaya á pensar sino en lo que habeis de meditar. Por eso os causa tristeza y melancolía el silencio y el recogimiento, porque lo usais poco. «El rincon usado se hace dulce, y el poco usado causa fastidio (1):» usadlo y acostumbraos á ello, y vendráseos á hacer suave y alegre. Por eso se le hace al seglar dificultosa la oracion y el ayuno, porque no se ha acostumbrado á eso. A David vistió el rey Saul de sus armas para que fuese á pelear con el filisteo; y como no tenia costumbre de eso, no podia andar con ellas y dejólas (2). Acostumbróse despues á las armas y peleaba muy bien con ellas. Y lo que digo de la virtud y de lo bueno, digo tambien del vicio y de lo malo. Que si os dejais llevar de la mala costumbre, crecerá el siniestro y cobrará mayores fuerzas, y será despues muy dificultoso el remedio, y asi os quedareis toda la vida. ¡Oh! ¡si desde el principio os hubiérades acostumbrado á hacer las cosas bien hechas, qué rico os hallárades ahora y qué contento viendo que la virtud y lo bueno se os hacia tan fácil y tan suave! Mirad qué contento se halla el que tiene costumbre de no jurar, y con qué facilidad y descanso evita tantos pecados mortales! Pues comenzad á acostumbraros bien desde ahora, que mas vale tarde que nunca. Tomad á pecho hacer bien hechas estas cosas ordinarias que haceis, pues tanto os va en ello, y aplicad á eso, si fuere menester, el exámen particular, que será de los buenos exámenes que podeis traer, y de esta manera se os irá haciendo fácil y suave el hacerlas bien.

(1) Thomas de Kempis.
(2) I. Reg. XVII, 38.

CAPITULO VIII.

Cuánto le importa al religioso no aflojar en el camino de la virtud.

De lo dicho se entenderá bien cuánto le importa al religioso conservarse en devocion y andar siempre con fervor en los ejercicios de la Religion y no dejarse caer en tibieza y flojedad, porque será despues muy dificultoso el salir de ella. Dios bien puede hacer que torne despues á vida fervorosa y perfecta; pero eso será como milagro y prodigio. San Bernardo dice esto muy bien escribiendo á un Ricardo, abad Fontanense, y á sus religiosos, con los cuales habia Dios hecho este milagro, que habiendo tenido hasta allí una manera de vida tibia y floja, los habia trocado y pasado á una muy fervorosa y perfecta. Dice, maravillándose, y alegrándose mucho, y dándoles el parabien (1): «El dedo de Dios es este: ¿quién me dará que vaya y vea como otro Moisés esta maravilla? Porque no es menor maravilla esta que la que vió Moisés en la zarza que se ardia y no se quemaba ni consumia.» Rarísima cosa es y muy estraordinaria el aventajarse y adelantarse uno despues del grado en que una vez se puso en la Religion. Mas fácil será hallar muchos seglares que de vida mala se conviertan á buena, que topar con un religioso siquiera que de vida tibia y floja pase á vida fervorosa y perfecta. Y la razon de esto es, porque á los seglares no les son tan continuos los reme-

(1) Digitus Dei est iste: quis dabit mihi ut transeam, et videam visionem hanc magnam?—Nec enim minus mira, minusve jucunda ista promotio est, quam illa.—Rarissima avis in terris est, qui de gradu, quem forte in Religione semel attigerit, vel parum ascendat.—Multo facilius reperies multos saeculares converti ad bonum quam unum quempiam de Religiosis transire ad melius. *Bern. Epist.*

dios como á los religiosos; y así, cuando oyen un buen sermon, cuando ven la muerte arrebatada y desastrada de su vecino y de su amigo, aquella novedad causa en ellos espanto y admiracion y les mueve á enmendar y mudar su vida. Pero el religioso que tiene estos medios tan contínuos, tanta frecuencia de Sacramentos, tantas exhortaciones espirituales, tanto ejercicio de meditar en las cosas de Dios y de tratar de la muerte, del juicio, del infierno y de la gloria; si con todo eso se está tibio y flojo, ¿qué esperanza se puede tener de que ha de hacer mudanza de vida? porque tiene ya hechos los oidos á esas cosas, y asi lo que le habia de ayudar y mover y lo que á otros les mueve, á él no le mueve ni hace impresion ninguna en él.

Esta es tambien la razon de aquella sentencia tan célebre de San Agustin: «Despues que comenzé á servir á Dios, asi como no he conocido otros mejores que los que han aprovechado en la Religion, asi no he conocido otros peores que los que han caido en ella (1).» San Bernardo dice (2) que muy pocos de estos que han caido y faltado en la Religion, vuelven al estado y grado que antes tenian, sino antes se van empeorando. Sobre los cuales, dice, llora el profeta Jeremias: "¿Cómo se ha oscurecido el oro purísimo? ¿cómo se ha mudado aquel color que tanto resplandecia? ¿cómo se ha trocado aquella hermosura antigua (3)?" Los que se criaban en púrpuras y en camas preciosas, y los que eran tan regalados de Dios en la oracion, y que todo su trato y conversacion era en el cielo, han venido á abrazar el estiercol y holgarse con el lodo y con el cieno (1).

De manera que, ordinariamente hablando, hay poca esperanza de los que comienzan á desdecir y malearse en la Religion, que es una cosa que nos habia de poner gran temor. Y la razon de esto es la que habemos tocado, porque estos enferman con las mismas medicinas y remedios con que habian de mejorar y sanar. Pues si con lo que otros mejoran y sanan, ellos enferman y empeoran, ¿qué esperanza se puede tener de su remedio? El enfermo en quien no hacen efecto ninguno las medicinas, antes se siente peor con ellas, bien le podeis tener por desahuciado. Por esto hacemos tanto caso del pecado y caida de un religioso y lo tememos tanto, y en los del siglo no reparamos. Cuando el médico ve en un achacoso y flaco un desmayo ó una grande flaqueza de pulso, no le da mucho cuidado, porque no desdice aquello de su ordinaria disposicion: mas cuando ve esto en un hombre robusto y muy sano, tiénelo por muy ruin señal, porque tal accidente no puede ser sin algun humor maligno, predominante, pronóstico de muerte ó enfermedad muy grave. Asi es acá; si un seglar cae en pecados, no son esos accidentes que desdicen mucho de aquella vida tan descuidada de quien se confiesa una vez en el año y anda en medio de tantas ocasiones que le ayudan á eso; mas en el religioso, sustentado con tanta frecuencia de Sacramentos, con tanta oracion, con tantos ejercicios santos, cuando viene á caer, señal es de virtud muy gastada y de enfermedad de asiento; razon hay de temer.

Pero no digo esto, dice San Bernardo (2), para que desconfieis, especialmente si quereis levantaros luego, porque cuan-

(1) Ex quo Deo servire coepi, quomodo dificile sum expertus meliores, quam qui in Monasteriis profecerunt, ita non sum expertus pejores, quam qui in Monasteriis ceciderunt. *Aug. Epist. ad plebem Hiponens.*

(2) *Bern.* serm. III in fest. apost. Petri et Pauli.

(3) Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus? Thren IV, 1.

(1) Qui nutriebantur in croceis amplexati sunt stercora. *Tren.* IV, 5.

(2) *Bern. ubi supra.*

to mas lo dilatáredes, tanto mas dificultoso se os hará; sino "dígolo para que no pequeis, para que no caigais ni aflojeis; pero si alguno cayere, buen abogado tenemos en Jesucristo (1)," el cual puede lo que nosotros no podemos. Por tanto, no desconfie nadie, porque si se vuelve á Dios de corazon, sin duda alcanzará misericordia. Si el Apóstol San Pedro, habiendo seguido la escuela de Cristo tanto tiempo y sido tan favorecido de él, cayó tan gravemente, y despues de tan grave caida, de haber negado á su Maestro y Señor, volvió á tan alto y eminente estado, ¿quién desconfiará? ¿Pecastes allá en el siglo, dice San Bernardo, por ventura mas que San Pablo? ¿Pecastes acá en la Religion por ventura mas que San Pedro? Pues esos, porque se arrepintieron é hicieron penitencia, no solamente alcanzaron perdon, sino una santidad y perfeccion muy subida. Hacedlo vos asi, y podreis volver, no solo al estado primero, sino á muy grande perfeccion.

CAPITULO IX.

Cuánto les importa á los novicios aprovecharse del tiempo del noviciado, y acostumbrarse en él á hacer los ejercicios de la Religion bien hechos.

De lo dicho podemos colegir, para los novicios, cuánto les importa aprovecharse del tiempo del noviciado y acostumbrarse en él á hacer los ejercicios de la Religion bien hechos, lo cual podrá tambien servir para todos los que comienzan el camino de la virtud. La regla primera, que tenemos en la Compañía, del maestro de novicios, nos declara esto bien y con breves palabras, que no solo dicen á nosotros, sino á todos los religiosos: «Entienda el maestro de novicios que le han encomendado una cosa de muy grande importancia, porque de la primera crianza de los novicios pende por la mayor parte su aprovechamiento y la esperanza de nuestra Compañía en el Señor (1).» Y dá dos razones muy sustanciales para que el tal maestro abra los ojos y entienda de cuánto peso y momento es lo que tiene á su cargo. La primera es, porque de esta institucion y crianza primera de los novicios depende comunmente todo su aprovechamiento para adelante. La segunda, porque en eso está librada toda la esperanza de la Compañia, y de ahi depende el bien ser de la Religion. Y descendiendo mas en particular á declarar estas razones, digo lo primero, que de esta primera institucion y del puesto en que se pusiere uno en el noviciado depende toda su medra ó desmedra para adelante, hablando comunmente, como deciamos en el capítulo pasado: si en el tiempo del noviciado anda uno con tibieza y descuido en su aprovechamiento espiritual, tibio y desaprovechado se quedará. No hay que pensar que despues andará con mayor cuidado y fervor, porque no hay razon ninguna para creer que despues habrá esa mudanza y mejoría, sino muchas para creer que no la habrá.

Para que se vea esto mejor, vamos hablando en particular con el novicio ponderando las razones y convenciéndole con ellas. Ahora en el tiempo del noviciado teneis mucho tiempo para atender á solo vuestro aprovechamiento espiritual y teneis muchos medios que ayudan para eso, porque á solo eso atienden los superiores y ese es su oficio principal. Ahora teneis muchos ejemplos de otros que no entienden en otra cosa sino en esto, que es cosa que anima y alienta mucho estar entre quien no trata de otra

(1) Filioli mei, haec scribo vobis, ut non peccetis; sed et si quis peccaverit advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum. 1. *Joann.* II, 1.

(1) Rem esse magni momenti sibi commissam intelligat, quandoquidem ex prima novitiorum institutione pendet major ex parte eorumdem profectus, et spes nostrae Societatis in Domino. *Reg.* 1 Magistri novitiorum.

cosa y ver que los otros van delante, que por lerdo que uno sea le obliga á salir de haron. Ahora teneis el corazon desembarazado y no prendado de cosa alguna y parece que deseoso de la virtud, no teneis ocasion ninguna que os estorbe sino muchas que os ayuden. Pues si ahora que solo estais aqui para esto y no teneis otra cosa en que entender, no os aprovechais y acaudalais alguna virtud, ¿qué será cuando esté prendado el corazon y repartido en mil partes? Si ahora con tanta desocupacion y con tantas comodidades y ayudas de costa, no teneis bien vuestra oracion, y vuestros exámenes, ni teneis cuenta con guardar vuestras adiciones, ni con hacer bien los demas ejercicios espirituales, ¿qué será cuando esteis con mil cuidados de estudios, y despues de negocios y de confesiones y sermones? Si ahora con tantas pláticas y exortaciones espirituales, y con tantos ejemplos y empellones no os aprovechais, ¿qué será cuando tengais ocasiones é impedimentos que os estorben? Si ahora al principio de vuestra conversion, cuando la novedad de las cosas habia de causar en vos mayor devocion y fervor, andais tibio: ¿qué será despues, cuando tengais ya hechos los oidos á todo lo que os podia mover y ayudar? Y mas: si ahora cuando la pasion comienza á brotar, y la mala inclinacion aun no tiene fuerza, por estar en sus principios, no os atreveis á resistirla por la dificultad que sentis en ello, ¿cómo la resistireis y vencereis despues, cuando esté muy arraigada y haya cobrado fuerzas con la costumbre que os será á par de muerte mudarla?

Declaraba esto San Doroteo (1) con un ejemplo que traia de uno de aquellos Padres antiguos: estaba con sus discípulos en un campo lleno de cipreses de todas suertes, unos grandes, otros pequeños, otros medianos, y mandó á uno de sus discípulos que arrancase uno de aquellos cipreses: tiró y arrancóle luego, que era pequeño: Dícele: arranca aquel: era un poco mayor, y arrancóle; pero con mas fuerza y trabajo, y con ambas manos: para otro hubo menester compañero; otro todos ellos juntos no le pudieron arrancar. Entonces díceles el viejo: «asi son las pasiones; al principio, cuando aun no están arraigadas, es fácil el sujetarlas, poca fuerza que os hagais basta para eso; pero despues que con la costumbre han echado hondas raices, será muy dificultoso: mucha fuerza habreis menester poner y no sé si lo acabareis.»

De aquí se verá cuán grande engaño y cuán grave tentacion es el dilatar uno su aprovechamiento, y pensar que despues se ha de mortificar y vencer en lo que ahora no se atreve por la dificultad que siente. Si cuando la dificultad es menor, no os atreveis con ella ¿cómo os atrevereis cuando sea mayor? Si ahora, cuando vuestra pasion es leoncico pequeño, sois cobarde, ¿qué será cuando crezca y se haga una bestia grande y fiera? Y asi, tened entendido que si ahora anduviéredes tibio y flojo, tibio y flojo sereis despues. Si ahora no fuéredes buen novicio y buen aprendiz, no sereis despues buen antiguo ni buen obrero. Si ahora fuéredes negligente en la obediencia y en la observancia de las reglas, mas lo sereis despues. Si ahora anduviéredes descuidado en los ejercicios espirituales y los hiciéredes mal hechos y á remiendos, remendon os quedareis toda la vida. Todo el punto está en como ahora os entabláredes. En el recentar, dicen, que está el negocio del amasar. Dice S. Buenaventura (1) que en lo que uno se entabla al principio, con eso

(1) *Doroth. doctr.* 11.

(1) Formam quam primo quis recipit, vix deponit, et qui disciplinam in novae conversationis initio negligit, ad eam postmodum difficile applicatur. *Bon. in speculo discip.*

se queda. Muy mal se aplica uno cuando viejo á lo que no se acostumbró cuando mozo. Es proverbio ese, y proverbio del Espíritu Santo. Dice Salomon: "El mancebo acostumbrado á andar por un camino, aunque se haga viejo no le dejará (1)." Y de ahi vino á decir S. Juan Climaco (2), que es cosa muy peligrosa y muy de temer que comience uno tibia y flojamente, porque dice que es indicio manifiesto de la caida venidera. Pues por esto importa sumamente el acostumbrarse uno desde el principio á la virtud y á hacer bien los ejercicios espirituales. Y asi nos avisa de ello el Espíritu Santo por el Profeta Jeremías: "Muy bueno le es al hombre acostumbrarse á llevar el yugo desde su mocedad (3)," porque con eso se quedará despues y se le hará facil la virtud y lo bueno; y sino, se le hará muy dificultoso. "Lo que no allegastes en el tiempo de la mocedad, ¿cómo pensais que lo habeis de hallar despues en el tiempo de la vejez (4)?"

De esta primera razon se sigue la segunda, porque si todo el aprovechamiento del religioso para adelante depende de la primera institucion, todo el buen ser de la Religion depende tambien de ella, porque la Religion no son las paredes de las casas ó iglesias, sino la congregacion de los religiosios, y los que están en el noviciado son los que han de ser despues toda la Religion. Por esto la Compañía no se contentó con intituir los Seminarios de los colegios donde se crian los nuestros en letras y en virtud juntamente, sino instituyó Seminarios de sola virtud, donde se atiende solamente á la abnegacion y mortificacion de sí mismos y al ejercicio de las verdaderas y sólidas virtudes, como á fundamento mas principal que las letras. Para esto son las casas de probacion que, como dice nuestro P. S. Francisco de Borja, para los novicios es Belen, que se interpreta: *casa de pan* (1), porque aqui se hacen los vizcochos y provision para la navegacion y peligros grandes que nos están esperando. Este es nuestro agosto, este es el tiempo de la abundancia, estos son los años de la fertilidad en que os habeis de abastecer y pertrechar para los años de la hambre y esterilidad, como hizo José (2). ¡Oh! si los de Egipto lo entendieran y cayeran en la cuenta y repararan en ello, no se dieran tanta priesa á echar de casa lo que José allegaba y encerraba. ¡Oh! si cayésedes en la cuenta, cuánto os importa el salir bien abastecido de la probacion, cierto que no tendríades deseo de salir presto de ella, sino dolor cuando salís, considerando cuán poco apercebido vais de virtud y de mortificacion. Y asi dice nuestro P. S. Francisco, que los quepretenden ó gustan salir presto del noviciado, dan muestras de falta de conocimiento y de no entender la necesidad que tienen de ir bien apercebidos y en poco tienen la jornada, pues tan poco temen el salir desproveidos. ¡Oh! ¡qué ricos y abastados de virtudes nos imaginó nuestro Padre que habíamos de salir de la probacion! Asi lo supone él en las Constituciones. Pone dos años de probacion y esperiencias para que uno trate de su aprovechamiento, sin ver otros libros ni tener otro estudio, sino de lo que le ayuda á su mayor abnegacion, y para crecer mas en virtud y perfeccion: y despues, suponiendo que sale de ella tan espiritual y fervoroso y tan amigo de la mortificacion y

(1) Proverbium est. Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea. *Prov.* XXII, 6.
(2) Clim. *de inanis vitae fuga, grad.* 4.
(3) Bonum est viro, cum portaverit jugum ab adolescentia sua. *Tren.* III, 27.
(4) Quae in juventute tua non congregasti, quomodo in senectute tua invenies? *Eccl.* XXV, 5.

(1) Domus panis. *S. Francis. de Borja in Epistola ad Societatem.*
(2) Gen. XLI, 48.

recogimiento, y tan aficionado á la oracion y á las cosas espirituales, que era menester irle á la mano, el avíso que les dá cuando van á los colegios (1) es, que templen los fervores por el tiempo de los estudios, que no sean tantas las oraciones ni las mortificaciones: presupone nuestro Padre, que sale uno de la probacion con tanta luz y con tanto conocimiento de Dios y desprecio del mundo, y que sale tan tierno y devoto, y tan llevado de lo interior á las cosas espirituales, que era menester irle á la mano con estas prevenciones. Pues procurad salir tal. Aprovechaos de ese tiempo tan precioso, que por ventura no tendreis en toda la vida otro tal para vuestro aprovechamiento y para adquirir y allegar riquezas espirituales. No le dejeis pasar en valde, ni perdais un punto de él. "No pierdas el dia bueno, ni una particula del buen don dejes pasar (2)."

Una de las mercedes grandes que hace el Señor á los que trae á la Religion en su tierna edad y por la cual le deben dar infinitas gracias, es porque es muy fácil entonces el aplicarse á la virtud y disciplina religiosa. El árbol á los principios, cuando está tierno, fácilmente le podeis enderezar para que se haga un árbol muy hermoso. Pero despues, si le dejais crecer y va torcido y desviado, primero le quebrareis que le endereceis: de esa manera se quedará toda la vida. Asi en la edad tierna es fácil enderezar á uno y el aplicarle á lo bueno, y acostumbrándose desde pequeño á eso, se le hace despues muy fácil, y asi dura y persevera siempre en ello. Es gran cosa ser tinto en lana, que nunca desdice ese color. Dice San Gerónimo: «¿quién podrá volver á su blancura la grana teñida en lana?» Y el otro dijo: «La olla nueva conserva largo tiempo el olor del primer licor que en ella se echó (1).» Al rey Josías alaba la Escritura divina porque comenzó á servir á Dios desde niño: "Aun siendo niño empezó á buscar al Dios de su Padre David (2)."

Cuenta Umberto, varon insigne, y maestro general del órden de Predicadores, que un religioso, despues de muerto, se habia aparecido algunas noches á otro religioso su compañero, muy hermoso y resplandeciente, y sacándole de su celda, le habia mostrado un gran número de hombres vestidos con vestiduras blancas y muy resplandecientes; los cuales, llevando en los hombros unas cruces muy hermosas, en procesion caminaban al cielo. Poco despues vió otra procesion mas vistosa y resplandeciente que esta, donde cada uno llevaba en las manos una cruz muy rica y muy hermosa y no en los hombros como los primeros. Poco despues vió otra tercera procesion, mucho mas vistosa sin comparacion que las pasadas, y las cruces de los que en esta procesion iban, hacian mucha ventaja en hermosura y belleza á las de los otros, las cuales aun no llevaban ellos, ni en hombros, ni en las manos, sino que á cada uno le llevaba su cruz un angel que le guiaba para que ellos alegres y gozosos le siguiesen. Maravillado el religioso de esta vision, pidió al compañero que se la habia mostrado se la declarase. Declarósela, diciendo que los primeros que habia visto llevar las cruces acuestas eran los que, siendo de edad crecida, habian entrado en religion; y los segundos, que las llevaban en las manos, los que siendo mancebos; y los últimos, que tan alegres y ligeros caminaban, eran los que, siendo pequeños, habian abrazado la vida religiosa y renunciado el mundo.

(1) 4. p. Const. c. IV, §. 2.
(2) Non defrauderis a die bono, et particula boni doni non te praetereat. *Eccl.* XIV, 14.

(1) Quo semel est imbuta recens servabit odorem testa diu.
(2) Cum adhuc esset puer coepit quaerere Deum patris sui David. II *Paralip.* XXXIV, 3.

TRATADO TERCERO.

De la rectitud y puridad de intencion que habemos de tener en las obras.

CAPITULO I.

Que debemos huir en nuestras obras el vicio de la vanagloria.

Una de las cosas mas encomendadas y repetidas en nuestras Constituciones y reglas, es que procuremos en todas nuestras obras tener la intencion recta, buscando siempre en ellas la voluntad de Dios y su mayor gloria. Porque casi á cada paso se nos repiten en ellas aquellas palabras: «A mayor gloria de Dios,» ó «mirando siempre el mayor servicio divino (1),» que es lo mismo. Tenia nuestro S. Padre tan impreso en su corazon este deseo de la mayor gloria y honra de Dios, y tenia tanto uso y ejercicio de hacer todas sus obras por este fin, que de ahi viene á brotar y decirlo tan amenudo; que "de la abundancia del corazon salen las palabras (2)." Este fué siempre como su blason y el ánima y vida de todas sus obras, como se dice en su historia (3). Y asi, con mucha razon le pusieron en su estampa aquella letra: *Ad majorem Dei gloriam*: A MAYOR GLORIA DIVINA. Esas son sus armas, ese es su letrero y blason: ahi está cifrada su vida y sus hazañas: no se le pudo dar mayor alabanza en tan breves palabras. Pues esas tambien han de ser nuestras armas, y nuestro letrero y blason, para que como buenos hijos nos parezcamos á nuestro Padre.

Con razon se nos encarga esto tanto, porque (1) todo nuestro aprovechamiento y perfeccion está en las obras que hiciéremos, y cuanto esas fueren mejores y mas perfectas, tanto mejores y mas perfectos seremos nosotros. Pues nuestras obras tanto mas tendrán de bondad y perfeccion, cuanto la intencion fuere mas recta y pura, y el fin mas alto y perfecto; porque eso es lo que dá el ser á las obras, conforme á aquello del Sagrado Evangelio: "La luz de tu cuerpo es tus ojos; si tus ojos fueren claros, todo tu cuerpo tendrá luz; mas si tus ojos fueren oscuros, todo tu cuerpo lo estará (2)." Por los ojos entienden los Santos (3) la intencion, que mira y previene primero lo que quiere hacer; y por el cuerpo entienden la obra, que se sigue luego á la intencion, como todo el cuerpo sigue á

(1) Ad majorem Dei gloriam. Majus Dei obsequium semper intuendo.
(2) Ex abundantia enim cordis, os loquitur. *Matth.* 12; *Luc.* VI, 44.
(3) *Lib.* 1, *c.* 3 *vitae S. P. N. Ignat.*

(1) Trat. 2. c. 1.
(2) Lucerna corporis tui est oculus tuus; si oculus tuus fuerit simplex totum corpus tuum lucidum erit, si autem oculus tuus fuerit nequam totum corpus tuum tenebrosum erit. *Matth.* VI, 22.
(3) Gregor. *lib.* 38, *Mor. c.* 3.

los ojos. Pues dice Cristo nuestro Redentor, que lo que dá luz y resplandor á las obras es la intencion. Y asi, si el fin é intencion de la obra fuere buena, la obra será buena; y si mala, mala; y si el fin fuere alto y perfecto, la obra tambien lo será. Esto es tambien lo que dice el apóstol San Pablo: "Cual fuere la raiz, tal será el árbol y el fruto de él (1)." De un árbol que tiene la raiz dañada, ¿qué fruto se puede esperar, sino desabrido, amargo y lleno de gusanos? Pero si la raiz está sana y buena, el árbol será bueno y dará buen fruto. Asi en las obras, su bondad y perfeccion está en la puridad de la intencion que es la raiz. Y el mismo nombre se lo dice, que cuanto ellas fueren mas puras, tanto serán mejores y mas perfectas. San Gregorio, sobre aquello de Job, "sobre el cual se fundamentaron sus basas (2)," dice que así como la fábrica de todo el edificio material suele estribar en unas columnas, y las columnas en sus basas y pedestales, asi toda la vida espiritual estriba en las virtudes, y las virtudes se fundan en la intencion pura y recta del corazon (3).

Para que procedamos en esto con buen órden, trataremos primero del fin malo que habemos de huir en nuestras obras, no haciéndolas por vanagloria ni por otros respetos humanos, y despues diremos del fin ó intencion recta y pura con que las debemos hacer; porque primero ha de ser el apartarnos de lo malo, y despues hacer lo bueno, conforme á aquellas palabras del Profeta: "Apártate del mal y obra el bien (4)." Todos los Santos nos avisan que nos guardemos mucho de la vanagloria, porque es, dicen, un ladron muy sútil que suele saltearnos y robarnos las buenas obras, y entra tan oculta y disimuladamente que muchas veces, antes que sea sentido y conocido, nos ha ya robado y despojado. Dice San Gregorio (1) que es como un ladron disimulado, que se junta con un caminante fingiendo que va él mismo caminando, y despues cuando está mas descuidado y seguro le roba y mata. Yo confieso, dice el Santo en el capítulo último de los libros de los Morales, que cuando me paro á examinar mi intencion en escribir estos libros, me parece que solamente pretendo agradar en ello á Dios. Pero cuando no me cato, hallo habérseme entrado y mezclado un apetito de contentar y agradar en ello á los hombres, y un vano contento y complacencia de eso, no sé cómo ni de qué manera, sino que al cabo de rato echo de ver que no va aquello tan limpio de polvo y de paja como cuando comencé; porque sé que lo comencé con buena intencion y con deseo de agradar á Dios puramente, y despues veo que ya no va tan puro como eso. Acontécenos, dice, en esto como en el comer; comenzamos á comer por necesidad, y entrásenos tan sútilmente la gula y la delectacion, que lo que comenzamos por necesidad y para sustentar la naturaleza y conservar la vida, ya lo continuamos y acabamos por deleite y por gusto. Asi acá muchas veces tomamos el oficio de predicar y otros semejantes por aprovechar á las almas, y despues vásenos entrando la vanidad y deseamos agradar y contentar á los hombres, y ser tenidos y estimados, y cuando no hay eso, parece que se nos caen las alas y lo hacemos de mala gana.

CAPITULO II.

En qué consiste la malicia de este vicio de la vanagloria.

La malicia de este vicio consiste en que

(1) Si radix sancta, et rami. *Ad Rom.* XI, 16.
(2) Super quo bases illius solidatae sunt. *Job.* XXXVIII, 6.
(3) *Greg. lib.* 38. *Mor. c.* 2.
(4) Diverte a malo, et fac bonum. *Ps.* XXXIII, 15.

(1) *Greg. c. ult. Mor. et lib. 9. c. 13.*

el hombre vanaglorioso se quiere alzar con la gloria y honra que es propia de Dios: "A solo Dios honra y gloria (1)," y que no la quiere él dar á otro, sino reservarla para sí: "Mi gloria no la daré yo á otro (2)." Y así dice S. Agustin (3): «Señor, el que quiere ser alabado por lo que es don tuyo, y no busca tu gloria en el bien que hace sino la suya, este tal ladron es y robador, y semejante al demonio que quiso hurtar tu gloria. En todas las obras de Dios hay dos cosas, hay provecho y hay honra y gloria que resulta de la tal obra, que consiste en que el artífice de la tal obra sea alabado, estimado y honrado por ella. Pues ordenó Dios en esta vida, y quiere que se cumpla así, que todo el provecho de sus obras sea del hombre; pero que toda la gloria sea para el mismo Dios: "Todas las cosas hizo Dios por causa de sí mismo, esto es, para alabanza y gloria y honra suya (4). Y así todas ellas nos están predicando su sabiduría, bondad y providencia; y por esto se dice que "los cielos y la tierra están llenos de su gloria (5)." Pues cuando uno en las buenas obras quiere la gloria y honra de los hombres para sí, pervierte este órden que puso Dios en las buenas obras, y hace injuria á Dios, queriendo y procurando de los hombres, que se habian siempre de ocupar en honrar y alabar á Dios, se ocupen en alabarle y estimarle á él, y queriendo y procurando que los corazones de los hombres, que hizo Dios para vasos que estuviesen llenos de la honra y gloria del mismo Dios, estén llenos de su propia honra y estima; que es hurtar tambien á Dios los corazones, y como echar á Dios de su propia casa y morada. Pues ¿qué mayor mal puede ser que el robo de la honra de Dios y de los corazones de los hombres, y diciendo con la boca que miren á Dios, querer con el corazon que quiten sus ojos de Dios y los pongan en vos? El verdadero humilde no quiere vivir en el corazon de ninguna criatura, sino de solo Dios; ni quiere que nadie se acuerde de él, sino solo Dios; ni que nadie se ocupe con él, sino con Dios; y que á solo él aposenten y tengan todos en su corazon.

Entenderase tambien la gravedad y malicia de este vicio por este ejemplo y comparacion: si una muger casada se compusiese y aderezase para agradar á otro que á su marido, bien se vé la injuria grande que en ello le haria; pues las buenas obras son unos atavios con que adornamos y componemos nuestra alma; y así, si las haceis por agradar á otro que á Dios que es Esposo de ella, hareisle grande injuria. Mas: mirad cuán grande fealdad seria si un caballero estimase en mucho haberse puesto á un pequeño trabajo por amor y servicio de un rey que primero se hubiese puesto por amor de ese mismo caballero á grandes afrentas y trabajos, y qué cosa tan vergonzosa seria si este caballero se gloriase y jactase con otros de aquella nonada que habia hecho por el rey. ¡Qué mal pareceria á todos! ¿Y qué si el rey sin ayuda suya hubiese hecho y sufrido todo aquel trabajo, y el caballero aquello poco que hizo fué con grande ayuda y favor del rey, y con grandes mercedes prometidas antes y recibidas despues? Pues todo esto podemos aplicar cada uno á sí para avergonzarnos de estimarnos y envanecernos de lo que hacemos, y mucho mas de jactarnos y alabarnos de cosa alguna, pues en comparacion de lo que Dios ha hecho por nosotros y de lo que habiamos de hacer por él, es vergüenza lo que hacemos,

(1) Soli Deo honor, et gloria. I *ad Tim.* I, 17.
(2) Gloriam meam alteri non dabo. *Isaiae.* XLII, 8; XLVIII, 11.
(3) Aug. c. 15 *Solil.*
(4) Universa propter semetipsum operatus est Dominus. *Prov.* XVI, 4.—Et creavit Dominus omnes gentes in laudem, et nomen, et gloriam suam. *Deuter.* 26.
(5) Psalm. XVIII, 2; *Isaiae.* VI, 3.

Declárase tambien la malicia de este vicio en que los teólogos y los Santos le ponen por uno de los siete vicios que comunmente llaman mortales, aunque mas propiamente capitales, porque son cabezas y principios de los demas pecados. Algunos ponen ocho vicios capitales (1), y dicen que el primero es soberbia y el segundo vanagloria; pero la comun sentencia de los Santos, y la que tiene recibida la Iglesia, es poner siete vicios capitales. Y dice Santo Tomás (2) que el primero de ellos es la vanagloria; y que la soberbia es raiz de todos siete, conforme á aquello del Sábio: "El principio de todo pecado es la soberbia (3)."

CAPITULO III.

Del daño que trae consigo la vanagloria.

El daño grande que trae consigo este vicio de la vanagloria, bien claramente nos lo avisa Cristo Nuestro Redentor en aquellas palabras del Sagrado Evangelio: "Mirad no hagais las buenas obras delante de los hombres por ser vistos y alabados de ellos, porque de esa manera no tendreis premio ninguno en los cielos (4)." No seais como aquellos fariseos hipócritas, que todas las cosas hacian por ser vistos de los hombres y por ser tenidos y estimados de ellos, porque lo perdereis todo: "De verdad os digo, que estos tales ya han recibido su galardon (5)." Deseastes ser tenido y estimado, y eso os movió á hacer lo que hicisteis; pues ese será vuestro premio y galardon, no espereis otro premio en la otra vida. ¡Ay triste de vos que habeis recibido ya vuestro galardon y no teneis mas que esperar! Dice Job: "Ya se acabó la esperanza del hipócrita (1)," que es el que hace las cosas por ser tenido y alabado. Decláralo muy bien San Gregorio (2), porque la estimacion y las alabanzas humanas, que era lo que él esperaba, ya se acabaron con la vida: "No le agradará su necedad (3)." «¡Oh! ¡qué burlado y engañado os hallareis, dice el Santo, cuando se os abran los ojos y veais que con lo que pudiérades comprar el reino de los cielos, comprastes una vana alabanza de los hombres, un *bien lo dijo ó bien lo hizo* (4)!» ¿Qué mayor engaño y que mayor locura puede ser que esa, haber trabajado mucho y hecho muchas buenas obras, y hallaros despues vacío? Eso es lo que dice el Profeta Ageo: "Advertid y mirad lo que haceis en esto: sembrasteis mucho y cogisteis poco; comisteis y no os hartasteis; bebisteis y no quedasteis satisfecho; cubristes os y no os calentasteis; todo cuanto haceis, no os aprovecha nada, porque lo echais en un saco roto, que apenas lo habeis echado por una parte cuando ya se ha salido por otra (5)." Otra letra dice: "Lo que juntó lo echó en una tinaja rajada (6)." Es como quien echa el vino en una cuba ó candiota que tiene muchos resquicios y agujeros, que echarlo y derramarlo, todo es uno. Eso hace la vanagloria, ganarlo y perderlo, todo es uno: anda junta la pérdida con la ganancia. Pues "¿por qué gastais vuestro

(1) Climac. *cap. de vanagloria.*
(2) D. Thom. 2—2, *q.* 132, *art.* 4.
(3) Initium omnis peccati est superbia. *Eccl.* X, 15.
(4) Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis; alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in coelis est. *Matth.* VI, 1.
(5) Amen dico vobis, receperunt mercedem suam. *Ib.*

(1) Et spes hypocritae peribit. *Job.* VIII, 13.
(2) *Greg. lib.* VIII *Mor.*, c. 28.
(3) Non ei placebit vecordia sua. *Job.* VIII.
(4) Qui pro virtute, quam agit, humanos favores desiderat, rem magni meriti vili pretio venalem portat: unde coeli regnum mereri potuit, inde nummum transitorii sermonis quaerit.
(5) Ponite corda vestra super vias vestras; seminastis multum, et intulistis parum; comedistis, et non estis satiati; bibistis, et non estis inebriati; operuistis vos, et non estis calefacti, et qui mercedes congregavit, misit eas in saculum pertusum. *Ag.* I, 5.
(6) Et qui mercedes congregavit, misit eas in doliam perforatum.

dinero y no en pan, y vuestro trabajo y no en comer (1)?" Ya que haceis las cosas, ya que trabajais y os cansais, hacedlas de manera que os valgan algo, y no de suerte que lo perdais todo.

Tres daños colige de aquí San Basilio (2) que causa en nosotros este vicio de la vanagloria. El primero es, que nos hace cansar y afligir nuestro cuerpo con trabajos y buenas obras. El segundo, que nos despoja de ellas despues de hechas, haciéndonos perder todo el premio y galardon. No nos hace este vicio que no trabajemos, dice San Basilio, que eso aun no fuera tanto daño quitarnos el premio no trabajando, sino aguarda que nos cansemos y hagamos las buenas obras, y entonces nos roba y despoja de ellas quitándonos el premio. Es, dice (3), como un corsario que está en celada escondido, aguardando que salga el navío del puerto muy cargado de mercaderías, y entonces hace su asalto. No se ponen los corsarios á saquear la nave cuando sale del puerto vacía para ir á cargar de mercaderías, sino esperan á que vuelva cargada: asi este ladron de la vanagloria aguarda que carguemos de buenas obras, y entonces nos saltea y despoja de ellas. Y mas; no solo nos quita el premio, sino, lo tercero, hace que en lugar de él merezcamos castigo y tormento; porque el bien le convierte en mal y la virtud en vicio por el fin vano y malo que le poneis. Y asi, de la buena semilla veis á coger mal fruto y á merecer pena y castigo por lo que pudiérades merecer el cielo. Y todo esto hace la vanagloria con una suavidad tan grande, que no solo no siente uno el perder, como pierde, todo lo que hace, sino que gusta de ello; y tanto, que aunque mas se lo digais, y él solo vea que lo pierde todo, parece que le tiene encantado este deseo de ser alabado y estimado, segun le lleva tras sí.

Por esto San Basilio llama á la vanagloria: «Dulce robadora de nuestras espirituales riquezas y alegre enemigo de nuestras almas (1).» Es un enemigo muy halagüeño; es un dulce empobrecer. Y con esto, dice el Santo que engaña á tantos este vicio por la dulzura y suavidad que trae consigo. «A los necios, dice (2), es cosa muy dulce y sabrosa esta alabanza humana, y con eso los engaña.» Y San Bernardo dice: «Temed esta saeta de la vanagloria, que entra blandamente y parece una cosa liviana; pero digoos de verdad que no causa pequeña llaga en el corazon (3).» Polvillos son, pero de soliman.

Cuenta Surio (4) que, como estuviese el gran Pacomio sentado en cierto lugar del Monasterio con otros Padres graves, uno de sus monges trajo dos esteras pequeñas que habia hecho aquel dia, y púsolas junto á su celda, en frente de donde estaba San Pacomio, de manera que él las pudiese ver, pensando que le habia de alabar de diligente y cuidadoso, porque la regla no mandaba sino que cada uno hiciese cada dia una estera y él habia hecho dos. Y como el Santo entendió que habia hecho aquello por vanidad, dijo á los Padres, que estaban con él, suspirando y con gran sentimiento: «Mirad este hermano que ha trabajado desde la mañana hasta la noche, y todo su trabajo lo ha ofrecido al demonio, y ha amado mas la estima de los hombres que la gloria de Dios.» Y llámale, y dále una buena reprension, y

(1) Quare appenditis argentum non in panibus, et laborem vestrum non in saturitate? *Isaiae*, LV, 2.
(2) Basil. *const. Monast.* c. 11.
(3) Idem Chrysost. hom. III, in verba Isaiae: *Vidi Dominum.*

(1) Dulcem spiritualium opum expoliatricem, jucundum animarum nostrarum hostem. *Bas. in const. Monast.* c. 11.
(2) Dulce quid humana imperitis gloria est. *Ib.*
(3) Time sagittam, leviter volat, leviter penetrat, sed dico tibi non leve infligit vulnus, cito interficit. Nimirum sagitta haec vanagloria est. *Bernard. Ser.* 6. *super. Ps.* Qui habitat.
(4) Surius in vita S. Pacomii.

mándale en penitencia que cuando los monges se junten á tener oracion, vaya él allá con sus dos esteras acuestas, y diga en alta voz: «Padres y hermanos mios, por amor del Señor, que todos rueguen á Dios por este pecador miserable; que haya misericordia de mí, porque tuve en mas estas dos pequeñas esteras que el reino de los cielos.» Y mandóle mas, que cuando fuesen los monges á comer, estuviese de la misma manera enmedio del refectorio con sus dos esteras á cuestas todo el tiempo que durase la mesa. Y no paró en esto la penitencia: despues de hecho esto, manda que le encierren en una celda y que nadie le visite, sino que esté allí solo por espacio de cinco meses, y que no le den á comer sino pan y agua y sal, y que cada dia haga dos esteras allí solo, que no lo vea nadie y ayunando. De donde podemos tambien sacar para nuestro aprovechamiento, cuán graves penitencias daban aquellos Padres antiguos por culpas livianas, y la humildad y paciencia con que los súbditos las llevaban y se aprovechaban de ellas.

CAPITULO IV.

Que la tentacion de vanagloria, no solamente es de los que comienzan, sino tambien de los que van adelante en la virtud.

El bienaventurado San Cipriano, tratando de aquella tentacion con que el demonio acometió á Cristo nuestro Redentor en segundo lugar, cuando llevándole al Pináculo del templo, le dijo: "Si eres Hijo de Dios, échate de aqui abajo (1)," esclama y dice: «¡Oh maldita y abominable malicia del demonio, pensaba el maligno que á quien no habia podido vencer con la tentacion de gula, le habia de vencer con la de vanagloria (2);» y asi le persuade que se eche á volar por el aire para que sea espectáculo y admiracion á todo el pueblo. Pensó el demonio que le habia de suceder con Cristo como le habia sucedido con otros: tenia esperiencia, y lo habia ya probado muchas veces, dice San Cipriano, que á quien no habia podido vencer con otras tentaciones, los habia vencido con esta de vanagloria y soberbia. Y por eso, despues de haberle tentado de gula, le tentó de vanagloria, como de cosa mayor y mas dificultosa de vencer; porque no es fácil cosa, dice el Santo, no holgarse uno con las alabanzas: asi como hay muy pocos que se huelguen de oir decir mal de sí, asi hay muy pocos que no gusten de que sientan y digan bien de ellos. Por donde se verá que esta tentacion de vanagloria no es solamente tentacion de principiantes y novicios, sino tambien de muy antiguos y de los que tratan de perfeccion; antes de estos es mas propia.

El santo abad Nilo (1), que fué discípulo de San Juan Crisóstomo, refiere de aquellos PP. viejos y esperimentados que criaban é instruian diferentemente á los novicios que á los antiguos, porque á los novicios enseñábanles é imponíanles en que se diesen mucho á la templanza y abstinencia, porque el que se deja llevar y vencer del vicio de la gula, decian que fácilmente seria vencido del vicio de la lujuria; porque el que no sabe resistir á lo que es menos, ¿cómo resistirá á lo que es mas? Pero á los antiguos avisaban que estuviesen muy apercebidos para defenderse y guardarse de la vanagloria y soberbia. Como los que navegan por la mar se previenen y guardan de los peñascos y bajíos que están junto al puerto, porque muchas veces acontece que los que han navegado mucho tiempo con bonanza vienen á peligrar en el puerto; asi mu-

(1) Si Filius Dei est mitte te deorsum. *Matth.* IV, 6.
(2) Oh exercabilis diaboli malitia, putabat malignus, quem gula non vicerat, vanagloria superare. *S. Cyprianus.*

(1) Nilus, *de interemptione patrum qui erant in Sina; et refert Surius*, XIV. *Januarii.*

chos que casi todo el curso de su vida habian caminado bien, venciendo y sobrepujando las tentaciones que se les ofrecian, despues, al fin, cuando ya estaban cercanos al puerto, confiados de sus victorias pasadas y teniéndose ya por seguros, ensoberbeciéndose y descuidándose con eso, vinieron á caer miserablemente. El navío que no se habia abierto ni saltado navegando tanto tiempo por la mar, vino á saltar y quebrarse en el puerto. Eso hace la vanagloria; y asi la llaman los Santos «tempestad en el puerto.» Y otros dicen que es como quien lleva una nao muy bien calafateada y jarciada y muy cargada de mercaderías, y le da un barreno por donde, entrando el agua, la viene á anegar.

De manera que aquellos PP. antiguos no instruian á los principiantes y novicios á defenderse de la vanagloria por parecerles que no era menester; porque los que acaban de venir del mundo corriendo sangre, que aún no tienen cerradas las llagas de los pecados, consigo se traen harta materia de humildad y confusion. A esos tratadles de abstinencia, de penitencia y mortificacion. Los antiguos, que han ya llorado y gemido muy bien sus pecados y hecho mucha penitencia de ellos, y se han ejercitado mucho en las virtudes, esos han menester estos avisos. Pero los que comienzan, que están vacíos de virtud y llenos de pasiones y malas inclinaciones, y que aún no han acabado de llorar bien sus pecados y el olvido que han tenido de Dios, esos no tienen fundamento de que les venga vanagloria, sino mucho dolor y vergüenza. Asi habia de ser ello, y de aqui habian de tomar ocasion de grande confusion los que teniendo muchas cosas de que humillarse, de sola una que luzca y les parezca que hicieron bien, se desvanecen y engrien. Andamos muy engañados. Una sola cosa que tuviéramos mala habia de bastar para andar confundidos y humillados, porque para el bien es menester que no falte nada, y para el mal basta una cosa sola que falte. Y nosotros hacemos al revés, que no bastan tantas faltas y males como tenemos para humillarnos, y una cosa sola buena que nos parezca que hay en nosotros, basta para ensoberbecernos y para que deseemos ser tenidos y estimados; en lo cual se verá bien la malicia y sutileza de este vicio de la vanagloria, pues á nadie perdona y aun sin fundamento acomete. Y asi dice de ella San Bernardo: «Ella es la primera que nos acomete para hacernos caer, y la postrera y última batalla que tenemos que vencer (1).» Por tanto, hermanos mios, dice San Agustin (2), armémonos y prevengámonos todos contra este vicio, como lo hacia el profeta David cuando decia: "Señor, apartad mis ojos de toda vanidad (3)."

CAPITULO V.

De la necesidad particular que tienen de guardarse de este vicio de la vanagloria los que tienen oficio de ayudar á los prójimos.

Aunque todos tienen necesidad de apercebirse contra esta tentacion de vanagloria, como habemos dicho; pero los que tenemos oficio é instituto de ayudar á la salvacion de las almas, tenemos mas particular necesidad de andar muy prevenidos en esto, porque nuestros ministerios son muy altos y patentes y manifiestos á todo el mundo; y cuanto mayores y mas espirituales son, tanto por una parte es mayor el peligro, y por otra seria mayor nuestro delito si en ellos nos buscásemos á nosotros mismos y el ser

(1) Ipsa est in peccato prima, in conflictu postrema. *Bern. de ovd. vitae, et morum institut.*
(2) *August. sup. Ps.* 118.
(3) Averte oculos meos ne videant vanitatem. *Ps.* CXVIII, 37.

tenidos y estimados de los hombres. Porque seria alzarnos con lo que Dios mas aprecia y estima, que son las gracias y dones espirituales. Y asi dice San Bernardo (1): «Ay de aquellos á los cuales fué dado sentir y hablar bien de Dios y de las cosas espirituales, y entender las Escrituras y predicar graciosamente, si lo que se les dió para ganar almas y estender y dilatar la honra y gloria de Dios, lo convierten ellos en buscarse á sí mismos y ser tenidos y estimados de los hombres! Teman y tiemblen de lo que dice Dios por el profeta Oseas: "fié de ellos mis riquezas, diles mi plata y mi oro y las joyas preciosas que yo mas estimaba, y ellos han hecho de eso un ídolo de Baal." Han fabricado con ello un ídolo de honra.

San Gregorio (2) trae á este propósito aquello de San Pablo á los de Corinto (3): "No somos como muchos que adulteran la palabra de Dios." Dos esplicaciones da á este lugar: de dos maneras, dice, puede uno adulterar la palabra de Dios. La primera, cuando entiende y declara la Escritura Divina de otra manera de lo que es, engendrando y sacando de ella con su propio espíritu falsos y adulterinos sentidos, siendo el legítimo marido y autor de ella el Espíritu Santo, y el verdadero y legítimo sentido el que le ha declarado á su Iglesia por los Santos y doctores de ella. La segunda declaracion de adulterar la palabra de Dios es la que hace á nuestro propósito. Esta diferencia hay del verdadero y legítimo marido al adúltero, que aquel lo que pretende es engendrar y tener hijos, pero este no pretende sino solamente su deleite y contento. Pues de la misma manera el que con la palabra de Dios y con el oficio de la predicacion que tiene no pretende tanto engendrar hijos espirituales para Dios, que es para lo que ella se ordena, conforme á aquello de San Pablo: "Por medio del Evangelio os he engendrado (1)," cuanto su gusto y entretenimiento y ser tenido y estimado, ese adultera la palabra de Dios. Y por esto llaman tambien los Santos á la vanagloria lujuria espiritual por el deleite grande que en ella se recibe, mayor que en la otra carnal, cuanto escede el alma al cuerpo. Pues no adulteremos la palabra de Dios, no pretendamos en nuestros ministerios otra cosa que la honra y gloria de su Divina Magestad, conforme á aquello que dice Cristo nuestro Redentor: "Yo no busco mi gloria, sino la honra y gloria de mi Padre celestial (2)."

Una hazaña cuenta la Sagrada Escritura de Joab, capitan general del ejército de David, digna de ser contada é imitada de nosotros. Dice que estaba Joab con su ejército sobre la ciudad de Rabat, que era una ciudad de los amonitas, la metropolitana donde residia el rey con su córte. Y ya que tenia el negocio en buenos términos y estaba á punto de entrarla y tomarla, despacha correos al rey David haciéndole saber el punto en que tenia el negocio; por tanto que venga él, y la entre y tome. Y da esta razon, "porque no se me atribuya á mi la honra de la victoria, si yo entro y la tomo (3);" y asi se hizo. Esta fidelidad habemos de guardar nosotros con Dios en todos nuestros ministerios, no queriendo jamás que se nos

(1) Vae qui bene de Deo, et sentire, et eloqui acceperunt, si quaestum aestiment pietatem, si convertant ad inanem gloriam, quod ad lucra Dei acceperant erogandum; si alta sapientes humilibus non consentiant. Paveant quod in propheta Osea legitur: dedi ei argentum, multiplicavi ei et aurum, quae fecerunt Baal (*Oseae* II, 8).—*Bernard. Serm.* 45 *super Cantica.*

(2) *Greg. lib.* XXII, *Mor. c.* 17.

(3) Non enim sumus sicut plurimi adulterantes verbum Dei, sed ex sinceritate, sed sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur. II *ad Cor.* II, 17.

(1) Per Evangelium ego vos genui. I. *Cor.* IV, 15.

(2) Ego autem non quaero gloriam meam. *Joann.* VIII, 50.

(3) Ne cum a me vastata fuerit urbs, nomini meo adscribatur victoria. *II. Reg.* XII, 29.

atribuya á nosotros el fruto y conversion de las almas, ni el buen suceso de los negocios, sino todo á Dios. "No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da la gloria (1)." Toda la gloria se ha de dar á Dios, que está en los cielos, que asi lo cantaron los ángeles: "Gloria sea á Dios en las alturas (2)."

De Santo Tomás de Aquino leemos en su Historia, que no tuvo en toda su vida vanagloria que llegase á culpa. Nunca tuvo complacencia ni contentamiento vano de las grandes letras y entendimiento angélico y otros dones y gracias que Dios le dió. Y de nuestro bienaventurado San Ignacio leemos (3), que muchos años antes que muriese, no tuvo ni aun tentacion de vanagloria, porque estaba su ánima, con la luz del cielo que tenia, tan esclarecida y con tan grande conocimiento y menosprecio de sí, que solia él decir que á ningun vicio temia menos que á este de la vanagloria. Esto es lo que nosotros habemos de imitar, y confundirnos y avergonzarnos, cuando aun en cosas bajas nos dejamos llevar de la vanidad, ¿cómo os habreis cuando os viéredes gran letrado y gran predicador y que haceis gran fruto en las almas, y que por eso sois muy tenido y estimado de los príncipes y prelados y de todo el mundo? Es menester que nos acostumbremos en las cosas pequeñas á no hacer caso de las alabanzas y estima de los hombres, ni mirar respetos humanos, para que asi estemos diestros en hacer lo mismo en las mayores.

CAPITULO VI.

De algunos remedios contra la vanagloria.

El glorioso San Bernardo, en el sermon XIV sobre el salmo: *El que habita etc.*, sobre aquel verso: "sobre el aspid y el basilisco andarás y pisarás al leon y al dragon (1)," va declarando que asi como estos animales unos dañan con los dientes mordiendo, otros con el huelgo, otros con las uñas, otros espantan con su bramido, asi el demonio invisiblemente daña y hace mal á los hombres de todas estas maneras, y va aplicando las propiedades de los animales á diversas tentaciones y vicios con que el demonio nos hace guerra. Y viniendo al basilisco, dice: «del basilisco se dice una cosa monstruosa, que con sola su vista inficiona tanto al hombre que le mata;» y esto aplica el Santo al vicio de la vanagloria, conforme á aquellas palabras de Cristo: "guardaos de hacer vuestras buenas obras delante de los hombres, porque os las vean hacer (2);" como si dijera: guardaos de los ojos del basilisco. Pero advertid que del basilisco dicen que no mata sino á quien él ve primero; pero si vos le veis á él primero, no os dañará, antes dicen que muere con eso el basilisco. Asi dice que es en este vicio de la vanagloria, que no mata sino á los ciegos y á los negligentes que se le quieren mostrar y poner delante para que los vea, y no le quieren ellos mirar primero, considerando cuán vana y inútil cosa es esta vanagloria; porque si vos mirásedes primero de esta manera este basilisco de la vanagloria, no os mataria ni os haria daño, sino vos le matariades á él, deshaciéndole y convirtiéndole todo en humo.

Este sea el primer remedio contra la vanagloria, que procuremos nosotros de mirar primero á este basilisco, que nos pongamos á considerar y examinar con atencion que la opinion y estima de los hombres todo

(1) Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. *Ps.* CXXIII, 9.
(2) Gloria in altissimis Deo. *Luc.* II, 14.
(3) Lib. 5, c. 3, vitae *S. P. N. Ignatii.*

(1) Super aspidem, et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem, et draconem. *Ps.* LXXXX, 13.
(2) Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis. *Matth.* VI, 1.

es un poco de viento y de vanidad, pues no nos da ni nos quita nada, ni por eso seremos mejores, porque ellos nos alaben y estimen; ni peores, porque murmuren de nosotros y nos persigan. San Crisóstomo, sobre aquello del salmo V: "porque tu bendecirás al justo (1)," trata muy bien esto y dice, que para animar á un justo que es perseguido y oye malas palabras de los hombres, y para que no desmaye por eso ni haga caso de ello, le esfuerza el Profeta con estas palabras: "porque vos, Señor, bendecireis al justo," y con eso ¿qué le dañará que todos los hombres le menosprecien, si el Señor de los ángeles le bendice y alaba? Como al contrario, si el Señor no le bendice y alaba, ninguna cosa le aprovechará, aunque todo el mundo le loe y le predique, y pone por ejemplo al Santo Job; el cual, estando en el muladar lleno de lepra, de llagas y de gusanos, perseguido y baldonado de sus amigos y enemigos y de su propia muger; con todo eso, era mas bienaventurado que todos ellos, porque aunque los hombres le injuriaban y decian mal de él, Dios decia bien de él, diciendo que era "varon sencillo, recto, temeroso de Dios, apartado del mal, y que aun se conservaba en la inocencia (2)." Y eso le hacia verdaderamente grande, y los desprecios de los hombres y desestima del mundo ninguna cosa le quitaban. Y asi dice San Crisóstomo que lo que habemos de procurar con todo cuidado y diligencia es ser tenidos y estimados delante de Dios; porque el serlo cerca de los hombres, ni quita ni pone, y asi no hay que hacer caso de eso. Decia el Apóstol San Pablo:" á mí no se me da nada ser juzgado y tenido en poco de los hombres (1)." No ando á contentar á los hombres, á Dios querria contentar porque él es mi juez: "El que me juzga es el Señor (2)."

San Buenaventura añade aqui otro punto. Dice: «no os enojeis contra los que dicen mal de vos, porque ó es verdad lo que dicen, ó no: si es verdad, no es de maravillar que ellos se atrevan á decir lo que vos os atrevisteis á hacer; si es falso, no os podrán dañar; y si con todo eso os vinieren movimientos de sentimiento, sufridlo, dice, con paciencia, como el que sufre un cauterio de fuego, porque asi como el cauterio sana la llaga, asi esta murmuracion os curará de alguna soberbia oculta que por ventura teneis (3).»

El segundo medio que nos ayudará mucho para esto es el que nos encomiendan San Basilio (4), San Gregorio, San Bernardo y generalmente todos los Santos, que nos guardemos con mucho cuidado de hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima. Aunque sea muy amigo y aunque sea muy familiar vuestro aquel con quien tratais, nunca digais cosa que pueda redundar en loor vuestro: antes habeis de poner mas cuidado en encubrir las virtudes que los vicios (5). Del P. Maestro Avila se dice que tenia en esto muy gran recato, y cuando alguna vez, para provecho y edificacion de aquel con quien trataba, le parecia que era menester decir alguna cosa de edificacion que á él le habia acontecido, contábala como de tercera persona, de manera que el otro no entendiese que era él. De nuestro P. San Ignacio nos contó un prelado de Es-

(1) Quoniam tu benedices justo. *Ps.* V, 13.
(2) Vir simplex, et rectus, ac timens Deum, et recedens a malo, et adhuc retinens innocentiam. *Job*, II, 3.

(1) Mihi autem pro minimo est, ut a vobis judicer, aut ab humano die. *I ad Cor.* 4.
(2) Qui autem judicat me Dominus est. *Ib.*
(3) Bonav. *Opusc. de informat. novit.*
(4) Basil. *serm. de exercit. Monastica.*
(5) Nihil unquam de te loquaris quod laudem imperet, quamtumcumque sit familiaris ille cum quo loqueris, imo potius plus labora celare virtutes quam vitia. *Bernard. in formula honestæ vitæ.*

paña (1), que le conoció en Paris, que como él trataba de oracion y la enseñaba y persuadia á otros, preguntábanle algunos cómo le iba en la oracion, y dijo que él mismo se lo habia preguntado, y respondia nuestro Padre: «eso no diré yo, sino lo que á vos os conviene, porque esto es caridad y necesidad, y esotro vanidad.» Y del bienaventurado San Francisco leemos que era tan recatado en esta parte, que no solo no se atrevia á descubrir á otros los favores y regalos que Dios le hacia, sino que cuando salia de la oracion usaba de tal disimulacion y templanza, asi en sus palabras como en toda la compostura de su cuerpo, que no se pudiese echar de ver lo que traia dentro del corazon.

Lo tercero, no nos habemos de contentar con no decir palabra que pueda redundar en nuestro loor, sino habemos de pasar adelante y procurar cuanto pudiéremos el secreto de las buenas obras que hacemos, conforme á lo que Cristo nuestro Redentor nos dice en el Sagrado Evangelio: "Cuando orarédes, entraos en vuestro aposento, y cerrada la puerta, orad allá en secreto á vuestro Padre Celestial. Y cuando hiciéredes limosna, no sepa la mano izquierda lo que hiciere la mano derecha (2)." Como si dijera, si fuese posible, vos mismo no lo habíades de saber. Y cuando ayunáredes é hiciéredes penitencia, procurad mostrar entonces mas alegria y contento, porque no entiendan los hombres que ayunais: "Ungid vuestra cabeza, lavad vuestro rostro, poneos de fiesta (3);" porque en aquella provincia de Palestina, dice S. Gerónimo; que en las fiestas usaban ungirse las cabezas. Es muy grande la sutileza de este vicio, y por eso el Redentor del mundo nos encomienda tanto que nos guardemos y escondamos de él, haciendo nuestras obras en secreto para que no las perdamos ni nos las robe este ladron de la vanagloria, porque este es el remedio de los que caminan, dice San Gregorio, esconder los dineros que llevan, porque si los descubren y muestran los espiará el ladron y los robará. Y trae á este propósito aquello que le aconteció al rey Ezequias, que porque mostró los tesoros de su casa á los embajadores del rey de Babilonia, se los robaron despues todos y los llevaron á Babilonia (1). Suelen tambien traer á este propósito la comparacion de la gallina que, en poniendo el huevo, luego cacarea y asi le pierde. De esa manera les acontece á los que en haciendo la buena obra luego desean ser vistos, y aun por ventura dicen palabras que huelen á eso.

El verdadero siervo de Dios, dice San Gregorio (2), está tan lejos de esto que no se contenta de permanecer en lo que pudo ser conocido, porque de eso ya le parece que le es hecha remuneracion, sino procura añadir otras cosas que no sean sabidas de los hombres. Cuenta San Gerónimo de San Hilarion, que viendo que le seguia tanta gente, y que le estimaban todos en mucho por los muchos milagros que hacia, andaba muy triste y llorando cada dia. Preguntándole sus discípulos la causa de su lloro y tristeza, respondia el Santo: «paréceme que me paga Dios en esta vida lo que le sirvo en estar tan estimado de los hombres.» Esta es otra razon y otro medio muy bueno de que nos podemos ayudar contra este vicio. Guardaos, no deseeis ser tenido y

(1) P. N. Ignat. Dominus Ferdinand. Tric. Episcop. Auriensis et postea Salmaticens.

(2) Tu autem cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum in absconditо, et Pater tuus qui videt in abscondito, reddet tibi. *Matth.* VI, 6.

(3) Tu autem cum jejunas unge caput tuum, et faciem tuam laya, ne videaris hominibus jejunans. *Matth.* VI, 17.

(1) IV. *Reg.* XX, 17.

(2) Jam enim de bonis suis quasi retributionem sibi factam aestimat, nisi eis, et alia, quae ab hominibus nesciuntur, adjungat. *Greg. lib.* XXII. *Mor. cap.* 9.

estimado de los hombres, no sea que os pague Dios con eso, si algun bien por ventura habeis hecho en esta vida, que lo suele hacer asi, como él mismo lo dijo á aquel rico avariento: "Hijo, acuérdate que recibiste el galardon en tu vida (1)." Esta es tambien una de las causas por que aconsejan los Santos el quitar singularidades y estremos; porque esas cosas, como son desacostumbradas son muy notadas y dan que pensar y que decir á muchos: «Al que hace lo que nadie, lo miran todos (2).» Y suelen estas cosas criar un espíritu de vanagloria y soberbia, y de alli suele nacer un menosprecio de los otros.

Pero porque no podemos siempre esconder nuestras buenas obras, especialmente los que tenemos oficio de ayudar con ellas á los prójimos, sea el quinto remedio, que procuremos en ellas rectificar nuestra intencion, levantando el corazon á Dios, ofreciendo y enderezando á él todos nuestros pensamientos, palabras y obras, como diremos luego, y despues cuando venga la vanagloria, dice el P. Maestro Avila (3), decidle; «tarde venís, que ya está dado á Dios.» Es tambien muy bueno responder aquello que respondió San Bernardo cuando predicando se le ofreció: «¡oh! qué bien lo haces:» «Ni por tí lo comencé, ni por tí lo dejaré (4).» No se han de dejar las buenas obras por temor de la vanagloria, que seria ese engaño grande, sino habemos de tapar las orejas y hacernos sordos á las alabanzas de los hombres no haciendo caso de ellas. Dice San Crisóstomo (5), que nos habemos de haber con el mundo como un padre con su hijo pequeño, que si el niño le alaba, no hace caso de ello, y si le vitupera poniéndole nombres afrentosos, tan poco; antes se rie, porque es niño y no sabe lo que hace ni lo que dice. Asi nosotros no habemos de hacer caso de las alabanzas del mundo, ni del qué dirán; porque en eso el mundo es como niño que no sabe lo que dice. Y aun mas decia aquel Apóstol de las Indias Orientales, el P. S. Francisco Javier (1), que quien atentamente considerase sus faltas y pecados y lo que verdaderamente es delante de Dios, pensaria, cuando los hombres le alaban, que hacian burla de él, y tendrialas por verdaderas afrentas.

Concluyamos con esto, y sea el último remedio este del propio conocimiento que es el propio contra la vanagloria. Si cabásemos y hondásemos en esto, entenderíamos bien que no hay de que nos venga vanagloria, sino mucho de que confundirnos y humillarnos, porque estamos muy llenos de culpas. Y no solamente mirando á nuestros males y pecados, sino mirando á las obras que á nosotros nos parecen muy buenas y muy justas; si bien las consideramos y examinamos, hallaremos comunmente harta ocasion y materia para humillarnos y quedar confundidos y avergonzados. Y asi dice San Gregorio (2) y repite muchas veces esta sentencia: «Toda nuestra humana justicia, lo que nosotros comunmente tenemos y hacemos de nuestra parte, puesto en el contraste de la justicia de Dios, si con rigor y sin misericordia se hubiese de juzgar, se convenceria ser injusticia; y de donde pensábamos haber premio y galardon, de eso

(1) Fili, recordare, quia recepisti bona in vita tua. *Luc.* XVI, 25.
(2) Qui facit quae nemo, mirantur omnes. *Gerson. et Guill. Parisiensis.*
(3) M. Avila, tom. II, *Epist.* fol. 59.
(4) Nec propter te coepi, nec propter te desinam. *Bernard. in vita ipsius.*
(5) Chrysost. *lib. 5 de Sacerdotio.*

(1) *Lib. 6, c. 15 vitae S. P. Franc. Xavier.*
(2) Omnis humana justitia injustitia esse convincitur, si districte judicetur, si enim remota pietate discutimur, opus nostrum poena dignum est, quod remunerari praemiis praestolamur. *Greg. lib. 9. Mor. c. 11 ut saepe, inquit, diximus; et lib. 17, cap. 10; et lib. 9. Mor. c. 18.*

mismo merecemos muchas veces pena y castigo.» Y asi el Santo Job decia (1) que se recelaba y andaba con mucho temor y recato en todas sus obras por las culpas y defectos que se suelen mezclar en ellas cuando uno no anda muy sobre aviso velando sobre sí. Pues segun esto, ¿de qué nos ensoberbecemos y engreimos? ¿De qué nos viene vanagloria, viendo que si con atencion nos examinamos y nos tomamos cuenta á la noche, qué tal ha sido aquel dia, hallaremos en nosotros una profundidad de miserias, males y faltas que habemos hecho en hablar, obrar y pensar, y bienes que habemos dejado de hacer; y si algo bueno se ha hecho con el favor de nuestro Señor, hallaremos muy comunmente haberlo nosotros manchado con soberbia ó vanagloria, ó con pereza y negligencia, y con otras muchas faltas que sabemos y otras muchas que no sabemos, pero creemos que las hay? Pues entremos dentro de nosotros, acojámonos al propio conocimiento, mirémonos á los pies; esto es, á la fealdad de nuestras obras, y luego se nos deshará la rueda de la vanidad y soberbia que se levanta en nuestro corazon.

CAPITULO VII.

Del fin é intencion buena que habemos de tener en las obras.

Ya habemos tratado cómo se han de huir en las obras que hacemos la vanidad y respetos humanos, que es el apartarnos de lo malo: ahora trataremos del fin é intencion que debemos tener en ellas, que es la mayor honra y gloria de Dios. El bienaventurado San Ambrosio (2) trae á este propósito aquello que dicen los naturales del águila, que la prueba que hace para conocer sus pollitos, si son legítimos ó adulterinos, es tomarlos con las uñas y ponerlos asi colgados en medio del aire á los rayos del sol, y si le miran de hito en hito sin pestañear, tiénelos por hijos suyos y vuélvelos á su nido, y críalos, y tráeles de comer como á hijos; pero si vé que no pueden mirar al sol de hito en hito, no los tiene por hijos y déjalos caer de allí abajo. Pues en esto se conocerá si nosotros somos hijos verdaderos de Dios, si miramos de hito en hito al verdadero Sol de Justicia, que es Dios, enderezando á él todo lo que hiciéremos, de manera que el fin y blanco de todas nuestras obras sea agradar y contentar á Dios y hacer en ellas su santísima voluntad. Concuerda muy bien con esto lo que dijo Cristo Nuestro Redentor en el Evangelio: "El que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi padre (1)."

De uno de aquellos Padres antiguos se lee (2) que, á cada obra que queria comenzar, estaba primero un poco parado, y preguntado ¿qué hacia? respondió: «mirad, las obras de suyo no valen nada, si no se hacen con buen fin é intencion; y asi como el ballestero para dar en el blanco está primero un poco parado mirando y asestando á él, asi yo antes que haga la buena obra, ordeno y enderezo mi intencion á Dios, que ha de ser el blanco y fin de todas nuestras obras, y eso es lo que estoy haciendo en aquel tiempo que estoy parado.» Pues esto es lo que nosotros habemos de hacer, «Pónme como sello sobre tu corazon (3).» Y asi como el ballestero, para acertar me-

(1) Verebar omnia opera mea. *Job*, IX, 28.
(2) Ambros. lib. 5, *exameron*, cap. 18 et lib. de [illegible] cap. 8.

(1) Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in cœlis est, ipse meus frater, et soror, et mater est. *Matth.* XII, 50.
(2) *In vitis Patrum.*
(3) [illegible] *Cant.* VIII, 6.

jor al blanco, cierra el ojo izquierdo y solamente mira con el derecho, para que la vista esté mas recogida y no se distraiga y yerre mirando á muchas partes, asi nosotros habemos de cerrar el ojo izquierdo de los respetos humanos y terrenos y abrir solamente el derecho, que es el de la buena y recta intencion, y de esa manera daremos en este blanco, y acertaremos con el Corazon de Dios: "Heriste mi corazon, hermana mia; heriste mi corazon con uno de tus ojos (1)."

Para que hablemos mas claro y descendamos en esto mas en particular, digo que habemos de procurar referir y enderezar actualmente todas nuestras obras á Dios. Y en esto hay mas y menos. Cuanto á lo primero, á la mañana, en levantándonos, habemos de ofrecer á Dios todos los pensamientos, palabras y obras de aquel dia, y pedirle que todo sea para gloria y honra suya, para que despues, cuando viniere la vanagloria, podamos responder con verdad: «tarde venis, que ya está dado.» Y mas: no nos habemos de contentar con ofrecer y referir actualmente á Dios, cuando nos levantamos, todo lo que habemos de hacer aquel dia, sino habemos de procurar acostumbrarnos cuanto pudiéremos á no comenzar cosa que no vaya primero actualmente referida á mayor gloria de Dios. Asi como el cantero ó albañil, que fabrica, suele tener la plomada ó regla en la mano, y aplicarla á cada piedra ó ladrillo que asienta; asi nosotros cada obra la habemos de reglar y enderezar con esta regla de la voluntad y mayor gloria de Dios. Y mas: así como no se contenta el oficial con echar la regla ó la plomada una vez al principio, sino que la echa una y otra vez hasta que la piedra está bien acabada de asentar, asi nosotros no nos habemos de contentar con referir á Dios una vez al principio las obras que hacemos, sino tambien al tiempo que las hacemos: de tal manera las habemos de hacer que siempre las estemos ofreciendo á Dios, diciendo: «Señor, por vos hago esto, porque vos me lo mandais, porque vos asi lo quereis.»

(1) Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa; vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum. *Cant.* IV, 9.

CAPITULO VIII.

En que se declara cómo haremos las obras con gran rectitud y pureza de intencion.

Para declarar cómo haremos con mas perfeccion y puridad nuestras obras, suelen los maestros de la vida espiritual traer una buena comparacion: asi como los matemáticos abstraen de materia, quiero decir, que no hacen caso de la materia, sino que tratan de las cantidades y figuras de los cuerpos, sin hacer caso de la materia en que están, sea oro, sea plata ú otra cualquiera, porque esta no pertenece á ellos, asi el siervo de Dios en las obras que hiciere, principalmente ha de poner los ojos en hacer la voluntad de Dios, abstrayendo de toda materia, no mirando si es de oro ó si es de barro; esto es, no mirando si le ponen en este oficio ó en aquel, si le mandan esto ó lo otro, porque no está en eso nuestro aprovechamiento y perfeccion; sino en hacer la voluntad de Dios y buscar su gloria en lo que hiciéremos. El glorioso San Basilio dice esto muy bien, y fundado en la doctrina del Apóstol San Pablo: «Toda la vida y obras del hombre cristiano tienen un blanco y un fin, que es la gloria de Dios; porque ahora comais, ahora bebais, ahora hagais otra cualquier cosa, dice el Apóstol, todo lo habeis de hacer á gloria de Dios (1).»

(1) Victus ac ratio vivendi hominis christiani unum scopum sibi propositum habet: nempe gloriam Dei;

Cuenta el evangelista San Juan que estaba Cristo nuestro Redentor con la Samaritana bien fatigado y cansado del camino, y los discípulos habian ido al pueblo á buscar de comer, que pasaba ya de hora, y viniendo con la comida, dícenle: "Maestro, comed (1)." Responde: "yo tengo otro manjar que comer que vosotros no sabeis (2)." Decian ellos entre sí: "¿Por ventura, hále traido alguno de comer?" "Mi manjar, dice él, es hacer la voluntad de mi Padre que me envió (3)." Pues este ha de ser nuestro manjar en todas las cosas que hiciéremos. Cuando estudiais, cuando confesais, cuando leeis y cuando predicais, no ha de ser vuestro manjar el gusto del saber, estudiar ó predicar, porque eso seria de oro hacer todo; sino vuestro manjar y vuestro gusto y contento ha de ser que estais haciendo la voluntad de Dios, el cual quiere que entonces hagais esas cosas. Y este mismo ha de ser tambien vuestro manjar cuando servís en los oficios de casa. De manera, que el mismo manjar y el mismo entretenimiento tiene el portero y el enfermero que el predicador y el lector. Y asi, tan contento habeis de estar vos en vuestro oficio, como él en el suyo; porque la causa del contento, que es estar haciendo la voluntad de Dios, tan bien la teneis vos como él; porque como buen matemático espiritual, no habeis de parar en la obra material que haceis, sino en que estais haciendo en ella la voluntad de Dios. Y asi siempre habemos de procurar de traer en la boca y en el corazon estas palabras: «Por vos, Señor, hago esto, por vuestra gloria, porque vos asi lo quereis.» Y no habemos de parar en este ejercicio hasta que vengamos á hacer las obras como quien sirve á Dios y no á los hombres, como dice San Pablo (1); y hasta que de tal manera las hagamos, que estemos siempre en ellas actualmente amando á Dios y holgándonos en ellas de que estamos allí haciendo la voluntad de Dios. De suerte, que cuando estuviéremos obrando, mas parezca que estamos amando que obrando.

Trae el P. Maestro Avila una comparacion buena y muy casera, como cuando una madre está labando los pies á su hijo ó marido que viene de camino, que juntamente le está sirviendo y le está amando y gozándose y tomando particular gusto y contentamiento en aquel regalo que le hace (2). ¡Oh, si acertásemos á hacer las obras de esta manera! ¡Oh, si topásemos con este tesoro escondido y en el campo, tan manifiesto y patente por una parte, y tan escondido y oculto por otra, cuán espirituales y cuán interiores y aprovechados andaríamos! Esta es la alquímia verdadera y certísima para hacer de cobre y de hierro oro finísimo, porque aunque la obra sea de suyo bajísima, con esto se hace altísima y de grandísimo valor. Pues procuremos de aqui adelante que todo cuanto hiciéremos sea oro finísimo, pues lo podemos hacer tan fácilmente. En el Sancta Sanctorum y templo de Salomon todo era oro ó cubierto de oro (3); asi en nosotros todo ha de ser amor de Dios ó hecho por amor de Dios.

CAPITULO IX.

Que la causa de hallarnos algunas veces distraidos y desaprovechados, no son las ocupaciones esteriores, sino el no hacerlas como debemos.

De lo dicho se entenderá que la causa

---

sive enim cibum capessitis, sive hibitis sive aliquid aliud facitis, omnia ad gloriam Dei facite, inquit in Domino verba faciens Paulus (1 *ad Corint.* X, 30). *Basil. de ingluvie, et ebrietate, orat.* 16.

(1) Rabbi manduca. *Joann.* IV, 31.

(2) Ego cibum habeo manducare, quem vos nescitis. *Ib.*

(3) ¿Nunquid aliquis attulit ei manducare? Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus, qui misit me. *Ib.*

(1) Servientes sicut Domino, et non hominibus. *Ad Eph.* VI, 7.

(2) Trat. 6, c. 4; et Trat. 8, c. 4.

(3) III Reg. VI, 19 et 21.

de hallarnos algunas veces distraidos y desmedrados con las ocupaciones esteriores, no está en las ocupaciones, sino en nosotros, que no sabemos aprovecharnos de ellas ni hacerlas como debemos. Y asi, no eche nadie la culpa á las ocupaciones que tiene, sino á sí que no se sabe aprovechar de ellas. Quebrad la nuez, que no se come lo de fuera, sino lo de dentro. Si os parais en lo esterior de la obra y en esa corteza de fuera, eso quebrantaraos el cuerpo y secaraos el espíritu. Lo de dentro, el tuétano, que es la voluntad de Dios, ese ha de ser vuestro manjar. Pues quebrad con los dientes de la consideracion esa cáscara, y dejad esa corteza de fuera, y pasad á la medula, como aquella águila grande de Ecequiel (1), que entró y sacó la medula del cedro, no parando en la corteza. "Yo os ofreceré, Señor, unos sacrificios de medula, ó la medula de los sacrificios (2)." Eso es en lo que habeis de parar y ofrecer á Dios, y de esa manera medrará y crecerá vuestra alma. Marta y Maria hermanas son, no estorba ni impide la una á la otra, antes se ayudan. La oracion ayuda á hacer bien la accion; y la accion, hecha como se debe, ayuda á la oracion, como buenas hermanas. Y si vos os sentís turbado y desasosegado en la accion, es porque no os ayuda Maria, que es la oracion. "Marta, Marta, solícita andas y te turbas en muchas cosas (3);" túrbase Marta, porque no le ayuda su hermana María: procurad vos que os ayude Maria, que es la oracion, y vereis cómo cesa la turbacion (4). De aquellos santos animales de Ezequiel se dice (5) que tenia cada uno la mano debajo del ala, para dar á entender que los varones espirituales traen la mano del obrar debajo del ala de la contemplacion, sin apartar lo uno de lo otro; porque obrando contemplan, y contemplando obran. Y asi dice Casiano de aquellos monges de Egipto que, estando trabajando con las manos, no dejaban por eso de contemplar en Dios, haciendo con las manos el oficio de Marta y con el corazon el de Maria. San Bernardo dice esto muy bien: «Los que tratan de espíritu y de oracion tienen mucho cuidado de ocuparse de tal manera en los oficios y ocupaciones esteriores, que no se ahogue el espíritu ni se apague la devocion. Y asi, aunque el cuerpo trabaje y se fatigue, procuran que el alma tenga tambien alli su refeccion espiritual (1).» De manera, que no impiden las ocupaciones esteriores el recogimiento y devocion interior, antes ayudan porque no ocupan el entendimiento, sino déjanle desembarazado para que pueda pensar en Dios. Y asi decia un P. muy antiguo y muy espiritual (2), que á dos géneros de personas tenia él gran envidia acá en la Religion: á los novicios, porque no atienden ni vacan á otra cosa sino á su aprovechamiento; y á los hermanos legos, porque tienen desocupado y desembarazado el entendimiento para poder andar todo el dia en oracion.

Cuenta San Juan Climaco (3), que halló en un monasterio un cocinero que tenia mucha ocupacion, porque era grande el número de los religiosos (dice que eran doscientos y treinta, fuera de los huéspedes), y en medio de todas sus ocupaciones tenia un recogimiento interior muy grande, y ultra de esto habia alcanzado don de lágrimas. Y maravillado San Juan Climaco, pre-

(1) *Ezeq.* XVII, 3.
(2) Holocausta medullata offeram tibi. *Ps.* LXV, 15.
(3) Martha, Martha solicita es, et turbaris erga plurima. *Luc.* X, 40.
(4) Dic ergo illi ut me adjuvet. *Ib.*
(5) Ezech. I, 8.

(1) Hoc maxime curant spiritualibus exercitationibus dediti, taliter se circa exteriora occupare, ut devotionis spiritum non extinguant: unde, licet extrinsecus bonorum operum exercitiis fatigentur in corpore, intrinsecus tamen reficiantur in mente. *Bernard. Serm. ad Solitarios.*
(2) P. M. Nadal.
(3) S. Juan Climaco, c. 4.

guntóle cómo con tan grande y tan perpétua ocupacion habia alcanzado esto. Y al fin importunado respondió: «nunca pensé que servia á hombres, sino á Dios, y siempre me tuve por indigno de quietud y reposo; y la vista de este fuego material me hace siempre llorar y pensar en la acerbidad del fuego eterno.» Y de Santa Catalina de Sena se cuenta en su vida que la perseguian mucho sus padres, y le daban mucho trabajo porque se casase; y llegó á tanto la persecucion, que mandaron que no tuviese lugar apartado ni celda en que se recoger, y ocupáronla en los oficios de casa: quitaron de la cocina á una esclava que tenian, y pusiéronla á ella en su lugar, para que asi no tuviese tiempo para orar ni para los demas ejercicios espirituales. Pero ella enseñada por el Espíritu Santo, dice su historia, que fabricó allá dentro de su corazon una muy secreta celda espiritual, y propuso en sí de nunca jamás salir de ella: asi lo hizo. De manera, que en la primera celda que antes tenia algunas veces estaba dentro de ella, otras fuera; pero de estotra santa celda espiritual, que ella dentro de sí habia fabricado, nunca salía: aquella celda primera quitáronsela, esta segunda ninguno se la podia quitar. Imaginaba dentro de sí que su padre representaba á Jesucristo, y su madre á nuestra Señora, y sus hermanos y la otra familia á los Apóstoles y Discípulos del Señor. Y asi andaba con grande alegria y diligencia, porque estando en la cocina y andando sirviendo, siempre pensaba en su esposo Jesucristo, al cual hacia cuenta que servia: siempre gozaba de la presencia de Dios y se estaba con él en el Sancta Sanctorum. Y asi decia ella muchas veces á su confesor, cuando él tenia algunas ocupaciones esteriores y temporales, ó habia de ir á algun camino: «Padre, haced dentro de vos una celda de la cual nunca salgais.» Pues hagámoslo nosotros asi y no nos distraerán los oficios y ocupaciones esteriores, antes nos ayudarán para andar siempre en oracion.

CAPITULO X.

Del bien y ganancia grande que hay en hacer las obras de la manera que habemos dicho.

Las obras hechas al modo dicho, se dicen obras llenas; y los que viven de esa manera, segun San Gerónimo (1) y San Gregorio (2), se dicen en la Sagrada Escritura vivir dias llenos y estar llenos de dias; y esto, aunque hayan vivido poco tiempo y mueran de poca edad, conforme á aquello del Sábio: "Habiendo vivido poco, llenó muchos años (3)." ¿Cómo puede ser en poco tiempo vivir uno mucho y cumplir muchos años? ¿Sabeis cómo? Haciendo obras llenas y viviendo dias llenos: "Hallaránse en ellos dias llenos (4)." Este segundo lugar declara el primero; desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana vive el buen religioso y el siervo de Dios un dia lleno de veinticuatro horas, porque todo le emplea en hacer la voluntad de Dios (5). El mismo comer, el descansar, el tomar el sueño necesario, no son obras vacías para él, sino todas las endereza y refiere para mayor honra y gloria de Dios; y las está haciendo, porque es voluntad de Dios que las haga; no come por el gusto como las bestias, ni busca su contento y recreacion en esas cosas, antes quisiera el poder pasar sin nada de eso, si el Señor fuera servido. «¡Oh Señor! ¡quién se pudiera pasar sin comer y sin dormir y sin estas recreaciones y entre-

(1) Hyeron. super illud *Isai. cap.* XXXVIII, 10. *Ego dixi in dimidio dierum meorum.*
(2) Greg. *lib.* 35. *Moral. cap.* XV. *sup. illud. Job.* 42. mortuus est senex, et plenus dierum.
(3) Consummatus in brevi explevit tempora multa. *Sap.* IV, 13.
(4) Et dies pleni invenientur in eis. *Ps.* LXXII, 10.
(5) Eutimius: *pleni operibus virtutum.* Sic etiam glossa.

tenimientos! ¡Oh! ¡quién pudiera, Señor, estaros siempre amando, y no tuviera necesidad de acudir á estas miserias del cuerpo! Libradme, Señor, de estas necesidades y miserias para que siempre os esté amando, para que siempre esté ocupado en vos (1).»

Ya veo que no es ese estado de esta vida; mas llévalo eso el justo en paciencia, pero no sin dolor. Sino dígannoslo el Santo Job y el Real Profeta David, cómo pasaban por esas cosas: el uno dice, que suspiraba antes de comer (2): el otro, que mezclaba su bebida con lágrimas (3) y que cuando se iba á acostar regaba tambien su cama con ellas (4). Asi lo habiamos nosotros de hacer, derramando lágrimas de nuestros ojos cuando nos vamos á acostar: ¡ah, Señor, que tengo yo de estar aqui tanto tiempo sin acordarme de vos! ¡Ay de mí! ¿y cuánto ha de durar este cautiverio? ¿Cuándo me alzareis, Señor, este destierro? ¿Cuándo me quitareis esta servidumbre (5)? ¿Cuándo me sacareis, Señor, de la cárcel de este cuerpo, para que me pueda dar del todo á vos (6)? ¡Oh! ¡cuándo será! ¡Oh! ¡cómo se tarda ya aquella hora! Estas son obras llenas y dias llenos. De esta manera en breve tiempo vive el justo mucho, y pocos dias de vida son muchos años de merecimiento. Pero el que no ha obrado bien, ni ha gastado, ni empleado bien los dias de su vida, aunque haya vivido mucho tiempo y tenga muchos años, se dice (7) que muere vacío de dias; porque ha dejado pasar los dias y los años en valde (8), y puede decir que sus años son pocos y malos (1). Sobre aquellas palabras de Isaías que dijo el rey Ezequias convaleciendo de su enfermedad: "Yo dije, en medio de mis dias entraré por las puertas del infierno (2);" nota San Gerónimo, que los Santos y justos cumplen sus dias, como fué un Abrahan, del cual dice la Escritura que murió lleno de dias y en buena vejez (3); pero los malos siempre mueren en la mitad de sus dias y aun no llegan á eso, conforme á aquello del Profeta: "Los hombres sangrientos y traidores no llegarán á la mitad de sus dias (4)," porque han dejado pasar los años en valde. Y asi llama la Sagrada Escritura al pecador de cien años: *Niño de cien años*; y dice, que será maldito este tal: "El niño de cien años morirá, y el pecador de cien años será maldito (5)," porque no ha vivido como hombre, sino como niño. De aqui es, que á los malos siempre los coge la muerte en agraz, sin estar maduros ni sazonados. Y asi dicen cuando viene, ¡oh! ¡quién tuviera siquiera otro año de vida para hacer penitencia! De la misma manera acontece á los religiosos tibios y flojos que, aunque tengan muchos años de hábito, tendrán pocos dias de Religion.

En la Crónicas de San Francisco (6) se cuenta de uno de aquellos santos religiosos que le preguntó otro cuánto tiempo habia que era fraile; él respondió que ni un solo punto; el otro no lo entendió, y estrañó mucho la respuesta; entonces díjole el siervo de Dios: «bien sé yo que ha sesenta y

(1) De necessitatibus meis erue me. *Ps.* XXIV, 17.
(2) Ante quam comedam, suspiro. *Job.* III, 24.
(3) Potum meum cum fletu miscebam. *Ps.* CI, 10.
(4) Lavabo per singulas noctes lectum meum, lacrymis meis stratum meum rigabo. *Psal.* VI, 7.
(5) Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est. *Ps.* CXIX, 5.
(6) Educ de custodia animam meam. *Ps.* CXLI, 8.
(7) Habui menses vacuos. *Job.* VIII, 3.
(8) Greg. *lib.* 35. *Moral. cap.* 15.

(1) Parvi et mali. *Gen.* XLVII, 9.
(2) Ego dixi in dimidio dierum meorum, vadam ad portas inferi. *Isaiae* XXXVIII, 10.
(3) Mortuus est in senectute bona, et plenus dierum *Gen.* XXV, 8.
(4) Viri sanguinum, et dolosi non dimidiabunt dies suos. *Ps.* LIV, 24.
(5) Quoniam puer centum annorum morietur, et peccator centum annorum maledictus erit. *Isaiae.* LXV, 20.
(6) 3. *p. l.* 8, *c.* 27 *hist. Min.* de F. Gerardo de Florencia, Initio lago.

cinco años que traigo el hábito de fraile menor; mas cuánto tiempo he sido fraile con las obras yo no lo sé.» ¡Plega al Señor, que no pueda ninguno de nosotros decir con verdad lo que aquel Santo dijo por humildad! No está el negocio en muchos años de Religion, ni en larga vida, sino en buena vida. «Muchos cuentan los años de su conversion y muchas veces es poco el fruto de la enmienda,» dice aquel Santo (1). Mas valen pocos dias de buena vida, que muchos de una vida tibia y floja: porque delante de Dios no se cuentan los años de vida, sino los años de buena vida; ni los años de Religion, sino los que uno ha vivido como buen religioso. Tenemos de esto un ejemplo muy bueno en la Sagrada Escritura. En el primero libro de los Reyes se dice, que reinó Saul sobre Israel dos años. "Niño de un año era Saul cuando empezó á reinar y reinó dos años en Israel (2)." Y es cosa cierta que fué rey cuarenta años, porque lo dice San Pablo en los Actos de los Apóstoles: "Despues pidieron rey, y dióles Dios á Saul, hijo de Cis, que era de la tribu de Benjamin, cuarenta años (3)." ¿Pues cómo en las historias y Crónicas de los Reyes de Israel se dice solamente que reinó dos años? La razon es porque en los anales y crónicas de Dios no se cuentan sino los años que vivió bien; y asi dice que reinó dos años, porque esos reinó como buen rey. Y en el Sagrado Evangelio, los que fueron á trabajar á la viña á la postre, con una sola hora que trabajaron fueron preferidos á los que habian ido desde la mañana (4), porque en aquella hora merecieron tanto ó mas que los otros en todo el dia (1). Pues regios por esta cuenta y mirad por aqui lo que habeis vivido de esa manera en la Religion.

Todo esto dice muy bien San Eusebio Emiseno: «Solemos contar los tiempos y los años que habemos estado en la Religion; pero no os engañe, cualquiera que seais, el número de los dias que con el cuerpo dejastes el mundo; aquel solo dia habeis de hacer cuenta que habeis estado en la Religion, en el cual habeis tratado de mortificar vuestra voluntad y resistir á vuestras pasiones y apetitos, y en que habeis guardado bien vuestras reglas y tenido bien vuestra oracion y vuestros ejercicios espirituales (2).» Pues haced de esos dias años, si podeis, y medid por ahí el tiempo que habeis sido religioso; y temed no se os diga á vos lo que se dice en el Apocalipsi al obispo de la Iglesia de Sardo. Bien sé yo vuestras obras, dice Dios; aunque los hombres no las saben, yo bien las sé. Teneis nombre de vivo y estais muerto; teneis nombre de cristiano y no teneis obras de cristiano; teneis nombre de religioso y no teneis obras de religioso: no concuerdan vuestras obras con el nombre que teneis, porque vuestras obras no son llenas, sino vanas y vacías. No están llenas de Dios, sino vacías de Dios y llenas de vos. Todo es buscaros á vos mismo en ellas, vuestras comodidades, vuestra honra y estimacion. Pues velemos sobre nosotros (3). Procuremos que nuestras obras sean llenas y que nuestros

(1) Thomas de Kempis.

(2) Filius unius anni erat Saul cum regnare coepisset, duobus autem annis regnavit super Israel. I. *Reg.* XIII, 1.

(3) Et exinde postulaverunt regem, et dedit illis Deus Saul filium Cis virum de tribu de Benjamin, annis quadraginta. *Act.* XIII, 21.

(4) Matth. XX, 8.

(1) Hyeron.; Greg.; et glosa, *ib.*

(2) Solemus annos nostros, et temporum spatia, quibus nunc vivimus supputare; non te fallat quicumque ille es numerus dierum, quos hic, relicto corporaliter sæculo, consumpsisti; illum tantum diem vixisse te computa, in quo voluntates propriæ abnegasti, in quo malis desideriis renuisti, quem sine ulla regulæ transgressione duxisti, illum diem vixisse te computa, qui mortalis, et sancti eruditionis transiit lucem. *Euseb. Em. Hom.* IX, *ad Monachos.*

(3) Angelo Ecclesiæ Sardis scribe: scio opera tua, quia nomen habes quod vivas, et mortuus es: esto vigilans, non enim invenio opera tua plena coram Deo meo. *Apoc.* III, 1.

dias sean llenos, para que así en poco tiempo vivamos mucho y merezcamos mucho delante de Dios.

CAPITULO XI.

Declárase mas la rectitud y puridad de intencion que habemos de tener en nuestras obras.

Un aviso muy bueno se suele dar á los que tratan con prójimos, de cómo se han de haber en las obras y ministerios que hacen, con que se declara mucho que tan pura ha de ser nuestra intencion en las obras, y cuán desnuda y sencillamente habemos de buscar á Dios en ellas; y es doctrina de los gloriosos Padres y doctores de la Iglesia, Gerónimo, Gregorio y Crisóstomo, como veremos. Cuando poneis la mano en alguna obra á fin que de ella resulte algun provecho general ó particular de los prójimos, no pongais principalmente los ojos en el fruto y buen suceso de la obra, sino en hacer en ella la voluntad de Dios. De manera, que cuando confesamos, cuando predicamos, cuando leemos, no habemos de poner principalmente los ojos en si se convierten ó enmiendan y aprovechan aquellos con quien tratamos, ó á quien confesamos ó predicamos, sino en hacer en aquella obra la voluntad de Dios, y en hacerla lo mejor que pudiéremos, para agradar á Dios. El suceso de la tal obra, que el otro se enmiende y saque fruto del sermon con efecto, eso no nos toca á nosotros, sino á Dios: Plantar y regar, dice el Apóstol (1), esto es lo que podemos nosotros como el hortelano; pero el crecer de las plantas, el dar fruto los árboles; eso no lo hace el hortelano, sino Dios. El fruto de las almas, el que salgan de pecado, y se conviertan y crezcan en virtud y perfeccion, eso está á cuenta de Dios. El valor y perfeccion de nuestra obra no depende de eso. Pues esta puridad de intencion habemos nosotros de procurar tener en las obras, y de esta manera será nuestra intencion muy pura y gozaremos de grande paz. Porque el que de esta manera se ha en las obras, no se turba cuando por alguna via se le impide ó imposibilita el suceso y fruto que pretendia en la buena obra; porque no pone él en eso su fin y su contento, sino en hacer en ella la voluntad de Dios y en hacerla lo mejor que puede para agradar á Dios. Pero si vos, cuando predicais, confesais ó negociais, vais muy casado con el provecho y fruto de esa buena obra y poneis en eso vuestro fin principal, entonces, si por alguna via se impidiere el efecto de vuestro deseo, turbaros heis, y vendreis á perder algunas veces, no solamente la paz del corazon, mas tambien la paciencia y aun mas adelante.

Declaraba esto nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio con un ejemplo ó comparacion muy buena. ¿Sabeis, dice (1), cómo nos habemos nosotros de haber en los ministerios con nuestros prógimos? Como se han los ángeles de Guarda con aquellos que de mano de Dios reciben á su cargo, que cuanto pueden los avisan, defienden, rigen, alumbran, mueven y ayudan para lo bueno; mas si ellos usan mal de su libertad, y se hacen rebeldes y obstinados, no por eso se congojan ni entristecen los ángeles, ni reciben pena, ni pierden un punto de la bienaventuranza que tienen gozando de Dios: antes dicen aquello de Jeremías: "Curamos á Babilonia, y no ha sanado, dejémosla (2)." Asi nosotros habemos de poner todos los medios posibles para sacar de pecado á nuestros prógimos y para aprovecharlos, y despues que hubiéremos hecho con diligencia nuestro deber, habemos de que-

(1) Ego pla tavi, Apollo rigavit, sed Deus incrementum dedit. I *ad Cor.* III, 6.

(1) Lib. 5, c. 2. *vitae. P. N. Ignat.*
(2) Curabimus Babilonem, et non est sanata, derelinquamus eam. *Jerem.* LI, 9.

dar con mucha paz de nuestra alma, y no desmayar porque el enfermo se quede con su dolencia y no quiera ser curado.

Cuando los discípulos vinieron de predicar, muy contentos porque habian hecho maravillas y echado demonios de los cuerpos, respondióles Cristo nuestro Redentor: "No os goceis en eso, sino gozaos porque vuestros nombres están escritos en el cielo (1)." No ha de pender vuestro gozo de esos sucesos, aunque tan buenos como eso; sino mirad vos si haceis obras por las cuales merezcais que vuestro nombre se escriba en el reino de los cielos: mirad si haceis lo que debeis en vuestro oficio, y en eso habeis de poner vuestro gozo y contento, que esotros sucesos, y conversiones, y maravillas no están á vuestra cuenta; y el premio y gloria que os han de dar, no ha de ser conforme á eso, sino conforme á como hubiéredes trabajado, ahora se conviertan y aprovechen, ahora no. Y verase esto claramente por lo contrario; si se hiciese mucho fruto y se convirtiese todo el mundo con vuestros sermones y ministerios, y vos no anduviésedes como debíades, ¿qué os aprovecharia, como dice Cristo en el Evangelio (2)? Pues de la misma manera, si haceis lo que debeis, aunque no se convierta nadie, no por eso será menor vuestro premio. Bueno estuviera por cierto el Apóstol Santiago, si su premio dependiera de eso y si en eso hubiera de poner su contento, que dicen no convirtió sino siete ó nueve en toda España; pero no por eso mereció menos ni agradó menos á Dios que los demas Apóstoles.

Y mas, tenemos otro consuelo grande en esto, que se sigue de lo dicho; que no solo no nos pedirá Dios cuenta si se hizo mucho fruto ó no, sino que aun no os pedirá cuenta si hicistes gran sermon ó gran leccion. No nos manda Dios esto, ni está en esto nuestro merecimiento; sino lo que Dios manda y quiere de mí, es que haga yo lo que supiere y fuere de mi parte, conforme al talento que recibí; si poco, poco, si mucho, mucho, y con eso queda satisfecho. "Al que dieron mucho, mucho le pedirán; y al que poco, poco (1)." Declara esto muy bien San Crisóstomo tratando aquella parábola de los talentos. Pregunta: ¿qué es la causa que el siervo de Dios, que ganó dos talentos, recibe la misma honra que el que ganó cinco? Cuando vino el Señor á pedir cuenta de los talentos que habia repartido á sus siervos, dice el Sagrado Evangelio que llegó el que habia recibido cinco, y dijo: "Señor, cinco talentos me distes, veis aquí, he ganado y acrecentado otros cinco." Y dice el Señor: "Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque fuiste fiel en lo poco, yo te pondré y constituiré sobre lo mucho (2)." Llega el que habia recibido dos talentos y dice: "Señor, dos talentos me entregastes, veis aquí he ganado y acrecentado otros dos." Y respóndele el Señor con las mismas palabras, y prometiéndole el mismo premio que al que habia ganado cinco talentos. ¿Qué es la causa de esto? Responde el Santo (3): «Con mucha razon, porque el acrecentar el uno cinco talentos, y el otro no mas de dos, no fué porque el uno fuese mas diligente y el otro menos, sino porque al uno le dieron cinco talentos con que pudiese doblarlos, y acrecentar otros cinco, y al otro no le dieron mas de dos: pero tanta diligencia pu-

(1) *Luc.* X, 20.
(2) *Matth.* XVI, 26.

(1) Omni autem cui multum datum est multum quæretur ab eo. *Luc.* XII, 48.
(2) Euge serve bone, et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium Domini tui. *Matth.* XXV, 21.
(3) Merito: augmentati unum enim, et imminutionem, non vel hujus diligentia, vel illius negligentia fecit, sed concreditorum quantitas; nam quoad diligentiam ambo pares fuerunt, perinde, et eandem dignitatem nacti sunt. *S. Crisost. hom. 14 super Gen.*

so este como aquel, y tanto trabajó en hacer lo que fué de su parte con lo que recibió, como el otro; y asi pudo merecer y recibir la misma honra y galardon.» Este punto es muy provechoso y de mucho consuelo, porque se puede aplicar á todas las cosas y á todos los oficios y ministerios; si uno trabaja y pone tanto cuidado como otro en lo que se le encomienda, puede merecer tanto como él aunque no haga tanto. Pongo ejemplo: si yo trabajo tanto en predicar desgraciadamente, como vos en predicar bien, puede ser que merezca en ello tanto como vos y aun mas. De la misma manera en los estudios: aunque aquel sea ruin estudiante y vos bueno, y él sepa poco y vos mucho, podrá ser que merezca él mas en lo poco que sabe, que vos en lo mucho que sabeis; y lo mismo es en todos los oficios. Aunque yo no hago el oficio con tanto primor como vos, y mis fuerzas y talento no se estiendan á tanto como eso, podrá ser que merezca mas en lo poco que hago que vos en lo mucho que haceis. Y ayudará mucho esta consideracion, para que ni á los unos les venga vanagloria ni á los otros desmayo.

Esta doctrina es tambien de San Gerónimo sobre aquella misma parábola: «Con semejante gozo y honra recibe el Señor al que trajo cuatro talentos, como al que trajo diez; porque Dios no mira tanto la cantidad de la ganancia, cuanto á la voluntad, diligencia y caridad con que se hace la obra (1).»

«Las cosas que se ofrecen á Dios le agradan, no por el valor, sino por el afecto,» dice Salviano (2), que es lo que dice San Gregorio: «Dios no mira al cuánto, sino de cuánto (1).» Mas mira Dios el corazon que el don. Y asi puede uno agradar mas á Dios con menos obras, que otro con mas, si las hace con mayor amor. En lo cual resplandece mucho la grandeza de Dios, que ningun servicio, por grande que sea, es grande delante de él, si no es grande el amor; porque quien no tiene necesidad de nuestros bienes, ni puede crecer en riqueza, ni en otro bien, "porque si obrares justamente, ¿qué le darás? ¿qué recibirá de tu mano que no sea suyo (2)?", lo que quiere y estima es el ser amado, y que hagamos nosotros lo que es de nuestra parte. Y vémoslo esto al pie de la letra en los dos cornadillos que ofreció aquella viuda del Evangelio. Estaba Cristo nuestro Redentor sentado junto al gazofilacio ó cepo del templo donde la gente echaba sus limosnas, y venian aquellos fariseos y aquellos ricazos, y unos echarian reales, otros por ventura oro; llegó una pobre viuda y echó dos cornadillos; vuélvese Cristo á sus discípulos y díceles: "De verdad os digo que esta pobre viuda ha ofrecido mas que todos, porque los otros dieron de lo que les sobraba, y aun no dieron conforme á su estado; empero esta de su pobreza dió todo lo que tenia (3)." Pues lo que hizo con la viuda, eso mismo hará con los que enseñan, dice San Crisóstomo (4). De la misma manera se habrá Dios con los que predican, estudian, trabajan y hacen los demas ministerios y oficios, que no mirará tanto lo que hacen cuanto á la voluntad, amor y diligencia con que lo hacen.

---

(1) Denique et illum qui de quinque talentis decem fecerat, et qui de duobus quatuor simili recepit gaudio, non considerans lucri magnitudinem sed studii voluntatem. *Hier.*

(2) Oblata Deo, non pretio, sed affectu placent, *Salvian. l. 1 ad Eccl. Catol. t. 3. Bibliot. sanct.*

(1) Deus non respicit quantum, sed ex quanto.

(2) Porro, si juste egeris, quid donabis ei, aut quid de manu tua accipiet? *Job.* XXXV, 7.

(3) Amen dico vobis quoniam vidua haec pauper plus omnibus misit. Omnes enim ex eo quod abundabat iliis miserunt, haec vero de penuria sua, omnia quae habuit misit, totum victum suum. *Marc.* XII, 43 et 44.—*Luc.* XXI, 3 et 4.

(4) Quod in vidua fecit, idem in docentibus operabitur. *Chris. hom.* XXXI; I, *ad Corint.* 1.

CAPITULO XII.

De algunas señales en que se conocerá cuándo hace uno las cosas puramente por Dios, y cuándo se busca en ellas á sí mismo.

El bienaventurado San Gregorio pone una señal buena para conocer si en los ministerios que uno ejercita con los prójimos busca puramente la gloria de Dios ó se busca á sí. Mirad si cuando el otro predica muy bien, y se lleva toda la gente y hace mucho fruto en las almas, os holgais como cuando vos lo haceis; porque si no os holgais, sino que antes parece que teneis no sé qué sentimiento ó tristeza y una manera de envidia, esa, dice San Gregorio (1), es clara señal que no buscais puramente la gloria de Dios. Y trae para esto aquello del Apóstol Santiago que dice: "si teneis celo amargo y hay contiendas en vuestros corazones, no es esta sabiduría que ha bajado del cielo, sino terrena, animal y diabólica (2)." Ese no es celo de la gloria y honra de Dios, sino celo de vos; celo de ser honrado y estimado como el otro. Porque si deseásedes la gloria de Dios y no la vuestra, holgaríades que hubiese muchos de esos, y que lo que vos no podeis ó no sabeis hacer, lo hiciesen otros; como dice la Escritura de Moisés, que queriendo Josué resistir á unos que profetizaban, le dijo como enojado: "¿Qué celos indiscretos son estos? Pluguiese á Dios que todos fuesen Profetas y que á todos diese Dios su espíritu (3)." Asi ha de decir el siervo de Dios. ¡Pluguiese á Dios que todos fuesen grandes predicadores y les diese el Señor mucho espíritu para que asi se dilatase mas la honra y gloria de Dios y fuese conocido y santificado su santo Nombre en todo el mundo!

Del maestro Avila tenemos un buen ejemplo de esto. Dícese de él (1), que cuando supo que Dios nuestro Señor habia enviado al mundo la Compañía de Jesus por medio de nuestro bienaventurado P. S. Ignacio, y entendió el fin é instituto de ella, dijo que esto era tras lo que él tantos años con tanto deseo habia andado, sino que no sabia atinar á ello, y que le habia acontecido á él lo que á un niño que está á la falda de un monte y desea y procura con todo su poder subir á él alguna cosa muy pesada y no puede por sus pocas fuerzas, y despues viene un gigante y arrebata la carga que no puede llevar el niño, y con mucha facilidad la pone donde quiere, haciéndose asi con esta comparacion por su humildad pequeño, y á nuestro P. S. Ignacio gigante. Pero lo que hace á nuestro propósito, es que quedó él tan contento y regocijado como si por su medio se hubiera instituido la Compañía, porque él no deseaba en aquello sino la gloria de Dios y la salvacion de las almas. Estos son buenos y fieles ministros de Dios que no se buscan á sí, sino á Jesucristo, como dice San Pablo (2). El verdadero siervo de Dios ha de desear tan puramente la gloria y honra de Dios y el fruto y salvacion de las almas que, cuando Dios quisiere que esto se haga por medio de otro, quede tan contento y tan gozoso como si por su medio se hiciera. Y asi es muy bueno lo que usan algunos siervos de Dios, muy celosos del fruto y conversion de las almas, que es pedir á Dios: «Señor, conviértase aquel, gánese aquella alma para vos, hágase el fruto y la hacienda, y sea por el medio que vos fuéredes servido, que yo no quiero que se atribuya nada á mí.» Esto

(1) *Greg.* l. 22. *Mor.* c. 24.
(2) Quod si zelum amarum habetis, et contentiones sint in cordibus vestris, non est ista sapientia de sursum descendens, sed terrena, animalis, diabolica. *Epist. Jac.* c. III.
(3) Quid aemularis pro me? Quis tribuat, ut omnis populus prophetet, et det eis Dominus spiritum suum! *Num.* XI, 29.

(1) M. Avila. *lib.* IV *vitae S. P. N. Ignat.* c. 17.
(2) Qui non quaerunt quae sua sunt, sed quae Jesu Christi. *Ex ep. ad Phil.* II, 21 et 4.

es andar en verdad y en puridad, deseando, no nuestra honra ni estima, sino la mayor honra y gloria de Dios.

De la misma manera podemos decir en lo que toca al aprovechamiento espiritual nuestro y de nuestros hermanos (1). El que viendo que su hermano va adelante aprovechando y creciendo en virtud y que él se queda atrás, recibe tristeza y desmayo: este tal no busca puramente la mayor gloria de Dios; porque aunque es verdad que el verdadero siervo de Dios ha de tener un cuchillo atravesado en el corazon, porque no sirve tanto al Señor, como deberia y podria; mas no se sigue de aquí que si vé crecer al otro mas que él, reciba por eso tristeza y desmayo; antes, el refrigerio y alivio que ha de recibir su alma en la gran tristeza porque no sirve mucho al Señor, ha de ser el ver que, ya que él por su flaqueza no hace lo que debe, hay otros que cumplen lo que él desea, glorificando y sirviendo mucho al Señor. Y esotro desmayo y tristeza, que algunos tienen, nace de amor propio y de alguna soberbia ó envidia secreta; porque si uno desea de veras la mayor honra y gloria de Dios, y para eso desea él servir á Dios, claró está que le dará grande alegria y contento, ver que los otros crezcan mucho en virtud y en perfeccion, aunque por otra parte ande él con dolor y confusion de que no le sirve tanto.

Lo segundo, cuando el religioso hace su oficio y las cosas que le mandan, de tal manera que no se le dá mas que le manden esto ó aquello, ni que le pongan en este oficio ó en el otro, sino que está tan contento en lo uno como en lo otro, es muy buena señal de que hace las cosas puramente por Dios; porque por eso tiene él esa igualdad é indiferencia en todo, porque no busca sino hacer la voluntad de Dios, y no repara en lo material de las obras. Pero si no hace tan de buena gana lo humilde y trabajoso, como lo fácil y honroso, señal es que no lo hace puramente por Dios, sino que se busca á sí mismo y su gusto y comodidad. Y asi dice muy bien aquel Santo: «Si Dios fuese la causa de tu deseo holgarte ias de cualquiera manera que él lo ordenase (1).»

Lo tercero, es señal que no hace uno las cosas puramente por Dios, sino por respetos humanos, cuando quiere que el superior le agradezca lo que hace y lo mucho que trabaja, dándole á entender con palabras que lo ha hecho bien, ó á lo menos, mostrando alguna significacion de contento, y cuando no hay algo de esto se desanima. Si vos hiciérades las cosas puramente por Dios, no mirárades en eso, ni hiciérades caso de ello: antes os habíades de confundir y avergonzar cuando el superior os muestra algo de eso, entendiendo que es por vuestra imperfeccion y flaqueza, y quejaros de vos mismo, y decir: «¡que sea yo tan ruin y miserable y esté tan tierno en la virtud, que haya menester que me alienten y animen con estas cosas!»

En el Prado Espiritual se cuenta del abad Juan, el menor, Tebeo, discípulo del abad Amon, que sirvió doce años enteros á un enfermo de los Padres ancianos, y aunque el Padre via que tenia tanto y tan largo trabajo, nunca jamás le dijo una palabra blanda, ni amorosa, antes le trataba ásperamente. Despues, al tiempo que se quiso partir de esta vida, fuéronle á visitar muchos hermitaños, y estando todos al rededor de él llamó á su paciente y humilde discípulo, y trabándole de la mano le dijo tres veces: «quédate con Dios, quédate con Dios, quédate con Dios:» y con esto le encomendó á los Padres, y se lo entregó

(1) M. Ávila, t. I Epist. pág. 185.

(1) Thomas de Kempis.

por hijo, diciendo: «este no es hombre, sino ángel, pues en todos estos doce años que há que me sirve en mis enfermedades, nunca jamás oyó de mí una buena palabra, y con todo eso siempre ha servido con mucha voluntad y diligencia.»

CAPITULO XIII.

Cómo habemos de ir creciendo y subiendo en la rectitud y puridad de intencion.

Nuestro bienaventurado P. San Ignacio nos declara mas en particular, cómo habemos de ir subiendo en esta rectitud y pureza de intencion. «Todos, dice (1), se esfuercen á tener la intencion recta, no solamente acerca del estado de su vida, pero aun en todas las cosas particulares; siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer á la divina bondad por sí misma, y por el amor y beneficios tan singulares con que nos previno, mas que por temor de penas ni esperanza de premio, aunque de esto deben tambien ayudarse.» Hay muchas maneras de buscar y servir á Dios; servir á Dios por temor de las penas, buscar á Dios es, y bueno es, porque el temor servil es bueno y don de Dios. Y así le pedia á Dios el profeta: "Clava, Señor, mis carnes con tu temor (2)." Cuando uno dijese ó tuviese en su corazon esta voluntad, si no hubiera infierno ó si no temiera el castigo ofendiera á Dios, eso dicen los téologos que es malo y pecado, porque ya muestra uno en eso su mala voluntad. Pero ayudarnos del temor de las penas y del temor de la muerte y del juicio, para servir á Dios y no pecar; bueno es, y para eso la Sagrada Escritura nos pone muchas veces delante estas cosas y nos amenaza con ellas.

(1) 3. p. const. c. 1. § 26. *Reg.* 17 *summar.*
(2) Confige timore tuo carnes meas. *Ps.* CXVIII, 112.

Lo segundo, servir á Dios por el premio que esperamos de la gloria, tambien es buscar á Dios, y es bueno y mejor que lo primero. Mejor es hacer las cosas por esperanza del premio y de la gloria, que por temor del infierno; esto es ir creciendo en perfeccion. Y así dice San Pablo que lo hacia Moisés. "Moisés, creciendo en fé y haciéndose grande, no tuvo en nada ser hijo de la hija del rey Faraon que le habia adoptado por hijo: menospreció eso, y quiso mas ser abatido y perseguido por Dios que todos los tesoros y riquezas de Egipto: porque tenia ojo al galardon y premio que esperaba (1)." Y el Real Profeta decia: "Incliné mi corazon á guardar, Señor, vuestra Ley, mirando el premio que nos habeis prometido (2)."

Bueno es todo eso; y así nos habemos de ayudar de ello. Pero quiere nuestro Padre que pasemos mas adelante, que levantemos mas el corazon y tengamos mas altos pensamientos. "Poned la mira en mejores dones, porque aun os muestro mas escelente camino. (3)." No se contenta con que sirvamos y busquemos á Dios como quiera, sino muéstranos otro camino mas escelente y mas subido. Quiere que busquemos y sirvamos á Dios por Dios, puramente por sí mismo, por su infinita bondad, por ser Dios quien es, que es el mayor de todos los títulos.

Los gloriosos Padres de la Iglesia, Basilio, Crisóstomo y Gregorio, tratan muy bien este punto (4). Comparan á los que

(1) Fide Moyses grandis factus negavit se esse filium filiae Pharaonis, magis eligens affligi cum populo Dei, quam temporalis peccati habere jucunditatem; majores divitias aestimans thesauro Ægyptiorum improperium Christi; aspiciebat enim in remunerationem. *Ad Hebr.* XI, 24.
(2) Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum propter retributionem. *Ps.* CXVIII, 112.
(3) Æmulamini charismata meliora, et adhuc excelentiorem viam vobis demonstro. I *ad Cor.* XII, 31.
(4) *Basil.* in Reg. fusius in proemio.—*Greg.*, l. 8., *Mor.* c. 30.—*Chrys. hom.* 2, *super Ep. ad Rom.*

sirven á Dios por el premio que les ha de dar, y dicen, que son como Simon Cirineo, que llevaba la Cruz de Cristo por precio, alquilado por su jornal. Asi estos sirven á Dios y llevan su Cruz por el precio y jornal que les han de dar. Dicen estos Santos que no habemos de andar solícitos y cuidadosos de la remuneracion, computando y tanteando el galardon y la paga; «porque eso es de siervos mercenarios y jornaleros que buscan su interés (1).» Nosotros no habemos de servir á Dios de esa manera, sino como hijos verdaderos, por puro amor. Hay, dicen, mucha diferencia del servir del esclavo y del servir del criado, al servir del hijo. Porque el esclavo sirve á su señor por miedo del castigo y del azote; el criado sirve á su amo por la paga y galardon que espera de él, y si anda diligente en servirle, es porque de esa manera piensa medrar y que le hará mercedes; pero el hijo sirve á su padre por amor, y tiene mucha cuenta de no ofenderle, no por temor del castigo, que no teme eso el hijo cuando es ya grande, ni por lo que espera haber de él, sino por puro amor. Y asi el buen hijo, aunque su padre sea pobre y no tenga que dejarle, le sirve y honra, porque lo merece por ser su padre; y el darle contento, tiene por suficiente premio de su servicio y trabajo. Pues asi, dicen estos Santos, habemos nosotros de servir á Dios, no por temor del castigo, como esclavos, ni poniendo los ojos principalmente en la paga y galardon que esperamos, como criados mercenarios y jornaleros, sino como hijos verdaderos, pues nos ha hecho Dios esa merced que lo seamos. No solo nos llamamos hijos de Dios, sino que verdaderamente lo somos (2), y con verdad llamamos Padre á Dios, y á su Hijo, hermano. Pues si somos hijos de Dios, amemos y sirvamos á Dios como hijos, y honrémosle como á padre y como á tal padre, por puro amor, por dar contento á nuestro Padre celestial, porque lo merece él por ser quien es, por sola su infinita bondad, aunque tuviéramos infinitos corazones y cuerpos que emplear en amarle y servirle.

Dice muy bien San Crisóstomo: «Si fueres digno por la divina gracia de hacer alguna cosa que agrade á Dios; y fuera de esto buscas otro galardon y paga, verdaderamente no sabes cuán grande bien sea agradar á Dios: porque si lo supieras, no buscaras fuera de esto otro galardon (1).» Porque ¿qué mayor bien podemos desear, ni pretender que agradar y dar contento á Dios? Dice el Apóstol San Pablo: "Imitad á Dios como hijos muy amados, y amadle como Cristo nos amó á nosotros (2)." Considerad, dice San Buenaventura (3), cuán liberalmente y sin interes alguno suyo nos amó Dios y nos hizo tantas mercedes: y no solo sin interés, sino muy á costa suya, pues le costamos su sangre y su vida. Pues de esta manera habemos de amar y servir nosotros á Dios, puramente y sin ninguna manera de interes. Las mismas virtudes y dones sobrenaturales habemos de desear, no por nuestro provecho y contento, sino puramente por Dios y por su mayor gloria, por tener con que agradar y contentar mas á Dios. Y la

(1) More ingratorum servorum supputando mercedem, hoc enim mercenarii, potius quam grati servi est.

(2) Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, et simus. I. *Joann.*, III, 1.

(1) Si omnino dignus fueris agere aliquid, quod Deo placeat, aliam adhuc praeter hoc ipsum, quod placere meruisti, mercedem requiris; vere ignoras, quantum boni sit placere Deo; si enim scires, nunquam aliud aliquid extrinsecus mercedis aut muneris, expeteres. *Chrys.* t. 2 *de compunctione cordis.*

(2) Estote imitatores Dei, sicut filii charissimi, et ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos. *Ad Eph.* V, 1.

(3) Considera quod ipse benefactor tuus Deus, ita tibi benefaciat, ut nihil a te repetat, nec aliqua creatura indiget. *Bon.* t. 2. *opusc. in fasciculario*, c. 6.

misma gloria tambien habemos de desear de esa manera. De suerte, que cuando pusiéremos delante á nuestra alma el premio que le han de dar por lo bueno que hiciere, para animarla á bien obrar, no sea ese el último fin y paradero, sino querer servir y glorificar mas á Dios, porque mientras mas gloria tuviéremos, mas podremos honrar y glorificar al Señor.

Este es verdadero amor de caridad, y verdadero y perfecto amor de Dios, y esto es buscar puramente á Dios y su mayor gloria; que lo demás es buscarnos y amarnos á nosotros mismos. Y verase esto bien, porque esta es la diferencia que ponen los teólogos y los filósofos morales entre el amor perfecto, que llaman amor de amistad, y el amor de concupiscencia: que aquel ama al amigo por el bien del amigo y por el bien de la virtud, sin tener respecto á su propio interes y provecho. Empero el amor de concupiscencia es cuando yo amo á otro, no tanto por él, cuanto por el interés y provecho que pienso me vendrá de él: como el que sirve al rico y al poderoso, porque espera que le favorecerá; y este, bien se ve que no es perfecto amor sino que está muy lleno de amor propio, porque eso no es tanto amar al amigo cuanto amaros á vos y vuestras comodidades é intereses; como decimos que amais el pan y el vino con amor de concupiscencia, porque no lo amais por sí, sino por vos y para vos, eso es amaros á vos. Pues de esta manera aman y sirven á Dios los que le sirven por el temor del castigo ó por la esperanza del premio que les ha de dar. Esto está muy mezclado con amor propio. No buscais pura y desinteresadamente á Dios en esto. Y asi nos lo dió á entender Cristo nuestro Redentor por San Juan. Habiendo hecho aquel famoso milagro de hartar á cinco mil hombres, sin mugeres y niños, con cinco panes y dos peces, dice el Sagrado Evangelio que le seguia mucha gente por aquello, á los cuales dijo: "De verdad, de verdad os digo que me buscais y os venis tras de mí, no porque me tengais por Dios, por haber visto las señales y milagros que he hecho, sino porque habeis comido y os habeis hartado de los panes (1):" por vuestro interes me buscais. "Buscad, no el manjar perecedero, sino manjar que permanezca para siempre (2)," que es Cristo, y hacer puramente la voluntad de Dios. ¡Oh! qué bien respondió aquel siervo de Dios de quien cuenta Gerson que hacia grande penitencia y tenia mucha oracion; y el demonio teniendo envidia de tantas buenas obras, para apartarle de ellas, acometióle con una tentacion de la predestinacion; «¿para qué te cansas y fatigas tanto, que no te has de salvar, no has de ir á la gloria?» Respondió él: «yo no sirvo á Dios por la gloria, sino por ser quien es;» y quedó con esto el demonio muy confuso.

El glorioso San Bernardo (3) pasa mas adelante en esto; quiere que estemos tan olvidados y tan agenos de nuestro interes en las obras que hacemos, que aun no se contenta con el amor y servir de los hijos, sino que nos adelantemos y subamos mas. «Bueno es el amor de los hijos; empero todavia tienen ojo á la hacienda y herencia y piensan en ella. Y algunas veces, porque no se la quiten, ó porque los mejoren,

---

(1) Amen, amen, dico vobis quaeritis me non quia vidistis signa, sed quia manducastis ex panibus, et saturati estis. *Joann.* VI, 26.

(2) Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam aeternam. *Joann.* VI, 27.

(3) Amant enim filii, sed de haereditate cogitant; quamdiu verentur, quoquomodo amittere ipsum, a quo expectatur haereditas, plus reverentur, minus amant. Suspectus est mihi amor, cui aliud quid adipiscendi spes suffragari videtur; infirmus est, qui forte spe substracta, aut extinguitur, aut minuitur; impurus est, qui et aliud cupit. Purus amor, mercenarius non est, purus amor de spe vires non sumit, nec tamen diffidentiae damna sentit. *Bernard. Serm. 83 sup. Cantic.*

honran y sirven á sus padres. Por sospechoso tengo el amor que se sustenta con la esperanza de alcanzar otra cosa del amado, y quitada esa se pierde ó se disminuye. No es puro, ni perfecto ese amor. El verdadero y perfecto amor no es mercenario. El amor puro no cobra fuerzas con la esperanza, ni siente los daños de la desconfianza.» Quiere decir, que no tiene necesidad de esforzarse á servir á Dios y trabajar por lo que espera que le han de dar, ni desmayaria, ni dejaria de trabajar aunque supiese que nada le habian de dar, porque no se mueve á eso por interes sino por puro amor. Pues ¿cuál será ese amor tan alto y tan perfecto que esceda y sobrepuje al amor de los hijos? ¿Sabes cuál? dice el Santo (1): «El amor que tiene la Esposa al Esposo, porque el verdadero y perfecto amor consigo solo se contenta. Premio tiene; pero su premio es lo que ama: amar al amado, ese es su premio.» Pues tal es el amor de la Esposa que no busca ni pretende otra cosa sino amar, y el esposo, sino ser amado: «Ese es todo su negocio (2).» Pues de esa manera, dice San Bernardo, habemos de amar nosotros á Dios, que es Esposo de nuestras ánimas. Que paremos en ese amor, por ser él quien es, y que ese sea todo nuestro contento y regocijo: «Con este amor queda contento y satisfecho el que ama. Eso le basta; no ha menester mas; ese es su merecimiento, ese es su premio; fuera de eso no tiene qué buscar; la causa de amar es amar, el fruto de amar es amar, el fin de amar es amar. Amo porque amo, amo para amar (3).»

(1) Sponsae hic amor est. Verus amor se ipso contentus est. Habet praemium, sed id quod amatur. *Bernard. de diligendo Deo c. 3.*

(2) Nec is aliud quaerit, nec illa aliud habet. *Bernard. serm. 83 super Cant.*

(3) Is per se sufficit, is per se placet, et propter se ipse meritum, ipse praemium sibi est amor. Praeter se non requirit causam, non fructum; fructus ejus, usus ejus; amo, quia amo; amo, ut amem.

Pero añade muy bien aqui San Crisóstomo (1): no penseis que, por no tener ojo al premio é interes, será menor vuestro interes ó vuestro premio y galardon; antes por eso será mayor. Cuanto menos pretendeis ganar, tanto mas ganais; porque cierto es, que cuanto la obra fuere mas desnuda de todo interes, tanto será mas pura y mas perfecta, porque no habrá en ella mezcla de cosa propia y será mas meritoria: «Mientras mas desviáredes los ojos de todo género de interes, y mas puramente pretendiéredes agradar á Dios, dice San Crisóstomo (2), tanto será mayor vuestro galardon.» Cuanto mas lejos estuviéredes del espíritu de jornalero, tanto será mayor vuestro jornal, porque no os pagará como á siervo mercenario, sino como á hijo heredero de los tesoros de su Padre. "Seremos hijos herederos de Dios, y hermanos herederos juntamente con Cristo (3);" que entraremos con él en partija, heredando y gozando los bienes de nuestro Padre que está en los cielos. A la madre de Moisés, premio y galardon le daba la hija del rey Faraon porque criase á su mismo hijo; pero ella no lo hacia por el premio y salario que le daban sino por el amor que le tenia (4).

CAPITULO XIV.

De tres grados de perfeccion, por los cuales podemos ir subiendo á gran pureza de intencion y á grande y perfecto amor de Dios.

De la doctrina de los Santos, y especialmente del glorioso Bernardo, podemos colegir tres grados de perfeccion, por los cuales puede uno subir á gran pureza de in-

(1) Chrisost. *hom. 5 super Epist. ad Rom. circa finem.*

(2) At quae tibi major merces est, si modo citra mercedis spem feceris. *Ib.*

(3) Si autem filii, et haeredes; haeredes quidem Dei, coheredes autem Christi. *Ad Rom. VIII, 17.*

(4) Exod. II, 8.

tencion y aun grande y perfectísimo amor de Dios. El primero es, cuando uno solamente pretende y busca la gloria de Dios, de manera, que en las cosas que hace, todo su contento es en Dios y en que está allí cumpliendo y haciendo la voluntad de Dios, olvidado de todas las cosas del mundo. Dice San Bernardo (1): ¿quereis una buena señal para conocer si amais mucho á Dios y si vais creciendo en este amor de la manera que acá se puede conocer? Mirad si hay alguna cosa fuera de Dios que os pueda consolar y dar contento, y por ahí entendereis lo que habeis aprovechado y crecido en el amor de Dios. «Mientras hay alguna cosa criada que me dé consuelo y contento, verdaderamente no me atrevo á decir que el amor de Dios es muy ardiente y fervoroso. «Y esto es tambien lo que dice San Agustin: «Menos os ama, Señor, aquel que ama juntamente otra cosa, la cual no ama por vos (2).» No será ese amor muy singular ni muy escelente, cual era el de aquella santa reina, que en medio de sus pompas y fausto Real, decia: "Señor, bien sabeis vos que no me ha dado contento, ni la Corona ni la Magestad y aparato Real, ni los banquetes del rey Asuero, ni en otra cosa alguna he tenido consuelo hasta el dia de hoy, sino en vos, Señor, Dios de Abraham (3)." Ese es perfecto y singular amor.

San Gregorio, sobre aquello de Job (4): "Con los reyes y cónsules de la tierra, que edifican para sí soledades"; dice (5) que esto es edificar soledad; el que está tan desasido y despegado de todas las criaturas, y ha perdido de tal manera el amor y aficion á todas las cosas de la tierra, que aunque se halle en medio de cuantas recreaciones y entretenimientos hay en el mundo, con todo eso se halla solo, porque no le da eso contento ni consuelo; ese ha edificado para sí soledad, porque tiene puesto su contento en Dios, y asi no halla compañía ni consuelo en otra cosa alguna. Aun acá esperimentamos esto, que cuando uno tiene un amigo en quien ha puesto toda su aficion, en faltándole aquel, aunque esté muy acompañado de otra gente, siente soledad y se halla muy solo sin él, porque aquel era de quien él gustaba. Pues de la misma manera el que tiene puesto todo su amor y contento en Dios, y ha echado de sí la aficion de todas las criaturas, aunque esté muy acompañado de gente, y aunque esté en medio de todas las recreaciones y entretenimientos del mundo, se halla solo, porque no gusta de eso, sino solamente de su amado. Los que han llegado á esto, dice San Gregorio (1), gozan de muy grande quietud y tranquilidad en su alma. No hay cosa que les inquiete ni dé pena. Ni las cosas adversas les turban, ni las prósperas les desvanecen, ni engrien, ni causan en ellos vano contentamiento ni alegria. Porque como no aman ni tienen aficion á cosa alguna del mundo, no se inquietan ni mudan con la variedad y suceso de ellas, ni dependen de eso, porque no lo tienen en nada. ¿Sabeis, dice San Gregorio, quién habia llegado á esto y edificado para sí esta soledad? aquel que decia: "Una cosa pedí al Señor, esa buscaré, y procuraré morar para siempre en la casa del Señor (2)." Porque "no

(1) Certe quamdiu possum ex aliena qualicumque re consolationem, vel jucunditatem concipere, nondum audeo dicere dilectum nostrum intimum ardentissimi amoris sinum tenere. *Bernard. tract. de int. domo.* c. 69.

(2) Minus te amat, qui tecum aliquid amat, quod non propter te amat. *Aug. l. 10 conf.* c. 29.

(3) Domine tu scis quod numquam lactata sit ancilla tua, ex quo huc translata sum, usque in praesentem diem, nisi in te Domine Deus Abraham. *Esther.* XIV, 18.

(4) Qui aedificant sibi solitudines. *Job.* III, 14.

(5) *D. Greg. l. 4 Mor.* c. 28.

(1) Gregor. *ubi supra.*

(2) Unam petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitae meae. *Ps.* XXVI, 4.

hay otra cosa que buscar ni que desear ni en el cielo ni en la tierra, sino á vos, Señor (1)." A esto tambien habia llegado aquel santo abad Silvano, del cual leemos que cuando salia de la oracion, le parecian tan bajas y apocadas todas las cosas de la tierra, que levantaba las manos y tapaba sus ojos por no las ver, y hablando consigo mismo decia: «cerraos, ojos mios, cerraos y no mireis cosas del mundo, porque no hay en él cosa digna de mirar.» Lo mismo leemos de nuestro bienaventurado P. San Ignacio, cuando levantaba el corazon á Dios y miraba al cielo, decia: «¡Ay! ¡cuán viles y bajas me parecen todas las cosas de la tierra cuando miro al cielo (2)!»

El segundo grado puede ser el que pone el glorioso San Bernardo en el tratado del amor de Dios (3): cuando uno, no solamente está olvidado de todas las cosas esteriores, sino tambien de sí mismo, no amándose á sí sino en Dios y por Dios y para Dios. Habemos de estar tan olvidados de nosotros y de todo nuestro provecho é interes, y amar tan pura y perfectamente á Dios que en los bienes que de su mano recibiéremos, así de gracia como de gloria, todo nuestro contento y regocijo sea, no por nuestro bien y provecho, sino porque en aquello se cumple la voluntad y contento de Dios, como lo hacen los bienaventurados en el cielo, donde mas se alegran en el cumplimiento de la voluntad de Dios que en la grandeza de su gloria. Aman tanto y tan puramente á Dios, y están tan transformados en él y tan unidos con su voluntad, que la gloria que tienen y la buena suerte que les cupo, no la quieren tanto por el bien y provecho que á ellos les viene, ni por el contento que reciben como porque huelga Dios de ello y es aquella su voluntad. De esta manera habemos de amar nosotros á Dios, dice San Bernardo, como hacia aquel que decia: "Alabad al Señor, porque es bueno (1)." No dice: «porque es bueno para mí:» sino «porque es bueno.» No ama ni alaba á Dios porque es bueno para él, como el otro de quien dice: "Alabaros há cuando le hiciéredes bien (2);" sino ama y alaba á Dios, porque es bueno en sí mismo, por ser Dios quien es, por su infinita bondad.

El tercero y último grado de perfeccion y amor de Dios, dice San Bernardo (3), es cuando uno está tan olvidado de sí, que ya, en lo que hace, no mira si se agrada Dios de mí, sino en agradar y contentar yo á Dios, y en que se agrade y contente y huelgue Dios con aquella obra que hago. De manera que solamente tiene cuenta con el gusto y contento y beneplácito de Dios, sin acordarse ni hacer caso de sí, mas que si no fuese ni estuviese en el mundo. Este es purísimo y perfectísimo amor de Dios. «Este amor verdaderamente es monte (4), monte de Dios, alto, fértil, abundante,» cosa de grande y aventajada perfeccion; que eso quiere decir monte de Dios, una cosa muy escelente y grandiosa; empero ¿quién podrá subir á este monte tan alto (5)? "¿Quién me dará alas como de paloma para volar y descansar en él (6)?" ¡Ay de mí, dice el glorioso Santo, que en este destierro no me puedo olvidar del todo de mí! "¡Miserable de

(1) Et nunc quae est expectatio mea, nonne Dominus? *Ps.* XXXVIII, 8.
(2) Heu quam sordet terra, cum coelum aspicio. *Ignat.* lib. I, c. 2, *vitae suae.*
(3) *Bernard.* tract. de diligendo Deo, cap. 6 et 7.

(1) Confitemini Domino, quoniam bonus *Ps.* 117.
(2) Confitebitur tibi cum benefeceris ei. *Ps.* XLVIII, 19.
(3) Quando jam quis operatur non ut ipse Deo placeat, sed quia placet ei Deus, vel quia placeat Deo quod operatur. *Bernard. de dil. Deo*, c. 7.
(4) Amor iste mons est, et mons Dei excelsus, revera mons coagulatus, mons pinguis (Ps. LXVII, 16); *Bernard. ib.*
(5) Quis ascendet in montem Domini? *Ps.* XXIII, 3.
(6) Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam? *Ps.* LIV, 7.

mí, quien me librará de este cautiverio (1)!" ¿Cuándo moriré, Señor, del todo á mí, y viviré solamente á vos? ¿Cuándo se me alzará este destierro? ¿Cuándo estaré yo, Señor, unido y transformado en vos por amor? ¿del todo enagenado y olvidado de mí, y hecho un espíritu con vos (2), y qué ya no ame cosa en mí, ni para mí, ni á mí mismo, sino todo en vos, y para vos? «Mas (dice San Bernardo) olvidarte de tí, como si no fueses, no sentir nada de tí mismo, y por tí mismo apocarte y anonadarte, mas es de la celestial conversacion que de la humana inclinacion (3).» Esa perfeccion es cosa mas del cielo que del suelo, y asi decia el Profeta: "Entraré en las potencias del Señor, me acordaré, Señor, solo de vuestra santidad (4)." Cuando el siervo bueno y fiel entrare en el gozo de su Señor y fuere embriagado de la abundancia de su amor, entonces estaremos tan absortos y transformados en Dios, que no nos acordaremos de nosotros; "entonces seremos semejantes á Dios (5)," y concordará la criatura con su Criador. Porque asi como la Escritura dice (6) que Dios todas las cosas hizo por sí mismo y por su gloria, asi entonces amaremos puramente á Dios, y no nos amaremos á nosotros, ni á otra cosa alguna, sino en Dios. Nos deleitará de verdad (7), no tanto nuestra necesidad ya muerta, ó nuestra felicidad, que en suerte nos ha cabido, cuanto ver que se cumple en nosotros y cerca de nosotros la voluntad divina. Todo nuestro gozo será, no en nuestro gozo, sino en el gozo y contento de Dios. Eso es entrar en el gozo de Dios (1).

Esclama muy bien San Bernardo: «¡Oh amor santo y casto, oh dulce y suave afecto, oh pureza y rectitud grande de intencion! Por eso mas pura y acendrada, porque no ha quedado en ella mezcla de cosa propia; por eso mas suave y mas dulce, porque todo lo que en ella se siente es divino. Esto es deificarnos y transformarnos en Dios (2),» y lo que dice San Juan, que entonces seremos semejantes á Dios. Pone el Santo tres comparaciones para declarar cómo quedaremos entonces deificados y transformados en Dios. Asi como una gota de agua echada en grande cantidad de vino, pierde todas sus propiedades y calidades y toma el color y el sabor del vino; y asi como un hierro encendido y hecho ascua en la fragua no parece ya hierro, sino fuego; y asi como el aire, cuando recibe la claridad del sol, se trasforma de tal manera en claridad que parece que él es la misma claridad; asi, dice, nosotros en la bienaventuranza perderemos del todo nuestros resabios y quedaremos todos deificados y trasformados en Dios; todo será alli Dios y por Dios lo que amaremos. «Porque de otra manera, ¿cómo se cumplirá lo que dice el Apóstol San Pablo que entonces será Dios todas las cosas en todos, si quedase alli algo propio nuestro (3)?» No habrá alli nada

(1) Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus? *Ad Rom.* VII, 14.—Domine vim patior, responde pro me. *Isai.* XXXVIII, 14.

(2) Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est. *Ps.* CXVI, 5.—Quando veniam et apparebo ante faciem Dei? *Ps.* XLI, 3.

(3) Te enim quodammodo perdere tanquam qui non sis, et omnino non sentire ipsum, et a temetipso exinaniri, et pene annullari, coelestis est conversationis, non humanae affectionis. *Bernard. tract. de dilig. Deo. c.* 7.

(4) Introibo in potentias Domini: Domine, memorabor justitiae tuae solius. *Ps.* LXX, 16.

(5) Cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est. I. *Joann.* III, 2.

(6) *Prov.* XVI, 4.

(7) Delectabit sane, non tam nostra vel sopita necessitas, vel sortita felicitas, quam quod ejus in nobis, et de nobis voluntas adimpleta videbitur. *Bern. ib.*

(1) Intra in gaudium Domini tui. *Matth.* XXV, 21.

(2) O amor sanctus, et castus, o dulcis et suavis affectio, o pura et delfaecata intentio voluntatis! Eo certe defaecatior, et purior, quo in ea de proprio nihil jam admixtum relinquitur; eo suavior, et dulcior, quo totum divinum est, quod sentitur. Sic affici, deificari est. *Bernard. de dilig. Deo cap.* 7.

(3) Alioquin, quomodo erit Deus omnia in omnibus (I ad Cor. XV, 28), si in homine de homine quidquam supererit? *Bernard. ib.*

nuestro, porque mi gloria y mi contento será el contento y gloria de Dios, no la mia. "Tú serás, Señor, mi gloria y exaltarás mi cabeza (1)." No pararemos ni descansaremos en nuestro bien, sino todo nuestro descanso y gozo será en Dios. Pero aunque no podamos acá llegar á tanto, habemos de procurar poner los ojos en eso, porque cuanto mas nos adelantáremos y acercáremos á eso, tanto mayor será nuestra perfeccion y union con Dios. Y asi concluye el Santo; «Esta es, Padre Eterno, la voluntad de vuestro Hijo; esto fué lo que os pidió en su oracion al partir de esta vida, que asi como él es uno con vos, asi nosotros seamos uno con él y con vos, con union de perfecto amor. Esta la paz, este el gozo del Señor, este el gozo del Espíritu Santo, este el silencio del cielo: que os amen á vos por vos, y á sí no se amen sino en vos. Este es el fin y la última perfeccion á que podemos llegar (1).»

TRATADO CUARTO.

De la union y caridad fraterna.

CAPITULO I.

Del valor y escelencia de la caridad y union fraterna.

"Advertid, dice el Profeta David (2), cuán bueno y cuán agradable es morar los hermanos en uno," cuán bien parece la union y conformidad entre los hermanos. El glorioso San Gerónimo dice (3) que este Salmo propiamente conviene á los religiosos que están congregados en la Religion: «Verdaderamente es bueno y cosa de grande alegria y contento, que por un hermano que dejamos allá en el mundo, hallamos acá en la Religion muchos hermanos que nos aman y quieren mas que nuestros hermanos carnales. «Vuestro hermano carnal, dice el Santo (2), no os ama tanto á vos cuanto á vuestra hacienda.» Eso es lo que pretenden los parientes. Todo es interes, para eso nos buscan, para eso nos inquietan, y en no habiendo esto de por medio, no se les dá nada de nosotros. No es amor verdadero, sino interes propio. Empero «nuestros hermanos espirituales, que han dejado y menospreciado todas sus co-

(1) Tu es gloria mea, et exaltans caput meum *Ps.* III, 4.

(2) Ecce quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum. *Ps.* CXXXII, 1.

(3) Vere bonum, vere jucundum, unum fratrem dimissimus, et ecce quantos invenimus. *Hyer. super hunc Ps.*

(1) Haec est in nobis voluntas Filii tui, haec pro nobis oratio ejus ad te Deum Patrem suum: volo, ut sicut ego, et tu unum sumus, ita et ipsi in nobis unum sint (*Joann.* XVII, 21). Ut scilicet, ament te propter te, et se non nisi in te.—Hic est finis, haec est consummatio, haec est perfectio, haec est pax, hoc est gaudium Domini, hoc est gaudium in Spiritu Sancto, hoc est silentium in coelo. *Bernard. lib. de Amore Dei, cap.* 4.

(2) Frater meus saecularis non tantum me amat, quantum substantiam meam. *Ib.*

sas, no vienen á buscar acá las agenas (1).» No aman vuestra hacienda, sino vuestra alma. Ese es verdadero amor, y asi dice San Ambrosio: «Mayor es la hermandad espiritual que la carnal; porque la hermandad de la carne y sangre hácenos semejantes en los cuerpos, pero la espiritual hace que tengamos todos un ánima y un corazon, como se dice en los Actos de los Apóstoles de la multitud de los creyentes (2).»

San Basilio va ponderando muy bien esta union tan grande de los religiosos. «¿Qué cosa, dice (3), mas agradable, qué cosa mas dichosa y bienaventurada, qué cosa mas maravillosa y admirable se puede imaginar que ver hombres de tan diversas naciones y regiones, tan conformes y semejantes en las costumbres y modo de proceder que no parecen sino una ánima en muchos cuerpos, y que muchos cuerpos son instrumentos de una ánima?» Esto es lo que en la vida de nuestro bienaventurado P. San Ignacio (4) se pone por grande maravilla, y como por milagro, que ha hecho Dios en la Compañía, ver una union y conformidad tan grande y tan trabada entre hombres de tan diversas naciones y tan diferentes y desiguales ó por naturaleza, ó por estado, ó por la inclinacion, ingenio y condicion de cada uno, aunque difieren en los naturales; pero la gracia y virtudes y dones sobrenaturales nos hacen conformes y unos. Eso quiere decir ahi el Profeta cuando dice: "Dios, que hace habitar de una costumbre en casa (1)." Y es tan grande la merced que el Señor por su bondad y misericordia nos hace en esto, que no solamente nosotros, que estamos acá dentro, la gozamos, sino su olor se esparce y estiende tambien á los de allá fuera con grande edificacion y provecho suyo y con grande gloria de Dios Nuestro Señor. Y asi vemos que muchos de los que entran en la Compañía, preguntados qué les movió é inclinó á ella, dicen que esta union y hermandad que ven en ella. Y concuerda esto muy bien con aquello que dice San Agustin sobre estas mismas palabras: "Cuán bueno y cuán agradable es morar los hermanos en uno:" «estas palabras del Salterio, este dulce son, esta melodía ha dado á luz los monasterios (2).» Con este sonido tan dulce y con esta voz tan suave se despertaron los hombres á dejar sus padres y haciendas y juntarse en uno en la Religion. Esta es la trompeta que los convocó y juntó de diversas partes del mundo, pareciéndoles que era vida del cielo esta union y caridad de unos con otros. Eso es lo que ha engendrado los monasterios y poblado las religiones, y esa es la piedra imán que atrae los corazones. Y asi, de tres cosas que dice el Sábio que agradan mucho á Dios (3), la primera es: «la concordia y union entre los hermanos:» *Concordia fratrum.*

Dos mandamientos tenemos de esta caridad: el uno es aquel primero y principal mandamiento de amar á Dios con todo nuestro corazon y con toda nuestra ánima y con todas nuestras fuerzas. El segundo es que amemos al próximo como á nosotros mis-

---

(1) Caeterum fratres spirituales, qui sua utique negligunt, alia non quaerunt. *Ib.*

(2) Major est fraternitas Christi, quam sanguinis; sanguinis enim fraternitas similitudinem tantummodo corporis refert, Christi autem fraternitas unanimitatem cordis, animaeque demonstrat. Sicut scriptum est (*Actorum* IV, 32): Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una. *Amb. Serm.* 9.

(3) Homines ex diversis nationibus, ac regionibus profectos, per exactam morum, ac disciplinae similitudinem, adeo in unum veluti coaluisse, ut in pluribus corporibus unus modo esse animus videatur, vicissimque plura corpora mentis unius instrumenta cernantur. *S. Bas.* c. 19. *const. Monastic.*

(4) Lib. 5, c. 13. *vitae S. P. N. Ignatii.*

(1) Deus qui inhabitare facit unius moris in domo. *Ps.* LXVII, 7.

(2) Ecce quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum. Verba ista Psalterii, iste dulcis sonus, ista melodia, etiam monasteria peperit. *Aug.*

(3) Et sunt probata coram Deo, et hominibus. *Ecc.* XXV, 1.

mos (1). De este segundo mandamiento habemos de tratar ahora, porque él es el que hace la union y hermandad de que pretendemos tratar: esa union de los ánimos y corazones, es efecto y propiedad de esta caridad y amor que, como dice San Dionisio (2), tiene fuerza de unir y trabar unas cosas con otras. Y asi San Pablo la llama: "atadura y trabazon perfecta (3)" que traba y une entre sí las cosas apartadas; hace de muchas voluntades una; hace que lo que quiero para mí quiera para los otros; hace que os quiera como á mí, y que el amigo sea otro yo, que seamos como una cosa (4). Y asi San Agustin aprueba el dicho de aquel que llamaba á su amigo: «la mitad de mi alma, un alma partida en dos cuerpos (5).»

Para que veamos el valor y escelencia de esta caridad y amor del prójimo, y cuánto la estima el Señor, comencemos por estas últimas palabras de Cristo. Pondera aqui San Crisóstomo (6), que habiendo puesto Cristo nuestro Señor aquel primero y grande mandamiento de amar á Dios, añade luego que el segundo mandamiento de amar al prójimo es semejante á este primero. Mirad, dice, la bondad y benignidad del Señor, que distando el hombre infinitamente de Dios, con todo eso quiere que le amemos con un amor tan cercano y semejante al amor con que amamos á Dios. Y asi casi la misma medida nos pone en el amor del prójimo que puso en el amor de Dios. Porque á Dios dice que le amemos de todo nuestro corazon y con toda nuestra ánima; y al prójimo dice que le amemos como á nosotros mismos. Mas asi como acá cuando queremos á uno bien y le queremos encomendar mucho á otro, solemos decir: «si amáredes á este me amareis á mí;» asi, eso dice San Crisóstomo que quiso decir Cristo nuestro Redentor en decir: "El segundo es semejante á este;" si amais al prójimo amareis á Dios; y asi dijo él á San Pedro: "Si me amas, apacienta mis ovejas (1);" como si dijera: «si me amas á mí, ten cuidado de los mios, y en eso se verá si me amas á mí.»

Mas: quiere el Señor que amemos al prójimo con el mismo amor que le amamos á él. Y este es el mandamiento nuevo que nos dió Cristo nuestro Redentor: "Un mandamiento nuevo os doy, que os ameis unos á otros como yo os he amado (2)." Asi como Cristo nos amó puramente por Dios y para Dios, asi quiere tambien que nosotros amemos al prójimo por Dios y para Dios. Por eso dice San Agustin (3) que le llama mandamiento nuevo, no solo porque nos fué nuevamente esplicado y nuevamente encomendado por Cristo, por palabra y por ejemplo, sino porque verdaderamente es amor nuevo el que nos pide; el amor natural fundado en carne y sangre y en respetos humanos, y en intereses propios y particulares, ese es amor muy viejo y muy antiguo; ese es amor que le tienen no solo los buenos, sino tambien los malos; y aun no solo los hombres, sino tambien los brutos y animales: "todo animal ama á su semejante," dice el Sabio (4); pero el amor con que Cristo quiere que nosotros amemos á nuestros prójimos y hermanos es amor nuevo, porque ha de ser amor espiritual y sobrenatural, amando al prójimo por Dios y con el mismo amor de caridad que amamos á Dios. Y asi notan los teólogos y los Santos que es una misma caridad

(1) Hoc est maximum, et primum mandatum: secundum autem simile est huic, diliges proximum tuum sicut te ipsum. *Matth.* XXII, 38.
(2) Dionis. c. 4, de *divinis nominibus*.
(3) Vinculum perfectionis. *Ad Colos.* III, 14.
(4) Amicus est alter ego, et ego alter ipse.
(5) Dimidium animae meae. *Aug. l. 4 conf. c. 6.*
(6) Chrysost. *hom.* 23, *super Epist. ad Rom.*

(1) Si diligis me, pasce oves meas, *Joann.* XXI, 17.
(2) Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vobis. *Joann.* XIII, 14.
(3) Aug. *tract.* 65, *super Joann.*
(4) Omne animal diligit simile sibi. *Eccles.* XIII, 20.

y una misma virtud la con que amamos á Dios por Dios y la con que amamos al prójimo por el mismo Dios. Y dicen que asi como cuando amamos á Dios, es virtud teologal, que quiere decir divina, y que mira y tiene á Dios por blanco y por objeto; asi tambien es virtud teologal y divina cuando amamos al prójimo, porque le amamos por Dios; es decir, porque la infinita bondad de Dios es digna de ser por sí misma amada, y que por ella juntamente amemos al prójimo.

Finalmente, no hallaremos en toda la divina Escritura cosa mas encarecida ni mas amenudo encomendada y repetida que esta union y caridad fraterna. Y Cristo nuestro Redentor al tiempo de su partida en aquel último sermon de la Cena nos la torna á encomendar una y otra vez. "Este es mi mandamiento, que os ameis unos á otros como yo os he amado á vosotros (1)." Y luego torna á decir: "Esto os mando como en testamento (2)," esta es mi última voluntad, para que por aqui veamos cuánto deseaba quedase esto impreso y arraigado en nuestros corazones, como quien sabia cuánto nos importaba y que de aqui dependia toda la ley y el cumplimiento de todos los demas mandamientos, conforme á aquello del Apóstol: "El que ama al prójimo cumplió la ley (3)." Y de ahí tomó esta doctrina aquel su amado discípulo, que no parece que trata de otra cosa en sus canónicas como quien la habia mamado á los pechos de su Maestro. Refiere de él San Gerónimo que siendo ya muy viejo que apenas podia ir á la iglesia, sino que era menester que le llevasen sus discipulos en brazos, solamente predicaba esto: «Hijos mios, amaos unos á otros (1).» Y cansados y enfadados los discípulos de que siempre les repitiese una misma cosa, dijéronle: «Maestro, ¿por qué nos decís siempre esto?» respondió, dice San Gerónimo, una sentencia digna de San Juan: «Porque es mandamiento del Señor, y si le cumplís, él solo basta (2).» Aqui se resumen todos los mandamientos; si este guardais, todos los guardareis (3).

Pondera aquí San Agustin: «Mirad, dice (4), cuánto peso y cuánta fuerza puso el Señor en este mandamiento, que esta quiere que sea la señal y divisa para que el mundo nos conozca y tenga por discípulos suyos.»

No para ahí Cristo nuestro Redentor, porque en aquella oracion que hizo el Padre Eterno, que refiere San Juan en el capitulo 17 de su Sagrado Evangelio, no solo quiere que nos conozcan en esto por discípulos suyos, sino que haya tanta union y hermandad entre nosotros, que baste á convencer al mundo de la verdad de nuestra Fé y Religion, y de que Cristo es Hijo de Dios, que es cosa que pondera muy bien San Crisóstomo (5). "Ruégote, Padre Eterno, no solo por estos mis discípulos, sino tambien por todos aquellos que por medio de ellos han de creer en mí, que todos ellos sean uno entre sí, asi como tú estás en mí y yo en tí, para que crea el mundo que tú me enviaste (6)." ¿Púdose encarecer mas la esce-

(1) Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem sicut dilexi vos. *Joann.* XV, 12.

(2) Haec mando vobis, ut diligatis invicem. *Joann.* XV, 17.

(3) Qui diligit proximum legem implevit. *Ad Rom.* XIII, 8.

(1) Filioli, diligite alterutrum. *Hyeron. in coment. ad Galat.* 6.

(2) Dignam Joannis sententiam. «Quia praeceptum Domini est, et si solum fiat, sufficit.» *Hyer. ib.*

(3) Omnis enim lex in uno sermone impletur; diliges proximum tuam sicut te ipsum. *Ad Galat.* V, 14.

(4) Et tantum pondus praecepti in ea sententia constituit Dominus ut diceret, in hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem. *August. lib.* 83. *quaest.* IX, art. 71.

(5) Chrisost. *hom.* VIII, *super Joann.*

(6) Non pro eis rogo tantum, sed et pro eis, qui credituri sunt per verbum eorum in me, ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint, ut credat mundus, quia tu me misisti. *Joann.* XVII, 20.

lencia de esta union y hermandad, pues basta y ha de bastar para que el mundo confiese ser ella obra de la venida del Hijo de Dios al mundo y para que que se rinda á recibir su doctrina y Religion cristiana?

Vióse bien la verdad y fuerza de esto en lo que acaeció á Pacomio (1) que, siendo soldado en el ejército de Constantino Magno y gentil, faltando el mantenimiento á los soldados y muriendo de hambre, llegaron á una ciudad donde los favorecieron, y se juntaron los de ella á traerles todo lo necesario con tanta abundancia y voluntad que, espantado Pacomio, preguntó qué gente era aquella tan inclinada á hacer bien. Respondiéronle que eran cristianos, cuyo instituto era recibir á todos, y ayudarlos y hacerles bien. Luego se sintió tocado interiormente para seguir su instituto; y levantando las manos al cielo y poniendo por testigo á Dios, se entregó á la Religion cristiana. Aquello le fué motivo para convertirse y creer que aquella era la verdadera Fé y Religion.

Añade el Redentor del mundo otra cosa de grandísimo consuelo: "Ruégote, Padre Eterno (2), que sean uno entre sí para que conozca el mundo que los amas á ellos asi como me amas á mí." Una de las principales señales en que se vé un especial privilegio del amor que Dios tiene á una congregacion, y que la ama con amor privilegiado y singular, á imitacion y semejanza del amor que tiene á su Hijo, es en que les dá esta gracia de union y hermandad de unos con otros, como vemos que la dió y comunicó en la primitiva Iglesia á aquella gente que tenia las primicias del espíritu. Y asi dice San Juan: "Si nos amamos unos á otros, es señal que mora Dios en nosotros y nos ama mucho (1)." Si á donde están congregados dos ó tres en nombre del Señor, dice él que está allí en medio de ellos (2), ¿qué será donde están unidos y congregados tantos en su nombre y por su amor? Pues para que gocemos de tantos bienes y tengamos esta prenda tan grande de que mora Dios en nosotros y nos ama con particular amor, procuremos conservarnos siempre en esta caridad y union.

(1) Caesar Baron. *t.* 3 *pág.* 144, *et apud Methafras. die* 14 *maii.*

(2) Et cognoscat mundus, quia tu me misisti, et dilexisti eos, sicut et me dilexisti. *Joann.* XVII, 23.

CAPITULO II.

De la necesidad que tenemos de esta union y caridad, y de algunos medios para conservarnos en ella.

El Apostol S. Pablo, escribiendo á los colosenses (3), va enseñando y encomendándoles muchas virtudes; pero sobre todas, dice, os encomiendo la caridad, que ata y conserva y dá vida á todas. Lo mismo hace el Apóstol San Pedro en su primera canónica (4). "Ante todas cosas os encomiendo la caridad y union contínua de unos con otros;" de dónde podemos colegir de cuánta importancia sea esta caridad y union, pues estos sagrados Apóstoles y príncipes de la Iglesia nos la encomiendan tanto que dicen que eso ha de ser el *ante omnia*, y el *super omnia*, ante todas y sobre todas las cosas; de manera, que de esto hagamos siempre mas caso que de todo lo demas. Y cuanto á lo primero, la necesidad general de esto bien se ve, porque ¿qué Religion puede haber sin union y conformidad? y no digo Religion, pero ni congregacion, ni comunidad ninguna puede

(1) Si diligamus invicem, Deus in nobis manet, et charitas ejus in nobis perfecta est. I *Joann.* IV, 12.

(2) Ubi enim sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum. *Matth.* XVIII, 20.

(3) Super omnia autem haec charitatem habete, quod est vinculum perfectionis. *Ad Colos.* III. 14.

(4) Ante omnia autem, mutuam in vobismetipsis charitatem continuam habentes. I *Petr.* IV, 8.

haber sin alguna manera de union y orden. Quitad de la muchedumbre alguna trabazon y union; ¿qué quedará sino una Babilonia, confusion y vehetria? Dice el Proverbio: «Donde hay multitud, hay confusion (1).» Y entiéndese, si la multitud está sin órden y union, porque ordenada y unida no es sino gerarquía. Y asi todas las congregaciones y repúblicas, por bárbaras que sean, siempre procuran alguna union y órden, dependiendo todos de una cabeza, ó de muchos que representan un gobierno. Y aun hasta en los animales vemos esto: no solo en las abejas, que en esas es admirable el nstinto que la naturaleza les dió en esta parte; mas aun los lobos y leones y otras fieras, por el mismo caso que apetecen su conservacion, procuran alguna union, porque con la division se acabarian y perecerian. Y aun los mismos demonios, con ser espíritus de division y sembradores de cizaña, el mismo Cristo dice que no se debe creer que entre sí mismos anden en division, por esta misma razon; porque "si Satanás está entre sí mismo dividido, ¿cómo se conservará su reino (2)?" Y á este mismo propósito trae allí aquel principio, tan cierto y tan esperimentado en materia de república: "Todo reino entre sí dividido se destruirá, y una casa se caerá sobre otra (3)." El reino dividido entre sí no ha menester enemigos para ser destruido y asolado, porque ellos mismos se irán consumiendo y asolando unos á otros, y unas casas se irán cayendo sobre otras. Y asi Platon viene á decir, que no hay en la república cosa mas perniciosa que la discordia y desunion, ni cosa mas útil y provechosa que la paz y union de unos con otros (4).

(1) Ubi est multitudo ibi est confusio.
(2) Si autem et Satanas in seipsum divisus est, quomodo stabit regnum ejus? *Lucae* XI, 18.
(3) Omne regnum in seipsum divisum, desolabitur, et domus supra domum cadet. *Luc.* XI, 17.
(4) Plat. *lib.* 5 *de Repub.*

San Gerónimo dice esto mismo de la Religion, y con mas fuerza. «Esta union y caridad, dice (1), hace á los religiosos que sean religiosos. Sin esta, el monasterio es infierno y los moradores demonios. Porque, ¿qué mayor infierno que, habiendo de estar siempre juntos con el cuerpo y tratar cada dia unos con otros, tener diferentes voluntades y pareceres? Pero si hay union y caridad, la Religion será un Paraiso en la tierra, y los que en ella viven serán ángeles, porque comenzarán acá á gozar de aquella paz y quietud de que ellos gozan.» Y confirma esto San Basilio: «Los que viven en la Religion con esta paz y con esta caridad y union, son, dice (2), semejantes á los ángeles, entre los cuales no hay pleitos, ni contiendas, ni disensiones ningunas.» San Lorenzo Justiniano dice (3), que no hay acá en la tierra cosa que tan al vivo represente la junta del cielo y de aquella Jerusalen celestial como la junta de los religiosos unidos en amor y caridad. Esa es vida de ángeles, vida del cielo. Verdaderamente en este lugar está el Señor; no es esto otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo (4).

Pero dejado lo general y viniendo á la necesidad particular que nosotros tenemos de esta union y caridad fraterna, tratando nuestro Padre de los medios con que se conservará y aumentará la Compañía en su buen ser espiritual, dice (5) que uno de los medios principales que ayudará mucho

(1) Haec (id est, charitas) religiosos, haec monachos facit; sine hac caenobia sunt tartara, habitatores sunt daemones; cum hac vero sunt paradisus in terris, et in eis degentes sunt angeli. *Hieron. in Reg. Monach.*
(2) Hi vitae diligenter communitate retenta angelorum vivendi ritum aemulantur: nulla est inter angelos lis, nulla contentio, nulla controversia. *S. Basil. in const. Monastic.* c. 19.
(3) Laurent Justin. de disciplina, et profectu monasticae conversat. cap. 10.
(4) Vere Dominus est in loco isto: non est hic aliud nisi domus Dei, et porta coeli. *Genes.* XXVIII, 16.
(5) P. 10. const. §. 9.

para ello, será esta union y caridad de unos con otros. Y fuera de las razones generales, que muestran ser necesaria esta union en cualquier religion y comunidad, hay otras razones particulares por donde nos es aun mas necesaria á nosotros. Y sea la primera: porque la Compañía es un escuadron de soldados que Dios ha enviado de refresco á su Iglesia para ayudar á la guerra que trae contra el mundo y el demonio y ganar almas para el cielo; y asi nos lo propone la forma de nuestro instituto, y ese es el bando que se echa en la bula de la ereccion de nuestra Compañía: «Quien se quisiere asentar debajo de la bandera de la Cruz y dar su nombre en esta milicia, etc (1).» Y el mismo nombre de Compañía se lo dice; es Compañía de soldados, sonamos las cajas, levantamos bandera y hacemos gente para pelear contra los enemigos de la Cruz. Pues si el escuadron va muy unido y bien ordenado, yendo todos á una, romperán por peñas y á ellos nadie los desbaratará: es cosa fortísima. Y asi el Espíritu Santo compara á él la Iglesia (2). A un escuadron bien ordenado y unido entre sí no hay por donde entrarlo: unos defienden á otros; pero en desuniéndose y desordenándole, es flaquísimo y luego es roto y desbaratado. En el segundo libro de los Reyes, para decir David que venció á sus enemigos, dice: "Dividió el Señor mis enemigos delante de mí, como se dividen las aguas (3)." Y al monte donde esto pasó llamó: *Baal pharasin;* esto es, el lugar de la division (4). De manera, que lo mismo es vencer que dividir, y lo mismo es lugar de division que lugar de victoria. Y asi dicen allá los que tratan de guerra: «Cuando el ejército va desconcertado y desordenado, mas ya al matadero que á pelear (1).» No hay cosa mas encomendada en la disciplina militar que no romper ni desordenar el escuadron, sino procurar que esté siempre muy unido y ordenado, y que cada uno mire por el otro y guarde su puesto. Y no solo el bien comun, sino el bien particular de cada uno depende de que este órden se guarde, porque perdido el escuadron se perderá él tambien. Pues de la misma manera será en esta nuestra Compañía y escuadron. Si nos unimos y nos ayudamos unos á otros y vamos todos á una, romperemos los enemigos, y de nadie seremos vencidos ni desbaratados. Dice el Sábio: "El hermano que es ayudado de su hermano, es como una ciudad muy fuerte (2);" "y el cordel de tres hecho, con dificultad se rompe (3)." Cuando muchos cordeles se juntan y se hace uno de ellos, queda muy fuerte. En la cuerda de la ballesta, aquellos hilos de que se compone, cada uno por sí tiene poca fuerza ó ninguna, y muchos juntos vemos que son bastantes para doblar un fortísimo acero. Asi seremos nosotros si estamos unidos y vamos todos á una.

San Basilio, animando á esto á los religiosos, dice (4): «Considerad con cuánta union y conformidad peleaban aquellos Macabeos las guerras del Señor.» Y de aquellos ejércitos copiosos de mas de trescientos mil hombres, dice la Sagrada Escritura en los libros de los Reyes, que iban como si fueran un hombre solo (5), porque iban todos con una misma voluntad y ánimo, y de esa manera ponian temor y espanto á sus enemigos y alcanzaban grandes victorias.

(1) Quicumque vult sub crucis vexillo Deo militare, et soli Domino, et Ecclesiae ipsius sponsae servire, etc. *Bulla Julii* III, *anni* 1550.
(2) Terribilis ut castrorum acies ordinata. *Cant.* VI, 3.
(3) Divisit Dominus inimicos meos coram me, sicut dividuntur aquae. II. *Reg.* V, 20.
(4) Baal-pharasim, id est, locus divisionis. *Ib.*

(1) Multitudo inordinata potius est victima, quam pugna. *Vegetius de re militari.*
(2) Frater qui adjuvatur a fratre, quasi civitas firma. *Prov.* XVIII, 19.
(3) Et funiculus triplex difficile rumpitur. *Eccl.* IV, 12.
(4) Basil. *in cons. Monast.* c. 8.
(5) Egressi sunt quasi vir unus. I. *Reg.* XI, 7.

Pues de esa manera habemos de pelear nosotros las guerras espirituales del Señor, y asi haremos grande fruto en las almas con nuestros ministerios y pondremos grande espanto á nuestros enemigos. El mismo demonio, dice San Basilio, temerá y no se atreverá contra nosotros, porque desmayará viendo tantos tan unidos contra él y desconfiará de poderños hacer daño.

Nuestro Padre pone esta por una de las razones principales porque nos es muy particularmente necesaria esta union. «La union, dice (1), y conformidad de unos con otros debe muy diligentemente procurarse y no permitir lo contrario para que con el vínculo de la fraterna caridad, unidos entre sí, mejor puedan y mas eficazmente emplearse en el servicio de Dios y ayuda de los prójimos.» Y en otra parte dice (2) que sin esta union no podrá la Compañía ni conservarse, ni regirse, ni alcanzar el fin para que fué instituida. Cosa cierta es que, en habiendo divisiones, bandos ó disensiones acá dentro, no solo no alcanzaremos el fin de nuestro instituto, que es ganar almas para Dios, pero ni nos podremos regir ni conservar á nosotros mismos. Si los soldados que se habian de unir para pelear contra los enemigos se vuelven á pelear entre sí unos con otros, claro está que no solo no vencerán, sino que ellos se destruirán y asolarán á sí mismos: "Hanse vuelto los soldados á pelear contra sí unos con otros, ellos se perderán (3)." Y asi dice el Apóstol: "Si entran entre vosotros discordias, envidias y murmuraciones, sin duda os ireis consumiendo y destruyendo unos á otros (4)." Y esto es lo que hay que temer en la Religion, no los enemigos de fuera, ni las persecuciones y contradicciones que en el mundo se nos pueden levantar, que ellas no nos dañarán.

Dice muy bien San Bernardo hablando á este propósito con sus religiosos: «¿Qué cosa os podrá venir y suceder de fuera que os pueda turbar ó entristecer, si acá dentro os va bien y gozais de la hermanable paz y caridad (1)?» Y trae aquello del Apóstol San Pedro: "¿Quién os podrá dañar si hiciereis lo que debeis (2)?" Mientras nosotros fuéremos los que debemos, y anduviéremos muy unidos y hermanados unos con otros, ninguna contradiccion ni persecucion de fuera nos podrá dañar ni perjudicar, antes ayudará y servirá para mayor bien y acrecentamiento nuestro, como leemos en las Historias eclesiásticas de las persecuciones que la Iglesia tuvo de fuera, que no hicieron en ella mas daño que el podador á la viña: por un sarmiento que cortaban, brotaban otros mas fructíferos. Y asi dijo muy bien uno de aquellos santos mártires al tirano, que lo que hacia derramando sangre de cristianos, era regar la haza para que creciese y se multiplicase mas el trigo.

En el libro de los Macabeos alaba la Sagrada Escritura á los romanos, de que tenian mucha union y conformidad entre sí: "Hacen á uno su magistrado cada año, y todos obedecen á uno, y no hay envidia ni celos entre ellos (3)." Y todo el tiempo que los romanos estuvieron de esta manera unidos entre sí, fueron señores del mundo y rendian los enemigos; pero en entrando las guerras civiles entre ellos, fueron destruidos; de donde sacaron aquel proverbio: «Con la union y concordia crecen y medran

(1) 3. p. const. c. I, §. 18, et *Regula.* 42 *summ.*
(2) 8. *Part. Const.* c. I, §. 1.
(3) Divisum est cor eorum, nunc interibunt. *Oseae*, X, 2.
(4) Quod si invicem mordetis, et comeditis, videte, ne ab invicem consumamini. *Ad Gal.* V, 15.

(1) Quid ergo a foris vos conturbare, aut contristare poterit, si intus bene estis, et fraterna pace gaudetis? *Bernard. serm.* 29 *super Cant.*
(2) Et quis est qui vobis noceat, si boni aemulatores fueritis? I *Petr.* III, 13.
(3) Committunt uni magistratum suum, per singulos annos, et omnes obediunt uni, et non est invidia, neque zelus inter eos. *I. Mach.* VIII, 16.

las cosas por pequeñas y flacas que sean; y con la discordia y desunion, por grandes y fuertes que sean, se menoscaban y deshacen y del todo perecen (1).»

Fuera de esto hay otra razon particular por la cual en la Compañía tenemos mas necesidad de procurar esta union, la cual nos pone nuestro Padre en la octava parte de las constituciones (2), y es que en la Compañía hay particulares dificultades y estorbos para conseguir esta union, y por eso es menester apoyarla mas y buscar remedios contra esos impedimentos. Las dificultades que hay en la Compañía para esto, las reduce allí nuestro Padre á tres. La primera es estar la Compañía tan esparcida y derramada por todo el mundo entre fieles é infieles, y así por estar tan lejos y tan apartados unos de otros, es mas difícil el conocerse y el comunicarse y unirse, y especialmente abrazando, como abraza, tan diversas naciones, y que en muchas de ellas hay oposicion y contrariedad; y no es tan fácil quitar la aversion con que el hombre nace y se cria perpétuamente, y mirar al estranjero, no como á estraño, sino como á hijo y hermano de la Compañía. La segunda dificultad es, que los de la Compañía por la mayor parte han de ser gente de letras, y la ciencia hincha y cria en el hombre estima de sí mismo y desestima de otros, y cria tambien dureza de juicio; y Santo Tomás dijo (3) que los letrados no suelen ser tan aplicados á devocion como los sencillos. Y así se puede con razon temer no venga á ser esto causa que no se unan ni hermanen tanto entre sí, queriendo cada uno seguir su opinion y parecer, y echar por su vereda y procurar honra y estima para sí, que suele ser raiz de gran desunion y division. La tercera dificultad é impedimento y no pequeño es, que estos mismos serán personas de prendas que tendrán cabida con los príncipes y señores y con las ciudades y cabildos, y de estas privanzas se suelen seguir diversas parcialidades, y tambien suele entrar por aquí la singularidad y el privilegio y exencion, y no vivir como los demas, lo cual perjudica mucho á la union y hermandad.

Pues para mayores contrarios, mayores prevenciones son menester, y así nuestro S. P. va poniendo allí remedios para obviar estas dificultades (1). El primero y fundamento de todos los demas es, que no se tengan ni incorporen en la Compañía hombres que no han tratado de domar bien sus vicios y pasiones, porque gente inmortificada no sufrirá ni disciplina, ni órden, ni union. El letrado será hinchado y querrá privilegios sobre los demas, querrá ser preferido, no hará caso de los otros, buscará el favor del príncipe y del señor, querrá tener quien le sirva: de lo cual se siguen luego los bandos y las divisiones. Cuanto mas letrado y de mayores prendas fuere uno en la Compañía, si no tiene mucha virtud y mucha mortificacion, tanto hay mas que temer la desunion y que dará en qué entender á la Religion. Dicen muy bien que las letras y talentos grandes en un hombre inmortificado son como una buena espada en manos de un hombre furioso, que á sí mismo y á otros dañará con ella. Pero si los letrados fueren mortificados y humildes y no se buscaren á sí mismos, sino las cosas de Jesucristo, como dice San Pablo (2), entonces habrá mucha paz y union y todo andará bien; porque con su ejemplo ayudarán mucho á los demas y los llevarán tras sí. Este es el prin-

(1) Concordia parvae res crescunt, discordia maximae dilabuntur.
(2) 8 p. const. c. I. §. 1; et in declarat.
(3) *S. Thom.* 2-2, *q.* LXXXII, *art.* 3, *ad* 3.

(1) 8. p. Const. c. 1, §. 2.
(2) Sed quae Jesu-Christi. *Ad Philip.* II, 21.

cipal remedio y que, si se guarda, él solo bastará.

Pero fuera de esto va poniendo allí nuestro Padre otros remedios particulares para obviar los impedimentos dichos; como para la falta de comunicacion y conocimiento, por estar tan lejos y tan apartados unos de otros, el comunicarse mucho con cartas de edificacion que usa la Compañía, con las cuales tienen los unos mucha noticia de los otros, y se animan á tener un mismo modo de proceder, en cuanto lo sufre la diversidad de las naciones, que ayuda mucho para la union (1).

Otro remedio muy principal pone allí nuestro Padre para conservarnos en esta union (2); y es, que se guarde la obediencia exactamente, porque la obediencia traba y une los religiosos entre sí, hace de muchas voluntades una, y de muchos pareceres uno, porque quitada la propia voluntad y el propio juicio de los particulares, como se quita por la obediencia, queda una voluntad y parecer comun del superior que á todos une, y unidos los súbditos con su superior, quedan unidos entre sí, conforme á aquella regla: «Las cosas que son una misma con otro tercero, son tambien una misma cosa entre sí (3).» Y cuanto mas unidos estuvieren los súbditos con el superior, tanto mas lo estarán entre sí. La obediencia y disciplina religiosa y observancia de las reglas, es un rasero que allana é iguala á todos, y asi causa grande órden y union. Solian los antiguos, para significar la union, poner un geroglífico, que era una vihuela con muchas cuerdas que, por razon de estar entre sí concordes y templadas con la prima, hacian una melodía suavísima. Asi una comunidad de tantas cuerdas templadas con la prima, que es el superior, hace una suavísima consonancia y armonía; y asi como en la vihuela una sola cuerda que se destemple ó se roce, se pierde y deshace toda aquella consonancia y armonía, asi tambien en la Religion, uno solo que se destemple y no concuerde con el superior, hará que se pierda la consonancia y armonía de esta union. De aquí vinieron á decir algunos, que concordia se dice de la *cuerda*, *a corda*; pero mejor dijeron los que dicen que del *corazon*, *a corde*, porque todos tienen un corazon, conforme á aquello de los Actos de los Apóstoles: "La multitud de los creyentes era un corazon y un alma (1)."

San Bernardo dice que asi como la causa de hacer agua la nave es por no estar bien juntas las tablas, ó por no estar bien embreadas, asi tambien la causa de arruinarse y perderse la Religion es por no estar bien trabados y unidos unos con otros con este vínculo de amor y caridad fraterna. Y asi nuestro P. general Claudio Aquaviva, en la carta que escribió de la union y caridad fraterna, dice que habemos de tener tanta estima de esta union y caridad, y que la habemos de procurar con tanto cuidado, como si de ella dependiese, como en efecto, dice, depende, todo el bien de la Compañía. Y Cristo Nuestro Redentor, en aquella oracion que hizo á la despedida en la noche de su Pasion, la pidió al Padre Eterno para nosotros como cosa necesaria para nuestra conservacion. "Padre Santo, guardad á estos que me distes, para que sean uno como Yo y Vos lo somos (2)." Y consideremos de camino en estas palabras la comparacion que pone: asi como el Hijo es uno con el Padre por naturaleza, asi

(1) P. 8. Const. c. 1, §. 9, et p. 10, §. 6.
(2) P. 8. Const. c. 1, §. 3, et p. 10, §. 9.
(3) Quaecumque sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se.

(1) Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una. *Act.* IV, 22.
(2) Pater Sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum, sicut et nos. *Joann.* XVII, 11.

quiere que nosotros seamos uno por amor; y esta será nuestra guarda y conservacion.

CAPITULO III.

De algunas razones sacadas de la Sagrada Escritura que nos obligan á tener caridad y union con nuestros hermanos.

"Carísimos, si asi Dios nos amó, debemos tambien amarnos unos á otros (1)," dice el glorioso Evangelista S. Juan, el cual habiendo declarado el amor grande que Dios nos tuvo y nos mostró en darnos á su Unigénito Hijo, infiere y concluye de ahi que pues Dios nos amó tanto, nosotros tambien nos habemos de amar unos á otros. Podrá dudar y preguntar aqui alguno, y con razon, cómo de habernos Dios amado tanto á nosotros infiere y concluye el Apóstol el amor de los prójimos, porque parece que no habia de inferir y concluir, sino que amásemos á Dios, pues él nos habia amado tanto. A esto hay muy buenas respuestas: la primera, que esto hizo el Apóstol para mostrarnos la escelencia del amor del prójimo y cuánto lo estima Dios; como tambien, en el capítulo veinte y dos de San Mateo, dice el Sagrado Evangelio que preguntó un doctor de la Ley á Cristo Nuestro Redentor: "Maestro, ¿cuál es el mayor de los Mandamientos de la Ley?" Respondió: "Amarás á Dios con todo tu corazon, y con toda tu ánima, y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y el primero de los Mandamientos;" y añade luego: "Y el segundo, que es semejante á este, es, amarás al prójimo como á tí mismo (2)." Que no os preguntan, Señor, sino del primero; ¿por qué decis del segundo? Todo es para mostrarnos la escelencia del amor del prójimo y lo mucho que lo estima Dios.

La segunda respuesta es, porque el amor de Dios y el amor del prójimo son como dos anillos eslabonados y puestos en el dedo, que no se puede quitar el uno sin sacar el otro: juntos han de ir. Asi el amor de Dios y el amor del prójimo siempre andan juntos, no puede estar el uno sin el otro, porque con un mismo amor de caridad amamos á Dios y al prójimo por amor de Dios; y asi no podemos amar á Dios sin amar al prójimo, y no podemos amar al prójimo con amor de caridad sin amar al mismo Dios; porque la razon de amar al prójimo, es Dios. Y asi, para mostrar el Apóstol que amando al prójimo amamos tambien á Dios, añadió luego: "Si nos amamos unos á otros, tambien está Dios por amor en nosotros (1)." Y para mostrarnos que en el amor de Dios se encierra tambien el amor de los prójimos, dijo: "Este mandamiento tenemos de Dios, que el que ama á Dios ha de amar tambien á su hermano (2)." Mucho se muestra y resplandece el amor que Dios tiene á los hombres, y cuánto quiere y estima que nosotros tambien se le tengamos, en que no podemos amar á Dios sin amar al prójimo, ni podemos ofender al prójimo sin ofender á Dios. Si un rey amase tanto á un criado suyo que se pusiese siempre delante de él cuando le quisiesen ofender ó matár, de manera que no pudiesen tocar ni ofender al criado, ni darle con el arcabuz ó espada sin herir y ofender primero al rey, ¿no seria estremado amor? Pues eso hace Dios con los hombres: pónese siempre delante para

(1) Charissimi, si sic Deus dilexit nos, et nos debemus alterutrum diligere. I. *Joan* IV, 12.

(2) Magister, quod est mandatum magnum in lege? Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: diliges proximum tuum sicut ipsum. *Matth.* XXII, 36.

(1) Si diligamus invicem, Deus in nobis manet, et charitas ejus in nobis perfecta est. I. *Joann.* IV, 12.

(2) Hoc mandatum habemus a Deo, ut qui diligit Deum, diligat et fratrem suum *I Joann.* IV, 12.

que no podais ofender al prójimo sin ofenderle á él, para que asi os guardeis de ofender á vuestro hermano por no ofender á Dios. "El que os tocare á vosotros, dice el el Señor, me toca á mí en la niñas de los ojos (1)." De manera, que ofendiendo al prójimo, ofendemos á Dios; y amando al prójimo, amamos á Dios; y amando á Dios, amamos al prójimo. Pues como andan siempre juntos amor de Dios y amor del prójimo, y el uno se encierra en el otro y no se pueden dividir ni apartar, pudo inferir y concluir San Juan cualquiera de los dos amores, porque en el uno nos pedia el otro; pero infirió y concluyó espresamente el amor de los prójimos y no el amor de Dios, porque la deuda de amar á Dios es principio de suyo manifiesto y sabido, y los principios supónense y no se prueban sino las conclusiones. Y asi saltó á la conclusion del amor del prójimo, y púsola espresa por si alguno no la acertara á sacar.

Lo tercero, se responde que no habla San Juan en esta epístola del amor solo y seco, sino del amor fructífero y provechoso, acompañado de beneficios y buenas obras. Y asi dice: "Hijos mios, no amemos solamente con la lengua y con palabras, sino con obras, porque este es el verdadero amor (2)." Y para darnos á entender que esas buenas obras las quiere Dios para nuestros prójimos y hermanos, conforme á aquello de Oseas, referido en el Sagrado Evangelio: "Misericordia quiero y no sacrificio (3);" por eso sacó é infirió espresamente el amor del prójimo. De la manera que un acreedor ausente escribe una carta á su deudor: «lo que á mí me debeis holgaré que lo deis á fulano que está ahí presente, que es cosa mia y yo lo doy por recibido;» de esa manera, dice San Juan, en nombre de Dios nuestro acreedor, á quien tanto amor y beneficios debemos, pues tanto nos amó Dios, y tanto le debemos, amemos nosotros á nuestros prójimos y hermanos (1), porque en ellos traspasa Dios la deuda de lo que le debemos á él. La caridad y buena obra que haceis á vuestro hermano, á Dios la haceis y él la recibe como si á él mismo la hiciésedes. "De verdad os digo, que lo que hicisteis con uno de estos mis muy pequeños hermanos, lo habeis hecho conmigo," dice el mismo Cristo (2). Y este es otro motivo y muy grande para amar y hacer bien á nuestros hermanos, porque de esta manera vendrá á ser que, aunque mirando á ellos nos parezca no deber nada á nadie; pero mirando á Dios y lo mucho que le debemos, y que ha cedido y traspasado su derecho en los prójimos, nos reconoceremos por obligados y por esclavos suyos; y asi dice muy bien el P. Maestro Avila (3): Cuando vuestra carne os dijere, ¿qué le debo yo á aquel para hacerle bien? ¿Y cómo le amaré habiéndome él hecho mal á mí? Responded, que quizá la oyérades si la causa de vuestro amor fuera el prójimo; mas pues es Cristo, el cual recibe el bien al prójimo hecho y el perdon al prójimo dado como si á él mismo se diera, ¿qué parte puede ser, para estorbar el amor y buenas obras, el ser el prójimo quien fuere, ó hacerme el mal que quisiere, pues yo no tengo cuenta con él, sino con Cristo? Y asi muy bien infiere el Apóstol el amor de los prójimos del amor grande que Dios nos tuvo á nosotros. Y para movernos y persuadirnos mas este amor en la premisa,

(1) Qui tetigerit vos, tangit pupillam oculi mei. *Zachar.* II, 8.

(2) Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate. *I Joann.* III, 18.

(3) Misericordiam volo, et non sacrificium. *Oseae* VI, 6. *Matth.* XII, 7.

(1) Si sic Deus dilexit nos, et nos debemus alter-utrum diligere. *I Joann.* IV, 12.

(2) Amen dico vobis, quandiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. *Matth.* XXV, 40.

(3) M. Avila c. 96, *del Audi filia.*

de donde sacó esta conclusion, añadió el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, diciendo: "Porque Dios envió al mundo á su Unigénito Hijo (1)," para que nos acordemos y consideremos que emparentó Dios con los hombres, y asi los miremos ya como á parientes de Dios y hermanos de Jesucristo y los amemos como á tales.

CAPITULO IV.

De qué manera ha de ser la union que habemos de tener con nuestros hermanos.

Los gloriosos Santos y doctores de la Iglesia, Basilio y Agustino (2), nos declaran bien cuál ha de ser la union que habemos de tener con nuestros hermanos, con aquella comparacion ó metáfora que trae el Apóstol San Pablo, del cuerpo humano y de la union y conformidad que los miembros tienen entre sí. Mirad, dicen, la union y conformidad que hay entre los miembros de nuestro cuerpo, y cómo se ayudan y sirven los unos á los otros, el ojo al pie, el pie á la mano; cómo defiende la mano á la cabeza; y cuando os pisan el pie, dice la lengua: «mirad que me pisais;» cómo acuden todos á favorecer la parte mas flaca, como se ve si teneis alguna herida, ó alguna otra necesidad. Cada uno toma para sí lo que ha menester del mantenimiento, y dar al otro lo que le sobra. Y aquella simpatía que llaman los médicos, que si teneis el estómago doliente padece la cabeza, y cuando sana un miembro todo el cuerpo se alegra y regocija. Los miembros tienen cuidado unos de otros, dice San Pablo (3), y si padece uno algo, se compadecen los otros, y si uno se alegra, se alegran los demás. Va ponderando San Agustin muy bien esto: «¿Qué cosa hay en todo el cuerpo que esté mas lejos de los ojos que el pié? Pues en pisando el pié la espina y en hinchándosele, luego los ojos buscan la espina, luego se inclina el cuerpo y pregunta la lengua: ¿dónde está? Luego la mano acude á sacarla. Sanos están los ojos, sana está la mano, el cuerpo, cabeza, lengua y aun el pié está sano en todo lo demás, solamente en un puntillo duele donde está la espina, y se compadecen todos los miembros y acuden á socorrerle con gran solicitud, y cuando sana todos se regocijan (1). Pues de esta manera nos habemos de haber nosotros con nuestros hermanos, mirando los unos por los otros como por sí mismos, y holgándonos los unos del bien de los otros, y compadeciéndonos del trabajo de ellos como del propio nuestro.

Estas dos cosas, dice San Basilio (2), que son las principales en que se echa de ver el amor y caridad de unos con otros; que nos entristezcamos y compadezcamos de las aflicciones y trabajos espirituales y corporales de nuestros prójimos, y nos alegremos de su bien conforme aquello del Apóstol: "Alegrarse con los que se alegran, y llorar con los que lloran (3)." Y asi dice San Juan Climaco (4): si alguno quisiere examinar la caridad y amor que tiene para con sus prójimos, mire si llora en las culpas de ellos, y si se alegra en sus gracias y aprovechamiento. Esa es muy buena prueba del amor de los prójimos. Decia una Santa (5): «ma-

(1) Quoniam Filium suum Unigenitum misit Deus in mundum. I. *Joann.* IV, 9.
(2) Basil. *q.* 175 *ex brevior.*—August. *hom.* 15. *et* 50.
(3) Pro invicem solicita sunt membra. Et si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra; sive gloriatur unum membrum, congaudent omnia membra. *I ad Cor.* II, 5.

(1) Ecce pes calcat spinam, quid tam longe ab oculis quam pes? Longe est loco, sed proximus affectu charitatis.—Sani sunt oculi, sana est manus, corpus, caput, lingua, sanus est pes.....—Et pro invicem solicita sunt membra, et compatiuntur omnia membra. *August. ib.*
(2) Basil. *in Regulis breviorib. q.* 175.
(3) Gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus. *Ad Rom.* XII, 15.
(4) S. Juan Climaco, c. 4.
(5) S. Angela de Fulgino, c. 70.

yor gracia recibió mi alma de Dios cuando lloré y me dolí de los pecados del prójimo, que cuando lloré los mios,» no porque no haya uno de sentir y llorar mas sus propias culpas que las agenas, sino para darnos á entender por este encarecimiento cuánto agrada á Dios este ejercicio de caridad con los prójimos. San Bernardo dice que estos dos ejercicios de caridad son los dos pechos de la Esposa, entre los cuales descansa el Esposo Cristo (1). Y el uno y el otro, dice el Santo, tiene su leche propia mas dulce y sabrosa que la miel, el uno de congratulacion y exhortacion, el otro de consolacion.

Mas: háse de considerar en esta comparacion de San Pablo, por una parte la diversidad de los miembros y la condicion y calidad tan diferente de ellos, porque unos son ojos, otros pies, otros manos, cada cual tiene su oficio distinto. Y por otra parte se ha de considerar la union y hermandad tan grande que hay entre ellos; cada uno está contento con el oficio que tiene y no envidia el del otro aunque mas alto. Así habemos de hacer nosotros; cada uno ha de estar contento con el oficio que tiene y no envidiar á los que tienen mas altos oficios y ministerios. Mas: nunca un miembro superior despreció al inferior, sino estímale, ayúdale y guárdale todo lo que puede; asi los que tienen altos ministerios no han de despreciar á los que tienen ministerios y oficios inferiores, sino estimarlos, ayudarlos y mirar mucho por ellos como por miembros de que tenemos necesidad. Dice el Apóstol San Pablo: "no puede decir el ojo á la mano, ni la cabeza al pié, no tengo necesidad de tí (2)." Antes dice que templó y ordenó Dios de tal manera los miembros del cuerpo, que los que parecen mas bajos y mas flacos, de estos tengamos mas necesidad (1). Si no, mirad cuán necesarios son los pies, y qué falta nos harian si nos faltasen. Y esto dice San Pablo, que lo ordenó así el Señor con su altísima sabiduría y providencia, para que no haya cisma ni division entre los miembros del cuerpo, sino mucha union y conformidad (2). Asi es acá en este cuerpo de la Religion, que unos hacen oficio de cabeza, otros de ojos, otros de pies y manos; y no puede decir la cabeza que no tiene necesidad de las manos, ni los ojos que no tienen necesidad de los pies; antes eso parece que es de lo que mas necesidad tenemos para poder vivir y hacer algo en la Religion; y asi solemos decir que ellos son nuestros pies y manos; porque sin ellos no parece que podemos hacer nada. Y fué esa altísima Providencia de Dios, para que no haya cisma entre nosotros, sino mucha union y conformidad.

Este es el retrato de la verdadera union y hermandad, y de aquí habemos de aprender cómo nos hemos de ayudar y servir los unos á los otros, que es una cosa con que se conserva y aumenta grandemente la union y nos la encomienda mucho el Apóstol San Pablo: "Ayudaos y servíos unos á otros con caridad (3)." Y asi es de mucha loa en la Religion ser uno obsequioso, amigo de servir y ayudar y dar contento á todos; porque es muestra de caridad, de humildad y de mortificacion. Y no como algunos que, por no mortificarse ni tomar un poco de trabajo, ni perder ellos un poco de su gusto, no saben dar gusto ni contento á sus hermanos. En aquel hecho tan heróico de Cristo Nuestro Redentor de lavar los pies á sus discípulos, no se duda sino que nos

(1) Inter ubera mea commorabitur. *Bernard. serm.* 10, *in Cant. Cant.* I, 12.

(2) Non potest autem oculus dicere manui: opera tua non indigeo; aut iterum caput pedibus: non estis mihi necessarii. *I. ad Cor.* XII, 21.

(1) Sed multo magis quae videntur membra corporis infirmiora, necessariora sunt. *Ib.*

(2) Ut non sit schisma in corpore. *Ib.*

(3) Per charitatem spiritus servite invicem. *Ad Gal.* V, 13.

quiso dar ejemplo de humildad; mas, de humildad encaminada al ejercicio de la caridad y hermandad. "Si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he servido y lavado los pies, razon será que vosotros hagais lo mismo unos con otros (1)." Héos dado ejemplo de cómo os habeis de haber unos con otros, y de cómo os habeis de servir y ayudar los unos á los otros con humildad y con caridad (2).

CAPITULO V.

Comiénzase á declarar en particular qué es lo que nos pide la union y caridad fraterna, y lo que nos ayudará á conservarla.

"La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene envidia, no obra en vano, no es soberbia, no es ambiciosa, no busca las cosas propias (3)." Lo que pide la union y caridad fraterna, es que haya ejercicio de todas las virtudes, porque lo que la impide y hace guerra es la soberbia, la envidia, la ambicion, la impaciencia, el amor própio, la inmortificacion y otras cosas semejantes. Y asi, para conservarnos en ella, es menester el ejercicio de las virtudes contrarias. Esto es lo que nos enseña el Apóstol San Pablo en esas palabras, y asi no será menester sino irlas declarando. La caridad es paciente. La caridad es benigna. Estas dos cosas, sufrir y hacer bien á todos, son muy importantes y necesarias para conservar esta union y caridad de unos con otros; porque como somos hombres y estamos llenos de defectos é imperfecciones, todos tenemos harto que nos sufran; y como por otra parte somos tan flacos y tan menesterosos, tenemos necesidad que nos ayuden y nos hagan bien. Y asi dice el Apóstol que de esta manera se conservará la caridad y se cumplirá este mandamiento de Cristo, ayudándonos y sobrellevándonos los unos á los otros (1). San Agustin sobre estas palabras trae una buena comparacion á este propósito. Escriben, dice (2), los naturales, que los ciervos, cuando quieren pasar á nado algun rio ó brazo de mar para ir á buscar paso á alguna isla, se ponen y ordenan de esta manera: como tienen las cabezas tan pesadas por razon de aquellos cuernos, pónense todos en una hilera, y cada uno para alivio del trabajo lleva puesta la cabeza sobre las ancas del que va adelante, y asi se ayudan unos á otros. De manera, que todos van descansados y llevan la cabeza sobre el otro; solo el primero lleva la cabeza en el aire, sufriendo este trabajo por aliviar el de sus compañeros. Y para que este tambien no trabaje tanto, en cansándose, de primero se hace postrero, y el que iba tras él sucede en el oficio otro poco, y asi se van remudando hasta que llegan á tierra. De esta manera nos habemos de ayudar y sobrellevar los unos á los otros: cada uno ha de procurar descargar al otro y quitarle el trabajo cuanto pudiere. Eso pide la caridad, y huir el cuerpo al trabajo y dejar la carga al otro es falta de caridad. Mientras mas hiciéredes, mas mereceréis; para vos haceis.

Dice allí San Agustin que una de las cosas en que se prueba y echa mas de ver la caridad, es en saber sufrir y llevar las pesadumbres é imperfecciones de nuestros prójimos. "Sobrellevándoos unos á otros con caridad, procurando conservar la unidad del espíritu en vínculo de paz: la caridad todas las cosas sufre, todas las sostie-

(1) Si ergo ego lavi pedes vestros Dominus, et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes. *Joann.* XIII, 14.

(2) Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis. *Ib.*

(3) Charitas patiens est, benigna est; charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt. I. *ad Cor.* XIII, 4.

(1) Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi. *Ad Galat.* VI, 2.

(2) Aug. *l.* 83, *quest. q.* 71, *et t.* 10, *serm.* 24 *de verbis Apost.*—Plin. l. 8, c. 32.

ne," dice San Pablo (1). La caridad todo lo sufre, y con esto se conserva; y si no sabeis sufrir, y tener paciencia, y sobrellevar á vuestros hermanos, entended que no se podrá conservar la caridad por mas consideraciones y mas medios y remedios que multipliqueis. Si el amor natural y el amor carnal sufre las importunidades del enfermo, como vemos en la madre que cura á su hijo ó su marido, mas razon es que el amor espiritual de la caridad sepa sufrir y sobrellevar las importunidades y flaquezas de nuestros hermanos. Y acordaos, dice San Agustín, que este oficio y ejercicio de caridad no ha de durar para siempre, porque en la otra vida no habrá que sufrir ni que sobrellevar en nuestros hermanos: por eso sufrámoslos, dice, y sobrellevémoslos en esta vida, para que merezcamos alcanzar aquella eterna vida. No perdamos la ocasion, porque el trabajo durará poco, y lo que merecemos por él durará para siempre. Son tan importantes estas dos cosas, sufrir y sobrellevar á nuestros hermanos, y ayudarlos y hacerles bien, que viene á decir San Agustin que en estas dos cosas está la suma de la vida cristiana. Y con razon, porque la vida cristiana es por la caridad, y en ella está encerrada toda la ley, como dice Cristo nuestro Redentor (2); y asi, lo que es suma de la caridad, es suma de la vida cristiana.

Mas dice el Apóstol San Pablo: "la caridad no es hinchada ni soberbia." San Ambrosio dice (3): «El amor y amistad no sabe qué cosa es soberbia ni altivez, antes causa una igualdad grande entre los que se aman.» Y por esto dice que dijo el Sábio: "No tendré vergüenza de saludar á mi amigo (4)." Con el amigo no hay puntos, ni pundonores ni mira el amigo si el otro le hace primero la cortesía. Nadie se avergüenza de hacer honra y cortesía al amigo, y prevenirle en ella, porque entre los amigos hay grande igualdad y llaneza: no sabe el amor de esas mayorías. Y asi dijo allá Aristóteles que la amistad ha de ser entre iguales (1). Y el otro dijo: «Magestad y amor no concuerdan bien (2).» Estar uno entronizado y tener mucha autoridad no dice eso con la amistad. Habeis os de abajar y humillar é igualar con el amigo si ha de haber verdadera amistad, porque el amigo es otro yo. Aun en Dios pudo tanto el amor que tuvo á los hombres, que le hizo bajar é igualarse con los hombres. Hízose menor que los ángeles (3), hízose hombre como nosotros (4), y asi nos dice: "Ya no os llamaré siervos, sino amigos (5)," que dice una manera de igualdad. Mirad las entrañas de amor de Cristo, que aun acá no decimos: «fulano es amigo del rey,» aunque sea un gran personage, un marqués y un duque; sino «fulano es muy privado del rey,» porque amigo dice una manera de igualdad. Y aquella magestad infinita de Dios se quiso humanar tanto con nosotros y nos amó tanto, que nos llama ya no criados, sino amigos á boca llena. Pues asi acá en la Religion, la caridad no ha de saber qué cosa es altivéz, sino ha de causar una igualdad y llaneza grande entre todos. Y esa misma igualdad, que es efecto del amor, ayuda mucho para conservar y aumentar la caridad y union. Lo uno se ayuda á lo otro; y de ahí es, que cuando hay esta humildad y llaneza entre todos, es se-

(1) Supportantes invicem in charitate soliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis. *Ad Ephes.* II. Charitas omnia suffert, omnia sustinet. I. *ad Cor.* XIII, 2)
(2) *Matth.* XXII, 5.
(3) Amicitia nescit superbiam. *Amb. l.* 3 *officior. c.* VI.
(4) Amicum salutare non confundar. *Eccl.* XXII, 1.

(1) Amicitia debet esse inter aequales. *Arist.* 8 *Ethic. c.* 6 *et* 7.
(2) Non bene conveniunt, neque in una sede morantur majestas, et amor. *Enchir. c.* VI *et* 7.
(3) Minuisti eum paulo minus ab Angelis. *Ps.* VIII, 6.
(4) Et homo factus est.
(5) Jam non dicam vos servos, sed amicos. *Joann.* XV, 15.

fial que hay grande union y hermandad. Y asi vemos por la bondad del Señor que en la Compañía, asi como resplandece la caridad, asi tambien resplandece en ella mucho esta igualdad y llaneza entre todos (1): «deseando y procurando cada uno dar ventaja á los otros, estimándolos en su ánima á todos, como si le fuesen superiores.» Y el que era algo en el mundo, como dice San Agustin (2), mas se honra y se goza de la compañía de sus hermanos pobres que de la dignidad y nobleza de sus padres ricos; porque lo que precia y estima es la virtud, y todo lo demas lo tiene en nada.

San Ambrosio notó muy bien cuánto ayuda esto para conservar la caridad, por estas palabras: «Mucho vale para reforzar y conservar la union y caridad de unos con otros, cuando, segun la doctrina del Apóstol, unos á otros se ganan por la mano, honrándose y dándose la ventaja y teniendo cada uno al otro por superior; y los súbditos desean servir, y los superiores no se saben ensoberbecer; cuando el pobre no duda ni tiene dificultad en que el rico le sea preferido, y el rico se huelga que el pobre le sea igualado; cuando los que son nobles no se ensoberbecen por la sangre ilustre de su linage, y los menores no se engrien por ver que son de una misma naturaleza y de una misma profesion; cuando finalmente no se atribuye mas á las grandes riquezas que á las buenas costumbres, ni se tiene en mas la potencia, autoridad y fausto de los malos, que la rectitud y virtud de los buenos aunque estén en lugar bajo y humilde (3).»

CAPITULO VI.

De otras dos cosas que nos pide la caridad y union.

La caridad, dice el Apóstol San Pablo (1), no es envidiosa: antes el que de veras ama á otro, desea tanto su bien y se huelga tanto con él, como si fuese suyo propio. El glorioso San Agustin (2) declara esto con el ejemplo de Jonatás y el amor grande que tenia á David. Dice la Sagrada Escritura: "Juntóse y unióse el ánima de Jonatás con la ánima de David; hízose un corazon y una ánima de los dos, porque amaba Jonatás á David como á su propia ánima (3)." Y lo que se siguió de ahí fué que, con ser él el hijo del rey, queria el reino antes para David que para sí. "Tu serás rey de Israel, y yo seré el segundo despues de ti (4)." Holgábase Jonatás del bien de David, como si fuera suyo propio.

Otro ejemplo traen los Santos con que se declara mas esta propiedad y efecto de la caridad, que es de los bienaventurados. Allá en el cielo no hay envidia de que otros sean mayores, antes si pudiese ser querria el uno al otro mayor gloria y repartir de la suya con él, y que el menor fuese su igual ó mayor, porque asi se goza el uno de la gloria del otro como si fuese suya propia. Y no es esto muy dificultoso de entender, porque si acá el amor natural de las madres hace que se huelguen tanto del bien de los hijos como si fuese suyo propio, ¿cuánto mas lo hará aquel amor siendo tanto mas escelente y perfecto? Pues asi en nosotros la caridad y

(1) Reg. 29 *summarii const.*
(2) Aug. *Reg.* 3, c. 5.
(3) Multum enim ad roborandam dilectionem valet, cum secundum doctrinam apostolicam invicem se homines honore praeveniunt, et alter alterum superiorem existimantes, amant servire subjecti, et nesciunt tumere praelati; cum et pauper divitem non sibi dubitat anteferri, et dives pauperem sibi gaudet aequare; cum et sublimes non superbiunt de claritate nat osapiae, et pauperes non extolluntur de comunione naturae; cum denique non plus tribuitur magnis opibus, quam bonis moribus, neque major ducitur phalerata iniquorum potentia, quam rectorum in honore justitia. *Ambros. Epist.* 48. *Ad Sacr. Virginem Demetr.*
(1) I. *ad Cor.* XIII, 4.
(2) Anima Jonatae conglutinata est animae David, et dilexit eum Jonathas, quasi animam suam. *I. Reg.* XVIII, 1.
(3) August. *lib. I de amic.*, c. 24.
(4) Tu regnabis super Israel, et ego ero tibi secundus. *I. Reg.* 23.

amor ha de hacer que nos holguemos del bien ageno, como si fuese propio, porque ese es efecto propio de la caridad. Y para convidarnos y animarnos mas á esto, nota San Agustin (1) que la caridad y amor hace suyo el bien de los otros, no despojando á ninguno de él, sino con solo holgarse y alegrarse de él. Y no dice mucho en esto, porque si con amar el pecado ageno y holgarse de él lo hace uno suyo, porque Dios mira al corazon; ¿qué maravilla que con amar el bien ageno y holgarse de él le haga tambien suyo, especialmente siendo Dios mas presto para premiar que para castigar? Pues consideremos y ponderemos aqui, por una parte, cuán escelente cosa sea la caridad y cuán grande ganancia y grangería tenemos en ella, pues con ella podemos hacer nuestras todas las buenas obras de nuestros hermanos con solo holgarnos y complacernos de ellas, y aun con mas seguridad que las nuestras propias, porque de aquellas no nos suele venir vanagloria como de las nuestras; y consideremos, por el contrario, cuán mala cosa es la envidia y cuán perniciosa, pues el bien ageno hace mal propio, para que procuremos huir esta y abrazar aquella.

De aqui se sigue lo segundo, que añade luego el Apóstol: "La caridad no es ambiciosa ni busca sus comodidades (2)," porque el que al bien ageno tiene por propio, y se huelga de él como si fuese suyo, muy lejos está de eso. Una de las cosas que hace mayor guerra á la caridad y mas impide esta union, es el amor propio y el buscarse uno á sí mismo, sus comodidades é intereses. Por esto nuestro Padre (3) llama al amor propio gravísimo y capital enemigo de toda órden y union. Y Humberto, en la regla de San Agustin, le llama peste de la vida comun y religiosa, porque todo lo inficiona y echa á perder. Y aunque es verdad que de todas las virtudes es general enemigo este amor propio, pero particularmente lo es de esta. Y el mismo nombre se lo dice; porque si es propio, no es comun cual es el de la caridad. El amor propio es division, es particular, todo lo quiere para sí, en todo se busca á sí mismo; lo cual es derechamente contrario á la caridad y union.

Sobre aquello que dice la Escritura de Abraham y Lot: "Tenia tanto ganado cada uno, que era angosta la tierra para el pasto, y asi reñian sobre eso los pastores del uno con los del otro, y fué menester por bien de paz, que se dividiesen los dos (1)," dice San Crisóstomo: «Porque donde hay mio y tuyo, luego hay pleitos y ocasiones de contiendas y discordias, aun entre los parientes y hermanos; pero donde esto no hay, alli hay segura paz y concordia (2).» Y asi vemos, dice el Santo, que en la primitiva Iglesia habia grande union y concordia entre los fieles; tenian todos un ánima y un corazon, porque no habia mio ni tuyo entre ellos, sino todas las cosas eran comunes (3). Esa era la causa de haber entre ellos tanta union y hermandad. Y por esto todas las religiones, inspiradas por Dios y fundadas en la Escritura, pusieron por primero y principal fundamento la pobreza. Y de eso hacemos el primer voto, para que no habiendo mio ni tuyo, ni teniendo el amor propio donde asirse, tengamos todos una ánima y un corazon.

No hay duda sino que es grande ayu-

(1) *Augustin. hom.* XV, ex 50.
(2) Charitas non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt. I. *ad Cor.* XIII, 5.
(3) 3 p. Const. c. 1, § 8.

(1) Nec poterat eos capere terra, ut habitarent simul. *Genes.* XIII, 6.
(2) Ubi enim est meum, et tuum, illic omnium litium genus, et contentionis occasio.—Ubi autem haec non sunt, ibi secura versatur pax, et concordia. *Chrysost. hom.* 33 *sup. Genesis.* XIII, 6.
(3) Nec quisquam eorum, quae possidebat, aliquid suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia. *Actor.* IV, 32.

da, para conservar la caridad y union entre nosotros, el habernos desapropiado y deshecho de todas las cosas del mundo. Pero no basta que en estas cosas temporales no haya mio ni tuyo; es menester que en las demas cosas tampoco lo haya, porque si lo hay, eso nos hará la guerra é impedirá esta union y caridad. Si vos quereis la honra y estimacion para vos, si deseais el mejor puesto, si andais buscando vuestros gustos y comodidades, por ahí os vendreis á desunir y desavenir con vuestros hermanos: eso es lo que suele hacer la guerra á la caridad. De ahí nace el venirle á uno una manera de envidia de que su hermano descubra el talento y de que luzca y sea alabado, tenido y estimado; porque quisiera él aquella honra y estimacion para sí, y parécele que el otro se la lleva. De ahí nace tambien el holgarse, ó á lo menos venirle no sé qué manera de complacencia, cuando al otro no le sucede alguna cosa bien, porque le parece que con aquello queda humillado é inferior á él. De ahí viene el procurar algunas veces oscurecer al otro directa ó indirectamente, unas veces con el argumento, otras con algunas palabrillas que salen desmandadas y brotan de la abundancia que de eso hay en el corazon. Todo lo cual es amor propio desordenado, ambicion, soberbia y envidia, que son las polillas que suelen destruir la union y caridad de unos con otros, dice el Apóstol (1). La caridad no se huelga de que los otros vayan á menos, sino de que suban y se aventajen y vayan á mas, y cuanto á mas, mejor. Hermano nuestro sois, crezcais muy en hora buena millares de millares, que ese será mi gozo y mi contento (2), porque vuestro bien es mio, y vuestro acrecentamiento es mio. Al mercader que tiene trato de compañia, no le pesa de las ganancias que hacen sus compañeros, ni de la buena industria con que las hacen: antes se huelga mucho de eso, porque todo viene á ser en provecho suyo y de toda la compañía. Asi nos habemos de holgar nosotros de cualquier bien y talento y acrecentamiento de nuestros hermanos, porque todo viene á ceder y redundar en bien y provecho de todo este cuerpo de la Compañía, cuyo miembro y parte soy yo y de cuyos bienes gozo.

(1) Charitas non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati. I. *ad Cor.* XIII, 6.

(2) Frater noster es, crescas in mille millia. *Genes.* XXIV, 60.

CAPITULO VII.

De otra cosa que nos pide la caridad y nos ayudará á conservarla, que es tener y mostrar mucha estima de nuestros hermanos, y hablar siempre bien de ellos.

La caridad y amor de unos con otros no ha de ser solamente interior en el corazon, sino se ha de mostrar tambien en las obras, conforme aquello de la Escritura: "El que vé á su hermano con necesidad y le cierra las entrañas de la misericordia, ¿de qué modo la caridad de Dios está en él (1)?" Cuando estemos en el cielo, como no tendremos necesidad, dice San Agustin (2), no serán menester estas obras para conservar la caridad, como el fuego allá en su esfera no tiene necesidad de materia y leños para conservarse, pero acá abajo sin ellos luego se apaga; asi tambien en esta miserable vida presto se apagará la caridad si no hay obras que la sustenten y conserven. San Basilio (3) trae á este propósito aquello que dice el Apóstol y Evangelista San Juan en su primera Canónica: "En esto conocemos el amor grande que Dios nos tuvo, en que dió su vida por nosotros, y asi nos-

(1) Qui viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo, quomodo charitas Dei manet in eo? *I. Joann.* III, 17.

(2) August. *lib. 83, quaest. q.* 71.

(3) Basil. *I. q.* 162 *ex breviar.*

otros habemos de dar la vida por nuestros hermanos si fuere menester (1)." Infiere de aquí muy bien San Basilio. «Si el amor que nos pide Cristo que tengamos á nuestros hermanos, ha de ser hasta dar la vida por ellos, ¿cuánto mas será razon que se estienda á otras cosas que se suelen ofrecer, que son de menos dificultad que dar la vida por ellos?»

Una de las cosas principales que pide esta union y caridad, y que nos ayudará mucho para conservarla y llevarla adelante, es que tengamos mucha estima de nuestros hermanos. Antes este es el fundamento en que se funda y estriba todo este negocio de la caridad, porque este amor de caridad no es pasion, ni es amor de antojo que vá á ciegas, ni de sola ternura ó sentimiento de este corazon de carne que tenemos, sino es amor de corazon, amor espiritual de la superior parte del ánima que mira las razones superiores y eternas. Es amor que llamamos apreciativo, que nace del que tenemos á Dios á quien estimamos sobre todas las cosas y al prójimo amamos como á cosa de Dios. Y de la estima y buena opinion que tiene uno de sus hermanos nace el amarlos y el honrarlos y reverenciarlos, y todos los demas oficios y ejercicios de caridad. Y al paso que anduviere esta estima, á ese paso andará el amor y todo lo demás. Y asi dice San Pablo, escribiendo á los Filipenses (2) que "los estimemos en nuestra ánima á todos como si nos fuesen superiores," como raiz y fundamento de todo este negocio. Y escribiendo á los romanos, dice (3): "Previniéndose unos á otros en la honra." Nota el glorioso Crisóstomo, que no dijo que nos honremos unos á otros, sino que nos prevengamos en este oficio; no tengo yo de aguardar á que el otro me dé á mí la honra y haga primero caso de mí, cada uno ha de procurar prevenir al otro, y ganarle por la mano. Y eso es lo que nos encomienda á nosotros nuestro Padre (1), que procuremos dar ventaja á los otros, dejarles lo mejor. Eso es aquello que dice San Pablo: "Previniéndose unos á otros en la honra."

Para que digamos alguna cosa mas en particular de esto, una de las cosas en que habemos de procurar mostrar siempre mucha estima de nuestros hermanos, es en hablar siempre bien de ellos, con respeto y con palabras que muestren que tenemos de ellos esa estima. De nuestro P. S. Ignacio leemos que asi hablaba de todos, que cada uno se persuadia que tenia buena opinion de él y le amaba como Padre (2), y eso hacia que todos tambien le tuviesen á él mucho amor y respeto. No hay cosa que asi encienda la caridad y que asi la conserve, como saber cada uno que su hermano le ama y le quiere bien y siente y habla bien de él. Mírelo cada uno por sí, el contento que le dá naturalmente cuando le dicen ó dan á entender la buena voluntad que otro le tiene y el buen oficio que en esto le hace, cómo le vuelve con el mismo retorno, y cómo comienza á hablar luego bien de él. ¡Qué buenos efectos se siguen de aquí! Y asi dijo allá Séneca: «Si quieres ser amado, ama (3).» No hay medio mas eficaz para ser amado, porque el amor no se puede pagar sino con otro amor.

San Crisóstomo nota esto muy bien so-

---

(1) In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit, et nos debemus pro fratribus animas ponere. *I. Joann.* III, 16.

(2) In humilitate superiores sibi invicem arbitrantes. *Ad Philip.* II, 3.

(3) Honore invicem praevenientes. *Ad Rom.* XII, 10.

(1) In omnibus procurando atque optando potiores partes aliis deferre. 3. *p. const. cap.* 1, §. 4. *Regula* 29. *summarii.*

(2) Lib. 5, c. 6, vitae S. P. N. Ignatii.

(3) Si vis amari, ama. *Seneca, Epist.* 9. *ad Lucilium.*

bre aquellas palabras de Cristo: "Lo que quereis que hagan los hombres con vos, hacedlo vos con ellos (1)," dice el Santo: «¿Quereis recibir beneficios? Hacedlos vos á otro. ¿Quereis alcanzar misericordia? Tenedla de vuestro prójimo. ¿Quereis ser alabado? Alabad á los otros. ¿Quereis ser amado? Amad. ¿Quereis que os den la ventaja y lo mejor y mas honrado? Ceded vos primero de eso y procurad darlo á otros (2).»

Fuera de esto, este hablar bien de todos, es una cosa que edifica mucho, y la razon por que edifica es porque es señal que hay mucho amor y mucha union. Y por el contrario, cualquier palabrilla que directa ó indirectamente pueda oscurecer ó deslustrar á otro, la menor brizna que de esto se sintiese en nosotros, seria cosa de mucha desedificacion, porque luego entienden que hay alguna emulacion ó envidia. Y asi cualquiera cosa que huela á esto ha de estar muy lejos de nosotros. Aunque vuestro hermano tenga algunas faltas, tambien tendrá algo bueno; echad mano de eso y dejad esotro. Imitad á la abeja que escoge la flor y deja las espinas que están alrededor, y no seais como el escarabajo que luego se vá al estiércol.

CAPITULO VIII.

Que nos debemos guardar mucho de decir á otro: «fulano dijo esto de vos:» siendo cosa que le puede amargar.

No es mi intento tratar aqui de la murmuracion, porque eso hacemos en otra parte (3). Ahora solamente diremos una cosa de mucha importancia que hace á nuestro propósito y la advierte San Buenaventura (1). Asi como se ha de guardar uno de murmurar y decir mal de otro, asi se ha de guardar mucho de decir á nadie: «fulano dijo esto de vos:» siendo cosa que le pueda dar disgusto, porque eso no sirve sino de enconar al uno con el otro y sembrar discordias entre los hermanos, que es una cosa muy perjudicial y perniciosa; y como tal, dice el Sábio (2), que la aborrece mucho Dios. "Seis cosas aborrece Dios, y la sétima, que aborrece de corazon y de que abomina mucho," dice que es esta: "Al que siembra zizaña y discordias entre sus hermanos." Como acá cuando aborrecemos mucho una cosa, decimos que la aborrecemos de corazon, asi habla la Escritura á nuestro modo para darnos á entender cuánto desagradan á Dios estos tales. Y no solamente á Dios, sino á los hombres tambien: es esta una cosa muy aborrecible. "Manchó su alma con la murmuracion: será aborrecido de todos, y el que le tratare será odiado (3)." No solo el que hace esto, sino el que tratare con él, dice el Sábio, será aborrecido. Estos son á los que llaman chismosos. Eso es andar propiamente en chismerías, cosa indigna de hombres de bien cuanto mas de religiosos. Dice el Eclesiástico: "no deis ocasion para que puedan decir que sois chismoso (4)." ¿Qué cosa puede haber en una comunidad mas perniciosa y perjudicial que ser uno revoltoso y andar revolviendo á sus hermanos unos con otros? Esa parece cosa propia del demonio porque ese es su oficio.

Y adviértase aqui que para revolver á uno con otro, no es menester que las cosas que se dicen sean graves. Cosas muy peque-

(1) Omnia ergo quaecunque vultis, ut faciant vobis homines, et vos facite illis. *Matth.* VII, 12.

(2) Vis beneficia capere? Confer beneficium alteri. Vis misericordiam consequi? Miserere proximi. Vis laudari? Lauda alium. Vis amare? Ama. Vis partibus primis potiri? Cede illas prius alteri. *Crysos. hom. 14, ad populum Antiochenum.*

(3) P. 2, *trat.* 2.

(1) D. Bonav. *de inform. nov. p.* 1, *c.* 24.

(2) Sex sunt quae odit Dominus, et septimum detestatur anima ejus... Eum qui seminat inter fratres discordias. *Prov.* VI, 16 et 19.

(3) Susurro coinquinavit animam suam, et in omnibus odietur, et qui cum eo manserit odiosus est. *Eccl.* XXI, 31.

(4) Non appelleris susurro. *Eccl.* XXXI, 16.

ñas y menudas, y que algunas veces no llegan á culpa venial, bastan para eso. Y asi esto es con lo que se ha de tener cuenta, no solo si la cosa que se dice ó se refiere era de suyo grave ó liviana, sino si es cosa que puede inquietar ó contristar á vuestro hermano y causar en él alguna acedía ó desunion con el otro. Descuidóse uno en decir una palabrilla que daba á entender menos estima de alguno, ó en letras, ó en ingenio, ó en la virtud, ó en el talento ó en otra cosa semejante, y vais vos con mayor descuido á referirla al otro: ya veis qué estómago le puede hacer. Pensais que no haceis nada y atravesaisle el corazon. Las palabras del murmurador, dice el Sábio (1), son como sin malicia, mas llegan á lo interior del vientre. Hay algunas cosas que algunos no las suelen tener en nada, porque no sé por dónde se las miran, ó es que no las miran; y miradas por donde se han de mirar, hacen tan diferente viso que hay mucho temor y duda si llegaron á pecado mortal por los inconvenientes y malos efectos que de ahí se siguen: esta es una de ellas.

Y si decir estas cosas y sembrar estas discordias entre los hermanos, es cosa tan perjudicial y tan perniciosa y que tanto aborrece Dios, ¿qué seria si sembrase uno esta zizaña entre los súbditos y el superior, y fuese causa de desunion entre los miembros y la cabeza, entre padres é hijos? ¿cuánto mas aborrecible seria eso á Dios? Pues esto se hace tambien con semejantes palabras dichas del superior. Grande amor y obediencia tenian al rey David sus súbditos, y muy unidos estaban con él; y porque oyeron decir mal de él y de su gobierno á un mal hijo suyo Absalon, le negaron la obediencia y se levantaron contra él (2). ¡Oh! ¡cuántas veces acontece, que viviendo uno con muy buena fé y teniendo mucho crédito de su superior y juzgando muy bien de todas sus cosas, y fiando de él su alma y descubriéndole todo su corazon, por sola una palabrilla que el otro dijo se cae todo esto, y en su lugar suceden mil malicias y dobleces, juicios temerarios, recatos, murmuraciones, y algunas veces de tal manera cunde esto que aquel lo pega á este, y este al otro, y el otro á este! No se puede acabar de creer cuánto daño hacen algunas palabrillas de estas.

Pero dirá alguno: algunas veces le conviene al otro saber lo que se nota y dice de él para que ande con recato y no dé ocasion. Verdad es: mas entonces puédesele decir la cosa; pero no se le ha de declarar quién la dijo, y esto aunque se hubiese dicho en público, para que no se escuse nadie diciendo que otro se lo habia de decir luego. Cada uno mirará por sí. Y ¡ay de aquel por quien viniere el escándalo (1)! Y aunque el otro importune mucho por saber quien dijo aquello, y sepais que recibirá mucho gusto en ello, no se lo habeis de decir, que algunas veces engaña esto de dar contento al amigo. No es buena amistad esa, porque á él le haceis mal en decírselo, y al otro tambien, y á vos mismo mas, porque quedais con el escrúpulo del mal que hicistes al uno y al otro. Entenderase bien el mal é inconvenientes que hay en esto; porque cuando uno avisa alguna falta de otro al superior, para que él con su paternal cuidado y providencia le pueda poner conveniente remedio, conforme á la regla que tenemos de ello (2), no quiere que el otro entienda que él lo avisó; y el superior lo procura y debe procurar hacer asi, como se lo encomienda su regla, para que no sea

(1) Verba susurronis quasi simplicia, et ipsa perveniunt ad intima ventris. *Prov.* XXVI, 21.
(2) II. Reg. XV, 3, 6 et 13.

(1) Matth. XVIII, 7.
(2) Reg. 9 *summarii const. et* 20 *communium*. Reg. 123. *Provincialis*: caveatque, ne minimo quidem indicio eos qui sibi aliquid referunt, prodat.

eso causa de alguna amaritud ó disgusto entre los hermanos. Pues si aun cuando esto se hace legítimamente y conforme á la regla y con caridad y deseo de mayor bien, con todo eso hay estos temores, y es menester todo este recato, ¿con cuánta mayor razon se deben temer estos inconvenientes, cuando uno descubre al que dijo la falta, no legítimamente, ni conforme á regla, ni con celo de caridad, sino con descuido y con indiscrecion y con mal modo, y por ventura algunas veces con alguna emulacion ó envidia, ó con otros respetos no buenos, ó que á lo menos el otro podrá imaginar que son tales? San Agustin (1) alaba mucho á su madre Santa Mónica, de que oyendo muchas veces de la una parte y de la otra quejas y palabras de sentimiento y amargura, nunca referia cosa que hubiese oido de los unos á los otros, sino solamente lo que podia amansarlos y desenojarlos, y aprovechar para unirlos y reconciliarlos. Asi lo habemos de hacer nosotros, siendo siempre ángeles de paz.

CAPITULO IX.

Que las palabras buenas y blandas ayudan mucho á conservar la union y caridad, y las no tales le son contrarias.

Una de las cosas que ayudará mucho á conservar y llevar adelante la union y caridad fraterna, son las buenas y blandas palabras. Dice el Sabio (2) que las palabras dulces y suaves, y dichas con amor y caridad, multiplican los amigos y mitigan y ablandan á los enemigos; y por el contrario, las paladras duras, ásperas y desabridas despiertan rencillas y son causa de desunion (3), porque como somos hombres sentimos de semejantes palabras, y como queda uno disgustado y sentido, ya no mira á su hermano como antes, ya le parecen mal sus cosas, y por ventura dice mal de ellas. Por esto importa mucho que nuestras palabras vayan siempre con alguna sal de gracia y de suavidad, de manera que causen amor y caridad, conforme á aquello del Eclesiástico: "El hombre sábio con sus palabras se hace amable (1)." Y cuanto á lo primero, es menester advertir aqui, como fundamento para todo lo que se ha de decir, que no se engañe en esto con decir: «son de mucha virtud mis hermanos, y no se escandalizarán ni tentarán por una palabrilla algo alta ó desgraciada, ni mirarán en eso.» Ahora no tratamos de lo que son ó han de ser vuestros hermanos, sino de lo que vos habeis de ser, y cómo os habeis de haber con ellos. Dice muy bien San Bernardo á este propósito: «si dijéredes, ¡oh! que no se ofenderá el otro por cosa tan liviana! Respondo: cuanto la cosa es mas liviana, tanto mas fácilmente la pudiérades vos escusar (2).» Y San Crisóstomo dice (3) que antes agrava eso mas vuestra culpa, pues no os supistes vencer en una cosa tan ligera: por ser vuestro hermano bueno, no por eso habeis vos de ser ruin (4). Pues digo, que á todos habemos de tener en mucho, y no pensar que son tan de vidrio, que se sentirán de una monada; pero con todo esto, en el modo de tratar nos habemos de haber con ellos con un recato y tiento como si fuesen de vidrio y los mas frágiles y quebradizos del mundo, no dándoles ocasion de nuestra parte para que se puedan tentar ni

(1) Aug. l. 9 *Confes. c.* 9.
(2) Verbum dulce multiplicat amicos, et mitigat inimicos. *Eccl.* VI, 5.
(3) Sermo durus suscitat furorem. *Prov.* XV, 1.

(1) Sapiens in verbis, scipsum amabilem facit. *Eccles.* XX, 23.
(2) Quanto levior est, tanto a te levius potuit non committi. *Bernard. Serm.* 29, *super. Cant.*
(3) Crisost. *hom.* 79 *in Matth.*
(4) An oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum? *Matth.* XX, 15.

desabrir por flacos é imperfectos que fuesen. Y esto, lo uno por lo que toca á nosotros, porque el tener el otro mucha virtud y perfeccion, no quita ni hace que deje de ser falta la nuestra. Lo segundo, por lo que toca á nuestros hermanos, porque no todos, ni todas veces están dispuestos ni tan á punto que dejen de sentir las faltas que se hacen con ellos.

Cuáles sean las palabras de que nuestros hermanos se pueden ofender, no es dificultoso de entender; porque por sí podrá sacar cada uno las palabras y el modo de decirlas de que podrá gustar ó disgustar su hermano. Esta es la regla que nos dá el Espíritu Santo por el Sábio para saber cómo nos habemos de haber con nuestros hermanos: "Lo que toca al prójimo, entiéndelo de ti mismo (1)." Mire cada uno, si se sintiera él de que el otro le hablase con sequedad, y de que le respondiese desgraciadamente, y de que le mandase con resolucion y con imperio, y guárdese de hablar de esta manera, porque el otro tambien es hombre como él y se podrá sentir de lo que él se siente. Tambien es muy buen medio para acertar á hablar como debemos, la humildad. Si uno fuere humilde y se tuviere por el menor de todos, no será menester mas; esto le enseñará cómo se ha de haber: nunca dirá á nadie palabra descompuesta ni de que se pueda ofender, sino á todos hablará con respeto y estima. Claro está, que no diria uno al superior: «no entiende vuestra reverencia lo que digo,» porque le habla como inferior y le tiene respeto. Pues si dice esto y otras palabras semejantes á su hermano, es porque no se tiene por inferior á él, y asi no le habla con respeto. Seamos humildes, y tengámonos por los menores de todos, como nos lo aconseja el Apóstol (2), y eso nos dirá las palabras que habemos de hablar y el modo con que las habemos de hablar. Pero fuera de estas reglas y remedios generales iremos diciendo en particular algunas maneras de palabras que son contrarias á la caridad, para que nos guardemos de ellas.

(1) Intellige quae sunt proximi tui ex te ipso. *Eccles.* XXXI, 18.
(2) *Ad Philip.* II, 3.

CAPITULO X.

Que nos debemos guardar mucho de palabras picantes que puedan lastimar ó disgustar á nuestro hermano.

Cuanto á lo primero nos habemos de guardar mucho de decir palabras picantes. Hay algunas palabrillas que suelen picar y lastimar á otros, porque disimuladamente le notan en la condicion ó en el entendimiento ó ingenio no tan agudo, ó en alguna otra falta natural ó moral. Estas son unas palabras muy perjudiciales y muy contrarias á la caridad; y algunas veces se suelen decir por via de gracia y con donaire, y entonces son peores y mas perjudiciales; y tanto mas, cuanto con mas gracia se dicen, porque quedan mas impresas en los oyentes y se acuerdan mas de ellas. Y lo peor es, que algunas veces suele quedar muy contento el que las dice, pareciéndole que ha dicho alguna delicadeza y mostrado buen entendimiento, y engáñase mucho, que no muestra en eso sino mal entendimiento y peor voluntad; pues emplea el entendimiento que Dios le dió para servirle en decir dichos agudos que lastiman y escandalizan á sus hermanos y turban la paz y la caridad.

Dice Alberto Magno (1) que asi como cuando á uno le huele mal la boca, es señal que tiene allá dentro dañado el hígado ó estómago, asi tambien cuando habla palabras malas es señal de la enfermedad que hay allá dentro en el corazon. Y ¿qué diria San

(1) *Tract. de virt. cap.* II *de humilitate.*

Bernardo del religioso que es mordedor en los donaires? Si á cualquier gracia en la boca del religioso llama él blasfemia y sacrilegio (1), á las gracias que son perjudiciales ¿cómo las llamará? Estas cosas son muy agenas de Religion, y asi todo lo que toca á esto ha de estar muy lejos de la boca del religioso, como es el tratar de apodos, y lo que dicen dar cordelejo ó fisgar, y el hacer ó referir coplas graciosas que toquen falta ó descuido de alguno, y otras cosas semejantes, y ni en burlas ni en veras es razon que se permitan. Y por sí lo juzgará cada uno, ¿gustárades vos de que otro os apodara y que todos se rieran de que os cuadraba muy bien el apodo? Pues lo que no querríades que se hiciese con vos no lo hagais vos con otro, que esa es la regla de la caridad. ¿Holgaríades de que en diciendo alguna palabra notable luego haya quien se precie de no dejarla caer en el suelo, como dicen, y haga platillo y conversacion de ella? Claro está que no; pues ¿cómo quereis para otro lo que no querriades para vos, lo que sentiríades y quedaríades muy corrido si se hiciera con vos? Aun solo el nombre de cordelejo y de fisgar ó apodar ofende y parece mal en la boca de un religioso, cuanto mas la obra; y asi habiamos de aborrecer tanto esto, que ni aun los nombres de ello tomásemos en la boca, como dice San Pablo del vicio deshonesto: "La fornicacion y cualquiera otra inmundicia no se nombre entre vosotros, como conviene á los Santos (2)." De la misma manera ha de ser en esto y así lo añadió San Pablo, y lo juntó con esotro: "Ni torpeza, ni palabra necia, ni picante, que no es del caso (3)." No dice con la santidad que profesamos, ni aun el nombrar esas cosas. Dice muy bien San Bernardo: «Si de las palabras ociosas habemos de dar cuenta á Dios el dia del juicio, ¿qué será de las que pasan de ociosas? ¿qué será de las que tocan á mi hermano? ¿qué será de las perniciosas (4)?»

(1) Bernard. *lib.* II *de consid. ad Eugen.*
(2) Fornicatio autem, et omnis immunditia nec nominetur in vobis, sicut decet Sanctos. *Ad Eph.* V, 3.
(3) Aut turpitudo, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quae ad rem non pertinet. *Ib.*

(4) Etenim si pro otioso verbo reddet unusquisque rationem in die judicii, quanto magis pro verbo impuritatis, et turpitudinis, et impietatis? *Bernard. de ordine vitae et morum instit.*
(2) Noli contendere verbis, ad nihil enim utile est, nisi ad subversionem audientium. II. *ad Tim.* II, 14.
(3) Servum autem Domini non oportet litigare, sed mansuetum esse ad omnes, docibilem, patientem. *Ib.* 24.
(4) Reg. 28 *communium.*
(5) Millies repetam hoc. *Doroteus.*
(6) Mulierecularum more. *Bonavent. in speculo disciplinae*, p. 3, cap. 3.

CAPITULO XI.

Que nos habemos de guardar de porfiar, contradecir, reprender y de otras palabras semejantes.

Habémonos tambien de guardar de porfiar con otro ó contradecirle, porque esta es una cosa muy contraria á la union y caridad fraterna; y el Apóstol San Pablo nos avisa de ella escribiendo á su discípulo Timoteo: "Guárdate de porfias y contiendas, porque esas no sirven sino de desedificar á los que oyen (2)." Y un poco mas adelante dice: "Al siervo de Dios no le conviene porfiar," que eso quiere decir alli *litigare*, "sino ser manso y pacífico con todos (3)." Y asi los Santos nos encomiendan mucho esto, y de ellos lo tomó nuestro Padre y nos lo puso en las reglas (4). San Doroteo dice que mas querria que no se hiciese la cosa, que no que hubiese contiendas y porfias entre los hermanos; y añade: «mil veces repetiré esto (5).» San Buenaventura dice que es cosa muy indigna de los siervos de Dios porfiar y tener contiendas como las tienen las mugercillas y vendederas (6). San Juan Clímaco aña-

de (1) que el que es porfiado en llevar adelante su parecer, aunque sea verdadero, tenga por cierto que el demonio le mueve á ello, y la razon es, porque lo que suele mover á esto es el apetito demasiado que tienen los hombres de honra humana; por esto procuran salir con la suya, por parecer sábios y entendidos y quedar vencedores, ó por no parecer menos que los otros, y asi el demonio de la soberbia es el que les mueve á esto.

Dos faltas puede haber aqui: la una es del que contradice á otro, que es el principio de la contienda y porfia, y el que emprendió el fuego, y asi es mayor su culpa. En la cosa de que se trata muchas veces no va nada en que sea así ó así, y en perder la paz y la caridad, lo cual se suele seguir de ahí, va mucho. El otro dice aquello con buena fé y entiende que es asi: dejadle con su buena fé, pues no va nada en ello. Dice el Sábio: «no tengais espíritu de contradicion, que es mal espíritu; especialmente sobre lo que no os va ni os viene (2).» Aun cuando ello fuese algo, ó se le pudiese seguir algun inconveniente á vuestro hermano de quedarse en aquel parecer, dicen que es buen consejo no contradecirle entonces, sino despues á parte declararle la verdad para que no quede en error, y con eso se consigue el fin y se evitan los inconvenientes.

La otra falta que hay que advertir aqui, es que cuando aconteciere que otro alguno os contradiga, no porfieis vos, ni querais llevar adelante vuestro parecer y salir con la vuestra, sino despues que hubiéredes afirmado una ó dos veces lo que teneis por verdad, si no os creyeren, dejad á los otros sentir lo que quisieren. Y esto ha de ser callando, como si mas no supiésedes, no con un sonsonete con que algunos no tanto se muestran rendidos, cuanto deseosos de parecerlo y de que los otros queden cargados.

El ceder uno como debe de su derecho y dejarse vencer en semejantes contiendas y porfias, y apartarse de ellas, dice el Sábio (1), que es de nobles y generosos corazones. Y con mucha razon dice esto, porque este tal hace en esto un acto de caridad con el prójimo, atajando las amarguras y enojos que de las contiendas y porfias se suelen seguir; y hace un acto de humildad para consigo venciendo el apetito de querer salir vencedor y con honra; y hace un acto de amor de Dios escusando las culpas que se podian seguir de la porfia, conforme aquello del Sábio: "Apártate de las contiendas y disminuirás los pecados (2)." Y por el contrario, el que porfia, fuera de la desedificacion que en eso dá, es causa de que se pierda la paz y caridad, y que se sigan de ahí muchos inconvenientes y amarguras, y en lugar de ganar honra y estima, como él pretendia, la pierde, porque le tienen por cabezudo y amigo de salir con la suya y que no sabe dar de sí. De Santo Tomás de Aquino se dice (3) que en las disputas escolásticas nunca contradecia á ninguno porfiadamente, sino decia lo que sentia con increible mansedumbre y templanza de palabras, y sin despreciar á nadie, antes con estima de todos, porque no pretendia salir de la disputa victorioso, sino que la verdad fuese conocida. Bien sabido es tambien el ejemplo de aquellos dos viejos que moraban juntos en una celda y nunca habian tenido rencilla ni porfia entre sí, y quisieron probar á ver si sabrian porfiar sobre cuyo era

(1) *Climacus.* cap. 4.
(2) De ea re quae te non molestat, ne certeris. *Eccl.* XI, 9.

(1) Honor est homini, qui separat se a contentionibus. *Prov.* XX, 3.
(2) Abstine te a lite, et minues peccata. *Eccl.* XXVIII, 10.
(3) *In historia ordin. Praedicat. p.* 1, *lib.* 3, *cap.* 14.

un ladrillo, y no acertaron (1). Asi nosotros no habemos de acertar á porfiar.

Tambien se ha uno de guardar de entremeterse en reprender y corregir á su hermano, aunque le parezca que lo hace con caridad y con buen modo, porque este es oficio del superior: y tener un superior ó dos que nos avisen y reprendan llévase con algun consuelo; pero que el que no es superior quiera usurpar ese oficio, no se lleva bien. No gustan los hombres comunmente de ser corregidos y reprendidos de sus iguales. Y asi tenemos regla (2) que ninguno mande cosa alguna ni reprenda á otro sin tener autoridad para ello del superior. Asi como no puede uno mandar á otro sin tener autoridad del superior para ello, asi ni corregir. No es este negocio para fiar de todos: aun el mismo superior, para haber de corregir á uno y avisarle de su falta, lo ha menester mirar primero muy bien, y aguardar su coyuntura, y medir las palabras que le ha de decir y el modo con que se las ha de decir para que la correccion y aviso se reciba bien y entre en provecho, y es todo menester. Y ¿querrá el otro sin mas ni mas decir luego la falta á su hermano y muchas veces inflagranti so color de celo? no es ese celo de caridad, sino una cosa muy contraria á la caridad y que antes suele dañar que aprovechar; porque, aunque tuviésedes mucha razon en ello, está á la mano la tentacion del otro, que dirá luego entre sí, (y plega á Dios no os lo diga de palabra), qué quién os hizo á vos superior, y para qué os entremeteis en oficio ageno (3). Si vos decís al otro que lo que hace es contra regla, él os podrá decir que el reprenderle vos á él tambien es contra regla.

(1) *In vitis Patrum*, p. 2, §. 92.
(2) Reg. 31 commun.
(3) Quis te constituit principem, et judicem super nos? *Exod.* II, 14.

Cuéntase de Sócrates (1), que estando comiendo con otros sus amigos en casa de un hombre principal que los habia convidado, reprendió ásperamente á uno de ellos, por no sé qué falta que le vió hacer en la mesa, al cual Platon, que estaba tambien allí presente, dijo: «¿no fuera mejor dejar eso para despues y reprenderle á parte?» Replicó Sócrates, «¿y no fuera tambien mejor que vos me dijérades eso despues á parte?» rechazándole agudamente su reprension y notándole que hacia él lo que reprendia. De esto sirven estas reprensiones. Y asi no solo no es ese celo, ni caridad, antes muchas veces mala condicion del que reprende é impaciencia é inmortificacion suya que le dá tan en rostro la falta de su hermano, y aun algunas veces lo que no es falta, que no se puede contener hasta decírsela, y con aquello parece que descansa y queda satisfecho. No puede ó no quiere mortificarse á sí y quiere mortificar al otro. El espíritu de mortificacion y de rigor es muy bueno que le tenga cada uno para sí, pero para su hermano siempre ha de tener un espíritu de amor y suavidad, que eso es lo que nos enseñan los Santos por palabra y por ejemplo, y lo que ayuda mucho á la union y caridad fraterna. De aqui se verá, que si no es bueno reprender y corregir á vuestro hermano, aun cuando á vos os parece que lo haceis con buen modo y con caridad y blandura, menos lo será cuando le dais á entender la falta, no con tan buen modo ni con tan buen término como eso, y asi nos habemos de guardar mucho de eso, y generalmente de todas las palabras que pueden mortificar á nuestros hermanos.

Cuenta Casiano (2) que, disputando una vez el abad Moses con el abad Macario,

(1) Socrates *in apoteg.*
(2) Cassian. collat. 7, c. 27.

le vino á decir una palabra mortificativa y algo descompuesta, y luego al punto le castigó Dios, permitiendo que entrase en él un demonio tan feo y sucio que le hacia meter en la boca horruras é inmundicias, hasta que haciendo oracion el abad Macario, fué libre de él; para que se vea cuánto aborrece Dios esta falta, pues asi la castigó en un tan grande siervo suyo y de tan probada santidad, cual sabemos que fué el abad Moisés. Y á imitacion de este castigo, leemos en las Crónicas de la órden de San Francisco (1), que un fraile viejo delante de un hombre noble de Asis dijo á otro fraile unas palabras ásperas y desabridas con alguna cólera; empero en diciéndolas volvió en sí, y viendo á su hermano turbado por aquellas palabras, y á aquel seglar mal edificado, encendido en venganza contra sí mismo, tomó estiércol y entrólo en su boca, y mascándolo decia: «estiércol masque la lengua que contra su hermano derramó veneno de saña.» Y dícese allí que quedó aquel hombre noble muy edificado y como fuera de sí, viendo el celo y fervor con que aquel religioso satisfizo á su culpa, y quedó con mayor devocion á los frailes, ofreciendo á sí y á todas sus cosas para servir á la Orden.

CAPITULO XII.

Del buen modo y buenas palabras con que se ha de ejercitar el oficio de caridad.

El bienaventurado San Basilio en un sermon que hace exhortando á la vida monástica, dá un aviso y documento muy bueno para los que se ocupan en oficios esteriores, del modo que han de tener en ejercitarlos. Cuando os cupiere, dice (2), hacer estos oficios, no os habeis de contentar solamente con el trabajo corporal, sino habeis de procurar hacer con buen modo lo que haceis, y tener blandura y suavidad en vuestras palabras, para que los demas entiendan que haceis aquello con caridad y asi les sea grato vuestro ministerio. Que es lo que dice el Eclesiástico (1): "Hijo, en las cosas buenas no dés motivo de queja, y en todo lo que dieres no causes tristeza con tus palabras. Como el rocío resfria el ardor, asi la buena palabra mejor que las dádivas; y vés aqui cómo las palabras son de mas importancia que los dones." Esta es la sal que dice San Pablo que ha de hacer gracioso y gustoso todo lo que haceis. Mas vale y mas se estima el modo y gracia con que servís y las buenas palabras con que respondeis que todo cuanto haceis. Y por el contrario, entended, que por mucho que trabajeis y os canseis, si no lo haceis con buen término y teneis buenas palabras y respuestas, no se estimará, ni tendrá en nada; sino todo parece que lo perdeis. Vuestras palabras y respuestas, dice el Apóstol (2), siempre han de ir llenas de sal de gracia y de suavidad, que me place y de muy buena voluntad. Por estar vos ocupado y tener mucho que hacer, y aunque no podais hacer lo que os piden, no por eso habeis de responder sacudida y desgraciadamente á vuestro hermano; antes entonces habeis de procurar que la respuesta sea tan buena que vaya el otro tan contento y satisfecho como si lo hiciérades, viendo vuestras entrañas, como diciendo: «por cierto que me holgara mucho de hacerlo si pudiera, pero ahora no puedo. ¿Bastará hacerlo

(1) 1. p. lib. 2. cap. 25. *Histor. minor.*
(2) In eo advigila, ut ad laborem corporis verborum etiam lenitatem adhibeas. *Basil. in princip.* 2 *tom.*

(1) Fili in bonis non des quaerelam, et in omni dato non des tristitiam verbi mali: nonne ardorem refrigerabit ros? Sic et verbum melius quam datum; nonne ecce verbum super datum bonum? *Eccl.* XVIII, 15.
(2) Sermo vester semper in gratia sale sit conditus, ut sciatis quomodo oporteat vos unicuique respondere. *Ad Colos.* IV, 16.

despues?» Y si es por no tener licencia, decir: «yo iré á pedir licencia para ello». Lo que no pudiéredes cumplir con la obra, suplidlo con buenas palabras, de manera que se entienda vuestra buena voluntad. Esto es tambien lo que dice el Sábio (1): las palabras dichas con gracia y que muestran entrañas de amor, siempre han de abundar en el hombre bueno y virtuoso, porque con eso se conserva mucho la caridad y union de unos con otros.

Dice San Buenaventura que nos habemos de avergonzar de decir palabra áspera y desabrida que pueda ofender ó disgustar á nuestro hermano, aunque sea súbitamente y sea primer movimiento, y aunque la palabra sea muy liviana. Y si alguna vez aconteciere descuidarnos en esto, que luego habemos de procurar confundirnos y humillarnos y satisfacer á nuestro hermano, pidiéndole perdon. De San Dositeo se cuenta que era enfermero y andaba con particular cuidado de no encontrarse con nadie, sino hablar á todos con mucha paz y caridad; pero como trataba con tantos, unas veces con el cocinero, sobre si se ha de poner aquí esta olla; otras con el despensero, porque no le daba lo mejor para los enfermos, ó porque no se lo daba luego; otras con el refitolero, porque le llevaba algunas cosas del refectorio: algunas veces hablaba alto, y decia alguna palabra áspera y desabrida; y confundíase tanto cuando le acontecia esto, que se iba á su celda y postrado en tierra, hartábase de llorar hasta que iba allá San Doroteo su maestro que lo entendia: «¿qué es esto, Dositeo, qué has hecho?» Él decia luego su culpa con muchas lágrimas: «Padre, hablé con desdén á mi hermano.» San Doroteo reprendíale muy bien la falta: «¿Esta es la humildad? ¿vivo estas todavia?» Despues que le habia reprendido, decíale: «Ahora levántate, que Dios te ha perdonado; comencemos de nuevo.» Y dice que se levantaba con una alegria como si oyera de la boca de Dios que le perdonaba, y tornaba á proponer de nuevo de nunca hablar á nadie con desabrimiento y aspereza.

Para que todos, asi los que hacen los oficios de caridad como los que los reciben, se aprovechen, dá San Basilio dos avisos breves y sustanciales. Pregunta el Santo (1): «¿Cómo haremos bien este oficio de servir á nuestros hermanos?» Y responde: «Si hacemos cuenta que sirviendo al hermano servimos á Cristo, pues él dijo (2): "De verdad os digo, que lo que hicistes con el menor de vuestros hermanos, conmigo lo haceis." Haced vos las cosas como quien sirve á Dios y no á hombres, y de esa manera las hareis bien, con buen modo y con buena gracia.» Y pregunta luego: «Y ¿cómo tengo yo de recibir el oficio que mi hermano me hace?» Responde: «Como cuando el Señor sirve á su siervo (3), y como se hubo San Pedro cuando el Señor le quiso lavar los pies. "Vos, Señor, me lavais á mí los pies (4)." De esta manera conservarse há por una parte la humildad, asi en los unos como en los otros: porque ni el uno se desdeñará, ni cansará de servir á su hermano, porque le mira como á hijo de Dios y hermano de Cristo, y hace cuenta que en él sirve al mismo Cristo; ni el otro se engreirá de que todos le sirvan; antes se confundirá y humillará mas con eso, considerando que no es por él, sino por Dios (5). Y por otra parte se conservará y aumentará mucho la caridad de unos con otros por la misma razon.

---

1) Et lingua eucharis (id est, gratiosa) in bono homine abundat. *Eccl.* VI, 5.

(1) Basil. *q.* 160 *et* 161, *ex brevior.*
(2) *Matth.* XXV, 40.
(3) Velut servus ab hero. *Basil., ib.*
(4) Domine, tu mihi lavas pedes? *Joann.* XIII, 6.
(5) Non tibi, sed Religioni.

CAPITULO XIII.

Cómo nos debemos haber cuando hubo algun encuentro ó disgusto con nuestro hermano.

Pero porque, al fin, somos hombres, y no están todos siempre tan sobre los estribos que no se descuiden alguna vez en decir alguna palabra áspera ó desabrida, ó en dar alguna ocasion de ofension á sus hermanos, será bien que veamos cómo nos habemos de haber entonces.

Cuando esto aconteciere, no habemos de responder al mismo tono áspera y desabridamente, sino ha de haber en nosotros virtud y humildad para llevarlo bien y saberlo disimular. No ha de ser tan pequeño el fuego de nuestra caridad que goticas de agua le apaguen; que por eso dice San Basilio (1) que la llamó San Pablo «caridad hermanable (2),» para denotar que no ha de ser el amor ligero ni como quiera, sino señalado, fervoroso y fuerte. Mucho es de desear que nadie dé ocasion á su hermano, ni en obra ni en palabra, del menor disgusto del mundo; pero tambien es de desear que no sea uno tan de vidrio, ni tan niño y tierno en la virtud, que por una nonada luego se descomponga, y hable alto y pierda la paz. Mejor seria que nadie reprendiese á otro, ni se entremetiese en oficio ageno; pero cuando aconteciere que alguno se desmande en eso, no es razon que luego el otro le dé en rostro con ello, diciendo: si tiene licencia para reprender, ó que hay regla que ninguno se entremeta en oficio de otro, que eso no sirve sino de hacer algo lo que fuera nada callando y disimulando. Cuando da alguna cosa dura con otra dura, suena y hace ruido; pero si lo duro da en blando, no se oye ni se siente. Una bala de una culebrina vemos que deshace una torre de muy buena cantería y hace mucho ruido, y en unas sacas de lana se amortigua con aquella blandura y pierde su fuerza. Asi dice Salomon: (1) «La respuesta blanda y suave, quiebra y ataja la ira: y por el contrario, la respuesta áspera y desabrida la despierta y enciende mas;» porque es echar leña al fuego contra lo que dice el Sábio: "No echarás en su fuego leña (2)." No habeis de avivar, ni cebar el fuego con vuestras respuestas, sino ha de haber tanta blandura y virtud en vos, que aunque alguna vez os digan alguna palabra dura y áspera, no haga ruido, ni se sienta ni se eche de ver, sino que allí se hunda y amortigüe.

San Doroteo (3) nos enseña un humilde modo de responder en estas ocasiones. Dice, que cuando otro nos hablare ásperamente y nos reprendiere, y aun cuando nos dijere lo que no hicimos, que con todo esto respondamos con humildad, pidiéndole perdon, como si nosotros le hubiéramos dado ocasion aunque no se la hayamos dado, y digamos: «Perdóneme, hermano, y ruegue á Dios por mí.» Y trae esto de uno de aquellos padres antiguos que le aconsejaba asi.

Si de esta manera andamos pertrechados los unos por una parte con mucho cuidado de no ofender ni dar ocasion alguna de disgusto á nuestros hermanos, y los otros por otra parte muy apercebidos para sufrir y llevar bien cualquier ocasion que se ofreciere, viviremos con mucha paz y union.

Pero cuando alguna vez faltáredes en esto y aconteciere que tuvistes algun encuentro con vuestro hermano, porque él se desmandó, y en vos no hubo tanta virtud y humildad que lo supiésedes llevar y disimular, sino que dió duro con duro y hizo algun ruido, de manera que vos quedastes

(1) Basil. *in quaest. brev. quaest.* 242.
(2) Charitas fraternitatis maneat in vobis. *Ad Hebr.* XIII, 1.—Charitate fraternitatis invicem diligentes. *ad Rom.* XII, 10.

(1) Responsio mollis frangit iram, sermo durus suscitat furorem. *Prov.* XV, 1.
(2) Non strues in ignem illius ligna. *Eccl.* VIII, 4.
(3) *Doroteus. doct.* 15.

ofendido y sentido de vuestro hermano, y él tambien de vos por la respuesta y retorno con que correspondistes, entonces dice San Buenaventura, que no ha de durar ese sentimiento con vuestro hermano, ni en el uno ni en el otro, sino que habeis de procurar satisfacerle y reconciliaros con él luego antes de comer, ó á lo menos antes que os vais á acostar. Y trae para eso aquello de San Pablo: "No se ponga el sol sobre vuestra ira (1);" acábese antes de la noche. Y el modo de satisfacer y reconciliarse, dice que ha de ser pidiéndose perdon el uno al otro. Y nuestro Padre nos avisa de esto mismo en las Constituciones. «No se ha de permitir, dice (2), ni dar lugar á que haya algun enojo ó perturbacion entre los nuestros; pero si alguna cosa de estas acaeciese por nuestra flaqueza é instigacion del enemigo, que anda siempre soplando y atizando el fuego de la discordia entre los hermanos, háse de procurar que luego con debida satisfaccion vuelvan á su primera hermandad y gracia.» Y entre otros avisos espirituales que andan de nuestro Padre manuescritos dice uno que, en habiendo algo de esto, luego se pidan perdon el uno al otro; y esta es la debida satisfaccion que piden las Constituciones, con esa humildad se repara la quiebra de la caridad, como lo notó muy bien San Bernardo diciendo (3): «Sola la humildad repara las quiebras de la caridad,» y todos habemos de ser muy fáciles en pedir perdon y en perdonar, conforme á aquello del Apóstol: "Sufriéndoos unos á otros y perdonándose las quejillas que hay de unos con otros (4);" antes cada uno ha de procurar prevenir al otro en esto, no esperando ni consintiendo que el otro le lleve en eso la corona (1); porque el que comienza á dar de sí humillándose, y yendo primero á pedir perdon, ese gana grande corona. Y asi el mas antiguo, y el que tiene ó habia de tener mas prendas de virtud y de mortificacion, ha de procurar ser el primero en esto, y ceder de su derecho, y no mirar en puntos, ni si soy yo el agraviado ó tengo mas razon. Cuando riñeron los pastores de Abraham y de Lot su sobrino sobre el pasto de los ganados, luego Abraham cedió de su derecho y dió á escoger á Lot, diciéndole: "No haya, te pido, quejas entre tú y yo, ni entre tus pastores y los mios, porque somos parientes muy cercanos. Delante tienes toda esta tierra; apártate, te ruego. Si fueres por la izquierda, yo iré á mano derecha; y si la derecha eligieres, yo caminaré por la izquierda (2)."

En las Crónicas de la Orden Cisterciense se cuenta de un monge, que siempre que comulgaba, le hacia el Señor tanto regalo que le parecia que recibia un panal de miel, y le duraba aquella suavidad y dulzura tres dias. Acaecióle un dia, que reprendió á otro y fué algo demasiado, y fuese á comulgar sin reconciliarse con su hermano, y aquel dia, dice, que sintió en su boca una amargura mas que hiel, porque no cumplió lo que manda Cristo nuestro Redentor en el Evangelio cuando dice (3): "Si ofreces tu don ante el altar, y allí te acordares que tu prójimo tiene alguna cosa contra

(1) Sol non occidat super iracundiam vestram. *Ad Ephes.* IV, 26.

(2) III p. Const. c. 1, littera p. et habetur regula 32, oficii Rectoris.

(3) Sola humilitas est laesae charitatis reparatio. *Bernard. Serm.* 2, *de natali Domini.*

(4) Supportantes invicem et donantes vobismetipsis, si quis adversus aliquem habet quaerelam. *Ad Colos.* III, 13.

(1) Ut nemo accipiat coronam tuam. *Apoc.* III, 2.

(2) Ne quaeso sit jurgium inter me, et te, et inter pastores meos, et pastores tuos; fratres enim sumus. Ecce universa terra coram te est, recede a me, obsecro; si ad sinistram ieris, ego dexteram tenebo; si tu dexteram elegeris, ego ad sinistram pergam. *Gen.* XIII, 8.

(3) Si ergo offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris, quia frater tuus habet aliquid adversum te, relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo, et tunc veniens offeres munus tuum. *Matth.* V, 23.

tí, vé primero y reconciliate con tu hermano, y entonces ven á hacer tu ofrenda." En lo cual se verá cuánto estima el Señor que se reconcilie uno luego con su hermano, pues aunque esté al pie del altar, quiere que se vuelva y se reconcilie con él antes de ofrecer su sacrificio.

CAPITULO XIV.

De tres avisos que habemos de guardar cuando otro nos dió alguna ocasion de disgusto.

De lo dicho podemos colegir tres avisos que habemos de guardar cuando nuestro hermano nos ofendió ó nos dió alguna ocasion de disgusto. El primero es que habemos de estar muy lejos de desear vengarnos. Todos somos hermanos y miembros de un mismo cuerpo, y ningun miembro herido del otro se vengó de él, ni hubo jamas muchacho tan loco que porque se mordió la lengua se sacase con enojo los dientes que hicieron el maleficio: de casa son, ya que se hizo un daño no se hagan dos. Asi habemos de decir nosotros cuando otro nos ofendiere: «mi cuerpo es, perdonémosle, no le hagamos ni deseemos mal: ya que hubo daño, no haya dos en este cuerpo de la Religion (1).» No trato de venganza en cosa grave, porque acá en la Religion muy agenos están y han de estar todos de eso; sino trato de cosas livianas que le parece á uno que las puede desear y hacer sin pecado grave. Dice el otro: «no deseé yo que le viniese mal á mi hermano; mas cierto que le quisiera decir dos palabras que las sintiera, y echara de ver que habia hecho mal en aquello.» Y el otro se huelga de la reprension y de la penitencia que dan á aquel con quien tiene alguna tema. Y el otro tiene no sé qué contento ó complacencia de que no le sucedió bien tal cosa y de que quedó mortificado y humillado. Eso venganza es, mala cosa es; este tal no ha perdonado de todo corazon; con algun escrúpulo dirá aquello de la oracion del *Pater Noster*: "perdónanos, Señor, nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores (1)." En cierto modo seria mas esto acá entre nosotros que en los del mundo desear venganza grave de sus enemigos. "No digas, dice el Sábio (2): como lo hizo conmigo, asi haré yo con él." No deseeis á vuestro hermano otro tanto como él os hizo á vos, porque eso es desear vengaros.

Lo segundo, no solamente habemos de estar lejos de desear género alguno de venganza del que nos ofendió, sino guardarnos tambien de otra cosa que á los del mundo parece licita. Suelen decir los del mundo: «yo no quiero mal á fulano; pero no me entrará mas de los dientes adentro.» Quedan allá en su corazon con una acedia y aversion con aquel que les injurió, que no le pueden tragar de allí adelante, como ellos dicen. En los seglares se tiene esto por malo, y aun algunas veces dudamos si han cumplido en rigor con la obligacion del precepto, porque esto suele ser causa de que le quiten la habla y den algun escándalo. Pues ¿cuánto mayor falta seria, si acá entre nosotros hubiese algo de esto y quedase en vuestro corazon alguna amaritud ó disgusto contra vuestro hermano, y que ya no le mirásedes como de antes, como ayer y antes de ayer (3)? Esa es cosa muy agena de Religion. "Toda amargura, ira y enojo se aparte de vosotros," dice el Apóstol (4): No ha de quedar en nosotros raiz, ni rastro

(1) Nulli malum pro malo reddentes. *Ad Rom.* XII, 17.

(1) *Matth.* VI, 12.
(2) Ne dicas: quomodo fecit mihi, sic faciam ei. *Prov.* XXIV, 29.
(3) Sicut heri, et nudius tertius. *Génes.* XXXI, 2.
(4) Omnis amaritudo, et ira, et indignatio tollatur a vobis. *Ad Ephes.* IV, 31.

de amargura, ni de aversion. "Sed benignos y misericordiosos, perdonándoos recíprocamente, como Dios en Cristo nos perdona á nosotros (1)." Habemos de ser muy benignos unos con otros y muy misericordiosos y muy fáciles en olvidar las injurias, y esto muy de corazon; ¿sabeis qué tan de corazon? dice San Pablo, «como Dios nos perdona á nosotros (2).» Mirad cuán de corazon nos perdona Dios cuando nos arrepentimos y le pedimos perdon de nuestros pecados: no le queda á Dios enojo ni ojeriza ninguna, ni queda rostrituerto con nosotros, sino amigos como de antes; así nos quiere y ama Dios como si nunca le hubiéramos ofendido, y no nos da en rostro con los pecados pasados, ni se acuerda mas de ellos (3). Pues de esa manera habemos de perdonar nosotros, y de esa manera nos habemos de olvidar de las injurias; no ha de quedar en nosotros aversion ni ojeriza ninguna con nuestro hermano, sino como si nunca nos hubiera ofendido ni hubiera pasado nada entre nosotros. Si quereis que Dios os perdone á vos de esta manera, perdonad vos tambien así á vuestro hermano, y sino, temed lo que dice Cristo Nuestro Redentor en el Evangelio: "Así se habrá mi Padre celestial con vos, como vos os hubiéredes con vuestro hermano." "Perdonad y sereis perdonado: con la medida que midieres á otros, con esa sereis medido (4)."

Lo tercero, con que se declara mas lo pasado, dice San Basilio (5) que así como no habemos de tener aficion particular á ninguno, porque estas amistades particulares son causa de muchos inconvenientes, como despues diremos (1), así tampoco habemos de tener aversion con ninguno, porque esas aversiones son tambien causa de muchos inconvenientes. Y ¿qué mayor inconveniente que si (lo que Dios no quiera) se nos entrase acá este lenguage: «fulano no se lleva bien con fulano; despues que sucedió tal cosa no se tratan como solian; anda torcido con él, están encontrados?» Encuentros son estos que bastan para dar en tierra con la Religion. Porque si en esto quiere Cristo nuestro Redentor (2) que nos conozcan por discípulos suyos, en que nos amamos unos á otros, el que no tuviere esto sino lo contrario, no será discípulo de Cristo ni buen religioso. Pues para remedio de esto, así como cuando sentis alguna aficion particular á alguno, habeis de procurar con diligencia desecharla para que no se arraigue en vuestro corazon ni se enseñoree de él; y particularmente avisan los maestros de la vida espiritual que es menester entonces tener mucha cuenta con que no salga á luz esa voluntad y aficion particular, ni se muestre en las obras, ni la pueda entender ni echar de ver nadie, porque eso es lo que suele escandalizar y ofender mucho: así tambien, cuando sintiéredes alguna aversion ó disgusto contra alguno, lo habeis de procurar desechar luego con mucha diligencia para que no prenda ni eche raices en vuestro corazon. Y particularmente habeis de procurar que en ninguna manera se pueda echar de ver en las obras que teneis esa aversion ó tentacion, porque eso es lo que puede causar mucha ofension y muchos inconvenientes. Y no solamente habeis de

(1) Estote autem invicem benigni, misericordes, donantes invicem, sicut et Deus in Christo donavit vobis. *Ad Ephes.* IV, 32.

(2) Sicut et Dominus donavit vobis, ita et vos. *Ad Colos.* III, 13.

(3) Et peccatorum et iniquitatum eorum jam non recordabor amplius. *Ezech.* XVIII, 22.—*Ad Hebr.* X, 17.—Et projiciet in profundum maris omnia peccata nostra. *Micheæ* VII, 19.

(4) Sic et Pater meus coelestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque fratri suo de cordibus vestris. *Matth.* XVIII, 35.—Dimittite, et dimittemini; eadem quippe mensura qua mensi fueritis, remetietur vobis. *Luc.* VI, 37.

(5) Basil. *serm.* IV, *de inst. Mon.*

(1) Cap. 18.

(2) *Joann.* XXIII, 35.

procurar que no puedan echar de ver eso otros, sino que él mismo no lo pueda echar de ver. Entenderáse esto bien con el mismo ejemplo en que vamos. Asi como hay algunos que la aficion particular que tienen á alguno, procuran que no la echen de ver los otros, por evitar la nota y escándalo que en eso pedian dar; pero al mismo á quien tienen la aficion, dánsela á entender en muchas cosas, unas veces claramente, otras disimuladamente, lo cual es muy malo y muy pernicioso; asi tambien hay algunos que, aunque se guardan que otros echen de ver que están sentidos con su hermano, por evitar la nota y escándalo que en eso podian dar; pero al que les ofendió, muéstranselo en el semblante y en el trato, retirándose de ellos y no les tratando como de antes, y mostrándose severos y graves con ellos en ocasiones que se ofrecen, y de propósito quieren que el otro eche de ver que están sentidos por lo que hizo; y esto es tambien muy malo, porque es un género de venganza que toman de su hermano. De todas estas cosas nos habemos de guardar mucho.

Para esto, asi como cuando tenemos alguna tentacion aconsejan los Santos que por razon del peligro andemos mas prevenidos y con mas cuidado para que no nos leve tras sí la tentacion y nos haga hacer alguna cosa conforme á ella, asi tambien cuando sintiéredes en vos alguna aversion ó algun disgusto ó desabrimiento con alguno, habeis de andar mas prevenido y con mas recato para que no os lleve tras sí aquella aversion ó disgusto, y os haga salir en alguna palabra ú obra que muestre el sentimiento y tentacion que teneis, y deis ocasion de ofension á vuestro hermano; antes entonces habeis de procurar de esforzaros mas á hacerle buenas obras, rogando á Dios por él, y hablando bien de él, y ayudándole en todo lo que se ofreciere, conforme al consejo del Evangelio (1), y á lo que dice el Apóstol San Pablo, que con hacer bien se ha de vencer y sobrepujar el mal (2). Eso será echar sobre la cabeza de vuestro hermano brasas de amor y de caridad.

Cuenta Tomas de Kempis (3) de un sacerdote siervo de Dios y compañero suyo en el mismo monasterio, que yendo á otro convento á cierto negocio, encontró en el camino con un hombre lego, con el cual se fué hablando familiarmente y vinieron á tratar de cosas de Dios, y entre estas pláticas vino el lego á decir que le queria descubrir cierta cosa que en otro tiempo le habia acaecido; y fué, que habiendo mucho tiempo que, cuando oia misa, no podia ver jamás el Santísimo Sacramento en las manos del sacerdote, y entendiendo que esto era porque estaba muy apartado y que con su flaca vista no alcanzaba á poderlo ver, se llegó al altar y al sacerdote que celebraba, pero que con todo eso no vió mas asi que asi, y que esto le duró por mas de un año; y como se hallase perplejo y confuso, no sabiendo la causa de esto, dice que, volviendo en sí, determinó de comunicar esto en confesion con un buen sacerdote, el cual despues de haberle examinado con prudencia, halló que este dicho hombre estaba enemistado con un prójimo suyo por cierta injuria que de él habia recibido, la cual por ninguna cosa habia querido perdonar; y considerando el buen confesor la malicia y dureza del corazon de este, parte reprendiéndole, parte amonestándole, dióle á entender el gran peligro en que estaba, y que si de corazon no perdonaba las injurias, que era por demás pensar alcanzar perdon de sus pecados, y que esta habia sido la

(1) *Matth.* V, 44.
(2) Noli vinci a malo, sed vince in bono malum... Hoc enim faciens, carbones ignis congeres super caput ejus. *Ad Rom.* XII, 20—21.
(3) Thomas de Kempis *in vita Henrici Bruni*, c. 7.

causa por que no podia ver el Santísimo Sacramento. Oyendo esto, compungido en su corazon y obedeciendo al consejo del buen confesor, perdonó á su enemigo, y acabada su confesion y recibida la penitencia y absolucion, entró en la iglesia y oyó misa, y vió sin dificultad alguna el Santísimo Sacramento; y en hacimiento de gracias no se hartaba de bendecir al Señor por este beneficio, y por los demas que maravillosamente obra con sus criaturas.

CAPITULO XV.

De los juicios temerarios; declárase en qué consiste su malicia y gravedad.

"Y vos, dice el Apóstol San Pablo (1), ¿cómo os atreveis á juzgar á vuestro hermano y á menospreciarle y desestimarle en vuestro corazon?" Entre otras tentaciones con que el demonio, enemigo de nuestro bien, nos suele hacer guerra, una y muy principal es, trayéndonos juicios y sospechas contra nuestros hermanos para que, quitándonos la estima y buena opinion que de ellos tenemos, nos quite juntamente el amor y caridad, ó á lo menos, nos haga entibiar y resfriar en ella. Por la misma razon habemos nosotros de procurar resistir con mucha diligencia á esa tentacion y tenerla por muy grave, por tocarnos en una tecla tan principal como es la caridad. Asi nos lo avisa San Agustin: «Ante todas cosas se ha de evitar la sospecha, porque es el veneno de la amistad (2).» Si quereis conservaros en amor y caridad con vuestros hermanos, ante todas cosas es menester que os guardeis mucho de juicios y de sospechas, porque ese es el veneno de la caridad. San Buenaventura dice (1): «Pestilencia oculta y secreta; pero gravísima, que echa lejos de sí á Dios y destruye la caridad de los hermanos.»

La malicia y gravedad de este vicio consiste en que infama uno á su prójimo consigo mismo, despreciándole y teniéndole en menos, y dándole bajo é injurioso lugar en su corazon por indicios livianos, y no bastantes para eso, en lo cual hace agravio é injuria á su hermano, y tanto será mayor la culpa de esto cuanto la cosa de que le juzga fuere mas grave y los indicios mas insuficientes. Entenderase bien la gravedad de esta culpa por otra semejante: si acerca de otro deshiciésedes vos á vuestro hermano, haciendo que otro perdiese la estima y buena opinion que tenia de él, infamándole, bien se vé que seria pecado grave. Pues este mismo agravio é injuria le haceis en quitarle sin causa, y sin indicios bastantes para ello, la estima y buena opinion que de él teniades; porque tanto estima vuestro hermano tener buena reputacion con vos, como con el otro. Y por sí echará cada uno bien de ver la injuria y agravio que en esto hace á su prójimo. ¿No os agraviariades vos, que otro os tuviese por tal, sin haber dado causa bastante para ello? Pues ese agravio haceis al otro en juzgarle por tal. Medidlo por vos, que esa es la medida de la caridad con nuestro prójimo, y de la justicia tambien.

Hase de advertir aqui que una cosa es tener tentacion de juicios, y otra ser vencido de la tentacion de ellos. Como solemos decir en las demas tentaciones que una cosa es tener tentaciones deshonestas, y otra ser vencido y consentir en ellas, y decimos que no está el mal en lo primero, sino en lo segundo; asi aqui no está el mal en

(1) Tu autem quid judicas fratrem tuum? Aut tu quare spernis fratrem tuum? *Ad Rom.* XIV, 10.

(2) Prae omnibus cavenda est suspitio, quae est amicitiae venenum. *Augustin. de amicitia cap.* 24.

(1) Occulta pestis, sed gravissima, quae Deum fugat, et fraternam laedat charitatem. *Bonavent. Instit. amoris, cap.* 19.

ser uno molestado de pensamientos de juicios, aunque mejor seria que tuviésemos tanta caridad y amor á nuestros hermanos, y tanta estima de ellos, y tanto conocimiento propio de nuestras faltas, que no se nos levantase el pensamiento á mirar ni á pensar en faltas agenas; pero al fin, como dice San Bernando (1), «no está la culpa en el sentimiento, sino en el consentimiento» y en ser vencido de la tentacion. Y entonces es uno vencido de la tentacion de los juicios, cuando se determina y consiente en ellos y por ellos pierde la buena estima y reputacion que tenia de su hermano y le tiene en menos, conforme á las palabras dichas del Apostol. Y en tal caso, cuando se confesare, no ha de decir que se le han ofrecido juicios contra su hermano, sino que ha consentido en ellos y sido vencido de esta tentacion.

Y avisan aquí los teólogos que se ha de guardar uno mucho de decir á otro el juicio ó sospecha mala que se le ofreció de su prójimo, porque no sea causa que el otro tenga el mismo juicio y sospecha ó se confirme en la que ya por ventura le habia venido; porque es tan mala nuestra inclinacion que mas fácilmente creemos lo malo de otro que lo bueno. Y aun confesándose, advierten que no ha de declarar uno la persona contra quien se le ha ofrecido el juicio, como ni la persona de quien se ofendió por tal ó tal cosa que hizo, porque no engendre con eso en el confesor alguna mala sospecha ó menos estima de él. Tanto es el recato y cuidado que los doctores y los Santos quieren que tengamos con el honor y buena opinion de nuestro prójimo. Y ¿quereis vos por unos indicios livianos y ligeros quitarle la estima y reputacion que tenia con vos y que tiene derecho natural á tener con todos mientras sus obras no dieren suficiente testimonio de lo contrario?

Fuera de la injuria y agravio que en esto se hace al prójimo, contiene en sí este vicio otra malicia é injuria grave contra Dios, que es usurpar la jurisdiccion y juicio que es propio de Dios, contra aquello que Cristo nuestro Redentor dice en el Evangelio: "No querais juzgar, y no sereis juzgado; no querais condenar, y no sereis condenados (1)." Dice San Agustin (2) que prohibe aquí los juicios temerarios, cuales son: juzgar la intencion del corazon ú otras cosas inciertas y ocultas, porque reservó Dios para sí el conocimiento de esta causa, y asi manda que no nos entremetamos nosotros en ella. El Apostol San Pablo declara esto mas en particular, escribiendo á los Romanos: "Quién sois vos, que os atreveis á juzgar al siervo ageno (3)." Juzgar es acto de superior; este hombre no es vuestro súbdito; dueño tiene que es el Señor, dejadle á él que le juzgue, no usurpeis vos la jurisdiccion de Dios. "No querais juzgar antes de tiempo hasta que venga el Señor que iluminará lo escondido de las tinieblas y manifestará los secretos del corazon, y entonces dará Dios á cada uno la alabanza que se mereciere (4)." Esa es la razon que dá el Apostol para que no juzguemos, porque son cosas inciertas y ocultas que pertenecen al juicio de Dios, y asi el que se entremete en juzgar esas cosas usurpa la jurisdiccion y juicio de Dios.

En las vidas de los Padres se cuenta de uno de aquellos monjes, que por algunos indicios que vió ú oyó, juzgó mal de otro

(1) Non nocet sensus, ubi non est consensus. *Bernard. de interiori domo. cap.* 19.

(1) Nolite judicare, et non judicabimini; nolite condemnare, et non condemnabimini. *Luc.* VI, 37.

(2) Aug. *lib. de serm. Domini in monte, c.* 28.

(3) Tu quis es qui judicas alienum servum? Domino suo stat, aut cadit. *Ad Rom.* XIV, 4.

(4) Itaque nolite ante tempus judicare, quoadusque veniat Dominus, qui et illuminabit abscondita tenebrarum, et manifestabit consilia cordium, et tunc laus erit unicuique a Deo. *I. ad Cor.* IV, 5.

monje, y luego oyó una voz del cielo que le dijo: «Los hombres se han alzado con mi juicio y se han entremetido en jurisdiccion agena. Y si esto decimos, y lo dicen los Santos, aun de las cosas que tienen alguna apariencia de mal, ¿qué será de los que aun las cosas de suyo buenas echan á mala parte, juzgando que se hacen con mala intencion y por respetos humanos? Esto es mas propiamente usurpar la jurisdiccion y juicio de Dios; pues aun dentro de los corazones de los hombres quieren entrar y juzgar las intenciones y pensamientos ocultos, que es propio de Dios. "Os habeis hecho jueces de los malos pensamientos," dice el Apóstol Santiago (1), y el Sábio dice que se quieren hacer adivinos juzgando lo que no saben ni pueden saber (2).

CAPITULO XVI.

De las causas y raices de donde proceden los juicios temerarios, y de sus remedios.

La primera raiz de donde suelen nacer los juicios temerarios, es la que lo es de todos los males y pecados, que es la soberbia; pero particularmente lo es de este. Nota aqui San Buenaventura una cosa digna de consideracion; dice (3) que la gente que se tiene por espiritual suele ser mas tentada que otra en esto de juzgar y calificar á otros, que parece quieren cumplir lo que el Apóstol San Pablo dijo en otro sentido: "El espiritual lo juzga todo (4)." Paréceles á estos que ven en sí dones de Dios, y habiendo de ser con eso mas humildes, se desvanecen con ellos y piensan que son algo, y á respecto suyo tienen en poco á los otros cuando los ven que andan menos recojidos ó mas ocupados y divertidos en cosas esteriores, y de aqui les viene un espíritu reformativo de vidas agenas olvidándose de sí mismos. Dicen los Santos que la simplicidad es hija de la humildad, porque el verdadero humilde tiene los ojos abiertos solamente para ver sus faltas y cerrados para ver las de sus prójimos, y halla en sí siempre tanto que mirar y que llorar, que no se le levantan los ojos ni el pensamiento á mirar faltas agenas. Y asi, si uno fuese verdadero humilde, lejos estaria de esos juicios. Por lo cual dan los Santos este remedio por muy importante, así para esto como para otras muchas cosas, que traigamos los ojos abiertos solamente para ver nuestras faltas (1), y cerrados para ver las faltas de nuestros prójimos, y que no seamos como los hipócritas que reprende Cristo en el Sagrado Evangelio (2), que ven la paja en los ojos de su vecino y no ven la viga que traen atravesada en los suyos, porque el traer siempre los ojos en nuestros propios defectos trae consigo grandes bienes y provechos, trae humildad y confusion, trae temor de Dios y recogimiento de corazon, trae grande paz y sosiego. Pero el andar mirando defectos agenos trae consigo grandes males é inconvenientes, como son soberbia, juicios temerarios, indignacion contra mi hermano y desestima de él, desasosiegos de conciencia, celos indiscretos y otras cosas que turban el corazon. Y si alguna vez viéredes algun defecto en vuestro prójimo, dicen los Santos, sea para sacar fruto de ello. San Buenaventura enseña un buen modo para esto, dice (3): «cuando viéredes en vuestro hermano alguna cosa que os desagrada, antes que le juzgueis, volved los ojos adentro, mirad si hay

(1) Facti estis judices cogitationum iniquarum. *Jacobi* II, 4.
(2) In similitudinem arioli, et conjectoris aestimat quod ignorat. *Prov.* XXIII, 7.
(3) Bonavent. *in stimulo amoris, cap.* 10.
(4) Spiritualis autem judicat omnia. I. *ad Cor.* II, 15.

(1) Ut sciam quid desit mihi. *Ps.* XXXVIII, 5.
(2) Quid autem vides festucam in oculo fratris tui, et trabem in oculo tuo non vides? *Matth.* VII, 3.
(3) Bonavent. *in reg. novis cap.* 12.

en vos alguna cosa digna de reprension; y si la hay, tornad la sentencia contra vos mismo, y condenaos en aquello en que queríades condenar al otro, y decid con el Profeta: "Yo soy el que he pecado, yo soy el que he obrado mal (1)." ¡Yo soy el malo y el perverso que no merecia besar la tierra que el otro pisa y me atrevo á juzgarle! ¿Y qué tiene que ver aquello que yo veo en mi hermano con lo que yo sé de mí?» San Bernardo enseña otro modo muy bueno, que podemos tener en esto: «Si viéredes alguna cosa en otro que os desagrada, volved luego los ojos á vos y mirad si teneis aquello, y quitadlo. Y cuando veis alguna cosa en vuestro hermano que os agrada, volved tambien los ojos á vos, y mirad si teneis aquello, y si lo teneis, procurad conservarlo, y si no lo teneis, procurad alcanzarlo (2).» De esta manera de todo sacaremos provecho.

Santo Tomás pone otras raices de estos juicios. Dice (3) que suelen nacer algunas veces de tener uno maleado el corazon, y por lo que él ha hecho ó haria juzga á los demas, conforme á aquello del Sábio: "Andando el necio por el camino, como él es necio, á todos los juzga necios (4);" que es en buen romance lo que dice el refran: «Piensa el ladron que todos son de su condicion.» Asi como cuando uno mira por un vidrio azul, todo le parece azul; y si mira por un vidrio colorado, todo le parece colorado; asi al malo y al imperfecto todo le parece malo, y todas las cosas echa á mala parte, porque las mira por vidrio de esa misma calidad; porque él hace las cosas de aquella manera y por aquellos fines y respetos, piensa que asi las hacen los demas. A estos les cuadra bien aquello que dice San Pablo: "A vos mismo os condenais en esos juicios, vos haceis aquello que juzgais (1)." El que es bueno y virtuoso siempre echa las cosas á la mejor parte, aunque haya algunos indicios que hagan la cosa dudosa. Y el echarlas á la peor parte, no es buena señal. Dice San Doroteo (2) que asi como el que tiene buena complexion y buen estómago, aun el manjar malo convierte en buena sustancia; y por el contrario, el que tiene mala complexion y mal estómago, el buen manjar convierte en mal humor, asi es tambien en esto, que el que tiene buena alma y trata de virtud, todo lo convierte en bien, todo lo echa á buena parte; pero el que no trata de virtud, todo lo convierte en mal humor, echando las cosas á mala parte.

Añaden mas los Santos, que aun cuando lo que se ve fuese claramente malo, aunque no es pecado juzgar por malo lo que de cierto lo es; pero que entonces se ha de echar de ver la virtud y perfeccion de uno, procurando escusar á su prójimo en cuanto pudiere. Dice San Bernardo (3): «Si no podeis escusar la obra, escusad la intencion: pensad que fué alguna inconsideracion ó ignorancia; pensad que debió de ser olvido natural; pensad que fué algun súbito y primer movimiento.» Si amásemos al prójimo como á nosotros mismos, y le mirásemos como á otro yo, pues que el amigo es otro yo: *amicus est alter ego*, no nos faltarian modos y maneras para escusarle. ¡O cómo se escusa el hombre á sí mismo! ¡cómo se defiende! ¡cómo disminuye y aligera sus culpas! asi haríamos con nuestro prójimo si

(1) Ego sum qui peccavi, ego inique egi. II *Reg.* XIV, 17.

(2) Cum vides aliquid, quod tibi displicet, vide si hoc est in te, et abscinde.—Si vero vides aliquid, quod tibi placet, vide si hoc est in te, et tene, et si non est, assume. *Bernard. in for. honestae vitae, in documento ibi addit.*

(3) S. Thom. 2-2, q. 60 art. 3.

(4) Sed et in via stultus ambulans, cum ipse insipiens sit, omnes stultos aestimat. *Eccles.* X, 3.

(1) In quo enim judicas alterum, teipsum condemnas; eadem enim agis, quae judicas. *Ad Rom.* II, 1.

(2) Doroteus, *doctrin.* 26.

(3) Excusa intentionem, si opus non potes; puta ignorantiam, puta subreptionem, puta casum. *Bernard, serm.* 40. *super Cant.*

le amásemos como á nosotros mismos. Y cuando la falta es tan evidente y culpable que no da lugar á escusa, dice San Bernardo, pensad que fué muy grave y vehemente la ocasion y tentacion que tuvo, y decid dentro de vuestro corazon: si aquella tentacion me combatiera á mí con tanta fuerza como combatió á aquel, y el demonio tentador tuviera tanto poder para tentarme á mí como tuvo para tentar á aquel, ¿qué fuera de mí? De nuestro P. San Ignacio leemos (1) que, cuando la obra era tan evidentemente mala que no daba lugar á escusa ni tenia otra salida, suspendia su juicio, y asíase á la Escritura, y decia: "No querais juzgar antes de tiempo (2);" y á aquel otro dicho del Señor á Samuel: "Dios solo es el que mira los corazones (3);" y á aquello de San Pablo: «en el acatamiento del Señor está cada uno en pié ó caido (4).»

Otra raiz de esto, y muy principal, pone Santo Tomás, y dice que muchas veces suelen nacer los juicios de tener uno alguna aversion, alguna envidia ó emulacion con aquel á quien juzga: porque esto inclina mucho á que le parezcan mal sus cosas y á que las eche á la peor parte por livianos indicios que haya, porque fácilmente cree uno aquello que desea (5). Esto se ve bien por lo contrario, porque cuando uno tiene mucho amor á otro, luego le parecen bien todas sus cosas, y está tan lejos de interpretar y echarlas á mala parte, aunque las vea no tales, que antes las escusa y aligera; porque "el amor no piensa mal (6)." Una misma falta y unos mismos indicios, ¡cuán diferente viso hacen en aquel que amais y en aquel á quien teneis alguna aversion! Cada dia esperimentamos esto, que las cosas de este os dan en rostro, y hará otro por ventura mas que eso, y no os ofende ni reparais en ello. Lo uno y lo otro dijo muy bien el Sábio: "El odio despierta rencillas; empero la caridad, por el contrario, todo lo cubre y hace que no se echen de ver las faltas (1)." Y asi el juzgar es falta de amor. De ahí es tambien, que aun lo que no es falta en nuestro hermano, nos dá muchas veces en rostro; sus meneos, sus pláticas, su modo de proceder y aun algunas veces lo que es virtud; de donde se sigue, que asi como la simplicidad ayuda mucho para conservar la caridad de unos con otros, asi tambien la caridad ayuda mucho para que haya simplicidad: dánse la mano estas dos virtudes como buenas hermanas.

Ayudarános tambien mucho á esto considerar atentamente la astucia y malicia del demonio que nos quiere quitar la estima y consiguientemente el amor de nuestros hermanos por unas cosillas que algunas veces no son faltas, y si lo son, son tan livianas que no pueden carecer los hombres de semejantes faltas, porque en esta vida no hay hombre que no tenga faltas y pecados veniales. Dice el Apóstol y Evangelista San Juan en su Canónica: "si dijéremos que no tenemos pecado, engañámonos y no decimos la verdad (2)." Y el Sábio dice: "siete veces caerá el justo (3);" quiere decir muchas veces, y no por esto deja de ser justo. Pues por lo que uno no deja de ser justo, ni pierde un punto de la gracia de Dios, no es razon que pierda con vos, porque el verdadero amor de caridad no está preso de alfileres, ni está fundado en palillos, como las amis-

(1) Lib. 5, cap. 6, *vitae Patris nostri Ignatii.*
(2) Nolite ante tempus judicare. *I. ad Cor.* IV, 5.
(3) I. Reg. XVI, 17.
(4) Ad Rom. XIV. 3.
(5) Quia unusquisque faciliter credit, quod appetit. S. *Thom. ubi supra.*
(6) Charitas non cogitat malum. *I. ad Cor.* I, 5.

(1) Odium suscitat rixas, et universa delicta operit charitas. *Prov.* X, 12.
(2) Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus et veritas in nobis non est. *I. Joann.* I, 8.
(3) Septies enim cadet justus. *Prov.* XXIV, 16.

tades del mundo que se pierden por cualquier niñería y por solo que no hicistes un cumplimiento con vuestro amigo. El amor de caridad está fundado en Dios, que no puede faltar; pues imitemos aquellas entrañas y condicion de Dios, que no nos deja de querer y amar aunque estemos tan llenos de faltas é imperfecciones y de pecados veniales, como estamos, ni se disminuye por eso un punto de su amor. Dios me sufre á mí tantas faltas é imperfecciones, y yo no puedo sufrir una falta pequeña de mi hermano, sino que luego me dá en rostro, y me enfada, y quedo amargado y desabrido con él! Muestra dais en esto que no es vuestro amor puro de caridad y por Dios, porque si lo fuese, lo que no enoja á Dios no os habia de enojar y disgustar á vos. Lo que no enoja á nuestro Dueño y Señor, no es razon que enoje á sus siervos y criados: aquel es hijo de Dios, y muy querido y amado suyo; pues si Dios le ama y estima, razon es que tambien vos le ameis y estimeis (1).

Añádese á esto una doctrina de San Gregorio (2), y es comun de los Santos. Dicen que algunas veces Dios nuestro Señor, á los que dá grandes dones, les niega otros menores y los deja con algunas faltas é imperfecciones por alta y secreta dispensacion y providencia suya, para que viendo que desean y procuran quitar un mal siniestro y una mala condicion que tienen y que nunca acaban, sino que proponiendo tantas veces, con todo esto faltan, anden siempre humillados y confundidos, y entiendan que menos podrian de sí las cosas mayores, pues no pueden las menores. De manera, que puede uno por una parte tener mucha virtud y mucha perfeccion y ser Santo; y por otra tener juntamente con eso algunas faltas é imperfecciones, que le ha dejado Dios para ejercicio suyo y para que con eso se conserve con humildad en los dones que tiene. Pues de aqui habemos de sacar para nuestro propósito, que no debemos juzgar ni desestimar á nadie por tener algunas faltas de estas, ni estimaros, ni preferiros vos por pareceros que no teneis aquellas faltas: acordaos de esto que dice San Gregorio, que aquel con aquello puede ser perfecto, y vos sin ello podeis ser imperfecto, y de esa manera conservareis en vos por una parte la humildad, y por otra estima y amor de vuestro hermano y el no juzgarle ni tenerle en menos por aquello.

(1) Charissimi, si sic Deus dilexit nos, et nos debemus alterutrum diligere. *I. Joann.* V, 11.

(2) Greg. *libr.* 34. *Moral. cap.* 15. *et in pastor. p.* 4. *in fin. et* 3. *Dialogorum. cap.* 14.

CAPITULO XVII.

En que se confirma lo dicho con algunos egemplos.

En las vidas de los Padres se cuenta del abad Isaac, que viniendo un dia de la soledad en que vivia á una Congregacion de monges, juzgó mal de uno, teniéndole por digno de pena, porque vió en él algunos indicios de poca virtud. Yendo despues de vuelta hácia su celda, halló á la puerta de ella un ángel que el Señor le habia enviado para que le dijese que dónde queria ó mandaba que echase aquel monge á quien él ya habia juzgado y condenado. Entonces el abad, conociendo la culpa, pidió al Señor perdon. El ángel le dijo que el Señor le perdonaba por entonces, y que para adelante se guardase mucho de hacerse juez, ni dar sentencia contra nadie antes que el Señor, que era juez universal, le juzgase.

Cuenta San Gregorio (1) de Casio, obispo Narniense, gran siervo de Dios, que era naturalmente muy colorado y encendido de rostro. Viéndole Totila, Rey de Godos, juzgó que aquello era de beber bien. Pero el Señor tuvo cuidado de volver luego por

(1) Greg. *lib.* 3. *Dial. cap.* 6.

la honra de su siervo, permitiendo que el demonio entrase de repente en un criado suyo, el que llevaba su estoque, y que le atormentase delante del Rey y de todo su ejército. Llevaron el endemoniado al Santo, y haciendo sobre él oracion y la señal de la Cruz, le libró luego del demonio; por lo cual el Rey mudó su juicio, y le tuvo en mucho de allí adelante.

En las vidas de los Padres se cuenta que habia dos monges muy santos y muy hermanos, á los cuales nuestro Señor habia hecho esta gracia, que cada uno de ellos via en el otro la gracia de Dios que en él moraba, por alguna señal visible que allí no se dice cuál era. Salió uno de ellos un viernes por la mañana fuera de la celda y vió á un monge comiendo, y como le viese, sin mas examinar la necesidad ó causa que tenia para comer tan de mañana, le dijo: «¿pues cómo á esta hora comes siendo hoy viernes?» pareciéndole aquello falta en el otro. Cuando volvió á la celda, entristecióse mucho el monge compañero, porque no vió en él la señal que solia de la gracia de Dios, y díjole: «Hermano, ¿qué has hecho despues que saliste?» Él respondió que no sabia de sí que hubiese hecho algun mal. Replicóle entonces el compañero: «¿has por ventura hablado alguna palabra ociosa?» Él luego se acordó de lo que habia dicho y juzgado del otro monge, contóle lo que pasaba y ayunaron ambos dos semanas en penitencia de aquella culpa, y pasadas, vió la señal que solia.

En las Crónicas de San Francisco (1) se refiere una vision maravillosa que mostró el Señor á Fray Leon, uno de los compañeros de San Francisco. Via gran número de Frailes Menores en procesion muy resplandecientes y hermosos, entre los cuales vió uno mas glorioso, de cuyos ojos salian rayos mas resplandecientes que los del sol, y eran tan claros y hermosos que no le podia mirar al rostro. Y preguntando el santo Fray Leon quién era aquel Fraile de tan claros y resplandecientes ojos, fúele respondido que era Fray Bernardo de Quintaval, primer compañero de San Francisco, y que el tener los ojos con tanta luz y resplandor era porque siempre juzgaba á la mejor parte cuanto via en los otros, y tenia á todos por mejores que á sí. Cuando via á los pobres y remendados, decia: «estos mejor guardan la pobreza que tú;» y los juzgaba como si voluntariamente prometieran y quisieran aquella pobreza. Y cuando veia á los ricos y bien vestidos, decia con mucha compuncion: «por ventura estos traen silicios debajo, y secretamente castigan su carne y esteriormente se visten de esta manera por huir la vanagloria, y asi puede ser que sean mejores que tú,» y que por esta sencilléz de ojos le daba el Señor aquella particular gloria en ellos. Esto habemos nosotros de imitar. Dice San Doroteo: «cuando entrais en la celda de otro y lo veis todo descompuesto, ó al hermano que anda desaliñado, decid allá en vuestro corazon: ¡oh dichoso y bienaventurado hermano, que todo anda embebecido en Dios, y asi no mira en estas cosas! y cuando le viéredes muy compuesto y aseado, decid: asi tiene el alma (1).»

En las mismas Crónicas se cuenta (2) que, predicando San Francisco por Italia, halló en un camino un hombre pobre y muy enfermo, del cual, habiendo piedad y compasion, comenzó á hablar con su compañero con palabras compasivas de la enfermedad y pobreza de aquel pobre, y el compañero dijo: «hermano, verdad es que este

(1) 1. p. l. 6. c. 9. Hist. Ord. Min. et refert etiam Marcus Marulus.

(1) Doroteus, *doctrin.* 16.
(2) Cap. 38.

parece muy pobre, mas por ventura será mas rico en los deseos que cuantos hay en esta tierra.» Reprendióle luego San Francisco de esta palabra y temerario juicio muy ásperamente, diciendo: «hermano, si quieres andar en mi compañía has de hacer la penitencia que yo te diré, por este pecado contra tu prójimo.» El fraile se ofreció con mucha humildad y conocimiento á toda penitencia, y mandóle el P. San Francisco que se despojase, y desnudo se echase á los pies de aquel pobre y confesase que habia pecado murmurando contra él, y le pidiese perdon, y que rogase por él á nuestro Señor. Y el compañero cumplió luego muy enteramente la penitencia que le fué impuesta.

Del mismo San Francisco se cuenta allí (1) que estando él ciego un tiempo por la enfermedad de los ojos causada de muchas y contínuas lágrimas, fué á buscar á Fr. Bernardo para consolarse con él hablando de Dios, porque tenia gracia especial de hablar de Dios, y por eso muchas veces gastaban toda la noche hablando de cosas espirituales y del cielo. Llegando á la celda, que era apartada en la montaña, estaba Fr. Bernardo arrebatado en oracion, y el santo varon llamóle de junto á la celda diciendo: «Fr. Bernardo, ven á hablar á este ciego.» Mas como estaba todo suspenso en Dios, ninguna cosa oia ni respondió al Santo. Y pasado algun intervalo tornóle á llamar otra vez: «hermano Fr. Bernardo, ven á consolar á este pobre ciego.» Como Fr. Bernardo no respondiese, tornóse San Francisco muy triste y murmurando entre sí que Fr. Bernardo llamado muchas veces no le habia querido responder. Yendo asi el Santo quejándose por el camino y confuso, apartóse del compañero y púsose en oracion sobre esta duda, de cómo Fr. Bernardo no le respondiera, y luego oyó la respuesta de Dios que le reprendió y le dijo: «¿por qué te turbas, hombrecillo? ¿Es por ventura razon que deje el hombre á Dios por la criatura? Fr. Bernardo, cuando tú le llamabas, estaba conmigo y no consigo, por tanto no podia venir á ti ni responderte alguna cosa, porque no te oia;» y luego el Santo Padre se tornó á Fr. Bernardo muy apriesa para se acusar y recibir de él penitencia de aquel pensamiento. Y hallándole que salia de oracion, se echó á sus pies diciendo su culpa y dándole cuenta de la reprension que el Señor le habia dado, y mandó á Fr. Bernardo por obediencia que hiciese en él por penitencia lo que él le mandase hacer; mas recelándose Fr. Bernardo que le mandase el Santo hacer alguna cosa de estremo en humildad, como lo solia hacer en su propio menosprecio y castigo, queriendo por algunas razones escusarse dijo: «dispuesto estoy, Padre, para hacer lo que me mandares, con tanto que prometas tambien tú de hacer lo que yo te dijere;» de lo cual el Santo Padre fué contento, como el que estaba mas pronto para obedecer que para mandar. Entonces dijo el Santo: «por santa obediencia te mando que, para castigo de mi presuncion, estando yo postrado en tierra, pongas tus pies el uno sobre mi pescuezo y el otro sobre mi boca, y asi pases tres veces sobre mí pisándome el pescuezo y la boca, diciendo las palabras que yo merezco: «está ahí en tierra villano, hijo de Pedro Bernardon, ¿de dónde te vino tanta soberbia siendo tú tan bajo y vil?» Oyendo esto Fr. Bernardo, estuvo en duda de lo hacer: mas por la obediencia y por no enojar al Santo Padre, lo hizo con la mayor reverencia que pudo. Esto hecho, dijo San Francisco: «ahora manda tú lo que quisieres por santa obediencia.» Dijo Fr. Bernardo: «por santa obediencia te mando que, cuando ambos estuviéremos juntos,

(1) Cap. 75.

me reprendas de mis defectos muy ásperamente.» Quedó el Padre San Francisco con esto muy penado, porque le tenia en mucha reverencia por su santidad, y de allí adelante no estaba el santo mucho tiempo con Fr. Bernardo por no tener ocasion de reprender tan santa alma; mas cuando le iba á ver ó á oir hablar de Dios, brevemente se despedia de él.

Cuenta Surio (1), que una vez vino el sacerdote de la iglesia á visitar al santo abad Arsenio que estaba enfermo: hallóle sobre una alfombra y á la cabecera una almohada. Venia con el sacerdote un monge viejo, el cual hallando asi á Arsenio, comenzó á desedificarse, pareciéndole que era aquello mucho regalo para un hombre que decian ser tan santo, no conociendo quién era Arsenio. Entonces el sacerdote, que era prudente, apartó un poco al viejo y preguntóle: «ruégote, Padre, que me digas cuál era tu vivienda antes que fueras monge.» Él respondió que era muy pobre, y que no tenia hacienda ni vivienda particular. Entonces le replicó el sacerdote: «Pues sabe que Arsenio, antes que fuese monge, era persona muy regalada y principal, ayo de los príncipes y que rodaba el oro por su casa; y un hombre tal como este, haber dejado todo eso y venir á esta pobreza y humildad, ya ves si es de admirar, y si es mucho regalo para un hombre criado en tanta abundancia, y ahora viejo y enfermo, la alfombra y almohada que tiene.» Quedó con esto confundido y convencido el viejo.

Casiano cuenta (2) del abad Maquete, que tratando y enseñando que no habiamos de juzgar á nadie, contaba de sí que habia él juzgado á los monges particularmente de tres cosas. La primera era, que á algunos monges se les hacia en lo interior de la boca una hinchazon que les daba mucha pena, y ellos por librarse de ella se la curaban y hacian abrir, lo cual juzgaba él por falta y poca mortificacion. La segunda, que algunos, aflojando un poco en el rigor de la vida áspera, que hacian, por alguna necesidad que tenian, usaban de una manta hecha de pelos de cabra para acostarse sobre ella ó cubrirse, y juzgaba él que era esto demasiado regalo y contra el rigor que como monges debian guardar. La tercera, que venian hombres seglares y, movidos de devocion, pedian á los monges que les diesen aceite bendito, y ellos lo bendecian y se lo daban; y pareciale á él que esto era mucha presuncion y dar á entender que eran santos. Y confiesa él mismo que, en castigo de estos juicios culpables, Dios le habia dejado caer en todas tres cosas, y que habia hecho lo mismo que condenaba en los otros; porque él tuvo la hinchazon de la boca, y compelido del gran dolor y tormento que le causaba y de la amonestacion de los mayores, se la curó y hizo abrir; y por necesidad de esta misma enfermedad usó de la dicha manta; y constreñido de la grande instancia é importunacion de los seglares, les dió tambien el aceite bendito. Y concluye amonestando á todos con su ejemplo, que teman y huyan con gran cuidado este vicio, diciendo que vendrán á caer en lo mismo que juzgaren, como á él le aconteció.

Cuenta Anastasio, abad del monasterio del Monte Sinaí, que floreció en la sexta sínodo, que hubo en su monasterio un monge que no acudia tanto á las cosas de la comunidad, coro, ayunos, disciplinas, etc. y asi no era tenido por tan buen religioso: viene la hora de su muerte, hállanle con grande alegria. Repréndele de ello Anastasio: «¿Cómo? ¿y un Monge, que tan flojamente ha vivido, rie y está ahora tan alegre?» Respondió el Monge: «no te espantes, ó Padre, que el Señor me envió un ángel que

(1) Surius *in vita sancti abbatis Arsenii, mense julii.*
(2) Cassian. *lib. 5, dejust. renuntiantium, cap. 30.*

me ha dicho que me tengo de salvar, porque cumplirá su palabra: "No querais juzgar, y no sereis juzgados; perdonad, y sereis perdonados (1)." Y aunque es verdad que yo no acudia tanto á las cosas de la comunidad, parte por mi flojedad, parte por mi poca salud; pero sufria que me maltratasen, y perdonábalos de corazon, y no los juzgaba; antes escusaba lo que hacian ó decian; por tanto estoy alegre.»

CAPITULO XVIII.

De otras maneras de union y amistades no buenas.

Ya habemos tratado de la union y amor bueno y espiritual: ahora iremos tratando de tres maneras que hay de union y amor no bueno, no espiritual, sino malo y perjudicial. San Basilio en las constituciones monásticas dice (2) que los religiosos han de tener mucha union y caridad unos con otros; pero de tal manera, que no haya amistades, ni aficiones particulares, juntándose dos ó tres entre sí para tenerlas, porque esa no será caridad, sino division y sedicion; y esto aunque las tales amistades parezcan buenas y santas. Y en el sermon primero de *Institutionibus Monachorum*, descendiendo en esto mas en particular, dice: «Si se hallare que alguno tiene mas aficion á un religioso que á otro, aunque sea por ser su hermano carnal, ó por otro cualquier respecto, ese tal sea castigado como injuriador de la caridad comun.» Y dá la razon allí, y mas de propósito en el sermon siguiente, de cómo hace en esto injuria á la comunidad: «Porque el que ama á uno mas que á otro, dá claras muestras que no ama á los otros perfectamente, pues no los ama tanto como á aquel, y así con eso ofende á los otros y hace injuria á toda la comunidad (1).» Y si ofender á solo uno es cosa tan grave que dice el Señor (2) que es tocarle á él en las niñetas de sus ojos, ¿qué será ofender á toda una comunidad, y tal comunidad? Y así encarga allí mucho San Basilio á los religiosos, que en ninguna manera amen mas particularmente á unos que á otros, ni comuniquen singularmente mas con unos que con otros; porque no hagan agravio á ninguno ni dén ocasion de ofension á nadie (3), sino que tengan un amor y caridad comun y general á todos, imitando en esto la bondad y caridad de Dios, el cual envia su sol y su lluvia sobre todos igualmente (4). Y dice el Santo (5) que estas amistades particulares son en la Religion grande seminario de envidias y de sospechas, y aun de odios y enemistades; y mas, son causa de que haya divisiones, corrillos y aliados, que es la peste de la Religion; porque allí descubre uno sus tentaciones, otro sus juicios, este sus quejas, aquel otras cosas secretas que se habian de callar; allí hay murmuraciones y calificaciones del uno y del otro, y algunas veces del superior; allí se pegan unos á otros las faltas, de modo que cada uno saca las del otro en pocos dias; y finalmente, son causa estas amistades de que se quebranten muchas reglas y de que haga uno muchas cosas que no debe, por corresponder con su amigo, como lo esperimentan bien los que las tienen.

---

(1) Nolite judicare, et non judicabimini; dimittite, et demittemini. *Lucae* VI, 37.
(2) Basil. *in const. Monast. c.* 30.

(1) Quod si quis inventus fuerit, qui majori quadam animi propensione monachum fratrem, vel propinquum, vel alium quemvis, quavis de causa videatur diligere; hunc castigare oportebit, ut injurium publicae charitati..... Qui enim unum aliquem magis quam caeteros diligit, is quod non perfecte caeteros diligat de se ipso inditio est. *Basil. ib.*
(2) Zacar. II, 8.
(3) Nemini dantes ullam ofensionem. II. *Cor.* VI, 3.
(4) Qui solem suum oriri facit super bonos, et malos, et pluit super justos, et injustos. *Matth.* V, 45.
(5) Basil. serm. 2. *de instit. Monach.*

San Efren, tratando de estas amistades y familiaridades, dice que es muy grande el daño que causan en el ánima (1). Y asi es menester que huyamos y nos guardemos mucho de ellas y que vamos siempre en este fundamento, que acá en la Religion no ha de haber amigos particulares con familiaridades y singularidades que puedan ofender á la comunidad; nuestra amistad ha de ser espiritual, no fundada en carne y sangre, ni en trato y familiaridad, ni en otros títulos y fundamentos humanos, sino en Dios nuestro Señor, que todo lo abraza, y asi ha de haber una igualdad de amor con todos, como á hijos de Dios y hermanos de Cristo. No consintamos en ninguna manera que nuestro corazon sea cautivo de criatura alguna, sino de solo Dios. En las Crónicas de la órden de San Francisco se cuenta (2) del santo varon Fr. Juan de Luca, que se retiraba y huia mucho de conversaciones y familiaridades, y un su aficionado que deseaba aprovecharse de su conversacion quejósele una vez diciendo que por qué era tan esquivo y tan seco en su trato con los que le querian bien; respondió el siervo de Dios: «por vuestro bien lo hago, porque cuanto mas con Dios fuere unido, mas provechoso seré á los que me quieren bien, y esas vuestras blandas amistades me apartan alguna cosa de Dios, y asi á vos y á mí hacen daño.»

CAPITULO XIX.

De la segunda manera de amistades y juntas no buenas.

Otra segunda manera de amistades particulares hay diferentes de las pasadas, porque tienen otro fin diferente, y no son menos perjudiciales á la comunidad y á la union y caridad fraterna, sino antes mas; y son cuando uno, deseando subir y valer y ser tenido y estimado, se junta y allega á aquellos que le parece le podrán ayudar á eso. Casiano dice (1) que asi como las enfermedades grandes del cuerpo poco á poco se van engendrando, asi las enfermedades espirituales y males grandes del alma se van tambien engendrando poco á poco. Pues declaremos ahora cómo se va engendrando en el alma esta enfermedad, y juntamente iremos diciendo el camino ordinario por donde se suele venir á malear y á perder un estudiante religioso. Sale uno del noviciado aprovechado con la gracia del Señor y con mucha estima de las cosas espirituales y mucha aficion á ellas, como es razon que salga; vá á los colegios, y allí con el fervor de los estudios comienza á aflojar en los ejercicios espirituales, ó dejándolos en parte ó haciéndolos por costumbre y cumplimiento, sin sacar fruto de ellos, que viene á ser lo mismo. Pasa adelante, y como ya por una parte le van faltando las armas espirituales por no hacer sus ejercicios como debe, y por otra la ciencia hincha y desvanece (2), va poco á poco teniendo grande aprecio y estima de lo que es ingenio y talentos, y perdiéndola de lo que es virtud y humildad. Esta es la puerta por donde entra y comienza de ordinario todo el desconcierto y daño de los estudiantes, y asi se debe advertir mucho para prevenirlo: va descreciendo en ellos el aprecio y estima de lo que es virtud, humildad, mortificacion, y de todo lo que toca á las cosas espirituales de su aprovechamiento, y creciendo el aprecio y estima de lo que es letras y habilidad, pareciéndoles que por allí han de medrar y valer y ser tenidos y estimados, y asi comienzan

(1) Familiaritates, ac colloquia ejusmodi, haud exiguum detrimentum pariunt animae. *S. Ephr. tom. 1. pag. 51.*
(2) 3. p. lib. 5. c. 49. *Hist. ordin. Minorum.*

(1) Cassian. *collat. 6 abbatis Theodori,*
(2) *I. ad Cor.* VIII, 1.

á poner la mira en eso y desean que los tengan por de buenos ingenios y talentos, y para eso desean que les salga bien el argumento y las conclusiones, y beben los vientos por eso, y buscan ocasiones para lucir y mostrarse y por ventura para deslustrar y deshacer á otros porque no les lleven la ventaja. De aquí pasan adelante y comienzan á procurar agradar al maestro y al Padre grave y á todos aquellos que piensan les podrán ayudar y apoyar con los prelados, y traban con ellos amistad, todo en órden á subir y valer y á ser tenidos y estimados, y á que les sean favorables en sus cosas.

Esta es una cosa de las mas perjudiciales y perniciosas que puede haber en la Religion, y de las mas contrarias á la union. Porque ¿qué mayor mal puede entrar en la Religion que entrar en ella la ambicion y la pretension? ¿Y qué mayor pestilencia se nos podia entrar acá, que irsenos entrando este lenguage: «que ya es menester que mire el hombre por sí y que se ayude de otros; porque sino, se quedará olvidado y arrinconado y no harán caso de él, y que ya van tambien acá las cosas de esa manera.» Dios nos libre de tan mal lenguage, y mucho mas de que haya quien comience á sembrar esta ponzoña en el corazon del otro inocente, y del otro que estaba tan apartado de eso, y les abra los ojos para su perdicion. Muy diferente es de eso la verdad de lo que profesa la Compañía. Dice nuestro Padre en la décima parte de las Constituciones (1): «Todos los de la Compañía se den á las virtudes sólidas y perfectas y á las cosas espirituales, y se haga de ellas mas caudal que de las letras y otros dones naturales y humanos.» Esto es lo que estima y precia la Compañía: por eso, no os engañe la serpiente antigua con su astucia y veneno, persuadiéndoos que, traspasando los mandamientos de vuestros mayores y comiendo de lo vedado, sereis como dioses (1). No os haga creer que por ahí crecereis y sereis honrado y estimado, que miente como quien es, que no sereis sino desestimado; y si vais por estotro camino de la virtud, haciendo siempre mas caudal de las cosas espirituales y de lo que toca á vuestro aprovechamiento, de esa manera medrareis, y os levantará el Señor en lo uno y en lo otro: daraos la virtud que deseais y tambien honra y estimacion; sereis tenido y estimado delante de Dios y delante de los hombres.

Tenemos en confirmacion de esto una historia muy á propósito en el tercero libro de los Reyes. Cuenta la Sagrada Escritura que dijo Dios á Salomon que pidiese lo que quisiese y se lo daria. Puso Salomon los ojos en la sabiduría, y pidióla á Dios, y dice la Escritura: "Contentóse Dios tanto de que Salomon hubiese puesto los ojos en la sabiduría, que le dijo: ¿por qué me pediste eso, y no me pediste larga vida, ni riquezas, ni victoria y venganza de tus enemigos, yo te doy la sabiduría; y de tal manera te la doy, que serás llamado el Sábio por escelencia, porque ni antes ni despues de tí ha habido ni habrá otro semejante (2)." Y más, que es lo que hace á nuestro propósito, fué tanto lo que se agradó Dios de que Salomon hubiese acertado á escoger y pedir, que no se contenta con darle la Sabiduría que le pidió, y tan largamente como se la dió, sino que tambien le dá lo que no le pidió: eso y esto otro le dá Dios.

(1) 10. p. Const. VI, §. 2. et regul. 1 summarii.

(1) Eritis sicut dii. *Genes.* III, 5.

(2) Placuit ergo sermo coram Domino, quod Salomon postulasset hujuscemodi rem, et dixit Dominus Salomoni: Quia postulasti verbum hoc, et non petisti tibi dies multos, nec divitias aut animas inimicorum tuorum, sed postulasti tibi sapientiam, ad discernendum judicium: ecce feci tibi secundum sermones tuos, dedi tibi cor sapiens, et intelligens, in tantum ut nullus ante te similis tui fuerit, nec post te surrecturus sit. III. *Reg.* III, 10.

"Porque pediste tan acertadamente, yo te daré tambien lo que no me pediste, riquezas y honra, y eso con tanta abundancia, que no haya habido jamás entre los reyes otro semejante á tí (1)." Pues asi hará tambien Dios con vos, si acertais á escoger y á poner los ojos en la verdadera sabiduría, que es en las verdaderas y sólidas virtudes; daráos la virtud que deseais y en que pusisteis los ojos, porque le agrada eso mucho á Dios; y daraos tambien la honra y estimacion en que vos no pusiste los ojos; esto y estotro os dará Dios. Y asi lo vemos por esperiencia, que esos son los tenidos y estimados delante de Dios y delante de los hombres (2). Porque palabra es de Dios, que el que se humillare será ensalzado, y mientras mas os humilláredes y diéredes á la virtud, mas ensalzado y estimado sereis; y mientras mas huyéredes la honra y estimacion, ella os irá siguiendo más, como la sombra al que huye de ella. Y esos otros ambiciosos, y que como los camaleones andan papando aire para quedar hinchados y parecer grandes, mientras mas la pretendieren, mas huirá de ellos la honra; porque por donde piensan subir bajan, y por donde piensan ser tenidos y estimados, son desestimados; porque vienen á ser tenidos por soberbios, inquietos y perturbadores de la Religion, y asi no falta sino echarlos fuera de ella como á miembros dañados y podridos para que no inficionen á otros.

Pues volviendo á nuestro punto, digo que acá en la Religion, asi como habemos de estar muy lejos de ambiciones y pretensiones, asi tambien lo habemos de estar de trabar estas amistades que se ordenan á esto; no habemos de ser allegados de nadie, ni ha de haber acá: "Yo soy de Pablo, yo de Apolo y yo de Zefas (1)." No soy de este, ni de aquel, sino de mi superior: con él tengo de estar unido, y con ninguno en particular. No habemos menester en la Compañía padrinos, ni apoyos, ni andar en cumplimientos, ni lisonjeando á nadie, que no somos pretendientes, ni venimos acá á pretender sino nuestra salvacion. Sed vos buen religioso y tratad de veras de eso á que venistes á la Religion, y no habreis menester sino á Dios. Ese es el que tiene paz y descanso en la Religion, y los otros nunca lo tendrán, como ellos mismos lo esperimentan y confiesan. Habíase de afrentar un religioso de que le tengan por hombre que anda buscando estos patrocinios y ganando voluntades y lisonjeando por ventura á otros para que le apoyen y hagan espaldas, porque arguye eso grande imperfeccion y gran flaqueza. La casa que ha menester apoyos, flaca está, para caer está; el árbol que ha menester rodrigones, tierno está, poco firme y arraigado está. Asi si vos andais á buscar rodrigones y apoyos, tierno estais, poco arraigado estais en la virtud y aun en la Religion. Y asi avisa nuestro Padre general (2) muy en particular de esto á los estudiantes, y dice que en ninguna manera se ha de permitir que se arrimen á Padres antiguos, ni los tengan por padrinos; y á los mismos Padres antiguos les avisa que se guarden de semejantes patrocinios, y mucho mas se han de guardar de querer que otros se alleguen á ellos y se quieran valer de ellos y de ofrecerles que les ayudarán en todo lo que hubieren menester, y mucho mas, de que haya quien tome como por honra y autoridad que acudan á él, y se sienta de que no lo hagan, pareciéndole que aquello es no le estimar, y hacer poco

(1) Sed, et haec, quae non postulasti, dedi tibi, divitias scilicet, et gloriam, ut nemo fuerit similis tui in regibus cunctis retro diebus. *Ib.*

(2) *Lucae* XIV, 11, *et Lucae* XVIII, 14.

(1) Ego quidem sum Pauli: ego autem Apollo: ego vero Zephae. *I. ad Cor.* I, 12.

(2) Claudius Aquaviva *in instructione scolastic.* §. 3.

caso de él, y venga por ventura por eso á notar al otro de que es muy tieso y que se muestra muy grave: no se muestra en eso sino muy religioso; porque eso es Religion y esotro no, sino cosa muy de mundo y muy seglar. Y si alguno se quejare de vos por esto, será quejarse de que sois virtuoso, y de que como buen religioso estais muy apartado de ese trato tan de mundo y tan contrario á la Religion. ¡Quiera el Señor que nunca haya de nosotros otra queja!

CAPITULO XX.

De la tercera manera de union y junta muy perjudicial á la Religion.

La tercera manera de juntas y amistades particulares es peor y mas contraria á la union y caridad fraterna que las pasadas. Y es, cuando algunos particulares se unen y juntan entre sí para alterar el instituto de la Religion y las cosas establecidas é instituidas santamente en ella. San Bernardo declara muy bien á este propósito aquello de los Cantares (1), donde se queja la Esposa, en nombre de la Iglesia, de lo que ha padecido de sus hijos. No es, dice, porque no se acuerde cuánto ha padecido de los gentiles, judíos y tiranos; sino «llora mas particularmente aquello que le llega mas al alma, que es la guerra que le hacen los enemigos caseros y de dentro, que es mucho mayor y mas perjudicial que la que le pueden hacer todos cuantos enemigos hay de fuera (2).» Esto mismo podemos aplicar á la Religion, que es un miembro principal de la Iglesia y vá por los pasos que ella fué. "Los hijos de mi madre se levantaron contra mí (1);" mis propios hijos se han levantado contra mí, que los crié yo y les dí estudios y los hice letrados con tanta costa y trabajo mio, y esas armas que les dí para que peleasen contra el mundo y convirtiesen almas á Dios, las han vuelto contra mí, y con ellas hacen guerra á su misma madre. ¡Mirad si es dolor este para sentir! pero aunque es mucho de sentir, no nos habemos de maravillar de semejante persecucion, pues el bienaventurado San Francisco la alcanzó en sus dias en su Religion; y la Iglesia católica, aun viviendo los sagrados Apóstoles, padeció esta persecucion de sus propios hijos que se levantaban contra ella con errores y heregías que inventaban. Van siguiendo los miembros á su cabeza, que es Cristo, que fué por ese camino de trabajos y persecuciones, porque con ellas se apuran mas los escogidos, como el oro en el crisol. Y asi dijo el Apóstol San Pablo: "Conviene que haya divisiones para que se conozcan los buenos (2)." Y Cristo nuestro Redentor dice por San Mateo: "Escándalos ha de haber" en la Iglesia, y escándalos ha de haber en la Religion; eso no se escusa, que somos hombres; "pero ¡ay de aquel que fuere causa de tal escándalo! Mas le valiera no haber nacido (3)."

El glorioso San Basilio habla muy grave y severamente contra estas juntas. «Retirarse y apartarse algunos de la comunidad, y querer hacer congregacion en la Congregacion, mala Congregacion es esa, y malas juntas son esas; sedicion y division es esa (4);» grande mal andan maquinando

(1) Filii Matris meae pugnaverunt contra me. *Cant.* I, 5.

(2) Sed profecto id expressius plangit, quod et sentit diferentius, quodque vigilantius nobis cavendum existimat, malum utique intestinum, atque domesticum. *Bernard. Serm.* 29 *sup. Cant.*

(1) Filii Matris meae pugnaverunt contra me. *Cant.* I, 5.

(2) Oportet, et haereses esse, ut et qui probati sunt manifesti fiant in vobis. *I. ad Cor.* XI, 19.

(3) Necesse est ut veniant scandala; verumtamen vae homini illi, per quem scandalum venit. *Matth.* XVIII, 7.

(4) Si aliqui a reliquis sua sponte abscissi, disjunctique in caetu caetum efficiant, vitiosa hujusmodi amicitiae conciliatio est.—Seditio est, et divisio, et eorum, qui sic coeunt improbitatis indicium. *Basil. in const. Monach.* c. 30.

en la Religion los que tratan de alterar y adulterar los establecimientos de ella, y su primer instituto, por mas colores de bien y de reformacion que le pongan. Y asi dice San Basilio que sean estos avisados y corregidos primero en particular y en secreto, y despues delante de otros, conforme al órden del Evangelio; y si esto tampoco aprovechare, "tenedlo por étnico y publicano (1)," á este tal tenedle como por escomulgado, y apartadle de los demas como á enfermo de enfermedad contagiosa y de peste, para que no la pegue á otros. Y asi lo manda tambien nuestro Padre en las Constituciones (2), que se haga con los tales, que es conforme á lo que de estos dice el Apóstol San Pablo: "El miembro podrido cortarle para que no inficione á los demas (3)."

Bien se echa de ver cuán grande mal sea este y cuán perjudicial á la Religion, pues con solo ponerlo delante descubre bien su ponzoña, y asi no era menester cansarnos en afearle mas; pero por ser esta una cosa de suyo tan grave, haremos acerca de esto un discurso, y diremos una razon que parece bastará para que cobremos, no solo aborrecimiento, sino horror á tan grande mal, y quedemos mas confirmados en nuestro instituto. La Religion no es invencion de hombres, sino de Dios; y asi, las cosas instituidas para conservacion y aumento de la Religion, no se han de tomar como invenciones humanas, ni como si fuesen trazas de algun particular, sino como trazas é invenciones de Dios, el cual asi como tomó y escogió al bienaventurado San Francisco por fundador de su órden, y al bienaventurado Santo Domingo por fundador de la suya, y á nuestro bienaventurado S. P. Ignacio por fundador de la Compañía, y asi de las demás, asi les dió y descubrió los medios y modo particular de proceder que mas convenia para el buen ser y progreso de su Religion que ellos no podian por sí alcanzar; "porque las obras de Dios son perfectas (1)," y de otra manera quedara manca é imperfecta la obra de Dios. Y asi, en la Vida de nuestro Padre (2), de una respuesta que él dió en conformidad de otra del P. Diego Laynez, se colige bien que las cosas mas sustanciales, que son como los fundamentos y nérvios de nuestro Instituto, Dios nuestro Señor, como autor y fuente de esta Religion, se las reveló ó inspiró á nuestro Santo P. Ignacio, á quien él tomó por cabeza y por principal instrumento para fundar esta Religion. Y puédese tambien colegir esto del modo que ahí (3) se dice tenia en hacer y escribir las Constituciones, y cuánta oracion y lágrimas le costaria cada palabra de las que nos dejó escritas, pues leemos que para determinar si convenia ó no que las iglesias de nuestras casas profesas tuviesen alguna renta para su fábrica, que no es lo mas sustancial de nuestro instituto, dijo misa cuarenta dias arreo, y se dió á la oracion con mas fervor que solia. Por donde se vé cuán comunicadas y consultadas iban con Dios las Constituciones y la luz que el Señor le daria para escoger y determinar lo que á su Divina Magestad habia de ser mas agradable. Y porque no parezca que hablamos de cabeza, y que nosotros somos los que alabamos nuestras agujas, aunque la razon dicha era bastante prueba de esto, tenemos otro testimonio mas fuerte que este (4), y es bien que lo

(1) Sit tibi sicut ethnicus, et publicanus. *Matth.* XVIII, 17.
(2) P. 2, const. c. 2, D.; et p. 8, c. 1, §. 5.
(3) Utinam, et abscindantur, qui vos conturbant. *Ad Gal.* V, 12.

(1) Quia Dei perfecta sunt opera. *Deut.* XXXII, 4.
(2) Lib. 5, cap. 1, *vitae S. P. N. Ignatii.*
(3) Lib. IV, cap. 2. *vitae S. P. N. Ignatii.*
(4) Habemus testimonium majus his. *Joann.* V, 36.

digamos, porque importa mucho que vamos bien fundados en este principio.

En las Crónicas de la Orden del bienaventurado San Francisco se cuenta (1) que se retiró el Santo con dos compañeros al monte Caynerio, junto de Reate, para hacer y escribir su Regla para presentarla al Sumo Pontífice y alcanzar Bula apostólica de su confirmacion, porque entonces aun no estaba confirmada con bula, sino solamente de palabra, en oráculo de la viva voz, *vivæ vocis oraculo*, por Inocencio III. Y allí en aquel monte, ayunando cuarenta dias á pan y agua, y perseverando de dia y de noche en contínua oracion, compuso la Regla como el Señor le inspiró y reveló. Asi se dice allí, y asi fué, como luego se verá. Y trayendo la Regla escrita del monte, dióla á guardar á Fr. Elías, que era su vicario general, varon prudente, segun el mundo, y letrado; el cual como la vió fundada en mayor desprecio, humildad y pobreza de lo que á él le parecia que era bien, dejóla perder, porque no se confirmase aquella, sino otra mas á su voluntad. El Padre San Francisco, que queria mas seguir la voluntad divina que la humana, no haciendo caso de los pareceres de los prudentes del mundo, tornóse al monte á hacer otra cuarentena, para con ayunos y oraciones alcanzar la voluntad de Dios y hacer otra Regla. Fr. Elías, sabiendo esto, procuró de estorbarlo, y juntó algunos ministros y letrados de sus frailes, y díjoles cómo el P. San Francisco queria hacer una regla tan estrecha que no era posible guardarse. Ellos le requirieron que él, como vicario general, fuese á San Francisco y le dijese de parte de todos que ellos no se querian obligar á aquella Regla. Fr. Elías no se atrevió á ir solo con aquel recado, pero dijo que iria con ellos. Van todos juntos al monte donde el Santo Padre estaba orando en una celda solitaria, y llegando cerca de ella, llamó Fr. Elías á San Francisco. El Santo, conociéndole, salió de la celda, y viendo con él tantos frailes, preguntóle ¿qué querian aquellos frailes? Fr. Elías respondió: son ministros, los cuales oyendo decir que haces nueva regla, y temiendo que la hagas muy áspera, protestan que no se quieren obligar á ella, que la hagas para tí, y no para ellos. Oyendo el Santo estas palabras, puso las rodillas en tierra y los ojos en el cielo, diciendo: «Señor, ¿no os dije yo que estos no me habian de creer?» Y vino súbitamente una voz del cielo que dijo: «Francisco, ninguna cosa tuya está en la Regla, todo es mio cuanto en ella está, y quiero que la regla se guarde asi á la letra, á la letra, á la letra: sin glosa, sin glosa, sin glosa. Yo sé cuánto puede la flaqueza humana, y cuánto los quiero yo ayudar: los que no la quisieren guardar, sálganse de la orden y déjenla guardar á los otros.» Y volvióse San Francisco á los ministros, y díjoles: «¿Oisteis? ¿Oisteis? ¿Quereis que haga que se os diga otra vez?» Y Fr. Elías y los ministros, fuera de sí, temblando y confusos, conociendo su culpa, se tornaron sin hablar mas palabra. El Santo Padre tornó á componer la Regla, ni mas ni menos que aquella que el Señor antes le revelara. Y despues de compuesta, llevóla á Roma al Sumo Pontífice, que era Honorio III, y leyendo el Papa la Regla y platicando sobre su aspereza y pobreza, que parecia muy estrecha y dificultosa de guardar, respondió San Francisco: «Yo, Santo Padre, no puse alguna palabra en esta Regla por mi parecer y juicio; mas nuestro Señor Jesucristo la compiló y compuso, el cual solo sabe muy bien todo lo que es necesario y provechoso para la salvacion de las almas y buen estado de los frailes y conservacion de esta su Religion, y á quien todas las cosas

(1) In hist. Min. I. p. lib. 1, c. 7.

por venir en la Iglesia y en esta Religion son manifiestas y presentes; y por tanto no debo ni puedo mudar alguna cosa.» Y el Papa, movido por inspiracion de Dios, dió Bula y confirmacion apostólica de la Regla: *Ad perpetuam rei memoriam*. De esta manera suele Dios inspirar y dar la Regla é Instituto á los fundadores de las religiones, y de esta manera lo inspiró y dió á nuestro S. P. Ignacio. Y de esto tenemos otra historia aún mas auténtica que la pasada; porque tenemos Bulas apostólicas, plomadas y selladas, que lo dicen asi. Gregorio XIII, de feliz recordacion, en la Bula ó Constitucion que comienza: *Ascendente Domino*; y en otra que dió antes de ella, que comienza: *Quanto fructuosius*, habiendo referido primero las cosas de nuestro Instituto, y en especial aquellas que parece tenian alguna dificultad y en que habia sido informado que algunos de dentro y de fuera de la Compañía reparaban, declara y dice espresamente estas palabras formales: «El mismo Ignacio por divina inspiracion dispuso y ordenó de esa manera los miembros, órden y grados de este cuerpo de la Compañía (1).» ¿Qué mas claramente se puede decir?

Pues supuesto esto, vengamos al punto y entremos en cuenta con los que quisiesen hacer juntas particulares para alterar el Instituto de la Religion y las cosas establecidas por su fundador. ¿No os parece que es gran soberbia tener uno tanta estima de si y de su juicio y parecer que se atreva á decir: «no es buen camino ese que el S. P. Ignacio dejó en las Constituciones, mejor será que vamos por el camino que á mi me parece?» ¿Qué mayor locura y disparate? Y veráse cuán grande sea este desatino por otro semejante, que uno por otro se declaran bien. Uno de los mayores males y pecados que hay en la Iglesia de Dios, es la heregía. No disputo ahora si puede haber otro pecado mayor, porque claro está que el ódio formal de Dios, mayor pecado seria. Pero esos pecados acá comunmente no se hacen; allá en el infierno hay eso. Pues digo que de los pecados que comunmente suele haber en los hombres, la heregía, con la cual se aparta uno de la Iglesia, dicen que es el mayor. Y con razon, porque fuera de que destruye el fundamento de toda la Religion cristiana, que es la fé, y otras razones que hay, ¿no os parece que es grandísima y estremada soberbia fiarse uno tanto de si mismo y aferrar tanto en su propio juicio, que venga á creer y tener por mas verdadero lo que á él le parece y se le antoja que lo que la Iglesia católica romana ha determinado que se crea, y se ha aprobado en tantos Concilios, donde se ha juntado la nata de todo cuanto bueno ha habido en el mundo, asi en letras como en santidad, y se ha confirmado con la sangre de tantos millares de mártires que han muerto por ello, y con innumerables milagros que se han hecho en su confirmacion; y que venga el otro á decir: «pues mas creo yo en lo que he soñado esta noche, ó lo que me dice un Martin Lutero, hombre malo y perverso, apóstata, deshonesto y amancebado sacrílegamente?» ¿Qué mayor soberbia y locura? ¿Qué mayor ceguedad y disparate puede haber? Pues de esta manera proceden, y esto hacen en su modo los que vamos diciendo, que anteponen su juicio y parecer al de aquel que Dios nuestro Señor tomó por cabeza y fundador de la Religion: y les parece que es mejor camino el que ellos han soñado é inventado que el que Dios nuestro Señor inspiró y reveló al que él mismo quiso tomar por instrumento principal para fundar la Compañía. Eso es una soberbia y presuncion luciferina. ¿Có-

(1) Quapropter Societatis corpus in sua membra, ordinem et gradus idem Ignatius, divino instinctu, ita duxit disponendum.

mo? ¿qué? ¿habia Dios de encubrir á nuestro S. P. Ignacio, á quien él escogió por cabeza y por fundador, el buen camino que convenia para el buen ser de su Religion y descubrírosle á vos? ¿No basta esto para que entendais que ese es engaño é ilusion del demonio, que os quiere tomar á vos por medio é instrumento para hacer guerra á la Compañía, á quien él tanto aborrece, y turbar la paz y union de la Religion, como tomó por medio al otro herege para turbar la paz de la Iglesia? ¡Oh! ¡que yo no pretendo sino la reformacion de la Religion! Engañais-os, ciégaos el demonio con ese título falso y mentiroso, como padre de mentiras, que eso no es querer reformar la Compañía, sino querer destruir y deshacer la Compañía. Y nótese esto, que no es exageracion, sino verdad llana y muy clara, porque reformar una Religion, es, cuando la Religion ha caido y desdicho de su primer instituto, procurar que vuelva á sus primeros principios y que se guarde la regla y órden que su primer fundador dejó. Y esto bueno y santo es, y lo han hecho muchas religiones con deseo de conservarse en su primer instituto y regla. Pero mudar el instituto y el camino primero que nuestro primer fundador nos dejó, inspirado por Dios, y querer introducir otro camino diferente de ese, eso no es reformar la Religion, sino quererla destruir y deshacer, y hacer otra religion diferente á vuestra traza y modo, y á vuestro gusto, como queria hacer Fr. Elías en la Religion de San Francisco. Y asi ese no es espíritu de Dios, sino del demonio.

Tratándose en el Sagrado Concilio de Trento de reformar las religiones, y haciéndose algunos decretos santísimos en razon de esto, propuso nuestro P. general Diego Laynez á aquellos Padres: «Padres santísimos, esos decretos de reformacion no parece que se deben entender con nuestra Compañía de Jesus, porque ella es ahora Religion nueva, distinta de las demás religiones, y como tal tiene su modo de proceder distinto, aprobado por la Sede Apostólica, y por la bondad del Señor no habemos desdicho de nuestro primer instituto y regla; y asi, si esos decretos se entendiesen de ella, no seria reformarla sino deshacerla.» Cuadró la razon al Sagrado Concilio y responde, como lo tenemos en la sesion veinte y cinco: «No es nuestra intencion prohibir, ni innovar cosa alguna en la Religion de la Compañía de Jesus, sino que proceda y persevere sirviendo á Dios y á su Iglesia, conforme á su instituto, aprobado por la Sede Apostólica, y asi no queremos que estos decretos de reformacion se entiendan con ella (1).» El Sagrado Concilio Tridentino no quiere, ni se atreve á mudar el instituto y modo de proceder que el Señor dió á la Compañía por medio de nuestro bienaventurado P. S. Ignacio, aprobado por la Sede Apostólica, si no que le aprueba y confirma, ¿y atreveis-os vos á quererle alterar y mudar, por no sé qué respetos y razones humanas que se os ofrecen?

Otra estima y otro respeto y reverencia tenia á nuestro instituto y á su fundador aquel cardenal, de quien se cuenta en la vida de nuestro Padre una cosa muy á nuestro propósito (2). Cuéntase allí que el cardenal de Santa Cruz, Marcelo Cervino, que despues vino á ser Papa, y fué llamado Marcelo II, poco antes que fuese levantado á la Silla del Sumo Pontificado, tuvo una grande disputa con el Padre doctor Olave, insigne teólogo de la Compañía, sobre aquella constitucion que tenemos (3), que nin-

(1) Per haec tamen sancta Sinodus non intendit aliquid innovare, aut prohibere, quin Religio clericorum Societatis Jesu juxta pium eorum institutum a Sancta Sede Apostolica approbatum, Domino, et ejus Ecclesiae inservire possit. *Concilium Trident. sess.* 25. *decreto de reformat. reg. cap.* 16.

(2) Lib. 3. c. 15, vitae Patris nostri Ignatii.

(3) 10. p. Const. §. 6.

guno de ella pueda admitir dignidad ninguna, fuera de la Compañía, si no es compelido á ello por obediencia de quien se lo puede mandar, so pena de pecado; y el mismo general no se lo puede mandar, si no es por órden y mandato del Sumo Pontífice, y de esto hacen voto particular todos los profesos. Decia el cardenal que la Compañía haria mayor servicio á la Iglesia de Dios si la proveyese de buenos obispos que dándole buenos predicadores y confesores, y que seria tanto mayor el fruto cuanto puede hacer mas un buen obispo que un pobre clérigo. Y traia muchas razones á este propósito, á las cuales iba respondiendo el P. Olave, dándole á entender que el mayor servicio que la Compañía podia hacer á la Santa Iglesia era conservarse en su puridad y bajeza para servirla en ella mas tiempo y con mas seguridad. Y como, en fin, el cardenal, pareciéndole mejor sus razones, se quedase en su opinion, díjole el doctor Olave: si no bastan razones para convencer á vuestra ilustrísima y hacerle mudar parecer, á nosotros nos basta la autoridad de nuestro S. P. Ignacio, que siente esto, para que creamos ser mejor. Entonces dijo el cardenal: ahora me rindo y digo que teneis razon, porque puesto caso que me parece que la razon está de mi parte, todavía mas peso tiene en este negocio la autoridad del S. P. Ignacio que todas las razones del mundo. Y esto lo dice la misma razon; porque pues que Dios nuestro Señor le eligió para plantar en su Iglesia una Religion como la vuestra, y para estenderla por todo el mundo con tanto provecho de las almas, y para gobernarla y regirla con tanto espíritu y prudencia como vemos que lo ha hecho y hace: tambien es de creer, y no parece que puede ser otra cosa, sino que el mismo Dios le haya revelado y descubierto la manera con que quiere que esta Religion le sirva y se conserve para adelante. Pues ¿cuánto mayor razon será que nosotros, que somos religiosos y habemos de ser hijos de obediencia, sujetemos y rindamos nuestro juicio en viendo que una cosa es regla y constitucion de la Compañía, y ordenada por el que Dios nuestro Señor nos quiso dar por cabeza y fundador, especialmente viéndolo despues todo tan aprobado y confirmado por todos los Sumos Pontífices que despues acá ha habido, y por el sagrado Concilio Tridentino, y que por aquí nos ha hecho el Señor merced y servídose tanto de la Compañía, haciendo tanto fruto por medio de ella sesenta y tantos años há? ¿Quién con esto se ha de atrever ni pasarle por pensamiento de querer alterar sus estatutos y modo de proceder? Dice el Sábio: "no traspaseis los términos antiguos que pusieron vuestros padres (1)."

Y asi, para refrenar semejante presuncion y osadía, la Santidad de Gregorio XIII, en la Bula ó Constitucion que comienza: *Ascendente Domino*, despues de haber aprobado y confirmado de nuevo el instituto y modo de proceder de la Compañía, y en particular aquellas cosas en que algunos podian reparar, manda en virtud de santa obediencia y so pena de escomunion, *latae sententiae*, y de ser inhábiles é incapaces para cualquier oficio ó beneficio, *ipso facto*, sin otra declaracion alguna, que ninguno de cualquier estado, grado y preeminencia que sea, por ninguna manera sea osado á impugnar ni contradecir ninguna cosa del instituto ó constituciones de la Compañía, ni directa ni indirectamente, ni so color de disputar ó querer saber la verdad; y si se ofreciere alguna duda sobre estas cosas, dice que es su voluntad que sea consultada sobre ella la Sede Apostólica, ó el Prepósito

(1) Ne transgrediaris terminos antiquos, quos posuerunt Patres tui. *Prov.* XXII, 28.

general de la Compañía, ó las personas á quien él lo cometiere, y que ningun otro se pueda entremeter en eso. Lo mismo hace y mas copiosamente Gregorio XIV, su sucesor, en otra constitucion que sobre esto hizo, que comienza *Ecclesiae Catholicae*, con palabras gravísimas. Considerando, dice, que seria no pequeño detrimento de la disciplina religiosa y de la perfeccion espiritual, y gran perturbacion y detrimento de toda la Religion, si lo que está santamente estatuido por los fundadores, y recibido y aprobado muchas veces de la misma Religion en sus congregaciones generales y, lo que mas es, establecido y confirmado por esta Santa Sede Apostólica, no solo se mudase, sino se alterase ó impugnase con cualquier pretesto: mandamos en virtud de santa obediencia á todas las personas de cualquier estado y condicionque sean, eclesiásticas, ó seglares, ó religiosos, aunque sean de la misma Compañía, so pena de excomunion *latae sententiae*, y ser tenidos por inhábiles é incapaces de cualquier oficio y dignidad, y de privacion de voz activa y pasiva, las cuales penas, *ipso facto*, sin otra declaracion, se incurran, y cuya absolucion sea reservada á la Sede Apostólica, y renovando la Constitucion de Gregorio XIII nuestro predecesor y todas las penas en ella contenidas, que ninguno se atreva á impugnar ni contradecir ninguna cosa del Instituto ó constituciones, ó decretos de la Compañía, ni directa ni indirectamente, ni só color de mayor bien ó celo ú otro cualquier pretesto. Y añade otra cosa muy particular ó sustancial: ni á proponer ni á dar memoriales algunos acerca de lo dicho, para que se añada ó quite ó mude, á otro alguno, sino es al Sumo Pontífice inmediatamente, ó por medio de su Nuncio ó legado apostólico, ó al Prepósito general de la Compañía, ó á la Congregacion general. Y nuestro Santísimo Padre presente Paulo V, en la bula que espidió el año de mil seiscientos seis, confirmando el Instituto y privilegios de la Compañía, hace mencion particular de estas dos constituciones de Gregorio XIII y XIV y las aprueba y concede de nuevo. Para que se vea cuán zanjado está este negocio, pues ya ninguno se puede desmandar en esto sin gravísimas penas, y sin incurrir en excomunion mayor, *ipso facto*, ahora sea de la Compañía, ahora de fuera, religioso, clérigo ó lego, de cualquier estado, grado, condicion y preeminencia que sea. Pues concluyamos con lo que concluye el Apóstol San Pablo, escribiendo á los de Corinto: "En lo demas, hermanos, gozaos, sed perfectos: Exortaos: Sabed lo mismo: tened paz; y el Dios de la paz y del amor estará con vosotros (1)." Alegrémonos, padres y hermanos mios, y regocijémonos que nos ha traido el Señor á una Religion tan santa, y que tanta perfeccion profesa, y tratemos siempre de esta perfeccion, y de conservarnos en grande paz y union, exortándonos y animándonos los unos á los otros, y de esta manera el Señor, que es autor y fuente de paz y amor, será siempre con nosotros.

(1) De caetero, fratres, gaudete, perfecti stote, exhortamini, idem sapite, pacem habete, et Deus pacis et dilectionis erit vobiscum. *II. ad Cor.* XIII, 11.

TRATADO QUINTO.

De la oracion.

CAPITULO I.

Del valor y escelencia de la oracion.

El glorioso Apóstol y Evangelista San Juan, en el capítulo V y VIII del Apocalipsi, declara bien el valor y escelencia de la oracion. Dice que estaba el angel delante del altar, y tenia un incensario de oro en su mano y que le fué dada mucha cantidad de incienso, que eran las oraciones de los Santos, para que las ofreciese ante el altar de oro que estaba delante del trono de Dios, y que subió el humo de los inciensos de la mano del ángel delante de Dios. San Crisóstomo, tratando de este lugar, dice (1): «En esto vereis cuán alta y cuán preciosa cosa sea la oracion, pues sola ella se compara en la Escritura Divina al Timiama (que era (2) una confeccion de incienso y de otros fragantísimos olores); porque asi como el Timiama bien compuesto y confeccionado deleita grandemente con su olor, asi la oracion hecha como se debe hacer es muy suave y agradable á Dios, y alegra y recrea á los ángeles y á todos aquellos ciudadanos del cielo; de tal manera, que dice San Juan, que tienen en sus manos unos pomos de admirables olores, que son las oraciones de los Santos, á los cuales muy de ordinario aplican su olfato purísimo (hablando de la manera que acá podemos hablar) para gozar de este suavísimo olor (1).» San Agustin, tratando de la oracion, dice: «¿Qué cosa hay mas escelente que la oracion? ¿qué cosa hay mas útil y provechosa? ¿qué cosa mas dulce y suave? ¿qué cosa mas alta y levantada en toda nuestra Religion cristiana (2)?» Lo mismo dice San Gregorio Niseno: «Nada de lo que en esta vida se estima y se aprecia, se aventaja á la oracion (3).» San Bernardo dice (4) que aunque es cosa cierta que los ángeles muy de ordinario asisten á los siervos de Dios con su

(1) Chrisost. *hom.* XIII, *super Matth. in opere imperfecto.*

(2) Guiller. *paris. in sua reth. divina, cap.* 41.

(1) Habentes singuli phialas aureas plenas odoramentorum, quae sunt orationes sanctorum. *Apoc.* V, 8.

(2) Quid est oratione praeclarius, quid vitae nostrae utilius, quid animo dulcius, quid in tota nostra Religione sublimius? *Aug. in tract. de miseric. tom.* 10.

(3) Nihil ex his quae per hanc vitam coluntur, et in pretio sunt, oratione praestat. *Greg. Niss. de Oratione Dominica.*

(4) Bernard. *serm.* 7, *sup. Cant. et Ep.* 78, *ad Suggerium Abbatem Sancti Dionisii.*

presencia invisible para librarlos de los engaños y asechanzas del enemigo, y para levantar sus deseos á servir á Dios con mayor fervor, pero mayormente asisten estos espíritus angélicos cuando nos ocupamos en hacer oracion. Y trae para esto muchos lugares de la Sagrada Escritura, como aquello del Salmista: "En el acatamiento y presencia de los ángeles te alabaré (1);" "Vinieron antes los príncipes cantando juntos en medio de las doncellas que tocaban sus adufes (2);" que lo declara tambien de los ángeles que se juntan con los que hacen oracion; y lo que dijo el ángel á Tobias: "cuando orabas con lágrimas, yo ofrecia tu oracion á Dios (3)." En saliendo que sale la oracion de la boca del que ora, luego los ángeles que están presentes la llevan y ofrecen á Dios. Lo mismo dice San Hilario: «Los ángeles están presentes á las oraciones de los Santos, y las ofrecen cada dia á Dios (4).» De manera, que cuando estamos en oracion, estamos cercados de ángeles, y en medio de ángeles, y haciendo oficio de ángeles, ejercitándonos en lo que habemos de hacer para siempre en el cielo, alabando y bendiciendo al Señor; y por eso somos particularmente favorecidos y amados de los ángeles, como compañeros suyos que somos y habemos de ser despues, reparando las sillas de sus compañeros que cayeron. San Juan Crisóstomo, tratando de las escelencias de la oracion, y queriendo decir grandezas de ella, dice que una de las mayores grandezas que se le ofrece decir de ella, es que cualquiera que hace oracion trata y habla con Dios. «Considerad la alteza, dignidad y gloria á que os ha levantado el Señor, que podais tratar y conversar con Dios, tener pláticas y coloquios con Jesucristo, desear lo que quisiéredes y pedir lo que deseáredes (1).» No hay lengua, dice, que baste á declarar de cuánta dignidad y alteza sea este trato y conversacion con Dios, y de cuánta utilidad y provecho para nosotros; porque si en los que acá tienen conversacion ordinaria con hombres prudentes y sábios, en breve tiempo se siente notable provecho y se conoce que se han aventajado en la prudencia y saber; y á los que tratan con buenos se les pega la virtud y lo bueno; y asi dice el proverbio: «trata con buenos, y serás uno de ellos,» ¿qué será de aquellos que tratan y conversan á menudo con Dios? ¡Qué luz (2) y conocimiento, qué bienes y provechos recibirán con tal trato y conversacion! Y asi dice San Crisóstomo (3) que no hay cosa que tanto nos haga crecer en virtud como la frecuente oracion y el tratar y conversar á menudo con Dios, porque con esto se viene á hacer el corazon del hombre generoso y menospreciador de las cosas del mundo, y á levantarse sobre todas ellas, y unirse y transformarse en cierta manera en Dios, y hacerse espiritual y santo.

(1) In conspectu Angelorum psallam tibi. *Ps.* CXXXVII, 2.

(2) Praevenerunt Principes conjuncti psallentibus in medio juvencularum tympanistriarum. *Ps.* LXVII, 26.

(3) Tobiae, XII, 12.

(4) Angeli praesunt fidelium orationibus, et eas quotidie Deo offerunt. *Hilar. Canone* 18 *in Matth.*

CAPITULO II.

De la necesidad que tenemos de la oracion.

Cuán necesaria nos sea la oracion, harta esperiencia tenemos de ello: ¡pluguiera al Señor no tuviéramos tanta! Porque como el hombre está tan necesitado del favor de Dios, por estar sujeto á tantas caidas y cercado de tantos y tan graves enemigos, y con

(1) Considera quanta est tibi concessa felicitas, quanta gloria attributa orationibus, fabulari cum Deo, cum Christo miscere colloquia, optare quod velis, quod desideras postulare. *Crisost. lib.* 2. *de orando Deum.*

(2) Accedite ad eum, et illuminamini. *Ps.* XXXIII, 7, 6.

(3) Crisost. *hom. de oratione et sup. illud. Ps.* 7. confitebor Domino secundum justitiam ejus.

tan grande necesidad de muchas cosas que pertenecen asi al ánima como al cuerpo, no tiene otro remedio sino acudir siempre á Dios pidiéndole con todo corazon le favorezca y ayude en todos sus peligros y necesidades, conforme á aquello que dijo el rey Josafat viéndose rodeado de enemigos: "Como seamos tan flacos y estemos tan pobres y tan menesterosos, y no sepamos lo que debemos hacer, no tenemos otro remedio sino levantar los ojos á Dios y pedirle con la oracion aquello de que estamos faltos y necesitados (1)." Y asi Celestino, Papa, en una Epístola decretal dice (2): «para enseñar la importancia de esta oracion, yo no sé cosa mejor que deciros que lo que mi predecesor Zósimo dijo. ¿Qué tiempo hay en el cual no tengamos necesidad del ayuda de Dios? Ninguno. Luego en todo tiempo, y en todas las cosas, y en todos los negocios habemos de acudir á él con la oracion á pedirle favor; porque grande soberbia es que un hombre flaco y miserable presuma algo de sí.»

Santo Tomás, tratando de la oracion, dá una razon muy buena y muy sustancial de la necesidad de la oracion, y es doctrina de los santos Damasceno, Agustino, Basilio, Crisóstomo y Gregorio. Dicen estos Santos (3) que lo que Dios con su divina providencia y disposicion tiene determinado desde la eternidad de dar á las almas, lo dá en tiempo por este medio de la oracion, y que en este medio tiene él librada la salud y conversion y remedio de muchas almas, y el aprovechamiento y perfeccion de otras. De manera, que asi como determinó Dios y dispuso que mediante el Matrimonio se multiplicase el género humano, y que arando y sembrando y cultivando la tierra hubiese abundancia de pan y vino y los demas frutos, y que habiendo artífices y materiales hubiese casas y edificios, asi tiene ordenado hacer muchos efectos en el mundo, y comunicar muchas gracias y dones á las almas por este medio de la oracion. Y asi dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: "Pedid, y daros hán; buscad, y hallareis; llamad, y abriros hán: porque el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama abrirle hán (1)." De manera, que este es el medio y el arcaduz por el cual quiere el Señor socorrer nuestras necesidades y enriquecer nuestra pobreza, y llenarnos de bienes y gracias, en lo cual se ve bien la necesidad grande que tenemos de acudir á la oracion. Y asi la comparan muy bien los Santos, y dicen que es una cadena de oro que está colgada del cielo y llega hasta la tierra, por la cual bajan y descienden á nosotros los bienes y por la cual nosotros habemos de subir á Dios. O digamos que es la escala de Jacob, que llegaba desde el suelo al cielo, y por ella subian y descendian los ángeles (2). El glorioso San Agustin dice que la oracion es llave del cielo, que hace á todas las puertas de él y á todos los cofres de los tesoros de Dios, sin que se le esconda ninguno (3). Y en otra parte dice que lo que es el pan al cuerpo, eso es la oracion al alma (4). Lo

(1) Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te. *II. Paralipom.* XX, 2.

(2) Quod est tempus in quo ejus auxilio non indigeamus? In omnibus igitur rebus, causis, et negotiis exorandus est protector Deus.—Superbum est enim, ut humana natura aliquid de se praesumat. *Celest. primus, cap. 9 contra Pelagium.*

(3) S. Thom. 2-2, q. 83, *art.* 2.—Damasc., *lib.* 3 *de fide*, c. 24.—August., *lib.* 2 *de serm. Domin.*—Basil., *in Julittam mart.*—Chrysost., *homil.* 30 *in Genes.*—Gregor., *lib.* 1, *Dialog.* c. 8.

(1) Petite, et dabitur vobis; quaerite et invenietis; pulsate, et aperietur vobis: omnis enim qui petit accipit, et qui quaerit invenit, et pulsanti aperietur. *Matth.* VII, 7.

(2) Genes. XXVIII, 12.

(3) Oratio justi clavis est coeli: ascendit precatio, et descendit Dei miseratio. *Aug. serm.* 226.

(4) Sicut ex carnalibus escis alitur caro, ita ex divinis eloquiis, et orationibus interior homo nutritur, et pascitur. *Aug. lib. seu exhortat. de salutaribus monitis ad quemdam Comitem*, c. 28.

mismo dice el santo mártir y abad Nilo (1)

Una de las razones mas principales con que los Santos declaran por una parte el valor y estima de la oracion, y por otra la necesidad grande que de ella tenemos, es porque la oracion es un medio muy principal y muy eficaz para concertar y ordenar nuestra vida, y para vencer y allanar todas las dificultades que se nos ofrecieren en el camino de la virtud. Y asi dicen que de ella depende el gobierno de nuestra vida, y que cuando la oracion anda concertada, la vida anda concertada, y cuando ella se desconcierta, todo lo demas se desconcierta. Dice San Agustin: «aquel sabe vivir bien que sabe orar bien (2).» Y San Juan Clímaco dice que un siervo de Dios le dijo una palabra memorable, y fué esta: «desde el principio de la mañana sé cuál haya de ser la jornada de todo el dia:» dando á entender que, si cumplia bien con la oracion de la mañana, todo lo demas le sucedia bien; y al revés, cuando no cumplia, ni tenia bien la oracion de la mañana; y lo mismo es de todo el resto de la vida. Y asi lo esperimentamos nosotros muy comunmente, que cuando tenemos bien nuestra oracion, andamos tan concertados, tan alegres, tan esforzados, tan llenos de buenos propósitos y deseos, que es para alabar á Dios; y por el contrario, en descuidándonos en la oracion, luego se va todo perdiendo. Dice San Buenaventura: «Sin oracion toda religion es árida, imperfecta y pronta á perderse (3).» En no habiendo oracion, luego anda todo de capa caida, luego entra la tibieza, luego poco á poco comienza el ánima á enflaquecerse, y á marchitarse, y á perder aquel vigor y aliento que tenia; luego, no sé cómo, desaparecen todos aquellos santos propósitos y pensamientos primeros, y comienzan á despertar y revivir todas nuestras pasiones; luego se halla el hombre amigo de alegría vana, amigo de parlar, reir y holgar, y de otras semejantes vanidades; y lo que peor es, luego revive el apetito de la vanagloria, de la ira, de la envidia, de la ambicion y otros semejantes que antes parecia que estaban muertos.

El abad Nilo dice que la oracion ha de ser el espejo del religioso. En este nos habemos de mirar y remirar cada dia muy despacio para ver y conocer nuestras faltas é ir quitando lo feo que halláremos en nosotros; en este espejo habemos de mirar y considerar las virtudes que resplandecen en Cristo para ir ataviando y hermoseando con ellas nuestra ánima. El glorioso San Francisco decia: «Una de las cosas que mas se ha de desear en el religioso es la gracia de la oracion, porque sin ella no hay que esperar fruto ni aprovechamiento, y con ella todo se puede esperar (1).

Santo Tomás de Aquino, entre otras sentencias graves que refiere su historia (2), decia que el religioso sin oracion era soldado en batalla sin armas y desnudo. Aquel santo arzobispo de Valencia, Fr. Tomás de Villanueva, decia (3) que la oracion es como el calor natural del estómago, sin el cual es imposible conservarse la vida natural ni ser algun manjar de provecho, y con él todo se cuece y digiere bien, y es alimentado el hombre y bastecidos todos los miembros de virtud y fuerza para hacer sus operaciones. Asi, dice, sin oracion no se puede con-

(1) *Nilus, c. 95. de orat. in Biblioth. sanctorum Patrum, tom. 3.*

(2) Recte novit vivere, qui recte novit orare. *Aug. hom. 4. ex 50, que ejus nomine circumfert.*

(3) Sine isto studio omnis religio est arida, imperfecta, et ad ruinam promptior. *S. Bonav. de Progr. Religionis, cap. 7.*

(1) Gratia orationis, viro religioso maxime desideranda est; nullus enim sine ea in Dei servitio fructus sperari potest. *S. Franc. l. 2 conform.; et p. 1 hist. Minor. l. 1, c. 77.*

(2) *S. Thom. 1 p. historiae S. Dominici, l. 3, c. 37.*

(3) *S. Thom. de Villan. c. 11. vitae suae.*

servar la vida espiritual y con ella se conserva, porque con ella se aviva y cobra fuerza el espíritu para todas las obras y obediencias que ha de hacer, y para todas las ocasiones y trabajos que se pueden ofrecer; con la oracion se digieren todas esas cosas y se hacen llevaderas y se convierte todo en provecho del alma. Finalmente, si usamos de esta oracion, como debemos, en ella hallaremos remedio para todas nuestras faltas y para conservarnos en virtud y religion; porque si por ventura os descuidáredes en la obediencia y guarda de las Reglas, si comenzáredes á desmandaros en algo, si comenzare á reverdecer la pasion y el siniestro malo, echando mano de la oracion, luego con el favor del Señor se atajará y remediará todo eso. Y si aflojáredes en la misma oracion y os descuidáredes en ella, con ella misma os habeis de remediar y volver en vos. Para todo tenemos remedio en la oracion, y para la misma oracion tambien. Y asi comparan muy bien la oracion, y dicen que es como la mano en el cuerpo, que es instrumento para todo el cuerpo y para sí misma, porque la mano trabaja para que todo el cuerpo se sustente y se vista, y para todo lo demas necesario del cuerpo y alma, y tambien para sí misma, porque si está enferma, la mano cura la mano; y si está sucia, la mano lava la mano; y si fria, la mano calienta la mano: en fin, todo lo hacen las manos. Pues asi es la oracion.

CAPITULO III.

Que debemos mucho á Dios por habernos hecho tan fácil una cosa por una parte tan escelente y por otra tan necesaria.

Razon será que consideremos y ponderemos aquí la grande y singular merced que el Señor nos hizo, que con ser la oracion una cosa de suyo tan alta y tan escelente, por sernos por otra parte tan necesaria, nos la hizo tan fácil á todos que siempre está en nuestra mano tenerla, y en todo lugar y en todo tiempo la podemos tener. "Cerca de mí está la oracion para hacerla á Dios, que me dá la vida," dice el Profeta David (1). Nunca se cierran aquellas puertas de la misericordia de Dios, sino á todos están siempre patentes y abiertas en todo tiempo y á todas horas: siempre le hallaremos desocupado y deseoso de hacernos bien, y aun solicitándonos á que le pidamos. Es muy buena consideracion la que se suele traer á este propósito: si sola una vez en el mes diera Dios licencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar á hablarle, y que les daria audiencia de muy buena gana, y les haria mercedes, era de estimar en mucho, pues se estimaria si lo ofreciese un rey temporal: pues ¿cuánto mas es razon que estimemos el ofrecernos y convidarnos Dios con esto, no solamente una vez en el mes, sino cada dia, y muchas veces al dia? "A la noche, á la mañana, al medio dia y á la tarde (dice el Profeta (2) abrazando todos los tiempos) contaré y representaré á Dios mis trabajos y miserias, y estoy muy confiado que todas las veces y en cualquier tiempo que acudiere á él me oirá y favorecerá." No se enfada Dios de que le pidan, como los hombres, porque no es como ellos, que se empobrecen cuando dan; porque todo aquello que el hombre dá á otro, eso le queda menos á él; y como va dando, va quitando de sí; y como va enriqueciendo á quien dá, se va empobreciendo á sí, y por eso los hombres se enfadan cuando les piden, y si una vez ó dos dan de gana, á la tercera se cansan, y no dan, ó dan de manera que no les pidan mas. Pero Dios, como dice el Apóstol San Pa-

(1) Apud me oratio Deo vitae meae. *Ps.* XLI, 9.
(2) Vespere, et mane, et meridie narrabo, et annuntiabo, et exaudiet vocem meam. *Ps.* LIV, 18.

blo (1), es rico para todos los que lo invocan. Es infinitamente rico, y como no se empobrece en dar, no se enfada ni cansa en que le pidan, aunque á cada punto y todo el mundo le pida, porque es rico para todos, y para enriquecer á todos sin dejar de ser tan rico como antes. Y como su riqueza es infinita, asi su misericordia es infinita para remediar las necesidades de todos, y desea que le pidamos y que acudamos á él muy á menudo. Pues razon será que reconozcamos y agradezcamos tan gran merced y beneficio, y que nos aprovechemos de tan larga y tan provechosa licencia, procurando de ser muy continuos en la oracion, porque como dice San Agustin sobre aquellas palabras: "Bendito sea el Señor que no apartó ni mi oracion ni su misericordia de mí (2);" «tened por cierto que si el Señor no aparta la oracion de vos, que tampoco apartará su misericordia de vos.» Pues para que el Señor no aparte su misericordia de nosotros, procuremos nosotros nunca dejar ni apartar de nosotros la oracion.

CAPITULO IV.

De dos maneras de oracion mental.

Dejada á parte la oracion vocal, tan santa y tan usada en la Iglesia de Dios, ahora solamente trataremos de la mental de que habla el Apostol San Pablo escribiendo á los de Corinto: "Oraré, cantaré y clamaré á Dios con el espíritu y el corazon (3)." Dos maneras hay de oracion mental: una es comun y llana; otra es especialísima, estraordinaria y aventajada, la cual se recibe mas que se hace, como decian aquellos Santos antiguos muy ejercitados en oracion. Y San Dionisio Areopagita dice de su maestro Hieroteo (1) que *erat patiens divina*; quiere decir, que mas recibia lo que Dios le daba que hacia. Entre estas dos maneras de oracion hay muy gran diferencia, porque la primera puédese enseñar en alguna manera acá con palabras; pero la segunda, no la podemos nosotros enseñar, porque no se puede declarar con palabras. Es un maná escondido que nadie sabe lo que es, sino el que lo gusta (2). Y aun ese mismo no puede declarar cómo es, ni aun él propio entiende cómo es aquello, como lo notó muy bien Casiano y trae á este propósito una sentencia del bienaventurado San Antonio, Abad, que llama él divina y celestial. «No es perfecta oracion, decía el Santo (3), cuando uno se acuerda de sí ó entiende lo que ora.» Esta alta y encumbrada oracion no dá lugar á que el que ora se acuerde de sí, ni haga reflexion en lo que está haciendo, ó por mejor decir, padeciendo mas que haciendo. Como acontece acá muchas veces, que está un hombre tan absorto y embebecido en un negocio que no se acuerda de sí, ni donde está, ni hace reflexion sobre lo que piensa, ni advierte cómo lo piensa: pues asi en esta perfecta oracion está el hombre tan absorto y embebecido de Dios, que no se acuerda de sí, ni entiende cómo es aquello, ni por dónde vá, ni por dónde viene; ni tiene entonces cuenta con trazas, ni con preámbulos, ni con puntos, ni con ahora viene esto, ahora viene estotro. Como le acontecia al mismo San Antonio, y lo trae Casiano, que se ponia en oracion por la tarde, y se estaba en

(1) Et dives in omnes qui invocant illum. *Ad Rom.* X, 12.
(2) Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam, et misericordiam suam a me. *Ps.* LXV, 20.
(3) Orabo spiritu, orabo et mente; psallam spiritu, psallam et mente *I. ad Cor.* XIV, 15.

(1) Dion. *cap.* 2 *de divinis nominib.*
(2) Quia nemo scit nisi qui accipit. *Apoc.* II, 17.
(3) Divina, coelestis, et plusquam humana sententia. Non est perfecta oratio in qua se monachus, vel hoc ipsum, quod orat, intelligit. *Cassian. collat.* 9. *Abb. Isaac, c.* 31.

ella hasta que el sol estotro dia por la mañana le daba en los ojos, y se quejaba del sol, porque madrugaba tanto á quitarle la luz que nuestro Señor interiormente le daba. Y San Bernardo dice de esta oracion: «Rara es esa hora, y breve es siempre el tiempo que en ella se gasta (1);» porque por largo que sea, se hace un soplo. Y San Agustin sintiendo en sí esta oracion, decia (2): «Habeisme dado, Señor, un afecto y una dulzura y suavidad nueva, y tan desusada, que si esto va adelante, no sé en qué ha de parar.» Y aun en esta misma especialísima oracion y contemplacion pone San Bernardo (3) tres grados: el primero, compara al comer: el segundo, al beber, que se hace con mas facilidad y suavidad que el comer, porque no hay el trabajo del mascar: el tercero es, embriagarse. Y trae para esto aquello que dice el Esposo en los Cantares: «Comed, amigos, bebed y embriagaos, mis carísimos (4).» Lo primero dice, comed: lo segundo, bebed: y lo tercero, embriagaos de este amor: eso es lo mas perfecto. Todo esto es recibir mas que hacer. Unas veces saca el hortelano el agua á fuerza de brazos de su pozo: otras, estándose él mano sobre mano, viene la lluvia del cielo, que empapa la tierra y no tiene que hacer el hortelano mas que recebirla y enderezarla á los pies de los árboles para que fructifiquen. Así son estas dos maneras de oracion, que la una se busca con industria, ayudada de Dios, y la otra se halla hecha. Por la primera andais vos trabajando, y mendigando, y comiendo de esa mendiguez: la segunda os pone una mesa llena que Dios os tiene preparada para hartar vuestra hambre, mesa rica y abundante. «Entróme el rey en sus despensas», que decia la Esposa (1): «Alegrarlos hé, y regalarlos hé en la casa de mi oracion,» que dice Isaías (2).

Esta oracion es un don particularísimo de Dios, que da él á quien es servido; unas veces en pago de los servicios que le han hecho y de lo mucho que uno se ha mortificado y padecido por su amor: otras sin tener cuenta con méritos precedentes, porque es gracia liberalísima suya, y comunícala él á quien quiere; conforme á aquello del Evangelio: "Por ventura, ¿no puedo yo hacer lo que quisiere de mi hacienda (3)?" Al fin, no es cosa esta que la podemos nosotros enseñar. Y así son reprendidos y aun prohibidos algunos autores, por haber querido enseñar lo que no se puede aprender, ni enseñar, y poner en arte lo que es sobre toda arte, como si infaliblemente hubieran de sacar á uno contemplativo. Lo cual reprende muy bien Gerson en un libro que hizo contra Rusbroquio con estas palabras: «quitaste la flor de su raiz.» Así como la flor cortada de su raiz, y puesta en la mano, se marchita luego y pierde su hermosura, así son estas cosas que comunica Dios al alma íntimamente en esta alta y encumbrada oracion que, en queriéndolas sacar de su lugar, y declarar y comunicar á otros, pierden su lustre y resplandor. Y eso hacen los que quieren declarar y enseñar lo que no se puede declarar, ni aun entender. Aquellas anagogías, aquellas transformaciones del alma, aquel silencio, aquel aniquilarse, aquel unirse sin medios, aquel hondo de Taulero; ¿de qué sirve decir estas cosas, que si vos las en-

(1) Rara hora, et parva mora. *Bernard. serm. in Domin. infraoctavam Epiphaniae.*
(2) Introducis me in affectum nimis inusitatum, at nescio quam dulcedinem, quae si perficiatur in me, ignoro quid futurum sit. *August. l. 10. Confes. c. 40.*
(3) Bernard. *serm. 52 ex parvis.*
(4) Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, charissimi. *Cant.* V, 1.

(1) Introduxit me Rex in cellaria sua. *Cant.* I, 3.
(2) Et laetificabo eos in domo orationis meae. *Isai.* LVI, 7.
(3) Non licet mihi quod volo facere? *Matth.* XX, 15.

tendeis, yo no las entiendo, ni sé lo que os quereis decir? Antes dicen aqui, y muy bien, que esta diferencia hay de esta divina ciencia á las demas, que en las demas ciencias antes de alcanzarlas es menester entender primero los términos; pero en esta no entendereis los términos hasta haberla alcanzado. En las demas, precede la teórica á la práctica; pero en esta ha de preceder la práctica á la teórica.

Y mas digo, que no solamente no se puede declarar esta oracion, ni enseñar á otros; pero ni vos mismo os habeis de querer poner en ella, ni levantaros á ella, si Dios no os levanta y os pone y sube á ella; porque seria gran soberbia y presuncion, y merecedes perder la oracion que teneis y quedaros sin nada. "Entróme el rey en la bodega de sus vinos," dice la Esposa en los Cantares (1). Aquel entrar Dios al alma en su retrete para tratar tan familiarmente con ella, y en la bodega del vino para hartarla y embriagarla de su amor, es don particularísimo del Señor: no se entró la esposa, no, sino el esposo la tomó por la mano, y la entró allá. Aquel levantaros al ósculo de la boca, no es cosa que vos podeis ni debeis hacer si él no os levanta, que seria grande atrevimiento; y asi, no se atreve á eso la Esposa, que mas vergonzosa y mas humilde es que eso, sino pide al Esposo que él dé á ella este ósculo (2). Como si digera, dice San Bernardo (3): «yo no puedo por mis fuerzas llegar á ese amor y á esa union y contemplacion tan alta, sino él me la dá á mí:» él por su bondad y graciosa liberalidad nos ha de levantar á este ósculo de la boca, á esa altísima oracion y contemplacion, si él fuere servido que la tengamos: no es esta cosa que nosotros podemos enseñar, ni en que nosotros nos podemos ni debemos poner.

(1) Introduxit me in cellam vinariam. *Cant.* II, 5.
(2) Osculetur me osculo oris sui. *Cant.* I, 1.
(3) *Serm.* 12 *ex parvis.*

CAPITULO V.

Cómo la Sagrada Escritura nos declara estas dos maneras de oracion.

Estas dos maneras de oracion que habemos dicho, nos declara maravillosamente el Espíritu Santo en el capítulo treinta y nueve del Eclesiástico. Dice allí del varon sábio, que interpreta la Iglesia el justo: "Entregará su corazon á velar muy de mañana delante del Señor que lo crió, y orará delante del Altísimo (1)." Pone primero la oracion ordinaria, levantarse há de mañana, que es tiempo acomodado para la oracion y célebre en la Escritura (2). ("Por la mañana me presentaré á tí. Previneme con tiempo y oré. Previniéronse mis ojos á tí muy de mañana para meditar en tus palabras. Desde el amanecer velo en tu presencia."). Dice: *á velar*; porque va á estar alerta, no á dormirse y hacer almohadilla de la oracion. ¿Qué mas? *Entregará su corazon á la oracion.* No está allí solamente con el cuerpo, y el corazon en el negocio, lo que llaman los Santos, *cordis somnolentia*; un corazon desmazalado y flojo es grande impedimento para la oracion, porque este impide la reverencia que se debe tener para tratar con Dios. Y ¿qué es lo que causa esta reverencia en el justo? El considerar que estoy en la presencia de Dios, y que voy á hablar con aquella tan grande Magestad, eso hace estar con reverencia y atencion. Esta es la preparacion y disposicion con que habemos de ir á la oracion. Pero veamos qué oracion es la que hace el

(1) Cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum, qui fecit illum, et in conspectu Altissimi deprecabitur. *Eccles.* XXXIX, 6.
(2) Mane astabo tibi.—Praeveni in maturitate, et clamavi.—Praevenerunt oculi mei ad te diluculo, ut meditarer eloquia tua.—Ad te luce vigilo *Ps.* V, 5; *Ps.* CXVIII, 147; *Ps.* CXVIII, 148; *Ps.* LXII, 1.

justo. "Abrirá su boca en la oracion y comenzará pidiendo á Dios perdon de sus pecados (1)," y confundiéndose y arrepintiéndose de ellos. Esa es la oracion que nosotros habemos de hacer de nuestra parte, llorar nuestras culpas y pecados, y pedir á Dios misericordia y perdon de ellos. No nos habemos de contentar con decir: «ya hice una confesion general al principio de mi conversion, y entonces me detuve algunos dias en llorar y arrepentirme de mis pecados.» No es razon que en confesando nos olvidemos de los pecados, sino que procuremos traerlos siempre delante de los ojos; conforme á aquello del Profeta: "Mi pecado está siempre contra mi (2);" esto es, delante de mí. Dice muy bien San Bernardo (3) sobre aquellas palabras: "Nuestro lecho es florido (4);" «vuestro lecho, que es vuestro corazon, aun está todavía hediondo, que no se ha acabado de quitar el mal olor de los vicios y resavios que trajistes del mundo, ¡y teneis atrevimiento para convidar al Esposo á que venga á él, y quereis ya tratar de otros ejercicios altos y levantados de amor y union con Dios, como si fuérades perfecto! Tratad primero de limpiar y lavar muy bien vuestro lecho con lágrimas (5) y de adornarle con las flores de las virtudes, y con eso convidareis al Esposo á que venga á él, como lo hacia la Esposa. Tratad del ósculo de los pies, humillándoos y doliéndoos mucho de vuestros pecados; y del ósculo de las manos, que es de ofrecer á Dios vuestras buenas obras, y procurar recibir de sus manos las verdaderas y sólidas virtudes; y esotro tercer ósculo de la boca, esa union altísima, dejadla para cuando el Señor sserae vido de levantaros á ella. De un Padre muy antiguo y muy espiritual (1) se dice que se estuvo veinte años en estos ejercicios de la vida purgativa, ¡y nosotros luego nos cansamos y nos queremos subir al ósculo de la boca y á ejercicios de amor de Dios! Es menester buen fundamento para levantar tan alto edificio, y hay en este ejercicio, fuera de otros muchos bienes y provechos de que diremos despues (2), que es un remedio muy grande y una medicina muy preservativa para no caer en pecado; porque el que anda contínuamente aborreciendo el pecado, y confundiéndose y doliéndose de haber ofendido á Dios, muy lejos está de cometerle de nuevo. Y por el contrario, advierten los Santos que la causa de haber caido algunos, que parecian muy espirituales y hombres de oracion y por ventura lo eran, ha sido por falta de este ejercicio, porque se dieron de tal manera á otros ejercicios y consideraciones suaves y gustosas, que se olvidaron del ejercicio de su propio conocimiento y de la consideracion de sus pecados, y así vinieron á asegurarse demasiado de sí mismos y á no andar tan temerosos y recatados como debieran, y con eso vinieron á caer en lo que no debieran; porque se olvidaron presto de su bajeza, cayeron de la alteza que parecia que tenian. Pues por esto conviene que nuestra oracion por mucho tiempo sea llorar nuestros pecados, como dice el Sábio, hasta que el Señor nos dé la mano, y nos diga: "Amigo, sube mas arriba (3)."

Ahora veamos cuál es la oracion alta y especialísima que el Señor dá cuando él es servido. Dice luego: "Si el Señor grande quisiere, llenarlo ha de su espíritu de inte-

(1) Aperiet os suum in oratione, et pro delictis suis deprecabitur.
(2) Et peccatum meum contra me est semper (id est, coram me). *Ps.* L, 4.
(3) Lectulus noster floridus. *Cant.* I, 15.
(4) Bernard. *serm.* 46. *super Cantica.*
(5) Lavabo per singulas noctes lectum meum, lacrymis meis stratum meum rigabo. *Ps.* VI, 7.

(1) P. Dr. Araoz.
(2) Trat. 8, cap. 21; y p. 2. trat. 7, cap. 4.
(3) Amice, ascende superius. *Luc.* XIV, 10.

ligencia (1)." *Si él quisiere*, porque no es este juro de heredad, sino gracia muy liberal y muy graciosa. Estareis en la oracion, y acaece venir una luz del cielo, un relámpago con que caeis en la cuenta, y cobrais aprecio y estima de lo que antes no entendiades: ese es el don de oracion: ¿cuántas veces habíades pasado por eso y no habíades reparado en ello como ahora? Llámale espíritu de inteligencia, porque no parece sino una aprehension simple, segun está el hombre de quieto y sosegado con aquella luz. Acontece acá encontrarse uno con una imágen muy perfecta y muy acabada y estársela mirando un gran rato sin pestañear y sin discurrir, con un contento y con una suspension y admiracion grande que no se harta de mirarla; de esa manera es esta oracion y contemplacion alta y levantada. O por mejor decir, es al modo de la que tienen los bienaventurados viendo á Dios. La bienaventuranza consiste en la vista y contemplacion de Dios (2), y estaremos allí absortos y embebecidos viendo y amando á Dios para siempre jamás, con una simple vista de aquella Magestad de Dios, gozando de su presencia y de su gloria, sin discurrir ni cansarnos jamás de estarle mirando; antes siempre se nos hará nuevo aquel cantar y aquel divino Maná, y estarémos como con una nueva admiracion. Pues á ese modo se tiene acá esta alta y perfecta oracion, y la que llaman contemplacion, cuando el Señor es servido de darla, que nunca se harta uno de estarse mirando y contemplando á Dios, sin discurrir ni cansarse, sino con una simple vista. Y dice: *Llenarlo há*; porque es tan abundante y tan copiosa esta gracia, que rebosa y no cabe en vaso tan estrecho. Y añade luego lo que de aquí se sigue: "Y él arrojará como aguaceros las palabras de su sabiduría (1)." De aquí vienen luego los coloquios; este es el tiempo propio para hablar con Dios cuando el alma está movida, enseñada y levantada con aquella luz y sabiduría celestial. Y así, nuestro Padre en este tiempo dice que se han de hacer los coloquios. «Hallándonos movidos espiritualmente, pasemos á los coloquios (2).» Nótese mucho aquella palabra: *Movidos*; despues que nosotros nos habemos ayudado del discurso de nuestras potencias, meditando y considerando; cuando la meditacion ha inflamado ya el corazon y nos sentimos movidos para ello, entonces es el tiempo de los coloquios y trato familiar con Dios, y de las peticiones y despachos; porque la oracion, que sale del corazon ya tocado de Dios, esa es la que oye él y la que halla buen despacho con su Magestad; porque, como dice San Agustin (3), cuando Dios mueve á pedirle, es señal que quiere dar lo que se pide. Esta es la oracion especialísima que Dios dá á quien él es servido. Si el Señor, que es grande y poderoso, quiere (4), fácilmente podemos tener esa oracion alta y aventajada.

Pero si el Señor no fuere servido de levantarnos á tan alta oracion como esa, dice San Bernardo que no por eso nos habemos de afligir ni desmayar, sino habémonos de contentar con el ejercicio de las virtudes y con que nos conserve el Señor en su amistad y gracia, y no nos deje caer en pecado. «Ojalá, decia (5), sea el Señor servido de

(1) Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiae replebit illum. *Eccles.* XXXIX, 8.
(2) *Apoc.* XIV, 3.

(1) Et ipse tanquam imbres mittet eloquia sapientiae suae, et in oratione confitebitur Domino. *Eccl.* XXXIX, 9.
(2) Occurrente nobis spirituali motu, ad colloquia veniamus. *S. P. N. Ignatius lib. exercitiorum spiritual. in repetit.* 1 *et* 2 *exercitii primae hebdomadae.*
(3) Aug. *de Verbis Dom. Serm.* 5 *et* 23.
(4) Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiae replebit illum. *Eccl. ib.*
(5) Utinam detur mihi pax, bonitas, gaudium in Spiritu Sancto, misereri in hilaritate, tribuere in simplicitate, gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus, et his contentus ero.—Caetera sanctis Apostolis virisque Apostolicis derelinquo. *Bernard. serm.* 46 *super Cant.*

darme paz, bondad, gozo en el Espíritu Santo, misericordia, simplicidad y caridad con los prójimos, que con esto me contentaré. Esotras contemplaciones altas quédense en buen hora para los Apóstoles y para los grandes Santos.» "Los montes altos para los ciervos, la piedra es el refugio de los herizos (1)." Esos montes altos de contemplacion sean para aquellos, que con ligereza de ciervos y de gamos corren á la perfeccion: yo que soy herizo lleno de espinas, de faltas y pecados, acogereme á los agujeros de aquella Piedra (2), que es Cristo, para esconderme en sus Llagas y lavar mis culpas y pecados con la Sangre que sale de ellas, y esa será mi oracion. Pues si el glorioso S. Bernardo se contenta con el ejercicio de las virtudes, y dolor y contricion de los pecados, y deja esotra oracion especialísima para los varones Apostólicos y para los grandes Santos, á quienes el Señor se la quisiere comunicar, razon será que nosotros tambien nos contentemos con esto, y que sea nuestro ejercicio en la oracion dolernos y confundirnos de nuestros pecados, y atender á mortificar nuestras pasiones y á desarraigar los vicios y malas inclinaciones, y á vencer todas las repugnancias y dificultades que se nos pueden ofrecer en el camino de la virtud; y esotra oracion especialísima y aventajada, dejémosla para cuando el Señor fuere servido de llamarnos y levantarnos á ella. Y aun entonces, cuando nos parece que somos llamados á eso, es menester estar muy recatados y muy sobre aviso, porque suele haber en esto muchos engaños. Algunas veces piensa uno que le llama Dios á esa oracion por no sé qué dulzura y suavidad ó facilidad que siente en el ejercicio del amor de Dios; y no le llama, sino se sube y entremete, porque le engaña el demonio, y le ciega para que deje lo que ha menester y no haga nada, ni aproveche en uno ni en otro. Dice muy bien un gran Maestro de espíritu: «asi como seria poca cordura que indiscretamente se asentase á la mesa del Rey sin su mandamiento y licencia aquel á quien el mismo Rey le hubiese encomendado que asistiese á ella y le sirviese; asi hace muy mal y descomedidamente aquel que se quiere entregar del todo al ócio dulce de la contemplacion, no siendo con evidencia llamado del mismo Dios para ello (1). Y San Buenaventura dá en esto un consejo muy bueno. Dice (2) que se ejercite uno en lo que es seguro y provechoso, que es en estirpar de sí los vicios y malas inclinaciones, y en adquirir las verdaderas virtudes; porque este es un camino muy llano y muy seguro, en el cual no puede haber engaño, sino que mientras mas tratare uno de la mortificacion, humillacion y resignacion, mas agradará á Dios, y mas merecerá delante de él; y en esotros modos esquisitos y estraordinarios, dice San Buenaventura, suele haber muchos engaños y muchas ilusiones de el demonio, porque muchas veces piensa uno que es de Dios lo que no es de Dios y que es mucho lo que es nada. Y asi esto se ha de examinar por aquello, y no aquello por esto; la cual es comun doctrina de los Santos, como luego veremos.

CAPITULO VI.

En que se declara y confirma mas esta doctrina.

Para mayor confirmacion y declaracion de esta doctrina, advierten aquí los Santos y maestros de la vida Espiritual, que para venir á aquella oracion y contemplacion alta

(1) Montes excelsi cervis, petra refugium herinaciis. *Psal.* CIII, 18.
(2) I. *ad Cor.* X, 4.

(1) Ludovic. Blosius *in speculo spirituali*, c. 11.
(2) Bonav. *de progr. Relig.*, c. 20.

que deciamos, es menester mucha mortificacion de nuestras pasiones, y fundarse uno primero muy bien en las virtudes morales y ejercitarse mucho tiempo en ellas; y si no, dicen que será en vano pretender entrar en esa contemplacion y hacer profesion de ella. Dicen (1): «Conviene seas luchador Jacob antes que Israel que vé á Dios y que dice: yo ví al Señor cara á cara.» Primero es menester que seais luchador muy fuerte y venzais vuestras pasiones y malas inclinaciones si quereis llegar á aquella union íntima con Dios. Dice Blosio (2) que el que quiere llegar á un grado muy escelente del divino amor, y no procura con gran diligencia corregir y mortificar sus vicios y desechar de sí el desordenado amor de las criaturas, es semejante al que estando cargado de plomo y de hierro, y teniendo atadas las manos y los pies, quiere subir á un árbol muy alto; y asi avisan á los maestros de espíritu que antes que traten de esta contemplacion á los que enseñan, les han de hacer que traten primero de mortificar muy bien todas sus pasiones, y de adquirir los hábitos de las virtudes, de la paciencia, de la humildad, de la obediencia, y que se ejerciten mucho en eso; lo cual llaman ellos vida activa, que ha de ser primero que la contemplativa; porque por falta de esto, muchos que no fueron por estos pasos, sino que se quisieron subir á la contemplacion sin órden, despues de muchos años de oracion se hallan muy vacíos de virtud, impacientes, airados, soberbios, que en tocándoles en algo de esto, luego vienen á reventar con impaciencia en palabras desordenadas con que descubren bien su imperfeccion é inmortificacion. Lo cual declaró muy bien nuestro P. general Everardo Mercuriano en una carta que acerca de esto escribió, por estas palabras: «Muchos, mas con falta de discrecion que con deseo de ir adelante, oyendo decir que hay otro ejercicio de oracion mas alto de amor de Dios, de unos actos anagógicos, de no sé qué silencio, se han querido subir al ejercicio de la via unitiva antes de tiempo, oyendo decir que es ejercicio mas heróico y mas perfecto, y que con él se vencen los vicios y alcanzan las virtudes mas fácil y suavemente; y porque se subieron á eso antes de tiempo, han perdido en eso mucho tiempo, y han andado poca tierra, y al cabo de muchos años se hallan tan vivos en sus pasiones, tan enteros en sus aficiones, tan amigos de su regalo, como si ningun trato ni comunicacion tuvieran con Dios: tan enteros en su propia voluntad, tan dificiles en sujetar su propio juicio, cuando los superiores han querido disponer de ellos en lo que á ellos no les agradaba, ó no era segun su dictámen, como el dia primero. Y la causa de esto es, porque quisieron volar antes de tener alas; saltaron y atrancaron el camino, y no fueron por los pasos que habian de ir; no se fundaron primero en la mortificacion, ni en el ejercicio de las virtudes; y asi, sin fundamento, no pudieron edificar buen edificio: fabricaron sobre arena y asi faltan al mejor tiempo.»

Para que se vea cuán verdadera y cuán comun y general es esta doctrina, esto es lo que dicen comunmente los Santos, cuando ponen aquellas tres partes ó tres maneras de oracion, segun las tres vias que llaman purgativa, iluminativa y unitiva, que es doctrina sacada de San Dionisio Areopagita, y de él la tomó San Gregorio Nacianceno y todos los demas que tratan de cosas espirituales. Dicen y convienen todos en esto, que antes de tratar de esta oracion

(1) Oportet, ut prius sis Jacob luctans quam Israel Deum videns, ac dicens: vidi Deum facie ad faciem (*Genes.* XXXII, 30). *Gregor. lib. 7 Mor. c. 27.—Bernard. serm. 46 super Cant.—Isidor. lib. 3, cap. 15.—S. Thom. 2-2, q. 182, art. 3, et Cajet. ibi.*

(2) Blosius *in tabula spirituali, addit. 1.*

tan alta y tan encumbrada, la cual corresponde á la via unitiva, habemos de tratar de lo que pertenece á la via purgativa é iluminativa. Primero es menester ejercitarnos en el dolor y arrepentimiento de los pecados, y desarraigar de nosotros los vicios y malas inclinaciones, y en adquirir las verdaderas virtudes, imitando á Cristo en quien resplandecen, porque si quisiésemos pasar adelante sin eso, seria sin fundamento, y asi siempre quedariamos mancos, como el que quiere pasar á la clase de mayores sin haberse fundado bien en la de menores, y subir al escalon postrero sin pasar por el primero.

CAPITULO VII.

De la oracion mental ordinaria.

Dejada aparte la oracion especialísima y estraordinaria, pues no podemos enseñar ni declarar lo que es, ni de la manera que es, ni está en nuestra mano tenerla, ni nos la manda Dios tener, ni nos pedirá cuenta de eso; trataremos ahora de la oracion mental ordinaria y comun, que se puede en alguna manera enseñar y alcanzar con trabajos y consejos ayudados de la gracia del Señor. Entre las demas mercedes y beneficios que nos ha hecho el Señor en la Compañía, ha sido este muy particular que nos ha dado el modo de oracion que habemos de tener, aprobado por la Sede Apostólica, en el libro de los Ejercicios Espirituales de nuestro P. San Ignacio, como consta del Breve que está al principio de ellos, en el cual, la Santidad de Paulo III, despues de haberlos hecho examinar con mucha exaccion, los aprueba y confirma diciendo ser muy útiles y saludables, y exhorta mucho á todos los fieles que se ejerciten en ellos. Nuestro Señor comunicó á nuestro Padre este modo de oracion, y él nos le comunicó á nosotros con el mismo órden que nuestro Señor se le comunicó á él. Y asi habemos de tener grande confianza en Dios que por este camino y modo, que él nos ha dado, nos ayudará y hará mercedes; pues con él ganó á nuestro Padre y á sus compañeros, y despues acá á otros muchos, y ahí le comunicó el modo y traza de la Compañía, como él lo dijo; y no hemos de buscar otros caminos, ni otros modos estraordinarios de oracion, sino procurar amoldarnos al que ahí tenemos, como buenos y verdaderos hijos.

En el ejercicio de las potencias, que es el primero de los ejercicios, nos enseña nuestro Padre el modo que se ha de tener en la oracion y en todos los demas ejercicios. Y es que en cualquier punto que tomaremos entre manos, habemos de ir ejercitando las tres potencias de nuestra ánima, memoria, entendimiento y voluntad. Lo primero, poniendo con la memoria delante de los ojos del entendimiento el punto ó misterio sobre el cual queremos tener oracion; y luego entrar con el entendimiento discurriendo, meditando y considerando aquellas cosas que mas nos ayudaren para mover nuestra voluntad, y luego se han de seguir los afectos de la voluntad. Y esto tercero es lo principal y en lo que habemos de parar, porque ese es el fin de la meditacion y el fruto que se ha de sacar de todas las consideraciones y discursos del entendimiento. Todo eso se ordena para mover la voluntad al deseo de lo bueno y aborrecimiento de lo malo. Por esto se le dió á este ejercicio ese nombre de las tres potencias, por ser el primero en que se nos enseña este modo de oracion; porque en lo demás, en todos los ejercicios siguientes se han de ejercitar tambien las tres potencias de la ánima como en este.

Este modo de oracion que nos enseña aqui nuestro Padre, y usa la Compañia, no es singular, ni con invenciones acomodadas á

ilusiones, como lo son algunos otros; antes es modo muy comun y muy usado de los Padres antiguos y muy conforme á la naturaleza humana, que es discursiva y racional, y por razon se gobierna y con razon se persuade, convence y rinde; y por consiguiente, es mas fácil, mas seguro y fructuoso. De manera, que no habemos de estar en la oracion á modo de dejados, ó alumbrados, sin hacer nada, que seria ese engaño y error grande, sino habemos de llamar allí á Dios mediante el ejercicio de nuestras potencias y cooperar juntamente con él; porque quiere Dios cooperacion de sus criaturas, y esto es lo que nos enseña nuestro Padre en el libro de los ejercicios. Otros modos que hay de oracion, quitando el discurso, usando de negaciones, con ciertos silencios, tomados de la mística teología, comunmente no deben enseñarse, ni aun buscarse, como dijimos arriba (1); y gente nueva, que no tiene mucho hecho en el conocimiento de sus pasiones y ejercicio de virtudes, puesta en estos modos particulares, está sujeta á ilusiones y engaños, y cuando piensan que tienen algo ganado, se hallan con todas sus pasiones enteras, las cuales con aquel cebo y gusto de la oracion estaban como adormecidas, y despues despiertan con mucho peligro; y tambien en estos modos retirados y particulares, se cria una dureza de juicio, disposicion para cualquier engaño; y asi la temia nuestro S. P. Ignacio, porque decia que comunmente los tales tenian algo de esto.

Digo, pues, que lo primero que habemos de hacer en la oracion, en cualquier punto que tomáremos, ha de ser poniendo con la memoria delante el punto ó misterio sobre el cual queremos tener oracion, entrar con el entendimiento meditando y discurriendo por él, y luego se han de seguir los afectos de la voluntad. De manera, que la memoria propone, y luego ha de entrar el discurso y meditacion del entendimiento, porque ese es el fundamento de donde han de manar todos los actos y ejercicios que hacemos en la oracion, y en virtud de eso se hace en la oracion todo lo demas. La razon de esto está clara en buena filosofía; porque nuestra voluntad es una potencia ciega que no puede dar paso sin que el entendimiento vaya delante. «Nada es querido sin ser antes conocido (1).» Esa es máxima comun de los filósofos; no puede querer cosa la voluntad que no haya pasado primero por el entendimiento, que es el paje de hacha que vá delante alumbrando la voluntad y guiándola y descubriendo lo que ha de querer ó aborrecer. Y asi dice San Agustin: «Lo que no se ha visto se puede amar; pero no, lo que no se conoce (2).» Y San Gregorio dice: «Nadie puede amar lo que del todo ignora (3).» Bien podemos amar las cosas que no vemos, empero aquello, de lo cual no tenemos algun conocimiento, no lo podemos amar, porque el objeto de la voluntad es el bien entendido; por eso amamos y queremos alguna cosa, porque la aprendemos por buena y por digna de ser amada; y al contrario, por eso la aborrecemos y huimos de ella, porque la juzgamos y aprendemos por mala y por digna de ser aborrecida. Y asi, cuando queremos que uno mude su voluntad y propósito, persuadímosle con razones y procuramos de convencerle el entendimiento que aquello que quiere hacer no conviene, ni es bueno, y que lo otro es lo mejor y lo que le conviene para que asi deje lo uno y abrace lo otro. De manera, que el acto y discurso del en-

(1) Cap. 4, y 5.

(1) Nihil volitum, quin praecognitum.

(2) Invisa diligi posse; incognita, nequaquam. *August. lib. 10. de Trinit., c. 1.*

(3) Nemo potest diligere quod prorsus ignorat. *Greg. hom. 30 super Evangelia.*

tendimiento es fundamento para los demas actos y ejercicios que hacemos en la oracion, y por eso es tan necesaria la meditacion; lo cual iremos declarando mas en los capítulos siguientes.

CAPITULO VIII.

De la necesidad de la meditacion.

Hugo de San Victor dice (1) que no puede ser perfecta la oracion si no precede ó la acompaña la meditacion. Y es doctrina de San Agustin, el cual dice que la oracion sin meditacion es tibia. Pruébanlo muy bien, porque si uno no se ejercita en conocer y considerar su miseria y flaqueza, andará engañado y no sabrá pedir en la oracion lo que le conviene, ni lo pedirá con el calor que conviene. Muchos por no conocerse, ni considerar sus faltas, andan muy engañados y presumen de sí lo que no presumieran si se conocieran, y así tratan en la oracion otras cosas diferentes de las que han menester. Pues si quereis saber orar y pedir á Dios lo que os conviene, ejercitaos en considerar vuestras faltas y miserias, y de esa manera sabreis lo que habeis de pedir, y considerando y entendiendo vuestra grande necesidad, pediréislo con calor y como lo habeis de pedir, como lo hace el pobre necesitado que conoce y entiende bien su necesidad y pobreza. San Bernardo, tratando que á la perfeccion no habemos de subir volando sino andando, dice (2) que el andar y subir á la perfeccion ha de ser con estos dos pies, meditacion y oracion; porque la meditacion nos muestra lo que nos falta, y la oracion lo alcanza; la meditacion nos muestra el camino, y la oracion nos lleva allá. Finalmente, con la meditacion conocemos los peligros que nos cercan, y con la oracion nos escapamos y libramos de ellos. De aquí viene á decir San Agustin (1) que la meditacion es principio de todo bien; porque quien considera cuán bueno es Dios en sí, y cuán bueno y misericordioso ha sido para con nosotros, cuánto nos ha amado, cuánto ha hecho y padecido por nosotros, luego se enciende en amor de tan buen Señor; y quien mira bien sus culpas y miserias, viene á humillarse y tenerse en poco; y quien considera cuán mal ha servido á Dios, y lo mucho que le ha ofendido, siéntese digno de cualquier pena y castigo; y de esta manera, con la meditacion se viene á enriquecer el alma de todas las virtudes.

Por esto se nos encomienda tanto en la Sagrada Escritura la meditacion. "Bienaventurado el varon que medita de dia y de noche en la Ley del Señor," dice el profeta David. "Ese tal será como árbol plantado junto á las corrientes de las aguas que dará mucho fruto (2)." Esos son los que le buscan de todo corazon, y eso les hace que le busquen (3). Y así, esto pedia el profeta á Dios para guardar su Ley (4). Y por otra parte dice: "Si no fuera por la meditacion ordinaria que tengo en vuestra Ley, ya por ventura hubiera perecido en mi humildad (5);" esto es, en mis aprietos y traba-

(1) *Hugo de Sancto Victore, tract. de laud. orationis.*

(2) Nemo repente fit summus, ascendendo, non volando, aprehenditur summitas scalae. Ascendamus igitur velut duobus quibusdam pedibus meditatione, et oratione; meditatio siquidem docet quid desit; oratio, quod desit, obtinet. Illa viam ostendit, ista deducit. Meditatione denique agnoscimus imminentia nobis pericula, oratione evadimus. *Bernard. serm. I. de Sancto Andrea.*

(1) Intellectus cogitabundus est principium omnis boni. *Agustin.*

(2) Et erit tanquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo. *Ps.* I, 3.

(3) Beati qui scrutantur testimonia ejus, in toto corde exquirunt eum. *Ps.* CXVIII, 2.

(4) Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam, et custodiam illam in toto corde meo. *Ps.* CXVIII, 93.

(5) Nisi quod lex tua meditatio mea est, tunc forte perissem in humilitate mea. *Ps.* CXVIII, 92.

jos (como declara San Gerónimo); y asi una de las mayores alabanzas que ponen los Santos de la meditacion y consideracion, ó la mayor, es, que ella es una grande ayudadora de todas las virtudes y de todas las buenas obras. «Es, dice Gerson (1) hermana de la leccion, ama de la oracion, guia de la obra, perfeccionadora y juntamente consumadora de todas las cosas.»

Para que por el un contrario se acabe de conocer mejor el otro, una de las principales causas de todos los males que hay en el mundo, es la falta de consideracion; conforme á aquello del profeta (2): "Desolada con desolacion está toda la tierra, porque ninguno hay que piense de corazon." La causa por que está tan asolada la tierra en lo espiritual, y hay tantos pecados en el mundo, es porque apenas hay quien éntre dentro de sí y se pare á pensar y revolver en su corazon los misterios de Dios. Porque, ¿quién se atreveria á cometer un pecado mortal si considerase que murió Dios por el pecado y que es tan grande mal que fué menester que se hiciese Dios hombre para que de todo rigor de justicia satisficiese por él? ¿Quién se atreveria á pecar si considerase que por un solo pecado mortal castiga Dios con infierno para siempre jamás? Si se pusiese uno á pensar y á ponderar aquel: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno (3);" aquella eternidad, aquel para siempre jamás y mientras Dios fuere Dios ha de arder en los infiernos, ¿quién habria que por un deleite de un momento escogiese tormentos eternos? Decia Santo Tomás de Aquino (4) que una cosa no podia él entender, cómo era posible que el que estaba en pecado mortal se pudiese reir y tener contento. Y tenia mucha razon, porque sabe de cierto que si se muriese se iria al infierno para siempre jamás, y no tiene seguro un momento de vida. Estaba el otro en banquetes y en grandes músicas y regocijos (1), y porque tenia sobre la cabeza una espada desnuda colgada de un hilo, estaba temblando cuando caeria, y nada le daba gusto; ¿qué será al que le amenaza, no solamente la muerte temporal, sino la eterna que depende de un hilito de la vida que se puede caer allí muerto de repente, y acostarse bueno y sano y amanecer en el infierno? Un siervo de Dios decia á este propósito, que le parecia á él que en la república cristiana no habia de haber mas de dos cárceles, una de la santa Inquisicion y otra de locos: porque ó cree uno que hay infierno para siempre jamás para el que peca, ó no; si no lo cree, llévenle á la Inquisicion por herege; si lo cree, y con todo eso se quiere estar en pecado mortal, llévenle á la casa de los locos; porque ¿qué mayor locura puede ser que esa? No hay duda sino que si uno considerase con atencion estas cosas, le seria gran freno para no pecar. Por eso procura el demonio con tanta diligencia impedirnos esta meditacion y consideracion. Lo primero que hicieron los filisteos (2) en cogiendo á Sanson, fué sacarle los ojos; asi el demonio eso es lo primero que procura con el pecador; ya que no le puede quitar la fé, procura que de tal manera crea como si no creyese, que los que ven no vean, y los que oyen no oigan ni entiendan (3); procura que no considere lo que cree ni repare en ello mas que si no lo creyese; ciérrale los ojos, que es lo mismo para él, porque asi como no aprovecha na-

(1) Soror lectionis, nutrix orationis, directrix operis, omniumque pariter perfectio, et consumatrix existens. *Gers.*

(2) Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde. *Jerem.* XII, 11.

(3) Discedite a me, maledicti, in ignem aeternum. *Matth.* XXV, 41.

(4) In *Hist. Ordin. Sancti Dominic. p.* 1, *l.* 3, *c.* 37

(1) Damocles *apud Cicer. Tusc.* 5.

(2) Judicum XVI, 21.

(3) Ut videntes non videant, et audientes non audiant, neque intelligant. *Matth.* XIII, 13.

da abrir los ojos si estais en lo oscuro, porque no vereis nada, asi, dice San Agustin (1), no aprovechará nada estar en lo claro si teneis cerrados los ojos, porque tampoco vereis nada. Pues por esto es de tanta importancia la meditacion y oracion mental que hace abrir los ojos.

CAPITULO IX.

De un bien y provecho grande que habemos de sacar de la meditacion y cómo se ha de tener para aprovecharnos de ella.

Muy bueno es ejercitarnos en la oracion en afectos y deseos de la voluntad, de lo cual trataremos luego; pero es menester que esos afectos y deseos vayan bien fundados en razon, porque el hombre es racional y quiere ser llevado por razon y por via de entendimiento. Y asi, una de las cosas principales á que se ha de ordenar y enderezar la meditacion, ha de ser para quedar muy desengañados y enterados en las verdades, y muy convencidos y resueltos en lo que nos conviene. Y este ha de ser uno de los frutos principales que habemos de procurar sacar de la oracion. Y débese notar mucho este punto, porque es muy principal en esta materia; y especialmente á los principios es menester que se ejercite uno mas en esto para que vaya bien fundado y enterado en las verdades. Pues para que mejor podamos sacar esto de la meditacion y sea ella de mucho fruto, es menester que no se haga superficialmente ni de corrida, ni muerta y flojamente, sino con viveza y con mucha atencion y reposo. Habeis de meditar y considerar muy despacio y con mucho sosiego la brevedad de la vida y la fragilidad y vanidad de las cosas del mundo, y cómo con la muerte se acaba todo, para que asi menospreciels todas las cosas de acá y pongais todo vuestro corazon en lo que ha de durar para siempre. Habeis de considerar y ponderar muchas veces cuán vana cosa es la estima y opinion de los hombres, que tanta guerra nos hace, pues no os quita ni os pone nada ni os puede eso hacer mejor ni peor, para que vengais á menospreciarla y á no hacer caso de eso, y asi de todo lo demas. De esta manera se va uno desengañando y convenciendo y resolviendo en lo que le conviene, y se va haciendo hombre espiritual. "Se sentará solitario y callará, porque se levantó sobre sí (1)." Váse levantando sobre sí y va cobrando un corazon generoso y menospreciador de todas las cosas del mundo, y viene á decir con San Pablo: "Lo que antes tenia por ganancia tengo ahora por pérdida y por estiercol por ganar á Cristo (2)."

Hay mucha diferencia de meditar á meditar, y de conocer á conocer; porque de una manera conoce el sábio una cosa y de otra el simple é ignorante; el sábio conócela como ella es de verdad, mas el simple conoce solamente la apariencia de fuera. Como una piedra preciosa, si la halla una persona simple, codiciala por el resplandor y hermosura esterior de ella, y no por otra cosa, porque no conoce su valor; mas el lapidario sábio, que halla la tal piedra preciosa, codiciala mucho, no por el resplandor y hermosura de fuera, sino porque conoce bien el valor y virtud de ella. Pues esa es la diferencia que hay del que sabe meditar y considerar los Misterios divinos y las cosas espirituales al que no sabe, que este mira las cosas superficialmente y como por de fuera, y aunque le parecen bien por el lustre y resplandor que en ellas vé, no se mue-

(1) August. *sup. Ps.* XXV, *prope finem.*

(1) Sedebit solitarius, et tacebit, quia levavit super se. *Threnor.* III, 18.

(2) Propter quem omnia detrimentum feci et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam. *Ad Phil.* III, 8.

ve mucho al deseo de ellas; pero el que sabe meditar y ponderar esas cosas, desengáñase y resuélvese: como conoce bien el valor del tesoro escondido y de la margarita preciosa que ha hallado, todo lo menosprecia y tiene en poco en su comparacion. "Fuése y vendió todo lo que tenia, y compróla (1)."

Esta diferencia nos declara Cristo nuestro Redentor en el Evangelio, en la historia de aquella muger que padecia flujo de sangre. Cuentan los Sagrados Evangelistas (2) que yendo el Redentor del mundo á sanar ó resucitar aquella hija del príncipe de la Sinagoga, iba tanta gente con él que le apretaban: vióle pasar una muger que padecia flujo de sangre doce años habia, y habia gastado toda su hacienda en médicos y no la habian podido sanar, antes se hallaba peor; y con el deseo que tenia de alcanzar salud, rompe por medio de la gente con grande fé y confianza, diciendo entre sí: "si tocare tan solamente el ruedo y orilla de su vestidura, seré sana (3)." Llega y toca, y luego se secó aquella fuente de sangre que corria. Vuelve Cristo nuestro Redentor y dice: "¿Quién me ha tocado (4)?" Dícele San Pedro y los demas discípulos: "Maestro, estaos apretando tanta gente, y decis ¿quién me ha tocado (5)?" No digo eso, dice Cristo (6), sino que "alguno me ha tocado, no de la manera que la demas gente, sino de otra manera mas particular, porque yo he sentido que ha salido virtud de mí." Ahí está el punto, eso es tocar á Cristo, y eso es lo que él pregunta, que de esotro tocar á vulto, como el vulgo y la demas gente toca, no hay que hacer caso. Pues en esto está todo el negocio de la meditacion, en tocar á Cristo y sus misterios de manera que saquemos en nosotros la virtud y fruto de ellos; y para esto importa mucho que vamos en la meditacion con atencion rumiando y desmenuzando las cosas muy despacio. Lo que no se masca, ni amarga, ni da sabor; por eso el enfermo se traga la píldora entera, porque no le amargue. Pues por eso tambien no le amarga al pecador el pecado, ni la muerte, ni el juicio, ni el infierno, porque no desmenuza esas cosas, sino trágaselas enteras, tomándolas á bulto y á carga cerrada, y por eso tampoco os da á vos gusto ni sabor el misterio de la Encarnacion y de la Pasion y Resurreccion, y de los demas beneficios de Dios, porque no los desmenuzais ni rumiais, ni ponderais como debeis: mascad vos, y desmenuzad el granito de mostaza ó pimienta, y vereis cómo quema y os hace saltar la lágrima.

(1) Abiit, et vendidit omnia quae habuit, et emit eam *Matth.* XIII, 46.
(2) *Matth.* IX, 20.—*Marc.* V, 1.—*Lucae* VIII, 43.
(3) Dicebat enim intra se: si tetigero tantum vestimentum ejus, salva ero. *Matth.* IX, 20.
(4) Quis me tetigit? *Ib.*
(5) Praeceptor, turbae te comprimunt, et affligunt, et dicis: quis me tetigit? *Ib.*
(6) Tetigit me aliquis; nam et ego novi virtutem de me exiisse. *Ib.*

CAPITULO X.

De otros bienes y provechos que hay en la meditacion

Otro bien y provecho grande dice Santo Tomás (1) que hay en la meditacion, y es, que de ella nace la verdadera devocion; cosa tan importante en la vida espiritual y tan deseada de todos los que caminan por ella. Devocion no es otra cosa sino una prontitud y presteza de la voluntad para todo lo bueno, y así varon devoto es el que está pronto y dispuesto para todo bien; y es doctrina comun de los Santos. Pues dice Santo Tomás que dos causas hay de esta devocion: una extrínseca y principal, que es Dios; otra intrínseca de parte nuestra, que es la meditacion; porque esa vo-

(1) *S. Thom.* 2-2. *q.* 82. *art.* 3.

luntad pronta para las cosas de virtud nace de la consideracion y meditacion del entendimiento; porque esta es la que, despues de la gracia de Dios, mueve y enciende ese fuego en nuestro corazon. De manera que no está la verdadera devocion y el fervor de espíritu en la dulzura y gusto sensible que esperimentan y sienten algunos en la oracion, sino en tener una voluntad pronta y dispuesta para todas las cosas del servicio de Dios. Y esta es la devocion que dura y permanece, que esotra luego se acaba, porque son unos afectos de devocion sensible que nace del deseo súbito que uno tiene de alguna cosa apetecible y amable, y muchas veces proviene de complexion natural, de tener una condicion blanda y un corazon tierno que luego se mueve á sentimiento y á lágrimas, y en agotándose esa devocion, se suelen secar los buenos propósitos. Ese es un amor tierno, fundado en gustos y consuelos: mientras dura aquel gusto y devocion, andará uno muy diligente y puntual, amigo del silencio y recogimiento; y en cesando, todo se acaba. Pero los que van fundados en la verdad, por medio de la meditacion y consideracion, convencidos y desengañados con la razon, esos perseveran y duran en la virtud, y aunque les falten los gustos y consuelos, son los mismos que de antes, porque dura la causa, que es la razon que les convenció y movió. Ese es el amor fuerte y varonil; en eso se echan de ver los verdaderos siervos de Dios y los que han aprovechado, no en los gustos y consolaciones. Suelen decir que nuestras pasiones son como unos perrillos que están ladrando, y al tiempo de la consolacion tienen las bocas tapadas; échales Dios á cada uno su pedazo de pan con que están quietas y no piden nada: pero quitando ese pan de la consolacion, ladra una y ladra otra, y asi se ve entonces lo que es cada uno. Comparan tambien los gustos y consolaciones, á los bienes muebles que se gastan presto, y las virtudes sólidas á los bienes raices que duran y permanecen y asi son de mayor estima.

De aqui nace una cosa que la esperimentamos muchas veces y es digna de consideracion. Vemos algunas personas que, por una parte, tienen en la oracion grandes consuelos, y despues en las ocasiones y tentaciones las vemos flacas y aun caidas; y por el contrario, vemos otros que padecen grandes sequedades en la oracion y no saben qué cosa es consuelo ni gusto, y por otra parte los vemos muy fuertes en las tentaciones y lejos de caer. La causa de esto es la que vamos diciendo, que aquellos iban fundados en gustos y sentimientos; pero estotros van fundados en razon, quedan desengañados, convencidos y enterados en la verdad, y con eso duran y perseveran en lo que una vez se persuadieron y resolvieron. Y asi uno de los medios que se suele dar para perseverar en los buenos propósitos que tenemos en la oracion y ponerlos por obra, y muy bueno, es, que procure uno de conservar el motivo y la razon que le causó entonces aquel buen propósito y deseo, porque lo que entonces le movió á desearlo, le ayudará despues á conservarlo y ponerlo por obra. Y aun hay mas en esto, que cuando uno se va desengañando y convenciendo de esta manera en la oracion, aunque despues no se le acuerde en particular el medio ó razon que entonces le movió, en virtud de aquel desengaño y de aquella resolucion que alli tomó, convencido de la verdad y de la razon, queda firme y fuerte para resistir despues á la tentacion y perseverar en la virtud.

Por esto Gerson estima tanto la meditacion que, consultado qué ejercicio seria mas útil y provechoso al religioso que está recogido en su celda, la leccion ó la oracion vocal, ó alguna obra de manos, ó vacar á la

meditacion, responde (1) que, salva siempre la obediencia, lo mejor será vacar á la meditacion; y dá esta razon, porque aunque con la oracion vocal y con la leccion espiritual sienta por ventura uno de presente mayor devocion y provecho que con la meditacion, mas en quitando el libro de delante, ó dejando de hablar se suele acabar tambien aquella devocion; pero la meditacion aprovéchale y dispónele mas para adelante, y por eso dice que es menester que nos acostumbremos á la meditacion, para que, aunque falte el ruido de las voces y aunque falten los libros, la meditacion sea nuestro libro, y asi no falte la verdadera devocion.

CAPITULO XI.

Del modo que se ha de tener en la oracion, y el fruto que habemos de sacar de ella.

"Calentóse mi corazon dentro de mí, y en mi meditacion arderá el fuego (2)." En estas palabras nos declara el Profeta David el modo que habemos de tener en la oracion, conforme á la esplicacion de muchos doctores y santos (3), los cuales declaran este lugar del fuego de la caridad y amor de Dios y del prójimo que con la meditacion de las cosas celestiales se encendia y ardia en el pecho del Real Profeta. Mi corazon, dice, cobró calor y se encendió allá dentro. Ese es el efecto de la oracion. Pero, ¿cómo cobró ese calor? ¿cómo se encendió ese fuego allá dentro en el corazon? ¿Sabeis cómo? Con la meditacion (4). Ese es el medio y el instrumento para encender ese fuego. De manera que la meditacion (dice San Cirilo Alejandrino) es como el dar con el eslabon en el pedernal para que salga fuego: con el discurso y meditacion del entendimiento habeis de dar golpes en este pedernal duro de vuestro corazon, hasta que se encienda en amor de Dios y en deseo de la humildad y de la mortificacion y de las demas virtudes, y no habeis de parar hasta sacar y encender en él este fuego.

Aunque la meditacion es muy buena y necesaria; pero no se nos ha de ir toda la oracion en discursos y consideraciones del entendimiento, ni habemos de parar ahí, porque eso mas seria estudio que oracion; sino todas las meditaciones y consideraciones que tuviéremos las habemos de tomar por medio para despertar y encender en nuestro corazon los afectos y deseos de las virtudes, porque la bondad y santidad de la vida cristiana y religiosa no consiste en los buenos pensamientos é inteligencia de cosas santas, sino en las virtudes sólidas y verdaderas, y especialmente en los actos y operaciones de ellas, en las cuales, como dice Santo Tomás (1), está la última perfeccion de la virtud. Y asi, en esto principalmente habemos de insistir y ocuparnos en la oracion.

Este se ha de tener por primer principio en esta materia. Aun allá dijo el otro filósofo, y lo trae Gerson (2): «Andamos inquiriendo é investigando qué cosa sea la virtud; no para saber, sino para ser buenos y virtuosos.» Aunque es necesaria la aguja para coser, pero no es ella la que cose sino el hilo, y asi muy indiscreto seria el que todo el dia gastase en entrar y sacar la aguja sin hilos, porque seria trabajar en vano; pues esto hacen los que en la oracion todo es en-

(1) *Gerson p.* 2, *alph. b.* 34. *litera M. et de solicitudine Ecclesiasticorum particula* 41, *alph. b.* 37, *lit. A.*

(2) Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis. *Ps.* XXXVIII, 4.

(3) Hyeron., Ambros., Gregor. (*lib.* 23, *Mor. c.* 5.), Interlinealis, et alii.

(4) Et in meditatione mea exardescet ignis. *Loc. cit.*

(1) S. Thom. 1—2, *q.* 3, *art.* 2.

(2) Inquirimus, quid sit virtus, non ut sciamus, sed ut boni efficiamur. *Gerson, super Magnificat, alph.* 86, *litera. D.*

tender y meditar, y poco amar. La meditacion ha de ser como la aguja, que entra ella primero; pero para que entre tras ella el hilo de amor y aficion de la voluntad, con la cual nos habemos de unir y juntar con Dios.

Nuestro Padre nos advierte de esto mismo muy en particular, y nos lo repite muchas veces en el libro de los Ejercicios Espirituales. Despues de haber puesto los puntos que habemos de meditar con algunas breves consideraciones, dice luego: «y referirlo he todo á mí, para sacar algun fruto.» En eso está el fruto de la oracion, en saber referir y aplicar cada uno á sí, para su propio provecho, lo que medita, conforme á lo que ha menester. Dice muy bien el glorioso San Bernardo (1): asi como el sol no á todos los que alumbra calienta, asi la ciencia y la meditacion, aunque enseña lo que se ha de hacer, no á todos mueve y aficiona á hacer lo que enseña, y una cosa es el tener noticia de muchas riquezas, y otra el poseerlas. Asi, dice, una cosa es conocer á Dios, y otra temer y amar á Dios; y conocer muchas cosas de Dios, no nos hace verdaderos sábios, ni ricos, sino el temer y amar á Dios. Traen tambien otra buena comparacion para esto: asi como al que tiene hambre le aprovechará poco ponerle delante una mesa muy espléndida de muchos y muy buenos manjares, si no come de ellos; asi al que tiene oracion le aprovechará poco tener delante de sí una mesa muy rica y abundante de muchas y muy escelentes consideraciones, si no come, aplicándolas á sí con la voluntad para aprovecharse de ellas.

Descendiendo en esto mas en particular, digo, que lo que habemos de sacar de la meditacion y oracion, ha de ser afectos y deseos santos, que se forman primero interiormente en el corazon para que despues á su tiempo salgan en obra. El bienaventurado San Ambrosio dice que el fin de la meditacion es la obra (1). Aquellos santos y misteriosos animales, que vió el Profeta Ezequiel, entre otras condiciones, dice que tenian alas, y debajo de ellas manos de hombre (2), para darnos á entender que el volar y discurrir con el entendimiento ha de ser para obrar. Pues habemos de sacar de la oracion afectos y deseos de humildad, despreciándonos á nosotros mismos y deseando ser despreciados de otros; deseos de padecer penas y trabajos por amor de Dios, y holgarnos con los que de presente tenemos; afectos de la pobreza de espíritu, deseando que lo peor de casa sea para nosotros y que aun en las cosas necesarias nos falte algo; dolor y contricion de los pecados, y propósitos firmes de antes rebentar que pecar; agradecimiento de los beneficios recebidos, resignacion verdadera y entera en las manos de Dios; y finalmente, deseo de imitar á Cristo nuestro Redentor y Maestro en todas las virtudes que resplandecen en él. Y á esto se ha de enderezar y ordenar nuestra meditacion, y ese es el fruto que habemos de sacar de ella.

De aqui se sigue, que pues la meditacion y discurso del entendimiento le tomamos como medio para mover la voluntad á estos afectos y ese es el fin de todo este negocio, que tanto habemos de usar de la meditacion y discurso del entendimiento, cuanto fuere menester para esto y no mas, porque los medios hánse de proporcionar y medir con su fin. Y asi, en sintiendo aficionada y movida la voluntad con algun afecto de alguna virtud, como dolor de pecados, desprecio del mundo, amor de Dios, deseo

(1) Bernard, *serm.* 23 *super Cantica.*

(1) Meditationis praeceptorum coelestium intentio, vel finis operatio est. *Ambros. Psalm.* 118. *octon.* 6. *super illud*: et meditabar in praeceptis tuis.

(2) Et manus hominis sub pennis eorum. *Ezech.* I, 8.

de padecer por él ú otro semejante; luego habemos de cortar el hilo del discurso del entendimiento, como quien quita á los arcos ó puentes las cimbrias de madera, yd etenernos y hacer pausa en ese afecto y deseo de la voluntad, hasta satisfacernos y embeberle muy bien en nuestra ánima. Este es un aviso muy importante, y nos le pone nuestro Padre en el libro de los Ejercicios Espirituales, donde dice (1) que en el punto que hallaremos la devocion y sentimiento que deseamos, ahí paremos y en eso nos detengamos, sin tener ánsia de pasar á otra cosa hasta que quedemos satisfechos. Asi como el hortelano cuando riega una hera, en comenzando á entrar el agua en ella detiene el hilo de la corriente y deja empapar y embeber el agua por las entrañas de la tierra seca, y hasta que está bien empapada y embebida no pasa adelante, asi en comenzando á entrar el agua del buen afecto y deseo en nuestra ánima, que es como una tierra sin agua, como dice el Profeta (2), habemos de detener la corriente del discurso del entendimiento y estarnos gozando de ese riego y afecto de la voluntad cuanto pudiéremos, hasta que se embeba y empape en el corazon y quedemos bien satisfechos. El bienaventurado San Crisóstomo trae otra comparacion buena para declarar esto. ¿No habeis visto, dice, cuando un corderillo va á buscar los pechos de su madre, que no hace sino dar una vuelta por aqui y otra por alli y ahora toma la ubre y luego la deja; pero en comenzando á venir el golpe de la leche, luego pára y con sosiego está gozando de ella. Asi es en la oracion, antes que venga el rocío del cielo, anda el hombre discurriendo de aqui para allí; pero en viniendo aquel rocío celestial, luego habemos de parar y gozar de aquella suavidad y dulzura.

(1) S. P. N. Ignatius, *lib. Exercitiorum spirit.* addit. 4.

(2) Anima mea sicut terra sine aqua tibi. *Ps.* CXLI, 6.

CAPITULO XII.

De cuánta importancia sea el detenernos en los actos y afectos de la voluntad.

Es de tanta importancia el detenernos y hacer pausa en los actos y afectos de la voluntad, y estímanlo en tanto los santos y los maestros de la vida espiritual, que dicen que en esto consiste la buena y perfecta oracion y aun lo que llaman contemplacion, cuando ya el hombre no busca con la meditacion incentivos de amor, sino goza del amor hallado y deseado, y descansa en él como en el término de su inquisicion y deseo, diciendo con la Esposa en los Cantares: "Hallado he al que ama mi ánima, téngole y no le dejaré (1)." Y esto es lo que dice alli tambien la misma Esposa: "Yo duermo, pero mi corazon está velando (2):" porque en la perfecta oracion está como adormecido el entendimiento, porque ha dejado el discurso y especulacion, y la voluntad está velando y derritiéndose en amor de su Esposo. Y agrádale tanto al Esposo este sueño en su Esposa, que manda que se le guarden y no la despierten de él hasta que ella quiera: "Yo os conjuro, hijas de Jerusalen, por las cabras y ciervos de los campos, que no desperteis á la amada hasta que ella quiera (3)." De manera que la meditacion y todas las demas partes que ponen de la oracion, se ordenan y enderezan á esta contemplacion, y son como unos escalones por donde habemos de subir á ella. Asi lo dice San Agustin en un libro que se llama Escala del Paraiso: «La leccion bus-

(1) Inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam. *Cant.* III, 4.

(2) Ego dormio, et cor meum vigilat. *Cant.* V, 2.

(3) Adjuro vos filiae Jerusalem, per caprcas cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit. *Cant.* V, 5.

ca, la meditacion halla, la oracion pide; pero la contemplacion gusta y goza de aquello que buscó, y pidió, y halló (1).» Y trae aquello del Evangelio: "Buscad, y hallareis: llamad, y abriros han (2)." Dice San Agustin: «Buscad leyendo, y hallareis meditando; llamad orando, y abriros han contemplando (3).» Y asi advierten los Santos, y lo trae Alberto Magno (4), que esta es la diferencia que hay entre la contemplacion de los fieles católicos y la de los filósofos gentiles, que la contemplacion de los filósofos toda se ordena á perfeccionar el entendimiento con el conocimiento de las verdades conocidas, y asi pára en el entendimiento, porque ese es su fin; saber y conocer mas y mas. Pero la contemplacion de los católicos y de los Santos, de que ahora tratamos, no pára en el entendimiento, sino pasa adelante, á reglar y mover la voluntad, y á inflamarla y encenderla en el amor de Dios, conforme á aquello de la Esposa: "Mi ánima se derritió en hablando mi amado (5)." Y notó esto muy bien Santo Tomás tratando de la contemplacion: dice (6) que, aunque la contemplacion esencialmente consiste en el entendimiento, pero que su última perfeccion está en el amor y afecto de la voluntad: de manera, que el intento y fin principal de nuestra contemplacion ha de ser el afecto de la voluntad y el amor de Dios.

De esta manera dice San Agustin (7) que nos enseñó á orar Cristo nuestro Redentor en el Evangelio, cuando dijo: "Cuando oráredes, no hableis mucho (1)." Dice San Agustin: «Una cosa es hablar mucho, y discurrir y conceptear mucho con el entendimiento, y otra cosa es detenernos mucho en el amor y afectos de la voluntad. Lo primero es lo que se ha de procurar escusar en la oracion, porque eso es hablar y parlar mucho (2).» Y este negocio de la oracion, dice el Santo (3), no es negocio de muchas palabras. No se negocia con Dios en la oracion con retóricas, ni con abundancia de discursos y delicadezas de pensamientos y razones, sino con lágrimas y gemidos, y con suspiros y deseos del corazon, conforme aquello del profeta Jeremías: "No calle la niñeta de tu ojo (4)." Pregunta San Gerónimo (5), sobre estas palabras, cómo dice el Profeta: "no calle la niña de tu ojo." ¿La lengua no es la que habla? ¿Cómo pueden hablar las niñetas de los ojos? Responde el Santo: Cuando derramamos lágrimas delante de Dios, entonces se dice que las niñas de los ojos dan voces á Dios: como aunque no hablemos palabra con la lengua, podemos clamar á Dios con el corazon, como dice San Pablo: "Envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Padre, Padre (6)." Y en el Éxodo (7) dijo Dios á Moisés: "¿Para qué clamas?" y no hablaba palabra, sino dentro de su corazon oraba con tanto fervor y eficacia, que le dice Dios: «¿Para qué me das voces?» Pues de esa manera habemos nosotros de dar voces á Dios en la oracion,

(1) Lectio inquirit, meditatio invenit, oratio postulat, contemplatio degustat. *Aug. lib. de scala Paradisi.*
(2) Quaerite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis. *Matth.* VII, 7.
(3) Quaerite legendo, invenietis meditando; pulsate orando, et aperietur vobis contemplando. *Aug. ib.*
(4) Albertus Magnus, *lib. de adhaerendo Deo, c.* 9.
(5) Anima mea liquefacta est, ut locutus est. *Cant.* V, 6.
(6) S. Thom. 2-2, *q.* 180, *art.* 7.
(7) Aug. *lib. de Orando Deum cap.* 10, *qui est Epist.* 121. *ad Probam.*

(1) Orantes autem nolite multum loqui. *Matth.* VI, 7.
(2) Aliud est sermo multus, aliud diuturnus affectus; absit ab oratione multa locutio, sed non desit multa precatio. *Aug. ib.*
(3) Et negotium hoc plus gemitibus, quam sermonibus agitur. *ib.*
(4) Neque taceat pupilla oculi tui. *Thren.* II. 18.
(5) Hier. *in Ps.* 50.
(6) Misit Deus spiritum filii sui in corda vestra, clamantem Abba Pater. *Ad Gal.* IV. 6.
(7) Quid clamas ad me? *Exod.* XIV, 15.

con los ojos, con lágrimas y gemidos, y con suspiros y deseos del corazon.

CAPITULO XIII.

En que se satisface á la queja de los que dicen que no pueden ó no saben meditar ni discurrir con el entendimiento.

Con esto queda respondido á una queja muy comun de algunos que se congojan, diciendo que no pueden ó no saben discurrir en la oracion, porque no se les ofrecen consideraciones con que dilatar y estender los puntos, sino que luego se les acaba la hebra. No hay que tener pena ninguna de esto; porque, como habemos dicho, este negocio de la oracion, mas consiste en afectos y deseos de la voluntad que en discursos y especulaciones del entendimiento. Antes advierten aquí los maestros de la vida espiritual que es menester tener cuenta que la meditacion del entendimiento no sea demasiada, porque eso suele impedir mucho la mocion y afecto de la voluntad, que es lo principal, y especialmente cuando uno se detiene en consideraciones sutiles y delicadas se impide mas esto. Y la razon es natural, porque claro está que si una fuente no tiene mas de un real de agua, y tiene muchos caños, que cuanto mas corriere por uno, tanto menos correrá por el otro. Pues la virtud del ánima es finita y limitada, y cuanto mas se derrama por el caño del entendimiento, tanto menos corre por el de la voluntad. Y asi vemos por esperiencia que si el ánima está con devocion y sentimiento, y el entendimiento se desmanda con alguna especulacion ó curiosidad, luego se seca el corazon y se apaga aquella devocion: es que se fué desaguando la fuente por el otro caño del entendimiento, y por eso quedó seco el de la voluntad. Y asi dice Gerson (1) que de aquí viene que los que no son letrados, algunas veces, y muchas, son mas devotos y les vá mejor en la oracion que á los letrados, porque se desaguan menos por el entendimiento, no se ocupando, ni distrayendo en especulaciones, ni en curiosidades, sino procurando luego con consideraciones llanas y sencillas, mover y aficionar la voluntad; y mas les mueven á ello aquellas consideraciones humildes y caseras, y mas efecto hacen en ellos que en otros las altas y delicadas. Como lo vemos en aquel santo cocinero, de quien digimos arriba (1), que del fuego material que traia entre manos, tomaba ocasion de acordarse del fuego eterno, y andaba con tanta devocion que tenia don de lágrimas en medio de sus ocupaciones.

Y débese notar mucho este punto: sea el afecto y el deseo muy alto y muy espiritual, y no se os dé nada que el pensamiento ó consideracion sea baja y comun. Tenemos de esto hartos ejemplos en la Sagrada Escritura, donde el Espíritu Santo, con muy llanas y comunes comparaciones nos declara cosas muy altas y subidas. Sobre aquellas palabras: "¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré (2)?" pregunta San Ambrosio (3): ¿por qué deseando el Profeta volar y subir á lo alto, pide alas de paloma y no de otras aves, pues hay otras mas ligeras que la paloma? Y responde: porque sabia muy bien que, para volar á lo alto de la perfeccion, y para tener muy buena y alta oracion, mejores son las alas de paloma; esto es, los simples de corazon, que los agudos y delicados entendimientos, conforme á aquello del Sábio: "A los humildes y simples de corazon se comunica Dios (4)."

(1) Gerson, *p.* 3. *de monte contemplat. alph.* 73, *v.* 2, *et sequent.*

(1) Trat. 3, c. 8.
(2) Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam? *Ps.* 4.
(3) Ambros. *serm.* 70.
(4) Cum simplicibus sermocinatio ejus. *Prov.* III, 32.

De manera que no hay que tener pena por no poder discurrir ni hallar consideraciones con que dilatar los puntos de la meditacion. Antes dicen, y con mucha razon, que es mejor y mas dichosa suerte la de aquellos á quien cierra Dios la vena de la demasiada especulacion, y abre la de la aficion, para que sosegado y quieto el entendimiento la voluntad descanse en solo Dios, empleándose toda en el amor y gozo del sumo Bien. Si nuestro Señor os hace merced que con una consideracion llana y sencilla, ó con solo considerar que Dios se hizo hombre, que nació en un pesebre, que se puso en una cruz por vos, os encendeis en amor de Dios, en deseo de humillaros y mortificaros por su amor, y en eso os deteneis toda la hora, mejor y mas provechosa oracion es esa que si tuviérades muchos discursos y consideraciones muy altas y delicadas, porque os ocupais y deteneis en lo mejor y mas sustancial de la oracion y en lo que es el fin y el fruto de ella. De donde se entenderá el engaño de algunos que, cuando no se les ofrecen consideraciones en que se detener, les parece que no tienen buena oracion, y cuando hallan muchas consideraciones, les parece que la tienen buena.

En las Crónicas de San Francisco (1) se cuenta que dijo una vez el santo Fr. Gil á San Buenaventura, que era ministro general de la órden: «muchas gracias os dió el Señor á vosotros los letrados con que le podais servir y loar; mas nosotros ignorantes ó idiotas que ninguna suficiencia tenemos, ¿qué podremos hacer para agradar á Dios?» Respondió San Buenaventura: «si nuestro Señor no diera otra gracia al hombre sino que le pudiese amar, bastara esa para que le hiciera mayores servicios que por todas las otras juntas.» Dijo el santo Fr. Gil: «¿y puede un idiota amar tanto á Nuestro Señor Jesucristo como un letrado?» «Puede, dijo San Buenaventura, una viejezuela simple amar mas á nuestro Señor que un maestro en teologia.» Levantóse luego el santo Fr. Gil con mucho fervor y fuése á la huerta á la parte que caia hácia la ciudad, y con muy grandes voces decia: «viejezuela, pobre, idiota y simple, ama á tu Señor Jesucristo, y podrás ser mayor que Fr. Buenaventura.» Y quedó arrobado en éxtasis como solia, sin moverse de aquel lugar por tres horas.

(1) P. I, *lib.* 7, *cap.* 14, *Hist. Minor.*

CAPITULO XIV.

De dos avisos que nos ayudarán mucho para tener bien oracion y sacar fruto de ella.

Para tener bien la oracion y sacar de ella el fruto que debemos, nos ayudará mucho: lo primero, que entendamos y vamos siempre en este fundamento, que la oracion no es fin, sino medio que tomamos para nuestro aprovechamiento y perfeccion. De manera que no habemos de parar en la oracion como en término y fin, porque no está nuestra perfeccion en tener gran consolacion y gran dulzura y contemplacion, sino en alcanzar una perfecta mortificacion y victoria de nosotros mismos y de nuestras pasiones y apetitos, reduciéndonos, en cuanto fuere posible, á la perfeccion de aquel dichoso estado de la justicia original en que fuimos criados, cuando la carne y apetito estaban del todo sujetos y conformes con la razon y la razon con Dios; y la oracion la habemos de tomar como medio para llegar á esto. Asi como en la fragua con el fuego se para el hierro blando para que le puedan labrar y doblar y hacer de él lo que quisieren, asi ha de ser en la oracion. Háceseños muy dura y muy dificultosa la mortificacion y el quebrar nuestra propia voluntad y el trabajo y ocasion que se ofrece; es

menester acudir á la fragua de la oracion, y allí con el calor y fuego de la devocion y con el ejemplo de Cristo, se vá ablandando el corazon, para que le podamos labrar y amoldar á todo lo que fuere menester para servir mas á Dios. Ese es el oficio de la oracion, y ese es el fruto que habemos de sacar de ella; y para eso son los gustos y consolaciones que el Señor suele dar en ella; no son para que paremos en ellas, sino para que con mayor prontitud y ligereza corramos por el camino de la virtud y de la perfeccion (1).

Esto nos quiso dar á entender el Espíritu Santo en aquello que le aconteció á Moisés cuando salia de hablar con Dios. Dice la Sagrada Escritura (2) que salió con un resplandor grande en el rostro, y nota que aquel resplandor era á manera de cuernos, en los cuales suele estar la fortaleza de los animales, para darnos á entender que de la oracion habemos de sacar esfuerzo y fortaleza para bien obrar. Esto mismo nos enseñó Cristo nuestro Redentor con su mismo ejemplo la noche de su Pasion, acudiendo á la oracion, una, y dos, y tres veces, para apercibirse para el trabajo que le estaba ya tan cercano; no porque él tuviese necesidad, como nota San Ambrosio, sino para darnos á nosotros ejemplo. Y dice el Sagrado Evangelio (3) que le apareció allí un ángel que le confortó, y salió tan confortado de la oracion que dice luego á sus discípulos: "Levantaos y salgamos á recibir á nuestros enemigos, que ya viene cerca el que me ha de entregar (4)." Él mismo se ofrece y se entrega en sus manos (5). Todo esto es para enseñarnos que habemos de tomar la oracion por medio para vencer las dificultades que se nos ofrecen en el camino de la virtud. Dice San Crisóstomo que la oracion es un templar y concertar la vihuela de nuestro corazon para hacer buena música á Dios: á eso vamos á la oracion, á templar nuestro corazon y á concertar y moderar las cuerdas de nuestras pasiones y aficiones y de todas nuestras acciones, para que todo vaya compasado con la razon y con Dios. Y esto es lo que cada dia decimos y oimos decir en las pláticas y exhortaciones espirituales, que nuestra oracion ha de ser oracion práctica, quiere decir, enderezada á la obra, porque ha de ser para allanar las dificultades y vencer las repugnancias que se nos ofrecen en el camino espiritual, y por eso la llamó el Espíritu Santo, "prudencia (1)," porque la prudencia es para obrar, á diferencia de la ciencia de los letrados, que es solamente para saber. Y asi dicen los Santos que la oracion es un remedio general y eficacísimo para todas nuestras tentaciones y para todas cuantas necesidades y ocasiones se pueden ofrecer; y una de las principales alabanzas de la oracion es esta.

Refiere Teodoreto, en su Historia Religiosa, de un santo monge que decia: «los médicos curan las enfermedades del cuerpo, cada una con su remedio; y muchas veces, para sanar una, aplican muchos remedios, porque todos son remedios cortos y de virtud finita y limitada. Empero la oracion es un remedio general y eficacísimo para todas las necesidades, y para resistir á todas las tentaciones y encuentros del enemigo, y para alcanzar todas las virtudes, porque aplica al ánima bien infinito, que es Dios, y en él se funda y estriba. Y asi, dice, llaman á la oracion omnipotente. «La oracion como omnipotente, con ser una, puede

(1) Psalm. CXVIII, 32.
(2) Exod. XXXIV, 29.
(3) Lucae, VI. Lucae, XXII, 43.
(4) Surgite, eamus; ecce apropinquavit, qui me tradet. *Matth.* XXVI, 46.
(5) Oblatus est quia ipse voluit. *Isai.* LVII, 7.

(1) Scientia sanctorum prudentia. *Prov.* V, 10.

todas las cosas (1).» Y Cristo nuestro Redentor para todas las tentaciones, nos dió este remedio de la oracion: "Velad y orad para que no entreis en la tentacion (2)."

El segundo aviso, que nos servirá mucho para la ejecucion del pasado, es, que asi como cuando vamos á la oracion habemos de llevar prevenidos los puntos que habemos de meditar, asi tambien habemos de llevar prevenido el fruto que habemos de sacar de ella. Pero dirá alguno: ¿cómo sabré yo el fruto que tengo de sacar de la oracion antes de entrar en ella, para llevarlo prevenido? Eso querríamos que declarásedes mas: que me place. ¿No acabamos de decir que á la oracion vamos á buscar remedio de nuestras necesidades espirituales y alcanzar victoria de nosotros mismos y de nuestras pasiones y malas inclinaciones, y que la oracion es un medio que tomamos para nuestra reformacion y enmienda? Pues antes de entrar en la oracion ha de tratar cada uno consigo mismo muy despacio qué es la mayor necesidad espiritual que yo tengo, qué es lo que mas me impide mi aprovechamiento y lo que hace mas guerra á mi alma; y eso es lo que ha de llevar prevenido y delante de los ojos, para insistir en ello y sacarlo de la oracion; y el prevenir y preparar los puntos de la meditacion, ha de ser enderezándolos á eso. Pongamos ejemplo: siento yo en mí una inclinacion grande á ser tenido y estimado, y á que hagan caso de mí, y que me llevan mucho tras sí respetos humanos, y que cuando se me ofrece la ocasion de ser tenido en poco, me turbo y lo siento mucho, y aun por ventura algunas veces doy muestra de ello. Esto me parece que es lo que me hace mas guerra y lo que me impide mas mi aprovechamiento y la paz y quietud de mi alma, y me hace caer en mayores faltas. Pues si en eso está vuestra mayor necesidad, en vencer y desarraigar eso está vuestro remedio, y eso es lo que habeis de llevar prevenido y lo que habeis de tener delante de los ojos y tomarlo á pechos, é insistir en ello para sacarlo de la oracion. Y asi es engaño irse uno de ordinario á la oracion á Dios y á ventura á sacar lo que allí se le ofreciere, como cazador que tira á bulto, dé donde diere y salga lo que saliere, dejando aquello de que tiene mas necesidad. Que no vamos á la oracion á echar mano de lo que primero se ofreciere, sino de lo que habemos mas menester. El enfermo que va á la botica, no echa mano de lo primero que topa, sino de lo que ha menester para su enfermedad. Está el otro lleno de soberbia hasta las entrañas, y el otro de impaciencia, y el otro de propio juicio y de propia voluntad, como se vé bien cuando se ofrece la ocasion, y él se toma cada dia con el hurto en las manos, y vase á la oracion á florear y á conceptuar y á echar mano de lo que primero se ofrece, ó le da mas gusto, picando ahora aquí, ahora allí. No es ese buen camino para aprovechar: siempre ha uno de tener cuenta con aquello de que tiene mayor necesidad, y procurar remediarlo, pues á eso va á la oracion. San Efren (1) trae á este propósito el ejemplo de aquel ciego del Evangelio (2) que acudió á Cristo clamando y dando voces que hubiese misericordia de él. Considerad, dice, cómo preguntándole Cristo qué era lo que queria que hiciese con él, luego le representó su mayor necesidad y lo que mas pena le daba, que era la falta de la vista, y de esa pide remedio. "Señor, ver (3)." ¿Por ventura pidió

(1) Omnipotens oratio, cum sit una, omnia potest.
(2) Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem. *Matth.* XXVI, 41.

(1) S. Ephren. *exhortatione ad religiosos, de armatura spirituali, t. 2, p. 260.*
(2) Lucae XVIII, 41.
(3) Domine, ut videam. *Marc.* X, 51.

alguna de las otras cosas, de que en realidad de verdad tambien tenia necesidad? ¿por ventura dijo: «Señor, dadme un vestido, que soy pobre?» No pide eso, sino dejado todo lo demas, acude á la mayor necesidad. Pues asi, dice, habemos de hacer nosotros en la oracion, acudiendo á la mayor necesidad é insistiendo y perseverando en eso hasta alcanzarlo.

Para que no haya escusa en esto, se ha de notar que, aunque es verdad que cuando el que va á la oracion pretende sacar afectos de particulares virtudes que le faltan, ha de procurar ordinariamente que los puntos y materia que llevâre para meditar sea conveniente y proporcionada para que la voluntad se mueva mas presto y con mayor firmeza y fervor á esos afectos, y asi saque mas fácilmente el fruto que desea; pero tambien es menester que tengamos entendido que cualquier ejercicio ó misterio que se medite, le puede uno aplicar á lo que ha menester: porque la oracion es como el maná del cielo, que sabe á cada uno á lo que quiere; si quereis que os sepa á humildad, á eso os sabrá la consideracion de los pecados, de la muerte, de la Pasion y de los beneficios recibidos; si quereis sacar dolor y confusion de vuestros pecados, á eso os sabrá cualquiera cosa de estas; si quereis sacar paciencia, tambien os sabrá á eso; y asi de todo lo demas.

CAPITULO XV.

Cómo se entiende que en la oracion habemos de tomar á pechos una cosa, aquella de que tenemos mas necesidad é insistir en ella hasta alcanzarla.

No queremos por esto decir que siempre habemos de entender en una cosa en la oracion, porque aunque nuestra necesidad particular y mayor sea humildad, ú otra cosa semejante, bien podemos ocuparnos en la oracion en los actos y ejercicio de otras virtudes. ¿Ofrecéseos un acto de conformaros con la voluntad de Dios en todo lo que él quisiere y ordenare de vos? deténeos en él cuanto pudiéredes, que muy buena oracion será esa, y muy bien empleada y no embotará la lanza para la humildad, antes ayudará. ¿Ofrecéseos un acto de agradecimiento y reconocimiento grande de los beneficios que habeis recibido de Dios, asi generales como particulares? deténeos en eso cuanto pudiéredes, que mucha razon es que cada dia demos gracias á Dios por los beneficios recibidos y especialmente por habernos traido á la Religion. ¿Ofrecéseos un aborrecimiento y dolor grande de vuestros pecados y un propósito firme de antes morir mil muertes que ofender á Dios? deténeos en eso, que es uno de los buenos y mas provechosos actos en que os podeis ejercitar en la oracion. ¿Ofrecéseos un amor grande de Dios, un celo y deseo grande de la salvacion de las almas y de ofreceros á cualquier trabajo por ellas? deténeos en eso; y tambien nos podemos detener en pedir á Dios mercedes, asi para nosotros como para nuestros prójimos y para toda la Iglesia, que es una y muy principal parte de la oracion. En todas estas cosas y otras semejantes nos podemos detener en la oracion y será muy buena oracion. Y asi los Salmos, que son una perfectísima oracion, los vemos llenos de infinidad de afectos diferentes. Por lo cual dijo Casiano (1), y el abad Nilo, que la oracion es un campo lleno de flores (2), ó como una guirnalda tejida de muchas flores de olores diferentes. Y hay otro provecho en esta variedad, y es que suele ayudar á que se nos haga mas fácil la oracion, y por consiguiente á que podamos durar y perseverar mas en ella;

(1) Cassianus, *col.* 9. *cap.* 7.
(2) Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus. *Gen.* XXVII, 27.

porque repetir siempre una misma cosa suele causar fastidio, y la variedad deleita y entretiene.

Lo que queremos decir (1) es, que importa mucho para nuestro aprovechamiento espiritual tomar á pechos por algun tiempo una cosa, y que sea aquella de que mas necesidad sentimos en nuestra alma, y que en eso insistamos principalmente en la oracion, pidiéndolo mucho á nuestro Señor y actuándonos en ello una vez y otra, y un dia y otro, y un mes y otro; y que ese sea nuestro principal negocio, y eso traigamos siempre delante de los ojos y atravesado en el corazon, hasta alcanzarlo, porque de esa manera se hacen los negocios aun acá en el mundo. Y asi suelen decir: «¡Dios me libre de hombre de un negocio!» El glorioso Santo Tomás, tratando de la oracion, dice (2) que el deseo tanto es mejor y mas eficaz, cuanto mas se reduce á una cosa; y trae para esto aquello del Profeta: "Una cosa pedí al Señor, esa demandaré y procuraré siempre hasta alcanzarla (3)." El que pretende saber bien alguna ciencia ó arte, no comienza un dia á aprender una, y otro dia otra, sino prosigue por algun tiempo una hasta salir con ella: pues asi tambien el que pretende salir bien con una virtud, conviene que por algun tiempo se ejercite principalmente en ella, enderezando su oracion y todos sus ejercicios á alcanzarla, especialmente, que, segun doctrina de Santo Tomás (4), todas las virtudes morales están conexas, quiere decir, que andan juntas y trabadas unas con otras de tal manera que, el que tuviere una perfectamente las tendrá todas; y asi, si vos alcanzais la verdadera humildad, alcanzareis con ella todas las virtudes: desarraigad del todo de vuestro corazon la soberbia, y plantad en él una profundísima humildad, que si esa teneis, tendreis mucha obediencia y mucha paciencia: no os quejareis de nada, cualquier trabajo se os hará pequeño, y todo os parecerá que os viene muy ancho para lo que vos merecíades. Si teneis humildad, tendreis mucha caridad con vuestros hermanos, porque á todos los tendreis por buenos y á vos solo por malo. Tendreis mucha simplicidad, y no juzgareis á nadie, porque sentireis tanto vuestros duelos que no os curareis de los agenos. Y asi podriamos ir discurriendo por las demas virtudes.

Por esto es tambien muy buen consejo aplicar el exámen particular á lo mismo que la oracion y juntarle con ella, porque de esta manera, yendo todos nuestros ejercicios á una, se hace mucha hacienda. Y aun mas que eso dice Casiano; no solamente en el exámen y en la oracion retirada quiere que insistamos en aquello de que tenemos mas necesidad, sino que muchas veces entre dia levantemos el espíritu á Dios con oraciones jaculatorias, y con suspiros y gemidos del corazon, y que añadamos otras penitencias y mortificaciones y devociones particulares para ese fin, como diremos despues mas largamente (1). Porque si esa es mi mayor necesidad, si ese es el vicio, ó la pasion ó inclinacion mala, que reina mas en mí y me hace caer en mayores faltas; si de desarraigar y vencer ese vicio y alcanzar esa virtud depende el vencer y desarraigar todos los vicios y alcanzar todas las virtudes, cualquiera trabajo y diligencia que en eso se pusiere, será muy bien empleada.

Dice San Crisóstomo (2) que la oracion es como una fuente en medio de un

(1) Trat. 7, c. 3. et 9; trat. 8. cap. 7.
(2) S. Thomas, 2-2, *q.* 83, *art.* 14, *argum* 2.
(3) Unam petii a Domino, hanc requiram. *Ps.* XXVI, 4.
(4) S. Thom. 1-1, *q.* 65, *art.* 1.

(1) Trat. 7, *cap.* 9
(2) Chrysost. *tract. de oratione.*

jardin ó huerto, que sin ella todo esta seco, y con ella todo está verde, fresco y hermoso. Todo lo ha de regar esta fuente de la oracion, ella es la que ha de tener siempre todas las plantas de la virtud en su frescor y hermosura, la obediencia, la paciencia, la humildad, la mortificacion, el silencio y recogimiento. Pero asi como en el huerto ó jardin suele haber algun árbol ó florecita mas regalada y estimada, á que se acude principalmente con el riego, y aunque falte el agua para lo demas, para aquello no ha de faltar, y aunque falte tiempo para lo demas, para aquello no ha de faltar; asi ha de ser tambien en el jardin y huerto de nuestra ánima: todo se ha de regar y conservar con el riego de la oracion; pero siempre habeis de tener ojo á una cosa principal, que es aquello de que teneis mas necesidad, á eso habeis de acudir principalmente, para eso nunca ha de faltar tiempo. Y como al salir del jardin echais mano de la flor que mas os contenta y la cortais y os salís con ella, asi tambien en la oracion habeis de echar mano de aquello que habeis mas menester, y eso habeis de sacar de ella.

Con esto queda suficientemente respondido á lo que se suele preguntar, si es bueno ir en la oracion sacando fruto conforme al ejercicio que uno medita. Ya habemos dicho que, aunque siempre ha de tener uno cuenta con aquello de que tiene mas necesidad; pero que tambien es bueno irse ejercitando y actuando en afectos y actos de otras virtudes, conforme al misterio que medita. Empero se ha de advertir aqui un punto muy importante: que estos actos y afectos, que tuviéremos é hiciéremos en la oracion, de las virtudes que allí se ofrecen, conforme á las cosas que se meditan, no se han de hacer superficialmente, ni de corrida, sino muy despacio, deteniéndonos en ellos con mucha pausa y sosiego hasta que nos satisfagamos y sintamos que se nos pega y embebe aquello en el corazon, aunque en eso se nos pase toda la hora, conforme á lo que dijimos arriba (1); porque mas vale y aprovecha un acto y afecto de estos, continuado de esta manera, que hacer muchos actos de diversas virtudes y pasar por ellos de corrida.

Una de las causas por que algunos no se aprovechan tanto de la oracion, es porque pasan muy de corrida por los actos de las virtudes, van saltando y salpicando; aquí viene bien un acto de humildad, y hacen un acto de humildad, y luego pasan adelante, y viene á propósito un acto de obediencia, y hacen un acto de obediencia, luego otro de paciencia; y asi van corriendo como gato por brasas, que aunque fuera fuego no se quemaran. Por eso en saliendo de la oracion se olvida y acaba todo, y se quedan tan tibios y tan inmortificados como antes. El P. Maestro Avila (2) reprende á los que estando en una cosa, en ofreciéndoseles otra, luego dejan aquella y se pasan á á la otra. Y dice que suele ser este engaño del demonio para que, saltando de uno en otro como picaza, les quite el fruto de la oracion. Importa mucho que nos detengamos en los afectos y deseos de la virtud, hasta que ella quede embebida y entrañada en nuestra alma; como si os quereis actuar en la contricion y dolor de los pecados, habeis-os de detener en eso, hasta que sintais en vos un horror y aborrecimiento grande del pecado, conforme á aquello del Profeta: "Tuve ódio y abominé de la iniquidad (3)," porque eso os hará salir con propósitos firmes de morir mil muertes antes que cometer un pecado mortal. Y asi notó muy bien San Agustin, que por tener horror con algunos pecados, como blasfemias,

(1) Cap. XI.
(2) M. Avila, c. 75, *Audi filia*.
(3) Iniquitatem odio habui, et abominatus sum. *Ps.* CXVIII, 163.

matar á su padre etc., no caen en ellos los hombres, sino raras veces. Y por el contrario, dice de otros pecados, que con la costumbre se envilecieron (1), y porque con la costumbre les han perdido ya los hombres el miedo y el horror, por eso caen fácilmente en ellos. De la misma manera, si os quereis actuar y ejercitar en la humildad, habeis de deteneros en el afecto y deseo de ser menospreciado y tenido en poco, hasta que se vaya embebeciendo y entrañando en vuestra alma esta aficion y deseo, y se vayan cayendo y acabando todos los humos y bríos de soberbia y altivez, y os sintais inclinado al menosprecio y desestima; y asi en los demas afectos y actos de las otras virtudes.

De donde se verá tambien cuánto ayudará para nuestro aprovechamiento el tomar á pechos una cosa é insistir y perseverar en ella de la manera que habemos dicho, porque si durase en nosotros el afecto y deseo de ser despreciados y tenidos en poco, ú otro afecto semejante, una hora á la mañana y otra á la tarde, y despues otro tanto esotro dia y esotro, claro está que haria otro efecto en nuestro corazon y que de otra manera quedaria impresa y embebida la virtud en nuestra alma que pasando por ello de corrida. Dice San Juan Crisóstomo que asi como no basta una lluvia ni un riego para las tierras por buenas que sean, sino que son menester muchas lluvias y muchos riegos, asi tambien son menester muchos de oracion para que quede empapada y embebida la virtud en nuestra alma. Y trae á este propósito aquello del Profeta: "Siete veces al dia te alabé (2)." Siete veces al dia regaba el Profeta David su ánima con el riego de la oracion, y se detenia en un mismo afecto, repitiéndole muchas veces, como lo vemos á menudo en los Salmos. En uno solo repite veinte y siete veces: "Porque es eterna su misericordia (1)", predicando y engrandeciendo la misericordia de Dios; y en otro, en solos cinco versos que tiene, nos despierta y convida once veces á alabar á Dios (2). Y Cristo nuestro Redentor nos enseñó con su ejemplo este modo de orar y de perseverar en una misma cosa, en la oracion del Huerto, porque no se contentó con hacer una vez aquella oracion á su Padre Eterno, sino segunda y tercera vez tornó á repetir la misma oracion (3); y aun á la postre, dice el sagrado Evangelio, mas prolijamente que al principio, deteniéndose mas en la oracion, para enseñarnos á nosotros á insistir y perseverar en la oracion en una misma cosa, dando y tomando en ella una y otra vez, porque de esa manera y con esa perseverancia vendremos á alcanzar la virtud y perfeccion que deseamos.

(1) Consuetudine ipsa vilnerunt. *Agustin. in Enchiridio.*

(2) Septies in die laudem dixi tibi. *Ps.* CXVIII, 164.

CAPITULO XVI.

Cómo nos podremos detener mucho en la oracion en una misma cosa, y pónese la práctica de un modo de oracion muy provechoso, que es ir descendiendo á casos particulares.

Resta que digamos el modo que podremos tener para ir en la oracion deteniéndonos en el afecto de una misma virtud mucho tiempo, pues es de tanto provecho como habemos dicho. El medio comun y ordinario que se suele dar para esto, es procurar de continuar ese mismo acto y afecto de la voluntad, ó tornarle á reiterar y repetir de nuevo, como quien da otro golpe á la rueda para que no pare, ó como quien va echando leña al horno, ayudándonos para

(1) Quoniam in aeternum misericordia ejus, *Ps.* CXXVI.

(2) Ps. CI.

(3) Eundem sermonem dicens. *Matth.* XXVI, 44.

esto, unas veces de la misma primera consideracion que al principio nos movió á ese afecto y deseo, tornando á despertar con ella la voluntad cuando vemos que se va resfriando, diciendo con el Profeta: «Despierta, ánima mia, y vuélvete á tu descanso; mira cuánto te va en esto, y cuánto es razon que hagas por el Señor á quien tanto debes (1).» Y cuando ya la primera consideracion no bastare ni nos moviere, habémonos de ayudar de otra nueva consideracion ó pasar á otro punto, porque para eso habemos de llevar siempre prevenidos diversos puntos, para que cuando se nos acabare el uno, que ya parece que aquello no nos mueve, pasemos á otro que de refresco nos mueva y nos aficione á aquello que deseamos. Y mas: asi como acá para evitar el fastidio que suele causar el continuar á menudo un mismo manjar solemos guisarlo de diversas maneras, y con aquello parece nuevo y nos da nuevo gusto, asi tambien para poder perseverar mucho tiempo en una misma cosa en la oracion, que es el manjar y mantenimiento de nuestra ánima, es buen medio guisarla de diversas maneras, y esto podemos hacer unas veces pasando á otra consideracion, como ahora decíamos, porque cada vez que con diversa razon ó consideracion se mueve y actúa uno en una cosa, es como guisarla de otra manera, y asi con eso se hace como nueva; y tambien aunque no haya nueva razon ni nueva consideracion, el afecto de una misma virtud se puede guisar de muchas maneras; como si trata uno de la humildad, unas veces se puede estar deteniendo en el conocimiento propio de sus miserias y flaquezas, confundiéndose y despreciándose por ellas; otras, se puede detener en deseos de ser despreciado y tenido en poco de otros, no haciendo caso de la opinion y estima de los hombres, sino teniéndolo todo por vanidad; otras se puede estar confundiendo y avergonzando de ver las faltas en que cada dia se coge, y en pedir á Dios perdon y remedio de ellas; otras admirándose de la bondad de Dios que le sufre, no pudiendo nosotros algunas veces sufrirnos á nosotros mismos; otras dándole gracias, porque no le ha dejado caer en otras cosas mayores. Y con esta variedad y diferencia se evita el fastidio que suele causar la continuacion de una misma cosa, y se hace fácil y gustoso el durar y perseverar en los afectos de una misma virtud; con lo cual se va ella arraigando y entrañando mas en el corazon, porque, al fin, asi como la lima cada vez que pasa por el hierro lleva algo, asi cada vez que hacemos un acto de humildad ú otra virtud se va desbastando y quitando algo de vicio contrario.

Fuera de esto, hay otro modo para perseverar en la oracion en una misma cosa muchos dias muy facil y muy provechoso, que es ir descendiendo á casos particulares. Notan aqui los maestros de la vida espiritual, que no nos habemos de contentar con sacar de la oracion un deseo ó propósito general de servir á Dios, ó aprovechar y ser perfectos asi en comun, sino que habemos de descender en particular á aquello en que sabemos que podremos servir y agradar mas á Dios. Ni tampoco nos habemos de contentar con sacar deseo de alguna virtud particular, como de ser humildes, de ser obedientes, de ser pacientes ó mortificados, porque ese deseo ó veleidad de la virtud asi en general, aun los viciosos le tienen, porque como la virtud es cosa hermosa y honrosa, y de mucho provecho para esta vida y para la otra, es cosa fácil amarla y desearla asi en general, sino en esa misma virtud que deseamos habemos de descender á casos particulares; como si

(1) Convertere anima mea in requiem tuam, quia Dominus benefecit tibi. *Ps.* CXIV, 7.

tratamos de alcanzar una conformidad grande con la voluntad de Dios, habemos de descender á conformarnos con su voluntad en cosas particulares, asi en la enfermedad como en la salud, asi en la muerte como en la vida, asi en la tentacion como en la consolacion. Y si tratamos de alcanzar la virtud de la humildad, habemos de descender en particular imaginando casos particulares que se suelen ó pueden ofrecer de nuestro desprecio y desestima. Y asi en las demas virtudes, porque esos son los que mas se sienten y en lo que está la dificultad de la virtud, y en lo que ella mas se prueba y echa de ver, y esos son los medios con que se alcanza la misma virtud. Y habemos de poner primero ejemplo en cosas menores y mas fáciles, y despues en otras mas dificultosas que nos parece las sentiriamos mas si se ofreciesen, y asi ir añadiendo y subiendo poco á poco, actuándonos en ellas como si las tuviésemos presentes, hasta que no se nos ponga nada delante en aquella virtud que deseamos, sino que á todo hagamos rostro y quede todo el campo por nuestro. Y cuando hay algunas ocasiones verdaderas de presente, en esas nos habemos de ejercitar primero disponiéndonos para llevarlas bien y con provecho cada uno conforme á su estado. Añadia un siervo de Dios que siempre en la oracion habiamos de proponer algo que hacer aquel mismo dia: tan en particular como esto, quieren que descendamos en la oracion.

Esta es una cosa de las mas provechosas en que nos podemos ejercitar en la oracion; porque, como habemos dicho (1), nuestra oracion ha de ser práctica, que quiere decir, enderezada á la obra, que nos ayude á obrar la virtud que deseamos, y á allanar las dificultades y vencer las repugnancias que se nos pueden poner delante. Y para esto importa mucho ejercitarse y ensayarse primero en eso; á la manera que hacen los soldados, que antes de la guerra se suelen ejercitar en justas, torneos, escaramuzas y otros ejercicios semejantes por estar preparados y diestros para la verdadera guerra. Y asi Casiano (1) encomienda mucho este ejercicio para vencer los vicios y pasiones y alcanzar las virtudes. Y aun dijo Plutarco, y tambien Séneca (2): Los ignorantes no entienden cuánto hace al caso para aliviar los trabajos ejercitar en ellos el pensamiento. Aprovecha mucho, dicen, ocupar siempre el pensamiento en consideraciones de trabajos, porque asi como aquel que ocupa siempre el pensamiento en cosas fáciles y deleitables, se hace flojo y para poco, y en ofreciéndose alguna cosa desapacible y enojosa, recibe mucha pena, y acostumbrado á una vil delicadeza, vuelve las espaldas y se acoje á pensar en cosas dulces y agradables, asi aquel que se acostumbra á imaginar siempre en enfermedades, destierros, cárceles y todas las otras adversidades que pueden acaecer, estará mas dispuesto y apercibido para cuando vinieren, y hallará que estas cosas espantan mas al principio que pueden dañar al fin. San Gregorio dijo esto muy bien: «Menos hieren los dardos que se ven venir (3).» No lastima tanto el golpe cuando lo estábades esperando y le teniades ya medio tragado como cuando os coje de repente; claro está que espantan mas los enemigos cuando vienen de sobresalto, que cuando los estaban aguardando.

Es maravilloso ejemplo á este propósito el que leemos de nuestro P. S. Ignacio (4). Estando una vez enfermo, díjole el médico que no diese lugar á tristeza, ni á pensa-

(1) Cap. XIV.

(1) Cassianus, *col.* 19, *c.* 16.
(2) Plutarc. *Epist. ad Pac. de tranquilitate animi*; Seneca, *lib. de consolatione ad Helviam. c.* 3.
(3) Minus enim jacula feriunt, quae praevidentur. *Greg. hom.* 35 *super Evangelia.*
(4) Lib. 5, cap. 1, *Vitae S. N. P. Ignatii.*

mientos penosos; y con esta ocasion comenzó él á pensar atentamente dentro de sí qué cosa le podria suceder tan desabrida y dura que le afligiese y turbase la paz y sosiego de su ánima, y habiendo vuelto los ojos de su consideracion por muchas cosas, una sola se le ofreció, la cual él tenia mas en el corazon, y era si por algun caso nuestra Compañía se deshiciese; pasó mas adelante, examinando cuánto le duraria esta afliccion y pena en caso que sucediese, y parecióle que si esto aconteciese sin culpa suya, dentro de un cuarto de hora que se recogiese y estuviese en oracion, se libraria de aquel desasosiego, y se tornaria á su paz y alegría acostumbrada; y aun añadia mas, que tendria esta quietud y tranquilidad aunque la Compañía se deshiciese como la sal en el agua. Esta es muy buena y muy provechosa oracion.

Dice el Apostol Santiago en su Canónica: "Cuando sintiéredes alguna tristeza ó desconsuelo, acudid á la oracion (1)," que ahí hallareis el consuelo y el remedio. Y asi lo hacia el Profeta David. Cuando se sentia desconsolado, acordábase de Dios y levantaba su corazon á él, y luego su ánima se llenaba de gozo y de consuelo (2); esta es la voluntad de Dios, él lo quiere asi; él contento, todos contentos. Pues asi como despues de venida la ocasion y el trabajo es muy buen remedio acudir á la oracion para llevarlo bien y con provecho, asi tambien importa mucho tomar este remedio de antemano para que no se nos haga despues de nuevo, sino fácil y llevadero. San Crisóstomo dice (3) que una de las causas principales por que el Santo Job estuvo tan fuerte y tan constante en sus adversidades y trabajos, fué porque se habia prevenido para ellos de la manera que habemos dicho, premeditándolos é imaginándolos, y actuándose en ellos como en cosa que le podia suceder, conforme á aquello que él mismo dice: "Porque me sucedió lo que temia, y lo que recelaba me acaeció (1)." Pero si vos no estais prevenido en eso, y si aun en el deseo sentís dificultad, ¿qué será en la obra? si aun estando en la oracion y lejos de la ocasion, no sentís en vos ánimo y fortaleza para abrazar aquel oficio, ó aquel ejercicio, ó aquel trabajo y desprecio, ¿qué será cuando esteis fuera de la oracion y con la dificultad de la ocasion y de la obra, y sin la consideracion y meditacion del ejemplo de Cristo que os alienta y anima? Aun allá lo habreis deseado mucho en la oracion, y despues cuando se ofrece la ocasion faltais; ¿qué será si no estais prevenido y si en la oracion no lo deseais? «Si el que propone, falta muchas veces, ¿qué será el que tarde ó nunca propone (2).»

Con esto damos muy copiosa materia para poder durar y perseverar en la oracion en una misma cosa y en un mismo afecto muchas horas y muchos dias, porque los casos particulares que se nos pueden ofrecer y á que podemos descender son sin cuenta, y para llegar á hacer rostro á todo, hay bien que hacer. Y cuando llegáredes á eso que os parece que sentís en vos ánimo y esfuerzo para todo, y que lo llevareis de buena gana, no penseis que está ya acabado el negocio, aun os falta mucho que andar, porque hay mucho del dicho al hecho, y del deseo á la obra. Claro está que la obra es mas dificultosa que el deseo, porque en la obra el objeto está presente, y en el deseo, en sola la imaginacion. Y asi nos acontece muchas veces

(1) Tristatur aliquis vestrum, oret. *Jacob.* V, 13.
(2) Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum. *Ps.* LXXVI, 4.
(3) Chrysost., *homil. de avaritia.*

(1) Quia timor, quem timebam, evenit mihi, et quod verebar accidit. *Jacob.* III, 25.
(2) Tomas de Kempis.

que en la oracion estamos muy fervorosos, que no parece que se nos pone nada delante, y despues al tiempo de la obra, cuando se ofrece la ocasion, nos hallamos muy lejos de lo que pensábamos. Y asi, no basta que sintais en vos esos deseos sino habeis de procurar que los deseos lleguen á ser tales y tan eficaces que se estiendan á la obra, porque esa es la prueba de la virtud; y si veis que no concuerdan las obras con los deseos, sino que cuando se ofrece la ocasion os hallais otro del que os parecia que érades en la oracion, confundíos, que todo se os vá en deseos, ó por mejor decir, confundíos, que no deben de ser deseos verdaderos, sino antojos é imaginaciones, pues una cosa muy liviana os turba é inquieta despues y os hace volver atrás. Y como el oficial, cuando no le salió bien la obra, la torna otra vez á la fragua para hacerla de nuevo ó ajustarla y que venga bien, asi vos, tornad á la fragua de la oracion para fraguar mejor esos deseos, y no pareis hasta que diga y concuerde bien la obra con el deseo y no haya en qué tropezar.

Y aun cuando llegares á eso, que os parece que llevais bien las ocasiones que se os ofrecen, no penseis que está ya todo acabado, porque en la misma obra hay muchos grados y escalones que subir para llegar á la perfeccion de la virtud; porque lo primero es menester que os ejerciteis en llevar con paciencia todas las ocasiones que se os ofrecieren, que es el primer grado de la virtud. «Súfrelo con paciencia si no puedes con alegria.» Y en esto habrá en qué entender algunos dias y aun hartos. Y cuando llegáredes á sufrir con paciencia todas las ocasiones que se ofrecieren, aún os queda mucho que andar para llegar á la perfeccion de la virtud; porque, como dicen los filósofos, la señal de haber uno alcanzado la perfeccion de la virtud es cuando obra las obras de ella «con prontitud, con facilidad y con deleite (1).» Pues mirad si obrais las obras de la virtud, de la humildad, de la pobreza de espíritu, de la paciencia y de las demas, con prontitud y facilidad y con deleite y gusto; y en eso vereis si habeis alcanzado la virtud. Mirad si os holgais tanto con el desprecio y deshonra, como se huelgan los mundanos con la honra y estimacion, que es la regla que nos pone nuestro Padre (2) sacada del Evangelio. Mirad si gustais, y os holgais tanto con la pobreza en la comida, y en el vestido, y en el aposento, y de que lo peor de casa sea para vos, como el avariento con las riquezas y abundancia: mirad si os holgais tanto con la mortificacion y con el padecer, como los del mundo con el descanso y regalo. Pues si habemos de llegar á esta perfeccion en cada virtud, bien tendremos en qué entender, aun en una sola, por muchos dias, y aun por ventura años.

CAPITULO XVII.

Que en la consideracion de los misterios habemos de ir tambien despacio y no pasar por ellos superficialmente, y de algunos medios que nos ayudarán para esto.

En la consideracion de los misterios divinos importa tambien mucho cabar y ahondar en una misma cosa y no pasar por ellos de corrida: porque mas nos aprovechará un misterio bien considerado y ponderado que muchos superficialmente mirados. Por eso nuestro Padre, en el Libro de los Ejercicios Espirituales, hace tanto caso de las repeticiones que tras cada ejercicio luego manda que se haga una y otra repeticion; porque lo que no se halla la primera vez, perseverando mas, se halla (3). Moisés dió

(1) Prompte, faciliter, et delectabiliter.
(2) Cap. 4. *exam.* §. 44; *et Reg.* 11. *summar.*
(3) Quia qui quaerit, invenit, et pulsanti aperietur. *Matth.* VII, 8.

con la vara en la piedra, y no sacó agua; y dió otra vez, y sacó agua (1). Y al otro ciego del Evangelio no lo curó Cristo nuestro Redentor de una vez, sino fuéle curando poco á poco: primero le echó saliva en sus ojos y preguntóle si veia algo. Dice que unos bultos; pero que no divisaba bien lo que era: "los hombres le parecian árboles (2)." Tornó el Señor á poner las manos sobre sus ojos, y sanóle del todo, que veia ya clara y distintamente. Asi suele ser en la oracion, que tornando una y otra vez sobre la misma cosa, y perseverando en ella, va uno descubriendo mas; como cuando uno entra en un aposento oscuro, que al principio no ve nada, y si se detiene va viendo algo. Y particularmente, habemos de procurar detenernos siempre en la consideracion de las cosas, hasta quedar muy desengañados y enterados en las verdades, y muy convencidos y resueltos en lo que nos conviene, porque ese es uno de los frutos principales que habemos de sacar de la oracion, y en que es menester que vamos bien fundados, como deciamos arriba (3).

Viniendo á los medios que nos ayudarán para considerar y ponderar de esta manera los misterios; cuando el Señor envia su luz divina y abre los ojos del alma, halla tanto que considerar y en que se detener, que puede decir con el Profeta: "Abre, Señor, mis ojos, y consideraré las maravillas de tu Ley: me alegraré, pues, con tus palabras, como el que halló muchos despojos (4)." Este segundo lugar declara el primero. Alegraréme con la abundancia de los misterios y maravillas que hallé en vuestra Ley como se alegra el que despues de alcanzada la victoria halla muchos despojos. Al bienaventurado San Francisco y San Agustin, los dias y las noches enteras se les pasaban en aquellas dos breves palabras: «Quién sois vos y quién soy yo;» «conózcame á mí y conózcate á tí (1);» «Dios mio y todas las cosas (2);» que es un modo de oracion muy conforme á aquel que dice el Profeta Isaias, que tienen aquellos ciudadanos del cielo, que suspensos con la contemplacion de aquella Divina Magestad, están perpétuamente cantando, diciendo y repitiendo: «Santo, Santo, Santo (3).» Lo mismo dice San Juan en el Apocalipsi, tratando de aquellos misteriosos animales que estaban delante del trono de Dios: "No descansaban de dia ni de noche, diciendo: Santo, Santo, Santo, Señor Dios Omnipotente, que era, que es y que ha de venir (4)."

Pero para llegar á esto, es menester que hagamos nosotros lo que es de nuestra parte, acostumbrándonos á detener en los misterios, ponderando y ahondando las cosas particulares de ellos y que nos ejercitemos mucho en eso. Gerson dice (5) que uno de los principales medios que podemos poner y que nos ayudará mucho para saber tener bien esta oracion, será el ejercicio muy continuo de ella. No es negocio este que se enseña con retórica de palabras, ni que se ha de aprender con oir muchas pláticas, ni leer muchos tratados de oracion, sino con echar mano á la obra y ejercitarnos mucho en ella. Cuando una madre quiere enseñar á andar á su hijo, no se está una hora en darle documentos del modo que ha de tener en andar, diciéndole que mude los pies,

(1) Numeror. XX, 2.
(2) Video homines velut arbores ambulantes. *Marc.* VIII, 24.
(3) Cap. IX.
(4) Revela oculos meos, et considerabo mirabilia de lege tua.—Laetabor ego super eloquia tua, sicut qui invenit spolia multa. *Ps.* CXVIII, 18 et 162.

(1) Et noverim te, et noverim me. *August.*
(2) Et Deus meus, et omnia. *Francisc.*
(3) Sanctus, Sanctus, Sanctus. *Isai.* VI, 3.
(4) Et requiem non habebant die, ac nocte dicentia, Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Omnipotens, qui erat, et qui est, et qui venturus est. *Apoc.* IV, 8.
(5) Gers., 3. *p. Alphab.* 76, *lit. D, et Alphab.* 77, *lit. Z.*

ahora de esta manera, ahora de la otra, sino poniéndole en el ejercicio, le hace andar, y de esa manera aprende y sabe el niño andar: pues ese ha de ser el medio con que habemos de aprender esta ciencia. Y aunque es verdad que, para alcanzar el don de oracion ú otro alguno sobrenatural, no es bastante ningun ejercicio nuestro, sino que nos ha de venir de la graciosa y liberal mano del Señor, "porque el Señor dá la sabiduría y de su boca es la prudencia y ciencia (1);" pero quiere su Magestad que nosotros nos ejercitemos en eso, como si por solo ese medio lo hubiéramos de alcanzar; "porque dispone él todas las cosas suavemente (2);" y asi dispone las obras de gracia conforme á las de naturaleza: y como las demas ciencias y artes se alcanzan con el ejercicio, quiere él enseñarnos esta ciencia tambien de esa manera; tañendo, se aprende á tañer; y andando, se aprende á andar; y orando, se aprende á orar. Y asi dice Gerson que la causa por que el dia de hoy hay tan pocos contemplativos, es por falta de este ejercicio. Antigüamente vemos que en aquellos monasterios de monges habia tantos varones de grande oracion y contemplacion, y ahora apenas hallareis un hombre de oracion, sino que cuando se trata de la contemplacion, les parece aquello como una algaravía ó metafísica que no se entiende. La causa de esto, dice, es porque antigüamente aquellos santos monges ejercitábanse mucho en oracion, y á los mancebos que entraban en los monasterios, luego los imponian é instruian en este ejercicio y hacian que se ejercitasen mucho en él, como leemos en la regla de San Pacomio y de otros Padres de monges. Y asi dá Gerson este consejo por muy importante para los monasterios, que tengan varones espirituales, doctos y ejercitados en la oracion que instruyan á los mancebos que entran, luego desde el principio, cómo se han de ejercitar en la oracion. Y nuestro Padre tomó tan de veras este consejo, y lo dejó tan encargado en las constituciones (1), que no solo á los principios en las casas de probacion quiere que haya quien instruya en esto á los que entran de nuevo, sino en todos los colegios y casas de la Compañía quiere que haya un prefecto de las cosas espirituales que atienda á esto y vea cómo procede uno en la oracion, por la importancia grande que entendió habia en ello.

Otra cosa nos ayudará tambien mucho para continuar este ejercicio de oracion y perseverar mucho en él, y es el tener grande amor á Dios y á las cosas espirituales. Y asi decia el Real Profeta: "Como amo, Señor, tanto vuestra Ley, no me harto de pensar en ella de dia y de noche (2); ese es todo mi gusto y entretenimiento (3)." Pues si nosotros amásemos mucho á Dios, de buena gana nos estaríamos pensando en él dias y noches y no nos faltaria qué pensar. ¡Oh! ¡qué de buena gana se está pensando la madre en el hijo que tiernamente ama, y qué poca necesidad tiene de discursos y consideraciones para regalarse en su memoria! En hablándose de él, luego se le enternecen las entrañas y se le saltan las lágrimas de los ojos sin mas discursos ni consideraciones. Comenzad á tratar á una viuda de su marido difunto que mucho amaba; y vereis cómo luego comienza á suspirar y á llorar. Pues si esto puede el amor natural, ¿qué digo, el amor natural? si el amor furioso de un perdido vemos que le suele traer

(1) Quia Dominus dat sapientiam, et ex ore ejus prudentia, et scientia. *Prov.* II, 6.
(2) Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter. *Sap.* VIII, 1.

(1) 3. p. const. c. 1 §. 12; et 4. p. c. 10, §. 7.
(2) Quomodo dilexi legem tuam Domine? tota die meditatio mea est. *Ps.* CXVIII, 97.
(3) Et meditabar in mandatis tuis, quae dilexi. *Ps.* CXVIII, 47.

muchas veces tan absorto y embebecido en aquello que ama, que no parece que puede pensar en otra cosa, ¿cuánto mas podrá esto el amor sobrenatural de aquella infinita bondad y hermosura de Dios? porque mas poderosa es la gracia que la naturaleza y la culpa. Si Dios fuese todo nuestro tesoro, luego se nos iria ahí el corazon, "porque donde está tu tesoro, allí está tu corazon (1)." Cada uno piensa de buena gana en aquello que ama y en aquello de que gusta; y por eso dice la Escritura Divina: "Gustó y vió. Gustad y ved cuán suave es el Señor (2)." El gusto precede al ver, y el ver causa mas gusto y mas amor. Y así dice Santo Tomás (3), tratando de esto, que la contemplacion es hija del amor, porque su principio es amor; y dice tambien que su fin es amor, porque de amar á Dios se mueve uno á pensar y contemplar en él, y cuanto mas le mira y le contempla, mas le ama; porque las cosas buenas miradas, nos convidan á á amarlas; y mientras mas las miramos, mas las amamos y mas nos holgamos de estárnoslas mirando y amando.

CAPITULO VIII.

Muéstrase prácticamente cómo está en nuestra mano tener siempre buena oracion y sacar fruto de ella.

La oracion especialísima y estraordinaria, de que dijimos arriba (4), es un don particularísimo de Dios, el cual no dá á todos sino á quien él es servido; empero la oracion mental ordinaria y llana de que ahora vamos tratando no la niega el Señor á nadie. Y es error de algunos que, porque no alcanzan aquella rica oracion y contemplacion, les parece que no pueden tener oracion ó que no son para ella, siendo estotra muy buena y muy provechosa oracion, y que con ella podemos ser perfectos, y que si Dios nos quiere dar aquella alta, esta es muy buena y muy propia disposicion. Pues de esta oracion iremos ahora declarando, cómo con la gracia del Señor está en nuestra mano tenerla siempre bien y sacar fruto de ella, que es cosa de gran consuelo. Por dos vias podemos colegir esto muy bien de lo dicho. La primera, porque el modo de oracion que nuestro Padre nos enseña, es ejercitar allí las tres potencias de nuestra ánima, poniendo con la memoria delante de los ojos del entendimiento el punto ó misterio sobre el cual queremos tener oracion, y luego entrar con el entendimiento, discurriendo, meditando y considerando aquellas cosas que mas nos ayudaren á mover nuestra voluntad, y luego se han de seguir los afectos y deseos de la voluntad. Y esto tercero dijimos (1) que es lo principal y el fruto que habemos de sacar de la oracion. De manera, que no consiste la oracion en las dulzuras y gustos sensibles que sentimos y esperimentamos algunas veces, sino en los actos que hacemos con las potencias de nuestra alma. Pues hacer esto siempre está en nuestra mano, por mas secos y desconsolados que estemos, porque aunque esté yo mas seco que un palo, y mas duro que una piedra, está en mi mano, con el favor del Señor, hacer un acto de aborrecimiento y dolor de mis pecados, y un acto de amor de Dios, y un acto de humildad y de desear ser despreciado y tenido en poco por imitar á Cristo, despreciado y tenido en poco por mí.

Es menester advertir aquí que no está el negocio de tener buena oracion, ni el fruto de ella, en que uno haga esos actos con gusto y consolacion sensible, ni en que

(1) Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. *Matth.* VI, 21.
(2) Gustavit, et vidit.—Gustate, et videte quoniam suavis est Dominus. *Prov.* XXXI, 18. *Ps.* XXXIII, 9.
(3) S. Thom., 2-2, *q.* 180, *art.* 7, *ad* 1.
(4) Cap. IV y siguientes.

(1) Cap. VII.

sienta mucho eso que hace, ni está en eso la bondad y perfeccion de los mismos actos, ni el merecimiento de ellos. Y débese notar esto mucho, porque suele ser engaño muy comun de muchos que se desconsuelan pareciéndoles que no hacen nada en la oracion, porque no sienten tanto dolor de sus culpas y pecados, ó tanta aficion y deseo de la virtud como querrian. Esos sentimientos son del apetito sensitivo; la voluntad es potencia espiritual y no depende de eso, y asi no es menester que uno sienta de esa manera sus actos, sino basta que quiera aquello con la voluntad. Y asi los teólogos y los Santos, tratando de la contricion y dolor de los pecados, consuelan con esto á los penitentes que, cayendo en la cuenta de la gravedad del pecado mortal, se desconsuelan porque no se pueden deshacer en lágrimas, ni sienten en sí aquel dolor sensible que quisieran ellos que se les rompieran las entrañas de dolor. Y dicen: la contricion verdadera y el dolor de los pecados no está en el apetito sensitivo, sino en la voluntad. Péseos á vos de haber pecado por ser ofensa de Dios, digno de ser amado sobre todas las cosas, que esa es la verdadera contricion. Esotro sentimiento, cuando el Señor os le diere, recebidle con hacimiento de gracias; y cuando no, no tengais pena, que no nos pide Dios eso. Porque claro está que no nos habia de pedir lo que no está en nuestra mano; pues ese sentimiento que vos querriades tener, es un gusto y devocion sensible que no está en nuestra mano, y asi no nos le pide Dios, sino lo que está en nuestra mano, que es el dolor de la voluntad que no depende de nada de eso. Y lo mismo es en los actos de amor de Dios: amad vos á Dios con vuestra voluntad sobre todas las cosas, que ese es amor fuerte y apreciativo, y el que nos pide Dios: esotro es amor tierno, que no está en nuestra mano. Lo mismo es en los actos de las demas virtudes y en todos los buenos propósitos que tenemos.

Veráse bien la verdad de esto por lo contrario; porque cierta cosa es que, si uno con la voluntad quiere y consiente en un pecado mortal, que aunque no tenga otro sentimiento, ni gusto alguno en ello, pecará mortalmente y merecerá por ello el infierno. Luego queriendo lo bueno, aunque no tenga otro gusto ni otro sentimiento, agradará á Dios y merecerá el cielo, especialmente siendo Dios mas presto para premiar que para castigar. Antes muchas veces son estos actos mas meritorios y agradables á Dios, cuando se hacen asi á secas, sin gusto ni consolacion sensibles, porque son mas puros, y mas fuertes y durables, y mas pone uno en ellos de su casa entonces que cuando es llevado de la devocion. Y asi, es señal de virtud mas sólida y de voluntad mas firme en el servicio de Dios, porque quien sin esas ayudas de costa, de gustos y consuelos espirituales, hace tales actos, ¿qué hiciera con ellas? Dice muy bien el P. maestro Avila: «A esotro llévanle en brazos, como á niño; este váse ya por su pie, como mayor.» Blosio dice (1) que estos son como los que sirven á su costa á algun señor. É importa mucho nos acostumbremos á tener la oracion de esta manera, porque lo mas ordinario de la oracion en muchos suele ser sequedad, esotros son regalos estraordinarios. Asi como los que caminan por alta mar en galeras, cuando les falta el viento navegan con la fuerza de los remos, asi los que tratan de ejercitarse en oracion, cuando faltare el próspero viento de las ilustraciones y regalos del Señor, han de procurar navegar con los remos de sus potencias, ayudadas con el favor del Espíritu Santo, aunque no sea tan copioso y superabundante.

(1) Blosius *in monili spirituali*, c. 3.

Lo segundo podemos llevar esto por otra via, porque la oracion, como digimos (1), no es fin, sino medio que tomamos para nuestro aprovechamiento y para alcanzar victoria de nuestras pasiones y malas inclinaciones, para que, allanado el camino y quitados los estorbos é impedimentos, nos entreguemos del todo á Dios. Cuando á San Pablo se le cayeron las cataratas de los ojos del alma, con aquella luz del cielo y con aquella voz divina: "Yo soy Jesus, á quien tú persigues (2);" ¡qué trocado quedó, qué convencido, qué resuelto y rendido para hacer la voluntad de Dios! "Señor, ¿qué quereis que haga (3)?" Ese es el fruto de la buena oracion. Y decíamos (4) que no nos habemos de contentar con sacar de la oracion propósitos y deseos generales, sino descender en particular á aquello de que tenemos mas necesidad, y prepararnos y apercibirnos para llevar bien las ocasiones que se nos pueden y suelen ofrecer entre dia y para proceder en todo con edificacion. Pues aplicándolo á nuestro propósito, esto, con la gracia del Señor, siempre está en nuestra mano, porque siempre podemos echar mano de aquello de que tenemos mas necesidad. Eche mano uno de la humildad, otro de la paciencia, otro de la obediencia, otro de la mortificacion y resignacion, y procurad salir de la oracion muy humilde, muy resignado é indiferente, muy deseoso de mortificaros y de conformaros en todo con la voluntad de Dios, y especialmente procurad siempre sacar de la oracion vivir aquel dia bien y con edificacion, cada uno conforme á su estado, y de esa manera habreis tenido muy buena oracion, y mejor que si hubiérades tenido muchas lágrimas y mucha consolacion.

Con esto no hay que tener pena de no tener muchos discursos y consideraciones, ni otros sentimientos y devociones; porque no está en esto la oracion, sino en esotro. Ni hay tampoco que hacer mucho caso de las distracciones y pensamientos que nos suelen inquietar en la oracion, sin nosotros querer, de que nos solemos quejar muy de ordinario. Procurad, cuando advertís y volveis en vos, echar mano de lo que habeis menester y del fruto que habíades de sacar, y con eso suplireis y remediareis el tiempo que se os ha pasado en la distraccion, y os vengareis del demonio que os ha procurado tener tan distraido con pensamientos impertinentes. Este es un aviso muy provechoso para la oracion. Asi como cuando uno que caminaba con otros se durmió, y pasaron los compañeros adelante, cuando despierta, se da tanta priesa que los alcanza, y en un cuarto de hora camina lo que habia de caminar en una si no se durmiera: asi vos, cuando advertís y volveis en vos de la distraccion, en el cuarto de hora postrero os habeis de dar tan buena maña que hagais todo lo que habíades de hacer en toda la hora si estuviérades muy atento. Entrad en cuenta con vos, y decid: ¿qué era lo que yo pretendia sacar en la oracion? ¿qué era el fruto que llevaba preparado para sacar de aqui? ¿humildad? ¿indiferencia? ¿resignacion? ¿conformidad con la voluntad de Dios? Pues cierto que lo tengo de sacar tambien de esta oracion á pesar del demonio. Y cuando en toda la oracion os pareciere que os ha ido mal y que no habeis sacado el fruto que deseábades, en el exámen de la oracion (de que diremos despues) habeis de hacer esto, y con eso suplireis las faltas que habeis tenido en la oracion y sacareis siempre fruto de ella.

(1) Cap. XIV.
(2) Ego sum Jesus, quem tu persequeris, *Act.* IX, 5.
(3) Domine, quid me vis facere? *Ib.*
(4) Cap. XVI.

CAPITULO XIX.

De algunos medios y modos fáciles para tener buena y provechosa oracion.

Otros modos hay muy fáciles que nos ayudarán mucho para tener oracion, por donde se verá tambien cómo está siempre en nuestra mano tener buena y provechosa oracion, y que es para todos la oracion mental, y que no hay ninguno que no la pueda tener.

I. Cuanto á lo primero, es muy bueno para esto lo que aqui advierten algunos maestros de espíritu; dicen que no hagamos la oracion ficcion ni artificio, sino que hagamos lo que hacen los hombres en negocios de hacienda que se paran á pensar lo que hacen y cómo les va en sus negocios, y cómo les irá mejor. Asi el siervo de Dios sencillamente y sin artificio ha de tratar consigo en la oracion, ¿cómo me va á mí en el negocio de mi aprovechamiento y de mi salvacion? Que este es nuestro negocio y no estamos para otra cosa en esta vida sino para negociar esto. Pues entre en cuenta consigo el religioso y póngase á pensar muy despacio ¿cómo me va á mí en este negocio, qué provecho he sacado yo de estos diez, veinte treinta ó cuarenta años que he estado en la Religion; qué es lo que he ganado y adquirido de virtud, de humildad y de mortificacion? Quiero ver la cuenta que podré dar á Dios de la comodidad y medios tan grandes que he tenido en la Religion para grangear y acrecentar el caudal y talento que me dió. Y si hasta aquí he empleado mal el tiempo y no he sabido aprovecharme de él, quiérolo reparar de aquí adelante, no se me pase toda la vida como hasta aquí. De la misma manera puede cada uno en su estado, llana y sencillamente y sin artificio alguno pararse á pensar en particular cómo le va en su oficio, cómo tratará cristianamente los negocios, cómo gobernará su casa y familia de manera que todos sirvan á Dios; cómo llevará bien las ocasiones y pesadumbres que el estado ú oficio trae consigo, en lo cual hallará harto que pensar, que llorar y que enmendar. Y esta será muy buena y muy provechosa oracion.

II. Juan Gerson cuenta (1) de un siervo de Dios que solia decir muchas veces; «cuarenta años ha que trato de oracion con todo el cuidado que he podido, y no he hallado medio mejor ni mas breve y compendioso para tener buena oracion como presentarme delante de Dios como un niño y como un pobre mendigo ciego, desnudo y desamparado. Esta manera de oracion vemos que usaba el profeta David muy frecuentemente llamándose unas veces enfermo, otras huérfano, otras ciego, otras pobre y mendigo; y tenemos los salmos llenos de esto; y por esperiencia sabemos que muchos que han usado y frecuentado esta manera de oracion, han venido por este medio á tener muy alta oracion. Pues usadla vos y será el Señor servido que por este medio vengais á alcanzar lo que deseais. Oracion de pobre, muy buena oracion es. Mirad, dice Gerson (2), con cuánta paciencia y humildad está el pobre esperando á la puerta del rico una pequeña limosna, y con qué diligencia acude á donde sabe que se da limosna. Y asi como el pobre desnudo y desamparado está delante del rico pidiéndole limosna y esperando de él el remedio de su necesidad con grande humildad y reverencia, asi habemos de estar nosotros delante de Dios en la oracion representándole nuestra pobreza, necesidad y miseria y esperando el remedio de su liberalidad y bondad. "Como los ojos de la esclava están colgados de las manos de su señora esperando lo que le ha de dar, asi nuestros ojos han de estar pendientes y

(1) Guillermo Parisiense alaba á Gerson de este ejercicio.

(2) Gerson, *de monte contemplationis.*

colgados de Dios hasta alcanzar misericordia de él (1).

III. En aquella historia (2) que se cuenta del abad Pafnucio viviendo él en lo interior del yermo, y oyendo decir de aquella mala muger Tais que era lazo y perdicion de las almas y causa tambien de muchas pendencias y muertes, con deseo de convertirla y traerla á Dios, tomó hábito seglar y dineros, y fué á la ciudad donde ella vivía, y convirtióla, tomando ocasion de unas palabras suyas, que pidiendo él lugar mas escondido, le dijo: de los hombres bien seguro estás aqui que no te verán; pero de los ojos de Dios, en ningun lugar, por secreto que sea, te puedes esconder. Es historia larga; pero viniendo á lo que hace á nuestro propósito, convertida esta muger, llevóla al yermo y encerróla en una celda, sellando la puerta con un sello de plomo, dejando solamente una ventanilla para que por alli le diesen cada dia un poco de pan y una poca de agua. Ya que Pafnucio se despedia de ella, preguntóle cómo habia de hacer oracion á Dios. A esto le respondió el santo abad: «no mereces tú tomar en tu boca sucia el nombre de Dios; tú oracion será que te pondrás de rodillas, mirarás al Oriente y dirás muchas veces estas palabras: «Tú que me formaste, ten misericordia de mí (3).» Y asi estuvo tres años, sin osar tomar en su boca el nombre de Dios, sino teniendo siempre delante de los ojos sus muchos y grandes pecados, y pidiendo á Dios misericordia y perdon de ellos con aquellas palabras que le dijo el santo. Y agradó á Dios tanto esta oracion, que consultando el abad Pafnucio al bienaventurado San Antonio, al cabo de estos tres años, si la habia Dios perdonado sus pecados, San Antonio llamó á sus monges, y les mandó que aquella noche siguiente todos velasen en oracion, cada uno por sí, para que el Señor declarase á alguno de ellos la causa por que habia ido Pafnucio. Estando, pues, todos en oracion, Pablo, que era el principal de los discípulos del gran Antonio, vió una cama en el cielo adornada de preciosas cortinas y aderezos, la cual guardaban cuatro vírgenes; como vió cosa tan rica, pensaba y decia entre sí: «no es esta merced y gracia guardada para otro que para mi P. Antonio.» Pensando esto, bajó á él una voz divina que dijo: «no es esta cama para tu P. Antonio, sino para Tais la pecadora.» Y quince dias despues, fué el Señor servido de llevarla á gozar de aquella gloria y tálamo celestial. Pues contentaos vos con tener esta oracion, y entended que no mereceis tener otra, y por ventura agradareis mas á Dios con eso que con la oracion que imaginais.

IV. En un tratado espiritual manuscrito, que hizo un monge cartujo, de la comunion espiritual, cuenta una cosa de nuestro P. S. Ignacio y sus compañeros, que afirma la supo de persona fidedigna. Dice que caminando ellos como solian, á pie y con su hatillo á cuestas, yendo hácia Barcelona, un buen hombre que les vió, apiadóse de ellos, y pidióles con mucha instancia que le diesen los hatillos, que él tenia buenas fuerzas y se los llevaria, y aunque ellos lo rehusaban, al fin importunados diéronselos, y proseguian asi su camino, y cuando llegaban á las posadas, los PP. procuraban buscar cada uno su rincon para recogerse y encomendarse á Dios. El buen hombre, que les via hacer esto, procuraba tambien buscar su rincon y ponerse allí de rodillas como ellos. Prosiguiendo su camino preguntáronle una vez: «hermano, ¿qué haceis allí en aquel rincon?» Respondió, lo que hago es decir: «Señor, estos son Santos, y soy su

(1) Sicut oculi ancillae in manibus dominae suae, ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri. *Ps.* CXXII, 2.
(2) *Pratum spirituale.*—Villegas *in extravagant.*
(3) Qui plasmasti me, miserere mei.

jumento; lo que ellos hacen quiero yo hacer;» y eso estoy ofreciendo allí á Dios. Y dice que aprovechó el hombre tanto con esta oracion que vino á ser muy espiritual y á tener muy alta oracion. Pues ¿quién no podrá tener esta oracion si quiere?

V. Conocí á un P. muy antiguo en la Compañía, y muy gran predicador, que su oracion por mucho tiempo fué decir con mucha humildad y simplicidad á Dios: «Señor, yo soy una bestia, y no sé tener oracion, enseñadme vos á tenerla;» y con esto aprovechó mucho y vino á tener muy subida oracion, cumpliéndose en él aquello del Profeta: "Como jumento me he hecho delante de vos, y siempre, Señor, estoy con vos (1)." Pues humillaos vos y haceos como un jumento delante de Dios, y el Señor será con vos. Mucho vale delante de Dios el humillarse, y mucho se negocia y alcanza de esta manera con su divina Magestad. Y notan aquí los Santos (2) una cosa de mucha importancia, que así como la humildad es medio para alcanzar la oracion, así tambien la oracion ha de ser medio para alcanzar la humildad y para conservarnos é ir creciendo en ella. Y así dicen que de la buena oracion siempre ha de salir uno humillado y confundido. De donde se sigue, que cuando uno sale de la oracion muy contento de sí, con no sé qué complacencia vana y con una oculta estima y reputacion de sí mismo, pareciéndole que ya está aprovechado y que va siendo hombre espiritual, debe tener por sospechosa su oracion. Pues si decís que no podeis tener muchas consideraciones y grandes contemplaciones, humillaos y sacad eso de la oracion, que para eso no podeis tener escusa ninguna, y esa será muy buena oracion.

VI. Es tambien muy buen medio para cuando no puede entrar uno en oracion y es combatido en ella de diversos pensamientos y tentaciones, el que dá el P. maestro Avila en una de sus cartas (1). Echaos, dice, á los pies de Cristo, y decid: Señor, en cuanto esto es culpa mia, á mí me pesa mucho por cierto de la culpa que en esto tengo y de la causa que para ello he dado; pero en cuanto es voluntad vuestra y pena y castigo, justamente merecido por mis grandes culpas pasadas y por mis descuidos y faltas presentes, yo lo acepto de muy buena voluntad y me huelgo de recibir de vuestra mano esta cruz, esta sequedad y distraccion, y este desconsuelo y desamparo espiritual. Esta paciencia y humildad será muy buena oracion, y agradará mas á Dios que la oracion que vos deseábades tener, como diremos despues mas largamente (2).

VII. De nuestro P. S. Francisco de Borja se dice que, cuando le parecia que no habia tenido bien la oracion, procuraba aquel dia mortificarse mas y andar con mas cuidado y diligencia en todas sus obras, para suplir con esto la falta de oracion, y así aconsejaba que lo hiciésemos nosotros. Este es muy buen medio para suplir las faltas de la oracion; y lo será tambien para venir á tener buena oracion. Dice el santo abad Nilo, tratando de la oracion, que así como cuando nos desconcertamos y descomponemos entre dia, y hacemos alguna falta, parece que luego sentimos el castigo de Dios en la oracion, porque se nos muestra allí rostrituerto; así tambien cuando nos habemos mortificado y vencido en algo, parece que luego lo sentimos en la oracion y que nos lo quiere pagar Dios allí de contado (3).

(1) Ut jumentum factus sum apud te, et ego semper tecum. *Ps.* LXXII, 23.
(2) Greg. *lib.* 2, *in Ezech. hom.* 17.—Chrysost. *hom.* 2 *de poenit. tom.* 5.

(1) M. Avila, *lib.* 1 *Epistol.*
(2) Trat. 8, c. 26.
(3) Quidquid durum, et asperum patienter tolerabis, fructum laboris tempore orationis reperies. Nilus *de oratione c.* 17 *et* 62. *In Bibliot. SS. PP, tom.* 3.

VIII. Da allí el Santo otro medio muy bueno para tener oracion y muy conforme al que acabamos de decir. «Si quereis tener bien oracion, no hagais cosa que sea contraria á la oracion. De esa manera se os comunicará Dios y os hará muchas mercedes (1).» Y generalmente tengan todos entendido que el principal cuidado del siervo de Dios ha de ser limpiar y mortificar el corazon y guardarse de todo pecado, y estar siempre muy firme y determinado de no hacer un pecado mortal por cuanto hay en el mundo. Y en esto se ha de fundar muy bien en la oracion é insistir y actuarse muchas veces en ello, porque lo habemos menester mientras estamos en esta vida miserable. Sobre este fundamento ha de edificar cada uno todo lo demas que quisiere de perfeccion. Y con esto no tiene que andar congojado, sino muy agradecido á Dios, aunque no le dé otra oracion mas alta: porque no consiste la santidad en tener dón de Oracion, sino en hacer la voluntad de Dios. Con esto concluye Salomon aquel su alto sermon del Eclesiastés: "temed á Dios y guardad sus mandamientos, porque esto es todo hombre (2)," que es decir: en esto consiste todo el ser del hombre y el cumplimiento de las obligaciones que tiene, y con esto puede ser santo y perfecto.

IX. Quiero concluir con un medio de mucho consuelo para todos: cuando no sentís en la oracion aquella entrada, aquella atencion y devocion, aquella union íntima que deseais, ejercitaos en tener gran voluntad y deseo de ello, y con eso suplireis lo que os parece que os falta; porque Dios Nuestro Señor, dicen los Santos (1), no menos se contenta y satisface con esa buena voluntad y deseo que con la alta y levantada oracion. Este medio enseñó Dios á la santa vírgen Gertrudis, y lo trae Blosio (2). Dice que, como se quejase una vez esta santa de que no podia tener tan levantado su corazon á Dios como quisiera y le parecia que estaba obligada, fué enseñada del cielo que para con Dios basta que el hombre quiera y desee de veras tener gran deseo, cuando le siente en sí pequeño, ó ninguno; porque tan grande tiene el deseo delante de Dios, cuan grande le querria tener. Y en el corazon que tiene semejante deseo, conviene á saber, voluntad y deseo de tenerle, dice que mora Dios de mejor gana que podria un hombre morar entre frescas y deleitosas flores. No ha menester Dios vuestra alta oracion, no quiere sino vuestro corazon, y esto recibe él por obra. Ofreceos vos del todo á Dios en la oracion, y dadle todo vuestro corazon, y desead estar allí con aquel fervor que están los mas altos Serafines, y esa voluntad mirará y recibirá Dios por obra. Y asi conforme á esto será muy buena devocion y muy provechosa consideracion, cuando estamos tibios y secos en la oracion, considerar cuántos siervos de Dios estarán en esa hora en oracion, y por ventura derramando lágrimas y aun sangre, é imaginarnos que estamos juntamente con ellos, y no solamente con ellos, sino con los Angeles y Espíritus celestiales, amando y alabando á Dios, y remitirnos á lo que ellos hacen, supliendo con ello lo que nosotros no sabemos hacer, diciendo con el corazon y con la boca muchas veces aquellas palabras: «Os suplicamos, Señor, que

(1) Si orare desideras, nihil facias eorum quae orationi adversantur, ut tibi apropinquet Deus, et tecum ambulet. *Ib.*

(2) Deum time et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo. *Eccles.* XII, 13.

(1) Deus non minus voluntate, sanctoque desiderio laetatur, quam si tota anima amore liquefacta plene sibi jungeretur. *F. Barth. de los martyres, Archiepisc. Bracharensis in suo compendio spirituali, c.* 16; *fol.* 250.

(2) Blosius., *c.* 2, *monilis spiritualis.*

mandes admitir con las suyas nuestras voces, ya que con humilde confesion os decimos, Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos (1). Señor, lo que ellos dicen, digo yo, y lo que ellos hacen, eso quiero yo tambien hacer, y como ellos os alaban y aman, os querria yo alabar y bendecir y amar.» Y algunas veces será bueno, remitirnos á nosotros mismos, cuando en algun tiempo nos parece que tuvimos buena oracion, diciendo: «Señor, lo que entonces quise, quiero ahora como entonces, me ofrecí á vos del todo, me ofrezco ahora; de la manera que entonces me pesaba de mis pecados y deseaba la humildad, la paciencia, la obediencia, de esa manera, Señor, la deseo y os la pido ahora.» Y sobre todo, es maravilloso ejercicio unir nuestras obras con las de Cristo, y suplir nuestras faltas é imperfecciones con los merecimientos de Cristo y de su Sacratísima Pasion, asi en lo que toca á la oracion, como en las demas obras, ofreciendo al Padre Eterno nuestras oraciones en union del amor y fervor con que Cristo oró y le alabó en la tierra; nuestros ayunos en union de los que él ayunó, pidiéndole sea servido de suplir nuestra impaciencia con la paciencia de Cristo; nuestra soberbia, con su humildad; nuestra malicia, con su inocencia. Este ejercicio, dice Blosio (2), que reveló nuestro Señor á algunos especiales amigos suyos, para que asi hagamos nuestras obras de valor y merecimiento, y para que por este camino aliviemos nuestra pobreza con el tesoro infinito de los merecimientos de Cristo.

CAPITULO XX.

Que nos habemos de contentar con la oracion que habemos dicho y no andar congojados ni quejosos por no llegar á otra mas alta.

Alberto Magno dice (3) que el verdadero humilde no se atreve ni se le levanta el corazon á desear la alta y encumbrada oracion y aquellos favores estraordinarios que el Señor suele algunas veces comunicar á los suyos, porque se tiene en tan poco que se siente por indigno de toda gracia y consolacion espiritual; y si alguna vez, sin él desearlo, le visita el Señor con alguna consolacion, la recibe con temor, pareciéndole que no merece él estos consuelos y favores, ni se sabe aprovechar de ellos como debia. Y asi, si hubiese en nosotros humildad, bien nos contentariamos con cualquiera manera de oracion de las que habemos dicho. Antes tendriamos por particular merced del Señor que nos llevase por el camino de la humildad, porque por ahí nos conservarémos, y por esotro por ventura nos desvaneciéramos y perdiéramos. Dice San Bernardo (1) que se ha Dios con nosotros, como se han acá los padres con los hijos chiquitos, que cuando el niño pide pan, se lo dan de buena gana; pero si el niño pide el cuchillo para partir el pan, no se le quieren dar, porque ven que no le es necesario, antes le podria hacer daño, cortándose con él; sino toma el padre el cuchillo, y pártele el pan, porque asi no tenga el niño trabajo ni peligro alguno. De esa manera hace el Señor: daos el pan partido, y no os quiere dar los gustos y consolaciones que hay en aquella altísima oracion, porque por ventura os cortárades y nos hicieran daño, engriéndoos y desvaneciéndoos en eso, teniéndoos por espiritual y prefiriéndoos á otros. Mayor merced os hace el Señor en daros el pan partido, que si os diera el cuchillo para partir el pan: si Dios con esa oracion os dá una firmeza y fortaleza grande para antes rebentar que pecar, y os conserva toda la vida que no caigais en pe-

(1) Cum quibus, et nostras voces, ut admitti jubeas deprecamur supplici confesione dicentes: Sanctus, Sanctus, Sanctus, etc. *Praef. Missae.*

(2) Blosius, *cap. 9. institut. spiritualis.*

(3) Albertus Magnus, *lib. de adhaerendo Deo.*

(1) Bernard. *serm. 3 quadrag.*

cado mortal, ¿qué mejor oracion quereis y qué mejor fruto?

Esta es la respuesta que dió el padre del hijo pródigo al hermano mayor, que viendo habia recibido á su hermano con tanta fiesta y regocijo, se indignó y no queria entrar en casa, diciendo: «há tantos años que os sirvo y estoy sujeto á vuestro mandado, y siempre os he sido obediente y nunca me habeis dado siquiera un cabrito para que comiese con mis amigos; y á esotro, que ha desperdiciado la hacienda y sido desobediente, habeis muerto el becerro grueso y héchole banquete espléndido con tanta música y regocijo.» Respóndele el padre: «Hijo, mirad que no hago esto por querer al otro mas que á vos, vos siempre estais en mi casa y conmigo, tambien será razon que conozcais y estimeis lo que yo hago con vos. ¿No os hago harto favor y merced en teneros siempre conmigo (1)?» Pues asi acá, ¿parécceos poco teneros el Señor siempre consigo y en su casa? Mas es daros el Señor el don de la perseverancia y teneros siempre, que no os aparteis de él ni caigais en pecado, que despues de caido daros la mano como la dió al hijo pródigo, como mas es teneros que no os quebreis la cabeza que, despues de quebrada, sanaros. Pues si Dios con esa oracion, que teneis, os da esto, ¿de qué os quejais? Si con esa oracion os da una prontitud grande para todas las cosas del servicio de Dios, y una indiferencia y resignacion entera para todas las cosas de la obediencia, ¿qué mas quereis? Si Dios con esa oracion os conserva en humildad y en temor suyo, y en andar con recato, guardándo-os de las ocasiones y de los peligros, ¿qué hay que suspirar por mas? Ese es el fruto que vos habiades de sacar de la oracion cuando la tuviéredes muy alta y muy subida, y cuando el Señor os diera muchos gustos y consolaciones en ella, á eso los habiades de enderezar. Pues esto es lo que hace Dios en esa oracion llana y ordinaria; da el fin y el fruto de ella sin aquellos medios estraordinarios de elevaciones, y de gustos y consolaciones, como lo esperimentan los que perseveran en ella. Y asi debemos por ello á Dios dobladas gracias; porque por una parte nos quita el peligro de vanidad y soberbia que pudiéramos tener si nos llevara por esotro camino, y por otra parte nos dá el fruto y provecho de la oracion muy cumplido. Del santo Patriarca José, dice la Sagrada Escritura (1), que habló á sus hermanos con palabras duras y ásperas, y por otra parte les hinchó los sacos de trigo y mandó al mayordomo que les hiciese buen tratamiento. Asi se há muchas veces el Señor con nosotros.

No acabamos de entender en qué consiste la oracion, ó por mejor decir, no acabamos de entender en qué consiste nuestro aprovechamiento y perfeccion, que es el fin y fruto á que se ordena la oracion. Y asi muchas veces cuando nos vá mal, pensamos que nos vá bien; y cuando nos vá bien, pensamos que nos vá mal. Sacad vos de la oracion lo que habemos dicho, especialmente proceder aquel dia bien y con edificacion como decíamos arriba (2), y habreis tenido buena oracion aunque hayais estado allí mas seco que un palo y mas duro que una piedra. Y si no sacais eso, no habeis tenido buena oracion, aunque hayais estado derramando lágrimas toda ella, y aunque os parezca que os habeis elevado hasta el tercero cielo. Y asi de aquí adelante no os quejeis de la oracion, sino volved todas las quejas contra vos y decid: «váme mal en la mortificacion; váme mal en la humildad, en la paciencia, en el silencio y recogimiento.»

(1) Fili, tu semper mecum es. Luc. XXV, 13.

(1) Genes. XLII, 7 et 25.
(2) Cap. XVIII.

Esa es buena queja, porque es quejaros de vos, que no haceis lo que debeis y está en vuestra mano; y esotro de andaros quejando de la oracion, parece que es quejaros de Dios, porque no os dá en ella la entrada y quietud y consuelo que vos quisiérades; y esa no es buena queja, no es palabra esa para provocar á Dios á misericordia, sino á ira é indignacion, como dijo la santa Judit á los de Betulia (1). Y es cosa de ver cuán al revés andamos en esto, porque no veo que nos quejamos de que no nos queramos mortificar, ni humillar, ni enmendar, que es lo que está en nuestra mano, y andamos quejándonos de lo que no está en nuestra mano, sino á cuenta de Dios. Tratad vos de mortificaros y venceros, y haced en esto lo que es de vuestra parte, y dejad á Dios lo que está á su cuenta, que mas deseo tiene él de nuestro bien que nosotros mismos; y si nosotros hacemos lo que es de nuestra parte, bien seguros podemos estar que no faltará él de la suya en darnos lo que nos conviene. Diremos de esto mas largamente, tratando de la conformidad con la voluntad de Dios, dónde satisfaremos mas de propósito á esta queja y tentacion (2).

CAPITULO XXI.

De las causas de la distraccion en la oracion y de sus remedios.

Cosa suele ser esta muy ordinaria, y asi tratan de ella comunmente los Santos y Casiano muy en particular (3). De tres causas ó raices dicen que puede proceder la distraccion en la oracion: unas veces, de nuestro descuido y negligencia, por andar nosotros derramados entre dia, con poca guarda del corazon y poco recogimiento en nuestros sentidos. El que anda de esta manera no tiene que preguntar de dónde le viene el estar distraido en la oracion y no poder entrar en ella, porque claro está que las imágenes, figuras y representaciones de las cosas que deja entrar allá dentro le han de molestar é inquietar despues en la oracion. Dice muy bien el abad Moysen (1), que aunque no está en manos del hombre el no ser combatido de pensamientos; pero que lo está el no admitirlos y el desecharlos cuando vienen. Y añade mas, que tambien está en manos del hombre en gran parte el corregir y enmendar la calidad de esos pensamientos, hacer que se le ofrezcan pensamientos buenos y santos, y que esotros de cosas vanas é impertinentes se le vayan olvidando. Porque si se dá á ejercicios espirituales de leccion, meditacion y oracion, y se ocupa en obras buenas y santas, tendrá pensamientos buenos y santos; pero si no trata de eso entre dia, sino de apacentar sus sentidos en cosas vanas é impertinentes, de eso serán sus pensamientos. Y trae una comparacion, que es tambien de San Anselmo y de San Bernardo. Dicen estos Santos (2), que el corazon del hombre es como la piedra del molino, que siempre muele; pero en manos del que la rige está hacer que muela trigo, ó cebada, ó centeno: lo que le echaren, eso molerá. Asi el corazon del hombre no puede estar sin pensar en alguna cosa, siempre ha de moler; pero con vuestra industria y diligencia podeis hacer que muela trigo, cebada, ó centeno, ó tierra; lo que le echáredes, eso molerá. Pues conforme á esto, si quereis estar recogido en la oracion, es menester que procureis entre dia traer recogido el corazon y guardadas las puertas de vues-

(1) Non est iste sermo qui misericordiam provocet, sed potius qui iram excitet, et furorem accendat. *Judith*, VIII, 11.
(2) Trat. 3, c. 24 y siguientes; y arriba el cap. 3, al fin, *ex Bernardo*.
(3) Casianus, *Collat.* 1 et 7.

(1) *Collat.* 1.
(2) *Collat.* 1, *cap.* 18.

tros sentidos; porque con las almas que son huertos cerrados gusta el Señor de conversar. Y asi era dicho comun de aquellos Padres antiguos, y lo trae Casiano (1): «Es menester tomar la corrida de mas atrás y andar entre dia cual quereis hallaros en la oracion; porque del estado y temple que tiene el corazon fuera de la oracion, de ahí se forma y fragua ella.» Dice San Buenaventura: «cual fuere el licor que echáredes en el vaso, tal será el olor; y cuales fueren las yerbas que plantáredes en el huerto de vuestro corazon, tal será el fruto y semilla que producirán (2).»

Y porque es cosa muy comun y natural el pensar uno muchas veces en lo que ama, si quereis tener firme y estable el corazon en la oracion y que los pensamientos de cosas vanas é impertinentes se vayan olvidando y acabando, es menester mortificar la aficion de ellas, menospreciando todas las cosas de la tierra y poniendo el corazon en las del cielo. Y cuanto mas aprovecháredes y creciéredes en esto, tanto mas aprovechareis y crecereis en la firmeza, estabilidad y atencion en la oracion.

Lo segundo, suelen nacer estas distracciones de tentacion del demonio, nuestro enemigo. Dice San Basilio (3), que como el demonio vé que la oracion es el medio por donde nos viene todo el bien, procura por todas vias y modos que puede impedirla y ponernos mil estorbos en ella para que quitando este socorro pueda tener mas fácil entrada en nuestra alma con sus engaños y tentaciones. Háse con nosotros como se hubo el capitan Olofernes para tomar la ciudad de Betulia, que se le defendia, que quebró los arcaduces por donde entraba el agua á la ciudad (1). Asi el demonio procura con toda diligencia quebrar y desbaratar en nosotros este arcaduz de la oracion, por donde le viene á nuestra alma el agua de la gracia y de todos los bienes espirituales. Y asi dice San Juan Clímaco (2) que, como al sonido de la campana se juntan los fieles y los religiosos visiblemente para orar y alabar á Dios, asi nuestros enemigos, que son los demonios, se juntan tambien entonces invisiblemente para tentarnos é impedirnos la oracion.

En el *Prado espiritual* se cuenta de uno de aquellos Padres del Yermo (el abad Marcelo) que levantándose una noche á orar y cantar salmos como solia, oyó una voz de trompeta que parecia señal de romper batalla; y turbándose el santo viejo de dónde podia salir tal voz en lugar tan solitario donde no habia soldados ni guerra, se le apareció el demonio y le dijo, que aunque él pensaba que no habia batalla, que si habia, y que aquella trompeta apercibia para darla los demonios á los siervos de Dios, y que si él queria ser libre del combate se volviese á acostar y dormir, y si no, se apercibiese; pero él, confiado en el Señor, entró en su oracion y perseveró en ella.

Una de las cosas en que se echa de ver la escelencia é importancia grande de la oracion, es en la ojeriza grande que el demonio tiene con ella y en la guerra tan contínua que le hace, como lo notó bien el santo abad Nilo (3). Otras obras buenas súfrelas el demonio y pasa por ellas, el ayuno, la disciplina, el silicio; pero un rato de

(1) Quales orantes volumus inveniri, tales nos ante orationis tempus praeparare debemus; ex praecedenti enim statu mens atque animus in supplicatione formatur. *Casianus collat.* 9. *Abbatis Isaac*, c. 2.

(2) Qualis liquor vasi infunditur, talis redolebit; et quales herbas in horto cordis tui plantaveris, talia semina germinabunt. *Bonav. de profectu Religiosor.* l. 2, c. 58.

(3) Basil. serm. *de renuntiatione saeculi istius, et spirituali perfect.* Cassian. *l.* 10, c. 10.—Nil. c. 44 *et* 47 *de orat.*

(1) Judith, VII, 6.

(2) Climacus, *gradu* 18.

(3) Nilus, *cap.* 44 *et* 47 *de oratione; et cap.* 100 *et sequent. refert aliqua exempla rara circa hoc.* In *Bibliot. SS. PP., tom.* 3.

oracion no lo puede sufrir, sino que por todas las vias que puede lo procura impedir y poner mil estorvos en ello. De aquí es, que cuando estamos en la oracion, solemos algunas veces sentir mas tentaciones que en otros tiempos: entonces parece que viene todo el tropel de pensamientos, y algunas veces tan malos y feos que no parece que vamos allí sino á ser tentados y molestados con todo género de tentaciones, porque cosas que nunca se nos ofrecieron ni nos pasaron por pensamiento en toda nuestra vida, se nos ofrecen en la oracion; todo parece que se guarda para allí. Es que como el demonio sabe que la oracion es el remedio de todos nuestros males, y principio y fuente de todos los bienes espirituales, y medio eficaz para alcanzar todas las virtudes, dále grande pena y pone todas sus fuerzas para estorbarla; y así llaman los Santos á la oracion «tormento y azote del demonio (1).» Esto mismo nos ha de ser á nosotros causa y motivo para estimarla mas y darnos mas á ella; y tanto mas, cuanto mas vemos que el demonio por envidia nos la quiere impedir. Santo Tomás Abulense y otros graves autores dicen que por esto la Santa Madre Iglesia, regida por el Espíritu Santo, entendiendo la costumbre de nuestro adversario de tentar y hacer toda la guerra que puede á los que hacen oracion, tiene ordenado que en el principio de cada una de las horas canónicas se diga aquel verso: *Deus in adjutorium meum intende, Domine ad adjuvandum me festina* (2); donde pedimos favor al Señor para orar como debemos y defendernos de las asechanzas y tentaciones de nuestros enemigos.

Lo tercero, nacen algunas veces estos pensamientos y distracciones sin culpa nuestra, de nuestra propia enfermedad y flaqueza, porque somos tan flacos y miserables y quedó nuestra naturaleza tan lisiada y estragada por el pecado, y especialmente nuestra imaginativa, que ni un pater-noster podemos decir sin que se nos ofrezcan diversos pensamientos, como se quejaba San Bernardo. Para esto será muy buen remedio tomar por materia de oracion lo mismo que padecemos, humillándonos, considerando y conociendo cuán grande sea nuestra flaqueza, porque esa humildad y ese conocimiento propio será buena oracion. Pero fuera de esto, diremos otros remedios que dan los Santos y maestros de la vida espiritual.

(1) Tormentum daemonum et flagellum daemonum.

(2) Ps. LXIX, 1.

CAPITULO XXII.

De algunos otros medios para estar con atencion y reverencia en la oracion.

El bienaventurado San Basilio pregunta (1): ¿cómo podrá uno tener su corazon firme, atento y no divertido en la oracion? Y responde que el medio mas eficaz para esto es considerar que está delante de Dios y que le está mirando cómo ora. Porque si acá el que está delante de un príncipe, hablando con él, está con gran respeto y reverencia, teniendo grande atencion á lo que hace y á la manera y modo que guarda en ello, y tendria por gran descortesía volver las espaldas ó mezclar otras razones impertinentes; ¿qué hará el que atentamente considerara que está delante de la Magestad de Dios, y que le está mirando, no solo lo esterior que se vé de fuera, sino lo mas íntimo de su corazon? ¿Quién habrá, dice, que ose apartar los ojos y el corazon de lo que está haciendo, y se atreva á volver las espaldas á Dios, y estar pensando allí en otras cosas impertinentes? Aquel gran Jacob, monge, como cuenta Teodoreto (2), usaba

(1) Basil. *in regulis brevioribus*, 201 *et* 306, *et in constitutionibus ad monachas solitarias.*

(2) Teodoret., *in Historia sanctorum Patrum*, c. 21.

de esta consideracion para mostrar cuán gran desacato sea este, y tráela tambien San Agustin (1). Si yo, dice, fuese criado de un hombre, que es de mi misma naturaleza, y en el tiempo que le tengo de servir, dejase de traerle el manjar y la bebida por hablar con otro criado, con justa razon me reprenderia y castigaria. Y si yendo delante de un juez á querellarme de alguno que me injurió, le dejase con la palabra en la boca, y le volviese las espaldas, y me parase á hablar con alguno de los que estuviesen presentes, ¿no os parece que el juez me tendria por descomedido y me mandaria echar del tribunal, donde estaba juzgando, como á hombre mal criado? Pues eso es lo que hacen los que, yendo á la oracion á hablar con Dios, se distraen, pensando en otras cosas impertinentes. Nuestro Padre nos pone tambien este medio en una de las adiciones ó advertencias que dá para la oracion (2), donde dice que un poco antes de entrar en la oracion, por espacio de un Paternoster, levantemos el espíritu al cielo y consideremos que está allí Dios presente y que nos está mirando, y así con gran reverencia y humildad entremos en la oracion. Y habemos de procurar que esta presencia de Dios no se nos pierda de vista en todo el tiempo de la meditacion, conforme á aquello del Profeta: "La meditacion de mi corazon es siempre delante de vos (3)."

San Crisóstomo dice (4): «haced cuenta que cuando vais á la oracion, entrais en aquella córte celestial, en la cual el Rey de Gloria está sentado en un cielo estrellado, cercado de innumerables ángeles y Santos, y que todos os están mirando, conforme á aquello de San Pablo: "Somos en el mundo espectáculo que miran los ángeles y los hombres (1)." San Bernardo aconseja en esto lo que él debia de hacer (2): «Cuando entrares en la Iglesia ó te recogieres á orar, pon la mano sobre tu boca, y dí: quedaos aquí á la puerta, pensamientos y apetitos malos, y tú, ánima, entra en el gozo de tu Señor para que veas y hagas su santa voluntad.» San Juan Clímaco dice (3): el que cuando hace oracion considera de veras que está delante de Dios, está como una columna firme y constante que no se mueve. Y refiere que, mirando él una vez que un religioso estaba mas atento que los otros en el cantar de los Salmos, y que especialmente al principio de los himnos, con la figura y semblante que mudaba, parecia que hablaba con otro, le rogó despues que le dijese qué significaba aquello. Respondió el monge: «Yo al principio del Oficio Divino suelo recoger con gran cuidado mi corazon y pensamientos, y llamándolos ante mí, les digo: «Venid, adoremos y postrémonos delante del Señor (4).» Todas estas son muy buenas y muy provechosas consideraciones para estar con atencion y reverencia en la oracion.

Otros dan por remedio estar delante del Santísimo Sacramento, si estamos donde lo podemos hacer, ó si no mirar á dónde está el Santísimo Sacramento mas cerca, y poner allá el corazon, y tambien mirar á las imágenes: otros se ayudan mirando al cielo.

---

(1) Aug. *sup. Ps.* 85.
(2) Ignatius, *lib. Exercitior. spiritualium.*
(3) Et meditatio cordis mei in conspectu tuo semper. *Ps.* XVIII, 15.
(4) Crisost. *super illud. Ps. 4, misercre mei, et exaudi orationem meam; tom. I.*

(1) Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. *I. ad Cor.* V, 9.
(2) Veniens ad Ecclesiam pone manum tuam super os tuum, et dic: spectate hic cogitationes malae, intentiones, et affectus cordis, et appetitus carnis, tu autem anima mea intra in gaudium Domini Dei tui, ut videas voluntatem Domini, et visites templum ejus.
(3) Climacus, *in scala spirituali, gradu 4 et 18.*
(4) Venite adoremus, et procidamus, et ploremus ante Dominum qui fecit nos, quia ipse est Dominus Deus noster, et nos populus pascuae ejus, et oves manus ejus. *Ps.* LXLIV, 6.

Tambien es muy buen remedio para avivarse uno, cuando tiene distracciones y sequedad en la oracion, decir algunas oraciones jaculatorias y hablar vocalmente con Dios representándole su flaqueza y pidiéndole remedio para ella: "Señor, responded por mí que padezco fuerza (1)." Aquel ciego del Evangelio, aunque Cristo nuestro Redentor parece que disimulaba y se pasaba de largo, y aunque la gente le decia que callase, él no dejaba de dar voces, antes las levantaba mas, clamando y diciendo: «Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí (2).» Asi lo habemos de hacer nosotros: aunque el Señor disimule y parezca que se pasa de largo sin visitarnos, y aunque la turba y muchedumbre de pensamientos y tentaciones nos impela á callar, no por eso habemos de callar, sino dar mayores voces: "Señor, habed misericordia de mí." "Señor, fortaleced (3) y confortad este corazon en esta hora, para que pueda pensar en vos y estar firme y constante en la oracion.» Decia una Santa (4): «Si no pudiéredes hablar con Dios con el corazon, no dejeis de hablarle con la boca muy á menudo; porque lo que asi se dice frecuentemente, fácilmente da calor y fervor al corazon." Y confiesa de sí esta Santa que algunas veces, por no hacer estas oraciones vocales, perdió la oracion mental; porque era, dice, agravada é impedida de la pereza y del sueño. Y por nosotros pasa esto: algunas veces acontece dejar uno de hablar en la oracion de pereza y flojedad, y por estar medio dormido; y si hablara, se despertara y avivara para la oracion.

Tambien dice Gerson que es buen remedio para las distracciones, llevar bien preparado el ejercicio y determinados diversos puntos para la oracion; porque con esto, cuando uno se distrae, en advirtiendo en ello, tiene ya su punto cierto y determinado para acogerse á él, y si en él no halla entrada, pasa luego á otro punto de los que lleva prevenidos y torna mas fácilmente á enhilar su oracion. Y nosotros hallamos, cuando nos examinamos, que muchas veces la causa de estar distraidos y andar vagueando en cosas diversas, suele ser por no llevar bien prevenidos y sabidos los puntos sobre que habemos de tener la oracion, ni tener cosas ciertas y determinadas á que nos acoger.

Fuera de esto, este aviso y el siguiente son necesarios para ir bien preparados á la oracion; y asi, nuestro padre nos encomienda esto con palabras encarecidas. «Ayudará, dice (1), grandemente, antes de entrar en la oracion, recapacitar los puntos que se han de meditar y llevar determinado el número de ellos. Y leemos de él, que lo hacia asi, no solamente en sus principios, sino despues tambien, siendo ya viejo, leia y preparaba su ejercicio de parte de noche, y se acostaba con ese cuidado; para que nadie piense que es esta cosa de novicios. Y aunque uno sepa bien el ejercicio por haberle meditado ya otras veces, con todo eso es muy bueno prepararle de nuevo; especialmente que como aquellas son comunmente palabras de la Divina Escritura, dictadas por el Espíritu Santo, el leerlas con un poco de quietud y reposo despierta una nueva atencion y devocion para meditarlas y aprovecharse mas de ellas.

Tambien nos ayudará mucho para esto

(1) Domine, vim patior, responde pro me. *Isai.* XXXVIII, 14.

(2) -Jesu, Fili David, miserere mei. *Marci*, X, 47 *et Lucae* XVIII, 38.

(3) Confirma me, Domine Deus, in hac hora. *Judith*, XIII, 9.

(4) S. Angela de Fulgino, c. 38 y 61.

(1) Magnopere juvabit, ante ingresum exercitii tractanda puncta comminisci, et numero certo praefinire. *Ignatius, lib. exercitiorum spiritualium notabili* 3, IV. *hebdom.*

que luego en despertando, no dando lugar á otros pensamientos, pensemos en el ejercicio que habemos de tener, preparándonos para la oracion con alguna consideracion acomodada á lo que habemos de meditar. Casiano, San Buenaventura y San Juan Clímaco tienen por muy importante este aviso (1): dicen que de esto suele depender el gobierno de la oracion, y por consiguiente el concierto de todo el dia. Y advierte San Juan Clímaco que como el demonio vé que esto es de tanta importancia, anda muy diligente y solícito aguardando á que despertemos, para ocupar luego la posada y coger las primicias de todo el dia. Y dice que hay entre los espíritus malos uno que llaman precursor, el cual tiene este oficio, que está aguardando á saltearnos de noche, al tiempo que despertamos del sueño, aun antes que acabemos de despertar, cuando uno aun no está del todo en sí, para ponernos delante cosas feas y sucias, ó á lo menos cosas impertinentes, para tomar la posesion de todo el dia; porque le parece que todo él será del que primero ocupare el corazon. Por esto importa mucho que nosotros tambien estemos muy sobre aviso para no dar lugar á esto, sino que luego en despertando, apenas hayamos abierto los ojos, cuando ya esté plantada en nuestro corazon la memoria del Señor, antes que otro pensamiento peregrino ocupe la posada (2). De lo cual nos avisa tambien nuestro Padre (3), y añade que lo mismo se ha de guardar en su manera cuando la oracion se tiene á otra hora, recogiéndonos un poquito antes á pensar á dónde voy y delante de quien tengo de parecer, y recapacitando brevemente el ejercicio que tengo de meditar, como quien templa la vihuela para tañer. Y generalmente decia nuestro Padre, que de la guarda de estos y otros semejantes avisos que él llama adiciones, dependia en gran parte el tener bien la oracion y el sacar fruto de ella. Y nosotros lo esperimentamos muy ordinariamente que, cuando vamos bien preparados y guardamos bien estos avisos, nos va bien en la oracion, y cuando no, nos va mal.

Dice el Espíritu Santo por el Sabio: "Antes de la oracion preparaos bien para ella, y no seais como el hombre que tienta á Dios (1)." Notan Santo Tomás y San Buenaventura (2) sobre estas palabras, que irse á la oracion sin preparacion, es como tentar á Dios; porque tentar á Dios, dicen los teólogos y los santos, es querer alcanzar alguna cosa sin poner los medios ordenados y necesarios para eso, como si uno dijese: «no quiero comer, que Dios bien me puede sustentar sin comer, él me sustentará:» seria tentar á Dios y pedir milagro sin necesidad. Como dijo Cristo Nuestro Redentor al demonio, cuando le llevó al pináculo del templo y le persuadia que se echase de allí á bajo, que Dios mandaria á sus ángeles que le recibiesen y llevasen en palmas. Respondió él: la Escritura dice: "No tentarás á tu Dios y Señor (3)." «Yo me puedo bajar por la escalera, esotro es tentar á Dios y pedir que haga milagro sin necesidad.» Pues tan principal y tan necesario medio es para la oracion el prepararnos para ella que dice el Sabio, que querer tener oracion sin esta preparacion, es como tentar á Dios y querer que haga milagro

(1) Bonavent. *informatione novitiorum p.* 1, c. IV.
(2) Cum vigilas, statim omnes cogitationes tuas abjice de corde tuo, et offer Deo primitias cogitationum tuarum. *Climacus c.* XXI.
(3) Ignatius *lib. exercitiorum spiritualium addit.* 2. *prioris hebdomadae, et addit.* 5, *secundae hebdomadae, et in* 1, *modo orandi.*

(1) Ante orationem praepara animam tuam, et noli esse quasi homo, qui tentat Deum. *Eccles.* XVIII, 23.
(2) S. Thomas, 2-2, *q.* 97, *art.* 3, *ad* 2.—Bonavent. *in opuscul. cui titulus est Regula Novitiorum c.* II.
(3) Non tentabis Dominum Deum tuum. *Matth.* IV, 7.

con vos. Nuestro Señor bien quiere que tengamos buena oracion y con mucha atencion y reverencia; pero por los medios ordinarios, que es disponiéndonos y preparándonos para ella de la manera que habemos dicho.

CAPITULO XXIII.

De un consuelo grande para los que son molestados de distracciones en la oracion.

Para consuelo de los que son molestados de esta tentacion, nota San Basilio (1), que en la oracion, entonces solamente se ofende Dios con estos pensamientos y distracciones cuando uno por su voluntad, advertidamente y viendo lo que hace, está distraido y con poca reverencia y respeto. El que en la oracion se pone de propósito á pensar en el estudio, ó en el oficio, ó en el negocio, bien merece que no le acuda Dios, sino que le castigue. Aqui viene bien lo que dice San Crisóstomo: «¿Cómo quieres que te oiga Dios, si tú mismo no te oyes (2)?» Pero cuando uno hace buenamente lo que es en sí, y por flaqueza se distrae y no puede tener tanta atencion como querria, sino que le deja el corazon y se le huye á otras partes, conforme á aquello del Profeta: "Mi corazon me dejó (3)," entonces no se ofende el Señor de eso, antes le mueve á compasion y misericordia, porque conoce él muy bien nuestra enfermedad y flaqueza. "Como el padre se compadece de los hijos, Dios se compadece y tiene misericordia de los que le temen, porque él tiene conocida nuestra masa (4)." Asi como el padre que tiene un hijo frenético se compadece y lo siente mucho cuando ve que comenzando á hablar ahora su hijo en seso, luego salta en un disparate, asi aquel piadosísimo Padre Celestial se apiada y compadece de nosotros, cuando ve que es tanta la flaqueza y enfermedad de nuestra naturaleza, que al mejor tiempo que estamos hablando con él en seso, saltamos en mil pensamientos desvariados. Y asi, aunque no sienta uno devocion, ni jugo en la oracion, sino muy gran sequedad y combate de pensamientos é imaginaciones, y esté todo el tiempo de la oracion de esa manera, no por eso deja aquella oracion de ser muy agradable á Dios Nuestro Señor y de grande valor y merecimiento delante de su divino acatamiento; antes suele muchas veces ser mas grata y meritoria que si la hubiera pasado con mucha devocion y consuelo, por haber sufrido y padecido mas trabajo y dificultad en ella por amor de Dios. Ni tampoco deja de alcanzar con aquella oracion gracia y favores para servir mejor al Señor y crecer mas en virtud y perfeccion, aunque él no lo sienta, como le acontece al enfermo que come un manjar de sustancia, que, aunque no tome gusto ni sabor en él, sino pena y tormento, recibe fuerza y se conserva y crece con él.

De lo dicho se verá ser grande engaño y grave tentacion dejar uno la oracion por hallarse en ella con muchos pensamientos y tentaciones. Solamente es menester estar advertidos que con esta ocasion, y socolor de no puedo mas, no se nos entre la tibieza y flojedad, siendo fáciles y remisos para ser llevados de todos vientos, dejando con descuido andar vagueando el pensamiento y la imaginacion por donde quisiere, como diremos despues mas largamente (1); sino que hagamos lo que es de nuestra parte, procurando con mucho cuidado y diligencia

(1) Basil. *in constit. monastic. cap.* 2.
(2) Tu non audis orationem tuam, et Dominum vis audire precem tuam? *Chrysost.*, hom. 17 *in varia loca Matth.*, *tom.* 2.
(3) Cor meum dereliquit me. *Ps.* XXXIX, 13.
(4) Quomodo miseretur pater filiorum, misertus est Dominus timentibus se, quoniam ipse cognovit figmentum nostrum. *Ps.* CII, 13.

(1) Trat. 3, c. 30.

ojear y aventar los pensamientos, como el Santo Patriarca Abraham aventaba y ojeaba las aves que descendian sobre el sacrificio (1); pero haciendo en esto buenamente lo que es de nuestra parte no hay que tener pena. De Santa Brígida se lee (2) que, como en la oracion fuese fatigada de muchas tentaciones, le apareció una vez nuestra Señora y le dijo: «El demonio, envidioso del bien de los hombres, procura cuanto puede ponerles impedimentos y estorbos, cuando están en la oracion; pero tú, hija, aunque seas molestada en ella de cualquier tentacion, por mala que sea y te parezca que no la puedes desechar, procura de perseverar como pudieres en tu buena voluntad y deseos santos, y esta será muy buena y muy provechosa oracion y de mucho merecimiento delante de Dios.» Arriba (3) dijimos un medio muy bueno para restaurar lo que nos parece que perdimos con la distraccion.

CAPITULO XXIV.

De la tentacion del sueño, de dónde proviene y de los remedios para ella.

La tentacion del sueño, que es otro género de distraccion, puede proceder algunas veces de causa natural, como de falta de sueño, de mucho cansancio y trabajo del cuerpo, de la edad y del demasiado comer y beber, aunque sea agua. Otras veces procede de tentacion del demonio, como contaban aquellos Santos Padres del Yermo que les mostraba Dios en espíritu que habia unos demonios que se ponian sobre los cuellos y cabezas de los monges y los hacian dormir, y otros que les ponian el dedo en la boca y les hacian bostezar. Otras veces nace esto de flojedad y negligencia nuestra; y por estar uno en la oracion con composicion ocasionada para dormirse. El principal remedio que dan para esto es el que dijimos (1) para la atencion, que nos acordemos que estamos delante de Dios. Y asi como uno que está delante de un gran príncipe, no se osa dormir, asi nosotros si consideramos que estamos delante de la Magestad de Dios y que él nos está mirando, nos avergonzaríamos mucho de domirnos en la oracion. Es tambien buen remedio levantarse en pié, no arrimarse, lavarse los ojos con agua fria, y suelen algunos llevar un pañuelo mojado para esto cuando son fatigados de esta tentacion. Otros se ayudan de mirar al cielo, ó tener claridad, ó irse á tener oracion delante del Santísimo Sacramento en compañia de otros, y de tomar una disciplina antes de la oracion, con que quedan despiertos y devotos. Otros en la misma oracion toman algun dolor con que se despiertan; y cuando estan solos, se ponen algun rato en cruz. Tambien ayuda para esto hablar y decir algunas oraciones vocales con que se despierta y aviva uno mucho, como decíamos arriba (2). De estos y otros semejantes remedios es bueno ayudarnos, pidiendo al Señor que nos sane de esta enfermedad.

Cesario en sus diálogos (3) cuenta de un religioso de su órden Cisterciense, que se solia dormir muchas veces en la oracion, y aparecióle una vez Cristo nuestro Redentor Crucificado vueltas las espaldas á él, y díjole: «Porque eres flojo y perezoso, no mereces ver mi rostro.» De otro cuenta alli (4), que le avisó mas duramente, porque estando en oracion en el coro, y durmiéndose como solia, vino á él un crucifijo del altar

(1) Genes. XV, 11.
(2) Refert Blosius *cap.* 3. *monilis spiritualis.*
(3) Cap. XVIII.

(1) Cap. XXII.
(2) Cap. XXII.
(3) Cesarius, *lib. 4 dialogorum, c.* 29.
(4) Cesarius, *lib.* 4, *c.* 38.

y le dió un tal golpe en la mejilla que murió al tercero dia. Todo esto nos da bien á entender cuánto desagrada á Dios esa flojedad y tibieza. El religioso flojo y tibio, dice alli Cesario que provoca á Dios á vómito, conforme á aquello del Apocalipsi: "Porque eres tibio, te empezaré á vomitar (1)."

De San Romualdo, abad y fundador de la Orden de la Camáldula, cuenta Pedro Damian, tratando de la oracion que sus religiosos tenian, que era tan grave culpa dormitar algo al tiempo de la oracion, que San Romualdo no permitia aquel dia decir misa al que caia en esta culpa, por el poco respeto con que habia estado en el acatamiento del Señor que habia de recibir.

CAPITULO XXV.

Cuánto conviene tomar algunos tiempos estraordinarios para darnos mas á la oracion.

Asi como para el cuerpo los hombres del mundo, demás de la refeccion de cada dia, tienen sus fiestas estraordinarias y sus banquetes en que suelen esceder de lo ordinario, asi tambien conviene que nosotros, demás de la oracion cotidiana, tengamos nuestras fiestas y banquetes espirituales, donde nuestras almas no coman por tasa como los otros dias, sino antes sean llenas de la abundancia de la dulzura y gracia del Señor. Y la misma naturaleza nos enseña esto, porque vemos que no se contenta con el rocio que cae todas las noches sobre la tierra, sino que quiere que tambien á veces llueva toda una semana y dos sin cesar; y todo es menester para que asi quede la tierra tan empapada en agua, que no basten los soles y aires que despues hicieren para secarla. Pues asi tambien conviene que nuestras ánimas, demás del comun rocío de cada dia, tengan algunos tiempos señalados, en los cuales queden tan llenas de virtud y de jugo de devocion, que no basten las ocupaciones ni los vientos de las tentaciones y sucesos del mundo para secarlas. Y asi leemos de muchos Santos y prelados de la Iglesia (1) que, dejadas las ocupaciones y negocios, se recogian muchas veces por algun tiempo á lugares apartados para darse mas á la oracion y contemplacion. Del santo abad Arsenio se lee que tenia por costumbre tomar un dia en la semana para esto, y era el sábado, en el cual perseveraba desde la tarde hasta otro dia por la mañana en oracion.

Y no solamente para adelantarnos y crecer mas en virtud y perfeccion, sino para no volver atrás, es esto muy importante: porque es tanta la flaqueza y miseria del hombre, y la inclinacion que tenemos á lo malo, que aunque comencemos algunas veces con fervor nuestros ejercicios espirituales, luego vamos poco á poco aflojando y desdiciendo de aquel fervor con que comenzamos. Asi como el agua, por mucho que esté hirviendo, en apartándola del fuego, luego poco á poco se vuelve á su natural frialdad, asi nosotros luego nos volvemos á nuestra tibieza y flojedad, que parece la tenemos mas arraigada y connaturalizada que el agua la frialdad. "El sentido y pensamiento del corazon humano tienen inclinacion al mal desde su mocedad," dice el Espíritu Santo (2): "Porque es mala su nacion, añade en otra parte (3), y natural su malicia." Como somos de nada, volvemos á nuestra nada. Añádese á esto que andando tan ocupados como andamos unos con los

(1) Quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo. *Apoc. c.* III, 16.

(1) P. Francisco Arias, *p.* 2, *del aprovechamiento espiritual*; *trat.* 5, *de la oracion*, *cap. VII.*

(2) Sensus enim, et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. *Genes.* VIII, 21.

(3) Quoniam nequam est natio eorum, et naturalis malitia ipsorum. *Sapient.* XII, 10.

estudios, otros con sus ministerios, otros en oficios y ocupaciones esteriores, tenemos mas particular necesidad de esto, porque aunque las ocupaciones sean buenas y santas, asi como el cuchillo se embota con usarle cada dia, y de tiempo en tiempo es menester tornarle á afilar por habérsele gastado los filos y aceros, asi nosotros nos vamos embotando y descuidando de nuestro aprovechamiento por ayudar á los otros. Aun allá dicen los filósofos que «el que hace tambien padece y vá gastando de suyo (1).» Y cada uno esperimenta bien esto en sí. Pues por esto importa mucho el recojernos á tiempos, desembarazándonos de todas las demas ocupaciones para remediar este daño y reparar lo que se vá gastando cada dia, y cobrar nuevas fuerzas para pasar adelante, porque mas obligados estamos á nosotros que á nuestros prójimos, y la caridad bien ordenada, de sí mismo ha de comenzar.

Especialmente, que para el mismo fin de ayudar y aprovechar á los prójimos importa mucho esto. Porque cierta cosa es que del mayor aprovechamiento nuestro depende el mayor aprovechamiento de los prójimos, y asi no se pierde tiempo con los prójimos en lo que uno toma para sí, antes se gana: es como el dejar holgar las tierras un año para que den despues mas fruto; el P. Maestro Avila decia que era como el picar la piedra para moler. Y asi el andar uno muy ocupado, no solamente no es causa para dejar de hacer esto, sino antes cuanto uno anda mas ocupado, y está mas embarazado en ministerios y en negocios, tanto tiene mayor necesidad de acudir á este remedio. Los que andan navegando por la mar han menester acudir muchas veces al puerto á tomar refresco; asi los que andan embarcados en negocios y ocupaciones y ministerios con prójimos y en medio de tantos peligros y ocasiones, han menester acudir muchas veces al puerto de la soledad y recogimiento para tomar refresco y rehacerse y apercibirse de lo que han menester. En el sagrado Evangelio tenemos de esto un ejemplo muy bueno. Cuenta el Evangelista san Marcos qué andaban los Apóstoles muy ocupados en los ministerios con los prójimos, tanto que aun para comer apenas tenian lugar, segun era la multitud de gente que acudia á ellos: fueron á dar cuenta á Cristo Nuestro Redentor de lo que pasaba, y díceles: "Recojeos un poco á solas en el desierto (1)." Pues si los Apóstoles habian menester este descanso y recogimiento, y asi se lo aconsejó el Salvador del mundo, ¿cuánto mas lo habremos menester nosotros?

Dicen muy bien los que tratan de oracion, que lo que es el sueño para el cuerpo, es la oracion para el alma; y asi la Sagrada Escritura la llama sueño (2). Y declarando mas esto, dicen que, asi como el cuerpo descansa con el sueño corporal y cobra nuevas fuerzas, asi el alma descansa con este sueño de la oracion y cobra nuevos alientos para trabajar por Dios. Y mas; asi como un hombre aunque coma muy buenos manjares, si no tiene el reposo de sueño necesario anda flaco y enfermo y aun á peligro de perder el juicio, asi tambien el que anduviere muy ocupado en obras esteriores, por buenas y santas que sean, si le falta el sueño y reposo necesario de la oracion, andará flaco y enfermo en el espíritu y á peligro de perderse. Y por eso dice el Esposo "que no despierten á su amada hasta que ella quiera (3)." Cuando

(1) Omne agens agendo repatitur.

(1) "Venite seorsum in desertum locum, et requiescite pusillum. *Marc.* VI, 31.

(2) Ego dormio et cor meum vigilat. *Cant.* V, 2.

(3) Adjuro vos filiae Jerusalem ne suscitetis neque evigilare faciatis dilectam donec ipsa velit. *Cant.* VIII, 4.

del sueño despierta uno por ruido que le hacen, es cosa desabrida; pero cuando despierta por estar ya satisfecho el cuerpo, y haberse gastado los humos que suben al cerebro, es cosa mas apacible; pues asi el alma quiere Dios que nada la turbe ni impida su oracion, sino que cuando hubiere estado lo necesario, entonces ella despierte y se emplee en obras de caridad, porque de esta manera se harán ellas bien.

Aunque para todos y en todo tiempo es de mucha importancia el recogernos á estos ejercicios espirituales y darnos mas tiempo á la oracion, y mientras mas lo usáremos, mejor; pero particularmente en algunas coyunturas y ocasiones es esto mas necesario, como cuando uno ve que se va entibiando y aflojando en los ejercicios espirituales de oracion, exámenes, leccion espiritual, que ya no los hace como debe, ni saca de ellos el fruto que es razon; cuando ve que anda flojo y descuidado en la observancia de las reglas y que no repara ya en cosas pequeñas; cuando le parece que no anda en espíritu, sino muy esterior y muy llevado de las cosas y negocios que trata. Tambien cuando uno ve que no acaba de vencerse y mortificarse en alguna cosa, de que tiene necesidad, es muy bueno recogerse algunos dias á estos ejercicios para acabarse de resolver y vencer, porque podrá ser que en una temporada de estas alcance mas gracia del Señor y mas fortaleza para mortificarse y alcanzar victoria de sí mismo que con el trabajo ordinario de muchos dias. Muchas veces acontece que anda uno cojeando, cae y levanta, y con unos ejercicios de estos queda desengañado y enterado y resuelto en lo que le conviene, y muda estilo y toma otro modo de proceder; porque al fin, el estar uno tanto tiempo á solas tratando consigo y con Dios, es gran disposicion para que el Señor le hable al corazon y le haga muchas mercedes. "Levántase uno sobre sí, dice la Escritura (1), y hácese otro." Y asi vemos mudanzas estraordinarias por este medio; porque "no está abreviada la mano del Señor (2)." Nunca habemos de desconfiar, sino hacer siempre lo que es de nuestra parte: ¿qué sabeis lo que Dios obrará en vuestra alma, mediante esta disposicion? Podrá ser que tenga Dios librado vuestro aprovechamiento y vuestra perfeccion en uno de estos ejercicios. Fuera de esto, despues de algunos caminos largos ó algunos negocios y ocupaciones de mucho distraimiento, parece tan importante este recogimiento, como el regalo y buen tratamiento del cuerpo despues de una larga enfermedad, para que pueda uno volver sobre sí y restaurar lo que hubiere perdido. Y por la misma razon es tambien muy bueno el prevenirse con unos ejercicios, cuando alguno se ha de ocupar en semejantes ocupaciones, para hacer las cosas con mas espíritu y sin detrimento suyo. La medicina preservativa es mejor que la que cura despues la enfermedad. Y por esto encomienda nuestro Padre á todos los superiores que, antes de comenzar su oficio, se recojan primero á hacer algunos dias de ejercicios. Y lo mismo es bueno hacer cuando uno ha de ir á alguna mision larga, de lo cual nos dió ejemplo Cristo nuestro Redentor (3) que, antes de comenzar á predicar, se recogió cuarenta dias al desierto. Tambien el tiempo de tribulaciones y trabajos, asi propios y particulares como generales de toda la Iglesia ó toda la Religion, es muy buena ocasion para esto, porque añadir mas oracion y mas penitencia y mortificacion siempre ha sido medio muy usado en la Iglesia para aplacar á Dios y alcanzar misericordia de él.

Todas estas son muy buenas ocasiones

(1) Sedebit solitarius, et tacebit, quia levavit super se. *Trenor.* III, 28.

(2) Et non est abbreviata manus Domini. *Isai.* LIX, 1.

(3) *Matth.* IV, 1.

para recogerse uno á estos ejercicios. Pero no es menester andar á buscar ocasiones; nuestra propia necesidad é interese nos ha de solicitar á desear y procurar esto muchas veces; y á lo menos no se nos deberia pasar año ninguno sin tomar estas vacaciones espirituales. Y cuando esto se hiciere ha de ser muy de veras y de corazon, porque una cosa de tanta sustancia como esta, en ninguna manera se ha de hacer por ceremonia ni por cumplimiento ó bien parecer. El Señor ha dado este medio muy particularmente á la Compañía, no solamente para nuestro propio aprovechamiento, sino tambien para ayudar y aprovechar á nuestros prójimos; y asi, en las Bulas de nuestro Instituto se pone este por uno de los principales medios que la Compañía tiene para ayudar á los prójimos. Y esta es otra razon muy principal por la cual quiere tambien nuestro Padre que nosotros tengamos mucho uso de estos ejercicios, y nos la pone en las Constituciones y en las reglas de los sacerdotes: «Para que estemos muy diestros en este género de armas tan provechoso para ganar á otros (1).» Por este medio ganó nuestro Señor á nuestro bienaventurado P. S. Ignacio; por este medio ganó á sus compañeros; por este medio se han ganado despues acá otros muchos, asi de dentro como de fuera de la Compañía; y en los unos y en los otros habemos visto que concurre el Señor con maravillosos efectos; al fin, como con medio dado tan particularmente de su mano; y asi habemos de tener gran confianza que por él nos ayudará tambien á nosotros y nos hará muchas mercedes.

Añado á lo dicho otra cosa muy principal, que nos debe ayudar y animar mucho á esto, que es el singular favor y gracia que la Santidad de Paulo V ha hecho en este particular á todos los religiosos en la Bula ó Constitucion que espidió en veinte y tres de mayo del año de mil seiscientos seis, y primero de su pontificado, declarando las indulgencias de que gozan los religiosos, donde concede indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados á todos los religiosos, de cualquier órden que sean, que por espacio de diez dias se recogieren á hacer estos ejercicios espirituales, por cada vez que esto hicieren. En lo cual se verá bien la estima en que su Santidad tiene este negocio, y en la que nosotros le debemos tener. Y para mayor consuelo de todos pondremos aqui las mismas palabras del Pontífice, en latin y en romance, que son las siguientes (1): «Iten, á todos aquellos que con licencia de sus superiores, apartados de negocios y recogidos en la celda, ó apartados del trato y conversacion de los demas, por diez dias, se ejercitaren en leccion de libros pios y otras cosas espirituales que llevan el corazon á espíritu y devocion, añadiendo muchas veces consideraciones y meditaciones de los misterios de la fé católica, de los beneficios divinos, de los cuatro novísimos, de la Pasion de Jesucristo Nuestro Señor, y otros ejercicios de oraciones jacu-

(1) Ut in hoc armorum spiritualium genere tractando, quod Dei gratia ad ipsius obsequium tantopere conferre cernitur, dexteritatem habere possint. 4. *p. const. cap.* 8. § 5; *Regul.* 7 *sacerdotum.*

(1) Iis vero, qui de suorum superiorum licentia a negotiis per decem dies alieni in cella commorabuntur, aut ab aliorum conversatione separati, in piorum librorum, et aliarum rerum spiritualium animos ad devotionem, et spiritum inducentium, lectionibus, operam suam dederint; addendo saepe considerationes, et meditationes mysteriorum fidei catolicae, divinorum beneficiorum, quatuor novissimorum, Passionis Domini nostri Jesu Christi, et aliorum exercitiorum, orationum jaculatoriarum, aut vocalium; saltem per duas horas in diem et noctem, orationibus mentalibus se exercendo; faciendo eodem tempore confessionem generalem, aut annualem, vel ordinariam, Sanctissimum Eucharistiae Sacramentum sumpserint, aut Missam celebraverint; quoties pro quolibet praedictorum exercitiorum plenariam similiter omnium peccatorum suorum indulgentiam, et remissionem misericorditer in Domino concedimus.

latorias ó vocales, ejercitándose en oracion mental á lo menos dos horas cada dia, haciendo en el dicho tiempo confesion general ó anual ú ordinaria, y recibiendo el Santísimo Sacramento de la Eucaristía ó diciendo misa; todas las veces que hicieren los sobredichos ejercicios, por cada vez les concedemos misericordiosamente en el Señor indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados.»

CAPITULO XXVI.

Del fruto que habemos de sacar cuando nos recogemos á estos ejercicios.

En tres cosas principalmente habemos de poner los ojos para sacarlas de los ejercicios. La primera, es rehacernos en estas cosas ordinarias que cada dia hacemos y perfeccionarnos en ellas, porque todo nuestro aprovechamiento y perfeccion está en hacer estas cosas ordinarias bien hechas, como dijimos en su lugar (1). No piense nadie que el hacer los ejercicios es solamente para estarse allí recogido ocho ó quince dias, teniendo mucho tiempo de oracion; no es sino para que salga de allí acostumbrado á tener mejor su oracion y á guardar las adiciones y documentos que se dan para tenerla bien, y á hacer bien sus exámenes y decir y oir bien la misa y oficio divino, y tener con fruto la leccion espiritual, y así de todo lo demas: para eso se desocupa uno por este tiempo de las demas ocupaciones para actuarse y ejercitarse en hacer esas cosas bien, para que así salga renovado y acostumbrado á hacerlas despues de esa manera. Y así dice nuestro Padre (2) que todo el tiempo que duraren los ejercicios, que cuando se hacen enteramente suele ser por espacio de un mes, se traiga el exámen particular sobre la guarda de las adiciones, y sobre hacer con diligencia y exaccion los ejercicios espirituales, notando las faltas que acerca de lo uno y de lo otro se hicieren para que quede uno habituado y acostumbrado á hacer de ahí adelante muy bien todas esas cosas. Y repite esto muchas veces, como quien entendia bien el provecho grande que hay en ello. Y no solamente en los ejercicios espirituales, que es lo principal y lo que ha de dar fuerza y espíritu á todo lo demas, sino en todos los ejercicios y ocupaciones esteriores ha de salir uno aprovechado de los ejercicios, sacando de ellos aliento para hacer de ahí adelante mejor su oficio y sus ministerios y guardar mejor sus reglas. De manera que no es el fruto de los ejercicios para aquellos dias, sino para despues principalmente; y así, cuando saliere uno de los ejercicios, se ha de ver el provecho de ellos en las obras.

La segunda cosa que habemos de procurar sacar de los ejercicios, es vencernos y mortificarnos en algunos siniestros é imperfecciones que tenemos. Ponga cada uno los ojos en aquellas cosas en que suele tropezar mas ordinariamente, ó ser causa que otros tropiecen ofendiéndose y desedificándose de ellas, y procure salir de los ejercicios enmendado en eso, y entonces habrá hecho muy buenos ejercicios, porque para esto son ellos particularmente y ese es su fin. Y así, el título que pone nuestro Padre en los ejercicios, en nuestro romance castellano, es este: «Meditaciones espirituales »para vencerse el hombre á sí mismo y or»denar su vida y afectos en mayor servicio »de Dios nuestro Señor.» De manera que há uno de procurar salir de los ejercicios mudado y "trocado en otro hombre," como dijo Samuel á Saul (1); "en varon per-

(1) Trat. 2., c. 1 y 2.
(2) Ignat. *lib. exerc. spir. in addit. primae hebdom., notab.* 4; *et in* 2 *hebdom., die* 5; *et hebdom.* 3, *notab.* 4, *post* 2 *contempl.*

(1) Et mutaberis in virum alium. 1 *Reg.* X, 6.

fecto," que dice San Pablo (1); que se eche de ver despues en las obras que ha hecho ejercicios; que si antes era amigo de parlar y de perder tiempo se vea que ya es amigo del silencio y del recogimiento; si antes era amigo del regalo y de sus comodidades, se eche de ver que ya es amigo de la mortificacion y penitencia; si antes hablaba palabras mortificativas, que de ahí adelante no las hable; si antes andaba flojo y descuidado en la guarda de las reglas y no hacia caso de cosas pocas, que ya de ahí adelante sea muy obediente y muy puntual, y haga caso de cosas muy pequeñas y menudas, y que con la gracia del Señor no haga falta ninguna de propósito: porque si uno se ha de quedar con los mismos siniestros y faltas, y ha de salir el mismo que antes era, ¿de qué sirven los ejercicios?

San Ambrosio cuenta (2) de un mancebo una cosa que, pues él la dice, tambien la podremos nosotros decir. Habia sido perdido; ofrecióselo un camino largo, y en aquel tiempo mudó sus propósitos, y volviendo despues á la ciudad encontróse con su antigua compañía, y pasaba de largo sin hacer caso de ello; ella maravillada y pensando que no la habia conocido, llegóse á él y díjole: «yo soy aquella»; respondió él: «pues yo no soy aquel»; venia trocado y era otro. De esta manera nos habemos de trocar y mudar nosotros, que podamos decir con el Apóstol: "Vivo yo, ya no yo;" ya no vive aquel que vivia antiguamente en la ley, aquel que perseguia la Iglesia, sino "Cristo es el que vive en mí (3)." Y esto dice San Ambrosio que es lo que dijo Cristo nuestro Redentor en aquellas palabras: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo (1)." Aquel, dice, se niega á sí mismo que se muda en otro hombre y procura no ser ya el que ser solia. De nuestro P. S. Francisco de Borja se cuenta en su vida (2) que, despues que llevó el cuerpo de la emperatriz á Granada, donde el Señor le dió grande luz y desengaño de la vanidad del mundo con aquel espectáculo de la muerte que tenia presente, tornando á la córte, dice, que le parecia que hallaba la córte trocada, y era que se habia él trocado y mudado con el conocimiento y desengaño que Dios le habia dado. Pues de esta manera habemos nosotros de salir de los ejercicios con la nueva luz y desengaño que el Señor en ellos suele comunicar.

Lo tercero en que habemos de poner los ojos para sacarlo de los ejercicios, que se sigue de lo pasado, es en alcanzar alguna virtud ó alguna cosa de perfeccion, particularmente aquello de que tenemos mas necesidad, porque para eso es desarraigar los vicios, para plantar las virtudes. «Dos cosas, dice aquel Santo (3), ayudan mucho para aprovechar. La una desviarse uno con esfuerzo de aquello á que le inclina su naturaleza viciosamente (que es la pasada). La otra trabajar con fervor por la virtud que mas nos falta,» que es esta tercera. Y asi el Directorio de los ejercicios (4), tratando del modo que habemos de tener nosotros cuando nos recogemos á ellos, advierte que no se nos ha de ir todo en la primera semana; para eso, dice, bastan dos ó tres dias, para que haya lugar de pasar á otras meditaciones de donde saquemos mas perfeccion. Y entre otras que pone allí para esto, es que tomemos de cuando en

(1) In virum perfectum. *Ad Ephes.* IV, 13.
(2) Ambrosius, *lib.* 2 *de poenitentia, c.* 10.
(3) Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus. *Ad Galatas* II, 20.—*Hieron. super haec verba.*

(1) Si quis vult post me venire, abneget semetipsum. *Matth.* XVI, 24, *et Luc.* IX, 23.
(2) Lib. I, cap. 8 *vitae P. S. Francisci de Borja.*
(3) Thomas de Kempis.
(4) *Directorium exercitiorum spiritualium, c.* 6.

cuando algunas reglas principales en que parece que está toda la perfeccion que podemos desear, como aquella que dice que (1), «como los mundanos aman y buscan con tanta diligencia honras, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, asi nosotros amemos y deseemos intensamente lo contrario.» Tomad á pechos en unos ejercicios alcanzar esta perfeccion y llegar á este grado de humildad, que os holgueis tanto con los desprecios y afrentas, y con las injurias y falsos testimonios, como se huelgan los mundanos con la honra y estimacion, y quedareis con eso señor de muchos debates é impertinencias que se nos suelen ofrecer de ser tenidos y estimados, al uno en sus letras, al otro en su oficio, al otro en los ministerios y negocios que trata, que inquietan é impiden mucho el aprovechamiento espiritual. Tomad otra vez á pechos aquella regla que dice: «Pretendan todos en todas cosas puramente servir y complacer á la divina bondad por sí misma y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, mas que por temor de penas ni esperanzas de premios (2).» Procurad llegar á esta pureza de intencion, que no busqueis vuestro interés en cosa alguna, ni en lo poco, ni en lo mucho, ni en lo temporal, ni en lo eterno, sino que en todo deseeis puramente la voluntad y gloria de Dios, y que ese sea vuestro contento, olvidándoos de vos mismo y de todo vuestro provecho y comodidad. Tomad otra vez á pechos alcanzar una perfectísima conformidad con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas que se os ofrecieren, asi grandes como pequeñas, de cualquier manera y por cualquier via ó medio que vengan, como venidas de la mano de Dios. En estas y otras cosas semejantes de perfeccion habemos de poner los ojos cuando nos recogemos á ejercicios, y no parar hasta alcanzarlas.

(1) Reg. 11, *summarii constitutionum.*
(2) Reg. 17. *summ.*

CAPITULO XXVII.

De algunos avisos que nos ayudarán para aprovecharnos mas de estos ejercicios.

Para aprovecharnos mas de estos ejercicios espirituales y sacar de ellos el fruto que habemos dicho, se debe advertir, lo primero, que, asi como dijimos arriba (1) que cuando va uno á la oracion no solamente ha de llevar prevenidos los puntos que ha de meditar en la oracion, sino tambien el fruto que ha de sacar de ella: asi tambien el que ha de hacer los ejercicios, ha de llevar prevenido en particular lo que ha de sacar de ellos, de esta manera: que antes que se recoja á ellos, ha de mirar y tratar consigo mismo muy despacio y con mucha atencion, ¿qué es la mayor necesidad espiritual que yo tengo? ¿qué es aquello á que mi naturaleza viciosa, ó mis pasiones, ó mi mala costumbre mas me inclina? ¿qué es lo que hace mas guerra á mi ánima? ¿qué hay en mí, en que se puedan ofender y desedificar mis hermanos? Y eso es lo que ha de llevar delante de los ojos para sacarlo de los ejercicios y para resolverse con efecto de enmendarlo. Esta es muy buena preparacion para entrar en ejercicios. Y asi, es menester advertir que, cuando uno se recoge á hacer ejercicios, no ha de poner los ojos en que ha de tener muy alta oracion, ni pensar que por recogerse y encerrarse ha de tener luego entrada con Dios y mucha quietud y atencion, que podrá ser que tenga mas distracciones y mas inquietud y tentaciones que cuando andaba en los oficios y ministerios, sino ha de poner los ojos en sacar de ellos lo que habemos dicho y resolverse en ello muy de veras. Y si en-

(1) Cap. XIV.

to saca tendrá buenos ejercicios, aunque no tenga aquella devocion que deseaba; y si esto no saca, aunque desde el principio hasta el cabo se derrita en lágrimas y devocion, no habrá tenido buenos ejercicios, porque no es ese el fin de ellos, sino esotro.

Ayudará tambien mucho aquel aviso que nuestro Padre nos dá (1) y quiere que guardemos siempre en la oracion, que despues que haya acabado uno su hora de oracion, por espacio de un cuarto de hora ó cerca, sentado ó paseándose, haga exámen de la oracion y se tome cuenta cómo le ha ido en ella, y si le ha ido mal, mire la causa de donde procedió; mire si llevaba bien preparado el ejercicio, si dió lugar á otros pensamientos impertinentes, si se dejó vencer del sueño, si se detuvo demasiado en la especulacion del entendimiento, si estuvo en la oracion con el corazon caido y remiso, si no procuró de ejercitar los afectos de la voluntad, si no tuvo la intencion tan pura como era razon, buscando mas su consuelo que el beneplácito divino. Y si hallare haber faltado, arrepiéntase de ello y proponga la enmienda para adelante; y si le ha ido bien, dará gracias á Dios nuestro Señor, procurando de haberse de la misma manera en las demas oraciones. Este documento es de mucha importancia. Lo primero, porque con este exámen y reflexion que uno hace, de cómo le ha ido en la oracion, toma esperiencia por donde le va mal, para quitarlo, y por donde le vá bien, para seguirlo: con lo cual se alcanza la discrecion espiritual y el magisterio que nace de la ciencia esperimental. Por esto nuestro Padre (2) estima en mucho este exámen y reflexion para sacar maestros, no solo en esto, sino tambien en otros ejercicios y ministerios nuestros. Y asi, en la cuarta parte de las constituciones, dice que le ayudará mucho al confesor, para hacer bien su oficio, despues que ha oido alguna confesion, hacer reflexion para ver y considerar si ha hecho alguna falta en aquella confesion, especialmente á los principios, para enmendarse otra vez, y de sus yerros sacar aciertos. Pues para esto se hace tambien este exámen de la oracion, y esto es lo primero que habemos de hacer en él. Es de tanta estima la oracion, é impórtanos tanto el acostumbrarnos á hacerla bien, y el ir quitando las faltas que en ella hacemos, que no se contentó nuestro Padre en esto con el exámen que cada dia acostumbramos á medio dia y á la noche, sino luego inmediatamente, en acabando de tener la oracion, quiere que hagamos exámen de ella. Lo segundo que ha de hacer uno en este exámen, y muy principal, ha de ser mirar qué es el fruto que ha sacado de aquella oracion y tornarse á actuar de nuevo en él; como cuando uno repite la leccion y saca en limpio las conclusiones y verdades y hace como un epílogo de ellas. Y háse de tener por de tanta importancia este exámen, que cuando uno no tuviese tiempo para hacerle despues de la oracion, le debe hacer en la misma oracion al fin de ella.

Podemos añadir aqui otro punto, y es, que será muy buen consejo apuntar uno lo que saca de la oracion, escribiendo, no á la larga, sino brevemente, los deseos y propósitos que saca de ella, y tambien algunas verdades ó ilustraciones, ó desengaños, que el Señor suele allí dar, unas veces acerca de algunas virtudes, otras acerca de los mismos misterios que se meditan. Y así leemos que lo usaron nuestros primeros Padres, nuestro P. S. Ignacio, el P. Pedro Fabro; y tenemos algunas cosas suyas que escribieron de esto. Y el P. S.

(1) S. P. N. Ignac. *lib. exercit. spirit. in addition. 1. hebdom. additione 3.*

(2) *4. p. const. cap. 8. litera. D.*

Francisco Javier aconsejaba tambien lo mismo, como leemos en su vida (1). Y en el Directorio de los ejercicios se nos pone tambien este aviso (2). Y nuestro Padre general Claudio Aquaviva en las industrias que escribió tratando de la oracion encomienda esto (3). Y fuera de que con esto se perfeccionan mas los propósitos y deseos, y se arraigan mas en el corazon, tenemos esperiencia que se aprovecha uno mucho despues de leer estas cosas, porque como han sido propias y las ha unó sentido como tales, muévenle despues mas que otras, y cuando vé que despues no llega á aquello, confúndese de que no es tal cual entonces era, y que en lugar de ir adelante vuelve atrás. De manera que, ó se anima á llevar adelante aquello, ó á lo menos suple con confusion lo que le falta de perfeccion, y así siempre suele ser esto de mucho provecho; pero particularmente lo es en tiempo de ejercicios.

CAPITULO XXVIII.

De la leccion espiritual, cuán importante sea, y de algunos medios que nos ayudarán á tenerla bien y provechosamente.

La leccion es hermana de la oracion y grande ayudadora de ella; y así aconseja el Apóstol San Pablo á su discípulo Timoteo que atienda á ella (4). Es de tanta importancia esta leccion espiritual para el que trata de servir á Dios que dice San Atanasio, en una exhortacion que hace á los religiosos: «No vereis á nadie que trate de veras de su aprovechamiento que no sea dado á la leccion espiritual, y el que la dejare, presto se le echará de ver en su aprovechamiento (1).» S. Gerónimo, en la Epístola *ad Eustockium*, encomendándole mucho que se diese á esta sagrada leccion, dice: «Tómete el sueño leyendo, y cuando vencido del sueño cabeceares, caiga tu cabeza sobre el Libro Santo (2).» Todos los Santos encomiendan mucho esta leccion espiritual. Y la esperiencia nos muestra bien de cuánto provecho sea, pues tenemos llenas las historias de conversiones grandes que el Señor ha obrado por este camino.

Por ser esta leccion un medio tan principal y tan importante para nuestro aprovechamiento, los instituidores de las religiones, fundados en la doctrina del Apóstol, y en la autoridad y esperiencia de los Santos, vinieron á ordenar que sus religiosos tuviesen cada dia leccion espiritual; del bienaventurado San Benito dice Umberto (3) que ordenó que cada dia hubiese tiempo señalado para esta leccion y juntamente ordenó que en el tiempo de ella dos de los monges mas antiguos anduviesen visitando el monasterio á ver si alguno la dejaba ó impedia á los otros. Por donde se verá cuánto caso hacia de ella; y de camino tambien se entenderá que estas visitas que se usan hacer acá en la Religion cada dia en los ejercicios espirituales, están fundadas en la doctrina y esperiencia de los Santos antiguos. Y por la primera y segunda vez mandaba el Santo que el tal fuese corregido blandamente; pero si no se enmendaba, que le corrigiesen y diesen penitencia de tal manera que los demas temiesen y escarmentasen. En la Compañía tenemos regla de esta leccion espiritual que dice: «Todos cada dia dos veces den el tiempo que les fuere señalado al exámen de su

(1) Lib. 6, c. 13, *vitae P. Franc. Xavier.*
(2) Cap. 2 et 4, *Directorii exercitiorum spiritualium.*
(3) Claudius Aquaviva *in industr. ad curandos animae morbos c.* ...
(4) Attende lectioni. *I ad Tim.* IV, 13.

(1) Sine legendi studio, neminem ad Deum intentum videas!
(2) Tenenti codicem somnus obrepat, et cadentem faciem pagina sancta suscipiat.
(3) Umberto in prologo.

conciencia y á la oracion, meditacion y leccion, con toda diligencia en el Señor (1).» Y el superior y el prefecto de las cosas espirituales tienen cuidado que cada uno depute siempre algun tiempo para esto. Y generalmente es este un medio muy usado de todos los que tratan de virtud y perfeccion; y asi, para que todos le ejerciten con mas fruto, diremos aqui algunas cosas que ayudarán para ello.

San Ambrosio, exhortando á que todo el tiempo que pudiéramos nos demos á la oracion y á la leccion espiritual, dice: «¿Por qué el tiempo que teneis desocupado no lo empleais en leccion ó en oracion? ¿Por qué no os vais á visitar á Cristo nuestro Señor, y á hablar con él y oirle? Porque cuando oramos, dice, hablamos con Dios y cuando leemos oimos á Dios (2).» Pues sea este el primer medio para aprovecharnos de la leccion espiritual, que hagamos cuenta que Dios está hablando con nosotros y nos dice aquello que alli leemos.

San Agustin (3) pone tambien este medio: «Cuando leyeres, has de hacer cuenta que Dios te está diciendo aquello que lees, no solo para que lo sepas, sino para que lo cumplas y pongas por obra.»

Y añade otra consideracion muy buena y devota: «¿Sabeis, dice (4), cómo habemos de leer las Santas Escrituras? como quien lee unas cartas que le han venido de su tierra;» á ver qué nuevas tenemos del cielo, qué nos dicen de allá de nuestra patria, donde tenemos á nuestros padres y hermanos, y á nuestros amigos y conocidos, y á donde estamos deseando y suspirando por ir.

San Gregorio, tratando de esto, dice (1) que la Sagrada Escritura, y lo mismo podemos entender de cualquiera otra leccion espiritual, es como ponernos un espejo delante de los ojos del alma para que en él veamos nuestro interior, porque ahí conocemos y echamos de ver lo bueno y lo malo que tenemos, y cuánto aprovechamos ó cuán lejos vamos de la perfeccion. Y cuéntansenos allí algunas veces los hechos admirables de los Santos para animarnos á imitarlos y para que, viendo sus grandes victorias y triunfos, no desmayemos en las tentaciones y trabajos. Y otras veces no solo se cuentan sus virtudes, sino tambien sus caidas, para que con lo uno sepamos lo que habemos de imitar, y con lo otro lo que habemos de temer. Y asi se nos pone delante, unas veces un Job, que creció, como espuma, con la tentacion, y otras veces un David, que fué derribado con ella; para que aquello nos anime y dé confianza en medio de las tribulaciones, y esto otro nos haga humildes y temerosos en medio de las prosperidades y consolaciones, y nos haga nunca fiar ni asegurarnos de nosotros mismos, sino andar siempre con grande cautela y recato. Y asi dice San Agustin: «Entonces usas muy bien de la leccion de las Escrituras Santas, cuando la tomas como espejo en que se mira tu ánima, procurando de corregir y quitar lo feo y malo que allí se reprende, y adornarla y hermosearla con los ejemplos y virtudes que alli lees (2).»

Pero descendiendo mas en particular al modo que habemos de tener en esto, se ha de notar que para que esta leccion sea pro-

---

(1) Regul. 1, *commun.*

(2) Cur non illa tempora, quibus ab Ecclesia vacas, lectioni impendas? Cur non Christum revisas, Christum alloquaris, Christum audias? Illum alloquimur, cum oramus; illum audimus, cum divina legimus oracula. *Ambros. l. 1 officior. c. 20.*

(3) Ita Scripturas Sanctas lege, ut semper memineris Dei illa verba esse, qui legem suam non solum sciri, sed etiam impleri jubet. *August. Epist. 143 ad Demetriad. virginem.*

(4) Divinae Scripturae quasi litterae de patria nostra sunt. *August. serm. 56, ad fratr. in eremo.*

(1) Greg. *lib. 3, cap. 1.*

(2) Optime uteris lectione Divina si tibi eam adhibeas speculi vice, ut ibi velut ad imaginem suam anima respiciat, et vel foeda quaeque corrigat, vel pulchra plus ornet. *Agustin. Epist. 143, ad virginem Demetriadem.*

vechosa, no ha de ser apresurada ni de corrida como quien lee historia, sino muy sosegada y atenta; porque asi como el agua recia y el turbion no cala ni fertiliza la tierra, sino la mollizna mansa, asi para que la leccion éntre y se embeba mas en el corazon, es menester que el modo de leer sea con pausa y con ponderacion. Y es bueno, cuando hallamos algun paso devoto, detenernos en él un poco mas y hacer allí una como estacion, pensando lo que se ha leido, procurando de mover y aficionar la voluntad al modo que lo hacemos en la meditacion, aunque en la meditacion se hace eso mas despacio, deteniéndonos mas en las cosas y rumiándolas y digiriéndolas mas; pero tambien se debe hacer esto en su modo en la leccion espiritual. Y asi lo aconsejan los Santos (1), y dicen que la leccion espiritual ha de ser como el beber de la gallina, que bebe un poco y luego levanta la cabeza, y torna á beber otro poco, y torna á levantar la cabeza.

En lo cual se vé cuán hermana y compañera sea la leccion de la oracion. Eslo tanto que, cuando queremos poner de nuevo á alguno en oracion mental y nos queremos ir poco á poco con él, por pedirlo asi la disposicion de la persona, le aconsejamos primero que lea algunos libros devotos, yendo en la leccion haciendo sus estaciones y paradas de la manera que habemos dicho, porque por aqui les suele muchas veces el Señor levantar al ejercicio de la oracion mental. Y tambien á otros cuando no pueden entrar en la oracion ni les parece que pueden hacer nada en ella, les suelen aconsejar que tomen algun buen libro y junten en uno la oracion con la leccion, leyendo un poco y meditando y teniendo oracion sobre ello, y luego otro poco; porque de esta manera, yendo asi atado el entendimiento á las palabras de la leccion, no tiene tanto lugar para derramarse en diversas imaginaciones y pensamientos como cuando está libre y suelto. De manera que en la leccion podemos tambien tener oracion.

Por esto los Santos encomiendan tanto la leccion espiritual, que dicen de ella casi las mismas alabanzas y bienes que de la oracion. Porque dicen que es manjar espiritual del alma, que la hace fuerte y constante contra las tentaciones; que cria en ella buenos pensamientos y deseos del cielo; que da luz á nuestro entendimiento; que inflama y enciende nuestra voluntad; que quita las tristezas del siglo y causa una alegría verdadera, espiritual y segun Dios; y otras cosas semejantes.

El bienaventurado San Bernardo da otra advertencia para aprovecharnos de la leccion espiritual. Dice: «El que se llega á leer, no busque tanto el saber cuanto el sabor y gusto de la voluntad (1);» porque solo el saber del entendimiento es cosa seca si no se aplica á la voluntad, de manera que se vaya cebando el afecto y conservando la devocion, que es lo que hace jugosa y fructuosa la leccion y es el fin de ella. Esta es una advertencia muy principal, porque hay mucha diferencia de leer para saber, y de leer para aprovecharse; de leer para otros ó para sí: porque lo primero es estudiar, y lo segundo leccion espiritual. Y asi, si cuando leeis poneis los ojos en saber cosas ó en sacar qué poder despues predicar y decir á otros, este será estudio para otros, y no leccion espiritual para vuestro

(1) *Bern. Epist. seu Tract. ad fratr. de Monte Dei*: Hauriendus est saepe de lectionis serie affectus, et formanda oratio, quae lectionem interrumpat, et non tam impediat, interrumpendo, quam puriorem continuo animum ad intelligentiam lectionis restituat. *Et in spech. Monach*: Nec semper ad oratorium est eundum, sed in ipsa lectione poterit contemplari et orare.—Idem S. Ephren *serm.* 7.—Crisost. *hom.* 20, *super Genesin.*—August. *serm.* 38 *ad fratr. in erem.*

(1) Si ad legendum accedat, non tam quaerat scientiam quam saporem. *Bernard. n speculo Monachorum.*

aprovechamiento. Para aquello hay otros tiempos: "Cada cosa tiene su tiempo (1)." El tiempo de la leccion espiritual no es para eso, sino para lo que habemos dicho.

Tambien encomiendan aqui los Santos (2), por la misma razon, que no lea uno de cada vez muchas cosas ni pase muchas hojas, porque no canse el espíritu con la prolija leccion, en lugar de recrearle; que es otro aviso muy bueno y muy necesario para algunos que parece ponen su felicidad en leer mucho y pasar muchos libros. Asi como no sustenta el cuerpo el mucho comer, sino la buena digestion de lo que se ha comido, asi tampoco sustenta al alma el leer mucho, sino el rumiar y dijerir bien lo que se leyere. Por la misma causa dicen tambien que la leccion espiritual no ha de ser de cosas dificultosas, sino de cosas llanas y mas devotas que difíciles, porque las difíciles suelen fatigar y secar la devocion. Hugo de Santo Victor trae un ejemplo de un siervo de Dios que por revelacion fué amonestado que dejase la leccion de estas cosas y leyese las vidas y martirios de los Santos y otras cosas llanas y devotas, con lo cual aprovechó mucho (3).

Dice mas San Bernardo: « Siempre de lo que leemos habemos de guardar algo en la memoria para rumiarlo y digerirlo despues mejor, especialmente lo que vemos que nos podrá ayudar mas á lo que habemos menester, y para andar pensando entre dia en cosas buenas y santas, y no en cosas impertinentes y vanas (4). » Asi como no comemos el manjar corporal para gastar aquel espacio de tiempo en eso, sino para que en virtud de aquel mantenimiento que entonces tomamos podamos trabajar todo el dia y toda la vida; asi tambien la leccion, que es manjar y mantenimiento espiritual de nuestra ánima, porque son palabras de Dios, no es solamente para gastar bien aquel tiempo que leemos, sino para aprovecharnos de ella despues entre dia. Tambien será muy bueno y nos ayudará mucho para todo, antes que comencemos á leer, levantar el corazon á Dios y pedirle gracia para que sea con provecho y que se nos vaya embebiendo y arraigando en el corazon lo que leyéremos, y quedemos mas aficionados á la virtud, y mas desengañados y resueltos en lo que nos conviene. Y asi leemos del bienaventurado San Gregorio que antes de la leccion se preparaba siempre con oracion, y solia decir aquel verso: "Apartaos de mí, espíritus malignos, y consideraré la Ley y Mandamientos de mi Dios (1)."

Para que estimemos mas esta leccion y nos animemos mas á ella, van comparando los Santos la leccion espiritual con el oir la palabra de Dios. Y dicen que, aunque la leccion no tiene la energía que tiene la viva voz, tiene otras comodidades que no tienen los sermones: porque lo primero, al predicador no le puede uno haber tan á la mano y á todos tiempos como al libro bueno; lo segundo, lo bien dicho en un predicador pasáseme de largo, y asi no hace tanto efecto en mí; pero lo bien dicho en un libro, puedo revolver sobre ello una y muchas veces, rumiarlo y ponderarlo, y asi hacer mayor presa en ello; lo tercero, en el buen libro tengo un consejero bueno y libre, porque como dijo bien el otro filósofo (2), lo

(1) Omnia tempus habent. *Ecc.* III, 1.

(2) Diffusa etiam lectio scripturae fatigat, non reficit interiorem animum, frangit intentionem, hebetat sensum vel ingenium. *Bernard. Epist. ad fratres de monte Dei.—S. Ephren. serm.* 7.

(3) Hugo de Sancto Victore, *lib.* 5 *eruditionis didascalicae, c.* 7.

(4) Sed, et de quotidiana lectione, aliquid quotidie in ventrem memoriae dimittendum est, quod fidelius digeratur; et rursus revocatum, crebrius ruminetur quod proposito conveniat, quod intentioni proficiat, quod detineat animum, ut aliena cogitare non libeat. *Bernard. Epist. seu tract. ad fratr. de monte Dei.*

(1) Declinate a me maligni, et scrutabor mandata Dei mei. *Ps.* CXVIII, 115.

(2) Demetrio Falerio.

que no me osa á veces decir el amigo ó el consejero, me lo dice el libro sin miedo, avisándome de mis vicios y defectos, y riñéndome y exhortándome; lo cuarto, con la leccion estoy conversando con aquellos que escribieron el libro, unas veces os podeis ir á tener un rato de conversacion con San Bernardo, otras con San Gregorio, otras con San Basilio, otras con San Crisóstomo, y estarlos oyendo y escuchando lo que os dicen como si entonces fuérades discípulo suyo. Y asi dicen, y con mucha razon, que los libros buenos son un tesoro público, por los bienes y riquezas grandes que de ellos podemos sacar. Finalmente, son tantos los bienes y provechos que se siguen de la leccion espiritual que San Gerónimo, tratando del incendio interior del ánima pregunta: «¿Dónde está este incendio?» Y responde: «no hay duda, sino que está en las Escrituras Sagradas, con cuya leccion se enciende el ánima en Dios y queda purificada de todos los vicios (1).» Y trae para esto aquello que dijeron los discípulos, cuando yendo al castillo de Emaus, les apareció Cristo nuestro Redentor en forma de peregrino é iba hablando con ellos de las Santas Escrituras: "¿Por ventura no estaba encendido y ardiendo nuestro corazon, cuando por el camino nos iba hablando y declarando las Escrituras (2)?" Y trae tambien aquello del Profeta: "Las palabras del Señor son palabras castas y puras, como plata purificada con el fuego (3)." Y San Ambrosio dice: «que la leccion sagrada sea vida del alma», el Señor lo dice: "Las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida (4)." Pues para que vivamos vida espiritual y andemos siempre en espíritu y encendidos é inflamados en amor de Dios, démonos mucho á esta sagrada leccion, y usémosla de la manera que habemos dicho.

Muchos ejemplos pudiéramos traer en confirmacion de los bienes y provechos grandes que se siguen de esta leccion; pero solamente traeré uno de San Agustin que contiene mucha doctrina. Cuenta el santo (1) que un caballero de Africa, llamado Poticiano, viniéndole á visitar un dia, le dió nuevas de las maravillas que por el mundo se decian del bienaventurado San Antonio: y añadió mas, que una tarde, estando el emperador en la ciudad de Tréveris ocupado en ver ciertos juegos públicos que allí se hacian, él con otros tres cortesanos amigos suyos se salieron á pasear por el campo, y los dos de ellos se apartaron á una celda de un monge y hallando allí un libro en que estaba escrita la vida de San Antonio, comenzó el uno de ellos á leer por ella, y súbitamente encendido su corazon con un amor santo y enojado consigo mismo, dijo al amigo: «dime, ruégote, ¿qué es lo que pretendemos alcanzar con todos nuestros trabajos en que andamos tantos años há peleando en tantas guerras? ¿Por ventura, podemos venir á mejor fortuna en palacio que á ser privados del emperador? Pues en este estado, ¿qué cosa hay que no sea quebradiza y de gran peligro? Y á este tan gran peligro ¿por cuántos otros peligros caminamos? Mas si quiero ser amigo de Dios, luego lo puedo ser.» Diciendo estas palabras, turbado con el parto de la nueva vida, volvia los ojos al libro, y mudábase de dentro, y despedíase de las cosas mundanas, segun que luego pareció: porque despues que acabó de leer y se levantaron muchas olas en su corazon, con un gran

(1) Hieron. *Epist. ad Damasum Papam*

(2) Nonne cor nostrum ardens erat in nobis cum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas? *Luc.* XXIV, 32.

(3) Eloquia Domini, eloquia casta, argentum igne examinatum. *Ps.* CXVII.

(4) Quod autem sacrarum litterarum lectio vita sit, Dominus testatur, dicens (Joannis sexto): verba quae ego locutus sum vobis, spiritus, et vita sunt (*Joann.* VI, 64). Ambros. *serm.* 35.

(1) Aug. *lib.* 8 *Confess. cap.* 6.

gemido dijo á su amigo: «ya yo estoy quieto y descansado, y he dado de mano á nuestras esperanzas, y tengo determinado de servir á Dios, y desde esta hora me quedo en este lugar; tú, si no quieres imitarme, no quieras estorbarme.» Respondió el otro que no podia apartarse de él, ni dejar de tenerle compañía, con la esperanza de tan grande paga. Y asi comenzaron ambos á levantar el edificio espiritual y seguir á Cristo con suficientes espensas, que era con dejar todas las cosas. Y lo que no es menos de maravillar, ambos tenian sus esposas, las cuales, cuando esto supieron, se consagraron á Dios é hicieron voto de virginidad.— Esto refiere San Agustin, y fué para él de tan grande eficacia este ejemplo, que dió luego voces á un amigo suyo con mucha turbacion, diciendo: «¿qué hacemos? ¿qué es esto? ¿qué has oido? Levántanse los ignorantes y roban el reino de los cielos, y nosotros con nuestras letras andamos sumidos en el profundo (1)!» Con esta alteracion y sentimiento, dice el Santo, que se entró en un huerto que alli tenia y se dejó caer debajo de una higuera, y soltando las riendas á las lágrimas con grande angustia y turbacion de su corazon comenzó á decir: «Y tú, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo estarás enojado? ¿No ha de tener fin tu ira? No te acuerdes, Señor, de nuestras maldades antiguas.» Y tornaba á repetir estas palabras: «¿hasta cuándo, hasta cuándo?» «Mañana, mañana; ¿por qué no ahora? ¿Por qué no se dará hoy fin á mis torpezas?» Y diciendo esto con un grande sentimiento, oyó una voz que le dijo: *toma, lee*; *toma, lee*. Entonces dice que se levantó para tomar un libro sagrado, que cerca de sí tenia, para leer por él; porque habia oido del mismo Antonio, que de una leccion del Evangelio, que acaso oyera, la cual decia: "Vé y vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y vén y sígueme, y tendrás un tesoro en el cielo (1)", se habia determinado de dejar todas las cosas y seguir á Cristo. Pues movido él con este ejemplo, y mas con la voz que habia oído, dice que tomó el libro y comenzó á leer por él. Y allí le infundió Dios una tan grande luz que, dejadas todas las cosas del mundo, se entregó del todo á servirle.

(1) Surgunt indocti, et rapiunt Regnum Dei: et nos cum nostris litteris demergimur in profundum. *Aug.*

(1) Matth. XIX, 21.

TRATADO SESTO.

De la presencia de Dios.

CAPITULO I.

De la escelencia de este ejercicio, y de los bienes grandes que hay en él.

"Buscad á Dios con fortaleza y perseverancia, dice el profeta David (1); buscad siempre su faz." La faz del Señor, dice San Agustin (2) que es la presencia del Señor. Y asi, buscar la faz del Señor siempre, es andar siempre en su presencia convirtiendo el corazon á él con deseo y con amor. Isíquio en la Centuria última (tráelo tambien (3) San Buenaventura) dice que andar siempre en este ejercicio de la presencia de Dios es comenzar á ser acá bienaventurados; porque la bienaventuranza de los Santos consiste en ver á Dios perpétuamente sin jamás perderle de vista. Pues ya que en esta vida no podemos ver á Dios claramente, ni como él es, porque eso es propio de los bienaventurados, á lo menos imitémosle á nuestro modo segun lo sufre nuestra fragilidad, procurando estar siempre mirando, respetando y amando á Dios. De manera que asi como Dios Nuestro Señor nos crió para estar eternalmente delante de él en el cielo y gozarle, asi quiso que tuviésemos acá en la tierra un retrato y ensayo de aquella bienaventuranza, andando siempre delante de él mirándole y reverenciándole, aunque á oscuras. "Ahora miramos y vemos á Dios" por la fé "como por espejo; despues le veremos descubiertamente y cara á cara (1)." Aquella vista clara (dice Isíquio) es el premio y la gloria y bienaventuranza que esperamos; estotra oscura es mérito por donde habemos de venir á alcanzar aquella (2). Pero, al fin, en nuestro modo imitamos á los bienaventurados procurando de nunca perder á Dios de vista en las obras que hacemos, asi como los santos ángeles que son enviados en nuestra ayuda para guardarnos y defendernos, de tal manera se ocupan en esos ministerios, que nunca pierden de vista á Dios, como lo dijo el ángel Rafael á Tobías: "Parecia que estaba comiendo y bebiendo con vosotros; empero yo uso de otro manjar invisible y de otra bebida que no puede ser vista de los hombres (3)." Estánse sustentando de Dios (4). Asi nosotros, aunque comamos y bebamos, tratemos y negociemos con los hombres, y parezca que nos

(1) Quaerite Dominum, et confirmamini; quaerite faciem ejus semper. *Ps.* CIV, 4.
(2) August. *sup. Ps.* CIV.
(3) Bonav, *tom.* 2, *opusc. lib.* 2, *de profectu Religiosor. cap.* 20.

(1) Videmus nunc per speculum in enigmate, tunc autem facie ad faciem. *I. ad Cor.* XIII, 12.
(2) Ista est meritum, illa praemium.
(3) Videbar quidem vobiscum manducare, et bibere; sed ego cibo invisibili, et potu, qui ab hominibus videri non potest, utor. *Tob.* XII, 19.
(4) Semper vident faciem Patris mei, qui in coelis est. *Matth.* XVIII, 10.

ocupamos y entretenemos en eso, habemos de procurar que no sea ese nuestro manjar y entretenimiento, sino otro invisible, que no ven los hombres, que es estar siempre mirando y amando á Dios y haciendo su santísima voluntad.

Grande fué el ejercicio que los Santos y aquellos Patriarcas antiguos tuvieron de andar siempre en la presencia de Dios. No se contentaba el Real Profeta con alabar á Dios siete veces al dia, sino siempre procuraba tener á Dios presente (1): era tan continuo este ejercicio en aquellos Santos, que era tambien su comun lenguaje decir: "Vive el Señor, en cuyo acatamiento estoy (2)." Son grandes los bienes y provechos que se siguen de andar siempre delante de Dios, considerando que nos está mirando, y por eso lo procuraban tanto los Santos, porque basta esto para andar uno muy concertado y muy compuesto en todas sus obras. Sino, decidme, ¿qué siervo hay que ante los ojos de su Señor no ande muy justo? ¿ó qué siervo hay tan atrevido que en presencia de su Señor no haga lo que le manda ó se atreva á ofenderle en su cara? ¿y qué ladron hay que se atreva á hurtar viendo que el Juez le está mirando á las manos? Pues Dios nos está mirando, que es nuestro Juez, y es Todopoderoso, que puede hacer que se abra la tierra y trague el infierno al que le enojare, y lo ha hecho algunas veces: ¿quién se atreverá á enojarle? Y asi decia San Agustin (3): «cuando yo, Señor, considero con atencion que me estás mirando siempre, y velando sobre mí de noche y de dia con tanto cuidado como si en el cielo y en la tierra no tuvieras otra criatura que gobernar sino á mí solo; cuando considero bien que todas mis obras, pensamientos y deseos están patentes y claros delante de tí, todo me lleno de temor y me cubro de vergüenza.» Ciertamente grande obligacion nos pone de vivir justa y rectamente considerar que hacemos todas las cosas delante de los ojos del Juez, que todo lo mira y á quien nada se puede encubrir. Si acá la presencia de un hombre grave nos hace estar compuestos, ¿qué será la presencia de Dios?

San Gerónimo, sobre aquello que dice Dios de Jerusalen por el Profeta Ezequiel: "Haste olvidado de mí (1)," dice: «La memoria de Dios despide todos los pecados (2).» Lo mismo dice San Ambrosio (3). Y en otra parte dice San Gerónimo: «Es tan eficaz medio la memoria de Dios y el andar en su presencia, que si considerásemos que Dios está presente y nos está mirando, nunca nos atreviéramos á hacer cosa que le desagradase (4).» A Tais la pecadora, esto le bastó para dejar su mala vida é irse al yermo á hacer penitencia, como dijimos arriba (5). Decia el santo Job: "Estáme Dios mirando como testigo de vista, y váme contando los pasos (6)"; ¿quién se ha de atrever á pecar ni á hacer cosa mal hecha?

Por el contrario, todo el desórden y perdicion de los malos, nace de no acordarse que está Dios presente y les está mirando, conforme á aquello que tantas veces repite la Escritura Divina en persona de los malos: "No hay quien nos vea (7)." Y asi lo notó San Gerónimo sobre el capítulo veinte y dos

---

(1) Providebam Dominum in conspectu meo semper, quoniam a dextris est mihi, ne commovear. *Ps.* XV, 8.
(2) Vivit Dominus, in cujus conspectu sto. III *Reg.* XVII, 1.—IV. *Reg.* III, 14.
(3) Aug. *cap. XIV. Soliloq.*

(1) Meique oblita es. *Ezech.* XXII, 12.
(2) Memoria enim Dei excludit cuncta flagitia.
(3) Ambros. *lib. de fide resurrect. tom. IV.*
(4) Certe quando peccamus, si cogitaremus Deum videre, et esse praesentem, nunquam quod ei displiceret faceremus. *Hyeron. in Ezech. VIII circa illud* dicunt enim: non videbit Dominus nos.
(5) Trat. V, c. 16.
(6) Nonne ipse considerat vias meas, et cunctos gressus meos dinumerat? *Job.* XXXI, 4.
(7) Et dixisti, non est qui videat me. *Isai*, XLVII, 10.—Et non videbit novissima nostra. *Jerem.* XII, 4.

de Ezequiel, donde reprehendiendo el Profeta á Jerusalen de muchos vicios y pecados que tenia, viene á resumir que la causa de todos ellos era porque se habia olvidado de Dios. Y la misma causa da en otros muchos lugares la Escritura. Asi como un un caballo sin freno y un navío sin gobernalle se va á despeñar y perder: asi quitado este freno se va el hombre tras sus apetitos y pasiones desordenadas. Dice el Profeta David: "No trae á Dios delante de sus ojos, no le mira presente delante de sí, y por eso sus caminos, que son sus obras, están manchadas con culpas en todo tiempo (1)."

El bienaventurado San Basilio (2) en muchas partes el remedio que dá para todas las tentaciones y trabajos, y para todas las cosas y ocasiones que se pueden ofrecer, es la presencia de Dios. Y asi, si quereis un medio breve y compendioso para alcanzar la perfeccion, que contenga y encierre en si la fuerza y eficacia de todos los otros medios, este es, y por tal se le dió Dios á Abraham (3), diciendo: "Anda delante mi y serás perfecto." Aquí como en otros lugares de la Sagrada Escritura, se toma imperativo por futuro para encarecer la infalibilidad del suceso. Es tan cierto que sereis perfecto si andais siempre mirando á Dios y advirtiendo que él os está mirando, que desde luego os podeis dar por tal. Porque asi como las estrellas del aspecto del sol que tienen presente y á quien miran sacan luz para resplandecer dentro y fuera de sí, y virtud para influir en la tierra; asi los varones justos, que son como estrellas en la Iglesia de Dios, del aspecto de Dios, de mirarle presente y convertir su pensamiento y deseo á él, sacan luz con que en lo interior, que vé Dios, resplandecen con verdaderas y sólidas virtudes, y en lo esterior, que ven los hombres, resplandecen con toda decencia y honestidad, y sacan virtud y fuerza para edificar y aprovechar á otros. No hay cosa en el mundo que declare tan al propio la necesidad que tenemos de estar siempre en la presencia de Dios, como esta. Mirad la dependencia que tiene la luna del sol y la necesidad que tiene de estar siempre delante de él: la luna de si no tiene claridad sino la que recibe del sol, segun el aspecto con que la mira, y obra en los cuerpos inferiores segun la claridad que recibe del sol, y asi crecen y menguan sus efectos conforme á la creciente y menguante de ella; y cuando alguna cosa se pone delante de la luna que le estorbe el aspecto y vista del sol, luego en este punto se eclipsa y pierde la claridad y resplandor y con esta tambien mucha parte de la eficacia de obrar que tenia mediante la luz. De la misma manera pasa en el alma con Dios, que es su sol.

Por esto, los Santos nos encomiendan tanto este ejercicio. San Ambrosio y San Bernardo, tratando de la continuacion y perseverancia que habemos de tener en esto, dicen: «Asi como no hay punto, ni momento en el cual el hombre no goce de la bondad y misericordia de Dios, asi no ha de haber punto, ni momento en el cual no tenga á Dios presente en su memoria (1).» Y en otra parte dice San Bernardo: «En todas sus obras y en todos sus pensamientos ha de procurar el religioso acordarse que tiene á Dios presente, y todo el tiempo que no piensa en Dios le ha de tener por per-

(1) Non est Deus in conspectu ejus, inquinatae sunt viae illius in omni tempore. *Ps.* IX, 26.
(2) Bas., *in reg. brev. et in reg. fusius disputatis.*
(3) Ambula coram me, et esto perfectus. *Gen.* XVII, 1.

(1) Sicut nullum est momentum, quod homo non utatur, vel fruatur Dei bonitate, et misericordia, sic nullum debet esse momentum, quo eum praesentem non habeat in memoria. *Ambr. lib. de dignit. condition. humanae*, c. 2.—*Bernard.* c. 6. *meditat.*

dido (1).» Nunca se olvida Dios de nosotros, razon será que nosotros procuremos nunca olvidarnos de él. San Agustin sobre aquello del salmo treinta y uno: *Firmabo super te oculos meos*, dice: «No apartaré, Señor, mis ojos de vos, porque vos nunca apartais los vuestros de mí (2);» siempre los tendré fijos, y firmes en vos, como hacia el Profeta (3). San Gregorio Nacianceno dice: «Tan amenudo y tan frecuente ha de ser el acordarnos de Dios, y aun mas que el respirar (4).» Porque asi como tenemos necesidad de respirar para refrescar el corazon y templar el calor natural, asi tenemos necesidad de acudir á Dios con la oracion para refrenar el ardor desordenado de la concupiscencia que nos está estimulando é incitando á pecar.

CAPITULO II.

En qué consiste este ejercicio de andar siempre en la presencia de Dios.

Para que mejor nos podamos aprovechar de este ejercicio es menester que declaremos en qué consiste. En dos puntos consiste, que es en dos actos, uno del entendimiento, otro de la voluntad. El primer acto es del entendimiento, que ese siempre se requiere y presupone para cualquier acto de la voluntad, como enseña la filosofia. Pues lo primero ha de ser con el entendimiento considerar que Dios está aquí y en todo lugar, que llena todo el mundo, y que está en todo, y todo en cualquiera parte y en cualquiera criatura por pequeña que sea. Hacer un acto de fé, porque esta es una verdad que nos propone la fé para que la creamos. "No está lejos de cada uno de nosotros; porque en él vivimos, nos movemos y somos," dice el Apóstol San Pablo (1). No habeis de imaginar á Dios, como lejos de vos, ó como fuera, porque está dentro de vos. Decia San Agustin: «buscaba yo, Señor, fuera de mí, al que tenia dentro de mí (2).» Dentro de vos está mas presente y mas íntima é intrinsecamente está Dios en mí que yo mismo; en él vivimos y nos movemos, y tenemos el ser; él es el que da vida á todo lo que vive, y el que da fuerza á todo lo que algo puede, y el que da el ser á todo lo que es. Y si él no estuviese presente sustentando las cosas, todas dejarían de ser y se volverían en nada. Pues considerad que estais todo lleno de Dios, cercado y rodeado de Dios, nadando en Dios. Aquel: "Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria (3)," son muy buenas palabras para esto.

Algunos para ayudarse mas en esto, consideran todo el mundo lleno de Dios, como lo está, é imagínanse á sí en medio de este mar infinito de Dios, cercados y rodeados de él, de la manera que estaria una esponja en medio de la mar, toda empapada y llena de agua, y fuera de eso, cercada y rodeada de agua por todas partes. Y no es mala comparacion para nuestro corto entendimiento. Pero queda muy corta, no llega ni con mucho á declarar lo que decimos; porque esa esponja en medio de la mar, si sube arriba, halla cabo, y si baja á bajo, halla suelo, y si va á un lado ó á otro, halla término; pero en Dios no hallareis nada de

(1) In omni actu, vel cogitatu suo sibi Deum adesse memoretur, et omne tempus, quo de ipso non cogitat, perdidisse se computet. *Bernard. in spec. monachorum.*

(2) Non a te auferam oculos meos, quia et tu non aufers a me oculos tuos. *Augustin. Ps.* XXXI, 8.

(3) Oculi mei semper ad Dominum. *Ps.* XXIV.

(4) Non tam saepe respirare, quam Dei meminisse debemus. *Gregorius Nazian. in 1. orat. Teolog.*

(1) Non enim longe est ab unoquoque nostrum; in ipso enim vivimus, et movemur et sumus. *Actor.* XVII, 27.

(2) August. *lib. 10 confes. cap* 27.

(3) Pleni sunt coeli, et terra gloria tua. *Isaiae,* VI, 3.

eso. "Si subiere al cielo, allí estais vos, Señor; y si bajare hasta el infierno, tambien; y si tomare alas, y pasare de esa otra parte del mar, allá me llevará y tendrá vuestra mano poderosa (1):" no hay cabo, ni término en Dios, porque es inmenso é infinito. Y mas, que la esponja al fin, como es cuerpo, no puede ser del todo penetrada del agua, que es otro cuerpo; mas nosotros en todo y por todo somos penetrados de Dios, que es puro espíritu. Pero al fin, estas y otras semejantes comparaciones, aunque cortas, ayudan y son buenas para que entendamos en alguna manera la inmensidad infinita de Dios, y cómo está presente é intimamente dentro de nosotros y en todas las cosas, y para eso las trae San Agustin (2).

Empero háse de advertir en este ejercicio, que para esta presencia de Dios no es menester formar concepto, ni representacion alguna de Dios con la imaginacion, fingiendo que está aqui á nuestro lado ó en otra parte señalada, ni que le imaginemos con tal forma ó figura. Algunos hay que imaginan delante de sí ó á su lado á Jesucristo nuestro Redentor, que anda con ellos y los está siempre mirando en todo lo que hacen, y de esa manera andan siempre en la presencia de Dios. Y de estos, unos imaginan delante de sí á Cristo crucificado, otros atado á la columna, otros en la Oracion del huerto sudando gotas de sangre, otros en otro paso de la Pasion ó en algun misterio gozoso de su vida santísima, conforme á lo que mas mueve á cada uno, ó una temporada le imaginan en un paso y otra en otro. Y aunque esto es muy bueno, si se sabe hacer; pero comunmente hablando, no es lo que nos está mejor á nosotros; porque todas estas figuras é imaginaciones de cosas corporales cansan y fatigan y quiebran mucho las cabezas. Un San Bernardo y un San Buenaventura, debian de saber hacer eso de otra manera que nosotros, y hallaban en ello mucha facilidad y descanso, y asi se entraban en aquellos agujeros de las Llagas de Cristo y dentro de su Costado; y aquella era su guarida y su refugio y descanso, pareciéndoles que oian aquellas palabras del Esposo en los Cantares: "Levántate, amiga mia, hermosa mia, y ven paloma mia á los agujeros de la piedra, á los huecos de la pared (1)." Otras veces imaginaban el pie de la Cruz hincado en su corazon, y estaban recibiendo en su boca, con grandísima dulzura, aquellas gotas de Sangre que corrian y manaban de las fuentes del Salvador (2). Aquellos Santos hacian muy bien eso, y hallábanse muy bien en ello; pero si vos quereis andar todo el dia en esas consideraciones y con esta presencia de Dios, podrá ser que por un dia ó un mes que andeis de esa manera, perdais todo el año de oracion, porque os quebrareis la cabeza en eso.

Veráse bien cuánta razon tenemos de advertir esto, porque aun para hacer la composicion de lugar, que es uno de los preámbulos de la oracion, con que nos hacemos presentes á lo que habemos de meditar, imaginando que realmente pasa aquello delante de nosotros, advierten los que tratan de oracion que no ha de ahincar uno mucho la imaginacion en la figura y representacion de estas cosas corporales que piensa, porque no se quiebre la cabeza y por otros inconvenientes de ilusiones que suele haber en ello. Pues si para un preámbulo de la ora-

(1) Si ascendero in coelum tu illic es; si descendero in infernum, ades; si sumpsero pennas meas diluculo, et habitavero in extremis maris, etenim illuc manus tua deducet, me, et tenebit me dextera tua. *Ps.* CXXXVIII.

(2) Augustin. *Epist.* 57, *ad Dardanum, et lib.* 7 *confes.* c. 5.

(1) Surge, amica mea, speciosa mea, et veni columba mea in foraminibus petrae, in caverna maceriae. *Cant.* II.

(2) Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. *Isai.* XII, 3.

cion, que se hace tan brevemente y estando uno sosegado y despacio, sin tener otra cosa en que entender, es menester tanto aviso y recato, ¿qué será querer todo el dia y en medio de otras ocupaciones conservar esa composicion? Pero esta presencia de Dios, de que ahora tratamos, escluye todas estas imaginaciones y consideraciones, y está muy lejos de ellas, porque ahora tratamos de la presencia de Dios en cuanto Dios; que, lo primero no es menester fingir que está aqui, sino creerlo porque asi es la verdad. Cristo nuestro Redentor, en cuanto hombre, está en el cielo y en el Santísimo Sacramento del Altar, pero no está en todo lugar. Y asi, cuando imaginamos presente á Cristo en cuanto hombre, es imaginacion que nosotros finjimos; pero en cuanto Dios está aqui presente, y dentro de mí, y en todo lugar, «todo lo llena (1).» No habemos menester finjir lo que no es, sino actuarnos en creer lo que es. Lo segundo, la humanidad de Cristo puédese imaginar y figurar con la imaginacion, porque tiene cuerpo y figura; pero Dios en cuanto Dios *no* se puede imaginar ni figurar *cómo* es, porque no tiene cuerpo ni figura, que es puro espíritu. Aun ni á un ángel ni á nuestra propia ánima podemos imaginar cómo es, porque es espíritu, ¿cuánto menos podremos imaginar ni hacer concepto de cómo es Dios?

¿Pues cómo habemos de considerar á Dios presente? Digo que no mas que haciendo un acto de fé, presuponiendo que Dios está aqui presente, pues la fé nos lo dice, sin querer saber cómo ni de qué manera, como dice San Pablo que hacia Moisés: "A Dios, que es invisible, le consideraba y tenia presente, como si le viera (2)," sin querer saber ni imaginar cómo es, sino como cuando uno está hablando con su amigo, de noche, sin reparar en cómo es, ni acordarse de eso, sino solamente gozándose y deleitándose con la conversacion y presencia de su amigo que sabe que está allí presente; de esa manera habemos de considerar nosotros á Dios presente: bástanos saber que está aqui nuestro amigo para gozar de él; no os pareis á mirar cómo es, que no acertareis, porque es de noche para nosotros; esperad que amanezca, y cuando venga la mañana de la otra vida, entonces "se descubrirá y le podremos ver claramente como es (1)." Por eso se apareció Dios á Moisés en la niebla y oscuridad para que no le veais, sino solamente creais que está presente. Todo esto, que habemos dicho, pertenece al primer acto del entendimiento que se ha de presuponer; pero es menester advertir que lo principal de este ejercicio no consiste en esto; porque no solamente se ha de ocupar el entendimiento mirando á Dios presente, sino tambien se ha de ocupar la voluntad deseando y amando á Dios y uniéndose con él. Y en estos actos de la voluntad consiste principalmente este ejercicio, de lo cual trataremos en el capítulo siguiente.

(1) Spiritus Domini replevit orbem terrarum. *Sap.* I, 7.
(2) Invisibilem tanquam videns sustinuit. *Ad Hebr.* XI, 27.

CAPITULO III.

De los actos de la voluntad en que consiste principalmente este ejercicio, y cómo nos habemos de ejercitar en ellos.

San Buenaventura en su mística Theologia dice (2) que los actos de voluntad con que en este santo ejercicio habemos de levantar el corazon á Dios, son unos deseos encendidos del corazon con que el alma desea unirse con Dios con perfecto amor, unos

(1) Cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est. *I. Joan.* III, 2.
(2) S. Bonav. *via* 3. *et in Epist.* 15. *memor. cap.* 22.

afectos inflamados, unos suspiros vivos de as entrañas con que llama á Dios, unos movimientos piadosos y amorosos de la voluntad con que como con alas espirituales se estiende y levanta hácia arriba y se va allegando y uniendo mas con Dios. Estos deseos y afectos vehementes y encendidos del corazon, llaman los Santos aspiraciones, porque con ellos el alma se levanta á Dios, que es lo mismo que aspirar á Dios; y tambien, dice San Buenaventura, porque de la manera que respirando sacamos sin deliberacion el anhelito y huelgo de lo interior de nuestro cuerpo, así con grande presteza y algunas veces sin deliberacion ó casi sin ella, sacamos estos deseos encendidos de lo interior del corazon. Estas aspiraciones y deseos los declara el hombre con unas oraciones breves y frecuentes, que llaman jaculatorias, dice San Agustin (1), porque son como unos dardos y saetas encendidas que salen del corazon y en un punto se arrojan y envian á Dios. De estas oraciones usaban mucho aquellos monges de Egipto, como dice Casiano (2). Y las estimaban y tenian en mucho; lo uno, porque como son breves, no cansan la cabeza; lo otro, porque se hacen con fervor y espíritu levantado, y en un punto se hallan en el acatamiento de Dios, y así no dan lugar al demonio de perturbar al que las hace, ni ponerle impedimento alguno en el corazon. Dice San Agustin unas palabras dignas de consideracion para los que tratan de oracion: «Porque aquella vigilante y viva atencion, que es menester para orar con la reverencia y respeto debido, no se vaya remitiendo y perdiendo, como suele acontecer en la larga oracion (3).» Pues con estas oraciones jaculatorias procuraban aquellos santos monges (1) andar siempre en este ejercicio, levantando muy frecuentemente el corazon á Dios, tratando y conversando con él.

Este modo de andar en la presencia de Dios es comunmente mas á propósito para nosotros, mas fácil y mas provechoso; pero será menester declarar mas la práctica de este ejercicio. Casiano (2) la pone en aquel verso: *Deus in adjutorium meum intende, Domine ad adjuvandum me festina* (Ps. LXXXXIX.) que la Iglesia repite al principio de cada hora. Comenzais algun negocio en que hay peligro, pedid á Dios que os ayude para salir bien de él; «Señor, entended en mi ayuda; Señor, no tardeis en ayudarme.» Para todas las cosas tenemos necesidad del favor del Señor, y así siempre se le habemos de andar pidiendo. Y dice Casiano que este versito es maravilloso y muy á propósito para declarar todos nuestros afectos en cualquier estado y en cualquiera ocasion ó acaecimiento que nos veamos, porque con él invocamos el ausilio de Dios, con él nos humillamos y reconocemos nuestra necesidad y miseria, con él nos levantamos y confiamos ser oidos y favorecidos de Dios, con él nos encendemos en el amor del Señor, que es nuestro refugio y protector. Para todos cuantos combates y tentaciones se os pueden ofrecer, teneis aqui un escudo fortísimo y una cota impenetrable y un muro inespugnable. Y así, siempre le habeis de traer en la boca y en el corazon, y esta ha de ser vuestra perpétua y continua oracion, y vuestro andar siempre en la presencia de Dios.

San Basilio (3) pone la práctica de este ejercicio en que de todas las cosas tomemos ocasion de acordarnos de Dios. ¿Co-

(1) Raptim jaculatas. *August. Epist. ad Probam, quæ est* 121.

(2) Breves quidem, sed creberrimae. *Casian. lib. 2, de inst. renunt.*

(3) Ne illa vigilans, et erecta intentio, quae tamen necessaria est oranti per productiores moras hebetetur. *Aug. Epist. ad Probam.*—Chrysost. *hom.* 79.

(1) Abb. Isaac, *collat.* 10, *cap.* 10.

(2) Cassian. *collat.* 10, *cap.* 10.

(3) Basil. *hom. in martyrem Julitam.*

meis? dad gracias á Dios; ¿vestís? dad gracias á Dios: ¿salís al campo ó la huerta? bendecid á Dios que lo crió; ¿mirais al cielo? ¿mirais al sol y á todo lo demas? alabad al Criador de todo. Cuando durmiéredes, todas las veces que despertáredes, levantad el corazon á Dios.

Otros, porque en el camino espiritual hay tres vias; una purgativa, que pertenece á los principiantes; otra iluminativa, que pertenece á los que van aprovechando; otra unitiva, que pertenece á los perfectos; ponen tres géneros de aspiraciones y oraciones jaculatorias; unas, que se enderezan á alcanzar perdon de pecados y purgar el ánima de vicios y aficiones terrenas, que pertenecen á la via purgativa: otras, que se enderezan á alcanzar virtudes y vencer tentaciones y abrazar dificultades y trabajos por la virtud, que pertenecen á la via iluminativa; otras, que se enderezan á alcanzar la union del alma con Dios con vínculo de perfecto amor, que pertenecen á la via unitiva: para que cada uno se ejercite en este ejercicio conforme al estado y disposicion que tuviere. Pero cuanto á esto, por muy perfecto que sea uno, se puede ejercitar en dolor de pecados y en pedir á Dios perdon de ellos y gracia para nunca ofenderle, y será muy buen ejercicio y muy agradable á Dios. Y este, y el que trata de purgar su ánima de vicios y pasiones desordenadas y alcanzar virtudes, se podrá tambien ejercitar en actos de amor de Dios para hacer eso mismo con mas facilidad y suavidad. Y asi todos se pueden ejercitar en este ejercicio unas veces con estos actos: «¡Oh Señor, quién nunca os hubiera ofendido! No permitais, Señor, que yo os ofenda jamás. Morir sí, mas no pecar. Plegue á vuestra divina Magestad, que antes muera yo mil muertes que caiga en pecado mortal.» Otras veces puede uno levantar su corazon á Dios dándole gracias por los beneficios recibidos, generales y particulares, ó pidiendo algunas virtudes; unas veces profunda humildad, otras perfecta obediencia, otras caridad, otras paciencia. Otras veces puede uno levantar su corazon á Dios con actos de amor y conformidad con su santísima voluntad, como diciendo: «Mi amado para mí y yo para él. No se haga mi voluntad, sino la tuya. ¿Qué tengo yo en el cielo, y fuera de tí qué puedo querer yo en la tierra (1)?» Estas y otras semejantes son muy buenas aspiraciones y oraciones jaculatorias para andar siempre en este ejercicio de la presencia de Dios, y las mejores y mas eficaces suelen ser las que el corazon, movido de Dios, concibe de sí mismo, aunque no sea con palabras tan compuestas y tan ordenadas como las que habemos dicho. Y no es menester tampoco que sean muchas y diversas estas oraciones, porque una sola, repetida muy á menudo y con grande afecto, le puede bastar á uno para andar en este ejercicio muchos dias y aun toda la vida. Si os hallais bien con andar siempre diciendo aquellas palabras del Apóstol: "Señor, ¿qué quereis que haga (2)?" ó aquellas de la esposa: "Mi amado para mí y yo para él;" ó aquellas del Profeta: "¿Qué tengo yo, Señor, que querer, ni en el cielo ni en la tierra, sino á vos?," no habeis menester mas; deteneos y entreteneos en eso, y ese sea vuestro contínuo ejercicio y vuestro andar en la presencia de Dios.

CAPITULO IV.

Declárase mas la práctica de este ejercicio, y pónese un modo de andar en la presencia de Dios muy fácil y provechoso y de mucha perfeccion.

Entre otras aspiraciones y oraciones jaculatorias que podemos usar, es muy prin-

(1) Dilectus meus mihi, et ego illi. *Cant.* II, 16.—Non mea voluntas, sed tua fiat. *Luc.* XXII, 42.—Quid enim mihi est in coelo, et a te quid volui super terram? *Ps.* LXXII, 25.

(2) *Act.* IX, 6.

cipal y muy á propósito, para la práctica de este ejercicio, la que nos enseña el Apóstol San Pablo en la primera Epístola á los de Corinto: "Ahora comais, ahora bebais, ahora hagais otra cualquier cosa, todo lo haced á gloria de Dios (1)." Procurad en todas las cosas que hiciéredes, ó lo mas frecuentemente que pudiéredes, levantar el corazon á Dios, diciendo: «por vos, Señor, hago esto, por contentaros y agradaros á vos, porque vos asi lo quereis. Vuestra voluntad, Señor, es la mia, y vuestro contento es el mio, y no tengo yo otro querer ni otro no querer, sino lo que vos quisiéredes ó no quisiéredes; esa es toda mi alegría y todo mi contento y regocijo, el cumplimiento de vuestra voluntad, el agradaros y contentaros á vos, y no hay otra cosa que querer, ni que desear, ni en que poner los ojos, ni en el cielo, ni en la tierra.» Este es muy buen modo de andar siempre en la presencia de Dios, y muy fácil y provechoso y de mucha perfeccion, porque es andar en un contínuo ejercicio de amor de Dios. Y porque en otras partes tratamos de esto (2), aqui solamente quiero añadir que esta es una de las mejores y mas provechosas maneras que hay de andar siempre en oracion, de cuantas podemos tener; que no parece que faltaba otra cosa para acabar de canonizar y levantar este ejercicio, sino decir que con él traeremos aquella contínua oracion que Cristo nuestro Redentor nos pide en el Sagrado Evangelio (3). Porque ¿qué mejor oracion puede ser que estar uno siempre deseando la mayor gloria y honra de Dios y estar siempre conformándose con su voluntad, no teniendo otro querer, ni otro no querer, sino lo que Dios quiere ó no quiere, y que todo su contento y gozo sea el contento y gozo de Dios?

Por esto dice un doctor (1), y con gran razon, que el que perseverare con cuidado en este ejercicio con estos afectos y deseos interiores, sacará tanto fruto de él, que en breve tiempo sentirá mudado y trocado su corazon, y hallará en él aversion particular al mundo y aficion singular á Dios. Esto es comenzar á ser ciudadanos del cielo y contínuos de la casa de Dios (2). Estos son aquellos gentiles hombres que vió San Juan en el Apocalipsi, que tenian el nombre de Dios escrito en sus frentes, que es la contínua memoria y presencia de Dios (3), porque su trato y conversacion ya no es en la tierra, sino en el cielo; "contemplando, no las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las que se ven son temporales, y las que no se ven eternas (4)."

Háse de advertir en este ejercicio que, cuando hacemos estos actos diciendo: «por vos, Señor, hago esto; por vuestro amor y porque asi vos lo quereis,» y otros semejantes; los habemos de hacer y decir como quien habla con Dios presente, y no como quien levanta el corazon ó pensamiento lejos de sí ó fuera de sí. Esta advertencia es de mucha importancia en este ejercicio, porque eso es propiamente andar en la presencia de Dios, y eso es lo que hace este ejercicio fácil y suave, y que mueva y aproveche mas. Aun en las demas oraciones, cuando meditamos á Cristo en la cruz ó en

---

(1) Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite. I. *ad Cor.* 10.
(2) Trat. 3, c. 8; trat. 8, c. 4.
(3) Oportet semper orare, et non deficere. *Luc.* XVIII, 1.

(1) Dionis. Richel., *lib. 1 de contemplat. cap.* 25.
(2) Jam non estis hospites, et advenae, sed estis cives sanctorum, et domestici Dei. *Ad Eph.* II, 19.
(3) Et videbunt faciem ejus: et nomen ejus in frontibus eorum. *Apoc.* XXII, 4.
(4) Nostra autem conversatio in coelis est. *Ad Phil.* III, 20.—Non contemplantibus nobis quae videntur, sed quae non videntur: quae enim videntur temporalia sunt, quae autem non videntur aeterna. *II. Cor.* IV, 18.

la columna, avisan los que tratan de oracion que no habemos de imaginar aquello allá en Jerusalen y que há mil y tantos años que pasó, porque eso cansa mas y no mueve tanto, sino que lo habemos de imaginar presente y que pasa aqui delante de nosotros, y que oimos los golpes de los azotes y las martilladas de los clavos. Y si meditamos el ejercicio de la muerte, dicen que habemos de imaginar que estamos ya para morir, desauciados de los médicos y con la candela en la mano. ¿Cuánto mayor razon será que en este ejercicio de la presencia de Dios hagamos estos actos que habemos dicho, no como quien habla con quien está ausente y lejos de nosotros, sino como quien habla con Dios presente; pues el mismo ejercicio lo pide y en realidad de verdad ello es así?

CAPITULO V.

De algunas diferencias y ventajas que hay de este ejercicio de andar en la presencia de Dios.

Para que se vea mejor la perfeccion y provecho de este ejercicio y modo de andar en la presencia de Dios, que habemos dicho (1), y para que con eso quede mas declarado, diremos algunas diferencias y ventajas que hay en él. Lo primero, en otros ejercicios que suélen traer algunos de andar en la presencia de Dios, todo parece que es acto de entendimiento, y todo parece que se acaba en imaginar presente á Dios; pero este presupone ese acto de entendimiento y de fé, que está Dios presente, y pasa adelante á hacer actos de amor de Dios, y en eso consiste principalmente. Y esto claro está que es mejor y de mas provecho que lo primero. Así como en la oracion decimos que no habemos de parar en el acto del entendimiento, que es la meditacion y consideracion de las cosas, sino en los actos de la voluntad, que es en los afectos y deseos de la virtud é imitacion de Cristo, y ese ha de ser el fruto de la oracion; así aquí lo mas principal de este ejercicio, y lo mejor y mas provechoso de él, está en los actos de la voluntad, y así eso es en lo que habemos de insistir.

Lo segundo que se sigue de aqui es, que este ejercicio es mas fácil y suave que los demas, porque para los demas es menester discurso y trabajo del entendimiento y de la imaginacion para representar las cosas delante, que es lo que suele cansar y quebrar las cabezas, y así no puede durar esto tanto; pero para este ejercicio no es menester discurso sino unos afectos y actos de la voluntad, los cuales se hacen sin cansancio, porque aunque es verdad que hay allí algun acto del entendimiento; pero eso presupónese por la fé, sin cansarnos en eso, como cuando adoramos el Santísimo Sacramento, presuponemos por la fé que está allí Cristo nuestro Salvador; pero toda nuestra atencion y ocupacion es en adorar, reverenciar, amar y pedir mercedes á aquel Señor que sabemos está allí; así es en este ejercicio. Y de aquí es que por ser mas fácil, podrá uno durar y perseverar en él mas tiempo, porque aun á los enfermos que no pueden tener otra oracion, les solemos aconsejar que usen levantar el corazon á Dios á menudo con algunos afectos y actos de la voluntad, porque esos puédense hacer con facilidad; y así, aunque no hubiese otra ventaja en este ejercicio, sino poder durar y perseverar en él mas que en los demas, le habíamos de estimar en mucho, cuanto mas habiendo en él tantas ventajas.

Lo tercero y principal y que se ha de advertir aquí mucho es, que la presencia de Dios no es solo para parar en ella, sino para que nos sea medio para hacer bien las obras que hacemos; porque si nos contentásemos

(1) Trat. V, c. 11.

con solo traer atencion á que Dios está presente, y por eso nos descuidásemos en las obras ó hiciésemos falta en ellas, esa no sería buena devocion, sino ilusion. Siempre habemos de tener cuenta con que, aunque el un ojo traigamos en su Magestad, el otro le pongamos en hacer bien las obras por él; y el mirar que estamos delante de Dios, nos ha de ser medio para hacer mejor y con más perfeccion todo lo que hacemos. Y esto mucho mejor se hace con este ejercicio que con otros, porque con otros ocúpase mucho el entendimiento en aquellas figuras corporales que quiere uno representar delante ó en los conceptos que quiere sacar de lo que tiene presente, y por sacar el buen pensamiento muchas veces no mira bien lo que hace, y lo hace mal hecho. Pero este ejercicio, como no hay en él ocupacion del entendimiento, no impide nada al ejercicio de las obras, antes ayuda mucho para que vayan bien hechas, porque las está haciendo por amor de Dios y delante de Dios, que le está mirando; y así procura de hacerlas de tal manera y tan bien hechas, que puedan parecer delante de los ojos de Dios y que no haya en ellas cosa indigna de su presencia; acerca de lo cual dijimos arriba (1) otro punto, que es otro modo de andar en la presencia de Dios muy bueno y muy provechoso, que ponen tambien los Santos, y así escusaremos el repetirlo aquí.

TRATADO SEPTIMO.

Del Exámen de la Conciencia.

CAPITULO I.

Cuán importante sea el exámen de la conciencia.

Uno de los principales y mas eficaces medios que hay para nuestro aprovechamiento, es el exámen de la conciencia; y como tal, nos le encomiendan los Santos. San Basilio, que fué de los mas antiguos que dieron reglas á monges, manda que cada noche hagan este exámen (1). San Agustin, en su regla (2), manda lo mismo; San Antonio Abad enseñaba y encomendaba mucho esto á esto á sus religiosos; San Bernardo y San Buenaventura, Casiano, y todos comunmente (2). El Bienaventurado San Crisóstomo, sobre aquellas palabras del Real Profeta David: "Compungíos y confundíos en vuestras camas (3)," tratando de este exámen y aconsejando que se haga cada noche antes que nos acostemos,

(1) Basil. *hom. de instit. Mon. et. serm.* 1, *de abdicat. sive renunt. saeculi istius, et spirit. perfect.*
(2) August. *lib.* 50. *homiliarum, hom.* 24.

(1) Trat. 2, c. 3.
(2) Bern. *de int. domo, c.* 65, *et in spec. Monach.*—Cassian. *coll.* 5. *Abbatis Serapion, c.* 14.—Hugo de sancto Victore, *lib. de anima*; c. 6.—Dorotheus, *doctr.* 10 *et* 11.
(3) In cubilibus vestris compungimini. *Psal.* IV, 5.

apunta dos razones buenas (1). La primera, para que el dia siguiente nos hallemos mas dispuestos y preparados para no pecar, ni caer en las culpas en que hoy habemos caido, porque habiéndonos hoy examinado y arrepentido de ellas y propuesto la enmienda, claro está que será eso algun freno para no tornar á cometerlas mañana. Lo segundo, aun para el mismo dia de hoy, nos será algun freno el habernos de examinar á la noche, porque el saber que habemos de dar cuenta y que nos han de tomar residencia ese mismo dia, nos hará andar sobre aviso y vivir con mas recato. Pues asi como un señor, dice San Crisóstomo, no consiente que su despensero deje de dar cada dia sus cuentas, porque no sea eso ocasion que se descuide y olvide y haya despues mala cuenta, asi tambien será razon que nosotros nos la tomemos cada dia para que el descuido y olvido no turbe la cuenta. San Efren (2) y San Juan Climaco añaden otra tercera razon, y dicen que asi como los mercaderes diligentes cada dia tantean y hacen cuenta de las pérdidas y ganancias de aquel dia, y si hallan alguna pérdida, la procuran remediar y restaurar con mucha diligencia, asi nosotros cada dia nos habemos de examinar y tomar cuenta de nuestras pérdidas y ganancias para que no vaya adelante la pérdida y se acabe el caudal, sino que lo restauremos y remediemos luego. San Doroteo (3) añade otro provecho grande, y es, que examinándonos y arrepintiéndonos cada dia de nuestras culpas, no se arraigará en nosotros el vicio y la pasion, ni vendrá á crecer el hábito y la mala costumbre.

Por el contrario, del ánima que no es cuidadosa en examinarse dicen que es semejante á la viña del hombre perezoso, de la cual dice el Sábio que pasó por ella y vió su seto caido y toda llena de hortigas y espinas (1); asi está el alma del que no tiene cuenta con examinar su conciencia, como viña que no se labra, hecha un herial, llena de malezas y espinas, Esta mala tierra de nuestra carne nunca deja de brotar algunas malas yerbas, y asi siempre es menester andar con el escardillo en la mano escardando y arrancando la mala yerba y la mala semilla que brota. De eso sirve el exámen, de escardillo para quitar y arrancar el vicio y el siniestro malo que comenzaba á brotar y no dejar que vaya adelante ni que eche raices.

No solamente los Santos, sino los filósofos gentiles con la luz natural conocieron la importancia y eficacia de este medio. Aquel gran filósofo Pitágoras, como refieren San Gerónimo y Santo Tomás (2), entre otros documentos que daba á sus discípulos, daba este por muy principal, que cada uno tuviese señalados cada dia dos tiempos, uno á la mañana y otro á la noche, en los cuales se examinase y tomase cuenta de tres cosas: ¿qué hice? ¿cómo lo hice, y qué dejé de hacer de lo que debia? alegrándose de lo bueno y pesándole de lo malo. Lo mismo encomiendan Séneca, Plutarco, Epitecto y otros.

Por esto nuestro P. San Ignacio, fundado en la doctrina de los Santos y en la razon y esperiencia, nos encomienda el exámen de la conciencia por uno de los medios mas principales y eficaces de cuantos podemos poner de nuestra parte para nuestro aprovechamiento, y nos puso regla de ello. «Usen, dice (3), examinar cada dia sus concien-

(1) Crisost. *serm de poenitent. tom.* 5.
(2) S. Efren, *serm. Ascetic. de vita Relig.*
(3) Dorotheus, *doctr.* 11.

(1) Per agrum hominis pigri transivi, et per vineam viri stulti, et ecce totum repleverant urticae, et operuerant superficiem ejus spinae, et maceria lapidum destructa erat. *Prov.* XXIV, 30.
(2) Hier. *tom.* 1. *in apologia adversus Rufin.* c. 10.—S. Thom. *l.* 1 *de regimine principum, c.* 22.
(3) III, p. const. c. 1, §. 11, et reg. 6 sum.

cias. » Y en otra parte dice que se haga esto dos veces al dia. Y en cierta manera estimaba mas el exámen que la oracion, porque con el exámen se ha de ir ejecutando y poniendo por obra lo que uno saca de la oracion, que es la mortificacion de sus pasiones y estirpacion de sus vicios y defectos. San Buenaventura dice que el exámen de la conciencia es el mas eficaz medio que podemos poner de nuestra parte para nuestro aprovechamiento; y asi se hace tanto caso en la Compañía de él que á campana tañida nos llaman á él dos veces al dia, una á la mañana y otra á la noche, y asi nos visitan al exámen como á la oracion, para que nadie le deje de hacer ni á la mañana ni á la noche. Y no se contentó nuestro Padre con que nosotros usásemos este exámen, sino quiere (1) que le persuadamos á los que tratamos; y asi los buenos obreros de la Compañía, en tratando á alguno, luego le enseñan á hacer el exámen general de la conciencia, y tambien el particular, para quitar alguna mala costumbre, como de jurar, mentir, maldecir ú otra cosa semejante, como lo hacian nuestros primeros PP., y lo leemos del P. Pedro Fabro, que esa era de las primeras devociones que daba á los que trataba (2). Y de nuestro bienaventurado Padre leemos que no se contentaba con dar este medio del exámen particular al que queria curar de algun vicio, sino porque no se olvidase de ponerle por obra, le hacia que antes de comer y acostar diese cuenta á alguna persona de confianza que él le señalaba, y le dijese si habia hecho el exámen, cómo y de la suerte que se lo habia ordenado; y sabemos tambien (3) que á sus compañeros los entretuvo mucho tiempo con solos exámenes y frecuencia de Sacramentos, pareciéndole que si esto se hacia bien, bastaba para conservarse en virtud.

De aqui habemos de sacar una estima y aprecio tan grande de este ejercicio de examinar cada dia dos veces nuestras conciencias, que le tengamos por un medio importantísimo y eficacísimo para nuestro aprovechamiento, y como tal le usemos cada dia: y el dia que faltáremos en esto, habemos de entender haber faltado en una cosa muy princípal de nuestra Religion. No ha de haber ocupacion ninguna que baste para dejar este exámen; y si por alguna ocupacion forzosa no lo pudo uno hacer á la hora señalada, le ha de procurar hacer lo mas pronto que pudiere, como despues de comer lo primero de todo; ni aun la enfermedad é indisposicion, que basta para no tener oracion larga, ha de bastar para no hacer los exámenes. Y asi es razon que lo tengan todos entendido, que los exámenes nunca se han de dejar, ni el particular ni el general. Y bien tiene el enfermo de qué hacer exámen particular, como de conformarse con la voluntad de Dios en la enfermedad y dolores que le envia, y en los remedios que manda el médico, que algunas veces son mas penosos que la misma enfermedad; de llevar con paciencia las faltas que le parece se le hacen; de estar indiferente y resignado para vivir ó morir, como el Señor fuere servido.

CAPITULO II.

De qué cosas se ha de hacer el exámen particular.

Dos exámenes usamos en la Compañía, uno particular, otro general. El particular se hace de una cosa sola, y por eso se llama particular; el general se hace de todas las faltas que en el dia habemos hecho en pensamientos, palabras y obras; y por eso se llama general, porque lo abraza todo.

(1) P. 7. const. c. 4. lit. F. et lib. Exerc. spirit. Regula seu annot. 18. ex priorib.
(2) Lib. 5, c. 10, *vitae S. P. N. Ignatii.*
(3) Lib. 2, *cap. 4, vitae S. P. N. Ignatii.*

Trataremos primero del exámen particular, y despues diremos brevemente del general lo que hubiere que añadir; porque en muchas cosas lo mismo se ha de hacer en el general que en el particular; y asi, lo que dijere del particular servirá tambien para el general. Dos cosas trataremos acerca de este exámen; la primera, de qué cosas se ha de hacer; la segunda, cómo se ha de hacer. Acerca de lo primero, para que entendamos de qué cosas habemos de traer principalmente este exámen, se debe notar mucho una regla ó advertencia que pone nuestro Padre en el libro de los Ejercicios Espirituales, y es de San Buenaventura; dice (1) que el demonio se ha con nosotros como un capitan que quiere combatir y conquistar una ciudad ó fortaleza, el cual procura con toda diligencia reconocer primero la parte mas flaca del muro, y allí asesta toda la artillería y emplea todos sus soldados, aunque sea con peligro de la vida de muchos, porque derrocada aquella parte entrará y tomará la ciudad: así el demonio procura reconocer en nosotros la parte mas flaca de nuestra ánima, para combatirnos y vencernos por allí. Pues esto nos ha de servir á nosotros de aviso para prevenirnos y apercibirnos contra nuestro enemigo: habemos de mirar y reconocer con atencion la parte mas flaca de nuestra ánima y mas desamparada de virtud, que es aquella á donde la inclinacion natural, ó la pasion, ó mala costumbre, ó hábito malo mas nos lleva, y ahi habemos de poner mayor recaudo. Esto dicen los Santos y maestros de la vida espiritual (2) que es lo que principalmente y con mayor cuidado y diligencia habemos de procurar desarraigar de nosotros, porque eso es de lo que tenemos mayor necesidad, y así á eso principalmente habemos de aplicar el exámen particular.

Casiano da dos razones de esto (1): la primera, porque eso es lo que nos suele poner en mayores peligros y nos hace caer en mayores faltas, y asi es razon que ahí pongamos mayor cuidado y diligencia; y lo segundo, porque habiendo vencido y sobrepujado los enemigos mas fuertes y que mas guerra nos hacen, fácilmente venceremos y echaremos por tierra todos los demas; porque con el triunfo y victoria queda el ánima mas esforzada y mas fuerte, y el enemigo mas flaco. Trae Casiano para esto el ejemplo de aquellos juegos que se hacian antiguamente en Roma delante del emperador, donde se sacaban muchas fieras para que peleasen hombres con ellas; y los que se querian señalar mas y dar contento al emperador, daban primero contra aquella que vian ser mas feroz y mas fuerte, la cual vencida y muerta, fácilmente vencian y triunfaban de las demas; pues así, dice, habemos de hacer nosotros. Por esperiencia vemos que comunmente cada uno tiene un vicio como rey, que le lleva tras sí por la grande inclinacion que tiene á aquello. Hay unas pasiones, que llaman predominantes, que parece que se enseñorean de nosotros y nos hacen hacer lo que no querriamos, y asi suelen decir algunos: «si yo no tuviera esto, paréceme que no hubiera cosa que me embarazára ni diera pena:» pues de eso habemos de traer principalmente el exámen particular.

En aquella guerra que el rey de Siria tuvo contra el rey de Israel, dice la Sagrada Escritura (2) que mandó á todos los capitanes de su ejército que no peleasen contra nadie, ni contra chico ni contra grande,

(1) Ignac. *lib. exerciliorum spiritual. in regul. ad motus animae discernendos, regul.* 14.—Bonav., 3 *p. breviloquii.*

(2) Dorotheus *serm.* 12.—Hugo de sancto Vict.

(1) Cassian., *collat.* 5 *Abbatis Serapion, cap.* 14.

(2) Ne pugnetis contra minimum, aut contra maximum, nisi contra solum regem Israel. *II Paralip.* XVIII, 30.

sino solamente contra el rey de Israel, pareciéndole que en venciendo al rey estaba vencido todo el ejército. Y así fué, que en hiriendo al rey Arab con una saeta que tiró uno á caso, á Dios y á ventura, se acabó la batalla. Eso es lo que habemos de hacer nosotros: venced vos ese vicio rey, que todo lo demas fácilmente quedará rendido; cortad la cabeza á ese gigante Goliat, y luego huirán los filisteos y quedarán desbaratados todos los demas. Esta es la mejor regla general para que cada uno entienda de lo que ha de traer este exámen.

Pero en particular, uno de los mejores avisos que en esto se pueden dar, es que cada uno lo comunique con su confesor y padre espiritual, habiéndole dado primero entera cuenta de su conciencia, de todas sus inclinaciones, pasiones y aficiones y hábitos malos, sin quedar cosa que no le descubra, porque de esa manera, vista y entendida la necesidad de cada uno y las circunstancias particulares, será facil determinar de que le convendrá traer el exámen particular. Y una de las cosas principales, que ha uno de tratar cuando dá cuenta de su conciencia, es de qué cosa hace exámen particular y cómo se aprovecha de él, como se dice en las Reglas del Prefecto de las cosas espirituales y en la instruccion que de esto tenemos. Importa mucho el acertar uno á traer exámen particular de lo que mas le conviene: así como no ha hecho poco, sino mucho, el médico, cuando ha acertado con la raiz de la enfermedad, porque entonces aciértase con los remedios y van haciendo efecto las medicinas: así nosotros no habremos hecho poco, sino mucho, si acertamos con la raiz de nuestras enfermedades y dolencias, porque será acertar con la cura de ellas, aplicando allí el remedio y medicina del exámen. Una de las causas por que muchos se aprovechan poco del exámen, es porque no le aplican á lo que le habian de aplicar: si vos cortais la raiz al árbol ó arrancais la raiz de la mala yerba, luego todo lo demas se marchitará y secará; pero si os andais por las ramas y dejais la raiz, luego tornará á brotar y á crecer.

CAPITULO III.

De dos avisos importantes para acertar á elegir de qué cosa se ha de traer el exámen particular.

Descendiendo en esto mas en particular, se han de advertir aquí dos cosas principales. Lo primero, que cuando hay algunas faltas esteriores que ofenden y desedifican á nuestros hermanos, eso ha de ser lo primero que se ha de procurar quitar con el exámen particular, aunque haya otras cosas interiores mayores; como si tiene uno falta en el hablar, ó porque habla mucho, ó porque habla con impaciencia y cólera, ó palabras que pueden mortificar á su hermano, ó por ventura palabras de murmuracion y que pueden desdorar algo á otro; ú otras cosas semejantes; porque la razon y la caridad piden que quitemos primero aquellas faltas que suelen ofender y desedificar á nuestros hermanos, y que procuremos vivir y conversar de tal manera entre ellos que no se pueda nadie quejar, ni ofender de nosotros, como dice el Sagrado Evangelio de los padres del glorioso Bautista: "Eran justos delante de Dios, y vivian sin queja delante de los hombres (1)." Esta es una gran loa de un siervo de Dios, y una de las cosas que ha de procurar mucho un religioso que vive en comunidad: no basta que sea justo delante de Dios, sino ha de procurar que su modo de proceder en la Religion sea tal, que nadie se pueda quejar de él, *sine*

(1) Erant autem justi ambo ante Deum incedentes in omnibus mandatis, et justificationibus Domini sine querela. *Luc.* I, 6.

quærela, que no puedan decir un *si no*. Y si hay algo que pueda ofender, de ahí se ha de comenzar á traer el exámen particular.

Pero es menester advertir lo segundo, que no se nos ha de ir toda la vida en traer exámen particular de estas cosas esteriores, porque estas son mas fáciles y están mas en nuestra mano que las interiores. Dice muy bien San Agustin (1): mando á la mano, y obedece la mano; mando al pie, y obedece el pie; empero mando al apetito, y no obedece el apetito. Claro está que está mas sujeta y obediente la mano y el pié que el apetito, porque no tienen movimiento contrario, como le tiene el apetito. Y así habemos de procurar desembarazarnos de estas cosas esteriores, lo mas presto que pudiéremos, y concluir con ellas para que nos quede tiempo para otras mayores, como es alcanzar alguna virtud principal ó alguna perfeccion superior: una profundísima humildad de corazon, que llegue, no solo á que sienta uno bajamente de sí mismo, sino á holgarse que los otros sientan tambien bajamente de él, y le tengan en poco; hacer todas las cosas puramente por Dios hasta que vengamos á decir lo que decia el otro Santo: «nunca pensé que servia á hombres, sino á Dios (2);» una conformidad grande con la voluntad de Dios en todo, y otras cosas semejantes. Porque aunque es verdad que el exámen particular propia y derechamente es para quitar faltas é imperfecciones, y siempre haya en nosotros harto recaudo de esto, porque mientras durare la vida no podemos estar sin faltas, ni aun sin pecados veniales; pero no se nos ha de ir toda la vida en eso. Muy bien empleado es el tiempo que se gasta en arrancar las malas yerbas del vergel; pero no todo ha de ser quitar el vicio y maleza de la tierra; antes eso se ordena para plantar buenas flores: así muy bien empleado es el tiempo que se gasta en los exámenes, desarraigando vicios y malas inclinaciones de nuestra ánima; pero todo eso se ordena para plantar en ella las flores buenas y olorosas de las virtudes. "Te puse hoy para que arranques, destruyas, derroques, edifiques y plantes (1)," dijo Dios á Jeremías: primero ha de ser el derrocar y el arrancar; pero despues ha de ser el edificar y plantar.

Especialmente, que aun para quitar esas mismas faltas é imperfecciones esteriores conviene algunas veces traer exámen particular de alguna virtud ó perfeccion; porque muchas veces suele ser ese medio mas eficaz para eso y mas breve y suave. ¿Teneis vos falta en hablar á vuestros hermanos con algun sacudimiento y libertad? Traed exámen de tenerlos á todos por superiores y á vos por el menor, y eso os dirá cómo los habeis de hablar y cómo les habeis de responder. Bien seguro podeis estar que no direis á nadie palabra áspera ni mortificativa, si alcanzais esa humildad. De la misma manera ¿sentis repugnancia y dificultad en algunas cosas y ocasiones que se os ofrecen? traed exámen particular de tomar todas las cosas que os sucedieren como venidas de la mano de Dios y por particular disposicion y providencia suya, y que os las envia para vuestro mayor bien y provecho, y de esa manera os habreis bien en ellas. ¿Teneis falta de modestia, sois fácil en volver los ojos y la cabeza á una parte y á otra, ó curioso en querer saber nuevas é inquirir todo lo que pasa? Traed exámen de andar en la presencia de Dios y de hacer todas las cosas de manera que pue-

(1) Aug. *lib. 8 confes. c. 9.*
(2) Trat. III, c. 9.

(1) Constitui te hodie, ut evellas, et destruas, et dispergas, et disipes, et aedifices, et plantes. *Jer.* I, 10.

dan parecer delante de su acatamiento, y en breve os hallareis modesto, recogido y espiritual; y eso sin cansancio ninguno y parece que sin reparar en ello; sino, mirad cómo cuando salis de la oracion devoto, no os toma gana de hablar ni de mirar; porque el trato y conversacion con Dios os hace olvidar de todo eso. Y si quereis tomar y remediar todas esas faltas esteriores una á una, fuera de ser ese un camino muy largo y prolijo, muchas veces si quereis traer exámen de la modestia de los ojos no le sabeis traer y os duele luego la cabeza por querer andar tan enfrenado. Y asi reprende un doctor á los maestros de espíritu que todo se les va en avisar de estas faltas esteriores, y dice que el principal cuidado del buen maestro y pastor de las almas ha de ser reformar el corazon y hacer que entre uno dentro de sí como dice la Sagrada Escritura de Moisés: «Llevaba el ganado á lo interior del desierto (1).» Tratad vos de reformar el corazon, y luego quedará todo reformado.

CAPITULO IV.

Que el exámen particular se ha de traer de una cosa sola.

El exámen particular siempre se ha de traer de una cosa sola, como el nombre lo dice. Y la razon por que conviene se haga asi, es porque de esa manera es mas eficáz este medio y de mayor efecto que si le trajésemos de muchas cosas juntas; porque claro está, y la misma razon natural nos lo enseña, que mucho mas puede el hombre contra un vicio que tomándolos todos juntos, porque «quien mucho abarca poco aprieta (2),» y uno á uno se vencen mejor los enemigos. Este modo de vencer nuestros enemigos, que son nuestros vicios y pasiones, dice Casiano (1) que nos enseñó el Espíritu Santo, dando instruccion á los hijos de Israel cómo se habian de haber con aquellas siete gentes y naciones contrárias para vencerlas y destruirlas: «No las podreis vencer todas juntamente, les dice; pero poco á poco os dará Dios victoria de todas ellas (2).»

Y nota Casiano, como respondiendo á una tácita objecion, que no tiene uno que temer que ocupándose contra un solo vicio y poniendo allí su principal cuidado, los demas le hagan mucho daño. Lo primero, porque ese mismo cuidado, que trae de enmendarse de ese vicio particular, causará en su ánima un horror y aborrecimiento grande contra todos los demas vicios, por la razon comun en que todos convienen, y asi andando armado y prevenido contra aquel particular, andará armado contra todos, y guardado y defendido de ellos. Lo segundo, porque el que anda con cuidado en el exámen particular de desarraigar de sí una cosa, va cortando la raiz que hay en el corazon para todas las demas, que es la licencia de dejarle salir con todo lo que quisiera; y asi, el traer exámen contra un vicio es pelear contra todos los vicios, porque aquella sofrenada y apercibimiento para aquel particular lo es tambien para los demas, como se ve en un caballo desbocado, que el tirar la rienda y darle la sofrenada para que no se desmande y corra con desórden por un camino, sirve tambien para que no corra con desórden por otros. Y á esto se añade lo tercero, que hacemos tambien cada dia otro exámen general que abraza todo lo demas.

En tanto grado ha de ser el no traer el

(1) Minabat gregem ad interiora deserti. *Exod.* III.
(2) Pluribus intentus, minor est ad singula sensus.

(1) Cassian. *coll.* 5. *Abbatis Serap.*, c. 11.
(2) Dominus Deus tuus consumet nationes has in conspectu tuo paulatim, atque per partes; non poteris eas delere pariter. *Deuter.* VII, 22.

exámen particular sino de una cosa sola, que aun un vicio ó una virtud conviene muchas veces y lo mas ordinario dividir en partes y grados é ir poco á poco trayendo exámen particular, primero de una parte ó grado y despues de otra, para asi poder mejor conseguir lo que se desea, porque si lo tomásemos en general todo junto no haríamos nada; como si uno quiere traer exámen particular de desarraigar de si la soberbia y alcanzar la humildad, no lo ha de tomar asi en general: «no tengo de ser soberbio en nada, sino en todo humilde,» porque eso comprende mucho, seria mas que si trajese exámen de tres ó cuatro cosas juntas, y asi hará poca hacienda, porque abarca mucho; sino ha de dividir eso en partes ó grados, porque de esa manera divididos los enemigos y tomando á cada uno por sí, se vencerán mejor y vendremos á alcanzar mas brevemente lo que deseamos.

Para que esto se pueda poner mejor en práctica pondremos aqui algunas cosas principales de que se puede traer el exámen particular, dividiéndolas en sus partes y grados; y aunque en algunas virtudes hacemos esto en sus tratados particulares, pero para que se halle todo junto, por ser este su propio lugar, lo recogeremos aqui, y podranos tambien servir de dechado y espejo en que nos miremos si vamos aprovechando, y veamos lo que nos falta para alcanzar la perfeccion.

CAPITULO V.

Cómo se ha de traer y dividir el exámen particular por las partes y grados de las virtudes.

De la humildad.

I. No decir palabras que puedan redundar en mi alabanza y estima.

II. No holgarme cuando otro me alaba y dice bien de mí, antes tomar de eso ocasion para humillarme y confundirme mas, viendo que no soy tal como los otros piensan, ni cual debia ser; y con esto se puede juntar holgarme cuando alaban y dicen bien de otro. Y cuando tuviere algun sentimiento de esto, ó algun movimiento de envidia, apuntarlo por falta, y tambien cuando tuviere alguna contemplacion ó contentamiento vano de que dicen bien de mí.

III. No hacer cosa alguna por respetos humanos, ni por ser visto y estimado de los hombres, sinó puramente por Dios.

IV. No escusarme, y mucho menos echar la culpa á otro ni esterior ni interiormente.

V. Cortar y cercenar luego los pensamientos vanos, altivos y soberbios que me vinieren de cosas que toquen á mi honra y estima.

VI. Tenerlos á todos por superiores, no solo en sola la especulacion, sino en la práctica y en el ejercicio, habiéndome con todos con aquella humildad y respeto como si me fuesen superiores.

VII. Llevar bien todas las ocasiones que se me ofrecieren de humildad, y en esto tengo de ir creciendo y subiendo por estos tres grados: 1.° Llevándolas con paciencia; 2.° Con prontitud y facilidad; 3.° Con gozo y alegría. Y no tengo de parar hasta tener gozo y regocijo en ser despreciado y tenido en poco, por parecer é imitar á Cristo nuestro Redentor que quiso ser despreciado y tenido en poco por mí.

VIII. Lo octavo se puede traer exámen particular, asi en esta materia como en otras semejantes, de hacer algunos actos y ejercicios de humildad, y de cualquiera otra virtud de que trajere uno exámen particular, asi interiores como esteriores, actuándose en aquello tantas veces á la mañana y tantas á la tarde, comenzando con menos y yendo añadiendo mas hasta que vaya ga-

nando hábito y costumbre en aquella virtud.

De la caridad fraterna.

I. No murmurar ni decir falta alguna de otro, aunque sea ligera y pública, ni deshacer sus cosas, ni dar muestra alguna de desestima de él ni en presencia ni en ausencia, sino procurar que de mi boca todos sean buenos, honrados y estimados.

II. Nunca decir á otro: «Fulano dijo esto de vos,» siendo cosa que puede recibir algun disgusto por pequeño que sea, porque es sembrar discordias y zizaña entre los hermanos.

III. No decir palabras picantes, ni de que otro se pueda mortificar, ásperas ó impacientes. No porfiar, ni contradecir, ni reprender á otro sin tener cargo de ello.

IV. Tratar á todos con amor y caridad, y mostrarlo en las obras procurando acudirles, ayudarles y darles contento en cuanto pudiere; y especialmente cuando uno tiene oficio de acudir á otros, ha de procurar mucho esto, y suplir con el buen modo y con las buenas respuestas y palabras lo que no pudiere con la obra.

V. Evitar cualquier aversion, y mucho mas el mostrarla, como seria dejar, por algun disgusto, de hablar á otro y de acudirle en algo pudiendo, ó dar significacion alguna de estar quejoso de él.

VI. No ser singular con ninguno en el trato, evitando familiaridades y amistades particulares que ofenden.

VII. No juzgar á nadie, antes procurar de escusar sus faltas consigo y con otros teniendo mucha estima de todos.

De la mortificacion.

I. Mortificarme en las cosas y ocasiones que se ofrecen sin andarlas yo á buscar, ahora vengan inmediatamente de parte de Dios, ahora vengan por medio de los superiores, ó por medio de nuestros prójimos y hermanos ó por otra cualquiera via, procurando llevarlas bien y aprovecharme de ellas.

II. Mortificarme y vencerme en todo aquello que me impidiere el guardar mis reglas y el hacer bien hechas las cosas ordinarias que cada dia hago, asi espirituales como esteriores; porque todas las faltas que en esto hacemos, son, ó por no vencernos y mortificarnos en padecer algun trabajo, ó por no abstenernos de algun gusto y deleite.

III. Mortificarme en andar con la modestia que debo á religioso, y especialmente en lo que toca á ojos y lengua, cuando en eso hubiere alguna falta.

IV. Mortificarme en algunas cosas que lícitamente pudiera hacer, como en no salir del aposento, no ver alguna cosa curiosa, no preguntar ni querer saber lo que no importa, no decir alguna cosa que tengo gana de decir, y otras cosas semejantes; trayendo exámen de hacer tantas mortificaciones de estas á la mañana y tantas á la tarde, comenzando con menos y yendo añadiendo mas, porque el ejercicio de estas mortificaciones voluntarias, aunque sea en cosas pequeñas, es de muy gran provecho.

V. Mortificarme en las mismas cosas que tengo obligacion de hacer, de esta manera, que cuando voy á comer, estudiar, leer, predicar ó á otro cualquier ejercicio de que gusto, mortifique primero mi apetito y voluntad, diciendo con el corazon: «no quiero, Señor, hacer esto por mi gusto, sino porque Vos lo quereis.»

De la abstinencia, ó gula.

I. No comer cosa alguna antes ni despues de la hora comun, ni fuera del lugar de la refeccion.

II. Contentarme con lo que se da á la comunidad, no queriendo otras cosas, ni

aquellas mismas guisadas de otra manera, no admitiendo particularidades sin muy conocida necesidad.

III. En esas cosas comunes no esceder en la cantidad la regla de la templanza.

IV. No comer con mucha ánsia, ni con mucha priesa, sino con modestia y decencia, no dejándome llevar del apetito.

V. No hablar de cosas de comida, y mucho menos murmurar ó quejarme de ella.

VI. Cortar y atajar pensamientos de gula.

De la paciencia.

I. No dar alguna señal esterior de impaciencia, antes darla de mucha paz en palabras y obras y en el semblante del rostro, reprimiendo todos los movimientos y afectos contrarios.

II. No dar lugar que entre en el corazon perturbacion alguna, ó sentimiento, ó indignacion, ó tristeza; y mucho menos deseo de venganza alguna, aunque sea muy liviana.

III. Tomar todas las cosas y ocasiones, que se me ofrecieren, como enviadas de la mano de Dios para mi bien y provecho, de cualquiera manera y por cualquier medio ó via que vengan.

IV. Irme ejerciendo y actuando en esto por estos tres grados: lo primero, llevando todas las cosas que se me ofrecieren con paciencia; lo segundo, con prontitud y facilidad; lo tercero, con gozo y alegría, por ser aquella la voluntad de Dios.

De la obediencia.

I. Ser puntual en la obediencia esterior, dejando la letra comenzada, y acudiendo tambien á la significacion de la voluntad del superior sin esperar mandato espreso.

II. Obedecer de voluntad y corazon, teniendo un mismo querer y voluntad con el superior.

III. Obedecer tambien con el entendimiento y juicio, teniendo un mismo parecer y sentir con el superior, no dando lugar á juicios ó razones contrarias.

IV. Tomar la voz del superior y de la campanilla como si fuese voz de Dios; y obedecer al superior, cualquiera que sea, como á Cristo nuestro Señor, y tambien á los oficiales subordinados.

V. Tener obediencia ciega: esto es, obedecer sin inquirir ni examinar, ni buscar razones por qué ni para qué; sino que me baste por razon el ser obediencia y mandarlo el superior.

VI. Pasar á los actos de voluntad, actuándome cuando obedezco, en que estoy allí haciendo la voluntad de Dios, y que ese sea todo mi gusto y contento.

De la pobreza.

I. No dar ni recibir de otro, de dentro ó fuera de casa, cosa alguna sin licencia.

II. No prestar ni tomar cosa alguna de la casa ó aposento de otro, sin licencia.

III. No tener cosa alguna superflua, deshaciéndome de todo lo que no fuere necesario, así en los libros y aderezo del aposento, como en el vestido y en todo lo demas.

IV. En las mismas cosas necesarias de que usare, tengo de procurar parecer pobre, pues lo soy, procurando que sean de las mas pobres, llanas y de menos valor; de manera, que en el aposento, vestido, comida y en todo lo demas resplandezca siempre la virtud de la pobreza, y se eche de ver que soy pobre; deseando y holgándome que lo peor de casa sea siempre para mí, para mi mayor abnegacion y provecho espiritual.

V. Holgarme que aun en las mismas cosas necesarias me falte algo, porque ese es verdadero y perfecto pobre de espíritu é imitador de Cristo nuestro Redentor que,

siendo tan rico y poderoso (1), se hizo pobre por nuestro amor y quiso sentir falta en las cosas necesarias, padeciendo hambre, sed, frio, cansancio y desnudez.

De la castidad.

I. Traer recato en la vista, no mirando personas ni cosas que puedan ser incentivo de tentacion.

II. No decir ni oir palabras que toquen á esta materia, ó que puedan despertar movimientos ó pensamientos malos, ni decir cosas semejantes.

III. No dar lugar á pensamientos ningunos que toquen á esto, aunque sea muy de léjos, desechándolos con mucha diligencia y presteza luego al principio.

IV. No tocar á otra persona ni en las manos, y mucho menos en rostro ó cabeza, ni dejarse tocar.

V. Guardar consigo mismo mucha decencia y honestidad en no mirarse, descubrirse ó tocarse, fuera de lo precisamente necesario.

VI. No tener amistades particulares ni dar ni recibir donecillos ni cosas de comer. Y con personas ocasionadas y con quien siente este afecto é inclinacion andar con mucho recato huyendo buenamente su trato y conversacion, que suele ser único remedio en estas cosas.

De hacer las obras ordinarias bien hechas.

I. No dejar dia ninguno de hacer mis ejercicios espirituales cumplidamente, dándoles todo el tiempo diputado para ellos; y cuando en ese tiempo hubiese alguna ocupacion forzosa, suplirlo en otro.

II. Hacer la oracion mental y los exámenes general y particular bien hechos, guardando sus adiciones y deteniéndome en los exámenes en el dolor y confusion de las faltas, y en el propósito de enmendarme de ellas, mas que en examinar las veces que he faltado, porque en eso está la fuerza y fruto del exámen, y por falta de esto suelen algunos aprovecharse poco de él.

III. Hacer bien los demas ejercicios espirituales, misa, rezar, leccion espiritual y las penitencias y mortificaciones, asi públicas como particulares, procurando sacar de ello el fin y fruto para que está ordenada cada cosa, y no haciéndola como por costumbre, por cumplimiento y ceremonia.

IV. Hacer mi oficio y ministerios bien hechos, haciendo todo lo que yo pudiere y fuere de mi parte, para que vayan bien, como quien lo hace por Dios y delante de Dios.

V. De no hacer falta ninguna de propósito.

VI. De hacer mucho caso de cosas pequeñas.

VII. Y porque en hacer bien y con perfeccion estas obras ordinarias, que cada dia hacemos, está mi aprovechamiento y perfeccion, tengo de tener mucho cuidado de tiempo en tiempo, cuando sintiere que me voy entibiando en esto, tornar á traer por algunos dias el exámen particular de ello, para renovarme y rehacerme en hacerlas bien.

De hacer todas las cosas puramente por Dios.

I. No hacer cosa por respeto alguno humano, ni por ser visto y estimado de los hombres, ni por mi comodidad ó interés, ni por mi gusto ó contentamiento.

II. Hacer todas las obras puramente por Dios, acostumbrándome á referirlas actualmente todas á Dios: lo primero, á la mañana en despertando; lo segundo, al principio de cada obra; lo tercero, tambien en la misma obra, levantando muchas veces en ella el corazon á Dios, diciendo: «por vos, Señor, hago esto, por vuestra gloria, porque Vos asi lo quereis.»

(1) II. ad Cor. VIII, 9.

III. Ir trayendo este exámen de actuarme en lo sobredicho tantas veces á la mañana y tantas á la tarde, comenzando con menos y yendo añadiendo mas, hasta que vaya ganando hábito y costumbre de levantar muy frecuentemente el corazon en las obras á Dios, y que ya no se me vayan los ojos á mirar en ellas otra cosa que su Divina Magestad.

IV. No tengo de parar en este exámen y ejercicio hasta que venga á hacer las obras como quien sirve á Dios y no á hombres, y hasta que venga á hacerlas de tal manera que esté siempre en ellas actualmente amando á Dios, holgándome de que estoy alli haciendo su voluntad, y que todo mi gusto y contentamiento en ellas sea ese; de suerte, que cuando estuviere obrando, mas parezca que estoy amando que obrando.

V. Esta ha de ser la presencia de Dios en que tengo de andar, y la continua oracion que tengo de procurar traer; porque será muy buena y muy provechosa para mi alma, y me ayudará á hacer las cosas bien hechas y con perfeccion.

De la conformidad con la voluntad de Dios.

I. Tomar todas las cosas y ocasiones que se ofrecieren, ahora sean grandes, ahora pequeñas, por cualquier via y de cualquier manera que vengan, como venidas de la mano de Dios, que me las envia con entrañas de padre para mi mayor bien y provecho, y conformarme en ellas con su santísima y divina voluntad, como si viese al mismo Cristo que me está diciendo: «hijo, yo quiero que ahora hagas ó padezcas esto.»

II. Procurar ir creciendo y subiendo en esta conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas por estos tres grados: lo 1.° llevándolas con paciencia; lo 2.° con prontitud y facilidad; lo 3.° con gozo y alegría, por ser aquella la voluntad y contento de Dios.

III. No tengo de parar en este exámen y ejercicio hasta que halle un entrañable gusto y regocijo en que se cumpla en mí la voluntad del Señor, aunque sea con trabajos, menosprecios y dolores, y hasta que todo mi gozo y contento sea la voluntad y contento de Dios.

IV. No dejar de hacer cosa que entienda ser voluntad de Dios y mayor gloria y servicio suyo, procurando imitár en esto á Cristo Nuestro Redentor, que dijo: "Yo siempre hago aquello que agrada mas á mi Eterno Padre (1)."

V. Andar en este ejercicio será muy buen modo de andar en la presencia de Dios y en contínua oracion y muy provechoso.

VI. El exámen de la mortificacion que pusimos arriba se podrá traer mejor por via de conformidad con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas y ocasiones como venidas de la mano Dios, de la manera que aqui se ha dicho, y de esta manera será mas fácil y gustoso, y mas provechoso, porque será ejercicio de amor de Dios.

Háse de advertir que no queremos decir que el exámen particular se haya de traer por el órden que aqui se ponen las virtudes, ni por el órden de los grados ó partes que se pone en cada una de ellas; sino la regla que en esto se ha de tener ha de ser que cada uno escoja la virtud de que mas necesidad tuviere, y en ella comience por aquella parte ó grado que mas ha menester; y en concluyendo con eso, vaya escogiendo de lo demas lo que mas le conviniere hasta alcanzar la perfeccion de aquella virtud con la gracia del Señor.

CAPITULO VI.

Que no se ha de mudar fácilmente la materia del exámen particular, y qué tanto tiempo será bien traerle de una misma cosa.

Háse de advertir aqui que no habemos

(1) Ego quae placita sunt ei facio semper. *Joann.* VIII, 29.

de mudar fácilmente la materia del exámen, tomando ya una cosa ya otra, porque eso es andar, como dicen, alrededor y no hacer jornada; sino habemos de procurar seguir una cosa hasta el cabo, y despues dar trás otra. Una de las causas de aprovecharse algunos poco del exámen suele ser esta, porque no hacen sino dar unas arremetidas, trayendo exámen sobre una cosa por ocho ó quince dias, ó por un mes, y luego se cansan y pasan á otra sin haber alcanzado la primera, y dan otra arremetida, y despues otra. Asi como el que tomase á pechos subir una piedra, por una ladera arriba, á la cumbre de un monte, y despues de subida ya un trecho, se cansase y la soltase y dejase rodar hasta abajo, y despues tornase otra y otra vez á hacer lo mismo, este nunca jamás, por mucho que trabajase, acabaria de poner esta piedra en su lugar: asi son los que comienzan á traer exámen de una cosa, y antes de llevarla al cabo y alcanzarla, la dejan y toman otra y otra. Esto es cansar y no acabar; "siempre aprender, y nunca llegar al conocimiento ó ciencia de la verdad (1)." Este negocio de la perfeccion no se alcanza con arremetidas, sino con mucha perseverancia; es menester insistir y tomar á pechos una cosa, y porfiar hasta salir con ella, aunque nos cueste mucho.

Dice el glorioso San Crisóstomo: «asi como los que caban algun tesoro ó alguna mina de oro ó plata, no dejan de cabar y sacar la tierra, y quitar todos los impedimentos que se les ponen delante, y ahondar diez y veinte estados, hasta dar con el tesoro que buscan, asi nosotros que buscamos las verdaderas riquezas espirituales y el verdadero tesoro de la virtud y perfeccion, no habemos de descansar hasta dar con él, venciendo todas las dificultades, sin que cosa alguna se nos ponga delante (1).» "Perseguiré mis enemigos, dice el Profeta (2), y no me cansaré ni volveré atras hasta alcanzar victoria de ellos." Esta santa porfia es la que vence al vicio y alcanza la virtud, y no el dar arremetidas.

Pues entremos ahora en cuenta. ¿De cuántas cosas habeis traido exámen despues que tratais de eso? Si habeis salido con todas, ya sereis perfecto; y si no habeis salido con una, ¿para qué la dejastes? Direis que no os iba bien en aquello. Y aun por eso no os va bien, porque andais mudando hitos, y no teneis perseverancia en llevar una cosa hasta el cabo. Si trayendo exámen y cuidado particular de aquella cosa decis que no os iba bien en ella, peor os irá no trayendo exámen de ella. Porque si el que propone falta muchas veces, ¿qué será el que tarde ó nunca propone? Todavia aquel proponer á la mañana, y á medio dia, y á la noche, os será algun freno para no caer tantas veces. Y aunque os parezca que nunca os acabais de enmendar y que no haceis nada, no por eso desmayeis y lo dejeis, sino humillaos y confundios en el exámen, y tornad á proponer y comenzar de nuevo, que para eso permite Dios las caidas y que quede algun gebuseo en la tierra de vuestra ánima, para que acabeis de entender que no podeis nada por vuestras fuerzas, sino que todo os ha de venir de la mano de Dios, y asi tengais recurso á él y andeis siempre colgado de él. Muchas veces anda uno con esto mas fervoroso y diligente en su aprovechamiento que si luego le diera el Señor lo que deseaba (3).

Pero preguntará alguno: ¿cuánto tiempo será bueno traer exámen particular sobre

(1) Semper discentes, et numquam ad scientiam veritatis pervenientes. *II. ad Tim.* III, 7.

(1) Chrysot. *hom.* 5, *super Gen.*

(2) Persequar inimicos meos et comprehendam illos, et non convertar donec deficiant. *Ps.* XVII, 38.

(3) Trat. 8, c. 31.

una cosa? San Bernardo y Hugo de Santo Victor tratan esta cuestion: ¿cuánto tiempo será bueno pelear contra un vicio? Y responde: que hasta que vaya tan de caida el vicio que, en asomando y rebelándose, luego le podais fácilmente reprimir y sujetar con la razon. De manera que no es menester esperar á no sentir la pasion, ni la repugnancia, que eso seria nunca acabar; dice Hugo de Santo Victor que eso es mas de ángeles que de hombres. Basta que ya aquel vicio ó pasion no os sea molesta, ni os dé mucho en que entender, sino que en levantándose la aventeis y echeis de vos con facilidad; entonces bien podreis pasar á pelear y traer exámen de otra cosa. Aun allá dijo Séneca: «peleamos contra los vicios, no para vencerlos del todo, sino para no ser vencidos (1).» No es menester que del todo no sintamos el vicio, basta que vaya ya de vencida, de manera que no nos sea impedimento ni estorbo para lo que nos conviene.

Para acertar mejor en esto, el medio mas conveniente es comunicarlo cada uno con su padre espiritual, que esta es una de las cosas principales en que es menester consejo, porque algunas cosas hay de que basta traer exámen poco tiempo, como digimos arriba (2); otras hay en que es bien empleado el exámen un año y aun muchos años, porque «si cada año desarraigásemos un vicio, presto seríamos perfectos (3);» y cosas hay que toda la vida será muy bien empleada en una de ellas, porque esa le bastará á uno para alcanzar la perfeccion. Y así habemos conocido algunos que han tomado á pechos una cosa y traido de ella exámen particular casi toda su vida, y así se señalaron y esmeraron en ella, unos en la virtud de la paciencia, otros en una profundísima humildad, otros en una conformidad grande con la voluntad de Dios, otros en hacer todas las cosas puramente por Dios. Pues de esta manera tambien nos habemos de procurar aventajar nosotros en alguna virtud, insistiendo y perseverando en eso hasta alcanzarlo. Y no quita esto el interrumpir algunas veces este exámen; antes conviene que se haga así, volviendo á traer exámen por ocho ó quince dias del silencio, de hacer bien hechos los ejercicios espirituales, de hablar bien de todos, de no decir palabra que pueda ofender á nadie en ninguna manera, y de otras cosas semejantes que suelen tornar á brotar y reverdecer en nosotros, y volvernos luego á nuestro puesto y proseguir nuestro intento principal, hasta salir con lo que pretendemos.

(1) Contra vitia pugnamus, non ut penitus vincamus, sed ne vincamur. *Seneca.*
(2) Cap. III.
(3) Thom. de Kempis.

CAPITULO VII.

Cómo se ha de hacer el exámen particular.

La segunda cosa principal que propusimos tratar es, cómo se ha de hacer este exámen. El exámen particular tiene tres tiempos, y dos veces examinarse (1). El primer tiempo es luego á la mañana, en levantándose, ha de proponer cada uno de guardarse con diligencia de aquel vicio ó defecto particular de que se quiere corregir y enmendar. El segundo tiempo es al medio dia, en que se ha de hacer el primer exámen, el cual tiene tres puntos; el 1.º es pedir gracia á nuestro Señor para acordarse cuántas veces ha caido en aquel defecto de que trae exámen particular; el 2.º es tomar cuenta á su ánima de aquel defecto ó vicio, discurriendo desde la hora que se levantó y propuso hasta la hora presente, y ver cuántas veces ha caido en él, y ha de hacer tantos puntos en una línea ó raya de

(1) S. Ignat. *exercit. spirit.*

un cuadernico ó librito, que ha de tener para esto, cuántas veces hallare haber caido; el 3.° pesarle de haber caido, pidiendo á Dios perdon de ello y proponer de no caer á la tarde en aquello con la gracia del Señor. El tercer tiempo es á la noche, antes de acostarse: entonces se ha de hacer el exámen segunda vez, ni mas ni menos que al medio dia, por aquellos tres puntos, discurriendo desde el exámen pasado hasta entonces, y poniendo en otra segunda línea tantos puntos cuantas veces hallare haber caido; y para estirpar mas fácilmente y mas presto aquel defecto ó vicio de que traemos exámen, pone nuestro Padre cuatro advertencias que llama adiciones: la primera, que cada vez que cae el hombre en aquel vicio ó defecto particular, se arrepienta de ello poniendo la mano en el pecho, lo cual se puede hacer aunque esté delante de otros sin que sientan lo que hace: la segunda, que á la noche, despues de hecho el exámen, confiera los puntos de la tarde con los de la mañana, á ver si ha habido alguna enmienda: la tercera y cuarta, que confiera tambien el dia de hoy con el de ayer, y la semana presente con la pasada para este mismo efecto.

Toda esta doctrina es sacada de los Santos. El bienaventurado San Antonio Abad, como se refiere en la Historia Eclesiástica (1), aconsejaba que se notasen por escrito las faltas que resultaban del exámen, para que asi se avergonzase mas el hombre y tratase de enmendarse viendo y considerando sus faltas. Lo mismo dice San Juan Clímaco (2), el cual, no solo á la noche y al tiempo del exámen, sino á todas horas quiere que ande uno notando la falta en que cae luego en haciéndola, para que asi pueda mejor hacer el exámen, como el buen cambiador ó mercader, y el buen despensero, luego apunta en un memorial lo que vende ó compra, para que no se quede nada por olvido, y asi á la noche pueda hacer mejor sus cuentas. San Basilio y San Bernardo espresamente ponen (1) y aconsejan el conferir un dia con otro, para que asi pueda uno conocer mejor su aprovechamiento, y procure con diligencia ser cada dia mejor y mas semejante á los ángeles. San Doroteo aconseja el conferir una semana con otra y un mes con otro (2).

El modo que nos pone nuestro Padre de tomar la enmienda de nuestra falta á trechos y poco á poco, de medio dia en medio dia no mas, es un medio que pone San Crisóstomo, San Efren y San Bernardo (3) por eficacísimo para desarraigar cualquier vicio ó falta que tengamos; y aun allá le pone Plutarco (4) y trae el ejemplo del otro que de su condicion era muy colérico y sentia mucha dificultad en irse á la mano, y tomó por tarea no enojarse por un dia, y asi estuvo un dia sin enojarse, y luego esotro dia dice: «pues hoy tampoco me tengo de enojar, por hoy siquiera;» y guardólo, que tampoco se enojó aquel dia, é hizo asi otro dia y otro hasta que vino á hacerse de una condicion muy suave y blanda: pues este es el modo que nos enseña nuestro Padre en el exámen particular para que la pelea se nos haga mas fácil. Asi como al enfermo que tiene hastío le dan poco á poco la comida, para que la pueda comer; si le pusiésedes delante toda la gallina, pareceriale imposible haber de comer todo aquello y no podria comer bocado, cortáisle un

(1) Sozzomen. *lib.* 1, *hist. Tripart. c.* 11, *et* Niceph. *lib.* 8, *cap.* 4.
(2) S. Joann. Clym. *c.* 4.

(1) Basil. *serm.* 1, *de abdicatione sive renunt. sæculi istius et spirit. perf.*—Bernard. *in spec. monachorum.*
(2) Dorotheus, *doctr.* 10.
(3) Chrys., *serm. contra concubinarios.*—Bernard. *in quadam formula bene vivendi canonicor. et vicariorum. c.* 24.
(4) Plutarc. *in dialogo de cohibenda iracundia.*

poquito y dáisselo, y lo otro tenéislo allá escondido entre dos platos: de esa manera, poco á poco, bocadico á bocadico le haceis comer todo lo que ha menester; á ese modo nos quiere llevar nuestro Padre en el exámen particular como á enfermos y flacos; poco á poco, de medio dia en medio dia, para que lo podamos llevar, porque si lo tomásemos todo junto, «en todo el año no tengo de hablar, toda mi vida tengo de andar los ojos bajos, tan enfrenado y con tanta modestia:» en solo pensarlo, por ventura os cansareis y os parecerá que no lo podreis llevar y que será una vida triste y melancólica; pero por medio dia siquiera, por una mañana hasta hora de comer, ¿quién no andará compuesto y enfrenada la lengua? Despues á medio dia proponeis solamente para la tarde, porque esotro dia Dios dijo lo que será; y ¿qué sabeis si llegareis allá? y si llegáredes, tampoco es mas que un dia, y no os pesará mañana de haber andado hoy con ese recato, ni quedareis cansado de haber andado con cuidado el dia de hoy, antes os hallareis muy alegre por ello y mas dispuesto para hacerlo mejor y con mas facilidad y suavidad. Algunas veces creo que faltan algunos en hacer hincapié en esto de proponer solamente por este medio dia, y ayudaríales mucho para proponer con mas eficacia.

En las Crónicas de San Francisco (1) se cuenta de fray Junipero que, aunque él siempre hablaba muy poco, pero una vez, por seis meses contínuos, guardó perpetuo silencio, de esta manera: el primer dia, propuso de no hablar por honra de Dios Padre; el segundo, á reverencia de Dios Hijo; le tercero, por reverencia del Espíritu Santo; el cuarto, por amor de Nuestra Señora; y asi discurria por todos los Santos, guardando cada dia el silencio con nuevo fervor y devocion por amor de alguno de ellos. De esta manera se anima uno mas á enmendarse de aquello de que trae exámen particular, y se confunde y avergüenza tambien mas de las faltas que hace, pues en tan poco tiempo no pudo cumplir su propósito; y asi, por todas partes nos ayudará mucho este medio.

(1) P. 2, lib. 6, c. 38. *Histor. Minorum.*

CAPITULO VIII.

Que en el exámen habemos de insistir y detenernos, principalmente en el dolor y propósito de la enmienda.

Lo que particularmente se debe advertir mucho acerca del modo de hacer el exámen, es, que de tres puntos que tiene, los dos postreros son los mas principales: que es, el dolernos y arrepentirnos de nuestras culpas y descuidos, y el proponer firmemente la enmienda, conforme á aquello del Profeta: "Compungios en vuestras camas (1)." En esta compuncion y arrepentimiento y en este propósito firme de no tornar á caer, está toda la fuerza y eficacia del exámen para enmendarnos, y asi en esto se ha de gastar el principal tiempo. Una de las causas principales por que muchos se aprovechan y enmiendan poco en los exámenes, es, porque se les va todo aquel tiempo en andar buscando las veces que cayeron en las faltas, y apenas han acabado este punto, cuando se acaba el tiempo del exámen y hacen superficialmente lo demas, no se detienen en el dolor y arrepentimiento de sus culpas, ni en confundirse y pedir perdon de ellas, ni en hacer propósitos firmes de enmendarse á la tarde ó esotro dia, ni en pedir á Dios gracia y fuerzas para ello; de ahí viene que cuantas veces caísteis hoy, tantas caeis mañana, porque

(1) Et in cubilibus vestris compungimini. *Ps.* IV, 5.

en el exámen no hicisteis sino acordaros y traer á la memoria las veces que habiades caido, y ese no es medio para enmendaros, sino es el primer punto del exámen, y el fundamento sobre el cual han de caer esotros dos puntos principales. El medio eficaz para enmendaros, es el doleros y arrepentiros muy de veras de vuestras culpas, y proponer firmemente la enmienda y pedir á nuestro Señor gracia para ello; y si eso no haceis, no os enmendareis. Andan tan bien hermanadas entre sí estas dos cosas, dolor de lo pasado y enmienda en lo porvenir, que al paso que anda lo uno, anda lo otro; porque cierto es que, cuando aborrecemos de veras alguna cosa, ponemos cuidado para no dar en ella.

Cada dia decimos y predicamos esto á los seglares, razon será que lo tomemos para nosotros. ¿Qué es la causa, decimos, que los del mundo tornan tan fácilmente á recaer en los mismos pecados despues de tantas confesiones? ¿Sabeis qué? La causa suele ser muy comunmente que no los aborrecieron de veras, ni vienen á las confesiones con propósitos firmes de nunca mas tornar á pecar; y así, como nunca el corazon se acaba de volver del todo á Dios, sino á media cara, como dicen, fácilmente se vuelven á lo que nunca dejaron del todo: que si de veras les pesara y aborrecieran el pecado, y tuvieran propósito firme de nunca mas volver á pecar, no tornaran tan fácilmente á él luego, en saliendo de la confesion, como si no se hubieran confesado: pues por eso tambien caeis vos en las mismas faltas á la tarde que á la mañana, y hoy en las mismas que ayer, porque no os pesó de veras de ellas; no las aborrecísteis de corazon, no propusisteis firmemente la enmienda ni os detuvisteis en eso, que, si eso hiciérades, no tornárades tan fácilmente y tan presto á ellas, porque no solemos nosotros hacer tan fácilmente aquello que aborrecimos y nos dolió y dió pena el haberlo hecho.

El dolor y arrepentimiento de los pecados, cuando es verdadero, no solo quita los pecados pasados, sino es medicina preservativa para lo porvenir, como dijimos arriba (1): porque el que anda aborreciendo el pecado, lejos está de caer de nuevo en él. Aun allá el otro filósofo conoció la eficacia y fuerza de este medio para no caer en pecado, porque pidiéndole una mala muger un precio escesivo por pecar, respondió: «No compro yo tan caro el arrepentirme y el pesarme (2).» Nótese esta razon que es digna, no solo de filósofo, sino de hombre cristiano y religioso. Algunas veces me pongo á considerar el desatino de los que se atreven á pecar con decir: «despues me arrepentiré y Dios me perdonará.» Pues ¿cómo, en qué seso cabe que por cumplir ahora vuestro apetito y recibir un gusto breve que se pasa en un momento, escojais y compreis tener despues toda la vida un perpétuo pesar y arrepentimiento de haberlo cumplido? Porque aunque es verdad que Dios os perdonará despues ese pecado, si os arrepentis de él; pero al fin, para que os perdone, es menester que os arrepintais y os pese despues de haberlo hecho. Mucha fuerza hace esta razon, aun hablando acá de las tejas abajo, aunque no hubiese por medio el amor de Dios, que ha de ser siempre lo principal, sino solo nuestro contento y amor propio. No quiero hacer aquello que sé que despues me ha de dar mucha pena y mucho dolor el haberlo hecho; el gusto de hacerlo se pasa en un momento, y el pesar y dolor de haberlo hecho ha de durar toda la vida; de manera que nunca jamás me puedo contentar ni complacer de ello. Gran desatino es escojer tanto pe-

(1) Trat. 3, c. 5.
(2) Ego tanti pœnitere non emo. *Demosthenes. Refert. Aulus Gelius, l. 1, c. 8.*

sar por tan pequeño placer: *Ego tanti poenitere non emo*; y mejor el Apóstol: "¿Qué fruto sacasteis de aquello de que ahora os avergonzais? (1)" ¿Qué tiene que ver aquel contentillo que tomastes, con el pesar que habeis de tener despues? Esto se ha de considerar de antemano antes de caer. Cuando viene la tentacion habeis de hacer esta cuenta y decir: «no quiero hacer aquello de que me tengo despues de avergonzar y arrepentir toda mi vida.» Aun acá, cuando quereis persuadir á uno que no haga una cosa, le decís: «mirad que os arrepentireis despues de haberlo hecho;» y dice el otro: «no me arrepentiré:» porque si pensase que se habia de arrepentir, bien vé que seria disparate hacer lo que despues le ha de pesar y dar mucha pena.

Esto he dicho para que se vea cuán eficaz medio es para no tornar á caer en las culpas el dolor y arrepentimiento verdadero de ellas; y para que se entienda cuánto importa el detenernos en esto en los exámenes. Es verdad que puede uno tener dolor y propósito verdadero de enmendarse, y con todo esto volver despues á caer; porque no somos ángeles, sino hombres flacos y de barro que se puede quebrar y deshacer y tornarse luego á rehacer; pero asi como cuando uno en acabándose de confesar se vuelve luego á los mismos juramentos y á los mismos deseos y pecados que acabó de confesar, solemos decir comunmente que no debió de tener contricion, ni dolor verdadero de aquello, ni propósito firme de enmendarse, pues tan presto se volvió á ello; asi tambien es grande indicio y argumento, que no os pesó á vos de veras, cuando hicistes el exámen á medio dia ó á la noche, de haber quebrantado el silencio, y que no tuvistes propósito firme de enmendaros de ello, el ver que luego á la tarde ó esotro dia lo quebrantais de la misma manera como si no hubiésedes hecho exámen; y lo mismo digo de las demas faltas de que traeis exámen. Aun delante de vuestros hermanos teneis vergüenza de decir una culpa ó que os la digan, cuando la habeis dicho ya otras tres ó cuatro veces; ¿cuánto mas la tendríades de Dios si de veras hubiéseis dicho la culpa delante de él, arrepintiéndoos de corazon y pidiéndole perdon y proponiendo la enmienda, no tres ó cuatro veces, sino mas de tres ó cuatro docenas de veces? No hay duda, sino que nos enmendaríamos y aprovecharíamos de otra manera, si nos arrepintiésemos y nos pesase de veras, y tuviésemos propósitos firmes de enmendarnos.

(1) Quem fructum habuistis tunc in illis, in quibus nunc erubescitis? *Ad Rom.* VI, 21.

CAPITULO IX.

Que ayuda mucho añadir al exámen algunas penitencias.

Aun no se contentaba nuestro Padre con el dolor y arrepentimiento y propósitos interiores, sino para que pueda uno salir mejor con lo que desea, leemos en su vida (1) que aconsejaba se añadiese al exámen particular alguna penitencia, poniéndonos cierta pena, la cual ejecutemos en nosotros todas las veces que cayéremos en aquella falta de que tenemos exámen. El P. fray Luis de Granada trae ejemplo de esto en algunos siervos de Dios, que él conoció: de uno dice que, cuando al exámen de la noche hallaba que habia escedido en alguna palabra mal hablada, se echaba una mordaza en la lengua en penitencia de ella; y de otro, que tomaba una disciplina, asi por esto como por otro cualquier defecto en que cayese. Del santo abad Agaton se dice que por tres años trajo una piedra en la boca para alcanzar la virtud del silencio (2). Co-

(1) *Lib. 5, c. 10, vitae S. P. N. Ignatii.*
(2) Refert Bolaterrau, *lib. 1, antroph.*

mo traemos acá un cilicio, para mortificar la carne, y que nos sirva de despertador para la castidad, asi traia aquel Santo una piedrecilla debajo de la lengua para que fuese como un cilicio suyo, y le sirviese de recuerdo y despertador para no hablar mas de lo necesario. Y de nuestro P. S. Ignacio leemos (1) que al principio de su conversion fué muy tentado de risa, y que venció esta tentacion á puras disciplinas, dándose tantos azotes cada noche, cuantas eran las veces que se habia reido en el dia, por liviana que hubiese sido la risa. Y suele aprovechar mucho este añadir alguna penitencia al exámen; porque con la penitencia queda el ánima hostigada y medrosa para no osar cometer otra vez aquella culpa. Con la espuela anda la bestia por lerda que sea. Ayuda tanto la espuela, que no mas de que ella sienta que la hay, aunque no le piquen, la hace caminar. Si cada vez que quebranta uno el silencio hubiese de hacer una disciplina pública ó comer tres dias pan y agua, que era la penitencia que antiguamente venia señalada en las reglas para los que quebrantaban el silencio, cierta cosa es que nos retraeria mucho de hablar.

Fuera de esto, y del mérito y satisfaccion que hay en ello, hay aqui otro bien grande, y es, que Dios nuestro Señor, viendo la penitencia con que uno se castiga y aflige, suele oir su peticion y deseo. Y este es uno de los efectos de la penitencia y mortificacion esterior que ponen los Santos, y lo trae nuestro Padre en el libro de los Ejercicios (2). Dijo el ángel á Daniel: "Desde el primer dia que determinaste afligirte delante del Señor, fué oida tu oracion (3)." Añadió el profeta Daniel á la oracion el ayuno y la mortificacion de su carne; y asi alcanzó la libertad de su pueblo y que le descubriese Dios grandes misterios, y le hiciese otros beneficios muy particulares. Y asi vemos que es y ha sido siempre muy usado en la Iglesia de Dios este medio para impetrar y alcanzar el favor de Dios en los trabajos y necesidades. Cuando el niño pide á la madre el pecho, de que tiene necesidad, y le pide solamente con el deseo, significando por señales, muchas veces se le niega la madre, ó se lo dilata; mas cuando se lo pide llorando y afligiéndose, no se puede contener la madre que no se le dé luego; asi cuando el hombre pide á Dios la virtud de humildad, de paciencia, de castidad, ó victoria de alguna tentacion, ú otra cosa semejante, si lo pide orando solamente con el deseo y palabra, muchas veces no alcanza lo que pide, ó se le difiere mucho; pero cuando con la oracion juntamos la penitencia y mortificacion de nuestra carne, y nos afligimos delante de Dios, entonces alcanzamos mucho mejor lo que pedimos y con mas certidumbre y brevedad. Ama Dios mucho á los justos, y viéndolos penados y afligidos por alcanzar lo que piden, compadécese y usa de mayor misericordia con ellos. Del Patriarca José dice la Escritura Divina que no se pudo contener viendo la afliccion y lágrimas de sus hermanos, sino que se les descubrió y les hizo participantes de todos sus bienes (1). ¿Qué hará el que nos ama mas que José y es mas hermano nuestro, viendo nuestra afliccion y dolor? Por todas partes nos ayudará mucho este medio.

Concuerda muy bien con esto lo que dice Casiano (2) del cuidado y diligencia con que habemos de andar en esta guerra y exámen particular. Si la pelea y exámen

(1) Lib. V, n. 10, *vitae S. P. N. Ignatii.*
(2) S. Ignat. 1. exerc. spirit. in addit.
(3) Ex die primo, quo posuisti cor tuum ad intelligendum, ut te affligeres in conspectu Dei tui, exaudita sunt verba tua. *Daniel.* X, 12.

(1) Non se poterat ultra cohibere Joseph, et dixit fratribus suis: ego sum Joseph. *Gen.* XLV, 1 et 3.
(2) Casian. *coll.* 3 *Abbatis Serapionis, cap.* 14.

particular ha de ser, como dijimos (1), de aquello de que más necesidad tenemos; si ha de ser de desarraigar aquella pasion ó inclinacion mala, que reina mas en nosotros y nos lleva mas tras sí y nos pone en mayores peligros y nos hace caer en mayores faltas; si ha de ser de vencer aquel vicio, el cual vencido, quedarán vencidos todos los demas; y de alcanzar aquella virtud con la cual habremos alcanzado todas las virtudes, ¿con cuánta solicitud y diligencia será razon que andemos en una cosa en que tanto nos vá? ¿Sabeis con cuánta? Dice Casiano (2): «Batalle principalmente contra el tal vicio poniendo todo su cuidado y atencion en vencerlo; contra él dirija las saetas de los cuotidianos ayunos; contra él cada momento arroje los suspiros del corazon; contra él vibre las lanzas de los gemidos; contra él aseste los trabajos de las vigilias y la meditacion de su corazon; contra él tambien derrame delante de Dios el llanto de las oraciones, pidiendo á su Magestad especial é incesantemente la victoria. No nos habemos de contentar con andar con este cuidado solamente en el exámen, sino tambien en la oracion; y no solamente en la oracion retirada, sino muchas veces, entre dia, habemos de levantar el corazon á Dios con oraciones jaculatorias y con suspiros y gemidos del corazon: «Señor, humildad: Señor, castidad: Señor, paciencia.» Para esto habemos de visitar muchas veces el Santísimo Sacramento, pidiendo con mucha instancia al Señor que nos dé gracia para alcanzar una cosa en que tanto nos va, y acudir á nuestra Señora y á los Santos que sean nuestros intercesores. A esto habemos de enderezar nuestros ayunos, silicios, disciplinas, y añadir algunas devociones, y ofrecer algunas mortificaciones particulares. Siempre habemos de traer atravesado aquello en el corazon, pues nos importa tanto. Si de esta manera y con este cuidado y diligencia anduviésemos en el exámen particular, presto sentiríamos el provecho, porque el Señor veria nuestra afliccion y oiria nuestra oracion, y cumpliria el deseo de nuestro corazon. Y débese notar mucho todo esto para ayudarnos de ello tambien en otras tentaciones y necesidades graves que se ofrecen. San Buenaventura dice (1) que nuestra Señora dijo á Santa Isabel de Hungria, que ninguna gracia espiritual viene al alma, regularmente hablando, sino por medio de la oracion y de las aflicciones del cuerpo.

(1) Cap. II.

(2) Adversus illud arripiat principale certamen, omnem curam mentis ac solicitudinem erga illius impugnationem observationemque defigens, adversus illud quotidiana jejuniorum dirigens spicula, contra illud cunctis momentis cordis suspiria, crebraque gemituum tela contorquens, adversus illud vigiliarum labores, ac meditationem sui cordis impendens, indesinenter quoque orationum ad Deum fletus fundens, et impugnationis suae extinctionem ab illo specialiter, ac jugiter poscens. *Loc. cit.*

CAPITULO X.

Del exámen general de la conciencia.

El exámen general de la conciencia tiene cinco puntos. El primero, es dar gracias á Dios por los beneficios recibidos: pónese primero el acordarnos de los beneficios recibidos, para que contraponiendo á eso las faltas y pecados que nosotros habemos hecho en recompensa de tantos beneficios, tomemos de ahí ocasion para confundirnos y sentirlos mas, como el Profeta Natán contó primero á David los beneficios que Dios le habia hecho, para afear y encarecer el pecado que habia cometido. El segundo punto, es pedir á nuestro Señor gracia para conocer las faltas y pecados en que habemos caido. El tercero, pedir cuenta á nuestra ánima, discurriendo desde la hora

(1) Bonav. *in vita Christi, cap.* 3.

que propusimos: primero, por los pensamientos; lo segundo, por las palabras; lo tercero, por las obras. El cuarto, es pedir á Dios perdon de las faltas que halláremos haber hecho, doliéndonos y arrepintiéndonos de ellas. El quinto, proponer la enmienda con la gracia del Señor, y acabar con un *Pater noster*.

Este exámen general se ha de hacer siempre con el particular, porque luego, á la mañana, en levantándonos, habemos de ofrecer á Nuestro Señor todo lo que hiciéremos aquel dia, asi como dice nuestro Padre en el exámen particular, que luego, en levantándonos, habemos de proponer de guardarnos de aquel vicio particular de que nos queremos enmendar, y ese es el primer tiempo del exámen particular; asi tambien entonces habemos de ofrecer á Dios todos los pensamientos, palabras y obras de aquel dia, que todo sea para gloria suya, proponiendo de no ofenderle y pidiéndole gracia para ello. Y todos es razon que tengan costumbre de hacerlo asi. Despues, dos veces al dia, á medio dia y á la noche, habemos de hacer el exámen general juntamente con el particular, y asi es la costumbre de la Compañía fundada en nuestras constituciones, y lo tenemos sacado en la primera regla de las comunes: «Todos, cada dia dos veces, dén el tiempo, que les fuere señalado, al exámen de su conciencia (1).» Asi como se concierta el reloj y se le suben las pesas dos veces al dia, á la mañana y á la noche, para que ande concertado, asi habemos de concertar el reloj de nuestro corazon con el exámen á la mañana y á la noche, para que ande siempre concertado. De manera que al medio dia, como discurrimos tomándonos cuenta de las veces que habemos faltado en aquello de que traemos exámen particular, desde la hora que propusimos, que fué en levantándonos hasta entonces, asi tambien habemos de discurrir y tomarnos cuenta de lo que habemos faltado en pensamientos, palabras y obras, desde que nos levantamos hasta entonces, y despues nos habemos de confundir y arrepentir juntamente de lo que hubiéremos faltado acerca del exámen particular y acerca del general, y proponer la enmienda para la tarde, asi de lo uno como de lo otro. Y á la noche habemos de hacer de la misma manera juntamente el exámen general con el particular, discurriendo y tomándonos cuenta solamente desde el exámen pasado de mediodia.

Lo principal que hay que advertir acerca del modo de hacer este exámen general, es lo mismo que dijimos del particular; que toda la fuerza y eficacia de él está en aquellos dos puntos postreros, que es en arrepentirnos y confundirnos de las culpas en que habemos caido, y en proponer firmemente la enmienda para la tarde ó para la mañana. Y en eso consiste el hacer bien el exámen y sacar fruto de él. Dice el P. Maestro Avila, tratando de este exámen: «Habeis de hacer cuenta que os han encomendado un hijo de un príncipe para que tengais cuidado continuo de mirar por él y ponerle en buenas costumbres y quitarle las malas, y que cada dia le pedís cuenta (1).» Pues si tuviésedes este cargo, claro está que no pondríades la fuerza de su enmienda en que os dijese cuántas veces ha caido y faltado hoy, sino en hacerle conocer su falta y en la reprension y avisos que le dais, y en sacarle propósitos firmes, y que os dé la palabra, como hijo de quien es, que se ha de enmendar. Pues de esa manera habeis de mirar vuestra alma, como cosa encomendada por Dios, y de esa manera os habeis de

(1) 4. p. *const.* cap. 4. §. 3 et 4; et Regul. 1. *communium.*

(1) M. Avila, c. 62 del *Audi filia.*

haber con ella en la cuenta que le pedís, y en eso habeis de poner la fuerza de vuestro exámen y de vuestra enmienda, no en traer á la memoria las faltas que habeis hecho y las veces que habeis caido, sino en confundiros y arrepentiros de ellas, y en reprenderos como hiciérades á otra persona que tuviérades á cargo, y en hacer propósitos firmes de no tornar á caer mas en aquellas culpas.

Y débenos ayudar para esto que el exámen general es disposicion y preparacion propia y legítima para la confesion, y ese es el título que le dá nuestro Padre en el Libro de los Ejercicios Espirituales (1). Y la razon es manifiesta, porque dos cosas principales son las que se requieren para la confesion: la primera, es exámen de las culpas; la segunda, dolor de ellas; y estas se hacen cumplidamente en el exámen de la conciencia. Y asi, si hacemos bien este exámen, haremos bien la confesion. Y háse de advertir que el dolor necesario para la confesion, como dice el Concilio Tridentino (2) y el Florentino, incluye dos cosas: pesar y arrepentimiento de lo pasado y propósito de no tornar mas á pecar; y cualquiera de ellas que falte, no será disposicion bastante para la confesion. Algunos piensan que solamente cuando dejan de confesar algun pecado por vergüenza, no quedan confesados; pero yo creo que son muchas mas las confesiones malas, sacrílegas y nulas, por falta de verdadero dolor y propósito de la enmienda; para que se vea cuán necesaria es esta preparacion y cuánto importa acostumbrarnos en el exámen á ejercitarnos y detenernos en este dolor de las culpas y propósito de no tornar mas á caer en ellas. Y asi digo que de tres puntos principales que hay en el exámen, que esotros son como preámbulos, lo principal del tiempo habemos de gastar en los dos postreros, que es en pedir á Dios perdon, arrepintiéndonos y confundiéndonos de nuestras culpas y en hacer propósitos de enmendarnos; y lo menos se ha de gastar en discurrir y traer á la memoria las faltas en que habemos caido; para eso, que es una parte de las tres, basta la tercera parte del tiempo del exámen, y las otras dos sean para esotros dos puntos, pues son los mas principales y donde está la fuerza y eficacia del exámen y el fruto de él.

Pero dirá alguno, ¿cómo podremos en tan poco tiempo, como la tercera parte de un cuarto de hora, discurrir por las veces que habemos caido en lo del exámen particular, y tambien por las faltas que habemos hecho en el general, en pensamientos, palabras y obras? que aun todo el cuarto de hora parece poco. El mejor medio para esto es llevar ya hecho el primer punto cuando vamos al exámen. De nuestro bienaventurado P. S. Ignacio se dice (1), que cada vez que faltaba en aquello de que traia exámen particular, hacia un nudo en una corregüela que traia colgada de la cinta para este efecto, y despues por los nudos sabia las veces sin detenerse mas en eso; y para lo que tocaba al exámen general, no se le pasaba hora del dia que no se recogiese dentro de sí, y dando de mano á todo lo demas examinaba su conciencia. Y si por ventura se le ofrecia algun negocio tan grave ó tan urgente ocupacion, que no le dejase cumplir aquella hora con esta su devocion, recompensábalo la siguiente, ó luego que le daba lugar la ocupacion. Muy buena devocion seria esta: cada vez que dá el reloj dar una ojeada por nuestra conciencia, y aun algunos usan examinarse tras cada obra

(1) Examen conscientiae generale ad purgationem animae, et ad peccatorum confessionem utilissimum.
(2) Concil. Trid. *Ses.* 14, c. 4.

(1) Lib. 5, cap. 5, *vitae S. P. N. Ignatii.*

que hacen; pero si os pareciere mucho hacerlo cada hora ó tras cada obra, será bueno hacerlo á lo menos tras cada obra de las principales que hacemos en el dia; y de algunas ya tenemos órden que en acabándolas de hacer hagamos exámen de ellas, como dijimos arriba (1). San Buenaventura dice que siete veces al dia se ha de examinar el siervo de Dios; y si en el exámen particular guardásemos aquella adicion de cada vez que faltamos poner la mano en el pecho, fácilmente nos acordariamos por allí de las veces que habemos caido. Aunque esta adicion no la pone nuestro Padre para que nos acordemos de las faltas, sino para que luego nos arrepintamos de ellas, y por eso pone esa señal de poner la mano en el pecho, que es decir: «Señor, pequé;" pero al fin, si nosotros guardamos esta adicion, mucho nos ayudará para que despues nos acordemos fácilmente de las veces que habemos caido. Y añádese á esto, que cuando uno trae cuenta consigo y anda con cuidado de aprovechar, en haciendo la falta, luego siente un remordimiento de la conciencia que es el mejor despertador que puede tener para acordarse de ella.

Con esto queda respondido á dos géneros de personas; porque unos hay que aun todo el cuarto de hora les parece poco tiempo para acordarse de las culpas en que han caido, y á estos ya les habemos dado modo cómo han de llevar ya casi hecho el primer punto para que asi les quede tiempo para ocuparse en los dos postreros; otros hay, por el contrario, que se les hace largo el cuarto del exámen y no hallan en qué gastarle; á estos mas fácilmente les podemos satisfacer, porque ya dijimos que asi á medio dia como á la noche se ha de hacer el exámen general, juntamente con el particular, y despues de vistas las faltas en que habemos caido, asi en el uno como en el otro, nos habemos de detener en confundirnos y arrepentirnos de ellas, y en pedir perdon y en proponer firmemente la enmienda y pedir á nuestro Señor gracia para ello: en lo cual, mientras mas se detuvieren, será mejor.

Añade aqui San Doroteo (1) un aviso de mucho provecho: dice que en el exámen no solamente se ha de tener cuenta con las faltas en que caemos, sino mucho mas con la raiz de las faltas, examinando las causas y ocasiones que tuvo para caer, para prevenirnos y guardarnos de ellas de ahí adelante; como si por salir del aposento quebranté el silencio ó murmuré, tengo de proponer de no salir de ahí adelante sin necesidad y entonces ir prevenido, y asi de otras cosas semejantes; porque de otra manera, será como el que tropieza en la piedra, y porque no repara en la ocasion de tropezar, tropieza alli tambien mañana; ó como el que quisiese remediar un árbol dañado con solo quitarle algunas ramas y la fruta carcomida y llena de gusanos. Si de esta manera hacemos los exámenes, no nos parecerá el tiempo, que está señalado para ellos, largo, sino corto.

CAPITULO IX.

Que el exámen de la conciencia es medio para poner por obra todos los demas medios y avisos espirituales; y que la causa de no aprovechar es no hacerle como debemos.

El bienaventurado San Basilio (2), despues de haber dado á los monges muchos avisos espirituales, concluye con que cada noche, antes de acostar, hagan exámen de la conciencia, pareciéndole que aquello

(1) S. Doroth. *serm.* 12.
(2) Basil. *hom.* 8 *de inst. Monachor.*

bastará para guardar todo lo que les habia dicho y conservarse en ello. Pues con esto tambien querria yo concluir este tratado, encomendando mucho á todos este exámen; porque él, con la gracia del Señor, bastará para poner por obra todos los demas avisos espirituales y remediar todas nuestras faltas. Si aflojáredes en la oracion, si os descuidáredes en la obediencia, si os desmandáredes en el hablar, si comenzáredes á cobrar un poco de libertad, luego con el exámen se atajará y remediará todo eso. El que hiciere cada dia este exámen de la conciencia bien hecho, puede hacer cuenta que trae consigo un ayo, y un maestro de novicios, y un superior, que cada dia y cada hora le está pidiendo cuenta y avisando de lo que ha de hacer, y reprendiendo en faltando en cualquier cosa. Dice el P. Maestro Avila: «no podrán durar mucho vuestras faltas si dura en vos este exámen, y este tomaros cuenta y reprenderos cada dia y cada hora (1).» Y si duran las faltas y al cabo de muchos dias, y por ventura años, os estais tan inmortificado y tan vivo y entero en vuestras pasiones como al principio, es porque no usais como debeis de estos medios que tenemos para nuestro aprovechamiento: porque si tomásedes de veras y muy á pechos el quitar una falta ó alcanzar una virtud, y anduviésedes con cuidado y diligencia en eso, proponiendo la enmienda tres veces al dia, por lo menos, á la mañana, á medio dia y á la noche, y confiriendo cada dia las faltas de la tarde con las de la mañana, y las de hoy con las de ayer, y las de esta semana con las de la pasada, arrepintiéndoos y confundiéndoos tantas veces de haber caido, y pidiendo favor á nuestro Señor y á los Santos para enmendaros, ¿es posible que al cabo de tanto tiempo no habríades salido con algo? Pero si uno se va al exámen por costumbre y por cumplimiento, sin tener verdadero dolor de sus culpas, y sin hacer propósitos firmes de enmendarse, ese no es exámen, sino ceremonia y entretenimiento. De ahí es, que los mismos siniestros y los mismos malos hábitos é inclinaciones que trajo uno del siglo se tiene despues de muchos años: si era soberbio, soberbio se es ahora; si era impaciente y airado, el mismo se es ahora; si tenia palabras ásperas y mortificativas, tambien las tiene ahora; tan mal acondicionado se está ahora, como el primer dia, tan voluntarioso, tan apetitoso, tan amigo de sus comodidades; y aun plegue á Dios que en lugar de aprovechar y crecer en virtud no haya crecido en algunos la mala condicion, y que con la antigüedad no haya crecido la libertad, y que habiendo de ser mas humildes, tengan mas presuncion y caigan en aquella perversion que dice San Bernardo: «Muchos hay que allá en el mundo no se hiciera caso de ellos, y acá quieren ser estimados: y que allá no tuvieran lo necesario, y acá buscan el regalo (1).»

De lo dicho se verá tambien cuán mala escusa es la que dan algunos de sus faltas, diciendo sea aquella su condicion; antes esto es digno de mayor reprension, que habiendo uno que tiene esa ú otra mala condicion, y debiendo de haber puesto todo su cuidado y diligencia en fortificar esa parte flaca para no perderse por ahí, se esté al cabo de tanto tiempo tan vivo y tan entero como el primer dia.

Pues vuelva sobre sí el que trata de servir á Dios, que con todos hablamos aquí, y comience como de nuevo, procurando de aquí en adelante hacer el exámen de la con-

(1) M. Avila, *Audi filia*, cap. 62.

(1) Quodque perversum est, plerique in domo Dei non patiuntur haberi contemptui, qui in sua non pie contemptibiles esse potuerunt. *Horne sus cel.*

ciencia bien hecho, de manera que se le eche de ver el fruto. Hombres somos y faltas tenemos y tendremos mientrase stuviéremos en esta vida; pero habemos de procurar con el exámen tres cosas: la primera, que si eran muchas las faltas, de aqui adelante sean pocas; la segunda, que si eran grandes, sean menores; la tercera, que no sean siempre unas mismas, porque el reiterar muchas veces una misma falta arguye gran descuido y negligencia.

Cuenta Evagrio, en un libro que hace de la conversacion y ejercicios corporales de los monges, de un santo monge que decia: «no sé que en una misma culpa me hayan enlazado dos veces los demonios (1).» Este hacia bien el exámen de la conciencia; este se arrepentia de veras y hacia firmes propósitos de enmendarse. Pues de esta manera lo habemos de hacer nosotros. Por este medio llevó Dios á nuestro bienaventurado P. S. Ignacio y le subió á tanta perfeccion. Leemos en su vida (1) una cosa notable y muy particular, que comparando el dia de ayer con el de hoy, y el provecho presente con el pasado, cada dia hallaba haber aprovechado mas y ganado tierra, ó por mejor decir, cielo; en tanto grado, que en su vejez vino á decir que aquel estado que tuvo en Manresa (al cual en tiempo de los estudios solia llamar su primitiva Iglesia) habia sido como su noviciado, y cada dia iba Dios en su alma hermoseando y poniendo con sus colores en perfeccion el dibujo de que en Manresa no habia hecho sino echar las primeras líneas. Pues usemos nosotros como debemos de este medio que el Señor tan particularmente nos ha dado, y tengamos gran confianza que por él nos llevará á la perfeccion que deseamos.

(1) Refertur *in Hist. Eccles. p. 2, l. 6, c. 1.*

(1) Lib. 3, c. 1, *vitae S. P. N. Ignatii.*

TRATADO OCTAVO.

De la conformidad con la voluntad de Dios.

CAPITULO I.

En que se ponen dos fundamentos principales.

"No se haga, Señor, como yo quiero, sino como vos quereis (2)." Para dos cosas, dicen los Santos, que bajó el Hijo de Dios del cielo y se vistió de nuestra carne haciéndose verdadero hombre: la una para redimirnos con su Sangre preciosa; la otra para enseñarnos con su doctrina el camino del cielo é instruirnos con su ejemplo, porque asi como no aprovechara saber el camino, si estuviéramos presos en la cárcel, asi, dice San Bernardo (2), no aprovechara

(2) Non sicut ego volo, sed sicut tu. *Matth.* XXVI, 39.

(2) Bern. serm. 2 in circunc. Domini.

sacarnos de la cárcel si no supiéramos el camino. Y como Dios era invisible, para que le viésemos y le pudiésemos seguir é imitar era menester que se hiciese visible y se vistiese de nuestra humanidad, como el pastor se viste de la zamarra, que es vestidura de la oveja, para que las ovejas le sigan viendo su semejanza. Y San Leon Papa dice: «Si no fuera verdadero Dios, no nos trajera el remedio; y si no fuera verdadero hombre, no nos diera ejemplo (1).» Lo uno y lo otro hizo él muy cumplidamente con el esceso de amor que tenia á los hombres. Asi como la Redencion fué muy copiosa (2), asi lo fué tambien la enseñanza; porque no fué solo con palabras, sino muy mas abundantemente con ejemplo de obras. "Empezó Jesus á hacer y á enseñar," dice el Evangelista San Lucas (3): primero comenzó á obrar, y esto toda la vida, y despues á predicar los tres años postreros, ó los dos y medio.

Pues entre otras cosas que nos enseñó Cristo nuestro Redentor, una de las mas principales fué que tuviésemos entera conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas, y esto no solamente nos lo enseñó con palabras, cuando enseñándonos á orar, dijo: una de las cosas que habeis de pedir á vuestro Padre celestial es: "Hágase, Señor, vuestra voluntad en la tierra asi como se hace en el cielo (4)." Mas tambien con su ejemplo confirmó bien esta doctrina, porque á esto dice él que bajó del cielo á la tierra. "Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió (5)." Y al tiempo de rematar el negocio de nuestra Redencion el jueves de la cena, en aquella oracion del Huerto, aunque el cuerpo y el apetito sensitivo natural rehusaba la muerte; y asi, para mostrar que era verdadero hombre, dijo: "Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz (1);" pero la voluntad siempre estuvo muy pronta y muy deseosa de beber el cáliz que su Padre le enviaba. Y asi añadió luego: "empero no se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que vos quereis."

Para que llevemos esto de raiz y nos fundemos bien en esta conformidad, se han de suponer dos fundamentos breves, pero muy sustanciales, sobre los cuales, como sobre dos quicios, se ha de revolver todo este negocio. El primero es, que nuestro aprovechamiento y perfeccion consiste en esta conformidad con la voluntad de Dios; y cuanto esta fuere mayor y mas perfecta, tanto él será mayor. Este fundamento fácilmente se deja entender, porque cosa cierta es que la perfeccion esencialmente consiste en la caridad y amor de Dios; y tanto será uno mas perfecto, cuanto mas amare á Dios. Lleno está de esta doctrina el Sagrado Evangelio, llenas las Epístolas de San Pablo, llenos los libros de los Santos: "Este es el máximo y primer mandamiento (2)." "La caridad es lo sumo de la perfeccion (3)." "Lo mas alto y mas perfecto es la caridad y amor de Dios (4)." Pues lo mas alto y mas subido de ese amor de Dios, y como nata de él, es conformarse en todo con la voluntad de Dios, y tener un querer y no querer con Su Magestad en todas las cosas. Dice San Gerónimo (5), y lo trae del otro filósofo (6):

(1) Nisi enim esset verus Deus, non adferret remedium; nisi esset homo verus, non praeberet exemplum. *Leo P. I, serm. 1 de nativit. Domini.*
(2) Et copiosa apud eum Redemptio. *Ps.* CXXIX, 7.
(3) Coepit Jesus facere et docere. *Act.* I, 2.
(4) Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra. *Matth.* VI, 10.
(5) Descendi de coelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus, qui misit me. *Joann.* VI, 38.

(1) Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste. *Matth.* XXVI, 29.
(2) Hoc est maximum, et primum mandatum. *Matth.* XXII, 38.
(3) Charitas est vinculum perfectionis. *Ad Coloss.* III, 14.
(4) Major autem horum est charitas. *I. ad Cor.* XIII, 13.
(5) Eadem velle, et eadem nolle, ea demum firma amicitia est. *Hier. Epist. ad Demetr.*
(6) Cic. *de amicit.*

«El tener un mismo querer y no querer con el amado, esa es la verdadera y firme amistad.» Luego cuanto uno estuviere mas conforme y mas unido con la voluntad de Dios, tanto será mejor y mas perfecto. Y mas, claro está que no hay cosa mejor ni mas perfecta que la voluntad de Dios: luego cuanto uno mas se uniere y conformare con la voluntad de Dios, tanto será mejor y mas perfecto, como argüia el filósofo: Si Dios es la cosa mas perfecta que hay, luego cuanto una cosa mas se asemejare y pareciere á Dios, tanto será mas perfecta.

El segundo fundamento es, que ninguna cosa puede acontecer ni suceder en el mundo, sino por voluntad y órden de Dios; siempre se ha de entender, escepta la culpa y el pecado, porque de eso no es causa, ni autor, ni lo puede ser; porque asi como repugna á la naturaleza del fuego enfriar, y á la del agua calentar, y á la del sol oscurecer, asi infinitamente mas repugna á la bondad inmensa de Dios amar la maldad. Y asi dijo el profeta Abacuc: "Señor, vuestros ojos son limpios para no ver el mal, y no podeis ver la maldad (1);" como decimos acá, «no le puede ver,» cuando queremos dar á entender el aborrecimiento que uno tiene á otro, asi dice que no puede Dios ver la maldad, por el odio y aborrecimiento grande que le tiene (2), dice David, y añade: "Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad (3)." Toda la Sagrada Escritura está llena de cuánto aborrece Dios el pecado: y asi no puede ser causa ni autor de él. Pero fuera de eso, todas las demas cosas y todos los trabajos y males de pena vienen por voluntad y órden de Dios. Este fundamento es tambien muy cierto. No hay fortuna en el mundo, como fingia el error de los gentiles. Los bienes que el mundo llama de fortuna, no los da la fortuna, que no la hay, sino solo Dios. Asi lo dice el Espíritu Santo por el Sábio: "Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas, Dios las dá (1)."

Y aunque estas cosas vengan por medio de otras causas segundas, mas cierto es que ninguna cosa se hace en esta gran república del mundo, sino por voluntad y órden de aquel Sumo Emperador que la gobierna. Ninguna cosa viene á caso respecto de Dios: todo viene registrado y colado por su mano. Contados tiene todos los huesos de vuestro cuerpo y todos los cabellos de vuestra cabeza, y ni uno solo os será quitado sin órden y voluntad suya. ¿Qué digo yo acerca de los hombres? Un pájaro no cae en el lazo, dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (2), sin dispensacion y voluntad de Dios; que ni aun una hoja de un árbol se mueve sin su voluntad. Aun de las suertes dice el Sábio (3): «Aunque las suertes se sacan del seno ó cántaro, no penseis que salen á caso, que no salen sino con órden de la Divina Providencia que lo dispone y quiere así.» "Cayó la suerte sobre Matias," dice la Escritura (4); pero no fué acaso que cayese la suerte sobre Matias, sino particular acuerdo y providencia de Dios que le quiso escoger para Apóstol suyo por aquella via.

Esta verdad, aun con sola la luz natural, la alcanzaron los buenos filósofos y dijeron que, aunque respecto de las causas segundas muchas cosas son acaso, pero respecto de la primera causa no son acaso, sino pre-

---

(1) Mundi sunt oculi tui, ne videas malum, et respicere ad iniquitatem non poteris. *Habac.* II, 3.
(2) Quoniam non Deus volens iniquitatem tu es. *Ps.* V, 5.
(3) Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem. *Ps.* XLIV, 8.

(1) Bona, et mala, vita, et mors, paupertas, et honestas, a Deo sunt. *Eccl.* XI, 14.
(2) Nonne duo passeres asse venount, et unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? *Matth.* X, 29.
(3) Sortes mittuntur in sinum, sed a Domino temperantur. *Prov.* XVI, 33.
(4) Cecidit sors super Mathiam. *Act.* I, 26.

tendidas muy de propósito. Y ponen un ejemplo, como si un señor enviase á un criado á alguna parte á negocios, y enviase por otra parte otro criado al mismo lugar á otro negocio, sin saber el uno del otro, pretendiendo que allá se juntasen: el encontrarse estos dos criados, respecto de ellos es acaso; pero respecto del señor, que lo pretendió, no es acaso, sino pensado y pretendido muy de próposito. Asi acá, aunque respecto de los hombres acaezcan algunas cosas acaso, porque ellos no pretendieron aquello ni lo pensaron; pero respecto de Dios no fué acaso, sino con acuerdo y voluntad suya, que lo ordenó asi para los fines secretos y ocultos que él sabe.

Lo que habemos de sacar de estos dos fundamentos es la conclusion y tema que propusimos, que pues todas las cosas que nos suceden vienen de la mano de Dios, y toda nuestra perfeccion está en conformarnos con su voluntad, que las tomemos todas como venidas de su mano y nos conformemos en ellas con su santísima y divina voluntad. No habeis de tomar ninguna cosa como venida acaso, ó por industria y trazas de los hombres, porque eso es lo que suele dar mucha pena y congoja; no penseis que os vino esto ó aquello porque el otro lo meneó, y que si no fuera por tal ó tal cosa de otra manera sucediera. No habeis de hacer caso de eso, sino tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por cualquier via ó por cualquier rodeo que vengan, porque él es el que las envia por esos medios.

Solia decir uno de aquellos famosos PP. del Yermo, que no podria el hombre tener verdadero descanso ni contento en esta vida, si no hiciere cuenta que en este mundo solamente está Dios y él. Y San Doroteo dice (1) que aquellos PP. antiguos tenian grande ejercicio de tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por pequeñas que fuesen, y de cualquiera manera que viniesen, y que con esto se conservaban en grande paz y quietud, y vivian una vida del cielo.

(1) Doroth. *doctr.* 7.

CAPITULO II.

En que se declara mas el segundo fundamento.

Es una verdad tan asentada en la Escritura divina que todos los trabajos y males de pena vienen de la mano de Dios, que no era menester detenernos en probarla, si el demonio con su astucia no procurara oscurecerla, porque de la otra verdad tambien cierta, que digimos, que es no ser Dios causa ni autor de pecado, infiere una conclusion falsa y mentirosa, haciendo creer á algunos que aunque los males que nos vienen por medio de causas naturales y criaturas irracionales, como la enfermedad, la hambre y esterilidad, vienen de mano de Dios, porque allí no hay pecado ni le puede haber en esas criaturas, porque no son capaces de él; pero que el mal y trabajo que sucede por culpa del hombre que me hirió, ó robó, ó deshonró, no viene de la mano de Dios, ni guiado por su órden y providencia, sino por la malicia y dañada voluntad del otro; el cual es un error muy grande. Dice muy bien San Doroteo, reprendiendo esto y á los que no toman las cosas como venidas de la mano de Dios: «Hay algunos que, cuando otro dice alguna palabra contra ellos ó les hace algun otro mal, olvidados de Dios, toda su saña convierten contra el prójimo, imitando á los perros que muerden la piedra, ó no miran ni tienen cuenta con la mano que la tiró (1).»

(1) Nos vero cum verbum ullum in nos dictum audimus, canes imitamur: hi enim si quis in eos lapidem jecerit, jaciente dimisso, lapidem remordent. Ita nos, Deo relicto, qui nobis tribulationes hujusce-

Para desterrar este error y que vamos bien fundados en la verdad católica, notan los teólogos que en el pecado que hace el hombre concurren dos cosas: la una, el movimiento y acto esterior; la otra, el desórden de la voluntad con que se aparta de lo que Dios manda: de la primera, es autor Dios; de la segunda, el hombre. Pongamos caso que un hombre riñe con otro y le mata; para matarle, tuvo necesidad de echar mano á la espada, levantar y menear el brazo, tirar el golpe y hacer otros movimientos naturales, que se pueden considerar por sí, sin el desórden de la voluntad del hombre que los hizo para matar á otro: de todos estos movimientos, en sí considerados, es causa Dios, y él los hace como hace todos los otros efectos de las criaturas irracionales; porque asi como ellas no se pueden menear ni obrar sin Dios, asi tampoco, sin él, no pudiera el tal hombre menear el brazo, ni echar mano á la espada; y demás de esto, aquellos actos naturales, de sí no son malos, porque si el hombre usase de ellos para su necesaria defensa, ó en guerra justa, ó como ministro de justicia, y matase á otro, no pecaria. Pero de la culpa, que es el defecto y desórden de la voluntad con que el malo hace la injuria, de aquella desviacion de la razon y torcimiento de ella, no es causa Dios, aunque la permite, porque pudiéndola impedir, no la impide por sus justos juicios. Declaran esto con una comparacion. Tiene un hombre una herida en el pie y anda con él cojeando; la causa de que ande con el pie, es la virtud y fuerza motiva del alma; mas del cojear, la causa es la herida y no la virtud del alma. Asi en la obra que uno hace pecando, la causa de la obra es Dios; mas que falte y peque obrando, es del libre alvedrío del hombre.

De manera, que aunque Dios no es, ni puede ser causa, ni autor del pecado; pero habemos de tener por cierto que todos los males de pena, ahora vengan por medio de causas naturales y de criaturas irracionales, ahora vengan por medio de criaturas racionales, por cualquier via y de cualquier manera que vengan, vienen de la mano de Dios y por su dispensacion y providencia. Dios es el que meneó la mano del que os lastimó, y la lengua del que os dijo la palabra afrentosa. "¿Por ventura hay en la ciudad mal alguno que el Señor no haya hecho?" dice el Profeta Amós (1), y está llena la Sagrada Escritura de esta verdad, atribuyendo á Dios el mal que un hombre hizo á otro, y diciendo que Dios es el que hizo aquello.

En el segundo Libro de los Reyes, en aquel castigo con que castigó Dios á David por medio de su hijo Absalon, por el pecado de adulterio y homicidio que cometió, dice Dios que él lo habia de hacer (2). Y de aquí es tambien, que los reyes impíos, que por su soberbia y crueldad ejecutaban atrocísimos castigos en el pueblo de Dios, los llamaba la Escritura instrumentos de la Justicia Divina. "Ay de Asur, vara de mi furor (3)." Y de Ciro, rey de los persas, por quien habia el Señor de castigar los caldeos, dice "cuya diestra yo tengo de menear (4)." Dice muy bien San Agustin á este propósito (5): háse Dios con nosotros,

---

modi ad peccatorum nostrorum purgationem procurat, ad lapidem, hoc est, ad proximum, currimus. *Dorotheus, doctr.* 7.

(1) Si erit malum in civitate, quod Dominus non fecerit. *Amos.* III, 6.

(2) Ecce ego suscitabo super te malum de domo tua, et tollam uxores tuas in oculis tuis, et dabo proximo tuo; tu enim fecisti abscondite, ego autem faciam verbum istud in conspectu omnis Israel, et in conspectu solis. *II. Reg.* XII, 11.

(3) Vae Assur, virga furoris mei. *Isai.* X, 5.

(4) Cujus apprehendi dexteram. *Isai.* XLV, 1.

(5) Impietas eorum tanquam securis Dei facta est: facti sunt instrumentum irati, non regnum placati. Facit hoc enim Deus, quod plerumque facit et homo.

como se suele haber acá un padre que, enojado con su hijo, toma un palo que halló por ahí, y castiga con él al hijo, y despues al palo échale en el fuego y al hijo hácele heredero de todos sus bienes. De esa manera, dice el Santo, suele tambien el Señor tomar á los malos por instrumento y azote para castigar á los buenos.

En las historias eclesiásticas leemos (1) que en la destruccion de Jerusalen, cómo Tito, capitan de los romanos, paseándose alrededor de la ciudad, viese las cabas llenas de calaveras y cuerpos muertos, y que toda la comarca se inficionaba por su hedor, levantó los ojos al cielo con gran voz y puso á Dios por testigo que él no era en que tan grande estrago se hiciese. Y cuando aquel bárbaro Alarico iba á saquear y destruir á Roma, le salió al encuentro un venerable monge, y le dijo (2) que no quisiese ser causa de tantos males como en aquella jornada se cometian. Y él respondió: «No voy yo por mi voluntad á Roma; mas una persona me combate cada dia y me atormenta, diciéndome: «Vé á Roma, y destruye la ciudad.» De manera, que todas estas cosas vienen de mano de Dios y por órden y voluntad suya. Y asi el Real Profeta David, cuando Semei le maldecia y le tiraba piedras y polvo, dijo á los que le querian vengar de él: "Dejadle, que el Señor le mandó que me maldijese (3);" quiere decir: el Señor le ha tomado por instrumento para afligirme y castigarme.

Pero ¿qué mucho es reconocer á los hombres por instrumentos de la justicia y providencia divina, pues que lo son los mismos demonios, obstinados y empedernidos en su malicia y ansiosos de nuestra perdicion? Nótalo esto maravillosamente San Gregorio (1) sobre aquello que dice la Escritura en el primero Libro de los Reyes: "Un espíritu malo del Señor atormentaba á Saul (2)." El mismo espíritu se llama espíritu del Señor, y espíritu malo; malo, por el deseo de su mala voluntad; y del Señor, para dar á entender que era enviado de Dios para dar aquel tormento á Saul, y que Dios lo obraba por él. Y asi lo declara alli en el mismo texto, diciendo: "Lo atormentaba un mal espíritu del Señor (3)." Y por la misma razon, dice el Santo (4) que los demonios que atribulan y persiguen á los justos, los llama la Escritura ladrones de Dios; ladrones, por la mala voluntad que tienen de hacernos mal; y de Dios, para darnos á entender que el poder que tienen para hacer mal, lo tienen de Dios.

Y asi pondera muy bien San Agustin: «No dijo el Santo Job (5): el Señor me lo dió, y el demonio me lo quitó,» sino todo lo refirió luego á Dios, y asi dijo: «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó,» porque sabia muy bien que el demonio no puede hacer mas mal de lo que le es permitido por Dios (6). Y prosigue el Santo: «Ninguno diga: el demonio me hizo este mal,» atribuid á Dios vuestro trabajo y azote, porque el demonio no puede hacer nada, ni tocaros al pelo de la ropa, si Dios no le dá licencia para ello (7).» Aun en los

---

Aliquando iratus homo apprehendit virgam jacentem in medio, fortasse qualecumque sarmentum, caedit inde filium suum, ac deinde projicit sarmentum in ignem, et filio servat haereditatem: sic aliquando Deus per malos erudit bonos. *August. sup. Ps.* 73.

(1) Histor. Eccles. *p.* 1, *lib.* 3, *c.* 1.
(2) Histor. Eccles. *p.* 2, *lib.* 9, *c.* 2.
(3) Dominus praecepit ei, ut malediceret David; et quis est, qui audeat dicere, quare sic fecerit? *II. Reg.* XVI, 10.

(1) Greg., *lib.* 18 *Moral. c.* 3.
(2) Spiritus Domini malus arripiebat Saul. *I. Reg.* XVI, 23.
(3) Exagitabat eum spiritus nequam a Domino. *I. Reg.* XVI, 14.
(4) Greg. *lib.* 14, *Mor. c.* 18.
(5) Job. I, 21.
(6) Non dixit Job: Dominus dedit, diabolus abstulit. *August. in Ps.* XXXI.
(7) Prorsus ad Deum tuum refer flagellum tuum, quia nec diabolus tibi aliquid facit, nisi ille permittat, qui desuper habet potestatem. *Aug. ib.*

puercos de los gerasenos no pudieron entrar los demonios sin pedir primero licencia á Cristo nuestro Redentor, como cuenta el Sagrado Evangelio (1). ¿Cómo os tocarán á vos, ni os podrán tentar, sin licencia de Dios? El que no pudo tocar á los puercos, ¿cómo tocará á los hijos?

CAPITULO III.

De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios.

El bienaventurado San Basilio dice que la suma de la santidad y perfeccion de la vida cristiana consiste en atribuir las causas de todas las cosas, asi grandes como pequeñas, á Dios y conformarnos en ellas con su santísima voluntad. Pero para que entendamos mejor la perfeccion é importancia de esto, y así nos aficionemos mas á ello y lo procuremos con mayor cuidado, iremos declarando en particular los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios. Cuanto á lo primero, esta es aquella resignacion verdadera y perfecta que tanto engrandecen los Santos y todos los maestros de la vida espiritual, y dicen que es raiz y principio de toda nuestra paz y quietud, porque de tal manera sujeta y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de barro en manos del artífice para que haga de él todo lo que quisiere, no queriendo ya ser mas suyo ni vivir para sí, ni comer, ni dormir, ni trabajar para sí, sino todo por Dios y para Dios. Pues eso hace esta conformidad, porque con ella se entrega uno del todo á la voluntad de Dios, de tal manera, que no desea ni procura otra cosa, sino que en él se cumpla perfectamente la divina voluntad, así en aquello que el mismo hombre ha de hacer como en todo lo que le puede acontecer, y asi en las cosas próspe-ras y de consuelo como en las adversas y trabajosas. Lo cual agrada tanto á Dios, que por esto el rey David fué llamado de Dios, "varon segun su corazon (1)," porque tenia su corazon tan rendido y sujeto al corazon del Señor, y tan pronto y dispuesto para cualquier cosa que él quisiese imprimir en él de trabajo ó alivio como está una cera blanda para recibir cualquiera figura ó forma que le quisieren dar, que por eso dijo él una y otra vez: "Dispuesto está mi corazon, Dios mio, dispuesto y preparado está (2)."

Lo segundo, el que tuviere esta conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, habrá alcanzado entera y perfecta mortificacion de todas sus pasiones y malas inclinaciones. Bien sabemos cuán necesaria es esta mortificacion y cuán alabada y encomendada de los Santos y de la Sagrada Escritura; pues esa mortificacion es un medio que necesariamente se ha de presuponer para venir á alcanzar esta conformidad con la voluntad de Dios. De manera que esta es el fin y la mortificacion es medio para alcanzarle; y el fin principal siempre suele ser mas alto y mas perfecto que el medio. Que la mortificacion sea medio necesario para venir á alcanzar esta union y conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, bien se vé, porque lo que nos impide esta union y conformidad es nuestra propia voluntad y apetito desordenado; y asi, cuanto uno mas negare y mortificare su voluntad y apetito, tanto mas fácilmente se unirá y conformará con la voluntad de Dios. Para unir y ajustar un palo basto con otro muy labrado y pulido, es menester labrarle y desbastarle primero;

(1) Matth. VIII, 3.

(1) Inveni virum secundum cor meum, qui faciet omnes voluntates meas. *I. Reg.* XIII, 14 *et Act.* XIII, 22.

(2) Paratum cor meum Deus, paratum cor meum, *Ps.* LVI, 8; *et Ps.* CVII, 1.

porque, sino, no se podrá unir ni juntar bien con él. Pues eso hace la mortificacion; vános desbastando, acepillando y labrando para que asi nos podamos unir y ajustar con Dios, conformándonos en todo con su divina voluntad; y asi, cuanto uno mas se fuere mortificando, tanto mas se irá uniendo y ajustando con la voluntad de Dios; y cuando uno estuviere perfectamente mortificado, llegará á esta perfecta union y conformidad.

De aqui se sigue otra cosa, que puede ser la tercera, que esta resignacion y conformidad entera con la voluntad de Dios, es el mayor y mas acepto y agradable sacrificio que el hombre puede ofrecer de sí á Dios; porque en los otros sacrificios ofrécele sus cosas, mas en este ofrécese á sí mismo; en los otros sacrificios y mortificaciones, mortificase uno en parte, en la templanza ó en la modestia, en el silencio ó en la paciencia, ofrece á Dios parte de sí; pero este es un holocausto en el cual se ofrece uno enteramente y del todo á Dios para que haga de él todo lo que quisiere y cuando quisiere, sin esceptuar ni sacar cosa alguna, ni reservar nada para sí; y asi, cuanto vá del hombre á las cosas del hombre, y cuanto va del todo á la parte, tanto vá de este sacrificio á los demas sacrificios y mortificaciones.

Y estima Dios esto en tanto, que eso es lo que él quiere y pide de nosotros: "Hijo, dáme tu corazon (1)." Asi como el azor real no se ceba sino de corazones, asi Dios, lo que mas aprecia y estima es el corazon, y si ese no le dais, con ninguna otra cosa le podreis contentar ni satisfacer. Y no nos pide mucho en pedirnos esto, porque si á nosotros, que somos un poco de polvo y ceniza, no nos basta á hartar ni contentar todo cuanto Dios tiene criado, ni estará satisfecho este nuestro pequeñuelo corazon con menos que Dios; ¿cómo pensais vos contentar y satisfacer á Dios, dándole aun no todo vuestro corazon, sino parte de él y reservando parte para vos? Muy engañado estais, que no es nuestro corazon para poderle dividir ni repartir de esa manera: "Cama pequeña y estrecha es el corazon," dice el Profeta Isaías (1); no cabe en él mas que Dios, y por eso (2) le llama la Esposa camilla pequeña, diciendo: "En mi camilla busqué todas las noches al que amaba mi alma (3)," porque tenia su corazon estrechado de tal manera que en él no cabia otro que su Esposo. Y el que quisiere estender y dilatar su corazon para dar en él lugar á otro, echará á Dios de él. Y de eso se queja Su Magestad por Isaías: "Adulterado habeis, recibiendo en la cama de vuestro corazon á otro que á vuestro Esposo, y por cubrir al adúltero descubrís y echais fuera á Dios (4)." Mil corazones que tuviéramos los habiamos de ofrecer á Dios, y todo nos ha de parecer poco para lo que debemos á tan gran Señor.

Lo cuarto, como deciamos al principio (5), quien tuviere esta conformidad, tendrá perfecta caridad y amor de Dios, y cuanto mas creciere en ella, tanto mas irá creciendo en amor de Dios, y consiguientemente en la perfeccion que consiste en esa caridad y amor. Lo cual, fuera de lo dicho, se colige bien de lo que acabamos de decir, porque el amor de Dios no consiste en palabras sino en obras, dice San Gregorio: «La prueba del verdadero amor son las

(1) Praebe, fili mi, cor tuum mihi. *Prov.* XXIII, 26.

(1) Coangustatum est enim stratum, ita ut alter decidat, et pallium breve utrumque operire non potest. *Isai.* XXVIII, 20.

(2) Gilibert. Abbas, *serm.* 2, *in Cantica, apud Bernardum.*

(3) In lectulo meo per noctes quaesivi quem diligit anima mea. *Cant.* III, 1.

(4) Quia juxta me discooperuisti, et suscepisti adulterum, dilatasti cubile tuum, et pepigisti cum eis foedus. *Isai.* LVII, 8.

(5) Cap. I.

obras (1).» Y cuanto las obras son mas dificultosas y nos cuestan mas, tanto mas manifiestan el amor. Y asi el Apóstol y Evangelista San Juan, queriendo declarar asi el amor grande que Dios tuvo al mundo como el amor grande que Cristo nuestro Redentor tenia á su Padre Eterno, de lo primero dice: "Fué tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que nos dió á su Unigénito Hijo (2)," para que padeciese y muriese por nosotros. Y de lo segundo, dice el mismo Cristo: "Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, levantaos y vamos de aquí (3)": el negocio á que iba era á padecer muerte de cruz. En eso mostró y dió testimonio al mundo que amaba á su Padre, en que cumplia su mandamiento tan rigoroso. De manera que en las obras se muestra el amor, y tanto mas cuanto las obras son mayores y mas trabajosas. Pues esta conformidad entera con la voluntad de Dios, como habemos dicho, es el mayor sacrificio que podemos hacer á Dios de nosotros, porque presupone una perfectísima mortificacion y resignacion, con la cual se ofrece uno á Dios y se pone uno en sus manos para que haga de él lo que quisiere. Y asi no hay cosa en que mas muestre uno el amor que tiene á Dios que en esto, pues le dá y ofrece todo lo que tiene y todo lo que podia tener y desear, y si mas tuviera y pudiera, todo se lo diera.

CAPITULO IV.

Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra.

El que llegare á tener esta conformidad entera con la voluntad de Dios tomando todas las cosas que sucedieren como venidas de su mano y conformándose en ellas con su santísima y divina voluntad, habrá alcanzado una felicidad y bienaventuranza acá en la tierra, gozará de una paz y tranquilidad muy grande, tendrá siempre un gozo y alegria perpétua en su alma, que es la felicidad y buenaventuranza de que gozan acá los grandes siervos de Dios. Porque, como dice el Apóstol: "No está la bienaventuranza de esta vida en comer, y beber, y darse á pasatiempos y deleites sensuales, sino en la justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo (1)." Este es el reino del cielo en la tierra, y el paraiso de deleites de que podemos acá gozar. Y con razon se llama esta bienaventuranza, pues nos hace en cierta manera semejantes á los bienaventurados; porque asi como allá en el cielo no hay mudanzas ni vaivenes, sino siempre permanecen los bienaventurados en un ser, gozando de Dios, asi acá los que han llegado á esta entera y perfecta conformidad, que todo su contento es el contento y voluntad de Dios, no se inquietan, ni turban con las mudanzas de esta vida, ni con los varios sucesos que acontecen; porque está su voluntad y corazon tan unido y conforme con la divina voluntad, que el ver que todo aquello viene de su mano y que se cumple en ello con la voluntad y contento de Dios, hace que los trabajos se les conviertan en gozos y los desconsuelos en alegria, porque mas quieren y aman la voluntad de su amado que la suya. Y asi, á estos tales no hay cosa que les pueda perturbar; porque si lo que les podia turbar y dar pena, que son los trabajos, adversidades y deshonras, toman ellos por

(1) Probatio dilectionis, exhibitio est operis. *Greg. hom.* 30 *in Evang.*

(2) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. *Joann.* III, 16.

(3) Ut conoscat mundus, quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio, surgite, eamus hinc. *Joann.* XIV, 31.

(1) Non est regnum Dei esca, et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto. *Ad Rom.* XVII, 14.

particular regalo y consuelo, por venirles de la mano de Dios y ser aquella su voluntad, no queda cosa que les pueda inquietar ni quitar la paz y tranquilidad de su alma.

Esta es la causa de aquella paz y alegría perpétua con que leemos que andaban siempre aquellos Santos antiguos; un San Antonio, un Santo Domingo, un San Francisco y otros semejantes. Y lo mismo leemos de nuestro P. S. Ignacio (1), y lo vemos ordinariamente en los grandes siervos de Dios. ¿Por ventura carecian de trabajos aquellos Santos? ¿No tenian tentaciones y enfermedades como nosotros? ¿No pasaban por ellos varios y diversos sucesos? Sí por cierto, y mas dificultosos que por nosotros; porque á los mas Santos les suele Dios probar y ejercitar mas con semejantes cosas. Pues ¿cómo estaban siempre en un mismo ser, con un mismo semblante, con una serenidad y alegría interior y esterior que siempre parece que era Pascua para ellos? La causa de esto era la que vamos diciendo, porque habian llegado á tener una conformidad entera con la voluntad de Dios y puesto todo su gozo en el cumplimiento de ella; asi todo se les convertia en contento; que "á los que aman á Dios, todo se les convierte en bien (2)," y "no se contristará el justo por cosa que le suceda (3)." El trabajo, la tentacion y la mortificacion, todo se les convertia en gozo, porque entendian que aquella era la voluntad de Dios, la cual era todo su contento. Habian alcanzado ya la felicidad y bienaventuranza de que acá en esta vida se puede gozar, y asi andaban como en gloria. Dice muy bien á este propósito Santa Catalina de Sena (4) que los justos son como Cristo nuestro Redentor, el cual nunca perdió la bienaventuranza del ánima, aunque tenia muchos dolores y penas. Asi los justos nunca pierden esta bienaventuranza, que consiste en la conformidad con la voluntad de Dios, aunque tengan muchas adversidades, porque siempre dura y permanece en ellos el gozo y contento de la voluntad y contento de Dios que en aquello se cumple.

Esta es una perfeccion tan alta y tan aventajada, que dice el Apóstol que sobrepuja todo sentido: "La paz de Dios, que sobrepuja todo sentido, guarde vuestros corazones y vuestras inteligencias en Cristo Jesus (1)." Dice que esta paz sobrepuja todo sentido, porque es un tan alto y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender cómo sea posible que un corazon de carne esté quieto, pacífico y consolado en medio de los torbellinos y tempestades de las tentaciones y trabajos de esta vida. Parece eso á la maravilla de la zarza que vió Moisés que se ardia y no se quemaba (2); y al milagro de aquellos tres mancebos que estaban en el horno de Babilonia, que en medio del fuego permanecieron sanos y enteros alabando á Dios. Esto es lo que el Santo Job, hablando con Dios, decia: "Maravillosamente, Señor, me atormentais (3);" dando á entender, por una parte, el trabajo y dolor grande que padecia, y por otra, el gusto y contento grande que tenia en padecerle, por ser aquella voluntad y contento de Dios.

Cuenta Casiano (4) que, estando un santo viejo en Alejandria cercado de grande muchedumbre de infieles que le decian maldiciones, él estaba en medio de ellos, como un cordero, sufriendo y callando con grande

(1) Lib. 5, *cap.* 5, *vitae S. P. N. Ignatii.*
(2) Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum. *Ad Rom.* VIII, 28.
(3) Non contristabit justum quidquid ei acciderit. *Matth.* XII, 21.
(4) S. Catalina de Sena *en los Diálogos.*

(1) Et pax Dei, quae exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras, in Christo Jesu. *Ad Phil.* IV, 7.
(2) Exod. III, 2.
(3) Mirabiliter me crucias. *Job.* X, 16.
(4) Collat. 12, c. 13.

quietud de corazon. Escarnecian de él, dábanle golpes y empellones, y hacianle otras gravísimas injurias; y entre otras cosas le dijeron con escarnio: «¿Qué milagros ha hecho Jesucristo?» Respondió: «Los milagros que ha hecho son que, estando sufriendo las injurias que me haceis y otras mayores que fuesen, no me indigne, ni enoje contra vosotros, ni me turbe con alguna pasion.» Esta es grande maravilla, y una muy alta y aventajada perfeccion.

De aquel monte de Macedonia, llamado Olimpo, dicen los antiguos, y lo trae San Agustin en muchos lugares (1), que es de tan grande altura que no se sienten allá arriba ni vientos, ni lluvias, ni nubes. Ni aun las aves pueden aportar allá, porque está tan alto que sobrepuja esta primera region del aire y llega á la segunda; y asi está alli el aire tan puro y delicado que no se pueden engendrar, ni sustentar en él las nubes, que habian menester aire mas denso. Y por la misma razon no se pueden tener alli las aves, ni aun los hombres pueden vivir alli; porque por ser el aire tan sutil y delicado, no es suficiente para poder respirar. Y de esto dieron noticia algunos que subian allá de año en año á hacer ciertos sacrificios, los cuales llevaban consigo unas esponjas mojadas, para que puestas á las narices pudiesen condensar el aire y asi respirar. Estos escribian allá arriba en el polvo unas letras, las cuales hallaban otro año tan formadas y enteras como las habian dejado, lo cual no pudiera ser si llegaran allá los vientos y lluvias. Pues este es el estado de perfeccion á que han subido y llegado los que tienen esta conformidad entera con la voluntad de Dios. *Nubes excedit Olimpus, et pacem summam tenet.* Hánse subido y levantado tan alto, han alcanzado ya una paz tan grande que no hay nubes, ni vientos, ni lluvias que lleguen allá, ni aves de rapiña que salteen ni roben la paz y alegria de su corazon.

San Agustin, sobre aquellas palabras: "Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios (1)," dice que por eso llama Cristo nuestro Redentor á los pacíficos bienaventurados é hijos de Dios, porque no hay cosa en ellos que resista ni contradiga á la voluntad de Dios; sino en todo se conforman con ella como buenos hijos que en todo procuran ser semejantes á su Padre, no teniendo otro querer ni no querer, sino lo que su Padre quiere ó no quiere (2).

Este es uno de los puntos mas espirituales y principales que hay en la vida espiritual. El que llegare á tomar todas las cosas que le sucedieren, asi grandes como pequeñas, como venidas de la mano de Dios, y á conformarse en ellas con su divina voluntad, de manera que todo su contento sea el contento de Dios y el cumplimiento de su santísima voluntad, ese tal ha hallado paraiso en la tierra: "Se ha hecho su lugar pacífico y su habitacion es en Sión (3)." Este tal, dice San Bernardo (4), podrá con toda seguridad y confianza cantar aquel cántico del Sábio: "En todas estas cosas busqué el descanso y habitaré en la heredad del Señor (5);" porque ha hallado el verdadero descanso y el gozo lleno y cumplido que nadie se le podrá quitar; segun aquello: "Será vuestro gozo lleno, y vuestro gozo ninguno os lo quitará (6)." ¡Oh!

(1) Nubes escedit Olympus. Aug. *lib. de Gen. ad lit. en el Imperfecto*, c. 13; *et l.* 4, *c.* 2; *et l.* 1. *de Gen. contra Manichcos*, *c.* 15.—Luc. lib. 2 Pharsal.

(1) Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur *Matth.* V, 9.

(2) Aug. *lib.* 1 *de serm. Domini in monte, cap.* 8, *Matth.* V, 9.

(3) Factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sion. *Ps.* LXXV, 3.

(4) Bernard. *in sententiis.*

(5) In his omnibus requiem quaesivi, et in haereditate Domini morabor. *Eccl.* XXIV, 11.

(6) Ut gaudium vestrum sit plenum. Et gaudium vestrum nemo tollet a vobis. *Joann.* XVI, 22 et 24.

¡si acabásemos de poner todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que nuestra voluntad sea siempre la suya y nuestro contento el suyo! ¡Que no tenga yo, Señor, otro querer ni no querer, sino lo que vos quereis ó no quereis, y que ese sea mi consuelo en todas las cosas! "A mí me es muy bueno juntarme á Dios y poner en el Señor Dios mi esperanza (1)." ¡Oh! ¡cuán bueno seria para mi alma juntarme de esta manera con Dios! ¡Oh! ¡qué dichosos seriamos si estuviésemos siempre tan unidos con él que no mirásemos en todo lo que hacemos y padecemos sino que estamos cumpliendo la voluntad de Dios, y ese fuese todo nuestro contento y regocijo! Esto es lo que dice aquel Santo: «Aquel á quien todas las cosas le fueren uno, y todas las cosas trajeren á uno, y todas las cosas viere en uno, podrá ser firme de corazon y permanecer pacífico en Dios (2).»

CAPITULO V.

Que en solo Dios se halla contento, y el que le pusiere en otra cosa no podrá tener verdadero contento.

Los que ponen su contento en Dios y en su divina voluntad, gozan de un contento y alegría perpétua, porque como están asidos á aquella firme columna de la voluntad de Dios, participan de aquella inmutabilidad de la divina voluntad, y asi están siempre firmes é inmobles y en un mismo ser; pero los que están asidos á las cosas del mundo y tienen puesto su corazon y contento en ellas, no pueden tener contento verdadero ni durable, porque andan con las cosas y dependen de ellas, y asi están sujetos á las mudanzas de ellas. El glorioso San Agustin declara esto muy bien sobre aquello del Profeta: "Concibió dolor y dió á luz iniquidad (1);" y dice: «tened por cierto que mientras no pusiéredes vuestro contento en lo que no os pueda nadie quitar contra vuestra voluntad, siempre estareis con pena y sobresalto (2).»

De nuestro P. San Francisco de Borja leemos (3) que cuando llegó á Granada con el cuerpo de la emperatriz, al tiempo que hubo de hacer la entrega de él, destaparon la caja de plomo en que iba y descubrieron su rostro, el cual estaba tan trocado, tan feo y desfigurado, que ponia horror á los que le miraban. Causó esto en él tanto sentimiento, que tocándole Dios el corazon con aquel desengaño tan grande del mundo, propuso firmemente: «Yo os ofrezco, Dios mio, de no servir mas á señor que se me pueda morir.» Pues tomemos nosotros esta resolucion: «Yo propongo, Señor, de no poner de aqui en adelante mi corazon en cosa que se me pueda morir, en cosa que se pueda acabar, ni en cosa que otro me pueda quitar contra mi voluntad;» porque de otra manera no podremos tener contento verdadero.

Cuando amamos, dice San Agustin (4), aquello que pueden quitarnos contra nuestra voluntad, es preciso que padezcamos mucho si se nos quita; porque si teneis puesto vuestro amor y aficion en aquello que os pueden quitar contra vuestra voluntad, claro está que cuando os lo quitaren lo habeis de sentir. Esa es cosa natural: no se deja sin dolor lo que se posee con amor; y cuanto mayor fuere el amor, tanto mayor será el dolor. Y confirmando esto mismo en otro lugar, dice: «El que quiere darse

(1) Mihi autem adhaerere Deo bonum est, ponere in Domino Deo spem meam. *Ps.* LXXII, 28.
(2) Thomas de Kempis, *lib. 1 de Contemp Mundi, cap. 3.*

(1) Concepit dolorem et peperit iniquitatem. *Ps.* VII, v. 15.
(2) Non enim poterit labor finiri, nisi hoc quisque diligat, quod invito non possit aufferri. *Aug. Ib.*
(3) Lib. 1, *cap.* 7, *vitae P. F. de Borja.*
(4) Nam cum ea diliguntur, quae possumus contra voluntatem amittere, necesse est ut pro iis misserrime laboremus. *August. tract.* 24.

gusto estará triste (1).» Si poneis vuestro contento en tal oficio, ó en tal ocupacion, ó en estar en tal lugar, ó en otra cosa semejante, este contento fácilmente os le podrá quitar el superior; y asi nunca vivireis contento. Si poneis vuestro contento en las cosas, ó en el cumplimiento de vuestra voluntad, esas múdanse fácilmente; y cuando ellas no se mudasen, vos mismo os mudais: porque lo que hoy os agrada y contenta, mañana os desagrada y descontenta. Sino, vedlo en aquel pueblo de Israel que, en teniendo el maná, se enfadaron y pidieron otro manjar; y en viéndose libres, luego tornaron á desear la sujecion, y suspiraban por Egipto y por los ajos y cebollas que allá comian, y desearon muchas veces volverse allá. Nunca tendreis contento si le poneis en esas cosas. «Empero el que pusiere todo su contento en Dios y en el cumplimiento de su divina voluntad, ese siempre vivirá contento, porque Dios es sempiterno,» nunca se muda, siempre permanece en un ser (2). Pues, dice el Santo: «¿quereis tener un gozo y un contento perpétuo y sempiterno? Poned vuestro corazon en Dios que es sempiterno.»

El Espíritu Santo pone esta diferencia entre el hombre necio y el hombre sábio y santo: "El necio se muda como la luna; mas el hombre santo, con su sabiduría, dura como el sol (3)." El necio múdase como la luna, hoy creciente y mañana menguante; hoy le vereis alegre, mañana triste; ahora de un temple, luego de otro, porque tiene puesto su amor y contento en las cosas del mundo, mudables y perecederas; y asi anda al son de ellas, y múdase conforme al suceso de ellas; anda con la luna, como la mar, es lunático. Pero el justo y santo permanece como el sol, siempre de una misma manera y en un mismo sér, no hay en él crecientes ni menguantes. El verdadero siervo de Dios siempre anda alegre y contento, porque tiene puesto su contento en Dios y en el cumplimiento de su santísima voluntad, que no puede faltar, ni nadie se le puede quitar.

De aquel santo abad que llamaban Deicola, se dice que siempre se andaba riyendo. Y preguntándole por qué, decia: «sea lo que fuere, y venga lo que viniere, que nadie me puede quitar á Dios (1).» Este habia hallado el verdadero contento, porque le habia puesto en lo que no podia faltar, ni nadie le podia quitar. Pues hagámoslo nosotros así. "Alegraos, justos, en el Señor (2)," dice la Escritura, y sobre estas palabras dice San Basilio: «Advertid, que no dice el Profeta que os alegreis en la abundancia de las cosas temporales, ni en que teneis mucha habilidad, ó grandes letras y talentos; ni en que teneis mucha salud y muchas fuerzas corporales; ni en que sois muy tenido y estimado de los hombres; sino que os alegreis en el Señor, que pongais todo vuestro contento en Dios y en el cumplimiento de su santísima voluntad; porque eso solo es lo que harta, y todo lo demas no puede satisfacer ni dar verdadero contento.»

San Bernardo, en un sermon que hace sobre aquellas palabras de San Pedro: "Nosotros hemos dejado todas las cosas," va declarando y probando esto muy bien. Dice: «Todas las demas cosas, fuera de Dios, pueden ocupar el alma y el corazon del

(1) Qui vult gaudere de se, tristis erit. *August. tract.* 24, *super Joann.*

(2) Qui autem de Deo vult gaudere, semper gaudebit, quia Deus sempiternus est.—Vis habere gaudium sempiternum? adhaere illi, qui sempiternus est. *Aug. loc. cit.*

(3) Stultus sicut luna mutatur, homo sanctus in sapientia manet sicut sol. *Eccl.* XXVII, 12.

(1) Christum a me tollere nemo potest. *Abb. Deicola.*

(2) Exultate justi in Domino. *Ps.* XXII, 1.

hombre, pero no le pueden hartar (1);» pueden provocar é incitar la hambre, pero no la pueden matar; "como el avariento, dice el Sábio (2), tiene mucha hambre de dineros, pero por mas que tenga, no se hartará;" y asi es de todas las demas cosas del mundo, que no podrán hartar nuestra alma. Y da la razon de esto San Bernardo: ¿Sabeis por qué las riquezas y todas las cosas del mundo no nos pueden hartar? «Porque no son manjar natural, ni proporcionado del alma (3).» Asi como el aire y el viento no es manjar natural, ni proporcionado de nuestro cuerpo, y os reiríades si viésedes á un hombre que está muerto de hambre, ponerse abierta la boca al aire, como camaleon, pensando que con aquello se habia de hartar y sustentar, y le tendríades por loco; asi no es menor locura, dice el Santo, pensar que el ánima racional del hombre, que es espíritu, se ha de hartar con las cosas temporales y sensuales. «Hincharse puede,» como el otro con el aire; «pero hartarse es imposible,» porque no es ese su manjar (4). Dadle á cada uno sustento proporcionado; al cuerpo, manjar corporal; y al espíritu, espiritual. «El pan del alma, su manjar natural y proporcionado, es la justicia y la virtud; y asi, solamente los que tienen hambre y sed de esa justicia, serán bienaventurados, porque esos serán hartos (5).»

El Bienaventurado San Agustin, declarando mas esta razon en los Soliloquios, hablando del ánima racional, dice: «Hicistes, Señor, al alma racional capaz de vuestra Magestad; de tal manera, que ninguna otra cosa la pueda satisfacer ni hartar sino vos (1).» Cuando el hueco y encaje de un anillo está hecho á la medida de alguna piedra preciosa, ninguna otra cosa que pongais alli viene bien ni acaba de llenar el tal vacío, sino solo aquella piedra preciosa á cuya medida se hizo; y si el hueco es triangular, ninguna cosa redonda le podrá llenar. Pues nuestra ánima fué criada á imágen y semejanza de la Santísima Trinidad, con un vacio y un hueco y encaje en nuestro corazon capaz de Dios y proporcionado para recibir en sí al mismo Dios, y asi es imposible que otra cosa pueda henchir y llenar este vacío sino el mismo Dios. Todo el mundo redondo no bastará para llenarle. «Hicistesnos, Señor, para vos, y asi no se puede quietar ni sosegar nuestro corazon, ni tener descanso sino en vos (2).»

Es muy buena comparacion, y que declara esto bien, aquella comun que se suele traer del aguja del relojico de sol. La naturaleza de esta aguja, despues de tocada con la piedra imán, es mirar al Norte: porque Dios le dió esta natural inclinacion, y vereis qué desasosiego tiene aquella aguja y qué de veces se vuelve y se revuelve hasta que endereza la punta al Norte, y esto hecho, luego pára. Pues de esta manera crió Dios al hombre con esta natural inclinacion y respecto á él, como á su norte y último fin; y asi, mientras no pusiéremos nuestro corazon en Dios, siempre estaremos como aquella aguja, inquietos y desasosegados. A cualquier parte del cielo de las que se mueven que mire aquella aguja, no sosiega; y en mirando á un punto del cielo que no se mueve, queda fija é inmoble. Asi, mientras pusiéredes los ojos y el corazon en las cosas del mun-

(1) Anima rationalis caeteris omnibus occupari potest, repleri omnino non potest. *Bernard. in Matth.* XIX, 27.
(2) Avarus non implebitur pecunia. *Eccles.* V, 9.
(3) Quia non sunt naturales cibi animae. *Bernard. tract. de dilig. Deo*, c. 3, *in fine*.
(4) Inflari potest, satiari non potest. *Ib.*
(5) Panis namque animae justitia est, et soli beati, qui esuriunt illam; quoniam ipsi saturabuntur. *Bernard. sup. illa verba* Ecce nos reliquimus omnia.

(1) Facta est capax majestatis tuae, ut a te solo, et a nullo alio possit impleri. *August.*, c. 30, *Solil.*
(2) Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. *August., lib. 1. Confes. c. 1.*

do, mudables y perecederas, no podreis tener sosiego ni contento: ponedlo en Dios, y tendréisle.

Esto nos habia de mover mucho á buscar á Dios, aunque no fuese sino por nuestro propio interés, porque todos deseamos tener contento. Dice San Agustin: «Bien sabemos, hermanos mios, que todo hombre naturalmente desea contento y descanso, y lo procura cuanto puede, porque no puede vivir sin él; pero todo el acierto ó engaño de los hombres está en acertar á poner los ojos y el corazon en el verdadero contento ó en el aparente ó falso (1).» El avariento, el lujurioso, el soberbio, el ambicioso y el gloton, todos desean tener contento, sino que el uno pone su contento en tener muchas riquezas, el otro en tener muchas honras y dignidades, el otro en comer y banquetear, el otro en sus deleites deshonestos. No acertaron á poner su contento en lo que le habian de poner, y asi nunca lo hallarán; porque todas esas cosas, y todo cuanto hay en el mundo, no basta para hartar el alma, ni para darle contento; y as dice el Santo: «¿Para qué te cansas, hombrecillo, buscando las cosas de acá? Si quieres tener hartura y contento, ama á Dios, y eso basta, porque en él están todos los bienes, y él solo es el que puede hartar y llenar el deseo de tu corazon (2).» "Bendice, ánima mia, al Señor, que llena de bienes tus deseos (3)." Bendito y alabado y glorificado sea él por ello para siempre jamás. Amen.

(1) Scimus, fratres, quod omnis homo gaudere desiderat, sed non omnes ibi quaerunt gaudium, ubi oportet inquiri. *Aug. serm.* 30 *de Sanct.*

(2) Quid ergo per multa vagaris, homuntio, quaerendo bona animae tuae, et corporis tui? Ama unum bonum in quo sunt omnia bona, et sufficit; desidera simplex bonum quod est omne bonum, et satis est. *Aug. de spiritu et anima, c.* 64.

(3) Benedic anima mea Domino, qui replet in bonis desiderium tuum. *Psalm.* CII, 5.

CAPITULO VI.

En que se declara por otra via, cómo el conformarno con la voluntad de Dios es medio para tener contentos

El glorioso Agustino, sobre aquellas palabras del Salvador: "Cualquiera cosa que pidiéredes á mi Padre en mi nombre, os la concederé (1)," dice que no ha uno de buscar paz y quietud por via de hacer su voluntad y de alcanzar lo que apetece, porque no es eso bueno ni lo que le conviene, antes por ventura será eso malopara él, sino allanándose en lo bueno ó mejor que Dios le ofreciere, y eso es lo que ha de pedir á Dios (2). Si no hallais gusto en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que es lo bueno, sino que vuestro gusto y apetito se va al cumplimiento de vuestra voluntad, habeis de pedir y suplicar á Dios, no que os conceda lo que vos quereis, sino que os dé gusto en el cumplimiento de su voluntad, que es lo bueno y lo que os conviene; y trae á este propósito aquello de los Números (3), cuando los hijos de Israel se enfadaron del maná del cielo que Dios les enviaba y desearon carne. Cumplióles Dios su deseo, pero muy á costa suya, porque castigólos Dios haciendo una grande matanza en ellos (4). Claro está que era mejor el maná del cielo que Dios les enviaba que la carne que ellos pedian y las cebollas y ajos de de Egipto por que ellos suspiraban; asi no habian de pedir á Dios eso, dice el Santo, sino que les sanase el paladar para que les supiese bien el manjar del cielo y gustasen de él, y de esa manera no tuvieran que desear otro manjar, pues en el maná tenian

(1) Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam. *Joann.* XIV, 13.

(2) Quando enim nos delectant mala, et non delectant bona, rogare debemus potius Deum, ut delectent bona, quam ut concedantur mala. *Aug. trat.* 73, *super Joann.*

(3) Num. XI, 4.

(4) Adhuc escae eorum erant in ore ipsorum, et ira Dei ascendit super eos, et occidit pingues eorum, et electos Israel impedivit. *Ps.* LXXVII, 30.

todas las cosas y todos los favores que podian desear (1). De la misma manera, cuando vos estais con la tentacion ó con la pasion, y teneis el gusto estragado, y asi no gustais de la virtud, ni de lo bueno, sino que como enfermo apeteceis lo malo y lo dañoso, no os habeis de regir por vuestro apetito, ni querer que se cumpla lo que deseais, porque eso no será medio para tener contento, sino para tener despues mayor descontento y mayor inquietud y desasosiego. Lo que habeis de desear y pedir á Dios es, que os sane el paladar y os dé gusto en el cumplimiento de su santísima voluntad, que es lo bueno y lo que os conviene; y de esa manera vendreis á alcanzar la verdadera paz y el verdadero contento.

San Doroteo lleva esto por otro camino, ó por mejor decir, declara esto mismo de otra manera. Dice que el que en todo conforma su voluntad con la de Dios, de manera que no tiene otro querer ni no querer sino lo que Dios quiere ó no quiere, viene de esa manera á hacer siempre su propia voluntad, y á tener siempre mucha paz y quietud (2). Pongamos ejemplo en la obediencia, y con eso quedará declarado lo que queremos decir y haremos de un camino dos mandados. Decimos comunmente á los que quieren ser religiosos y seguir el camino de la obediencia: «mirad que acá en la Religion no habeis de hacer vuestra voluntad en ninguna cosa.» Dice San Doroteo: «andad, que bien podeis hacer vuestra voluntad:» yo os daré un medio con que hagais todo el dia vuestra voluntad, no solo lícita, sino santamente y con mucha perfeccion. ¿Sabeis cómo? El religioso que es buen obediente y no tiene propia voluntad, siempre hace su voluntad, porque hace suya la voluntad agena (1). Procurad vos que vuestra voluntad no sea otra sino la voluntad del superior, y asi todo el dia andareis haciendo vuestra voluntad, y con mucha perfeccion y merecimiento; porque de esa manera yo duermo lo que quiero, porque no quiero dormir mas de lo que quiere la obediencia; y como lo que quiero, porque no quiero comer mas de lo que me dán; y tengo la oracion que quiero y la leccion y ocupacion y penitencia que quiero, porque no quiero en eso, sino lo que la obediencia me tiene tasado y ordenado; y asi en todo lo demas. De manera, que el buen religioso, no queriendo hacer su voluntad, viene á hacer siempre su voluntad, y con eso andan tan alegres y contentos los buenos religiosos: aquel hacer suya la voluntad de la obediencia les trae alegres y contentos.

En esto está el punto de la facilidad ó dificultad de la Religion, y de esto pende la alegría y contento del religioso. Si vos os resolveis en dejar vuestra voluntad y tomar por vuestra la voluntad del superior, haráseos muy fácil y suave la Religion, y vivireis con mucho contento y alegría; pero si teneis otra voluntad diferente de la del superior, no podreis vivir en la Religion: dos voluntades diferentes en uno no se pueden compadecer: aun con no tener nosotros sino una voluntad sola, por tener un apetito sensitivo que contradice á la voluntad y á la razon, no nos podemos averiguar con él, con ser este apetito inferior y subordinado á nuestra voluntad, ¿qué será con dos voluntades que cada una pretende ser la señora, puesto que "ninguno puede servir á dos señores (2)?" Que no está la dificultad de la Religion tanto en las cosas y trabajos que hay en ella, cuanto

(1) Sap. XVI, 20.
(2) Qui propriam non habet voluntatem, suam ipsius semper agit voluntatem. *Doroth. doct.* 9.

(1) Et sic nollentes propriam explere voluntatem, invenimur illam semper explevisse. *Ibid.*
(2) Nemo potest duobus dominis servire. *Matth.* VI, 24.

en la repugnancia de nuestra voluntad y en la aprension de nuestra imaginacion; esa es la que nos hace las cosas pesadas y dificultosas. Entenderse ha esto bien por la diferencia que esperimentamos en nosotros cuando tenemos tentaciones y cuando no las tenemos; porque cuando estamos sin tentaciones vemos que se nos hacen las cosas fáciles y ligeras: pero vendrános una tentacion y cargará sobre vos una tristeza y melancolía, y entonces lo que se os solia hacer fácil, se os hace muy dificultoso, y os parece que no lo podeis llevar sino que se junta el cielo con la tierra. No está la dificultad en la cosa, pues esa es la misma que se era antes, sino en vuestra mala disposicion; como cuando el enfermo aborrece el manjar, no está la falta en el manjar, que ese bueno es y bien guisado está, sino en el mal humor del enfermo, el cual le hace que le parezca el manjar malo y desabrido: asi es acá.

Esta es la merced que hace Dios á los que llama á la Religion, que les dá gusto y sabor en seguir la voluntad agena. Esa es la gracia de la vocacion con que nos aventajó el Señor sobre nuestros hermanos que se quedaron allá en el mundo. ¿Quién os dió á vos esa facilidad en dejar vuestra voluntad y seguir la agena? ¿Quién os dió un corazon nuevo con que aborreciésedes las cosas del mundo y gustásedes del recogimiento y de la oracion y mortificacion? No os nacistes vos con eso, no por cierto, sino antes con lo contrario; "porque el sentido y pensamiento del corazon humano tienen inclinacion á lo malo desde sus principios (1)." Gracia y don fué ese del Espíritu Santo: él es el que como buena madre os puso acibar en los pechos del mundo para que se os hiciese amargo lo que antes os era dulce, y miel suavísima en las cosas de la virtud y de la Religion para que se os hiciese sabroso y suave lo que antes os parecia amargo y desabrido. Decia la otra Santa (1): «Gracias infinitas os doy, Señor, porque me habeis guardado desde mi niñez, y porque me habeis quitado de mi corazon el amor del siglo.» Que no es mucho lo que nosotros hacemos en ser religiosos, sino es mucha y muy grande la merced que el Señor nos ha hecho en traernos á la Religion y hacer que gustemos del maná del cielo, gustando los otros y entreteniéndose con los ajos y cebollas de Egipto.

Algunas veces me pongo á considerar cómo los del mundo dejan su voluntad y hacen propia la agena por sus ganancias é intereses, desde el grande que está al lado del rey, hasta el lacayo y mozo de caballos. Comen (como dicen) á hambre agena, y duermen á sueño ageno, y están tan hechos á aquello, y han hecho tan suya la voluntad agena que gustan ya de aquella manera de vida y la tienen por entretenimiento; "y esto para recibir premio temporal y no eterno (2)." Pues ¿qué mucho que nosotros gustemos de un modo de vivir tan concertado, como el de la Religion, y hagamos propia la voluntad del superior, que es mejor que la nuestra? Si aquellos, por un poco de honra y de interés temporal, hacen tan suya la voluntad agena que les es ya gusto y entretenimiento el seguirla y el hacer de las noches dias y de los dias noches, ¿qué mucho que nosotros hagamos esto por el amor de Dios y por alcanzar la vida eterna? Pues resolvámonos en hacer nuestra la voluntad del superior, y de esa manera siempre haremos nuestra voluntad y viviremos muy contentos y alegres en la Religion, y

(1) Sensus enim, et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. *Gen.* VIII, 21. —Ambr. *in Psal.* 118, *octon.* 4, *sup. illud*: averte oculos meos, ne videant vanitatem.

(1) Domine, qui me custodisti ab infantia, qui abstulisti a me amorem saeculi. *S. Agathae.*

(2) Et illi quidem, ut corruptibilem coronam accipiant, nos autem incorruptam. *I. ad Cor.* 25.

será nuestra alegria y gozo muy espiritual.

Ahora volvamos á nuestro intento y apliquemos esto á nuestro propósito. Hagamos nuestra la voluntad de Dios, conformándonos con ella en todas las cosas, y no teniendo otro querer, ni no querer, sino lo que Dios quiere, ó no quiere, y de esa manera vendremos á hacer siempre nuestra propia voluntad y á vivir con grande contento y alegria. Claro está que si vos no quisiéredes sino lo que Dios quiere, que se cumplirá vuestra voluntad, porque se cumplirá la de Dios, que es lo que vos quereis y deseais. Aun allá Séneca acertó á decir esto (1). Lo mas subido y perfecto del hombre es, dice, saber sufrir con alegria los trabajos y adversidades, y llevar todo lo que sucediere, como si por su voluntad propia le sucediese, porque obligado está el hombre á quererlo asi sabiendo que es esa la divina voluntad. ¡Oh! ¡qué contentos viviriamos si acertásemos á hacer nuestra la voluntad de Dios, y nunca querer sino lo que él quiere; no solo porque siempre se cumpliria nuestra voluntad, sino principalmente por ver que siempre se cumple y hace la voluntad de Dios á quien tanto amamos! Que aunque nos hayamos de ayudar de lo dicho; pero en esto habemos de venir á parar; y esto es en lo que habemos de poner todo nuestro contento, en el contentamiento de Dios, y en el cumplimiento de de su santísima y divina voluntad. Todas las cosas que el Señor quiso hizo, y hará todas las que quisiere, y puede hacer cuanto puede querer, como dice el Sábio; y no hay quien se lo pueda estorbar ni quien le pueda resistir (2).

(1) Seneca, *in praefat. lib.* 3, *nat. quaest.*

(2) Omnia quaecunque voluit Dominus fecit, in cœlo, et in terra, in mari, et in omnibus abyssis. *Ps.* XXXIV, 6.—Subest enim tibi, cum volueris, posse. *Sapient.* XI, 18.—In ditione enim tua cuncta sunt posita, et non est qui possit tuae resistere voluntati. *Esther.* XIII, 9.—Voluntati ejus quis resistet? *Ad Rom.* IX, 19.

CAPITULO VII.

De otros bienes y provechos que hay en esta conformidad con la voluntad de Dios.

Otro grande bien y provecho hay en este ejercicio, y es, que esta conformidad y resignacion entera con la voluntad Dios es de las mejores y mas principales disposiciones que de nuestra parte podemos poner para que el Señor nos haga mercedes y nos llene de bienes. Y asi, cuando Dios nuestro Señor quiso hacer á San Pablo, de perseguidor, predicador y apóstol suyo, le previno y dispuso con esta disposicion. Envióle una gran luz del cielo que le derribó del caballo, y le abrió los ojos del alma, y le hizo decir: "Señor, ¿qué quereis que haga (1)?" «Veisme aqui, Señor, como un poco de barro en vuestras manos para que hagais de mí lo que quisiéredes.» Y asi hizo Dios de él un vaso escogido, para que llevase y derramase su nombre por todo el mundo (2). De la santa virgen Gertrudis se lee (3) que le dijo Dios: «cualquiera que desea que yo venga libremente á morar en él, ha de resignarme la llave de la propia voluntad sin tornármela mas á pedir.» Por esto nuestro Padre (4) nos pone esta resignacion é indiferencia por la principal disposicion para recibir grandes mercedes de Dios, y con esa quiere que entre uno en los ejercicios, y ese es el fundamento que nos pone al principio de ellos, que estemos indiferentes y despegados de todas las cosas del mundo, no deseando mas esto que aquello, sino deseando que en todo se cumpla y haga en nosotros la voluntad de Dios. Y en las reglas ó anotaciones que pone para ayudar asi al que da como al que hace los ejercicios, en la quin-

(1) Domine, quid me vis facere? *Act.* IX, 6.

(2) Vas electionis est mihi, ut portet nomen meum coram gentibus, et regibus, et filiis Israel. *Act.* IX, 15.

(3) Refert Blos. *c.* 11. *monilis spirit.*

(4) S. P. N. Ignatii, *lib. exerc. spirit.*

ta de ellas dice: «ayudarále mucho al que hace los ejercicios entregarse y ofrecerse liberalmente y del todo en las manos de Dios para que haga de él y de sus cosas lo que él fuere mas servido.» Y la razon de ser esta tan gran disposicion y medio para que el Señor nos haga mercedes, es porque por una parte se quitan con esto los estorbos é impedimentos que podia haber de nuestras malas aficiones y deseos, y por otra, cuanto uno mas se fia de Dios, poniéndose del todo en sus manos y no queriendo sino lo que él quiere, tanto mas obliga á Dios á que mire por él y por todo lo que le conviene.

Por otra via es tambien esta conformidad con la voluntad de Dios medio muy eficaz para adquirir y alcanzar todas las virtudes, porque estas se adquieren con el ejercicio de sus actos. Ese es el modo natural para alcanzar los hábitos, y de esta manera quiere tambien Dios darnos la virtud, porque quiere obrar las obras de gracia conforme á las obras de naturaleza. Pues ejercitaos vos en esta resignacion y conformidad con la voluntad de Dios, y de esa manera os ejercitareis en todas las virtudes y asi las vendreis á alcanzar; porque unas veces se os ofrecerán ocasiones de humildad, otras de obediencia, otras de pobreza, otras de paciencia, y asi de las demas virtudes. Y mientras mas os ejercitáredes en esta resignacion y conformidad con la voluntad de Dios, y mas fuéredes creciendo y perfeccionándoos en ella, mas ireis creciendo y perfeccionándoos en todas las virtudes. Dice el Sábio: "Juntaos con Dios (1)," conformaos en todo con su voluntad (y segun otra letra (2): "Allegaos, unios con él"), «y de esa manera crecereis y aprovechareis mucho.» Por esto aconsejan los maestros de la vida espiritual, y es maravilloso consejo (1), que pongamos los ojos en una virtud superior, la cual encierre en sí las demas, y que esa procuremos principalmente en la oracion, y á esa enderecemos el exámen y todos nuestros ejercicios; porque poniendo los ojos en una cosa, es mas fácil dar tras ella, y alcanzando esa se alcanza todo. Pues una de las cosas principales en que podemos poner los ojos para esto, es esta resignacion y conformidad entera con la voluntad de Dios; y asi en esta será muy bien empleada la oracion y el exámen, aunque gastemos en eso muchos años y toda la vida: porque si esta alcanzamos, alcanzaremos todas las virtudes.

Sobre aquellas palabras del Apóstol San Pablo "Señor, ¿qué quereis que haga (2)?" dice San Bernardo: "¡Oh palabra breve, pero llena! todo lo abraza, ninguna cosa deja: «Señor, ¿qué quereis que haga?» Palabra breve, pero compendiosa, pero viva, pero eficaz y digna de ser muy estimada (3).» Pues si quereis un documento breve y compendioso para alcanzar la perfeccion; este es, decid siempre con el Apóstol: "Señor, ¿qué quereis que haga?" Y con el Profeta: "Dispuesto y preparado está mi corazon, Señor; dispuesto y preparado está para todo lo que quisiéreis de mí (4)." Traed siempre esto en la boca y en el corazon, y al paso que fuéredes creciendo en esto ireis creciendo en perfeccion.

Otro bien y provecho hay tambien en este ejercicio, y es que podemos sacar de él un remedio muy bueno para cierto género y manera de tentaciones que se suelen ofrecer. El demonio procura algunas ve-

(1) Conjungere Deo, et sustine, ut crescat in novissimo vita tua. *Eccl.* II, 3.
(2) Conglutinare Deo.

(1) Trat. 5, c. 14 y 15.
(2) Domine, quid me vis facere? *Act.* IX, 6.
(3) O verbum breve, sed plenum, sed vivum, sed efficax, sed dignum omni acceptione! *Bernard. serm. 1 de convers. Sancti Pauli.*
(4) *Ps.* LVI, 8; *et Ps.* CVII, 1.

ces inquietarnos con algunas tentaciones de pensamientos condicionales y de preguntas; si el otro te dijese esto, ¿qué responderias? Si acaeciese esto ¿qué harias? En este caso, ¿cómo te habrias? Y como él es tan sutil, represéntanos las cosas de tal manera, que por cualquier parte parece que nos hallamos perplejos y no acertamos á salir, por hallar alli armado lazo: porque el demonio no cura de que sea verdadero ó aparente y fingido aquello con que engaña; como él haga su hecho de traer al hombre á algun consentimiento malo, no le importa mas eso que esotro. En estas tentaciones, dicen comunmente que no está uno obligado á responder ni sí, ni no; antes hará mejor en no responder, y especialmente á gente escrupulosa les conviene mas esto, porque si comienzan á travar pláticas con el demonio y andar en demandas y respuestas con él, eso es lo que él se quiere; porque á él no le faltarán réplicas, y por bien librados que salgan de la escaramuza, saldrán quebrada la cabeza. Pero una respuesta hallo yo buena y provechosa para estas tentaciones; y responder esto lo tengo por mejor que el no responder, y es lo que vamos diciendo, á cualquiera cosa de esas puede uno responder á ojos cerrados: «si eso es voluntad de Dios, yo lo quiero; si Dios quiere eso, yo tambien lo quiero; yo querria en eso lo que Dios quisiese; en todo me remito á la voluntad de Dios; yo haria en eso lo que fuese obligado; el Señor me daria gracia para que en eso no le ofendiese, sino que hiciese lo que fuese su voluntad.» Esta es una respuesta general que satisface muy bien á todo, y no tiene dificultad asi en general, sino mucha facilidad; porque si es voluntad de Dios, es bueno; si es voluntad de Dios, es lo mejor; si es voluntad de Dios, es lo que á mí mas me conviene. Bien seguramente me puedo arrojar en la voluntad de Dios y decir todas estas cosas, y con eso quedará el demonio muy burlado y confundido, y nosotros muy contentos y animados con la victoria. Asi como en las tentaciones de fé aconsejan que no respondamos á ellas en particular, y especialmente á los escrupulosos, sino que digamos en general: «Yo tengo y creo todo lo que tiene y cree la Santa Madre Iglesia;» asi en estas tentaciones es muy buen remedio no responder en particular, sino acogernos á la voluntad de Dios, que es sumamente buena y perfecta.

CAPITULO VIII.

En que se confirma con algunos ejemplos cuánto agrada á Dios este ejercicio de la conformidad con su voluntad, y la perfeccion grande que hay en él.

Cuenta Cesario (1) que en un monasterio habia un monge al cual habia Dios dado tanta gracia de hacer milagros que, con solo tocar sus vestiduras ó el cíngulo con que se ceñia, sanaban los enfermos; lo cual, como considerase atentamente su abad, y por otra parte no viese en aquel monge cosa especial que resplandeciese de santidad, llamóle aparte y preguntóle que le dijese la causa de hacer Dios por él tantos milagros. Respondió que no la sabia, porque «yo, dice, no ayuno mas que los demas, ni hago mas disciplinas, ni penitencias, ni tengo mas tiempo de oracion, ni trabajo, ni velo mas; lo que puedo decir de mí es que ni las cosas prósperas me levantan, ni las adversas me desmayan; ninguna cosa que acontezca me turba ni inquieta. Con la misma paz y sosiego está mi alma en todos los sucesos, por diversos que sean, ahora sean propios, ahora agenos.» Díjole el abad, «¿no os turbastes ó inquietastes algo el otro dia, cuando aquel caballero nuestro contrario pegó fuego á nuestra granja y la quemó?» «No,

(1) Caesar. *lib.* 10, *Dialog.* c. 9.

dice, ninguna turbacion sentí en mi alma, porque todo lo tengo ya dejado en las manos de Dios; y asi lo próspero como lo adverso, y lo poco como lo mucho, lo tomo con hacimiento de gracias, como venido de su mano.» Y conoció entonces el abad que esta era la causa de aquella virtud de hacer milagros.

Blosio cuenta (1) que siendo preguntado de un teólogo cierto pobre mendigo de vida perfecta, cómo habia alcanzado la perfeccion, respondió de esta manera: «Determiné llegarme á sola la divina voluntad, con la cual de tal suerte conformé la mia, que cuanto Dios quiere, tambien lo quiero yo; cuando la hambre me fatiga, cuando el frio me molesta alabo á Dios; ahora sea el aire sereno, ahora recio y tempestuoso, asimismo alabo á Dios. Cualquiera cosa que él me dá ó permite que me venga, ahora sea próspera, ahora adversa, ahora sea dulce, ahora amarga y desabrida, la recibo de su mano con grande alegría, como cosa muy buena, resignándome todo en él con humildad. Jamás pude hallar descanso en cosa alguna que no fuese Dios, y ya hallé á mi Dios, donde tengo descanso y paz eterna.»

Él mismo cuenta (2) de una santa vírgen, que siendo preguntada cómo habia alcanzado la perfeccion, respondió: «Todos los trabajos y adversidades las tomé con gran conformidad, como venidas de la mano de Dios; y á cualquiera que me hacia alguna injuria, ó me daba alguna molestia, procuré recompensarlo haciéndole algun particular beneficio. A ninguno me quejé de mis trabajos, sino solamente acudí á Dios, del cual recibia luego esfuerzo y consuelo."

De otra vírgen de gran santidad dice que, preguntada con qué ejercicio habia alcanzado tanta perfeccion, respondió con mucha humildad: «Nunca tuve tantos dolores y trabajos que no desease padecerlos mayores por amor de Dios, teniéndolos por dones grandes suyos y juzgándome por indigna de ellos.»

Cuenta Taulero (1) que á una sierva de Dios, totalmente resignada en sus manos, encomendaban diferentes personas que hiciese oracion por algunos negocios; ella respondia que sí haria, y á veces se olvidaba, y todo cuanto le encargaban sucedia á pedir de boca. Volvian á darle las gracias, como si por su oracion lo hubieran alcanzado; y ella se confundia, decia que las diesen á Dios, que ella no habia puesto nada de su parte. Vinieron de esta manera muchos. Ella fuese á Dios á formar amorosa querella de él, porque todos los negocios que á ella le encomendaban, los efectuaba de suerte que á ella le viniesen á dar las gracias, no habiendo ella hecho nada. Respondióle el Señor: «Mira, hija, el dia que tú me diste tu voluntad, te dí yo la mia; y aunque no me pidas nada particularmente, como yo entienda que gustas tú de ello, lo hago como tú quisieras.»

En las *Vidas de los Padres* se cuenta de un labrador, que siempre sus campos y viñas llevaban mas abundantes frutos que las de los otros. Preguntado de sus vecinos cómo era aquello, respondió que no se espantasen de tener él mejores frutos que ellos, porque tenia siempre los tiempos como él los queria. Y espantándose los otros mas de esto, preguntáronle que cómo podia ser aquello, y él respondió: «Yo nunca quiero otro tiempo, sino el que Dios quiere; y como yo quiero lo que Dios quiere, dáme él los frutos como yo los quiero.»

(1) Blosius, *in appendice ad institutionem spiritualem, c. 1 in fine.*

(2) Blosius, *ubi supra; et c. 10, monilis spiritualis.*

(1) Tauler. *serm. 1 de Circumc.*

Del bienaventurado San Martin, obispo, cuenta Severo Sulpicio en su vida, que el tiempo que conversó con él, nunca le vió airado, ni triste, sino siempre con mucha paz y alegria. Y la causa de esto, dice era porque todo cuanto le sucedia, lo tomaba y recibia como cosa enviada de la mano de Dios; y asi se conformaba en todo con su voluntad con grande igualdad y alegría.

CAPITULO IX.

De algunas cosas que nos harán fácil y suave este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios.

Para que este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios se nos haga fácil y suave, es menester: lo primero, que tengamos siempre delante de los ojos aquel fundamento que pusimos al principio (1), que ninguna adversidad ni trabajo nos puede venir ni acontecer que no pase por las manos de Dios y venga colado y registrado por su voluntad. Esta verdad nos enseñó Cristo nuestro Redentor, no solamente de palabra sino tambien con su ejemplo. Cuando mandó á San Pedro, la noche de su Pasion, que envainase el cuchillo, añadió: "¿No quieres que beba el Cáliz que me ha dado mi Padre (2)?" No dijo: «el Cáliz que me ha procurado Judas ó los Escribas y Fariseos», porque sabia bien que todos esos no eran sino criados que le servian la copa del Padre, y que lo que ellos hacian con malicia y envidia, el Padre Eterno con su infinita bondad y sabiduría lo ordenaba para remedio del género humano. Y asi dijo tambien despues á Pilatos, que decia que tenia potestad de crucificarle y de librarle: "No tendrias tú potestad ninguna contra mí, sino te la hubiesen dado de arriba (3)." Y lo declaran los Santos asi porque todo vino de arriba, por disposicion y órden de Dios (1).

Dijo esto maravillosamente el Apóstol San Pedro en el capítulo cuarto de los Actos de los Apóstoles; declarando aquello del Profeta: "¿Por qué bramaron las gentes y trazaron vanidades los pueblos? Se juntaron los reyes de la tierra, y los príncipes se vieron unidos contra el Señor y contra su Cristo (2)," declara y dice: "Juntáronse los príncipes y potestades de la tierra contra Cristo nuestro Redentor, para ejecutar y poner por obra lo que en el Consistorio de la Santísima Trinidad se habia decretado y determinado (3):" porque no podian hacer ellos mas que eso. Y asi vemos que cuando Dios no quiso, no fué bastante todo el poder del rey Herodes para quitarle la vida, cuando niño; y aunque hizo matar á todos los niños que habia en aquella comarca, de dos años abajo, no pudo dar con el Niño que buscaba; porque no queria él morir entonces: y los judíos y fariseos muchas veces quisieron echar mano de Cristo y darle la muerte: una vez le llevaron á lo alto del monte, sobre que estaba edificada su ciudad, para despeñarle de alli abajo, y dice el Sagrado Evangelio: "Él íbase con mucha paz por medio de ellos (4)," porque no habia escogido aquella manera de muerte, y asi ellos no se la podian dar. Otra vez le quisieron apedrear, y tenian ya las manos levantadas en alto con sus pie-

(1) Cap. I et II.
(2) Calicem, quem dedit mihi Pater, non vis ut bibam illum? *Joann.* XVIII, 11.
(3) Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper. *Joann.* XIX, 11.

(1) Nisi ex divina dispositione, et ordinatione id factum esset. *Chrysost. hom.* 83 *in Joann.*—Cyril. *lib.* 12, *cap.* 22, *in Joann.*—Iren. *lib.* 4, *contra haereses, cap.* 34.—Aug. *tract.* 116, *sup. Joannem.*
(2) Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania? Astiterunt Reges terrae, et principes convenerunt in unum adversus Dominum, et adversus Christum ejus. *Ps.* II, 1.
(3) Convenerunt enim vere in civitate ista, adversus Sanctum puerum tuum Jesum, quem unxisti, Herodes et Pontius Pilatus, cum gentibus, et populis Israel, facere quae manus tua, et Consilium tuum decreverunt fieri. *Actuum* IV, 26.
(4) Ipse autem transiens per medium illorum ibat. *Luc.* IV, 30.

dras para tirarle, y pónese Cristo nuestro Redentor con mucha paz á razonar con ellos y preguntarles: "Muchas buenas obras os he hecho, ¿por cuál de ellas me quereis apedrear (1)?" No permitió ni les dió licencia que meneasen las manos, "porque no era llegada su hora (2);" pero cuando llegó la hora en que él habia determinado morir, entonces pudieron hacer lo que el Señor habia determinado padecer, porque quiso él y les dió entonces licencia para ello: "Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas (3)," les dijo cuando le vinieron á prender: «Cada dia estaba con vosotros en el templo, y no me prendisteis, porque no era llegada la hora: ya es llegada, y asi veisme aqui, yo soy.» ¿Qué hizo allá Saul, que fué figura de esto, qué diligencias y medios puso para haber á las manos á David, un rey de Israel contra un hombre particular, "contra una pulga," como dijo el mismo David (4)? Y con todo eso nunca le pudo haber. Nótalo muy bien la Divina Escritura, y dá esta razon, "porque no quiso Dios entregarle en sus manos (5)." Ahí está todo el punto.

Y asi nota muy bien San Cipriano (6) sobre aquellas palabras: "No nos dejes caer en la tentacion (7)," que todo nuestro temor y toda nuestra devocion y atencion en las tentaciones y trabajos, la habemos de poner en Dios; porque ni el demonio, ni otro ninguno nos puede hacer mal alguno, si Dios primero no le dá poder para ello.

Lo segundo, aunque esta verdad bien sentida es muy bastante y de grande eficacia para conformarnos en todas las cosas con la voluntad de Dios: con todo eso, no habemos de parar ahí, sino pasar adelante á otra cosa que se sigue de ella y la notan los Santos (1); y es, que juntamente con venirnos todas las cosas de la mano de Dios, habemos de entender que vienen para nuestro bien y provecho. Las penas de los condenados, de mano de Dios les vienen; empero no para provecho y remedio de ellos, sino para puro castigo. Mas las penas y trabajos que en esta vida envia Dios á los hombres, ahora sean justos, ahora pecadores, siempre habemos de creer y confiar de aquella infinita bondad y misericordia los envia para nuestro bien y porque aquello es lo que conviene para nuestra salvacion. Asi dijo la santa Judit á su pueblo, cuando estaban en aquella afliccion y aprieto tan grande, cercados de sus enemigos: "Creamos que nos ha enviado Dios estos trabajos, no para nuestra perdicion, sino para enmienda y provecho nuestro (2)." De una voluntad tan buena como la de Dios y que tanto nos ama, bien ciertos y seguros podemos estar que no quiere sino lo bueno y lo mejor, y lo que mas nos conviene á nosotros, lo cual adelante se declarará mas (3).

Lo tercero, para que nos aprovechemos mas de esta verdad y este medio sea mas eficaz para alcanzar una perfecta conformidad con la voluntad de Dios, no nos habemos de contentar con entender especulativamente que todas las cosas vienen de la mano de Dios, ni con creerlo en general y á carga cerrada, porque asi nos lo dice la fé, ó porque asi lo habemos leido ú oido; sino es menester que actuemos y avivemos

(1) Multa bona opera ostendi vobis ex Patre meo, propter quod eorum opus me lapidatis? *Joann.* X, 32.
(2) Quia nondum venerat hora ejus. *Joann.* VII, 30.
(3) Haec est hora vestra, et potestas tenebrarum. *Luc.* XXII, 53.
(4) Ut quaerat pulicem unum. *I. Reg.* XXVI, 20, *et* XXIV, 15.
(5) Non tradidit eum Deus in manus ejus. *I. Reg.* XXIII.
(6) Ciprian. *serm. de Orat. Dominica.*
(7) Et ne nos inducas in tentationem. *Matth,* VI.

(1) Dorotheus, *doct.* 13.—Nil. c. 29, *de orat.*—Idem dixit Dominus S. Gertru. *refert.* Bios. c. 11 *Monilis spirit.*
(2) Ad emmendationem, et non ad perditionem nostram evenisse credamus. *Judith.* VIII, 27.
(3) Cap. 19 y 22.

esta fé, procurando de entender y sentir esto prácticamente: de manera que vengamos á tomar todas las cosas que nos suceden, como si sensiblemente viésemos á Cristo nuestro Señor que nos está diciendo: «Toma, hijo, esto te envio, mi voluntad es que hagas ó padezcas ahora esto y esto;» porque de esa manera se nos hará muy fácil y muy suave el conformarnos en todas las cosas con la voluntad de Dios: porque si se os apareciera el mismo Jesucristo en persona y os dijera: «Mira, hijo, que esto es lo que quiero de tí; este trabajo ó enfermedad quiero que padezcas ahora por mí; en este oficio ó ministerio quiero que me sirvas;» claro está que, aunque fuese la cosa mas dificultosa del mundo, la haríades de muy buena voluntad todos los dias de vuestra vida, y os tendríades por muy dichoso de que Dios se quisiese servir de vos en aquello, y por mandároslo él entenderíades que aquello era lo mejor y lo que mas convenia para vuestra salvacion, y no dudaríades eso, ni os vendria primer movimiento contra ello.

Lo cuarto, es menester que en la oracion nos ejercitemos y actuemos mucho en este ejercicio, cabando y ahondando en aquella riquísima mina de la providencia tan paternal y tan particular que tiene Dios de nosotros, porque de esa manera daremos con este tesoro: lo cual iremos declarando en los capítulos siguientes.

CAPITULO X.

De la providencia paternal y particular que tiene Dios de nosotros, y de la confianza filial que habemos de tener nosotros en él.

Una de las mayores riquezas y tesoros de que gozamos los que tenemos fé, es la providencia particular y tan paternal que Dios tiene de nosotros, que estamos ciertos que no nos puede venir ni acontecer cosa alguna que no venga colada y registrada por las manos de Dios; y asi decia el Profeta David: "Aveisnos, Señor, cercado y guardado con vuestra buena voluntad, como con un escudo fortísimo (1)." Estamos rodeados por todas partes de la buena voluntad de Dios, que no nos puede entrar ninguna cosa sino por ella, y asi no hay que temer: porque no dejará él entrar ni pasar á nosotros cosa alguna, si no es para mayor bien y provecho nuestro. En lo mas secreto de su tabernáculo y de su recámara nos tiene Dios escondidos, debajo de sus alas nos tiene guardados, dice el Real Profeta (2); y mas que eso dice: "Escóndenos el Señor en lo mas escondido y amparado de su rostro (3)," que son los ojos; «en las niñetas de ellos nos esconde,» segun dice otra letra (4); para que asi se verifique bien lo que dice en otra parte: «Como las niñetas de los ojos, asi estamos guardados debajo de su amparo y proteccion, y quien tocare á vosotros, dice Dios, me toca á mí en la lumbre de los ojos (5).» No se puede imaginar cosa mas rica, ni mas preciosa, ni mas para estimar y desear que esta.

¡Oh, si acabásemos de conocer y entender bien esto! ¡Cuán amparados y remediados nos sentiríamos, y cuán confiados y consolados estaríamos en todas nuestras necesidades y trabajos! Si acá un hijo tuviese un padre muy rico y poderoso, y muy privado y favorecido del rey, ¡qué confiado y seguro estaria en todos los negocios que se le ofreciesen, que no le faltaria el favor y

(1) Domine, ut scuto bonae voluntatis tuae coronasti nos. *Ps.* V, 13.

(2) Quoniam abscondit me in tabernaculo suo, in die malorum protexit me, in abscondito tabernaculi sui. *Ps.* XX, 5.

(3) Abscondes eos in abscondito faciei tuae. *Ps.* L, 21.

(4) In oculis faciei tuae.

(5) Custodi me ut pupillam oculi. *Ps.* XVI, 8.—Qui tetigerit vos, tangit pupillam oculi mei. *Zach.* II, 8.

amparo de su padre! Pues ¡con cuánta mayor razon habemos nosotros de tener esta confianza y seguridad, considerando que tenemos por padre á aquel en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, y que no nos puede acontecer cosa alguna sin que primero pase por su mano! Si esta manera de confianza tiene un hijo con su padre, y con ella duerme seguro, ¡cuánto mas la debemos nosotros tener en aquel que es mas padre que todos los padres, y que en su comparacion no merecen los otros nombre de padres! porque no hay entrañas de amor que se puedan comparar á las que Dios tiene con nosotros; sobrepujan infinitamente todos los amores que pueden tener todos los padres de la tierra. De tal Padre y Señor bien confiados y seguros podemos estar que todo lo que nos enviare será para nuestro mayor bien y provecho; porque el amor que nos tiene en su Unigénito Hijo, no le dejará hacer otra cosa sino buscar el bien de aquel por cuyo amor entregó á su Hijo á dolores de cruz. Dice el Apóstol San Pablo: "El que nos dió á su Unigénito Hijo, y le entregó á muerte por nosotros, ¿qué no hará por nosotros (1)?" El que nos ha dado lo mas, ¿cómo no nos dará lo menos? Y si todos deben tener esta confianza en Dios, ¿cuánto mas los religiosos, á quien él particularmente ha recibido por suyos, y les ha dado el espíritu y corazon de hijos, y hecho que nieguen y dejen á sus padres carnales y que tomen á él por padre? ¿qué corazon y amor de padre, y qué cuidado y providencia tendrá Dios con estos tales? "Porque mi padre y mi madre me dejaron, el Señor me tomó á su cargo (2)." ¡Oh, qué buen padre habeis tomado en lugar del que dejastes! Con mas razon y con mayor confianza podeis vos decir: "Dios se ha encargado y tomado cuidado de mí y de todas mis cosas, no me faltará nada (1)." "Yo soy mendigo y pobre; Dios anda solícito y cuidadoso de mí (2)." ¿Quién no se consolará con esto, y se derretirá en amor de Dios? Que estais vos, Señor, encargado de mí, y teneis tanto cuidado de mí como si en el cielo y en la tierra no tuviérades otra criatura que gobernar sino á mí solo. ¡Oh, si cabásemos y ahondásemos bien en este amor y providencia y proteccion tan paternal y tan particular que tiene Dios de nosotros!

De aquí nace en los verdaderos siervos de Dios una muy familiar y filial confianza en él, la cual en algunos es tan grande, que no hay hijo en el mundo que esté en todas sus cosas tan confiado en la proteccion de su padre, cuanto ellos lo están en la de Dios; porque saben que tiene para con ellos entrañas mas que de padre, y mas que de madre, que suelen ser mas tiernas, como lo dice él por Isaías: "¿Qué madre hay que se olvide de su hijo chiquito y que no tenga corazon para apiadarse del que salió de sus entrañas? Pues si fuere posible que haya alguna madre en quien pueda caber este olvido, en mí, dice el Señor, nunca jamás cabrá, porque en mis manos te tengo escrito, y tus muros están siempre delante de mí (3)." Como si dijera: «tráigote en las palmas, y téngote siempre delante de mis ojos para ampararte y defenderte.» Y por el mismo Profeta nos declara esto con otra comparacion muy re-

(1) Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donabit? *Ad Rom.* VIII, 32.

(2) Quoniam pater meus, et mater mea dereliquerunt me, Dominus autem assumpsit me. *Ps.* XXVI, 10.

(1) Dominus regit me, et nihil mihi deerit. *Ps.* XXII, 1.

(2) Ego autem mendicus sum, et pauper: Dominus solicitus est mei. *Ps.* XXXIX, 18.

(3) Nunquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui; ecce in manibus meis descripsi te, muri tui coram oculis meis semper. *Isai.* c. XLIX, 15.

galada: asi como la muger que ha concebido, trae al niño dentro de sus entrañas, y ella le sirve de casa, de litera, de muro, de sustento y de todas las cosas, de esa manera dice Dios que nos trae él en sus entrañas (1). Con esto viven los siervos de Dios tan confiados y se tienen por tan socorridos y remediados en todas sus cosas, que no se turban ni inquietan con los varios acaecimientos de esta vida. El corazon de los justos, dice el Profeta Jeremías (2), no tiene zozobra ni pierde su quietud y sosiego por los diversos sucesos y acaecimientos, porque saben que ninguna cosa puede acontecer sin voluntad de su Padre, y están muy satisfechos y confiados de su grande amor y bondad, que todo será para mayor bien suyo, y todo lo que les quitare por una parte se lo volverá por otra en cosa que mas les valga.

De esta confianza tan familiar y tan de hijos que los justos tienen en Dios, nace en su alma la paz, tranquilidad y seguridad grande que tienen, conforme á aquello de Isaías, cuando dice que "reposarán sus hijos en una hermosísima paz y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso muy cumplido y muy abastado de todos los bienes (3);" donde juntó muy bien el Profeta la paz con la confianza, porque de lo uno se sigue lo otro; de la confianza se sigue la paz, porque quien está muy confiado en Dios no tiene que temer ni que turbarse, pues tiene á Dios por valedor. Y asi decia el Profeta: "En paz juntamente dormiré y descansaré, porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia (4)."

Y mas: no solo causa grande paz esta confianza filial, sino grande gozo y alegria: "El Dios de la esperanza os llene de gozo y paz en creer para que abundeis en la confianza y virtud del Espíritu Santo," dice el Apóstol (1). Aquel crédito de que Dios sabe lo que hace y que lo hace por nuestro bien; hace no sentir aquellos alborotos y aquellas congojas y desasosiegos que sienten los que miran las cosas con ojos de carne, sino antes estar con mucho gozo y alegria en todos los acaecimientos. Y mientras mas abundare uno en esta confianza, mas abundará en gozo y alegria espiritual, porque mientras mas se fia y ama, mas quieto y seguro está de que todo se le ha de convertir en bien, y no puede creer ni esperar menos de aquella bondad y amor infinito de Dios.

Esto hacia á los Santos estar tan quietos y seguros en medio de los trabajos y peligros, que ni temian á los hombres, ni á los demonios, ni á las bestias, ni á las demas criaturas irracionales, porque sabian que sin licencia y voluntad de Dios no podian tocar á ellos. Y asi cuenta San Atanasio del bienaventurado San Antonio que le aparecieron una vez los demonios en diversas formas espantables y en figura de fieros animales, de leones, tigres, toros, serpientes y escorpiones, cercándole y amenázandole con sus uñas, dientes, bramidos y silvos temerosos, que parecia que le querian ya tragar; y el Santo hacia burla de ellos, y decíales: «Si tuviésedes algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaria para pelear con un hombre; mas porque sois flacos, que Dios os ha quitado las fuerzas, procurais de juntaros mucha canalla para poner miedo con

(1) Qui portamini a meo utero. *Isai.* XLVI, 3.
(2) Et in tempore siccitatis non erit solicitum. *Jerem.* XVII, 8.
(3) Et sedebit populus meus in pulchritudine pacis, et in tabernaculis fiduciae, et in requie opulenta. *Isai.* XXXII, 18.
(4) In pace in idipsum dormiam, et requiescam, quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me. *Ps.* IV, 9.
(1) Deus autem spei repleat vos omni gaudio, et pace in credendo, ut abundetis in spe, et virtute Spiritus Sancti. *Ad Rom.* XV, 13.

eso. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, veisme aquí, tragadme; mas si no teneis poder y licencia de Dios ¿para qué trabajais en valde?» De donde se vé bien la paz y fortaleza grande que causaba en este Santo el entender que ninguna cosa le podian hacer sin la voluntad de Dios, y el estar él tan conforme con ella. De esto tenemos muchos ejemplos en las historias Eclesiásticas (1). De nuestro bienaventurado P. San Ignacio leemos un ejemplo semejante en el libro quinto de su vida (2). Y en el segundo libro se cuenta de él que, navegando una vez para Roma, se levantó una tan recia tempestad que, quebrado el mástil con la fuerza del viento y perdidas muchas járcias, todos temian y se preparaban para morir, pareciéndoles ser ya llegada su hora. Y en este trance tan peligroso, cuando todos estaban con el espanto de la muerte atemorizados, dice que él no sentia en sí temor alguno; solo le daba pena el parecerle que no habia servido á Dios tanto como debiera; empero en lo demas no hallaba que temer: "porque la mar y los vientos tambien obedecen á Dios (3), y sin licencia y voluntad suya no se levantan las olas ni las tempestades, ni pueden anegar á nadie. Pues á esta familiar y filial confianza en Dios, y á esta tranquilidad y seguridad habemos nosotros de procurar llegar con la gracia del Señor, mediante este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, cabando y ahondando con la oracion y consideracion en esta riquísima mina de la providencia, tan paternal y tan particular, que Dios tiene de nosotros. Estoy cierto que ninguna cosa me puede acontecer, y que ninguna cosa me pueden hacer, ni los hombres, ni los demonios, ni criatura alguna, mas de lo que Dios quisiere y les diere licencia; pues eso hágase en mí en buen hora, que yo no lo rehuso ni quiero otra cosa sino la voluntad de Dios.

De Santa Gertrudis leemos (1) que jamás pudieron oscurecer la constancia y segura confianza, que tenia en la benignísima misericordia de Dios, ningun peligro, ni tribulacion, ni la pérdida de sus cosas, ni otros impedimentos, ni aun los pecados y defectos propios; porque confiaba certísimamente que todas las cosas, asi prósperas como adversas, la divina Providencia las convertia en su bien. Y una vez le dijo el Señor á esta santa virgen: «Aquella segura confianza que el hombre tiene en mí, creyendo que realmente puedo, sé y quiero fielmente ayudarle en todas las cosas, me atraviesa el corazon y hace tanta fuerza á mi piedad, que á semejante hombre, en cierta manera, ni le puedo favorecer por el contento que recibo en verle colgado de mí y por aumentarle el merecimiento, ni dejarle de favorecer por acudir á quien yo soy y á lo mucho que le quiero:» habla á nuestro modo, como que el amor le suspende.

De Santa Matilde se cuenta (2) que le dijo el Señor: «Mucho contento me da que los hombres confien de mi bondad y presuman de mí, porque cualquiera que humildemente estuviere muy confiado y se fiare bien de mí, yo le favoreceré en esta vida, y en la otra le haré mas bien que él merece. Cuanto uno mas fiare y presumiere de mi bondad, tanto mas alcanzará: porque es imposible que el hombre no alcance lo que santamente creyó y esperó que alcanzaria habiéndolo yo prometido; y por esta razon le es provechoso al hombre que esperando

(1) Greg. *lib.* 3, *Dialog.* c. 16, *refert aliud simile exemplum.*
(2) Lib. 5, *vitae S. P. N. Ignat.* c. 9, *et lib.* 2, *cap.* 5.
(3) Quia venti, et mare obediunt ei. *Matth.* VIII, 27.

(1) Blosius, *cap.* 11. *Monil. spiritualis.*
(2) Blosius, *ubi supra.*

á la misma Matilde que preguntó al Señor de mí cosas grandes se fie bien de mí.» Y qué era lo que principalmente era razon se creyese de su inefable bondad, le respondió: «Cree con fé cierta que yo te recibiré despues de tu muerte como el padre recibe á su muy querido hijo, y que jamás hubo padre que con tanta fidelidad repartiese su hacienda, como yo comunicaré contigo todos mis bienes y á mí mismo. Cualquiera que firmemente y con caridad humilde creyere esto de mi bondad, será bienaventurado.»

CAPITULO XI.

De algunos lugares y ejemplos de la Sagrada Escritura que nos ayudarán para alcanzar esta familiar y filial confianza en Dios.

Cuanto á lo primero, será bien que veamos la grande costumbre que tenian aquellos Padres antiguos de atribuir á Dios todos los sucesos, por cualquiera via ó medio que viniesen. En el capítulo cuarenta y dos del Génesis, cuenta la Sagrada Escritura, que viniendo los hermanos de José con trigo comprado de Ejipto, como él hubiese mandado á su mayordomo que en la boca del costal de cada uno pusiese atado el dinero del trigo como ellos lo habian traido, yendo su camino pararon en un meson, y queriendo dar de comer del trigo que traian á sus bestias, el primero de ellos, abriendo su costal, vió luego su bolsilla con el dinero, y díjolo á los otros, y acudiendo cada uno á su costal, hallan allí su dinero. Dice, pues, que dijeron turbados entre sí: "¿Qué será esto que ha hecho Dios con nosotros (1)?" Es mucho de notar que no dicen: «trampa es esta que nos han armado: alguna calumnia hay aquí;» ni dijeron: «el mayordomo por descuido se dejó el dinero de cada uno en su costal;» ni dicen: «quizá nos quiso hacer limosna del dinero;» sino atribuyéndolo á Dios, dicen: «¿qué quiere ser esto que ha hecho Dios con nosotros?» confesando que, pues no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, tampoco aquello sucedia sino por su voluntad. Y cuando habiendo ido Jacob á Egipto, le fué José á visitar con sus hijos, y le preguntó el viejo qué niños eran aquellos, respondió: "Hijos mios son, que Dios me ha dado en esta tierra de Ejipto (1)." Lo mismo respondió Jacob cuando se encontró con su hermano Esaú y le preguntó qué niños eran aquellos que traia, respondió: "Hijos son que me dió el Señor (2)." Y ofreciéndole cierto presente, le dijo: "Recibe este presente, y llámale bendicion de Dios, cuyo bendecir es bien hacer; la cual, dice, me hizo Dios á mí, que es el que dá todas las cosas (3)." Tambien cuando David iba muy enojado á destruirla casa de Naval, y Abigail su muger le salió al encuentro con un presente para aplacarle, dijo David: "Bendito sea el Señor Dios de Israel, que te envió hoy para que, topándome, no pasase adelante á derramar la sangre de la casa de Naval (4)." Como quien dice: «No viniste de tuyo, sino Dios te envió para que yo no pecase, á él debo yo esta merced, él sea loado por ello.» Este era lenguage comun de aquellos Santos, y debia tambien ser nuestro.

Pero viniendo mas al punto, es maravillosa para este propósito aquella historia del Santo José (5), que habemos tocado, al cual sus hermanos, de envidia porque no viniе-

(1) Quidnam est hoc quod fecit nobis Deus? *Gen.* XLII, 28.

(1) Filii mei sunt, quos donavit mihi Deus in hoc loco. *Gen.* XLVIII, 9.

(2) Parvuli sunt, quos donavit mihi Deus. *Gen.* XXXIII, 5.

(3) Suscipe benedictionem, quam attuli tibi, et quam donavit mihi Deus tribuens omnia. *Gen.* XXXIII, 11.

(4) Benedictus Dominus Deus Israel qui misit hodie te in occursum meum ne irem ad sanguinem. *I. Reg.* XXV, 32.

(5) Gen. XXXVII.

se á mandarles y ser señor de ellos, conforme á lo que habia soñado, le vendieron por esclavo á unos mercaderes de Egipto, y ese mismo medio, que ellos tomaron para deshacerle y que no les viniese á mandar, tomó Dios para cumplir las trazas de su divina providencia y hacer que viniese á ser señor de ellos y de toda la tierra de Egipto. Y asi dijo el mismo José á sus hermanos, cuando se les descubrió y ellos quedaron espantados y asombrados del caso: "No querais temer, ni os espanteis por haberme vendido para estas partes, porque para vuestro bien me envió Dios acá, para que tengais que comer, y no perezca y se acabe el pueblo de Israel (1)." Dios, dice, me envió; "que no se hizo eso por vuestro consejo, trazas fueron esas de Dios. ¿Por ventura, podemos resistir á la voluntad de Dios? Vosotros pensásteis por esos medios hacerme mal; pero Dios lo convirtió todo en bien, como al presente veis (2)." ¿Pues quién con esto no se fiará de Dios? ¿Quién temerá las trazas de los hombres y los reveses del mundo, pues vemos que son aciertos de Dios y que los medios que ellos toman para perseguirnos y hacernos mal, esos mismos toma él para nuestro bien y acrecentamiento? "Mi consejo permanecerá y toda voluntad mia se cumplirá," dice él por Isaías (3). Andad por acá y por allá, que al fin se ha de cumplir la voluntad de Dios, y él enderezará esos medios para eso.

San Crisóstomo (1) pondera otra particularidad en esta historia á este propósito; tratando cómo el copero de Faraon, despues que fué restituido en su oficio, se olvidó de su intérprete José por dos años enteros, habiéndole él encargado tanto que se acordase de él y que intercediese por él delante de Faraon (2); ¿pensais, dice el Santo, que fué acaso este olvido? Que no fué acaso sino acuerdo y traza de Dios, que queria aguardar el tiempo oportuno y la coyuntura para sacar de la cárcel á José con mayor gloria y honra; porque si se acordara de él, por ventura, con su autoridad le librara luego de la cárcel á la sorda, como dicen, sin que fuera oido ni visto; y como Dios Nuestro Señor pretendia que no saliese de esa manera, sino con grande honra y autoridad, permitió que el otro se olvidase por dos años para que asi se llegase el tiempo de los sueños de Faraon, y entonces á instancia del rey, compelido de la necesidad, saliese con la magestad y gloria que salió para ser señor de toda la tierra de Egipto. Sabe Dios muy bien, dice San Crisóstomo, como sapientísimo artífice, cuánto tiempo ha de estar el oro en el fuego y cuándo se ha de sacar de él.

En el primer Libro de los Reyes tenemos otra historia en que resplandece mucho la providencia de Dios en cosas muy particulares y menudas. Habia Dios dicho al Profeta Samuel que él señalaria quién habia de ser rey de Israel para que le ungiese, y dícele: "Mañana á estas horas te enviaré al que has de ungir por rey (3)," que era Saul; y la manera como se lo envió, fué esta: piérdense las pollinas de su padre, y dícele el padre que las vaya á bus-

(1) Nolite pavere nec vobis durum esse videatur, quod vendidistis me in his regionibus; pro salute enim vestra misit me Deus ante vos in Egiptum, praemisitque me Deus, ut reservemini super terram, et escas ad vivendum habere possitis. *Gen.* XLV, 5.

(2) Non vestro consilio, sed Dei voluntate huc missus sum. *Genes.* XLV, 8.—Num Dei possumus resistere voluntati? Vos cogitastis de me malum, sed Deus vertit illud in bonum, ut exaltaret me, sicut in praesentiarum cernitis, et salvos faceret multos populos. *Genes.* L, 19.

(3) Consilium meum stabit, et omnis voluntas mea fiet. *Isaiae* 10.

(1) Chrysost., *homil.* 63 *super Genesim.*

(2) Genes. XL, 23.

(3) Hac ipsa hora quae nunc est, cras mittam virum ad te de terra Benjamin, et unges eum ducem super populum meum Israel. *I. Reg.* IX, 16.

car. Toma consigo Saul un zagal, y van por esos campos y cerros y no pudieron descubrir ni hallar rastro de ellas, y queria ya Saul volverse, porque le parecia que se tardaban mucho y que tendria su padre pena por ellos. Dícele el mozuelo: «No habemos de volver á casa sin ellas. Aqui en este pueblo está un varon de Dios, que era el Profeta Samuel: vamos allá, que él nos dirá de ellas.» Con esta ocasion van á Samuel, y cuando llegaron dícele Dios: "Ese es el que te dije que te enviaria, á ese has de ungir por rey (1)." ¡Oh juicios secretos de Dios! enviábale su padre á buscar las pollinas; empero Dios enviábale á Samuel para que fuese ungido por rey. ¡Cuán diferentes son las trazas de los hombres de las trazas de Dios! ¡Qué lejos estaba Saul y su padre tambien de pensar que iba á ser ungido por rey! ¡Oh cuán lejos estais vos muchas veces, y vuestro padre y vuestro superior, de lo que Dios pretende! De lo que vos menos pensais, de ahí saca Dios lo que él quiere: que no se perdieron las pollinas sin la voluntad de Dios, ni fué acaso enviar su padre por ellas á Saul, ni fué acaso el no poderlas hallar, ni el consejo que dió el mozuelo de que fuesen á consultar sobre ellas al Profeta; sino todo eso fué órden y traza de Dios que tomó esos medios para enviar á Saul á Samuel para que le ungiese por rey, como él se lo habia dicho. Pensaba vuestro padre que os enviaba á estudiar á Sevilla ó á Salamanca para que fuésedes gran letrado y viniésedes despues á tener alguna plaza con que viviésedes honradamente, y no fué sino que os envió Dios allá para recibiros en su casa y haceros religioso. Pensaba San Agustin cuando fué de Roma á Milan, y el prefecto de la ciudad Simaco que le enviaba, que iba á leer retórica, y no era sino que le enviaba Dios á San Ambrosio para que le convirtiese.

Pongámonos á considerar las vocaciones diversas y los medios tan particulares y tan menudos y al parecer tan remotos, por donde Dios trajo á la Religion al uno y al otro, que cierto pone admiracion; porque parece que si no fuera por no sé qué cosilla ó por no sé qué niñería que sucedió, que no fuérades religioso; y fueron todas estas trazas é invenciones de Dios para traeros á la Religion. Y nótese esto de camino para algunos que les suelen venir algunas veces tentaciones que su vocacion no debió ser de Dios por haber sido por medio de semejantes cosillas. Engaño es ese del demonio vuestro enemigo, envidioso del estado que teneis, porque costumbre es de Dios servirse de esos medios para el fin que él pretende de su mayor gloria y de vuestro mayor bien y provecho, y tenemos muchos ejemplos de eso en las vidas de los Santos; que no lo hacia Dios por las pollinas (1), sino quiere que por esos medios vengais á reinar como Saul, porque servir á Dios es reinar (2).

Cuando despues el Profeta Samuel fué de parte de Dios á reprender á Saul por aquella desobediencia que habia cometido en no destruir á Amalec, como Dios le habia mandado; despues de haberle reprendido, volviendo las espaldas Samuel para irse, Saul asióle del manto para que no se fuese, sino que le valiese con Dios; y dice el testo (3) que se quedó el pedazo del manto de Samuel á Saul en la mano, rompiéndose. ¿Quién pensára sino que aquel rasgarse y dividirse el manto del Profeta, sucedia acaso, porque tiró de él Saul y debia ser viejo

(1) Ecce vir, quem dixeram tibi, iste dominabitur populo meo. *I. Reg. IX.*

(1) Numquid de bobus cura est Deo? *I. ad Cor.* IX, 9.
(2) Servire Deo regnare est.
(3) I. Reg. XV, 27.

y rasgóse? Y no sucedia sino por particular disposicion de Dios, para dar á entender que aquello significaba que Saul era apartado y privado del reino por su pecado. Y asi, viendo Samuel este hecho, dijo á Saul: "Por esta division de mi manto, entiende que el Señor apartó y dividió el reino de Israel de tí, y le entregó á tu prójimo que es mejor que tú (1)."

En el mismo libro primero de los Reyes se cuenta que tenia una vez Saul cercado á David y á los suyos (2), de tal manera que ya David desconfiaba de poderse escapar de aquella. Estando en este aprieto, viénele un correo á Saul muy de priesa, que los filisteos se habian entrado la tierra á dentro y lo robaban y destruian todo. Hubo de alzar el cerco Saul y acudir á la mayor necesidad, y asi se escapó David. Que no fué acaso el acometimiento y entrada de los filisteos, sino traza de Dios para librar por aquel medio á David.

Otra vez los sátrapas de los filisteos echaron á David de su ejército, é hicieron que el rey Aquis le mandase volver á su casa, aunque le llevaba él de muy buena gana consigo é iba muy confiado en él (3). Parece que fué acaso aquel consejo de los sátrapas, y no fué acaso, ni por el fin que ellos pensaban, sino fué particular providencia de Dios; porque volviéndose David halló que los amalecitas habian puesto fuego á Siceleg su pueblo, y que habian llevado cautivas todas las mugeres y niños (4), y á sus mismas mugeres de David, y vá tras ellos, y destrúyelos, y cobra toda la presa y cautivos sin faltar ninguno, lo cual no hiciera si los sátrapas no le hubieran echado de su ejército, y para eso ordenó Dios aquel consejo aunque ellos le ordenaban á otra cosa.

En la historia de Estér resplandece tambien mucho esta providencia particular de Dios en cosas muy menudas y particulares. ¡Qué medios tan estraños tomó Dios para librar el pueblo de los judíos de la sentencia del rey Asuero! ¡Por qué medios escogió por reina á Estér, desechando á Vasti, y que fuese del pueblo de los judios para que intercediese despues por ellos! Acaso parece que fué el entender Mardoqueo la traicion que los otros armaban al rey Asuero y el venírsela á descubrir, y que el rey estuviese desvelado aquella noche y no pudiese dormir, y que hiciese que le trajesen las Crónicas de sus tiempos para entretenerse, y que le acertasen á leer aquel hecho de Mardoqueo; y no sucedia nada de eso acaso, sino por alto consejo de Dios y por especial providencia suya, que queria por esos medios librar á su pueblo; y asi se lo envió á decir Mardoqueo á Estér, que no se atrevia á entrar á hablar al rey y se escusaba por no ser llamada. "¿Quién sabe, la dijo, si fué esa la causa de haberte hecho reina para que pudieses ayudar en esta ocasion (1)?"

Llena está la Sagrada Escritura y las Historias Eclesiásticas de semejantes ejemplos, para que aprendamos á atribuir todos los sucesos á Dios y á tomarlos como venidos de su mano para nuestro mayor bien y provecho. En el libro de las Recogniciones de San Clemente se cuenta una cosa notable á este propósito: Siendo Simon Mago perseguidor de San Pedro, San Bernabé habia convertido en Roma á San Clemente, el cual fué á San Pedro, cuéntale su conversion, pídele que le instruya en las cosas de la fé, y dícele San Pedro: «á buena co-

(1) Scidit Dominus regnum Israel a te hodie et tradidit illud proximo tuo meliori te. *I. Reg.* XV.
(2) In modum coronae. *I. Reg.* XXIII, 29.
(3) Sed satrapis non places. *I. Reg.* XXIX, 6 *et* 30.
(4) A minimo usque ad magnum. *Ib.*

(1) Quis novit utrum ideirco ad Regnum veneris, ut in tali tempore pararetis?

yuntura has llegado, porque para mañana está aplazada una disputa pública entre mí y Simon Mago; allí nos verás, y oirás lo que pides.» Estando en esto, entran dos discípulos y dicen á San Pedro cómo Simon Mago los enviaba, que se le habia ofrecido un negocio, que se dilatase la disputa para de ahí en tres dias: dijo San Pedro que fuese así. En saliendo entristecióse San Clemente mucho, y como le vió San Pedro triste, preguntóle: «¿Qué has, hijo, que te veo triste?» Respondió San Clemente: «Hágoos saber, Padre, que me entristecí mucho por ver que se diferia la disputa que yo quisiera que fuera mañana.» Es cosa muy de notar, en una cosa de tan poco peso toma San Pedro la mano, y hace un sermon grande: «Mira, hijo, entre los gentiles, cuando no se hacen las cosas como ellos quieren, levántase gran turbacion; pero nosotros que sabemos que Dios lo guia y gobierna todo, habemos de tener gran consolacion y paz. Sabed, hijo, que ha sido por vuestro mayor bien esto que ha sucedido; porque si ahora fuera la disputa, no la entendiérades tan bien, y despues la entendereis mejor, porque de aquí allá os instruiré yo y gustareis y os aprovecchareis mucho de ella.»

Quiero concluir con un ejemplo nuestro, que tenemos en la vida de nuestro bienaventurado P. San Ignacio (1), en que resplandece tambien mucho esto mismo, que es, en la ida del P. San Francisco Javier á las Indias Orientales. Cosa es digna de consideracion los medios por donde vino á ir este santo varon á las Indias. Nombró nuestro P. San Ignacio para esta mision á los PP. Simon Rodriguez y Nicolás de Bobadilla: el P. Simon estaba entonces cuartanario, y con todo eso se embarcó luego para Portugal. Escribióse al P. Bobadilla que viniese de Calabria á Roma. Vino, mas tan debilitado de la pobreza y trabajos del camino, y tan enfermo y maltratado de una pierna cuando llegó á Roma, que estando al mismo tiempo el embajador don Pedro Mascareñas á punto para volverse á Portugal, fué necesario, por no poder aguardar que sanase Bobadilla, ni quererse partir sin el otro Padre que habia de ir á la India, que en lugar del maestro Bobadilla, fuese sustituido el P. maestro Francisco Javier, con felicísima suerte: el cual se partió luego con el embajador á Portugal. Que no habia sido el nombrado el P. Francisco Javier, sino el P. Bobadilla, y por ser de priesa la partida parece que acaso le sustituyeron en su lugar, y no fué acaso, sino por alto consejo de Dios que habia determinado de hacerle Apóstol de aquellas partes. Y mas, despues que vinieron á Portugal, viendo el grande fruto que hacian allí, los quisieron detener, y últimamente se resolvieron en que se quedase allí el uno de ellos y que el otro pasase á las Indias. Veis aquí vuelto á poner el negocio en contingencia; pero acerca de Dios no hay contingencia, al fin hubo de ser el P. Francisco Javier el que pasó á las Indias, porque esa era la voluntad de Dios, y así lo habia él determinado, por convenir así para el bien de aquellas almas y mayor gloria suya. Tracen los hombres lo que quisieren, y llévenlo por la via que mandaren, que eso tomará Dios por medio para cumplir sus trazas y hacer lo que mas os conviene á vos y á su mayor gloria.

Con estos y otros semejantes ejemplos, así de la Sagrada Escritura como de lo que cada dia vemos y esperimentamos así en otros como en nosotros mismos, habemos de ir asentando é imprimiendo en nuestro corazon esta confianza, mediante la oracion y consideracion, y no habemos de parar en este ejercicio hasta que sintamos en nues-

(1) Lib. 2, cap. 26, *vitae P. N. S. Ignatii.* Et in vita S. P. Franc. Xav.

tro corazon una muy familiar y filial confianza en Dios. Y tened por cierto, que mientras con mayor confianza os arrojáredes en Dios, mas seguro estareis; y por el contrario, hasta que llegueis á tener esta confianza filial, nunca tendreis verdadera paz y reposo de corazon, porque sin ella todas las cosas os turbarán y desmayarán. Pues acabemos de arrojarnos y ponernos del todo en las manos de Dios y fiarnos de él, como nos lo aconseja el Apóstol San Pedro, "poniendo toda vuestra solicitud en él; porque él tiene cuidado de vosotros (1)," y el Profeta: "pon tu cuidado en él, que él te alimentará (2)." «Vos, Señor, me amastes tanto á mí, que os entregastes todo por mí en manos de crueles sayones para que hiciesen en vos lo que quisiesen (3); ¿qué mucho que yo me ponga y entregue en manos, no crueles, sino tan piadosas como las vuestras, para que hagais de mí lo que quisiéredes, que estoy cierto que no será sino lo mejor y lo que mas me conviene á mí?» Aceptemos aquel partido y concierto que hizo Cristo nuestro Señor con Santa Catalina de Sena. Hacia el Señor muchos regalos y favores á esta Santa, y entre ellos fué uno muy particular que, apareciéndole un dia, le dijo: «Hija, olvídate tú de tí, por acordarte de mí, y yo pensaré siempre en tí y tendré cuidado de ti (4).» ¡Oh qué buen concierto este y qué buen trueque! ¡Qué ganancia tan grande seria esta para nuestras almas! pues á este partido sale el Señor con cada uno; olvidaos de vos y dejad vuestras trazas, y cuanto mas os olvidáredes de vos, por acordaros y fiaros de Dios, tanto mas cuidará Dios de vos. ¿Pues quién no aceptará este partido tan aventajado y tan regalado que es el que la Esposa dice que habia hecho con su Esposo? "Yo para mi amado, y el cuidado de mi amado para mí (1);" y en otra parte: "Mi amado para mí, y yo para él (2)."

(1) Omnem solicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis. I. *Petri*, V, 7.

(1) Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet. *Ps.* LIV, 23.

(3) Jesum vero tradidit voluntati eorum. *Luc.* XXIII, 25.

(4) Filia, cogita tu de me, et ego cogitabo continenter de te.

CAPITULO XII.

De cuánto provecho y perfeccion sea aplicar la oracion á este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y cómo habemos de ir descendiendo á cosas particulares, hasta llegar al tercer grado de conformidad.

Juan Rusbroquio, varon doctísimo y muy espiritual, refiere (3) de una santa vírgen, que dando ella cuenta de su oracion á su confesor y padre espiritual, que debia ser gran siervo de Dios y de mucha oracion, y queriendo ser enseñada de él, le dijo que su ejercicio en la oracion era en la vida y Pasion de Cristo nuestro Redentor, y que lo que sacaba de allí era conocimiento de sí y de sus vicios y pasiones, y dolor y compasion de los dolores y trabajos de Cristo. Díjole el confesor, que bueno era aquello; pero que sin mucha virtud podia uno sacar compasion y ternura de la Pasion de Cristo, como acá por solo el amor y afecto natural que uno tiene á su amigo, puede sacar compasion de sus trabajos. Preguntóle la vírgen: «¿y llorar una persona sus pecados cada dia, será verdadera devocion?» Respondióle: «Bueno es eso; pero no es lo mas aventajado: porque lo malo naturalmente da pesadumbre.» Tornó ella á preguntar: «¿Seria verdadera devocion pensar en las penas del infierno y en la gloria de los bienaventurados?» Respondióle: «Tampoco es eso lo mas subido, porque la naturaleza

(1) Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus. *Cant.* VII, 10.

(2) Dilectus meus mihi, et ego illi. *Cant.* II, 16.

(3) Rusbroc. *in fine operum suorum.*

misma naturalmente aborrece y rehusa lo que le dá pena, y ama y busca lo que le puede ser de contento y gloria: como si le pintasen una ciudad llena de placeres y contentos la desearia.» La santa virgen fuese con esto muy desconsolada y llorosa, por no saber á qué aplicarla su ejercicio de oracion que mas agradase á Dios. Y de allí á poco aparecióle un niño muy hermoso, al cual diciéndole ella su desconsuelo y que nadie parecia que la podia consolar, respondió el niño que no dijese aquello, que él podia y queria consolarla. «Vé, dice, á tu padre espiritual, y dile que la verdadera devocion consiste en la abnegacion y menosprecio propio y resignacion entera en las manos de Dios, asi en lo adverso como en lo próspero, uniéndose firmemente con Dios por amor y conformando enteramente su voluntad con la voluntad de Dios en todas as cosas.» Ella muy alegre fué y dijo esto á su padre espiritual, el cual respondió: «Ahí está el punto, y á eso se ha de aplicar la oracion; porque en eso consiste la verdadera caridad y amor de Dios, y consiguientemente nuestro aprovechamiento y perfeccion.» De otra santa se dice que fué enseñada de Dios que en la oracion del *Pater noster* insistiese mucho en aquella palabra: "Hágase, Señor, tu voluntad, asi en la tierra como se hace en el cielo." Y de la santa virgen Gertrudis se cuenta (1) que, inspirada de Dios, dijo una vez trescientas y sesenta y cinco veces aquellas palabras de Cristo: "no se haga, Señor, mi voluntad, sino la tuya (2);" y entendió que habia agradado aquello mucho á Dios. Pues imitemos nosotros estos ejemplos y apliquemos á esto nuestra oracion é insistamos mucho en este ejercicio.

Para que podamos hacer esto mejor y con mas provecho, es menester advertir y presuponer dos cosas. La primera, que la necesidad de este ejercicio es principalmente para el tiempo de las adversidades, y para cuando se nos ofrecen cosas dificultosas y contrarias á nuestra carne; porque para esas ocasiones es menester la virtud, y entonces se echa mas de ver el amor que cada uno tiene á Dios. Asi como en el tiempo de paz muestra el rey lo que quiere á sus soldados en las mercedes que les hace, y ellos en el de guerra lo que le aman y estiman peleando y muriendo por él, asi en el tiempo de consuelo y favor el Rey del cielo nos dá á entender lo que nos quiere, y nosotros en el de la tribulacion lo que le queremos, mucho mas que en el de la prosperidad y consuelo. Dice muy bien el P. maestro Avila (1) que el dar gracias á Dios en el tiempo de las consolaciones, es de todos; pero el dárselas en el tiempo de las tribulaciones y adversidades es propio de los buenos y perfectos. Y asi, es esa una música muy dulce y suave á los oidos de Dios. Mas vale, dice, en las adversidades un gracias á Dios, un bendito sea Dios, que seis mil gracias y bendiciones en prosperidades. Y asi compara la Escritura Divina los justos al carbunclo engastado en oro (2); porque esta piedra preciosa dá mas claridad y resplandor de noche que de dia. Asi el justo y verdadero siervo de Dios mas luce y resplandece y mas muestras da de sí en las tribulaciones y trabajos que en la prosperidad. Esto es de lo que la Sagrada Escritura (3) alaba tanto al santo Tobías, porque habiendo el Señor permitido que despues de otros muchos trabajos perdiese tambien la vista de los ojos, no se entristeció por eso con-

(1) Refert Blosius, cap. 11. *Monilis spiritualis.*
(2) Luc. XXII, 42.

(1) M. Avila, t. 2. *Epist. fol.* 20.
(2) Gemula carbunculi in ornamento auri, *Eccles.* XXXI, 7.
(3) Tobiae, II, 44.

tra Dios ni perdió un punto de la fidelidad y obediencia que antes tenia, sino permaneció inmoble y entero, haciendo gracias á Dios todos los dias de su vida igualmente por la ceguedad como por la vista, como hizo tambien el santo Job en sus trabajos (1).

Esto, dice San Agustin, es lo que habemos de procurar imitar nosotros; que seais el mismo y permanezcais tan alegre y entero en el tiempo de las adversidades como en las prosperidades. Como la mano se es la misma, cuando está apretada y teneis cerrado el puño, que cuando la abrís y teneis estendida; asi el siervo de Dios en lo interior de su alma se ha de quedar el mismo, aunque en lo esterior y por de fuera parezca que está apretado y doloridо (2). Aun allá se dice de Sócrates que siempre estaba en un ser en todos los casos que le acontecian, por adversos y diversos que fuesen, y que nunca nadie le vió por eso ni mas triste ni mas alegre; siempre igual en tanta desigualdad de fortuna, hasta el postrer aliento de su vida (3). No será mucho que nosotros, cristianos y religiosos, procuremos llegar en esto á lo que llegó un gentil.

Lo segundo, es menester advertir que no basta que tengamos en general esta conformidad con la voluntad de Dios, porque eso, asi en general, es fácil. ¿Quién habrá que no diga que quiere se cumpla la voluntad de Dios en todas las cosas? Malos y buenos, todos dicen cada dia en la oracion del *Pater noster*: "Hágase, Señor, vuestra voluntad, asi en la tierra como se hace en el cielo." Mas es menester que eso; es menester desmenuzarlo, descendiendo en particular á aquellas cosas que parece que nos podrian dar alguna pena si se nos ofreciesen. Y no habemos de parar hasta vencer y allanar todas esas dificultades, que no quede, como dicen, lanza enhiesta; finalmente, hasta que no haya cosa que se nos ponga delante para unirnos y conformarnos en todo con la voluntad de Dios, sino que hagamos rostro á cualquiera cosa que se nos pueda ofrecer.

Y aun no nos habemos de contentar con eso, sino procurar pasar adelante y no parar hasta que hallemos un entrañable gusto y regocijo en que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, aunque sea con trabajos, dolores y menosprecios, que es el tercer grado de conformidad: porque en esto hay tambien diversos grados, uno mas alto y mas perfecto que otro, los cuales se pueden reducir á tres principales, al modo que dicen los Santos de la virtud de la paciencia. El primero es, cuando las cosas de pena, que suceden, el hombre no las desea ni las ama, antes las huye; pero quiere sufrirlas antes que hacer cosa alguna de pecado por huirlas. Este es el grado mas ínfimo y de precepto; de manera, que aunque un hombre sienta pena, dolor y tristeza con los males que suceden, y aunque gima cuando está enfermo y dé gritos con la vehemencia de los dolores, y aunque llore por la muerte de los parientes, puede con todo eso tener esta conformidad con la voluntad de Dios. El segundo grado es, cuando el hombre, aunque no desee los males que le suceden ni los elija; pero despues de venidos los acepta y sufre de buena gana, por ser aquella la voluntad y beneplácito de Dios. De manera, que añade este grado al primero tener alguna buena voluntad y algun amor á la pena por Dios, y el quererla sufrir, no solamente mientras está obligado de

(1) Job. I, 21.

(2) Ut in cunctis idem sis, tam in prosperis quam in adversis.—Sicut manus, quae eadem est, et cum in palmum extenditur, et cum in pugnum constringitur. *Aug. ad fratres in erem. serm. 4.*

(3) Nec hilariorem quisquam, nec tristiorem Socratem vidit; aequalis fuit in tanta inaequalitate fortunae, usque ad extremum vitae. *Refert Cic. lib. 13, Tusculanarum quaest.*

precepto á sufrirla, sino tambien mientras el sufrirla fuere mas agradable á Dios. El primer grado lleva las cosas con paciencia; este segundo añade el llevarlas con prontitud y facilidad. El tercero es, cuando el siervo de Dios, por el grande amor que tiene al Señor, no solamente sufre y acepta de buena gana las penas y trabajos que le envia, sino los desea y se alegra mucho con ellos, por ser aquella la voluntad de Dios, como dice San Lucas de los Apóstoles: "Despues de haberlos azotado con infamia pública, iban muy gozosos y regocijados, porque habian sido dignos de padecer afrentas por Cristo (1)." Y el Apóstol San Pablo decia que estaba lleno de consuelo, y dice que rebosaba en gozo y alegría en medio de las cadenas, tribulaciones y adversidades (2). Y esto es de lo que él mismo, escribiendo á los hebreos, los alaba diciendo: "Y el robo de vuestros bienes lo padecisteis con gozo sabiendo que os quedaba mejor y mas duradera riqueza (3)." Pues aqui habemos de procurar llegar nosotros con la gracia del Señor, que llevemos con gozo y alegria todas las tribulaciones y adversidades que nos vinieren, como nos lo dice el Apóstol Santiago en su Canónica con estas palabras: "Tened gran gozo cuando os su cedieren varias tribulaciones (4)." Hános de ser cosa tan preciada y dulce la voluntad y contentamiento de Dios, que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere. Todos los trabajos y sinsabores del mundo se nos han de hacer dulces y sabrosos por ser esa la voluntad y contento de Dios, y esto es lo que dice San Gregorio: «Cuando el alma con toda su intencion mira á Dios, todo lo que hay amargo en esta vida lo juzga dulce; todo lo que la aflige, tiénelo por descanso, y desea morir por gozar mas plenamente de la vida (1).»

Santa Catalina de Sena, en un diálago que escribió de la consumada perfeccion del cristiano, dice que entre otras cosas que su dulcísimo esposo Cristo nuestro Señor le habia enseñado, fué que hiciese uno como aposento de una fuerte bóveda, que era la divina voluntad, y se encerrase y morase perpétuamente en él, y no sacase de él jamás ni ojo, ni pié, ni mano, sino que siempre estuviese recogida en él, como la abeja cuando está en su corcho, y como la perla en su concha. Porque, aunque al principio, por ventura, le pareceria aquel aposento estrecho y angosto, despues hallaria en él grandes anchuras, y sin salir de él pasaria por las moradas eternas y alcanzaria en poco tiempo lo que fuera de él no se puede alcanzar en mucho. Pues hagámoslo nosotros asi, y sea este nuestro continuo ejercicio: "Mi amado para mí, y yo para él (2)." En solas estas dos palabras hay ejercicio para toda la vida, y asi las habemos de traer siempre en la boca y en el corazon.

CAPITULO XIII.

De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios, que ha de tener el religioso, para ir y estar en cualquiera parte del mundo donde la obediencia le enviare.

Para que nos podamos aprovechar mejor de este ejercicio de la conformidad con

(1) Ibant gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati. *Act.* V, 45.

(2) Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. *II. ad Cor.* VII, 4.

(3) Et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. *Ad Hebr.* X, 34.

(4) Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis. *Jac.* I, 2.

(1) Si mens in Deum forti intentione dirigitur, quidquid sibi in hac vita amarum sit, dulce astimat; omne quod affligit, requiem putat; transire, et per mortem appetit, ut obtinere plenius vitam possit. *Greg. lib.* 7 *Mor. c.* 7.

(2) Dilectus meus mihi, et ego illi. *Cant.* II, 16.

la voluntad de Dios y poner en práctica lo que habemos dicho, iremos especificando algunas cosas principales en que nos habemos de ejercitar. Despues descenderemos á otras cosas generales que pertenecen á todos; ahora comenzaremos por algunas particulares que tenemos en nuestras constituciones, pues en ellas principalmente es razon que muestre el religioso su virtud y religion; y cada uno podrá aplicar la doctrina á otras cosas semejantes que haya en su religion ó estado.

En la sétima parte de las constituciones (1), tratando nuestro Padre de las misiones, que es una de las principales empresas de nuestro Instituto, dice que los de la Compañía han de estar indiferentes para ir y residir en cualquiera parte del mundo donde la obediencia los enviare, ahora sea entre fieles ó infieles, á las Indias, ó entre herejes (2). Y de esto hacen los profesos el cuarto voto solemne de especial obediencia al Sumo Pontífice, que irán pronta y liberalmente, sin escusa alguna, á cualqnier parte del mundo donde Su Santidad los enviare, sin pedir cosa alguna temporal, ni por sí, ni por otra persona, ni para el camino, ni para estar allá, sino que irán á pie ó á caballo, con dineros ó sin ellos, pidiendo limosna, como á Su Santidad mejor le pareciere. Y dice allí nuestro Padre (3), que el fin é intencion de hacer este voto fué para acertar mejor con la voluntad de Dios; porque como aquellos padres primeros de la Compañía fuesen de diversas provincias y reinos, y no supiesen en qué partes del mundo agradarian mas á Dios, si entre fieles ó infieles, por acertar con la voluntad de Dios, hicieron aquel voto al vicario de Cristo, para que él los distribuyese por ese mundo donde juzgase ser mayor gloria divina. Pero el de la Compañía, dice, en ninguna manera se ha de entremeter, ni procurar estar, ni ir á un lugar mas que á otro, sino ha de estar muy indiferente, dejando la disposicion de sí libre y enteramente en manos del superior que en lugar de Dios le gobierna para mayor servicio y gloria suya.

Para que se vea cuán indiferentes y preparados quiere nuestro Padre que estemos para ir á cualquiera parte del mundo que la obediencia nos enviare, leemos en su vida (1), que una vez el P. Diego Laínez le dijo que le venía deseo de ir á las Indias á procurar la salud de aquella ciega gentilidad, que padecia por falta de obreros evangélicos. Respondióle nuestro Padre: «Yo no deseo nada de eso.» Preguntado la causa, dijo: «Porque habiendo nosotros hecho voto de obediencia al Sumo Pontífice para que á su voluntad nos envie á cualquier parte del mundo en servicio del Señor, habemos de estar indiferentes; de manera, que no nos inclinemos mas á una parte que á otra; antes, dice, si yo me viese inclinado como vos á ir á las Indias, procuraria inclinarme á la parte contraria, para tener aquella igualdad é indiferencia que para alcanzar la perfeccion de la obediencia es necesaria.

No queremos por esto decir que sean malos ó imperfectos los deseos de ir á Indias, que no son sino muy buenos y santos, y tambien es bueno el proponerlos y representarlos al superior cuando nuestro Señor los dá. Y asi lo dice allí nuestro Padre: «Huélguense los superiores que los súbditos les representen estos deseos, porque suelen ser señal que Dios les llama para aquello, y asi se hacen las cosas con suavidad (2).» Sino decimos esto para que se

(1) 7.ª p. const. c. 1, §. 1.
(2) Cap. 1, exam. § 5; et 5.ª p. const. c. 3, § 3 et c. et p. 6, c. 2, §. 13; et I. et p. 7, c. 1, §. 3, et E.
(3) 7.ª p. const. c. 1, §. 1, et B.

(1) Lib. 5, cap. 4 *vitae S. P. N. Ignatii.*
(2) 7.ª p. const. cap. 2, lit. L.

vea la indiferencia y prontitud con que quiere nuestro Padre que estemos para ir y estar en cualquier parte del mundo; pues á una cosa tan trabajosa y de tanto servicio de nuestro Señor, aún no quiere que estemos aficionados, porque esa aficion y deseo particular no nos quite é impida la indiferencia y prontitud con que siempre habemos de estar para cualquier otra cosa y para cualquier otra parte donde la obediencia nos quisiere enviar.

De aqui se siguen algunas cosas, con que se entenderá esto mejor; lo primero, que si los deseos de ir á Indias le fuesen causa, al que los tiene, de perder algo de esta indiferencia y prontitud para otras cosas que la obediencia le ordenase, no serian buenos sino imperfectos. Si yo tuviese tanta gana y deseo de ir á Indias ó á otra parte, que eso me inquietase y me fuese causa de no estar tan contento aqui ó en otro lugar, donde quiere la obediencia que esté, ó de no tomar los ministerios presentes en que ahora me ocupo tan de buena gana ni con tanta aplicacion, por tener puestos los ojos y el corazon en esotro, claro está que esos deseos no serian buenos ni de Dios, pues impiden su voluntad y Dios no puede ser contrario á sí mismo, especialmente que los deseos é inspiraciones del Espíritu Santo no suelen traer consigo inquietud ni desasosiego, sino mucha paz y tranquilidad; y esta es una de las señales que ponen los maestros de la vida espiritual para conocer si las inspiraciones y deseos son de Dios ó no.

Lo segundo, se sigue de aqui que el que tiene una disposicion universal, pronta é indiferente para ir á cualquier parte del mundo y hacer cualquier cosa que la obediencia le ordenare, aunque no tenga aquellos particulares deseos é inclinacion de ir á las Indias ni otras partes remotas que otros tienen, no tiene que tener pena de eso, porque no es por eso de peor condicion, sino antes de mejor; porque esta es la disposicion que nuestro Padre quiere que tengamos todos en la Compañía; que cuanto es de nuestra parte no tengamos deseo ni aficion particular mas á esto que á aquello, sino que estemos como el fiel del peso, sin inclinarnos mas á una parte que á otra. Y de estos hay muchos y creo que los mas. Trataba una vez nuestro Padre de enviar al P. maestro Nadal á cierta mision, y quiso primero saber á qué se inclinaba para hacerlo con mas suavidad. Respondió el P. Nadal por escrito que á ninguna cosa se inclinaba, sino á inclinarse. Esto tiene nuestro Padre por mejor y por mas perfecto. Y con razon, porque el otro parece que se ata á una cosa sola; pero este, con su indiferencia, abraza todas las cosas que le pueden mandar, é igualmente está dispuesto y ofrecido á todas ellas; y como Dios mira el corazon y voluntad de cada uno y la reputa por obra, delante de él es como si ya todo lo hubiese puesto por obra.

Y para que acabemos de declarar esto, digo, que si uno de cobarde y pusilánime é inmortificado no tiene esos deseos de Indias, por no tener brio ni ánimo para dejar las comodidades que le parece que tiene ó podrá tener acá, ni para padecer los trabajos grandes que allá se pasan, esa será imperfeccion y amor propio. Pero el que no deja de desear esto de cobarde, ni porque le falten deseos y ánimo para padecer esos y otros mayores trabajos por amor de Dios y por la salud de las almas, sino porque no sabe si es aquella la voluntad de Dios, ó si quiere de él otra cosa; mas él de su parte está tan pronto y dispuesto para eso y para todo lo que entendiere ser voluntad de Dios, que si le enviaren á las Indias ó á Inglaterra, ó á otra cualquier parte, irá tan de buena gana como si él lo hubiera deseado y pedido, y aun por ventura de mejor, por es-

tar mas seguro que no hace en aquello su voluntad, sino puramente la voluntad de Dios; eso no hay duda sino que es mucho mejor y mas perfecto. Y asi á los que tienen esta disposicion é indiferencia envian los superiores de buena gana á las Indias.

Pero volviendo á nuestro punto principal, quiere nuestro Padre que tengamos todos tanta indiferencia y resignacion para estar tan de buena gana en una parte como en otra, y en una provincia como en otra, que ni aun el respeto de la salud corporal baste para quitarnos esta indiferencia. Dice en la tercera parte de las constituciones, que es propio de nuestra vocacion é instituto discurrir por diversas partes del mundo, y estar donde se espera mayor servicio de Dios y mayor ayuda de las almas; mas si por esperiencia se hallase que á alguno le hace daño el cielo de alguna region, y se viese que continuamente le iba alli mal de salud, que el superior considere si conviene que aquel tal vaya á otra parte, donde hallándose mejor de salud pueda emplearse mas en servicio de Dios y de las almas; empero dice que el enfermo no ha de pedir esa mudanza, ni aun mostrar inclinacion á ella; sino que ha de dejar todo ese cuidado al superior (1). No nos pide nuestro Padre poco en esto sino mucho; porque menester es que esté uno bien indiferente y mortificado para no solamente no pedir, pero ni aun mostrar inclinacion á mudanza, yéndole alli mal de salud contínuamente. De manera, que en lo que toca á ir á las Indias ó á tierras de hereges, bien puede uno proponer su inclinacion y deseo, como dijimos, aunque con indiferencia y resignacion (2); pero en esto no da licencia, ni para que pida mudanza, ni para que muestre inclinacion y deseo de ella, que es mucho mas. Solamente da licencia para que si se siente enfermo, proponga al superior su enfermedad é indisposicion y la inhabilidad que siente para los ministerios, y de eso tenemos regla que lo propongamos; empero propuesto eso, no tiene mas que hacer el súbdito; el superior verá si supuesto eso convendrá enviarle á otra parte donde pueda hacer mas estando mejor, ó si será mayor gloria divina que se esté ahí aunque haga menos ó aunque no haga nada. Eso no está á su cargo; déjese cada uno guiar del superior, que en lugar de Dios le gobierna, y tenga por mejor y por mas servicio divino lo que él ordenare. ¿Cuántos están en esas tierras y en otras mas contrarias á su salud porque tienen alli de comer? ¿Cuántos pasan la mar y van á las Indias, á Roma y á Constantinopla por un poco de hacienda, y ponen á peligro, no solo la salud, sino la vida? Pues no será mucho que nosotros, siendo religiosos, hagamos por Dios y por la obediencia lo que hacen los del mundo por el dinero. Y si se os ofreciere que en otra parte pudiérades hacer algo, y aun mucho, y que ahí donde estais os vá tan mal de salud que no podeis hacer nada, acordaos que con todo eso es mejor estar ahí por voluntad de Dios no haciendo nada, que en otro cabo por vuestra voluntad aunque hiciésedes mucho, y conformaos con la voluntad de Dios que quiere ahora eso de vos por lo que él se sabe y no es menester que vos sepais.

En las Crónicas de la Orden de San Francisco (1) se cuenta del santo Fray Gil que, habiéndole dado el bienaventurado San Francisco licencia para ir donde quisiese y vivir en la provincia y casa que él mas gustase, dejando esto á su eleccion, por ser muy grande su virtud y santidad, apenas

(1) Non tamen erit ipsius infirmi hujusmodi mutationem postulare, nec animi propensionem ad eam ostendere, sed superioris curae id relinquetur.

(2) 7.ª p. const. c. 2, lit. L.

(1) 1.ª *p. lib.* 7. *c.* 8. *Hist. Minor.*

habia pasado cuatro dias con aquella licencia, cuando echó menos la tranquilidad y quietud pasada, y sintió la inquietud y desasosiego que con aquello tenia su alma; y asi se fué á San Francisco, pidiéndole con mucha instancia, le señalase lugar y casa donde viviese y no dejase esto á su eleccion, certificándole que en esta libre y larga obediencia no podia quietarse, ni sosegar su alma. Los buenos religiosos no hallan paz ni contento en el cumplimiento de su voluntad; y asi no desean esta ó aquella casa ó lugar, sino que la obediencia les ponga de su mano donde quisiere, porque aquella entienden que es la voluntad de Dios, en la cual solamente hallan descanso y contento.

CAPÍTULO XIV.

De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios, que ha de tener el religioso, para cualquier oficio y ocupacion en que la obediencia le quisiere poner.

La indiferencia y resignacion que acabamos de decir, habemos de tener tambien para cualquier oficio y ocupacion en que la obediencia nos quisiere poner. Bien vemos cuántos y cuán diferentes son los oficios y ocupaciones que hay en la Religion; pues vaya cada uno discurriendo por ellos hasta que haga igual rostro á cualquiera. Dice nuestro Padre en las constituciones, y lo tenemos en las reglas «Cuanto á los oficios bajos y humildes, debe prontamente tomar aquellos en los cuales hallare mayor repugnancia, si le fuere ordenado que los haga (1).» Para donde es menester mas la indiferencia y resignacion es para los oficios bajos y humildes, por la repugnancia que tiene á ellos nuestra naturaleza; y asi, mas hace uno y mas virtud y perfeccion muestra en ofrecerse á Dios para estos oficios, que en ofrecerse para otros mas altos y honrosos; como si uno tuviese tanto deseo de servir á un señor que se ofreciese para servirle toda su vida de mozo de espuelas y de barrendero, si fuese menester, claro está que mas hace este y mas muestra la voluntad que tiene de servirle que si dijese: «Señor, servireos de maestresala ó mayordomo;» porque eso mas es pedir mercedes que ofrecer servicios, y tanto mas seria esto de estimar cuanto mayores partes tuviese para oficios altos el que se ofrece para los bajos. Pues de la misma manera, si vos os ofreceis á Dios: «Señor, serviros en oficio de predicador ó lector de teología;» no haceis mucho en eso, porque esos oficios altos y honrosos de suyo son apetecibles: poco mostrareis en eso el deseo que teneis de servir á Dios. Pero cuando os ofreceis á servir en la casa de Dios todos los dias de vuestra vida en oficios bajos y humildes y repugnantes á vuestra carne y sensualidad, entonces mostrais mucho mas el deseo que teneis de servir á Dios. Eso es mas de agradecer y estimar, y tanto mas cuanto mayores partes tuviéredes para oficios mas altos. Esto nos habia de bastar para desear los oficios bajos y humildes é inclinarnos siempre mas á ellos; especialmente, que en la casa de Dios no hay oficio bajo. Aun allá dicen que en casa del rey no le hay, porque servir al rey, en cualquier oficio que sea, se tiene en mucho; cuánto mas será servir á Dios, el cual servir es reinar.

San Basilio (1), para aficionarnos á los oficios bajos y humildes, trae el ejemplo de Cristo, del cual leemos en el Sagrado Evangelio que se ocupó en semejantes oficios, lavando los pies á sus discípulos; y no solo eso, sino por mucho tiempo sirviendo á su

(1) Cap. IV, *exam.* §. 28 *et Reg.* 13 *Summarii.*

(1) Basil. *in Reg. fusius disputatis, interrogatione* 7.

Santísima Madre y al Santo José, y estando sujeto y obediente á ellos en todo lo que le mandaban: desde los doce años hasta los treinta, no cuenta el Sagrado Evangelio otra cosa de él sino esto: "Estaba sujeto á ellos (1)." Donde consideran los Santos muy bien que les serviria y ayudaria en muchos oficios bajos y humildes, especialmente siendo ellos tan pobres como eran. Pues «no se desdeñe el cristiano, y mucho menos el religioso, de hacer lo que hizo Cristo (2).» Pues no se desdeñó el Hijo de Dios de ocuparse en estos oficios bajos por nuestro amor, no nos desdeñemos tampoco nosotros de ocuparnos en ellos por su amor, aunque sea todos los dias de nuestra vida.

Pero viniendo mas á nuestro proposito, una de las razones y motivos mas principales que nos ha de hacer que tomemos tan de buena gana cualquier oficio y ocupacion en que la obediencia nos pusiere, ha de ser entender que aquella es la voluntad de Dios; porque, como arriba dijimos (3), este ha de ser siempre nuestro consuelo y nuestro contento en todas nuestras ocupaciones, que estamos allí haciendo la voluntad de Dios. Esto es lo que harta y satisface al alma: «Dios quiere que yo haga esto ahora, esta es la voluntad de Dios;» no hay mas que desear, porque no hay cosa mejor ni mas alta que la voluntad de Dios. A los que andan de esta manera no se les dá mas que les manden esto que aquello, ni que les pongan en oficio alto ó bajo, porque todo es uno para ellos.

El bienaventurado San Gerónimo (4) cuenta un ejemplo muy bueno á este propósito. Dice que, visitando él aquellos santos monges del Yermo, vió á uno, al cual el superior, deseando su aprovechamiento y dar tambien ejemplo de obediencia á los demas mancebos, le habia mandado que trajese á cuestas dos veces cada dia una muy grande piedra por espacio de tres millas, que es una legua, sin haber en ello otra necesidad ni utilidad mas que el obedecer y mortificar su juicio, y habia ya que usaba esto ocho años. Y como esto, dice San Gerónimo, á los que no entienden el valor de esta virtud de la obediencia, ni han llegado á la puridad y simplicidad de ella, con espíritu altivo y de soberbia, les podia por ventura parecer juego de niños ó acto ocioso, preguntábanle cómo llevaba aquella obediencia, y yo mismo, dice, se lo pregunté, deseando saber qué movimientos pasaban allá en su ánima haciendo aquello. Y respondió el monge: «Tan contento y gozoso quedo cuando he hecho esto, como si hubiera hecho la cosa mas alta y de mayor importancia que me pudieran mandar.» Dice San Gerónimo, que le movió tanto esta respuesta que desde entonces comenzó él á vivir como monge. Eso es ser monge y vivir como verdadero religioso: no reparar en lo esterior, sino en que estamos cumpliendo la voluntad y contento de Dios. Estos son los que aprovechan y crecen mucho en virtud y en perfeccion, porque se sustentan siempre de hacer la voluntad de Dios; "susténtanse de la flor de la harina (1)."

Pero dirá alguno: «bien veo yo que es gran perfeccion hacer la voluntad de Dios en todas las cosas y que en cualquier ejercicio que me manden puedo estar haciendo la voluntad de Dios; pero quisiera yo que me ocuparan en otra cosa de mas tono y hacer en eso la voluntad de Dios.» Eso es faltar en los primeros principios, porque es, en buen romance, querer que Dios haga

(1) Et erat subditus illis. *Luc.* II, 51.
(2) Ne dedigneter facere christianus quod fecit Christus. *August. tract.* 58 *super Joann. circa illa verba:* Si ergo ego lavi.
(3) Cap. IV y V, y trat. 3, c. 8.
(4) Hyeron. *in Reg. Monach. cap.* 12.

(1) Et adipe frumenti satiat te. *Ps.* CXLVII, 14.

vuestra voluntad y no querer vos hacer la de Dios. No tengo yo de dar trazas á Dios, ni tengo de querer que él se conforme con lo que á mí me parece y con lo que yo querría; sino tengo yo de seguir las trazas de Dios y conformarme con lo que él quiere de mí. Dice muy bien San Agustin: «Aquel es buen siervo vuestro, Señor, que no tiene cuenta con si lo que le mandais es conforme á su voluntad, sino con querer él lo que vos le mandáredes (1).» Y el santo abad Nilo dice: «No pidais á Dios que haga lo que vos quereis, sino lo que nos enseñó Cristo que le pidiésemos, que es que se haga su voluntad en mí (2).»

Nótese este punto, que es muy provechoso y general para todos los trabajos y sucesos que se nos pueden ofrecer. No habemos nosotros de escoger en qué y cómo habemos de padecer, sino Dios. No habeis vos de escoger las tentaciones que habeis de tener ni decir: «si fuera otra tentacion, no se me diera nada; mas esta no la puedo llevar:» si las penas que nos vienen fuesen las que nosotros queremos, no serian penas. Si de veras deseais agradar á Dios, habéisle de pedir que os lleve por donde él sabe y quiere, y no por donde vos quereis; y cuando el Señor os enviare lo que os es mas desabrido y lo que vos huis mas de padecer, y os conformáredes con ello, entonces imitareis á Cristo nuestro Redentor, que dijo: " no se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra (3)." Eso es tener entera conformidad con la voluntad de Dios, ofrecernos del todo á él para que haga de nosotros lo que quisiere, y cuanto quisiere, y de la manera que quisiere, sin escepcion ni contradiccion, y sin reservar para nosotros cosa alguna.

Cuenta Luis Blosio (1) que la santa virgen Gertrudis, movida con piedad y misericordia, rogaba á Dios por cierta persona, la cual habia oido que impaciente se quejaba por que le enviaba Dios algunos trabajos, enfermedades ó tentaciones, las cuales le parecia á ella que no le convenian. Pero el Señor respondió á la santa virgen: «Dirás á esa persona por quien ruegas, que porque el reino de los cielos no se puede alcanzar sin algun trabajo ó molestia, que escoja ella lo que le parece ser provechoso, y cuando le viniere tenga paciencia.» De las cuales palabras, y del modo con que se las dijo el Señor, entendió la santa vírgen ser muy peligroso género de impaciencia, cuando el hombre quiere escoger aquellas cosas que ha de padecer, diciendo que no conviene para su salud, ni puede llevar las que Dios le envia. Porque cada uno se ha de persuadir y confiar que lo que Dios nuestro Señor le envia, esto es lo que le conviene; y así lo ha de recibir con paciencia, conformándose en ello con la voluntad de Dios. Pues asi como no habeis de escoger los trabajos ni las tentaciones que habeis de padecer, sino tomar como de mano de Dios las que él os envia y entender que aquellas son las que mas os convienen, asi tampoco habeis de escoger el oficio ó ministerio que habeis de hacer, sino tomar como de la mano de Dios aquel en que la obediencia os pusiere y entender que ese es el que mas os conviene.

Añaden aqui otro punto muy espiritual, y dicen (2) que ha de estar uno tan resignado en la voluntad de Dios, y tan confiado y seguro en él, que desee no saber lo que Dios querrá hacer y disponer de él. Asi

(1) Optimus minister tuus est, qui non magis intuetur hoc a te audire quod ipse voluerit, sed potius hoc velle, quod a te audierit. *Aug. lib.* 10, *conf.* c. 26.
(2) Non ores, ut fiant quae fieri velis, sed potius ora, sicut orare didicisti, ut fiat voluntas Dei in me. *Nil. cap.* 29. *de orat.*
(3) Luc. XXII, 42.

(1) Blos. c. 10. *Monil. spirit.* Et Tilmam Bredembrachius, *lib.* 8. *collationum*, *cap.* 29.
(2) Blos, *cap.* 15 *Monil. spirit.*

como acá, cuando un señor se fia tanto de un mayordomo que no sabe de su hacienda ni lo que tiene en casa, es muestra de gran confianza, como dice el santo José que la hizo de él su señor (1); asi muestra uno tener grande confianza en Dios cuando no quiere saber lo que Dios ha de hacer de él: «en buenas manos estoy (2), eso me basta, con eso vivo seguro, no he menester saber mas.»

Para los que desean puestos y oficios ó ministerios mas altos, pareciéndoles que en aquello harian mas fruto en las almas y mas servicio á Dios, digo, que se engañan mucho en pensar que ese es celo del mayor servicio de Dios y del mayor bien de las almas; no es sino celo y deseo de honra y estimacion y de sus comodidades, y por ser aquel oficio y ministerio mas honroso ó mas conforme á su gusto é inclinacion, por eso le desean. Veráse esto claramente por aqui: si estuviérades allá en el mundo, ó solo, parece que pudiérades decir: «esto es mejor que aquello y de mas fruto para las almas; quiero dejar aquello por hacer esto, porque no se puede hacer todo.» Pero acá en la Religion no se ha de dejar esto por aquello, sino que lo uno y lo otro se ha de hacer. Solo hay en ello, que si vos llevais el contra-alto, ha de llevar el otro el contrabajo. Y si yo fuese humilde, antes habia de querer que el otro hiciese el oficio alto, porque tengo de creer que lo hará mejor que yo y con mas fruto y con menos peligro de vanidad.

Para esto y para otras cosas semejantes es muy buena una doctrina de nuestro bienaventurado P. San Ignacio, que la pone él por fundamento para las elecciones, donde pone tres grados ó modos de humildad (3); y el tercero y mas perfecto es, ofreciéndose dos cosas de igual gloria y servicio de Dios, escojer aquella en que hubiere mas desprecio y abatimiento mio, por parecer é imitar mas con eso á Cristo nuestro Redentor y Señor, que quiso ser despreciado y abatido por nosotros. Y hay en esto otro grande bien, que en estas cosas hay menos de interés propio: no tiene el hombre ocasion de buscarse en ellas á sí mismo, ni tiene ese peligro de envanecerse en ellas que en las altas y honrosas. En los oficios bajos ejercítanse juntamente la humildad y la caridad, y con ellos se conserva mucho esta virtud de la humildad, como con actos propios suyos; pero en los altos, ejercítase la caridad con peligro de la humildad, lo cual nos habia de bastar, no solo para no desearlos, sino para temerlos.

(1) Ecce dominus meus, omnibus mihi traditis, ignorat quid habeat in domo sua. *Gen.* XLIX, 8.
(2) In manibus tuis sortes meae. *Ps.* XXX, 16.
(3) S. P. N. Ignatius *lib. exerc. spirit.*

CAPITULO XV.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de los talentos y dones naturales.

Cada uno ha de estar muy contento con lo que Dios le ha comunicado, con el talento, con el entendimiento é ingenio y con la habilidad y partes que Dios le ha dado, y no ha de tener pena ni tristeza por no tener tanta habilidad ó talento como el otro, ni ser para tanto como él. Esta es una cosa de que todos tenemos necesidad, porque dado caso que algunos luzcan y parezca que se aventajan en algunas cosas, siempre tienen otros contrapesos que les humillan, en que tienen necesidad de esta conformidad. Y asi, es menester estar prevenidos, porque suele el demonio acometer á muchos por aqui. Estareis en los estudios, y viendo que el otro vuestro condiscípulo se aventaja en habilidad, y que arguye y responde muy bien, vendraos por ventura alguna manera de envidia, que aun-

que no llegue á qué os pese del bien de vuestro hermano, que es propiamente el pecado de envidia; pero, al fin, viendo que vuestros compañeros vuelan con sus ingenios y van adelante con sus talentos, y que vos os quedais atrás y no podeis arribar, ni alzar cabeza, sentís una tristeza y melancolía, y andais como corrido y afrentado entre los demas; y de ahí os viene un desmayo y descaecimiento y una tentacion de dejar el estudio, y aun algunas veces la Religion. A algunos ha echado esta tentacion de la Religion, porque no estaban bien fundados en humildad; pensó el otro hacer raya, y señalarse entre todos, y que fuera la fama por toda la provincia de que era el mejor estudiante del curso, y como le salió el sueño al revés, queda tan corrido y afrentado, que viendo el demonio tan buena ocasion, le representa que no se podrá librar de aquella afrenta, ni de aquella tristeza, sino es dejando la Religion. Y no es nueva esta tentacion, sino muy antigua.

En las Crónicas de la orden de Santo Domingo (1) se cuenta un ejemplo á este propósito, de Alberto Magno, maestro que fué de Santo Tomás de Aquino. Fué Alberto Magno, cuando niño, muy devoto de nuestra Señora, y rezábale cada dia ciertas devociones y por su medio é intercesion entró en la Religion de Santo Domingo, siendo de diez y seis años. Y dícese allí, que cuando mozo no era de mucho entendimiento, antes era rudo y de poca habilidad para el estudio; y como se via entre muchos y muy delicados ingenios de sus condiscípulos, andaba tan corrido que llegó la tentacion á apretarle tanto y ponerle en tanto peligro, que estuvo muy á punto de dejar el hábito. Estando en este aprieto de pensamientos, fué maravillosamente socorrido con una vision. Estando una noche durmiendo, parecíale que ponia una escala al muro del monasterio para salir ó irse de él; y subiendo por ella vió en lo alto cuatro venerables matronas, aunque una parecia señora de las otras. Y llegando cerca de ellas asió de él la una, y derribóle de la escala, vedándole la salida del monasterio. Porfió querer otra vez subir, y la segunda matrona se hubo con él como la primera. Quiso tercera vez subir, y la tercera matrona le preguntó la causa por qué queria irse del monasterio. Él con rostro vergonzoso respondió: «Vóyme, señora, porque veo que otros de mi suerte aprovechan en el estudio de la filosofía, y yo trabajo en vano. La vergüenza que por esta ocasion padezco, me hace que deje la Religion.» Díjole la matrona: «Aquella señora que ves allí (señalando la cuarta), es la Madre de Dios y Reina de los cielos, de quien las tres somos criadas; encomiéndate á ella, que nosotras te ayudaremos y le suplicaremos que sea intercesora á su benditísimo Hijo para que te dé ingenio dócil, de modo que aproveches en el estudio.» Oyendo esto Fr. Alberto alegróse mucho, y llevándole aquella matrona á nuestra Señora, fué de ella bien recibido, y preguntándole qué era lo que tanto deseaba y pedia, respondió que saber filosofía, que era lo que él estudiaba y no entendia. Y la Reina del cielo respondió tuviese buen ánimo y estudiase, que en aquella facultad seria grande hombre. «Pero porque sepas, dice, que esto te viene por mí, y no por tu ingenio ni habilidad, algunos dias antes que mueras, leyendo públicamente, se te olvidará cuanto supieres.» Con esta vision quedó consolado. Y desde este dia aprovechó tanto en el estudio, no solo de filosofía, sino tambien de teología y Sagrada Escritura, cuanto dan testimonio las obras que dejó escritas. Y tres años antes de su muerte, estando leyendo

(1) *Histor. Ordinis Predicatorum*, p. 1.ª, *lib.* 3, c. 45.

en Colonia, perdió totalmente la memoria, en cuanto lo que tocaba á ciencias, quedando como si en su vida no hubiera aprendido cosa alguna de estudios; y por ventura fué esto tambien en penitencia de la poca conformidad que habia tenido en el talento y habilidad que Dios le habia dado. Y acordándose de la vision que tuvo cuando quiso salirse de la Religion, contó públicamente á los oyentes todo lo que habia pasado, y así se despidió de ellos, recogiéndose en su convento, empleándose todo en oracion y contemplacion.

Pues para que no nos veamos en semejantes peligros, es menester estar prevenidos; y la prevencion necesaria para esto ha de ser mucha humildad, porque de la falta de ella nace toda esta dificultad, porque no podeis sufrir ser tenido por el mas ruin estudiante del curso. Pues qué si llegan á deciros que no sois para pasar adelante en los estudios, y veis á vuestros compañeros teólogos, y despues letrados y predicadores, menester es mucha humildad y mucha conformidad para esto; y lo mismo será menester para despues de los estudios, que os vendrá tentacion porque no sois para tanto como otros; porque no tengo talento para predicar, lucir y tratar como el otro, ni para que se me encomienden los negocios y se haga caso de mí. Y lo mismo digo de los que no son estudiantes, que os vendrán pensamientos y tentaciones; «¡oh si fuera yo estudiante! ¡oh si fuera yo sacerdote! ¡oh si fuera letrado para poder hacer fruto en las almas!» Y alguna vez podrá ser que os apriete tanto la tentacion, que os ponga en peligro la vocacion y aun la salvacion, como ha puesto á algunos.

Doctrina es esta general y cada uno la puede aplicar á sí, conforme á su estado. Y así es menester que todos estén muy conformes con la voluntad de Dios, contentándose cada uno con el talento que Dios le ha dado y con el estado en que le ha puesto, y que no quiera nadie ser mas de lo que Dios quiere que sea. El bienaventurado San Agustin, sobre aquellas palabras del Salmista (1): "Incliné mi corazon á tus dichos, y no á la avaricia," dice que este fué el principio y raiz de todo nuestro mal, porque quisieron ser nuestros primeros padres mas de lo que Dios les hizo, y desearon tener mas de lo que Dios les dió; por eso cayeron del estado que tenian y perdieron lo que les habia dado. Púsoles el demonio aquel cebo: "Sereis semejantes á Dios (2);" con eso les engañó y derribó, y esta herencia heredamos nosotros de ellos, que tenemos un apetito de divinidad, y una locura y frenesí de querer ser mas de lo que somos. Y como al demonio le fué tan bien por ahí con nuestros primeros padres, procura hacernos tambien guerra á nosotros por este medio, incitándonos á que deseemos ser mas de lo que Dios quiere que seamos, y que no nos contentemos con el talento que nos ha dado, ni con el estado en que nos ha puesto. Y por eso dice San Agustin que pide á Dios el Profeta: «Señor, dadme un corazon desinteresado é inclinado fielmente á vuestro gusto y voluntad, y no á mis intereses y comodidades.» Por avaricia dice que se entiende allí todo género de interés, y no sola la codicia del dinero. Y esa es la que dice San Pablo que es la raiz de todos los males (3).

Pues para que todos tengamos esta indiferencia y disposicion, conformándonos y contentándonos con el talento que el Señor nos ha dado, y con el estado y grado en que nos ha puesto, basta saber que esa es la voluntad de Dios: "Todas estas cosas las

(1) Inclinavi cor meum in testimonia tua, et non in avaritiam. *August. in Ps.* CXVIII, 36.

(2) Eritis sicut Dii, scientes bonum, et malum. *Gen.* III, 5.

(3) Radix omnium malorum est cupiditas. *I. ad Tim.* VI, 10.

dá el mismo Espíritu Santo, repartiendo á cada uno lo que quiere," dice el Apóstol San Pablo á los de Corinto (1). Pone allí el Apóstol aquella metáfora, que trajimos arriba á otro propósito (2), del cuerpo humano, y dice que asi como puso Dios los miembros en el cuerpo á cada uno como quiso, y no se quejaron los pies porque no los hicieron cabeza, ni las manos porque no las hicieron ojos; asi tambien en el cuerpo de la Iglesia, y lo mismo es en el cuerpo de la Religion, puso Dios á cada uno en el puesto y oficio que fué servido; que no fué eso acaso, sino con particular acuerdo y providencia suya. Pues si quiere Dios que seais pies, no es razon que vos querais ser cabeza; y si Dios quiere que seais manos, no es razon que vos querais ser ojos. ¡Oh! que son muy altos y muy profundos los juicios de Dios: ¿quién los podrá comprender (3)? Todas las cosas, Señor, proceden de tí, y por esto en todo debes ser loado: tú sabes lo que conviene darse á cada uno; y por qué tiene uno menos y otros mas, no conviene á nosotros discernirlo. ¿Qué sabeis lo que fuera de vos, si tuviérades un gran ingenio y habilidad? ¿Qué sabeis, si tuviérades un gran talento de púlpito y fuérades muy oido y estimado, si os perdiérades por ahí, como otros se han perdido, ensoberbeciéndose y desvaneciéndose? «Los letrados, dice aquel Santo (4), huelgan de ser vistos y ser tenidos por tales.» Si con dos maravedis de ingenio que teneis y con tres blancas de letras que sabeis, si con una medianía, y por ventura menos que medianía, estais tan vano y tan ufano que os estimais y os comparais y preferís por ventura á otros, y os agraviais porque no echan mano de vos para esto y para lo otro, ¿qué fuera con la escelencia? ¿qué fuera si tuviérades unas partes raras y estraordinarias? Por su mal le nacen las alas á la hormiga, y asi por ventura os nacerian á vos. Verdaderamente, si tuviéramos, no antojos, sino ojos, antes habíamos de dar infinitas gracias á Dios por habernos puesto en estado bajo y humilde, y por habernos dado pocas partes y habilidades, y decir con aquel Santo: «Por gran beneficio tengo, Señor, no tener muchas cosas de las cuales se me siga en lo de fuera loor y honra ante los hombres.» Los Santos conocian muy bien el gran peligro que hay en esas ventajas y escelencias, y así no solo no las deseaban, sino temíanlas (1) por el peligro grande que hay en ellas de desvanecerse y p rderse, y con eso agradaban mas á Dios, el cual quiere á sus siervos mas humildes que grandes. ¡Oh, si acabásemos de caer en la cuenta que todo es burla, sino hacer la voluntad de Dios! ¡Oh, si acabásemos de poner todo nuestro contento en el contentamiento de Dios! Si vos sin letras y vos con menos letras y habilidad contentais mas á Dios, ¿para qué quereis letras? ¿y para qué quereis vos mas letras y habilidad y mas talento? Si para algo lo habíades de querer, era para contentar y servir mas á Dios con ello: pues si Dios se sirve mas en que no tengais letras, ó en que no tengais mas letras ni mas talento, ni habilidad, como es cierto que se sirve, pues él es el que hizo ese repartimiento, ¿de qué hay que tener pena? ¿para qué habeis de querer ser lo que Dios no quiere que seais, y lo que no os conviene que seais? Que no agradaron á Dios los sacrificios grandes que Saul le quiso ofrecer, porque no era aquello conforme á su voluntad (2), asi tampoco agradarán á Dios estos deseos vuestros altos y levantados. Que no está nuestro bien

(1) Haec autem omnia operatur unus, atque idem Spiritus dividens singulis prout vult. *I. ad Cor.* XII, 11.
(2) Trat. IV, c. 4.
(3) Quis enim hominum poterit scire consilium Dei? *Sap.* IX, 13.
(4) Thom. de Kempis.

(1) Ab altitudine dici timebo. *Ps.* LV, 4.
(2) I. Reg. XIII, 10; et XV, 21.

ni nuestro aprovechamiento y perfeccion en ser letrados, ni en ser predicadores, ni en entender en cosas altas y subidas, sino en hacer la voluntad de Dios, y en dar buena cuenta de lo que él nos ha encomendado, y emplear bien el talento que nos ha dado. Y asi en esto habemos de poner los ojos y no en esotro, porque esto es lo que Dios quiere de nosotros.

Es muy buena comparacion para declarar esto la de los representantes de las comedias, cuya estima y premio no se toma del personage que representan, sino del buen cobro que da cada uno de su dicho. Y asi si representa mejor el que hace la persona del villano que el que hace la del emperador, aquel sale mas estimado y alabado de los circunstantes, y mas bien premiado de los jueces. De la misma manera lo que Dios mira y estima en nosotros en esta vida (que toda ella es como una representacion y comedia que se acaba presto, y plega á Dios no sea tragedia), no es el personage que representamos uno de superior, otro de predicador, otro de sacristan, otro de portero, sino el buen cobro que cada uno da de su personage. Y asi, si el coadjutor hace bien su oficio y representa mejor su personage que el predicador ó el superior suyo, será mas estimado delante de Dios y mas premiado y honrado. Que por ventura no supiera el otro representar bien la persona de rey, y representando la persona de escudero ó pastor, ganó honra y llevó el premio: asi tambien por ventura no supiérades vos representar bien la persona de predicador ó superior, y representais bien la persona de confesor y vos la de coadjutor; sabe Dios repartir muy bien los dichos y dar á cada uno el personage que le conviene. Conforme al caudal y fuerzas de cada uno, dice el Sagrado Evangelio (1), que repartió el Señor los talentos. Por tanto, nadie tenga deseo de otro personage ni de otro talento, sino procure cada uno representar bien su personage que le han dado, y emplear bien el talento que ha recibido y dar buena cuenta de él, porque de esa manera agradará mas á Dios y recibirá mayor premio.

(1) Unicuique secundum propriam virtutem. *Matth.* XXV, 15.

CAPITULO XVI.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades.

Asi como la salud es don de Dios, asi tambien lo es la enfermedad, la cual nos envia el Señor para nuestra prueba, correccion y enmienda, y para otros muchos bienes y provechos que se suelen seguir de ella, como es conocer nuestra flaqueza, desengañarnos de nuestra vanidad, despegarnos del amor de las cosas de la tierra y de los apetitos de la sensualidad, adelgazar los bríos y fuerzas de nuestro mayor enemigo, que es la carne; acordarnos que no es esta nuestra patria, sino una como venta donde andamos desterrados, y otras cosas semejantes. Por lo cual dijo el Sábio: "La enfermedad grave hace templada y fuerte al alma (1)." Y asi habemos de estar tan conformes con la voluntad de Dios en la enfermedad como en la salud, aceptándola como venida de la mano de Dios nuestro Señor, cuando él fuere servido de enviárnosla. Decia uno de aquellos PP. antiguos á un discípulo suyo, que estaba enfermo: «Hijo, no te entristezcas con la enfermedad, antes dá muchas gracias á Dios por ella, porque si eres hierro, con el fuego perderás el orin; y si eres oro, con el fuego quedarás probado. Gran virtud es, dice, y gran Religion, hacer gracias á Dios en la enfermedad.»

(1) Infirmitas gravis sobriam facit animam. *Eccl.* XXXI, 2.

De la bienaventurada Santa Clara cuenta Surio en su vida, que estuvo enferma veinte y ocho años de graves enfermedades, y fué su paciencia tan grande, que en todos ellos nunca la sintieron quejarse ni murmurar de su gran trabajo, antes siempre daba gracias al Señor. Y en su última enfermedad, como estuviese tan trabajada que en diez y siete dias no pudo comer bocado, consolándola su confesor Fr. Reinaldo, y exhortándola á tener paciencia en tan largo martirio de tantas enfermedades, respondió ella: «Despues que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo por su santo siervo Francisco, ninguna enfermedad me fué dura, ninguna pena molesta, y ninguna penitencia pesada.» Admirable es tambien á este propósito, y de rarísimo ejemplo, y que dará mucho ánimo y consuelo á los enfermos, la vida de Liduvina, virgen (1), la cual estuvo treinta y ocho años contínuos con gravísimas y estraordinarias enfermedades y dolores, y los treinta sin poderse levantar de una pobre camilla, ni tocar al suelo con sus pies, y allí le hacia el Señor grandísimas mercedes.

Pero porque se nos suelen ofrecer algunas razones particulares con color y apariencia de mayor bien, para impedir esta indiferencia y conformidad, iremos respondiendo y satisfaciendo á ellas. Cuanto á lo primero, podrá decir alguno: «por mí no se me diera mas estar enfermo que sano, pero lo que siento es parecerme que soy carga á la Religion y que doy pesadumbre en casa.» A esto digo que eso es juzgar á los superiores y á los de casa de poca caridad y de poca conformidad con la voluntad de Dios. Tambien los superiores tratan de perfeccion y de tomar todas las cosas como venidas de la mano del Señor y conformarse en ellas con su divina voluntad; y asi, si Dios quiere que vos esteis enfermo y que ellos se ocupen en curaros y regalaros tambien lo querrán ellos; y como vos llevais la cruz que Dios os dá, llevarán ellos la que les cupiere con mucha conformidad.

Pero direis, «en eso bien veo la caridad grande que se usa en la Compañía. Lo que me dá pena no es sino el fruto que pudiera hacer estudiando, predicando ó confesando y la falta que se hace por estar enfermo.» A esto responde muy bien San Agustin: dice que habemos de considerar que nosotros no sabemos si será mejor hacer aquello que querríamos, ó dejarlo de hacer y asi habemos de trazar y ordenar las cosas conforme á nuestra capacidad; y si despues las pudiéremos hacer de la manera que nosotros las trazamos, no nos habemos de holgar porque se hizo lo que nosotros pensamos y quisimos, sino porque el Señor quiso que asi se hiciese. Y si sucediese no venir á efecto lo que nosotros pensábamos y trazábamos, no por eso nos habemos de turbar y perder la paz. Porque mas razon es que sigamos nosotros la voluntad y traza de Dios, que él la nuestra (1). Y concluye San Agustin con una sentencia admirable: «Aquel ordena y traza mejor sus cosas que está dispuesto y preparado para no hacer lo que Dios no quiere que haga, que el que tiene mucha ánsia y apetito de hacer lo que él habia trazado y pensado (2).» Pues de esta manera y con esta indiferencia habemos de trazar y ordenar nosotros lo que habemos de hacer, que estemos siempre muy dispuestos para conformarnos con la voluntad de Dios, si aca-

(1) [illegible] Surius, tom. 7, fol. 277; et Villegas, p. 3, cap. 1 [illegible]

(1) Aequius est, ut nos ejus, quam ut ille nostram sequatur voluntatem. Aug. *lib. de Catechizandis rudibus, cap.* 14.

(2) Nemo melius ordinat quid agat, nisi qui paratior est non agere, quod divina potestate prohibetur, quam cup dior agere, quod humana cogitatione meditatur. *Aug. ib.*

so no viniere á efecto; y asi no nos turbaremos, ni entristeceremos cuando por enfermedad ó por otra causa semejante no pudiéremos hacer lo que pensábamos y teniamos ya trazado, aunque las cosas en sí sean de mucho provecho para las almas. Dice muy bien el P. Maestro Avila, escribiendo á un sacerdote enfermo: «No tanteeis lo que hiciérades estando sano; mas cuánto agradareis al Señor con contentaros de estar enfermo; y si buscais, como creo que buscais, la voluntad de Dios puramente ¿qué mas se os dá estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien (1)?»

San Crisóstomo dice que mas mereció y agradó á Dios el Santo Job en aquel: "como le agradó á Dios, asi ha sucedido: sea bendito el Nombre del Señor (2);" conformándose con su voluntad en aquellos trabajos y lepra que le envió, que en cuantas limosnas y bienes hizo estando sano y rico. Pues de la misma manera, mas agradareis vos á Dios en conformaros con su voluntad, estando enfermo, que en cuanto pudiérades hacer estando sano. Lo mismo dice San Buenaventura: «Mas perfeccion es llevar con paciencia y conformidad los trabajos y adversidades, que entender en obras muy buenas (3):» que no tiene Dios necesidad de mí ni de vos para hacer el fruto que él quisiere en su Iglesia. "Yo dije, tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes," dice el Salmista (4). Ahora quiere él predicaros á vos con la enfermedad y que aprendais á tener paciencia y humildad, dejad hacer á Dios, que él sabe lo que mas conviene y vos no lo sabeis. Si para algo habiamos de desear la salud y las fuerzas, era para emplearlas en servir y agradar mas á Dios; pues si el Señor se sirve y agrada mas en que yo me emplee en estar enfermo y en llevar con paciencia los trabajos de la enfermedad, hágase su voluntad, que eso es lo mejor y lo que mas me conviene á mí. El Apóstol San Pablo (1), predicador de las gentes, permitió el Señor que estuviese dos años preso y en aquel tiempo tan necesitado de la primitiva Iglesia; no se os haga á vos mucho que os tenga Dios preso con la enfermedad dos meses y dos años, y toda la vida si él fuere servido, que no sois tan necesario en la Iglesia de Dios como el Apóstol San Pablo.

A algunos se les suele poner delante, cuando tienen enfermedades y achaques largos y continuos, el no poder seguir la Comunidad y haber de ser singulares en muchas cosas; y desconsuélanse de esto, pareciéndoles, ó que no son tan religiosos como los otros, ó á lo menos que se podrán desedificar los demas viendo sus particularidades y regalo; especialmente que algunas veces la enfermedad y necesidad que uno tiene, no se echa tanto de ver por de fuera, sino que solo Dios y el enfermo saben lo que padece, y esas singularidades y exenciones échanse mucho de ver. A esto digo que este es muy buen respeto y muy justo sentimiento, y es de loar el tenerle; pero no ha de quitar eso la conformidad con la voluntad de Dios en la enfermedad, sino doblar el merecimiento, conformándoos por una parte enteramente con la voluntad de Dios en todas vuestras indisposiciones y achaques, pues él quiere que lo padezcais; y por otra, teniendo gran deseo, cuanto es de vuestra parte, de seguir todos los ejercicios de la Religion con mucha puntualidad y exaccion, y imitando en vuestro corazon

(1) M. Avila, *t.* 2 *Epist.*

(2) Sicut Domino placuit, ita factum est, sit nomen Domini benedictum. *Job.* I, 21.

(3) Perfectius est adversa tolerare patienter, quam bonis operibus insudare. *Bonav. de gradibus virtutum, c.* 24. *et lib.* 2. *de profect. Religios. cap.* 37 *affert hoc ex divo Gregorio.*

(4) Ego dixi Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges. *Ps.* XV, 2.

(1) Act. XXVIII, 30.

el no hacer todo lo que los otros hacen; porque de esta manera, fuera de lo que mereceis en llevar con conformidad y paciencia la enfermedad, podeis merecer tambien en esto segundo tanto como los demas que están sanos y buenos y hacen todos esos ejercicios.

San Agustin en el sermon sesenta y dos de *Tempore*, tratando de la obligacion que todos tenian á ayunar aquel santo tiempo, so pena de pecado mortal, yviniendo á tratar del que está enfermo y no puede ayunar, dice; «á este bástale que no pueda ayunar y que coma con dolor de su corazon gimiendo y suspirando; porque, ayunando los demas, él no puede ayunar.» Como el valiente soldado que, trayéndole al Real herido, siente mas el no poder pelear ni señalarse en servicio de su rey que el dolor de las heridas y de la cura rigorosa que le hacen, asi es de buenos religiosos, cuando están enfermos, sentir mas el no poder andar con la comunidad, ni hacer los ejercicios de la Religion, que la misma enfermedad; pero al fin, ni eso ni otra cosa alguna nos ha de quitar el conformarnos con la voluntad de Dios en la enfermedad, aceptándola como enviada de su mano para mayor gloría suya y mayor bien y provecho nuestro.

El bienaventurado San Gerónimo cuenta que, pidiendo un monge al santo abad Juan Egipcio que le sanase de una enfermedad y calentura grave que tenia, respondió el Santo: «Quieres echar de ti una cosa que te es muy necesaria (1), porque asi como la inmundicia y suciedad de las cosas corporales se quita con jabon ó legía fuerte, y con otras cosas semejantes, asi las ánimas se purifican con las enfermedades y trabajos.»

(1) Rem tibi necessariam cupis abjicere, ut enim corpora nitro, vel aliis hujusmodi lineamentis abluuntur sordibus: ita animae languoribus, aliisque hujusmodi castigationibus purificantur. *Hyeron. in vitis Patrum*

CAPITULO XVII.

Que no habemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios, y que nos habemos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino tambien en todas las cosas que suelen suceder en ella.

Lo que se ha dicho de la enfermedad se ha tambien de entender de las demas cosas que se suelen ofrecer en el tiempo de ella. San Basilio dá una doctrina muy buena para cuando estamos enfermos. Dice (1) que de tal manera habemos de usar de los médicos y medicinas, que no pongamos toda nuestra confianza en eso. De lo cual reprende la Sagrada Escritura al rey Asa: "En su enfermedad no buscó al Señor, sino confió mas en el arte de los médicos (2)." No habemos de atribuir á eso toda la causa de sanar ó no sanar de la enfermedad, sino habemos de poner toda nuestra confianza en Dios, el cual unas veces querrá darnos salud con esas medicinas y otras no. Y asi, cuando nos faltare el médico y la medicina, dice San Basilio, que tampoco habemos de desconfiar de la salud; porque asi como leemos en el Sagrado Evangelio que Cristo nuestro Redentor unas veces sanaba con sola su voluntad, como á aquel leproso que le pidió: "Señor, si quereis, podeisme limpiar (3);" y le respondió: "Quiero, sé limpio (4);" otras aplicando alguna cosa, como cuando hizo lodo con saliva, y ungió los ojos del ciego, y le mandó que se fuese á lavar á la Natatoria ó fuente de Siloé; otras veces dejaba á los

(1) Basil. *in Regulis fusius disputatis*, 55.
(2) Nec in infirmitate sua quaesivit Dominum, sed magis in medicorum arte confisus est. *II. Paral.* XVI, 12.
(3) Domine, si vis, potes me mundare. *Matth.* VIII, 2.
(4) Volo: mundare. *Joann.* IX, 11.

enfermos en sus enfermedades, y no queria que sanasen, aunque gastasen toda su hacienda en médicos y medicinas (1); asi tambien ahora unas veces dá Dios la salud sin médicos ni medicinas, por sola su voluntad: otras las dá por medio de esas medicinas: otras veces, aunque consulte uno muchos médicos y le aplíquen grandes remedios, no quiere Dios darle salud, para que aprendamos con esto á no poner nuestra confianza en medios humanos, sino en Dios. Asi como el rey Ezequias no atribuyó su salud á la masa de higos que Isaías puso sobre su llaga, sino á Dios (2): asi vos, cuando sanáredes de la enfermedad, no habeis de atribuir la salud á los médicos, ni á las medicinas, sino á Dios, que es el que sana todas nuestras enfermedades; que no son las yervas, ni los emplastos los que sanan, sino Dios (3). Y cuando no sanáredes, tampoco os habeis de quejar de los médicos, ni de las medicinas, sino habeislo tambien de atribuir todo á Dios que no quiere daros salud, sino que esteis enfermo.

De la misma manera, cuando el médico no conoció la enfermedad, ó erró la cura (que es cosa que acontece hartas veces aun á los muy grandes médicos y en grandes personages), habeis de tomar aquel yerro por acierto de Dios, y tambien el descuido y falta que os hace el enfermero. Y asi, no habeis de decir que porque se hizo tal falta con vos, por eso os tornó la calentura; sino tomarlo todo como venido de mano de Dios, y decir: «el Señor ha sido servido que me creciese la calentura, y que me viniese tal accidente;» porque cierta cosa es que, aunque respecto de los que os curan eso haya sido yerro, pero respecto de Dios no fué sino acierto; porque respecto de Dios no acontece ninguna cosa acaso. ¿Pensais que el pasar las golondrinas y cegar con su estiércol al Santo Tobías fué acaso? No fué sino con grande acuerdo y con particular voluntad de Dios, para dejarnos ejemplo en el como en el Santo Job. Y asi lo dice la Escritura Divina: "Este trabajo permitió Dios que le sucediera, para que los venideros tuviesen ejemplo de paciencia como el de el Santo Job (1)." Y el Angel le dijo despues: "Para probarte, ha permitido Dios esta tentacion (2)."

En las Vidas de los Padres se cuenta del abad Estéfano (3), que estando enfermo, quiso su compañero hacerle una tortilla, y pensando que la hacia con buen aceite, la hizo con aceite de linaza, que es muy amargo, y diósela. Estéfano, como lo sintió, comió un poco y calló. Otra vez le hizo otra de la misma manera, y como la gustase y no la quisiese comer, díjole el hermano: «come, Padre, que está muy buena.» Y probóla él para incitarle á comer, y como sintiese el amargor, comenzó á fatigarse y á decir: «homicida soy.» Y díjole Estéfano: «no te turbes, hijo, que si Dios quisiera que no erraras en tomar un aceite por otro, no lo hicieras.» Y de otros muchos Santos leemos que tomaban con mucha conformidad y paciencia los remedios que les hacian, aunque fuesen contrarios á lo que pedia su enfermedad. Pues de esta manera habemos de tomar nosotros los yerros y descuidos, asi del médico como de los enfermeros, sin quejarnos del uno, ni echar la culpa al otro.

Esta es una cosa en que se descubre y muestra mucho la virtud de uno. Y asi edifica grandemente un religioso enfermo,

(1) Marc. V, 26; et Luc. VIII, 43.
(2) IV. Reg. XX, 7.
(3) Etenim neque herba, neque malagma sanavit eos, sed tuus, Domine, sermo, qui sanat omnia. *Sap.* XVI, 12.

(1) Hanc autem tentationem ideo permisit Dominus evenire illi, ut posteris daretur exemplum patientiae ejus, sicut et sancti Job. *Tob.* II, 12.
(2) Quia acceptus eras Deo, necesse fuit, ut tentatio probaret te. *Tob.* XII. 13.
(3) Abbas Estephan. *Refert etiam Doroth. doctr.* 7.

que toma todo lo que se le ofrece con igualdad y alegría, como venido de la mano de Dios, y se deja guiar y gobernar de los superiores y enfermeros, olvidándose y descuidándose del todo de sí. Dice San Basilio: «habeis fiado vuestra ánima del superior, ¿por qué no fiais vuestro cuerpo? Habeis puesto en sus manos la salud eterna, ¿por qué no pondreis tambien la temporal (1)?» Y pues la regla (2) nos da licencia para descuidarnos entonces de nuestro cuerpo, y nos lo manda, habíamoslo de estimar en mucho y ayudarnos de tan provechosa licencia. Y por el contrario, desedifica mucho el enfermo religioso cuando tiene mucho cuidado de sí, y tiene mucha cuenta con lo que le han de dar, y cómo se lo han de dar, y si le acuden á punto, y sino, se sabe bien quejar, y aun murmurar.

Dice muy bien Casiano: «la enfermedad del cuerpo no es impedimento para la puridad del corazon, sino antes ayuda, si uno la sabe tomar como debe; pero guardaos, dice, no pase la enfermedad del cuerpo al alma (3).» Y si uno se há de esa manera, y toma ocasion de la enfermedad para hacer su voluntad y no ser obediente y rendido, entonces pasará la enfermedad al alma, y hará que le dé al superior mas cuidado la enfermedad espiritual que la temporal. Por estar enfermo, no por eso ha uno de dejar de parecer religioso, ni pensar que ya no hay Regla para él y que puede poner todo cuidado en su salud y regalo, y olvidarse de su aprovechamiento. «El enfermo, dice nuestro Padre (4), mostrando mucha humildad y paciencia, no menos ha de procurar edificar en el tiempo de su enfermedad que en el tiempo de su entera salud.» San Crisóstomo sobre aquellas palabras del Profeta: "Señor, nos coronaste como con escudo de tu buena voluntad (1)," tratando cómo mientras dura esta vida, siempre hay pelea, y asi siempre habemos de andar armados para ella, dice: «El tiempo de la enfermedad es muy propio tiempo de estar muy armados y muy apercibidos para pelear, cuando por una parte los dolores nos turban, y la tristeza nos cerca, y el demonio, tomando de eso ocasion, nos incita á que hablemos con impaciencia y nos quejemos demasiado (2).» Y asi entonces habemos de ejercitar y mostrar la virtud. Aun allá dijo Séneca (3) que el varon fuerte tan bien tiene en que ejercitar su fortaleza en la cama padeciendo enfermedades, como en el campo peleando contra los enemigos: porque la principal parte de la fortaleza es sufrir mas que acometer. Y asi dijo el Sábio, que es mejor el varon paciente que el fuerte, y el que es señor de su ánimo que el que conquista ciudades (4).

(1) Basil. *in Reg. fusius disputatis, Regul.* 48.
(2) 3. p. const. cap. 2, lit. G.
(3) Cassian. *lib.* 5. *de instit. renuntiat. c.* 7.
(4) Reg. 50. *Summarii.*

CAPITULO XVIII.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

De la santa virgen Gertrudis se lee (5) que le apareció una vez Cristo nuestro Redentor, que traia en su mano derecha la salud y en la siniestra la enfermedad, y le dijo que escogiese lo que quisiese. Ella respondió: «Lo que yo, Señor, deseo de todo corazon es que no mireis mi voluntad, sino que se haga en mí lo que fuere mayor gloria y contento vuestro.»

De un devoto de Santo Tomás Cantua-

(1) Domine, ut scuto bonae voluntatis tuae coronasti nos. *Ps.* V, 13.
(2) Et aegroti, et sani; morbi enim tempore, hujus maximae pugnae tempus est; quando dolores undique conturbant animam, quando tristitiae obsident, quando adest diabolus incitans, ut acerbum aliquod verbum dicamus. *Chrysost.*
(3) Seneca, *Epist.* 78.
(4) Melior est patiens viro forti: et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium. *Prov.* XVI, 32.
(5) Blos. *cap.* 11. *Monil. Spirit.*

riense se cuenta (1) que, estando enfermo, fué al sepulcro del Santo á pedirle que rogase á Dios le diese salud. Alcanzóla, y viniendo sano á su tierra, púsose á pensar entre sí que si le convenia la enfermedad para su salvacion, para qué queria la salud. Hízole tanta fuerza esta razon, que volvió otra vez al sepulcro y rogó al Santo que pidiese á Dios le diese lo que mas le convenia para su salvacion. Volvióle Dios la enfermedad, y así vivió muy consolado con ella, entendiendo que aquello era lo que le convenia.

Surio, en la vida de San Bedasto, cuenta otro ejemplo semejante de un hombre ciego, que el dia de la traslacion del cuerpo de este santo obispo deseó mucho ver sus santas reliquias, y por consiguiente tener vista para verlas: alcanzóla de nuestro Señor, y vió lo que deseaba. Y viéndose con vista, volvió á orar que, si aquella vista no le convenia para el bien de su alma, que le volviese la ceguedad. Y hecha esta oracion, quedó ciego como de primero.

Cuenta San Gerónimo (2) que, como San Antonio Abad fuese llamado de San Atanasio obispo á la ciudad de Alejandria, para que le ayudase á confutar y estirpar las heregías que allí habia, Didimo, que era un varon eruditísimo pero ciego de los ojos del cuerpo, trató con San Antonio muchas cosas de las Sagradas Escrituras, de tal manera, que estaba el santo admirado de su ingenio y sabiduría. Y despues de haber tratado de esas cosas, preguntóle si estaba triste por estar ciego. Él callaba y no se atrevia á responder de vergüenza. Finalmente, preguntóle segunda y tercera vez y confesó llanamente que sentia tristeza de ello. Entonces díjole el santo: «Maravillome que un varon tan prudente como tú se entristezca y duela de no tener aquello que tienen las moscas y las hormigas y gusanillos de la tierra, y no se alegre de tener aquello que solos los Santos y Apóstoles merecieron tener.» De lo cual se ve, dice San Gerónimo, que mucho mejor es tener ojos espirituales que corporales.

En la historia de la Orden de Santo Domingo cuenta el P. Fr. Hernando del Castillo (1), que viviendo Santo Domingo en Roma, visitaba á una muger afligida, enferma, emparedada y gran sierva de Dios, que se habia recogido en una torre á la puerta de San Juan de Letran, y solia el bendito Padre confesarla y administrarle el Santísimo Sacramento. Llamábase la muger Bona, y era tan conforme con el nombre su vida, que por buena la enseñaba Dios á tener alegría en los trabajos y descanso de la muerte. Padecia una gravísima enfermedad en los pechos, los cuales tenia ya encancerados y llenos de gusanos, y de manera, que para cualquiera otra persona fuera tormento insufrible, sino para ella, que lo pasaba con admirable paciencia y hacimiento de gracias. Por verla Santo Domingo tan enferma y tan aprovechada en la virtud, la amaba mucho. Un dia, despues de haberla confesado y comulgado, quiso ver tan asquerosa y terrible llaga, y aunque con alguna dificultad lo alcanzó. Cuando se descubrió Bona y el Santo vió la podre, el cáncer, los gusanos hirviendo, y su paciencia y alegria, tuvo de ella compasion; pero mas deseó de sus llagas que de los tesoros de la tierra. Y rogóle mucho que le diese uno de aquellos gusanos como por reliquia. No quiso la sierva de Dios dársele si primero no le prometia devolvérselo; porque ya venia á holgarse tanto de verse comer en vida, que si alguno se caia en el suelo, lo volvia á po-

(1) Marulus, lib. 3. c. 4; et Jacobus de Voragine.
(2) Hyeron. *Epist. ad Castrutium caecum.*

(1) Cronic. Ordinis Praedicator. p. 1, l. 1, c. 40.

ner en su lugar. Y asi sobre su palabra se le dió, que era bien crecido, y con una cabeza negra. Apenas lo tomó el Santo en la mano cuando se volvió una hermosísima perla. Y los frailes admirados, decian á su Padre que no se la volviese; y la enferma pidiendo su gusano, decia que le volviese su perla. Mas en dándosela, tornó á volverse en la forma que tenia de gusano, y la muger le puso en sus pechos donde se habia criado. Y Santo Domingo, haciendo oracion por ella y echándole la bendicion con la señal de la cruz, la dejó y se fué. Pero bajando la escalera de la torre se le cayeron á la muger los pechos encancerados con los gusanos, y poco á poco fué creciendo la carne, y en breves dias fué del todo sana, contando á todos las maravillas que Dios obraba por su siervo.

En la misma historia se cuenta (1) que tratando Fr. Reginaldo con Santo Domingo de tomar el hábito de su Religion, y estando ya determinado de hacerlo, cayó en la cama de una fiebre contínua, y al parecer de los médicos, mortal. El P. Santo Domingo tomó á muy pechos su salud, y hacia por ella contínua oracion á Dios Nuestro Señor, y asi el enfermo como él llamaban á Nuestra Señora en su ayuda con mucha devocion y sentimiento. Estando los dos ocupados en esta peticion, entró por el aposento de Reginaldo la Sacratísima Reina del cielo Nuestra Señora, con una claridad y resplandor por todo estremo celestial y maravilloso, acompañada de otras dos bienaventuradas vírgenes, que al parecer eran Santa Cecilia y Santa Catalina, mártires; las cuales llegaron con la Soberana Señora á la cama del enfermo, á quien ella, como Reina y Madre de piedad, consoló y dijo: «¿Qué quieres que haga yo por tí? Ya vengo á ver lo que pides, dímelo y dárselo há.» Empachóse Reginaldo, y como atajado con tan celestial vision, dudaba de lo que convenia hacer ó decir; mas una de aquellas Santas, que con Nuestra Señora venian, le sacó presto de este cuidado diciendo: «Hermano, no pidas cosa, déjate todo en sus manos, que muy mejor sabe dar que tú pedir.» El enfermo siguió este consejo como tan discreto y avisado. Y asi respondió á la Vírgen: «Señora, no pido nada, no tengo mas voluntad que la vuestra, en ella y en vuestras manos me pongo.» Estendiólas entonces la Sagrada Vírgen, y tomando del ólio que traian para este efecto aquellas sus criadas, ungió á Reginaldo de la manera que se suele dar la Estremauncion. Tan grande eficacia tuvo el tocamiento de aquellas sagradas manos, que súbitamente quedó sano de la calentura, y tan convalecido de fuerzas corporales como si nunca hubiera estado enfermo; y lo que mas es, que con aquella soberana virtud se le hizo otra mayor en la virtud del ánima, que desde aquella hora jamás sintió movimiento sensual ni deshonesto en su persona en todos los dias de su vida, en ningun tiempo, ni lugar ni ocasion.

En la Historia Eclesiástica se cuenta (1) que entre los varones que en aquel tiempo florecieron era muy esclarecido Benjamin, que tenia don de Dios para sanar enfermos, sin otra medicina, con solo el tacto de su mano ó ungiéndolos con un poco de aceite y haciendo oracion sobre ellos. Y con esta gracia de sanar á otros tuvo él grave dolencia de hidropesía, de la cual se hinchó tanto que no podia salir por la puerta de su celda si no desquiciaban las puertas; y asi estuvo dentro de ella ocho meses, hasta que murió sentado en una silla muy ancha, donde curó muchas enfermedades, sin quejarse ni entristecerse porque

(1) Cron. *Ord. Praedic. p. 1, lib. 1, c. 38.*

(1) Hist. Eccl. *p. 2, l. 6, cap. 2.*

no podia dar remedio á la suya, y á los que habian lástima, consolaba y decia: «Rogad á Dios por mi ánima, y de mi cuerpo no cureis, que, aun cuando estaba sano, de ninguna cosa me servia.»

En el *Prado espiritual* se cuenta (1) de un monje llamado Bernabé, que como en cierto camino se hincase un palillo por el pie, no se le quiso quitar por algunos dias ni ser curado de la herida, por tener como padecer algun dolor por amor de Dios; y dícese que decia á los que le visitaban: «cuanto el hombre esterior mas padece y se mortifica, tanto mas el hombre interior se vivifica y fortalece.»

En la vida de San Pacomio cuenta Surio de un monje llamado Zaqueo, que con estar enfermo de gota coral, no por eso remitia un punto del rigor de su acostumbrada abstinencia, que era solamente pan con sal; ni cesaba tampoco de hacer las oraciones que acostumbran los otros monjes sanos, acudiendo á maitines y á las demas horas, y lo restante del tiempo en que cesaba de orar, se ocupaba en hacer esteras, espuertas y sogas, y con la aspereza del esparto de que las tejia, tenia las manos tan lastimadas que le corria siempre sangre de las grietas; lo cual hacia por no estar ocioso: y á la noche, antes de dormir, tenia por costumbre de meditar algunas cosas de la Sagrada Escritura, y luego hacer la señal de la Cruz sobre todo su cuerpo; y hecho esto, descansaba hasta hora de maitines, á los cuales, como se ha dicho, se levantaba, permaneciendo en ellos y en oracion hasta que era de dia. Este era el repartimiento de este santo enfermo, y estos eran sus ordinarios ejercicios. Sucedió una vez venir á él un monje, el cual, viéndole tan lastimadas las manos, le dijo que se las untase con aceite y no sentiria tantos dolores con las aberturas. Hízolo asi Zaqueo, y no solo no se le mitigó el dolor, pero se le acrecentó mucho mas. Y viniendo despues á verle San Pacomio, y contándole lo que habia hecho, díjole el Santo: «¿Pensabas, hijo, que no ve Dios todas nuestras enfermedades y que, si es servido, no las puede sanar? Pues el no hacerlo asi, sino permitir que padezcamos dolores hasta que él sea servido, ¿para qué piensas que lo hace, sino para que le dejemos á él todo el cuidado de nosotros y pongamos solamente en él toda nuestra confianza, y tambien para bien y provecho de nuestras almas para podernos despues acrecentar la paga y premio eterno por estos breves trabajos que él nos envia? Compungióse mucho con esto Zaqueo, y díjole: «Perdóname, Padre, y ruega á Dios que me perdone este pecado de poca confianza y conformidad con la voluntad de Dios y deseo de sanar.» Y yéndose Pacomio, en penitencia de culpa tan leve, ayunó todo un año con ayuno tan rígido, que no comia sino de dos á dos dias, y entonces muy poco y llorando. Este ejemplo tan notable solia contar despues el gran Pacomio á sus monges para amonestarles la perseverancia en el trabajo y la confianza en Dios y el reparar en faltas pequeñas.

(1) *Pratum spirituale*, cap. 10.

CAPITULO XIX.

De la conformidad que debemos tener con la voluntad de Dios, asi en la muerte como en la vida.

Tambien habemos de estar conformes con la voluntad de Dios, asi para morir como para vivir. Y aunque esto del morir de suyo es muy dificultoso, porque, como dice el filósofo (1), la muerte es la cosa mas terrible de todas las cosas humanas; pero

(1) Omnium rerum nihil morte terribilius, nihil acerbius. *Aristotel.*, 3 *Aethicorum*, c. 6.

en los religiosos está quitada y allanada en gran parte esta dificultad, porque ya tenemos andado el medio camino para ello, y aun casi todo. Porque, cuanto á lo primero, una de las cosas por que á los del mundo se les suele hacer dificultoso el morir y les da pena que llegue aquella hora, es, porque dejan las riquezas, las honras, los deleites, entretenimientos y regalos que tenian en esta vida; los amigos, los parientes, y el otro la muger, y el otro los hijos, que no suelen dar pequeño cuidado en esta hora, especialmente cuando no quedan remediados. Todo esto ya lo ha dejado el religioso con tiempo, y asi no le da pena ni dolor. Cuando la muela está bien descarnada y apartada de las encías, con facilidad se saca; pero si la quereis sacar sin descarnarla, causaros há mucho dolor; asi al religioso que está ya descarnado y despegado de todas esas cosas del mundo, no le duele á la hora de la muerte el dejarlas, porque ya las dejó él de su voluntad, y con gran merecimiento, cuando entró en la Religion, y no aguardó á dejarlas á la hora de la muerte, como los del mundo, cuando de necesidad se han de dejar aunque ellos no quieran, y con grande dolor y pena y muchas veces sin merecimiento alguno, porque mas dejan ellas á sus poseedores que ellos á ellas. Y este es uno de los frutos que, entre otros muchos, tiene el dejar el mundo y entrar en Religion, como nota muy bien San Crisóstomo (1); que á los que están en el mundo muy casados con la hacienda, entretenimientos y regalos de esta vida, esles muy penosa la muerte, conforme á aquello del Sábio: "¡Oh muerte, qué amarga que es tu memoria al hombre que se halla bien con su hacienda (2)!" Aun la memoria de la muerte les es muy amarga; ¿qué será la presencia? Si pensada es amarga, ¿qué será gustada? Pero al religioso que haya dejado todas esas cosas, no le es amarga la muerte, sino antes muy alegre y gustosa, como fin y remate de todos sus trabajos, y como quien vá á recibir el premio y galardon de todo lo que ha dejado por Dios.

Otra cosa principal, que suele dar mas pena en aquella hora á los del mundo y ser causa que se les haga la muerte terrible y horrible, dice San Ambrosio (1) que es la mala conciencia y falta de disposicion; lo cual tampoco tiene ni debe tener lugar en el religioso, porque toda su vida es una contínua preparacion y disposicion para bien morir. Cuéntase de un santo religioso, que como el médico le dijese que se preparase para morir, respondió él: «Despues que tomé el hábito, no he hecho otra cosa sino prepararme para eso.» Este es el ejercicio del religioso. El mismo estado de la Religion nos instruye en la disposicion que quiere Cristo nuestro Redentor que tengamos para su venida. «Tened, nos dice el Salvador, tened ceñidos los lomos y candelas encendidas en vuestras manos (2)." Dice San Gregorio (3) que el ceñir los lomos denota la castidad, y el tener candelas denota el ejercicio de las buenas obras, las cuales dos cosas resplandecen principalmente en el estado de la Religion; y asi el buen religioso no tiene que temer la muerte.

Y nótese aqui una cosa que ayudará á nuestro propósito y la tocamos arriba (4), y es, que una de las buenas señales que hay de tener uno buena conciencia y andar bien con Dios, es estar muy conforme

(1) Crysos. *hom.* 14, *in* I. *ad Timoteum*.
(2) O mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis. *Eccl.* XLI, 1.

(1) Ambros. *de bono mortis, cap.* 8.
(2) Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris. *Luc.* XII, 35.
(3) Greg. *hom.* 13 *in Evangelia*.
(4) Trat. 2, c. 5.

con su divina voluntad en lo que toca á la hora de su muerte y estarla esperando con grande alegría como quien espera su esposo para celebrar con él aquellas bodas y desposorios celestiales (1). Y por el contrario, el pesarle á uno mucho de la muerte y no tener esta conformidad, no es buena señal. Suelen traer algunas comparaciones buenas para declarar esto. ¿No veis con qué paz y sosiego vá la oveja al matadero, sin dar un balido, ni hacer resistencia alguna, que es el ejemplo que trae la Sagrada Escritura de Cristo nuestro Redentor (2)? Pero el animal inmundo, ¿qué hace de gruñir y de resistir, cuando le quieren matar? Pues esa es la diferencia que hay entre los buenos, que son significados por las ovejas, y los malos y carnales que son significados por esotros animales. El que está sentenciado á muerte, cada vez que oye abrir la cárcel, se entristece pensando que le quieren ya sacar á ahorcar; pero el inocente y el que es dado por libre, huélgase cada vez que oye abrir la cárcel, pensando que le vienen á echar fuera. Así el malo, cuando oye sonar la cerradura de la muerte, cuando la enfermedad le aprieta, teme y pésale mucho; porque, como tiene llagada la conciencia, cree que es para echarle en la hoguera del infierno para siempre jamás; pero el que tiene buena conciencia, antes se huelga, porque entiende que es para darle libertad y descanso para siempre: pues hagamos nosotros lo que debemos á buenos religiosos, y no solo no sentiremos dificultad en conformarnos con la voluntad de Dios en la hora de la muerte, antes nos holgaremos y pediremos á Dios con el Profeta (1) que nos saque de esta cárcel.

San Gregorio, sobre aquello de Job: "No temerás las bestias de la tierra," dice que el tener á la hora de la muerte esta alegría, y esta paz y seguridad de conciencia, es principio del galardon de los justos (2). Comienzan ya á gozar una gotica de aquella paz que como rio caudaloso ha de entrar luego en sus almas: ya comienzan á sentir su bienaventuranza. Y al contrario, los malos comienzan á sentir su tormento y su infierno, con aquel temor y remordimiento que comienzan á sentir en aquella hora.

De manera, que el desear la muerte y holgarse con ella, es muy buena señal. Dice San Juan Clímaco: «Muy loable es aquel que todos los dias espera la muerte; mas aquel es Santo que todas las horas la desea (3).» Y San Ambrosio alaba á los que tienen deseo de morir (4). Y así vemos, que aquellos Santos Patriarcas antiguos tenian este deseo, teniéndose por peregrinos y huéspedes de la tierra (5), no por moradores de asiento. Y como nota muy bien el Apóstol San Pablo (6), en esto daban bien á entender que estaban deseando salir de este destierro; y esto era por lo que suspiraba el Real Profeta: "¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro (7)!" Y si esto decian y deseaban aquellos Padres antiguos, con estar cerrada la puerta del cielo y no haber

(1) Et vos similes hominibus expectantibus Dominum suum, quando revertatur á nuptiis. *Lucae.* XII, 36.
(2) Tanquam ovis ad occisionem ductus est. *Isa.* LIII, 7; *et Act.* VIII, 32.

(1) Educ de custodia (id est, de carcere) animam meam *Ps.* CXXXXI, 8.
(2) Et bestias terrae non formidabis; justis namque initium retributionis est ipsa plerumque in obitu securitas mentis. *Greg. lib. 6. mor. cap. 16. Job* V, 22.
(3) Climac. c. 6.
(4) Ambros. *in orat. Funebri de obitu Valentiniani Imperat. t. 5, et de fide resurrectionis.*
(5) Confitentes, quia peregrini, et hospites sunt super terram. *Ad Heb.* XI, 13.
(6) Qui haec dicunt, significant se patriam inquirere. *Ad Heb.* XI, 14.
(7) Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est. *Ps.* CXIX, 5.

de ir luego allá, ¿qué será ahora, que está abierta, y en estando el ánima purgada luego va á gozar de Dios?

CAPÍTULO XX.

De algunas razones y motivos por los cuales podemos desear la muerte lícita y santamente.

Para que mejor y con mas perfeccion nos conformemos con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida, pondremos aquí algunos motivos y razones por las cuales se puede desear el morir, para que escojamos la mejor. La primera razon por la cual se puede desear la muerte, es por huir los trabajos que trae consigo esta vida: porque, como dice el Sábio, "mejor es la muerte que la vida amarga y trabajosa (1)." De esta manera vemos que los hombres del mundo desean muchas veces la muerte, y la piden á Dios, y lo pueden hacer sin pecado; porque, al fin, son tantos y tales los trabajos de esta vida que es lícito desear la muerte por huirlos. Una de las razones que dan los Santos (2) por que Dios dió tantos trabajos á los hombres, fué porque no se casasen tanto con el mundo, ni amasen tanto esta vida, sino que pusiésemos nuestro corazon y nuestro amor en la otra, y suspirásemos por ella, "donde no habrá lloro ni dolor (3)." San Agustin dice (4) que Dios nuestro Señor, por su infinita bondad y misericordia, quiso que esta vida fuese breve y se acabase presto, porque es trabajosa; y que la otra, que esperamos, fuese eterna, para que el trabajo durase poco, y el gozo y descanso para siempre. San Ambrosio dice (1): «Está tan llena de males y trabajos esta vida, que si Dios no nos diera la muerte en castigo, se la pidiéramos por misericordia y por remedio,» para que se acabaran tantos males y trabajos. Verdad es, que muchas veces los hombres del mundo pecan en esto, por la impaciencia con que toman los trabajos, y por la manera con que piden á Dios la muerte, con quejas é impaciencias; mas si se la piden con paz y con sujecion: «Señor, si sois servido, sacadme de estos trabajos, bástame lo que he vivido;» no seria pecado.

Lo segundo, se puede desear la muerte con mas perfeccion por no ver los trabajos de la Iglesia y las ofensas contínuas que se hacen contra Dios, como vemos que la deseaba el Profeta Elías, viendo la persecucion de Acab y Jezabel, y que habian destruido los altares y muerto todos los Profetas de Dios, y que andaban en busca de él para lo mismo; abrasado de celo de la honra de Dios, y viendo que no lo podia él remediar, váse por esos desiertos, y sentándose debajo de un árbol, deseó morir y dijo: "Bástame, Señor, lo que he vivido; sacadme ya de esta vida, para que no vea tantos males ni tantas ofensas vuestras (2)." Y aquel valeroso capitan del Pueblo de Dios, Judas Macabeo, decia: "Mas vale morir, que ver tantos males y tantas ofensas de Dios (3);" y con esto exhortaba y animaba á los suyos á pelear. Y del bienaventurado San Agustin leemos en su vida, que pasando los vándalos de España á Africa, destruyéndola toda, no perdonando á hombre, ni á mujer, ni á

(1) Melior est mors, quam vita amara. *Eccl.* XXX, 17.
(2) Aug. *l.* 2, *contra* II, *epist. Gaudentii, c.* 22, *tom.* 7.
(3) Ubi non erit luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra. *Apoc.* XXI, 4.
(4) Aug. *serm.* 37 *de Sanctis, qui est sermo primus in festo omnium Sanctorum.*

(1) Tantis malis haec vita replota est, ut compara tione ejus, mors remedium putetur esse, non poena *Ambr. serm. sup. cap.* 7. *Job., tom.* 2.
(2) Petivit animae suae ut moreretur, et ait. sufficit mihi, Domine, tolle animam meam, neque enim melior sum quam patres mei. *III. Reg.* XIX, 4.
(3) Melius est nos mori in bello, quam videre mala gentis nostrae, et sanctorum. *II. Mach.* III, 59.

clérigos, ni á legos, ni á viejos, llegaron á la ciudad de Hipona, de donde era él obispo, y cercáronla en rededor con mucha gente; y viendo San Agustin tan gran tribulacion, y las iglesias sin clérigos, y las ciudades y los moradores de ellas destruidos, lloraba amargamente en su vejez. Y juntando sus clérigos, les dijo: «Rogué al Señor, que, ó nos librase de estos peligros, ó nos diese paciencia, ó me sacase de esta vida, porque no vea tantos males, y el Señor háme otorgado lo tercero.» Y luego enfermó, al tercer mes del cerco, de la enfermedad de que murió. Y de nuestro bienaventurado P. S. Ignacio, leemos en su vida (1) otro ejemplo semejante. Esta es perfeccion de Santos, sentir tanto los trabajos de la Iglesia y las ofensas que se hacen contra la Magestad de Dios, que no lo pueden sufrir, y asi desean la muerte por no ver tanto mal.

Otra causa y razon hay tambien muy buena, y de mucha perfeccion, para desear y pedir á Dios la muerte, que es por vernos ya libres y seguros de ofenderle. Porque cierto es que mientras estamos en esta vida no hay seguridad, sino que podemos caer en pecado mortal, y sabemos que otros mas aventajados que nosotros, y que tenian grandes dones de Dios, y que verdaderamente eran Santos y grandes Santos, han caido. Esta es una de las cosas que mas hace temer á los siervos de Dios, y por la cual desean salir de esta vida, á trueque de no pecar. Aun no haber nacido, ni haber sido, puede uno desear, cuanto mas morir: porque mayor mal es el pecado, que el no ser; y mejor fuera no ser, que haber pecado. Cristo nuestro Redentor dijo del que le habia de vender: "mas le valiera no haber nacido (2)." Y San Ambrosio declara á este propósito aquello del Eclesiastés: "Alabé mas á los muertos que á los vivos; y por mas dichoso que á estos tuve al que nunca nació (1);" dice San Ambrosio: «El muerto se prefiere al vivo, porque ya ha dejado de pecar, y al muerto se prefiere el que no ha nacido, porque nunca supo pecar (2).» Y asi será muy buen ejercicio actuarnos muchas veces en la oracion en estos actos: «Señor, no permitais que me aparte yo jamas de Vos (3): Señor, si os tengo de ofender, llevadme luego antes que os ofenda, que yo no quiero la vida sino para serviros, y si no os tengo de servir con ella, no la quiero.» Este es un ejercicio muy agradable á Dios, y muy provechoso para nosotros, porque aqui hay ejercicio de dolor y aborrecimiento del pecado; aqui hay ejercicio de humildad; aqui hay ejercicio de amor de Dios; aqui hay una peticion de las mas agradables que podemos pedir á Dios. De San Luis, rey de Francia, se cuenta que le decia algunas veces su santa madre la reina doña Blanca: «querria, hijo mio, antes verte muerto delante de mis ojos, que con algun pecado mortal.» Y agradó á Dios tanto este deseo y esta bendicion que le echaba, que se dice de él que en toda su vida no hizo pecado mortal. Eso mismo podrá ser que obre en vos ese deseo y peticion.

Y mas, no solo por evitar los pecados mortales, sino por evitar los veniales de que estamos llenos en esta vida, es bueno desear la muerte. Porque el siervo de Dios ha de estar determinado, no solo de antes morir que hacer un pecado mortal, sino de morir antes que decir una mentira, que es un pecado venial; y el que por eso muriese

(1) Lib. 4, c. 16 *vitae S. P. N. Ignatii.*
(2) Bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille. *Matth.* XXVI, 24.

(1) Et laudavi magis mortuos, quam viventes, et feliciorem utroque judicavi, qui necdum natus est. *Eccl.* IV, 2.
(2) Mortuus praefertur viventi, quia peccare desivit: mortuo praefertur qui natus non est, quia peccare nescivit. *Ambros. serm.* 18, *sup. Ps.* 118.
(3) Domine, ne permittas me separari a te.

seria mártir (1). Pues cierta cosa es que, si vivimos, habemos de hacer muchos pecados veniales; porque, como dice la Escritura, "siete veces caerá el justo (2)," quiere decir, muchas veces; y mientras mas viviere, mas veces caerá. Y no solo por evitar los pecados veniales desean los siervos de Dios salir ya de esta vida, sino por verse libres de tantas faltas é imperfecciones, y de tantas tentaciones y miserias como cada dia esperimentan. Dice muy bien aquel Santo (3): «¡Oh Señor, y qué padezco, cuando pensando en la oracion cosas celestiales, se me ofrece un tropel de cosas carnales! ¡Ay! qué tal es esta vida donde nunca faltan tribulaciones y miserias; todas las cosas están llenas de lazos y de enemigos: en partiéndose una tribulacion, viene otra, y aun antes que se acabe el combate de una, sobrevienen otras muchas no pensadas. ¿Cómo puede ser amada vida tan llena de tantas amarguras, sujeta á tantos casos y miserias? ¿cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y pestilencias?» De una grande santa se lee que solia decir que, si pudiese escoger alguna cosa, no escogeria otra sino la muerte; porque por medio de ella el alma se halla sin temor de nunca mas hacer cosa que sea impedimento del puro amor. Y aun parece de mas perfeccion el desear salir de esta vida por evitar los pecados veniales y las faltas é imperfecciones, que por evitar los mortales; porque eso de los mortales, puede ser que lo haga uno mas por temor del infierno y por su propio amor y provecho, que por amor de Dios; mas tener tanto amor de Dios, que desee la muerte por no hacer pecados veniales, ni faltas é imperfecciones, es gran pureza de intencion y cosa de grande perfeccion.

(1) S. Thom. 2-2, q. 124, art. 5, ad 2.
(2) Septies enim cadet justus. *Prov.* XXIV, 16.
(3) Thomas de Kempis.

Pero dirá alguno: «por satisfacer por mis culpas y defectos, deseo yo vivir:» á esto digo que, si viviendo mas, desquitásemos siempre de lo pasado, y no añadiésemos nuevas culpas, bueno seria eso; pero si no solo no desquitais, sino añadis, y mientras mas vivís, teneis mas de que dar cuenta á Dios, no será esa buena respuesta. Dice muy bien San Bernardo: «¿Por qué deseamos tanto esta vida, en la cual, cuanto mas vivimos, tanto mas pecamos (1)?» Y San Gerónimo dice: «¿Qué diferencia pensais que hay entre el que muere mozo y el que muere viejo, sino que el viejo va mas cargado de pecados que el mozo y tiene mas de que dar cuenta á Dios (2)?» Y asi, toma San Bernardo otra resolucion mejor en esto, y dice con su mucha humildad unas palabras que las podemos nosotros decir con mas verdad: «Tengo vergüenza de vivir por lo poco que aprovecho, y temo de morir porque no estoy preparado; pero con todo eso, mas quiero morir y encomendarme á la misericordia de Dios, pues es benigno y misericordioso, que escandalizar á mis hermanos con mi vida tibia y floja (3).» Esta es buena resolucion. El P. maestro Avila decia que cualquiera que se hallase con mediana disposicion, debia antes desear la muerte que la vida, por razon del peligro en que se vive, que todo cesa con la muerte. Dice San Ambrosio: «¿Qué es la muerte, sino sepultura de vicios y resurreccion de virtudes (4)?»

(1) Cur ergo tantopere vitam istam desideramus, in qua quanto amplius vivimus, tanto plus peccamus; quanto est vita longior, tanto culpa numerosior? *Bernard. c. 2. meditationum.*
(2) Hieron. *Epist. ad Heliodor.*
(2) Vivere erubesco, quia parum proficio; mori timeo, quia non sum paratus. Malo tamen mori, et misericordiae Dei me committere, et commendare, quia benignus, et misericors est, quam de mala mea conversatione alicui scandalum facere. *Bernard. de inter. domo, c. 35.*
(4) Quid est mors, nisi sepultura vitiorum, virtutum suscitatio? *Ambros. de bono mortis, c. 4.*

Todas estas razones y motivos son buenos para desear la muerte; pero el de mas perfeccion es el que tenia el Apóstol San Pablo, por verse ya con Cristo á quien tanto amaba (1). «¿Qué decís, San Pablo? ¿Por qué deseais ser desatado del cuerpo? ¿Por ventura, por huir los trabajos? No, por cierto, que antes esa es mi gloria (2). ¿Pues por qué? ¿por huir los pecados? Tampoco: "Estoy cierto que ni la muerte ni la vida nos podrá separar de la caridad de Dios (3)." Estaba ya confirmado en gracia y sabia que no podia perderla y asi no tenia que temer eso. Pues ¿por qué deseais tanto la muerte? Por verme ya con Cristo. De puro amor la deseaba; estaba enfermo de amor (4); y asi suspiraba por su amado, y cualquiera tardanza se le hacia larga para gozar de su presencia.

San Buenaventura pone este por último grado de amor de Dios de tres que pone (5). El primero, es amar á Dios sobre todas las cosas; amando de tal manera las cosas del mundo que por ninguna de ellas hagamos un pecado mortal, ni quebrantemos ningun Mandamiento de Dios: que es lo que dijo Cristo nuestro Redentor á aquel mancebo del Evangelio: "Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los Mandamientos (6)." Esto conviene á todos. El segundo grado de caridad es, no contentaros con guardar los mandamientos de Dios, sino añadir los consejos; que es propio de los Religiosos, que no solamente procuran lo bueno, sino lo mejor y mas perfecto, conforme á aquello de San Pablo: "Para que probeis cuál sea la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta (1)." El tercer grado de caridad, dice San Buenaventura, es cuando está uno tan encendido y abrasado en amor de Dios, que le parece que no puede vivir sin él (2); y asi desea verse ya libre y desatado de la cárcel de este cuerpo, para estarse con Cristo; está deseando que se le alce ya este destierro y se rompa y caiga ya esta pared del cuerpo que está delante y nos impide el ver á Dios. A estos tales la vida, dice, les es en paciencia, ó por mejor decir, en fastidio, y la muerte en ardiente deseo.

De nuestro bienaventurado P. San Ignacio leemos (3) en su vida, que era ardentísimo el deseo que tenia de salir de esta cárcel y prision del cuerpo, y que suspiraba su alma tanto por verse con su Dios, que pensando en su muerte no podia detener las lágrimas que de pura alegría sus ojos destilaban. Pero dícese allí que no ardia en este deseo tanto por alcanzar para sí aquel sumo bien, y descansar él con aquella dichosa vista, sino mucho mas por desear ver la gloria felicísima de la Sacratísima Humanidad del Señor, á quien tanto amaba. A la manera que suele acá un amigo gózarse de ver en gloria y honra al que ama de corazon, de esa manera deseaba nuestro Padre (4) verse con Cristo, olvidado de su interés y descanso, por puro amor; deseaba estarse gozando y regocijando de la gloria de Cristo, y dándole el parabien de ella, que es el mas alto y perfecto acto de amor que podemos tener.

De esta manera, no solo no nos será amarga la memoria de la muerte, antes nos dará mucho contento y alegría. Pasad

---

(1) Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo. *Ad Phil.* I, 23.
(2) Gloriamur in tribulationibus. *Ad Rom.* V, 3.
(3) Certus sum enim quia neque mors, neque vita poterit nos separare a charitate Dei. *Ad Rom.* VIII, 38.
(4) Quia amore langueo. *Cant.* II, 5.
(5) D. Bonavent., *processu* 6. *Relig. cap.* 11, 12 et 13.
(6) Si vis ad vitam ingredi, serva mandata. *Matth.* XIX, 17.

(1) Ut probetis quae sit voluntas Dei bona, et beneplacens, et perfecta. *Ad Rom.* XII, 2.
(2) Tanto affectu ad Deum aestuare, quod sine ipso quasi vivere non possis. *Bonav. Ib.*
(3) *Lib.* 5, *cap.* 1 *vitae S. P. N. Ignatii.*
(4) *Ib., cap.* 32.

un poco mas adelante, y considerad que de aquí á pocos dias estareis en el cielo gozando de lo que ni ojo vió, ni oreja oyó, ni puede caer en entendimiento de hombre, y todo se os convertirá en gozo y regocijo. ¿Quién no se alegra de que se acabe el destierro y se dé fin al trabajo? ¿Quién no se alegra de alcanzar y conseguir ya su último fin para que fué criado? ¿Quién no se alegra de entrar en la posesion de su herencia, y tal herencia? Pues por medio de la muerte entramos en la herencia del cielo para ver el deleite del Señor (1). No podemos entrar en la posesion de aquellos bienes eternos, sino es por medio de la muerte (2); y asi dice el Sábio que "el justo espera en su muerte (3)," porque ese es el medio y el escalon para subir al cielo, y así ese es su consuelo en este destierro: "Cantaré y me ocuparé en vida inmaculada cuando vinieres á mí (4)." Asi declara San Agustin (5) este lugar: «Mi atencion y deseo, Señor, es conservarme sin mancilla toda la vida, y con este cuidado andaré siempre cantando, y la letra de mi cancion será: «¿cuándo se alzará, Señor, este destierro? ¿cuándo vendreis por mí? ¿cuándo iré yo, Señor, á Vos? ¿cuándo me veré, Señor, con Vos (6)? ¡Oh, cómo se tarda ya esta hora! ¡Oh, qué contento y alegria será para mí cuando me digan que se llega ya (7)! Ya me imagino, como de pies, allá en compañia de los ángeles y de aquellos bienaventurados, gozando de Vos, Señor, para siempre jamás.»

(1) Ut videam voluptatem Domini. *Psalm.* XXVI, 4.
(2) Cum dederit dilectis suis somnum, ecce hereditas Domini. *Psalm.* CXXVI, 3.
(3) Sperat justus in morte sua. *Prov.* XIV, 32.
(4) Psallam, et intelligam in via inmaculata, quando venies ad me. *Ps.* C, 2.
(5) Aug. *trat.* 9, *sup. Epist. Joannis.*
(6) Quando veniam et apparebo ante faciem Dei? *Ps.* XLI, 3.
(7) Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus, stantes erant pedes nostri in atriis tuis Jerusalem. *Ps.* CXXI, 1.

CAPITULO XXI.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Cuenta Simeon Metafraste, en la vida de San Juan Limosnero, arzobispo de Alejandría, que un hombre rico tenia un hijo que amaba mucho, y para alcanzar de Dios que le conservase la vida y salud, rogó al Santo que hiciese oracion por él, y dióle mucha cantidad de oro que distribuyese en limosna á pobres por esta intencion. Hízolo asi el Santo, y al cabo de treinta dias el hijo murió. Quedó el padre tristísimo, pareciéndole que la oracion y limosna que por él se habia hecho, habia sido en vano; y sabiendo el patriarca su tristeza, hizo oracion por él, pidiendo á Dios que le consolase. Oyó Dios su oracion, y envió una noche un santo ángel del cielo que apareció al hombre, y le dijo que supiese que la oracion que por su hijo se habia hecho Dios la habia oido, y que por ella su hijo estaba vivo y salvo en el cielo, y que le convino morir en el tiempo que murió para salvarse; porque si viviera habia de ser malo y se habia de hacer indigno de la gloria de Dios; y díjole mas, que supiese que ninguna de las cosas que acontecen en esta vida vienen sin justo juicio de Dios, aunque las causas de sus juicios sean á los hombres ocultas, y que por esto el hombre no debe dar lugar á tristeza desordenada, sino recibir con ánimo paciente y agradecido las cosas que Dios ordena. Con este aviso del cielo quedó el padre del difunto consolado y animado á servir á Dios.

En la historia Tebea (1) se cuenta una singular merced que hizo San Mauricio, capitan que fué de la legion Tebea, á una señora muy su devota. Tenia esta un hijito solo, el cual, para que con el tiempo se criase en religiosas costumbres, al fin de

(1) Histor. Thebea, *lib.* 2, *cap.* 10.

su tierna edad lo consagró en el monasterio de S. Mauricio, debajo del cuidado y gobierno de los monges, como se acostumbraba en aquellos tiempos; y lo hicieron sus padres con Mauro y Plácido y otros algunos nobilísimos romanos, en tiempo de San Benito y muchos años despues con Santo Tomás de Aquino, en el monasterio de Monte Casino, su madre Teodora y sus hermanos los condes de Aquino. Crióse en el monasterio este único hijo de esta señora en letras y costumbres y en la disciplina monástica muy bien, y ya en el coro juntamente con los monges habia comenzado á cantar suavísimamente; pero sobrevínole una calentura pequeña de la cual murió. Vino la desconsolada madre á la iglesia, y con infinitas lágrimas acompañó al muerto hasta la sepultura; pero no bastaron las muchas lágrimas á templar el dolor de la madre, ni para que dejase de ir cada dia á la sepultura á llorarle sin tasa; y mucho mas, cuando al tiempo que se decian los oficios divinos se acordaba que estaba privada de oir la voz de su hijo. Perseverando la señora en este triste ejercicio, no solamente de dia en la iglesia, sino tambien de noche en su casa, sin poder reposar, vencida una vez del cansancio se quedó dormida, y en este sueño se le apareció el santo capitan Mauricio, y le dijo: «¿Por qué, mujer, estás continuamente llorando la muerte de tu hijo sin poder poner fin á tantas lágrimas? Respondió ella: «No son poderosos todos los dias de mi vida á dar fin á este mi llanto; y por esto, mientras que viviere, lloraré siempre á mi único hijo, ni cesarán estos ojos mios de derramar lágrimas, hasta que la muerte los cierre y aparte de este cuerpo esta ánima desconsolada.» Replicó el Santo: «Dígote, muger, que no te aflijas ni llores mas el hijo muerto, como si muerto fuese, porque no está muerto, sino vivo, y se está holgando con nosotros en la eterna vida: en señal de la verdad que yo te digo, levántate de mañana á los maitines, y oirás la voz de tu hijo entre las de los monges que cantaren el oficio divino; y no solamente la gozarás mañana, pero todas las veces que te hallares presente á los divinos loores en la iglesia; cesa pues y pon fin á tus lágrimas, teniendo antes ocasion de grande alegría que de tristeza. Despertando la muger, esperaba con deseo la hora de maitines por enterarse de la verdad, quedándole todavia alguna duda de haberlo soñado. Venida la hora, entrando en la iglesia, reconoció la madre en el canto de la Antífona la voz suavísima del bienaventurado hijo, y segura ya de su gloria en el cielo, desechando de sí todo el dolor dió infinitas gracias á Dios, gozando de ella cada dia en los divinos oficios de aquella iglesia, consolándola Dios con esta ocasion y enriqueciéndola con este don.

Cuenta un autor (1), que andando un dia á caza un caballero, salió una fiera, y fué en su seguimiento solo, sin criado, porque los demas andaban ocupados en matar otras fieras. Y como la siguiese con gran codicia, alejóse mucho, y llegó á un bosque donde oyó una voz humana y harto suave: maravillóse de oir en un desierto tal voz, porque le parecia que no podia ser de sus criados ni de persona de aquella tierra. Deseando, pues, saber qué cosa fuese aquella, entró por el bosque adentro, y halló un leproso, espantoso en la vista y muy asqueroso, el cual tenia tales sus carnes que se iban deshaciendo en cada miembro y parte de su cuerpo. El caballero con tal vista quedó perplejo y espantado, empero tomando fuerzas y osadía, se llegó á él y le saludó con palabras muy dulces, y le preguntó si era él el que cantaba y que de dónde le habia venido voz tan dulce. Res-

(1) Flores de Enrique Gran. lib. 3, c. 68.

pondió el leproso: «Yo, señor, era el que cantaba, y tengo esta voz propia mia.» «¿Cómo puedes alegrarte, dijo el caballero, teniendo tantos dolores?» Respondió el pobre: «Entre Dios mi Señor y mí no hay otro medio sino esta pared de lodo, que es este mi cuerpo, y este rompido, y quitado este impedimento, iré á gozar de la vision de su Magestad eterna; y como veo que cada dia se va deshaciendo á pedazos, me gozo y canto con una alegria estraña de mi corazon, aguardando como aguardo el apartamiento de este cuerpo; porque hasta que le deje, no puedo ir á gozar de Dios, fuente viva, donde se hallan los manantiales que duran para siempre.»

San Cipriano cuenta de un obispo que, como estuviese en una grave enfermedad muy al cabo, y fatigado y solícito con la muerte que tenia presente, suplicase á nuestro Señor que le alargase la vida, aparecióle un ángel en figura de un mancebo muy hermoso y resplandeciente, y con voz grave y severa le dijo: «Por una parte temeis el padecer en esta vida, y por otra no quereis salir de ella; ¿qué quereis que os haga (1)?» dándole á entender que no agradaba á Dios aquella repugnancia de salir de esta vida. Y dice San Cipriano que le dijo el ángel estas palabras para que en su agonía las dijese y enseñase á los demas.

Cuenta Simeon Metafraste, y tráelo Surio (2), del santo abad Teodosio, que sabiendo el Santo de cuánto provecho es la memoria de la muerte, queriendo con esto dar ocasion á sus discípulos para su aprovechamiento, hizo que abriesen una sepultura, y abierta púsose con sus discípulos alrededor de ella, y díceles: «ya está abierta la sepultura; pero ¿quién de vosotros ha de ser el primero á quien habemos de celebrar aquí las honras?» Tomó la mano uno de sus discípulos llamado Basilio, que era sacerdote y de gran virtud, y así estaba muy dispuesto y preparado para elegir la muerte con mucha alegría, é híncase de rodillas y dícele: «Bendíceme, Padre, que yo seré el primero á quien se han de hacer aquí los oficios de *Requiem*.» Él lo pidió, y el Santo se lo concedió. Manda el santo abad Teodosio que se le hagan luego en vida todos los oficios que se suelen hacer por los muertos, el primer dia, el tercero, el novenario, y despues otras honras á los cuarenta dias. Cosa maravillosa, al fin de las honras y oficios de los cuarenta dias, estando el monge Basilio sano y bueno, sin calentura ni dolor de cabeza ni otro mal alguno, como á quien le viene un dulce y suave sueño, pasó al Señor á recibir el premio de su virtud, y de la prontitud y alegría con que habia deseado verse ya con Cristo. Y para que se vea cuánto agradó á Dios esta prontitud y alegría con que este santo monge deseó salir de esta vida, á este milagro se siguió otro. Dice Simeon Metafraste que por otros cuarenta dias despues que murió, le vió el abad Teodosio que cada dia venia á vísperas y cantaba en el coro con los demas discípulos, aunque los demas no le veian ni le oian cantar, sino solo uno que era entre los demas muy señalado en virtud, llamado Aecio; este le oia cantar, pero no le veia. Y fuése al abad Teodosio y dícele: «Padre, ¿no oyes cantar con nosotros á nuestro hermano Basilio?" Respondió el abad: «Oígole y véole, y si quieres, yo haré que tú tambien le veas.» Y juntándose otro dia en el coro á los oficios, vió el abad Teodosio al santo monge Basilio cantando en el coro con los demas como solia, y muéstrasele con el dedo á Aecio, haciendo juntamente oracion pidiendo á Dios que abriese los ojos de aquel monge para que

(1) Pati timetis, exire non vultis, quid faciam vobis? *D. Cypr., lib. de Mortalit.*
(2) Surius, t. 1, fol. 237.

él tambien le viese. Y como le vió y conoció, váse luego á él corriendo con grande alegría para abrazarlo; pero no le pudo coger, antes desapareció luego diciendo en voz que todos le oyeron: «Quedaos con Dios, padres y hermanos mios; quedaos á Dios, que de aquí adelante no me vereis.»

En la Crónica de la Orden de San Agustin (1) se cuenta de San Columbano, el mozo, sobrino y discípulo del santo abad Columbano, que como tuviese grandes calenturas y llegase á la muerte, y él lleno de grande esperanza desease morir, aparecióle un mancebo resplandeciente, y díjole: «Sábete que las oraciones y lágrimas que tu abad derrama por tu salud, impiden que no salgas de esta vida.» Entonces querellóse el santo amorosamente á su abad, y llorando le dijo: «¿Por qué me fuerzas á vivir tan triste vida como esta, y me impides ir á la eterna?» Con esto el abad cesó de llorar y orar por él; y asi, juntándose los religiosos y recibiendo los Santos Sacramentos, y abrazándole todos, murió en el Señor.

San Ambrosio (2) refiere de los de Tracia, que cuando nacian los hombres, lloraban; y cuando se morian, hacian gran fiesta. Lloraban los nacimientos y celebraban y festejaban el dia de la muerte: pareciéndoles, y con mucha razon, dice San Ambrosio, que los que venian á este mundo miserable, lleno de tantos trabajos, eran dignos de ser llorados, y que cuando salian de este destierro, era razon hacer fiestas y alegrias porque se libraban de tantas miserias. Pues si aquellos, siendo gentiles y paganos, y no teniendo conocimiento de la gloria que esperamos, hacian esto; ¿qué será razon que sintamos y hagamos los que, ilustrados con la luz de la fé, sabemos los bienes que van á gozar los que mueren en el Señor? Y asi con mucha mayor razon dijo el Sábio que "es mejor el dia de la muerte que el dia del nacimiento (1)."

San Gerónimo dice que por esto Cristo nuestro Redentor, queriéndose partir de este mundo para su Padre, dijo á sus discípulos que se entristecian: «No sabeis lo que haceis; si me amásedes, antes os habíades de holgar, porque voy á mi Padre (2).» Y por el contrario, cuando determinó Cristo de resucitar á Lázaro, lloró (3). No lloró, dice San Gerónimo (4), porque era muerto, pues luego le habia de resucitar, sino lloró porque habia de tornar á esta miserable vida; lloraba porque aquel á quien habia amado y amaba tanto, habia de tornar á los trabajos de este destierro.

(1) Cron. Ord. D. Agust., *Centur.* 3.
(2) Ambros. *de fide Resurrectionis.*

CAPITULO XXII.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envia.

No solamente habemos de tener conformidad con la voluntad de Dios en los trabajos y sucesos propios y particulares nuestros, sino tambien en los trabajos y calamidades generales de hambres, guerras, enfermedades, muertes y pestilencias y otras semejantes que el Señor envia á su Iglesia. Para esto es menester suponer que, aunque por una parte sintamos estas calamidades y castigos, y nos pese del mal y trabajo de nuestros prójimos, como es razon; pero por otra parte, considerándolos en cuanto son voluntad de Dios y ordenados por sus justos juicios para sacar de ellos los bienes y provechos que él se sabe de su mayor gloria, nos podemos con-

(1) Melior est dies mortis die nativitatis. *Eccl.* VII, 2.
(2) Si diligeretis me, gauderetis utique quia vado ad Patrem. *Joann.* XIV, 28.
(3) Joann. XXXV.
(4) Hyeron. *Epist. ad Tirasium.*

formar en ellos con su santísima y divina voluntad; á la manera que vemos acá en un juez que sentencia á uno á muerte, que aunque por una parte lo sienta y le pese de que aquel hombre muera por la natural compasion ó por ser su amigo; pero por otra parte dá la sentencia y quiere que muera, porque conviene aquello para el bien comun de la república. Y aunque es verdad que no nos quiso Dios obligar á que nos conformásemos con su voluntad en todas estas cosas, queriéndolas y amándolas positivamente, sino que se contentó con que las sufriésemos con paciencia, no contradiciendo, ni repugnando á la justicia divina, ni murmurando de ella; pero dicen los teólogos y Santos (1), que será obra de mayor perfeccion y merecimiento y mas perfecta y entera resignacion, si el hombre, no solamente lleva y sufre con paciencia estas cosas, sino las ama y las quiere en cuanto son voluntad y beneplácito de Dios y órden de la divina justicia y que sirven para mayor gloria suya, como hacen los bienaventurados en el cielo, los cuales en todas las cosas se conforman con la voluntad de Dios, como dice Santo Tomás (2), y lo declara San Anselmo (3) con esta comparacion: dice que en la gloria nuestra voluntad y la de Dios serán tan concordes como lo son acá los dos ojos de un mismo cuerpo, que no puede el uno mirar á una cosa sin que el otro tambien la mire; y por esto, aunque la cosa se vea con dos ojos, siempre parece una misma. Pues asi como los Santos allá en el cielo se conforman con la voluntad de Dios en todas las cosas, porque en todas ellas ven el órden de su justicia y el fin de su mayor gloria á que van enderezadas, asi será grande perfeccion que nosotros imitemos á los bienaventurados queriendo que se haga la voluntad de Dios acá en la tierra asi como se hace en el cielo. Querer lo que Dios quiere, por la misma razon y fin que Dios lo quiere, nunca puede dejar de ser muy bueno.

De San Agustin refiere Posidonio en su vida, que estando la ciudad de Bona, donde residia, cercada de los vándalos, y viendo tanta ruina y mortandad, se consolaba con aquella sentencia de un sábio: «No será grande el que pensare que es gran cosa que las piedras y los edificios caigan y que mueran los mortales (1).» Con mas razon nos debemos nosotros consolar, considerando que todas estas cosas vienen de la mano de Dios y que es su voluntad, y que aunque la causa por que él envia estos trabajos y calamidades sea oculta, pero no puede ser que sea injusta. Los juicios de Dios son muy profundos, son un abismo sin suelo, como dice el Profeta (2), y no los habemos nosotros de querer escudriñar ni investigar con nuestro bajo y corto entendimiento, que seria esa gran temeridad, porque ¿quién os hizo á vos de su consejo para que os querais entremeter en eso (3)? sino habémoslos de reverenciar con humildad, y creer que de saber infinito no viene ni puede venir sino cosa muy acertada; y tan acertada, que el fin de ella sea nuestro mayor bien y provecho. Siempre habemos de ir creyendo de aquella bondad y misericordia infinita de Dios, que no enviaria ni permitiria semejantes males y trabajos si no fuese para sacar de ellos otros mayores bienes. Quiere Dios llevar por este camino al cielo á muchos, que de otra manera se perdieran. ¡Cuántos hay que

(1) D. Bonav. *I. sententiarum, distinct.* 48, *q.* 2 et alii.
(2) S. Thom. 2-2, *q.* 19, *art.* 10 *ad* 1.
(3) Anselm. *lib. similitudinum*, c. 69.

(1) Non erit magnus magnus putans quod cadunt ligna, et moriuntur mortales.
(2) Judicia tua abyssus multa. *Ps.* XXXV, 7.
(3) Quis enim cognovit sensum Domini? aut quis consiliarius ejus fuit? *Ad Rom.* XI, 34; *et Isai.* XL, 13.

con estos trabajos se vuelven de todo corazon á Dios, y mueren con verdadero arrepentimiento de sus pecados y se salvan, y de otra manera se condenaran! Y asi lo que parece castigo y azote, es misericordia y beneficio grande.

En el libro segundo de los Macabeos, despues de haber contado aquella horrible y cruelísima persecucion del impiísimo rey Antíoco, y la sangre que derramó sin perdonar á niño ni á viejo, ni á casada ni á doncella, y cómo despojó y profanó el templo, y las abominaciones que en él se cometian por su mandado, añade el autor y dice: "Yo ruego á todos los que leyeren este libro, que no desmayen por estos acaecimientos adversos, sino que entiendan que Dios ha permitido y enviado todos estos trabajos, no para destruccion, sino para enmienda y correccion de nuestra gente (1)."

Dice muy bien San Gregorio (2) á este propósito, que la sanguijuela chupa la sangre del enfermo, y lo que pretende es hartarse de ella y bebérsela toda si pudiese; mas el médico pretende con ella sacar la mala sangre y dar salud al enfermo: pues eso es lo que pretende Dios por medio del trabajo y de la tribulacion que nos envia. Y asi como el enfermo seria imprudente si no se dejase sacar la mala sangre, mirando mas á lo que pretende la sanguijuela que á la intencion del médico, asi nosotros, en cualquier trabajo que nos venga, ahora sea por medio de los hombres, ahora sea por medio de otra cualquier criatura, no habemos de mirar á ellas, sino al sapientísimo médico Dios; porque todas ellas le sirven á él de sanguijuelas y de medios para evacuar la mala sangre y darnos entera salud. Y asi habemos de entender y creer que todo nos lo envia él para mayor gloria y provecho nuestro; y aunque no hubiese en ello mas de querernos el Señor castigar en esta vida como á hijos, y no guardarnos el castigo para la otra, será esa gran merced y beneficio.

De Santa Catalina de Sena se cuenta (1) que estando ella muy afligida por un falso testimonio que la habian levantado, que tocaba en su honestidad, le apareció Cristo nuestro Redentor, el cual tenia en su mano derecha una corona de oro adornada con muchas margaritas y piedras preciosas, y en la siniestra otra corona de espinas, y díjole: «Amada hija mia, sepas que es necesario ser coronada de estas dos coronas en diversas veces y tiempos; por tanto, tú escoje cuál quieres mas, ó que en esta vida en que ahora vives seas coronada con esta corona de espinas y estotra preciosa te sea guardada para la vida que siempre ha de durar, ó que ahora te sea dada esta preciosa corona en esta vida, y para despues de tu muerte te sea reservada esta de espinas.» Respondió la santa virgen: «Señor, ya yo negué mi voluntad mucho tiempo há por seguir la tuya; por tanto, no pertenece á mí escojer; pero si tú, Señor, quieres que responda, digo, que yo siempre en esta vida escojo ser conforme á tu Santísima Pasion y por tu amor quiero abrazar siempre penas para refrigerio mio.» Y dicho esto, tomó la corona de espinas con sus propias manos de la mano del Salvador, y púsola con toda su fuerza sobre su misma cabeza, con tanta violencia, que las espinas se la horadaron toda alrededor, en tal manera, que de alli adelante sentia muchos dias actual dolor en la cabeza, de la entrada de las espinas en ella.

---

(1). Obsecro autem eos qui hunc librum lecturi sunt, ne abhorrescant propter adversos casus, sed reputent ea quae acciderunt, non ad interitum, sed ad correptionem esse generis nostri. *II. Mach.* XII.

(2) Greg. *lib.* 2 *Mor.* c. 32.

(1) In vita S. Cather. Sen., *p.* 2. *c.* 4.

CAPITULO XXIII.

De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envia, asi particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecados.

Doctrina es comun de los Santos, que suele Dios nuestro Señor enviarnos estos trabajos y castigos generales comunmente por pecados cometidos, como consta de la Sagrada Escritura, que está llena de esto: "Enviástenos, dice en una parte, todas estas cosas por nuestros pecados: pecamos, ciertamente, mal hicimos; no guardamos vuestros mandamientos; luego todo lo que nos enviaste y todo lo que has hecho, Señor, con nosotros, justa y santamente lo hiciste (1)." Y asi vemos que castigaba Dios á su pueblo y le entregaba en manos de sus enemigos cuando le ofendia, y le libraba cuando arrepentido de sus pecados hacia penitencia y se volvia á él. Y por esto Aquior, capitan de los hijos de Amon, habiendo declarado á Olofernes cómo Dios tenia proteccion del pueblo de Israel, y que le castigaba cuando se apartaba de su obediencia, le dijo (2), que antes de acometerle procurase saber si á la sazon habia ofendido á Dios, porque si esto era, podia tener por cierta la victoria; y si no, que dejase aquella empresa porque no le iria bien, ni sacaria mas de ella que vituperio y confusion; porque Dios pelearia por su pueblo, contra el cual ninguno podria prevalecer. Y notan esto particularmente los Santos sobre aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio á aquel enfermo de treinta y ocho años, que estaba junto á la Probática Piscina, despues que le sanó: "Ya has sido sanado; ahora guárdate de pecar de aqui adelante, porque no te acontezca otra cosa peor (1)." Pues conforme á esto, uno de los medios que nos ayudará mucho en las calamidades y trabajos, asi generales como particulares, para conformarnos con la voluntad de Dios y llevarlos con mucha paciencia, será entrar luego dentro de nosotros, y considerar nuestros pecados y cuán merecido tenemos aquel castigo, porque de esa manera cualquiera cosa adversa que se ofrezca la llevaremos bien y la juzgaremos por menor de lo que habia de ser conforme á nuestras culpas.

San Bernardo y San Gregorio tratan muy bien este punto. Dice San Bernardo: «Si la culpa se siente interiormente, como se ha de sentir, poco ó nada sentirá uno la pena esterior, como el santo rey David no sentia las maldiciones que le echaba Semeí, viendo la guerra que le hacia su propio hijo (2).» "Estáme persiguiendo mi propio hijo, decia David (3), ¿qué mucho que un estraño haga eso?" San Gregorio, sobre aquello de Job: "Y entenderias que mucho menos te pide que lo que merece tu pecado (4)," declara esto con una buena comparacion. Asi como cuando el enfermo siente la apostema enconada, ó la carne podrida, se pone de buena gana en las manos del cirujano para que abra y corte por donde le pareciere; y cuanto mas enconada y podrida está la llaga, tanto de mejor gana sufre el hierro y el boton de fuego: asi cuando uno siente de veras la llaga y enfermedad que el pecado ha causado en su alma, de buena gana recibe el cauterio del trabajo y de la

(1) Induxisti omnia haec propter peccata nostra, peccavimus enim, et inique egimus, et praecepta tua non audivimus..... omnia ergo, quae induxisti super nos, et universa, quae fecisti nobis, in vero judicio fecisti. *Dan* III, 28, *et sequentibus.*

(2) Judith, V, 5.

(1) Ecce sanus factus es, jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat. *Joann.* V, 14.

(2) Culpa vero ipsa si intus sentitur perfecte, utique exterior poena parum aut nihil sentitur. Sicut sanctus David, non sentit injuriam servi convicianti, memor filii persequentis. *Bern. serm. de altit. et bassit. cordis.*

(3) Ecce filius meus, qui egressus est de utero meo, quaerit animam meam, quanto magis nunc filius Jemini? *II. Reg.* XVI, 12.

(4) Et intelligeres quod multo minora exigaris ab eo, quam meretur iniquitas tua. *Job.* XI, 6.

mortificacion y humillacion con que Dios quiere curar esa llaga y sacar la materia y lo podrido de ella. «Témplase, dice (1), el dolor del azote, cuando se conoce la culpa.» Y si vos no tomais de buena gana la mortificacion y trabajo que se os ofrece, es porque no conoceis la enfermedad de vuestras culpas: no sentís lo podrido que teneis, y asi no podeis sufrir el cauterio y la navaja.

Los varones Santos y los verdaderos siervos de Dios no solo recibian esto de buena gana, sino lo deseaban y pedian muy de veras á Dios. Y asi decia el Santo Job: "¡Quién me dará que se me conceda lo que pido: y que el que empezó, me acabe, suelte su mano, y me corte; y que tenga yo este consuelo, que afligiéndome, no perdone, por el dolor que siento (2)!" Y el Profeta David: "Pruébame, Señor, y haz esperiencia de mí; porque yo preparado estoy para el azote: cosa muy buena es á mí, el que me hayas humillado (3)." De tal manera desean los siervos de Dios que su Magestad los castigue y humille aqui en esta vida, dice San Gregorio (4), que antes se desconsuelan, cuando por una parte consideran sus culpas, y por otra ven que no los ha Dios castigado por ellas: porque sospechan y temen no sea que les quiera diferir el castigo para la otra vida donde será con rigor. Y eso es lo que añade Job: "Tengo este consuelo, que afligiéndome, no perdone, por el dolor (5)." Como si dijera: «porque á algunos perdona Dios en esta vida para castigarlos despues para siempre en la otra, no me perdone á mí de esta manera en esta vida para que despues para siempre me perdone: castigueme aqui Dios como Padre piadoso para que no me castigue despues para siempre como Juez rigoroso; que no murmuraré, ni me quejaré de sus azotes (1), antes ese será mi consuelo.» Esto es tambien lo que decia San Agustin: «Señor, quemad y cortad aqui, y no me perdoneis nada en esta vida, para que me perdoneis para siempre (2).»

Es ignorancia y ceguedad nuestra el sentir tanto los trabajos corporales y tan poco los espirituales. No son de sentir tanto los trabajos, cuanto los pecados. Si conociésemos y ponderásemos bien la gravedad de nuestras culpas, todo castigo nos pareceria pequeño, y diríamos aquello de Job, que habiamos de traer siempre en el corazon y decirlo muchas veces con la boca: "Pequé, Señor, y verdaderamente he delinquido y ofendido á vuestra Divina Magestad, y no me habeis castigado como yo merecia (3);" que todo es nada cuanto podemos padecer en esta vida, en comparacion de lo que merece un solo pecado (4). Quien considerare que ha ofendido á Dios, y que merecia estar en los infiernos para siempre jamás: ¿qué deshonras, qué injurias, qué desprecios no recibirá de buena voluntad en recompensa y satisfaccion de las ofensas que ha cometido contra la Magestad de Dios? Decia David, cuando le maldecia y deshonraba Semeí: "Dejadle, maldígame, deshónreme, lléneme de injurias y de oprobios, que por ventura se contentará el Señor y se dará por pagado y satisfecho con esto de mis pecados, y habrá misericordia de mí y

(1) Dolor quippe flagelli temperatur, cum culpa cognoscitur. *Greg. lib.* 10 *Mor. cap.* 8.
(2) Quis det, ut veniat petitio mea, et qui coepit, ipse me conterat; solvat manum suam, et succidat me, et haec mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat? *Job.* VI, 8.
(3) Proba me Domine, et tenta me. Quoniam ego in flagella paratus sum. Bonum mihi quia humiliasti me. *Ps.* XXV, 2.—*Ps.* XXXVII, 18.—*Ps.* CXVIII, 71.
(4) Greg., *lib.* 7. *Mor. cap.* 7 *et* 8.
(5) Et haec mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat. *Job. loc. cit.*

(1) Nec contradicam sermonibus Sancti. *Job.* VI, 10.
(2) Hic ure, hic seca, hic nihil mihi parcas, ut in aeternum parcas. *Aug.*
(3) Peccavi, et vere deliqui, et ut eram dignus non recepi. *Job.* XXXIII, 27.
(4) Intelligeres quod multo minora exigaris ab eo quam meretur iniquitas tua. *Job.* XI, 6.

será gran dicha mia (1)." De esta manera habemos de abrazar nosotros las deshonras y trabajos que se nos ofrecieren. Vengan en buen hora, que por ventura será servido el Señor de recibir eso en descuento y satisfaccion de nuestros pecados, y seria esa gran dicha nuestra. Si lo que gastamos en quejarnos y sentir los trabajos, lo gastásemos en volvernos de esta manera contra nosotros, agradariamos mas á Dios y nos remediariamos mejor.

Ayudábanse los Santos tanto de este medio en semejantes ocasiones, y tenian tanto ejercicio de esto, que leemos de algunos de ellos, como de Santa Catalina de Sena y otros, que los trabajos y azotes que enviaba Dios á la Iglesia, los atribuian á sus pecados y defectos, y decian: «yo soy causa de estas guerras: mis pecados son causa de esta peste y de estos trabajos que Dios envia;» pareciéndoles que sus pecados merecian eso y mas. Y añádese en confirmacion de esto, que muchas veces por el pecado de uno castiga Dios á todo el pueblo, como por el pecado de David envió Dios pestilencia en todo el pueblo de Israel, y dice la Escritura (2) que murieron setenta mil hombres en tres dias. Pero direis: «era rey, y por los pecados de la cabeza castiga Dios el pueblo.» Por el pecado de Acan (3), un hombre particular, que habia hurtado en Jericó ciertas cosillas, castigó Dios á todo el pueblo, en que tres mil soldados de los mas valerosos del campo volvieron las espaldas al enemigo, siendo por él forzados á huir. No solo por el pecado de la cabeza, sino tambien por el pecado de un particular suele Dios castigar á otros. Y de esta manera declaran los Santos aquello que la Escritura Sagrada tantas veces repite, que castiga Dios los pecados de los padres en los hijos, hasta tercera y cuarta generacion. La culpa del padre, esa, dice (4), que no se traspasará en el hijo, ni la del hijo en el padre; pero cuanto á la pena, suele Dios castigar á unos por los pecados de otros; y asi, por ventura, por mis pecados y por los vuestros castigará Dios á toda la casa y á toda la Religion.

Pues traigamos delante de los ojos, por una parte esta consideracion, y por otra el beneplácito de Dios, y asi fácilmente nos conformaremos con su voluntad en los trabajos que nos enviare, y diremos con el sacerdote Helí (2) y con aquellos santos Macabeos (3): «Él es Señor, dueño y gobernador de todo; como á él pluguiere y como él lo ordenare, asi se haga.» Y con el Profeta David: «No me quejé, Señor, de los trabajos que me habeis enviado; antes, como si fuera mudo, he callado y llevádolos con mucha paciencia y conformidad, porque sé, Señor, que vos los enviais (4).» Este ha de ser siempre nuestro consuelo en todas las cosas: Dios lo quiere, Dios lo hace, Dios lo manda, Dios es el que lo envia, venga en hora buena. No es menester otra razon para llevar todas las cosas muy bien.

Sobre aquellas palabras del Salmo XXVIII, "amado del mismo modo que el hijo del unicornio (5)," notan los Santos que se compara Dios al unicornio; porque el unicornio tiene el cuerno debajo de los ojos, que vé

(1) Si forte respiciat Dominus afflictionem meam, et reddat mihi Dominus bonum pro maledictione hac hodierna. *II. Reg.* XVI, 12.
(2) II. Reg. XXIV. 15.
(3) Josue VII, 4; V et 11.

(1) Anima, quae peccaverit, ipsa morietur; filius non portabit iniquitatem patris, et pater non portabit iniquitatem filii. *Exod.* XX, 5, *et* XXXIV, 7.—*Numer.* XIV, 18.—*Ezech.* XVIII, 20.
(2) Dominus est, quod bonum est in oculis suis faciat. *I. Reg.* 18.
(3) Sicut fuerit voluntas in coelo sic fiat. *I. Mach.* III, 60.
(4) Obmutui, et non aperui os meum, quoniam tu fecisti. *Ps* XXXVIII, 10.
(5) Et dilectus quemadmodum filius unicornium. *Ps.* XXVIII, 6.

muy bien donde hiere, no como el toro que los tiene encima y no vé donde dá; y mas: el unicornio, con el cuerno que hiere, sana; asi Dios, con lo que hiere sana.

Agrádale tanto á Dios esta conformidad y humilde sumision al castigo, que algunas veces es medio para que se aplaque el Señor y deje de castigarnos. En las Historias Eclesiásticas se cuenta de Atila, rey de los hunos, que arruinó tantas provincias y se llamó: *Espanto del mundo y azote de Dios* (1), que acercándose á la ciudad de Troya de Champaña, en Francia, le salió á recibir San Lupo, obispo de ella, vestido de pontifical con todo su clero y le dijo: «¿Quién eres tú que turbas la tierra y la destruyes?» Respondió él: «Yo soy el azote de Dios.» Entonces el santo obispo le mandó abrir las puertas, diciendo: «Sea muy bien venido el azote de Dios;» y entrando los soldados en la ciudad, los cegó el Señor de manera que pasaron por ella sin hacer daño alguno; porque aunque Atila era azote, no quiso Dios que lo fuese para los que lo recibian como azote suyo con tanta sumision.

CAPITULO XXIV.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en la sequedad y desconsuelos de la oracion, y qué entendemos aqui por el nombre de sequedad y desconsuelos.

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en las cosas esteriores, naturales y humanas, sino tambien en lo que á muchos les parece que es santidad desear mas y mas, que es en los bienes espirituales y sobrenaturales, como en las consolaciones divinas, en las mismas virtudes, en el mismo don de oracion, en la paz y sosiego y quietud interior de nuestra alma, y en las demas ventajas espirituales. Pero preguntará alguno: ¿puede haber en esas cosas propia voluntad y amor desordenado de sí mismo para que sea menester moderarle aun en estas cosas? Digo que sí, y ahí se verá cuánta es la malicia del amor propio; pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad. Buenas son las consolaciones y gustos espirituales, porque con ellos fácilmente desecha el alma y aborrece todos los placeres y gustos de las cosas de la tierra; que es el cebo y nutrimento de los vicios, y se anima y alienta para caminar con ligereza en el servicio de Dios, conforme á aquello del Profeta: "Corria yo é iba muy ligero por el camino de vuestros mandamientos, cuando Vos, Señor, dilatábades mi corazon (1)." Con la alegría y consolacion espiritual se dilata y ensancha el corazon, asi como con la tristeza se aprieta y estrecha: pues dice el Profeta David que, cuando Dios le enviaba consuelos, le eran unas como alas que le hacian correr y volar por el camino de la virtud y de los mandamientos de Dios. Ayudan tambien mucho las consolaciones espirituales para quebrantar uno su voluntad y vencer sus apetitos, y mortificar su carne, y llevar con mayores fuerzas la cruz y los trabajos que se ofrecen. Y asi suele Dios enviar consuelos y regalos á quien ha de enviar trabajos y tribulaciones, para que con ellos se aperciba y disponga para llevarlos bien y con provecho; como vemos que Cristo nuestro Redentor quiso consolar á sus discipulos en el monte Tabor con su gloriosa transfiguracion para que despues no se turbasen viéndole padecer y morir en una cruz; y asi vemos tambien que á los que comienzan suele Dios dar muy ordinariamente estos consuelos espirituales, para hacerles con eficacia dejar los gustos de la tierra por

(1) Metus orbis, et flagellum Dei. *Nauclerus*, 2 *volumine*.

(1) Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum. *Ps.* CXVIII, 32.

los del cielo; y despues que los tiene presos con su amor, y vé que han echado firmes raices de virtudes, suele ejercitarlos con sequedades para que ganen mas virtud de humildad y paciencia, y merezcan mas aumento de gracia y de gloria, sirviendo á Dios puramente sin consuelos. Esta es la causa porque algunos al principio cuando entraron en la Religion, y aun por ventura allá fuera, cuando andaban con esos deseos, sentian mas consuelos y gustos espirituales que despues: era que los trataba Dios entonces conforme á su edad, dándoles leche de niños para arrancarlos y destetarlos del mundo, y hacer que le aborreciesen y les diesen en rostro sus cosas; pero despues pueden comer pan con corteza, y asi dáles Dios manjar de grandes. Para estos y otros semejantes fines suele el Señor dar los consuelos y gustos espirituales; y asi nos aconsejan comunmente los Santos que en el tiempo de la consolacion nos apercibamos para el de la tentacion, como en tiempo de paz se preparan y aperciben para la guerra, porque suelen las consolaciones ser víspera de las tentaciones y tribulaciones.

De manera, que los gustos espirituales son muy buenos y de mucho provecho, si sabemos usar bien de ellos; y asi, cuando el Señor los diere, se han de recibir con hacimiento de gracias; pero si uno parase en estas consolaciones, y las desease para solo su contentamiento, por el gusto y deleite que el alma siente en ellas, eso ya seria vicio y amor propio desordenado. Asi como en las cosas necesarias para la vida, como el comer, beber, dormir y las demas, si el hombre tuviese por fin de estas acciones el deleite, seria culpa: asi si en la oracion tuviese uno por fin esos gustos y consolaciones, seria vicio de gula espiritual. No se han de desear, ni tomar estas cosas por nuestro gusto y contentamiento, sino como medio que nos ayuda para los fines que habemos dicho. Asi como el enfermo que aborrece el manjar de que tiene necesidad, se huelga de hallar algun sabor en él, no por el sabor, sino porque le despierta el apetito para poder comer y conservar la vida, asi el siervo de Dios no ha de querer el consuelo espiritual para parar en él, sino porque con este refresco del cielo se anima y alienta su ánima á trabajar en el camino de la virtud y á tener firmeza en él. De esta manera no se desean deleites por deleites, sino por la mayor gloria de Dios y en cuanto redundan en mayor honra y gloria suya.

Pero digo mas, que aunque desee uno estas consolaciones espirituales de esta manera y para los fines dichos, que son santos y buenos, puede con todo eso haber esceso en los tales deseos y mezcla de amor propio desordenado; como si las desea desenfrenadamente y con demasiada congoja y codicia, de tal manera que, si le faltan, no queda tan contento, ni tan conforme con la voluntad de Dios, sino antes queda inquieto, querelloso y con pena. Esa es aficion y codicia espiritual desordenada, porque no ha de estar uno asido con tanto ahinco y desórden á los gustos y consolaciones espirituales, que le impida eso la paz y sosiego de su alma y la conformidad con la voluntad de Dios, si él no fuere servido de dárselas; porque mejor es la voluntad de Dios que todo eso, y mas importa que se conforme y contente con lo que Dios quiere.

Lo que digo de los gustos y consolaciones espirituales, entiendo tambien del don de oracion y entrada que deseamos tener en ella, y de la paz y sosiego y quietud interior de nuestra alma, y de las demas ventajas espirituales; porque en el deseo de todas estas cosas puede tambien haber aficion y codicia desordenada, cuando se de-

sean con tanto ahinco y congoja, que si no alcanza uno lo que desea, anda querelloso y descontento, y no conforme con la voluntad de Dios. Y asi, por gustos y consolaciones espirituales ahora entenderemos, no solo la devocion y los gustos y consuelos sensibles, sino tambien la misma sustancia y don de oracion y el entrar y estar en ella con aquella quietud y sosiego que querríamos; antes, de esto trataremos ahora principalmente, mostrando cómo nos habemos de conformar en esto con la voluntad de Dios y no andar con demasiada codicia y congoja en ello; porque esotro de los gustos y consolaciones y devociones sensibles fácilmente lo renunciaria cualquiera, si le diesen lo sustancial de la oracion y sintiese en sí el fruto de ella, porque todos entienden que no está la oracion en esos gustos, ni en esas devociones y ternuras, y así para esto poca virtud es menester. Pero esto de ir uno á la oracion, y estar allí hecho una piedra con una sequedad tan grande que no parece hay entrada para ella, sino que se le ha cerrado y escondido Dios, y que há venido ya sobre él aquella maldicion con que amenaza Dios á su pueblo: "Daré á vosotros el cielo arriba como hierro, y la tierra como de bronce (1);" para esto es menester mas virtud y mas fortaleza. Paréceles á estos que el cielo se les ha hecho de hierro y la tierra de metal; porque no llueve sobre ellos gota de agua que les ablande el corazon y les dé fruto con que se mantengan, sino una esterilidad y sequedad contínua. Y aun no solo tienen sequedad, sino algunas veces una tan grande distraccion y variedad de pensamientos, y algunas veces tan malos y tan feos, que no parece que van allí sino á ser tentados y molestados con todo género de tentaciones. Pues decidles que piensen entonces en la muerte ó en Cristo crucificado, que suele ser muy buen remedio. Dirán: «eso ya yo me lo sé; si yo pudiese eso, ¿qué me faltaba?» Algunas veces está uno tal en la oracion que aun no puede pensar en eso, ó aunque piense en ello y lo procure traer á la memoria no le mueve, ni le recoge esto nada, ni hace impresion ninguna en él. Esto es lo que aquí llamamos desconsuelos, sequedades y desamparo espiritual; y en esto es menester que nos conformemos tambien con la voluntad de Dios.

Este es un punto de mucha importancia, porque es una de las mas comunes quejas y de los mayores contrastes que tienen los que tratan de oracion, porque todos gimen y lloran cuando se hallan de esta manera. Como oyen por una parte decir tantos bienes y alabanzas de la oracion, y que al paso que ella anda, anda uno todo el dia y toda la vida, y oyen decir que este es uno de los principales medios que tenemos asi para el aprovechamiento propio como para el de los prójimos, y por otra parte se ven á su parecer tan lejos de la oracion, dáles esto mucha pena y paréceles que les ha desamparado Dios y se ha olvidado de ellos; viéneles temor si han perdido ya su amistad y están en desgracia suya, pues les parece que no hallan acogida en él; y acreciéntaseles á estos la tentacion, viendo que otras personas en pocos dias crecen tanto en oracion casi sin trabajo, y ellos trabajando y rebentando no alcanzan nada; de lo cual les nacen otras tentaciones peores, como es quejarse algunas veces de nuestro Señor, porque los trata de aquella manera, y querer dejar el ejercicio de la oracion, pareciéndoles que no es para ellos, pues tan mal les va en él; y auméntales todo esto, y dales mucha pena, cuando el demonio les trae á la memoria que ellos son la causa de todo aquello y que por su culpa los trata

(1) Daboque vobis coelum desuper sicut ferrum, et terram aeneam. *Lev.* XXVI, 19; *et Deuter.* XXVIII, 23.

Dios asi. Con esto viven algunos muy desconsolados, y salen de la oracion como de un tormento, tristes y melancólicos é insufribles para sí y para los que los tratan; y asi iremos respondiendo y satisfaciendo á esta tentacion y queja con la gracia del Señor.

CAPÍTULO XXV.

En que se satisface á la queja de los que sienten sequedades y desconsuelos en la oracion.

Cuanto á lo primero no digo yo que no se huelgue uno cuando Dios le visita; que claro está que no se puede dejar de sentir gozo con la presencia del amado. Ni digo que no sienta su ausencia cuando le castiga con sequedades y tentaciones, que bien veo que no se puede dejar de sentir eso. Cristo nuestro Redentor sintió el desamparo de su Padre Eterno, cuando estando en la cruz dijo: "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? (1)." Pero lo que se desea es que nos sepamos aprovechar de este trabajo y de esta prueba con que suele el Señor probar muchas veces á sus escogidos, y que acudamos con fortaleza de espíritu conformándonos con la voluntad de Dios, diciendo: "No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que vos quereis (2);" especialmente que la santidad y perfeccion no está en las consolaciones ni en tener alta y levantada oracion, ni se mide por ahí nuestro aprovechamiento y perfeccion, sino por el amor verdadero de Dios, el cual no consiste en esas cosas, sino en una union y conformidad entera con la voluntad de Dios, asi en lo amargo como en lo dulce, y asi en lo adverso como en lo próspero. Y asi, igualmente habemos de tomar de la mano de Dios la cruz y el desamparo espiritual como el regalo y consuelo, dándole gracias asi por lo uno como por lo otro. «Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas tú; y si quieres que esté en luz, bendito seas tú; si me quieres consolar, bendito seas tú; y si me quieres atribular, bendito seas tú (1).» Asi nos lo aconseja el Apóstol San Pablo: "En todas las cosas que os vinieren dad gracias á Dios, porque esa es su voluntad (2)." Pues si esa es la voluntad de Dios, ¿qué mas tenemos que desear? «¡Oh! que la vida no es mas que para contentar á Dios: pues si él encamina mi vida por esta vereda oscura y escabrosa, no tengo que suspirar por otra ninguna clara y suave. Dios quiere que aquel vaya por camino que vea y guste, y yo por este desierto y sin consuelo; no trocaria mi esterilidad por su fecundidad.» Esto dicen los que han abierto los ojos á la verdad, y con esto se consuelan. Dice muy bien el P. maestro Avila: «¡Oh, si el Señor nos abriese los ojos, cómo veriamos mas claro que la luz del sol que todas las cosas de la tierra y del cielo son muy baja cosa para desear, ni gozar, si de ellas se aparta la voluntad del Señor; y que no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que si á ella se junta su voluntad, no sea de mucho valor. Mas vale, sin comparacion, estar en trabajos y desconsuelos, y en sequedades y tentaciones, si él lo quiere asi, que cuantos gustos y consuelos y contemplaciones puede haber, si de ellos se aparta su voluntad (3).»

Pero dirá alguno: «si yo entendiese que era esa la voluntad del Señor y que él se agradaba y contentaba mas de eso, fácil-

(1) Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? *Matth.* XXVII, 46.
(2) Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu. *Matth.* XXVI, 39.

(1) Thomas de Kempis.
(2) In omnibus gratias agite, haec est enim voluntas Dei in Christo Jesu in omnibus vobis. *I. ad Thes.* V, 18.
(3) P. M. Ávila, *Audi filia*, c. 26.

mente me conformaria y estaria muy contento, aunque pasase toda la vida de esa manera, porque bien veo que no hay mas que desear sino agradar y contentar á Dios, ni la vida es para otra cosa: empero paréceme á mí que Dios bien querria que yo tuviese mejor oracion y mas recogimiento y atencion, si yo me dispusiese para ello; y lo que á mí me dá pena es creer que por mi culpa y tibieza, y por no hacer lo que es de mi parte, estoy allí distraido y seco sin poder entrar en oracion; que si yo entendiese y estuviese satisfecho que hacia todo lo que era de mi parte, y que allí no habia culpa mia, no tendria pena ninguna.» Muy bien dada está la querella; no hay mas que decir, porque en esto se vienen á resumir todas las razones de los que tienen semejantes quejas; y así, si satisfacemos bien á esto, haremos grande hacienda, por ser tan comun esta queja; porque no hay ninguno, por santo y perfecto que sea, que no sienta algunas temporadas estas sequedades y desamparos espirituales.

Del bienaventurado San Francisco lo leemos, y de Santa Catalina, con haber sido tan regalados y favorecidos de Dios. Y San Antonio Abad, con tener tan alta oracion que las noches le parecian un soplo y se quejaba de el sol porque madrugaba tanto, con todo eso, algunas veces era tan fatigado y acosado de pensamientos malos é importunos, que clamaba y daba voces á Dios: «Señor, que querria ser bueno, y mis pensamientos no me dejan.» Y así S. Bernardo se quejaba de lo mismo, y decia: «Oh, Señor, que se ha secado mi corazon y apretado y cuajado como leche y está como tierra sin agua, que no me puedo compungir, ni mover á lágrimas; tanta es la dureza de mi corazon. No me hallo bien en el coro; no gusto de la leccion espiritual, no me agrada la meditacion. ¡Oh, Señor, que no hallo en la oracion lo que solia! ¿Dónde está aquel embriagarse el ánima de vuestro amor? ¿Dónde está aquella serenidad y aquella paz y gozo en el Espíritu Santo (1)?» De manera, que para todos es menester esta doctrina, y confio en el Señor que satisfaremos á todos.

Pues comencemos por aquí: yo os concedo que vuestra culpa es la causa de vuestra distraccion y sequedad y de no poder entrar en la oracion; y así, es bien que lo entendais y digais vos, que por vuestros pecados pasados, y por vuestras culpas y descuidos presentes, os quiere el Señor castigar en no daros entrada para él en la oracion, y en que no podais tener recogimiento, ni quietud ni atencion en ella; porque no lo mereceis, sino antes lo desmereceis. Empero de ahí no se sigue que hayais de tener queja, sino antes una conformidad muy grande con la voluntad de Dios en eso. ¿Quereislo ver claramente? Por vuestra misma boca y por vuestro mismo dicho os quiero juzgar (2). ¿Vos no conoceis y decís que por vuestros pecados pasados y por vuestras culpas y descuidos presentes mereceis gran castigo de Dios? «Sí por cierto, el infierno he merecido muchas veces, y así ningun castigo será grande para mí, sino todo será misericordia y regalo en comparacion de lo que yo merezco, y el quererme Dios enviar algun castigo en esta vida, lo tomaré yo por particular beneficio porque lo tendré como por prenda de que Dios me ha perdonado mis pecados, y de que no me quiere castigar en la otra vida, pues me castiga en esta.» Basta, no es menester mas, yo me contento con eso. Pero no sea todo palabras, vengamos á las obras. Este

(1) Exaruit cor meum, coagulatum est sicut lac, factum est sicut terra sine aqua, nec compungi ad lacrymas queo, tanta est duritia cordis; non sapit psalmus, non legere libet, non orare delectat, meditationes solitas non invenio. Ubi illa inebriatio spiritus? Ubi mentis serenitas? et pax, et gaudium in Spiritu Sancto? *Bernard., serm.* 54 *super Cant.*

(2) De ore tuo te judico. *Luc.* XIX, 22.

es el castigo que quiere Dios que padezcais ahora por vuestros pecados; esos desconsuelos, esas distracciones y sequedades, ese desamparo espiritual, ese hacérseos el cielo de bronce y la tierra de metal, y cerrárseos y escondérseos Dios, y que no halleis entrada en la oracion: con eso quiere Dios castigaros ahora y purgar vuestras culpas. ¿No os parece que vuestros pecados pasados y vuestros descuidos y negligencias presentes merecen bien este castigo? «Si por cierto, y ahora digo que es muy pequeño para lo que yo merezco, y que está muy lleno de justicia y de misericordia: de justicia, porque pues yo he cerrado tantas veces á Dios la puerta de mi corazon, y me hacia sordo cuando él me daba aldabadas con sus santas inspiraciones y las he resistido muchas veces, justo es que ahora, aunque yo llame, él se haga sordo y no me responda, ni me quiera abrir la puerta, sino que me dé con ella en los ojos: justísimo castigo es, pero muy pequeño para mí; y asi es muy lleno de misericordia, porque mucho mayor le merecia yo.» Pues conformaos con la voluntad de Dios en ese castigo, y recibidle con hacimiento de gracias, pues os castiga con tanta misericordia y no segun vos lo merecíades. ¿Vos no decís que merecíades el infierno? ¿Pues cómo os atreveis á pedir á Dios consuelos y regalos en la oracion, y tener entrada y familiaridad con Dios en ella, y aun paz y quietud y sosiego de hijos muy queridos y regalados? ¿Y cómo os atreveis á formar queja de lo contrario? ¿No veis que es ese grande atrevimiento y gran soberbia? Contentaos con que os tiene Dios en su casa y os consiente estar en su presencia, y estimad y reconoced eso por grande merced y beneficio. Si hubiese humildad en el corazon, no tendríamos boca para quejarnos de cualquier manera que nos tratase el Señor, y así fácilmente cesaria esta tentacion.

CAPITULO XXVI.

Cómo convertiremos la sequedad y desconsuelos en muy buena y provechosa oracion.

No solamente debe cesar en nosotros esta queja, sino habemos de procurar sacar provecho de las sequedades y desconsuelos y hacer de ello muy buena oracion, y para esto ayudará lo primero lo que deciamos tratando de la oracion (1). Cuando nos sintiéremos de esta manera, decir: «Señor, en cuanto es culpa mia, á mí me pesa mucho por cierto de la culpa que en esto tengo; pero en cuanto es voluntad vuestra, y pena y castigo justamente merecido por mis pecados, yo lo acepto, Señor, de muy buena voluntad, y no solo ahora ó por breve tiempo, sino por todos los dias de mi vida, aunque hubiesen de ser muchos, me ofrezco á esta cruz y estoy muy dispuesto para llevarla y con hacimiento de gracias.» Esta paciencia y humildad, esta resignacion y conformidad con la voluntad de Dios en este trabajo, agrada mas á Dios que las quejas y congojas demasiadas, porque no hallo entrada en la oracion, ó porque estoy alli con tantos pensamientos y tanta distraccion. Sino, decidme, ¿quién os parece que agradará mas á sus padres, el hijo que se contenta con cualquier cosa que le dan, ó el que nunca se contenta con nada, sino siempre anda rezongando y quejándose, pareciéndole poco todo lo que le dan, y que le habian de dar mas y mejor? Claro está que el primero; pues asi es tambien Dios. El hijo sufrido y callado que se contenta y conforma con la voluntad de su Padre celestial en cualquier cosa que le envia, aunque sea áspera y adversa, y aunque sea un hueso duro y mondo, ese contenta y agrada mas á Dios que el mal contentadizo y que siempre anda quejoso y rezongando, porque no tiene y porque no le dan á él.

(1) Trat. 5, c. 19.

Mas: decidme: ¿cuál hace mejor y cuál moverá mas á que le dén limosna y tengan compasion y misericordia de él, el pobre que se queja porque no le responden presto y porque no le dan, ó el pobre que está perseverando á la puerta del rico con paciencia y silencio y sin queja ninguna, sino que habiendo llamado á la puerta y sabiendo que le han oido está esperando al frio y al agua, sin tornar á llamar y sin saberse quejar, y sabe el señor que está esperando con aquella humildad y paciencia? Claro está que eso mueve mucho, y esotro pobre soberbio antes enfada y mueve á indignacion. Pues asi es tambien con Dios.

Y para que se vea mas el valor y fruto de esta oracion, y cuánto agrada á Dios, pregunto yo: ¿qué mejor oracion y qué mejor fruto puede uno sacar de ella, que sacar mucha paciencia en los trabajos y mucha conformidad con la voluntad de Dios y mucho amor suyo? ¿A qué vamos á la oracion sino á esto? Pues cuando el Señor os envia sequedades y tentaciones en ella, conformaos con su voluntad en ese trabajo y desamparo espiritual, y hareis uno de los mayores actos de paciencia y amor de Dios de cuantos podeis hacer. Dicen, y muy bien, que el amor se muestra en el sufrir y padecer trabajos por el amado, y que cuanto mayores son los trabajos, tanto mas se muestra el amor. Pues estos son de los mayores trabajos y de las mayores cruces y mortificaciones de los siervos de Dios y los que mas sienten los hombres espirituales; que esotros corporales que tocan á la hacienda, salud y bienes temporales, no tienen que ver en comparacion de estos. Y asi, venir uno á estar muy conforme con la voluntad de Dios en estos trabajos, imitando á Cristo nuestro Redentor en aquel desamparo espiritual que tuvo en la cruz, y aceptar esa cruz espiritual por toda la vida, si el Señor fuere servido dársela, por solo dar contento á Dios, es grande acto de paciencia y de amor de Dios, y muy alta y muy provechosa oracion, y cosa de grande perfeccion; éslo tanto, que algunos llaman á estos escelentes mártires (1).

Mas pregunto yo: ¿á qué vais á la oracion sino á sacar humildad y conocimiento propio? ¿Cuántas veces habeis pedido á Dios que os de á entender quién sois? Pues Dios ha oido vuestra oracion, y os lo quiere dar á entender de esa manera. Algunos tienen librado el conocerse en un gran sentimiento de sus pecados y en derramar muchas lágrimas por ellos, y engáñanse; porque ese es Dios, no vos. El ser como piedra, ese sois vos; y si Dios no hiere la piedra, no saldrá agua ni miel. En eso está el conoceros, principio de mil bienes, y de eso teneis las manos llenas, cuando estais de esa manera; y si eso sacais de la oracion, habreis sacado muy gran fruto de ella.

CAPITULO XXVII.

De otras razones que hay para consolarnos y conformarnos con la voluntad de Dios en las sequedades y desconsuelos de la oracion.

Aunque es bien que nosotros pensemos que este trabajo nos viene por nuestras culpas, para que asi andemos siempre mas confundidos y humillados; pero tambien es menester que entendamos que no todas veces es esto castigo de nuestras culpas, sino disposicion y providencia altísima del Señor, que reparte sus dones como él es servido, y no conviene que todo el cuerpo sea ojos, ni pies, ni manos, ni cabeza, sino que haya miembros diferentes en su Iglesia; y asi no conviene que se dé á todos aquella oracion especialísima y aventajada de que dijimos (2) cuando tratamos de la ora-

(1) Ludov. Blos. *Spec. spirit. cap.* 6.
(2) Trat. 5, c. 4 y 5.

cion. Y esto no es menester que sea porque no lo merecen, porque aunque merezcan eso, merecerán mas en otra cosa, y les hará Dios mas merced en dársela que en darles eso. Muchos Santos grandes hubo que no sabemos que tuviesen estas cosas; y si las tuvieron, dijeron con San Pablo, que no se preciaban, ni se gloriaban en eso, sino en llevar la cruz de Cristo (1).

El P. maestro Avila (2) dice acerca de esto una cosa de mucho consuelo: que deja Dios á algunos desconsolados muchos años, y algunas veces por toda la vida; y la parte y suerte de estos, creo, dice, que es la mejor, si hay fé para no sentir mal, y paciencia y esfuerzo para sufrir tan gran destierro. Si uno se acabase de persuadir que esta suerte es mejor para él, fácilmente se conformaria con la voluntad de Dios. Muchas razones dan los santos y los maestros de la vida espiritual (3) para declarar y probar que á los tales les está mejor esta suerte; pero solamente diremos ahora una de las mas principales que traen San Agustin, San Gerónimo, San Gregorio, y comunmente todos los que tratan de esto (4). Y es, que no todos son para conservar la humildad entre la alteza de la contemplacion; porque apenas habemos tenido una lagrimita, cuando ya nos parece que somos espirituales y hombres de oracion, y nos comparamos y preferimos por ventura á otros. Aun el Apóstol San Pablo parece que hubo menester algun contrapeso para que no le levantasen esas cosas. Porque el haber sido arrebatado al tercero cielo, y las grandes revelaciones que habia tenido no le ensoberbeciesen, permite Dios (1) que le venga una tentacion que le humille y le haga conocer su flaqueza. Pues por esto, aunque aquel camino parece mas alto, estotro es mas seguro; y asi, el sapientísimo Dios, que nos guia á todos para un mismo fin, que es él, lleva á cada uno por el camino que sabe que mas le conviene. Por ventura, si tuviérades grande entrada en la oracion, en lugar de salir humilde y aprovechado, saliérades soberbio é hinchado; y de esotra manera andais siempre humillado y confundido y teniéndoos en menos que todos; y asi mejor camino es ese para vos y mas seguro, aunque vos no lo entendais: no sabeis lo que pedís ni lo que deseais (2).

San Gregorio enseña una doctrina muy buena á este propósito sobre aquello de Job: "Si viniere el Señor á mí, no lo veré; y si se fuere y apartare de mí, no lo entenderé (3)." Quedó, dice (4), el hombre tan ciego por el pecado, que no conoce cuándo se va acercando á Dios ni cuándo se va alejando de él; antes muchas veces lo que piensa que es gracia de Dios, y que por allí se va allegando mas á él, se le convierte en ira y le es ocasion de apartarse de él; y muchas veces lo que él piensa que es ira y que se va alejando y olvidando Dios de él, es gracia y causa para que no se aparte de él; porque ¿quién viéndose en una oracion y contemplacion muy alta y muy regalado y favorecido de Dios, no pensará que se va llegando mas á Dios? y muchas veces de esos favores viene uno á ensoberbecerse y á asegurarse y fiarse de sí, y por allí le ha-

(1) Mihi autem absit gloriari nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi. *Ad Gal. VI*, 14.
(2) M. Ávila, t. 2, Epist. fol. 22.
(3) Trat. 5, c. 20.
(4) Aug. *lib. de orando Deum, quae est Epist.* 121.—*Hieron. sup. illud Trenorum* 3, sed et cum clamavero et rogavero exclusit orationem meam.—Greg. *lib. Mor.* c. 21 et 24.

(1) Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meae angelus Sathanae, qui me colaphizet. *II. ad Cor.* XII, 7.
(2) Nescitis quid petatis. *Matth.* XX, 22.
(3) Si venerit ad me, non videbo eum; si abierit, non intelligam. *Job.* IX, 11.
(4) Greg. *lib.* 9 *Mor.* c. 7.

ce caer el demonio por donde él pensaba que subia y se allegaba mas á Dios. Y por el contrario, muchas veces, viéndose uno desconsolado y afligido y con graves tentaciones y muy combatido de pensamientos deshonestos, de blasfemias y contra la fé, piensa que Dios está enojado con él y que le va desamparando y apartándose de él, y entonces está mas cerca de él; porque con aquello se humilla mas, y conoce su flaqueza y desconfia de sí, y acude á Dios con mayor brio y fortaleza, y pone en él toda su confianza y procura nunca apartarse de él. De manera que no es mejor lo que vos pensais, sino el camino por donde el Señor os quiere llevar, ese habeis de entender que es el mejor y el que mas os conviene.

Mas: esa misma amargura y esa pena y dolor que vos sentís por pareceros que no teneis la oracion tan bien como era razon, puede ser otra razon de consuelos, porque es particular gracia y merced del Señor y señal de que le amais; porque no hay dolor sin algun amor, no hay pesarme de no servir bien sin propósito y voluntad de servir bien; y asi esa pena y dolor, de amor de Dios nace y de deseo de servirle mejor; si no se os diera nada de servirle mal, ni de tener mala oracion, ni de hacer las cosas mal hechas, fuera mala señal; pero sentir pena y dolor de pareceros que haceis eso mal, muy buena señal es; pero aplaque el sentimiento y dolor el entender que en cuanto eso es pena, es voluntad de Dios, y conformaos con ella y dadle gracias que os deja andar deseoso de contentarle, aunque os parezca que son flacas las obras.

Y mas; aunque no hagais otra cosa en la oracion sino asistir alli y hacer presencia delante de aquella Real y divina Magestad, servís en eso mucho á Dios; como acá vemos que es grande magestad de los reyes y príncipes de la tierra que los grandes de su córte vayan cada dia á palacio, y asistan y hagan alli presencia: "Bienaventurado el hombre, dice la Sagrada Escritura (1), que me oye y que vela cada dia á mis puertas y está mirando á los postigos de ellas." A la gloria de la Magestad de Dios, y á la bajeza de nuestra condicion, y á la grandeza del negocio que tratamos, pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando á las puertas de su Palacio Celestial; y cuando os abriere las puertas, dadle gracias por ello; y cuando no, humillaos, conociendo que no lo mereceis; y de esa manera siempre será muy buena y muy provechosa vuestra oracion. De todas estas cosas y otras semejantes nos habemos de ayudar para conformarnos con la voluntad de Dios en este desconsuelo y desamparo espiritual, aceptándolo con hacimiento de gracias y diciendo: «Dios te salve amargura, amarga y amarguísima, pero llena de gracias y de bienes (2).»

CAPITULO XXVIII.

Que es grande engaño y grave tentacion dejar la oracion por hallarse en ella de la manera dicha.

De lo dicho se sigue que es grande engaño y grave tentacion cuando uno, por verse de esta manera, viene á dejar la oracion ó no persevera tanto en ella, pareciéndole que no hace alli nada, sino que antes pierde tiempo. Esta es una tentacion con que el demonio ha hecho dejar el ejercicio de la oracion, no solo á muchos de los seglares, sino tambien á muchos religiosos; y cuando no puede quitarles del todo la oracion, hace que no se den tanto á ella, ni gasten tanto tiempo en ella como pudie-

(1) Beatus homo qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei. *Prov.* VIII, 34.

(2) Salve amaritudo amarissima, omnis gratiae plena. *F. Bartolomaeus de martyribus*, Archiepisc. Bracharensis, *in suo Compendio, cap.* 26.

ran. Comienzan muchos á darse á la oracion, y mientras hay bonanza y devocion, prosíguenla y continúanla muy bien; pero en viniendo el tiempo de sequedad y distraccion, paréceles que aquello no es oracion, sino antes nueva culpa, pues están alli delante de Dios con tanta distraccion y con tan poca reverencia: y asi van poco á poco dejando la oracion, pareciéndoles que harán mas servicio á Dios entendiendo en otros ejercicios y ocupaciones que en estar alli de aquella manera. Y como el demonio siente en ellos esta flaqueza, ayúdase de la ocasion, y dase tal priesa á traerles pensamientos y tentaciones en la oracion, para que les parezca aquel tiempo malgastado, que poco á poco les hace dejar del todo la oracion y con ella la virtud, y aun algunas veces mas adelante. Y asi sabemos que en muchos ha comenzado de aqui su perdicion. Dice el Sábio: "Amigo hay que lo es de la mesa; mas no acompaña en el dia de la necesidad (1)." Gozar con Dios, no hay quien no lo quiera; mas trabajar y padecer por él, eso es señal de verdadero amor. Cuando hay consuelo y devocion en la oracion, no es mucho que persevereis y os detengais muchas horas en ella; porque eso por vuestro contento y por vuestro gusto lo podeis hacer, y es señal que asi lo haceis, si cuando os falta eso, no perseverais. Cuando Dios envia desconsuelos y sequedades y distracciones, entonces se prueban los verdaderos amigos, y se echan de ver los siervos fieles, que no buscan su interés, sino puramente la voluntad y contento de Dios; y asi entonces habemos de perseverar con humildad y paciencia, estando alli todo el tiempo señalado, y aun un poco mas, como nos lo aconseja nuestro Padre (2) para vencer con eso la tentacion y mostrarnos fuertes y esforzados contra el demonio.

Cuenta Paladio que, ejercitándose él en la consideracion de las cosas divinas, encerrado en una celda, tenia gran tentacion de sequedad y grande molestia de pensamientos, y veníale á la imaginacion que dejase aquel ejercicio, porque era para él sin provecho. Fuese al santísimo Macario Alejandrino, y contóle esta tentacion, pidiéndole consejo y remedio. Respondióle el Santo: «Cuando esos pensamientos te dijeren que te vayas y que no haces nada, dí á tus pensamientos: Aqui quiero estar guardando por amor de Cristo las paredes de esta celda (1).» Que fué decirle que perseverase, contentándose de hacer aquella santa obra por amor de Cristo, aunque no sacase mas fruto que este. Esta es muy buena respuesta para cuando nos viniere esta tentacion. Porque el fin principal que habemos de pretender en este santo ejercicio y la intencion con que habemos de llegar á él y ocuparnos en él, no ha de ser nuestro gusto y contento, sino hacer una obra buena y santa, con que agradamos á Dios y le damos contento, y con que satisfacemos y le pagamos algo por lo mucho que le debemos, por ser quien es y por los innumerables beneficios que de su mano habemos recibido; y pues él quiere y se agrada de que yo esté ahora aqui, aunque me parezca que no hago nada, yo me contento con eso.

De Santa Catalina de Sena se cuenta (2) que por muchos dias estuvo desamparada de los consuelos espirituales y no sentia el acostumbrado fervor de devocion, y sobre esto era muy molestada de pensamientos malos, feos y deshonestos que no los podia

(1) Est amicus socius mensae, et non permanebit in die necessitatis. *Eccl.* VI, 10.
(2) Ignat. in *Exercit. Espir. annotat.* 15.

(1) Dic ipsis cogitationibus tuis, propter Christum parietes cellae istius custodio. *Paladius, in Histor. Lausiaca.*
(2) Blosius, *c.* 4, *Monil. spirit.*

echar de sí; mas no dejaba por eso su oracion, antes lo mejor que podia, perseveraba en ella con gran cuidado, y hablaba consigo misma de esta manera: «tú, pecadora vilísima, no mereces consuelo ninguno. ¿Cómo? ¿no te contentarias con que no fueses condenada, aunque toda tu vida hubieses de llevar estas tinieblas y tormentos? Por cierto que no escogiste tú el servir á Dios para recibir de él consuelos en esta vida, sino para gozar de él en el cielo eternalmente; levántate, pues, y prosigue tus ejercicios y persevera en la fidelidad de tu Señor.»

Pues imitemos estos ejemplos y quedémonos con aquellas palabras de aquel Santo (1): «Tenga yo, Señor, por consolacion, querer de grado carecer de todo humano consuelo; y si me faltare tu consolacion, séame tu voluntad y tu justa prueba en lugar de muy grande consuelo. Si llegamos á esto, que la voluntad y contento de Dios sea todo nuestro contento, de tal manera que el mismo carecer de todo consuelo sea nuestro contento por ser esa la voluntad y contento de Dios, entonces será nuestro contento verdadero y tal que ninguna cosa nos le podrá quitar.

CAPITULO XXIX.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En las crónicas de la órden de Santo Domingo se cuenta (2) que un Padre de los primeros de la órden, despues de haber estado en ella algunos años con gran ejemplo de vida y gran limpieza de ánima, no sentia ninguna manera de consolacion ni gusto en los ejercicios de la Religion, ni meditando, ni orando, ni contemplando, ni leyendo. Y como siempre oia decir del regalo que Dios hacia á otros y de los sentimientos espirituales que tenian, estaba medio desesperado, y como tal se puso á decir una noche en la oracion delante de un crucifijo, llorando amargamente, estos desatinos: «Señor, yo siempre he entendido que en bondad y mansedumbre escedeis á todas vuestras criaturas, veisme aqui que os he servido muchos años, y he sufrido por vuestro respeto hartas tribulaciones, y de buena gana me he sacrificado á vos solo; y si la cuarta parte del tiempo, que ha que os sirvo, hubiera servido á un tirano, ya me hubiera mostrado alguna señal de benevolencia, siquiera con una buena palabra, ó con un buen rostro, ó con una risa; y vos, Señor, ningun regalo me habeis hecho, ni tengo de vos recibido el menor favor que soleis hacer á los otros; siendo vos la misma dulzura, sois para mí mas duro que cien tiranos. ¿Qué es esto, Señor? ¿Por qué quereis que pase asi?» Estando en esto oyó súbitamente un estruendo tan grande, como si toda la iglesia viniera al suelo, y en los desvanes habia tan temeroso ruido como si millares de perros con los dientes estuvieran despedazando el enmaderamiento: de lo cual, como se asombrase, y temblando de miedo volviese la cabeza para ver qué seria, vió á sus espaldas la mas fea y horrible vision del mundo, de un demonio, que con una barra de hierro, que tenia en la mano, le dió tan grande golpe en el cuerpo, que cayendo de él en tierra no pudo mas levantarse; pero tuvo ánimo para ir arrastrando hasta un altar, que estaba allí junto, sin poder menearse de dolor como si le hubieran descoyuntado á golpes. Cuando los frailes se levantaron á prima, y le hallaron como muerto, sin saber la causa de tan súbito y mortal accidente, lleváronle á la enfermería, á donde por tres semanas enteras que estuvo con dolores gravísimos, era tan

(1) Tomás de Kempis.
(2) F. Hernando del Castillo, *1 p., l. 1, c. 60, Histor. Ordin. Praedicatorum.*

grande su hedor y tan sucio y asqueroso, que en ninguna manera podian entrar á curarle los religiosos, ni á servirle, sino tapándose primero las narices y con otras muchas prevenciones. Pasado este tiempo, tomó algunas fuerzas, y en pudiendo tenerse en pié, quiso curarse de su loca presuncion y soberbia. Y tornando al lugar donde habia cometido la culpa, buscó en él el remedio de ella, y con muchas lágrimas y humildad hacia su oracion bien diferente de la pasada: confesaba su culpa y conocíase por indigno de bien alguno y por muy merecedor de pena y castigo. Y el Señor le consoló con una voz del cielo que le dijo: «Si quieres consolaciones y gustos, conviénete ser humilde y reconocer tu bajeza, y entender que eres mas vil que el lodo, y de menos valor que los gusanos que huellas con los pies.» Y con esto quedó tan escarmentado que de ahí adelante fué acabadísimo religioso.

De nuestro bienaventurado P. San Ignacio leemos otro ejemplo bien diferente. Cuéntase en su vida (1) que mirando sus faltas y llorándolas, decia que deseaba que en castigo de ellas nuestro Señor le quitase alguna vez el regalo de su consuelo para que con esta sofrenada anduviese mas cuidadoso y mas cauto en su servicio; pero que era tanta la misericordia del Señor y la muchedumbre de la suavidad y dulzura de su gracia para con él, que cuanto él mas faltaba y mas deseaba ser castigado de esta manera, tanto el Señor era mas benigno y con mayor abundancia derramaba sobre él los tesoros de su infinita liberalidad; y asi decia que creia que no habia hombre en el mundo en quien concurriesen estas dos cosas juntas tanto como en él: la primera, es faltar tanto á Dios; y la otra, recibir tantas y tan contínuas mercedes de su mano.

(1) *Lib. 3, cap. 1, vitae S. P. N. Ignatii.*

De un siervo de Dios cuenta Blosio (1) que le hacia el Señor grandes favores y regalos, dándole grandes ilustraciones y comunicándole cosas maravillosas en la oracion. Y él con mucha humildad y deseo de agradar á Dios, pidióle que si él era servido y se agradaba mas de ello le quitase aquella gracia. Oyó Dios su oracion, y quitósela por cinco años, dejándole padecer en ellos muchas tentaciones, desconsuelos y angustias. Y estando él una vez llorando amargamente, apareciéronsele dos ángeles, queriéndole consolar, á los cuales él respondió: «Yo no pido consuelo, porque me basta para consuelo que se cumpla en mí la voluntad de Dios.»

El mismo Blosio cuenta (2) que dijo Cristo nuestro Redentor á Santa Brígida: «Hija, ¿qué es lo que te turba y pone en cuidado?» Respondió ella: «Porque soy afligida de vanos pensamientos, inútiles y malos y no puedo echarlos de mí, y angústiame mucho tu espantoso juicio. Entonces dijo el Señor: «esta es la verdadera justicia que asi como te deleitabas en las vanidades del mundo contra mi voluntad, asi ahora te sean molestos y penosos, varios y perversos pensamientos, contra la tuya: empero has de temer mi juicio moderadamente y con discrecion, confiando firmemente de contínuo en mí, que soy tu Dios; porque debes tener por certísimo que los malos pensamientos, á que el hombre resiste y dá de mano, son purgatorio y corona del alma; si no puedes estorbarlos, súfrelos con paciencia y hazles contradiccion con la voluntad; y aunque no les des consentimiento, con todo eso, teme no te venga de ahí alguna soberbia y caigas, porque cualquiera que está en pié, solamente le sustenta la gracia de Dios.»

(1) Blos. *cap. 10, Monil. spirit.*
(2) *Ib.* cap. 4.

Dice Taulero, y tráelo Blosio en el *Consuelo de Pusilánimes*: «Muchos, cuando les fatiga alguna tribulacion, me suelen decir: Padre, mal me tratan, no me va bien, porque soy fatigado con diversas tribulaciones y con melancolía. Yo respondo á quien me dice esto, que antes le vá muy bien y que se le hace mucha merced. Entonces dicen ellos: Señor, no, antes creo que por mis culpas me sucede esto. A lo cual les digo yo; ahora sea por tus pecados, ahora no, cree que esa cruz te la ha puesto Dios, y dándole gracias por ello, sufre y resgínate todo en él. Dicen tambien: interiormente me consumo con la grande sequedad y tinieblas. Dígole yo: Amado hijo, sufre con paciencia y hacerte han mas merced que si anduvieses con mucha y muy grande devocion sensible.»

De un gran siervo de Dios se cuenta que decia: «cuarenta años há que sirvo á nuestro Señor, y trato de oracion, y nunca he tenido en ella gustos, ni consuelos; pero el dia que la tengo siento despues en mí un aliento grande para los ejercicios de virtud, y en faltando en esto, ando tan caido que no se me levantan las alas para cosa buena.»

CAPITULO XXX.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de las demas virtudes y dones sobrenaturales.

Asi como habemos de estar conformes con la voluntad de Dios de cualquier manera que nos tratare en la oracion, asi tambien lo habemos de estar en todas las demas virtudes y dones de Dios y en todas las demas ventajas espirituales. Muy bueno es el deseo de todas las virtudes y el andar suspirando por ellas y procurándolas; pero de tal manera habemos de desear siempre ser mejores y crecer é ir adelante en la virtud, que tengamos paz, si no llegáremos á lo que deseamos, y nos conformemos con la voluntad de Dios, y nos contentemos con ella. Si Dios no quiere daros á vos una castidad angélica, sino que padezcais graves tentaciones en eso, mejor es que vos tengais paciencia y conformidad con la voluntad de Dios en esa tentacion y trabajo que andar inquieto y quejoso por no tener aquella puridad y limpieza de los ángeles. Si Dios no os quiere dar tan profunda humildad como á un San Francisco, ni tanta mansedumbre como á Moisés y á David, ni tanta paciencia como á Job, sino que sintais movimientos y apetitos contrarios, bien es que andeis confundido y humillado y tomeis de eso ocasion para teneros en poco; pero no es bien que andeis desasosegado y lleno de quejas y congojas porque no os hace Dios tan paciente como á Job, ni tan humilde como á San Francisco. Es menester que nos conformemos tambien con la voluntad de Dios en estas cosas, porque de otra manera nunca tendríamos paz. Dice muy bien el Padre maestro Avila: «No creo que ha habido Santo en este mundo que no desease ser mejor de lo que era; mas esto no le quitaba la paz, porque no lo deseaban ellos por su propia codicia, que nunca dice harto hay, mas por Dios, con cuyo repartimiento estaban contentos, aunque menos les diera; teniendo por amor verdadero el contentarse con lo que él les da, mas que el desear tener mucho, aunque diga el amor propio que es para mas servicio á Dios (1).»

Pero dirá alguno que parece que esto es decirnos que no debemos ser fervientes en desear ser mas y mas virtuosos y mejores, sino que todo lo habemos de dejar á Dios, asi lo del alma como lo del cuerpo; y asi parece que es darnos ocasion para que seamos tibios y flojos y que no se nos dé

(1) P. M. Ávila, c. 23 del *Audi filia*.

nada por crecer é ir adelante. Nótese mucho este punto, porque es de mucha importancia. Es tan buena esta réplica y objecion que solo eso es lo que hay que temer en este negocio. No hay doctrina, por buena que sea, de que no pueda uno usar mal si no la sabe aplicar como conviene; y asi lo será esta, asi en lo que toca á la oracion, como en lo que toca á las demas virtudes y dones espirituales; por lo cual será menester que la declaremos y entendamos bien. No digo yo que no habemos de desear ser cada dia mas santos, y procurar imitar siempre á los mejores, y ser diligentes y fervientes en eso; que para eso venimos á la Religion, y si no hacemos eso, no seremos buenos religiosos. Pero lo que digo es que, asi como en las cosas esteriores han de ser los hombres diligentes, pero no congojosos, ni codiciosos, que eso dicen los Santos que es lo que Cristo nuestro Redentor prohibe en el Evangelio cuando dice: «Dígoos de verdad no andeis solícitos para vuestra vida, ¿qué comereis ó qué vestireis (1)?» lo que reprende aqui es la demasiada solicitud y la congoja y codicia de esas cosas; pero el cuidado competente y las diligencias necesarias no las quita, antes las manda y nos las dió en penitencia: "Con sudor de tu rostro comerás el pan (2);" es menester que pongan los hombres su trabajo y diligencia para comer, y si no seria tentar á Dios: pues de esa misma manera ha de ser en las cosas espirituales y en el procurar las virtudes y dones de Dios. Es menester que seamos muy diligentes y cuidadosos en eso; pero de tal manera, que no nos quite esto la paz y la conformidad con la voluntad de Dios. Haced vos lo que es de vuestra parte; pero si con todo eso viéredes que no teneis cuanto quereis, no por eso os habeis de dejar caer en una impaciencia que sea peor que la falta principal; y esto, aunque os parezca que eso os viene por vuestra tibieza, que es lo que á muchos suele desconsolar: procurad vos de hacer buenamente vuestras diligencias, y si no las hiciéredes todas y cayéredes en faltas, no os espanteis por eso ni desmayeis, que asi somos todos; hombre sois y no ángel, flaco y no santificado, y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria (1), y no quiere que desmayemos por eso (2), sino que nos arrepintamos y humillemos, y nos levantemos luego y pidamos mayor fuerza al Señor y procuremos de andar con contento de dentro y de fuera, que mas vale que os levanteis presto con alegría, que dobla las fuerzas para servir á Dios, que no pensando que llorais vuestras faltas por Dios, desagradeis al mismo Dios con servirle mal con el corazon y alas caidas y con otros ramos que de esto suelen nacer.

Solo hay aqui que temer el peligro que habemos apuntado, que es no se nos entre la tibieza y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte so color de decir: «Dios me lo ha de dar, todo ha de venir de mano de Dios, yo no puedo mas.» Y del mismo peligro nos habemos de guardar en lo que deciamos de la oracion (3): no se os solape ahí tampoco la pereza con ese color. Pero cerrado este portillo, y haciendo vos buenamente lo que es de vuestra parte, mas agrada á Dios la paciencia y la humildad en las flaquezas, que esas congojas y tristezas demasiadas que algunos traen por parecerles que no crecen tanto en virtud y perfeccion como querrian, ó

(1) Dico vobis: ne soliciti sitis animae vestrae, quid manducetis, neque corpori vestro, quid induamini. *Matth.* VI, 25.
(2) In sudore vultus tui vesceris pane. *Gen.* III, 19.

(1) Quoniam ipse cognovit figmentum nostrum. *Ps.* CIV, 14.
(2) *P.* II, *trat.* 6, *cap.* 3.
(3) Cap. XXIV y siguientes.

que no pueden entrar tanto en oracion: porque este negocio de la oracion y perfeccion no se alcanza por descontentos ni á puñadas, sino que Dios lo dá á quien él quiere, y como quiere, y al tiempo que él es servido. Y cierto es que no han de ser todos iguales los que han de ir al cielo; y no habemos de desesperar nosotros, porque no somos de los mejores, ni aun por ventura de los medianos, sino debémonos conformar con la voluntad de Dios en todo y dar gracias á nuestro Señor porque nos dió esperanza de que nos habemos de salvar por su misericordia. Y si no alcanzáremos á estar sin faltas, demos gracias á Dios porque nos dió conocimiento de nuestras faltas, y ya que no vamos al cielo por la alteza de las virtudes, como algunos van, contentémonos con ir allá por el conocimiento y por la penitencia de nuestros pecados, como otros muchos van. Dice San Gerónimo: «Ofrezcan otros en el templo del Señor, cada uno segun su posibilidad, unos oro, plata y piedras preciosas; otros sedas, carmesíes, púrpuras y brocados. A mí bástame, si ofreciere para el templo pelos de cabras y pieles de animales (1).» Pues ofrezcan los otros á Dios sus virtudes y obras heróicas y escelentes, y sus contemplaciones altas y levantadas: á mí bástame ofrecer á Dios mi bajeza, conociéndome y confesándome por pecador y por imperfecto y malo, y presentándome delante de su Magestad como pobre y necesitado. Y conviene alegrar en esto el corazon, y agradecérselo á Dios, porque no nos quite tambien esto, que nos ha dado, como á desagradecidos.

San Buenaventura, Gerson y otros (2) añaden aqui un punto con que se confirma bien lo dicho: dicen que muchas personas sirven mas á Dios con no tener la virtud y recogimiento y desearlo, que si lo tuviesen; porque con aquello viven en humildad, y andan con cuidado y diligencia, procurando arribar é ir adelante acudiendo á menudo á Dios; y con estotro por ventura se ensoberbecieran, ó se descuidaran y anduvieran tibios en el servicio de Dios, pareciéndoles que ya tenian lo que habian menester, y no se animaran á trabajar por mas. Esto he dicho para que hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte, y andemos con diligencia y cuidado procurando la perfeccion, y entonces contentémonos con lo que el Señor nos diere, y no andemos desconsolados ni congojados por lo que no podemos alcanzar, ni está en nuestra mano; porque esto, dice muy bien el P. maestro Avila (1), que no seria sino estar penados porque no nos dan alas para volar por el aire.

(1) Hieron. *in Prolog. galeato.*
(2) Bon. *opusc. de profectu religiosorum, l. 1, c. 33.*—Gers. *tract. de Monte contemplat.*—Fr. Bart. de Mart. Arch Brachar., *in suo Comp.*

CAPITULO XXXI.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los bienes de gloria.

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en los bienes de gracia, sino tambien en los bienes de gloria. El verdadero siervo de Dios ha de estar tan ageno de su interés, aun en estas cosas, que mas se ha de holgar de que se cumpla y haga la voluntad de Dios que de todo cuanto él podia interesar. «Esta es muy grande perfeccion, como decia aquel Sábio (2), no buscar uno su interés en lo poco, ni en lo mucho, ni en lo temporal, ni en lo eterno;» y dá la razon: «Porque tu voluntad, Señor, y el amor de tu honra debe sobrepujar todas las cosas, y mas se debe conso-

(1) P. M. Ávila, *t. 2, Epist. fol.* 32.
(2) Tomás de Kempis.

lar y contentar con eso que con todos los beneficios recibidos ó que puede recibir.»

Este es el contento y gozo de los bienaventurados (1). Mas se alegran los Santos en el cielo en el cumplimiento de la voluntad de Dios que en la grandeza de su gloria. Están tan transformados en Dios y tan unidos con su voluntad, que la gloria que tienen, y la buena suerte que les cupo, no la quieren tanto por el provecho que á ellos les viene y por el contento que reciben, como porque se huelga Dios de ello y es aquella la voluntad de Dios. Y de ahí viene que cada uno está tan contento y gozoso con el grado que tiene que no desea mas, ni le pesa de que el otro tenga mas; porque en viendo uno á Dios, así lo transforma en sí que deja de querer como él y comienza á querer como Dios; y como ve que aquel es contento y beneplácito de Dios, ese es tambien su gusto y su contento. Esta perfeccion vemos que resplandecia en aquellos grandes Santos, en un Moisés, en un San Pablo, que por la salvacion de las almas y por la mayor gloria de Dios parece que se olvidaban y no hacian cuenta de su propia gloria. Decia Moisés á Dios: "Señor, ó perdonad al pueblo, ó borradme á mí de vuestro libro (2)." Y San Pablo: "Queria yo mismo estar separado de Cristo por mis hermanos (3)." De quien aprendió despues un San Martin y otros Santos: «Si todavía soy necesario para tu pueblo, no rehuso el trabajo (4).» Posponian su descanso y cedian de buena gana á su gloria, que tenian ya cerca, y ofrecíanse de nuevo al trabajo por el mayor servicio y gloria de Dios. Esto es hacer la voluntad de Dios acá en la tierra como se hace en el cielo: que olvidados de todo nuestro interés pongamos todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios y que estimemos y tengamos en mas el contento de Dios que todo nuestro provecho y que el poseer los cielos y la tierra.

Aquí se verá bien la perfeccion que pide este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios. Si del interes de los bienes espirituales y aun de los bienes, eternos y de la misma gloria, habemos de apartar los ojos por ponerlos en el contento y voluntad de Dios; ¿qué será de otros intereses y respetos humanos? De donde se entenderá tambien cuán lejos está de esta perfeccion el que tiene dificultad en conformarse con la voluntad de Dios en aquellas cosas que deciamos al principio: en que me pongan en este lugar ó en aquel, en este oficio ó en el otro, en estar sano ó enfermo, en que los otros me tengan en poco ó en mucho. Estamos tratando que habemos de tener en mas la voluntad y contento de Dios que cuantas ventajas puede haber en los bienes espirituales y aun en los eternos, ¿y reparais vos en esas cosas que respecto de esotras son basura? Al que desea tanto el contento de Dios y el cumplimiento de su divina voluntad que cede de buena gana á su propia gloria y se contenta con el mas bajo lugar, no porque le falte deseo de trabajar y hacer obras de valor, sino solo por querer mas el contento y beneplácito de Dios, muy fáciles se le harán todas esotras cosas, pues renuncia y cede á lo sumo que puede renunciar por amor de Dios. Esto es lo mas á que puede uno ceder, por conformarse con la voluntad de Dios: si Dios quiere que yo me muera luego y tenga menos gloria, mas quiero yo eso que morirme de aquí á veinte ó treinta años, aunque hubiese de tener mucho mayor gloria; y por el contrario, aun

(1) Trat. 3, c. 14.
(2) Aut dimitte eis hanc noxam, aut si non facis, dele me de libro tuo, quem scripsisti. *Exod.* XXXII.
(3) Optabam ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis. *Ad. Rom.* IX, 3.
(4) Si adhuc sum necessarius populo tuo, non recuso laborem.

que tuviese cierta la gloria, muriéndome ahora, si Dios quiere que yo esté en esta cárcel y destierro muchos años padeciendo y trabajando, mas quiero eso que ir luego á la gloria: porque el contento de Dios y el cumplimiento de su voluntad ese es mi contento y esa es mi gloria (1).

De nuestro Bienaventurado P. S. Ignacio se cuenta (2) un ejemplo bien raro acerca de esto. Estando un dia con el P. maestro Lainez y con otros, á cierto propósito, preguntó nuestro Padre: «Decidme, maestro Lainez, qué os parece que haríades si Dios nuestro Señor os pusiese este caso, y os digese: «si tú quieres morir luego, yo te sacaré de la cárcel de este cuerpo, y te daré la gloria eterna; pero si quieres aun vivir, no te doy seguridad de lo que será de tí, sino que quedarás á tus aventuras; si vivieres y perseverares en la virtud, yo te daré el premio; si desfallecieres del bien, como te hallare, asi te juzgaré.» Si esto os digese nuestro Señor, y vos entendiésedes que quedando por algun tiempo en esta vida, podríades hacer algun grande y notable servicio á su Divina Magestad, ¿qué escogeríades? ¿qué responderíades?» Respondió el P. Lainez: «Yo, Padre, confieso á vuestra reverencia, que escogeria el irme luego á gozar de Dios y asegurar mi salvacion y librarme del peligro en cosa que tanto importa.» Entonces, dijo nuestro Padre: «pues yo cierto no lo haria asi, sino que si juzgase que quedando en esta vida podria hacer algun singular servicio á nuestro Señor, le suplicaria que me dejase en ella, hasta que le hubiese hecho, y pondria los ojos en él y no en mí, sin tener respecto á mi peligro ó seguridad.» Y no le parecia á él que quedaba en duda su salvacion, sino antes mas cierta y mas aventajada por haberse fiado de Dios, quedándose acá por servirle en aquello. Porque ¿qué rey ó príncipe hay en el mundo, decia él, el cual si le ofreciese alguna gran merced á algun criado suyo, y el criado no quisiese gozar de aquella merced luego, por poderle servir en alguna cosa notable, no se tuviese por obligado á conservar y aun á acrecentar aquella merced al tal criado, pues se privaba de ella por su amor y por poderle mas servir? Pues si esto hacen los hombres, que son desconocidos y desagradecidos, ¿qué habemos de esperar del Señor que asi nos previene con su gracia y nos hace tantas mercedes? ¿cómo podríamos temer que nos desamparase y nos dejase caer, por haber nosotros dilatado nuestra bienaventuranza y dejado de gozar de él por él? No se puede eso creer ni temer de un tal Señor.

(1) Tu es gloria mea, et exaltans caput meum. *Ps.* III, 4.
(2) *Lib.* 5. *cap.* 2. *vitae S. P. N. Ignatii.*

CAPITULO XXXII.

De la conformidad, union y amor perfecto con Dios, y cómo nos habemos de ejercitar en este ejercicio.

Para que se vea mas la perfeccion y escelencia grande que encierra en sí este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y para que sepamos hasta dónde podemos llegar con él, por conclusion y remate de este tratado, diremos un poco del ejercicio mas alto, que ponen los Santos y maestros de la vida espiritual, del amor de Dios, que parece viene aqui á propósito, porque uno de los principales efectos del amor, como dice San Dionisio Areopagita (1), es hacer que las voluntades de los amados sean unas; esto es, que tengan un querer y un no querer. Y asi, cuanto uno estuviere mas unido y mas conforme con la voluntad de Dios, tanto tendrá mas amor de Dios, y cuanto mayor amor tu-

(1) D. Dion. c. 4, *de Divinis Nominibus.*

viere, tanto estará mas unido y conforme con la voluntad de Dios. Para declarar mejor esto es menester que subamos al cielo con la consideracion y veamos cómo están allí los bienaventurados amando y conformándose con la voluntad de Dios, teniendo una misma voluntad y querer con él, porque cuanto mas nos llegáremos á esto, tanto será nuestro ejercicio mas perfecto. El glorioso Apóstol y evangelista San Juan, en su primera canónica, dice que la vista de Dios hace á los bienaventurados semejantes á él (1); porque, en viendo á Dios, quedan de tal manera unidos y transformados en Dios que tienen una misma voluntad y un mismo querer con él. Pues veamos cuál us el querer y voluntad y amor de Dios, para que asi veamos cuál es el querer y voluntad de los bienaventurados y de ahi colijamos cuál ha de ser el querer y amor y voluntad perfecta nuestra. El querer y voluntad de Dios, y su amor sumo y perfectísimo, es de su misma gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso. Pues ese mismo es el querer y voluntad y amor de los bienaventurados. De manera, que el amor de los Santos y bienaventurados es un amor y un querer con que aman y quieren con todas sus fuerzas que Dios sea quien es, y sea en sí tan bueno y tan glorioso y digno de honra como es: y como ven en Dios todo aquello que ellos desean, sígueseles de aqui aquel fruto del Espíritu Santo, que dice el Apóstol que es un gozo inefable (2), de ver á quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en sí mismo. Por lo que vemos acá podemos rastrear algo de este gozo divino que reciben en esto los bienaventurados. Mirad cuán grande es la alegria y gozo que recibe acá un buen hijo de ver á su padre, que mucho ama, honrado y querido de todos, sábio, rico y poderoso, y muy querido del rey! Cierto, hijos hay tan buenos que dirán que no hay cosa á que se compare la alegria que reciben de ver á su padre tan estimado. Pues si este gozo es tan grande acá, donde el amor es tan flaco y los bienes tan bajos, ¿cuál será aquel gozo de los Santos viendo á su verdadero Señor, y á su Criador y Padre Celestial, en quien tan transformados están por amor, tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso, que por solo su querer, todo lo criado tiene ser y hermosura, y sin él no se puede menear una hoja en el árbol? Y asi, dice el Apóstol San Pablo (1) que este es un gozo tan grande, que ni ojo le vió, ni oreja le oyó, ni puede caer en corazon de hombre. Este es aquel rio caudaloso que vió San Juan en el Apocalipsi (2) salir de la silla de Dios y del Cordero, que alegra la ciudad de Dios, del cual beben los bienaventurados en el cielo; y embriagados con este amor, cantan aquella aleluya perpétua, que dice allí San Juan, glorificando y bendiciendo á Dios (3). Estánse alegrando y regocijando de la grandeza de la gloria de Dios, y dándole el plácemе y parabien de ella con grande júbilo y regocijo (4).

Este es el amor que los Santos tienen á Dios en el cielo, y la union y conformidad que tienen con su divina voluntad, hablando conforme á la poquedad de nuestro entendimiento. Pues eso es lo que nosotros habemos de procurar imitar acá á nuestro

(1) Quoniam cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est. *I. Joann.* III, 2.
(2) Fructus autem Spiritus est gaudium. *Ad Gal.* V, 22.

(1) I. ad Cor. II, 9.
(2) Apoc. XXII, 1; et *Ps.* XLV, 5.
(3) Alleluia; quoniam regnavit Dominus Deus noster omnipotens, gaudeamus, et exultemus, et demus gloriam ei. *Apoc.* XIX, 6.
(4) Benedictio, et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, et virtus, et fortitudo Deo nostro in saecula saeculorum, amen. *Apoc.* VII, 12.

modo, para que se haga la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo. Dijo Dios á Moisés, cuando le mandó hacer el Tabernáculo: "Mira, que hagas todas las cosas conforme á la traza que te mostré en el monte (1);" asi nosotros todo lo habemos de hacer acá á la traza que se hace allá en aquel monte soberano de la Gloria (2). Y asi habemos de estar amando y queriendo lo que están amando y queriendo los bienaventurados en el cielo, y lo que está amando y queriendo el mismo Dios, que es su misma gloria y su ser sumamente perfecto y glorioso.

Para que cada uno pueda hacer esto mejor, pondremos aqui brevemente la práctica de este ejercicio. Cuando estais en la oracion, considerad con el entendimiento el ser infinito de Dios, su eternidad, su omnipotencia, su infinita sabiduría, hermosura, gloria y bienaventuranza; y estaos con la voluntad holgando, y regocijando, y tomando complacencia y contentamiento de que Dios sea quien es, de que sea Dios, de que de sí mismo tenga el ser y el bien infinito que tiene, de que no tenga necesidad de nadie y todos la tengan de él, de que sea todo poderoso, y tan bueno, y tan santo, y tan lleno de gloria, como en sí mismo es. Y asi de todas las demas perfecciones y bienes infinitos que hay en Dios.

Este, dice Santo Tomás (3) y los teólogos que es el acto mayor y mas perfecto de amor de Dios. Y asi es tambien el mas alto y mas aventajado ejercicio de conformidad con la voluntad de Dios; porque no hay mayor ni mas perfecto amor de Dios que el que el mismo Dios se tiene á sí mismo, que es de su misma gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso, ni puede haber mejor voluntad que esa. Luego tanto mayor y mas perfecto será nuestro amor, cuanto mas se asemejare á este amor con que Dios se ama á sí mismo, y tanto mayor y mas perfecta será nuestra unión y conformidad con su divina voluntad. Y mas: dicen allá los filósofos, que amar á uno es quererle bien (1). De donde se sigue, que cuanto mayor bien deseamos á uno, tanto mas le amamos. Pues el mayor bien que podemos querer á Dios, es el que él se tiene, que es su ser infinito, su bondad, sabiduría, omnipotencia y gloria infinita. Cuando amamos á alguna criatura, no solamente nos agradamos del bien que ya tiene; mas podemos quererle algun bien que no tiene, porque toda criatura puede crecer; mas á Dios no podemos quererle en sí mismo algun bien que no tenga, porque es del todo infinito; y asi no puede tener en sí mas poder, ni mas gloria, ni mas sabiduría, ni bondad de la que tiene. Y así, holgarnos y regocijarnos, y tener complacencia y contentamiento de que Dios tenga estos bienes que tiene, y que sea tan bueno como es, tan rico, tan poderoso, tan infinito y tan glorioso, es el mayor bien que le podemos querer, y por consiguiente el mayor amor que le podemos tener.

De manera, que asi como los Santos que están en el cielo, y la Humanidad santísima de Cristo nuestro Redentor y la Virgen gloriosísima nuestra Señora, y todos los coros de los ángeles se están holgando de ver á Dios tan hermoso y tan abastado de bienes, y es tan grande el gozo y regocijo que en esto sienten, que no se satisfacen sino prorumpiendo en alabanzas de este Señor, y no se hartan de estarle alabando y bendiciendo para siempre jamás, como dice el Profeta:

---

(1) Inspice, et fac, secundum exemplar, quod tibi in monte monstratum est. *Exod.* XXV, 40.

(2) P. M. Ávila, *t.* 1. *Epistol.*—P. Francisco Arias, *p.* 2 *del aprovechamiento espiritual, trat.* 5, *p.* 2, *c.* 3 *y* 4.—P. Luis de la Puente, *tom.* 2, *de sus medit., p.* 6.

(3) S. Thom. 2-2, *q.* 28, *art.* 5, *ad* 3, *et art.* 2.

(1) Amare est velle alicui bonum. *Arist. Reth. lib.* 2, *cap.* 4.

"Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu casa, que te alabarán por los siglos de los siglos (1);" asi nosotros habemos de juntar nuestros corazones y levantar nuestras voces con las suyas, como nos lo enseña nuestra Madre la Iglesia (2). Siempre, ó lo mas contínuamente que pudiéremos, habemos de estar alabando y glorificando á Dios, holgándonos y glorificándonos del bien y gloria y señorío que tiene, y dándole el pláceme y parabien de ello, y de esta manera nos asemejaremos acá á nuestro modo á los bienaventurados y al mismo Dios, y tendremos el mas alto amor y la mas perfecta conformidad con la voluntad de Dios que podemos tener.

CAPITULO XXXIII.

Cuán encomendado y repetido es este ejercicio en la Escritura divina.

Por lo mucho que en la Escritura divina se encomienda y repite este ejercicio, se entenderá bien su valor y escelencia y cuán agradable sea á Dios, y juntamente podremos tomar de ahí materia para ejercitarle y detenernos mas en él. El Real Profeta David en los Salmos á cada paso nos convida á este ejercicio, diciendo: «Alegraos, justos, en el Señor, deleitaos y regocijaos, y complaceos en sus bienes infinitos, y daros há lo que le pidiéredes, ó por mejor decir lo que deseáredes y hubiéredes menester. Porque esta es una oracion, en la cual, sin pedir, pedis, y oye Dios el deseo de vuestro corazon (3).» El Apóstol San Pablo, escribiendo á los filipenses, dice: "Gozaos en el Señor siempre." Y pareciéndole que no era consejo este para decirle una sola vez, torna á repetir: "Otra vez os digo que os holgueis (1)." Este es el gozo en que se alegró la Virgen Santísima, cuando dijo en su Cántico: "Alegróse mi espíritu en Dios mi salud (2)." Con este gozo se alegró tambien Cristo nuestro Redentor, cuando dice el sagrado Evangelio: "Alegróse en el Espíritu Santo (3)." El profeta David dice que era tan grande el gozo y regocijo que recibia su alma, considerando cuán grande es el bien y la gloria de Dios, y cuán digno es de que todos se gocen del bien infinito que tiene, que de la grande abundancia redundaba el alegría al cuerpo y se encendia la misma carne en amor de Dios: "Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo (4)." Y en otra parte dice: "Mi ánima se alegrará en el Señor y se gozará en Dios, autor de su salud, y todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como Vos (5)?" Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, en el principio de las horas canónicas, comenzando los maitines, nos convída con el Invitatorio á amar de esta manera al Señor, alegrándonos y regocijándonos en sus bienes infinitos, y es tomado del salmo noventa y cuatro (6): "Venid, alegrémonos en el

(1) Beati qui habitant in domo tua, Domine; in saecula saeculorum laudabunt te. *Ps.* VIII, 5.

(2) Cum quibus, et nostras voces, ut admitti jubeas deprecamur, supplici confessione dicentes: Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth, pleni sunt coeli, et terra gloria tua.

(3) Laetamini in Domino, et exultate justi, et gloriamini omnes recti corde. Exultate justi in Domino. Delectare in Domino, et dabit tibi petitiones cordis tui. *Ps.* XXXI, 11.—*Ps.* XXXII, 1.—*Ps.* XXXVI, 4.

(1) Gaudete in Domino semper. Iterum dico gaudete. *Ad Phil.* IV, 4.

(2) Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. *Luc.* I, 14.

(3) Exultavit Spiritu Sancto. *Luc.* X, 21.

(4) Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum. *Ps.* LXXXIII, 3.

(5) Anima mea exultabit in Domino, et delectabitur super salutari suo; omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi? *Ps.* XXXIV, 9.

(6) Venite exultemus Domino, jubilemus Deo salutari nostro, praeoccupemus faciem ejus in confessione, et in psalmis jubilemus ei. Quoniam Deus magnus Dominus, et rex magnus super omnes Deus etc. Quoniam ipsius est mare, et ipse fecit illud, et aridam fundaverunt manus ejus, etc. *Ps.* XCIV.

Señor y cantemos cánticos de alabanza á Dios nuestra salud; porque es grande sobre todos, y suyo es el mar y la tierra; todo es obra de sus manos." Y por la misma razon, y para el mismo efecto nos pone la Iglesia al fin de todos los salmos aquel verso: *Gloria Patri, et Filio, etc.* Este es aquel entrar en el gozo de Dios (1) que dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio; participar de aquel gozo infinito de Dios, y estarnos gozando y regocijando, juntamente con el mismo Dios, de su gloria y hermosura y riqueza infinita.

Para que nos aficionemos mas á este ejercicio y procuremos andar siempre en este gozo y regocijo, nos ayudará mucho considerar cuán bueno, cuán hermoso y glorioso es Dios: éslo tanto, que solo verle hace á los que le ven bienaventurados; y si los que están en el infierno viesen á Dios, cesarian todas las penas y se trocaria el infierno en Paraiso. "En eso consiste la gloria de los Santos, en ver á Dios (2)," dice el mismo Cristo por San Juan. Eso es lo que nos hace bienaventurados, y esto no por un dia, ni por un año, sino para siempre jamás, que nunca se hartarán de estar mirando á Dios; sino siempre se les hará nuevo este gozo, conforme á aquello del Apocalipsi: "Y cantaban como un cántico nuevo (3)." Harto parece que se declara con esto la bondad, hermosura y perfeccion infinita de Dios; pero aun hay mas que añadir, y harto mas. Es Dios tan hermoso y tan glorioso, que el mismo Dios, viéndose, es bienaventurado: la gloria y bienaventuranza de Dios es verse y amarse á sí mismo. Mirad si tenemos razon de holgarnos y gozarnos en una bondad y hermosura y en una gloria tan grande que alegra toda aquella ciudad de Dios, y hace á todos aquellos ciudadanos bienaventurados, y el mismo Dios tambien conociéndose y amándose es bienaventurado (1).

(1) Intra in gaudium Domini tui. *Matth.* XXV, 21.
(2) Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum. *Joann.* XVII, 3.
(3) Et cantabant quasi canticum novum. *Apoc.* XIV, 3.

CAPITULO XXXIV.

Cómo nos podremos estender en este ejercicio.

Podemos tambien humanarnos y estendernos mas en este ejercicio, ejercitando este amor con aquella sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, considerando su dignidad y perfeccion grande, y tomando complacencia y contentamiento en eso, holgándonos y regocijándonos de que aquella benditísima humanidad de Cristo esté tan sublimada y unida con la Persona Divina, que esté tan llena de gracia y de gloria, que sea instrumento de la divinidad para obrar cosas altas, como son la santificacion y glorificacion de todos los escogidos, y todos los dones y gracias sobrenaturales que se comunican á los hombres; y finalmente, holgándonos y regocijándonos de todo lo que pertenece á la perfeccion y gloria de aquella alma gloriosísima y de aquel cuerpo santísimo de Cristo nuestro Redentor; y deteniéndonos en eso con entrañable amor y regocijo, al modo que consideran los Santos que se regocijaria la sacratísima Reina de los Angeles el dia de la Resurreccion, cuando vió á su benditísimo Hijo tan triunfante y glorioso. Y como dice la Escritura Divina del patriarca Jacob, que cuando oyó decir que su hijo vivia y era señor de toda la tierra de Egipto, se alegró tanto que revivió su espíritu y dijo: «Bástame á mí que mi hijo José viva; no quiero mas de verle y con eso moriré contento (2).»

(1) S. Thom. 1 p. q. 26, art. 2.
(2) Gen. XLV, 28.

Este mismo ejercicio podemos tener de la gloria de nuestra Señora y de los demas Santos. Y será muy buena devocion en sus fiestas gastar alguna parte de la oracion en este ejercicio, porque será uno de los mayores servicios que les podemos hacer; pues el mayor amor que les podemos tener es quererles el mayor bien que ellos pueden tener, y holgarnos y regocijarnos de su gloria tan grande, y estarnos allí dándoles el parabien de ella; y asi la Iglesia nos pone este ejercicio en la fiesta de la Asuncion de Nuestra Señora: «Hoy la Vírgen Maria sube al cielo; alegraos, porque con Cristo reina para siempre (1).» Y comienza el oficio de la misa en esta fiesta y en otras muchas, convidándonos á este ejercicio, y animándonos á él con el ejemplo de los ángeles que se ejercitan en él: «Alegrémonos todos en el Señor, celebrando este dia de fiesta en honra de la bienaventurada Vírgen Maria, de cuya Asuncion se alegran los ángeles, y juntos alaban al Hijo de Dios (2).» Y hay otro bien y provecho grande en ejercitar este ejercicio con los Santos, y especialmente con la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, y es, que de ahí viene uno poco á poco á subir y tener entrada en esotros ejercicios de la divinidad; porque, como dice el mismo Cristo (3), él es el camino y la puerta para entrar al Padre.

Tambien en este ejercicio, que se ejercita con Dios en cuanto Dios, hay sus grados, y nos podemos humanar mas en él, descendiendo á cosas de acá; porque, aunque es verdad que Dios no puede crecer en sí, porque es infinito, y asi no podemos quererle en sí mismo algun bien que él no tenga; pero puede Dios crecer esteriormente en las criaturas, que es ser mas conocido y amado y glorificado de ellas. Y asi podemos tambien ejercitar este amor, queriendo á Dios este bien esterior. Y asi, considerando el alma en la oracion cuán digno es Dios de ser amado y servido de las criaturas, nos habemos de estar queriendo y deseando que todas las almas criadas, y por criar, le conozcan, amen, alaben y glorifiquen en todas las cosas. «¡Oh, Señor, y quién pudiera convertir á cuantos infieles y pecadores hay en el mundo y hacer que nadie os ofendiera, y todos os obedecieran y se emplearan en vuestro servicio ahora y para siempre jamás!» "Santificado sea tu nombre. Toda la tierra te adore y te cante, y diga cánticos á tu nombre (1)." Y allí nos podemos estar pensando mil maneras de servicios que las criaturas podian hacer á Dios y estarlos deseando.

De aquí ha de descender cada uno á desear y procurar hacer la voluntad de Dios y su mayor gloria, en lo que á él le pertenece, procurando hacer siempre todo aquello que entendiere ser voluntad de Dios y mayor gloria suya, conforme á aquello que Cristo nuestro Redentor dice de sí en el Sagrado Evangelio: "Yo siempre hago lo que agrada á mi Padre (2);" porque, como dice el Evangelista San Juan: "El que dice que conoce y ama á Dios y no hace su voluntad, ni guarda sus Mandamientos, no dice verdad, miente; pero el que los guarda, y hace la voluntad de Dios, ese tiene perfecta caridad y amor de Dios (3)."

---

(1) Hodie Maria Virgo coelos ascendit, gaudete quia cum Cristo regnat in aeternum.

(2) Gaudeamus omnes in Domino, diem festum celebrantes, sub honore beatae Mariae Virginis, de cujus Assumptione gaudent Angeli, et collaudant Filium Dei.

(3) Joann. X, 7; XIV, 6.

(1) Santificetur nomen tuum. Omnis terra adoret te, et psallat tibi, psalmum dicat nomini tuo. *Matth.* VI, 9. *Psalm.* LXV, 4.

(2) Quia ego quae placita sunt ei facio semper. *Joann.* VIII, 29.

(3) Qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est; et in hoc veritas non est.— Qui autem servat verbum ejus, vere in hoc charitas Dei perfecta est. *I. Joann.* II, 4.

De manera, que para amar á Dios y tener entera conformidad con su voluntad, no basta que el hombre tome complacencia de los bienes de Dios y quiera que todas las demas criaturas amen y glorifiquen á Dios, sino es menester que el mismo hombre se ofrezca y dedique todo al cumplimiento de la voluntad de Dios; porque ¿cómo puede uno decir con verdad que desea la mayor gloria de Dios, si en lo que él puede y está en su mano no la procura? Y este amor es el que ejercita el alma cuando en la oracion está formando propósitos y deseos verdaderos de cumplir la voluntad de Dios en esto y en aquello y en todo lo demas que se ofreciere; que es el ejercicio en que ordinariamente nos solemos ejercitar en la oracion.

Con esto habemos abierto grande campo para podernos ocupar en la oracion mucho tiempo en este ejercicio y declarado el provecho y perfeccion grande que hay en él. No resta sino que pongamos las manos á la obra y que comencemos á ensayarnos acá en el suelo en lo que habemos de ejercitar despues para siempre y tan aventajadamente en el cielo. Aqui se ha de comenzar á encender en nosotros este fuego de amor de Dios; pero las llamaradas, la alteza y perfeccion de él será en aquella Jerusalen Celestial, que es la Gloria (1).

(1) Cujus ignis est in Sion, et caminus ejus in Jerusalem. *Isai.* XXXI, 9.

PARTE SEGUNDA.

DEL EJERCICIO DE ALGUNAS VIRTUDES QUE PERTENECEN A LOS QUE TRATAN DE SERVIR A DIOS.

AL LECTOR.

Aunque mi principal intento en esta obra fué servir á los religiosos; pero con todo eso va dispuesta de tal manera, que será de mucho provecho para todo género de gente que trata de virtud, como digimos en la primera parte. Y especialmente esta segunda es muy acomodada para los seglares que desean de veras servir á Dios; porque, si bien se considera, los tales al principio como buenos labradores han de romper y arar la tierra de su corazon con la mortificacion de sus pasiones y apetitos desordenados, refrenando en particular la lengua y los demas sentidos, humillándose delante de Dios para conseguir el fruto deseado de la buena semilla que en ella se sembrare de buenas obras. Y asi tratamos en los tres primeros tratados de la Mortificacion, Modestia, Silencio y Humildad, que son las virtudes en que mas se debe ejercitar un cristiano desde el principio de su conversion. Y porque en aplicándonos al servicio de nuestro Señor, es consejo del Espíritu Santo que vivamos con temor y nos preparemos para resistir á las tentaciones, decimos en el cuarto tratado los bienes y provechos que de ellas se siguen, y damos medios para vencerlas; y en el quinto y sesto esplicamos algunos impedimentos y estorbos que suelen recrecerse á los siervos de Dios; y declararemos de cuánta importancia sea el andar alentados, contentos y alegres en el camino de la virtud; efectos admirables que redundan en el alma del que conoce el tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo nuestro Redentor y en su sagrada Pasion, de lo cual decimos en el séptimo tratado, donde se pone el modo que habemos de tener en la meditacion de estos soberanos misterios y el fruto que habemos de sacar de ellos; y al fin, por remate de esta segunda Parte, se enseña cómo nos debemos preparar para recibir el Santísimo Sacramento de la Comunion y cómo nos habemos de aprovechar de ella. Todo lo cual se trata muy prácticamente, para que cada uno, segun su estado, lo pueda mejor ejercitar y poner por obra, que es lo que principalmente pretendemos en este libro. Reciba, pues, el cristiano lector este pequeño trabajo; con el cual y con un buen deseo favorecido de Dios, alcanzará victorias de sus pasiones, recato en sus palabras, modestia en sus acciones, consuelo y remedio en sus tentaciones, riqueza grande en Jesucristo, devocion en su recogimiento y grande fruto en su alma.

Alonso Rodriguez.

TRATADO PRIMERO.

De la mortificacion.

CAPITULO I.

Que es menester juntar la mortificacion con la oracion, y que estas dos cosas se han de ayudar la una á la otra.

"Bueno es juntar la oracion con el ayuno," dijo el Angel Rafael á Tobias cuando se le descubrió (1). Por nombre de ayuno entienden comunmente los Santos todo género de penitencia y mortificacion de la carne. Estas dos cosas, mortificacion y oracion, son dos medios de los mas principales que tenemos para nuestro aprovechamiento, los cuales conviene que anden juntos y acompañados el uno con el otro. El bienaventurado San Bernardo, sobre aquellas palabras de los Cantares: "¿Quién es esta que sube por el desierto como un pevete compuesto de diversas especies aromáticas de mirra é incienso que va echando grande olor de sí (2)?," dice (3) que estas dos cosas, la mirra y el incienso, por las cuales son significadas la mortificacion y la oracion, nos han de acompañar siempre, y nos han de hacer subir á lo alto de la perfeccion y dar buen olor de nosotros á Dios; y que la una sin la otra poco ó nada aprovecha; porque si uno trata de mortificar la carne, y no trata de oracion, será soberbio; y á este se le podrá muy bien decir aquello del Profeta: "¿Por ventura comeré carne de toros ó beberé sangre de cabrones (1)?" No agradan á Dios esos sacrificios de carne y sangre á solas. Y si uno se diere á la oracion y se olvidare de la mortificacion, oirá lo que dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: "¿Para qué me llamais con la oracion: Señor, Señor, y no haceis lo que os digo (2)? Y aquello del Sábio: "El que aparta sus oidos de oir la ley, será execrable su oracion (3). No agradará á Dios vuestra oracion, si no poneis por obra su voluntad. San Agustin dice (4) que asi como en el templo que edificó Salomon, hizo dos altares, uno allá fuera donde se mataban los animales que se habian de sacrificar; otro dentro en el *Sancta Sanctorum*, donde se ofrecia incienso com-

(1) Bona est oratio cum jejunio. *Tob.* XII, 8.
(2) Quae est ista, quae ascendit per desertum sicut virgula fumi, ex aromatibus myrrhae, et thuris? *Cant.* III, 6.
(3) Bern. *serm.* 59, *ex parvis.*

(1) Numquid manducabo carnes taurorum, aut sanguinem hircorum potabo? *Ps.* XL, 13.
(2) Quid autem vocatis me Domine, Domine, et non facitis quae dico? *Luc.* VI, 46.
(3) Qui declinat aures suas, ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis. *Prov.* XXVIII, 9.
(4) August. *serm.* 255 *de tempore.*

puesto de diversas especies aromáticas; así tambien ha de haber en nosotros dos altares; uno allá dentro en el corazon, donde se ofrezca el incienso de la oracion, conforme aquello de San Mateo: "Cuando orares, entra en tu aposento: y cerrada la puerta, ora á tu Padre en lo retirado (1);" otro acá fuera en el cuerpo, que ha de ser la mortificacion. De manera, que siempre han de andar juntas y hermanadas estas dos cosas, y la una ha de ayudar á la otra, porque la mortificacion es disposicion necesaria para la oracion, y la oracion es el medio para alcanzar la perfecta mortificacion.

Cuanto á lo primero, que la mortificacion sea disposicion y medio necesario para la oracion, todos los santos y maestros de la vida espiritual lo enseñan y dicen que así como en un pergamino no se puede escribir si no está muy bien raido y quitado la carne, así si nuestra ánima no está desarraigada y apartada de las aficiones que nacen de la carne, no está dispuesta para que el Señor escriba é imprima en ella su sabiduría y dones divinos. "¿A quién enseñará Dios su sabiduría, dice el Profeta Isaías (2), y á quién dará oidos y entendimiento para entender sus misterios? A los destetados de la leche y á los apartados de los pechos." Quiere decir: á los que por su amor se apartaren y destetaren de los regalos y placeres del mundo y de los apetitos y deseos de la carne. Quiere Dios quietud y reposo para entrar en nuestro corazon, y que haya mucha paz y sosiego en nuestra alma (3). Esto entendieron aún los filósofos gentiles, porque todos confiesan que nuestra ánima se hace sabia cuando está quieta y sosegada, que es cuando las pasiones y apetitos sensuales están mortificados y quietos, porque en este tiempo no hay pasiones vehementes que con sus desordenados movimientos perturben la paz del ánima y cieguen los ojos de la razon, que eso es propio de la pasion, cegar la razon y disminuir la libertad de nuestro alvedrío, como se ve en un hombre airado que la ira parece que le hace perder el juicio y parecer furioso y frenético. Si le preguntais, ¿cómo digistes ó hicistes aquello? Responde: no estaba en mí? Pero cuando las pasiones están mortificadas y sosegadas, el entendimiento queda claro para conocer lo bueno y la voluntad libre para abrazarlo, y de esta manera viene el hombre á hacerse sábio y virtuoso. Pues esta paz y quietud quiere tambien Dios nuestro Señor para reposar en el alma é infundir en ella su sabiduría y dones divinos. Y el medio para alcanzar esta paz es la mortificacion de nuestras pasiones y apetitos desordenados, y así la llama Isaías: "fruto y efecto de la justicia (1)."

Declara esto muy bien San Agustin sobre aquello del Profeta: "la justicia y la paz se dieron ósculo;" dice: «tú quieres la paz y no haces justicia; haz justicia y hallarás la paz; porque están tan unidas y abrazadas entre sí estas dos cosas, que no sabe andar la una sin la otra; y así, si no amares la justicia, no te amará á tí la paz ni vendrá á tí (2).» Con la guerra se alcanza la paz, y si no quereis tener guerra con vos mortificándoos, contradiciéndoos y venciéndoos, no alcanzareis esta paz tan necesaria para la oracion. «¿Quién mas te impide y enoja,

(1) Tu autem cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio ora Patrem tuum in abscondito. *Matth.* VI, 6.

(2) Quem docebit scientiam? et quem intelligere faciet auditum? ablactatos à lacte, avulsos ab uberibus. *Isai.* XXVIII, 9.

(3) Et factus est in pace locus ejus. *Ps.* 75.

(1) Et erit opus justitiae pax. *Isai.* XXXII, 17.

(2) Justitia, et pax osculatae sunt; fac justitiam, et habebis pacem, ut osculentur se justitia, et pax. Si non amaveris justitiam, pacem non habebis: quia duae amicae sunt justitia, et pax, ipsae se osculantur; si amicam justitiam non amaveris, non te amabit ipsa pax, nec veniet ad te. *Aug. Ps.* LXXXIV, 11.

dice aquel Santo (1), que la aficion de tu corazon no mortificada? Esas pasiones, esos apetitos é inclinaciones malas que teneis, os desasosiegan, y no os dejan entrar en la oracion; eso es lo que os inquieta en ella, y lo que hace tanto ruido y estruendo en vuestra ánima que os despierta de ese dulce sueño, ó por mejor decir, no os deja entrar ni reposar en él. Cuando uno ha cenado demasiado, no puede dormir ni sosegar de noche, porque aquellas crudezas del estómago, y aquellos vapores gruesos que se levantan, le inquietan de tal manera que le hacen estar toda la noche dando vuelcos de una parte á otra, sin poder sosegar. Eso mismo acontece en la oracion. Tenemos muy pesado el corazon, porque el amor propio desordenado, la aficion á cumplir nuestros apetitos, el deseo de ser tenidos y estimados, la gana grande que tenemos de que se cumpla nuestra voluntad, embarazan tanto el corazon, y levantan tantos vapores, y producen tantas y tales figuras, que no nos dejan recoger, ni tener el corazon fijo en Dios. De esta manera declaran aquello que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (2): "Mirad, no sea que se agraven vuestros corazones con la gula, embriaguez y cuidados de esta vida;" "que se entienda, no solamente de la embriaguez del vino, sino de las demas cosas del mundo, conforme á aquello del Profeta Isaías: "Oye embriagada y no de vino (3)." Del corazon inmortificado sale una niebla oscura que impide y quita la presencia del Señor en nuestra alma. Y eso es lo que dice el Apóstol San Pablo: "El hombre animal no percibe ni entiende las cosas del Espíritu de Dios (1)," porque son muy delicadas, y él está muy material y muy grosero, y asi ha menester desbastarse y adelgazarse con la mortificacion.

De aqui se entenderá la solucion de una duda principal, ¿qué es la causa que siendo la oracion, por una parte tan suave y gustosa, porque orar es conversar y tratar con Dios, cuya conversacion y trato no trae consigo amargura ni enfado alguno, sino grande gozo y alegría (2), y siéndonos por otra parte tan provechosa y necesaria, con todo eso se nos hace tan dificultosa y vamos con tanta pesadumbre á ella y hay tan pocos dados á la oracion? Dice San Buenaventura: «Hay algunos que están en la oracion, y ejercicios espirituales, como por fuerza, como los cachorros que están atados á estaca (3).» La causa de esto es la que vamos diciendo: La oracion de suyo no es dificultosa, pero éslo y mucho la mortificacion, que es la disposicion necesaria para ella; y porque no tenemos esta disposicion, por eso se nos hace tan pesada y dificultosa la oracion, como vemos acá en lo natural, que la dificultad no está en introducir la forma, sino en disponer el sugeto para ella. Si no, miradlo en un leño verde, la obra que pone el fuego para quitarle aquel verdor, la humareda que se levanta, qué de tiempo es menester hasta disponerle; pero dispuesto, en un instante se entra el fuego como en su casa, sin ninguna dificultad. Asi es en nuestro propósito; la dificultad está en quitar el verdor de nuestras pasiones, en mortificar nuestros apetitos desordenados, en desarraigarnos y desaficionarnos de las cosas de la

(1) Thomas de Kempis, *lib.* 1 *de Contemptu mundi, c.* 3.
(2) Attendite autem vobis, ne forte graventur corda vestra in crapula, et ebrietate, et curis hujus vitae. *Luc.* XXI, 34.
(3) Audi hoc pauperecula, et ebria et non á vino. *Isai.* LII, 21.

(1) Animalis autem homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei. *I. ad Corint.* II, 14.
(2) Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec taedium convictus illius, sed laetitiam, et gaudium. *Sapient.* VIII, 16.
(3) Quasi ligati catuli ad stipitem, renitenti animo cogimur esse in divinis. *Bonav. l.* 1 *de Profectu Religiosorum, cap.* 16.

tierra; que esto hecho, con gran facilidad y ligereza se iria el ánima á Dios y gustaria de tratar y conversar con él. Cada uno gusta de conversar y tratar con sus semejantes, y asi el hombre mortificado, como ya se ha espiritualizado y hecho semejante á Dios con la mortificacion, gusta de conversar y tratar con Dios, y Dios tambien gusta de conversar y tratar con él: "Mis delicias son tratar con los hijos de los hombres (1)." Pero cuando uno está lleno de pasiones y de apetitos desordenados, y que tira de él la honrilla, la aficioncilla, el gusto, el entretenimiento y el regalo, este tal siente mucha dificultad en tratar y conversar con Dios; porque le es muy desemejante en la condicion y gusta de tratar con sus semejantes de cosas terrenas y bajas: "Se hicieron abominables, dice la Escritura (2), como las cosas que amaron."

Decia uno de aquellos Santos Padres: asi como cuando está turbia el agua es imposible que uno vea su rostro en ella, ni otra cosa alguna, asi si no está el corazon purgado y purificado de las aficiones de la tierra que le turban é inquietan, y sosegado de vanos é impertinentes cuidados, no podrá ver en la oracion el rostro de Dios, esto es, la profundidad de sus misterios, ni el Señor se le descubrirá. "Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios (3)." La oracion es una vista espiritual de los misterios y obras divinas; y asi como para ver bien con los ojos del cuerpo es menester tenerlos limpios y claros, asi para ver bien las obras de Dios con los ojos del alma, es menester tener limpio el corazon. Dice San Agustin sobre estas palabras: «Si quereis ver y contemplar á Dios, tratad primero de limpiar el corazon y quitar de él todo lo que le desagrada (1).» El abad Isaac, como refiere Casiano (2), declaraba esto con una comparacion. Decia que era en esto nuestra ánima como una pluma muy liviana, la cual, si no está mojada ni apegada con otra cosa, sino pura y limpia de toda vascosidad, con cualquier aire, por pequeño que sea, luego se levanta de la tierra y sube á lo alto, y anda volando y revoloteando por el aire; pero si está mojada ó tiene pegada alguna vascosidad, aquel peso no la deja levantar ni subir á lo alto, sino antes la tiene soterrada y hundida en el cieno: asi nuestra ánima, si está pura y limpia, luego se levanta y sube á Dios con la marea suave y ligera de la consideracion y meditacion; pero si está pegada y aficionada á las cosas de la tierra y cargada con pasiones y apetitos desordenados, esos la agravan y tienen tan oprimida que no la dejan levantar á las cosas del cielo ni tener bien oracion. Decia el santo abad Nilo (3): «Si á Moisés se le prohibió llegar á la zarza hasta que se descalzase los zapatos, ¿cómo quereis vos llegar á ver á Dios y á tratar y conversar con él, lleno de pasiones y aficiones de cosas muertas?»

En el cuarto libro de los Reyes tenemos un ejemplo que declara bien esta paz y sosiego que habemos de tener de nuestros afectos y pasiones para entrar en la oracion y tratar con Dios. Cuenta la Sagrada Escritura que, yendo el rey de Israel, Jorán, y Josafat, rey de Judá, y el rey de Edon á pelear contra el rey de Moab, caminando

(1) Delitiae meae esse cum filiis hominum. *Prov.* VIII, 31.
(2) Facti sunt abominabiles, sicut ea quae dilexerunt. *Ossee.* IX, 10.
(3) Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt. *Matth.* V, 8.

(1) Deum videre vis? prius ergo cogita de corde mundando, et quidquid ibi vides, quod Deo displicet, tolle. *August. serm.* 2 *de Ascensione Domini, qui est* 175 *de tempore.*
(2) Casian. *collat.* 9, *cap.* 4.
(3) Nilus abbas, et martir, de *Oratione*, c. 3, *in Bibliot. Sanctorum Patrum*, t. 3.

por el desierto faltóles el agua y perecia de sed todo el ejército; fueron á consultar al Profeta Eliseo, y dícele el Rey de Israel, que era malo é idólatra: «¿qué es esto? ¿cómo nos ha juntado Dios á tres reyes para entregarnos á los moabitas?» Respondió Eliseo: "¿Qué tienes que ver conmigo? anda vé á los Profetas de tu Padre y de tu Madre; vive el Señor de los Ejércitos, en cuya presencia estoy, que si no mirara al rey de Judá, Josafat, no hiciera caso de tí ni te miraria; pero traedme aqui un harpista (1)." Reprendióle con un celo y corage santo, dándole en rostro con sus pecados é idolatrías; pero al fin, por respeto del rey Josafat, que era bueno y santo, quísoles declarar las mercedes que el Señor les habia de hacer en aquella jornada, dándoles luego abundancia de agua y despues victoria de sus enemigos. Empero, porque con aquel corage y celo, aunque santo, se habia desasosegado y turbado algo, para quietarse y sosegarse, y asi recibir la respuesta de Dios, manda que le traigan un músico, y venido, quieto y sosegado con la música, comienza á decir las maravillas que el Señor habia de obrar con ellos. Pues si de una turbacion buena y santa fué menester que el que era santo se quietase y sosegase para tratar con Dios y recibir su respuesta, ¿qué será de la turbacion y desasosiego que no es santo ni bueno, sino imperfecto y malo?

Cuanto á lo segundo, que la oracion sea medio para alcanzar la mortificacion, dijímoslo largamente tratando de la oracion (2), y ese es tambien el fruto que habemos de sacar de ella, y la oracion que no tiene por hermana y compañera la mortificacion, la tienen los Santos por sospechosa; y con razon, porque asi como para labrar el hierro no basta ablandarle con el calor de la fragua, si no acudimos con el golpe del martillo para darle la figura que queremos, asi no basta ablandar nuestro corazon con el calor de la oracion y devocion, si no acudimos con el martillo de la mortificacion para labrar nuestra ánima y quitarle los siniestros que tiene, y figurar en ella las virtudes que ha menester. Y para eso ha de ser la dulzura de la oracion y la suavidad del amor de Dios, para facilitar el trabajo y dificultad que hay en la mortificacion, y animarnos y esforzarnos con eso á negar nuestra voluntad y vencer nuestra mala condicion. Y no habemos de parar en la oracion hasta alcanzar con la gracia del Señor esta perfecta mortificacion de nuestras pasiones, de que tanta necesidad tenemos, y que los Santos y toda la Escritura divina tanto nos encomiendan.

San Agustin, sobre aquello del Génesis: "Creció el niño Isaac y destetáronle, é hizo Abrahan un grande convite en el dia que le destetaron (1)," pregunta: ¿qué es la causa que cuenta la Sagrada Escritura que nació el niño Isaac, aquel hijo tan prometido y deseado, en el cual habian de ser benditas todas las gentes, y no se hace fiesta en su nacimiento; y dice que le circuncidan al octavo dia, que era como acá el dia del bautismo solemne y tampoco se hace fiesta; y despues, cuando le destetan, cuando ponen acibar á los pechos de la madre, y el niño llora porque le quitan la leche, entonces dice que hizo fiesta su padre y banquete muy grande? ¿Qué quiere decir esto? Dice el Santo (2) que es menester

(1) ¿Quid mihi, et tibi est? Vade ad Prophetas patris tui, et matris tuae; vivit Dominus Exercituum, in cujus conspectu sto, quod si non vultum Josaphat Regis Judae erubescerem, non attendissem quidem te, nec respexissem; nunc autem adducite mihi psaltem. *IV. Reg.* III, 13.

(2) Trat. 5, p. 1.

(1) Crevit igitur puer, et ablactatus est. Fecitque Abraham grande convivium in die ablactationis ejus. *Genes.* XXI, 8.

(2) Aug. *q.* 50 *sup. Genes.*

que lo refiramos á algun sentido espiritual para poder dar la solucion; y que lo que nos quiere dar á entender en esto el Espíritu Santo, es que entonces ha de ser la fiesta y el regocijo espiritual, cuando uno va creciendo y haciéndose varon perfecto, y ya no es de aquellos que dice el Apóstol: "Como á niños os he dado leche y no manjar sólido (1)." Y aplicándolo mas á nosotros, lo que nos quiere decir es, que no es el gozo y regocijo de la Religion, ni de los superiores, que son nuestros padres espirituales, cuando naceis en la Religion entrando en ella, ni cuando al cabo del noviciado os reciben en ella; sino cuando ven que os vais destetando y dejando de ser niño, y que ya no gustais de los manjares y entretenimientos de los niños, sino que sabeis comer pan con corteza y os pueden tratar como á hombre espiritual y mortificado.

Fuera de esto tiene la oracion otra trabazon y hermandad particular con la mortificacion, que no solamente es medio para alcanzarla, sino ella misma en sí es grande mortificacion de la carne. Asi lo dice el Espíritu Santo por el Sábio en varios pasages: «Las vigilias y la frecuente meditacion y consideracion maceran y amortiguan la carne (2).» Y esto nos dá tambien á entender la Escritura Divina en aquella lucha que tuvo el Patriarca Jacob con el Angel toda la noche, de la cual dice que quedó cojo (3). Y por esperiencia vemos que los que se dan mucho á estos ejercicios mentales, andan flacos, descoloridos y enfermos, porque son una lima sorda que debilita y amortigua la carne, y gasta las fuerzas y la salud, y asi por todas partes ayuda mucho la oracion para la mortificacion.

(1) Tanquam parvulis in Christo lac vobis potum dedi, non escam. *I. ad Cor.* III, 1.
(2) Vigilia honestatis tabefaciet carnes. *Eccles.* XXXI, 1.—Frequens meditatio carnis afflictio est. *Eclesiastes,* XII, 12.
(3) Genes. LXXII, 24.

CAPITULO II.

En qué consiste la mortificacion, y de la necesidad que de ella tenemos.

Para que llevemos esto de raiz, es menester presuponer lo primero, que en nuestra ánima hay dos partes principales, que los teólogos llaman porcion superior y porcion inferior; y por otros términos mas claros, razon y apetito sensitivo. Y antes del pecado, en aquel dichoso estado de la inocencia y justicia original en que Dios crió al hombre, esta porcion inferior estaba perfectamente sujeta á la superior, el apetito á la razon, como cosa menos noble á la mas noble y como natural siervo á su señor. No crió Dios al hombre desordenado, como ahora estamos (1); entonces, sin ninguna dificultad ni contradiccion, antes con mucha facilidad y suavidad obedecia el apetito á la razon, y se iba el hombre á amar á su Criador y emplear todo en su servicio, sin haber cosa que le impidiese ni estorbase. Estaba entonces tan sujeto y rendido el apetito sensitivo á la razon que no se podia levantar movimiento ni tentacion ninguna de la carne, sino es que el mismo hombre libremente lo quisiese. No fuéramos entonces tentados de ira, ni de envidia, ni de gula, ni de lujuria, ni de otro mal deseo, sino es que nosotros por nuestra voluntad le quisiéramos tener. Empero por el pecado, como la razon se rebeló contra Dios, rebelóse tambien el apetito sensitivo contra la razon. "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero," decia el Apóstol san Pablo (2). Contra toda vuestra vo-

(1) Fecit Deus hominem rectum. *Eccl.* VII, 30.
(2) Non enim quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo malum, hoc ago. *Ad Rom.* VII, 19.

luntad, aunque os pese, se levantan en vuestro apetito sensitivo movimientos y aficiones contrarias. Y mas, si el hombre no pecara, el cuerpo estuviera dispuesto para cualquier obra que el ánima quisiera ejercitar, que no sintiera en él ningun impedimento. Pero ahora, para muchas cosas para que el alma se siente hábil y deseosa, le es estorbo el cuerpo (1): á la manera que cuando caminamos en una bestia de mal paso, y nos lleva molidos, y tropieza á menudo, cánsase, y á veces no la podemos menear, espántase de la sombra, échase al mejor tiempo; tal es ahora este nuestro cuerpo. Este fué el castigo y justo juicio de Dios, dice san Agustin (2); esta es la pena y la justicia que mandó hacer la Magestad de Dios nuestro Señor contra el hombre desobediente, que pues él no quiso obedecer á su Criador y Señor, que tampoco le obedezca á él su carne y apetito, sino que sienta en sí una contínua guerra y rebelion. Dicen los teólogos con Beda (3) que el hombre por el pecado no solo quedó despojado de la justicia original y de la gracia y de los demas dones sobrenaturales anejos á la justicia original, sino quedó llagado y estragado en lo natural; porque el entendimiento quedó oscurecido para entender las cosas de Dios, el libre alvedrío enfermo, la voluntad para lo bueno flaca, el apetito para lo malo fuerte y desenfrenado, la memoria derramada, la imaginacion tan inquieta y desasosegada que apenas podemos rezar un Pater noster con el pensamiento fijo puesto en Dios, sin que luego, casi sin sentirlo, nos hurte el cuerpo y se salga de casa, y corra por todos esos mundos sin parar; los sentidos curiosos, la carne sucia y mal inclinada; finalmente, quedó nuestra naturaleza tan llagada y estragada por el pecado que ya no camina como antes caminaba, ni puede lo que antes podia, sino que el que antes del pecado amaba á Dios mas que á sí, despues del pecado ama mas á sí que á Dios, y anda siempre aficionado y enamorado de sí mismo, y deseoso de hacer su propia voluntad, inclinado á cumplir sus apetitos y á dejarse llevar de sus pasiones y deseos, aunque sean contra la razon y contra Dios.

Mas: habemos de notar que, aunque por el bautismo se nos quita el pecado original, que fué causa de este desconcierto, empero no se nos quita esta esencion y rebeldía de nuestro apetito contra la razon y contra Dios que llaman los teólogos y los Santos «cebo é incentivo del pecado (1).» Quiso Dios nuestro Señor, por su justo y alto juicio y disposicion, que nos quedase esta rebeldía y contradiccion para reprimir nuestra soberbia y en pena de ella, para que anduviésemos siempre humillados, viendo nuestra miseria y bajeza. Crió Dios al hombre en grande honra y dignidad, adornándole y hermoseándole con muchos dones y gracias sobrenaturales, y él no lo supo conocer ni agradecer (2); y asi mereció que Dios le despojase y privase de eso y quedase hecho semejante á las bestias, sintiendo en sí deseos y apetitos bestiales, para que asi se conozca y humille, y no tenga ya ocasion de ensoberbecerse, que no tenemos ninguna si nos supiésemos conocer, sino muy muchas para andar siempre confundidos y humillados.

---

(1) Corpus, quod corrumpitur, aggravat animam. *Sap.* IX, 15.

(2) Haec est enim poena inobedienti homini reddita in semetipso, ut ei vicissim non obediatur neque a semetipso. *August. lib. contra adversarium legis, et Prophetarum cap.* 14.

(3) Fuit spoliatus gratuitis, et vulneratus in naturalibus. *Beda.*

(1) Fomes peccati. *Bon. lib.* 2 *de profectu religiosor. cap.* 33.

(2) Homo cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis. *Ps.* XLVIII, 21.

Lo segundo, habemos de suponer otro fundamento principal en esta materia, que se sigue de lo dicho: que este nuestro apetito, así desconcertado y desordenado, esta mala y perversa inclinacion de nuestra carne es el mayor impedimento y estorbo que tenemos para caminar en el camino de la virtud. Esto es lo que decimos comunmente, que la carne es nuestro mayor enemigo, porque de ahí nacen todas nuestras tentaciones y caídas, como dice Apóstol Santiago en su canónica: "¿De dónde entre vosotros hay guerras y contiendas, sino de vuestras concupiscencias, que batallan en vuestros miembros (1)?" Esa nuestra sensualidad y concupiscencia, ese amor propio desordenado que tenemos á nosotros mismos, es causa de todas nuestras guerras, de todos nuestros pecados y de todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos. Y así, esta es la mayor dificultad que hay en el camino de la virtud. Esto, los mismos filósofos, con la luz y razon natural, lo conocieron: Aristóteles dijo (2) que toda la dificultad de ser un hombre bueno y virtuoso está en refrenar y moderar los deleites y las tristezas; Epicteto reducia toda la suma de la filosofía á estas dos breves palabras: «Sufre y abstiénete (3);» porque toda la dificultad de la virtud está en estas dos cosas: en acometer y sufrir el trabajo y en abstenernos del deleite y gusto. Y bien lo esperimentamos todos, porque ningun hombre peca, sino ó por huir alguna dificultad y trabajo, ó por conseguir algun gusto ó deleite, ó no abstenerse de él. El uno peca por el amor y codicia de la hacienda; el otro por la codicia y ambicion de la honra; este por conseguir el deleite carnal y sensual; aquel por huir la dificultad y trabajo que siente en el cumplimiento de los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, porque tiene mucha dificultad en amar á su enemigo, ó en ayunar, ó en confesar sus pecados vergonzosos y ocultos. Todos los pecados nacen de aquí; y no solo los pecados, sino todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, como diremos despues (4).

Con esto se entenderá bien en qué consiste la mortificacion, que es en concertar y moderar nuestras pasiones y malas inclinaciones y el amor propio desordenado. Sobre aquellas palabras de Cristo nuestro Redentor: "El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su Cruz, y sigame (2);" dice San Gerónimo: «Aquel se niega á sí mismo y lleva su Cruz que antes no era honesto y se hace casto y honesto; antes no era templado, y se hace muy abstinente; antes era tímido y flaco, y se hace fuerte y constante (3).» Eso es negarse á sí mismo, hacerse otro del que antes era.

Esta es tambien la necesidad que de la mortificacion tenemos. Y así añade San Basilio: «Advertid, que primero dijo: *niéguese á sí mismo*; y luego dice: *y sígame*. Porque si no haceis primero esto de negar y quebrantar vuestra propia voluntad y mortificar vuestras malas inclinaciones y apetitos, hallareis muchas ocasiones y estorbos que os impedirán el seguir á Cristo: es menester allanar primero el camino con la mortificacion. Por eso pone él la mortificacion por fundamento, no solo de la perfeccion, sino de la vida cristiana (4). Esta es la cruz que

(1) Unde bella, et lites in vobis? nonne hinc ex concupiscentiis vestris, quae militant in membris vestris? *Jacob.* IV, 1.
(2) Arist. *lib.* 7 *Ethicor.* c. 7.
(3) Sustine, et abstine. *Epict.*

(1) Cap. XII.
(2) Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. *Luc.* IX, 23.—*Matth.* XVI, 24.
(3) Hyeron. *Epist. ad Algasiam.*
(4) Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes. *II. ad Cor.* IV, 10.

habemos de llevar siempre acuestas si queremos seguir á Cristo. Esto es lo que dijo Job: "que la vida del hombre es una continua guerra (1)," porque como dice San Pablo: "La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, porque son dos contrarios enemigos (2)." Esa es la guerra contínua que traemos con nosotros; y el que venciere y sujetare mejor su carne y apetitos, este será mejor y mas fuerte y valeroso soldado de Cristo. Y asi dicen los gloriosos Padres y doctores de la Iglesia Gregorio y Ambrosio (3), que esta es la verdadera fortaleza de los siervos de Dios: la cual no consiste en las fuerzas y brazos del cuerpo, sino en la virtud del ánimo, en vencer su carne, en contradecir sus apetitos y deseos, en menospreciar los deleites y contentos de esta vida, y en llevar bien los trabajos y adversidades que se ofrecen. Y añaden que mas es regirse uno á sí y ser señor de sí y de sus pasiones y sentidos, que regir y sujetar á otros, conforme á aquello del Sábio: "Mejor es el paciente que el varon fuerte; y el que se vence á sí mismo que el que conquista ciudades (4)." Y dá la razon San Ambrosio: «Porque mayores enemigos son nuestras malas inclinaciones y pasiones que los enemigos esteriores (5).» Y tratando de lo mucho que vino á valer José, dice que mas fué y mas hizo en regirse y ser señor de sí, no consintiendo con su ama en el adulterio, que en regir y gobernar despues todo el reino de Egipto (1). Y San Crisóstomo dice que mas hizo David, venciéndose y mortificándose en no querer vengarse de Saul, cuando le pudiera matar en la cueva, que cuando venció al gigante Goliat. Y los despojos de esta victoria, dice (2), no los puso en la ciudad de Jerusalen la del suelo, sino en aquella soberana Jerusalen del cielo; y no le salen aqui al encuentro cantando alabanzas las mugeres de Israel, como cuando venció á Goliat, sino el ejército de los Angeles se regocijaba de lo alto y se maravillaba de su virtud y fortaleza.

(1) Militia est vita hominis super terram. *Job.* VII, 1.

(2) Caro concupiscit adversus spiritum, spiritus autem adversus carnem. Haec enim sibi invicem adversantur, ut non quaecunque vultis, illa faciatis. *Ad Galat.* V, 17.

(3) Greg. *lib.* 7.—Mor. *cap.* 8.—Ambros. *lib.* 1 *de Officiis, cap.* 36.

(4) Melior est patiens viro forti et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium. *Prov.* XVI, 32.

(5) Graviores inimici sunt pravi mores, quam hostes infesti. *Ambr. serm.* 87 *de Eliseo.*

CAPITULO III.

Que es de los mayores castigos de Dios el entregar á uno á sus apetitos y deseos, dejándole que se vaya tras ellos.

Para que se entienda mejor la necesidad que tenemos de mortificar nuestra carne y apetitos, y asi nos animemos á tomar las armas contra este enemigo, importa mucho que conozcamos bien cuán gran contrario y enemigo es este. Éslo tanto, que dicen los Santos que uno de los mayores castigos de Dios, y donde él muestra mas su ira, es en entregar al pecador en manos de este enemigo, entregándole á sus apetitos y deseos, como en manos de crueles sayones. Y traen para esto muchos lugares de la Sagrada Escritura, como aquello del Profeta: "No me quiso obedecer mi pueblo, ni oir mis consejos: dejeles que se fuesen tras sus apetitos y deseos, y siguiesen sus invenciones y antojos (3)." Y el Apóstol San Pablo dice que este es el castigo que envió

(1) Ambros. *lib. de Patriarcha Joseph, c.* 5.—*Gen.* XXXIX, 7.

(2) Chrys. *hom. de David, et Saulo,* tom. 1.—*I. Reg.* XXIV, 7.—*I. Reg.* XVIII, 6.

(3) Et non audivit populus meus vocem meam, et Israel non intendit mihi, et dimisi eos secundum desideria cordis eorum, ibunt in adinventionibus suis. *Ps.* LXXX, 12.

Dios á aquellos soberbios filósofos gentiles que por su altivez y soberbia, conociendo á Dios, no lo reverenciaron como á tal, ni le hicieron gracias, antes sí se desvanecieron con su ciencia, por lo cual los entregó Dios á los deseos de su corazon y á la inmundicia, y que contaminasen sus mismos cuerpos con vicios (1); y asi, el castigo con que Dios los castigó, fué que los entregó á sus apetitos y deseos, como en manos de crueles verdugos. Nota San Ambrosio que este entregar de Dios, que aquí y en otros muchos lugares de la Sagrada Escritura leemos, no se ha de entender que Dios incite á mal á nadie, ni le haga caer en pecado, sino es permitir que esos apetitos y deseos malos, que habian concebido allá dentro en su corazon, vengan á salir á luz, y ayudados é instigados del demonio los vengan á poner por obra.

Veráse bien cuán grande castigo sea este, por lo que se sigue de ahí; va poniendo el Apóstol cómo les fué con este castigo á aquellos soberbios filósofos, y cómo les trató este cruel enemigo, á quien Dios los entregó. No se puede decir ni encarecer con palabras á qué estremo de males los llevó; llevólos por todo género de pecados, y no paró hasta dar con ellos en pecados sucios, feos, abominables y nefandos (2). ¡Ay de vos, cuál os parará ese vuestro enemigo, esa bestia fiera é indómita, si os dejais caer en sus manos! Dice San Ambrosio: «¿Quereis que os diga de qué manera os tratará y cuál os parará? como un caballo desbocado y furioso, que lleva al que vá encima de lodazal en lodazal y de barranco en barranco, hasta dar con él en un despeñadero (1);» de esa manera os tratará ese vuestro apetito, si no le sabeis domar y mortificar, y ser señor de él; llevaraos de pecado en pecado y de vicio en vicio, y no parará hasta despeñaros en pecados gravísimos y dar con vos en el profundo del infierno. Y asi dice el Eclesiástico: "Mira, no te dejes llevar de tus malas inclinaciones y apetitos: guárdate de tu propia voluntad, porque si te dejas llevar de tus malas inclinaciones y apetitos, harás que tus enemigos vean mal gozo de tí, y serás para ellos materia de risa y escarnio (2)." No hay mayor fiesta para nuestros enemigos los demonios, que vernos entregados á nuestros apetitos y antojos; porque ellos nos pararán tales, cuales todo el infierno junto no pudiera. Y asi pide el Sábio á Dios muy encarecidamente que no le envie tal azote y castigo: "Oh Señor y Dios de mi vida y de mi alma, no me entregueis á este apetito tan desvergonzado y tan desenfrenado, ni permitais que me lleve trás sí (3)." Con razon dicen los Santos que no hay mayor señal de la ira de Dios que dejar al pecador andar á su placer y al sabor de su paladar, siguiendo sus apetitos y deseos. Cuando el médico deja al enfermo que coma y beba lo que quisiere, señal es de muerte, déjale por desauciado. Pues eso es lo que hace Dios con el pecador cuando está muy airado con él; déjale que haga lo que quisiere: ¿y qué es lo que ha de querer el hombre tan enfermo y tan mal inclinado, sino lo que le hace daño y le causa la muerte? Por aquí se entenderá bien el infeliz y

(1) Qui cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt, sed evanuerunt in cogitationibus suis: propter quod tradidit illos Deus in desideria cordis eorum, in immunditiam, ut contumeliis afficiant corpora sua in semetipsis. *Ad Rom.* I, 21 et 24.

(2) Tradidit illos Deus in passiones ignominiae. *Ad Rom.* I, 26.

(1) Qui dominari nescit cupiditatibus, is quasi equus raptatur indomitus, volvitur, obteritur, laniatur, affligitur. *Ambros. lib.* 3 *de Virginibus.*

(2) Post concupiscentias tuas non eas, et a voluntate tua avertere. Si praestes animae tuae concupiscentias ejus, faciet te in gaudium inimicis tuis. *Eccl.* XVIII, 30.

(3) Domine Pater et Deus vitae meae, ne dederis me ventris concupiscentias, et concubitus concupiscentiae ne apprehendant me, et animae irreverenti, et infrunitae ne tradas me. *Eccl.* XXIII, 4 et 6.

peligroso estado de los que tienen por felicidad y grandeza hacer en todo su voluntad.

CAPITULO IV.

Del ódio santo de sí mismo, y del espíritu de mortificacion y penitencia que de él nace.

Si se considera bien lo que se ha dicho, bastará para engendrar en nosotros aquel ódio y aborrecimiento santo de nosotros mismos que Cristo nuestro Redentor nos encomienda tanto en el sagrado Evangelio, que sin él, dice (1), no podemos ser discípulos suyos. Porque ¿qué mas es menester para esto que saber que este nuestro cuerpo es el mayor contrario y enemigo que tenemos? Enemigo mortal, el mayor traidor que nunca se vió, que anda buscando la muerte, y muerte eterna, á quien le dá de comer y todo lo que ha menester; que por haber él un poco de placer no tiene en nada dar en ojos á Dios y echar el ánima en el infierno para siempre jamás. Si dijesen á uno: sabed que uno de vuestra casa y de los que comen y beben con vos os arma una traicion para mataros, ¿qué temor tendria? Y si le dijesen: pues sabed mas, que es tanto el ódio y enemistad que tiene con vos, que tiene tragada la muerte á trueque de mataros; ya sabe que luego le han de coger y matar á él, y con todo eso tiene arriesgada su vida por salir con la suya: ¡cómo estando comiendo, y echándose á dormir, y á todas horas temeria y estaria con sobresalto, si habia de venir entonces y darle una puñalada que le acabase! Y si pudiese descubrir quién, ¡qué ódio le cobraria y qué venganza tomaria de él! Pues eso es nuestro cuerpo, que come y duerme con nosotros y sabe muy bien que haciendo mal á nuestra ánima le hace tambien á sí mismo, y que echando el ánima en el infierno ha de ir él allá tras ella; y con todo eso, á trueque de salir con su gusto lo atropella todo y no repara en nada. ¡Mirad si tenemos razon de aborrecerle! ¿Cuántas veces os ha puesto en el infierno este vuestro enemigo? ¿Cuántas veces os ha hecho ofender á aquella infinita bondad? ¿De cuántos bienes espirituales os ha privado? ¿Cuántas veces pone vuestra salvacion en peligro cada hora? ¿Pues quién no se indignará y tomará un corage santo con quien tantos males le ha hecho, y de tantos bienes le ha privado, y en tantos peligros le pone cada momento? Si aborrecemos al demonio y le tenemos por capital enemigo por la guerra y daño que nos hace, mayor enemigo es nuestra carne, porque ella nos hace mas cruel y mas contínua guerra, y muy poco podrian los demonios si no tuviesen de su parte esta carne y sensualidad para hacernos guerra con ella.

Esto les hacia á los Santos tener este ódio y aborrecimiento contra sí mismos; y de ahí nacia en ellos un espíritu grande de mortificacion y penitencia para vengarse de este su enemigo, y tenerle sujeto y rendido, y andar siempre con temor de dar algun contento y regalo á su cuerpo, pareciéndoles que eso era ayudar y dar armas á su enemigo y que cobrase brios y fuerzas para hacerles mal. Dice San Agustin: «No ayudemos ni demos fuerzas á nuestra carne, porque no haga guerra al espíritu (1);» sino procuremos castigarla y mortificarla para que no se levante á mayores; porque, como dice el Sábio (2), "el que delicadamente cria á su siervo desde su pri-

(1) Luc. XIV, 26.

(1) Ne praebeamus vires illicitas corpori nostro, ne committat bellum adversus spiritum nostrum. *Aug. lib. seu exort. de salutaribus monitis, cap.* 35.

(2) Qui delicate a pueritia nutrit servum suum, postea sentiet eum contumacem. *Prov.* XXIX, 21.

mera edad, despues le hallará rebelde y contumaz."

Andaban aquellos santos monges antiguos con tan grande cuidado en este ejercicio, procurando de mortificar y disminuir las fuerzas á este enemigo, que cuando otros medios no bastaban, tomaban trabajos corporales muy escesivos para domar y quebrantar su cuerpo, como cuenta Paladio de un monge, que era muy fatigado de pensamientos de vanidad y soberbia y no podia echarlos de sí; acordó de tomar una espuerta, y pasar á cuestas un gran monton de tierra de una parte á otra. Preguntábanle: «¿qué haceis?» Respondia: «Atormento y fatigo á quien me fatiga y atormenta: véngome de mi enemigo (1).» Lo mismo se dice de San Macario en su vida (2); y de San Doroteo se cuenta que hacia gran penitencia y afligia mucho su cuerpo. Y una vez, viéndole otro tan trabajado, díjole: «¿Por qué atormentas tanto tu cuerpo?» Respondió: «porque me mata él á mí.» El glorioso San Bernardo, encendido en un ódio y corage santo contra su cuerpo, como contra enemigo suyo capital, decia: «Levántese Dios en nuestra ayuda, y sea destruido este enemigo, menospreciador de Dios, amador del mundo y de sí mismo, siervo y esclavo del demonio (3). Por cierto, si teneis buen sentir, que digais conmigo: bien merece la muerte, muera el traidor, pónganle en un palo, crucifíquenle (4).»

Pues con estos brios y aceros habemos de andar nosotros mortificando nuestra carne y sujetándola para que no se levante á mayores y lleve tras sí el espíritu y la razon: especialmente, que vencido este enemigo, quedará tambien el demonio vencido. Asi como los demonios nos hacen guerra á nosotros, y nos procuran vencer tomando por medio nuestra carne, asi nosotros habemos de hacer guerra á los demonios y vencerlos, mortificándola y contradiciéndola. Nota esto muy bien San Agustin, sobre aquellas palabras del Apóstol: "No peleo yo contra el demonio, como quien dá golpes en el aire y pelea con los duendes, tirándoles cuchilladas, porque eso es dar en vacío, sino castigo y mortifico mi carne, y procuro tenerla sujeta y rendida (1);" dice el Santo (2): «Pues castigad vos vuestra carne, mortificad vuestras pasiones y malas inclinaciones, y de esa manera vencereis los demonios, porque de esa manera nos enseña el Apóstol á pelear con ellos.» Cuando un capitan que está en frontera de moros va al rebato, al moro que tiene cautivo, échale en la mazmorra y déjale aherrojado, porque no se levante contra él y ayude á sus enemigos; pues eso es lo que habemos de hacer nosotros sujetando y mortificando nuestra carne, porque no se haga del bando de nuestros enemigos.

CAPITULO V.

Que nuestro aprovechamiento y perfeccion está en la mortificacion.

De aqui vinieron á decir los Santos y maestros de la vida espiritual que todo nuestro aprovechamiento y perfeccion está en la mortificacion. Dice San Gerónimo: «Tanto aprovecharás, cuanta fuerza te hi-

(1) Vexo eum, qui me vexat. *Palladius.*
(2) Hist. Eccl. *p.* 2, *lib.* 6, *c.* 2.
(3) Exurgat Deus, cadat armatus iste; cadat, et conteratur inimicus homo, contemptor Dei, amator sui, amicus mundi, servus diaboli. *Bernard.*
(4) Quid tibi videtur? certe si recte sentis, mecum dices: reus est mortis, crucifigatur, crucifigatur. *Id.*

(1) Ego igitur sic curro, non quasi in incertum, sic pugno, non quasi aerem verberans, sed castigo corpus meum, et in servitutem redigo. *I. ad Cor.* IX, 26.
(2) Castiga corpus tuum, et diabolum vinces: hoc enim modo Paulus adversus illum docuit nos esse pugnandum. *Aug.*

cieres (1).» Y sobre aquello de Job: "No se halla en la tierra de los que viven blandamente (2)," dice que la perfecta sabiduría y el perfecto temor de Dios no se halla en la tierra de los que viven suavemente; esto es, conforme á su voluntad. Asi como la tierra de labor, cuando la dejan llevar lo que ella quiere, que son cardos y espinas, dicen que huelga y descansa; y cuando la obligan á llevar trigo ú otra cosa semejante, entonces dicen que trabaja; asi cuando uno vive segun sus quereres y antojos, decimos que se huelga y vive suave y gustosamente. Pues en esa tierra, dice San Gerónimo, no se halla la verdadera sabiduría, sino en la de los que trabajan y se mortifican y niegan sus apetitos. Esta es la regla y la medida con que miden los Santos la virtud y el aprovechamiento espiritual de cada uno. Si quereis ver cuánto habeis aprovechado en la virtud, mirad cuánto os habeis mortificado, qué tan vencidas y domadas teneis vuestras pasiones y malas inclinaciones; cómo os va de humildad y paciencia; si está muerta en vos la aficion de las cosas del mundo y de la carne y sangre, y en eso se verá si habeis aprovechado ó no; no en si teneis muchas consolaciones y gustos en la oracion. Y asi leemos de nuestro bienaventurado P. San Ignacio (3) que hacia mas caso de la mortificacion que de la oracion, y por ella media el aprovechamiento de cada uno. Y nuestro P. S. Francisco de Borja (4), cuando le alababan alguna persona como santa y perfecta, decia: «serálo, si es mortificada.» Ludovico Blosio dice (5) que el siervo de Dios mortificado es como un hermoso racimo de uvas que está ya maduro, sazonado, blando y suave al gusto; y el que no está mortificado, como un racimo de agraz, duro, amargo y desabrido, conforme á aquello de Isaias: "Esperaba produjese uvas, y produjo agraces (1)." Esta diferencia hay de los hijos de Dios á los hijos de este siglo, que estos se rigen por sus apetitos sensuales, y no tratan de mortificacion; pero los que son de Cristo, tratan de mortificar y crucificar sus afectos y apetitos, y no se rigen por ellos, sino por espíritu y razon (2).

Es verdad que nuestra perfeccion esencialmente no consiste en la mortificacion, sino en la caridad y amor de Dios, y tanto será uno mas perfecto, cuanto mas unido estuviere con Dios por amor: pero asi como la piedra, que está en lo alto, quitando los impedimentos que allí la detienen contra su natural inclinacion, luego ella por sí corre al centro, que es su lugar natural, asi nuestra ánima, que es sustancia espiritual y criada por Dios, quitados los impedimentos y estorbos de los apetitos desordenados y malas inclinaciones, que la tienen presa é inclinada á las cosas de acá, luego ella, ayudada con la divina gracia, se va á Dios, como á su centro y fin, y se abraza con él por el amor. Dice muy bien San Agustin: «Todas las cosas se mueven conforme al peso que tienen; las cosas livianas arriba, como el aire y el fuego; las pesadas abajo, como la tierra y el agua (3).» Lo que es el peso en los elementos y cuerpos naturales, es el amor en las criaturas racionales; y asi como las cosas naturales

(1) Tantum proficies, quantum tibi ipsi vim intuleris. *Hieron.*

(2) Nec invenitur in terra suaviter viventium. *Job* XXVIII, 13.

(3) Lib. 5, *cap.* 10, *de la vida de N. P. S. Ignacio.*

(4) Lib. 4, c. 5 *de la vida de N. P. S. Francisco de Borja.*

(5) Blosius *in inst. spirit., cap.* 2.

(1) Expectavi, ut faceret uvas, et fecit labruscas. *Isaiae* V, 4.

(2) Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis. *Ad Galat.* V, 24.

(3) Ponderibus suis aguntur omnia, et loca sua petunt, levia sursum, et gravia deorsum. *August. lib.* XIII *Confess. c.* 9.

se mueven conforme al peso que tienen, asi las criaturas racionales se mueven conforme al amor que en ellas predomina y reina, porque ese es su peso (1); si predomina en nosotros el amor de las cosas de acá, el apetito de honra y estimacion, y de hacer nuestra propia voluntad, y buscar nuestras comodidades, nuestros movimientos y deseos serán sensuales y de la tierra; pero si con la mortificacion nos desasimos del amor de todas esas cosas sensuales, predominará en nosotros el amor del Criador, y ese será nuestro peso, y luego se irá nuestro corazon á Dios con mas ligereza que la piedra al centro. «Hicístenos, Señor, para tí, y está inquieto nuestro corazon hasta que descanse en tí (2).» Por esto miden los Santos nuestro aprovechamiento y perfeccion con la medida de la mortificacion; porque el que estuviere muy mortificado, tendrá mucho amor de Dios y mucha perfeccion.

Sobre aquello del Salmo cuarenta y uno: "Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, asi desea mi alma á tí, Dios mio (3)," dice San Agustin: «El ciervo mata las serpientes, y despues que las ha muerto tiene gran sed, y corre con gran velocidad y ligereza á las fuentes de las aguas (4).» Y aplícalo muy bien á nuestro propósito. «Quereis saber ¿qué es la causa por que no teneis mucha sed y deseo de la perfeccion y mucho amor de Dios? La causa es porque no matais las serpientes, como el ciervo. Las serpientes son nuestros vicios y pasiones desordenadas (1); matad y mortificad vos esas serpientes, y luego tendreis gran sed de la virtud y perfeccion; luego amará y deseará vuestra ánima á Dios, como el ciervo las fuentes de las aguas. De manera, que al paso que anduviere la mortificacion, á ese paso andará la perfeccion y amor de Dios. Y en otra parte dice: «El aumento de la caridad es diminucion del mal deseo, y su perfeccion ningun deseo malo (2).» Asi como el oro se va purificando y acendrando mas mientras mas se va gastando y consumiendo la liga que tiene, asi la caridad y amor de Dios se va perficionando y aumentando mas, mientras mas se va disminuyendo y acabando el amor desordenado de nosotros mismos y de todas las cosas de acá; y cuando ese estuviere consumido y acabado, la caridad y amor de Dios será del todo puro y perfecto.

Casiano cuenta (3) del abad Juan, que estando ya para morir, le cercaron sus discípulos, como lo suelen hacer los hijos á los padres en aquella hora, y pidiéronle con mucha instancia les dijese alguna cosa para su consuelo y provecho espiritual, que les diese algun documento breve y compendioso para alcanzar la perfeccion. Dá un suspiro muy grande, y dice: «nunca hice mi voluntad; y juntamente os digo otra cosa, que es tambien de mucha importancia, que nunca enseñé á otro cosa que yo no pusiese primero por obra.»

---

(1) Pondus meum amor meus; eo feror, quocumque feror. *Aug. lib. 13, conf. c. 9.*

(2) Fecisti nos Domine ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. *Aug. lib. 1, conf. c. 1.*

(3) Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus. *Ps. XLI.*

(4) Cervus serpentes necat, et post serpentium interemptionem majori siti inardescit, peremptis serpentibus ad fontes acrius currit. *Aug. in Ps. XLI, 1.*

(1) Serpentes vitia tua sunt, consume serpentes iniquitatis, tunc amplius desiderabis fontem veritatis. *Ib.*

(2) Augmentum charitatis, diminutio cupiditatis: perfectio nulla cupiditas. *Aug. lib. 83 qq. quaest. 6.*

(3) Ut memoriale aliquod mandatum, velut haereditarium legatum relinqueret, per quod possent ad perfectionis culmen praecepti compendio facilius pervenire.—Ingemiscens ille, nunquam, ait, meam feci voluntatem; nec quemquam docui, quod prius ipse non feci. *Casian. lib. 5, de inst. renuntiant. c. 28.*

CAPITULO VI.

Que á los religiosos, y especialmente á los que tratan con prójimos, les es mas particularmente necesaria la mortificacion.

De todos los siervos de Dios es propio este egercicio de la mortificacion, y todos tienen necesidad de él para irse cada dia ajustando mas con la voluntad de Dios; pero particularmente es propio de los religiosos, porque para eso dejamos el mundo y venimos á la Religion; y eso, dice San Benito que es ser religioso, corregir y mudar sus costumbres. Y asi, en la profesion que hacen sus religiosos, dicen: «Prometo mudanza y enmienda de costumbres (1).» Eso es lo que profesamos en la Religion y eso habemos de ir haciendo con la mortificacion, despojándonos del hombre viejo y vistiéndonos del nuevo, como dice San Pablo (2). Y asi decia San Bernardo á los que entraban en Religion: «mirad que el espíritu solo ha de entrar acá, y el cuerpo se ha de quedar allá fuera,» dándoles á entender que en la Religion no han de tratar de regalar su cuerpo, ni de vivir conforme á sus apetitos é inclinaciones; sino que todo el cuidado se ha de tener con el alma y con el espíritu, conforme á aquello de el Apóstol: «Andad en espíritu, y con eso refrenareis los deseos ó inclinaciones de vuestra carne (3).» Esto es andar en espíritu, cosa tan encomendada y deseada de los siervos de Dios, vivir segun la mejor parte de nosotros, que es el espíritu y la razon, y no segun la parte inferior, que es la carne y sensualidad. Casiano dice (4) que era resolucion y tradicion comun de aquellos Padres antiguos, y muy aprobada por esperiencia, que no podria uno aprovechar, ni aun durar mucho en la Religion, si no trataba muy de veras de mortificar su voluntad y apetitos, porque estos son muy contrarios á las cosas que hay en la Religion.

Aunque á todos los religiosos les conviene esto mucho, pero á los que tenemos por instituto tratar con prógimos nos es mas necesario. San Crisóstomo (1) va probando muy bien que la mortificacion de las pasiones es mas necesaria á aquellos que para ayudar á los prógimos tratan y conversan en medio de los pueblos; porque en ellos estas fieras (que asi llama él á nuestras pasiónes) tienen mucho mayor cebo para sustentarse con las ocasiones grandes que hay. El soldado que no sale al campo, disimula su flaqueza; mas saliendo, descubre quién es. Asi, dice San Crisóstomo, el que está en su rincon, disimula sus faltas; pero el que ha de salir á pelear con el mundo, y ha de ser espectáculo de él, es menester que sea señalado en virtud y mortificacion. Y mas: para ganar á aquellos con quien tratamos, es menester acomodarnos y hacernos á la condicion de ellos, en cuanto fuere posible, conforme á aquello del Apóstol: "A todos me acomodo, para ganarlos á todos (2);" y para esto, bien se vé cuán necesaria es la mortificacion. Dicen allá los filósofos, que la niña del ojo, aquella parte donde se reciben las especies de los colores y se forma la vista, no tiene ningun color, y que fué necesario asi para que pudiese recibir en sí las especies de todos los colores y los pudiese ver todos como son; porque si fuera de algun color, no pudiera percibir sino aquel (3); si fuera verde, todo lo que viéramos nos

(1) Promitto conversionem morum meorum.
(2) Spoliantes vos veterem hominem cum actibus suis, et induentes novum. *Ad Colos.* III, 9.
(3) Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis. *Ad Galat.* V, 16.
(4) Multis quidem experimentis edocti tradunt, eum in coenobio diutius perdurare non posse, qui prius voluntates suas non didicerit superare. *Casian. l. 4 de inst. renuntiantium*, c. 8.

(1) Crisost. *lib. de Sacerdot.*
(2) Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos. *I. ad Cor.* IX, 22.
(3) Intus existens prohibet extraneum.

pareciera verde, como lo esperimentamos cuando miramos por vidrio verde; y si fuera colorado, todo nos pareciera colorado. Asi es menester que vos os desnudeis de vuestra condicion particular, y que tengais muy mortificadas vuestras pasiones y seais muy señor de vos, para que asi quepan en vos las condiciones de todos, y podais tratar y acomodaros con todos, para ganarlos á todos, como hacia San Pablo. No es espíritu de Religion ni de perfeccion atarse uno á los de su condicion y humor, y que á vos que sois colérico, os cuadre solamente el colérico; y á vos que sois flemático, os dé en rostro el colérico; y mucho menos lo será el atarse uno á los de su nacion. ¿No tendríades por gran infelicidad tener unos ojos que solamente pudiesen ver un color? Pues mucho mayor infelicidad es tener una voluntad tan corta y tan mal dispuesta que solamente se incline á los de su nacion ó á los de su condicion. La caridad todo lo abraza, porque ama al prójimo por Dios y para Dios; y asi, no hace diferencia del bárbaro ó scita, ó cualquier otra suerte de personas (1). A todos los querria meter en sus entrañas porque los mira como á hijos de Dios y hermanos de Cristo. Pues para esto bien se vé cuán necesaria sea la mortificacion.

Fuera de esto, para conservar entre nosotros la union y caridad fraterna, que tanto nos dejó encomendada Cristo nuestro Redentor (2), que en ella quiere que nos conozcan por discípulos suyos, nos es muy necesaria la mortificacion. Porque lo que hace la guerra á esta union y caridad fraterna, es buscarse uno á sí mismo sus gustos y comodidades, su honra y estimacion: éntre cada uno dentro de sí, y verá que cada vez que falta en la caridad, es por buscar y pretender para si algo de esto, ó por no perderlo ni ceder de ello. Pues la mortificacion es la que quita todo eso y allana el camino para la caridad que no se busca á sí (1). Y asi dice San Ambrosio: «El que quisiere agradar y dar contento á todos, busque en todas las cosas, no su utilidad y provecho, sino la utilidad y provecho de sus hermanos, como hacia el Apóstol (2), y nos amonesta á nosotros que lo hagamos (3).

(1) Ubi non est gentilis, et judaeus, circumcisio, et praeputium, barbarus, et scytha, servus, et liber, sed omnia, et in omnibus Christus. *Ad Colos.* III, 11.

(2) *Joann.* XIII, 35.

CAPITULO VII.

De dos maneras que hay de mortificacion y penitencia, y cómo ambas las abraza y usa la Compañía.

El glorioso Agustino, sobre aquellas palabras de San Mateo: "Desde el tiempo de San Juan Bautista padece fuerza el reino de los cielos, y solo le logran los animosos que le asaltan (4)," dice (5): Dos maneras hay de penitencia y mortificacion, una corporal que castiga y aflige el cuerpo, y esta es la que llamamos penitencia esterior, como disciplinas, ayunos, cilicio, mala cama, comida pobre, vestido áspero, y otras cosas semejantes que afligen y castigan la carne y le quitan su regalo, y deleite. Otro género hay de mortificacion y penitencia espiritual mucho mas escelente y levantado que el primero. «El segundo género de mortificacion, dice (6), es mas

(1) Non quaerit quae sua sunt. *I. ad Cor.* XIII, 5.

(2) Si quis vult placere omnibus per omnia, quaerat, non quod sibi utile est, sed quod multis, sicut quaerebat et Paulus. *Ambr. lib.* 3 *Oficior. c.* 3.

(3) Non quae sua sunt singuli considerantes, sed ea quae aliorum. *I. ad Cor.* X, 32.—*Ad Philip.* II, 4.

(4) A diebus autem Joannis Baptistae regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. *Matth.* XI, 12.

(5) Duo sunt abstinentiae, et crucis genera: unum corporale, aliud spirituale. *Aug. serm.* 20 *de Sanctis al primo de S. Joann. Baptista.*

(6) Alterum genus est practiosius, et sublimius

precioso y subido; que es regir y gobernar los movimientos de nuestro apetito, andar uno cada dia peleando contra sus vicios y malas inclinaciones, andar negando siempre su propia voluntad, quebrantando su propio juicio, venciendo su ira, reprimiendo su impaciencia, refrenando su gula, ojos, lengua y todos sus sentidos y movimientos. El que hace esto, rompiendo el muro de su carne y de sus pasiones y apetitos, sube y entra con violencia y esfuerzo al reino de los cielos: » esos son los esforzados y valientes que arrebatan el cielo. De manera, que esta mortificacion interior y espiritual es mas escelente que la primera, porque domar el espíritu y hollar la honra y estimacion, mucho mas es que afligir la carne y tomar disciplinas y cilicios. Y asi, como esta penitencia es mas escelente y preciosa, asi tambien es mas dificultosa y nos ha de costar mas; porque lo que mas es, mas cuesta. Esta doctrina es tambien de San Gregorio en muchos lugares, y de San Doroteo y de otros Santos (1).

Estas dos maneras de penitencia abraza y usa la Compañía. Cuanto á la primera, aunque nuestro Padre no quiso dejar tasadas y determinadas por regla penitencias ordinarias que por obligacion se hubiesen de tomar, sino que el modo de vivir de la Compañía fuese comun en lo esterior por justos respetos; pero dejó por otra via muy buen recaudo de esto (2), como luego diremos. Muy justos respetos tuvo nuestro Padre para estatuir y ordenar que el modo de vivir de la Compañía fuese comun en lo esterior, porque los medios han de ser proporcionados con su fin; y como el fin de la Compañía es no solamente atender á su propio aprovechamiento, sino tambien á la salud y aprovechamiento de los prógimos, convino mucho que tuviésemos un hábito comun de clérigos honestos para tener entrada con todo género de gentes, porque asi con los religiosos somos religiosos, con los clérigos somos clérigos, con los legos no traemos hábito diferente de los clérigos legos. Fuera de que la Compañía se instituyó en tiempo de Lutero, cuando los hereges abominaban los religiosos y sus hábitos, y para tener entrada con ellos para disputar y convencerlos (que es propio de nuestro instituto) convino que no tuviésemos hábito particular distinto de otros clérigos honestos, porque por él fuéramos aborrecidos de los hereges antes que los comenzáramos á tratar, y asi se impidiera una de las principales partes del fin para el cual Dios instituyó la Cmpañía. Y mas: si trajéramos hábito áspero, el otro pecadorazo por ventura no se atreviera á llegar á vos, pensando que asi habíades de ser áspero con él. Pues sea un hábito comun, recibido de todos, para que asi tengamos mas fácil entrada con todo género de gente y no tenga nadie horror de tratar con nosotros. Quiso nuestro Padre que aun en el hábito nos hiciésemos todo á todos, para que asi los ganásemos mejor á todos, imitando en esto el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, de quien dice San Agustin (1), y lo trae Santo Tomás (2), que por acomodarse mas al trato y comunicacion de los hombres y para mayor provecho de ellos, escogió antes una medianía en lo esterior que la austeridad y aspereza del Bautista.

Cuanto á las demas penitencias esterio-

scilicet regere motus animi, litigare quotidie contra vitia sua, increpare se quadam censura austeritatis, et virtutis, et rixam quodammodo cum homine interiore conserere.—Haec qui facit, praerupto passionis muro, violenter ad coelorum regna conscendit.

(1) Greg. lib. 32. *Mor.* c. 17 *et* l. 6, c. 18; *et super librum I. Reg.* c. 2.—Dorot. *serm.* 1.

(2) Cap. 1, exam. §. 6; et 6 part. const. c. 2, §. 18 et 19.

(1) Aug. *contra Faustum.*

(2) S. Thom. 3 p. q. 40, art. 2.

res, aunque no las dejó tasadas y determinadas por regla; pero hay regla viva que es el superior, el cual dá y señala á cada uno las que ha menester. Dice nuestro Padre (1) que «estas se pueden tomar en dos maneras, ó las que cada uno eligiere para aprovecharse mas en espíritu, con aprobacion, empero, del superior, ó cuando el superior obligare á ellas por el mismo fin.» Esto juzgó por mas conveniente en la Compañía que determinarlas por regla; lo uno, porque la regla muerta no podia ser igual en todos, porque no todos tienen iguales fuerzas para esas penitencias; si hubiera una cosa comun para todos, el que no podia tanto, viviera desconsolado por no poder andar con todos. Asi como no conviene una medicina, ni un mismo gobierno y regimiento para todos los enfermos, asi tampoco pueden convenir para todos unas mismas penitencias; porque unas convienen para el mozo, otras para el viejo; unas para el enfermo, otras para el sano; unas para el que entró inocente, otras para el que entró hecho una criba, como dicen, de heridas. Y asi dicen San Agustín y San Basilio (2) que no se maraville nadie de que no se guarde un modo con todos en la Religion, y unos hagan mas penitencia que otros, porque la igualdad en esto seria muy gran desigualdad. Y aun no solo es conveniente esta diversidad y diferencia para diferentes personas, sino para uno mismo en diferentes necesidades y tiempos; porque una penitencia es buena para el tiempo de tentacion y sequedad, otra para el tiempo de paz y devocion; y una para conservarla, y otra para recobrarla cuando se ha perdido. Pues por esto no quiso nuestro Padre poner en la Compañía tarea cierta y determinada de penitencias esteriores para todos, sino dejólo remitido al superior, que es el médico espiritual, para que él, segun las fuerzas y necesidad de cada uno, pueda tasar y conceder á unos mas y á otros menos: lo cual es conforme á la regla que dió el Angel á San Pacomio de parte de Dios, donde se mandaba que el superior señalase de esta manera las penitencias que cada religioso habia de hacer (1). Y asi el no tener la Compañía tasadas por regla sus penitencias ordinarias, como las tienen comunmente otras religiones, no es porque en la Compañía no haya estas penitencias corporales, ni porque no sean muy estimadas en ella y muy veneradas las que otras religiones, segun su instituto, santamente observan, cuya variedad hermosea la Iglesia, sino porque juzgó ser mas conveniente á nuestro instituto y mas proporcionado á sus fines é intentos, y muy conforme á la doctrina antigua de los Santos, dejar la tasa y modo de ellas á la prudencia y caridad del superior. Lo cual, no solo no es causa para que haya menos penitencias, sino antes lo es para que haya mas, y para que se tomen con mas voluntad y devocion (2). Y asi lo vemos por la bondad y misericordia del Señor, que se usan y ejercitan mas penitencias de estas en la Compañía de las que se pudieran poner de regla. Plega al Señor que vaya siempre adelante este fervor y espíritu, tan bueno y tan santo, y tan usado en la Iglesia de Dios, y que sea menester irnos antes á la mano y tirar la rienda, que darnos de la espuela, como hasta ahora por la gracia del Señor lo habemos esperimentado.

La segunda manera de penitencia, que es la mortificacion de las pasiones y amor propio desordenado, abraza la Compañía mas principalmente, y este fué otro de los

(1) Cap. I, *exam.* § 6, *et Regul. Summar., constit.* 6, § 5, *et in Regulis fusius disputatis, interrogatione* 19.
(2) Aug. *in Regula.*—Basil. *in Constit. Monast.*

(1) *Reg. Pach.*
(2) Ps. XLIV, 10.

justos respetos por el cual nuestro Padre no quiso dejar penitencias ordinarias tasadas y determinadas por regla; porque pretendió que pusiésemos los ojos en la mortificacion interior de nuestras pasiones y apetitos, y que esa fuese nuestra principal penitencia, por ser, como habemos dicho, mas preciosa y escelente. Pónenos nuestro Padre en las constituciones y reglas (1) cosas de grande perfeccion, y para las cuales es menester grande mortificacion y abnegacion de nosotros mismos, y quiere que nuestro estudio principal sea en lo que toca á esta abnegacion y contínua mortificacion, y para crecer mas en las verdaderas y sólidas virtudes y en toda perfeccion. Púdose temer y con razon: «si les dejo señaladas algunas penitencias ordinarias, no sea que se me queden ahí y se contenten con eso, diciendo: «Ya tengo de regla tantos ayunos, tantos silicios y disciplinas, eso me basta;» y se dejan lo principal y lo que hace mas al caso, que es la mortificacion de sus pasiones y el ejercicio de las verdaderas y sólidas virtudes.» Y asi no nos quiso dejar por arrimo sino la virtud y mortificacion interior. Quiso que nuestra vida sea comun en lo esterior, para que en lo interior sea singular y escelente, acompañada de virtudes sólidas y de mucha mortificacion; y esto de tal manera y en tanto grado, que redunde en lo esterior y nos haga parecer religiosos. De lo cual tenemos nosotros mas necesidad que otros religiosos; porque á ellos el hábito los distingue de los demas, y el sayal y aspereza de la vida les dá crédito con el pueblo; pero en la Compañía, que no hay esto porque no conviene á nuestro instituto, es menester que eso se supla con lo interior, y que haya en nosotros tanta humildad y modestia, tanta caridad y celo de las almas, y tanto trato de Dios, que cualquiera que nos viere y tratare, diga: «verdaderamente este es religioso de la Compañía de Jesus: este es un género de gente á quien ha echado Dios su bendicion (1).» Y asi, en lo que habemos de poner los ojos y ejercitarnos principalmente, ha de ser en esta mortificacion interior, y el dia que dejáremos de tratar esto habemos de entender que dejamos de vivir como religiosos de la Compañía. Y esotra penitencia esterior que usamos, la habemos de tomar como medio para alcanzar esta, como lo decia y enseñaba aquel varon apostólico y Padre nuestro San Francisco Javier (2), y es doctrina de San Buenaventura (3).

De aqui se entenderá la causa de lo que tantas veces oimos decir, y por la bondad del Señor esperimentamos, que la Compañía tiene grande suavidad en su modo de proceder. No está la suavidad de la Compañía en que no haya en ella cosas dificiles, ni en que los superiores hayan de condescender con todo lo que nosotros quisiéremos, que eso no seria Religion; cosas dificiles y muy dificiles hay en la Compañía, como luego diremos; sino está en que en la Compañía han de tratar todos de la mortificacion y abnegacion verdadera de sí mismos; han de estar muy indiferentes y resignados para cualquiera cosa que quisieren hacer de ellos los superiores. Esta buena disposicion, esta indiferencia y resignacion que tienen, es la causa de la suavidad grande que hay en la Compañía, asi en el gobierno y mandar de los superiores como en el obedecer de los súbditos; porque están todos entregados y puestos en las ma-

(1) Cap. IV, exam. §. 46; et 3 part. Const. c. 1, §. 27.

(1) Isti sunt semen, cui benedixit Dominus. *Isaiae* LXI, 9.
(2) S. Francis. Javier, *lib.* 6 *vitae suae cap.* 7.
(3) Bonav. *lib.* 1, *de Profectu Religiosorum, c.* 4.

nos del superior, como un poco de barro en manos del ollero, para que haga de ellos lo que quisiere. Y este fué el artificio y traza maravillosa de nuestro bienaventurado Padre, inspirada por el Espíritu Santo, en insistir tanto en esta mortificacion y abnegacion de nosotros mismos; como quien dice: «hay en la Compañía cosas árduas y dificultosas; pues para que todos estén prontos y dispuestos para ellas, y para que los superiores no se acobarden ni encojan en mandarles, pongámosles este fundamento de la mortificacion y resignacion de sí mismos: entiendan todos que han de estar tan indiferentes y resignados en las manos del superior para que haga de ellos lo que quisiere, como está el barro en manos del ollero, y como está un poco de paño en manos del oficial que corta de él como quiere y por donde quiere, esto para mangas y esotro para faldas; esto para el cuello, esotro para el ruedo de la vestidura; y es tan buen paño lo uno como lo otro, porque todo era de una pieza; y es tan buen barro el que se hace para servir en la cocina, como el que se hace para la mesa; porque todo era de una misma masa (1), dice San Pablo. Así todos eran condiscípulos y de un mismo tiempo de Compañía, y por ventura era tan hábil el que fué á leer los principios de la Gramática como el que fué á leer Artes ó Teología, y con todo eso no se queja el barro ni el paño, diciendo: «¿Por qué me trata de esa suerte (2)?» De manera, que la causa y raiz de la suavidad de la Compañía ha de estar en vos, en que esteis muy mortificado, muy resignado é indiferente para todo; en que no haya en vos resistencia, ni contradiccion alguna, ni esterior, ni interior, para todo lo que quisieren hacer de vos los superiores. Y así, cuando no sintiéredes esta facilidad y suavidad en las obediencias y cosas que se ofrecieren, no echeis la culpa al superior, ni os quejeis de él, sino de vos que no estais dispuesto, ni mortificado como debeis: que el superior hace su oficio y presupone que vos sois religioso, y que como tal estais mortificado é indiferente para todo; que no es menester consultar vuestra voluntad, ni buscaros temple, porque siempre habeis de estar templado y dispuesto para cualquier cosa que la obediencia os mandare. Y antes os hace mucha honra el superior en teneros por tal, y en trataros y mandaros como á tal. Cuando una piedra está bien labrada, ¡con qué facilidad la asienta el oficial! viene justa, no hay sino dejarla caer; pero cuando no, ¡qué de golpes, qué de martilladas, cuánto trabajo es menester para asentarla!

De aquí se sigue tambien otra cosa digna de consideracion, y la nota San Buenaventura (1), que con ser esta mortificacion interior mucho mas difícil que las penitencias esteriores, como habemos dicho, con todo eso justamente se puede uno escusar mas de las penitencias esteriores que de la mortificacion interior, porque para aquello puede uno decir con verdad: «yo no tengo fuerzas para ayunar tanto, ni para traer tantos cilicios, ni para tomar tantas disciplinas, ni para andar descalzo, ni para levantarme á media noche;» pero no puede nadie decir: «yo no tengo salud y fuerzas para ser humilde, ó para ser paciente, ó para ser obediente y rendido:» podreis vos decir que no teneis virtud para tanta humildad ó para tanta obediencia y resignacion, como hay y es menester en la Compañía; pero no tengo salud para eso, no lo podeis decir, porque no son menester para eso fuerzas corporales, sino espirituales; el fuerte

(1) Ex eadem massa. *Ad Rom.* IX, 11.
(2) Quid me fecisti sic? *Ad Rom.* IX, 20.

(1) Bonav. *lib. 1 de profectu religiosorum, cap.* 3.

y el flaco, el sano y el enfermo, el grande y el pequeño, todos, con la gracia del Señor, si ellos quierenpue den eso.

Este es un consuelo muy grande para algunos que les suele venir tentacion de pusilanimidad y desmayo, pareciéndoles que no tienen ellos partes ni caudal para un fin é instituto tan alto como tenemos en la Compañía. En el primero libro de los Reyes cuenta la Sagrada Escritura, que envió el rey Saul un recaudo á David, que le queria casar con su hija. Respondió David: "¿Quién soy yo para ser yerno del rey? Soy un pobre hombre, no tengo costilla para eso (1)." Manda el rey que le tornen á decir: "No tiene el rey necesidad de dote, ni de arras y joyas, solo quiere cien prepucios de filisteos, para que se tome venganza de sus enemigos (2)." Esto mismo podemos aqui responder: no tiene Dios necesidad de esas partes, ni de esas habilidades y talentos que vos pensais (3); lo que él quiere es que circuncideis esos filisteos de vuestros apetitos é inclinaciones malas. Eso es tambien lo que pide y quiere de nosotros la Compañía; y asi, si vos quereis, sereis bueno para ella. Procurad vos ser muy humilde, y estar muy indiferente y resignado para todo lo que quisieren hacer de vos, y eso bastará. Dios os libre de tener puntos de vanidad y soberbia: Dios os libre de ser amigo de vuestras trazas y comodidades y de andar buscando entretenimientos, y de no andar claro y llano con los superiores; porque si eso hay, no habrá Religion mas dificil para vos. Pero al humilde, al mortificado, al verdadero pobre de espíritu, al que está indiferente y resignado, al que no tiene propia voluntad, muy fácil y muy suave se le hace todo lo que hay en la Compañía.

Y asi es razon que seamos agradecidos á Dios, reconociendo la merced y beneficio grande que nos ha hecho, que con haber en la Compañía cosas de suyo tan dificultosas y trabajosas, con todo eso nos las haya hecho tan suaves y gustosas, y tan fáciles de llevar; porque de las penitencias esteriores, por la bondad del Señor, hay mas de las que se pudieran señalar de regla. Y cuanto á la penitencia y mortificacion interior que, como dice San Agustin, es la mayor y mas preciosa, tenemos en nuestras reglas y constituciones cosas de tanta perfeccion, y de suyo tan dificultosas, que esceden mucho á todas las penitencias y asperezas esteriores. Sino, vamos á la prueba: «aquel haber de dar uno cuenta al superior, y al prefecto de las cosas espirituales, de todo lo que pasare por su alma, de todos sus movimientos, tentaciones y malas inclinaciones, y de todas sus faltas é imperfecciones, que tanto se pide y practica en la Compañía, y es una de las cosas sustanciales que hay en ella, bien se ve que es de suyo mas dificil que el ayuno y la disciplina y el cilicio. Aquello que nos manda la Regla: «Para mas aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse que todos los errores y faltas y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas á sus mayores por cualesquiera persona que fuera de confesion las supiere (1);» cosa es para la cual es menester mucha humildad y mortificacion, para que no os quejeis que no os avisaron á vos primero y que hicieron mayor la falta de lo que ella era. Y no pára ahí, sino habeis de estar dispues-

(1) Num parum videtur vobis generum esse regis? ego autem sum vir pauper, et tenuis. *I. Reg.* XVIII, 23 et 25.

(2) Sic loquimini ad David: non habet rex sponsalia necesse, nisi tantum centum praeputia philistinorum, ut fiat ultio de inimicis regis. *Ib.*

(3) Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges. *Ps.* XV, 2.

(1) Canon 17. Congregationis V generalis.—Regul. 9 Summarii.

to para que os reprendan públicamente, y no solo con causa, pero sin ella; y aun para cuando nos levanten falsos testimonios quiere nuestro Padre que estemos, no solo dispuestos, sino que nos holguemos, no dando nosotros ocasion de ello; y que asi como los del mundo se huelgan con la honra y estimacion, asi nosotros nos holguemos con la deshonra, injurias y menosprecios; para lo cual bien se ve cuánta virtud sea menester. Y mas: habemos de estar indiferentes para cualquier oficio, ministerio y ocupacion en que la obediencia nos quisiere poner, y para cualquier grado en que la Compañía nos quisiere incorporar; y habiendo en la Compañía tan diferentes oficios y grados, y unos mas altos que otros, estar uno indiferente para el mas bajo, y contento en él, como si le pusiesen en el mas alto, cosa es de mucha perfeccion y para la cual es menester mucha mortificacion.

Habeis de estar siempre á punto y muy dispuesto é indiferente para ir á cualquier parte del mundo á ejercitar esos ministerios, no solo á otro colegio, sino á otra provincia y á otro reino estraño, y á las Indias Orientales y Occidentales, á Roma y Alemania, á Inglaterra y á la Transilvania, á donde nunca jamás podais ver á vuestros parientes y amigos, y ellos pierdan la esperanza de veros. Cuanto á la pobreza, profesa la Compañía tanta estrechura y rigor, que no puede uno recibir, ni tener ningun regalo en su aposento, no solo de comer, pero ni aun libro en que pueda hacer una raya, ni llevarle consigo cuando se fuere á otro colegio. Y habemos de estar tan desnudos y deshechos de todas las cosas, que, como diremos tratando de la pobreza (1), no podemos echar llave á un arca, ni á un cajoncillo, para tener guardada alguna cosa, sino que todo ha de estar patente, abierto y manifiesto, como quien dice «tomadlo si quereis, que no es mio.» Estas cosas, y otras semejantes, que hay en la Compañía, bien se vé que hacen ventaja, asi en perfeccion como en dificultad á todas las penitencias y asperezas esteriores. Y asi, el que tuviere espíritu de rigor contra sí, y deseare mortificarse mucho y hacer grande penitencia (que es muy buen espíritu), tendrá las manos llenas en la Compañía; y aunque ha habido algunos que tentados de la vocacion han pretendido cubrir y paliar su tentacion con color de mas perfeccion y de hacer mas penitencia en otra Religion, la verdad es que no es esa la causa, ni el fin que les movia, sino el no poder llevar la mortificacion y perfeccion que se profesa en la Compañía. Y de esto tenemos esperiencia confesada por ellos mismos; y lo que mas es, declarada por la Sede Apostólica. La Santidad de Pio V, que fué religioso de la sagrada orden de Santo Domingo, lo declara así espresamente en la Bula que concedió á la Compañía contra los apóstatas que salen de ella ó al mundo ó á otra cualquiera religion, fuera de la Cartuja; donde, despues de haber puesto la perfeccion y la dificultad y trabajo grande que hay en el Instituto de la Compañía, declara la raiz de la tentacion que algunos tienen de salir de ella ó de pasar á otras religiones, por estas palabras: «Algunos, dice (1), con liviandad de ánimo y por huir del trabajo, al cual están contínuamente espuestos los religiosos

(1) Part. 3, trat. 3, c. 7.

(1) Nihilominus nonnulli animi levitate, ut credebatur, ducti, ac quietem labori, cui proculdubio Religiosi Societatis hujusmodi pro excolenda, et propaganda Christiana Religione, continuo erant expositi, ac privatum commodum publicae tam dictae Societatis, quam Christianae Reipublicae utilitati, indiscrete praeferentes, fucatisque coloribus asserentes se id facere ob frugem melioris vitae, aut strictioris observantiae, ad alios etiam fratrum Mendicantium ordines transire posse jactabant. *Loc. sup. cit.*

de la Compañía por la salvacion de las almas, prefiriendo indiscretamente sus comodidades particulares al bien y utilidad comun, asi de la Compañiá como de la República cristiana, con colores aparentes y fingidos, diciendo que era por alcanzar mas perfeccion ó por hacer mas penitencia, pretendian que se podian pasar á otra Religion, aun de las mendicantes, etc.» De manera, que en realidad de verdad no es esto por deseo de mas perfeccion, ni por deseo de mas penitencia, sino por huir el trabajo y la dificultad; porque no sienten en si caudal, ni virtud para tanta perfeccion y mortificacion, y para tanta indiferencia y resignacion como es menester en la Compañía. Pues por eso nuestro Padre insistió tanto en esta mortificacion, y quiere que nos ejercitemos y fundemos mucho en ella, y que este sea siempre el estudio de todos.

CAPITULO VIII.

Que la mortificacion no es ódio, sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo.

Porque habemos dicho (1), y es doctrina de los Santos, sacada del Sagrado Evangelio, que nos habemos de aborrecer á nosotros mismos, y parece esa cosa muy dura y muy contraria á nuestra naturaleza, para que nadie se espante oyendo decir esto, ni tome de ahí ocasion para desmayar y dejarse de mortificar, declararemos aquí cómo este no es ódio ni aborrecimiento con que nos queramos mal, sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo: antes el no mortificarnos es verdadero ódio y aborrecimiento, no solo del ánima, mas tambien del cuerpo. El glorioso Agustino, sobre aquellas palabras de San Pablo: "El espíritu desea contra la carne (1)," dice: «No penseis, hermanos mios, que cuando el espíritu desea contra la carne, aborrece y tiene ódio á la carne (2).» Pues ¿qué es lo que alli aborrece? Los vicios de la carne, sus astucias y malas inclinaciones, aquella esencion y contrariedad que la carne tiene contra la razon, eso es lo que aborrece (3);» que á la carne antes la ama en mortificarla y contradecirla, como el médico no aborrece al enfermo, sino la enfermedad, y contra esa pelea, que al enfermo antes le ama. Y pruébalo muy bien, «porque amar á uno, dice el filósofo, es quererle y desearle bien (4),» y aborrecerle, es querer que le venga algun mal. Pues el que trata de mortificar su cuerpo é irle á la mano en sus apetitos y deseos desordenados, quiere y procura para su cuerpo el mayor y sumo bien, que es el descanso y gloria eterna; y asi, ese es el que ama verdaderamente. Y el que no trata de mortificarle, sino que le deja seguir sus malas inclinaciones y apetitos, quiere y procura para su cuerpo el mayor mal que le puede querer y procurar, que es el infierno para siempre jamás; y asi, ese es el que verdaderamente aborrece su cuerpo. De la manera que dice el Profeta: "El que ama el pecado y la maldad, aborrece su ánima (5)," porque con esto la procura y negocia el infierno para siempre: de esta manera, y por esta misma razon, dice San Agustin, podemos decir que aborrece tambien su cuerpo, pues le procura y negocia el mismo mal. Y asi dicen los

(1) Cap. IV.

(1) Spiritus concupiscit adversus carnem. *Ad Gal.* V, 17.

(2) Absit, fratres mei, absit, ut spiritus concupiscendo contra carnem oderit carnem. *Aug. lib. serm. de verbis Apost., serm.* 6.

(3) Vitia carnis odit, prudentiam carnis odit, contentionem mortis odit. *Aug. lib. de Moribus Eccl. cap.* 26; et *lib.* 14 *de Trinit. cap.* 14.

(4) Amare est velle bonum. *Arist. lib.* 2. *Rethor. cap.* 4.

(5) Qui diligit iniquitatem, odit animam suam. *Ps.* X, 6.

teólogos (1), por esta razon, que los justos y buenos se aman mas á sí mismos que los pecadores y malos, no solo cuanto al alma, sino cuanto al cuerpo, porque le desean y procuran el verdadero bien, que es la bienaventuranza de la cual ha de participar tambien en su modo el cuerpo. Y añade Santo Tomás (2) por esta misma razon, que el justo ama su cuerpo, no con cualquier amor, sino con amor de caridad, que es el mas alto y aventajado amor.

Vése esto claramente por el ejemplo de dos enfermos, de los cuales el uno come y bebe todo lo que le dá gusto y no quiere recibir sangría, ni tomar purga, ni medicina alguna; y el otro se rige muy bien, y guarda la boca, aunque tiene mucha sed y hambre, y toma la purga, aunque le amarga, y recibe la sangría, aunque le duela: claro está que ama mas su vida y su cuerpo y salud este segundo, que por alcanzarla y conservarla quiere padecer un poco de trabajo en tener dieta y en tomar las medicinas; y al otro, antes le decimos que se degüella por no querer sufrir un poco de sed y de trabajo. Pues de la misma manera es en nuestro propósito. Y asi dijo San Bernardo á unos seglares, que se espantaban de sus monges por tratar tan mal sus cuerpos, diciendo que les tenian ódio capital, á los cuales respondió el Santo, que ellos de verdad eran los que aborrecian sus cuerpos, pues por darles un poco de gusto de deleites sensuales, los obligaban á tormentos eternos; mas los monges de verdad los amaban, pues los afligian un poco de tiempo para merecerles descanso perdurable.

Esta verdad nos enseñó Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio. Porque diciendo: "el que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz, y sígame," dá luego la razon dicha: "porque quien amare desordenadamente su vida, la perderá; y quien la aborreciere por amor de mí, la hallará en la vida eterna (1)." Dice San Agustin, sobre estas palabras: «Advertid y ponderad esta sentencia de Cristo tan alta y tan maravillosa; que el amar el hombre su vida y su carne, dice que es aborrecerla; y el aborrecerla, amarla. Porque si la amais mal y desordenadamente, será aborrecerla; y si sabeis aborrecerla como se debe, será amarla (2);» porque será guardarla para la vida eterna, como dice el mismo Señor (3). Concluye el Santo: «Dichosos y bienaventurados los que la supieron guardar para la vida eterna aborreciéndola, y no la perdieron amándola. Por tanto, no querais amar vuestra carne en esta vida, porque no la perdais en la eterna vida (4).»

Otra razon buena trae San Agustin en confirmacion de esto. No deja, dice (5), de amar uno una cosa, por amar otra mas que á ella. Y trae dos ejemplos que lo declaran. Claro está que no deja el enfermo de amar su pié ó su brazo por dejar que se le corten, cuando aquello es necesario para conservar la vida: harto amor les tiene él; pero mas amor tiene á su vida, y asi deja perder lo menos por lo mas. Y cosa cierta es tambien que el avariento tiene amor á su dinero, y desea mucho conservarlo; pero con todo eso se deshace de él, y lo echa de

(1) S. Thom. 2-2, c. 25, *art.* 5 *et* 7.
(2) Ari. 5 ad 2.

(1) Qui enim voluerit animam suam salvam facere perdet eam; qui autem perdiderit animam suam propter me inveniet eam. *Matth.* XVI, 25.
(2) Magna, et mira sententia, quemadmodum sit hominis in animam suam amor, ut pereat, odium, ne pereat. Si male amaveris, tunc odisti; si bene oderis, tunc amasti. *August. trat.* 51, *sup. Joann.*
(3) Qui odit animam suam in hoc mundo in vitam aeternam custodit eam. *Joann.* XII, 25.
(4) Felices qui oderunt custodiendo ne perdant amando. Noli amare in hac vita, ne perdas in aeterna vita. *August. ib.*
(5) August. *lib. I de Doctrina Christiana, cap.* 25.

casa para comprar el pan y lo demás que es necesario para la vida, porque por mucho que ame el dinero, ama mas la vida; y asi quiere perder lo que es menos por conservar lo que es mas. Pues de la misma manera no deja el hombre de amar su carne por mortificarla, sino que ama mas su alma y la vida eterna; y porque para su alma y para alcanzar la perfeccion y la vida eterna, es necesario mortificar y maltratar su carne, por eso la maltrata y mortifica: no es eso aborrecimiento, ni falta de amor, sino es amar mas á Dios y amar mas su alma y la perfeccion.

CAPITULO IX.

Que el que no trata de mortificarse, no solo no vive vida espiritual, pero ni racional.

El glorioso Agustino dice (1): «Una es la vida de las bestias, otra la de los ángeles y otra la de los hombres. La vida de las bestias, toda se ocupa en las cosas de la tierra y en el cumplimiento de sus apetitos; la de los ángeles, toda es tratar con Dios y de las cosas del cielo; la de los hombres, es media entre estas dos vidas, porque el hombre participa de la una naturaleza y de la otra; si vive segun el espíritu, hácese semejante á los ángeles y compañero de ellos; si vive segun la carne, hácese semejante á las bestias y compañero de ellas.» Concuerda con esto lo que dice San Ambrosio: «el que vive sin otra regla que la que sugiere su apetito, bien puede contarse entre los brutos; y solo se debe llamar espiritual, el que conforma sus acciones con los preceptos de su Dios (2).» De manera, que el que vive segun los apetitos de la carne, no solo no vive vida espiritual, pero ni aun vida racional de hombre, sino una vida animal de bestias. Esto solo nos habia de bastar para animarnos mucho á la mortificacion; porque ¿qué cosa hay mas indigna de la generosidad y nobleza del hombre, que fué criado á la imágen y semejanza de Dios y para gozar de él para siempre, que venir á ser semejante á las bestias, haciéndose siervo y esclavo de una cosa tan bestial como la carne y sensualidad, sujetándose y rigiéndose por ella y dejándose llevar del ímpetu furioso de su apetito bestial? Dice San Bernardo: «Grande abuso y desórden es, que la esclava sea la señora y la que mande; y la razon, que es la señora y la que habia de mandar, quede hecha esclava (1);» que es aquel desórden y desconcierto que dice Salomon que vió: "Ví á los siervos, dice (2), andar á caballo hechos señores y mandando, y á los príncipes y señores andar arrastrando por tierra, sirviendo como esclavos." El P. Maestro Avila dice: «¿No os parece que seria cosa monstruosa y de grande admiracion á los que la viesen, traer una bestia enfrenado á un hombre, llevándole donde ella quisiese, y rigiendo ella á quien la habia de regir? (3).» Pues de estos hay tantos regidos por el freno de sus apetitos bestiales, bajos y altos, que por ser tantos, no echamos ya de ver en ello, ni nos espanta ya este mónstruo, ni nos causa admiracion, que es otra lástima mayor. De Diógenes se cuenta que andaba en medio del dia por la plaza de Atenas con una candela buscando; preguntado, ¿qué buscais? «Ando, dice, buscando, á ver si hallo algun hombre.» «¿Pues no veis la

(1) Aug. *serm.* 18 *super Joann.*
(2) Qui secundum corporis appetentiam vivit, caro est: qui secundum praecepta Dei, spiritus est. *Ambr. Ps.* 118. *Octonario 4 super illud:* adhesit pavimento anima mea.

(1) Dominam ancillari, et ancillam dominari magna abusio est. *Bernard. c.* 3 *Meditat.*
(2) Vidi servos in equis et principes ambulantes super terram quasi servos. *Eccl.* X, 7.
(3) M. Avila, c. 11. *Audi filia.*

plaza llena de ellos?» «Esos, dice, no son hombres, sino bestias, porque no viven vida de hombres sino de bestias, rigiéndose y guiándose por sus apetitos bestiales.»

San Agustin trae otra comparacion graciosa, pero muy propia y que declara muy bien esto: «¿Qué tal parece delante de los hombres el que anda los pies arriba y la cabeza abajo? Este es matachin, cosa de farsa y de risa. Pues tal, dice (1), es en los ojos de Dios y de los ángeles aquel en quien la carne es señora, y la razon esclava; ese anda al revés, los pies arriba y la cabeja abajo.» ¿Pues quién no se afrentará de esto? Aun allá Séneca lo sintió, y dijo divinamente: «Mayor soy, y para mayores cosas nací, que para ser esclavo de mi cuerpo (2);» sentencia digna de que el religioso y cualquiera cristiano la tuviese impresa en el corazon. Si un gentil con sola la luz natural alcanzó á sentir y afrentarse de esto, ¿qué será razon que haga un cristiano, ayudado de la luz de la fé, y un religioso prevenido y favorecido con tantas bendiciones y regalos de Dios? Y así dice San Agustiu (3), que el que no se afrenta de esto, ni lo siente, tiene pervertida la razon, y ese será otro mónstruo mas digno de admiracion: ¡que esté uno hecho bestia y no lo sienta, ni eche de ver en ello!

Un filósofo (4) cuenta de sí, que siendo él muchacho vió un hombre que iba con mucha priesa á abrir una puerta con una llave, y aconteciólc muy al revés, porque no podia abrirla, por mucho que lo procuraba; y como él iba con tanta priesa, y no podia hacer nada, tomó un corage é ira con aquello, que comienza á morder la llave con los dientes y á dar coces en aquellas puertas; y no paró ahí, sino que comienza á decir blasfemias contra Dios y á echar espumarajos por aquella boca, como loco furioso, que los ojos parecia que se le querian saltar de corage. Dice este filósofo que, como vió esto, concibió en sí tanto ódio y aborrecimiento contra el vicio de la ira, que de allí adelante nunca nadie le vió enojado, por no verse en otra semejante: todo esto nos ha de ayudar á vivir como hombres de razon, y no dejarnos llevar de los apetitos de la carne. San Gerónimo, sobre aquello de Job: "En la tierra de Hus habia un varon llamado Job (1)," dice: «este era varon;» y dá la razon que habemos dicho, «porque no era la carne la señora y la que mandaba, sino teníala sujeta y rendida, nivelando todo cuanto hacia con el peso de la razon (2);» conforme á aquello de la Escritura: "Te estará sujeto su apetito, y le dominarás como á tu esclavo (3)."

(1) Qualis est in oculis hominum qui inversis pedibus ambulare videtur, talis est in oculis Angelorum, cui caro propria dominatur. *Aug. serm.* 50, *ad fratres in eremo.*

(2) Major sum et ad majora genitus, quam ut mancipium sim mei corporis. *Seneca, Epist.* 65.

(3) Aug. *lib. contra mendacium ad Consentium.*

(4) Galen. *lib. de cognoscendis curandisque animi morbis.*

CAPITULO X.

Que es mayor trabajo no tratar uno de mortificarse que el tratar de eso.

Podrá alguno decir: «bien veo el provecho y necesidad de la mortificacion; pero póneseme delante la dificultad y el trabajo, y eso me retrae de ella.» A esto digo lo primero con San Basilio (4): si por la salud corporal recibimos de buena gana medicinas muy amargas, y consentimos que el médico ó cirujano corte y queme por donde le parece: si por la hacienda y dine-

(1) Vir erat in terra Hus nomine Job. *Job.* I, 1.

(2) Non enim terra carnis ejus animum ipsius superabat, sed imperantis animi consilio cuncta faciebat. *Hyer. in Job.*

(3) Subter te erit appetitus ejus et tu dominaberis illius. *Gen.* IV, 7.

(4) Basil. *in Regulis fusius disputatis* 82.

ro acometen los hombres tan grandes dificultades y peligros por mar y por tierra; por la salud espiritual de nuestra alma y por alcanzar los bienes eternos de la gloria, razon será acometer alguna dificultad y ponernos á algun trabajo. Pero porque al fin naturalmente somos amigos de huir del trabajo, y ya que forzosamente hayamos de padecer algo, querriamos que fuese lo menos que pudiese ser, digo lo segundo, que es mayor trabajo el andar uno huyendo de la mortificacion que el mortificarse. Dice San Agustin: «Mandástelo, Señor, y verdaderamente ello es asi, que el ánimo desordenado sea tormento y pena de sí mismo (1).» Ese desórden que trae uno dentro de sí, del apetito á la razon y de la razon á Dios, causa en el hombre un tormento y desasosiego grande, y esto es en general en todas las cosas; porque ¿qué cosa hay en el mundo que, estando desordenada, no esté naturalmente inquieta y descontenta? El hueso que está fuera de su juntura ¿qué dolores causa? El elemento que está fuera de su lugar natural ¿qué violencia no padece? Pues como sea cosa tan propia y natural al hombre racional vivir segun la razon, cuando viviere desordenadamente y fuera de razon ¿cómo no ha de reclamar su misma naturaleza y darle latidos su propia conciencia? Muy bien dijo el Santo Job: "¿Quién jamás resistió á Dios y vivió en paz (2)?" que no puede haber paz ni descanso viviendo de esa manera. Y asi San Juan en el Apocalipsi (3) dice que los que adoraban la bestia no tenian holganza de dia ni de noche. Si servís á esa bestia de vuestra carne y sensualidad, jamás tendreis descanso ni sosiego.

Dicen allá los médicos que la salud y buena disposicion del cuerpo consiste en la templanza y proporcion de los humores; y asi, cuando ellos están fuera de aquella proporcion y templanza natural, que habian de tener, causan enfermedades y dolores; y cuando están bien templados y proporcionados, hay salud y causan esteriormente alegría y vigor corporal. Asi la salud y buena disposicion de nuestra alma consiste en la proporcion y moderacion de nuestras pasiones, que son sus humores; y cuando estas no están templadas y mortificadas, causan enfermedades espirituales; y cuando lo están, hay en el alma salud y buena disposicion, la cual causa, en el que la tiene, una alegría y sosiego grande. Mas dicen, y muy bien, que las pasiones en nuestro corazon son lo que los vientos en el mar, porque asi como los vientos en el mar alborotan y desasosiegan la mar, asi las pasiones alborotan y desasosiegan nuestro corazon con sus desordenados apetitos y movimientos. Ya se levanta la pasion de la ira, que nos turba y desasosiega; ya corre el viento de la soberbia y vanagloria; ya nos lleva tras sí la impaciencia, ya la envidia. Por lo cual dijo el profeta Isaías: "Los malos son como la mar cuando anda desasosegada con tormenta (1);" pero en sosegándose los vientos, luego hay bonanza en la mar. "Imperó á los vientos y al mar, dice el Evangelio (2), y se siguió una tranquilidad grande." Asi, si vos sabeis mandar á los vientos de vuestras pasiones y apetitos y hacer que se sosieguen, mortificándoles y moderándolos con la razon, luego habrá grande

(1) Jusisti, Domine, et sic est, ut poena sua sibi sit omnis animus inordinatus. *Aug. lib. 1 Confess. c. 12.*

(2) Quis restitit ei et pacem habuit? *Job.* IX, 4.

(3) Nec habebant requiem die ac nocte, quia doraverunt bestiam, et imaginem ejus. *Apoc.* XIV, 11.

(1) Impii autem quasi mare fervens quod quiescere non potest. *Isaiae* LVII, 20.

(2) Imperavit ventis, et mari, et facta est tranquillitas magna. *Matth.* VIII, 26.

tranquilidad y paz; pero mientras no tratáredes de eso, habrá tormenta.

Para que mas claramente se vea que lleva mayor trabajo y mas pesada cruz el que huye de la mortificacion que el que se mortifica, descendamos á casos particulares en que lo esperimentamos cada dia. Mirad cuál quedais cuando os dejastes llevar de la pasion de la ira ó impaciencia, y dijistes á vuestro hermano alguna palabra airada, ó hicistes otra cosa descompuesta y desedificativa; ¡qué tristeza, qué desasosiego, qué inquietud y pesadumbre teneis con vos! Decidme si es mayor la pena y trabajo que sentís en eso, que la que pudiérades sentir en haberos mortificado. No hay duda de eso. Mas: mirad los temores y sobresaltos que tiene un religioso inmortificado, que no está indiferente y resignado para cualquiera cosa que la obediencia quisiere hacer de él; una sola cosa á que tenga repugnancia basta para que ande siempre con pena y dolor, porque aquella es la que siempre se le pone delante y en primer lugar; y aunque á los superiores no les pase por el pensamiento ocuparle en aquello, como al fin es cosa que puede ser y se suele mandar, y él no sabe lo que será, siempre anda con temor y sobresalto si le han de mandar aquello. Es como cuando uno tiene una herida en el pie, que todo le parece que le va á dar allí; así todo le parece al inmortificado que le va á dar allí á donde le duele. Pero el religioso mortificado, indiferente y resignado para todo, siempre anda contento y alegre y no tiene que temer. Mas: considerad la pena y desasosiego que traerá consigo el que fuere soberbio cuando se viere arrinconado y olvidado, y que no hacen caso de él, y que no le encomiendan cosas de lustre y de honra como deseaba; y mirad el temor y congoja con que anda tambien cuando se las encomiendan y cuando ha de hacer alguna cosa pública, sobre cómo le ha de suceder, y si ha de sacar, por ventura, deshonra de donde él pensaba sacar honra. Por todas partes le aflige y atormenta su soberbia: ¡miserable estado! Y así es generalmente en todas las demas cosas. Vuestras pasiones son vuestros verdugos y sayones que os atormentarán perpétuamente mientras no tratáredes de mortificarlas. Y esto es verdad, ahora se cumpla lo que uno quiere, ahora no; porque mientras no se cumple, aquel deseo que se dilata, aflije y congoja su ánima (1); y cuando viene á cumplir, su deseo y á hacer su voluntad, aquello mismo le da tambien pena y tormento: «¡Oh! ¿qué haces tú, voluntad? al fin saliste con la tuya; no mereces nada en esto, pues lo haces por tu gusto y porque tú lo quisiste;» todo se le vuelve en acibar.

Añádese á esto el remordimiento de la conciencia que trae consigo el que no trata de su mortificacion ni hace lo que debe; porque, ¿qué contento puede tener un religioso que no vino á la Religion á otra cosa sino á tratar de su aprovechamiento y á buscar la perfeccion, si no trata de eso? Claro está que ha de andar con pena y con dolor. Y lo mismo podemos decir de cada uno en su estado, cuando no hace lo que debe; porque el gusano roedor de la conciencia que traemos con nosotros, en no haciendo lo que debemos, nos está remordiendo y royendo las entrañas. Dice muy bien el P. maestro Avila: «Poned en una balanza los trabajos que se pueden pasar siendo uno diligente y viviendo en fervor y tratando de su mortificacion; y en otra, los que pasa el tibio é inmortificado, porque no quiere pasar estos, y hallareis que son los de este mil tantos mayores que los de aquel (2).» Cosa es esta maravillosa que

(1) Spes, quae differtur, affligit animam. *Prov.* XII, 12.

(2) M. Ávila, *lib. Epistolarum.*

halla mas deleite y contento el que sirve al Señor con diligencia en velar, orar y en todo lo que se ofrece de trabajo y mortificacion, que el tibio y flojo, en parlar y pasar tiempo, y en regalarse y hacer su voluntad: riendo se está el tibio por de fuera y carcomiéndose dentro; y llora el justo, y alégrase en el corazon. "El camino de los tibios y perezosos, dice el Sábio (1), es como quien anda sobre espinas." Lo que dijo Dios por el Profeta Oseas: "Yo cercaré tu camino con espinas (2)." En los deleites puso Dios tristes remordimientos de conciencia, y en los pasatiempos amargura, y en hacer uno su voluntad dolor y tormento; ahí halla el tibio y perezoso espinas que punzan y atraviesan su corazon; pero "el camino de los justos es llano y sin tropiezo alguno (3)." ¡Oh! ¡qué paz y contento tiene un buen religioso mortificado y que anda con cuidado en su aprovechamiento haciendo lo que debe á buen religioso! No hay contento que se le iguale. Cada dia esperimentamos esto: cuando andamos con diligencia en el servicio de Dios, estamos muy alegres y contentos; y cuando andamos tibios y descuidados, estamos tristes y desconsolados. Esa es muchas veces la causa de nuestras tristezas y desconsuelos, como diremos en su lugar (4). De manera, que por huir los trabajos menores viene uno á caer en otros mayores. Dice Job: "Huís del frio y cargará sobre vos la nieve (5)." Decíades que por huir el trabajo dejábades de mortificaros; yo digo que, aunque no fuese sino por eso mismo, habíades de procurar mortificaros para vivir con paz y sosiego, aunque no hubiera en ello otro bien, cuánto mas habiendo tantos.

(1) Iter pigrorum quasi saepes spinarum. *Prov.* XV, 19.
(2) Ecce ego sepiam viam tuam spinis. *Oseae* II, 6.
(3) Via justorum absque offendiculo. *Prov.* XV, 19.
(4) Trat. 6, p. 4 et 6.
(5) Qui timet pruinam, irruet super eum nix. *Job.* VI, 16.

CAPITULO XI.

Comiénzase á tratar del ejercicio de la mortificacion.

El principal medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar esta mortificacion y victoria de nosotros mismos, es ejercitarnos mucho en negar nuestra voluntad y contradecir nuestros apetitos y no dar gusto á nuestra carne ni dejarla salir con la suya; porque de esta manera se va poco á poco venciendo la naturaleza y desarraigando el vicio y la pasion, é introduciendo y criando la virtud. San Doroteo dá acerca de esto un aviso muy provechoso. Cuando sois molestado de alguna pasion ó inclinacion mala, si condescendeis con vuestra flaqueza y quereis poner aquello por obra, entended, dice (1), y tened por cierto que con eso la pasion y mala inclinacion quedará mas arraigada y mas fuerte, y asi os hará mayor guerra, y os afligirá mas de ahí adelante. Pero si resistís varonilmente á la pasion y mala inclinacion, con eso se irá ella disminuyendo y teniendo cada dia menos fuerzas para combatiros y molestaros hasta venir á perder del todo las fuerzas y á no daros ya molestia ni pesadumbre. Este es un aviso muy importante tambien para las tentaciones, por la misma razon, como declararemos en su lugar (2). Importa mucho resistir á los principios, porque la mala costumbre no nos lleve poco á poco á mayor dificultad. Dicen los Santos que nos habemos de haber con nuestro cuerpo como un caballero que vá sobre un caballo furioso y mal enfrenado, del cual con

(1) Dorot. *serm. seu doctrin.* 15 *in Bibliot. Sanctorum Patrum, tom.* 3.
(2) Trat. IV. c. 6.

industria y valor se apodera, y le hace caminar por donde quiere, y al paso que quiere; asi acá es menester traer siempre el freno tirado y no descuidar de la espuela, y de esa manera sereis señor de vuestro cuerpo y hareis de él lo que quisiéredes y que camine por donde quisiéredes y al paso que quisiéredes: y si no teneis valor y destreza para gobernarle y apoderaros de él, apoderaráse él de vos y derrocaros há en algun despeñadero. El medio que suelen tomar cuando una bestia tiene algun mal siniestro, para quitársele, es no dejarle salir con él; pues ese ha de ser tambien el medio que habemos de tomar nosotros para quitar los siniestros y malas inclinaciones de nuestra carne, no dejarla salir con lo que ella quiere, sino contradecirla é irle á la mano en todos sus apetitos y deseos.

Para que nos animemos mas á este ejercicio, ayudaranos mucho que vayamos siempre en aquel fundamento que decíamos al principio (1), que este hombre esterior, esta nuestra carne y sensualidad, es el mayor contrario y enemigo que tenemos, y como tal anda siempre procurando nuestro mal, apeteciendo contra el espíritu, contra la razon y contra Dios. Una de las razones principales por que dicen los Santos que el propio conocimiento es un medio eficacísimo para vencer todas las tentaciones, es, porque el que anda en este ejercicio, como tiene bien entendida su flaqueza y miseria, en asomando el pensamiento ó deseo malo, luego echa de ver que aquella es tentacion de su enemigo que le quiere engañar y derrocar, y asi guárdase de él, y no le da crédito, ni oidos ningunos; pero el que no se conoce, ni trata de eso, no echa de ver la tentacion que le viene, ni la tiene por tal; especialmente cuando es conforme á su inclinacion y gusto; antes lo que es tentacion lo tiene por razon, y lo que es sensualidad le parece necesidad, y asi fácilmente es vencido de la tentacion. Pues esto os ayudará tambien mucho para mortificaros: acordaos que traeis con vos el mayor enemigo que teneis, y entended que todos esos apetitos y tentaciones que os vienen, son de vuestra carne y sensualidad, que como enemigo capital pretende y procura vuestro mal, y de esa manera fácilmente os mortificareis y le desecharéis; porque ¿quién se fiará de su enemigo?

San Bernardo trae otra buena consideracion para esto: dice (1) que nos habemos de haber con nosotros mismos y con nuestro cuerpo, como con un enfermo que nos hubiesen encomendado, al cual, aunque pida y desee mucho lo que le hace daño se le ha de negar, y lo que le hace provecho, aunque él no guste de ello, se lo han de dar y hacer que lo tome. ¡Oh! ¡si nos acabásemos de tener por enfermos y anduviésemos siempre con esta consideracion, que todos esos apetitos y deseos que nos vienen son antojos de enfermo y persuasiones de nuestro enemigo que nos quiere hacer mal! ¡cuán fácilmente los desecharíamos y venceríamos! Pero si vos no os teneis por enfermo, sino por sano; si no os teneis por enemigo, sino por amigo, en gran peligro estais; porque ¿cómo habeis de resistir á lo que no pensais que es malo sino bueno, y á lo que no pensais que es engaño sino verdad?

Cuenta San Doroteo (2) que estando él en el monasterio con el cargo de las cosas espirituales, á quien acudian todos los

(1) Cap. II.—Trat. 4, cap. 19.

(1) Bernard. *epist. seu tract. ad Fratres de Monte Dei.*

(2) Dorot. *doct.* 11.

monges con sus tentaciones; un dia vino á él uno de ellos á darle cuenta de una tentacion que tenia de gula, y como unas cosas se llaman á otras, pasaba adelante la tentacion, y llegaba á que le hacia hurtar cosas de comer. Preguntóle él con mucho amor la causa por qué hacia aquello: respondió que por la hambre que tenia, que no le bastaba lo que le daban en la mesa. Exhortábale á que fuese al abad, y le declarase su necesidad. A él haciasele muy dificultoso, diciendo que tendria mucha vergüenza en ir con eso al superior. Pues esperad, dice, que yo lo remediaré. Váse San Doroteo al abad, y dále cuenta de la necesidad del monge. El abad remíteselo á él, que haga todo lo que le pareciere que conviene para su remedio. Con esto hace llamar al despensero, y mándale que á cualquiera hora que aquel monge le pidiere de almorzar ó merendar, le dé todo cuanto pidiere. El despensero obedeció, y dábaselo de muy buena gracia. Con lo cual se comenzó á hallar bien, y por algunos dias no hurtó nada. Pero de allá á poco tornó á su mala costumbre. Y va con muchas lágrimas á San Doroteo á decir su culpa y pedir penitencia (que esto tenia bueno, que declaraba luego sus faltas, el cual es medio muy eficaz para que no duren mucho): pregúntale, «¿no os dá el despensero lo que le pedis? ¿háos dicho alguna vez de no?» «Muy bien, dice, lo hace el despensero, y todo cuanto le pido me dá; pero tengo vergüenza de ir tantas veces á él.» «Y de mi (dice) ¿tendréisla, ya que sé vuestra tentacion y os habeis declarado conmigo?» Respondió que no. Y con esto mándale que acuda á él y le daria todo lo que hubiese menester y no hurtase nada de ahí adelante. Tenia entonces San Doroteo cuidado de los enfermos y regalábale mucho. Con esto detúvose de hurtar por algunos dias; pero presto volvió á su mala costumbre. Y fué con muchas lágrimas y confusion á decir su culpa y pedir perdon y penitencia. Dice San Doroteo: «pues ¿cómo, hermano mio? á mí no teneis empacho en pedirme, yo os doy todo lo que habeis menester, ¿para qué hurtais?» Respondió: «Padre, no sé cómo es esto, ni para qué hurto; el vicio y mala costumbre me lleva tras sí, que yo ninguna necesidad tengo, ni como lo que hurto, al jumento se lo doy.» Y asi se halló, porque fueron á su aposento y tenia los higos, uvas, manzanas y los pedazos de pan escondidos debajo de la cama, y allí se lo dejaba hasta que se pudria. Y entonces no sabiendo que hacer de ello lo llevaba á la caballeriza, y lo echaba al jumento. En lo cual se verá, dice San Doroteo, el miserable y desdichado estado á que lleva á uno la pasion y mala costumbre, y cuánta razon tenemos de tenernos por enfermos y por enemigos. Bien via este que hacia mal en aquello, y lloraba y se afligia mucho de haberlo hecho; y con todo eso, no parece que se podia contener de tornarlo á hacer. Por lo cual decia muy bien el abad Nisqueron, que el que se deja llevar de la pasion y mala costumbre, se viene á hacer siervo y esclavo de ella.

CAPITULO XII.

Como se ha de ir poniendo en práctica el ejercicio de la mortificacion.

Pues el ejercicio de mortificacion es el principal medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar victoria y señorío de nosotros mismos y de nuestras pasiones y apetitos, será bien que vayamos descendiendo mas en particular, declarando cómo habemos de ir poniendo en práctica este ejercicio. El órden y regla general que solemos dar en semejantes cosas, es que pongamos los ojos en aquello de que tenemos

mas necesidad, y que eso será lo primero que procuremos alcanzar. Pues comenzad primero este ejercicio por las ocasiones de mortificacion que se os ofrecen sin andarlas vos á buscar, ahora sea por medio de la obediencia ó por medio de vuestros hermanos, ó por otra cualquier via. Recibid de buena voluntad todas estas ocasiones y aprovechaos de ellas, porque eso es necesario, así para vuestra paz y quietud, como para dar buen ejemplo y edificacion. Habiamos nosotros de ser tan fervorosos en la mortificacion, pues nos va tanto en ello, que anduviésemos pidiendo é importunando á los superiores que nos mortificasen en esto y en lo otro, y nos diesen la penitencia y la reprension en particular y en público delante de todos; pero ya que no seais tan fervoroso como eso, recibid siquiera con paciencia y buena voluntad las ocasiones de mortificacion que se os ofrecen y os envia Dios para vuestro ejercicio y aprovechamiento. Muchas son las ocasiones que en esto se nos ofrecen cada dia; y si uno anduviese sobre sí y con deseo de mortificarse, siempre hallaria en qué; porque unas veces, acerca de las cosas de la obediencia, os parecerá que á vos os mandan lo mas trabajoso y que todo carga sobre vos habiendo otros que podian hacer aquello; y á cada uno en su oficio se le ofrecen algunas cosas que le dan particular trabajo y mortificacion. Pues aprovechaos de esas ocasiones que teneis entre manos, y prevenios para ellas, y haced cuenta que eso dificultoso es vuestra cruz que habeis de llevar para seguir á Cristo. Otras veces se os ofrecerán ocasiones de mortificacion en la comida, en el vestido, en el aposento; holgaos que os quepa á vos siempre lo peor, como nos lo dice la regla (1). Otras veces os darán la penitencia y la reprension; y algunas veces os parecerá que no teneis culpa, y otras que á lo menos no tanta, y que os dicen la cosa diferentemente de lo que pasó ó que lo encarecen demasiado. Holgaos de todo eso y no os escuseis, ni os quejeis, ni querais luego volver por vos y satisfacer al uno y al otro. Pues si vamos á las ocasiones de mortificacion que se nos ofrecen de parte de nuestros prójimos y hermanos con quien tratamos y conversamos, hallaremos tambien hartas; unas veces sin ellos querer, ni advertir en ello, y sin culpa alguna suya; otras por algun descuido ó negligencia, aunque no con mala intencion; otras veces se os ofrecen ocasiones en que os parece que sois desestimado y que hacen poco caso de vos. Pues si vamos á las que nos envia el Señor inmediatamente con las enfermedades, tentaciones y trabajos que nos vienen, y con el repartimiento tan diferente de sus dones así naturales como sobrenaturales, no tienen cuento ni número las que cada dia se nos ofrecen sin andarlas nosotros á buscar. Estas son las ocasiones en que primero nos habemos de ejercitar; porque como estas mortificaciones se nos han de ofrecer muchas veces necesariamente, y las habemos de padecer, aunque nosotros no queramos, es menester que procuremos hacer de la necesidad virtud, para que, ya que las padecemos, sea con fruto. Y fuera del aprovechamiento espiritual que en esto hay, ahorraremos de mucho trabajo si las tomamos de buena voluntad, porque muchas veces el trabajo y dificultad que sentimos, no está tanto en las cosas cuanto en la repugnancia y contrariedad de nuestra voluntad; y así, abrazándolas de buena gana, aliviaremos mucho el trabajo.

Otras mortificaciones hay que habemos nosotros de hacer de nuestra voluntad, y por eso las llaman algunos activas, á diferencia de las pasadas, que llaman pasivas

(1) Regul. 28 *Summarii constitut.*

porque las habemos de padecer, aunque no queramos; pero son necesarias, y asi han de ser tambien de las primeras. Y de estas, unas hay que son necesarias para que cualquier cristiano sea bueno y se salve; como es, mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de los Mandamientos de Dios: otras son necesarias para que uno sea buen religioso y alcance la perfeccion; como es, mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de sus reglas y el hacer las cosas bien hechas y con perfeccion. Porque cosa cierta es, que no solo todos los pecados, como dijimos arriba (1), sino todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, son por falta de mortificacion; porque todas son, ó por huir y no padecer algun trabajo que sentimos en hacer lo bueno y lo mejor, ó por no abstenernos de algun gusto y deleite que recibimos en lo malo ó imperfecto que hacemos. Vamos discurriendo por todas ellas, y hallaremos que si faltamos en la obediencia y en la observancia de las reglas, ó en la templanza, ó en el silencio, ó en la modestia, ó en la paciencia, ó en cualquier otra cosa; todo es por falta de mortificacion, ó por no padecer el trabajo que está anejo á aquello, ó por no abstenernos del gusto y deleite que recibimos en lo contrario. De manera, que si quereis ser buen religioso y alcanzar la perfeccion, es necesario que os mortifiqueis en estas cosas. Asi como para ser uno buen cristiano y salvarse es menester que se mortifique en todo aquello que apetece contra la Ley de Dios; y por eso dijo Cristo nuestro Redentor: "el que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo (2)," y si no se niega y mortifica en eso, no será buen cristiano ni se salvará: asi para ser buen religioso y alcanzar la perfeccion, es menester que os mortifiqueis en todo lo que os fuere impedimento para ello. Pues discurrid por todas las obras del dia desde la mañana hasta la noche, y mirad lo que os impide el guardar vuestras reglas y el hacer las cosas ordinarias, que haceis, bien hechas y con perfeccion; y acometed aquel trabajo, y mortificaos en aquel gusto que os hace hacer la cosa mala ó imperfectamente, y de esa manera cada dia serán las obras mejores y mas perfectas, y vos tambien sereis mejor y mas perfecto. Todo el punto de nuestro aprovechamiento está en acabarnos de resolver en esto.

Preguntó uno una vez: «¿qué es la causa que por una parte me dá Dios buenos deseos, y por otra, cuando se ofrece la ocasion, me hallo flaco y caigo en muchas faltas y nunca acabo de arribar á la perfeccion?» Decian unos y otros: «eso nace de falta de consideracion; si considerásedes esto y esto, os ayudaria.» Y dábanle muchas consideraciones, y no le aprovechaban nada. Llegó á un viejo muy esperimentado, el cual le respondió: «no nace eso de falta de consideracion, sino de falta de resolucion.» Esa es la causa de no aprovechar y de no acabar de desarraigar de nosotros las faltas y siniestros que tenemos. Acabaos vos de resolver en mortificaros en lo que habemos dicho, y de esa manera alcanzareis la perfeccion.

CAPITULO XIII.

Como nos habemos de mortificar en las cosas lícitas y tambien en las cosas necesarias.

No parece que habia mas que decir acerca de la práctica y ejercicio de la mortificacion, sino que nos ejercitemos muy bien en ella de las dos maneras sobredichas, porque eso bastará para ser buenos y perfectos religiosos. Pero para que mejor hagamos

(1) Cap. II.
(2) Matth. XVI, 24.

esas y estemos mas prontos y dispuestos para ellas, ponen los Santos y maestros de la vida espiritual otro ejercicio de mortificacion en cosas que podiamos hacer lícitamente. Asi como el buen cristiano no se contenta con hacer las cosas de obligacion que son necesarias para salvarse, sino añade otras de devocion, que llaman los teólogos obras de supererogacion, porque no se contenta con oir misa los dias de precepto, sino óyela tambien entre semana, y reza el rosario de nuestra Señora, y confiesa y comulga á menudo: asi el buen religioso no se ha de contentar con guardar sus reglas y mortificarse en lo que es necesario para el cumplimiento de ellas, sino ha de procurar hacer otras mortificaciones de supererogacion á que no le obligan sus reglas, mortificándose en algunas cosas no necesarias, sino que lícitamente las pudiera hacer. San Doroteo dice que no hay cosa que asi ayude para aprovechar en virtud y alcanzar paz y tranquilidad, como quebrantar uno su voluntad; y enseña el modo que habemos de tener en mortificarnos en estas cosas que pudiéramos hacer lícitamente. Vais por una parte, viéneos gana de volver la cabeza y mirar acullá, no mireis; estais hablando con otros, ofréceseos una cosa que viene muy á próposito y os parece que os tendrán por discreto y avisado, no la digais. Ejemplos son que pone el mismo Santo, que tan en particular desciende como esto: «Viéneos gana de saber qué tenemos para comer, no lo querais saber. Veis alguna cosa de nuevo en casa, viéneos gana de saber quién envió aquello, ó quién lo trajo, si es comprado, ó si es dado, no lo preguntéis (1).» En viniendo el huésped, luego os viene gana de preguntar: ¿quién vino? ¿de dónde viene? ¿dónde vá? ¿á qué? no lo sepais, mortificaos en eso.

Este ejercicio, dice San Doroteo, que ayuda grandemente para criar hábito de negar nuestra voluntad. Porque si nos acostumbramos á quebrantarla en estas cosas pequeñas, en breve vendremos á no tener propia voluntad en las mayores. Asi como los que se crian para la guerra, ejercitan en tiempo de paz lo que han de hacer en tiempo de guerra, ensayándose en unas justas y suizas que entonces son juegos; pero es necesario aquello para que estén diestros y acostumbrados para cuando vengan las veras: asi el religioso se ha de acostumbrar á mortificar y quebrantar su voluntad en las cosas lícitas, para que asi esté despues diestro y bien acostumbrado para mortificarse en las ilícitas. San Buenaventura enseña tambien (1) este ejercicio de mortificarnos en cosas pequeñas y que de suyo son lícitas y las podiamos hacer; y pone ejemplo en coger una flor, ó no cogerla, cuando vais por la huerta; porque aunque el cogerla no sea culpa, pero el dejarla de coger, por mortificaros, es mas grato á Dios. Y asi dice que el siervo de Dios ha de decir muchas veces en su corazon: «por vuestro amor, Señor, no quiero ver esto, ni oir lo otro, ni gustar este bocado, ni tomar ahora esta manera de recreacion.» De nuestro P. San Francisco de Borja se cuenta que, siendo duque, era muy aficionado á la caza de cetrería, y gustaba mucho de ella, é iba á volar una garza, y al mejor tiempo, al punto que el halcon hacia su presa y la mataba, bajaba él sus ojos, y les quitaba tambien su presa, privándose de aquel contento y recreacion que con tanto trabajo habia buscado todo el dia (2).

(1) Suadet tibi cogitatio tua, adi cocum, et interroga quid parat absumi, non obtemperes.... Cernit fortasse quidpiam, suadet illi cogitatio, ut interroget quisnam illud attulerit, non interroget. *Dorot. serm. 1 de obedientia, et negatione propriae voluntatis.*

(1) Bonav. et Ludov. Blos. *cap. 2. Monitis spirit.*
(2) Lib. 1, cap. 5 de la *Vida del P. San Francisco de Borja.*

Dice San Gregorio (1) que es propio de los siervos de Dios privarse de las cosas lícitas por estar muy lejos de las ilícitas. Por esto aquellos santos Padres del Yermo estimaban tanto este ejercicio y criaban con él á sus discípulos, quitándoles lo que ellos querian y haciéndoles obrar lo que no querian en cosas pequeñas, y que las pudieran hacer sin pecado y sin imperfeccion alguna, para que en todo negasen su voluntad y estuviesen hechos á las armas para cosas mayores. Y del que en estas mortificaciones ligeras y fáciles probaba bien, tenian buenas esperanzas que llegaria á la perfeccion, y del otro sentian mal, porque les parecia que una voluntad acostumbrada á hacer lo que quiere, aunque sea en cosas pequeñas y de poca importancia, se hallará muy rebelde para negarse despues en las mayores. Y de ahí tomó la Compañía el ejercicio que usa, especialmente á los principios con los novicios, ocupándolos en ejercicios y oficios diferentes, y haciéndoles dejar lo que han comenzado y deshacer lo que han hecho y volverlo á hacer, para que no se crien voluntariosos y apetitosos, sino que desde el principio se acostumbren á negar su voluntad y juicio propio.

Mas adelante pasan los Santos en este ejercicio de mortificacion. No se contentan con que nos acostumbremos á negar nuestra voluntad en las cosas lícitas que pudiéramos hacer sin pecado y sin imperfeccion alguna, sino que aun en las mismas cosas á que tenemos obligacion de acudir, nos aconsejan que nos acostumbremos á mortificar y negar nuestra voluntad. Pero dirá alguno: «¿cómo puede ser eso? ¿habemos de dejar de hacer aquello que tenemos obligacion, por mortificarnos?» Digo que no, en ninguna manera, porque eso seria mal hecho. "No es lícito hacer mal para que venga algun bien (1)." Pues ¿cómo ha de ser eso? Hallaron los Santos para esto una traza maravillosa, y es doctrina del Apóstol San Pablo. Advertid, dicen, y tened cuenta que ninguna cosa hagais, ni penseis, ni hableis, que vaya guiada por cumplir vuestra voluntad ó apetito, sino antes que comais habeis de mortificar el apetito de la gula, y no habeis de comer porque vos gustais de ello y lo quereis, sino porque es obediencia de Dios, que quiere y manda que comais para sustentar la vida, como lo hacia el abad Isidoro, del cual refiere Paladio (2) que lloraba cuando iba á comer, é iba por obedecer.

Antes que estudieis, habeis de mortificar el apetito de estudiar, y despues estudiad, porque Dios lo quiere y os lo manda, y no por vuestra voluntad y gusto. Antes que prediqueis ó leais la cátedra, mortificad el apetito é inclinacion que teneis á eso, y no lo hagais por vuestro gusto y aficion, sino porque os lo mandan y es voluntad de Dios. Y de la misma manera en todas las demas cosas habeis de quitar la propiedad de vuestra voluntad, y hacerlas porque Dios lo quiere. Porque no es razon que ellas nos lleven cautivos hácia sí, sino que nosotros las traigamos á ellas á nos y á Dios, haciéndolas puramente por él. Esto es lo que dice el Apóstol: "Ahora comais, ahora bebais, ahora hagais otra cualquier cosa, hacedlo todo á gloria de Dios (3)."

Este es un punto muy principal y muy espiritual. No habemos de hacer las obras ni el oficio que hacemos por el gusto é inclinacion que tenemos á ello, sino puramente por Dios, porque él así lo quiere y

(1) Greg. *lib.* 4. *Dialog. cap.* 11.

(1) Non sunt facienda mala, ut veniant bona. *Ad Rom.* III, 8.

(2) Paladius *in Histor. Lausiaca, sectione* 1.

(3) Sive ergo manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite. *I. ad Cor.* X, 31.

nos lo manda, acostumbrándonos á no hacer en ellas nuestra voluntad, sino la de Dios, y á holgarnos en ellas, no porque las cosas son de suyo apetecibles, ni porque nosotros gustamos de ellas y son conforme á nuestra inclinacion, sino porque estamos haciendo en ellas la voluntad de Dios. El que anduviere de esta manera, no solamente se acostumbrará á mortificar y negar su voluntad, sino á estar haciendo la voluntad de Dios en todas las cosas, que es un ejercicio muy alto de amor de Dios y de gran provecho y perfeccion, como dijimos en otra parte (1).

Harto campo habemos descubierto para este ejercicio; y asi, el que quisiere traer exámen particular de mortificar y negar su voluntad (que será muy provechoso) ha de ir poco á poco por los grados y escalones que habemos dicho en estos dos capítulos. Lo primero, podemos traer exámen particular de mortificarnos en las cosas que ellas mismas se ofrecen sin nosotros buscarlas, en que hay harto que hacer por algunos dias, y aun por muchos; especialmente, si habemos de llegar á llevarlas, no solo con paciencia, sino con gozo y alegría, que es el tercero y mas perfecto grado de mortificacion, como despues diremos (2). Lo segundo, de mortificar nuestra voluntad en lo que nos estorba é impide el hacer bien las cosas que necesariamente habemos de hacer para ser buenos religiosos y guardar nuestras reglas y proceder con edificacion, que son innumerables. Lo tercero, de mortificarnos en algunas cosas que lícitamente pudiéramos hacer, para de esa manera irnos habituando y acostumbrando á negar nuestra voluntad y estar mas prontos y dispuestos para cuando se ofrezcan otras mayores: proponiendo de mortificarnos en estas cosas, tantas veces á la mañana y tantas á la tarde, comenzando al principio con menos y despues añadiendo mas, conforme á como fuere cada uno aprovechando. Y mientras mas veces se mortificare uno será mejor, aunque se acaben todas las cuentas del rosario, como habemos conocido á algunos en la Compañía que las pasaban todas, mortificándose cada dia tantas veces y se les parecia bien en su aprovechamiento. Lo cuarto, en las mismas cosas que tenemos obligacion de hacer podemos traer este exámen, procurando hacerlas, no porque nosotros las queremos y gustamos de ellas, sino porque es aquella la voluntad de Dios, que es un ejercicio que puede durar toda la vida por ser de grande perfeccion.

A lo cual añado, que este exámen por estos mismos puntos se puede traer por via de conformidad con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas como venidas de su mano y que nos las envia con entrañas de Padre para nuestro mayor bien y provecho, haciendo cuenta que el mismo Cristo nos está diciendo: «Hijo, yo quiero que ahora hagas ó padezcas esto;» porque de esta manera será mas fácil y suave, y mas provechoso y eficaz y de mas perfeccion; porque será ejercicio de amor de Dios, el cual todas las cosas hace fáciles y suaves. Aquella razon: «esto es voluntad de Dios; Dios quiere y gusta ahora de esto;» convence y concluye y ata de pies y manos.

De nuestro P. S. Francisco de Borja leemos (1), que una vez partió tarde de Valladolid á Simancas, donde estaba la casa de Probacion; nevaba mucho y hacia un viento muy frio y rigoroso, y vino á llegar muy de noche, y á tiempo que ya estaban reposando los novicios; estuvo un gran rato llamando á la puerta, cayendo copos

(1) Part. 1, trat. 3, c. 8.
(2) Cap. XXIII.

(1) Lib. 2, c. 15 *de la vida del P. San Francisco de Borja.*

de nieve sobre él, y como era el primer sueño, y la puerta estaba lejos de la habitacion, no habia quien respondiese. A cabo de gran rato le oyeron y le abrieron, quedando muy corridos los novicios de haber hecho aguardar tanto á su Padre, y verle traspasado y tiritando de frio. Díjoles entonces el Padre con muy buena gracia y alegre semblante: «No tengais pena, hermanos mios, que yo os certifico que el Señor me ha regalado mucho el tiempo que he estado aguardando, porque estaba pensando que el Señor era quien me tiraba los copos de nieve y enviaba los aires helados sobre mí, y que todo lo que obra, lo obra con infinita alegría y gusto suyo, y que debia yo regocijarme considerando el gusto de Dios en castigarme y afligirme, y gozarme del gozo que él tenia en esta obra, pues se despedaza un leon ú otro animal bruto delante de un gran príncipe por solo darle contento.» De esa manera habemos de tomar nosotros todas las ocasiones de mortificacion, y ese ha de ser nuestro gusto y contento en ellas, el gusto y contento de Dios.

CAPITULO XIV.

Que principalmente nos habemos de mortificar en aquel vicio ó pasion que reina mas en nosotros, y nos hace caer en mayores faltas.

En el libro primero de los Reyes cuenta la Sagrada Escritura que mandó Dios á Saul, por el Profeta Samuel, que destruyese á Amalec á hecho, que no dejase piante, ni mamante, como dicen, grande, ni pequeño, ni de los hombres, ni de los animales y ganados. Y dice la Divina Escritura: "Perdonó Saul y el pueblo al rey Agag, y á lo mas grueso del ganado mayor y menor, y á todo lo que era precioso y de valor. Y todo lo vil y desechado y que no valia nada, eso destruyeron (1)." Asi hay algunos, que se mortifican en cosas pequeñas y livianas; pero en las cosas mayores, que importan y les hacen mas al caso, perdónanse y quédanse muy vivos y muy enteros. Pues para aviso de estos, digo que lo principal en que habemos de poner los ojos para mortificarlo y ofrecerlo á Dios, ha de ser lo mas precioso. Va luego Samuel á Saul, y repréndele muy ásperamente, de parte de Dios, por lo que habia hecho, y hace que le traigan delante á Agag, rey de Amalec. "Y trageron á su presencia á Agag, gruesísimo, y temblando, y lo dividió en partes Samuel delante del Señor, en el sitio llamado Gálgala (2):" hizo sacrificio de él á Dios. Pues eso ha de ser lo principal que habeis de sacrificar y ofrecer á Dios con la mortificacion; ese Agag de vuestra hinchazon y soberbia, eso que reina mas en vos, ese deseo y apetito de ser tenido y estimado, esa impaciencia, esa condicion áspera y mala que teneis.

Hay algunos que todo su cuidado y toda su santidad y perfeccion parece que ponen en esto esterior, que se parece de fuera, en traer una modestia y composicion muy edificativa, y que esteriormente no se les eche de ver falta alguna; y con la mortificacion interior, que es la mas preciosa y subida, no tienen cuenta ninguna, sino que se están muy vivos y enteros en su propia voluntad y juicio y en su honra y estimacion. A los cuales podriamos decir en su modo lo que dijo Cristo á los Escribas y Fariseos: "¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos, hipócritas, que teneis mucha cuen-

(1) Et pepercit Saul, et populus Agag, et opimis gregibus ovium, et armentorum, et vestibus, et universis, quae pulchra erant; nec voluerunt disperdere ea.... Quidquid vero vile fuit, et reprobum, hoc demoliti sunt. *I. Reg.* XV, 32.

(2) Et oblatus est ei Agag pinguissimus, et tremens, et in frustra concidit eum Samuel coram Domino in Galgalis. *I. Reg.* XV, 32.

ta con la limpieza esterior de los platos y vasos en que comeis y bebeis, y dentro estais llenos de inmundicia, de hurtos y de rapiñas! Fariseo ciego, limpia primero el vaso y el plato por de dentro, y se limpiará tambien lo de fuera (1)." Limpiad y mortificad primero lo interior, para que lo esterior sea puro y limpio; porque si esa modestia esterior no nace de allá dentro, de la paz y madurez interior del corazon, todo será hipocresía y fingimiento. No seais, dice Cristo nuestro Redentor, como los sepulcros blanqueados, que parecen por de fuera muy hermosos y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Y en el mismo capítulo, aun mas á nuestro propósito, reprende á los mismos Escribas y Fariseos, diciendo: "¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos, hipócritas, que teneis mucho cuidado que no se quede por diezmar la yerva buena, el anís y los cominos, y dejais las cosas mas graves de la Ley; no teneis cuenta con ellas (2)!" Esto es al pié de la letra lo que ahora vamos diciendo: que hay algunos que tienen mucho cuidado de mortificarse en cosas de poco momento y que no les cuestan nada; pero en lo que duele, en cosa que llegue á lo vivo, no hay tocar. Pues eso ha de ser lo principal que habemos de mortificar: aquella pasion, ó aquel vicio, ó inclinacion, ó costumbre mala que mas reina en nosotros, y nos lleva mas tras sí, y nos pone en mayores peligros, y nos hace caer en mayores faltas. Por esperiencia vemos que cada uno comunmente suele sentir en sí una ó dos cosas, que son las que principalmente le hacen la guerra, y le impiden su aprovechamiento, y son causa de todo su desmedro; pues eso decimos que es en lo que principalmente ha de poner cada uno los ojos, para quitarlo y desarraigarlo de sí con la mortificacion; y por esto tambien solemos encargar (1) que de esto principalmente se haga el exámen particular, y que en esto se insista principalmente en la oracion, porque esa es la principal necesidad de cada uno.

(1) Vae vobis, Scribae, et Pharisaei hypocritae, quia mundatis quod de foris est calicis, et paropsidis, intus autem pleni estis rapina, et immunditia... Pharisaee caece, munda prius quod intus est calicis et paropsidis, ut fiat id quod de foris est mundum. *Matth.* XXIII, 25.

(2) Vae vobis Scribae, et Pharisaei, hypocritae, qui decimatis mentham, et anethum, et ciminum, et reliquistis quae graviora sunt legis, judicium, et misericordiam, et fidem. *Matth.* II, 23.

CAPITULO XV.

Que no habemos de dejar las mortificaciones en cosas pequeñas, y cuán provechosas y agradables sean á Dios estas mortificaciones.

De tal manera habemos de poner los ojos en las cosas mayores que no dejemos las menores. Este aviso es contra algunos que dejan las mortificaciones pequeñas y no hacen caso de ellas, por parecerles que son cosas menudas y que no está en eso el aprovechamiento y perfeccion. Este es un engaño muy grande. Y asi, nos avisa tambien de ello Cristo nuestro Redentor en aquella misma reprension que dió á los escribas y fariseos, porque no les reprendió porque tenian cuidado de aquellas menudencias, sino porque dejaban las cosas graves de la ley; antes añade luego que es menester tambien hacer esas cosas. "Conviene, dice (2), que se hagan las cosas pequeñas, pero no se han de dejar las mayores." Muchas veces tratamos cuánto importa el hacer caso de cosas pequeñas y menudas y no nos descuidar en ellas; y á la verdad él es un punto de tanta importancia que merece ser tratado muchas veces

(1) 1, p. trat. 5, c. 14; y trat. 7, cap. 2.

(2) Haec oportuit facere, et illa non omittere. *Matth.* XXIII, 23.

para que no se nos vaya entrando por ahí tanto mal como suele entrar por esos resquicios. Pero ahora solamente diremos lo que hace á nuestro propósito, que será declarar dos cosas: la primera, el bien grande que hay en estas mortificaciones: la segunda, cuán grande mal y daño nos puede venir, si nos descuidamos de ellas. Y comenzando de lo primero, cuánto agraden á Dios las mortificaciones, aunque sean en cosas pequeñas, y de cuánto valor y merecimiento sean delante de él, entenderase bien por aquí; en la mortificacion no se ha de mirar tanto á la cosa que hacemos, cuanto á que negamos y quebrantamos en ella nuestra propia voluntad; porque eso es propiamente el mortificarse y negarse á sí mismos que Cristo nuestro Redentor nos pide en el Evangelio (1). Pues esta propia voluntad tan bien se niega y quebranta en las cosas pequeñas como en las grandes; y aun algunas veces mas, como cuando son mas contra nuestra voluntad. Y asi lo esperimentamos muchas veces, que sentimos mas dificultad en algunas cosas pequeñas que sintiéramos en otras grandes; porque, como suelen decir, y muy bien, la mortificacion no está tanto en las cosas cuanto en la repugnancia de nuestra voluntad. De manera, que en cualquier mortificacion, aunque sea en cosas pequeñas, ofrecemos y sacrificamos á Dios nuestra propia voluntad, negándola y quebrantándola por su amor, y dándole la cosa mas preciosa y mas querida y amada que tenemos; porque no tenemos cosa de mayor valor, ni que mas queramos y estimemos, que nuestra propia voluntad, y dando eso, lo damos todo.

San Ambrosio pondera (2) á este propósito aquel hecho de David, cuando estando en campo contra los filisteos, dice la Sagrada Escritura "deseó y dijo: ¡oh! quien me diese un poco de agua de la cisterna de Belen!" que estaba de esotra parte de los enemigos. Oyendo esto tres caballeros fortísimos, rompieron por medio del ejército de los filisteos, y tragéronle un vaso de agua de aquella cisterna. Y dice la Sagrada Escritura: "No la quiso beber, sino la sacrificó y ofreció al Señor, derramándola (1)." ¡Gran cosa por cierto, y gran sacrificio, ofrecer á Dios un jarro de agua! Dice San Ambrosio: gran sacrificio fué, y muy agradable á Dios, y basta contárnoslo la Sagrada Escritura por hazaña de David para entender que fué grande. Pero ¿por qué fué grande? ¿Sabeis por qué? dice San Ambrosio: «Venció la naturaleza, quebrantó su voluntad en no beber, teniendo sed, y dió ejemplo á todo el ejército para que sufriese la sed (2):» no fué solo el jarro de agua lo que ofreció, sino la voluntad; esa es la que sacrifica y ofrece uno á Dios cuando se mortifica, aunque sea en cosas pequeñas, y por eso es sacrificio de mucho valor y muy agradable delante de su Magestad.

San Gregorio (3) trae otro ejemplo del mismo David á este propósito, y tambien le trae San Ambrosio (4). Cuenta la Sagrada Escritura en el segundo libro de los Reyes, que David trajo el arca del Testamento á su ciudad de Sion con una procesion y solemnidad muy grande; y asi como cuando acá se hace procesion el dia de Corpus Christi, el vulgo y la gente plebeya va con sus danzas y bailes delante del Santísimo Sacramento, asi es de creer, dice San Gregorio, que tambien entonces el vulgo y gente ple-

(1) Matth. XVI, 24.
(2) Desideravit, et dixit: O siquis daret mihi aquam de cisterna Bethlehem —Qui noluit bibere, sed magis libavit illam Domino. *I. Paral.* XI, 17.

(1) Ambros. *in Apologia de David*, c. 7.
(2) Vicit ergo naturam, ut sitiens non biberet, et exemplum de se praebuit, quo omnis exercitus tolerare sitim disceret. *Ambr. loc. cit.*
(3) Greg. *lib.* 27. *Mor. c.* 27.
(4) Ambros. *ubi supra.*

beya hacia estas danzas y bailes delante del Arca de Dios. Pues aquel potentísimo y fortísimo rey David, olvidado de su autoridad y grandeza, desnúdase de sus vestiduras Reales, júntase con los danzantes y comienza á danzar y tañer, como si fuera un villano (1) ó un hombre de placer, como le dijo su muger Micól. No se acaba San Gregorio de maravillar de este hecho de David, y dice: «No sé lo que otros sentirán de los hechos y hazañas de David; sientan otros lo que quisieren; pero á mí, dice (2), mas admiracion me pone David cuando le veo danzar y bailar delante del Arca, como si fuera un hombre plebeyo y bajo, que cuando oigo decir que despedazaba osos, y desquijaraba leones; y mas que cuando oigo que de una pedrada derrocó al gigante Goliat y venció los filisteos, porque con esto venció á otros; pero con aquello venció á sí mismo; y mucho mas es vencerse á sí, que vencer á otros.»

Pues estimemos en mucho estas mortificaciones, y guardémonos de menospreciarlas, porque no nos acontezca lo que á Micól, que se afrentó y corrió de este hecho de David, y le despreció en su corazon por él, y despues le dió en rostro con ello: por lo cual la castigó Dios con esterilidad, que no tuviese hijo ninguno en toda su vida. Mirad no sea la causa de vuestra esterilidad y sequedad, así en la oracion como en el trato con los prójimos, de que no se os peguen, ni vuestras palabras se les peguen, y así no tengais hijos espirituales, el afrentaros ya de hacer las mortificaciones pequeñas, y el desdeñaros de acudir al superior con cosas menudas, pareciéndoos que es cosa de niños y de novicios, y que ya no son para vos esas cosas. Y mucho mas deben temer este castigo los que diesen en rostro con estas cosas á los que ven que son muy observantes y muy exactos y puntuales en ellas, notándolos como de escrupulosos ó de muy menudos, y como haciendo burla y donaire de ello, que es una cosa con que se puede hacer mucho daño y de que deberia uno tener mucho escrúpulo, porque cuanto es de su parte retrae á los otros de la virtud. ¡Oh! ¡qué bien respondió David á Micól! "Delante de Dios, que me escogió á mí antes que á tu padre, jugaré y danzaré, y hareme aun mas vil y mas bajo, y no me apartará de eso el que mofa y murmura de mí (1)." ¡Oh! dice San Bernardo (2): «¡Oh! ¡qué buen juego aquel con el cual Micól se enoja y Dios se deleita! ¡Oh qué buen juego aquel que al mundo parece risa, pero á los ángeles es un admirable espectáculo!» Este juego usaba el que decia: "Somos el espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres (3)." Pues usemos nosotros tambien este juego, y no hagamos caso del *qué dirán*, dice San Bernardo (4), porque de esa manera seremos un espectáculo que espante al mundo, y admire á los ángeles, y agrade mucho á Dios.

CAPITULO XVI.

Del mal y daño que se sigue de menospreciar las mortificaciones en cosas pequeñas.

De lo dicho se podrá entender fácilmen-

(1) Quasi si nudetur unus de scurris. *II. Reg.* VI, 20; *et I. Paral.* XV, 29.

(2) Quid de ejus factis ab aliis sentiatur ignoro, ego David plus saltantem stupeo, quam pugnantem... Pugnando quippe, hostes subdidit; saltando autem eorum Dominо, semetipsum vicit, *Greg. tract.* 2, c. 7.

(1) Ante Dominum, qui elegit me potius quam patrem tuum, et ludam, et vilior fiam, plusquam factus suum, et ero humilis in oculis meis. *II. Reg.* VI, 22.

(2) Bonus ludus, quo Michol irascitur, et Deus delectatur: qui hominibus quidem ridiculum, sed angelis pulcherrimum spectaculum praebet. *Bernard. epist.* 87 *in fine.*

(3) Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. *I. Cor.* IV, 9.

(4) Laudamus ut illudamur. *Bernard. ubi sup.*

te cuánto mal y daño se nos puede seguir si menospreciamos las mortificaciones pequeñas y nos descuidamos de ellas, porque no habemos de mirar tanto á la cosa pequeña y menuda en que nos dejamos de mortificar, cuanto á que no queremos negar ni quebrantar nuestra voluntad por amor de Dios, ni aun en aquello poco. Y hay aqui otro daño muy grande y muy digno de ser advertido, y es, que con esto va uno dando licencia á su voluntad para que en otras cosas salga tambien con lo que quisiere, y asi se va haciendo voluntarioso y apetitoso, fomentando y aumentando su propia voluntad. No entiende uno el mal y daño que en esto se hace á sí mismo. Al principio es leoncillo pequeño esa propia voluntad; pero de esa manera irá creciendo y se hará un leon fiero é indómito, que no os podais averiguar con él. Bien sabemos que la propia voluntad es la causa y raiz de todos los males y pecados y del infierno tambien. Asi dice el glorioso San Bernardo: «Cese la propia voluntad y no habrá infierno (1).» Pues con estas mortificaciones va uno quebrantando su propia voluntad y quitándole la licencia de que salga con todo lo que quiere, que suele ser la raiz y causa de todos los pecados. Y asi dice Ricardo de Santo Victor (2) que pues el demonio trabaja en vencernos en culpas pequeñas para que estando mas flacos nos venza en culpas grandes, que es justo que nosotros trabajemos tambien de vencernos y mortificarnos á menudo en cosas pequeñas, para que cerremos la puerta al demonio y no nos pueda vencer en cosas mayores; y dice que habemos de comenzar de estas cosas pequeñas, para que asi con el uso vayamos cobrando fuerzas, y de la victoria de las menores vayamos subiendo poco á poco á vencer las mayores. Casiano dá tambien este aviso (1), y pone ejemplo, como cuando os viene un movimiento de ira con la pluma con que escribís cuando no está buena, ó con el cuchillo cuando no corta bien, ó con otras cosas semejantes: conviene mucho, dice, mortificar, reprimir estos movimientos desordenados, aunque sea en estas cosas pequeñas, porque con esta victoria, cuando se ofrecen despues ocasiones graves de disgustos é injurias de prójimos, se halla el siervo de Dios con fuerzas para mortificarse y para conservar la caridad y paz del corazon en ellas.

Y mas: hay otro bien en estas mortificaciones pequeñas que toma uno de su voluntad, con que se evita otro daño y peligro grande, como nos lo enseñó Eusebio, varon santísimo, y lo refiere Teodoreto (2). Ejercitábase mucho este Santo en ellas, y preguntado ¿por qué? respondió: «ensáyome contra las artes y ardides del demonio, y procuro con esto que las tentaciones grandes con que él me habia de acometer, de soberbia, lujuria, envidia y otras semejantes, se conviertan en estas cosas pequeñas; en las cuales, si yo fuere vencido, no perderé mucho; y si venciere, quedará mas corrido y afrentado el demonio viendo que ni aun en estas cosas pequeñas me puede vencer. Nótese mucho esto, porque es una verdad de que tienen mucha esperiencia los siervos de Dios; entended, que mientras anduviéredes en este ejercicio de mortificaros en cosas pequeñas y menudas, se convertirán en eso las tentaciones del demonio, y vuestras tentaciones serán comunmente de esas cosillas: «si haré esta mortificacion, si vence-

(1) Cesset propria voluntas, et infernus non erit. *Bernard. serm. 3 de Resurrectione.*

(2) Richard. de Sancto Victore *in Cantica, part. 2, cap. 21.*

(1) Cas. *lib. 8, cap. 18.*

(2) Theod. *in sua Histor. religiosa.*

ré esta repugnancia ó lo dejaré;» que cuando quedeis vencido alguna vez en eso, no perdereis mucho. Pero si cesais de ese ejercicio y no tratais de pelear con el demonio y contra vuestra carne en esas cosas pequeñas, él y ella os harán la guerra con otras tentaciones mayores, en las cuales, si quedais vencido, quedareis perdido.

El bienaventurado San Agustin cuenta (1) que un hombre católico estaba muy enfadado con unas moscas que le molestaban mucho. Llegó á visitarle un herege maniqueo, y cuéntale su trabajo, que no se podia valer de moscas y que estaba muy tentado con ellas: al maniqueo pareciósele aquella buena coyuntura para encajarle su error, que era haber dos principios de las cosas; uno de las invisibles, que es Dios, y otro de las corporales y visibles, que decian los maniqueos ser el demonio; contra el cual error se pusieron en el símbolo que canta la Iglesia aquellas palabras: «De todas las cosas visibles é invisibles:» *Visibilium omnium et invisibilium*; donde confesamos que todas las cosas las crió Dios, no solamente las espirituales é invisibles, sino tambien las corporales y visibles. Pues viendo el herege tan buena ocasion para persuadir al otro su error, dícele: «¿quién crió estas moscas?» El otro como estaba tan enfadado con ellas y le parecian tan mal, no se atrevió á decir que Dios las habia criado; cógesela el maniqueo y dícele: pues si Dios no hizo estas moscas ¿quién las pudo hacer? Dice el otro: «el diablo creo que las hizo.» Vuelve luego el maniqueo: «pues si el demonio hizo las moscas como vos decís, la abeja, que es un poquito mayor que la mosca ¿quién la hizo?» No se atrevió el otro á decir que Dios habia criado la abeja y la mosca no, porque iba muy poco de la una á la otra, y así dijo que si Dios no habia criado las moscas, tampoco criaria las abejas. Fué el maniqueo poco á poco llevándole mas adelante, y de la abeja pasó á la langosta, que es un poco mayor, y de la langosta á la lagartija, y de la lagartija al pajarico, y del pajarico á la oveja, y de allí al buey, y despues al elefante, y finalmente al hombre, y persuadióle que tampoco habia criado Dios al hombre (1). ¡Mirad á qué estremo de males vino á traer á este miserable el no saber sufrir una pequeña mortificacion de unas picaduras de moscas! Y así dice San Agustin: guardaos no os engañe el demonio cuando estais tentado y enfadado de las moscas, como engañó á este desdichado, que con las moscas le cazó. Suelen, dice, los cazadores poner en el lazo moscas para cazar algunas aves; y así lo hizo el demonio con este desventurado, que con moscas le armó y le cogió. Pues guardaos no os engañe á vos tambien el demonio cuando estais enfadado y tentado, triste y melancólico sobre cosas pequeñas y menudas, porque con esas moscas suele cazar el demonio á muchos y llevarlos poco á poco á cosas mayores.

(1) Aug. *trat.* 1, *sup. Joann.*

CAPITULO XVII.

En que se ponen tres avisos importantes en esta materia.

Para tres géneros que hay de personas pondremos aquí tres avisos, para consuelo de los unos y desengaño de los otros. Las condiciones de los hombres son diversas: hay algunos que tienen unos naturales dificiles, y sienten gran dificultad y gran repugnancia y contradiccion de su carne para las obras de virtud, con lo cual andan desconsolados, pareciéndoles que es ya todo perdido. Para estos es el primer aviso con-

(1) Et persuasit homini quod non a Deo factus est homo.

solatorio, que no está la culpa ni la imperfeccion en tener y sentir estas repugnancias y movimientos contra la razon, sino en seguirlos y obrar conforme á ellos; como en las tentaciones, no está la culpa en los movimientos ó pensamientos malos y feos que nos vienen contra la castidad ó contra la fé, ó contra cualquier virtud, con que algunos se suelen afligir y desconsolar mucho. Dicen muy bien los Santos (1): no os fatigueis ni tengais pena de eso, que no está la culpa en el sentimiento sino en el consentimiento. Cuando á vos os pesa de esas cosas, y procurais resistir y no hacer caso de ellas, antes son materia y ocasion de mayor merecimiento. De la misma manera es en las inclinaciones y condiciones malas que tenemos de nuestra naturaleza, unos mas, otros menos, de las cuales se nos levantan tan malos movimientos en nuestro apetito, y tantas repugnancias y dificultades para la virtud; no está en eso el ser uno malo ó bueno, ni el ser perfecto ó imperfecto, porque eso es natural y no está en nuestra mano, sino que lo heredamos con el pecado; y San Pablo, con ser San Pablo, sentia en sí contradiccion y rebeldía de su carne, y decia: "Veo otra ley en mis miembros que repugna á la ley de mi razon, y que me cautiva en la ley del pecado que reside en mis miembros (2)." San Agustin esplica á este próposito aquello del Salmo IV: "Airaos y no querais pecar (3)," diciendo: «Esto es, aunque se levante algun primer movimiento del ánimo, el cual, como pena de él, no nos es libre, á lo menos no consienta la razon ni la voluntad; mas sirvamos con la voluntad á la ley de Dios, ya que el apetito nos hace sentir la ley del pecado (4).» Aunque se levante allá en vuestro apetito el movimiento de impaciencia y de ira, no os dejeis llevar ni consintais en él, y no pecareis. Bramando iban aquellas bacas que llevaban el Arca del Testamento, porque les habian quitado sus becerros que naturalmente amaban; pero al fin, dice la Sagrada Escritura (2), que iban su camino derecho, sin declinar, ni á la diestra, ni á la siniestra. Id vos por el camino derecho de la virtud, y no oigais los bramidos de la carne, ni hagais caso de ellos, y con eso podreis ser perfecto.

Esa es la diferencia que hay entre los hombres espirituales, que tratan de perfeccion, y los carnales y sensuales, que no tratan de eso: no está la diferencia en sentir ó no sentir dificultades y contradicciones de la carne, sino en que estos se dejan llevar de ellas y aquellos no. El pez vivo va agua arriba, el muerto agua abajo: pues en esto se verá si sois hombre espiritual y vive en vos el espíritu, ó si está muerto; en si vais agua arriba contra la corriente de vuestras pasiones, ó si os dejais llevar de ellas agua abajo. El hombre espiritual no oye los clamores y ladridos de la gula y apetito sensual, ni se deja llevar de ellos, como dice el Santo Job: "No oirá el clamor del exactor (3)." Al vientre llama exactor, porque pide mas de lo necesario. Dice San Gregorio: «En esto está todo el punto, en no dar oidos á las tentaciones y apetitos que se levantan, ni consentir con ellos (4);» y asi nadie debe desmayar por sentir en sí malas inclinaciones, sino ani-

(1) Ludovic. Blosius *in speculo spirituali*, c. 6.
(2) Video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis. *Ad Rom.* 7.
(3) Irascimini, et nolite peccare. *Ps.* IV, 5.

(1) Id est, licet insurgat motus animi, qui jam propter poenam peccati non est in potestate, saltem non consentiat ei ratio, et mens, sed mente serviamus legi Dei, si adhuc carne servimus legi peccati. *Agust. in Ps. 4.*
(2) I. Reg. VI, 12.
(3) Clamorem exactoris non audit. *Job.* XXXIX, 7.
(4) Clamorem exactoris non audire, est, violentis tentationum motibus minime consentire. *Greg. l.* 30, *Mor. cap.* 13.

marse á sacar de eso mayor corona, como de las tentaciones: asi nos lo aconseja San Agustin en el sermon tercero de la Ascension; exhortando y animando á que subamos todos al cielo con Cristo, entre otros medios que pone para subir allá, son nuestras pasiones y malas inclinaciones: «Subamos tambien al cielo con Cristo, ayudándonos de nuestras mismas pasiones;» y si preguntáredes de qué manera nos podremos ayudar de las pasiones para subir al cielo, responde que trabajando cada uno por sujetarlas y domarlas con ánimo generoso, porque de nuestros vicios hacemos escala, si los pisamos (1). De esta manera haremos de nuestras pasiones escalones para subir á lo alto, porque ellas mismas nos levantarán sobre nosotros si estuvieren debajo de nosotros; poniéndolas debajo de los pies, nos servirán de escalones para subir al cielo.

De nuestro bienaventurado P. San Ignacio leemos en su vida (2), que siendo de su natural muy colérico, se habia vencido y mortificado y trocado tanto con la gracia del Señor que le juzgaban por flemático. Y aun aun allá de Sócrates cuenta Plutarco (3), que viéndole un fisionomista, que por la composicion esterior y facciones del rostro conocia las inclinaciones naturales de cada uno, dijo que aquel hombre era muy mal inclinado á deshonestidad, á glotonería, á embriaguez y á otros muchos vicios: los discípulos y amigos de Sócrates indignáronse mucho con aquel hombre, y quisieron poner las manos en él; Sócrates los detuvo diciendo: «paso, que verdad ha dicho este hombre, porque tal fuera yo verdaderamente si no me hubiera dado á la filosofía y ejercicio de la virtud.» Pues si aquel filósofo con las fuerzas naturales habia alcanzado tanto señorío y victoría de sus malas inclinaciones, mejor la podria alcanzar el cristiano y el religioso ayudados con la gracia del Señor; porque «el sábio dominará á las estrellas:» *sapiens dominabitur astris*. Mas poderosa es la gracia que la naturaleza.

Hay otro género de personas que naturalmente son de buena condicion: les cupo como por suerte (1) una buena alma, que no parece que pecaron en Adan, como solia decir de San Buenaventura su maestro Alejandro de Alés: tienen un natural tan bueno y tan suave, que todo parece que se lo hallan hecho; ninguna cosa se les hace dificultosa, ni sienten esas repugnancias y contradicciones en su carne que otros, antes dicen: «¿cómo me decian que habia dificultades en la Religion, que yo no hallo ninguna?» Para estos es el segundo aviso, para desengañarlos: si Dios os ha dado esta buena condicion y blandura natural, que no sentís esas dificultades, ni casi sabeis qué cosa sea tentacion que os dé pena: no os engriais ni tengais vanagloria, porque eso no es virtud que hayais vos alcanzado, sino natural con que vos nacistes, y la virtud y aprovechamiento de cada uno no se ha de medir por el semblante del rostro, ni por eso esterior que se parece de fuera, ni por el natural blando y condicion fácil y suave, sino por la fuerza que cada uno se ha hecho y por la victoria y señorío que ha alcanzado de sí mismo: esa es la medida cierta y segura del aprovechamiento de cada uno, y en eso mas ha hecho el otro, que tiene el natural fuerte y colérico, que vos que os lo hallais todo hecho y no teneis que vencer; y asi será digno de mayor loa y de mayor premio y galardon.

(1) Ascendamus etiam post illum, per vitia, ne passiones nostras. De vitiis nostris scalam nobis facimus, si vitia ipsa calcamus. *Aug. serm. 3 de Ascensione.*

(2) Lib. 5, cap. 5 de la *Vida de N. P. S. Ignacio.*

(3) Plutarch. lib. 3. *Apot.* 80.

(1) Sortiti sunt animam bonam. *Sapient.* VIII, 9.

Alaba Plutarco á Alejandro Magno, sobre los monarcas del mundo, diciendo que los otros nacieron monarcas, mas este ganó la monarquía con su brazo y lanza y con muchas heridas que en diversas batallas recibió. Así aquellos que á punta de lanza, como dicen, han vencido sus pasiones, mortificándose y yéndose á la mano, son dignos de mayor loa y gloria que los que se nacieron con ese sosiego natural y con esa paz y no han tenido que vencer; y así no teneis de qué hacer vanagloria, ni por qué teneros en mas, por ser de buena condicion, ni por qué tener á los otros en menos por ver que tienen naturales fuertes y condiciones difíciles; antes habeis de tomar de ahí ocasion para confundiros y humillaros, viendo que no es virtud en vos la que lo parece, sino natural, y en el otro es virtud todo lo que hace; vos no habeis aprovechado nada, porque no os habeis vencido en nada, y el otro ha aprovechado mucho, porque se ha reprimido y vencido en muchas cosas. Al otro el tener mas duro contraste y mas rebelde natural que vencer, le hace tener mas cuidado de sí, y andar mas sobre aviso y con mas fervor, y así va creciendo siempre en virtud; y á vos, el tener buen natural os es ocasion de ser descuidado y andar con una continua tibieza; como no teneis contrarios y enemigos, haceis-os lerdo y haragan. Y será bueno tambien en esto considerar cuál fuérades si Dios os hubiera dado un natural fuerte y dificultoso como al otro, y creed que hiciérades mas y mayores faltas que él: si teniendo tan buen natural y tan buena condicion haceis tantas faltas y sois tan tibio y remiso, ¿qué fuera si tuviérades los contrastes y contradicciones que el otro tiene? Y así, como decimos que cuando no permite Dios que os vengan tentaciones, habeis de pensar que es por vuestra flaqueza, porque no teneis virtud para ello; y así tambien habeis de entender que fué particular providencia y merced del Señor el daros ese buen natural y esa buena condicion, porque no tuviérades virtud para vencer el natural fuerte, como el otro la tiene. Con esto conservareis en vos por una parte la humildad y por otra la estima de vuestro hermano.

El tercer aviso es para desengañar á otro tercer género de personas que no sienten en sí esas repugnancias y contradicciones, ni esa rebeldía de la carne, antes les parece que tienen paz, y no es porque estén mortificados ni tampoco porque tengan buen natural y buena condicion, como los pasados, sino porque no tratan de irse á la mano ni de contradecirse y vencerse, antes gustan de seguir su apetito é inclinacion, y con eso no sienten esas repugnancias y contradicciones; paréceles que tienen paz y no es paz verdadera, sino falsa y fingida (1). Sobre aquello de San Pablo: "Veo otra ley en mis miembros que repugna á la ley de mi razon y que me cautiva en la ley del pecado (2)," dice el glorioso Agustino: «Esta guerra y contradiccion de la carne contra el espíritu y del espíritu contra la carne, no la sienten ni esperimentan en sí sino aquellos que tratan de adquirir las virtudes y desarraigar de sí los vicios (3).» Y así vemos que los mundanos no entienden este lenguage de mortificacion, porque están hechos á seguir su voluntad en todo lo que se les antoja, y aquello tienen por regla y por ley (4). No saben qué cosa es contradecirse, ni

(1) Dicentes pax, pax, et non erat pax. *Jerem.* VI, 14.

(2) Video autem aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati. *Ad Rom.* VII, 23.

(3) Hanc pugnam non experiuntur in semetipsis nisi bellatores virtutum, debellatoresque vitiorum. *Aug. l. de Contin.*

(4) Sit pro ratione voluntas.

irse á la mano en sus apetitos, y asi no sienten guerra ni contradiccion alguna en sí, porque no la hay para lo que ellos quieren; pero los que tratan de espíritu y trabajan por alcanzar las verdaderas virtudes y desarraigar de sí los vicios y malas inclinaciones, luego sienten esta guerra y contradiccion de la carne. Asi como el avé no siente que está presa hasta que quiere salir del lazo, asi el hombre no conoce bien la fuerza de sus vicios y malas inclinaciones hasta que trabaja por salir de ellas. Al abrazar de la virtud, se declara la contradiccion del vicio que le repugna.

En el libro de los Hechos de los Santos Padres se cuenta que un monge preguntó á uno de aquellos Padres antiguos: «¿qué será la causa que no siento en mi alma aquellas peleas y contrastes de tentaciones que otros sienten?» Respondió el Padre: «porque eres como una gran portada, que entra quien quiere y sale quien quiere, sin saber ni entender tú lo que se hace y pasa en tu casa; tienes mucha anchura de conciencia, poca guarda del corazon, poco recato en tus cosas, en tus sentidos poco recogimiento, y asi no te espantes de lo que dices; si tuvieses la puerta cerrada y no permitieses entrar los malos pensamientos, entonces verias la guerra que te hacian para entrar.» Pues si vos no sentís allá dentro esta guerra y estos combates y peleas de la carne, mirad no sea, por ventura, porque seguís en todo vuestra voluntad; mirad no sea porque no tratais de contradecir á vuestros apetitos, ni de desarraigar los vicios y malas inclinaciones que teneis.

CAPITULO XVIII.

Que por bueno y aprovechado que uno sea, siempre tiene necesidad de ejercitarse en la mortificacion.

El bienaventurado San Bernardo dice que siempre es menester andar con el escardillo de la mortificacion en la mano, arrancando y mortificando, y que no hay quien no tenga necesidad de cortar y podar algo, por mucho que se haya mortificado y parezca que está aprovechado. «Creedme, dice (1), que lo podado torna á brotar, y lo que parece que estaba ya mortificado, ó muerto del todo, torna á revivir. Y asi, no basta podar y cortar una vez, sino muchas; siempre es menester andar podando y mortificando nuestras pasiones y malas inclinaciones; porque siempre, si no te haces desentendido, hallarás que podar.» Es muy buena comparacion, á este propósito, lo que vemos en los jardines. Vereis en ellos hecho de arrayán, y de otras yerbas, aqui un leon, alli un hombre á caballo, alli un águila; pero si el jardinero no anda siempre cortando y despuntando las hojitas que van creciendo, á pocos dias ya no será aquel leon, ni la otra águila, ni estará el otro á caballo, porque va brotando la naturaleza y crece la yerba conforme á su natural. Asi acá, aunque seais un leon y un águila, aunque os parezca que estais muy fuerte y sobre vos, si no andais siempre cortando, cercenando y mortificando, presto no sereis leon ni águila, sino mónstruo; porque tenemos acá dentro otra raiz contraria que está siempre brotando y creciendo conforme á su natural; de manera que siempre hay que mortificar. Por mas que viviendo en ese cuerpo aproveches, yerras si juzgas que los vicios no solo están reprimidos, sino tambien muertos; porque que quieras, que no quieras, dentro de tí habita el Jebuseo, que podrás sujetarlo, mas no echar-

(1) Credite mihi, et putata repullulant, et effugata redeunt, et reaccenduntur extincta, et sopita denuo excitantur. Parum est ergo semel putasse, saepe putandum est. Imo, si fieri potest, semper, quia semper quod putari oporteat, si non dissimulas, invenies. *Bernard. serm. 58 super Cantica.*

lo fuera de ti (1).» Por mucho que hayais aprovechado, siempre está con vos el enemigo; podéisle reprimir y sujetar, pero no le podeis acabar de desterrar de vos. Dice San Pablo: "Sé que no mora en mi carne bien (2)." Poco dijo en eso, dice San Bernardo, si no añadiera que moraba en ella el mal, y el vicio y la mala inclinacion, como lo añadió luego diciendo: "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero; mas si el mal que no quiero, eso es lo que hago, ya no soy yo quien le hace, sino el pecado que mora en mi (3)." Luego, concluye San Bernardo, luego ó habeis de preferiros al Apóstol, ó habeis de confesar con él que mora tambien en vos el vicio é inclinacion mala, y que siempre teneis que mortificar (4).»

El santo abad Efren, confirmando esto mismo, dice: «La guerra de los soldados presto se acaba; pero la guerra espiritual del religioso dura toda la vida (5).» Mucho mas hay que hacer en mortificar y moderar nuestros afectos y pasiones que en labrar unas piedras muy duras; porque fuera de que en la piedra no hay resistencia ni contradiccion al oficial, como la hay en nosotros, despues de labrada una vez no vuelve á ser tosca como primero; pero nuestros afectos y pasiones múdanse muy á menudo y tornan á revivir y á reverdecer, y así es menester tornar de nuevo sobre ellas otra y otra vez. San Gerónimo, sobre aquello del Profeta: "Cantad al Señor en cítara (1)," dice (2) que así como la vihuela no hace buena música ni consonancia sino estando bien templadas las cuerdas, y una sola que esté quebrada ó desconcertada hace disonancia, así una sola pasion que esté en nosotros desconcertada é inmortificada, no podrá nuestra ánima hacer buena música á los oidos de Dios; es menester que todas las pasiones estén concertadas. "En salterio de diez cuerdas cantadle," dice el Profeta (3); pues para llegar aquí bien se vé cuán necesario es andar siempre en este ejercicio.

Por esto aquellos Padres antiguos, aun á los ya muy perfectos, probaban y ejercitaban en muchos géneros de mortificaciones y menosprecios, como lo refiere San Juan Clímaco (4). Y daban otra razon muy buena para esto: porque muchas veces los que parecen muy perfectos y muy sufridores de trabajos, si los prelados dejan de probarlos y ejercitarlos como á hombres ya consumados en la virtud, vienen por tiempo á perder ó menoscabar aquella modestia y sufrimiento que tenian; porque aunque la tierra sea buena, gruesa y fructuosa, si le falta la labor y el riego, suele hacerse silvestre y estéril, y viene á producir cardos y espinas. Así, por muy aprovechado y perfecto que sea uno, si le falta el riego y la labor de la mortificacion y ejercicio del sufrimiento, se hará tierra silvestre é infructuosa, y producirá espinas de pensamientos malos y deshonestos y de una seguridad falsa y engañosa. De manera que todos tenemos necesidad de mortificacion, no solo los mal acondicionados, sino los que tienen buena condicion; y no solo los im-

(1) Quantumlibet in hoc corpore manens profeceris, erras, si vitia putas emortua, et non magis suppressa. Velis, nolis, intra fines tuos habitat jebusaeus, subjugari potest, sed non exterminari. *Bernard. ib.*

(2) Scio quia non habitat in me, hoc est, in carne mea, bonum. *Ad Rom.* VII, 18.

(3) Non enim quod volo bonum, hoc facio, sed quod nolo malum, hoc ago, si autem quod nolo, illud facio, jam non ego operor illud, sed quod habitat in me peccatum. *Ad Rom. ut sup.*

(4) Aut te ergo, si audes, praefer Apostolo, aut fatere cum illo, te quoque vitiis non carere.

(5) Bellum militum breve, sed monachi pugna, quodadusque migret ad Dominum, durat. *S. Ephren, exhort. ad pietatem, tom. I, pag.* 7.

(1) Psallite Domino in cythara. *Ps.* LXXXXVII, 5.

(2) *Hieronym. lib. 6. sup. Isaiam, cap.* 16.

(3) In psalterio decem chordarum psallite illi. *Ps.* XXXII, 2.

(4) Clym. c. 4.

perfectos y los que comienzan, sino tambien los muy antiguos y perfectos; y no solo los que han pecado, sino tambien los que no han ofendido á Dios; los unos para alcanzar la virtud, los otros para conservarla. El que camina en una bestia, por buena y mansa que sea, lleva freno y espuelas, porque al fin es bestia.

En aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor: "El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz (1);" añade el evangelista San Lucas: "El que quisiere venir en pos de mí, lleve su cruz cada dia y sígame (2)." No se os ha de pasar dia ninguno en que no quebranteis vuestra voluntad en alguna cosa; y si se os pasare, dice San Juan Clímaco (3), tenedlo por grande detrimento; tened por perdido aquel dia y pensad que en él no habeis sido religioso, como decia el otro emperador romano el dia que no habia hecho mercedes: «Perdido habemos este dia, hoy no habemos reinado, hoy no habemos sido reyes ni emperadores, porque no habemos hecho mercedes á nadie (4).» Pues mas propio es del religioso mortificarse y negar su voluntad, que de los reyes y emperadores hacer mercedes: porque eso es ser religioso, hacer lo que no quereis y dejar de hacer lo que quereis.

Buen ejemplo nos dejó en esto, como en todo lo demas, nuestro P. S. Francisco de Borja, el cual decia (5) que sin duda le seria á él amarga y desabrida la comida el dia que no castigase su cuerpo con alguna buena penitencia ó mortificacion; y añadia que viviria desconsolado, si supiera que la muerte le habia de tomar en dia que no hubiese hecho alguna penitencia y mortificado sus sentidos. De manera, que no se le pasaba dia en que no se mortificase, y pedia y suplicaba al Señor que le hiciese esta merced, que los regalos le fuesen tormento y cruz, y los trabajos regalo, que es el tercero y mas perfecto grado de mortificacion; y asi decia (1) que no le regalasen hasta que alcanzase esto de nuestro Señor. Siempre andaba en perpétua vela, haciendo guerra á su cuerpo y siempre hallaba en qué le mortificar y maltratar; y llamaba amigos suyos todas las cosas que le ayudaban á afligirle; si el sol le fatigaba caminando en el estío, decia, «¡oh, cómo nos ayuda bien el amigo!» y lo mismo decia del hielo y del aire y de la lluvia en el rigor del invierno, y del dolor de la gota y del mal de corazon, y de los que le perseguian y murmuraban, á todos los llamaba amigos, porque le ayudaban á vencer y sujetar su cuerpo, al cual tenia él por capital enemigo. Y no se contentaba con las mortificaciones y trabajos que se le ofrecian, sino que andaba á buscar nuevas invenciones para mortificarse. Algunas veces ponia arena y chinillas en los zapatos para que andando le lastimasen los pies: en el estío se iba muy despacio por el sol, y en el invierno por la nieve y hielo, y traia pelados los aladares de arrancarse los cabellos; cuando no podia tomar disciplina, con pellizcos y con otros artificios atormentaba su carne; y en las mismas enfermedades buscaba maneras para añadir dolores á dolores, y penas á penas; porque las purgas, por amargas que fuesen, las bebia á sorbos como si fueran una escudilla de sustancia: las píldoras amargas las mascaba y deshacia entre los dientes y las traia en la boca muy despacio, y de esta manera mortificaba y atormentaba sus sentidos y crucificaba

(1) Si quis vult post me venire abneget semetipsum, et tollat crucem suam.
(2) Et tollat crucem suam quotidie. *Luc.* IX, 13.
(3) Clym. c. 4.
(4) Amici, diem perdidi. *Suetonius*, c. 8, *in Tito*.
(5) Lib. 4, cap. 5. de *la vida del P. S. Francisco de Borja*.

(1) Cap. XXIII.

su carne, y asi vino á llegar á la perfeccion y santidad que llegó.

CAPITULO XIX.

De dos medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificacion, que son la gracia del Señor y su santo amor.

Resta que tratemos de algunos medios que nos ayuden á que este ejercicio de mortificacion, que tan necesario nos es, se nos haga, no solo fácil y llevadero, sino suave y gustoso. El primero y principal medio para esto ha de ser la gracia del Señor, con la cual todo se hace fácil y ligero. Estaba el Apóstol San Pablo muy fatigado con una tentacion, y pedia á Dios con instancia que se la quitase (1). Y respondióle el Señor: "Bástate mi gracia (2)." Con la gracia de Dios se sintió tan esforzado, que dice: "En Dios todo lo puedo. No yo, sino la gracia de Dios conmigo (3)." No nos deja el Señor solos en este trabajo de la mortificacion; él nos ayuda á llevar la carga. Y por eso se llama yugo su ley, porque le llevan dos: Cristo se une con nosotros para llevarle; ¿quién desmayará con tal compañía y favor? No os parezca dificultoso, pues lo menos de ello habeis de hacer vos. Por esto, aunque le llama (4) yugo, dice que es suave; y aunque le llama carga, dice que es liviana, porque aunque considerada nuestra naturaleza y pocas fuerzas sea pesado, y eso denota el nombre de yugo y de carga; pero con la gracia de Dios, es fácil y suave porque nos lo alivia el mismo Señor, como lo promete por el Profeta Oseas: "Yo les seré como quien levanta el yugo y le quita de encima de sus mejillas (1)." Y por eso Isaías dice: "Se pudrirá el yugo ungido con el óleo (2)." Parece la mortificacion yugo y carga pesada, pero es tanto el favor y gracia de Dios, significada por el óleo, que se pudrirá el yugo y se ablandará de manera que no se os asiente, ni aun le sintais.

San Bernardo, en el sermon primero de la Dedicacion de la iglesia, dice: Asi como cuando consagran las iglesias, se usa aquella ceremonia que ungen las cruces con óleo santo, asi hace Dios nuestro Señor en las ánimas de los religiosos; porque con la uncion espiritual de su gracia, va ungiendo y ablandando en ellos las cruces de la penitencia y mortificacion para que se les hagan fáciles y suaves; y asi, muchos huyen de este santo ejercicio, porque ven la cruz y no ven la uncion; pero vosotros, que lo habeis esperimentado (dice á los religiosos), sabeis muy bien (3), que nuestra cruz está ungida, y que con esa uncion, no solo es fácil y ligera (4), sino lo que á los del mundo parece amargo y desabrido se nos hace á nosotros, con la gracia de Dios, muy dulce y sabroso. Y asi decia San Agustin, que no habia entendido el lenguage de la castidad, ni le parecia que habia hombre que la guardase, hasta que entendió la fuerza de la gracia; con la cual podemos muy bien decir aquello de San Juan: "No son pesados ni dificultosos los Mandamientos de Dios y del Evangelio (5)," porque la abundancia de gracia que dá el Señor para hacer lo que manda, los hace fáciles y suaves. San Gregorio, sobre aque-

(1) Propter quod ter Dominum rogavi, ut discederet a me. *II. ad Cor.* XII, 8.
(2) Sufficit tibi gratia mea. *II. ad Cor.* XII, 9.
(3) Omnia possum in eo, qui me confortat. *Ad Philip.* IV, 13.—Non ego autem, sed gratia Dei mecum. *I. ad Cor.* XV, 10.
(4) Jugum enim meum suave est, et onus meum leve. *Matth.* XI, 30.

(1) Et ero eis quasi exaltans jugum super maxillas eorum. *Osaee* XI, 4.
(2) Computrescet jugum a facie olei. *Isai.* X, 17.
(3) Ecce scitis quia vere crux nostra inuncta est.
(4) Sed, ut ita dicam, amaritudo nostra dulcissima.
(5) Et mandata ejus gravia non sunt. *I. Joann.* V, 3.

llo de Isaías: "Los que esperan en el Señor, mudarán la fortaleza (1);" pone dos maneras de fortaleza: una de los justos, para padecer y mortificarse mucho por Dios; otra de los malos, para padecer grandes trabajos por el mundo y por sustentar la honra y hacienda, y cumplir sus apetitos y deseos. Y dice (2) que los que confían en la gracia del Señor, mudarán esta fortaleza en aquella de los justos.

Lo segundo que nos hará fácil y suave este ejercicio de la mortificacion, es el amor de Dios. No hay cosa mas eficaz, ni que mas fácil y suave haga cualquier trabajo, como el amor. Dice San Agustin: «El que ama, no trabaja:» *qui amat non laborat*, porque el amor le hace no sentir el trabajo. «Todo trabajo á los que no aman es pesado. Solo el amor es el que se avergüenza del nombre de dificultad (3).» No son pesados los trabajos de los que aman, antes deleitan; como á los que pescan, montean y cazan, no les es pesado aquel trabajo; antes lo toman por recreacion, por el amor y aficion con que lo hacen. ¿Quién hace á la madre no sentir los trabajos continuos de la crianza del niño, sino el amor? ¿Quién hace á la muger curar de noche y de dia, sin cesar, al marido enfermo, sino el amor? ¿Quién hace hasta á las bestias y aves andar tan solícitas en la crianza de sus hijos, y ayunar lo que ellos comen, y trabajar porque ellos descansen, y atreverse á defenderlos con tan gran corage, sino el amor? ¿Quién hizo que le pareciesen á Jacob breves y fáciles los trabajos de siete y de catorce años al sol y á la helada por Raquel, sino el amor (1)? Sobre aquello de la Esposa: "manojito de mirra es mi amado para mí (2);" dice el glorioso San Bernardo: «No dijo manojo de mirra es mi amado para mí, sino manojito, porque todo trabajo le parece muy pequeño y ligero por el amor grande que tiene á su amado (3).» Y nota tambien, que no dijo absolutamente manojito de mirra es mi amado, sino añade *para mí*; al que ama, hácesele manojito pequeño; si á vos se os hace manojo grande y pesado, es porque no amais; falta de amor es: y asi, eso tomad por señal, si teneis poco ó mucho amor de Dios. Que no son grandes los trabajos de la virtud, sino que es pequeño nuestro amor y por eso se nos hacen grandes: amad vos mucho, y no solo no sentireis trabajo sino sabor, pues «donde hay amor no hay trabajo, sino sabor (4).» Una santa decia que despues que fué llamada y herida del amor de Dios, no habia mas sabido qué cosa era padecer de dentro, ni de fuera, ni del mundo, ni del demonio, ni de la carne, ni de otra cosa alguna, porque el puro amor no sabe qué cosa es pena ó tormento. De manera, que el amor, fuera de que sube todas las obras de quilates y las hace de grande perfeccion, da juntamente grande ánimo y fortaleza para acometer cualquier trabajo y mortificacion; lo hace todo fácil, ligero y sabroso. Y asi declara San Crisóstomo aquello del Apóstol: "Plenitud de la ley es el amor (5);" diciendo que no solamente quiere decir que toda la Ley y todos los Manda-

(1) Qui sperant in Domino mutabunt fortitudinem *Isai.* XL, 31.

(2) Greg. *lib.* 7 *Mor. cap.* 8.

(3) Omnis labor non amantibus gravis est: solus amor est, qui nomen difficultatis erubescit. *Aug. in Manuali et tract. de laudib. charitatis, et lib. de bono viduitatis circa finem, et serm.* 9 *de verbis Domini, et serm.* 48 *de tempore.*

(1) Videbantur illi pauci dies prae amoris magnitudine. *Gen.* XXIX, 20.

(2) Fasciculus myrrae dilectus meus mihi. *Cantic.* I, 12.

(3) Propterea non fascem, sed fasciculum dilectum dicit, quod leve prae amore ipsius ducat, quidquid laboris immineat, et doloris. *Bernard. serm.* 43 *super Cantica.*

(4) Ubi autem amor est, labor non est, sed sapor. *Bernard. serm.* 85 *super Cant.*

(5) Plenitudo legis est dilectio. *Ad Rom.* XIII, 10.

mientos están encerrados en esa breve palabra *amor*, sino que ese amor nos hace tambien muy fácil la guarda de toda la Ley y de todos los Mandamientos de Dios (1).

Confírmase esto bien con aquello del Sábio: "El amor es fuerte como la muerte (2)." Dos esplicaciones, entre otras, dan los Santos á estas palabras, que hacen á nuestro propósito. San Gregorio (3) da una que San Agustin (4) tiene por la mejor. Sabeis, dice, ¿qué quiere decir que el amor es fuerte como la muerte? Que asi como la muerte aparta el ánima del cuerpo, asi el amor de Dios aparta el ánima de las cosas corporales y sensibles; y asi como la muerte aparta el hombre del trato de todas las cosas del mundo, asi el amor de Dios, apoderado de nuestro espíritu, le fortalece de tal manera, que le aparta del trato y conversacion del mundo y de la aficion que tiene á la carne y á todas las cosas sensuales. Esto es ser el amor fuerte como la muerte; porque asi como la muerte mata el cuerpo, asi el amor de Dios mata y apaga en nosotros la aficion de todas las cosas corporales y sensuales: hace que muera el hombre al mundo y al amor propio y viva á Cristo nuestro Señor solamente, y que pueda decir con San Pablo: "Vivo yo, ya no yo, Cristo es el que vive en mí (5)."

Otra esplicacion muy buena dá San Agustin sobre aquellas palabras: "Poned vuestros corazones en su fortaleza (6)." Dice (7) que el amor de Dios es fuerte como la muerte; porque asi como á la muerte, cuando viene, no se le puede resistir con ningunas medicinas, ni artificios, ni aprovecha ser obispo, ni rey, ni Papa, ni emperador, todo lo atropella la muerte, nada se le pone delante; así cuando uno está prendado de veras del amor de Dios, nada se le pone por delante: no le pueden apartar de él cuantas cosas hay en el mundo, ni las honras, ni las riquezas, ni las prosperidades, ni las adversidades; sino, véalo cada uno por sí por la merced que el Señor le ha hecho; con una centella de amor suyo que él os dió, no se os puso delante para dejar el camino de la perfeccion y religion que tomasteis, ni los padres y parientes, ni cuanto habia en el mundo sino todo lo atropellasteis y tuvisteis en po, co en comparacion de lo que teneis. Pues amemos mucho á Dios, y no se nos pondrá nada delante, antes diremos con el Apóstol: "¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿habrá tribulacion, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo que esto pueda? Cierto estoy, dice, que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni fuerza, ni alteza, ni profundidad, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios (1)."

CAPITULO XX.

De otro medio que nos facilitará y hará gustoso el ejercicio de la mortificacion, que es la esperanza del galardon.

El tercer medio que nos hará fácil y suave este ejercicio de mortificacion, es la gran-

(1) Crisost. *hom. super Epist. ad Rom.*
(2) Fortis est ut mors dilectio. *Cantic.* VIII, 6.
(3) Greg. *Hom.* 11 *super. Evang.*
(4) Aug. *Epist.* 20 *ad Hyeronimum.*
(5) Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus. *Ad Galat.* II, 20.
(6) Ponite corda vestra in virtute ejus. *Psalm.* XLVII, 14.
(7) Aug. *ubi sup.*

(1) Quis ergo nos separabit a charitate Christi? tribulatio, an angustia, an fames, an nuditas, an periculum, an persecutio, an glaudius? Certus sum, quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare a charitate Dei, quae est in Christo Jesu Domino nostro. *Ad Rom.* VIII, 13.

deza del galardon que esperamos. Con esta esperanza se animaba y consolaba el Santo Job en medio de sus muchas y grandes adversidades, diciendo: "¡Quién me diese que se escribiesen las palabras que quiero decir, para que quedasen en perpétua memoria á los por venir!" y va añadiendo para mas perpetuidad: "¡quién me diese que se imprimiesen en un libro, ó con un punzon ó buril de hierro se grabasen en una plancha de plomo, ó con un cincel se esculpiesen y cabasen en una losa de guijarro (1)." ¿Para qué quereis, Santo Job, tanta perpetuidad en vuestras palabras? Para que el consuelo que yo tengo con ellas en mis trabajos, ese tengan todos los nacidos y por nacer en los suyos. Y ¿qué palabras son estas? "Sé por revelacion de mi Dios que mi Redentor vive (habla del Hijo de Dios y de lo futuro, como si fuese pasado ó presente, por la certidumbre grande de ello); y pues él resucitó y vive, sé que tambien en el dia postrero del mundo tengo de resucitar de la tierra y polvos que estuviere hecho, y que otra vez me tengo de rodear de mi pellejo, y que en mi carne veré á Dios, que es el premio de los que le sirven, al cual yo mismo y mis ojos han de ver y gozar, que no otro: yo, el mismo que ahora padezco, tengo de resucitar y gozar de Dios: puesta y guardada tengo esta esperanza en mi seno (2);" y de allí, como de tesoro, saco alivio y riquezas de consuelo en mis trabajos. Con esto animó Dios á Abrahan, porque diciendo él: «yo Señor, he dejado mi tierra y parentela, porque vos me lo mandasteis, ¿qué premio me habeis de dar? Le respondió: "Tu galardon será muy grande y muy aventajado (1)." Con esto, dice San Pablo, que se animó Moises á dejar la honra y escojer el menosprecio: "Moisés siendo grande, creciendo en la fé y en la esperanza, no tuvo en nada ser hijo de la hija del rey Faraon, que le habia adoptado por hijo; todo eso menospreció, y quiso mas ser abatido y perseguido por amor de Dios que todos los tesoros y riquezas de Egipto; porque tenia ojo al galardon y premio que esperaba (2)." Con esto se animaba tambien el Profeta David á cumplir la Ley y Mandamientos de Dios, cuando decia: "Inclinaré mi corazon á guardar eternamente tus Mandamientos por el galardon (3)." Dice San Agustin: «Direis por ventura: » gran trabajo es andarnos siempre mortificando y quebrantando nuestra voluntad; » pero mirad al premio y galardon que os han de dar por eso, y vereis cómo todo es muy poco en su comparacion: la esperanza del premio disminuye la fuerza del trabajo (4); » y así, dice, lo vemos acá en los trabajos de los mercaderes, labradores y soldados. Pues si la braveza y fuerza de la mar y sus temerosas hondas no desmayan á los marineros y negociantes, ni las lluvias y tempestades á los labradores, ni las heridas y muertes á los soldados, ni los golpes y caidas á los luchadores, cuando ponen los ojos en las esperanzas humanas de lo que por esto pretenden:

(1) Quis mihi tribuat, ut scribantur sermones mei? quis mihi det, ut exarentur in libro stylo ferreo, et plumbi lamina, vel celte sculpantur in silice? *Job.* XIX, 23.

(2) Scio enim quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum, et rursum circundabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius. Reposita est haec spes mea in sinu meo. *Job.* XI, 25.

(1) Gen. XV, 1.

(2) Fide Moises grandis factus, negavit se esse filium filiae Pharaonis, magis eligens affligi cum populo Dei, quam temporalis peccati habere jucunditatem, majores divitias aestimans thesauro Egyptiorum improperium Christi: aspiciebat enim in remunerationem. *Ad Hebr.* XI, 24.

(3) Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum, propter retributionem. *Ps.* CXVIII, 112.

(4) Dices forsan: grandis labor; sed respice quod promissum est, omne opus leve fieri solet, cum ejus pretium cogitatur, et spes praemii solatium est laboris. *Aug. Epist.* CXLIII *ad Demetriadem Virginem.*

quien espera el reino de los cielos ¿cómo se espantará del trabajo y mortificacion que pide la virtud? Dice el Apóstol San Pablo: "Si ellos por un premio y galardon corruptible y de tan poca dura se ponen á tantos trabajos, ¿qué es razon que hagamos nosotros por un premio y galardon tan grande y que ha de durar para siempre jamás (1)?" que no es nada lo que hacemos, para lo que esperamos recibir por ello: no es nada lo que nos piden para lo que nos dan, de valde nos lo dan. No se puede juzgar si una cosa es cara ó barata por lo que os piden, sino mirando juntamente la cosa que se vende; sino, pregunto yo, ¿es mucho cien ducados por una cosa? como ella fuere; tal puede ser, que aun en cincuenta maravedís sea cara, y tal, que en mil ducados sea de valde; si es una muy rica piedra preciosa, ó si os dan una ciudad en mil ducados, es de valde. Asi, si quereis ver si es mucho ó poco lo que os pide Dios, mirad lo que comprais, mirad el premio que por ello os dan: á Dios os dan (2). ¿Eso me dan? de valde me lo dan, no me piden nada por ello en pedirme que niegue mi voluntad y me mortifique: por nada me lo dan (3). Los que no teneis plata, daos prisa, comprad y comed. Venid, comprad sin plata y sin otro algun precio vino y leche. Venid, corred y daos prisa á gozar del barato (4).

Este medio encomienda tambien mucho San Basilio: «Acordaos siempre del premio y gloria grande que os espera, para que con eso os animeis al trabajo y á la virtud (5).» El bienaventurado San Antonio Abad con esto animaba á sus discípulos á perseverar en el contínuo rigor de la Religion; y admirado de la liberalidad grande de Dios, paraba y decia: en esta vida los tratos y contratos de los hombres son iguales de ambas partes, porque tanto dá uno como recibe, tanto vale lo que se vende como el precio que dan por ello; pero la promesa de la vida y gloria eterna cómprase con muy bajo precio, porque escrito está: "La vida del hombre comunmente es como sesenta años, ó cuando mucho gobierno y regalo tenga uno, ochenta; y lo que de ahí pasa, es dolor, trabajo y enfermedad (1)." Pues cuando vivamos ochenta años, ó ciento y más sirviendo á Dios, no nos darán por ellos otros tantos años de gloria; sino por esos años nos darán que reinemos para siempre en la gloria, mientras Dios fuere Dios, por todos los siglos de los siglos (2). «Por tanto, hijos mios, decia el Santo (3), no os espante ni se os ponga delante el trabajo de esta vida, porque lo que aqui podemos padecer no tiene que ver con el galardon y premio que esperamos. Por un trabajo de un momento, nos dan un peso grande de gloria que ha de durar para siempre jamás.» San Bernardo trae una comparacion muy buena á este propósito. No hay sembrador tan tonto que le parezca muy largo el tiempo en el cual siembra, aunque gaste muchos dias en sembrar, porque sabe que cuanto mas durare el tiempo de la sementera, tanto mayor será la cosecha. Pues de

(1) Et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant, nos autem incorruptam. *I. ad Cor.* IX, 25.
(2) Ego ero merces tua.
(3) Pro nihilo salvos facies illos. *Psalm.* LV, 8.
(4) Qui non habetis argentum properate, emite, et comedite, venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum, et lac. *Isai.* LV, 8.
(5) Semper cor tuum promissa coelestia meditetur; ut ipsa te ad virtutis viam provocent. *Basil. in ad monitione da filium spiritualem.*

(1) Dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni, si autem in potentatibus octoginta anni, et amplius eorum labor, et dolor. *Psalm.* LXXXIX, 10.
(2) In aeternum, et ultra. *Exod.* XV, 18.
(3) Ergo filioli, non vos aut taedium defatiget, aut vanae gloriae delectet ambitio, non enim sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis (*Ad Rom.* VIII, 18).—Id enim quod in praesenti est momentaneum, et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis (*II. Ad Cor.* IV, 17).

la misma manera, dice, no nos ha de parecer á nosotros mucho ni muy largo el trabajo de esta vida, porque es tiempo de sementera, y mientras mas sembráremos y trabajáremos, mas abundante y copioso fruto cogeremos. Y añade el Santo: «Considerad, que un poco de mas semilla que sembreis, se viene despues á aumentar y multiplicar mucho (1).» Cuando el labrador vé al agosto que de una hanega de trigo que sembró coge veinte ó treinta, quisiera haber sembrado mucho mas.

CAPITULO XXI.

En que se confirma con algunos ejemplos lo dicho en el capítulo pasado.

Cuéntase (2) de uno de aquellos Padres antiguos que trabajaba mucho y hacia grandes penitencias y mortificaciones. Decianle sus compañeros y discípulos que cesase ya y moderase los trabajos y mortificaciones, pues eran tan grandes. Respondió él: «Creedme, hijos, que si el lugar y estado que tienen los bienaventurados en el cielo, fuera capaz de pena y dolor, que le tuvieran muy grande por no haber padecido en esta vida mayores trabajos y mortificaciones, viendo el grande premio y galardon que les dieran por ello y cuánto se pudieran haber aventajado en la gloria á tan poca costa.» Concuerda con esto lo que San Buenaventura dice: «Tanta gloria perdemos por nuestra negligencia cada hora, si la gastamos ociosamente, cuantas buenas obras pudiéramos en ella hacer (3).»

Semejante es á esto lo que se cuenta de la santa vírgen Matilde (1), que como fuese muy á menudo visitada de Cristo nuestro Redentor su Esposo, al cual se habia dedicado toda, conociendo de él cosas maravillosas, oyó una voz, entre otras, que le decian los Santos: «¡Oh! ¡qué dichosos y bienaventurados sois vosotros, los que todavia vivís en la tierra, por lo mucho que podeis merecer!» Porque si el hombre supiese cuánto puede cada dia merecer, luego al punto que se levantase, se llenaria su corazon de grande gozo y contento, porque amaneció aquel dia en el cual puede vivir á Dios nuestro Señor, y con su gracia, para honra y gloria del mismo Dios, aumentar su merecimiento; y aquello le daria fortaleza y vigor para hacer y padecer todas las cosas con grandísima alegría.

En el *Prado Espiritual* que compuso Juan Evirato, ó segun otros San Sofronio, patriarca de Jerusalen, y fué aprobado en el segundo Concilio Niceno, se cuenta que un monge tenia su celda lejos del agua como doce millas; y una vez de las que fué por agua, desfalleció en el camino muy cansado: viéndose, pues, tan fatigado, dijo entre sí: «¿qué necesidad hay de que yo pase tanto trabajo? yo me quiero ir á morar junto al agua, y hacer allí mi celda.» Otra vez, yendo por agua con su cántaro, iba echando sus trazas dónde estaria bien la celda, y cómo la edificaria, y la vida que en ella habia de vivir. En esto oyó tras de sí una voz como de hombre que decia: uno, dos, tres, etc. Volvió la cabeza admirado de que en aquella soledad hubiese quien midiese ó contase alguna distancia ú otra cosa, y no vió á nadie: volvió á continuar su camino, y á pensar en su traza, y vuelve á oir la misma voz que decia: uno, dos, tres, etc. Él

(1) Et certe modicum seminis incrementum, non modicae messis multiplicatio est. *S. Bernard. Epist. 341 ad Mon. Eccles. Sancti Vertini.*

(2) Lib. de los Hechos de los Santos Padres.

(3) Tantam enim gloriam omni hora negligimus, quanta bona interim facere possemus, si otiose eam transigimus. *Bonav. opuscul. de profectu Religios. l. 1, c. 32.*

(1) Blos. et refert Tilmani Bredembachius, *lib. 8 collationum, c. 30.*

volvió segunda vez la cabeza, y tampoco vió nada: á la tercera vez acaecióle lo mismo, y volviendo la cabeza, vió un mancebo muy hermoso y resplandeciente que le dijo: «No te turbes, que yo soy el ángel de Dios y vengo contándote los pasos que das en este camino, para que ninguno de ellos quede sin premio y galardon.» Y en diciendo esto, desapareció. El monge, viendo esto, volvió en sí y dijo: «¿Pues cómo tan sin juicio soy yo que quiera perder tanto bien y tanta ganancia?» Determinóse luego de mudar su celda aun mas lejos de lo que la tenia, para así tener mas trabajo y cansancio.

Cuéntase en las vidas de los Padres (1), de un monge viejo que vivia en la Tebaida, el cual tenia un discípulo que habia probado bien. Acostumbraba el santo viejo hacerle todas las noches una exhortacion, y despues de haber tenido oracion, enviábale á acostar. Aconteció que un dia vinieron á visitar al monge algunos seglares, movidos con la fama de su mucha abstinencia; y habiéndose despedido ya tarde, púsose á hacer su exhortacion como solia, y fué tan larga, que el sueño le cargó y se durmió el santo viejo: el buen discípulo aguardaba que despertase para que hicieran oracion, y le enviara; pero como no despertase, comenzáronle á fatigar pensamientos de impaciencia que le instaban se fuese á dormir; resistió una vez, acudieron otras y otras hasta siete veces, y á todas resistió con grande constancia. Siendo, pues, ya la media noche, despertó el santo viejo, y hallándole sentado donde le habia dejado, cuando comenzó la plática, díjole: «¿por qué, hijo, no me despertaste?» Respondió que por no darle pena; rezaron sus maitines, y acabados, echóle su bendicion y envióle á dormir. Y poniéndose el viejo en oracion, fué arrebatado en espíritu, y mostróle un ángel un lugar muy hermoso y glorioso y una silla resplandeciente en él, y encima de la silla siete coronas riquísimas. Preguntóle el viejo: «¿de quién son estas coronas?» Respondió: «de tu discípulo, y el lugar y asiento que el Señor le ha dado, es por la vida que hace; y estas coronas anoche las mereció.» Venida la mañana, preguntó el monge al discípulo ¿qué le habia pasado la noche cuando le guardó sueño? Y el buen discípulo contóle todo lo que habia pasado, y cómo habia resistido siete veces á los pensamientos de que no le aguardase, por donde conoció el viejo haber ganado por aquello las siete coronas.

Del bienaventurado San Francisco se cuenta (1) que encontrándole una vez su hermano carnal en medio del invierno, desarropado y casi desnudo, y muerto y tiritando de frio, le envió á decir por burla y escarnio, si le queria vender una gota de sudor. Respondió el Santo con mucha alegria: «Decid á mi hermano que ya lo tengo todo vendido á mi Dios y Señor, y por muy grande precio.» Otra vez, despues de algunos años, como fuese fatigado de muy graves y continuos dolores, y fuera de eso de nuevas y molestas tentaciones del demonio, y tanto que ya no parecia que habia fuerzas humanas que lo pudiesen llevar, oyó una voz del cielo que le dijo se alegrase, porque por aquellos trabajos y tribulaciones habia de alcanzar en el cielo un tesoro tan grande, que aunque toda la tierra se convirtiese en oro, y todas las piedras en margaritas, perlas preciosísimas, y todas las aguas en bálsamo, no tenia comparacion ninguna con el premio y galardon que por ello le habian de dar. Con lo cual se alivió y recreó tanto el Santo, que ya

(1) In vitis Patrum, p. 3, fol. 237.

(1) 1. p. lib. 1, c. 81, de la Crónica de San Francisco.

no sentia los dolores; y haciendo llamar luego á sus religiosos, con grande gozo les contó el consuelo que Dios le habia enviado del cielo.

CAPITULO XXII.

De otro medio que nos ayudará y hará facil el ejercicio de la mortificacion, que es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor.

El cuarto medio que nos animará y ayudará mucho á este ejercicio de la mortificacion, es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro. Y asi el Apóstol San Pablo nos lo pone delante para animarnos á esto: "Armados de paciencia corramos al combate que nos aguarda, mirando á Jesucristo, Autor y Consumador de la Fé, el cual, poniendo ante sus ojos el gozo de nuestra redencion, sufrió la Cruz y no hizo caso de la confusion y abatimiento del mundo. Pensad una y otra vez en aquel que contra sí mismo sufrió tal contradiccion de los pecadores, para que no os fatigueis, desfalleciendo en vuestros corazones; que aun no habeis resistido, ni peleado contra el pecado hasta derramar sangre (1)" como él la derramó por vos. Cuenta la Sagrada Escritura (2), que cuando los hijos de Israel andaban por el desierto y encontraron con aquellas aguas de Marà, que eran tan amargas que no las podian beber, hizo Moisés oracion á Dios y mostróle un madero, el cual echado sobre las aguas, las hizo dulces y sabrosas. Por este madero, dicen los Santos que es significado el madero de la Cruz. Cuando se os hiciere amargo y pesado el trabajo de la mortificacion, echad ahí este Sagrado Madero, acordaos de la Cruz y Pasion de Cristo, de sus azotes y espinas, de aquella hiel y vinagre que le dieron por refrigerio, y luego se os hará dulce y sabroso.

En las Crónicas de la órden de San Francisco se lee (1) que entró en la órden un hombre muy rico, honrado y criado en regalos, y luego que el tentador vió la mudanza de su vida, le acometió, representándole la aspereza de la órden, porque como en lugar de los manjares, vestidos y cama blanda que en el mundo usaba, halló habas, túnica gruesa, paja por cama, estrecha pobreza en lugar de riquezas, sentíalo mucho; y como el demonio le representase la dureza de estas cosas, apretábale con que las dejase y se volviese al siglo. Llegó á términos la tentacion que determinó salirse de la órden. Y estando en esta resolucion, pasó por el capítulo, y puesto de rodillas delante de la Imágen del Señor crucificado, se encomendó en su misericordia; y quedando fuera de sí, fué elevado en espíritu, y apareciósele nuestro Señor y su gloriosa Madre, y preguntóle que por qué se iba. Él con mucha reverencia respondió: «Señor, yo me crié en el mundo en mucho regalo, y asi no puedo sufrir la aspereza de esta Religion, especialmente en el comer y vestir.» El Señor, levantando el brazo derecho, mostróle la llaga de su Costado, corriendo sangre, y díjole: «estiende el brazo, y pón aqui tu mano, y úntala con la sangre de mi Costado, y cuando te viniere á la memoria algun rigor ó aspereza, mójala con esta sangre, y todo, por dificultoso que sea, se te hará fácil y suave.» Y haciendo el novicio lo que el

(1) Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen, aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem confusione contempta... Recogitate enim, qui talem sustinuit a peccatoribus adversus semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini, animis vestris deficientes. Nondum enim usque ad sanguinem restitistis adversus peccatum repugnantes. *Ad Hebr.* XII, 1, 2, 3 *et* 4.

(2) Exod. XV, 23.

(1) 2, *p. lib.* 4, *c.* 10 *de la Crónica de S. Francisco.*

Señor le mandó, á cualquiera tentacion que le venia, traia á su memoria la Pasion de Cristo, y luego se le convertia todo en gran suavidad y dulzura. ¿Qué cosa puede parecer áspera á un hombrecillo y vil gusano, mirando á Dios coronado de espinas y enclavado en una Cruz por su amor? ¿Qué no sufrirá y padecerá por sus pecados el que vé padecer tanto, por los agenos, al Señor de la Magestad?

Este medio del ejemplo de Cristo nuestro Redentor y deseo de imitarle usaban mucho los Santos; porque, fuera de ser muy eficaz para animarnos á mortificar y padecer, es un medio de gran perfeccion, y que hace subir mucho de quilates las obras, porque nacen de grande amor de Dios. Y asi leemos de nuestro bienaventurado P. San Ignacio (1), que al principio de su conversion hacia grandes mortificaciones y penitencias, teniendo ojo á sus pecados y á satisfacer por ellos; pero despues iba subiendo mas, y afligia su cuerpo con asperezas y castigos, no tanto mirando á sus pecados, cuanto al ejemplo de Cristo y de los Santos. Miraban los Santos que Cristo nuestro Señor habia ido por este camino y habia abrazado los trabajos y la Cruz con tanto amor y deseo que no veia ya la hora en que habia de dar su sangre y vida por nosotros. Y como los elefantes se esfuerzan en la batalla cuando ven sangre, asi ellos venian con esto á tener una grande sed de padecer martirios y derramar sangre por aquel que primero derramó la suya por ellos, y como no se les cumplia este deseo, encruelecianse contra sí mismos, y hacian de sí verdugos contra sí, y martirizaban sus cuerpos afligiéndolos con penitencias y trabajos, y mortificando y quebrantando sus voluntades y apetitos, y de esta manera descansaban algun tanto, porque se les cumplia en algo su deseo, imitando en cuanto podian á Cristo nuestro Redentor. Esto es lo que dice el Apóstol San Pablo: "Andámonos siempre mortificando y maltratando para que la vida de Jesucristo se manifieste en nuestros cuerpos (1)." Ha de ser tal el tratamiento y mortificacion de nuestros cuerpos, que represente la vida de Jesucristo y se parezca á ella. Dice San Bernardo: «No conviene, ni dice bien, que estando la cabeza llena de espinas, los miembros se hagan delicados y regalados (2),» sino que se mortifiquen y crucifiquen su carne para conformarse con su cabeza.

Muchos otros medios podiamos traer para esto, porque todos los que los Santos dan, y todas las razones que traen para exhortarnos á hacer penitencia, pueden servir para animarnos á este ejercicio de mortificacion. Sobre aquellas palabras del Apóstol: "No son condignos los trabajos de esta vida á la gloria futura que se nos revelará (3)," dice el glorioso San Bernardo: «no igualan ni tienen que ver las pasiones y tribulaciones de este siglo, ni con la gloria que esperamos, ni con la pena que tememos, ni con los pecados que habemos cometido, ni con los beneficios que habemos recibido de Dios.» Cualquiera de estas cosas bien ponderada bastará para animarnos mucho á este ejercicio.

CAPITULO XXIII.

De tres grados de mortificacion.

Por conclusion y remate de este trata-

(1) Lib. 1, c. 3, *de la vida de N. S. P. Ignacio.*

(1) Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. *I. ad Cor.* IV, 10.

(2) Non decet sub capite spinoso, membrum esse delicatum. *Bernard.*

(3) Non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis. *Ad Rom.* VIII, 18.

do, declararemos brevemente tres grados de mortificacion que pone San Bernardo (1) para que por ellos, como por escalones, vayamos subiendo á la perfeccion. El primero es el que nos enseña el Apóstol San Pedro en su primera Canónica: "Hermanos mios, ruégoos que vivais como advenedizos y peregrinos sobre la tierra, y que como tales os abstengais de los deseos y apetitos de la carne que pelean contra el espíritu (2)." Todos somos peregrinos en este mundo, que caminamos á nuestra patria celestial, como dice el Apóstol San Pablo: "No tenemos aqui ciudad permanente, sino buscamos la futura; porque mientras estamos en este cuerpo andamos como peregrinos ausentes del Señor (3)." Pues hayámonos como peregrinos; el peregrino, dice San Bernardo, va su camino derecho, y procura escusar todos los rodeos que puede; y si ve en el camino á unos que están riñendo, á otros que están en fiestas, bodas y regocijos, no atiende á eso, ni se cura de ello, sino pasa adelante su camino derecho, porque es peregrino y no le tocan á él aquellas cosas, ni tiene que ver con ellas; todo su hipo y negocio es suspirar por su tierra y procurar acercarse y llegar á ella; y asi contento con un vestido ligero y con una comida que baste para su camino, no quiere ir cargado de otras cosas no necesarias, para poder mejor caminar. Pues de esta manera habemos de procurar habernos nosotros en esta nuestra peregrinacion. Habemos de tomar las cosas de este mundo, como de paso; al fin, como peregrinos y viandantes que somos, no tomando mas de lo necesario para poder pasar nuestro camino. "Teniendo alimento y con qué cubrirnos, estamos contentos," como dice San Pablo (1). Ahorrémonos y descarguémonos de todo lo que no nos es muy necesario, para que asi, ligeros, podamos mejor caminar, suspiremos por nuestra patria y sintamos nuestro destierro: "¡Ay de mí! ¡cómo se me alarga este destierro (2)!" Dichoso y bienaventurado, dice San Bernardo, el que se tiene y trata como peregrino sobre la tierra, y conoce y llora su destierro, diciendo con el Profeta: Oid, Señor, mis suspiros, lagrimas y gemidos, "porque soy advenedizo y peregrino sobre la tierra, como lo fueron mis padres y ante pasados (3)."

Muy bueno es este grado, y no haremos poco si llegamos á él. Pero otro hay mas alto y de mayor perfeccion, dice el Santo; porque el peregrino, aunque no se junta con los vecinos y moradores de los pueblos, algunas veces se huelga de ver y oir lo que pasa por el camino y de contarlo á otros, y con estas cosillas, aunque no pierde del todo su camino, todavia se detiene y tarda mas en llegar; y aun tanto se podria deleitar y detener en estas cosas que no solo le fuese causa de llegar mas tarde á su tierra, pero aun de nunca llegar. Pues ¿quién está mas ageno y mas libre y apartado de las cosas de este siglo que el peregrino? ¿Sabois quién? el que está muerto. Porque el peregrino, aunque no sea sino en pedir y buscar lo necesario para su camino, y en ir cargado con ello, se puede ocupar y detener mas de lo que convendria; pero el muerto, aunque le falte la sepultura, no lo siente. El muerto, de la

(1) Bernard. *serm.* 7 *Quadrages.*

(2) Charissimi, obsecro vos, tanquam advenas, et peregrinos abstinere vos à carnalibus desideriis, quae militant adversus animam. *I. Petri*, II, 11.

(3) Non enim habemus hic civitatem permanentem, sed futuram inquirimus. *Ad Hebr.* XIII, 14.—Quoniam dum sumus in corpore peregrinamur a Domino. *II. ad Cor.* V, 6.

(1) Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti sumus. *I. ad Timoth.* VI, 8.

(2) Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est. *Ps.* CXIX, 5.

(3) Quoniam advena ego sum apud te, et peregrinus sicut omnes patres mei. *Ps.* XXXVIII, 13.

misma manera oye á los que le vituperan y á los que le alaban, á los que le lisonjean y á los que murmuran de él; antes á ningunos oye, porque está muerto. Pues este es el segundo grado de mortificacion, mas alto y mas perfecto que el pasado, el cual pone San Pablo cuando dice: "Muertos estais y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (1)." No nos habemos de contentar con habernos como peregrinos en esta tierra, sino procurar de habernos como muertos. ¿Cómo ha de ser eso? ¿Sabeis cómo? dice un Doctor, mirad las condiciones del muerto. «La señal de estar uno muerto es no ver, no responder, no sentir, no quejarse, no ensoberbecerse, no enojarse (2).» Pues si vos teneis ojos para ver y juzgar lo que hacen los otros, y aun por ventura el superior, no estais muerto; si teneis respuestas y escusas para lo que os ordena la obediencia; si mostrais sentimiento cuando os dicen vuestras faltas y os reprenden; si os sentís y os resentís cuando os humillan y no hacen caso de vos, no estais muerto, sino muy vivo en vuestras pasiones y en vuestra honra y estimacion; porque el muerto, aunque le pisen y le desprecien y no hagan caso de él, no lo siente. ¡Oh! dichoso, dice San Bernardo, y bienaventurado aquel que está de esta manera muerto: porque esta muerte verdaderamente es vida, pues nos conserva sin mancilla en este siglo y aun nos hace del todo ágenos de él.

«Grande es por cierto este grado y de mucha perfeccion; empero por ventura podremos hallar otra cosa mas alta y mas perfecta (3).» Pero ¿á dónde la habemos de ir á buscar y en quién la podremos hallar, sino en aquel que fué arrebatado al tercero cielo? Porque si me dais otro tercero grado mas alto y mas perfecto, ese, dice San Bernardo, bien le podeis llamar tercero cielo. Pues ¿puede haber mas que morir? Sí, mas hay que morir. Humillóse y abatióse nuestro Señor Jesucristo hasta la muerte (1), ¿hay mas que eso? Sí, añade San Pablo, y añádelo la Iglesia la segunda noche de las tinieblas: «Morir crucificado:» *mortem autem Crucis*. Eso es mas que morir simplemente; porque la muerte de cruz era un género de muerte el mas ignominioso y afrentoso que entonces habia. Pues ese es el tercero grado de mortificacion, mas alto y mas perfecto que el pasado; y así, con razon le podemos llamar el tercero cielo, al cual tambien fué arrebatado el Apóstol San Pablo. No solo dice que estaba muerto al mundo, sino que estaba crucificado al mundo, y que el mundo era cruz para él y él para el mundo (2). Quiere decir: todo lo que el mundo ama, los deleites de la carne, las honras, las riquezas, las vanas alabanzas de los hombres, todo eso es cruz y tormento para mí, y como tal lo aborrezco; y aquello que el mundo tiene por cruz, por tormento y deshonra, en eso tengo yo enclavado y fijado mi corazon; eso es lo que yo amo y abrazo. Eso es estar crucificado al mundo y el mundo á mí, y que el mundo me sea á mí cruz y yo á él. Mas alto y mas perfecto grado es este que el primero y segundo, dice San Bernardo; porque el peregrino, aunque pasa y no se detiene mucho en las cosas que ve, pero al fin las ve y se detiene algo en eso; el muerto, que es el segundo grado, igualmente lleva lo próspero y lo adverso, las honras y las

(1) Mortui enim estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. *Ad Colos.* III, 3.

(2) Hic non videt, non loquitur, non sentit, non inflatur, non irascitur. *Lansperg.*

(3) Magnus omnino gradus est iste, at fortasse poterit aliquid adhuc superius inveniri. *S. Bern.*

(1) Humiliavit semetipsum Dominus noster Jesus Christus usque ad mortem. *Ad Phil.* II, 8.

(2) Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. *Ad Galat.* VI, 14.

deshonras, y no hace diferencia de lo uno á lo otro; pero este tercero grado pasa mas adelante, y no se ha igualmente en eso, porque no solo no siente la honra y estimacion como el muerto; sino ésle cruz y tormento el ser tenido y estimado, y como tal lo aborrece; no solo no siente las deshonras y menosprecios, sino esa es su gloria y su contento. "Nunca Dios quiera que yo me glorie en otra cosa, sino en la cruz de Cristo, por amor del cual, todo lo que el mundo ama me es á mi cruz; y todo lo que el mundo tiene por cruz, me es á mi gloria y contento grande (1)." "Lleno estoy, dice (2), de consolacion, báñome en gozo y regocijo en padecer tribulaciones, persecuciones y afrentas por Cristo. Pues este es el tercero grado de mortificacion, que con mucha razon llama San Bernardo el tercero cielo por su grande perfeccion. Y aunque él lo dice debajo de esta metáfora, pero es doctrina comun de los doctores y Santos, que en esto que nosotros entendemos por el tercer cielo está la perfeccion de la mortificacion, porque esa es la señal que ponen los filósofos de haber uno alcanzado la perfeccion de cualquier virtud, cuando obro los actos de ella con gusto y delectacion, como diremos despues (3). Y así, si quereis saber si vais aprovechando en la mortificacion, y si habeis alcanzado la perfeccion de ella, mirad si os holgais cuando os quiebran vuestra voluntad y os niegan lo que pedis; mirad si os holgais cuando os desprecian y tienen en poco; y si recibis pena cuando os honran y estiman y hacen mucho caso de vos. «Pues éntre cada uno dentro de sí, dice San Bernardo (1), y mire y examine con atencion á qué grado de estos ha llegado, y no paremos ni descansemos hasta llegar y arrobarnos á ese tercero cielo.» Que es lo que dijo el Señor á San Francisco: «si me deseas, toma las cosas amargas por dulces y las dulces por amargas.»

Cuenta Cesario (2) que en un monasterio de su órden del Cister, un religioso lego, llamado Rodulfo, gran siervo de Dios y que tenia muchas revelaciones, quedándose una noche, despues de maitines, en oracion en la iglesia, vió á Cristo nuestro Redentor crucificado, y juntamente con él vió á quince religiosos de su religion, cada uno tambien en su cruz, acompañando á Cristo nuestro Redentor; que aunque era de noche, era tanta la claridad y resplandor que resultaba de la presencia de Cristo, que los podia ver muy claramente, y los conoció muy bien, que aun vivian todos. Y dice que los cinco eran legos, y los diez monges. Estando él espantado de tan admirable vision, hablóle Cristo nuestro Redentor desde la cruz: «Rodulfo, ¿conoces quiénes son estos que ves crucificados cerca de mí?» Respondió él: «Señor, bien conozco quiénes son; pero no entiendo lo que significa y quiere decir esto que veo.» Entonces díjole el Señor: «Estos solos, de toda esta religion, son los que están crucificados conmigo, conformando su vida con mi Pasion.»

(1) Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. *Ad Gal.* VI, 14.

(2) Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. *II. ad Cor.* VII, 4.

(3) Trat. 3, c. 16.

(1) Pensemus ergo singuli, in quo gradu quisque sit positus, et studeamus proficere de die in diem, quoniam de virtute in virtutem videbitur Deus deorum in Sion (*Psalm.* LXXXIII, 8). *S. Bernard.*

(2) Caesarius, *l.* 8. *Dialogorum. cap.* 18.

TRATADO SEGUNDO.

De la modestia y silencio.

CAPITULO I.

Cuán necesaria es la modestia para edificar y aprovechar á nuestros prógimos.

La modestia de que ahora habemos de tratar, consiste en que sea tal la composicion del cuerpo, y tal la guarda de nuestros sentidos, tal nuestro trato y conversacion, y tales todos nuestros movimientos y meneos, que causen edificacion en todos los que nos vieren y trataren. En esto comprende San Agustin todo lo que hay que decir de la modestia (1). No es mi intento descender á tratar en particular las cosas en que se ha de guardar la modestia, ni notar lo que seria inmodestia: bastará ahora esta regla general del glorioso Agustino, que es comun de los Santos y maestros de de la vida espiritual. Procurad que todas vuestras acciones y movimientos vayan de tal manera ordenados que nadie se pueda ofender, sino edificar. Resplandezca siempre en vuestro esterior humildad, y juntamente gravedad y madureza religiosa, y de esa manera guardareis la modestia que conviene. Solamente pretendo declarar aqui cuán necesaria sea esta modestia, especialmente á aquellos cuyo fin é instituto es, no solamente atender á la salvacion y perfeccion de sus propias ánimas, sino tambien á las de los prógimos.

Cuanto á lo primero, una de las cosas con que mucho se edifican y ganan los prójimos, es con el esterior religioso y edificativo; porque los hombres no ven lo interior, sino solamente lo esterior, y eso es lo que les mueve y edifica, y lo que les predica mas que el ruido y estruendo de las palabras. Y asi se cuenta del bienaventurado San Francisco, que dijo una vez á su compañero: «Vamos á predicar;» y sale, y da una vuelta á la ciudad, y vuélvese á casa; dícele el compañero: «pues, padre, ¿no predicamos?» «Ya, dice, habemos predicado.» Aquella composicion y modestia con que iban por las calles fué muy buen sermon: esa mueve á devocion á la gente, y á menosprecio del mundo, y á compungirse de sus pecados, y á levantar su corazon y deseo á las cosas de la otra vida.

(1) In omnibus motibus vestris nihil fiat, quod cujusquam offendat aspectum, sed quod vestram deceat sanctitatem. *Aug. in Regul.*

Ese es sermon de obras, que es mas eficaz que el de palabras.

Lo segundo, esta modestia y buena composicion esterior sirve y ayuda mucho para nuestro aprovechamiento espiritual, como diremos despues mas largamente; porque es tan grande la union y liga que hay entre el cuerpo y el espíritu, entre este hombre esterior y el interior, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro; y asi, si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mismo cuerpo; y por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego el espíritu tambien se descompone é inquieta. Y de aqui es, que la modestia y composicion esterior es grande argumento y señal del recogimiento interior, y de la virtud y aprovechamiento espiritual que hay allá dentro, como la mano del reloj del movimiento y concierto de las ruedas.

Con esto se declara mas lo primero, porque esta es la causa de edificarse tanto los hombres de la modestia y composicion esterior, porque por ahi entienden y conciben la virtud interior que hay en el alma, y por eso la estiman y tienen en mucho. Dice San Gerónimo: «El rostro es un espejo del alma, y los ojos modestos, ó descompuestos y desasosegados, descubren luego lo íntimo del corazon (1).» Y es sentencia del Espíritu Santo: "Asi como en el agua clara resplandece el rostro de los que se miran en ella, asi el varon prudente conoce los corazones de los hombres por la muestra de lo esterior que vé en ellos (2):" no hay espejo, en que asi se vea uno, como se vé la virtud y asiento interior en esto esterior: "En el pestañear de los ojos se conoce quién es cada uno, dice el Sábio (1); la vestidura del hombre, la manera de cubrirse, del reirse y del andar, descubren luego lo que es." Y poniendo las señales del hombre apóstata, dice: "Habla de dedo, guiña del ojo, dá del pie (2)." Y asi de Juliano apóstata dice San Gregorio Nazianzeno (3): «las condiciones de Juliano no conocieron algunos hasta que las manifestó por sus obras y por el poder imperial que recibió; pero yo bien conocí sus costumbres desde que le ví y comuniqué en Atenas: ninguna señal ví en él que me pareciese buena: la cerviz yerta, los hombros movedizos, los ojos ligeros, meneándose á cada parte, el mirar feroz, los pies siempre bullidores, las narices siempre muy prestas para mofar y escarnecer, la lengua ejercitada en motes y chocarrerías, la risa desenfrenada, la facilidad en conceder y negar una misma cosa en un tiempo, sus pláticas sin órden y sin fundamento, sus preguntas importunas, sus respuestas sin propósito: mas ¿para qué discurro, dice, tan menudamente por sus calidades? En conclusion, digo, que le conocí antes de sus obras, y despues por ellas le reconocí mejor; y si ahora estuviesen presentes los que entonces estaban en mi compañía, darian testimonio que en viendo en él tales muestras, súbitamente dije: «¡Oh! ¡cuán venenosa serpiente cria para sí la República Romana!» Y diciendo esto, deseé salir por mentiroso; porque mejor fuera asi, que abrasarse la tierra con tantos males, cuales nunca se vieron.» Pues asi como el desorden y mala composicion esterior es

(1) Speculum mentis est facies, et taciti oculi mentis fatentur arcana. *Hieron. epist. ad Furiam viduam.*

(2) Quomodo in aquis resplendent vultus prospicientium, sic corda hominum manifesta sunt prudentibus. *Prov.* XXVII, 19.

(1) Ex visu cognoscitur vir, et ab occursu faciei cognoscitur sensatus; amictus corporis, et risus dentium, et ingressus hominis enuntiant de illo. *Eccles.* XIX, 26.

(2) Homo apostata, vir inutilis, graditur ore perverso, annuit oculis, terit pede, digito loquitur. *Prov.* VI, 12.

(3) Greg. Nazianzenus. *Refertur in Histor. Eccles. p. 2, lib. 4 in fine.*

muestra y señal del vicio interior, asi la modestia y buena composicion lo es de la virtud interior, y por eso edifica y mueve tanto á los hombres.

Por esta razon tenemos nosotros particular obligacion de procurarla con mucho cuidado; porque como nuestro fin é instituto es aprovechar á los prójimos con nuestros ministerios de predicar, confesar, leer, enseñar la doctrina, hacer amistades, visitar las cárceles y hospitales, etc., una de las cosas que dá mas fuerza y eficacia á esos ministerios, para que se reciban y hagan fruto en sus almas, es esta modestia y buena composicion esterior: porque con esto se cobra mucha autoridad con los prójimos, por la virtud y santidad interior que conciben, y toman entonces lo que se les dice como venido del cielo, y se les imprime en el corazon. Cuenta Surio (1) que visitó el Papa Inocencio II el monasterio de Claraval, acompañado de los cardenales: saliéronle á recibir todos los monges con San Bernardo, que residia allí, y dice la historia que les movió tanto aquel espectáculo de los monges, que lloraba el Papa y los cardenales de devocion, solo de ver la modestia de los religiosos: maravillábanse todos mucho de ver la gravedad de aquella Santa Congregacion, que en una fiesta y regocijo tan solemne y tan nuevo, como era ver en su casa al Sumo Pontífice y á los cardenales, todos tenian los ojos bajos, enclavados en la tierra, sin volverlos á parte alguna, y teniendo todos puestos los ojos en ellos, ellos á ninguno miraban.

No solamente ayuda esta modestia y composicion religiosa para mover y edificar á los de fuera, sino tambien á los de casa; porque asi como á los seglares les edifica mucho ver á un religioso que está ayudando á misa y que en toda ella no vuelve la cabeza á una parte, ni á otra, y que cuando va por la calle, va con gran modestia y silencio, y no levanta los ojos, ni aun á mirar á quien pasó junto á él, y se confunden, y compungen, y conciben dentro de sí mucha estima, asi tambien acá entre nosotros edifica mucho el que anda con modestia, silencio y recogimiento, y mueve á devocion y á compuncion á los demas. Y asi San Gerónimo, entre otros frutos que pone de esta modestia y composicion esterior, es uno este: «¿Sabeis, dice (1), qué hace un religioso de estos con su silencio y modestia? es una reprension muy fuerte y eficaz para el que habla mucho y para el que anda con poca modestia y recogimiento, viendo que no es tal como el otro; estos son los que pueblan las casas de Religion, y los que las sustentan y conservan en virtud y santidad, porque con su ejemplo atraen y mueven á devocion á los demas y los despiertan á deseos del cielo.» Y esto es lo que nuestro Padre nos dice á nosotros, pidiéndonos que «procedamos de tal manera en esto, que considerando los unos á los otros, crezcan todos en devocion y alaben á Dios nuestro Señor (2).»

De San Bernardino se cuenta que era tal su modestia y composicion, que con sola su presencia hacia componer á todos sus compañeros; no era menester mas que decir «Bernardino viene», para componerse todos. Y de Luciano Mártir cuenta Metafraste y Surio en su vida, que de solo verle los gentiles se convertian y movian á ser cristianos. Estos son buenos predicadores, imitadores del glorioso Bautista, de quien dice el Sagrado Evangelio: «Era una

(1) Surius, *lib.* 2, *cap.* 1. *Vitae S. Bernard.*

(1) Ut loquacibus compunctionem ingerant, et intrandi ad societatem vestram sanctà desiderià fiant, et affectus ad coelestia moveantur. *Hyeron. in Regul. Monachorum, c.* 22.

(2) Regul. 29. *Summarii.*

hacha encendida, que ardia en sí con grande amor de Dios, y daba mucha luz y resplandor á los prójimos con el ejemplo de su vida maravillosa (1)." Este debe ser para nosotros un motivo muy grande para andar siempre con mucha modestia, para edificar á nuestros prójimos y á nuestros hermanos, y hacer en ellos el fruto que habemos dicho. Porque sino, ¿dónde está el celo y deseo de la mayor gloria y honra de Dios y de ganar almas, tan propio de nuestro Instituto, si no procuramos hacer esto con que ellos tanto se edifican y se ganan, estando tan en nuestra mano?

CAPITULO II.

Cuán necesaria es la modestia para nuestro propio aprovechamiento.

Doctrina es comun de los Santos que la modestia y guarda de los sentidos es uno de los principales medios que hay para nuestro propio aprovechamiento espiritual, porque ayuda mucho á la guarda del corazon y al recogimiento interior y á conservar la devocion, por ser esas las puertas por donde entra todo el mal allá dentro al corazon. San Gerónimo, sobre aquello de Job (2): "¿Por ventura, no se te abrieron las puertas de la muerte y viste las entradas tenebrosas?" dice que, en sentido tropológico, las puertas de la muerte son nuestros sentidos, porque por ellos entra la muerte del pecado á nuestra ánima, conforme á aquello del Profeta Jeremías: "Subió la muerte por nuestras ventanas (3)." Y dice que se llaman puertas tenebrosas, porque dan entrada á las tinieblas de los pecados. Lo mismo dice San Gregorio (4), y es comun manera de hablar de los Santos, sacada de la filosofía: «Ninguna cosa puede estar en el entendimiento sin pasar primero por los sentidos (4)» como por puertas. Pues cuando en una casa están las puertas cerradas y bien guardadas, todo lo demas está seguro; pero si están abiertas de par en par y sin guarda, que éntre y salga quien quisiere, no estará segura la casa ó á lo menos no habrá sosiego ni quietud en ella con tanto entrar y salir. Asi es tambien acá; los que tuvieren bien guardadas las puertas de sus sentidos, andarán recogidos y devotos; pero los que no tienen cuidado de eso, no tendrán paz ni quietud en su corazon. Por eso nos amonesta el Sábio: "Guarda tu corazon," y añade "con toda guarda, con todo cuidado y diligencia (2)," para darnos á entender la importancia de esto, pues guardando bien las puertas de los sentidos, se guarda el corazon. Dice San Gregorio: «Para tener limpio y puro el corazon es menester que tengamos mucha cuenta con la guarda de nuestros sentidos (3).» Y San Doroteo dice: «Acostumbraos á traer vuestros ojos modestos y bajos, y á no andar mirando cosas impertinentes y vanas, porque eso suele hacer que se pierdan todos los trabajos del religioso (4);» todo lo que habeis ganado en mucho tiempo y con mucho trabajo, se os irá muy fácilmente por esas puertas de los sentidos si no teneis cuidado de guardarlas, y os quedareis vacío y sin nada. ¡Oh! ¡qué bien dijo aquel Santo (5)! «Muy presto se

(1) Erat lucerna ardens, et lucens. *Joann.* V, 35.
(2) Nunquid apertae sunt tibi portae mortis, et ostia tenebrosa vidisti? *Job.* XXXVIII, 17.
(3) Ascendit mors per fenestras nostras. *Jerem.* IX, 21.
(4) Greg. *lib.* 21 *Mor.*, c. 2.

(1) Nihil est in intellectu, quod prius non fuerit in sensu.
(2) Omni custodia serva cor tuum, quia ex ipso vita procedit. *Prov.* IV, 23.
(3) Unde nobis ad custodiendam cordis munditiam exteriorum quoque sensuum disciplina servanda est. *Greg. lib.* 21 *Mor.*, c. 2.
(4) Assuesce oculos non circumferre ad alienas, et vanas res, hoc enim labores omnes monasticos deperire facit. *Dorot. serm.* 22.
(5) Thomas de Kempis.

pierde, por descuido, lo que con mucho trabajo y dificultad se ganó por gracia.» Y en otra parte (1) dice San Doroteo: «Guardaos de hablar mucho, porque eso impide los pensamientos santos y las inspiraciones y deseos del cielo.» Y por el contrario, dice San Bernardo: «El continuo silencio y el estar olvidados y apartados del ruido de las cosas del mundo, levanta el corazon y hace que pensemos en las cosas del cielo y que pongamos nuestro corazon en ellas (2).» Y tratando de la modestia de los ojos dice: «Los ojos en el suelo ayuda para traer el corazon siempre en el cielo (3).» Y bien lo esperimentamos, que cuando andamos los ojos modestos y bajos, andamos recogidos y devotos.

Esta es la causa por que decian aquellos Santos Padres de Egipto, como refiere Casiano (4), que el que quisiere alcanzar la perfecta limpieza y pureza de corazon, y tener devocion y recogimiento, ha de ser sordo, ciego y mudos; porque cerradas de esta manera las puertas de estos sentidos, estará su ánima limpia, desembarazada y dispuesta para tratar y conversar con Dios. Pero dirá alguno: «¿cómo podremos nosotros ser sordos, ciegos y mudos, que tratamos tanto con los prójimos y nos es forzoso ver y oir muchas cosas que no querriamos?» El medio es oir esas cosas como si no las oyésemos, que por un oido entren y por otro se salgan, sin dejar pegar el corazon á ellas, sino despidiéndolas luego de nosotros, no haciendo caso de ellas. San Efrén cuenta (5) á este propósito, que un monge preguntó á otro Padre antiguo: «¿qué haré, que me manda el abad que vaya al horno á ayudar al panadero, y hay allí mozos de fuera que tratan muchas cosas impertinentes que no me está á mí bien oirlas? ¿cómo me habré?» Respondió el viejo: «¿no has visto los muchachos en la escuela, cómo están juntos con tanto ruido, leyendo y aprendiendo las lecciones que han de dar al maestro, y cada uno atiende á su leccion, y no á las de los demas, porque sabe que de aquella ha de dar cuenta al maestro, y no de las de los otros? Haz tú asi, no atiendas á lo que los otros hacen ó dicen, sino á hacer bien tu oficio, porque eso es de lo que has de dar cuenta á Dios.»

Del bienaventurado San Bernardo se dice (1) que tenia su corazon tan puesto en Dios, que viendo no via, y oyendo, no oia; parecia que no usaba de sus sentidos. Un año habia pasado de novicio, y no sabia de qué era el techo de su celda, si de bóveda, si de madera. Habia tres ventanas ó vidrieras en la iglesia, y él nunca echó de ver si era mas que una. Habia caminado casi todo un dia por la ribera de un lago, y hablando despues los compañeros de él, les preguntó dónde habian visto aquel lago que él no le habia echado de ver. Y del abad Paladio se cuenta (2) que estuvo veinte años en una celda y no levantó los ojos ál techo. De esta manera, aunque andemos en medio del mundo tratando con los prójimos, seremos sordos, ciegos y mudos, y no nos impedirá nuestro aprovechamiento el ruido de lo que oimos y vemos.

(1) Cave a multiloquio, hoc enim sanctas, ac rationabiles, et a coelo advenientes cogitationes penitus extinguit. *Doroth. serm.* 20.

(2) Juge silentium, et ab omni strepitu saecularium perpetua quies cogit coelestia meditari. *Bernard. Epist.* 78.

(3) Bernard. *tract. de* XII *gradibus humilitatis.*

(4) Cas. lib. 4 *de Instit. renunt. cap.* 41.

(5) S. Ephrem, t. 2, c. 73 *de var. doctrin. pag.* 234.

CAPITULO III.

Del engaño de algunos que hacen poco caso de estas cosas esteriores, diciendo que no está en eso la perfeccion.

De lo dicho se colige bien cuán enga-

(1) Surius, *lib.* 1, *cap.* 4 *vitae Sancti Bernardi.*

(2) Palad. *in Prato Spirituali.*

nados andan los que hacen poco caso de estas cosas esteriores, de la modestia y silencio, diciendo que no está en eso la perfeccion, sino en lo interior del corazon y en las verdaderas y sólidas virtudes. Lipomano trae un ejemplo muy bueno á este propósito, sacado del *Prado Espiritual*. Cuéntase allí (1) que uno de aquellos Padres viejos que moraban en el desierto de Citia, fué un dia á la ciudad de Alejandría á vender las cestillas que habia hecho, y vió allí otro monge mancebo que habia entrado en un bodegon, lo cual sintió el viejo mucho y acordó de esperar que saliese para decirle su parecer, y en saliendo, llámale aparte, y dícele: «Hermano mio, ¿no veis que sois mozo y que son muchos los lazos de nuestro enemigo? ¿No sabeis el daño que recibe el monge en andar por las ciudades, por las figuras y representaciones que le entran por los ojos y por los oidos? Pues ¿cómo os atreveis á entrar en los bodegones, donde hay tan malas compañías de hombres y mugeres, y donde por fuerza habeis de ver cosas malas y oir lo lo que no quereis? No, por amor de Dios, hijo mio, no lo hagais asi, sino huid al desierto, á donde, con ayuda de Dios, estareis salvo y seguro.» Respondió el mancebo: «Andad, Padre, que no está en eso la perfeccion, sino en la limpieza del corazon: tenga yo limpio el corazon, que eso es lo que quiere Dios.» Entonces levantó el viejo las manos al cielo, diciendo: «Bendito y alabado seais Vos, Señor, que cincuenta y cinco años há que estoy en este desierto de Citia, con todo el recogimiento que he podido, y aun no tengo el corazon limpio, y éste tratando y conversando en las tabernas y bodegones, ha alcanzado limpieza de corazon!» Pues esa sea vuestra respuesta. Yo os confieso que la perfeccion esencial está en la puridad y limpieza del corazon y en la caridad y amor de Dios, y no en estas cosas esteriores; pero no tendreis ni alcanzareis esa perfeccion, si no teneis mucha cuenta con la guarda de vuestros sentidos y con la modestia esterior.

San Buenaventura nota esto muy bien, y dice (1), que la razon de ello es, porque con esto esterior se adquiere y conserva lo interior, y esos son los reparos y defensivos del corazon. Asi como acá vemos que no produce la naturaleza el árbol sin sus hojas y corteza, ni la fruta sin su cáscara, sino que todas las cosas hace con sus reparos y defensivos, para conservacion y ornato de ellas, asi tambien la gracia, que obra conforme á la naturaleza y mas perfectamente que ella, no obra lo interior de la virtud, sino mediante eso esterior: esa es la corteza y cáscara con que se conserva la virtud y recogimiento interior y la puridad y limpieza del corazon, y cuando eso faltare, faltará tambien estotro. Como la salud ó enfermedad corporal no está en esto esterior, ni en tener uno buen ó mal color, sino en el concierto ó desconcierto de los humores que están allá dentro; pero con todo esto, en viendo en uno mal color, luego decimos: «malo anda fulano, no está del todo sano; ¿no veis qué color trae, qué amarillo anda, qué ojeras tiene?» Pues de esa manera es tambien en la salud espiritual.

San Basilio declara esto con una comparacion, que pues él la trae, tambien la podemos traer nosotros. Va suponiendo aquella doctrina y alegoría comun de los Santos, que los sentidos esteriores son unas ventanas por donde el alma se asoma á mirar lo que pasa allá fuera; y dice (2), que

(1) Pratum Spirit. cap. 194.

(1) Bonav. t. 2, opusc. lib. 2 de Profectu Religios. cap. 22.

(2) Basil. tract. de vera virginit. cap. 2.

entre el alma recogida y distraida hay la diferencia que entre la muger honesta y liviana; á la muger honesta, por maravilla la verán á la ventana y á la puerta; pero la que es liviana y mala, todo el dia está á la ventana y á la puerta, mirando los que pasan, y llamando al uno, y hablando y entreteniéndose con el otro. Esta, dice San Basilio, es la diferencia que hay entre el religioso recogido y el distraido, que al recogido por maravilla le vereis asomado á las ventanas de sus sentidos, estase allá dentro recogido en el retrete de su corazon. Pero al otro á cada paso le vereis asomado á esas ventanas, mirando lo que pasa, oyendo lo que se dice, hablando y perdiendo tiempo con unos y con otros. No está la honestidad ó deshonestidad de la muger en asomarse á la ventana ó no; pero la muger ventanera ó callejera y amiga de parlar y conversar con unos y con otros, gran indicio y muestra da de su liviandad, y eso solo bastaria para hacerla ruin aunque no lo fuese. De la misma manera, es verdad que no está la perfeccion en la guarda de la lengua y de los sentidos; empero el alma ventanera y callegera, amiga de ver, oir y parlar, no alcanzará la perfeccion ni la pureza de corazon.

Y háse de notar aquí otro punto principal, que asi como esto esterior ayuda á componer y conservar lo interior, asi tambien lo interior compone luego lo esterior. «Donde Cristo está, tambien está la modestia,» dice San Gregorio Nazianceno (1). Cuando hay allá dentro virtud sólida y maciza, luego hay gravedad y peso en los ojos y en la lengua, y mucha madureza en el andar y en todos nuestros movimientos. La gravedad y peso interior pone peso y madureza en lo esterior (2). Y esta es la modestia que nuestro Padre nos pide, que nazca de la paz y humildad del ánima, no modestia compuesta y fingida artificiosamente, que esa no dura, al mejor tiempo falta, al fin, como cosa postiza; sino una modestia que ella misma se caiga de suyo, nacida, como efecto de su causa, de un corazon compuesto, mortificado y humilde.

De donde podemos colegir una señal muy buena para conocer si un hombre es espiritual ó no, y si va aprovechando y creciendo en espíritu ó no. Y declárala San Agustin (1) con esta comparacion. Asi como vemos que ahora nosotros, que somos ya hombres, carecemos de muchos deleites y pasatiempos que teniamos cuando éramos niños, que si entonces nos los quitaran nos diera mucha pena, y ahora ninguna sentimos en carecer de ellos, porque son pasatiempos y juegos de niños, y nosotros somos ya hombres; asi, dice, es en el camino espiritual: cuando uno comienza á gustar de Dios y de las cosas de virtud, y se va haciendo hombre espiritual y varon perfecto, no siente ni le da pena el carecer de los gustos y delectaciones sensuales de que gustaba cuando era niño é imperfecto en la virtud; porque aquellos son deleites y pasatiempos de niños y de imperfectos, y él es ya hombre. "Cuando era pequeño, sabia y pensaba y obraba como pequeño; pero despues que soy hombre, dejé las cosas de niño," dice San Pablo (2). Pues si quereis ver si sois hombre, y si vais aprovechando y creciendo en perfeccion, ó si sois todavía niño, mirad si habeis dejado y olvidado las cosas de niño; porque si todavía gustais de los juegos y entretenimientos de los niños, niño sois; si gustais de niñerías, de derra-

(1) Ubi Christus est, modestia quoque est. *Greg. Naz. epist.* 193.
(2) Regul. 20, *Summarii Constitut.*

(1) August. *lib.* 83 *Quaest. quaest.* 70.
(2) Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus; quando autem factus sum vir, evacuavi quae erant parvuli. *I. ad Cor.* XIII, 11.

mar vuestros sentidos, de apacentar vuestros ojos, andando mirando cosas curiosas y vanas, y vuestros oidos en oir todo lo que pasa, y vuestra lengua en conversaciones y pláticas impertinentes y escusadas, niño sois é imperfecto sois, pues gustais de los pasatiempos y entretenimientos de los niños y de los imperfectos. El que es hombre espiritual y va creciendo y haciéndose varon perfecto, ya no gusta de esas cosas, antes se rie y hace burla de ellas, como el hombre de los juegos y entretenimientos de los niños, y se afrentaria de tratar de eso.

CAPITULO IV.

Del silencio, y de los bienes y provechos grandes que hay en él.

Uno de los medios que nos ayudará mucho para aprovechar en virtud y alcanzar la perfeccion, será refrenar y mortificar la lengua; y por el contrario, una de las cosas que mas nos dañará é impedirá nuestro aprovechamiento, será descuidarnos en esto. Lo uno y lo otro nos dice el Apóstol Santiago en su Canónica. Porque por una parte dice: "El que guardare bien su lengua y no pecare con ella, ese será varon perfecto (1)." Y por otra: "Si alguno piensa que es religioso y no refrena su lengua, engáñase, que vana es su religion (2)." San Gerónimo (3) trae esta autoridad para encomendar la guarda del silencio, y dice que por esto aquellos Padres antiguos del Yermo, fundados en esta sentencia y doctrina del Apóstol Santiago, tenian gran cuidado de guardarle. Dice que halló á muchos de aquellos Santos Padres que habia siete años que no habian hablado palabra con otro. De aqui tambien, dice Dionisio Cartusiano, que vinieron todas las Religiones á poner entre las observancias de la Religion, por una de las principales, esta del silencio; y con tanto rigor, que estatuyeron y ordenaron que el que le quebrantase fuese castigado con disciplina pública.

Pero veamos qué será la causa de encomendarnos tanto este negocio. ¿Tan grave cosa es hablar una palabra ociosa? ¿Es mas que perder un poco de tiempo que se gasta en decirla, un pecadillo venial que se quita con agua bendita? Mas debe de haber en ello que perder un poco de tiempo, y de mas peso debe ser este negocio de lo que parece, pues la Sagrada Escritura nos lo encarece tanto; porque el Espíritu Santo no es encarecedor, ni exajerador de las cosas, ni las pesa con otro peso del que ellas tienen. Los Santos y doctores de la Iglesia, á quien el Señor dió particular luz para entender y declarar los misterios de la Escritura divina, declaran muy á la larga los provechos grandes que se siguen de la guarda del silencio y los daños grandes que trae consigo lo contrario.

San Basilio dice (1) que es muy provechoso, especialmente á los que comienzan, ejercitarse en el silencio; lo primero, para aprender á hablar como conviene, porque se requieren muchas circunstancias para esto; y es negocio que tiene dificultad, y mucha; y pues para aprender las demas ciencias y artes damos por bien empleados muchos años, á trueque de salir con ellas, tambien será razon que empleemos algunos años en aprender esta ciencia de hablar; porque si no os haceis discípulo y procurais aprender, nunca saldreis maestro. Pero direis: hablando mucho, la

(1) Si quis in verbis non offendit, hic perfectus est vir. *Jacob.* III, 2.

(2) Si quis putat se religiosum esse, non refraenans linguam suam, sed seducens cor suum, hujus vana est religio.

(3) Hieronym. *in Reg. Monachorum, cap.* 22.

(1) Basil. *in Regul. fusius disputatis* 43.

aprenderemos, como las demas ciencias y artes se aprenden ejercitándose mucho en ellas. A esto responde San Basilio, que esta ciencia de saber bien hablar no se puede aprender sino callando y ejercitándose mucho en el silencio, y da la razon; porque como el hablar bien depende de tantas circunstancias, y nosotros estamos tan mal acostumbrados á hablar, no con esas circunstancias, sino lo que se nos antoja, y cuando nos parece, y con el tono que queremos, sin órden ni concierto, el silencio hace dos cosas muy principales; lo primero, que con el mucho silencio se nos olvida el mal lenguaje nuestro primero que traiamos del mundo, que es una parte muy principal para aprender buen lenguaje, como lo es para saber el olvidar lo mal aprendido; y lo segundo, con el silencio tenemos mucho lugar y tiempo para aprender el buen modo de hablar, porque él nos le dá muy cumplido para andar mirando á los religiosos antiguos, que entendemos son doctos en esta ciencia y saben hablar como conviene, para aprender de ellos, y que se nos imprima aquella madureza con que ellos hablan, aquel reposo y peso de palabras. Como el aprendiz está mirando cómo hace su maestro la obra, para hacerla él de aquella manera, y asi aprende y sale maestro, asi habemos nosotros de andar mirando á los que se señalan en esto, para aprender de ellos. Mirad al otro hermano antiguo y al otro Padre, qué buen modo tiene de hablar, con qué buena gracia despacha y dá recaudo á todos los que le hablan y tratan, por ocupado que esté, que parece no tiene otra cosa que hacer, sino responderos á vos: siempre le hallareis de un temple, siempre de un semblante; no como vos, que cuando estais muy ocupado, respondeis desgraciada y sacudidamente. Mirad al otro, cuando le ordenan algo de parte de la obediencia, cuán bien responde «que me place, de muy buena voluntad:» cuán sin escusas, ni sin preguntar quién lo manda, ni si hay otro que lo haga. Mirad al otro, cómo nunca sabe hablar cosa que lastime, ni pueda dar disgusto á su hermano, ni en la recreacion, ni fuera de ella, ni por burla, ni por gracia, ni en presencia, ni en ausencia; con todos y de todos habla con respeto y estima; y aprended vos á hablar de esa manera. Advertid cómo el otro, cuando le dijeron la palabrilla de que se podia sentir, no respondió con otra tal, con cuán buena gracia lo disimuló como si no lo hubiera entendido, conforme á aquello del Profeta: "Me hice como hombre que no oia (1)." ¡Qué bien supo ganarse á sí y á su hermano! Y aprended vos á haberos de esa manera en semejantes ocasiones. Para estas dos cosas, dice San Basilio, que aprovecha mucho el largo silencio; porque el silencio produce olvido por el no uso, y dá tiempo para aprender lo que se ha de hablar (2).

San Ambrosio y San Gerónimo, sobre aquello del Eclesiastés: "Tiempo hay de callar y tiempo de hablar (3)," confirman esto mismo y dicen (4) que esta es la causa por la cual Pitágoras, aquel antiquísimo filósofo, el primer documento que daba á sus discípulos era que callasen por cinco años, para que con el largo silencio olvidasen lo que mal sabian, y oyéndole á él, aprendiesen lo que habian despues de hablar y de esta manera saliesen maestros. Y asi viene á concluir allí San Gerónimo: «Aprendamos, pues, nosotros, primero á

(1) Factus sum sicut homo non audiens. *Psalm.* XXXVII, 15.

(2) Quippe cum taciturnitas simul, et oblivionem ex desuetudine pariat, et ad ea, quae recta sunt discenda, otium suppeditet. *Basil. ubi sup.*

(3) Tempus tacendi, et tempus loquendi. *Eccles.* III, 7.

(4) Ambros., *lib. 1 offic. cap.* 10.—Hyaron. *in Eccles.*

callar, para que despues sepamos hablar. Tengamos silencio por algun tiempo; andemos mirando á los que se señalan en esta ciencia para imitarlos; hagámonos primero discípulos, para que despues de mucho silencio podamos salir maestros (1).»

Y aunque estos Santos van hablando con los que comienzan, pero á todos nos toca lo que se ha dicho. Porque, ó sois antiguo, ó novicio, ú os quereis haber en la guarda de la lengua como novicio, ó como antiguo; escoged lo que quisiéredes; si sois novicio, ú os quereis haber como novicio, el primer documento ha de ser callar hasta que sepais bien hablar, como queda dicho. Si sois antiguo, ú os quereis haber como antiguo, habeis de ser el ejemplo y dechado en que se ha de mirar el novicio, y de quien ha de aprender el que comienza: mas estimo que os hayais como antiguo que como novicio, porque á mas obliga el ser antiguo; para eso fuistes novicio y callastes tanto, para aprender á hablar; ya será razon que sepais hablar al cabo de tanto tiempo; y si nunca habeis sido novicio, ni habeis aprendido á hablar, es menester que os hagais en esto novicio, para que asi aprendais á hablar lo que conviene, y cuando conviene, y como conviene.

CAPITULO V.

Que el silencio es un medio muy importante para ser hombre de oracion.

No solo aprovecha el silencio para aprender á hablar con los hombres, sino aprovecha tambien y es muy necesario para aprender á hablar y á tratar con Dios y ser hombres de oracion. Asi lo dice San Gerónimo, y por eso dice él que tenian aquellos Padres tanta cuenta con el silencio: «Por esto aquellos Santos Padres del Yermo, enseñados del Espíritu Santo, guardaban con suma diligencia el santo silencio, como causa de la santa contemplacion (1).» Y San Diadoco, tratando del silencio, dice: «Grande y escelente cosa es el silencio, porque es madre de santos y levantados pensamientos (2).» Pues si quereis ser espiritual y hombre de oracion, si quereis tratar y conversar con Dios, guardad silencio. Si quereis tener siempre buenos pensamientos y oir las inspiraciones de Dios, tened silencio y recogimiento; porque asi como unos son sordos por impedimento que tienen en el órgano del oido, otros por haber gran ruido no oyen; asi tambien el ruido y estruendo de las palabras y cosas y negocios del mundo impide y nos hace sordos para oir las inspiraciones de Dios y caer en la cuenta de lo que nos conviene. Quiere Dios soledad para tratar con el alma. Dice el Profeta Oseas: "Llevarla hé á la soledad, y allí la hablaré al corazon, allí serán los consuelos y regalos; allí la daré leche á mis pechos (3);" para significar con esto los favores y mercedes que hace al alma cuando se recoge de esta manera. Dice San Bernardo: «Espíritu es Dios, y no cuerpo, y asi soledad espiritual pide, y no corporal (4).» Y San Gregorio dice: «Poco aprovechará la soledad del cuerpo, si no hay esta soledad y recogimiento del corazon (5):» lo que

(1) Discamus itaque, et nos prius non loqui, ut postea ad loquendum ora reseremus.—Sileamus certo tempore, ad praeceptorum eloquia pendeamus, nihil nobis videatur rectum esse, nisi quod discimus, ut post multum silentium, de discipulis efficiamur magistri. *Hyeron. ib.*

(1) Ex hoc enim in eremo sancti Patres edocti, summa cum diligentia observant sancta silentia, tanquam sanctae contemplationis causam. *Hier. in Reg. Monach. cap.* 22.

(2) Praeclara ergo res est silentium, nihilque aliud, quam mater sapientissimorum cogitatuum. D. Diadoc. lib. *de Perfect. spirit. cap.* 70, *in Biblioth. Sanctorum Patrum*, t. 3.

(3) Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus. Ecce ego lactabo eam. *Oseae* II, 14.

(4) Bernard. *serm.* 40 *in Cant.*

(5) Quid prodest solitudo corporis, si solitudo defuerit cordis? *Greg. lib.* 30 *Mor. cap.* 12.

quiere el Señor es que allá dentro de vuestro corazon hagais una morada y una celda para tratar con Dios, y para que su Divina Magestad se huelgue de tratar y conversar con vos. De esa manera podreis decir con el Profeta, que habeis huido y acogídoos á la soledad (1). No es menester para eso que os hagais hermitaño, ni que huyais el trato y conversacion de los prójimos; mas, si quereis andar siempre devoto, y muy dispuesto y preparado para entrar fácilmente en oracion, tened silencio. Dice muy bien San Diadoco (2) que asi como cuando la puerta del baño se abre muchas veces, se sale presto por alli el calor, asi cuando uno habla mucho, todo el calor de la devocion se va por la boca; luego se derrama el corazon, y el alma es desamparada de buenos pensamientos. Es cosa de ver cuán presto desaparece todo el jugo de la devocion en abriendo la boca á hablar demasiado: vásenos el corazon por la boca. Mas: si quereis tener mucho tiempo desocupado y ahorrar y grangear muchos y largos ratos para tener oracion, tened silencio y vereis qué de tiempo os sobra para tratar con Dios y con vos. ¡Oh! ¡qué bien dijo aquel Santo (3)! «Si te apartases de pláticas supérfluas, y de andar en valde, y de oir nuevas y murmuraciones, hallarias tiempo aparejado para pensar buenas cosas.» Pero si sois amigo de parlar y de derramaros por los sentidos, no os espanteis que andeis siempre alcanzado de tiempo y que os falte aun para los ejercicios ordinarios: como leemos de los hijos de Israel (4) que porque andaban derramados por Egipto buscando pajas, no podian cumplir la tarea ordinaria, y asi eran castigados por ello.

(1) Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine. *Ps.* LIV, 8.
(2) *Ubi supra.*
(3) Thomas de Kempis.
(4) Exod. V, 12.

Háse de advertir aqui otro punto principal y muy espiritual, que asi como el silencio es causa de la santa contemplacion, asi tambien la oracion y contemplacion y el trato con Dios es causa del silencio. Decia Moisés á Dios: "Señor, despues que comenzastes á hablar y tratar conmigo, me he hecho tartamudo y no acierto á hablar (1)." Y el Profeta Jeremías en comenzando á hablar con Dios, dice que se ha vuelto niño, y no sabe hablar (2). Nota aqui San Gregorio (3) que los hombres espirituales que tienen trato y conversacion con Dios, luego se hacen mudos para las cosas del mundo, y les da en rostro el hablar y oir tratar de ellas, porque no querrian oir ni tratar de otra cosa sino de lo que aman y tienen en su corazon, y de todo lo demás les dá fastidio y pesadumbre. Y acá lo esperimentamos; si no, miradlo: cuando el Señor os hace merced en la oracion y salís de ella con devocion, cómo no os dá gana de hablar con nadie, ni de levantar los ojos á una parte ni á otra, ni de oir nuevas, sino que parece que os han echado un candado á la boca y á todos vuestros sentidos: ¿qué es la causa de eso? La causa es porque estais allá dentro ocupado y entretenido con Dios, por eso no os viene gana de andar buscando entretenimientos y consuelos esteriores. Y por el contrario, cuando uno anda parlando y distraido y derramado acá fuera, es que no hay espíritu, ni devocion, ni entretenimiento allá dentro. Asi lo dice aquel Santo (4): «¿qué es la causa que tan de gana hablamos y platicamos unos con otros viendo cuán pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia? La causa, dice, es que por

(1) Ex quo locutus es ad servum tuum, impeditioris, et tardioris linguae sum. *Exod.* IV, 10.
(2) Jeremiae I, 6.
(3) Valde namque insolens, atque intolerabile aestimant, quidquid illud non sonat, quod intus amant. *Greg. lib. 7 Mor. cap.* 6.
(4) Thomas de Kempis.

el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar el corazon fatigado de pensamientos diversos y tomamos placer en pensar y hablar de las cosas que amamos ó nos son contrarias.» No podemos vivir sin algun entretenimiento y contento; y como no le tenemos allá dentro en el corazon con Dios buscámosle en esas cosas esteriores. Esta es la razon por que acá en la Religion hacemos tanto caso de estas y otras semejantes faltas esteriores y las reprendemos tanto, aunque de suyo parecen pequeñas; porque esas faltas esteriores, el andar quebrantando el silencio y perdiendo tiempo, y otras cosas semejantes, son señal del poco aprovechamiento y de la poca virtud interior que hay allá dentro: muestra uno en eso que no ha entrado en espíritu, ni ha comenzado á gustar de Dios, pues no se sabe entretener consigo y con Dios á solas en su celda. Cuando el arca no tiene cerradura, por el mismo caso entendemos que no hay allá dentro tesoro, ni cosa preciosa. Cuando la avellana anda muy ligera y salta, es señal que está vana, no hay sustancia dentro. Eso es lo principal que miramos en esas cosas, y por eso hacemos tanto caso de ellas.

CAPITULO VI.

Que el silencio es medio muy principal para aprovechar, y alcanzar la perfeccion.

Decia un Padre muy espiritual y muy docto (1) una cosa particular y muy notable del silencio, que declara bien su importancia, que aunque á alguno por ventura le parecerá encarecimiento y exajeracion, no lo es, sino verdad llana y muy esperimentada. Decia, que para reformar una casa y toda una Religion, no es menester mas de reformarla en el silencio. Haya silencio en casa, y yo os la doy por reformada. No parece que se puede decir mayor alabanza del silencio, porque aquí se encierran todas. La razon de esto es, porque cuando hay silencio en casa, cada uno atiende á su negocio, á que vino á la Religion; que es, á tratar de su aprovechamiento espiritual. Pero cuando no hay silencio, entonces son las quejas, los corrillos, las murmuraciones, las amistades particulares que se fomentan con esas conversaciones y familiaridades; entonces es el perder tiempo y hacerlo perder á los otros; y otros muchos inconvenientes que de esto se siguen. Y asi vemos, que cuando no hay silencio en casa, no parece casa de Religion, sino de seglares. Y al contrario, cuando hay silencio, luego parece casa de Religion y un paraiso; luego en entrando por la puerta, huele todo á santidad; aquella soledad y silencio levanta el espíritu, y mueve á devocion á los que entran, y suelen esclamar: "Verdaderamente el Señor mora aquí: esta es casa de Dios (1)." De la misma manera digo de cualquier particular; refórmese uno en el silencio, y yo le doy por reformado. Por esperiencia lo vemos, que cuando hablamos mucho, entonces hallamos en el exámen haber caido en muchas culpas; entonces hay pobreza y miseria y qué llorar (2). Y cuando habemos guardado bien el silencio, apenas hallamos de qué hacer exámen. Dice el Sábio: "El que guarda su boca, guarda su ánima (3)." Aun allá Carilo, varon principal y gran letrado entre los lacedemonios, siendo preguntado por qué causa Licurgo habia dado tan pocas leyes á los lacedemonios, respondió: «Porque los que

(1) El P. M. Nadal.

(1) Vere Dominus est in loco isto. Non est hic aliud nisi domus Dei, et porta coeli. *Genes.* XXVIII, 26.

(2) Ubi verba sunt plurima, ibi frequenter egestas. *Prov.* XIV, 23.

(3) Qui custodit os suum, custodit animam suam. *Prov.* XIII, 3.

hablan poco, como son los lacedemonios, tienen poca necesidad de leyes.» De manera, que el silencio basta para reformar á cualquier particular y para reformar toda la casa y toda la Religion. Y esta es la causa por qué aquellos Santos antiguos estimaban y ejercitaban tanto el silencio, y por la cual vinieron todas las Religiones á poner entre sus observancias, por una de las principales, esta del silencio. Y por eso dice Dionisio Cartusiano que dijo el Apóstol Santiago: "El que no peca con la lengua, ese es varon perfecto; y si alguno piensa que es religioso, y no refrena su lengua, engáñase, que es vana su religion (1)."

Pues considere aquí cada uno atentamente cuán poco le pedimos para ser perfecto, y cuán fácil medio le damos para ello. Si quereis aprovechar mucho en virtud y alcanzar la perfeccion, guardad silencio; que con eso, dice el Apóstol Santiago que la alcanzareis. Si quereis ser espiritual y hombre de oracion, guardad silencio, que de esa manera, dicen los Santos, que lo alcanzareis. Y por el contrario, si no teneis cuidado de guardar silencio, nunca alcanzareis la perfeccion, nunca sereis hombre de oracion, nunca sereis muy espiritual. Sino, decidme si habeis visto algun hombre parlero y hablador que sea muy contemplativo y espiritual, ni aun aprovechado le vereis. Dice el Santo Job: "Por ventura, ¿el hombre que es hablador, será justificado (2)?" Y dice allí sobre esto San Gregorio: «Cosa cierta es que el que habla mucho no será justificado: no aprovechará mucho (3).» Y trae para esto muchas autoridades de la Sagrada Escritura, y entre ellas, aquello del Profeta: "El hombre parlero y hablador no será enderezado en la tierra (1)," no medrará, no crecerá, comprenderle há aquella maldicion del Patriarca Jacob: "Habeis-os derramado como agua," habeis derramado el corazon por esas puertas de la boca y de los sentidos, desmandándoos á tomar vanos entretenimientos, "no crecereis, no medrareis (2)."

Comparan muy bien los Santos al que no trae guardada y cerrada su boca, al vaso sin cubierta, el cual mandaba Dios que fuese tenido por inmundo (3), porque está espuesto para recibir dentro de sí cualquier inmundicia, y luego se llena de polvo y de suciedad; asi cuando uno no tiene cerrada la boca, presto se llena el alma de imperfecciones y pecados. Asi lo dice el Espíritu Santo por el Sábio, y lo repite muchas veces: "El que habla mucho, dañará su alma (4)." Y en otra parte: "El que habla mucho, en algo yerra (5)." Y en otra: "No faltará pecado en el mucho hablar (6)." ¡Pluguiera á Dios que no esperimentáramos esto tanto como lo esperimentamos! Dice muy bien San Gregorio (7): Comenzareis por palabras buenas, y de ahí vendreis á una palabra ociosa, y de ahí saltareis luego á otra jocosa; luego á otra enojosa; y poco á poco se va calentando la lengua, y creciendo el deseo de encarecer las cosas y hacer que parezcan algo; y cuando no pensáredes, habreis resbalado en otras mentirosas, y por ventura maliciosas, y aun perniciosas; comenzareis por poco, y acabareis por mucho; que asi suele acon-

(1) Jacob. I, 26.—Jacob. III, 2.
(2) Nunquid vir verbosus justificabitur? *Job.* XI, 2.
(3) Greg. lib. 10. *Mor. cap.* 2.

(1) Vir linguosus non dirigetur in terra. *Ps.* CXXXIX, 12.
(2) Effusus es sicut aqua, non crescas. *Gen.* XLIX, 4.
(3) Vas quod non habuerit operculum, nec ligaturam desuper, immundum erit. *Numer.* XIX, 15.
(4) Qui multis utitur verbis, laedet animam suam. *Eccl.* XX, 8.
(5) In multis sermonibus invenietur stultitia. *Eccl.* V, 2.
(6) In multiloquio non deerit peccatum. *Prov.* X, 19.
(7) Greg. *lib.* 7 *Moral. c.* 17; *et* 3, *p. Pastor. admon.* 3.

tecer, comenzar burlando y acabar murmurando.

Mas: dice Alberto Magno: «Donde no hay silencio, fácilmente es uno vencido del enemigo (1).» Y trae para esto aquello de los Proverbios: "El que no se puede contener en el hablar, es como una ciudad abierta y sin muros (2);" sobre las cuales palabras dice San Gerónimo (3) que asi como la ciudad abierta y sin muros está muy espuesta para ser entrada y saqueada de los enemigos, asi el que no está guardado con este muro del silencio, está muy espuesto y muy á peligro para ser vencido de las tentaciones del demonio. Y podemos dar otra razon mas particular de esto: asi como acá á un hombre, que está descuidado y entretenido en otras cosas diferentes, fácilmente le pueden engañar, pero al que está siempre sobre aviso, con dificultad; asi al que no guarda silencio, fácilmente le puede engañar el demonio, porque anda divertido, entretenido, embebecido en cosas impertinentes; pero el que anda con silencio y recogimiento, anda siempre apercibido y sobre aviso, y asi no le engañará fácilmente el demonio, ni le echará treta falsa.

CAPITULO VII.

Que andar uno con modestia, silencio y recogimiento, no es vida triste, sino muy alegre.

De lo dicho se sigue una cosa digna de advertir en esta materia: que en esta manera de vida recogida, andar uno con sus ojos bajos, no querer hablar ni oir sino lo necesario, haciéndose sordo, ciego y mudo por Dios, no es vida triste ni melancólica, sino antes muy alegre y gustosa. Y tanto mas que esotra, cuanto es mas dulce la conversacion y compañía de Dios que la de los hombres, á la cual nos convida y lleva ese recogimiento. Dice San Gerónimo: «Sientan otros lo que quisieren, porque cada uno dice de la feria como le va en ella: lo que de mí sé decir es que la ciudad me es cárcel y la soledad paraiso (1).» Y San Bernardo decia: «Nunca estoy menos solo que cuando estoy solo (2).» Entonces estoy mas acompañado, y mas alegre y regocijado, porque lo que le satisface y dá verdadero contento al corazon es el tratar y conversar con Dios. Para los que no tienen este trato interior, ni saben de espíritu, ni de oracion, ni hallan gusto en las cosas espirituales, será esa vida triste y melancólica, pero no para el buen religioso.

De aqui se entenderá otro engaño (3), que como piensa el ladron que todos son de su condicion, algunos, en viendo al otro devoto y recogido, y sus ojos bajos, y que no anda parlando como ellos con todos los que encuentra, luego les parece que anda tentado, ó que anda triste y melancólico, y aun algunas veces se lo dicen. Y hay algunos que no se atreven á andar con la modestia y silencio que querrian y debrian por temor de esto. Lo cual se debe advertir mucho para que nadie haga daño por su indiscrecion y poco espíritu; porque vos no sabeis tener alegria y contento en el silencio y recogimiento, pensais que el otro tampoco lo ha de tener; ó por ventura os dá en rostro la modestia del otro, porque es una contínua reprension de vuestra inmo-

(1) Ubi non est taciturnitas, ibi homo de facili ab adversario superatur. *Albert. Mag. lib. de virt. c.* 31.

(2) Sicut urbs patens et absque murorum ambitu, ita vir qui non potest in loquendo cohibere spiritum suum. *Prov.* XXV, 28.

(3) Hier. *ibid.*—Greg. 3. *p. Pastor. c.* 15; *et lib.* 7. *Moral. c.* 25.

(1) Viderint alii quid sentiant, unusquisque enim suo sensu ducitur, mihi oppidum carcer, et solitudo paradisus est. *Hieron. epist.* 4 *ad Rusticum monach. de vivendi forma.*

(2) Nunquam minus solus, quam cum solus. *Bernard. epist. seu tract. ad fratres de Monte Dei.*

(3) Trat. 1, c. 15.

destia y poco recogimiento, y por eso no lo podeis sufrir. Dejad al otro ir adelante en su ejercicio, que mayor alegria y contento trae él que vos, porque aquella es una alegria espiritual y verdadera, que es la que dice San Pablo (1). Aunque os parece á vos que anda triste, no anda sino con mucho contento y gozo interior. Aun allá Séneca avisa de esto á su amigo Lucilo (2): no está, dice, la alegría verdadera en lo esterior, sino allá dentro del corazon. Asi como el oro y metal fino, no es lo que se halla en la superficie de la tierra, sino lo que está en las venas y entrañas de ella, asi la verdadera alegría y contento no es el que uno muestra de fuera parlando, riyendo y conversando con unos y con otros, porque eso no harta ni satisface al alma, sino el que está, como oro fino, en las venas y entrañas del corazon. En tener uno buena conciencia y aun ánimo generoso despreciador de todas las cosas del mundo y levantado sobre todas ellas, en eso está el verdadero gozo y contento.

CAPITULO VIII.

De las circunstancias que habemos de guardar en el hablar.

"Poned, Señor, guarda á mi boca y puerta de circunstancia á mis labios," decia David (3). Los bienaventurados Santos y doctores de la Iglesia Ambrosio y Gregorio (4), tratando de los muchos males y daños que se siguen de la lengua, de que está llena la Sagrada Escritura, especialmente los Sapienciales, y encomendándonos mucho la guarda del silencio para que nos libremos de tantos daños y peligros, dicen: «¿Pues qué quereis que hagamos? habemos de ser mudos? No queremos decir eso,» dicen estos Santos, porque la virtud del silencio no está en no hablar (1). Asi como la virtud de la templanza no está en no comer, sino en comer cuando es menester y lo que es menester, y en lo demas abstenerse; asi la virtud del silencio no está en no hablar, sino en saber callar á su tiempo y en saber hablar á su tiempo. Y traen para esto aquello del Eclesiastés: "Hay tiempo de callar y tiempo de hablar (2)." Y asi es menester mucha discrecion para acertar á hacer cada cosa de estas á su tiempo; porque asi como es falta hablar cuando no conviene, asi tambien lo es dejar uno de hablar cuando deberia hablar. Estas dos cosas dicen estos Santos que nos dió á entender el Profeta en las palabras propuestas: "Poned, Señor, guarda á mi boca." ¿Qué guarda pedís, santo Profeta? "Una puerta con que se cierren mis lábios (3)." Nota muy bien San Gregorio que no pide David á Dios que le ponga una pared en su boca y la cierre á piedra y lodo para que nunca se abra, sino puerta que se abre y se cierra á sus tiempos, para darnos á entender que habemos de callar y cerrar la boca á su tiempo y abrirla á su tiempo, y que en eso está la discrecion y la virtud del silencio. Esto mismo es lo que pide el Sábio diciendo: "¿Quién dará guarda á mi boca y pondrá un sello en mis lábios, para que no venga á caer por ellos y mi propia lengua me condene (4)?" Son menester tantas circunstancias y condiciones

(1) Quasi tristes, semper autem gaudentes. *II. ad Cor.* VI, 10.
(2) Sen. *lib.* 3. *Epist. epist.* 23, *ad Lucillum, de solido et inani gaudio.*
(3) Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circunstantiae labiis meis. *Ps.* CXXXX, 3.
(4) Ambr. *lib.* 1, *offic. cap.* 3.—Greg. *lib.* 7 *Moral. cap.* 7, *et* III, *part. Past. admonit.* 15.

(1) Quid igitur, mutos nos esse oportet? Minime.
(2) Tempus tacendi et tempus loquendi. *Eccl.* III, 7.
(3) Ostium circunstantiae labiis meis.
(4) Quis dabit ori meo custodiam, et super labia mea signaculum certum, ut non cadam ab ipsis, et lingua mea perdat me? *Eccl.* XXII, 33; XXVIII, 28.

para hablar sin errar, que con razon dice el Sábio perderse por la lengua, y pide esta discrecion para saber cerrar y abrir la boca cuando conviene; porque una sola circunstancia que falte basta para errar, y para que el hablar sea acertado y bueno, es menester que concurran todas las circunstancias sin faltar ninguna. Esta diferencia hay del bien al mal, y de la virtud al vicio, que para las virtudes es menester que concurran todas las circunstancias sin faltar ninguna, y para el vicio basta una sola que falte (1).

Las circunstancias que son necesarias para hablar bien, pónenlas comunmente los santos Basilio, Ambrosio, Bernardo y otros (2). La primera y principal es mirar primero muy bien lo que se ha de hablar; la misma naturaleza nos da bien á entender el recato grande que habemos de tener en esto; pues asi guardó y escondió la lengua, no solamente con una puerta y cerradura, sino con dos; primero con los dientes, y despues con los lábios; muro y antemuro puso á la lengua, no habiendo puesto á los oidos guarda ni cerradura alguna. Para que por ahí entendamos la dificultad y recato que habemos de tener en el hablar, y la prontitud y facilidad en el oir, conforme á aquello del Apóstol Santiago: "Sea todo hombre pronto para oir, pero tardo para hablar (3)." Esto mismo se nos enseña en la composicion y armonía de la lengua, porque hay en ella dos venas, una que va al corazon y otra al celebro, donde ponen los filósofos el asiento del entendimiento: para darnos á entender que lo que se ha de hablar ha de salir del corazon y regulado por la razon. Y asi este es el primer aviso que da San Agustin para hablar bien: «La palabra, primero ha de ir á la lima que á la lengua (1):» primero se ha de registrar allá dentro en el corazon y limarse con la regla de la razon, que salga por la boca. Esta es la diferencia que pone el Eclesiástico entre el hombre sabio y el necio: "Los necios tienen su corazon en la lengua," porque le tienen rendido á ella y al apetito desordenado de hablar, y asi dicen todo lo que se les viene á la boca; porque el corazon consiente luego, como si lengua y corazon fuesen una misma cosa; pero "los sábios y prudentes tienen la lengua en el corazon (2):" porque todo lo que han de hablar, sale de él y con consejo de la razon: tienen la lengua rendida y sujeta al corazon, y no el corazon á la lengua como los necios.

San Cipriano dice que asi como el hombre sóbrio y templado ninguna cosa echa en su estómago sin que primero lo masque, asi el hombre prudente y discreto ninguna palabra echa de la boca sin que primero la rumíe muy bien en su corazon; porque de las palabras no bien pesadas ni pensadas, se suelen levantar las contiendas. Otro Santo (San Vicente) dice que tanta dificultad habiamos de tener en abrir la boca para hablar, como en abrir la bolsa para pagar. ¡Qué despacio y con qué acuerdo abre el otro la bolsa, mirando primero muy bien si lo debe y cuánto debe! Pues de esa manera y con esa dificultad habeis de abrir la boca para hablar, mirando primero si debeis hablar y lo que debeis hablar; y no hableis mas palabras de las que debeis, como el otro no paga mas de lo que debe. Concuerda con esto San Buenaventura, di-

(1) Quia bonum consurgit ex integra causa, malum autem ex quocumque defectu.

(2) Basil. *in Regul. brev.* 208, *et in Const. Monast. cap.* 12.—Ambros. *lib.* 1, *offic. cap.* 10.—Bernard. *de ordin. vitae, et morum instit. cap.* 6.

(3) Sit autem omnis homo velox ad audiendum, tardus autem ad loquendum. *Jacob.* I, 19.

(1) Omne verbum prius veniat ad limam, quam ad linguam. *Augustin.*

(2) In ore fatuorum cor illorum: et in corde sapientum os illorum. *Eccles.* XXI, 29.

ciendo (1) que ha de ser uno tan cauto y tan escaso en las palabras como el avariento en sus dineros.

San Bernardo aun no se contenta con esto, sino dice: «Antes que pronuncies las palabras, pasen dos veces por la lima primero que una vez por la lengua (2).» Dos veces quiere que pasen primero las palabras por la lima de la razon antes que lleguen una vez á la lengua. Y lo mismo dice San Buenaventura (3). San Efrén dice (4), y lo trae del santo abad Amonio: «antes que hableis comunicad primero con Dios lo que habeis de hablar y la razon y causa que hay para hablar, y entonces hablad como quien ejecuta la voluntad de Dios que quiere que hableis.» Esta es la principal circunstancia para hablar bien; y si esta guardamos, fácilmente podremos guardar las demas.

La segunda circunstancia que habemos de mirar en el hablar es el fin é intencion que nos mueve á hablar. Porque no basta que las palabras sean buenas, es menester que el fin tambien sea bueno; porque algunos, dice San Buenaventura, hablan cosas buenas por parecer espirituales; otros por venderse por agudos y bien hablados: de lo cual, lo uno es hipocresía y fingimiento; y lo otro, vanidad y locura.

Lo tercero, dice San Basilio, que es menester mirar quién es el que habla, y á quién y delante de quién habla. Y dá aquí muy buenos documentos de cómo se han de haber los mozos delante de los viejos y delante de los sacerdotes los que no lo son, apoyándolo todo con autoridades de la Sagrada Escritura. "Es muy buena crianza y reverencia callar delante de los ancianos y delante de los sacerdotes (1)." San Bernardo dice que los mozos callando honran á los mayores: aquello es una manera de reverencia y reconocimiento y de darles la ventaja. Y añade una buena razon: «El silencio es un acto muy principal de la vergüenza (2),» la cual parece muy bien en los mozos. San Buenaventura, declarando esto mas, dice (3) que asi como el temor de Dios compone y ordena á uno allá en lo interior, y le hace estar bien con Dios, asi la vergüenza le compone y ordena en lo esterior, y le hace tener modestia, comedimiento y silencio delante de los mayores.

La cuarta circunstancia, dice San Ambrosio, es mirar el tiempo en que se ha de hablar, porque una de las principales partes de la prudencia es decir las cosas á su tiempo. "El hombre sábio y prudente callará hasta su tiempo; pero el imprudente é indiscreto no aguarda tiempo ni coyuntura (4)." Y del que guarda esta circunstancia de hablar á su tiempo, dice el Espíritu Santo: "Manzanas de oro sobre columnas de plata es hablar lo que conviene á su tiempo (5)." Parece eso muy bien, y da mucho contento. Y por el contrario, aunque lo que se habla sea bueno, si no se dice á su tiempo, desagrada. "De la boca del necio, dice el Eclesiástico (6), no es bien recibida la palabra sentenciosa, porque no la dice á su tiempo." A esta circunstancia pertenece no interrumpir á nadie, que es mala crianza y poca humildad;

(1) Bonav. *tom.* 2, *opusc. lib.* 2 *de profectu Religios.* c. 10.
(2) Ante quam verba proferat, bis ad limam veniant, quam semel ad linguam. *Bernard. in spec. Monachor.*
(3) Bonavent. *in spec. disciplinae*, c. 5.
(4) Ephren, *tom.* 2, *pag.* 281, *cap.* 18.

(1) Noli verbosus esse in multitudine presbyterorum. *Eccles.* VII, 15.
(2) Silentium est maximus actus verecundiae. *Bernard. de ord. vitae et morum institut.*
(3) D. Bonav. *de inform. novitiorum*, *p.* 1, *c.* 18.
(4) Homo sapiens tacebit usque ad tempus; lascivus autem, et imprudens non servabunt tempus. *Eccl.* XX, 7.
(5) Mala aurea in lectis argenteis qui loquitur verbum in tempore suo. *Prov.* XXV, 11.
(6) Ex ore fatui reprobabitur parabola, non enim dicit illam in tempore suo. *Eccl.* XX, 22.

no es buen tiempo de hablar cuando el otro está hablando, Dice el Sábio: "Esperad que acabe el otro su razon, y entonces entrareis vos con la vuestra." A esto tambien se reduce lo que allí añade: "No respondais antes que acabeis de oir lo que os dicen (1)." Y en otra parte dice: "El que responde antes que acabe de oir lo que le dicen, muestras da de poco asiento, y muchas veces queda confundido (2):" porque no respondió á propósito; pensó que le iban á decir aquello, y no le iban á decir sino otra cosa; despuntó de agudo. Da tambien San Basilio (3) otro aviso cerca del responder: que si preguntan á otro, calleis vos. Y cuando estan muchos y les dicen que digan su parecer en tal cosa, si no os preguntan á vos en particular, es poca humildad que querais haceros el principal y tomar la mano por todos. Hasta que os digan en particular que digais, callad.

La quinta circunstancia que ponen los Santos para hablar bien, es el modo y tono de la voz: *loquendi modus*; que es lo que nos dice á nosotros nuestra regla: «todos hablen con voz baja, como á religiosos conviene (4).» Esta es una muy principal circunstancia del silencio; ó por mejor decir, una muy grande parte de él. San Agustin, sobre aquellas palabras que dijo Marta á su hermana, cuando Cristo nuestro Redentor fué á resucitar á Lázaro: "Llamó Marta á Maria en silencio, diciendo: el Maestro está aqui, y te llama (5);" pregunta el Santo (6): ¿Cómo dice *en silencio*, pues dijo: el *Maestro está aqui, y te llama*? Y responde que la voz baja se llama silencio. Pues asi acá, cuando hablan unos con otros, en sus oficios, con voz baja, entonces decimos que hay silencio en casa; pero cuando hablan alto, aunque las cosas sean necesarias, no guardan silencio. De manera, que para que haya silencio en todas las oficinas y parezca casa de Religion, y nosotros parezcamos religiosos, es menester hablar bajo. Dice San Buenaventura (1) que es grande falta en un religioso hablar alto. Basta que hableis de manera que los que están cerca os puedan entender. Y si quereis decir algo al que está lejos, id allá, y decídselo, porque no conviene á la modestia religiosa hablar á voces, ni desde lejos. Y advierte San Buenaventura que la noche y el tiempo de reposo y de recogimiento piden aun mas particularmente que el hablar sea mas bajo, para no inquietar á otros en aquel tiempo; y lo mismo piden algunos lugares particulares, como la sacristía, portería y refectorio.

A esta circunstancia del modo de hablar, dice San Buenaventura que pertenece tambien hablar con serenidad del rostro, no haciendo gestos con la boca, encogiendo ó estendiendo mucho los lábios, ni mostrando señales en los ojos ó arrugas en la frente ó en la nariz, ni menos en la cabeza, ni hablando mucho de manos, que es lo que nos encomienda nuestro Padre en las reglas de la modestia. Tambien dice San Ambrosio y San Bernardo que pertenece á esta circunstancia que la voz no sea afectada, ni quebrada con una blandura mugeril, sino que sea voz de hombre grave. Empero, aunque no ha de ser el modo de hablar melindroso, ni afeminado, dicen que tampoco ha de ser áspero, bronco, ni pesado (2). Siempre ha de ser el modo de

(1) In medio sermonum ne adjicias loqui. Prius quam audias, ne respondeas verbum. *Eccl.* XII, 8.
(2) Qui prius respondet quam audiat, stultum se esse demonstrat, et confusione dignum. *Prov.* XVIII, 13.
(3) Basil. *ubi sup.*
(4) Regul. 28 *commun.*
(5) Et vocavit Mariam sororem suam silentio, dicens: Magister adest et vocat te. *Joann.* XI, 28.
(6) August. *tract.* 49, *super Joannem.*

(1) Bonav. *in speculo disciplinae, p.* 4, *c.* 5.
(2) Ut vox ipsa non sit remissa, non fracta, nihil

hablar del religioso de tal manera grave, que vaya mezclado con suavidad. Y aunque siempre es menester guardar buen modo en el hablar, pero particularmente es esto mas necesario, cuando queremos amonestar ó reprender; porque si esto no se hace con buen modo, perderase del todo el fruto de ello. Dice muy bien San Buenaventura (1), el que turbado y con cólera corrije ó avisa á otro, mas parece que lo hace de impaciencia y por lastimarle que de caridad y celo de aprovecharle: «no se enseña la virtud con vicio (2),» ni la paciencia con impaciencia, ni la humildad con soberbia. Mas se edificaria y aprovecharia el otro del ejemplo de vuestra paciencia y mansedumbre que de vuestras razones. Y asi dice San Ambrosio: «El aviso y amonestacion ha de ser sin aspereza y sin ofension (3).» Y traen á este propósito aquello del Apóstol San Pablo: "Al anciano no le reprendais, sino rogadle como á padre (4)."

Tambien se reprende aqui con razon el hablar afectadamente, con intencion de parecer muy discreto y bien hablado. Y asi son muy reprendidos los predicadores que procuran hablar curiosa y pulidamente y hacen estudio particular de eso, con lo cual pierden el espíritu y el fruto de los sermones; dicen que el hablar ha de ser como el agua, que ningun sabor ha de tener para que sea buena.

Finalmente, son tantas las circunstancias que se requieren para hablar bien, que será gran maravilla no faltar en alguna de ellas; y por eso es muy buen remedio acogernos al puerto del silencio, donde con solo callar está uno guardado de los muchos inconvenientes y peligros que hay en el hablar, conforme á aquello del Sábio: "El que guarda su boca y su lengua, guarda de muchas angustias su alma (1)." Y asi decia uno de aquellos Padres antiguos: «Si fueres callado, en cualquier lugar tendrás quietud y sosiego (2).» Y aun allá dijo Séneca: «No hay cosa que asi aproveche como andar uno recogido y hablar muy poco con otros y consigo mucho (3).» Bien célebre es aquella sentencia del santo abad Arsenio, que la solia él repetir muchas veces, y aun cantarla, dice Surio en su historia: «Muchas veces me pesó de haber hablado, y ninguna de haber callado (4).» Lo mismo se dice de Sócrates. Y Séneca dá la razon de esto, porque lo que se calla, puédese hablar despues; pero lo que se habla, no puede dejar de estar hablado. Asi dijo el otro:

Y la palabra que una vez se arroja,
Vuela, sin que á los lábios volver pueda (5).

Y San Gerónimo: «La palabra que salió de la boca, es como la piedra que salió de la mano, que ya no podeis hacer que no vaya y haga el daño (6).» «Y por eso es menester, dice San Gerónimo, mirar primero muy bien lo que habeis de hablar antes que lo echeis de la boca;» porque despues no puede dejar de estar hablado, que es el primer aviso que dimos.

---

faemineum sonans; sed formam quamdam, et Regulam, ac succum virilem reservans.... Sed ut molliculum, aut infractum, aut vocis sonum, aut gestum corporis non probo, ita neque agrestem, ac rusticum. *Amb. lib. 1, offic. c. 19.—Bernard. de ordine vitae, et morum instit.*

(1) D. Bonav. *de inform. Novitiorum.*

(2) Virtus cum vitio non docetur. *Bonav. ib.*

(3) Monilio sine asperitate, hortatio sine offensione. *Amb. lib. 1, offic. c. 22.*

(4) Seniorem ne increpaveris, sed obsecra ut patrem. *1. ad Timoth. V. 1.*

(1) Qui custodit os suum, et linguam suam, custodit ab angustiis animam suam. *Prov. XXI. 23.*

(2) In omni loco, si taciturnus fueris, requiem habebis.

(3) Nihil aeque prodest quam quiescere, et minimum cum aliis loqui, secum plurimum. *Senec. epist. 107.*

(4) Me saepe paenituit dixisse, nunquam autem tacuisse.

(5) Et semel emissum volat irrevocabile verbum. *Horat. epist. 18. lib. 1.*

(6) Lapis emissus, est sermo prolatus. Quapropter diu, ante quam sermo proferatur, cogitandum est. *Hieron. epist. ad Virginis servandis.*

Pues resolvámonos de guardar muy bien nuestra lengua, diciendo con el Profeta David: "Para no pecar con mi lengua concerté y determiné de guardar mis caminos (1)." San Ambrosio, sobre estas palabras, dice (2): Unos son los caminos que habemos de seguir, y otros los que habemos de guardar: los caminos de Dios habemos de seguir y los nuestros guardar; porque no nos despeñemos y perdamos por ellos cayendo en pecado; y guardarémoslos, dice, si sabemos callar. En la Historia Eclesiástica (3) se cuenta que un monge, llamado Pambo, como fuese hombre sin letras, fué á otro monge sábio que le enseñase, y oyendo este verso: «Determiné de guardar mis caminos, no pecando con mi lengua,» no consintió á su maestro pasar adelante á enseñarle el segundo verso, diciendo: «Si yo la pudiere cumplir, bastarame esta sola leccion.» Y como despues de seis meses su preceptor le reprendiese porque no habia vuelto á tomar leccion, respondió: «En verdad, Padre, que la primera que oí tengo por cumplir.» Y despues de muchos años preguntóle uno muy conocido suyo, si habia aprendido el verso; y dijo: «Cuarenta y nueve años há que le oí y apenas le he podido poner por obra.» Y sí habia, aunque él por su humildad dudaba; porque Paladio cuenta de él que tomó tan bien aquella leccion, y la puso de tal manera por obra, que antes que hablase y respondiese á lo que le preguntaban, levantaba siempre el corazon á Dios, y lo comunicaba y trataba primero con él, conforme al consejo que habemos dicho. Y dice que fué por esto tan ayudado de Dios, que cuando se quiso morir, dijo no se acordaba haber hablado palabra que le pesase haberla dicho. Surio cuenta de una santa virgen (1), que una vez guardó perpétuo silencio desde la fiesta de la Cruz de setiembre hasta la Pascua de Navidad, de tal manera, que en todo este tiempo no habló ni una palabra; lo cual dice que fué tan agradable á Dios que le fué revelado que con esta obra y mortificacion de la lengua, principalmente, habia alcanzado no pasar por purgatorio cuando muriese.

(1) Dixi custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea. *Ps.* XXXVIII, 1.
(2) Amb. *lib* 1. *offic. c.* 2.
(3) Histor. Ecclesiast. *p.* 3, *lib*, 6, *c.* 2.

CAPITULO IX.

Del vicio de la murmuracion.

"Hermanos mios, dice el Apóstol Santiago (2), no murmureis unos de otros." "Los que murmuran, dice el Apóstol San Pablo (3), son aborrecidos de Dios;" y el Sábio dice que son tambien aborrecidos de los hombres (4). Abominan los hombres de los murmuradores y tiénenles grande aversion y ojeriza, y aunque esteriormente se rien y parece que gustan, allá interiormente les parece muy mal y se guardan de ellos; porque temen, y con razon, que lo que hacen con otros delante de ellos, harán despues con ellos delante de otros. Esto bastaba para aborrecer y huir mucho este vicio: porque ¿qué mayor mal puede ser que ser aborrecidos de Dios y de los hombres? Pero dejado esto aparte, ahora solamente querria declarar brevemente la gravedad y malicia de este vicio, y cuán fácilmente puede uno llegar en esto á pecar mortalmente, para que procuremos estar muy lejos de ponernos en tan gran peligro. Su gravedad y malicia consiste en que os-

(1) De santa Maria de Oña.
(2) Nolite detrahere alterutrum fratres. *Jacob.* IV, 11.
(3) Detractores Deo odibiles. *Ad Rom.* I, 30.
(4) Abominatio hominum detractor. *Prov* XXIV, 9.—Susurratori odium, et inimicitia, et contumelia. *Eccles.* V, 17.

curece y quita la fama y buena opinion y estima del prójimo; la cual es de mayor precio y valor que la hacienda y riquezas temporales, conforme á aquello del Sábio: "Mejor es el buen nombre que las muchas riquezas: ten cuidado del buen nombre, porque mas durable es para tí este que mil tesoros preciosos y grandes (1)." Y asi dicen los doctores que es mayor y mas grave este pecado de la murmuracion, que el pecado del hurto, cuanto es de mas precio y estima la fama y buena opinion que la hacienda. Y descendiendo mas en particular á tratar cuándo llegará la murmuracion á pecado mortal y cuándo será solamente venial, dicen lo que suelen decir comunmente en todos los demas pecados, que de su género son mortal; pero por razon de la poquedad de la materia puede ser venial, como hurtar una manzana ó un cuarto. Asi tambien el murmurar de su género es pecado mortal; mas tan liviana cosa puede ser la que uno dice de otro que sea solamente venial.

Empero advierten en esto una cosa que hace mucho al caso, para que se entienda el peligro que hay en esto y recato que es menester tener aun en las cosas que parecen pequeñas: y es, que muchas veces no son pequeñas, ni livianas las que á algunos les parecen tales. Dicen los teólogos que aunque decir de alguno un pecado venial, como fulano dijo una mentira, en los seglares no seria pecado mortal, porque es cosa liviana y que no les quita á ellos la fama; pero decir de un religioso un pecado venial y aun una imperfeccion, podrá ser pecado mortal, porque mas deshonra é infamia puede ser eso en un religioso que un pecado mortal en un seglar. Claro está que si dijese yo de un religioso que es me nti roso, que perderia mas opinion y estima delante de vos el tal religioso que allá en el mundo pierde un seglar de vida poco concertada, porque digan de él que no ayuna toda la Cuaresma ó que sale de noche. Y asi es menester advertir que este negocio, de pecar mortalmente en murmurar y decir mal de otro, no se ha de medir por ser pecado mortal ó no lo que se dice de él, sino por la estima y reputacion que se le quita. Siempre habemos de ir en este fundamento y tenerle por primer principio en esta materia. Porque cierta cosa es que ser uno de casta de moros ó judíos, no es pecado ninguno; y con todo eso, infamar á uno de esto, lo dán los doctores por pecado mortal. Pues de la misma manera, si yo digo de un religioso que es liviano, que tiene poco juicio (que es ejemplo espreso que ponen los mismos doctores), mas opinion y estima pierde el religioso con aquello, que un seglar porque digan de él algun pecado mortal, y asi hay mas peligro en esto de lo que parece. Tengo yo al otro por buen religioso, asentado y cuerdo; decís vos: «fulano es asi, asi;» volviendo la mano, y dando á entender que tiene poco asiento; mucho le deshicistes con eso: mucho cayó de la opinion en que antes le tenia. Viene el otro de fuera, y si allá hubo alguna cosa de desedificacion, esta es la primera que cuenta y comienza á calificar al uno de altivo, al otro de porfiado y cabezudo, al otro de inquieto y bullidor. Esas cosas no son livianas, sino tales que desdoran mucho á un religioso. Si no, véalo cada uno por sí: si otro dijese estas cosas de vos, y fuese causa que os tuviesen en esta posesion, mirad cómo lo sentiríades: pues esta es la regla de la caridad que habemos de guardar con nuestros hermanos. Especialmente, que tratamos de perfeccion, y habemos de estar muy lejos de ponernos en

(1) Melius est nomen bonum quam divitiae multae. *Eccl.* XXII, 1.—Curam habe de bono nomine; hoc enim magis permanebit tibi, quam mille thesauri pretiosi, et magni. *Eccl.* XLI, 15.

esas dudas y peligros, si por lo que yo dije perdió mi hermano notablemente de la estima y buena opinion que el otro tenia de él, y si llegó á pecado mortal ó no. Como decimos en el voto de la pobreza: ¿téngome yo de poner en duda, si lo que recibí ó dí sin licencia, llegó á cantidad que baste para ser pecado mortal? Muchas veces no podemos determinar de cierto si llegó á eso ó no; pero harto trabajo es ponerse uno en ese peligro: por todo cuanto hay en el mundo no se ha de poner uno en esa duda. Es menester que andemos con mucho cuidado y recato en las cosas pequeñas, porque si no, muy presto nos hallaremos llenos de escrúpulos y remordimientos y de dudas de pecado grave. Y en esto del murmurar, es aun mas necesario este cuidado, porque es muy grande la inclinacion que tenemos á esto, y la facilidad y ligereza de la lengua es tambien muy grande. Esta diferencia hay de los que tratan de perfeccion á los que no tratan de ella; que los que tratan de perfeccion hacen mas caso de faltas pequeñas que los otros de grandes. Y esa es una de las cosas en que se echa mucho de ver si uno trata de veras de su aprovechamiento ó no.

De nuestro Bienaventurado P. S. Ignacio leemos (1) que de faltas de los de casa tuvo siempre un estraño silencio: porque si alguno hacia alguna cosa, no de tanta edificacion, no la descubria á nadie, sino á quien la hubiese de remediar; y entonces, con tan grande miramiento y recato, y con tanto respeto al buen nombre del que habia faltado, que si para su remedio bastaba que lo supiese uno solo, no lo decia á dos. De aquí habemos de aprender nosotros cómo habemos de hablar de nuestros hermanos. Si nuestro Padre, con ser superior, y poder decir y reprender las faltas de los de casa delante de todos en castigo de ellas, andaba con este recato, y esto aun en faltas pequeñas y menudas, ¿cuánto mayor razon será que nosotros lo andemos?

San Buenaventura pone esta regla para hablar de los ausentes: «Así habeis de hablar del ausente, como si él estuviera presente, y lo que no os atreviérades á decir de él si estuviera presente y lo oyera, no lo habeis de decir en su ausencia (1).» Entiendan todos que tienen seguras las espaldas en vos. Esta es una regla muy buena y que abraza así las cosas graves como las que parecen livianas, que son las que muchas veces nos suelen engañar, porque algunas veces no son tan livianas como entonces nos parecen, como queda dicho. Y así no nos habemos de escusar con esto, ni con decir que no hacen los otros caso de aquellas cosas, ni con decir que son públicas; porque la perfeccion que profesamos no admite estas escusas. Así nos lo enseña nuestro Padre (2), el cual nunca hablaba en su conversacion de los vicios agenos, aunque fuesen públicos y se dijesen por las plazas, y queria que los nuestros hiciesen lo mismo. Sean todos de nuestra boca buenos, virtuosos y honrados, y tenga todo el mundo entendido que por nuestro dicho nadie ha de perder ni ser tenido en menos.

Si acaso supistes ú oistes alguna falta, guardad aquello que dice el Sábio: "¿Habeis oido ó sabido alguna falta de vuestro prójimo? muérase en vos, sepultadla allá dentro, acábese ahí y no salga fuera, que no rebentareis por eso (3)." Alude el Espíritu Santo

(1) Lib. 9, cap. 9 de la *Vida de N. S. P. Ignacio.*

(1) Erubescant dicere de absenti, quod cum charitate non possent dicere coram ipso. *Bonav. in spec. discip. pag.* 3, c, 3; *et de inform. novit. pag.* 1, c, 23.

(2) Lib. 2, c. 6, *vitae S. P. N. Ignatii.*

(3) Audisti verbum adversus proximum tuum? commoriatur in te, fidens quoniam non te dirumpet. *Eccl.* XIX, 10.

á los que, habiendo tomado ponzoña y veneno, están con grandes ánsias y bascas hasta echarlo y no hacen sino tomar remedios y aceites para ello, pareciéndoles que rebentarán si no lo echan. Y trae allí el Sábio otras dos comparaciones para declarar esto mismo: «Así como la muger que está de parto está con grandes ánsias y congojas hasta echar la criatura; y así como cuando enclavan una saeta ó garrocha en la parte carnuda de un toro, no pára ni sosiega el toro hasta echarla de sí, así el necio no pára ni sosiega hasta decir la falta que sabe de su prójimo (1).» Pues no seamos nosotros de estos, sino de los cuerdos y sábios que tienen vaso y pecho ancho para encerrar y sepultar esas cosas, y que mueran y se acaben allí.

Nuestro P. general Claudio Aquaviva, en las industrias que escribió *ad curandos animae morbos*, hace un capítulo muy sustancial de la murmuracion, que es el diez y siete, y dá allí un consejo: que cuando aconteciere haberse uno desmandado algo en esto, no se acueste sin confesarse primero de ello. Lo uno, porque si por ventura llegó á cosa grave, que es fácil, no es razon acostarse con eso; siempre nos habemos de echar á dormir como quien se echa á morir. Y lo segundo, aunque no llegase á tanto, servirá eso de remedio y medicina preservativa para no caer otra vez en ello. Y no solo para este particular, sino para otras cosas semejantes, que traen consigo algunas dudas ó remordimientos, será provechoso este consejo, y mas por ser de nuestro Padre.

(1) A facie verbi parturit fatuus tanquam gemitus partus infantis. Sagitta infixa faemori carnis, sic verbum in corde stulti. *Ib.*

CAPITULO X.

Que no habemos de dar oidos á murmuraciones.

El bienaventurado San Bernardo dice: «No solamente nos habemos de guardar de hablar lo que no conviene, sino tambien de dar oidos á ello; porque el que gusta de oir, provoca al otro á hablar; y tambien porque es cosa vergonzosa y torpe oir cosas malas y torpes (1).» El glorioso San Basilio, tratando del castigo que se ha de dar al que murmura y al que oye la murmuracion, dice (2) que al uno y al otro han de apartar de la comunidad. Igual castigo les da, porque si el uno no oyese de buena gana, tampoco el otro gustaria de murmurar (3).

Los teólogos en la materia de detraccion tratan esta cuestion: si el que oye al que murmura y no le resiste, peca mortalmente. Y ponen algunos casos en que dicen que sí, como cuando fuese causa que el otro dijese mal de su prójimo, moviéndole á ello ó preguntándole de aquello, ó cuando por no estar bien con el otro se holgase que murmurasen de él, ó cuando ve que aquella murmuracion es daño notable del prójimo y puede estorbarla, porque entonces la caridad obliga que en aquella necesidad ayude á su prójimo. Así como no solo hace mal el que pega fuego á una casa, sino tambien el que se está calentando á la llama que otro enciende estando obligado á acudir con agua para apagarla, así tambien no solo peca el que murmura, sino tambien el que puede y debe estorbar la murmuracion y no lo hace; antes por ventura con el aplauso y buen rostro que

(1) Non solum nihil ipsi indecorum loqui, sed neque aurem quidem debemus hujusmodi praebere dictis: quia quem delectat audire, alterum loqui provocat; audire quoque quod turpe sit, pudori maximo est. *Bernard. de ordine vitae et morum instit.*

(2) Basil. *in Regul. brev.* 26.

(3) Nemo invito auditore, libenter loquitur. *Basil. ib.*

muestra al otro, le da ocasion para que lleve adelante la plática. Otras veces dicen que será solamente pecado venial no resistir: como cuando por alguna vergüenza, por ser personas de autoridad las que tratan de aquello, no se atreve uno á decirles nada ni entremeterse en eso. Y advierten aquí una cosa que nos toca mucho á los religiosos; y es, que cuando el que oye la murmuracion es persona que tiene autoridad cerca de aquellos que están hablando, este tal tiene mas obligacion á resistir y volver por la honra del prójimo, y tanto mas cuanto mas autoridad tuviere. Esto es lo que dicen los teólogos.

De aquí podemos colegir cómo nos habemos de haber cuando nos hallamos en semejantes conversaciones, y el peligro que puede haber en disimular, y callar, y pasar con ellas por nuestra inmortificacion y pusilanimidad. Y como por nuestros pecados se usa tanto el dia de hoy esto del murmurar, que apenas saben los del mundo tener una conversacion sin tratar de vidas agenas, y nosotros tratamos tanto con ellos, no dejan de ofrecerse escrúpulos en esta materia; «si lo pudiera estorbar, y no lo estorbé; si fuí yo alguna ocasion que fuese adelante aquella plática ó preguntando algo, ó mostrando holgarme de oirlo, haciendo buen rostro á lo que se decia y condescendiendo con ello.» Pero dejemos escrúpulos aparte (porque en eso podrá alguno decir que bien sabe hasta dónde llega, y cuándo es pecado, y cuándo no); vamos siempre en este fundamento, que hablamos ahora con religiosos y con gente que trata de virtud y perfeccion, y que no solo pretende guardarse de pecado mortal y venial, sino que desea hacer siempre lo mejor y lo que es de mas edificacion y provecho para los prójimos. Pues supuesto esto, si cuando nos hallamos en una conversacion, donde están murmurando de nuestro prójimo, callamos de pura inmortificacion, de vergüenza y pusilanimidad, y pasamos con ello y lo consentimos, porque callar es consentir (1), ¿qué edificacion han de tomar aquellos, sino confirmarse mas en lo que hacen viendo que un religioso docto y siervo de Dios, y que tiene autoridad cerca de ellos, pasa con aquello y no les dice nada? Dirán: «esto no debe de ser pecado, pues el Padre calla.» Y si piensan que es pecado, y lo hacen delante de vos, desestimanos á vos y á vuestra Religion, pues se atreven á decir en presencia vuestra lo que es malo y pecado, y vos no os atreveis á contradecirlo, ni teneis virtud ni fortaleza para ello.

San Agustin, por obviar á esta pestilencia de la murmuracion, tenia escritos, en el lugar donde comia, estos versos:

«Ninguno del ausente aquí murmure;
Antes, quien piense en esto desmandarse,
Procure de la mesa levantarse (2).»

Y cuéntase que como una vez comiesen con él unos obispos amigos suyos y comenzasen á soltar sus lenguas y decir mal de las vidas agenas, luego les reprendió, diciendo, que si no cesasen de decir mal, ó habia de borrar aquellos versos ó levantarse de la mesa. Ese es buen ánimo: «Señor, iréme si no cesais de decir mal.» Y así dice San Gerónimo que lo hagamos: «Si oyéredes murmurar á alguno, huid de él como de serpiente y dejadle (3).» ¡Oh! ¡que se afrentará! Pues cabalmente por eso, dice San Gerónimo, le habeis de dejar con la palabra en la boca, para que quede avergonzado, y así aprenda cómo ha de hablar

(1) Qui tacet consentire videtur.

(2) Quisquis amat dictis absentum rodere vitam,
Hanc mensam indignam noverit esse sibi.
Refert *Hyeron. tom.* 7, *aut Beda si ejus est ille tractatus.*

(3) Si quem alicui detrahentem audieritis, procul fugientes dimittite ut serpentem. *Hyeron. in Reg. Monach. cap.* 22.

otra vez (1). Este medio nos está muy bien á nosotros, ó avisarles que no murmuren, ó salirnos de la conversacion.

Cuando no pudiéremos usar de este medio, por parecer áspero y ser las personas de mucho respeto, dan los Santos otro mas fácil y suave, y es mostrar mal rostro á lo que se dice, para que entienda el otro que no me parece bien aquello, ni gusto de oirlo. Y es medio que nos dá el Espíritu Santo por el Sábio: "Asi como el viento cierzo desbarata las nubes, asi el rostro triste la lengua del que murmura y dice mal de otro (2)." Y en otra parte: "Tapa tus orejas con espinas, cuando oyeres murmurar (3)." Esas son las espinas con que habemos de tapar nuestras orejas: ese mal semblante, ese ceño y tristeza que mostrais en el rostro, cuando el otro murmura, son espinas que punzan al otro y le hacen compungir y que caiga en la cuenta de que hace mal en tratar de vidas agenas: no se contenta el Sábio con que tapeis los oidos con algodon ó con otra cosa blanda, sino con espinas, para que no solo no entren allá las palabras malas, holgándoos de oirlas, sino que puncen el corazon del que murmura, y se corrija y enmiende: "Con la tristeza y gravedad y semblante del rostro se corrige el ánimo del que peca (4);" y por ahí viene á entender y caer en la cuenta que hace mal. De nuestro bienaventurado P. S. Ignacio leemos (5) que usaba mucho este medio. Acontecia algunas veces, estando con él, descuidadamente caérsele á alguno de los nuestros alguna palabra que no le pareciese á nuestro Padre tan á propósito ó tan bien dicha, y luego se mesuraba y se ponia con un semblante algo severo; de manera, que en solo verle, conocian los Padres que habia habido falta, y quedaba avisado y corregido el que se descuidaba. Y esto hacia muchas veces en cosas muy ligeras y menudas, cuya falta, por ser tan pequeña, á los otros se les iba de vista y se les pasaba por alto; porque no solamente él estaba siempre muy en sí, sino queria que los suyos tambien lo estuviesen.

Tambien es muy buen medio para esto mudar la plática y entremeter buenamente otras cosas, para cortar el hilo á aquellas. Y para esto no es menester esperar muchas coyunturas, ni que vengan muy á propósito, antes ese es el mejor propósito, el no venir muy á propósito; porque de esa manera entenderá mejor el otro, y todos los circunstantes, que no era bien tratar lo que se trataba y que le hicistes honra en no le reprender mas claramente y avergonzarle delante de todos; y si aguardais muchas coyunturas y propósitos y que se acabe la plática, ni el otro entenderá la cifra ni remediareis el daño. Asi como cuando el toro va trás algun hombre, le echan una capa para que se entretenga en ella y deje al hombre; asi cuando uno vá dando trás otro, murmurando de él, es muy buen remedio echarle una capa, que es otra plática, en que se entretenga y deje de murmurar. Y asi como al que echó la capa, se le agradece la vida del otro, asi al que divierte la plática y ataja la murmuracion, se le agradece y debe la honra y fama que defendió.

CAPITULO XI.

Que nos habemos de guardar de todo género de mentiras.

Dice el Sábio: "Ante todas cosas os ha-

(1) Ut verecundia victus discat de factis aliorum silere. *Ibid.*

(2) Ventus aquilo dissipat pluvias, et facies tristis linguam detrahentem. *Prov.* XXV, 23.

(3) Saepi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire. *Eccl.* XXVIII, 28.

(4) Per tristitiam vultus corrigitur animus delinquentis. *Eccl.* VII, 4.

(5) Lib. 5, c. 5 *de la vida de N. P. San Ignacio.*

beis de preciar siempre de hablar verdad y nunca decir mentira (1)." Esto no parece que es menester encomendarlo mucho al religioso, porque ello se está harto encomendado. Aun allá en el mundo se tiene por gran vicio ser uno mentiroso, y decir á uno que miente se tiene por grande afrenta y deshonra; ¿qué será acá en la Religion, donde pierde mas opinion y estima con estos vicios que allá en el mundo? Bien se vé cuán baja y fea cosa sea esta, y cuán indigna de un religioso. Y asi, muy lejos ha de estar la mentira de su boca, ni por escusarse y encubrir la falta: lejos está de la mortificacion y humildad el que dice mentira para que no se sepa su falta ni le tengan en menos: habiamos nosotros de andar á buscar ocasiones de humillacion y mortificacion, ¿y huís de las que se os ofrecen y de las que no podeis escusar sin pecar? Mucho desdice uno en eso de la perfeccion que profesa. Por la salvacion de todo el mundo, dicen los teólogos y los Santos que no es lícito decir una mentira: mirad si será bien decirla por no quedar corto ó corrido en alguna cosilla. Y asi, de siete cosas que dice el Sábio que aborrece Dios, la segunda es la lengua mentirosa: *Linguam mendacem.*

Otra manera hay de decir mentira, aunque no sea tan de propósito, y es, cuando contamos alguna cosa, añadiendo mas de lo que fué. La verdad consiste en indivisible, y asi cualquiera cosa que añada uno mas de lo que fué ó de lo que él sabe, será mentira. Y de esto suele haber comunmente mucho peligro, porque somos muy amigos de que parezca algo lo que decimos, y asi lo querríamos hacer mas, y por eso conviene andar en esto con mucho recato.

Añade San Buenaventura (2) que habemos de huir de encarecimientos y exageraciones, porque no es gravedad ni modestia religiosa encarecer y exagerar mucho las cosas: vuestra verdad y gravedad ha de ser la que ha de dar autoridad á las cosas que decís, no las palabras supérfluas y de exageracion, que esas, no solo no dan autoridad á lo que decís, pero aun á vos os quitan la que teneis. Y la razon por qué quita la autoridad y crédito el hablar con estos hipérboles y encarecimientos, es porque muchas veces se encarecen las cosas mas de lo justo, con lo cual viene á haber mentira en ello, porque no es tanto como eso; y asi, hombres encarecedores no suelen ser tenidos por muy verídicos, y pierden crédito y autoridad. De nuestro bienaventurado P. S. Ignacio se dice (1) que por maravilla usaba de los nombres que en latin llaman superlativos, porque en ellos se suelen encarecer algunas veces las cosas mas de lo justo, sino decia y contaba las cosas sencilla y llanamente, sin amplificarlas ni encarecerlas. Y estaba tan lejos de estos encarecimientos y exageraciones, que aun se decia de él que no afirmaba mucho las cosas que sabia.

Esta es doctrina muy buena, que nos enseñan aqui los Santos. El glorioso Bernardo dice: «Nunca afirmeis ni negueis con demasiada aseveracion y certidumbre lo que sabeis, sino decidlo siempre con un poco de sal y gracia de alguna duda (2);» como diciendo: «pienso que es asi; ó si no me engaño, asi es: parece que lo he oido decir.» Si esto se sabe hacer con discrecion, es un modo de hablar modesto, humilde y religioso y de un hombre que no está muy fiado de sí, ni de su propio parecer, como no lo ha de estar

(1) Ante omnia opera verbum verax praecedat te. *Eccl.* XXXVII, 20.
(2) Bonav. *in spec. discip. part.* 3, *c.* 3.

(1) Lib. 5, cap. 6 *de la vida de N. P. S. Ignacio.*
(2) Nunquam pertinaciter aliquid affirmes, vel neges, sed sint tuae affirmationes, et negationes dubitationis sale conditae. *Bernard. in formula honestae vitae.*

el que es humilde. Y por eso hablaban los Santos de esa manera, porque eran muy humildes y no se fiaban de sí. De Santo Domingo Loricato cuenta Surio, que cuando le preguntaban qué hora era, nunca respondia determinadamente, son las ocho ó las nueve, sino serán como las ocho ó como las nueve. Y preguntado por qué respondia asi, dijo: «porque de esa manera estoy seguro de no decir mentira, ahora haya dado la hora, ahora esté por dar.» Esta es otra razon por qué es prudencia y modestia religiosa no afirmar mucho las cosas, sino con un poco de sal y gracia de alguna duda, como dice San Bernardo; porque con esto no se pone uno á peligro de mentira alguna, aunque aconteciese despues no ser asi. Pero cuando se afirman absolutamente y con mucha resolucion y aseveracion, si despues se halla no ser asi, como algunas veces suele acontecer, hallarémonos corridos de haber dicho una mentira y afirmarla tan de cierto. Y mas, será causa de desedificar al otro, que halla despues no ser asi. Y esto digo aun en las cosas que nosotros tenemos por ciertas: porque si yo no estoy cierto, sino en duda de alguna cosa, y la afirmó absolutamente, esto tambien es mentira, aunque ello fuese asi, porque digo lo que no sé, y á lo menos me pongo en peligro manifiesto de que sea mentira lo que dige, que es la misma culpa.

Dice mas San Buenaventura: «No solo habeis de hablar siempre verdad, sino habeis de hablar llana y sencillamente (1),» y no con dobleces, ni con palabras equívocas que tengan diversos sentidos, porque esa es cosa muy agena de la llaneza y simplicidad religiosa; y aun San Agustin dice que el tal modo de hablar es mentira (2). Hay algunos, que por una parte no querrian decir mentira, y por otra tampoco quieren decir la verdad, sino andan por rodeos y con equivocaciones para que entendais vos una cosa y ellos entiendan otra. En algun caso grave, lícito es hablar con palabras equívocas, para ocultar alguna cosa que conviene ocultar; mas en las pláticas ordinarias y comunes no es lícito; antes es vicio de hombres doblados y fingidos; y asi, muy contrario á la pureza y sencillez, no solo de religioso, sino de la vida cristiana y aun política, porque impide la fidelidad y el trato y comunicacion humana de unos con otros, ni mas ni menos que la mentira clara y manifiesta. Porque cosa cierta es que si ordinariamente fuese lícito este lenguaje, no se atreverian los hombres á fiarse unos de otros. Y asi nos enseña la esperiencia, que cuando de algunos se sabe que tienen este vicio, aunque en otras cosas sean hombres virtuosos, no se osan fiar de ellos los que los conocen; antes los tratan con recelo y temor de ser engañados. Y asi dice el Sábio: "El que habla sofísticamente," que es con doblez, fingimiento y equivocaciones, "es aborrecido (1):" porque es tenido por hombre doblado, falso y fingido. Y asi se debe huir mucho este lenguage, no digan de vos lo que suelen decir de algunos: «fulano no dice mentira, pero tampoco dice verdad.»

(1) Sermo veridicus, et purus sit. *Bonav.*
(2) Omnis simulatio, et omnis duplicitas mendacium est. *August.*

CAPITULO XII.

Que nos habemos de guardar de palabras juglares y ridículas, y de decir gracias y donaires.

El bienaventurado San Basilio dice: «Guardaos de palabras juglares y ridículas, de palabras juguetonas, de andar triscando y burlando, porque esos son entretenimien-

(1) Qui sophistice loquitur, odibilis est. *Eccles.* XXXVII, 23.

tos de niños, y el que trata de perfeccion es razon que deje de serlo, y sea hombre (1).» Y añade el Santo, que estas burlas y entretenimientos hacen á uno remiso y negligente en las cosas del servicio de Dios, y quitan la devocion y compuncion del corazon; especialmente, dice (2), se debe uno guardar de decir gracias y donaires, porque esto es hacerse chocarrero y truhan, que es cosa muy indigna de quien trata de perfeccion.

San Bernardo trata muy gravemente este punto: «Entre los seglares, dice (3), los donaires pasen por donaires; pero en la boca del sacerdote y del religioso son blasfemias. Habeis consagrado y dedicado vuestra boca al Evangelio, y es ilícito abrirla para estas cosas, y acostumbrarlo sacrilegio,» como el aplicar á usos profanos el templo consagrado al culto divino. "De los lábios del sacerdote, dice el Profeta Malaquias (4), han de buscar y oir los hombres la ciencia y ley de Dios," no gracias, ni fábulas, ni chocarrerías. Aun no se contenta San Bernardo con que esté lejos el religioso de decir estas palabras de donaires y chocarrerías, sino quiere que esté tambien lejos de oirlas y de gustar de ellas (5). Y dice que cuando otro las dijese delante de nosotros, nos habemos de haber en ellas como en las murmuraciones (6); procurando interrumpirlas y divertir la plática con alguna cosa séria y de provecho y mostrándoles mal rostro. Pues si aun de oirlas, y de que se digan delante de nosotros, nos habemos de avergonzar, ¿qué será de decirlas? Fea cosa es, dice (1), hacer aplauso á esas cosas, riéndoos y mostrando holgaros de oirlas; pero mas fea cosa es mover vos á otros á risa diciéndolas.

Dice Clemente Alejandrino (2), maestro que fué de Orígenes, y es doctrina de los santos Basilio, Bernardo y Buenaventura (3): «Manando las palabras, como de su fuente, del pensamiento y costumbres, no puede ser hablar palabras ridículas, sin que procedan de unas costumbres tridículas tambien.» Las palabras proceden del corazon (4); y así, el que habla palabras vanas y livianas, dá muestra de la vanidad y liviandad de su corazon. Así como en el sonido se conoce si la campana ó vaso está sano ó quebrado, si está lleno ó vacío; así en la voz y sonido de las palabras se echa luego de ver el que está lleno ó vacío allá dentro, sano ó quebrado. El que habla estas cosas, suena á hueco. San Crisóstomo, sobre aquellas palabras del Apóstol: "Ninguna palabra mala salga de vuestra boca (5)," dice: «Cual tiene uno el corazon, tales son las palabras que habla, y tales son las obras que hace (6).» El santo mártir Ignacio, en medio de sus tormentos, nombraba muchas veces el nombre

(1) Neque in modum parvuli jocari velis assidue, quia non convenit ei, qui ad perfectionem nititur, jocari ut parvulus. *Basil. in exhort. ad filium spiritualem.*

(2) Basil. *in const. Monast.* c. 13.

(3) Inter saeculares nugae, nugae sunt; in ore sacerdotis blasphemiae.—Consecrasti os tuum Evangelio; talibus jam aperire, illicitum, assuescere sacrilegium est. *Bernard. lib. 2 de consid. ad Eugen.*

(4) Labia sacerdotis, ait Malachias (*Malach.* II, 7), custodient scientiam, et legem requirent ex ore ejus, non nugas profecto vel fabulas. *Bernard. ib.*

(5) Verbum scurrile, quod facati, urbanive nomine colorant, non sufficit peregrinari ab ore, prosul et ab aure relegandum est. *Bernard. ib.*

(6) Cap. X.

(1) Foede ad cachinos moveris, foedius moves. *Bernard. ib.*

(2) Cum verba omnia a cogitatione, et moribus emanent, fieri non potest, ut verba aliqua mittantur ridicula, quae non procedant a moribus ridiculis. *Clem. Alexand. lib. 2 de Paedag. c. 5.*

(3) Basil. *in const. Monast.* c. 13.—Bernard. *in modo bene vivendi ad sor. serm.* 30.—Bonav. *in spec. disc. p.* 4, c. 5.

(4) Ex abundantia enim cordis os loquitur. *Luc.* VI, 39.

(5) Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat. *Ad Ephes.* IV, 29.

(6) Quale cor unusquisque habet, talia verba loquitur, et talia opera facit. *Chrys.*

de Jesus; y preguntado la causa, respondió: «Porque le tengo escrito en mi corazon, y por eso no puedo dejar de nombrarle;» y despues de muerto sacáronle el corazon, y partiéronle, y en cada parte hallaron que estaba escrito el nombre de Jesus con letras de oro. El que dá en decir gracias y donaires, no tiene escrito en su corazon el nombre de Jesus, sino el mundo y su vanidad, y eso está brotando por la boca. Y asi vemos que hombres que se precian de decir gracias y de hacer reir á otros con sus dichos y donaires, no solo no son espirituales, pero ni buenos religiosos. El P. maestro Avila declaraba á este propósito aquello del Apóstol: "Chanzas, que no son del caso (1)." Glosábalo él de esta manera: que palabras de gracias y chocarrerías, no solo no decian con la modestia del religioso, pero ni con la gravedad del instituto de la vida cristiana. Y léese de él en su vida, que palabra de donaire nunca se vió en su boca. Y de San Juan Crisóstomo nota Metafraste (2), que nunca dijo gracias, ni consintió á otro que las dijese. Estimaban esto tanto aquellos Padres antiguos, que la penitencia que manda San Basilio (3) se dé á quien hablare semejantes palabras, es, que le aparten por una semana de la comunidad: que era como un género de excomunion que usaban los monges, apartando á los tales de la conversacion y trato de los demas religiosos, porque no los inficionen y les peguen la roña, y para que ellos se confundan y entiendan que no merece estar entre los demas religiosos el que no trata y habla como religioso.

En la vida de San Hugon, abad Cluniacense, cuenta Surio de un arzobispo de Tolosa de Francia, llamado Durano, que era amigo de oir y decir donaires y palabras ociosas. San Hugon, que era entonces abad del monasterio de Cluni, reprendióle esto diversas veces, por haber sido antes monje de su monasterio, diciéndole que si no se enmendaba, tendria por esto particular purgatorio. Murió el arzobispo de ahí á pocos dias, y aparecióse á un santo monge llamado Siguino, y mostraba la boca muy hinchada y los lábios llenos de llagas: pidióle con lágrimas que rogase á Hugon hiciese oracion por él, porque padecia cruel tormento en el Purgatorio en pena de sus donaires y palabras ociosas de que no se habia enmendado. Refirió esto Siguino al santo abad Hugon, el cual mandó á siete monges que siete dias guardasen silencio por satisfaccion de aquella culpa: de estos, el uno quebrantó el silencio. Apareciéle á Siguino el arzobispo, y quejóse de aquel monge, que por su inobediencia se habia dilatado su remedio. Siguino fué con ello á Hugon: él halló que era asi verdad; encargó á otro el silencio por siete dias, y pasados aparecióselo el arzobispo tercera vez, y dió gracias al abad y á los monges, mostrándose vestido de pontifical y su rostro sano y muy alegre, desapareciendo luego.

Especialmente se debe advertir aqui que nos habemos de guardar de gracias picantes, como son algunas palabrillas, que se dicen algunas veces por via de gracia y se tienen por agudezas, que suelen lastimar á otro, porque disimuladamente le notan ó en la condicion ó en el entendimiento ó ingenio no tan agudo, ó de alguna otra falta. Estas son unas gracias muy pesadas y muy peores que las pasadas, porque son perjudiciales, y tanto mas cuanto con mas gracia se dicen, porque quedan mas impresas en los oyentes y se acuerdan mas

(1) Scurrilitas, quae ad rem non pertinet. *Ad Eph.* V, 4.
(2) Metaphrastes *in vita S. Chrysost.*
(3) Basil. *in animadversionibus adversus eos qui delinquentes.*

de ellas. Aun allá en el mundo, cuando los hombres graciosos, que llaman hombres de placer, saben hacer eso sin perjuicio y sin tocar á nadie, pasan con ellos y son entretenimiento de los hombres del mundo, y dicen de ellos: «gracioso es, pero al fin hácelo sin perjuicio de nadie;» mas cuando con sus donaires muerden á otros, son muy aborrecidos, y aun suelen parar en mal, porque no falta quien les dé su merecido. Pero porque de esto y de otras maneras de palabras que son contrarias á la union y caridad de unos con otros, tratamos en la primera parte (1), escusaremos el tratarlo aqui.

CAPITULO XIII.

Que nuestras pláticas y conversaciones han de ser de Dios, y de algunos medios que nos ayudarán para esto.

No salga palabra mala de vuestra boca, dice el Apóstol, sino todas vuestras plátiticas sean siempre de cosas buenas de edificacion y provecho para los oyentes para que los enciendan é inflamen en el amor de Dios y en deseo de la virtud y perfeccion (2). Esta es una cosa que habemos menester mucho nosotros, porque nuestro fin é instituto es, no solo atender á nuestro propio aprovechamiento, sino tambien al de los prójimos; y una de las cosas que edifican mucho á aquellos con quien tratamos y con que se hace mucho fruto en ellos, es con semejantes pláticas y conversaciones. Porque, fuera del provecho que estas pláticas traen consigo, viendo los del mundo que nuestro trato es siempre de estas cosas, conciben una estima y respeto grande, entendiendo que está lleno de Dios el que nunca trata con ellos sino de Dios: con lo cual son de grande eficacia los ministerios que con ellos se ejercitan. Del P. San Francisco Javier se lee en su vida que hacia mas fruto con las conversaciones particulares que con los sermones. Y nuestro Padre en las Constituciones (1), tratando de los medios con que los de la Compañía han de ayudar á los prójimos, pone este por uno de los principales; y pónele por general, de que todos los de la Compañía han de procurar usar aunque sean hermanos legos.

Para que sepamos y podamos hacer esto mejor, nos ayudará mucho: lo primero, que nos acostumbremos á hablar acá entre nosotros de cosas buenas y espirituales. Del bienaventurado San Francisco leemos (2) que hacia á sus religiosos que se sentasen muchas veces entre sí á hablar cosas de Dios para que fuesen instruidos en este lenguage y conversacion para cuando estuviesen entre seglares. Y cuéntase allí que, estando ellos una vez en esta santa conversacion, se les apareció en medio el Señor en forma de un hermosísimo mancebo y les echó su bendicion, dandoles á entender cuánto le agradaban aquellas pláticas. Y en la Compañía se usa esto desde el noviciado, juntándose muchas veces los novicios á tratar entre sí de cosas espirituales, y despues toda la vida usamos tener á menudo conferencias espirituales entre nosotros para que estemos diestros en este lenguage. Y fuera de esto nos está muy encomendado que le usemos en nuestras pláticas y conversaciones ordinarias.

San Bernardo dá sobre esto una muy buena y grave reprension á ciertos religiosos de su tiempo, poniéndoles delante lo que se usaba en aquellos tiempos dorados. «¡Oh! ¡cuánto distamos, dice (3), de aque-

(1) 1 Part. trat. 3, cap. 10 y 11.
(2) Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat: sed si quis bonus ad aedificationem fidei, ut det gratiam audientibus. *Ad Ephes.* IV, 29.

(1) 7 Part. Constit. cap. 4, §. 8.
(2) 1 part. lib. 1, c. 19 *de la Crónica de San Francisco.*
(3) O quantum distamus ab his, qui in diebus An-

llos monges que habia en tiempo de San Antonio y San Pablo, primer hermitaño!» porque aquellos, cuando se juntaban y visitaban, toda su conversacion era del cielo y tomaban con tanto deseo y hambre el manjar del ánima, hablando y tratando cosas de Dios y del provecho de sus ánimas, que se olvidaban del manjar del cuerpo, y se les pasaba muchas veces todo el dia ayunos ocupados en esto. «Y este era buen órden, añade (1), cuando á la parte mas principal y mas digna, que es el alma, se le servia primero. Empero ahora, cuando nos juntamos, ya no hay quien pida ni quien reparta este manjar espiritual y celestial; ya no se usa en las visitas y conversaciones hablar de las Escrituras Sagradas, ni de lo que toca á la salud de las almas, sino todo es risas, gracias y palabras que lleva el viento.» Y lo peor es, dice el Santo, que ya el saber entretener á uno de esta manera, se llama afabilidad y discrecion, y aun caridad, y lo contrario se llama sequedad, inurbanidad y rusticidad, y á los que hablan de Dios los tienen por meláncolicos y huyen de su conversacion; pero «esta caridad destruye la verdadera caridad; esta discrecion destruye la verdadera discrecion. Porque ¿qué caridad es amar la carne y menospreciar el espíritu? Y ¿qué discrecion es darlo todo al cuerpo, y al alma nada (2)?» Hartar el cuerpo y matar el ánima dehambre, no es discrecion ni caridad, sino crueldad y desórden grande. Un doctor grave (1) cuenta que una vez apareció el Señor á un gran siervo suyo, y le dijo con grande sentimiento seis quejas que de sus siervos tenia; de las cuales la segunda era que en sus juntas y pláticas trataban cosas vanas é impertinentes, y que á él no le tomaban en su boca. Pues procuremos que no tenga el Señor esta queja de nosotros, ni se nos pueda dar esta reprension.

Otro medio bueno dan San Bernardo y San Buenaventura (2) para tratar siempre de cosas de edificacion: que cuando salimos á tratar con los prójimos, llevemos prevenidas algunas cosas buenas y provechosas que les poder decir, y para cuando ellos hablaren algunas impertinentes y vanas, tengamos á punto otras de edificacion, para cortar y mudar la plática, de lo cual nos avisan á nosotros nuestras reglas (3). Y no es mucho que los que somos religiosos usemos de este medio para sustentar las pláticas y conversaciones de Dios, tan propias nuestras, pues vemos que los del mundo le usan para sustentar sus pláticas y conversaciones seglares. En esto ha de mostrar uno su buen entendimiento y discrecion, en tener destreza para cercenar y cortar pláticas impertinentes y saber engerir y entremeter cosas de Dios.

Lo tercero nos ayudará mucho para esto amar mucho á Dios y tener mucha aficion á las cosas espirituales; porque de esta manera no nos cansaremos ni enfadaremos de hablar ni de oir hablar de Dios, sino antes gustaremos mucho de ello; porque no es pesadumbre, sino gusto y recreacion, hablar cada uno de lo que ama y tiene en el corazon; sino, mirad cuán de buena gana habla el mercader de sus tratos y negocios; en la mesa y sobremesa y en

---

tonii extitere Monachi! *Bernard. in Apologia ad Guillielmum Abbatem.*

(1) Et hic erat rectus ordo, quando digniori parti prius inserviebatur.—Nobis autem convenientibus in unum, ut verbis Apostoli utar (*I. ad Cor.* XI, 20), jam non est dominicam caenam manducare. Panem quippe coelestem nemo qui requirat, nemo qui tribuat, nihil de Scripturis, nihil de salute agitur animarum: sed nugae, et risus, et verba proferuntur in ventum. *Ib.*

(2) Ista charitas destruit charitatem, haec discretio discretionem confundit. Quae enim charitas est carnem diligere, et spiritum negligere? quaeve discretio totum dare corpori, et animae nihil? *Bernard. ib.*

(1) Taulerus *in inst. cap.* 28.

(2) Bernard. *in form. honestae vitae.*—Bonav. *in spec. discip. p.* 3, *cap.* 3.

(3) Reg. 11 sacerdotum.

todos tiempos, gusta de oir dónde se compra y vende bien; y el labrador habla de buena gana de sus barbechos y cosechas, y el pastor de sus becerros y corderos (1). Cada uno habla de buena gana de lo que toca á su oficio. Pues así nosotros, que habemos dejado el mundo y tratamos de perfeccion, si amamos mucho á Dios y tenemos mucha aficion á las cosas espirituales, todo nuestro gusto y recreacion será tratar de esas cosas, y no nos faltará qué tratar. Y asi es muy buena señal cuando uno gusta de hablar y tratar de Dios; y es mala, cuando no; conforme á aquello que dice San Juan: "Ellos son del mundo, y por eso hablan de las cosas del mundo (2)."

San Agustin, sobre aquellas palabras de la sabiduría: "Alimentaste á tu pueblo con manjar de ángeles, y les diste pan preparado en el cielo sin trabajo, que contenia todo gusto y toda suavidad de sabor (3)," dice (4) que aquel maná del cielo con que sustentó Dios en el desierto á los hijos de Israel, sabia á cada uno á lo que él queria, conforme á estas palabras. Empero esto, dice, se ha de entender de los buenos, que á los malos no les sabia á lo que ellos querian; porque si eso fuera, no pidieran, ni deseáran otro manjar, como lo desearon y pidieron. A estos no solo no les sabia el maná á todas las cosas, antes les enfadaba ya, y tenian hastío de él, y suspiraban por carne, y se acordaban de las ollas de Egipto y de los cohombros, pepinos, puerros, cebollas y ajos que allá comian; y eso deseaban y apetecian mas (1). Pero los buenos estaban muy contentos con el maná, y no tenian deseo de otro manjar, ni se acordaban de eso, porque en él hallaban todos los sabores que querian. Pues esta es la diferencia que hay entre los religiosos buenos y perfectos, y los tibios é imperfectos; que los buenos religiosos gustan mucho de las cosas espirituales y de Dios, y de hablar y tratar de eso, y hallan en este maná todos los buenos sabores: sábeles Dios á todas las cosas, y dicen con San Agustin y San Francisco: «Dios mio, y todas las cosas:» *Deus meus et omnia*. Todas las cosas les es Dios, y en él hallan todo lo que desean. Pero á los tibios é imperfectos no les sabe este divino maná á todas las cosas, antes les enfada y les dá en rostro, y mas se huelgan de oir el cuento que el ejemplo: no es esa buena señal. «¡Dichosa la lengua, dice San Gerónimo (2), que no sabe hablar sino de Dios!» Y San Basilio dice: «Al verdadero siervo de Dios dánle en rostro las pláticas vanas é impertinentes; y la conversacion y pláticas de Dios le son mas dulces y sabrosas que la miel. De aquí es, que el alma muy aficionada á Dios, para su honesta recreacion y alivio de sus trabajos y enfermedades, no tiene necesidad de distraerse á pláticas y conversaciones de cosas impertinentes y ridículas; porque estas, como no las ama, antes le acrecientan la pena y el trabajo. Lo que le consuela y alivia, es hablar y oir hablar de las cosas que ama y desea (3).» Y asi leemos de

(1) Qui tenet aratrum, et qui gloriatur in jaculo, stimulo boves agitat, et conversatur in operibus eorum, et enarratio ejus in filiis taurorum: cor suum dabit ad versandum sulcos. *Eccl.* XXXVIII, 23.

(2) Ipsi de mundo sunt, ideo de mundo loquuntur. *I. Joann.* IV, 5.

(3) Angelorum esca nutrivisti populum tuum, et paratum panem de coelo praestitisti illis sine labore, omne delectamentum in se habentem, et omnis saporis suavitatem. *Sapient.* XVI, 20.

(4) August. *lib. 1, ad inquis. Januarii, c. 3; et lib. 2 retract. cap.* 20.

(1) Quis dabit nobis ad vescendum carnes? Recordamur piscium quos comedebamus in Aegyto gratis: in mentem nobis veniunt cucumeres, et pepones, porrique, et cepe, et allia. Anima nostra arida est, nihil aliud respiciunt oculi nostri nisi manna. *Numer.* XI, 4.

(2) Faelix lingua, quae non novit nisi de divinis texere sermonem. *Hyeron.*

(3) Futilesque habeantur sermones, tu magnopere, ne attendito, sed si quae ex divinis litteris ad salutem animi pertinentia memorare audieris; acerba gustatu tibi ea sunto, quaecumque de mundanis rebus

Santa Catalina de Sena, que nunca se cansaba de hablar de Dios; antes esa era su recreacion y medio para estar mas récia y sana, y para descanso y alivio de sus enfermedades y trabajos. Lo mismo leemos de otros muchos Santos.

CAPITULO XIV.

De otra razon muy principal, por la cual nos conviene mucho que nuestras pláticas y conversaciones con los prójimos sean de Dios.

No solamente para la edificacion y provecho de los prójimos es necesario que nuestras pláticas y conversaciones sean de Dios, sino tambien para nuestro propio aprovechamiento y conservacion; porque hablando de Dios nos inflamaremos y encenderemos mas en su amor, que es muy propio de semejantes pláticas, como lo vemos en aquellos dos discípulos que iban al Castillo de Emaús hablando de estas cosas (1). Y nosotros lo esperimentamos algunas veces, que salimos mas movidos y devotos de algunas conversaciones de estas que de los sermones. De Santo Tomás de Aquino cuenta Surio (2) que sus pláticas y conversaciones con todos eran de cosas santas y provechosas á la salud de las almas, y que esta fué una de las causas por que despues de haber hablado y negociado con hombres se podia recoger á orar y meditar con facilidad las cosas divinas; porque como las pláticas eran de cosas de Dios y dichas con consideracion, no le distraian ni le impedian la oracion. Del P. S. Francisco Javier, una de las cosas que se cuentan en su vida por digna de admiracion (1) es el haber sabido juntar tan bien la accion y trato con los prójimos, con la oracion; porque acudiendo á tantas cosas, y andando ocupado en tan grandes negocios, y caminando casi siempre ó por tierra ó por mar, en tantos trabajos y peligros, y siendo en el trato con todos tan urbano y cortesano; con todo, siempre andaba interior y en la presencia de Dios, y en apartándose de los negocios y del trato con los prójimos, luego con mucha facilidad y gusto entraba en oracion y en un trato familiar con su Esposo celestial. Y dáse allí la razon; porque, como no se habia distraido en la ocupacion, fácilmente tornaba á lo que no habia dejado; por el contrario, si nuestro trato y nuestras palabras y conversaciones no son de Dios, corremos mucho peligro. Decia nuestro bienaventurado P. S. Ignacio (2), que así como el trato y conversacion familiar con los prójimos es de mucho fruto y edificacion para ellos y muy propio de la Compañía, si se hace como debe; así al contrario, si no sabemos tratar como debemos, será de mucha desedificacion para ellos y de mucho peligro para nosotros. Dice San Bernardo: «Las palabras vanas fácilmente ensucian el corazon, y lo que oimos y tratamos de buena gana cerca estamos de hacerlo (3).»

Es verdad que algunas veces en las pláticas y conversaciones que tenemos con los prójimos, es menester entrar con la suya; pero dice nuestro Padre que ha de ser para salir con la nuestra. No nos lleven ellos tras sí y entren con la suya y salgan tambien con ella, sino salgamos nosotros siempre con la nuestra, trayéndolos á ellos

memorentur; contraque favis mellis assimilia, quae a pietatis colentibus viris narrentur. Basil. *serm. de renunt. saeculi istius, et spirituali perfect.*

(1) ¿Nonne cor nostrum ardens erat in nobis? *Luc.* XXIV, 32.

(2) Surius *in vita Sancti Thomae de Aquino.*

(1) Lib. 6, cap. 5 de la *vida del P. S. Francisco Javier.*

(2) Lib. 5, cap. 11, de la *vida del P. S. Ignacio.*

(3) Vanus sermo cito polluit mentem; et facile agitur, quod libenter auditur. *Bernard. in modo bene vivendi ad sororem, serm.* 30.

á nosotros y á Dios con pláticas provechosas y de edificacion. Y para esto no es menester aguardar tantos puntos ni tantas circunstancias y coyunturas, porque si tanto aguardais, nunca saldreis con la vuestra y quedaránse ellos con la suya. Entiendan todos que somos Religiosos, y que este es nuestro trato, y que con nosotros no han de perder tiempo ni tratar de cosas impertinentes, sino que habemos de tratar de Dios y de cosas de provecho; y sino, no vengan á tratar con nosotros. Y así leemos de nuestro Padre (1), que si algun hombre ocioso venia á él con quien se hubiese de gastar mucho tiempo sin fruto, despues de haberle una y dos veces recibido con alegría, si continuaba las visitas sin provecho, comenzaba á hablar con él de la muerte, del juicio ó infierno, porque decia que si aquel no gustaba de oir semejantes pláticas, se cansaria y no volveria mas; y si gustaba de ellas, sacaria algun fruto espiritual para su alma.

San Agustin, en confirmacion de esto, dice: es verdad que habemos de procurar acomodarnos con todos para ganarlos á todos, como lo hacia el Apóstol San Pablo. "A todos, dice (2), me hacia todas las cosas:" con el triste me hacia triste, porque eso consuela al que está triste, ver que el otro se entristece con él y siente su trabajo; y con el alegre mostraba alegría; pero advierte que este acomodarnos con nuestros prójimos y ponernos de su parte, ha de ser de tal manera, que sea para ayudar y aliviar al atribulado y para levantarle y sacarle de la miseria en que está, y no de manera que nos quedemos nosotros en la misma miseria (3). Y declara esto con una buena comparacion, como se inclina el que quiere dar la mano á otro que está caido para levantarle, que no se arroja en el suelo, ni se deja caer como el otro está; antes hace pié y estribo, porque el otro no le lleve tras sí, y solamente se inclina un poco, cuanto es menester para ayudarle. De esta manera nos habemos nosotros de acomodar con los seglares y hacernos de su bando, inclinándonos y humanándonos un poco, entrando con la suya para ganarlos; pero habemos de tener firme, y estar siempre muy sobre los estribos para que no nos lleven tras sí, sino que salgamos con la nuestra. Y persuadámonos esta verdad, que una de las cosas que edifica mucho á aquellos con quien tratamos, es ver que nuestro trato es siempre de cosas buenas y provechosas; y aunque algunos al principio parezca que no gustan, despues caen en la cuenta y quedan edificados y con mas opinion y estima de nosotros, porque al fin entienden que aquello es lo que hace al caso; y por el contrario, si ven que entramos con ellos en sus pláticas seglares y que gustamos de esas cosas como ellos, tendrannos por ventura por amigos, como tuvieran á otro seglar, pero no por muy espirituales; y así se perderá la autoridad y fuerza para hacer fruto en sus ánimas. Pues procuremos llevar adelante en esto el buen nombre de nuestra Religion y el ejemplo de nuestros Padres antiguos. De nuestro P. S. Francisco de Borja leemos (1), que si algunos seglares, que le visitaban, á quien no podia huir el cuerpo, ingerian pláticas impertinentes, no atendia, ni estaba atento á lo que platicaban, sino tenia su corazon y espíritu puesto en Dios; y avisándole algunos Padres que caia en falta por esta causa y que algunas veces

(1) Lib. 5, cap. 11, de la *vida de N. P. S. Ignacio.*
(2) Omnibus omnia factus sum. *I. ad Cor.* IX, 22.
(3) Sic tamen, ut ad auxilium, non ad aequalitatem miseriae valeat. *Aug. lib.* 83 *Quaest. q.* 71.

(1) Lib. 4, c. 4, de *la vida de N. P. S. Francisco de Borja.*

no venia bien lo que decia con lo que se trataba, respondia que mas queria que le tuviesen por necio que perder tiempo, pareciéndole que era tiempo perdido todo lo que no se empleaba en Dios ó por Dios, que es conforme á lo que refiere Casiano (1) del abad Maquete, que habia alcanzado de nuestro Señor con largas oraciones esta gracia: que en las pláticas y conferencias espirituales, ahora fuesen de dia, ahora de noche, nunca se dormia, ni le venia sueño; pero si se hablaba alguna cosa ociosa é impertinente, luego se dormia.

Concluyamos con un aviso general que San Bernardo dá al religioso: «Hayámonos en todas las cosas, y especialmente en esta, de tal manera, que todos los que nos vieren y oyeren se edifiquen y digan: «este es verdadero religioso (2).» Que es lo que dice el Apóstol escribiendo á Tito su discípulo: "En todas las cosas muéstrate por ejemplar de buenas obras, en doctrina, en integridad, en gravedad, siendo en palabras sano é irreprensible, para que el que se nos opone tema viendo que nada malo tiene que decir de nosotros (1)." Procuremos en todo dar tal ejemplo y edificacion, que no solo no tengan en qué reparar nuestros amigos, sino que nuestros mismos émulos se confundan y avergüencen, viendo que no hallan qué decir contra nosotros, ni de qué asir.

De un filósofo se cuenta que, diciéndole que murmuraban de él, respondió: «yo viviré de tal manera, que no den crédito á los que murmuran de mí.» De esta manera habemos de vivir nosotros, procurando, no solamente que no haya en nuestras palabras, ni en nuestras obras cosa digna de reprension, sino que nuestra vida y conversacion sea tal, que no den crédito á los que murmuren de nosotros. Esta es la mejor manera de satisfacer á las murmuraciones, callar con la boca y responder con las obras.

(1) Cas. *lib.* 5 *de instit. renunt. cap.* 29.
(2) Sic in cunctis se habeat, ut aedificet videntes, et nemo dubitet, cum viderit eum, vel audierit, quin vere sit Monachus. *Bernard. in spec. Monach.*

(1) In omnibus te ipsum praebe exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate, in gravitate, verbum sanum, irreprehensibile, ut is, qui ex adverso est, vereatur nihil habens malum dicere de nobis. *Ad Tit.* II, 7.

TRATADO TERCERO.

De la virtud de la humildad.

CAPITULO I.

De la escelencia de la virtud de la humildad, y de la necesidad que de ella tenemos.

"Aprended de mí, dice Jesucristo nuestro Redentor (3), que soy manso y humilde de corazon y hallareis descanso para vuestras ánimas." El bienaventurado San Agustin dice: «Toda la vida de Cristo en la tierra fué una enseñanza nuestra, y él fué de todas las virtudes maestro; pero especialmente de la humildad: esta quiso particularmente que

(3) Discite a me quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. *Matth.* XI, 29.

aprendiésemos de él (1).» Lo cual bastaba para entender que debe ser grande la escelencia de esta virtud, y grande la necesidad que de ella tenemos, pues el Hijo de Dios bajó del cielo á la tierra á enseñárnosla, y quiso ser particular maestro de ella, no solo por palabra, sino muy mas principalmente con la obra; porque toda su vida fué un ejemplo y dechado vivo de humildad. El glorioso San Basilio (2) va discurriendo por toda la vida de Cristo desde su nacimiento, mostrando y ponderando cómo todas sus obras nos enseñan particularmeute esta virtud. Quiso, dice, nacer de Madre pobre, en pobre portal y en un pesebre, y ser envuelto en unos pobres pañales; quiso ser circuncidado como pecador, huir á Egipto como flaco, y ser bautizado entre pecadores y publicanos como uno de ellos: despues, en el discurso de su vida, quiérenle honrar y levantar por Rey, y escóndese; y cuando le quieren afrentar y deshonrar, entonces se ofrece; ensálzanle los hombres, y aun los endemoniados, y mándales que callen; y cuando le escarnecen diciéndole injurias, no habla palabra. Y al fin de su vida, para dejarnos mas encomendada esta virtud, como en testamento y última voluntad, la confirmó con aquel tan maravilloso ejemplo de lavar los pies á sus discípulos, y con aquella muerte tan afrentosa de la cruz. Dice San Bernardo: «Abajóse y apocóse el Hijo de Dios, tomando nuestra naturaleza humana, y toda su vida quiso que fuese un dechado de humildad, para enseñarnos por obra lo que nos habia de enseñar por palabra (3).» ¡Maravillosa manera de enseñar!

¿Para qué, Señor, tan grande Magestad tan humillada? "Para que ya, de aqui adelante, no haya hombre que se atreva á ensoberbecerse y engrandecerse sobre la tierra (1)." Siempre fué locura y atrevimiento ensoberbecerse el hombre; empero particularmente despues que la Magestad de Dios se abatió y humilló, dice el Santo (2), es intolerable desvergüenza y descomedimiento grande que el gusanillo del hombre quiera ser tenido y estimado. El Hijo de Dios igual al Padre toma forma de siervo, y quiere ser humillado y deshonrado; ¡y yo, polvo y ceniza, quiero ser tenido y estimado!

Con mucha razon dice el Redentor del mundo, que él es el Maestro de esta virtud y que de él la habemos de aprender; porque esta virtud de humildad no la supo enseñar Platon, ni Sócrates, ni Aristóteles. Tratando de otras virtudes los filósofos gentiles, de la fortaleza, de la templanza, de la justicia, tan lejos estaban de ser humildes, que en aquellas mismas obras y en todas sus virtudes pretendian ser estimados y dejar memoria de sí. Bien habia un Diógenes y otros tales que se mostraban despreciadores del mundo y de sí mismos en vestidos viles, en pobreza, en abstinencia; pero en eso mismo tenian una grande soberbia y querian por aquel camino ser mirados y estimados y menospreciaban á los otros, como prudentemente se lo notó Platon á Diógenes. Convidando un dia Platon (3) á ciertos filósofos, y entre ellos á Diógenes, tenia muy bien aderezada su casa, y puestas sus alfombras y mucho aparato, como para tales convidados convenia. Diógenes, entrando, comienza con sus pies sucios á hollar aquellas alfombras. Dícele Platon:

(1) Tota vita Christi in terris, per hominem quem suscipere dignatus est, disciplina morum fuit, sed praecipue humilitatem suam imitandam proposuit, dicens (*Matthaei.* XI): «Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde.» *Aug. lib. de vera Religione.*

(2) Basil. *serm. de humil.*

(3) Exinanivit semetipsum, ut prius praestaret exemplo quod erat docturus verbo. *Bernard. serm. 1, de Nativit. Domini.*

(1) Ut non apponat ultra magnificare se homo super terram. *Ps.* IX, 36.

(2) Intolerabilis enim impudentia est, ut ubi sese exinanivit majestas, vermiculus inflatur, et intumescat. *Bernard. ubi sup.*

(3) Tertulian. *in Apolog.* 582.

«¿qué haces?» «Estoy, dice (1), hollando y acoceando el fausto y soberbia de Platon.» Respondióle muy bien Platon: «Huellas, mas con otro fausto (2),» notando en él mas soberbia en hollar sus alfombras que la que él tenia en tenerlas. No alcanzaron los filósofos el verdadero menosprecio de sí mismos, en que consiste la humildad cristiana; ni aun por el nombre conocieron esta virtud de la humildad: es esta propia virtud nuestra, enseñada por Cristo. Y pondera San Agustin (3) que por aquí comenzó aquel soberano sermon del Monte: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (4);" porque los pobres de espíritu, dice San Agustin, San Gerónimo, San Gregorio y otros Santos (5), se entienden los humildes. Por aquí comienza el Redentor del mundo su predicacion, con esto media, con esto acaba, esto nos enseña toda su vida, esto quiere que aprendamos de él. Dice San Agustin: «no dijo aprended de mí á fabricar los cielos y la tierra; aprended de mí á hacer maravillas y milagros, á sanar enfermos, echar demonios, y resucitar muertos; sino aprended de mí á ser mansos y humildes de corazon. Mejor es el humilde que sirve á Dios, que el que hace milagros (6).» Este es el camino llano y seguro; esotro está lleno de tropiezos y peligros.

La necesidad que tenemos de esta virtud de la humildad es tan grande, que sin ella no hay dar paso en la vida espiritual. Dice el glorioso Agustino: «Es menester que todas las obras vayan muy guarnecidas y acompañadas de humildad, al principio, al medio y al fin; porque si tantico nos descuidamos y dejamos entrar la complacencia vana, todo se lo llevará el viento de la soberbia (1).» Y poco nos aprovechará que la obra sea muy buena de suyo, antes ahí habemos de temer mas el vicio de la soberbia y vanagloria, «porque los demas vicios son acerca de pecados y cosas malas, la envidia, la ira, la lujuria, y asi consigo se traen su sobreescrito para que nos guardemos de ellos; pero la soberbia anda trás las buenas obras para destruirlas (2).» Iba el hombre navegando prósperamente, puesto su corazon en el cielo, porque habia enderezado al principio lo que hacia á Dios, y de repente viene un viento de vanidad y dá con él en una roca, deseando agradar á los hombres y ser tenido y estimado de ellos, ó tomando algun vano contentamiento, con que todo se hundió. Y dice muy bien San Gregorio y San Bernardo: «El que quiere allegar virtudes sin humildad, es como el que lleva un poco de polvo ó ceniza en contrario del viento, que todo se derrama, todo se lo lleva el viento (3).»

CAPITULO II.

Que la humildad es fundamento de todas las virtudes.

San Cipriano dice: «La humildad es

(1) Calco Platonis fastum.
(2) Calcas, sed alio fastu.
(3) Aug. *lib. de sancta virg. cap.* 32.
(4) Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum. *Matth.* V, 3.
(5) Aug. *lib. de Verbis Domini in Evang. secundum Matth. serm.* 10; *et lib. de s. virg. cap.* 34; *et lib.* 8, *de Trinit. cap.* 7.—Hieron. *in Daniel* 3.—Greg. 6. *Mor. cap.* 16.
(6) Discite a me non mundum fabricare, non cuncta visibilia, et invisibilia creare, non in ipso mundo mirabilia facere, et mortuos suscitare; sed quoniam mitis sum, et humilis corde... Potentior est enim, et tutior solidissima humilitas, quam ventosissima celsitudo. *Aug. ib.*

(1) Nisi humilitas omnia quaecumque benefacimus, et praecesserit, et comitetur, et consecuta fuerit, jam nobis de aliquo bono facto gaudentibus, totum extorquet de manu superbia. *Aug. Epist.* 56 *ad Dioscorum.*
(2) Vitia quippe caetera in peccatis; superbia vero etiam in recte factis timenda est, ne illa quae laudabiliter facta sunt, ipsius laudis cupiditate amittantur. Superbia bonis operibus insidiatur ut pereant. *Ibid.*
(7) Qui sine humilitate virtutes congregat, quasi in ventum pulverem portat. *Greg. sup. Ps.* 3 *penitent.*—Bernard. *de Ord. vitae et morum inst. c.* 7; *et serm. de donis Spiritus Sancti, qui est ultimus ex parvis, cap.* 2.

no es buen tiempo de hablar cuando el otro está hablando, Dice el Sábio: "Esperad que acabe el otro su razon, y entonces entrareis vos con la vuestra." A esto tambien se reduce lo que allí añade: "No respondais antes que acabeis de oir lo que os dicen (1)." Y en otra parte dice: "El que responde antes que acabe de oir lo que le dicen, muestras da de poco asiento, y muchas veces queda confundido (2):" porque no respondió á propósito; pensó que le iban á decir aquello, y no le iban á decir sino otra cosa; despuntó de agudo. Da tambien San Basilio (3) otro aviso cerca del responder: que si preguntan á otro, calleis vos. Y cuando estan muchos y les dicen que digan su parecer en tal cosa, si no os preguntan á vos en particular, es poca humildad que querais haceros el principal y tomar la mano por todos. Hasta que os digan en particular que digais, callad.

La quinta circunstancia que ponen los Santos para hablar bien, es el modo y tono de la voz: *loquendi modus*; que es lo que nos dice á nosotros nuestra regla: «todos hablen con voz baja, como á religiosos conviene (4).» Esta es una muy principal circunstancia del silencio; ó por mejor decir, una muy grande parte de él. San Agustin, sobre aquellas palabras que dijo Marta á su hermana, cuando Cristo nuestro Redentor fué á resucitar á Lázaro: "Llamó Marta á Maria en silencio, diciendo: el Maestro está aqui, y te llama (5);" pregunta el Santo (6): ¿Cómo dice *en silencio*, pues dijo: el *Maestro está aqui*, y *te llama*? Y responde que la voz baja se llama silencio. Pues asi acá, cuando hablan unos con otros, en sus oficios, con voz baja, entonces decimos que hay silencio en casa; pero cuando hablan alto, aunque las cosas sean necesarias, no guardan silencio. De manera, que para que haya silencio en todas las oficinas y parezca casa de Religion, y nosotros parezcamos religiosos, es menester hablar bajo. Dice San Buenaventura (1) que es grande falta en un religioso hablar alto. Basta que hableis de manera que los que están cerca os puedan entender. Y si quereis decir algo al que está lejos, id allá, y decídselo, porque no conviene á la modestia religiosa hablar á voces, ni desde lejos. Y advierte San Buenaventura que la noche y el tiempo de reposo y de recogimiento piden aun mas particularmente que el hablar sea mas bajo, para no inquietar á otros en aquel tiempo; y lo mismo piden algunos lugares particulares, como la sacristía, portería y refectorio.

A esta circunstancia del modo de hablar, dice San Buenaventura que pertenece tambien hablar con serenidad del rostro, no haciendo gestos con la boca, encogiendo ó estendiendo mucho los lábios, ni mostrando señales en los ojos ó arrugas en la frente ó en la nariz, ni menos en la cabeza, ni hablando mucho de manos, que es lo que nos encomienda nuestro Padre en las reglas de la modestia. Tambien dice San Ambrosio y San Bernardo que pertenece á esta circunstancia que la voz no sea afectada, ni quebrada con una blandura mugeril, sino que sea voz de hombre grave. Empero, aunque no ha de ser el modo de hablar melindroso, ni afeminado, dicen que tampoco ha de ser áspero, bronco, ni pesado (2). Siempre ha de ser el modo de

(1) In medio sermonum ne adjicias loqui. Prius quam audias, ne respondeas verbum. *Eccl.* XII, 8.
(2) Qui prius respondet quam audiat, stultum se esse demonstrat, et confusione dignum. *Prov.* XVIII, 13.
(3) Basil. *ubi sup.*
(4) Regul. 28 *commun.*
(5) Et vocavit Mariam sororem suam silentio, dicens: Magister adest et vocat te. *Joann.* XI, 28.
(6) August. *tract.* 49, *super Joannem.*

(1) Bonav. *in speculo disciplinae*, p. 4, c. 5.
(2) Ut vox ipsa non sit remissa, non fracta, nihil

hablar del religioso de tal manera grave, que vaya mezclado con suavidad. Y aunque siempre es menester guardar buen modo en el hablar, pero particularmente es esto mas necesario, cuando queremos amonestar ó reprender; porque si esto no se hace con buen modo, perderase del todo el fruto de ello. Dice muy bien San Buenaventura (1), el que turbado y con cólera corrije ó avisa á otro, mas parece que lo hace de impaciencia y por lastimarle que de caridad y celo de aprovecharle: «no se enseña la virtud con vicio (2),» ni la paciencia con impaciencia, ni la humildad con soberbia. Mas se edificaria y aprovecharia el otro del ejemplo de vuestra paciencia y mansedumbre que de vuestras razones. Y asi dice San Ambrosio: «El aviso y amonestacion ha de ser sin aspereza y sin ofension (3).» Y traen á este propósito aquello del Apóstol San Pablo: "Al anciano no le reprendais, sino rogadle como á padre (4)."

Tambien se reprende aqui con razon el hablar afectadamente, con intencion de parecer muy discreto y bien hablado. Y asi son muy reprendidos los predicadores que procuran hablar curiosa y pulidamente y hacen estudio particular de eso, con lo cual pierden el espíritu y el fruto de los sermones; dicen que el hablar ha de ser como el agua, que ningun sabor ha de tener para que sea buena.

Finalmente, son tantas las circunstancias que se requieren para hablar bien, que será gran maravilla no faltar en alguna de ellas; y por eso es muy buen remedio acogernos al puerto del silencio, donde con solo callar está uno guardado de los muchos inconvenientes y peligros que hay en el hablar, conforme á aquello del Sábio: "El que guarda su boca y su lengua, guarda de muchas angustias su alma (1)." Y asi decia uno de aquellos Padres antiguos: «Si fueres callado, en cualquier lugar tendrás quietud y sosiego (2).» Y aun allá dijo Séneca: «No hay cosa que asi aproveche como andar uno recogido y hablar muy poco con otros y consigo mucho (3).» Bien célebre es aquella sentencia del santo abad Arsenio, que la solia él repetir muchas veces, y aun cantarla, dice Surio en su historia: «Muchas veces me pesó de haber hablado, y ninguna de haber callado (4).» Lo mismo se dice de Sócrates. Y Séneca dá la razon de esto, porque lo que se calla, puédese hablar despues; pero lo que se habla, no puede dejar de estar hablado. Asi dijo el otro:

Y la palabra que una vez se arroja,
Vuela, sin que á los lábios volver pueda (5).

Y San Gerónimo: «La palabra que salió de la boca, es como la piedra que salió de la mano, que ya no podeis hacer que no vaya y haga el daño (6).» «Y por eso es menester, dice San Gerónimo, mirar primero muy bien lo que habeis de hablar antes que lo echeis de la boca;» porque despues no puede dejar de estar hablado, que es el primer aviso que dimos.

---

faemineum sonans; sed formam quamdam, et Regulam, ac succum virilem reservans.... Sed ut molliculum, aut infractum, aut vocis sonum, aut gestum corporis non probo, ita neque agrestem, ac rusticum. *Amb. lib. 1, offic. c. 19.—Barnard. de ordine vitae, et morum instit.*

(1) D. Bonav. *de inform. Novitiorum.*

(2) Virtus cum vitio non docetur. *Bonav. ib.*

(3) Monitio sine asperitate, increpatio sine offensione. *Amb. lib. 1, offic. c. 22.*

(4) Seniorem ne increpaveris, sed obsecra ut patrem. *1. ad Timoth. V. 1.*

(1) Qui custodit os suum, et linguam suam, custodit ab angustiis animam suam. *Prov. XXI. 23.*

(2) In omni loco, si taciturnus fueris, requiem habebis.

(3) Nihil aeque prodest quam quiescere, et minimum cum aliis loqui, secum plurimum. *Senec. epist. 107.*

(4) Me saepe paenituit dixisse, nunquam autem tacuisse.

(5) Et semel emissum volat irrevocabile verbum. *Horat. epist. 18, lib. 1.*

(6) Lapis emissus, est sermo prolatus. Quapropter diu, ante quam sermo proferatur, cogitandum est. *Hieron. epist. de virginitate servanda.*

das las heregías: estima uno tanto su parecer y juicio, que le antepone al sentir comun de los Santos y de la Iglesia, y de ahí viene á dar en heregías. Y asi dice el Apóstol: "Hágoos saber que en los dias postreros habrá unos tiempos muy peligrosos, porque los hombres serán muy amadores de sí mismos, codiciosos, altivos y soberbios (1)." A la elacion y soberbia atribuye los errores y heregías, como lo prosigue muy bien San Agustin. La esperanza con la humildad se sustenta, porque el humilde siente su necesidad, y entiende que no puede de sí cosa alguna; asi con mas afecto se vale de Dios y pone toda su esperanza en él. La caridad y amor de Dios con la humildad se aviva y enciende, porque el humilde conoce que todo lo que tiene le viene de la mano de Dios y que él está muy lejos de merecerlo, y con esto se enciende é inflama mucho en amor de Dios. Decia el santo Job: "¿Quién es el hombre, Señor, para que os acordeis de él y pongais vuestro corazon en él, y le hagais tantos favores y mercedes (2)?" «¿Yo tan malo para con vos y vos tan bueno para conmigo? ¿Yo porfiar á ofenderos cada dia, y vos á hacerme mercedes cada hora?» Este es uno de los principales motivos de que se ayudaban los Santos para encenderse mucho en amor de Dios. Mientras mas consideraban su indignidad y miseria, mas obligados se hallaban á amar á Dios que puso los ojos en tan grande bajeza. Decia la Sacratísima Reina de los ángeles: "Magnifica y engrandece mi ánima al Señor, porque puso los ojos en la bajeza de su Sierva (3)." Para la caridad con los prójimos, bien se vé cuán necesaria es la humildad, porque una de las cosas que suele entibiar y disminuir el amor de nuestros hermanos, es juzgar sus faltas y tenerlos por imperfectos y defectuosos; y el humilde está lejos de eso, porque tiene puestos los ojos en sus faltas propias, y en los otros nunca mira sino á sus virtudes; y asi á todos los tiene por buenos, y á sí solo por malo é imperfecto y por indigno de estar entre sus hermanos; y de aqui nace en él una estima y respeto y un amor grande á todos. Mas: al humilde no le pesa de que todos le sean preferidos y de que se haga caso de los otros y que él solo sea el olvidado, ni de que á los otros se les encomienden las cosas mayores y á él las bajas y pequeñas; no hay envidia entre los humildes, porque la envidia nace de la soberbia; y asi, si hay humildad, ni habrá envidias, ni encuentros, ni cosa que entibie el amor de los hermanos.

De la humildad nace tambien la paciencia, tan necesaria en esta vida; porque el humilde conoce sus culpas y pecados, vése digno de cualquier pena, y ningun trabajo le viene que no lo juzgue por menor de lo que habia de ser, conforme á sus culpas; y asi calla y no se sabe quejar, antes dice con el Profeta Miqueas: "Sufriré de buena gana el castigo que Dios me envia, porque he pecado contra él (1)." Asi como el soberbio de todo se queja y le parece que le hacen sinrazon, aunque no se la hagan, y que no le tratan como merece: asi el humilde, aunque le hagan sinrazon, no lo echa de ver, ni lo juzga por tal, en ninguna cosa entiende que le hacen agravio, antes todo le parece que le viene ancho, y de cualquier manera que le traten, está muy satisfecho que le tratan mejor de lo que él merece. Gran medio es la humildad

(1) Hoc autem scitote, quod in novissimis diebus instabunt tempora periculosa, et erunt homines se ipsos amantes, cupidi, elati, superbi. *II. ad Tim.* III, 1.
(2) Quid est homo, quia magnificas eum, aut quid apponis erga eum cor tuum? *Job.* VII, 17.
(3) Magnificat anima mea Dominum. Quia respexit humillitatem ancillae suae. *Luc.* I, 46.

(1) Iram Domini portabo, quoniam peccavi ei. *Michae.* VII, 9.

para la paciencia. Y así el Sábio, avisando al que quiere servir á Dios que se prepare para sufrir tentaciones y disgustos, y que se arme de paciencia, el medio que le da para ello es que se humille: "Trae abatido tu corazon, dice (1), y así sufre todo lo que te se ofreciere;" aunque muy contrario al gusto y á la sensualidad, "recíbelo bien, y aunque te duela súfrelo." ¿Pues cómo será eso? ¿qué armas me vestís para que no lo sienta, ó para que ya que lo sienta lo lleve bien? "Tened humildad, y así tendreis paciencia (2)."

De la humildad nace tambien la paz, tan deseada de todos y tan necesaria al religioso; así lo dice Cristo nuestro Redentor: "Sed humilde, y tendreis grande paz con vos (3)" y tambien con vuestros hermanos. Así como entre los soberbios siempre hay rencillas, contiendas y porfías, dice el Sábio (4); así entre los humildes no puede haber rencillas ni disension, sino es aquella santa rencilla y porfía de cuál será mas humillado y de dar cada uno la ventaja al otro: cual fué aquella graciosa contienda entre San Pablo y San Antonio, sobre el partir el pan; el uno importunaba al otro porque era huésped; el otro á este porque era mas anciano; cada uno buscaba por donde preferir y dar la ventaja al otro. Estas son buenas rencillas y contiendas, que así como nacen de verdadera humildad, así no solo no van contra la paz y caridad fraterna, sino la confirman y conservan mas.

Vengamos á aquellas tres virtudes propias y esenciales del religioso, á que nos obligamos por los tres votos de la pobreza, castidad y obediencia. La pobreza tiene tanta conexion y parentesco con la humildad, que parecen hermanas de un vientre. Y así, por la pobreza de espíritu, que Cristo nuestro Señor puso por la primera de las bienaventuranzas, unos Santos entienden la humildad, otros la pobreza voluntaria, cual es la que los religiosos profesan. Y es menester que la pobreza ande siempre muy acompañada de humildad, porque la una sin la otra es cosa peligrosa; fácilmente se suele criar un espíritu de vanagloria y soberbia del vestido pobre y vil, y de allí suele nacer un menosprecio de los otros; y por esto San Agustin huia de muy viles vestiduras, y queria que sus religiosos tragesen vestidos honestos y decentes para huir de este inconveniente. Y por otra parte, tambien es menester humildad para que no queramos andar muy acomodados, que no nos falte nada, sino que nos contentemos con lo que nos dieren y con lo peor, pues somos pobres y profesamos pobreza. Para la guarda de la castidad, que sea necesaria la humildad, tenemos muchos ejemplos en las Historias de los PP. del Yermo, de feas y torpísimas caidas en hombres de muchos años de penitencia y vida solitaria, que todas ellas nacian de falta de humildad, y de presuncion y fiarse de sí, lo cual suele Dios castigar con permitir semejantes caidas. Es la humildad tan grande ornato de la castidad y pureza virginal, que dice San Bernardo: «Atrévome á decir que, sin humildad, aun la virginidad de nuestra Señora no agradára á Dios (1).» Vengamos á la virtud de la obediencia, en la cual quiere nuestro Padre que nos señalemos los de la Compañía. Cosa clara es que no puede ser buen obedien-

(1) Deprime cor tuum, et sustine. Omne quod tibi applicitum fuerit, accipe, et in dolore sustine. *Eccl.* II, 2 et 4.

(2) In humilitate tua patientiam habe. *Ib.*

(3) Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. *Matth.* XI, 29.

(4) Inter superbos semper jurgia sunt. *Prov.* XIII, 10.

(1) Sine humilitate audeo dicere nec virginitas Mariae Deo placuisset. *Bernard. Hom.* 1, *super Missus est.*

te el que no fuere humilde; ni dejarlo de ser, el que lo fuere. Al humilde cualquier cosa se le puede mandar, no asi al que no lo fuere. El humilde no tiene juicio contrario; en todo se conforma con el superior, asi con la obra como con la voluntad y entendimiento, no hay en él contradiccion ni resistencia alguna.

Pues si venimos á la oracion, en que estriba la vida del religioso y del varon espiritual, si no va acompañada de humildad, no tiene valor; y la oracion con humildad penetra los cielos. "La oracion del que se humilla, dice el Sábio (1), penetrará los cielos y no descansará hasta que alcance de Dios todo lo que desea." Aquella santa y humilde Judith, encerrada en su oratorio, vestida de cilicio, cubierta de ceniza, postrada en tierra, clama y da voces: "Siempre os agradó, Señor, la oracion de los humildes y de los mansos de corazon (2)." "Miró Dios á la oracion de los humildes, y no menospreció sus ruegos (3)." "No hayais miedo que sea desechado el humilde, ni que vaya confundido (4);" él alcanzará lo que pide, Dios oirá su oracion. Mirad cuánto agradó á Dios aquella oracion humilde del Publicano del Evangelio, que no osaba alzar los ojos al cielo, ni acercarse al altar, sino allá lejos en un rincon del templo, hiriendo sus pechos con humilde conocimiento, decia: "Señor, habed misericordia de mí, que soy gran pecador (5)." "De verdad os digo, dice Cristo nuestro Redentor, que salió este justificado del templo, y el otro fariseo soberbio, que se tenia por bueno, salió condenado." De esta manera podriamos discurrir por las demas virtudes; y asi, si quereis un atajo para alcanzarlas todas, y un documento breve y compendioso para llegar presto á la perfeccion, este es: ser humilde.

(1) Oratio humiliantis se nubes penetrabit, et donec propinquet non consolabitur, et non discedet donec altissimus aspiciat. *Eccl.* XXXV, 21.

(2) Humilium, et mansuetorum semper tibi placuit deprecatio. *Judith.* IX, 10.

(3) Respexit in orationem humilium, et non sprevit precem eorum. *Psalm.* CI, 18.

(4) Ne avertatur humilis factus confusus. *Ps.* LXXIII, 21.

(5) Deus propitius esto mihi peccatori. Dico vobis: descendit hic justificatus in domum suam ab illo. *Luc.* XVIII, 13.

CAPITULO IV.

De la necesidad particular que tienen de esta virtud los que profesan ayudar á la salvacion de los prójimos.

"Cuanto fueres mayor, tanto mas te humilla, dice el Sábio (1), y hallarás gracia delante de Dios." Los que profesamos ganar almas para Dios tenemos oficio de grandes; que para nuestra confusion, bien lo podemos decir: hános llamado el Señor á un estado muy alto; porque nuestro Instituto es para servir á la Santa Iglesia en muy altos y levantados ministerios (para los cuales escogió Dios los Apóstoles) que son la predicacion del Evangelio, la administracion de los Sacramentos y de su Sangre preciosísima; que podemos decir con San Pablo: "Nos dió el ministerio de la reconciliacion (2)." Llama ministerio de reconciliacion la gracia y la predicacion del Evangelio y los Sacramentos por donde se comunica esta gracia. "Hízonos Dios ministros suyos, embajadores suyos, como Apóstoles suyos, legados del Sumo Pontífice Jesucristo; lenguas é instrumentos del Espíritu Santo. Por nosotros es servido el Señor de hablar á las almas (3);" por estas lenguas de carne quiere el Señor mover los corazones de los hombres. Pues por esto tenemos mas necesidad que otros

(1) Quanto magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam. *Eccl.* III, 20.

(2) Dedit nobis ministerium reconciliationis. *II. ad Cor.* V, 18.

(3) Et posuit in nobis verbum reconciliationis, pro Christo ergo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos. *Ib. vv.* 19 *et* 20.

de la virtud de la humildad, por dos razones: la primera, porque cuanto mas alto es nuestro Instituto y la alteza de nuestra vocacion, tanto es mayor nuestro peligro y el combate de la soberbia y vanidad. Los montes mas altos, dice San Gerónimo, con mayores vientos son combatidos. Andamos en ministerios muy altos, y por eso somos respetados y estimados de todo el mundo; somos tenidos por Santos y por otros Apóstoles en la tierra; y que nuestro trato es todo santidad y hacer santos á los que tratamos. Grande fundamento de humildad es menester para no dar con tan alto edificio en tierra: gran fuerza y gran caudal de virtud es menester para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella; cosa dificultosa es andar entre honras y que no se pegue algo al corazon: no todos tienen cabeza para andar en alto: ¡Oh! ¡cuántos se han desvanecido y caido del estado alto en que estaban, por faltarles este fundamento de humildad! ¡Cuántos que parecia que como águilas iban levantados en el ejercicio de las virtudes, por soberbia quedaron hechos murciégalos! Milagros hacia aquel monge, de quien se escribe en la vida de San Pacomio y Palemon, que andaba sobre las brasas, sin quemarse; empero de aquello mismo se ensoberbeció, y tenia en poco á los otros, y decia de sí mismo: «este es Santo que anda sobre las brasas sin quemarse: ¿cuál de vosotros hará otro tanto?» Corrigióle San Palemon, viendo que era soberbia, y al fin vino á caer miserablemente y acabar mal. Llena está la Escritura y las Historias de los Santos de semejantes ejemplos.

Pues por esto tenemos particular necesidad de estar muy fundados en esta virtud; porque, sino, estamos en gran peligro de desvanecernos y caer en el pecado de soberbia, y en la mayor que hay, que es la soberbia espiritual. San Buenaventura, declarando esto, dice que hay dos maneras de soberbia: una de las cosas temporales, y á esta llama soberbia carnal; otra de las cosas espirituales, que llama soberbia espiritual; y esta, dice, es mayor soberbia y mayor pecado que la primera, y la razon está clara; porque el soberbio, dice San Buenaventura, es ladron, comete hurto, porque se alza con lo ageno contra la voluntad de su dueño; álzase con la gloria y honra que es propia de Dios y que no la quiere él dar á otro, sino reservarla para sí, dice él por Isaías (1). Esta quiere hurtar á Dios el soberbio, y alzarse con ella, y atribuirla á sí. Pues cuando uno se ensoberbece de un bien natural, de la nobleza, de la buena disposicion del cuerpo, del buen entendimiento, de las letras ú de otras habilidades semejantes, ladron es; pero no es tan grande el hurto, porque aunque es verdad que todos esos bienes son de Dios, pero son los salvados de su casa; empero el que se ensoberbece de los dones espirituales, de la santidad, del fruto que que hace en las almas, ese es gran ladron, robador de la honra de Dios; ladron famoso, que hurta las joyas mas ricas, y de mayor precio y valor delante de Dios que las estimó él tanto que por ellas dió por bien empleada su sangre y vida. Y asi, el bienaventurado San Francisco andaba con grande temor de caer en esta soberbia y decia á Dios: «Señor, si algo me diéredes, guardadlo vos, que yo no me atrevo, porque soy un gran ladron que me alzo con vuestra hacienda.» Pues andemos nosotros tambien con este temor, que tenemos mas razon de tenerle, pues no somos tan humildes como San Francisco; no caigamos en esta soberbia tan peligrosa; no nos alce-

(1) Gloriam meam alteri non dabo. *Isai.* XLII, 8; XLVIII, 11.

mos con la hacienda de Dios, que la traemos entre las manos y ha hecho Dios mucha confianza de nosotros; no se nos pegue algo, ni nos atribuyamos á nosotros cosa alguna; volvámoselo todo á Dios.

No sin gran misterio, Cristo nuestro Redentor, cuando apareció á sus Discípulos el dia de su gloriosa Ascension (1), primero los reprendió de la incredulidad y dureza de corazon, y despues les mandó ir á predicar el Evangelio por todo el mundo, y les dió poder para hacer muchos y grandes milagros, dándonos á entender que quien ha de ser levantado á grandes cosas, primero es menester que sea humillado y se abata en sí mismo y tenga conocimiento de sus propias flaquezas y miserias, para que, aunque despues vuele sobre los cielos y haga milagros, quede entero en su propio conocimiento y asido á su propia bajeza, sin atribuirse á sí mismo otra cosa sino su indignidad. Teodoreto nota á este propósito (2), que por esta misma causa, queriendo Dios elegir á Moisés por capitan y caudillo de su pueblo y hacer por su medio tantas maravillas y señales, como habia de hacer, quiso que primero aquella mano con que habia de dividir el mar Bermejo y hacer obras tan maravillosas, entrándola en el seno, la sacase y viese toda llena de lepra (3).

La segunda razon por la cual tenemos mas particular necesidad de humildad, es para hacer fruto con esos mismos ministerios que tenemos; de manera, que no solo nos es necesaria la humildad para nosotros, para nuestro propio aprovechamiento, para que no nos desvanezcamos y ensoberbezcamos, y así nos perdamos, sino tambien para ganar á nuestros prójimos y hacer fruto en sus almas. Uno de los principales y mas eficaces medios para esto, es la humildad, que desconfiemos de nosotros mismos y no estribemos en nuestras fuerzas, industria y prudencia, sino que pongamos toda nuestra confianza en Dios, y á él lo refiramos y atribuyamos todo, conforme á aquello del Sábio: "Tén confianza en Dios de todo tu corazon y no estribes en tu prudencia (4)." Y la razon de esto, como diremos despues mas largamente (2), es, porque cuando desconfiados de nosotros ponemos toda nuestra confianza en Dios, atribuimoselo todo á él y hacémosle cargo de todo, con que le obligamos mucho á que él tome la mano en ello. «Señor, haced vuestro negocio; la conversion de las almas negocio vuestro es y no nuestro: ¿qué parte somos nosotros para eso? Pero cuando vamos confiados en nuestros medios y en nuestras razones, hacémonos parte en el negocio, atribuyendo mucho á nosotros mismos, y todo eso quitamos á Dios. Son como las dos balanzas que cuanto sube la una, baja la otra; cuanto atribuimos á nosotros, quitamos á Dios, y nos queremos alzar con la gloria y honra que es propia suya; y así permite él que no se haga nada. ¡Y plega al Señor que no sea esta algunas veces la causa de no hacer tanto fruto en los prójimos!

De nuestro bienaventurado P. San Ignacio leemos en su vida (3), que con unas pláticas de doctrina cristiana que hacia en Roma, llanas y con palabras toscas é impropias, porque no sabia bien la lengua italiana, hacia tan grande fruto en las almas, que en acabando la plática, venian los oyentes, heridos los corazones de dolor, gimiendo y sollozando á los pies del confesor, que de lágrimas y sollozos apenas po-

(1) Marc. XVI, 14.
(2) Teodor. q. 10 sup. *Exodum*.
(3) Exod. IV, 6.

(1) Habe fiduciam in Domino, ex toto corde tuo, et ne innitaris prudentiae tuae. *Prov.* III, 5.
(2) Cap. 10 y 38.
(3) Lib. 3, c. 2, *de la Vida de N. P. S. Ignacio*.

dian hablar; porque no ponia la fuerza en las palabras, sino en el espíritu, como dice San Pablo (1). Iba desconfiado de sí, y ponia toda su confianza en Dios; y así él daba tanta fuerza y espíritu á aquellas palabras toscas é impropias, que parecia que arrojaba unas como llamas encendidas en los corazones de los oyentes. Ahora no sé si el no hacer tanto fruto es que vamos muy asidos á nuestra prudencia y estribamos y confiamos mucho en nuestros medios, letras y razones, y en el modo de decirlas, muy pulido y elegante, y nos vamos saboreando y contentando mucho de nosotros mismos: pues yo haré, dice Dios, que cuando á vos os parece que habeis dicho mejores cosas y mas concertadas razones, y quedais muy contento y ufano, pareciéndoos que habeis hecho algo, entonces hagais menos y se cumpla en vos aquello que dice el Profeta Oseas: "Dadles, Señor. ¿Qué les dareis? Dadles vientres sin hijos y pechos áridos (2)." Yo os haré madre estéril que no tengais mas que el nombre: el P. fulano, el P. predicador, con el nombre solo os quedareis, y no tendreis hijos espirituales; dareos pechos secos, que no se os peguen hijos, ni se les pegue lo que decís; que eso merece el que se quiere alzar con la hacienda de Dios y atribuirse á sí lo que es propio de su Divina Magestad. No digo yo que no ha de ir muy bien estudiado y muy bien mirado lo que se predica; pero no basta eso, es menester que vaya tambien muy bien llorado, y muy encomendado á Dios, y que despues que os hayais quebrado la cabeza en estudiarlo y rumiarlo, digais: «Siervos somos sin provecho (3). ¿Qué puedo yo hacer? cuando mucho, un poco de ruido con mis palabras, como la escopeta sin pelota; pero el golpe en el corazon, vos, Señor, sois el que le habeis de dar. Vos, Señor, sois el que habeis de herir y mover los corazones (1): ¿qué parte somos nosotros para eso? ¿qué proporcion hay de nuestras palabras, y de cuantos medios humanos podemos nosotros poner, para un fin tan alto y sobrenatural, como es convertir las almas? Ninguna.» Pues ¿por qué quedamos tan ufanos y tan contentos de nosotros mismos, cuando nos parece que se hace fruto, y que nos suceden bien los negocios, como si nosotros los hubiéramos acabado? "¿Por ventura, dice Dios por Isaías (2), gloriarse há la hacha, ó la sierra, contra el que obra con ella, diciendo: yo soy la que he aserrado el madero? Eso es como si el báculo se ensalzase y engriese, porque le levantan, siendo un leño que no se puede menear si no le menean." Pues de esa manera somos nosotros respecto del fin espiritual y sobrenatural de la conversion de las almas. Somos como unos leños, que no nos podemos mover ni menear si Dios no nos menea. Y así, todo lo habemos de atribuir á él, y no tenemos de qué gloriarnos.

Estima Dios tanto que no estribemos en nuestras fuerzas y medios humanos, y que no nos atribuyamos nada á nosotros, sino que todo se lo atribuyamos á él, y á él demos la gloria de todo, que por esto dice San Pablo que Cristo nuestro Redentor, para la predicacion de su Evangelio y convertir el mundo, no quiso escoger letrados, ni hombres elocuentes, sino unos pobres pescado-

(1) Non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensione spiritus, et virtutis. *I. ad Cor.* II, 4.

(2) Da eis Domine; quid dabis eis? Da eis vulvam sine liberis, et ubera arentia. *Oseae* IX, 14.

(3) Servi inutiles sumus; quod debuimus facere, fecimus. *Luc.* XVII, 10.

(1) Cor Regis in manu Domini; quocumque voluerit inclinabit illud. *Prov.* XXI, 1.

(2) Numquid gloriabitur securis contra eum qui secat in ea? aut exaltabitur serra contra eum a quo trahitur? Quomodo si elevetur virga contra elevantem se, et exaltetur baculus, qui utique lignum est. *Isai.* X, 15.

res, idiotas y sin letras. "Escogió Dios, dice (1), ignorantes é idiotas para confundir á los sábios del mundo; escogió pobres y flacos, para confundir á los fuertes y poderosos; escogió los bajos y abatidos en el mundo, y que parece que no eran nada en él, para derribar los reyes y emperadores y todos los grandes de la tierra." ¿Sabeis por qué? dice San Pablo: "Para que no se glorie el hombre delante de Dios, ni tenga ocasion de atribuirse nada á sí, sino que todo lo atribuya á Dios y á él dé la gloria de todo (2)." Si los predicadores del Evangelio fueran muy ricos y poderosos, y con mucha gente de mano armada fueran por ese mundo á predicar el Evangelio, pudiérase atribuir la conversion al poder y fuerza de armas: si escogiera Dios para eso grandes letrados y grandes retóricos del mundo, que con sus letras y elocuencia convencieran á los filósofos, pudiérase atribuir la conversion á su elocuencia y á la sutileza de sus argumentos, y disminuyérase con eso el crédito y reputacion de la virtud de Cristo. Pues no de esa manera, dice el Apóstol San Pablo: "No quiso Dios que fuese con sabiduría y elocuencia de palabras, para que no se menoscabase la estima de la virtud y eficacia de la Cruz y Pasion de Cristo (3)." Dice San Agustin: «Nuestro Señor Jesucristo, queriendo quebrantar y abajar las cervices de los soberbios, no buscó pescadores por oradores, sino por unos pobres pescadores derribó y ganó á los oradores y á los emperadores. Gran retórico y orador fué San Cipriano, pero primero fué un San Pedro pescador, por medio del cual creyese y se convirtiese, no solo el orador, sino tambien el emperador (1).»

Llena está la Sagrada Escritura de ejemplos en que escogia Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas grandes, para enseñarnos esta verdad y que quedase muy fijo en nuestros corazones, que no tenemos de qué gloriarnos, ni qué atribuir nada á nosotros, sino todo á Dios. Eso nos quiso decir aquella insigne victoria de Judit, una muger flaca contra un ejército de mas de ciento cincuenta mil hombres. Eso nos dice lo de un pastorcico David, que muchacho y sin armas, con su honda, derribó al gigante Goliat. "Para que sepa todo el mundo, dice (2), que hay Dios en Israel, y entiendan todos que no ha menester Dios espada ni lanza para vencer, porque suya es la batalla y suya es la victoria;" y para que esto se entienda, la quiere él dar sin armas. Este fué tambien el misterio de Gedeon, el cual habia juntado treinta y dos mil hombres contra los Madianitas, que eran mas de ciento treinta mil, y dícele Dios: "Gedeon, mucha gente tienes; con tanta gente no podrás vencer (3)." Mirad qué razon de Dios; «no podreis vencer, porque sois muchos.» Si dijera: «no podreis vencer, porque ellos son muchos, y vosotros pocos,» parece que llevaba camino. Engañáis-os, no lo entendeis, esa fuera razon

(1) Quae stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia; et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt destrueret. *I. ad Cor.* I, 27.

(2) Ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus, sed quemadmodum scriptum est (*Jerem.* IX, 23): qui gloriatur, in Domino glorietur. *I. ad Cor.* I, 31.

(3) Non in sapientia verbi, ut non evacuetur Crux Christi. *I. ad Cor.* I, 17.

(1) Dominus noster Jesus Christus volens superborum frangere cervices, non quaesivit per oratorem piscatorem, sed e piscatore, lucratus est imperatorem. Magnus Cyprianus orator, sed prius Petrus piscator, per quem postea crederet, non solum orator, sed et imperator. *Aug. trat.* 7, *sup. Joann.*

(2) Ut sciat omnis terra, quia est Deus in Israel, et noverit universa Ecclesia haec, quia non in gladio, nec in hasta salvat Dominus, ipsius enim est bellum. *I. Reg.* XVII, 42.

(3) Multus tecum est populus, nec tradetur Madian in manus ejus. *Judicum* VII, 2.

de hombres, esotra es razon propia de Dios; «no podreis vencer, dice Dios, porque sois muchos;» ¿por qué? "Porque no se gloríe contra mí Israel, y se alce con la victoria y quede muy ufano, pensando que con sus fuerzas ha vencido (1)." Da Dios traza que solo queden trescientos hombres con Gedeon, y con esos le manda que presente la batalla al enemigo, y con ellos le dió victoria. Y aun no fué menester que se pusiesen en armas, ni que echasen mano á las espadas, sino solo con el sonido de las trompetas, que llevaban en la mano, y con el ruido del quebrar cántaros y el resplandor de las hachas encendidas, que llevaban en la otra mano, causó Dios tanto terror y espanto en los enemigos que unos á otros se atropellaban y mataban, huyendo, pensando que venia todo el mundo sobre ellos. Ahora no direis que por vuestras fuerzas habeis vencido. Eso es lo que pretende Dios. Pues si en las cosas temporales y humanas, en las cuales nuestros medios tienen alguna proporcion con el fin, y nuestras fuerzas con la victoria, no quiere Dios que nos atribuyamos á nosotros cosa alguna, sino que la victoria de la batalla y el buen suceso de los negocios, todo se le atribuya á él; si aun en las cosas naturales, ni el que planta, ni el que riega es algo, no es el hortelano el que hace crecer las plantas y dar fruto á los árboles, sino Dios; ¿qué será en las cosas espirituales y sobrenaturales de la conversion de las almas, y de su aprovechamiento y crecimiento en virtud, donde nuestros medios, fuerzas é industrias quedan tan cortas y tan atrás, que ninguna proporcion tienen con tan alto fin? Y asi dice el Apóstol San Pablo: "Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios solo es el que puede dar el crecimiento y fruto espiritual (1)." Dios solo es el que puede poner terror y espanto en los corazones de los hombres: Dios solo es el que puede hacer que los hombres aborrezcan los pecados y dejen la mala vida, que nosotros solamente podemos hacer un poco de ruido con la trompeta de su Evangelio; y si quebrantamos los cántaros de nuestros cuerpos con la mortificacion para que nuestra luz resplandezca delante de los hombres con vida muy ejemplar, no haremos poco, con eso Dios dará la victoria.

Saquemos de aqui dos cosas que ayudarán mucho para ejercitar nuestros ministerios con mucho consuelo y aprovechamiento, asi nuestro como de los prójimos. La primera, lo que está dicho, que desconfiemos de nosotros y pongamos toda nuestra confianza en Dios, y todo el fruto y buen suceso de los negocios se lo atribuyamos á él. Dice San Crisóstomo: «No nos ensoberbezcamos, sino confesémonos por inútiles, para que asi seamos útiles y provechosos (2).» Y San Ambrosio dice (3): «Si quereis hacer mucho fruto en los prójimos, guardad aquel documento que nos enseña el Apóstol San Pedro:» "El que habla, haga cuenta que Dios puso aquellas palabras en su boca; el que obra, haga cuenta que Dios es el que obra por él, y déle á él la gloria y honra de todo (4)." No nos atribuyamos á nosotros cosa alguna, ni nos alzemos con nada, ni tomemos

(1) Ne glorietur contra me Israel, et dicat meis viribus liberatus sum. *Ib.*

(1) Itaque, neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus. *I. ad Cor.* III, 7.

(2) Nolimus igitur extolli, sed et nos dicamus inutiles, ut utiles efficiamur. *Chrysost. hom. 38, ad populum Antiochenum.*

(3) Ambr. *epist. 4 ad sacram virginem Demetr.*

(4) Si quis loquitur quasi sermones Dei, si quis ministrat tamquam ex virtute, quam administrat Deus, ut in omnibus honorificetur Deus per Jesum Christum, cui est gloria, et imperium in saecula saeculorum. Amen. *I. Pet.* IV, 11.

vano contentamiento en ello. La segunda cosa que habemos de sacar, es, no desanimarnos, ni desconfiar, viendo nuestra poquedad y miseria. De lo cual tenemos tambien mucha necesidad; porque ¿quién viéndose llamado á un fin é instituto tan alto y sobrenatural, como es convertir almas, sacarlas de pecados, de heregías é infidelidad; quién poniendo los ojos en sí no desmayará? «¡Jesus! ¡qué desproporcion tan grande! No dice á mí esa empresa, que yo soy mas necesitado y mas miserable que todos.» ¡Oh! qué engañado estais, antes por eso dice á vos esa empresa. No podia acabar de creer Moisés que él habia de hacer una obra tan grande, como era sacar el pueblo de Israel del cautiverio de Egipto, y escusábase con Dios que le enviaba á eso: "¿Quién soy yo, para ir á tratar con el rey y hacer que deje salir el pueblo de Israel de Egipto (1)?" "Enviad, Señor, á quien habeis de enviar (2);" que yo no soy para eso, que soy tartamudo. Eso es lo que yo he menester, dice Dios: que no lo has de hacer tú, yo seré contigo, y te enseñaré lo que has de hablar (3). Lo mismo aconteció al Profeta Jeremías: enviábale Dios á predicar á las gentes, y comienza á escusarse: "A, a, a. ¿No veis, Señor, que no acierto á hablar, que soy niño (4)?" ¿cómo me quereis enviar á una empresa tan grande? Y aun por esto, que bien estais en la cuenta, esto es lo que anda Dios á buscar; antes, si tuviérades muchas partes, por ventura no os escogiera Dios para eso, porque no os alzárades con ello y os atribuyérades á vos algo. Anda Dios á escoger gente humilde, gente que no se atribuya nada á sí, y por eso quiere hacer cosas grandes.

Cuentan los sagrados Evangelistas que, viniendo de predicar los Apóstoles, viendo Cristo nuestro Redentor el fruto y maravillas grandes que habian hecho, se recogió en Espíritu Santo, y comenzó á glorificar y dar gracias á su Padre Eterno: "Gracias te doy, Padre Eterno, Señor del cielo y la tierra, que escondiste estas cosas á los sábios y prudentes del mundo, y las revelaste y comunicaste á los pequeñuelos, y por ellos quieres hacer tantas maravillas y milagros: bendito y alabado seais, Señor, para siempre, porque os ha placido hacerlo asi (1)." ¡Oh! dichosos los pequeñuelos, dichosos los humildes, los que no se atribuyen nada á sí, porque ellos son los que levanta Dios; esos son por quien hace las maravillas; á esos toma él por instrumento para hacer grandes cosas, grandes conversiones y grande fruto en las almas! Por eso nadie desconfie, nadie se desanime. No quieras temer, manada pequeña, no desmayes, ni te desanimes, Compañía mínima de Jesus, por verte pequeñuela y la mas mínima de todas, porque le ha placido á vuestro Padre celestial de franquearos las almas y corazones de los hombres (2). Yo seré con vosotros, dijo Cristo nuestro Redentor á nuestro P. S. Ignacio cuando le apareció yendo á Roma; yo os ayudaré, yo seré en vuestra compañía (3); y por este milagro y aparicion maravillosa se le dió á esta Religion este nombre y apellido de la Compañía de Jesus,

(1) Quis sum ego ut vadam ad Pharaonem, et educam filios Israel de Aegypto? *Exod.* III. 11.

(2) Obsecro, Domine, mitte quem missurus es. *Exod.* IV, 11.

(3) Ego erò in ore tuo, doceboque te quid loquaris. *Ibid.*

(4) A, a, a. Domine Deus, ecce nescio loqui, quia puer ego sum. *Jeremiae* I, 6.

(1) In ipsa hora exultavit Spiritu Sancto, et dixit: confiteor tibi, Pater, Domine coeli, et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis; ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te. *Luc.* X, 21.—*Matth.* XI, 25.

(2) Nolite timere pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. *Luc.* XII, 32.

(3) Ego vobis Romae propitius ero. *Lib. 2, vitae S. P. N. Ignatii, cap.* 11.

para que entendamos que no somos llamados á la Compañía y órden de San Ignacio, sino á la Compañía de Jesus, y tengamos por cierto que Jesus será siempre en nuestra ayuda, como él se lo prometió á nuestro Padre, y que á él tenemos por caudillo y capitan, y asi no nos cansemos ni desmayemos en esta empresa tan grande de ayudar á las almas á que Dios nos ha llamado.

CAPITULO V.

Del primer grado de humildad, que es tenerse uno en poco y sentir bajamente de sí mismo.

San Laurencio Justiniano dice que ninguno conoce bien qué es humildad, sino el que ha recibido de Dios ser humilde. Es cosa muy difícil de conocer. En ninguna cosa se engaña tanto el hombre, dice el Santo, como en conocer la verdadera humildad. ¿Pensais que consiste en decir que soy un miserable, y que soy un soberbio? Si en esto consistiera, bien fácil cosa fuera; todos fuéramos humildes, porque todos andamos diciendo de nosotros que somos unos tales y unos cuales; ¡plegue al Señor que lo sintamos asi y que no lo digamos solamente con la boca y por cumplimiento! ¿Pensais que consiste la humildad en traer vestidos viles y despreciados, ó en andar en oficios bajos y humildes? No consiste en eso, porque ahí puede haber tambien mucha soberbia y desear uno ser tenido y estimado por eso, y tenerse por mejor y mas humilde que otros, que es la fina soberbia. Verdad es que ayudan mucho estas cosas esteriores á la verdadera humildad, si se toman como deben, como adelante diremos (1); pero, al fin, no consiste en eso la humildad. «Muchos, dice San Gerónimo, siguen la sombra y apariencia de humildad (1);» fácil cosa es traer la cabeza inclinada, los ojos bajos, hablar con voz humilde, suspirar muchas veces, y á cada palabra llamarse miserables y pecadores; pero si á esos les tocais con una palabra, aunque sea muy liviana, luego vereis cuán lejos están de la verdadera humildad: cesen todas las palabras fingidas, vayan fuera todas esas hipocresías y esterioridades; que el verdadero humilde, en la paciencia y sufrimiento se echa de ver; esa, dice San Gerónimo, es la piedra de toque donde se conoce la verdadera humildad.

San Bernardo desciende mas en particular á declarar en qué consiste esta virtud, y pone esta definicion: «La humildad es una virtud, con la cual el hombre, considerando y viendo sus defectos y miserias, se tiene en poco á sí mismo (2).» No está la humildad en palabras ni en cosas esteriores, sino en lo íntimo del corazon, en un sentir bajísimamente de sí mismo, en tenerse en poco, y en desear ser tenido de los otros en baja reputacion, que nazca de un profundísimo conocimiento propio.

Para declarar y desmenuzar esto, ponen los Santos muchos grados de humildad. El bienaventurado San Benito, á quien sigue Santo Tomás y otros Santos (3), pone doce grados; San Anselmo pone siete (4); San Buenaventura los reduce á tres (5); y esto seguiremos ahora, por causa de mas brevedad; y para que recogiendo la doctrina á menos puntos, la tengamos mas delante de los ojos para ponerla

(1) Cap. XXIII y siguientes.

(1) Multi humilitatis umbram, veritatem pauci sectantur. Auferantur omnia figmenta verborum, cessent simulati gestus, verum humilem patientia ostendit. *Hyeron. epist.* 27.

(2) Humilitas est virtus, qua homo verissima sui agnitione sibi ipsi vilescit. *Bernard., tract. de gradibus humilitatis.*

(3) S. Thom. 2-2, *q.* 161, *art.* 6.

(4) Anselm., *lib. de similitudinibus.*

(5) Bonav. *processu 6 Religionis, cap.* 22.

por obra. El primer grado de humildad, dice San Buenaventura, es que se tenga uno á sí mismo en poco y sienta bajamente de sí; y el medio único y necesario para esto es el propio conocimiento. Estas dos cosas son las que comprende la definicion de la humildad de San Bernardo, y así solo comprende este primer grado. La humildad es una virtud con la cual el hombre se tiene en poco á sí mismo: veis ahí lo primero. Y esto hace, dice San Bernardo, teniendo verdadero conocimiento de sí y de sus miserias y defectos. Por esto ponen algunos por primer grado de humildad el conocimiento propio, y con mucha razon. Pero nosotros, como reducimos todos los grados, á tres con San Buenaventura, ponemos por primer grado de humildad el tenerse uno á sí mismo en poco; y al conocimiento propio, ponémosle por medio necesario para alcanzar este grado de humildad; pero en la sustancia todo es uno. Todos convenimos en que el conocimiento propio es el principio y fundamento para alcanzar la humildad y tenernos en lo que somos. Por que ¿cómo habeis de tener á uno en lo que es, si no le conoceis? No puede ser: es menester que primero conozcais quién es, y así le tendreis y honrareis como á tal. Así, es menester que primero os conozcais quién sois, y despues tenéos en lo que sois, que para esto licencia teneis; porque si os teneis en lo que sois, sereis bien humilde, porque os tendreis en muy poco; pero si os quereis tener en mas de lo que sois, eso es soberbia. «Por eso se llama uno soberbio, dice San Isidoro (1), porque se tiene y quiere ser tenido sobre lo que es y en mas de lo que es.» Y esta es una de las razones que dan algunos de amar Dios tanto la humildad, porque es muy amigo de la verdad, y la humildad es verdad, y la soberbia y presuncion es mentira y engaño; porque no sois vos lo que pensais, ni lo que quereis que los otros piensen que sois. Pues si quereis andar en verdad y en humildad teneos en lo que sois. Por cierto, que no parece que pedimos mucho en pediros que os tengais en lo que sois y que no os querais tener en mas, porque no es razon que nadie se tenga en mas de lo que es, antes seria grande engaño, y muy peligroso, andar uno engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es.

(1) Superbus dictus est, quia super vult videri quam est. *Isidor. lib. Ethimologiarum.*

CAPITULO VI.

Del propio conocimiento, que es la raiz y el medio único y necesario para alcanzar la humildad.

Comencemos á cavar y ahondar en lo que somos y en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, para que así descubramos este riquísimo tesoro. Dice San Gerónimo: «Entre este estiércol de vuestra bajeza y de vuestros pecados y miserias, hallareis esta margarita preciosa de la humildad (1).» Comencemos del ser corporal, sea esta la primera azadonada. Dice San Bernardo: «Estas tres cosas ten siempre delante de los ojos: ¿qué fuiste? ¿qué eres? ¿qué serás? Ten siempre delante de los ojos lo que fuistes antes de tu generacion, que es una materia hedionda y sucia que no se puede decir; qué eres ahora, que es un vaso de estiércol qué serás de aquí á poco, que será manjar de gusanos (2).» Bien tenemos aquí qué meditar y

(1) Drachma periit et tamen invenitur in stercore. *Hieron. ad Rusticum.*

(2) Ista tria semper in mente habeas, quid fuisti? quid es? quid eris? Quid fuisti? quia sperma factidum. Quid es? quia vas stercorum. Quid eris? quia esca vermium. *Bernard. in formula honestae vitae.*

en qué ahondar. Dice muy bien Inocencio, Papa: «¡Oh condicion baja y vil de la naturaleza humana! Mira los árboles y las yervas del campo, y hallarás que ellas producen y echan de sí flores, hojas y frutos muy buenos; y el hombre produce y cría de sí mil sabandijas. Las plantas y los árboles producen de sí aceite, vino y bálsamo, y echan de sí un olor muy suave; el hombre echa de sí mil inmundicias y un hedor abominable que pone asco pensar en ello, cuanto mas decirlo. Al fin, cual es el árbol, tal es el fruto, porque el árbol malo no puede llevar fruto bueno (1).» Con mucha razon, por cierto, y con mucha propiedad comparan los Santos al cuerpo humano á un muladar cubierto de nieve, que por de fuera parece blanco y dentro está lleno de inmundicias y suciedades. Dice el bienaventurado San Bernardo: «Si os poneis á considerar lo que echais por los ojos, oidos, boca y narices y por los demas albañares del cuerpo, no hay muladar tan sucio, ni que tales cosas eche de sí (2).» ¡Oh, qué bien dijo el Santo Job! ¿Qué es el hombre sino un poco de podre y un manantial de gusanos? "A la podre dije: tú eres mi padre." La semejanza que hay de *podre* á *padre*, esa y mas hay de nosotros á la podre. "Y á los gusanos dije: vosotros sois mi madre y mis hermanos (3):" eso es el hombre, un manantial de podre y un costal de gusanos. ¿Pues de qué nos ensoberbecemos? "¿De qué se ensoberbece el polvo y la ceniza (1)?" De aquí á lo menos no tenemos de qué nos ensoberbecer, sino harto de que nos humillar y tener en poco. Y asi dice San Gregorio: «La guarda de la humildad es acordarnos de nuestra propia fealdad (2).» Debajo de esta ceniza se conserva ella muy bien.

Pasemos adelante, cavemos y ahondemos un poco mas, demos otra azadonada, mirad quién érades antes que Dios os criase, y hallareis que érades nada, y que no podiades vos salir de aquellas tinieblas del no ser, sino que Dios, por su bondad y misericordia, os sacó de aquel abismo profundo, y os puso en el número de sus criaturas dándoos el verdadero y real ser que teneis. De manera que cuanto es de nuestra parte somos nada; y así, nos habemos de tener por iguales de nuestra parte á las cosas que no son, y atribuir á Dios la ventaja que les llevamos. Eso es lo que dice San Pablo: "Si alguno piensa que es algo, engáñase, que nada es (3)." Gran mina se nos descubre aquí para enriquecernos de humildad.

Y aun hay mas en esto, que aun despues que fuimos criados y recibimos el ser, no nos tenemos en nosotros mismos; no es como cuando el oficial hizo la casa, que despues de edificada la dejó, y ella se sustenta sin tener necesidad del oficial que la hizo; no es así en nosotros, sino que despues de criados, tenemos tanta necesidad de Dios cada momento de nuestra vida, para no perder el ser que tenemos, como la tuvimos para, siendo nada, alcanzar el ser. Él nos está siempre sustentando y teniendo con su mano poderosa para que no

(1) O vilis conditionis humanae indignitas! O indignae vilitatis humanae conditio! Herbas, et arbores investiga, illae de se producunt flores et frondes, et fructus, et tu de te lendes, et pediculos, et lumbricos.—Illae de se effundunt oleum, vinum, et balsamum, et tu de te sputum, urinam, et stercus; illae de se spirant suavitatis odorem, et tu de te reddis abominationem faetoris. Qualis arbor, talis fructus, non enim potest arbor mala fructus bonos facere. *Innoc. Papa, lib.* 8 *de Contemptu mundi, c.* 8.

(2) Si diligenter consideres, quid per os, et nares, caeterosque corporis meatus egrediatur, vilius sterquilinium nunquam vidisti. *Bernard., c.* 3 *Meditationum.*

(3) Putredini dixi, pater meus es; mater mea et soror mea, vermibus. *Job.* XVII, 14.

(1) Quid superbit terra, et cinis? *Eccles.* X, 9.

(2) Custos humilitatis est recordatio propriae faeditatis. *Greg.*

(3) Si quis existimat se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seduxit. *Ad Galat.* VI, 3.

caigamos en el pozo profundo de la nada, de la cual primero nos sacó. Y asi dice David: "Vos, Señor, me hicistes y pusistes vuestra mano sobre mí (1)." Esa vuestra mano, Señor, que teneis puesta sobre mí, me tiene en pié, y me conserva para que no me torne á volver en la nada que antes era. Estamos siempre tan colgados y pendientes de esta manutenencia de Dios que, si esta nos faltase, y nos soltase de su mano un solo momento, en el mismo punto faltaríamos nosotros y dejaríamos de ser, y nos volveriamos en nuestra nada, como en escondiéndose el sol falta la luz en la tierra. Por eso dice la Escritura divina: "Todas las gentes son delante de Dios, como si no fuesen, y como nada y vanidad son reputados delante de él (2)." Esto es lo que todos andamos diciendo á cada paso, que somos nada; pero creo lo decimos solamente con la boca, no sé si entendemos lo que decimos. ¡Oh! si lo entendiésemos y sintiésemos como lo entendia y sentia el Profeta, cuando decia: "Yo soy, Señor, delante de vos, como nada (3);" verdaderamente nada soy cuanto es de mi parte, porque nada era, y el ser que tengo no lo hube de mí, sino que vos, Señor, me le distes, y á vos le tengo de atribuir, y yo no tengo de qué gloriarme, ni envanecerme en eso, porque no fuí parte ninguna en ello, y vos estais siempre conservando ese ser y teniéndole en pié, y me estais dando las fuerzas para obrar: todo el ser, todo el poder, toda la fuerza para obrar, nos ha de venir de vuestra mano; que nosotros de nuestra parte no podemos, ni valemos nada, porque somos nada. Pues ¿qué tenemos de que nos podamos ensoberbecer? ¿por ventura de la nada? Poco há decíamos ¿de qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? Ahora podemos decir: ¿de qué te ensoberbeces, siendo nada, que es menos que polvo y ceniza? ¿Qué razon, ó qué ocasion tiene la nada para engreirse y ensoberbecerse y tenerse en algo? Ninguna, por cierto.

(1) Tu formasti me, et posuisti super me manum tuam. *Ps.* XXXVIII, 5.

(2) Omnes gentes, quasi non sint, sic sunt coram eo: et quasi nihilum, et inane reputatae sunt ei. *Isai.* XL, 17.

(3) Et substantia mea tanquam nihilum ante te. *Ps.* XXXVIII, 6.

CAPITULO VII.

De un medio muy principal para conocerse el hombre á sí mismo y alcanzar la humildad, que es la consideracion de sus pecados.

Pasemos adelante, y cavemos y ahondemos mas en nuestro propio conocimiento: demos otra azadonada. «¿Pues hay mas qué ahondar? ¿hay mas hondo que la nada?» Sí, y aun harto mas. ¿Qué? El pecado que vos añadistes. ¡Oh! ¡qué cosa tan honda! muy mas hondo es eso que la nada; porque peor es el pecado, que el no ser; y mejor fuera no ser, que haber pecado: y asi dijo Cristo nuestro Redentor de Judas porque le habia de vender: "Mas le valiera no haber nacido (1)." No hay lugar tan bajo, ni tan apartado y despreciado en los ojos de Dios, entre todo lo que es y no es, como el hombre que está en pecado mortal, desheredado del cielo, enemigo de Dios, sentenciado al infierno para siempre jamás. Y aunque ahora, por la bondad del Señor, no tengais conciencia de pecado mortal; pero asi como para conocer nuestra nada, nos acordábamos del tiempo que no teníamos ser (2), asi para conocer nuestra bajeza y miseria, nos habemos de acordar del tiempo en que estábamos en pecado. Mirad

(1) Bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille. *Matth.* XXVI, 24.

(2) Cap. precedente.

en cuán miserable estado estábades cuando delante de los ojos de Dios estábades feo y desagradable, y enemigo suyo, hijo de ira, obligado á los fuegos eternos; y despreciaos, y abajaos en el mas profundo lugar que pudiéredes, muy de espacio; que seguramente podeis creer que, por mucho que os desprecieis y humilleis, no podreis abajar, ni llegar al abismo del desprecio que merece el que ofendió al infinito bien, que es Dios. No tiene suelo este negocio; es un abismo profundísimo é infinito, porque hasta que veamos en el cielo cuán bueno es Dios, no podemos del todo conocer cuán malo sea el pecado, que es contra Dios, y cuánto mal merece quien le comete.

¡Oh! si anduviésemos en esta consideracion, y cavásemos y ahondásemos en esta mina de nuestros pecados y miserias, ¡cuán humildes seriamos! ¡cuán en poco nos tendriamos! ¡y cuán bien recibiriamos el ser despreciados y desestimados! Quien ha sido traidor á Dios ¿qué desprecios no abrazará por amor de él? Quien trocó á Dios por un antojo y apetito suyo y por un deleite de un momento; quien ofendió á su Criador y Señor y merecia estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, qué afrentas no recibirá de buena voluntad, en recompensa y satisfaccion de las ofensas que ha cometido contra la magestad de Dios? Decia el Profeta David: "Antes que me viniese el azote con que Dios me aflige y humilla, yo habia hecho por qué; ya yo habia delinquido (1)," y por eso callo y no me oso quejar, porque todo es mucho menos de lo que habia de ser, conforme á mis culpas. No me habeis castigado, Señor, como yo merecia; que todo es nada cuanto podemos padecer en esta vida, en comparacion de lo que merece un solo pecado que hubiésemos hecho. ¿No os parece que merece ser deshonrado y despreciado quien deshonró y despreció á Dios? ¿No os parece que es razon que sea tenido en poco el que tuvo en poco á Dios? ¿No os parece que la voluntad que se atrevió á ofender á su Criador, merece que de aqui adelante jamás se haga cosa que ella pretenda y quiera, en pena de su grande atrevimiento?

Y hay en esto otra cosa particular, que aunque podemos confiar en la misericordia de Dios que nos ha perdonado ya nuestros pecados; pero, al fin, no tenemos certidumbre de ello. "No sabe el hombre, dice el Sábio (1), si le ama Dios ó le aborrece." Y San Pablo decia: "No me remuerde la conciencia de pecado, mas no por eso sé si estoy justificado (2)." ¡Y ay de mí, si no lo estoy, que aunque sea religioso y aunque convierta á otros, poco me aprovechará! "Aunque hable con lenguas de Angeles, dice el Apóstol (3); aunque tenga don de profecía y sepa todas las ciencias; aunque dé toda mi hacienda á pobres, y aunque convierta todo el mundo, si no tengo caridad, nada soy y nada me aprovechará." ¡Ay de vos, si no teneis caridad y gracia de Dios, nada sois y menos que nada! Gran medio es para andar uno humillado y sentir siempre bajamente de sí, y tenerse en poco, no saber si está en gracia ó si está en pecado. Sé cierto que ofendí á Dios, y no sé de cierto si estoy perdonado: ¿quién se atreverá á levantar la cabeza?

(1) Prius quam humiliarer, ego deliqui; propterea eloquium tuum custodivi. *Ps.* CXVIII, 67.

(1) Nescit homo utrum amore an odio dignus sit. *Eccl.* IX, 1.

(2) Nihil mihi conscius sum; sed non in hoc justificatus sum. *I. ad Cor.* IV, 4.

(3) Si linguis hominum loquar, et angelorum, charitatem autem non habeam, nihil sum. *I. ad Cor.* XIII, 1.

¿quién con esto no andará confundido y humillado debajo de la tierra? Por esto dice San Gregorio, que nos escondió Dios la gracia. Aunque parece penoso este temor é incertidumbre, en que Dios nos dejó, que no sepamos de cierto si estamos en su amistad ó no; empero fué merced y misericordia suya, porque nos es esto muy provechoso para alcanzar la humildad (1), para conservarla, para no despreciar á nadie, por muchos pecados que haya hecho. ¡Oh! ¡que aquel, aunque haya hecho mas pecados que yo, estará ya perdonado y en gracia de Dios, y yo no sé si lo estoy! Sirve de espuelas para bien obrar y no nos descuidar, sino siempre andar con temor y humildad delante de Dios, pidiéndole perdon y misericordia, como nos lo aconseja el Sábio: "Bienaventurado el varon que siempre anda con temor (2)." Muy eficaz es esta consideracion de los pecados para tenernos en poco y andar siempre humildes y debajo de la tierra, y mucho hay que cavar y ahondar en ella.

Pues si nos pasamos á considerar los efectos y daños que causó en nosotros el pecado original, ¡cuán copiosa y abundante materia hallaríamos para humillarnos y tenernos en poco! ¡cuán estragada quedó la naturaleza por el pecado, que así como una piedra con el peso es inclinada á ir hácia abajo, así por la corrupcion del pecado original tenemos una vivísima inclinacion á las cosas de nuestra carne, honra y provecho; estamos vivísimos á las cosas terrenales que nos tocan, y muertos para el gusto de las cosas espirituales y divinas; manda en nosotros lo que habia de obedecer, y obedece lo que habia de mandar; y finalmente, estamos tan miserables, que debajo de cuerpo humano y derecho traemos escondidos apetitos de bestias y corazones encorbados hácia la tierra. "¿Quién podrá conocer la malicia del corazon humano (1)?" Cuanto mas caváredes en esa pared, se descubrirán mayores abominaciones, como le fué mostrado en figura á Ezequiel (2). Pues si nos ponemos á pensar nuestras culpas presentes, hallarémonos muy llenos de ellas, porque eso es lo que tenemos de nuestra cosecha. ¡Cuán fáciles somos en la lengua; cuán descuidados en la guarda del corazon; cuán inconstantes en los buenos propósitos; cuán amigos de nuestro propio interese y regalo; cuán deseosos de cumplir nuestros apetitos; cuán llenos estamos de amor propio, de propia voluntad y juicio; cuán vivas tenemos todavia nuestras pasiones; cuán enteras nuestras malas inclinaciones, y cuán fácilmente nos dejamos llevar de ellas. Dice muy bien S. Gregorio (3), sobre aquellas palabras de Job: "Contra la hoja, que se lleva el viento, ostentas tu poder (4)," que con mucha razon se compara el hombre á la hoja de árbol; porque así como esta se trueca y vuelve con cada viento, así el hombre se vuelve y muda con el viento de las pasiones y tentaciones; unas veces le turba la ira, otras la vana alegria, otras le lleva tras sí el apetito de la avaricia y de la ambicion, otras el de la lujuria; unas veces le levanta la soberbia, otras le acobarda y abate el temor desordenado. Y así dijo tambien Isaías: "Como las hojas de los árboles son combatidas y caen con los vientos, así nosotros somos combatidos y derribados con

(1) Ut unam gratiam certam habeamus: scilicet, humilitatem. *Greg.*

(2) Beatus homo, qui semper est pavidus. *Prov.* XXVIII, 14.—De propitiato peccato noli esse sine metu. *Eccl.* V, 5.

(1) Pravum est cor omnium, et inscrutabile; quis cognoscet illud? *Jerem.* XVII, 9.

(2) Ezechiel. VIII, 8.

(3) Greg. *lib.* 11. *Mor.*, c. 24.

(4) Contra folium, quod vento rapitur, ostendis potentiam tuam. *Job.* XIII, 25.

las tentaciones (1);" no tenemos estabilidad, ni firmeza en la virtud, ni en los buenos propósitos. Bien tenemos de qué confundirnos y humillarnos; y no solamente mirando á nuestros males y pecados, sino mirando á las obras que á nosotros nos parecen muy buenas; si bien las consideramos y examinamos, hallaremos harta ocasion y materia para humillarnos por las faltas é imperfecciones que comunmente mezclamos con ellas, conforme á aquello del mismo Profeta: "Todos nosotros somos como el inmundo, y como el paño manchado todas nuestras buenas obras (2)," si se consideran las imperfecciones que en ellas solemos hallar; de lo cual dijimos en otra parte (3), y asi no será menester alargarnos mas aqui.

CAPITULO VIII.

Cómo nos habemos de ejercitar en el propio conocimiento, para no desmayar ni desconfiar.

Es tan grande nuestra miseria y tenemos tanto de que humillarnos, y esperimentámoslo nosotros tanto, que mas parece que tenemos necesidad de ser animados y esforzados para que no desmayemos, ni desconfiemos, viendo en nosotros tantas faltas é imperfecciones, que exhortados al conocimiento de eso. Y en tanto grado es esto verdad, que los Santos y maestros de la vida espiritual nos enseñan que de tal manera habemos de cavar y ahondar en el conocimiento propio de nuestras miserias y flaquezas, que no paremos ahí, porque no venga el ánima en desconfianza y desesperacion, viendo en si tanta miseria y tanta inconstancia en los buenos propósitos; sino que pasemos adelante al conocimiento de la bondad de Dios y pongamos en él toda nuestra confianza. Asi como dice San Pablo (1) que la tristeza por haber pecado no ha de ser tanta que cause descaecimiento y desesperacion, sino ha de ser una tristeza templada y mezclada con la esperanza del perdon, poniendo los ojos en la misericordia de Dios, y no parando en sola la consideracion del pecado y de su fealdad y gravedad; asi dicen que no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no desmayemos y desconfiemos, sino que habemos de cavar y ahondar en nuestro propio conocimiento, para con eso desconfiar de nosotros, viendo que de parte nuestra no tenemos arrimo, ni en qué estribar, y poner luego los ojos en Dios y confiar en él; y de esa manera, no solo no quedaremos desmayados, sino antes mas animados y esforzados: porque lo que sirve de desmayar mirando á vos, sirve para esforzar mirando á Dios. Y mientras mas conociéredes vuestra flaqueza, y mas desconfiáredes de vos, mirando á Dios, estribando y poniendo en él toda vuestra confianza, quedareis mas fuerte y mas esforzado para todo.

Empero advierten aquí los Santos una cosa de mucha importancia, que asi como no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no vengamos en desconfianza y desesperacion, sino pasar adelante al conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y poner en él toda nuestra confianza; asi tampoco habemos de parar ahí, sino tornar luego á poner los ojos en nosotros mismos y en nuestra flaqueza y miseria: por-

(1) Cecidimus quasi folium universi, et iniquitates nostrae quasi ventus abstulerunt nos. *Isaiae* LXIV, 6.

(2) Facti sumus ut immundus omnes nos, et quasi pannus menstruatae universae justitiae nostrae. *Isaiae* LXIV, 6.

(3) 1. part., trat. 3, c. 6.

(1) Ne forte abundantiori tristitia absorbeatur, qui ejusmodi est. *I. ad Cor.* II, 7.

que si paramos en el conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y nos olvidamos de lo que somos nosotros, hay en eso un peligro muy grande de caer en presuncion y soberbia, porque vendríamos á asegurarnos demasiado de nosotros mismos, y á andar muy confiados, y no tan recatados y temerosos como es menester, que es un gran despeñadero, raiz y principio de grandes y temerosas caidas. ¡Oh, ¡cuántos muy espirituales, y que parecia que se levantaban hasta el cielo en el ejercicio de la oracion y contemplacion, se han despeñado por aquí! ¡Oh! ¡cuántos que verdaderamente eran santos y grandes santos, han venido por aqui á dar miserables caidas! porque se olvidaron de sí, porque se aseguraron demasiado con los favores que recibian de Dios. Andaban muy confiados y como si ya para ellos no hubiera peligro, y asi vinieron á caer miserablemente. Llenos tenemos los libros de semejantes caidas. San Basilio dice que la causa de aquella miserable caida del rey David, en adúltero y homicida, fué una presuncion que tuvo una vez que fué visitado de la mano de Dios con abundancia de mucha consolacion y se atrevió á decir: "No seré ya mudado de este estado para siempre (1)." Pues esperaos un poco, alzará Dios algun tanto la mano, cesarán esos favores y regalos estraordinarios, y vereis lo que pasa. Dejaraos Dios en vuestra pobreza, y hareis de las vuestras y conocereis por vuestro mal, despues de caido, lo que no quisisteis conocer cuando érades favorecido y visitado de Dios (2). Y la causa de la caida y negacion del Apóstol San Pedro, dice San Basilio (3) que fué el haber presumido y confiado vanamente de sí. "Aunque sea menester morir contigo, dijo (1), no te negaré; y si todos se escandalizaren, yo jamás me escandalizaré." Asi pues, porque dijo con arrogancia y presuncion que, aunque todos se escandalizasen, él no se escandalizaria, sino que antes moriria; por eso permitió Dios que cayese para que se humillase y conociese. Nunca habemos de apartar los ojos de nosotros mismos, ni tenernos por seguros en esta vida; sino, mirando lo que somos, andar siempre con grande temor de nosotros mismos y con grande recato y cuidado, no nos haga alguna traicion este enemigo que traemos con nosotros y nos arme alguna zancadilla con que nos haga caer.

De manera, que asi como no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, sino pasar luego al conocimiento de la bondad de Dios, asi tampoco habemos de parar en el conocimiento de Dios y de sus misericordias y favores, sino tornar luego á bajar los ojos á nosotros mismos. Esta es la escala de Jacob, que por una parte está fija en la tierra de nuestro propio conocimiento, y por otra llega á la cumbre del cielo. Por ahí habeis de subir y bajar, como subian y bajaban los ángeles por aquella. Subid al conocimiento de la bondad de Dios, y no pareis ahí, porque no vengais en presuncion, sino tornad á bajar al conocimiento de vos mismo, y no pareis ahí, porque no desmayeis y desconfies, sino tornad á subir al conocimiento de Dios, para tener confianza en él; todo ha de ser subir y bajar por esta escala.

De esta manera usaba este ejercicio Santa Catalina de Sena (2), para librarse de diversas tentaciones que el demonio le traia,

(1) Ego dixi in abundantia mea, non movebor in aeternum. *Psalm.* XXIX, 7.
(2) Avertisti faciem tuam a me, et factus sum conturbatus. *Ibid.*
(3) Basil. *hom.* 22 *de humilitate, et in regulis brevioribus, respons.* 81.

(1) Etiam si oportuerit me mori tecum, non te negabo. *Matth.* XXVI, 35.—Et si omnes scandalizati fuerint in te, ego nunquam scandalizabor. *Ib.* v. 33.
(2) S. Catalina de Sena, *cap.* 67 *de los Diálogos*

como ella misma lo cuenta en los Diálogos; cuando el demonio la tentaba por confusion, queriéndola hacer entender que toda su vida habia sido engaño; entonces ella se alzaba y levantaba en la misericordia de Dios con humildad, diciendo: «yo confieso á mi Criador que mi vida toda ha sido tinieblas; mas yo me esconderé en las llagas de Jesucristo crucificado y me bañaré en su sangre, y así habrá consumido mis maldades (1), y me gozaré en mi Criador y Señor.» Y cuando el demonio la queria levantar por soberbia con la contraria tentacion, diciendo: «tú eres perfecta y agradable á Dios, y no es menester que mas te aflijas, ni que llores mas tus defectos;» entonces ella se humillaba, y respondia al demonio, diciendo: «¡miserable de mí! San Juan Bautista no hizo jamás pecado y fué santificado en el vientre de su madre, y no por eso dejó de hacer tanta penitencia, y yo he cometido tantos defectos y nunca los he llorado ni conocido como debiera.» Con esto el demonio no pudiendo sufrir tanta humildad por una parte ni tanta confianza en Dios por otra, la dijo: «maldita seas tú y quien te lo enseñó, que no sé por dónde te entre; que si yo te abato por confusion, tú te levantas en alto á la misericordia de Dios; y si yo te levanto, te abajas hasta el infierno por humildad, y dentro del mismo infierno me persigues;» y así la dejaba, porque volvia con grande pérdida. Pues de esta manera habemos nosotros de usar este ejercicio, y andaremos por una parte temerosos y recatados, y por otra esforzados y regocijados; temerosos de nosotros mismos, y esforzados y alegres en Dios. Estas son las dos lecciones que aquel Santo (2) dice da Dios cada dia á sus escojidos: una de ver sus defectos, y otra de ver la bondad de Dios que con tanto amor se los quita.

(1) Lavabis me, et super nivem dealbabor. *Ps.* L, 9.
(2) Tomas de Kempis.

CAPITULO IX.

De los bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento.

Para que nos animemos mas á este ejercicio de nuestro propio conocimiento, iremos diciendo algunos de los grandes medios y provechos que hay en él. Ya queda dicho (1) uno muy principal, que es ser fundamento y raiz de la humildad y medio necesario para alcanzarla y conservarla. Preguntado uno de aquellos Padres antiguos cómo podria uno alcanzar la verdadera humildad, respondió: «El que apartare los ojos de las faltas agenas y los pusiere en las suyas propias, cavando y ahondando en su propio conocimiento, ese alcanzará la verdadera humildad (2).» Esto solo bastaba para que procurásemos darnos mucho á este ejercicio, pues tanto nos va en alcanzar la virtud de la humildad. Pero pasan adelante los Santos, y dicen (3) que el humilde conocimiento de sí mismo es mas cierto camino para conocer á Dios que el propio ejercicio de todas las ciencias. Y esa es la razon que da San Bernardo, porque esta es mas alta ciencia que las demas y de mayor provecho, porque por aquí viene el hombre en conocimiento de Dios: lo cual dice San Buenaventura (4) que nos da á entender aquel misterio del sagrado Evangelio, que Cristo nuestro Redentor obró en aquel ciego desde su nacimiento, que poniéndole lodo en

(1) Cap. V.
(2) Si sua tantummodo, et non alterius mala consideret.
(3) Cap. XII.
(4) Bonav. *processu* 5 *Relig. cap.* 18.

los ojos le dió vista corporal conque se viese á sí, y vista espiritual con que conociese á Dios y le adorase. Así, dice (1), á nosotros que nacemos ciegos con ignorancia de Dios y de nosotros mismos, nos dá Dios vista poniendo sobre nuestros ojos el lodo de que fuimos formados, para que considerando que somos un poco de lodo, recibamos vista con que nos veamos y conozcamos primero á nosotros, y de ahí vengamos á conocer á Dios. Esto mismo pretende la Iglesia nuestra Madre con aquella santa ceremonia, que usa al principio de la Cuaresma, de ponernos lodo encima de los ojos, diciendo: «Acuérdate, hombre, que eres lodo y polvo y que en eso te has de volver (2),» para que conociéndose á sí, venga á conocer á Dios y á pesarle de haberle ofendido y hacer penitencia de sus pecados. De manera, que el verse y conocerse á sí mismo, el considerar el hombre su lodo y bajeza, es medio para venir en conocimiento de Dios; y mientras mas conociere uno su bajeza, mas conocerá y echará de ver la grandeza y alteza de Dios. Porque un contrario puesto junto de su contrario, y un estremo puesto del otro estremo, échase mas de ver (3): lo blanco puesto sobre lo negro, resplandece y campea mucho mas. Pues el hombre es la suma bajeza, y Dios la suma alteza; son dos estremos contrarios: de ahí es que mientras mas uno se conoce á sí mismo, viendo que de sí no tiene bien ninguno, sino nada y pecados; mas echa de ver la bondad y misericordia y liberalidad de Dios, que se inclina á amar y tratar con tan grande bajeza como la nuestra.

De aquí se viene el ánima á encender é inflamar mucho en amor de Dios, porque nunca se acaba de maravillar y dar gracias á Dios, viendo que siendo el hombre tan miserable y malo, le sufre Dios y le hace tantas mercedes; que muchas veces no nos podemos nosotros sufrir á nosotros mismos, y que sea tanta la bondad de Dios y misericordia para con nosotros que no solo nos sufra, pero que diga él: "Mis deleites son estar con los hijos de los hombres (1)." ¿Qué hallastes, Señor, en los hijos de los hombres, para que digais que vuestros deleites son estar y conversar con ellos?

Por esto usaban tanto los Santos este ejercicio del propio conocimiento, para venir en mayor conocimiento de Dios y en mayor amor de su Divina Magestad. Este era el ejercicio y oracion que usaba San Agustin: «Dios mio, que siempre estás en un sér y nunca te mudas, conózcame á mí y conózcate á tí (2).» Esa era la oracion en que el humilde San Francisco gastaba los dias y las noches: «quién sois vos, y quién soy yo.» Por aquí vinieron los Santos á muy alto conocimiento de Dios. Este es camino muy seguro y cierto para eso; y mientras mas bajáredes y ahondáredes en vuestro propio conocimiento, mas subireis y crecereis en el conocimiento de Dios y de su bondad y misericordia infinita; y tambien mientras mas subiéredes y creciéredes en el conocimiento de Dios, mas bajareis y medrareis en el vuestro; porque la luz celestial descubre los rincones, y hace avergonzar al ánima de lo que aun antes á los ojos del mundo parece muy bueno. Dice San Buenaventura; así como cuando los

(1) Sic Dominus nos caecos natos, per nostri, et Dei ignorantiam, illuminat, lutum, unde nati sumus, liniendo super oculos nostros, ut primum incipiamus nos ipsos agnoscere, deinde ipsum illuminatorem nostrum credendo proni adorare. *Bonav. loc. cit.*

(2) Memento homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris.

(3) Opposita, juxta se posita, magis elucescunt.

(1) Deliciae meae esse cum filiis hominum. *Prov.* VIII, 31.

(2) Deus semper idem: noverim me, noverim te. *Aug. lib. de vita beata.*

rayos del sol entran en un aposento, se parecen luego los átomos; asi el alma ilustrada con el conocimiento de Dios, con los rayos de aquel verdadero Sol de Justicia, luego vé en sí aun las cosas mínimas (1), y asi viene á tener por malo y defectuoso lo que el que no tiene tanta luz tiene por bueno. Esta es la causa por que los Santos son tan humildes y se tienen en poco; y mientras mayores Santos, mas humildes, y se tienen en menos. Porque, como tienen mas luz y mayor conocimiento de Dios, conócense mejor á sí y ven que de su cosecha no tienen sino nada y pecados; y por mucho que se conozcan, y por muchas faltas que vean en sí, siempre creen que hay otras muchas que ellos no ven, y creen que la menor parte de sus males es la que ellos conocen, y por tales se tienen; porque asi como creen que Dios es mas bueno de lo que ellos conocen, asi tambien creen que ellos son mas malos de lo que alcanzan. Asi como por mucho que conozcamos y entendamos de Dios, no le podemos comprender, sino siempre hay en él mas y mas que entender y conocer, asi por mucho que nos conozcamos á nosotros, y por mucho que nos despreciemos y humillemos, no podremos bajar, ni llegar á lo profundo de nuestra miseria. Y esto no es encarecimiento, sino verdad llana: porque como el hombre no tiene de su cosecha sino nada y pecado, ¿quién podrá humillarse y abajarse tanto cuanto merecen estos dos títulos?

De una Santa se lee que pidió á Dios luz para conocerse, y vió en sí tanta fealdad y miseria que no lo pudo sufrir, y tornó á suplicar á Dios: «Señor, no tanto, que desmayaré.» Y el P. Maestro Avila dice (2) que conoció él á una persona que rogó muchas veces á Dios que le descubriese lo que él podia ser; abrióle Dios los ojos tantico, y le hubiera de costar caro; vióse tan feo y abominable que á grandes voces decia: «Señor, por vuestra misericordia me quitad este espejo de delante de mis ojos; no quiero ver mas mi figura.»

De aquí nace tambien en los siervos de Dios aquel ódio y aborrecimiento santo de sí mismos que dijimos arriba (1), porque cuanto mas conocen la bondad inmensa de Dios y mas le aman, tanto mas se aborrecen á sí mismos, como á contrarios enemigos de Dios; conforme á aquello de Job: "¿Por qué me has puesto por tu contrario, y yo mismo me he hecho á mí pesado (2)?" Ven que en si mismos tienen la raiz de todos los males, que es la mala y perversa inclinacion de nuestra carne, de la cual proceden todos los pecados, y con este conocimiento se levantan contra sí mismos y se aborrecen. ¿No os parece que es razon aborrecer á quien os hizo dejar y trocar un bien tan grande, como es Dios, por tomar un poco de gusto y contentamiento? ¿No os parece que es razon tener ódio á quien os hizo perder la gloria eterna y merecer el infierno para siempre jamás? ¿á quien os causó tanto mal y aun todavia lo procura? ¿No os parece que es razon aborrecerle? Pues ese sois vos, contrario y enemigo de Dios, y contrario y enemigo de vuestro propio bien y de vuestra salvacion.

CAPITULO X.

Que el propio conocimiento no causa desmayo, sino antes ánimo y fortaleza.

Hay otro bien grande en este ejercicio del propio conocimiento, que no solo no

(1) Sic, et cor radiis gratiae illustratum etiam minima videt. *Bonavent.*

(2) P. M. Ávila, *trat. 5 del Espíritu Santo, pág.* 104.

(1) Trat. 1, c. 4.

(2) Quare posuisti me contrarium tibi, et factus sum mihimetipsi gravis? *Job.* VII, 20.

causa desmayo ni cobardía, como le podria por ventura parecer á alguno; sino antes dá grande ánimo y fortaleza para todo lo bueno: y la razon de esto es, porque cuando uno se conoce á sí, vé que no tiene en qué estribar en sí, y desconfiando de sí, pone toda su confianza en Dios, en el cual se halla fuerte y poderoso para todo (1). De aquí es que estos son los que pueden emprender y acometer cosas grandes, y los que salen con ellas: porque como lo atribuyen todo á Dios y nada á sí, toma Dios la mano, y hace suyo el negocio, y encárgase de él, y entonces quiere él hacer maravillas y cosas grandes por instrumentos y medios flacos. Para mostrar las riquezas y tesoros de sus misericordias, quiere Dios por vasos é instrumentos flacos y miserables hacer cosas maravillosas (2). En los vasos de mayor flaqueza suele poner los tesoros de su fortaleza, porque de esa manera resplandece mas su gloria. Esto es lo que dijo el mismo Dios á San Pablo, cuando fatigado de sus tentaciones daba voces pidiendo le librase de ellas; respóndele Dios: "Bástate mi gracia," por muchas tentaciones y flaquezas que sientas, "porque entonces la virtud de Dios se muestra mas perfecta y mas fuerte, cuando es mayor la enfermedad y flaqueza (3)." Así como el médico gana mas honra mientras la enfermedad es mayor y mas peligrosa, así mientras mas flaqueza hay en nosotros, mas honra gana el brazo de Dios. Así declaran este lugar San Agustin y San Ambrosio (4). Pues por esto, cuando uno se conoce y desconfia de sí, y pone toda su confianza en Dios, entonces acude y ayuda su Magestad; y por el contrario, cuando va confiado de sí y de sus medios y diligencias, es desamparado. Esta dice San Basilio que es la causa por que muchas veces en algunas fiestas principales, cuando nosotros deseamos y pensamos tener mejor oracion y mas devocion, tenemos menos, porque íbamos confiados en nuestros medios y en nuestras diligencias y preparaciones; y otras veces, cuando menos pensamos, somos prevenidos con grandes bendiciones de dulzura, para que entendamos que esa es gracia y misericordia del Señor, y no diligencia, ni merecimiento nuestro. De manera, que el conocer uno su flaqueza y miseria no desmaya ni acobarda, antes anima y esfuerza mas, porque hace desconfiar de sí y poner toda la confianza en Dios. Y eso es tambien lo que dice el Apóstol San Pablo: "Cuando estoy enfermo, entonces puedo (1);" esto es, como lo declaran San Agustin y San Ambrosio (2), cuando me humillo y abato y conozco que no puedo ni valgo nada, entonces soy ensalzado y levantado: mientras mas conozco y veo mi enfermedad y flaqueza, poniendo los ojos en Dios me hallo mas fuerte y mas esforzado para todo, porque él es toda mi confianza y fortaleza (3).

De aquí se entenderá que no es humildad, ni nacen de ella unos desmayos y descaecimientos que nos suelen venir unas veces acerca de nuestro aprovechamiento, pareciéndonos que nunca habemos de poder alcanzar la virtud, ni vencer la mala condicion é inclinacion que tenemos; otras, acerca de los oficios y ministerios en que nos pone ó puede poner la obediencia, si tengo yo de ser para confesar, si tengo de ser

(1) Cap. 4, 36, 38.

(2) Ut ostenderet divitias gloriae suae in vasa misericordiae, quae praeparavit in gloriam. *Ad Rom.* IX, 23.

(3) Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur. *II. ad Cor.* XII, 9.

(4) Aug. *lib. 4 de Trinit. cap.* 1.—Ambr. *in II. ad Cor.* 11.

(1) Cum infirmor, tunc potens sum. *II. ad Cor.* XII, 10.

(2) Cum humilior, tunc exaltor. *Aug. lib. 4 de Trinit.*—Ambr. *in II. ad Cor.* 11.

(3) Et erit Dominus fiducia ejus. *Jerem.* XVII, 7.

para andar en misiones ó para otras cosas semejantes. Parece esto humildad, pero muchas veces no lo es; antes nace de soberbia, porque pone uno los ojos en sí, como si por sus fuerzas, industrias y diligencias hubiera de poder aquello, habiéndolos de poner en Dios, en el cual habemos de quedar muy esforzados y animados. "Si se levantaren contra mí ejércitos, no temerá mi corazon: si se levantaren contra mí batallas, en Dios esperaré; aunque ande en medio de la sombra de la muerte y aunque llegue hasta las puertas del infierno, no temerá mi corazon; porque vos, Señor, estais conmigo (1)." ¡Con qué diversidad de palabras dice el Santo Profeta una misma cosa! Y tenemos los Psalmos llenos de esto, para significar la abundancia del afecto y confianza que él tenia y nosotros habemos de tener en Dios. "En mi Dios pasaré el muro (2);" por alto que sea, no se me pondrá nada delante; él vencerá los gigantes con las langostas: en mi Dios hollaré los leones y dragones; con la gracia y favor del Señor seremos fuertes, "porque él enseña nuestras manos á la guerra, y pone como arco de bronce nuestros brazos (3)."

CAPITULO XI.

De otros bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento.

Uno de los principales medios que podemos poner de nuestra parte para que el Señor nos haga mercedes y nos comunique grandes dones y virtudes, es humillarnos y conocer nuestra flaqueza y miseria. Y así decia el Apóstol San Pablo: "De muy buena gana me gloriaré en mis flaquezas, enfermedades y miserias, para que así more en mí la virtud de Cristo (1)." Y San Ambrosio, sobre aquellas palabras: "Me glorío en mis enfermedades (2)," dice: «Si se ha de gloriar el cristiano, ha de ser en su bajeza y poquedad; porque ese es el camino para crecer y valer delante de Dios (3).» San Agustin (4) trae á este propósito aquello del Profeta: "Lluvia voluntaria darás, Señor, á tu heredad, que está enferma, y tú la perficionarás (5)." La lluvia voluntaria y graciosa de sus dones y gracias, ¿cuándo pensais que la dará Dios á su heredad que es el alma? *Et infirmata est*: Cuando ella conociere su enfermedad y miseria, entonces la perficionará Dios y caerá sobre ella la lluvia voluntaria y graciosa de sus dones. Así como acá los pobres mendigos, mientras mas descubren su pobreza y sus llagas á los hombres ricos y misericordiosos, mas les mueven á piedad y mas limosna reciben de ellos: así, mientras mas uno descubre y confiesa su miseria, mas convida é inclina la misericordia de Dios á que se compadezca y apiade de él, y le comunique con mayor abundancia los dones de su gracia, porque "al cansado dá virtud; y á los que se tienen en nada, multiplica la fortaleza y el vigor (6)."

Para decir en breve los bienes y provechos grandes de este ejercicio, digo, que

(1) Dominus illuminatio mea, et salus mea, quem timebo? Dominus protector vitae meae, a quo trepidabo?... Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum; si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo. *Ps.* XXVI, 1, 3.—Et si ambulavero in medio umbrae mortis, non timebo mala; quoniam tu mecum es. *Ps.* XXII, 4.

(2) In Deo meo transgrediar murum. *Ps.* XVII, 30.

(3) Qui docet manus meas ad praelium, et posuisti ut arcum aereum brachia mea. *Ps.* XVII, 35.

(1) Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. *II. ad Cor.* XII, 9.

(2) Placeo mihi in infirmitatibus. *II. ad Cor.* XII, 10.

(3) Si gloriandum est Christiano, in humilitate gloriandum est, de qua crescitur apud Deum. *Amb. in II. ad Cor.* XII, 10.

(4) Aug. *lib. 4, de Trinit.*, c. 1.

(5) Pluviam voluntariam segregabis Deus hereditati tuae, et infirmata est; tu vero perfecisti eam. *Ps.* LXVII, 10.

(6) Qui dat lasso virtutem, et his qui non sunt, fortitudinem, et robur multiplicat. *Isai.* XL, 29.

para todas las cosas es medio universal el propio conocimiento. Y asi en las preguntas que se hacen, en las conferencias espituales que solemos tener, de dónde nace tal cosa, y qué remedio para ella, casi en todas podemos responder que aquello nace de falta de conocimiento propio, y que el remedio sería conocerse á sí mismo y humillarse. Porque si preguntais de dónde nace el juzgar á mis hermanos, digo que de falta de conocimiento propio; porque si anduviésedes dentro de vos, tendríades tanto que mirar y llorar vuestros duelos, que no tendriades cuenta con los agenos. Si preguntais de dónde nace hablar á mis hermanos palabras ásperas y mortificativas, tambien nace de falta de conocimiento propio; porque si vos os conociésedes, y os tuviésedes por el menor de todos, y á cada uno le mirásedes como á superior, no tendríades atrevimiento para hablarles de esa manera. Si preguntais de dónde nacen las escusas, las quejas y murmuraciones, por qué no me dan esto ó lo otro, ó por qué me tratan de esta manera, claro está que nacen de eso. Si preguntais de dónde nace el turbarse y entristecerse uno demasiado, cuando es molestado de tales ó tantas tentaciones, ó cuando ve que cae muchas veces en algunas faltas, y melancolizarse y desanimarse con esto, tambien nace de falta de propio conocimiento; porque si tuviésedes humildad y considerásedes bien la malicia de vuestro corazon, no os turbaríades ni desmayaríades por eso; antes os espantaríades cómo no pasan peores cosas por vos, y cómo no dais mayores caidas, y andaríades alabando y dando gracias á Dios porque os tiene de su mano para que no caigais en lo que cayérades si él no os tuviera. De una sentina y manantial de vicios, ¿qué no ha de brotar? De tal muladar, tales olores como esos se han de esperar; y de tal árbol, tal fruto. Sobre aquellas palabras del Profeta: "Se acordó que éramos polvo (1);" dice San Anselmo (2): ¿qué mucho que el viento se lleve al polvo? Si pedís remedio para tener mucha caridad con vuestros hermanos, para ser obediente, para ser paciente, para ser muy penitente, aqui hallareis remedio para todo.

De nuestro P. San Francisco de Borja leemos (3), que yendo camino, le encontró un señor de estos reinos, amigo suyo, y como le vió que andaba con tanta pobreza é incomodidad, condoliéndose de él, rogóle que tuviese mas cuenta con su persona y regalo; díjole el Padre con alegre semblante y mucha disimulacion: «no le dé pena á vuestra señoría, ni piense que voy tan desapercibido como le parece; porque le hago saber que siempre envio delante un aposentador que tiene aderezada la posada y todo regalo.» Preguntándole aquel señor: ¿quién era este aposentador? respondió: «es mi propio conocimiento, y la consideracion de lo que yo merezco, que es el infierno por mis pecados; y cuando con este conocimiento llego á cualquier posada, por desacomodada y desapercibida que esté, siempre me parece mas regalada de lo que yo merezco.»

En las Crónicas de la Orden de los Predicadores (4), se cuenta de la bienaventurada Santa Margarita, de la dicha Orden, que una vez hablando con ella un religioso, gran siervo de Dios y muy espiritual, entre otras cosas le dijo cómo él habia suplicado á Dios muchas veces en la oracion que le mostrase el camino que los Padres antiguos habian llevado para agradarle tanto y recibir de su mano las muchas mercedes que reci-

---

(1) Recordatus est quoniam pulvis sumus. *Ps.* CII. 14.

(2) Ansel. *lib. de similitudinibus, cap.* 61.

(3) Lib. 4, cap. 1 *de la vida de San Francisco de Borja.*

(4) 1 p. lib. 3, c. 4 *de la Historia de los Predicadores.*

bieron; y que estando una noche durmiendo, le fué puesto delante un libro escrito con letras de oro; y luego le despertó una voz que decia: «levántate, y lee;» y que se habia levantado y leido estas pocas palabras, pero celestiales y divinas: «Está fué la perfeccion de los Padres antiguos; amar á Dios, despreciarse á sí mismos, no despreciar á nadie, ni juzgarle.» Y luego desapareció el libro.

CAPITULO XII.

Cuánto conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento.

De lo dicho se entenderá cuánto conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento. Preguntado Tales Milesio, uno de los siete sábios de Grecia, cuál era en todas las cosas naturales la mas dificultosa de saber, respondió que el conocerse el hombre á sí mismo (1); porque es tan grande el amor propio que nos tenemos, que nos estorba é impide este conocimiento. Y de ahí vino aquel dicho tan célebre entre los antiguos: «Conócete á tí mismo.» *Nosce te ipsum.* Y el otro dijo: «Mora contigo (2).» Pero dejemos los estraños y vengamos á los nuestros, que son mejores maestros de esta ciencia. Los bienaventurados Santos Agustin y Bernardo dicen (3), que esta ciencia del propio conocimiento es la mas alta y de mayor provecho de cuantas han inventado y hallado los hombres. En mucho estiman los hombres, dice San Agustin, la ciencia de las cosas del cielo y de la tierra, la ciencia de astrología, de cosmografía, el saber los vientos de los cielos, los cursos de los planetas, sus propiedades é influencias; pero el conocerse á sí mismo, es mas alta ciencia y mas provechosa que todas esas; las demas hinchan y envanecen, como dice San Pablo (1); pero esta edifica y humilla. Y asi los Santos y todos los maestros de espíritu encargan mucho que nos ocupemos en la oracion en este ejercicio, y reprenden el engaño de algunos que pasan ligeramente por el conocimiento de sus defectos, y se detienen en pensar otras cosas devotas, porque hallan gusto en ellas, y en considerar sus defectos y faltas no hallan favor, porque no gustan de parecer mal á sí mismos, como la persona fea, que por eso no se osa mirar en el espejo. Dice el glorioso San Bernardo, hablando en persona de Dios: «¡Oh hombre, si te vieses y conocieses, luego te descontentarias y desagradarias á tí, y me contentarias y agradarias á mí; pero porque no te vés, ni conoces, agrádaste á tí y desconténtasme á mí. Guardáos no venga tiempo, cuando ni os agradeis á vos, ni á Dios; á Dios, porque pecastes; y á vos, porque os condenastes (2).»

San Gregorio, tratando esto, dice (3): hay algunos, que en comenzando á servir á Dios y á tratar un poco de virtud, luego les parece que son buenos y santos; y de tal manera ponen los ojos en lo bueno que hacen, que se olvidan del todo de los pecados y males pasados, y aun algunas veces de los presentes; porque se ocupan tanto en mirar lo bueno, que no atienden ni echan de ver muchas cosas malas que hacen. Pero los buenos y los escogidos hacen muy al contrario, porque estando verdaderamente llenos de virtudes y buenas obras, siempre

(1) Paulus Manutius *in apotheg. pag.* 567, § 8.
(2) Tecum habita. *Idem Diógenes.*
(3) Aug. *lib.* 4. *de Trinit. in prooemio*, 1.—Bern. *de interiori domo.*

(1) 1. ad Cor. VIII, 1.
(2) O homo! si te videres, tibi displiceres, et mihi placeres; sed quia te non vides, tibi places, et mihi displices. Veniet tempus, cum nec mihi, nec tibi placebis; mihi, quia peccasti; tibi, quia in aeternum ardebis. *Bernard. loc. cit.*
(3) Greg. *lib.* 22 *Mor. c.* 5; *et lib.* 34, *c.* 16.

ponen los ojos en lo malo que tienen, y están mirando y considerando sus faltas é imperfecciones. Y bien se vé lo que va de lo uno á lo otro: porque de esa manera viene á ser que estos, mirando á sus males, conserven sus bienes y las virtudes grandes que tienen, permaneciendo siempre en humildad; y por el contrario, los malos, mirando sus bienes, los pierden, porque se ensoberbecen y desvanecen con ellos. De manera, que los buenos se ayudan de sus males, y sacan bien y provecho de ellos; y los malos sacan mal y daño de sus mismos bienes, porque usan mal de ellos; como acontece acá en el manjar, que aunque sea bueno y saludable, si come uno de él sin órden y sin regla, enfermará con él; y por el contrario, si el veneno de la víbora le toma con cierta composicion y temperamento, le será tríaca y salud. Y cuando el demonio os trajere á la memoria los bienes que habeis hecho, para que os estimeis y ensoberbezcais, dice San Gregorio (1), contraponedle vos vuestros males, trayendo á la memoria vuestros pecados pasados, como lo hacia el Apóstol San Pablo para que no le levantasen y desvaneciesen sus grandes virtudes y el haber sido arrebatado al tercero cielo y la grandeza de las revelaciones que habia oido: "¡Ay!, dice (2), que he sido blasfemo y perseguidor de los siervos de Dios y del nombre de Cristo! ¡Ay! ¡que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque he perseguido la Iglesia de Dios (3)!" Este es muy buen contrapeso y muy buena contramina contra esta tentacion.

Sobre aquellas palabras que dijo el Arcangel San Gabriel al Profeta Daniel: "Hijo del hombre, entiende lo que te quiero decir (1)," dice San Gerónimo: Aquellos santos Profetas Daniel, Ecequiel y Zacarías, con las altas y contínuas revelaciones que tenian, parece que se hallaban ya entre los coros de los ángeles; y porque no se levantasen sobre sí, y se desvaneciesen y ensoberbeciesen con esto, pensando que eran ya de otra naturaleza angélica ó superior, les avisa el ángel de parte de Dios que se acuerden de la fragilidad y flaqueza de su naturaleza, llamándolos hijos de hombres, para que reconozcan que son hombres flacos y miserables como los demas, y asi se humillen y se tengan en lo que son. Y tenemos muchos ejemplos en las Historias, asi eclesiásticas como seglares, de Santos y de varones ilustres, reyes, emperadores y Pontífices que usaban de este medio para conservarse en humildad y no se desvanecer.

De nuestro P. S. Francisco de Borja se dice (2) que, aun siendo duque de Gandía, un santo varon le dió este consejo, que si queria aprovechar mucho en el servicio de Dios, no se le pasase dia ninguno que no pensase algo que tocase á su confusion y desprecio. Tomó él tan de veras el consejo, que desde que se dió al ejercicio de la oracion mental, empleaba cada dia las dos primeras horas de ella en este conocimiento y menosprecio de sí mismo; y cuanto oia y leia y miraba, todo le servia para este abatimiento y confusion. Y fuera de esto tenia otra devocion que le ayudaba mucho, y era que cada dia, en levantándose, la primera cosa que hacia era arrodillarse y besar tres veces la tierra para acordarse que era polvo y tierra, y que en eso se habia de volver (3). Y bien se le pareció el provecho que de ahí

(1) Greg. *lib.* 22 *Mor.* c. 5.
(2) Qui prius blasphemus fui, et persecutor, et contumeliosus. *I. ad Tim.* I, 13.
(3) Qui non sum dignus vocari Apostolus; quoniam persecutus sum Ecclesiam Dei. *I. ad Cor.* XV, 9.

(1) Intellige fili hominis. *Dan.* VIII, 17.
(2) Lib. 4, c. 1 *de la vida de N. P. S. Francisco de Borja.*
(3) Lib. 4, c. 4.

sacó, pues nos dejó tan grande ejemplo de humildad y santidad. Pues guardemos nosotros este consejo, y quedémonos con él: no se nos pase dia ninguno que no gastemos algun rato de oracion en pensar algo que toque á nuestra confusion y desprecio. Y no paremos ni descansemos en este ejercicio hasta que sintamos que se nos ha embebido en nuestra alma un entrañable desprecio y desestima de nosotros mismos, y una confusion y vergüenza delante del acatamiento de la Magestad de Dios, viendo nuestra bajeza y miseria. Que lo habemos mucho menester, porque es tanta nuestra soberbia y la inclinacion que tenemos á ser tenidos y estimados, que si no andamos contínuamente en este ejercicio, cada hora nos hallaremos levantados sobre nosotros, como el corcho sobre el agua, porque mas vanos y más livianos somos nosotros que el corcho. Siempre es menester andar reprimiendo y abajando esta hinchazon y soberbia, que se levanta en nosotros, mirándonos á los pies de nuestra fealdad y bajeza, para que asi se deshaga esa rueda de vanidad y soberbia. Acordémonos de aquella parábola de la higuera que trae el Sagrado Evangelio (1): queria arrancarla su dueño, porque habia tres años que no llevaba fruto; dícele el hortelano: «Señor, dejadla este año siquiera, y yo la cavaré y echaré estiércol al rededor de ella; y si con eso no diere fruto, entonces la arrancareis.» Pues cavad vos esa higuera seca y estéril de vuestra ánima, y echad al rededor el estiércol de vuestros pecados y miserias, pues hay harto, y con eso llevará fruto y se hará fértil.

Para que nos animemos mas á este ejercicio, y ninguno tome ocasion para dejarle por algunas falsas aprehensiones, se han de advertir aqui dos cosas. La primera, que no piense nadie que es ejercicio de solos principiantes, porque lo es tambien de antiguos y aprovechados y de muy perfectos varones, pues vemos que ellos y el mismo Apóstol San Pablo le usaban. Lo segundo, es menester que entendamos que este ejercicio no es triste ni melancólico, ni causa turbacion ni desasosiego; antes trae consigo grande paz y quietud y gran contento y alegría, por muchas faltas y miserias que uno conozca en sí, aunque de verse tan ruin entienda claramente que merece que todos le aborrezcan y desprecien; porque cuando este conocimiento nace de verdadera humildad, viene aquella pena con una suavidad y contento que no querria uno verse sin ella. Esotras penas y congojas que algunos tienen, viendo en sí tantas faltas é imperfecciones, son tentacion del demonio, el cual pretende con eso, por una parte, que pensemos que tenemos humildad, y por otra, si pudiese, á vueltas, querria que desconfiásemos de Dios y que anduviésemos desalentados y desmayados en su servicio. Si hubiéramos de parar en el conocimiento de nuestra flaqueza y miseria, harta ocasion tuviéramos de entristecernos y desconsolarnos, como tambien de desmayar y acobardarnos; pero no habemos de parar ahí, sino pasar luego á la consideracion de la bondad y misericordia y liberalidad de Dios, y á lo mucho que nos ama y padeció por nosotros; y en eso habemos de poner toda nuestra confianza. Y asi lo que fuera ocasion de desmayo y tristeza, mirándoos á vos, sirve para esforzar y animar, y es ocasion de mayor alegría y consuelo, mirando á Dios. Mírase uno á sí mismo, y no ve sino que llorar; y mirando á Dios confia en su bondad, sin temor de verse desamparado, por muchas faltas é imperfecciones y miserias que vea en sí; porque la bondad y misericordia de Dios, en que tiene pues-

(1) *Luc.* XIII, 6.

los sus ojos y corazon, escede y sobrepuja infinitamente todo eso. Y con esta consideracion arraigada en las entrañas desarrímase de sí como de caña quebrada, y anda arrimado y confiado siempre en Dios, conforme á aquello del Profeta Daniel: "No confiados en nosotros, ni en nuestros merecimientos y buenas obras, nos atrevemos á levantar nuestros ojos á vos y pediros merzedes, sino confiados, Señor, en vuestra grande misericordia (1)."

CAPITULO XIII.

Del segundo grado de humildad: declárase en qué consiste este grado.

El segundo grado de humildad, dice San Buenaventura (2), es desear uno ser tenido de los otros en poco; desear que no os conozcan ni os estimen, y que no haga nadie caso de vos. Si estuviésemos bien fundados en el primer grado de humildad, tendriamos andado mucho camino para llegar á este segundo; si verdaderamente nosotros nos tuviésemos en poco á nosotros mismos, no se nos haria muy dificultoso que los otros tambien nos tuviesen en poco, antes nos holgariamos de ello. ¿Quereislo ver? dice San Buenaventura: todos naturalmente nos holgamos que los demas se conformen con nuestro parecer y sientan lo mismo que nosotros sentimos. Pues si esto es asi, ¿por qué no nos holgamos que los otros nos tengan en poco? ¿Sabeis por qué? porque no nos tenemos nosotros en poco; no somos de ese parecer. San Gregorio, sobre aquellas palabras de Job: "Pequé, y verdaderamente delinqui, y no he padecido lo que merecia (1)," dice (2): muchos con la boca dicen mal de sí, y que son unos tales y unos cuales, y no lo creen ellos asi, porque cuando otro les dice aquellas mismas cosas, y aun menores, no lo pueden sufrir. Y estos tales, cuando dicen mal de sí, no lo dicen con verdad; porque no lo sienten ellos asi en su corazon, como lo sentia Job cuando decia: "pequé, y verdaderamente he delinquido y ofendido á Dios, y no me ha castigado tanto como yo merecia." Job decia esto con verdad y de corazon; pero estos, dice San Gregorio, solamente se humillan con la boca y esteriormente; mas en el corazon no tienen humildad; quieren parecer humildes, pero no lo quieren ser; porque si de veras lo deseasen, no se sentirian tanto cuando otro les reprende y les avisa de alguna falta, y no se escusarian ni volverian tanto por sí, ni se turbarian como se turban.

Cuenta Casiano (3) que vino un monge al abad Serapion, que en el hábito, meneos y palabras mostraba grande humildad y menosprecio de sí mismo, y nunca acababa de decir mal de sí, que era tan pecador y malo, que no era digno de gozar de este aire comun, ni de la tierra que pisaba; no queria sentarse sino en el suelo, y mucho menos consentir que le lavasen los pies. El abad Serapion, despues de haber comido, comenzó á tratar algunas cosas espirituales, como tenia de costumbre, y cúpole su racion al huésped; dióle un buen consejo con mucho amor y blandura, que pues era mancebo y robusto, procurase residir en su celda y trabajar con sus manos para comer, conforme á la regla de los monges, y no anduviese ocioso discurrien-

(1) Neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis. *Daniel*, IX, 18.

(2) Ama nesciri, et pro nihilo reputari. *Bonav. Proces. 6. Relig. cap. 22.*—Idem Greg. *lib. 1 Dialogorum. cap. 5.*

(1) Peccavi, et vere deliqui, et ut eram dignus non recepi. *Job.* XXXIII, 27.

(2) Greg. *lib. 24 Mor. c. 12; et lib. 22, c. 14.*

(3) Casian. *collat. 18, c. 11.*

do por las celdas de los demas. Sintió tanto aquel monge esta amonestacion y aviso que no le pudo disimular; sino que lo mostró esteriormente en el semblante del rostro. Entonces díjole el abad Serapion: «¿qué es esto, hijo, que hasta ahora nos decias de tí tantos males y tantas cosas de mucha afrenta y deshonra, y ahora con una amonestacion tan llana como esta, que no contiene en sí injuria, ni afrenta alguna, sino mucho amor y caridad, te has indignado y alterado tanto, que no lo has podido disimular? ¿Esperabas, por ventura, con aquellos males que decias de tí, oir de nuestra boca aquella sentencia del Sábio: "Este es justo y humilde, pues dice mal de sí (1)?" ¿Pretendias que te alabásemos y tuviésemos por justo y por bueno?» ¡Ay! dice San Gregorio, que muchas veces eso es lo que pretendemos con nuestras hipocresías y humildades fingidas, y lo que parece humildad, es soberbia grande! Porque muchas veces nos humillamos por ser alabados de los hombres y por ser tenidos por buenos y humildes. Si no, pregunto yo: ¿para qué decis de vos lo que no quereis que crean los otros? Si lo decis de corazon, y andais con verdad, habeis de querer que los otros os crean y os tengan por tal; y si esto no quereis, manifiestamente mostrais que en eso no pretendeis ser humillados, sino ser tenidos y estimados. Esto es lo que dice el Sábio: "Hay algunos que se humillan fingidamente, y allá en lo interior su corazon está lleno de soberbia y engaño (2)." Porque, ¿qué mayor engaño que buscar por medio de la humildad ser honrado y estimado de los hombres? ¿Y qué mayor soberbia que pretender ser tenido por humilde? «Pretender alabanzas de la humildad, dice San Bernardo (1), no es virtud de humildad, sino perversion y destruicion de ella. ¿Qué mayor perversion puede ser que esa? ¿Qué cosa puede ser mas fuera de razon que querer parecer mejor, de donde pareceis peor?» Del mal que decis de vos quereis parecer bueno y ser tenido por tal, ¿qué cosa mas indigna y mas fuera de razon? San Ambrosio, reprendiendo esto, dice: «Muchos tienen apariencia de humildad, pero no tienen la virtud de la humildad: muchos que parece que esteriormente la buscan, interiormente la contradicen (2).»

Es tanta nuestra soberbia, y la inclinacion que tenemos á ser tenidos y estimados, que buscamos mil modos é inventamos mil trazas para esto. Unas veces por indirectas, otras por directas, siempre procuramos llevar el agua á nuestro molino. Dice San Gregorio (3) que es propio de los soberbios, cuando les parece que han hablado ó hecho alguna cosa bien, preguntar á los que lo vieron ú oyeron que les digan las faltas, para que les digan bien de ello; parece se humillan esteriormente, pidiendo que les digan las faltas; pero no es humildad aquella, sino soberbia, porque pretenden con aquello sacar alabanzas. Otras veces comienza uno á decir mal de lo que ha hecho, y dice que ha quedado muy descontento de ello, para con aquello sacar lo que el otro tiene en su pecho, y querria que se lo escusase y le dijese: «no fué por cierto sino muy bien dicho, ó muy bien hecho, y no teneis razon de estar descontento.» Eso es lo que el otro buscaba. Llamaba á esta un Padre muy grave y muy es-

(1) Justus prior est accusator sui. *Prov.* XVIII, 18.
(2) Est qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo. *Eccl.* XIX, 23.

(1) Appetere de humilitate laudem, humilitatis non est virtus sed subversio. Quid perversius, quidve indignius, ut inde velis videri melior, unde videris deterior? *Bernard. Serm.* 16 *super Cantica.*
(2) Multi habent humilitatis speciem, sed virtutem non habent; multi eam foris prætendunt, et intus impugnant. *Ambros. lib.* 7 *Epist.*, *Epist.* 41.
(3) Greg. *lib.* 20. *Mor.* cap. [illegible] *Hom.* 6. *in Evangelio*, *novit.* cap. 8.

piritual humildad de garabato, porque con ese garabato quereis sacar del otro que os alabe. Acaba uno de predicar, y queda él muy contento y muy pagado de su sermon, y pregunta al otro que le diga las faltas; ¿para qué son esas ficciones é hipocresías? Que no pensais vos que ha habido faltas, no pretendeis sino que os digan bien del sermon, y que concuerden con vuestro parecer, y eso oís de buena gana; y si acaso el otro con llaneza os dice alguna falta, no gustais de ello, antes la defendeis, y aun algunas veces acontece que juzgais al que os notó la falta, de no tan buen entendimiento, y que no tiene buen voto en aquella materia, porque tuvo por falta lo que vos tuvistes por acertado. Todo es soberbia y estimacion, y eso pretendeis sacar con humildades fingidas. Otras veces, cuando no podemos encubrir nuestra falta, la confesamos llanamente, para que ya que perdimos honra con la falta, la ganemos con aquella confesion humilde. Otras veces, dice San Bernardo (1), exageramos nosotros nuestras faltas, y decimos aun mas de lo que es, para que viendo los otros que no es posible ni creible ser tanto como aquello, piensen que no debió de haber falta ninguna en ello, y lo echen todo á humildad nuestra; y asi exagerando y diciendo mas de lo que es, queremos encubrir lo que es. Con mil mañas y marañas procuramos disfrazar y encubrir nuestra soberbia, so capa de humildad.

Y en esto vereis de camino, dice San Bernardo, cuán escelente y preciosa cosa sea la humildad, y cuán baja y afrentosa la soberbia. «Mirad cuán alta y gloriosa cosa es la humildad, pues la misma soberbia se quiere valer de ella y cubrirse con ella (2).» Y mirad cuán baja y vergonzosa cosa es la soberbia, pues no se atreve á parecer descubierta la cara, sino disfrazada y cubierta con velo de humildad; que quedaríades vos corrido y afrentado, si el otro entendiese que pretendeis y deseais ser estimado y alabado: porque os tendria por soberbio, que es el mas bajo puesto en que podeis ser tenido, y por eso procurais encubrir vuestra soberbia con muestras de humildad. Pues ¿por qué quereis ser lo que teneis vergüenza de parecer? Si quedaríades avergonzado y corrido de que los otros entendiesen que vos quereis ser alabado y estimado, ¿por qué no os avergonzais de quererlo? Que el mal en eso está, en quererlo vos, no en que los otros entiendan que lo quereis. Y si teneis vergüenza que los hombres entiendan eso, ¿por qué no la teneis de Dios que lo entiende y vé (1)?

Todo esto nos viene de no estar bien fundados en el primer grado de humildad, y asi estamos tan lejos del segundo. Es menester que tomemos este negocio de sus principios; primero conviene que conozcamos nuestra miseria y nuestra nada, y del profundo conocimiento propio ha de nacer en nosotros un sentir muy bajamente de nosotros mismos y despreciarnos y tenernos en poco, que es el primer grado de humildad, y de ahí habemos de subir á este segundo. De manera, que no basta que vos os tengais en poco; no basta que vos digais mal de vos, aunque lo digais de verdad y de corazon, y lo sintais asi; sino habeis de procurar llegar á holgaros que los otros tambien sientan de vos eso mismo que vos sentís y decís, y os desprecien y tengan en poco. Dice San Juan Clímaco (2): no es humilde el que se abate y di-

(1) Bernard. *de grad. humil. cap.* 9.
(2) Gloriosa res humilitas, quia ipsa quoque superbia palliare se appetit, ne vilescat. *Bernard. ubi supra.*

(1) Imperfectum meum viderunt oculi tui. *Ps.* CXXXVIII, 16.
(2) Climacus, *cap. de vanagloria.*

ce mal de sí; porque ¿quién hay que no se sufra á sí mismo? Sino aquel es humilde, que con paz huelga ser despreciado y maltratado de otros. Bueno es que uno diga siempre mal de sí, que es un soberbio, perezoso, impaciente, negligente y descuidado; pero mejor seria que guardase eso para cuando otro se lo dice. Si vos deseais que los otros sientan eso mismo, y os tengan en esa posesion y figura, y os holgais de oir esas cosas, cuando se ofrece la ocasion, esa es verdadera humildad.

CAPITULO XIV.

De algunos grados y escalones por donde habemos de subir á la perfeccion de este segundo grado de humildad.

Por ser este segundo grado de humildad de lo mas práctico y dificultoso que hay en el ejercicio de esta virtud, dividirémosle, como le dividen algunos Santos (1), y haremos de él cuatro grados ó escalones, para que asi poco á poco, y como por sus pasos contados, vamos subiendo á la perfeccion de la humildad que este grado nos pide. El primer escalon es no desear ser honrado y estimado de los hombres, antes huir de todo lo que dice honra y estimacion. Llenos tenemos los libros de ejemplos de Santos que estaban tan lejos de desear ser tenidos y estimados del mundo, que huian de las honras y dignidades y de todas las ocasiones que les podian acarrear estimacion delante de los hombres, cómo de un enemigo capital. De esto nos dió primero ejemplo Cristo nuestro Redentor y Maestro (2), que huyó cuando entendió que querian venir á elegirle por rey, despues de aquel famoso milagro de haber hartado á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, no teniendo él peligro alguno en ningun estado, por alto que fuese, sino para darnos ejemplo. Y por la misma razon, cuando manifestó la gloria de su Sacratísimo Cuerpo á sus tres discípulos en su admirable Transfiguracion, les mandó (1) que no lo dijesen á nadie hasta despues de su muerte y gloriosa Resurreccion; y dando vista á los ciegos y haciendo otros milagros, les encargaba el secreto: todo para darnos á nosotros ejemplo que huyamos de la honra y estimacion de los hombres, por el gran peligro que en ello hay de desvanecernos y perdernos.

En las Crónicas de la Orden del bienaventurado San Francisco se cuenta (2), que oyendo Fr. Gil contar la caida de Fr. Elías, que habia sido ministro general y gran letrado, y entonces era apóstata y descomulgado porque se fué para el emperador Federico II, rebelde á la Iglesia, échose Fr. Gil en tierra, oyendo estas cosas, y apretábase fuertemente con ella. Y preguntando por qué hacia aquello, respondió: «quiero descender cuanto pudiere, porque aquel cayó por subir mucho.» Gerson trae á este propósito aquello que fingen los poetas de Anteo, gigante, hijo de la tierra, que peleando con Hércules, cada vez que se echaba en la tierra cobraba nuevas fuerzas, y asi no podia ser vencido; pero Hércules, cayendo en la cuenta, levantóle en alto, y asi le cortó la cabeza. Esto, dice Gerson (3), pretende el demonio con las alabanzas, honras y estimacion del mundo, levantarnos en alto, para degollarnos y hacernos dar mayor caida; y por eso el verdadero humilde se echa en la tierra de

(1) Anselm. *lib. de similit.*
(2) Joann. VI, 15.

(1) Matth. IX, 30.—Marc. VII, 36.
(2) Part. 1, *lib.* 7, *cap.* 3 *de la Crónica de San Francisco.*
(3) Gerson, *serm. de humilit. in Coena Domini.*

su propio conocimiento, y teme y huye tanto ser levantado y estimado.

El segundo escalon, dice San Anselmo, es: «Sufrir con paciencia ser despreciado de otros (1);» que cuando se os ofreciere alguna ocasion que parezca que es menoscabo y desprecio vuestro, la lleveis bien. Ahora no tratamos de que deseeis injurias y afrentas, y que las andeis á buscar y os holgueis y regocijeis en ellas; de eso trataremos despues, que es cosa mas alta y mas perfecta. Lo que decimos es que, á lo menos, cuando se ofreciere la ocasion de alguna cosa que toque á vuestro desprecio, la lleveis con paciencia, si no podeis con alegría, conforme á aquello del Sábio: "Todo lo que se te ofreciere, aunque sea muy contrario al gusto y á la sensualidad, recíbelo bien, y aunque te duela, súfrelo con humildad y paciencia (2)." Este es un medio muy grande para alcanzar la humildad y para conservarla. Porque así como la honra y estimacion de los hombres es ocasion para ensoberbecernos y desvanecernos, y por eso huian tanto de ella los Santos; así todo lo que es nuestro desprecio y desestima, es muy grande medio para alcanzar la humildad y conservarnos y crecer en ella. Decia San Laurencio Justiniano, que la humildad es semejante al arroyo ó corriente, que en el invierno lleva grande avenida y en el verano pequeña; así la humildad, con la prosperidad desmedra y con la adversidad crece. Muchas son las ocasiones que de esto se nos ofrecen cada dia, y grande ejercicio de humildad podriamos traer si anduviésemos con atencion y cuidado de aprovecharnos de ellas. Dice muy bien aquel Santo (3): «Lo que agrada á los otros, irá adelante; lo que á tí te contenta, no se hará: lo que dicen los otros, será oido; lo que dices tú, será contado por nada: pedirán los otros, y recibirán; tú pedirás, y no alcanzarás: otros serán muy grandes en la boca de los hombres, de tí no se hará cuenta; á los otros encargarán los negocios, tú serás tenido por inútil. Por esto entristecerse há la naturaleza; mas será gran cosa si lo sufres callando.» Cada uno éntre en cuenta consigo y vaya discurriendo en particular por las ocasiones que se pueden y suelen ofrecer, y vea cómo le va en ellas. Mirad cómo os va cuando alguno os manda con imperio y resolucion; mirad cómo os va cuando os avisan ó reprenden alguna falta; mirad lo que sentis cuando os parece que el superior no hace mucha confianza de vos, sino que antes anda con recato. Dice San Doroteo: cualquier ocasion de estas que se os ofreciere, recibidla como remedio y medicina para curar y sanar vuestra soberbia, y rogad á Dios por el que os ofrece esta ocasion, como por médico de vuestra alma, y persuadios que el que aborrece estas cosas aborrece la humildad.

El tercer escalon que habemos de subir, es no holgarnos ni tomar contentamiento cuando somos alabados y estimados de los hombres. Esto es mas dificultoso que lo pasado. Dice San Agustin: «Aunque es fácil cosa carecer de la alabanza, y no se nos dar nada de no ser alabados ni honrados, cuando eso no se ofrece; pero no holgarse uno cuando le alaban y estiman, y no tomar contentamiento en eso, es muy dificultoso (1).» San Gregorio trata muy bien de este punto, sobre aquellas palabras de Job: "Si ví al sol cuando resplandecia, y á la

(1) Ut patiatur contemptibiliter se tractari. *Anselm.*

(2) Omne quod tibi applicitum fuerit, accipe, et in dolore sustine, et in humilitate tua patientiam habe. *Eccl.* ii, 4.

(3) Tomas de Kempis.

(1) Et si quisquam facile est laudo carere, dum denegatur, difficile est eo non delectari cum offertur. *August. epist. 64 ad Aurelium Episcopum.*

luna cuando andaba claramente, y se alegró allá dentro mi corazon (1)," dice San Gregorio (2) que esto dice Job porque no se holgaba ni tomaba vano contentamiento en las alabanzas y estimacion de los hombres, que eso es mirar al sol cuando resplandece, y á la luna cuando está con claridad: mirar uno la buena fama y opinion que tiene cerca de los hombres y sus alabanzas, y holgarse y contentarse de eso. Pues dice que esta diferencia hay entre los soberbios y los humildes, que los soberbios huélganse cuando los alaban, y aunque sea mentira el bien que dicen de ellos, se huelgan porque no tienen cuenta con lo que son verdaderamente en sí y delante de Dios: solo pretenden ser tenidos y estimados de los hombres, y así se alegran y engrien con eso, como quien ha alcanzado el fin que pretendia. Empero el verdadero humilde de corazon, cuando ve que le alaban y estiman, y dicen bien de él, entonces se encoge y se confunde mas, conforme á aquello del Profeta: "Cuando me ensalzaban, entonces me humillaba yo mas, y andaba con mayor vergüenza y temor (3)." «Y con razon, añade San Gregorio (4), porque teme no sea castigado de Dios por no tener aquello de que es alabado, ó si por ventura lo tiene, teme no se libre su premio y galardon en aquellas alabanzas;» y le digan despues: "Ya recibiste en tu vida el premio de tus obras (5)."

De manera, que de lo que los soberbios toman ocasion para engreirse y desvanecerse, que es de las alabanzas de los hombres, de eso toman los humildes ocasion para confundirse y humillarse mas. Y eso es, dice S. Gregorio (1), lo que dice el Sábio: "Así como la plata se prueba en el lugar donde es fundida, y el oro en el crisol, así es probado el hombre en la boca de quien le alaba (2)." La plata ó el oro, si es malo, en el fuego se consume; mas si bueno, en el fuego se clarifica y purifica mas. Pues así, dice el Sábio, se prueba el hombre con las alabanzas. Porque el que cuando es alabado y estimado, se ensalza y envanece con las alabanzas que oye, ese es oro ó plata no buena, sino reprobada, pues le consume el crisol de la lengua; pero el que oyendo alabanzas suyas, de allí toma ocasion para humillarse y confundirse mas, es plata y oro finísimo, pues no se consumió con el fuego de las alabanzas; antes quedó mas acendrado y clarificado con ellas, porque quedó mas humillado y confundido. Pues tomad esta por señal de si vais aprovechando en virtudes y humildad, ó no, pues por tal nos la da el Espíritu Santo. Mirad si os pesa cuando os alaban y estiman, ó si os holgais y contentais de eso, y ahí vereis si sois oro, ú oropel. De nuestro P. S. Francisco de Borja leemos (3) que ninguna cosa le daba tanta pena como cuando se veia honrar por Santo ó por siervo de Dios. Y preguntado una vez por qué se afligia tanto de ello, pues él no lo deseaba ni procuraba, respondió que temia la cuenta que habia de dar á Dios por ello, siendo él tan otro del que se pensaba; que es lo que decíamos de S. Gregorio. Así nosotros habemos de estar tan fundados en nuestro propio conocimiento, que no basten

(1) Si vidi solem cum fulgeret, et lunam incedentem clare, et laetatum est in abscondito cor meum. *Job.* XXXI, 26.
(2) Greg. *lib.* 22 *Mor.* c. 6.
(3) Exaltatus autem, humiliatus sum, et conturbatus. *Ps.* LXXXVII, 16.
(4) Cauta enim consideratione trepidat, ne aut de his, in quibus laudatur, et non sunt, majus Dei judicium inveniat, aut de his, in quibus laudatur, et sunt, competens praemium perdat. *Gregor.*
(5) Recepisti bona in vita tua. *Luc.* XVI, 25.

(1) Greg. *lib.* 22 *Mor.* c. 9.
(2) Quomodo probatur in conflatorio argentum, et in fornace aurum, sic probatur homo ore laudantis. *Prov.* XXII, 21.
(3) Lib. 4 c. 1 *de la vida de N. P. S. Francisco de Borja.*

los vientos de las alabanzas y estimacion de los hombres á levantarnos y sacarnos de nuestra nada. Antes entonces nos habemos de confundir y avergonzar mas, viendo que son falsas aquellas alabanzas y que no hay en nosotros aquella virtud de que nos alaban, ni somos tales cuales el mundo nos predica y habiamos de ser.

CAPITULO XV.

Del cuarto escalon, que es desear ser despreciados y tenidos en poco y holgarnos con ello.

El cuarto escalon para llegar á la perfeccion de la humildad, es, que desee uno ser despreciado y tenido en poco de los hombres, y que se huelgue con la deshonra, injurias y menosprecios. Dice S. Bernardo: «El verdadero humilde desea ser tenido de los otros en poco, no por humilde, sino por vil, y gózase en eso (1).» Este es el segundo grado de humildad, y en esto consiste la perfeccion de él; y por esto, dice (2), se compara la humildad al nardo, yerba pequeña y odorífera, conforme á aquello de los Cantares: "Mi nardo esparció su olor (3);" porque entonces se estiende y esparce el olor de este nardo de la humildad á los demas, cuando no solo vos os teneis en poco, sino quereis y deseais que los demas tambien os desprecien y tengan en poco.

Nota San Bernardo (4) que hay dos maneras de humildad; una que está en el entendimiento, que es cuando uno mirándose á sí mismo y viendo su miseria y vileza, convencido de la verdad, se tiene en poco y se juzga por digno de todo desprecio y deshonra; otra está en la voluntad, y es, cuando uno quiere ser tenido de otros en poco y desea ser despreciado y deshonrado de todos. En Cristo nuestro Redentor, dice, no hubo la primera humildad de entendimiento, porque no podia Cristo tenerse á sí mismo en poco, ni por digno de desprecio y deshonra, porque se conocia él bien á sí mismo y sabia que era verdadero Dios é igual al Padre (1); mas hubo en él la segunda humildad de corazon y de voluntad; porque por el grande amor que nos tuvo, quiso abatirse y desautorizarse, y parecer vil y despreciado delante de los hombres. Y asi dice él: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon (2)" y de voluntad. Empero en nosotros ha de haber ambas humildades; porque la primera sin la segunda, es falsa y engañosa. Querer parecer y ser tenido por otro de lo que verdaderamente sois, falsedad y engaño es. El que verdaderamente es humilde, y de veras siente bajamente de sí y se desprecia él á sí mismo y se tiene en poco, háse de holgar tambien que los otros le desprecien y tengan en poco.

Esto es lo que habemos de aprender de Cristo. Mirad cuán de corazon y con cuán gran deseo y voluntad abrazó él los desprecios y deshonras por nuestro amor, que no se contentó con abatirse y apocarse, haciéndose hombre y tomando forma y hábito de siervo el que es Señor de los cielos y de la tierra, sino que quiso tomar forma y hábito de pecador. Dice el Apóstol: "Envió Dios á su Hijo en traje y semejanza de hombre pecador (3)." No tomó pecado,

(1) Verus humilis, vilis vult reputari, non humilis predicari; et gaudet de contemptu sui. *Bernard. serm.* 15 *super Cantica.*
(2) Serm. 42 *sup. Cantica.*
(3) Nardus mea dedit odorem suum. *Cant.* II, 11.
(4) Serm. 24 *sup. Cantica.*

(1) Non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo, sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens. *Ad Phil.* II, 6.
(2) Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde. *Matth.* XI, 29.
(3) Deus Filium suum mittens in similitudinem carnis peccati. *Ad Rom.* VIII, 3.

porque no pudo caber en él; pero tomó el cauterio y señal de pecadores, porque quiso ser circuncidado como pecador, y bautizado entre pecadores y publicanos, como si fuera uno de ellos, y ser tenido en menos que Barrabás, y ser juzgado por peor y mas indigno de la vida que él. Finalmente, era tan grande el deseo que tenia de padecer afrentas, escarnios y vituperios por nuestro amor, que le parecia que se tardaba mucho aquella hora, en la cual, embriagado de amor, habia de quedar desnudo, como otro Noé, para ser escarnecido de los hombres. "Con bautismo, dice (1), tengo de ser bautizado," con bautismo de sangre, "¡y cómo vivo en estrechura hasta que se ponga por obra!" "Con deseo he deseado que se llegue ya esta hora (2)," en la cual no se verán sino escarnios y vituperios nunca vistos, bofetadas y pescozones, como á esclavo, escupirle su cara como á blasfemo, vestirle de blanco como á loco, y de púrpura como á rey fingido, y sobre todo los azotes, que es castigo de ladrones y malhechores, y el tormento de la cruz en compañía de ladrones, que en aquel tiempo era el mas vergonzoso é ignominioso linage de muerte que habia en el mundo. Esto es lo que con gran deseo estaba deseando Cristo nuestro Redentor. Dice el Profeta en su nombre: "estaba esperando improperios y afrentas (3)," como quien esperaba una cosa muy agradable y de que gusta mucho, que de esas cosas es la esperanza, como el temor de las que dan pena y tristeza. Y el profeta Jeremías dice que estaba deseando esta hora para hartarse de oprobios, escarnios y afrentas (1), como de cosa de que él tenia grande hambre, y de que gustaba mucho, y le era muy sabrosa, por nuestro amor.

Pues si el Hijo de Dios deseó con tan gran deseo los desprecios y deshonras, y las recibió con tan grande gusto y contento por nuestro amor, no siendo digno de ellas, no será mucho que nosotros, siendo dignos de todo desprecio y deshonra, deseemos por su amor ser tenidos siquiera en lo que somos, y que nos holguemos con las deshonras y menosprecios que merecemos, como lo hacia el Apóstol San Pablo, cuando decia: "Por lo cual me huelgo en las enfermedades, en las injurias, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo (2)." Y escribiendo á los Filipenses, tratando de su prision, les pide que le sean compañeros en la alegría que tenia por verse preso en aquella cadena con Cristo (3). Tenia tanta abundancia de gozo en las persecuciones y trabajos que padecia, que podia repartir alegría por los compañeros, y asi los convidaba á que participasen de su alegría. Esta es la leche que mamaron á los pechos de Cristo los sagrados Apóstoles. Y asi leemos de ellos que iban gozosos y regocijados cuando los llevaban presos delante de los presidentes y sinagogas, y tenian por gran regalo y merced de Dios ser dignos de padecer afrentas é injurias por el nombre de Cristo (4). Esto imitaron despues los Santos, como un San Ignacio, que cuando le llevaban á martirizar á Roma con muchos denuestos é injurias, iba con grande alegría, y decia: «Ahora comienzo á ser discípulo de

(1) Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor, usque dum perficiatur! *Luc.* XII, 50.
(2) Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum. *Luc.* XXII, 15.
(3) Improperium expectavit cor meum, et miseriam. *Ps.* LXVIII, 21.

(1) Saturabitur oprobiis. *Trenorum* III, 30.
(2) Propter quod placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo. *II. ad Cor.* XII, 10.
(3) Ad Phil. I, 7.
(4) Et illi quidem ibant gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati. *Actuum* III, 41.

Cristo (1).» Esto quiere nuestro Padre que imitemos nosotros, y nos lo encarga con palabras de grande encarecimiento y ponderacion. «Los que entraren y viven en la Compañía han, dice (2), de advertir y ponderar delante de nuestro Criador y Señor, en cuánto grado ayuda y aprovecha á la vida espiritual aborrecer en todo, y no en parte, cuánto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado; y como los mundanos, que siguen el mundo, aman y buscan con tanta diligencia honras, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña; asi los que van en espíritu y siguen de veras á Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario; es á saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su divino amor y reverencia; tanto, que donde á su Divina Magestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado á pecado, desean pasar injurias, falsos testimonios y afrentas, y ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasion alguna de ello, por desear parecer é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo.» En esta regla está cifrado todo lo que podemos decir de la humildad. Esto es haber dejado y aborrecido de veras el mundo y lo mas fino de él, que es el apetito y deseo de ser tenidos y estimados; esto es, estar muertos al mundo y ser de veras religiosos; que como los del mundo desean honra y estimacion, y se huelgan con ella, asi nosotros deseemos deshonras y menosprecios, y nos holguemos con ellos. Esto es ser de la Compañía de Jesus y compañeros de Jesus; que le hagamos compañía, no solo en el nombre, sino en sus deshonras y menosprecios, y nos vistamos de su librea, siendo afrentados y despreciados del mundo con él y por él, y alegrándonos y regocijándonos en esto por su amor. Vos, Señor, fuistes pregonado públicamente por malo y puesto entre dos ladrones como malhechor; no permitais que yo sea pregonado por bueno, que no es razon que el siervo sea tenido en mas que el Señor, ni el discípulo en mas que su Maestro (1). Pues á vos, Señor, os persiguieron y menospreciaron, persíganme á mí, desprécienme, afréntenme, para que asi os imite á vos y parezca discípulo y compañero vuestro. Decia el P. San Francisco Javier (2) que tenia él por cosa indigna que un hombre cristiano, que ha de traer siempre en la memoria las afrentas que hicieron á Cristo nuestro Señor, guste de que los hombres le honren y veneren.

(1) Nunc incipio Christi esse discipulus.
(2) Cap. 4 examinis, § 44; et Regul. 11 Summarii.

CAPITULO XVI.

Que la perfeccion de la humildad y de las demas virtudes está en hacer sus actos con deleite y gusto, y cuánto importa esto para perseverar en la virtud.

Doctrina es comun de los filósofos que la perfeccion de la virtud consiste en hacer los actos de ella con deleite y gusto; porque tratando de las señales por donde se conoce si uno ha alcanzado el hábito de la virtud, dicen que son cuando obra las obras de aquella virtud «con prontitud, facilidad y deleite:» *prompte, faciliter, et delectabiliter*: el que tiene adquirido hábito de algun arte ó ciencia, obra con grandísima prontitud y facilidad las obras de ella. Y asi vemos que el que es músico, como tiene ya adquirido el hábito de la música, tañe con grandísima facilidad y prontitud, y no ha menester prevenirse, ni estar pensando en eso, que aun

(1) Matth. X, 24.
(2) Lib. 2, cap. 3 *vitae P. S. Francisci Xavier.*

pensando en otra cosa, tañe muy bien. Pues de la misma manera obra los actos de la virtud el que tiene adquirido hábito de ella. Y asi, si quereis ver si habeis adquirido la virtud de la humildad, mirad lo primero si obrais las obras de ella con prontitud y facilidad; porque si sentís repugnancia y dificultad en las ocasiones que se os ofrecen, es señal que no habeis alcanzado perfectamente la virtud. Y si para llevarlas bien habeis menester prevenciones y consideraciones, buen camino es este para alcanzar la perfeccion de esa virtud, pero al fin es señal que aun no la habeis alcanzado: como el que para tañer ha menester ir pensando dónde ha de poner este dedo, dónde estotro, y acordándose de las reglas que le han dado, bien va para aprender á tañer, pero es señal que aun no ha adquirido el hábito de la música, porque ese no ha menester acordarse de nada de eso para tañer bien. Y asi dijo allá Aristóteles: «El que tiene ya adquirido perfectamente el hábito de algun arte, ésle tan fácil el obrar los actos de ella que no ha menester ponerse á pensar, ni á deliberar, cómo los ha de hacer, para hacerlos bien (1).» Y asi vienen á decir los filósofos, que de los actos repentinos é indeliberados se conoce la virtud de uno (2). No se conoce la virtud en las cosas que uno hace muy de pensado, sino en los actos que hace descuidadamente.

Y aun mas que esto dicen los filósofos. Plutarco (3), tratando cómo se conocerá cuándo uno ha alcanzado la virtud, pone doce señales, y una de ellas, que nos la dejó, dice, escrita aquel gran filósofo llamado Zenon, es por los sueños; si aun en sueños, cuando estais durmiendo, no os vienen movimientos malos, ni imaginaciones torpes y deshonestas, ó cuando os vienen, no tomais gusto ni contentamiento ninguno en ellas, sino antes pena y estais resistiendo á la tentacion y á la delectacion entre sueños, como si estuviérades despierto, esa es señal de estar la virtud muy arraigada en vuestra alma, y que no solamente la voluntad está sujeta á la razon, sino tambien la sensualidad é imaginacion. Asi como cuando los caballos que llevan un coche están bien domados y amaestrados en aquello, aunque el cochero, que los rige, afloje las riendas y se vaya durmiendo, ellos se van su camino derecho sin errar; asi, dice este filósofo, los que han alcanzado perfectamente la virtud, y han ya domado y sujetado del todo los afectos y apetitos brutales, aun durmiendo, van su camino derecho. San Agustin nos enseña tambien esta doctrina; pues dice que algunos siervos de Dios tienen tanto amor y aficion á la virtud y á la guarda de los Mandamientos de Dios y tanto aborrecimiento al vicio, y están tan hechos y acostumbrados á resistir en vela á las tentaciones, que aun en sueños tambien las resisten (1). Del P. S. Francisco Javier leemos en su vida (2), que una tentacion ó ilusion que tuvo durmiendo, hizo tanta fuerza para resistirla, que con la fuerza echó tres ó cuatro bocanadas de sangre. De esta manera declaran algunos aquello de San Pablo: "Ora velemos, ora durmamos, siempre vivamos con él (3);" que quiere decir, no solo que viviendo y muriendo siempre vivamos con Cristo, que es la comun esposicion; sino que los fervorosos siervos de Dios siempre han de vivir con Cristo, no

(1) Ars perfecta non deliberat; tam sibi facilis est actus suus. *Arist. 3 ethicorum, c. 8.*
(2) In repentinis secundum habitum operamur.
(3) Plutarch. lib. de *profectu morum.*

(1) Domine, memores mandatorum tuorum etiam in somnis resistimus. *Aug. lib. 12 sup. Genes. ad litteram, cap. 15.*
(2) Lib. 6, cap. 6 *de la Vida del P. S. Francisco Javier.*
(3) Sive vigilemus, sive dormiamus, simul cum illo vivamus. *I. ad Thessalon. V, 10.*

solamente velando, sino tambien durmiendo y soñando.

Pasan mas adelante los filósofos, y dicen: la tercera condicion ó señal en que se conoce cuándo uno ha adquirido y alcanzado perfectamente la virtud, es cuando obra las obras de aquella virtud, *delectabiliter*, es decir, con deleite y con gusto. Esta es la principal señal y en lo que consiste la perfeccion de la virtud. Pues si quereis ver si habeis alcanzado la perfeccion de la virtud de la humildad, examinaos por la regla que pusimos en el capítulo pasado; mirad si os holgais tanto con la afrenta y deshonra, como se huelgan los mundanos con la honra y estimacion.

Fuera de ser esto menester para llegar á la perfeccion de cualquier virtud, hay en ello otra cosa de mucha sustancia, que es ser muy importante para durar y perseverar en ella; porque mientras no llegáremos á hacer las obras virtuosas con gusto y alegría, será cosa muy dificultosa el perseverar en la virtud. San Doroteo dice que esta era doctrina comun de aquellos Padres antiguos: «Solian decir aquellos Padres antiguos, y tenian esta por una verdad muy averiguada y cierta, que lo que no se hace con gozo y alegría, no puede durar mucho tiempo (1).» Bien podrá ser que por alguna temporada guardeis el silencio y andeis con modestia y recogimiento; pero hasta que eso salga de lo interior del corazon y con la buena costumbre se os haga como connatural, y asi lo vengais á hacer con suavidad y gusto, no perseverareis mucho en ello, porque será como cosa postiza y violenta, «y nada de violento es perpetuo (2).» Por esto importa mucho ejercitarnos en los actos de las virtudes, hasta que la virtud se nos vaya embebiendo y arraigando en el corazon de tal manera que parezca que ella se cae de suyo y que aquel es nuestro natural, y asi vengamos á obrar las obras de la virtud con gusto y alegría, porque de esa manera podremos tener alguna seguridad de que duremos y perseveremos en ella. Esto es lo que dice el Profeta: "Bienaventurado el varon, que todo su contento y todo su gozo y regocijo es en la ley del Señor, y esos son sus deleites y entretenimientos, porque ese dará frutos de buenas obras, como árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas (1)."

(1) Solebant Patres, et majores nostri firmiter asserere, quidquid animus placenter non admittit, diuturnum esse non posse. *Doroth. serm.* 10.

(2) Et nullum violentum perpetuum.

CAPITULO XVII.

Declárase mas la perfeccion á que habemos de procurar subir en este segundo grado de humildad.

San Juan Clímaco añade otro punto á lo dicho, y dice (2) que asi como los soberbios aman tanto la honra y estimacion que, para ser mas honrados y estimados de los hombres, muchas veces fingen y dan á entender lo que no tienen, como mas nobleza ó mas riqueza, ó mas habilidades y partes de las que tienen; asi es altísima humildad que llegue uno á tener tanto deseo de ser despreciado y tenido en poco, que para alcanzar esto procure en casos fingir y dar á entender algunas faltas que no tenga, para que asi sea tenido en menos. Tenemos, dice, de esto ejemplo en aquel Padre Simeon, que oyendo que el Adelantado de la provincia le venia á visitar como á varon famoso y santo, tomó en las manos un pedazo de pan y queso, y asentado á la puerta de su celda, comenzó á comer de aquello á ma-

(1) Sed in lege Domini voluntas ejus. *Dice otra letra:* Sed in lege Domini voluptas ejus. *Psalm.* 1, 2.

(2) Clymacus, *cap.* 25 *de humil.*

nera de tonto; y visto esto, el Adelantado le despreció; de lo cual quedó él muy contento porque alcanzó lo que pretendia. Y de otros Santos leemos ejemplos semejantes: como de San Francisco, cuando se puso á amasar el barro con los piés por huir la honra y recibimiento que le querian hacer; y de Fr. Junipero, cuando se puso á columpiar con los muchachos por el mismo fin (1).

Miraban estos Santos que el mundo despreció al Hijo de Dios, que es sumo é infinito bien; y viendo que el mundo es tan mentiroso y falso, y que fué engañado en no conocer una tan clarísima luz, como era el Hijo de Dios, y en no honrar al que era verdaderísima honra, toman tanto odio y aborrecimiento con el mundo y su estimacion que reprueban aquello que el mundo aprueba, y aquello precian y aman que el mundo aborrece y desprecia; y asi huyen con mucho cuidado de ser preciados y estimados de quien despreció á su Dios y Señor, y tienen por grande señal de ser amados de Cristo el ser despreciados del mundo con él y por él. Esta es la causa por qué gustaban tanto los Santos de los oprobios, afrentas y deshonras del mundo, y hacian tantos ensayos para alcanzar este desprecio. Verdad es, dice San Juan Clímaco, que muchas cosas de estas fueron hechas por particular instinto del Espíritu Santo, y asi mas son para admirarnos de ellas que para imitarlas; empero, aunque no lleguemos á hacer con efecto aquellas locuras santas que hacian los Santos, habemos de procurar imitarlos en el amor y deseo grande que tenian de ser despreciados y tenidos en poco.

San Diadoco pasa adelante, y dice que hay dos maneras de humildad (2): La primera, es de los medianos que van aprovechando, pero están todavía en pelea, y son combatidos de pensamientos de soberbia y de malos movimientos, aunque procuran con la gracia del Señor resistirlos y desecharlos humillándose y confundiéndose; otra humildad hay de perfectos, y es cuando el Señor comunica á uno tanta luz y conocimiento de sí mismo que le parece que ya no se puede ensoberbecer, ni parece que le pueden venir movimientos de soberbia y elacion: entónces tiene el ánima una humildad como natural (1); que, aunque obra grandes cosas, no se levanta nada por eso, ni se tiene en mas, sino antes se tiene por menor de todos. Y entre estas dos maneras de humildad hay, dice, esta diferencia, que la primera comunmente está con dolor y con alguna tristeza y pena, al fin como en gente que no ha alcanzado perfecta victoria de sí mismos, sino que todavía siente en sí alguna contradiccion; que esa es la que causa la pena y tristeza, cuando se ofrece la ocasion de la humillacion y desestima, y lo que hace que, aunque la lleve con paciencia, no la lleve con alegría, porque todavía hay allá dentro quien haga alguna resistencia por no estar acábadas de vencer las pasiones. Pero la segunda humildad no está con pena ni dolor alguno, antes con mucha alegría se está uno en aquella confusion y vergüenza delante del Señor, y en aquella desestima y desprecio de sí mismo, como quien no tiene ya quien le haga resistencia, por haber vencido y sujetado las pasiones y vicios contrarios, y alcanzado perfecta victoria de sí mismo. Y de ahí es tambien, dice el Santo, que los que tienen la primera humildad, se turban y mudan con las adversidades y prosperidades y diversos sucesos de esta vida;

(1) 1 p. lib. 1, c. 73 de la Crónica de San Francisco.

(2) Una mediocrum, altera perfectorum. Diadoch. lib. de perfect. spirit. c. 89.

(1) Tunc anima velut naturalem habet humilitatem. Ibi.

pero los que tienen la segunda humildad, ni las cosas adversas les turban, ni las prósperas les desvanecen, ni engrien, ni causan en ellos vano contentamiento, sino siempre permanecen en un ser y gozan de grande paz y tranquilidad, como gente que ha alcanzado la perfeccion y es superior á todos esos sucesos. Al que desea ser tenido en poco, y se huelga con eso, no hay cosa que le inquiete, ni le dé pena: porque si lo que le podia dar alguna, que es ser olvidado y desestimado, eso desea él y ese es su gusto y contento; ¿qué le podrá inquietar, ni dar pena? Si en aquello en que los hombres parece que le podian hacer guerra siente él mucha paz, nadie le podrá quitar su paz. Y asi, dice el Crisóstomo, que este tal ha hallado paraiso y bienaventuranza en la tierra. «¿Qué cosa puede haber, dice, mas dichosa que el alma que asi se halla? La que es tal, siempre está sentada en el puerto, libre de toda tempestad, y se deleita con la tranquilidad de los pensamientos (1).»

Pues á esta perfeccion de humildad habemos de procurar llegar. Y no se nos haga esto imposible, porque con la gracia de Dios, dice San Agustin (2), no solamente á los Santos, sino al Señor de los Santos podemos imitar, si queremos: porque el mismo Señor dice que aprendamos de él: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon (3)." Y el Apóstol San Pedro dice que nos dió ejemplo para que le imitemos (4). San Gerónimo sobre aquellas palabras de Cristo: "Si quereis ser perfecto (1)," dice que de estas palabras se colige manifiestamente que está en nuestra mano ser perfectos, pues Cristo dice: «si quereis.» Porque si dijéredes; «no tengo fuerzas,» bien sabe Dios nuestra flaqueza (2), y con todo eso dice qne podreis, si quereis, porque él está á punto para ayudarnos, si nosotros queremos, y con su ayuda todo lo podremos hacer. Vió Jacob una escala, dice el Santo, que llegaba desde la tierra al cielo y que subian por ella ángeles y bajaban, y al fin de la escala en lo alto de ella estaba sentado el Poderoso Dios, para dar la mano á los que subian, y para animarlos al trabajo de la subida con su presencia. Pues procurad vos subir por esta escala y por estos grados que habemos dicho, que él os dará la mano para que llegueis hasta el último escalon. Al caminante, que vé de lejos algun puerto muy alto, parécele imposible la subida; mas cuando llega cerca, y vé camino hollado, hácesele muy fácil.

(1) Anima autem, quae sic se habet, quid potest esse beatius? quicumque talis est, is in portu continuo sedet, ab omni tempestate liber, et oblectatur in serenitate cogitationum. *Chrisost. hom. 9 sup. Genesim.*

(2) *August. serm. 47 de Sanctis.*

(3) Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde. *Matth.* II, 29.

(4) Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. *I. Petri* II, 21.

CAPITULO XVIII.

De algunos medios para alcanzar este segundo grado de humildad, y particularmente del ejemplo de Cristo nuestro Señor.

Dos maneras de medios se suelen dar comunmente para alcanzar las virtudes morales: el uno es de razones y consideraciones que nos convenzan y animen á ello; el otro de ejercicio y uso de los actos de aquella virtud, con los cuales se alcanzan los hábitos. Comenzando del primer género de medios, una de las mas principales y eficaces consideraciones de que nos podemos ayudar para ser muy humildes, ó la mas

(1) Si vis perfectus esse. *Matth.* XIX, 21.

(2) Quia si dixeris: «vires non suppetunt;» qui inspector est cordis ipse intelligit. *Prov.* XXIV, 12.

principal y eficaz de todas, es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro; de lo cual, aunque hablemos dicho algo, siempre hay que decir. Toda la vida de Cristo fué un perfectísimo dechado de humildad, desde que nació hasta que espiró en la Cruz. Pero el bienaventurado San Agustin (1) pondera particularmente para esto el ejemplo que nos dió lavando los pies á sus discípulos el Jueves de la Cena, ya cercano á su Pasion y Muerte. No se contentó Cristo nuestro Redentor, dice San Agustin, con los ejemplos de toda su vida pasada, ni con los que luego habia de dar en su Pasion, que tan cercana estaba, donde habia de parecer, como dice Isaías (2), el postrero de los hombres; y como dice el Real Profeta David (3), "oprobio de los hombres y desecho del mundo;" sino "sabiendo Jesus que era ya llegada la hora en que se habia de partir de este mundo á su Padre, como tuviese grande amor á los suyos, quisósele mostrar al fin de su vida, y acabada la Cena, levántase de la mesa y quítase sus vestiduras, cíñese una tohalla, echa agua en una vacía y póstrase á los pies de sus discípulos y á los de Judas, y comienza á lavárselos con aquellas manos divinas, y á limpiárselos con la tohalla con que estaba ceñido (4)." ¡Oh misterio grande! ¿qué es esto, Señor, qué haceis? Dice el Apóstol San Pedro: "¿Vos, Señor, me lavais á mí los pies (5)?" No entendian los discípulos lo que hacia. Responde el Señor: "Ahora no entiendes lo que hago, empero despues lo entenderás; yo os lo declararé (6)." Tórnase á sentar á la mesa, y declárales el misterio muy de propósito. "Vosotros, dice (1), me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy; pues si yo, siendo vuestro Maestro y Señor, me he humillado y os he lavado los pies, vosotros habeis de hacer lo mismo unos con otros. Héos dado ejemplo para que aprendais de mí y hagais como yo." Ese es el misterio, que aprendais á humillaros, como yo me he humillado. Es tan grande por una parte la importancia de esta virtud de la humildad, y por otra la dificultad que hay en ella, que no se contenta con tantos ejemplos como nos habia dado y tenia tan á la mano para darnos, sino como quien conocia bien nuestra flaqueza, y tan bien habia tomado el pulso á nuestro corazon, y tenia bien entendida la malicia del humor de que pecaba nuestra dolencia, cargó tanto la mano en esta parte, y pónenos esta entre las postreras mandas de su Testamento por su última voluntad, para que quedase mas impresa en nuestros corazones.

Sobre aquellas palabras de Cristo: "aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon," esclama San Agustin: «¡Oh, doctrina saludable! ¡Oh Maestro y Señor de los hombres, á los cuales, por la soberbia, les entró la muerte! ¿Qué es, Señor, lo que quereis que vamos á aprender de vos? Que soy manso y humilde de corazon. Esto es lo que habeis de aprender de mí (2). ¿En eso se han resumido todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Padre, escondidos en vos, que por gran cosa digais que vamos á aprender de vos que sois manso y humilde de corazon? ¿Tan grande cosa es hacerse uno pequeño, que si vos, que sois

(1) August. lib. *de sancta virginitate.*
(2) Isai. LIII, 3.
(3) Ps. XXI, 7.
(4) Sciens Jesus, quia venit hora ejus, ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. *Joann.* XIII, 1.
(5) Domine, tu mihi lavas pedes? *Ib. v.* 6.
(6) Quod ego facio tu nescis modo, scies autem postea. *Ib. v.* 7.

(1) Vos vocatis me Magister, et Domine: et bene dicitis, sum etenim: si ergo ego lavi pedes vestros, Dominus et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes. Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis. *Ib. vv.* 13, 14, 15.
(2) Matth. I, 29.

tan grande, no os hiciérades pequeño, no hubiera quien lo pudiera aprender (1)?» Sí, dice San Agustin, tan grande cosa es y tan dificultosa humillarse y hacerse pequeño, que si el mismo Dios no se hubiera humillado y hecho pequeño, no acabaran los hombres de humillarse; porque no hay cosa que tengan tan metida en las entrañas y tan entrañada en el corazon, como este apetito de ser honrados y estimados; y asi, todo eso fué menester para que seamos humildes. Tal medicina como esta requeria la enfermedad de nuestra soberbia; á tal llaga, tal cura. Y si esta medicina de haberse Dios hecho hombre, y humillándose tanto por nosotros, no cura nuestra soberbia, no sé, dice San Agustin (2), con qué se podrá curar. Si ver al Señor de la Magestad tan abatido y humillado no basta para que nosotros nos avergoncemos de desear ser honrados y estimados, y nos tome gana de ser despreciados y abatidos con él y por él, no sé qué ha de bastar. Y asi Guerrico Abad, admirado y convencido con tan grande ejemplo de humildad, esclama y dice lo que es razon que nosotros digamos y saquemos de aqui: «Vencido habeis, Señor, vencido habeis mi soberbia; atado me habeis de pies y manos con vuestro ejemplo; yo me rindo y entrego por esclavo vuestro para siempre (3).»

Es tambien maravilloso pensamiento á este propósito, aquel del glorioso Bernardo. Vió, dice (1), el Hijo de Dios que dos criaturas nobles, generosas y capaces de la bienaventuranza, que Dios habia criado, se perdian por querer ser semejantes á él; crió Dios los ángeles, y luego Lucifer quiso ser semejante á Dios (2), y llevó tras sí á otros: échalos Dios luego en el infierno, y de ángeles quedaron hechos demonios (3). Cria Dios al hombre, y luego el demonio le pega su lepra y su ponzoña. Engolosináronse de que les dijo que serian como Dios (4), y quebrantaron su mandamiento, y quedaron semejantes al demonio. Dijo el profeta Eliseo á su criado Giezzi, despues que tomó los dones de Naaman leproso: «tomaste la hacienda de Naaman, pues la lepra de Naaman se te pegará á tí y á todos tus descendientes eternalmente (5).» Este fué el juicio de Dios contra el hombre, que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fué la culpa de su soberbia, tambien se le pegase la lepra de él, que fué la pena de ella. Pues veis aqui tambien al hombre perdido y comparado con el demonio, porque quiso ser semejante á Dios. ¿Qué será bueno que haga el Hijo de Dios viendo á su Eterno Padre celar y volver asi por su honra? «Veo, dice (6), que por mi ocasion pierde mi Padre sus criaturas;» los ángeles quisieron ser como yo, y se perdieron; el hombre tambien quiso ser como yo, y se perdió; todos tienen envidia de mí, y quieren ser como yo;

(1) O Doctrinam salutarem! O Magistrum, Dominumque mortalium, quibus mors poculo superbiae propinata, atque transfussa est! quid ut discamus a te, venimus ad te? Huccine redacti sunt omnes thesauri sapientiae, et scientiae absconditi in te; ut pro magno discamus a te, quoniam mitis es, et humilis corde? Itane magnum est esse parvum; ut nisi a te, qui tam magnus es, fieret, disci omnino non posset? *Aug. lib. de sancta virginit. cap.* 34.

(2) Haec medicina, si superbiam non curat, quid eam curet nescio. *August. Dominica* 2. *Quadrag. serm.* 1.

(3) Vicisti, Domine, vicisti superbiam meam; ecce do manus in vincula tua, accipe servum sempiternum. *Guerr. abbas.*

(1) Bernard. *serm.* 1 *de adventu.*

(2) In coelum conscendam, super astra Dei exaltabo solium meum, sedebo in monte testamenti in lateribus Aquilonis, ascendam super altitudinem nubium, similis ero Altissimo. *Isai.* XIV, 13.

(3) Verumtamen ad infernum detraheris, ad profundum laci. *Ib.*

(4) Eritis sicut Dii, scientes bonum, et malum. *Genes.* III, 5.

(5) IV. Reg. V, 27.

(6) Ecce, inquit, occasione mei creaturas suas Pater amittit.—Ecce venio, et talem eis exhibeo me ipsum, ut quisquis invidere voluerit, quisquis gestierit imitari, fiat ei aemulatio ista in bonum. *Bernard. loc. sup. cit.*

pues advertid: «Yo iré en tal forma, dice el Hijo de Dios, que de aquí adelante el que quisiere ser como yo, no se pierda, sino se gane.» Para esto bajó del cielo el Hijo de Dios y se hizo hombre. ¡Oh! bendita, ensalzada y glorificada sea tal bondad y misericordia, que condescendió Dios con el apetito tan grande que teniamos de ser semejantes á él, y ya no con mentira y falsedad, como el demonio dijo, sino con verdad; ya no con soberbia y malicia, sino con mucha humildad y santidad, podemos ser como Dios.

Sobre aquellas palabras: "Un parvulito nos ha nacido (1)," dice el mismo Santo: «Pues que Dios, siendo tan grande, se hizo por nosotros pequeño, procuremos nosotros humillarnos y hacernos pequeños, porque no sea sin fruto para nosotros el haberse Dios hecho niño y pequeño (2); porque si no os haceis como este niño, no entrareis en el reino de los cielos.»

CAPITULO XIX.

De algunas razones y consideraciones humanas, de que nos habemos de ayudar para ser humildes.

Desde el principio de este tratado habemos ido diciendo otras muchas razones y consideraciones que nos pueden ayudar y animar mucho á esta virtud de la humildad, diciendo que es raiz y fundamento de todas las virtudes, atajo para alcanzarlas, medio para conservarlas, y que si tenemos esta las tendremos todas, y otras cosas semejantes; pero porque no parezca que lo queremos llevar todo por la via del espíritu solamente, será bien que digamos algunas razones y consideraciones humanas, que son mas connaturales y proporcionadas á nuestra flaqueza; porque asi, convencidos, no solamente por via de espíritu y de perfeccion, sino de la misma razon natural, nos animemos y aficionemos mas á despreciar la honra y estimacion del mundo y á seguir el camino de la humildad; que todo es menester para una cosa tan dificultosa como esta, y asi es bien que nos ayudemos de todo. Pues sea lo primero, que nos pongamos á considerar y examinar muy de espacio y con atencion qué cosa sea esta opinion y estimacion de los hombres que tanta guerra nos hace y tanto nos dá en que entender; veamos el tomo y peso que tiene, para que asi lo tengamos en lo que es y nos animemos á despreciarlo, y no andemos tan engañados como andamos. Dijo muy bien Séneca, que hay muchas cosas que las juzgamos por grandes, no porque tengan en sí grandeza, sino porque es tanta nuestra vileza y poquedad, que lo pequeño nos parece grande y lo poco mucho; y trae el ejemplo del peso que llevan las hormigas, que conforme á su cuerpo nos parece muy grande, siendo él en sí muy pequeño. Pues asi es esto de la honra y estimacion de los hombres. Si no, pregunto yo: ¿sois mejor, porque los otros os tengan en algo, ó peor porque os tengan en menos? No, por cierto. Dice muy bien San Agustin: «Ni al malo le hace bueno ser alabado ni estimado, ni al bueno le hace malo el ser deshonrado y vituperado (1). Siente tu de Agustino lo que quisieres: lo que yo querria es que mi conciencia no me acusase delante de Dios (2).»

(1) Parvulus natus est nobis. *Isai.* IX, 6.

(2) Studeamus effici sicut iste parvulus, discamus ab eo quia mitis est, et humilis corde; ne magnus Deus, sine causa factus sit homo parvulus. Quia nisi efficiamini sicut parvulus iste, non intrabitis in regnum coelorum. *Bernard. hom. 3 sup. Missus est.*

(1) Nec malam conscientiam sanat praeconium laudantis, nec bonam vulnerat convitiantis opprobrium. *August. lib. 3 contra Epist. Petiliani donatistae.*

(2) Senti tu de Augustino quidquid libet, sola

Eso es lo que hace al caso, lo demas es vanidad, pues ni quita ni pone. Esto es lo que dice aquel Santo (1): «¿Qué mejoría tiene el hombre por que otro le alabe? Cuanto cada uno es en los ojos de Dios, tanto es y no mas, como dice el humilde San Francisco,» ó por mejor decir, el Apóstol S. Pablo: "No es bueno el que se alaba á sí, sino aquel á quien alaba Dios (2)."

Trae San Agustin una buena comparacion á este propósito: «La soberbia y estimacion del mundo no es grandeza, sino viento é hinchazon; y asi como cuando una cosa está hinchada, parece grande y no lo es; asi los soberbios, que son tenidos y estimados de los hombres, parecen grandes, pero no lo son; porque no es grandeza aquella, sino hinchazon (3).» Hay unos convalecientes ó enfermizos que parece que están gordos y buenos, y no es aquella buena gordura, sino falsa; es enfermedad é hinchazon. Asi, dice San Agustin, es el aplauso y estima del mundo; puédeos hinchar, pero no os puede hacer grande. Pues si es asi, como lo es, que la opinion y estima de los hombres no es grandeza, sino hinchazon y enfermedad, ¿para qué andamos como camaleones abiertas las bocas, papando viento, para con eso quedar hinchados y enfermos? Mejor le es á uno estar sano, aunque parezca enfermo, que estar enfermo y parecer sano. Asi tambien mejor es ser bueno, aunque sea tenido por ruin, que ser ruin y ser tenido por bueno. Porque ¿qué os aprovechará ser tenido por virtuoso y espiritual, si no lo sois? Sobre aquellas palabras: "Alábenle en las puertas sus obras (1)," dice San Gerónimo: «No los vanos loores de los hombres, sino vuestras buenas obras, os han de alabar y valer, cuando parezcais en juicio delante de Dios.»

Cuenta San Gregorio (2) que en un monasterio de Iconia habia un monge, del cual tenian todos mucha opinion de Santo, especialmente de muy abstinente y penitente; llegándose la hora de su muerte, llamó á todos los monges: ellos fueron muy alegres, pensando oir de él alguna cosa de edificacion, pero él temblando y muy angustiado, fué compelido interiormente á decirles su estado; y asi les declaró cómo estaba condenado por haber sido toda su vida hipocresía; porque, cuando ellos pensaban que ayunaba y hacia mucha abstinencia, comia secretamente sin que nadie lo viese; y por eso, dice, soy ahora entregado á un terrible dragon, el cual con su cola me tiene trabados y atados mis pies, y ya entra su cabeza en mi boca para sacar y llevar mi ánima consigo para siempre. Y diciendo esto espiró con grande espanto de todos. ¿Qué le aprovechó á este miserable el haber sido tenido por Santo?

San Atanasio (3) compara á los soberbios que buscan honras á los niños que andan cazando mariposas. Otros los comparan á las arañas, que se desentrañan tegiendo sus telas para cazar moscas, conforme á aquello de Isaías: "Tejieron telas de arañas (4);" asi el soberbio se desentraña y echa los hígados, como dicen, para alcanzar un poco de loor humano. Del P. San Francisco Javier leemos en su Vida (5) que tenia y mostraba siempre particular ódio y aborrecimiento á

---

me in oculis Dei conscientia non acuset. *August. lib. unico contra Secund. Manich. cap.* 1.

(1) Thomas de Kempis.

(2) Non enim qui se ipsum commendat, ille probatus est, sed quem Deus commendat. *II. ad Cor.* X, 18.

(3) Est enim superbia, non magnitudo, sed tumor; quod autem tumet, videtur magnum, sed non est sanum. *Aug. serm. 10 de Tempore.*

(1) Et laudent eum in portis opera ejus. *Prov.* XXXI, 31.

(2) Greg. *lib. 4 Dialog. cap.* 38.

(3) Athanas. *lib. de Similit. c.* 27.

(4) Telas araneae texuerunt. *Isai. c.* LIX, 5.

(5) Lib. 6, c. 8 de la *Vida del P. San Francisco Javier.*

esta opinion y estima del mundo; porque decia que era causa de grandes males, é impedia muchos bienes. Y asi le oian decir algunas veces con grande afecto y gemidos: «¡Oh opinion! ¡Oh opinion y estima de los hombres, cuántos males has hecho, haces y harás!»

CAPITULO XX.

De otras razones humanas que nos ayudarán para ser humildes.

San Crisóstomo, sobre aquellas palabras de San Pablo: "No saber mas que lo que importa saber; mas saber con sobriedad (1);" va probando muy de propósito (2), que el soberbio y arrogante, no solo es malo y pecador, sino loco. Y trae para esto aquello de Isaías: "El loco dirá locuras (3)," y por las locuras que dice, entendereis que es loco. Pues mirad las locuras que dice el soberbio y arrogante, y vereis como es loco. ¿Qué es lo que dijo el primer soberbio, que fué Lucifer? "Subiré al cielo, y pondré y ensalzaré mi asiento sobre las nubes, y allá encima de las estrellas y seré semejante al Altísimo (4)." ¿Qué cosa mas loca y desatinada? Y en el capítulo décimo pone unas palabras muy arrogantes y locas de Asur, rey de los Asirios, con que se gloriaba que con su mano poderosa habia vencido y sujetado á todos los reyes de la tierra. "Como quien toma de un nido los pajaricos pequeños, que crian las aves, y como quien va á coger los huevos que han dejado, asi, dice, tomé yo toda la tierra con esa misma facilidad, que no hubo quien se menease, ni osase abrir la boca ni chistar (1)." ¿Qué mayor locura? dice San Crisóstomo. Y trae allí otras muchas palabras de soberbios, en las cuales muestran bien su locura; de tal manera, que si oís sus palabras, no podreis conocer si son palabras de hombre soberbio ó de alguno que está verdaderamente loco, segun son de locas y desatinadas. Y asi vemos acá que, como los locos nos mueven á risa con las locuras que dicen y hacen, asi tambien los soberbios dan materia de risa y conversacion con las palabras que dicen arrogantes y que redundan en su loor, y con los meneos y autoridad con que andan, y con el caso que quieren se haga de ellos y de sus cosas, y con la estima en que ellos las tienen. Y añade San Crisóstomo (2) que es peor locura la del soberbio y digna de mayor vituperio é ignominia que la natural, porque esta no trae consigo culpa ni pecado alguno, y aquella sí. De donde se sigue otra diferencia entre estas dos locuras, que los locos naturales causan compasion y mueven á que todos se duelan y compadezcan de su trabajo; pero la locura de los soberbios no mueve á compasion, ni á misericordia, sino á risa y escarnio.

De manera, que los soberbios son locos, y asi tratamos con ellos como con tales. Porque asi como condescendeis con lo que dice el loco, para tener paz con él, aunque ello no sea asi, ni vos lo sintais asi, y no lo quereis contradecir porque está loco; de esa manera hacemos con los soberbios. Y reina tanto el dia de hoy este humor y locura en el mundo, que apenas se puede ya

(1) Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem. *Ad Rom.* XII, 3.
(2) Chrisost. *hom.* 20, *sup. Epist. ad Rom.*
(3) Stultus enim fatua loquetur. *Isaiae* XXXII, 6.
(4) In coelum conscendam, super astra Dei exaltabo solium meum, sedebo in monte testamenti, in lateribus Aquilonis, ascendam super altitudinem nubium, similis ero Altissimo. *Isaiae* XIV, 13.

(1) Et invenit quasi nidum manus mea fortitudinem populorum; et sicut colliguntur ova, quae derelicta sunt, sic universam terram ego congregavi, et non fuit, qui moveret pennam, et aperiret os, et ganniret. *Isaiae* X, 14.
(2) Chrysost. *hom.* 39 *ad populum Antiochenum.* tom. II.

hablar con los hombres sin lisongearlos y decir de ellos lo que verdaderamente no es asi, ni vos lo sentís asi, porque gusta tanto el otro de entender que contentan y parecen bien sus cosas, que para contentarle y ganarle la voluntad, no sabeis mejor entrada que alabarle. Y esta es una de las vanidades y locuras que dice el Sábio que vió en el mundo; ser alabados los malos por estar en lugares altos como si fueran buenos (1). ¿Qué mayor vanidad y locura que alabaros los hombres, sin sentirlo ellos asi? Y muchas veces os alaban de lo que hicistes mal, y de lo que á ellos les pareció mal; y el donaire es, que á los otros ya les han dicho la verdad de lo que sienten, sino que con vos, á trueque de contentaros, unas veces no se les da nada de mentir, y otras buscan rodeos para sin mentira poder alabar y decir bien de lo que les pareció mal. Es que os tratan como á loco, condescendiendo con vos. Entiende el otro que vos teneis ese humor, y que os holgais de ser tratado de esta manera, y que el mejor bocado de la comida, despues que habeis predicado, ó hecho otra cosa semejante, es deciros que salió muy bien y que quedaron todos muy contentos; y por eso os trata asi, para teneros contento y ganaros la voluntad, que por ventura os ha menester. Y de lo que sirve esto, es de haceros mas loco: porque os alaban de lo que digistes, ó hicistes mal, y quedais mas confirmado para hacerlo otra vez. No se atreven los hombres el dia de hoy á decir lo que sienten, porque saben que las verdades amargan: *veritas odium parit*; y saben que así como el que está loco y frenético, resiste á las medicinas y escupe al médico que le quiere curar, asi el soberbio resiste al aviso y á la correccion. Y por eso no quieren los hombres decir al otro lo que saben que no le ha de hacer buen estómago, porque nadie quiere buscar ruido por sus dineros; antes le dan á entender que les parece bien lo que les parece mal, y el otro está tan pagado de sí que lo cree. De donde se verá tambien lo que decíamos en el capítulo pasado, cuán grande vanidad y locura sea hacer caso de las alabanzas de los hombres, pues sabemos que el dia de hoy todo es cumplimiento, engaño, lisonja y mentira: que aun ellos interpretan asi el nombre *cumplimiento*, «cumplo y miento, miento para cumplir.»

Mas: los soberbios, dice San Crisóstomo, son aborrecidos de todos. De Dios primeramente, como dice el Sábio: "Todo hombre arrogante y soberbio, es abominacion delante de Dios (1)." Y de siete cosas que aborrece Dios, la primera pone la soberbia (2). Y no solo de Dios, sino tambien de los hombres son aborrecidos (3). Asi como los que tienen los hígados y entrañas dañadas echan un olor muy malo de sí, que no hay quien lo sufra, asi son los soberbios (4). El mismo mundo les da aqui pago de su soberbia, castigándoles en lo mismo que ellos pretendian, porque todo les sale muy al revés: ellos pretenden ser tenidos y estimados de todos, y vienen á ser tenidos por locos. Ellos pretenden ser queridos de todos, y vienen á ser al revés: de todo el mundo es aborrecido el soberbio; de los mayores, porque se les quiere igualar; de los iguales, porque los quiere sobrepujar; de los menores, porque quiere mas de lo que es razon. Aun los criados di-

(1) Vidi impios sepultos, qui etiam cum adhuc viverent, in loco sancto erant, et laudabantur in civitate quasi justorum operum, sed et hoc vanitas est. *Eccles.* VIII, 10.

(1) Abominatio Domini est omnis arrogans. *Prov.* XVI, 5.

(2) Oculos sublimes.—*Prov.* VI, 17.

(3) Odibilis coram Deo est et hominibus superbia. *Eccl.* X, 17.

(4) Sicut cruciant praecordia factentium, sic et cor superborum. *Eccl.* XI, 32.

cen mal de su amo, cuando es soberbio, y no le pueden sufrir. "Donde estuviere la soberbia, allí estará el desprecio (1)." Por el contrario, el humilde es tenido y estimado, querido y amado de todos. Así como los niños, por su bondad, inocencia y simplicidad son muy amables: así, dice el glorioso San Gregorio (2), lo son los humildes; porque aquella simplicidad y llaneza en las palabras y en la manera de tratar sin fingimiento y doblez, roba el corazon. Es piedra imán la humildad, que atrae á sí los corazones: todos parece que querrian meter en las entrañas al humilde.

Para que nos acabemos de persuadir que es locura el andar deseando y procurando la estima y opinion de los hombres, hace San Bernardo (3) un dilema muy bueno y que concluye. O fué locura, dice, la del Hijo de Dios en abatirse y apocarse tanto y escoger menosprecios y deshonras, ó es gran locura la nuestra en desear tanto la honra y estimacion de los hombres: no fué locura la del Hijo de Dios, ni lo pudo ser, aunque al mundo le pareció tal, como dice San Pablo: "A los ciegos y soberbios gentiles paréceles locura la de Cristo; pero á nosotros, que tenemos luz de fé, parécenos suma sabiduría y amor infinito (4)." Pues si aquella fué suma sabiduría, luego la nuestra es locura, y nosotros somos los locos en hacer tanto caso de la opinion y estima de los hombres y de la honra del mundo.

(1) Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia. *Prov.* XI, 2.
(2) Greg. *lib.* 7 *Moral. c.* 23.
(3) Bernard. *serm.* 3 *de Nativit.*
(4) Nos autem praedicamus Christum crucifixum; judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam: ipsis autem vocatis judaeis, atque Graecis Christum Dei virtutem, et Dei sapientiam. *I. ad Cor.* I, 23.

CAPITULO XXI.

Que el camino cierto para ser uno tenido y estimado de los hombres es darse á la virtud y humildad.

Si con todo lo que habemos dicho no acabais de dejar los humos y perdeis los bríos y deseos de honra y estimacion, sino que decis que al fin es gran cosa tener buen crédito y opinion cerca de los hombres, y que importa eso mucho para la edificacion y para otras cosas, y que el Sábio nos aconseja que tengamos cuidado de esto; digo que sea en buen hora: yo soy contento que tengais cuidado de conservar el buen nombre que teneis (1), y de que seais tenido y estimado en mucho de los hombres. Pero hágoos saber que de la manera que lo deseais vais muy errado, aun para alcanzar eso mismo que pretendeis; por ahí nunca lo alcanzareis, sino antes lo contrario. El camino seguro y cierto, por el cual sin duda vendreis á ser muy tenido y estimado de los hombres, dice San Crisóstomo (2), es el de la virtud y humildad. Procurad vos ser muy buen religioso y el menor y mas humilde de todos, y de parecerlo en vuestro modo de proceder y en las ocasiones que se ofrecieren, y de esa manera sereis muy tenido y estimado de todos. Esa es la honra del religioso que dejó el mundo, á quien le parece mejor la escoba en la mano, y el vestido pobre, y el oficio bajo y humilde, que al caballero las armas y el caballo; y por el contrario, el desear y buscar ser tenido y estimado de los hombres, es grande afrenta y deshonra suya. Así como seria grande afrenta y deshonra salirse de la Religion y volverse al mundo, y con razon harian los hombres burla de él, "porque comenzó á edificar, y no lo pudo acabar (3)," así lo es desear y

(1) Curam habe de bono nomine. *Eccl.* XLI, 15.
(2) Chrysost. *hom.* 30, *ad Popul.*
(3) Quia hic homo coepit aedificare, et non potuit consummare. *Luc.* XIV, 30.

pretender ser tenido y estimado de los hombres; porque eso es volverse al mundo con el corazon, porque eso es lo mas fino del mundo, y lo que vos dejasteis y huisteis cuando os acogisteis á la Religion.

¿Quereis ver claramente cuán vergonzosa y afrentosa cosa es el desear ser tenido y estimado de los hombres, en quien protesta tratar de perfeccion? Salga á luz ese deseo, de manera que echen de ver los otros que lo deseais, y vereis cuán afrentado y corrido quedareis vos mismo de que eso se entienda. Tenemos un ejemplo muy bueno de esto en el Sagrado Evangelio. Cuentan los Evangelistas (1) que iban una vez los Apóstoles con Cristo nuestro Redentor algo apartados de él, que les parecia á ellos que no les oiria, é iban disputando y contendiendo entre sí quién de ellos era el mayor y mas principal; y llegados á casa en Cafarnaun, preguntóles; ¿qué era aquello que veníades tratando por el camino? Dice el Sagrado Evangelio que se hallaron los pobres tan corridos y avergonzados de ver descubierta su pretension y ambicion, que no tuvieron boca para responder (2). Entonces toma la mano el Salvador del mundo, y díceles: "Mirad, Discípulos mios, allá entre los del mundo y los que siguen sus leyes, los que gobiernan y mandan son tenidos por grandes; empero en mi escuela es al revés: el mayor ha de ser el menor, y el que ha de servir á todos (3)." En la Casa de Dios y en la Religion, el humillarse y abatirse es ser grande. El hacerse uno el menor de todos le hace ser tenido y estimado en mas que todos. Esta es la honra acá en la Religion: que esotra que vos pretendeis no es honra, sino deshonra; y en lugar de alcanzar ser tenido y estimado, venis por ahí á ser desestimado y tenido en menos que todos, porque quedais en reputacion de soberbio, que es la mayor bajeza en que podeis dar. En ninguna cosa perdereis tanto, como en que se entienda que deseais y pretendeis ser tenido y estimado de los hombres, y que andais mirando en puntillos, y que os sentís de cosillas de estas.

Y asi dice muy bien San Juan Clímaco (1), que la vanagloria muchas veces fué causa de ignominia á los suyos: porque los hizo caer en cosas, con que descubriendo su vanidad y ambicion, vinieron en gran vituperio y confusion. No mira el soberbio que en las cosas que dice y hace para que le estimen, descubre su apetito desordenado de soberbia, y asi de donde pretendia sacar estimacion, saca vituperio y confusion. Añade San Buenaventura (2), que la soberbia ciega de tal manera el entendimiento, que muchas veces, mientras mas soberbia hay, menos se conoce; y asi como ciego hace y dice el soberbio tales cosas que, si cayera en la cuenta, aunque no fuera por Dios, ni por la virtud, sino solamente por esa misma honra y estimacion que desea, no las dijera, ni hiciera en ninguna manera. Cuántas veces acontece que se siente y se queja uno, porque no hicieron caso de él en tal ocasion, ó porque prefirieron á otro en tal cosa, pareciéndole que se le debia aquello á él, y que le hacian agravio en ello, y que redundará en deshonor y desestima y nota suya, y que los otros lo echarán de ver y repararán en ello, y con este título y color dá á entender su sentimien-

(1) Luc. XXII, 24.—Marc. IX, 32.

(2) At illi tacebant, si quidem in via inter se disputaverant, quis eorum major esset. *Ib.*

(3) Vos autem non sic; sed qui major est in vobis, fiat sicut minor, et qui praecessor est, sicut ministrator.—Si quis vult primus esse, erit omnium novissimus, et omnium minister. *Ib.*

(1) Climac. *cap. de vanagloria.*

(2) Bonav. *lib. 1 de Profectu Religiosorum, cap. 9.*

to y pretension; con lo cual queda en realidad de verdad mas notado y desestimado, porque queda tenido por soberbio y por hombre que mira en puntos de honra, que acá en la Religion es cosa muy aborrecible; y si disimulára en aquella ocasion, y se descuidára de sí, y que hicieran los superiores lo que quisieran, ganára mucha honra y fuera muy estimado por ello.

De manera, que aunque no fuese por via de espíritu, sino en ley de prudencia y buen juicio, y aun en ley de mundo, el camino verdadero y cierto para ser uno tenido y estimado, querido y amado de los hombres, es darse uno muy de veras á la virtud y á la humildad. Aun allá se dice de Agesilao, rey de los Lacedemonios, y grande sábio entre ellos, que preguntado de Sócrates cómo haria que todos tuviesen estima y buen concepto de él, respondió: «Si procuras ser tal, cual deseas parecer (1).» Y otra vez, siendo preguntado de lo mismo, respondió: «Si hablares siempre bien y obrares mejor (2).» Y de otro filósofo (Pindaro) se cuenta que tenia un grande amigo que en cualquiera ocasion decia grandes bienes de él; y diciéndole un dia: «mucho me debes, pues donde quiera que me hallo, te alabo mucho y encarezco tus virtudes;» respondió el filósofo: «bien te lo pago, en vivir de manera que no mientas en ninguna cosa de las que dijeres.»

No queremos por esto decir que nos habemos de dar á la virtud y humildad por ser tenidos y estimados de los hombres, que eso seria soberbia y perversion grande; lo que decimos es que, si procurais ser humilde de veras y de corazon, sereis tenido y estimado en mucho, aunque vos no querais: antes mientras mas huyéredes la honra y estimacion y deseáredes ser tenido en menos, os irá ella siguiendo mas, porque es como la sombra. Tratando San Gerónimo de Santa Paula dice: «Huyendo de la gloria y estimacion, era mas honrada y estimada; porque asi como la sombra mientras mas uno huye de ella, mas le sigue, y por el contrario, si vos quereis ir tras la sombra, ella huirá de vos, y mientras mas corriéredes tras ella, mas huirá, que no la podreis alcanzar: asi es la honra y estimacion (1).»

Este medio nos enseñó Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio, declarando el modo para tener los lugares y asientos mas honrosos en los ayuntamientos: "Cuando fuéredes convidado, nos dice (2), no os senteis en el primer lugar, por que porventura estará convidado otro mas honrado que vos, y viniendo, diráos que le dejeis aquel lugar, y entonces ireis bajando hasta el postrero con gran vergüenza y confusion vuestra; sino lo que habeis de hacer es, sentaros en el postrer lugar, para que cuando venga el que os convidó, os haga subir mas arriba, y de esa manera quedareis honrado delante de todos." Que es lo mismo que el Espíritu Santo habia dicho antes por el Sábio: "No te hagas grave delante del Rey, ni te pongas en el lugar de los grandes, porque mas vale que te digan sube acá, que no que te hagan un desaire en la presencia del Príncipe (3)." Y concluye la parábola di-

(1) Si talis esse studeas, qualis habere vis.
(2) Si loquaris, quae sunt optima, et facias, quae sunt honestissima.

(1) Fugiendo gloriam, gloriam merebatur; quae virtutem, quasi umbra sequitur, et appetitores sui deserens, appetit contemptores. *Hieron.*
(2) Cum invitatus fueris ad nuptias, non discumbas in primo loco, ne forte honoratior te sit invitatus ab illo, et veniens is qui te, et illum vocavit, dicat tibi: da huic locum: et tunc incipias cum rubore novissimum locum tenere; sed cum vocatus fueris, vade, recumbe in novissimo loco, ut cum venerit, qui te invitavit, dicat tibi: amice ascende superius: tunc erit tibi gloria coram simul discumbentibus. *Luc.* XIV, 8.
(3) Ne gloriosus appareas coram Rege, et in loco magnorum ne steteris; melius est enim, ut dicatur tibi, ascende huc, quam ut humilieris coram principe. *Prov.* XXV, 6.

ciendo: "Porque todo aquel que se ensalza, será humillado, y el que se humilla será ensalzado (1)." ¿Veis cómo no solo delante de Dios, sino tambien delante de los hombres, el humilde que escoge el lugar bajo y despreciado, es tenido y estimado; y por el contrario, el soberbio que desea y pretende el primer lugar y los mejores puestos y mas honrosos, es despreciado y tenido en menos? Esclama San Agustin y dice «¡Oh humildad santa, cuán desemejante eres á la soberbia! La soberbia, hermanos mios, echó del cielo á Lucifer; pero la humildad hizo que el Hijo de Dios se hiciese hombre. La soberbia echó á Adan del Paraiso, pero la humildad subió allá al ladron. La soberbia dividió y confundió las lenguas de los gigantes; la humildad juntó en uno las que estaban divididas. La soberbia convirtió en bestia al rey Nabucodonosor; pero la humildad hizo á José señor de Egipto y príncipe del pueblo de Israel. La soberbia anegó á Faraon; pero la humildad levantó y ensalzó á Moisés (2).»

CAPITULO XXII.

Que la humildad es medio para alcanzar la paz interior del alma, y que sin ella nunca la tendremos.

"Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y hallareis descanso para vuestras almas (3)." Una de las mas principales y eficaces razones que podemos traer para animarnos á despreciar la honra y estimacion del mundo y procurar ser humildes, es la que nos propone Cristo nuestro Redentor en estas palabras, que es ser este medio único para alcanzar la paz y quietud interior del alma: cosa tan deseada de todos los espirituales, y que San Pablo pone por uno de los frutos del Espíritu Santo (1). Para que entendamos mejor la paz y quietud de que goza el humilde, será bien que veamos la inquietud y desasosiego que el soberbio trae en su corazon, porque por un contrario se conoce mejor el otro. Llena está la Sagrada Escritura de sentencias que dicen que los malos no tienen paz (2). No saben qué cosa es tener paz; y aunque parece algunas veces esteriormente que la tienen, no es paz verdadera aquella, porque allá dentro de su corazon tienen guerra, la cual les está haciendo siempre su propia conciencia. Siempre viven en amargura de corazon los malos (3); pero particularmente los soberbios traen consigo grande inquietud y desasosiego. Y la razon particular de esto podemos colegir muy bien de San Agustin, el cual dice que de la soberbia nace luego la envidia, como hija suya lejítima, y que nunca está sin compañía de esta mala hija. «Los cuales dos males, soberbia y envídia, dice (4), hacen al demonio demonio.» Pues por aquí se entenderá qué obrarán en el hombre estos dos males, pues bastan para hacer al demonio demonio. El que por

(1) Quia omnis, qui se exaltat, humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur. *Luc.* XIV, 8.

(2) O sancta humilitas, quam dissimilis es superbiae! Ipsa superbia, fratres mei, Luciferum de coelo dejecit; sed humilitas Dei Filium incarnavit: ipsa superbia Adam de Paradiso expulit; sed humilitas latronem in Paradisum introduxit. Superbia gigantum linguas divisit, et confudit; sed humilitas cunctas congregavit dispersas. Superbia Nabuchodonosor in bestiam transmutavit; sed humilitas Joseph principem Israel constituit. Superbia Pharaonem submersit, sed humilitas Moysem exaltavit. *August. serm.* 12 *ad fratres in eremo.*

(3) Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. *Matth.* XI, 19.

(1) Fructus autem Spiritus pax. *Ad Galat.* V, 22.

(2) Non est pax impiis dicit Dominus. *Isai.* XLIII, 22.— Pax, pax, et non erat pax. *Jerem.* VI, 14.— Contritio, et infelicitas in viis eorum, et viam pacis non cognoverunt. *Psal.* XIII, 3.

(3) Ecce in pace amaritudo mea amarissima. *Isai.* XXXVIII, 17.

(4) Quibus duobus malis, hoc est, superbia et invidentia, diabolus diabolus est. *Aug. lib. de Sancta Virgin.* c. 53.

una parte anda lleno de soberbia, de deseos de honra y estimacion, y ve que no le suceden las cosas conforme á sus trazas; y por otra parte anda juntamente lleno de envidia, porque es hija de la soberbia y que siempre le acompaña, cuando viere á otros tenidos y estimados y preferidos á sí, claro está que ha de andar lleno de hiel y de amargura, y con grande inquietud y desasosiego; porque no hay cosa que mas lastime á un soberbio, ni tanto le llegue al corazon, como una cosa de estas.

La divina Escritura nos pinta esto muy al vivo en aquel soberbio Amán. Era muy privado del rey Assuero sobre todos los príncipes y grandes del reino, y tenia grande abundancia de riquezas y bienes temporales; y así era muy tenido y estimado de todos, que no parecia que tenia acá mas que desear; y con todo eso le daba tanta pena que un solo hombre y bajo, que era aquel Mardoqueo que estaba sentado á las puertas de palacio, no hiciese caso de él, ni le quitase la gorra, ni se levantáse, ni moviese de su lugar, cuando él pasaba, que no hacia caso de cuanto tenia, en comparacion de la pena y turbacion que en esto sentia. Y así lo confesó él mismo, quejándose de esto á sus amigos y á su muger, declarándoles su prosperidad y pujanza (1). Para que sea vea el desasosiego del soberbio, y las olas y tempestades que se levantan en su corazon. Como la mar, cuando anda brava y alterada, así anda el corazon del malo y soberbio (2). Y fué tanta la rabia que tomó allá en su corazon por esto, que no tuvo en nada poner las manos en aquel particular, sino sabiendo que era judío de nacion, alcanzó patentes y provisiones del rey Asuero para que muriesen todos los judíos que estaban en su reino, y para Mardoqueo tenia aprestada en su casa una viga muy alta, para ahorcarle de ella, aunque le salió el sueño muy al revés, porque los judíos ejecutaron en sus enemigos la sentencia dada contra ellos; y el mismo Amán fué colgado en la horca que él tenia para ahorcar á Mardoqueo. Y primero le sucedió otra buena mortificacion, y fué, que cuando él andaba tratando de su venganza, una mañana, que habia madrugado mucho, é ido á palacio para alcanzar licencia del rey para ello, aconteció que aquella noche no habia podido dormir el rey, y mandó que le trajesen y leyesen la Historia y Crónica que se escribia de sus tiempos, y como llegasen á lo que habia hecho Mardoqueo en servicio del rey, descubriéndole cierta traicion que unos criados suyos armaban contra él, preguntó: ¿qué premio y galardon se le dió á ese hombre por ese servicio y fidelidad tan grande? Respondieron: ninguno. Dice el rey: ¿quién está ahí? ¿ha venido alguno á palacio?—Dícenle: Amán está aquí fuera.—Pues éntre.—Entró Amán, y pregúntale: «¿qué será razon hacer con un hombre, á quien el rey desea honrar?»—Amán, pareciéndole que él seria aquel á quien el rey deseaba honrar, respondió: «el hombre á quien desea el rey honrar, ha de ser vestido de las vestiduras reales, y ser puesto en el mismo caballo del rey con la corona real en su cabeza, y uno de los mas principales caballeros de la córte ha de ir delante de él, llevando el caballo del diestro, y pregonando por esas plazas, «así ha de ser »honrado aquel á quien quisiere el rey honrar.»—Dícele el rey: «Pues vé á ese Mardoqueo, que está á las puertas de palacio, y haz con él todo eso que has dicho, y mira que no faltes en un punto.»—Ved el dolor que sentiria aquel triste y soberbio co-

(1) Et cum haec omnia habeam, nihil me habere puto, quamdiu videro Mardochaeum judaeum sedentem ante fores regias. *Esther*. V, 13.

(2) Impii autem quasi mare fervens, quod quiescere non potest. *Isaiae*. LVII, 20.

razon; al fin, no pudo hacer menos, sino ejecutarlo al pié de la letra. No parece que se podia imaginar otra mayor mortificacion para él: y luego se le siguió la de ahorcarle en la horca que él tenia á punto para Mardoqueo. Este es el pago que el mundo suele dar á los suyos. Y mirad de dónde le nació la pepita á la gallina, como dicen, de que no le quitaba el otro la gorra, ni se levantaba cuando él pasaba. Una cosilla de estas basta para traer inquietos y desasosegados á los soberbios y para que anden siempre lastimados y amargos. Y asi lo vemos el dia de hoy en los del mundo, y tanto mas cuanto en mas alto lugar están. Todos estos puntos son para ellos puntas que punzan y atraviesan el corazon, que no hay lanzada que tanto sientan. Y nunca les falta á los soberbios del mundo algo de esto, por mucho que priven y tengan; y asi traen siempre el corazon mas amargo que una hiel, y andan siempre con una perpétua inquietud y desasosiego, Y lo mismo será acá en la Religion, si uno es soberbio, porque tambien reparará en que no hacen tanto caso de él como de los otros, y en que echaron mano de aquel para tal y tal negocio, y á él dejaron olvidado; y estas cosas y otras semejantes causarán tanta inquietud en él, como en los del mundo sus puntos y pretensiones.

De aquí se entenderá otra cosa que esperimentamos muy comunmente, que aunque es verdad que hay enfermedad de melancolía, pero muchas veces el estar uno melancólico y triste, no es humor de melancolía, ni enfermedad corporal, sino humor de soberbia y enfermedad espiritual (1). Estais triste y melancólico, porque estais olvidado y arrinconado y no hacen caso de vos. Estais triste y melancólico, porque de donde pensábades salir con honra, no salistes con ella; antes os parece que quedais corrido y afrentado. No os sucedió la cosa como quisiérades, ni os salió el sermon, ni el argumento, ni las conclusiones, como pensábades; antes os parece que perdistes de vuestro crédito y opinion, y por esto quedais triste y melancólico. Y cuando habeis de hacer alguna cosa de estas públicas, el temor de cómo os ha de suceder, y si habeis de ganar honra ó perderla, os trae triste y congojado. Estas son las cosas que traen triste y melancólico al soberbio. Pero el humilde de corazon, que no desea honra y estimacion y se contenta con el lugar bajo, está libre de todas estas congojas y desasosiegos y goza de mucha paz, conforme á las palabras de Cristo, de quien lo tomó aquel Santo (1) que dice: «Si hay paz en la tierra, el humilde de corazon la posee.» Y asi, aunque no hubiera de por medio otro espíritu, ni perfeccion, sino solo nuestro interes, y tener paz y quietud en nuestro corazon, por solo eso habíamos de procurar ser humildes; porque eso es vivir, y esotro es morir viviendo.

San Agustin cuenta (2) á este propósito una cosa de sí, con que dice le dió el Señor á entender la ceguedad y miseria en que entonces andaba. Como yo anduviese, dice, muy ocupado en una oracion que habia de recitar al emperador, diciendo sus loores, de los cuales los mas habian de ser falsos, y yo loado por ello de los que sabian ser tales (para que se vea la vanidad y locura del mundo); pues como yo anduviese con gran cuidado de esto, muy pensativo é imaginativo en cómo me habia de suceder, ardiendo con calentura de consumidores pensamientos, acaeció que, pasando por una calle de Milan, ví á un pobre mendigo, que

(1) Véase despues el trat. 6, cap. 4.

(1) Thomas de Kempis.
(2) August. *lib. Confessionum, cap. 6.*

despues de haber comido y bebido, jugaba y tomaba placer, y estaba muy alegre y regocijado: lo cual, como yo viese, suspiré, y dije á mis amigos, que alli estaban, muchas lástimas de nuestras locuras, pues que en todos nuestros trabajos, como en los que entonces estábamos ocupados, trayendo á cuestas la carga de nuestra infelicidad, heridos con los aguijones de mil codicias, y añadiendo carga á carga, no buscábamos ni procurábamos otra cosa, sino alcanzar una segura alegria, en lo cual nos iba ya adelante aquel pobre á nosotros que por ventura nunca allá llegariamos; porque lo que él ya habia alcanzado con su poca limosna, eso andaba yo buscando con tantos trabajos y desventuras; quiero decir, la alegria de la felicidad temporal. Es verdad, dice San Agustin, que aquel pobre no tenia la verdadera alegria; mas yo con mis ambiciones, mas falsa la buscaba que aquella; y al fin él se alegraba, y yo andaba triste; él estaba seguro, y yo con miedos y sobresaltos. Y si alguno me preguntara, ¿cuál querria mas, estar alegre ó tríste? yo le respondiera que mas quisiera alegrarme; y si me tornara á preguntar, si querria yo mas ser como aquel, ó como yo era, entonces escogiera ser mas el que era, asi lleno de trabajos y malas venturas. ¿Y no tuviera razon, dice? sino, pregunto ¿qué causa habia para ello? no me debiera yo anteponer á aquel pobre, por ser mas sábio que él; porque serlo, no me daba contentamiento, mas con el saber solamente deseaba contentar á los hombres, no para enseñarlos, mas solo por agradarlos. Sin duda, dice, era aquel mas bienaventurado que yo, no solamente porque él estaba alegre, y yo con cuidados que me arrancaban las entrañas; mas tambien porque con buenos medios habia alcanzado el vino, y yo mintiendo buscaba gloria vana.

CAPITULO XXIII.

De otro género de medios mas eficaz para alcanzar la virtud de la humildad, que es el ejercicio de ella.

Ya habemos dicho del primer género de medios que se suelen dar para alcanzar la virtud, que es razones y consideraciones asi divinas como humanas. Pero es tanta la inclinacion que tenemos á este vicio de la soberbia, por habérsenos quedado tan arraigado en el corazon aquel deseo de divinidad (1) de nuestros primeros padres, que no bastan cuantas consideraciones hay para que acabemos de perder estos brios y humos de ser tenidos y estimados. Parece que nos acontece en esto como á los que tienen miedo, que por muchas razones que les digais para persuadirles que no hay de qué temer, dicen: «bien veo que todo eso es verdad, y yo querria; pero con todo eso, no puedo acabar conmigo de perder el miedo.» Asi dicen algunos: «bien veo yo que todas esas razones que habeis dicho de la opinion y estima de los hombres, son verdaderas y convencen que todo es un poco de viento y vanidad; pero con todo eso no puedo acabar conmigo de no hacer caso de ello. Yo querria; pero paréceme, que sin querer, no sé cómo me llevan esas cosas tras sí y me inquietan. Pues asi como no bastan razones y consideraciones para quitar el miedo al medroso, sino que juntamente con eso le solemos dar remedio de obras, diciéndole que llegue y toque aquellas que le parecen fantasmas y espantajos, y que se vaya de noche á los lugares oscuros y solos, para que esperimente y vea que no hay nada, sino que todo era imaginacion y aprension suya, y de esa manera vaya perdiendo el miedo; asi tambien para acabarlo de perder á la opinion y estimacion del mundo, y no hacer caso de eso,

(1) Eritis sicut Dii. *Gen.* III, 5.

dicen los Santos que no bastan razones ni consideraciones, sino que es menester medio de obras y ejercicio de humildad, y que ese es el mas principal y eficaz medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar esta virtud.

San Basilio dice (1) que así como las ciencias y artes se adquieren con el ejercicio, así tambien las virtudes morales. Para ser uno buen músico, ó buen oficial mecánico, ó buen retórico, ó filósofo, es menester ejercitarse en eso, y de esa manera saldrá con ello; así tambien, para alcanzar el hábito de la humildad y de las demas virtudes morales, es menester ejercitarnos en sus actos, y de esa manera lo alcanzaremos. Y si alguno dijere que para componer y moderar las pasiones y afectos de su ánima y alcanzar las virtudes, bastan razones y consideraciones, y los avisos y documentos de la Escritura y de los Santos, engáñase, dice San Basilio. «Ese será, dice, como el que quisiese aprender á edificar ó á acuñar moneda, y nunca se ejercitase en ello, sino que todo se le fuese en oir los documentos ó avisos del arte, ese cosa cierta es que nunca saldrá oficial (2);» pues así tampoco saldrá con la humildad, ni con las demas virtudes, el que no se ejercitare en ellas; y trae en confirmacion de esto aquello del Apóstol San Pablo: "No son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la guardaren (3)." No basta para eso oir muchas razones y documentos, sino es menester obrarlos; y mas vale y aprovecha para este negocio la práctica y ejercicio que toda cuanta teórica hay. Y aunque es verdad que toda virtud y todo bien nos ha de venir de la mano de Dios, y que nuestras fuerzas no son bastantes para eso; pero quiere ese mismo Señor, que nos lo ha de dar, que nosotros nos ayudemos de esta manera.

San Agustin, sobre aquellas palabras de Cristo: "Si yo siendo vuestro Señor y Maestro lavé vuestros pies, vosotros debeis lavar el uno los pies del otro (4)," dice que esto es lo que nos quiso enseñar Cristo nuestro Redentor con este ejemplo de lavar los pies á sus Discípulos: «Esto es, Pedro, lo que no sabias, cuando no querias consentir que te lavase Cristo los pies; él te prometió que lo sabrias despues; este es el despues, ahora lo entendereis (2).» Y es, que si queremos alcanzar la virtud de la humildad, nos ejercitemos en actos esteriores de humildad. "Heos dado ejemplo, para que hagais como yo he hecho (3)." Pues el Soberano y Todopoderoso se humilló: pues el Hijo de Dios se abatió y ocupó en ejercicios humildes y bajos, lavando los pies á sus Discípulos y sirviendo á su Madre y al Santo José, y estando sujeto y obediente á ellos en todo lo que le mandaban, aprendamos nosotros de él, y ejercitémonos en ejercicios bajos y humildes, y de esa manera alcanzaremos la virtud de la humildad (4).

Esto es tambien lo que dice San Bernardo: «La humillacion esterior es el camino y medio para alcanzar la virtud de la humildad, como la paciencia para alcanzar

---

(1) Basil. *in Regul. brev.* 198.

(2) Is similiter facit, ut si quis disceret aedificare, nec unquam tamen aedificaret, et excudere, et quae difficilesset, ea in actum nunquam educeret. *Basil. in Regul. fusius disp.* 7.

(3) Non enim auditores Legis, justi sunt apud Deum; sed factores Legis justificabuntur. *Ad Rom.* II, 13.

(1) Si ergo ego lavi pedes vestros Dominus, et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes. *Joann.* XIII, 14.

(2) Hoc est, beate Petre, quod nesciebas, quando fieri non sinebas; hoc tibi postea sciendum promisit, ecce ipsum est postea. *Aug. tract.* 58, *super Joann.*

(3) Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis. *Joann.* XIII.

(4) Didicimus, fratres, humilitatem ab excelso, discamus invicem humiles, quod humiliter fecit excelsus. *Aug. ib.*

la paz, y la leccion y estudio para alcanzar la ciencia. Por tanto, si quereis alcanzar la virtud de la humildad, no huyais de los ejercicios de la humillacion; porque si decís que no podeís ó no os quereis humillar y bajar, tampoco podreis alcanzar la virtud de la humildad (1).»

Va probando muy bien San Agustin y dando la razon por qué este ejercicio de la humillacion esterior ayuda y es tan importante y necesario para alcanzar la verdadera humildad del corazon. Están tan unidos, dice (2), y trabados entre sí este hombre esterior é interior; depende tanto el uno del otro, que cuando el cuerpo anda humillado y abatido, se despierta allá dentro en el corazon un afecto de humildad. No sé qué se tiene aquel humillarme delánte de mi hermano á servirle y besarle los pies; no sé qué se tiene el vestido pobre y vil y el oficio bajo y humilde, que parece que va engendrando y criando la humildad en el corazon; y si la hay, la va conservando y aumentando. Y con esto responde San Doroteo (3) á esta pregunta: ¿cómo con el vestido bajo y vil, que está en el cuerpo, puede ganar humildad el alma? Porque cierta cosa es, dice, que del cuerpo se pega al alma la buena ó mala disposicion. Y asi vemos que una disposicion tiene el alma, cuando el cuerpo está sano, y otra cuando está enfermo; y una cuando está harto, y otra cuando está con hambre. Pues de la misma manera, de un afecto se viste el ánima cuando el hombre se sienta en un trono ó sobre un caballo ricamente enjaezado; y de otro, cuando se sienta en tierra ó sobre un jumento; y un afecto y disposicion tiene cuando se adorna de vestidos preciosos, y otra cuando se cubre con vestidos pobres y viles.

San Basilio notó tambien esto muy bien; dice (1), que asi como á los hombres del mundo el vestido bueno y lustroso les levanta el corazon y engendra en ellos unos humos de vanidad y soberbia y estima propia, asi en los religiosos y siervos de Dios, el vestido pobre y humilde despierta en el corazon un afecto de humildad, y cria desestima de sí, y parece que hace al hombre despreciable. Y añade el Santo, que asi como los hombres del mundo desean los vestidos buenos y lustrosos para ser por ellos mas conocidos y mas tenidos y estimados, asi los siervos de Dios y verdaderos humildes desean los vestidos viles y pobres para ser por eso desestimados y tenidos en menos de los hombres, y porque en aquello les parece que hallan gran remedio para conservarse en la verdadera humildad y crecer en ella. Entre todas las humillaciones esteriores, una de las mas principales es la del vestido pobre y vil, y por eso es tan usada de los verdaderos humildes. Del P. San Francisco Javier leemos en su vida (2) que andaba siempre muy pobremente vestido, para conservarse en humildad, temiendo no se le envolviese y mezclase en el vestido bueno alguna estimacion ó presuncion, como suele acontecer.

Por otra razon se verá tambien que para alcanzar la humildad de corazon ó cualquiera otra virtud interior, ayuda mucho el ejercicio esterior de la misma virtud; porque la voluntad se mueve mucho mas con esto que

(1) Humiliatio via est ad humilitatem, sicut patientia ad pacem, sicut lectio ad scientiam. Si virtutem appetis humilitatis, viam non refugias humiliationis; nam si non poteris humiliari, non poteris ad humilitatem provehi. *Bern. Epist.* 87.

(2) Cum enim ad pedes fratris inclinatur corpus, etiam in corde ipso vel excitatur, vel si jam inerat, confirmatur, ipsius humilitatis affectus. *August. ubi supra.*

(3) Doroth. *Doctrina* 2.

(1) Basil. in *Regul. fusius disput.* 23.

(2) Lib. 6, cap. 7 de la *Vida del P. S. Francisco Javier.*

con los deseos, porque el objeto presente claro está que mueve mas que el ausente, como lo que vemos con los ojos nos mueve mas que lo que oimos. De donde manó el proverbio: «lo que ojos no ven, corazon no quiebra.» Asi lo esterior, que se pone por obra, porque el objeto está allí presente mueve mucho mas la voluntad que las aprensiones y deseos interiores, donde el objeto no está presente, sino en sola la imaginacion y aprension. Mas virtud de paciencia criará en vuestra ánima una grande afrenta bien sufrida con voluntad, que cuatro en solo deseo sin obra; y mas virtud de humildad criará en vuestra ánima el hacer un dia el oficio bajo y humilde, y el traer un dia el vestido roto y pobre, que muchos dias de solos deseos. Cada dia lo esperimentamos que tiene uno repugnancia de hacer una mortificacion de esas ordinarias que hacemos, y al segundo dia que la hace, no siente dificultad, y antes habia tenido muchos deseos de eso, y no bastaron para vencer la dificultad. Y por esta misma razon usa tambien la Compañía algunas mortificaciones públicas, como leemos que las usaron muchos Santos; porque con una vez que se haga una cosa de estas, queda uno señor de sí para otras cosas que antes se le hacian dificultosas. Y añádese á esto lo que dicen los teólogos, que el acto interior, cuando se acompaña con el esterior, comunmente es mas intenso y eficaz. De manera, que por todas partes ayuda mucho para alcanzar la virtud de la humildad el ejercitarnos esteriormente en cosas bajas y humildes.

Y porque por los mismos medios y causas por donde una virtud se alcanza, se conserva y aumenta, asi como el ejercicio esterior es necesario para alcanzar la virtud de la humildad, asi tambien lo es para conservarla y aumentarla. De donde se sigue, que para todos es muy importante este ejercicio, no solamente para los que comienzan, sino para los que van adelante y están muy aprovechados, como lo digimos tambien tratando de la mortificacion (1). Y asi nuestro Padre en las Constituciones y reglas lo encomienda mucho á todos. «Muy especialmente ayudará hacer, dice (2), con toda devocion posible los oficios donde se ejercita mas la humildad y caridad.» Y en otra parte dice: «Débense prevenir las tentaciones con los contrarios de ellas, como es cuando uno se entiende ser inclinado á soberbia, ejercitándole en cosas bajas que se piensa le ayudarán para humillarse; y asi de otras inclinaciones siniestras (3).» Y en otra: «Cuanto á los oficios bajos y humildes, débense prontamente tomar aquellos en los cuales hallare mayor repugnancia, si le fuere ordenado que los haga (4).» Y asi, digo, que estas dos cosas, humildad y humillacion, se han de ayudar la una á la otra; y de la humildad interior, que es despreciarse á sí mismo y tenerse en poco y desear ser tenido de los otros en poco, ha de nacer la humillacion esterior, que tal se muestre el hombre por de fuera, cual se estima de dentro; quiero decir, que asi como el humilde se desprecia interiormente en sus mismos ojos y se tiene por indigno de toda honra, asi ha de ser el tratamiento esterior y las obras esteriores que hiciere, échese de ver en las obras la humildad interior que hay allí dentro; escoged el lugar mas bajo, como dice Cristo nuestro Redentor: no os desdeñeis de tratar con los pequeñuelos y bajos; hólgaos con los oficios humildes, y esa misma humillacion esterior,

(1) Trat. 1, c. 18.
(2) Magnopere confert, devote, quoad fieri poterit, ea munera obire, in quibus magis exercetur humilitas, et charitas.
(3) Part. 3, const. c. 1, §. 13 et 22.—Reg. 14, et 19 *Summarii*.
(4) Cap. IV, *exam.* §. 28.—Reg. 13 *Summarii*.

que nace de la interior, acrecentará esa misma fuente de donde nace.

CAPITULO XXIV.

Confírmase lo dicho con algunos ejemplos.

Cuenta Pedro Cluniacense (1) que hubo en la Orden de la Cartuja un religioso de santa y aprobada vida á quien nuestro Señor conservó tan casto, puro y entero, que ni aun entre sueños tuvo jamás alguna ilusion: llegándose la hora de su muerte, como asistiesen á su cabecera todos los religiosos, el prior, que tambien estaba allí, le mandó que les dijese cuál era la cosa en que entendia haber agradado mas á nuestro Señor en esta vida. Él respondió: «Padre, dificultosa cosa es la que me mandas, y que en ninguna manera la dijera, si la obediencia no me obligara á ello. Yo desde mi niñez he sido muy afligido y perseguido del demonio; pero segun la muchedumbre de los dolores y tribulaciones que padecia mi corazon, asi era recreada mi ánima con las muchas consolaciones que Cristo y la Virgen Maria su Madre me enviaban. Estando, pues, yo un dia muy afligido y fatigado con graves tentaciones del demonio, aparecióme la Soberana Virgen, y con su presencia huyeron los demonios y cesaron todas sus tentaciones, y despues de haberme consolado y animado á perseverar y á ir adelante en la virtud y perfeccion, me dijo: «Y para que mejor puedas hacer esto, te quiero decir en particular de los »tesoros de mi Hijo tres maneras ó ejercicios de humildad, en las cuales ejercitándote, agradarás mucho á Dios y vencerás »á tu enemigo; y son, que te humilles »siempre en estas tres cosas, en la comida, en el vestido, y en los oficios que hicieres; y de manera, que en el comer »desees y procures los manjares mas viles; »y en el vestido el mas pobre y grosero; y »cuanto á los oficios, procures siempre los »mas bajos y humildes, teniendo por grande honra y ganancia ocuparte en los oficios mas abatidos y despreciados de que »otros se desdeñan y huyen.» Y en diciendo esto desapareció, y yo imprimí en mi corazon la virtud y eficacia de aquellas sus palabras, para hacer de allí adelante segun ella me habia enseñado, y con esto ha sentido mi ánima gran provecho.»

Casiano cuenta (1) del abad Pinufio que, siendo monge en Egipto y abad de un monasterio, por sus venerables canas y admirable vida estimado y honrado de los monges como padre y maestro; llevando mal tanta honra y deseando verse humillado y olvidado, y tenido en poco, una noche salió secretamente de su monasterio, y vistiéndose un hábito de seglar, partió para el monasterio de Pacomio, que estaba muy lejos del suyo, y florecia entonces mucho en rigor y fervor de santidad, para que allí, no siendo conocido, le tratasen como á novicio y le tuviesen en poco, y estuvo á la puerta muchos dias pidiendo el hábito humildemente, postrándose y arrodillándose delante de todos los monges: allí de propósito le despreciaban y daban en rostro que, despues de estar harto de gozar del mundo, á la vejez venia á servir á Dios, cuando parece que venia mas por necesidad y porque le diesen de comer y sirviesen que no para servir él. Al fin le recibieron, dándole el cargo de la huerta del monasterio, poniéndole otro por superior á quien en todo obedeciese. Haciendo su oficio con grande esaccion y humildad, procuraba ha-

(1) Petrus Cluniacens., lib. 2 *miraculorum c.* 29; et Titeln. Brandemb. lib. 2, *collat. sacrarum c.* 33.

(1) Cas. *lib.* 5 *de Instit. renuntiantium, cap.* 30 *et* 31; *et collatione* 20, *cap.* 1.

cer todo lo que otros rehusaban, que era lo mas molesto de casa; y no contentándose con lo que hacia de dia, se levantaba de noche secretamente y aderezaba las cosas que podia de casa sin que pudiese ser visto, maravillándose todos por la mañana por no saber quién lo hacia. Estuvo asi tres años muy contento de la buena ocasion que tenia entre manos de trabajar y ser tenido en poco, que era lo que tanto habia deseado; y como sus monges sintiesen mucho la ausencia de tal Padre, salieron algunos de ellos á buscarle por diversas partes, y ya desconfiados de hallarle, al cabo de tres años, como pasase por el monasterio de Pacomio uno de los monges de Pinufio, bien descuidado de hallarle, al fin le conoció estando el Santo estercolando la tierra. Echósele á sus pies: los que le vieron no poco se espantaron de esto, y mas cuando supieron quién era, por la fama que de él y de sus cosas tenian, pidiéronle perdon: el santo viejo lloraba su desdicha en haber sido descubierto por envidia del demonio y perdido el tesoro que allí tenia. Lleváronle aunque por fuerza á su monasterio; recibiéronle con incomparable alegría, y guardábanle desde entonces con mucha diligencia. Pero no fué parte esto para que él (con el deseo grande que tenia de ser menospreciado y desconocido, y con el sabor y gusto de aquella vida humilde que en el otro monasterio habia tenido) dejase de salirse otra noche, teniendo antes concertado de partirse en una nao á Palestina, que era muy lejos: hízose asi, aportando al monasterio de Casiano. Pero nuestro Señor, que tiene cuidado de levantar los humildes, ordenó cómo allí fuese descubierto de unos monges suyos que allí habian venido á visitar aquellos Santos Lugares: siendo el santo viejo por estas cosas mas estimado.

En las vidas de los Padres se cuenta de un monge que habiendo vivido mucho tiempo en el Yermo en soledad, en gran penitencia y oracion, le vino una vez al pensamiento que ya debia de ser perfecto, y púsose en oracion, y pidió á Dios: «Señor, muéstrame lo que me falta para la perfeccion.» Y queriendo Dios humillar sus pensamientos, oyó una voz que le dijo: «vé á tal persona (que era hombre que guardaba puercos) y haz lo que él te dijere.» Y en el mismo tiempo fuéle revelado al otro cómo iba á hablarle aquel solitario, y que le dijese que tomase el azote y guardase los puercos. Llegado el viejo solitario, despues de haber saludado al otro, díjole: «yo deseo servir mucho á Dios; díme, por caridad, lo que me conviene hacer para esto.» Díjole el otro: «¿harás tú lo que yo te dijere?» Respondió el viejo que sí: entonces díjole: «toma este azote, y vete á guardar puercos.» Él obedeció, porque deseaba servir á Dios y alcanzar lo que le faltaba para la perfeccion. Y andaba el buen viejo con su azote guardando puercos, y los que le conocian, que eran muchos, por ser grande la fama de su santidad en aquella tierra, viéndole guardar puercos, decian: «¿habeis visto cómo aquel viejo solitario, del cual oíamos decir tan grandes cosas, se ha tornado loco y anda guardando puercos? Los muchos ayunos y la mucha penitencia le debieron de secar el celebro y enloqueció.» Y el buen viejo, que oia decir estas cosas, llevábalo con mucha paciencia y humildad, y perseveró asi algunos dias. Y viendo Dios su humildad, y que llevaba de buena gana aquellas afrentas y vituperios, mandóle que de nuevo se tornase á su lugar.

En el *Prado Espiritual* se cuenta de un santo obispo que, dejado el obispado y su honra, se vino solo á la Ciudad Santa de Jerusalen, con deseo de ser tenido en poco, porque no era de nadie allí conocido,

y vistiéndose pobremente asentó por peon en las obras públicas, sustentándose de su trabajo. Habia allí un conde llamado Efremio, hombre piadoso y prudente, el cual tenia á su cargo reparar los edificios públicos de la ciudad: este vió diversas veces al santo obispo dormir en el suelo, y veia una columna de fuego, que salia de él, que llegaba al cielo, lo cual le tenia maravillado, por verle un hombre tan pobre y sucio con la tierra de los edificios, crecido el cabello y barba, y que vivia en un oficio tan vil y despreciado. Finalmente, un dia no se pudo contener, sin que le llamase á parte, y le preguntase quién era. El santo respondió, que era uno de los pobres de la ciudad, y pasaba su vida en aquel trabajo por no tener con que sustentarse. Al conde no le quietó esta respuesta, queriéndolo así Dios para honrar á su siervo, descubriendo su humildad; y así le volvió á preguntar una y muchas veces quién era, con tan grande instancia que le constriñó á descubrírselo; y así le dijo, que con dos condiciones se lo descubriria: la una, que mientras viviese, no habia de descubrir nada de todo lo que le dijese; la otra, que no le habia de preguntar su nombre: concedióselo, y él le descubrió cómo era obispo, y que por huir la honra y estimacion habia venido huido.

Cuenta San Juan Clímaco de un hombre principal de Alejandría, que vino á ser recibido en un monasterio, al cual el abad, como le pareciese por su aspecto y otras señales hombre áspero, altivo é hinchado con la vanidad del siglo, quiso llevarle por el seguro camino de la humildad; y así le dijo: «si verdaderamente has determinado de tomar sobre tí el yugo de Cristo, haste de dejar ejercitar con los trabajos de la obediencia.» Él respondió: «así como el hierro está en las manos del herrero sujeto á todo lo que quiere hacer de él; así yo, Padre, me sujeto á todo lo que me mandares.» «Pues quiero, dijo él, que estés á la puerta del monasterio, y te derribes á los pies de todos cuando entran y salen, y les digas que rueguen á Dios por tí, porque eres gran pecador.» Él obedeció muy bien á esto. Y despues de haber estado siete años en este ejercicio, y alcanzado por este medio una grande humildad, quiso el abad recibirle en el monasterio en compañía de los otros, y ordenarle como merecedor de esta honra: mas él, echando muchos rogadores, y entre ellos al mismo San Juan Clímaco, acabó con el Superior que le dejase en el mismo lugar y ejercicio que hasta entonces habia tenido, hasta que acabase su carrera, como significando ó conjeturando que ya el dia de su fin llegaba. Y así fué, porque dias despues de esto, nuestro Señor le llevó para sí. Y siete dias despues llevó consigo al portero del mismo monasterio á quien habia prometido en su vida que, si despues de su muerte tenia alguna cabida con Dios, le negociaria que fuese su compañero muy presto, y así fué. Dice mas el mismo Santo: que cuando estaba vivo y se ejercitaba en aquel ejercicio de humildad, le preguntó en qué se ocupaba ó pensaba en aquel tiempo; y respondió, que su ejercicio era tenerse por indigno de la conversacion del monasterio y de la compañía y vista de los Padres y de levantar los ojos para mirarlos.

Cuéntase en las vidas de los Padres (1), que contaba el abad Juan que un filósofo tuvo un discípulo que cometió una culpa, y díjole: «no te perdonaré, si no sufres las injurias de otros por tres años.» Hízolo así, y vino por el perdon, y volvióle á decir el filósofo: «no te perdono sino das premios otros tres años porque te injurien.» Hízolo así, y entonces le perdonó, y le dijo:

(1) In vitis Patrum, p. II, §. 80.

«ya podrás ir á Atenas á aprender la sabiduría;» con lo cual fué á Atenas, y un filósofo injuriaba á los que entraban á oirle de nuevo, por ver si tenian paciencia, y como le hiciese una injuria, y él se riyese, díjole: «¿cómo te ries injuriándote yo?» Respondió: «tres años di dones porque me injuriasen, y ahora hallando quien me injurie de valde ¿no quieres que me ria?» Entonces dijo el filósofo: «entra, que tú eres bueno para la sabiduría.» De lo cual concluia el abad Juan que la paciencia era puerta de la sabiduría.

El P. Mafeo, en la vida que escribe de nuestro bienaventurado P. San Ignacio (1), cuenta que yendo una vez nuestro Padre en peregrinacion de Venecia á Pádua con el P. Diego Laínez, con unos vestidos muy viejos y remendados, viéndolos un pastorcillo, llegóse cerca de ellos y comenzóse á reir y burlar de ellos. Paróse nuestro Padre con mucha alegría, y dícele el compañero que por qué no andaba y dejaba aquel muchacho. Respondió, ¿por qué habemos de privar á este niño de este contento y alegría que se le ha ofrecido? Asi se estuvo parado para que el muchacho se hartase de mirarlo, y de reir y burlar de él, recibiendo él mayor contento con este desprecio que los del mundo reciben con las honras y estima.

De nuestro P. S. Francisco de Borja (2) se cuenta en su vida, que yendo una vez de camino con el P. Bustamente, que era su compañero, llegaron á una posada, donde no hubo para dormir sino un aposentillo estrecho con sendos jergones de paja; acostáronse los Padres, y el P. Bustamante por su vejez, y ser fatigado de asma, no hizo en toda la noche sino toser y escupir, y pensando que escupia hácia la pared, acertó á caso á escupir en el P. S. Francisco, y muchas veces en el rostro. El S. P. no habló palabra, ni se mudó, ni desvió por ello. A la mañana, cuando el P. Bustamante vió de dia lo que habia hecho de noche, quedó en gran manera corrido y confuso; y el P. S. Francisco, no menos alegre y contento; y para consolarle, le decia: «no tenga pena de eso, Padre, que yo le certifico que no habia en el aposento lugar mas digno de ser escupido que yo.»

(1) Mafejus, *in vita S. P. N. Ignatii, lib.* 3, *cap.* 5.
(2) Lib. 4, cap. 5 de su vida.

CAPITULO XXV.

Del ejercicio de humildad que tenemos en la Religion.

El bienaventurado S. Basilio (1), prefiriendo y anteponiendo la vida monástica á la solitaria, una de las razones que de esto dá, es porque la vida solitaria, fuera de ser peligrosa, no es tan suficiente para alcanzar las virtudes necesarias como la monástica, por carecer del uso y ejercicio de ellas. Porque ¿cómo se ejercitará en la humildad el que no tiene alguno á quien humillarse? Y ¿cómo se ejercitará en la caridad y misericordia quien no tiene trato ni comunicacion con otro? ¿Y cómo se podrá ejercitar en la paciencia el que no tiene quien le resista á lo que quiere? Pero el religioso que vive en comunidad tiene gran comodidad para alcanzar todas las virtudes necesarias, por la ocasion grande que tiene de ejercitarse en todas ellas: en la humildad, porque tiene á quien se humillar y sujetar; en la caridad, porque tiene con quien la ejercitar; en la paciencia, porque á quien trata con tantos, nunca le faltan ocasiones para esto; y asi podiamos ir discurriendo por las demas virtudes. Mucho debemos al Señor los religiosos por la merced tan grande que nos

(1) Basil. in Regul. fusius disput. 7.

ha hecho en traernos á la Religion, donde hay tanta disposicion y tantos medios para alcanzar la virtud; al fin es escuela de perfeccion. Pero nosotros tenemos en esto particular obligacion: porque, fuera de los medios comunes, nos ha dado otros muy particulares, y especialmente para alcanzar la virtud de la humildad, y esto de Regla y constitucion. De manera, que si guardamos bien nuestras Reglas, seremos muy humildes, porque en ellas tenemos muy bastante ejercicio para ello. Tal es el que nos pide aquella regla y constitucion, tan principal é importante en la Compañía (1), que nos manda tengamos toda nuestra conciencia descubierta al superior, dándole cuenta de todas nuestras tentaciones, pasiones y malas inclinaciones, y de todos nuestros defectos y miserias; y aunque es verdad que esto se ordena para otros fines, como diremos en su propio lugar (2); pero no hay duda, sino que es grande ejercicio de humildad. Tal es tambien el que nos pide aquella regla (3), que dice: «Para mas aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse que todos los errores y faltas, y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas á sus mayores por cualquiera persona que fuera de confesion las supiere. Nótese aquella razon que dá, «para mayor bajeza y humildad propia;» porque eso es lo que vamos diciendo. Si deseais la verdadera humildad, vos os holgareis de que todas vuestras faltas sean manifestadas á vuestros mayores. Y asi el buen religioso y humilde, él mismo vá á decir sus faltas al superior y á pedir penitencias por ellas, y procura que el primero de quien el superior sepa sus faltas sea de él mismo. Y no solo esto, sino mucho mayor ejercicio de humildad tenemos en la Compañía, porque públicamente decís vuestras culpas delante de todos, para que os desprecien y os tengan en poco; que ese es el fin de ese ejercicio de humildad, no para que os tengan por humilde y mortificado, porque ese no seria acto, ni ejercicio de humildad, sino de soberbia. Con este mismo espíritu habeis de tomar y desear las reprensiones, no solo en particular y en secreto, sino en público delante de todos, y cuanto es de vuestra parte os habeis de holgar que se haga aquello muy de veras, y que lo sientan todos asi, y os tengan por tal. Y generalmente el uso y ejercicio de todas las penitencias y mortificaciones esteriores, que se usa en la Compañía, ayuda mucho para alcanzar y conservar la verdadera humildad; el besar los pies, el comer debajo de la mesa ó hincado de rodillas, el postrarse á la puerta del refectorio, etc. Si estas cosas se hacen con el espíritu que se han de hacer, serán de mucho provecho para alcanzar la verdadera humildad y para conservarla. Cuando os sentais á comer en el suelo, habeíslo de hacer con un conocimiento interior de vos mismo que no mereceis sentaros á la mesa con vuestros hermanos; y cuando les besais los pies, que no mereceis aun besar la tierra que ellos pisan; y cuando os postrais, que mereceis que todos os pisen la boca. Y habeis de querer y desear que todos lo sientan asi. Y seria muy bueno que, cuando uno hace estas mortificaciones, se actuase interiormente en estas consideraciones, como hacia aquel santo monge que estuvo siete años á la puerta de un monasterio, de quien digimos en el capítulo pasado; porque de esa manera serán ellas de mucho provecho y engendrarán humildad allá dentro en el corazon. Pero si vos haceis esas cosas sin espíritu y solamente esteriormente, serán de poco provecho;

(1) 3 p. const. c. 1, § 12; et Reg. 40 et 41 *Summarii*.
(2) P. III, trat. 7.
(3) Reg. 9 *Summarii*, p. 4 *exam.* § 8.

porque, como dice San Pablo (1), eso es hacer las cosas por cumplimiento y costumbre, cuando se hace solamente lo esterior sin espíritu y sin procurar conseguir el fin que se pretende en ello. Si vos acabais de besar los pies á vuestros hermanos y de postraros para que todos os pisen, y despues les hablais palabras ásperas y desabridas, no viene bien lo uno con lo otro: esto es señal que aquello fué cumplimiento ó hipocresía.

Estos y otros muchos ejercicios de humildad tenemos en la Compañía, de regla y constitucion. Hélos querido traer aqui á la memoria, aunque los apuntamos arriba á otro propósito (2), para que pongamos los ojos en ellos, y eso sea en lo que principalmente ejercitemos la humildad; porque en lo que el religioso ha de ejercitar y mostrar principalmente la virtud y mortificacion, ha de ser en aquello que es menester para guardar muy bien las Reglas y Constituciones de su Religion; porque eso es en lo que consiste nuestro aprovechamiento y perfeccion. Y si no teneis virtud para poner por obra las cosas de humildad y mortificacion, á que os obliga vuestra Regla é Instituto, no hagais caso de cuanto teneis. Como podemos decir tambien de cualquier cristiano, que lo principal para que tiene necesidad de humildad y mortificacion, es para guardar la Ley de Dios; y si para eso no la tiene, poco ó nada le aprovechará. Si no tiene humildad y mortificacion para confesar una cosa vergonzosa, sino que de vergüenza, ó por mejor decir, de soberbia la deja y quebranta un mandamiento tan principal, ¿qué le aprovechará cuanto tuviere é hiciere, pues por solo eso se condenará? Asi podemos decir en su modo del religioso: si vos no teneis humildad para descubrir al superior vuestra conciencia y cumplir una regla tan principal como esa, ¿de qué sirve la humildad y la mortificacion? Si aun no podeis sufrir que otro avise de vuestra falta al superior para que os corrija, ¿dónde está vuestra humildad? Si no la teneis para recibir la reprension y la penitencia, y para hacer el oficio bajo y humilde, y para ser incorporado en el grado que os quisiere poner la Compañía; ¿de qué sirve la humildad y la indiferencia y para qué la quieren los superiores? A este modo puede especificar cada religioso en las cosas particulares de su Religion, y cada uno en las particulares que pide su estado y oficio.

(1) Corporalis exercitatio ad modicum utilis est. *I. ad Tim.* IV, 8.

(2) Trat. 1, c. 7.

CAPITULO XXVI.

Que nos habemos de guardar de hablar palabras que puedan redundar en nuestro loor.

Los Santos y maestros de la vida espiritual, Basilio (1), Gregorio, Bernardo y otros, nos avisan que nos guardemos con mucho cuidado de hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima, conforme á aquello que el santo Tobías aconsejaba á su hijo: "Nunca permitas que la soberbia se enseñoree en tu corazon ni en tus palabras (2)." Pondera muy bien San Bernardo á este propósito el siguiente pasage de San Pablo: Habia dicho el Apóstol algunas cosas grandes de sí, porque convenia asi para los oyentes y para la mayor gloria de Dios; y pudiera decir otras mayores (3), pues habia sido arrebatado al tercero cielo, donde vió y entendió mas de lo que la lengua puede hablar, pero "déjo-

(1) Basil. *serm. de exercitatione Monastica.*

(2) Superbiam nunquam in tuo sensu, aut in tuo verbo dominari permittas. *Tobiae* IV, 14.

(3) Notat Gregor. *lib.* 8 *Moral, c.* 5.

las, dice (1), de decir, porque no piense alguno de mí mas de lo que hay y se ve en mí." Dice San Bernardo: «¡Oh! ¡qué bien dijo: yo perdono ahora eso! El soberbio y el arrogante no perdona á esas cosas, porque no deja pasar ninguna ocasion en que pueda mostrar ser algo que no lo haga; antes algunas veces añade y dice mas de lo que es para ser tenido y estimado en mas. Solo el verdadero humilde deja pasar estas ocasiones, y para que no le tengan en mas de lo que es, quiere encubrir lo que verdaderamente es (2).» Y descendiendo en esto mas en particular, dice: «Nunca digais cosa de donde podais parecer muy letrado, ó muy religioso, ú hombre de oracion (3);» y generalmente, cosa que pueda redundar en vuestro loor, de cualquier manera que sea, siempre os habeis de guardar de decirla, porque es cosa muy peligrosa, aunque la podais decir con mucha verdad, y aunque sea de edificacion, y os parezca que la decis para bien y provecho del otro: basta ser cosa vuestra para no la decir. Siempre habeis de andar muy recatado en esto, para que no perdais con eso el bien que por ventura hicistes.

San Buenaventura dice: «Nunca digais palabras que den á entender que sabeis ó teneis habilidad, ingenio ó talento particular, ni tampoco digais cosa por donde puedan los otros entender que allá en el siglo érades algo (4).» Parece muy mal en la Religion preciarse de la nobleza y estado de los suyos, porque todos esos linages y estados son un poco de viento; y como decia uno muy bien: «la nobleza, ¿sabeis para qué es buena? para menospreciarla como la riqueza.» De lo que acá se hace caso, es de la virtud y humildad que tuviéredes: esto es lo que se estima; que lo que érades, ó no érades allá fuera, todo es aire; y el que en la Religion se precia de esas cosas, ó hace caso de ellas, muestra bien su vanidad y poco espíritu; ese tal no ha dejado ni menospreciado el mundo. Dice San Basilio: «El que ha nacido con otro nacimiento nuevo y ha contraido parentesco espiritual y divino con Dios, y recibido poder para ser hijo suyo, avergüénzase de ese otro parentesco carnal y olvídase de él (1).

En cualquiera parecen mal las palabras de su alabanza; y asi dice el proverbio: «La alabanza en la propia boca se envilece (2).» Y mejor el Sábio: "Alábete otro, y no tu boca; el estraño, y no tus labios (3)." Pero en la boca del religioso parecen mucho peor, por ser tan contrarias á lo que profesa, y por donde uno piensa que será estimado, viene á ser desestimado y tenido en poco. San Ambrosio, sobre aquellas palabras del Profeta: "Mirad, Señor, mi humildad, y libradme (4)," dice: «aunque uno sea enfermo, pobre y de baja suerte, si él no se ensoberbece ni se quiere preferir á nadie, con la humildad se hace amar y estimar: esa lo suple todo (5).» Y por el contrario, aunque uno sea muy rico, noble, poderoso, y aunque sea muy letrado y tenga muchas partes y habilidad, si él se jacta y

(1) Parco autem, ne quis me existimet supra id quod videt in me, aut aliquid audit ex me. *II. ad Cor.* XII, 6.

(2) Quam pulchre dixit *parco*! Non parcit sibi arrogans, non parcit sibi superbus, non cupidus vanae gloriae, et jactator actuum suorum, qui vel sibi arrogat quod est, vel mentitur quod non est. Solus qui vere humilis est, parcit animae suae, qui ne putetur quod non est, semper, quantum in se est, vult nesciri quod est. *Bernard. Epist.* 87.

(3) Loquens nihil dicat, unde multum eruditus, multumque Religiosus possit putari. *Bernard. in spec. Monach.*

(4) Nunquam de scientia, vel de saeculi statu se jactent. *Bonav. in spec. disc. p.* 3, *c.* 3.

(1) Qui natus est ex spiritu juxta Domini vocem, et potestatem accepit fieri filius Dei, eum cognationis secundum carnem pudet. *Basil. in Reg. Brev.* 90.

(2) Laus in ore proprio vilescit.

(3) Laudet te alienus, et non os tuum; extraneus, et non labia tua. *Prov.* XXVII, 2.

(4) Vide humilitatem meam, et cripe me. *Ps.* CXVIII, 153.

(5) Ipse se humilitate commendat. *Ambr. serm.* 20.

engríe de esto, con eso se apoca y abate, y viene á ser despreciado y tenido en menos (1), porque viene á ser tenido por soberbio.

Del abad Arsenio cuenta su historia (2), que con haber sido en el mundo tan ilustre y eminente en letras, porque fué maestro de los hijos del emperador Teodosio, Arcadio y Honorio, que tambien fueron emperadores; con todo eso, despues que se hizo monge, jamás se le oyó palabra que oliese á grandeza, ni que diese á entender que sabia letras, antes conservaba y trataba con los demas monges con tanta humildad y llaneza como si no supiera letras ningunas, y preguntaba á los monges mas simples las cosas del espíritu, diciendo que en esta altísima ciencia no merecia ser su discípulo. Y del bienaventurado San Gerónimo se dice en su vida que era de linage nobilísimo; y con todo eso, en todas sus obras no se halla que él haya dado significacion alguna de ello.

Dice San Buenaventura una razon muy buena (3): entended que apenas puede haber en vos cosa buena y digna de loor, que no se les trasluzca á los otros y la entiendan y sepan; y si vos callais y la escondeis, agradareis mucho mas y sereis mas digno de loor, asi por la virtud como por quererla encubrir; pero si vos la manifestais y haceis plato de ella, harán burla de vos; y de donde antes se edificaban y os estimaban, os vendrán á despreciar y tener en poco. Es en esto la virtud como el almizcle, que mientras mas le escondeis, mas se muestra con el olor que da; y si lo traeis descubierto, presto perderá el olor.

Cuenta San Gregorio (4) que un santo abad, llamado Eleuterio, iba una vez caminando, y llegando á hacer noche á un monasterio de monjas, le hospedaron en cierta casa, donde estaba un muchacho muy atormentado del demonio, el cual fué aquella noche su compañero. Venida la mañana preguntáronle las monjas si le habia venido á aquel mozo algun accidente. Respondió que no. Entonces dijeron ellas que era muy atormentado cada noche del demonio, y ruéganle con mucha instancia que le lleve consigo al monasterio. Aceptó el viejo sus ruegos, y como estuviese mucho tiempo en el convento y no se osase llegar á él el enemigo antiguo, fué tocado el corazon del viejo de alguna alegría desordenada y vano contento por la salud del mozo, y hablando con sus monges, díjoles: «Burlábase, hermanos, el demonio con aquellas monjas, atormentando este mozo; mas despues que ha venido al monasterio de los siervos de Dios, no se ha atrevido á llegar á él.» En diciendo estas palabras, súbitamente delante de todos fué el mozo atormentado del demonio: lo cual visto por el santo viejo, comenzó á llorar amargamente, viendo que su vanagloria habia sido causa de aquel desmán; y consolándole los monges, les dijo que ninguno de todos ellos comeria bocado hasta que alcanzasen la salud de aquel mozo. Y postrados todos en oracion, no se levantaron de ella hasta que fué sano el enfermo. Por donde se verá cuánto aborrece Dios las palabras que tienen algun resabio de alabanza propia, aunque se digan burlando, por gracia y por donaire, como parece que las dijo este Santo.

(1) Insolentia sibi vilis est. *Ib.*
(2) Metaph. et Surius. *in vita Arsenii.*
(3) Bonav. *de inform. novit. p.* 1, *c.* 23.
(4) Greg. *lib.* 3 *Dialog. c.* 33.

CAPITULO XXVII.

Cómo nos habemos de ejercitar en la oracion en este segundo grado de humildad.

Nuestro Padre en las Constituciones po-

ne aquella regla tan principal (1) y de tanta perfeccion que dijimos arriba (2), que asi como los mundanos aman y desean con tanta diligencia honras, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, asi los que van en espíritu y siguen de veras á Cristo nuestro Redentor, aman y desean intensamente todo lo contrario, deseando pasar injurias, falsos testimonios y afrentas y ser tenidos por locos, no dando ellos ocasion alguna de ello, por desear parecer é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo. Y manda que todos los que hubieren de entrar en la Compañía sean primero preguntados si tienen estos deseos. Cosa recia parece por cierto que un novicio recien cortado del mundo, y que viene corriendo sangre, como dicen, sea examinado por una regla tan estrecha y de tanta perfeccion como esta. Ahí se verá la perfeccion grande que nuestro Instituto nos pide: quiere hombres verdaderamente deshechos de sí, y que estén muertos del todo al mundo. Pero porque esto es dificultoso y de grande perfeccion, añade nuestro Padre, que si alguno, por nuestra humana flaqueza y miseria, no sintiere en sí tan encendidos deseos de esto, que sea preguntado si tiene á lo menos deseo de tenerlos, y con eso, y con que esté dispuesto á llevarlo en paciencia cuando se le ofrecieren semejantes ocasiones, se contenta; porque esa es buena disposicion para aprender y aprovechar; basta que el aprendiz entre con deseo de saber el oficio y se aplique á eso, de esa manera saldrá con ello. La Religion es escuela de virtud y perfeccion; entrad con ese deseo, y con la gracia del Señor saldreis con lo que deseais.

Pues comencemos por aqui este ejercicio, vámoslo tomando poco á poco. Decís que no sentís en vos deseos de ser despreciado y tenido en poco; pero que deseais tenerlos: comenzad por ahí á ejercitaros en la oracion en esta virtud de la humildad; decid con el Profeta: "Deseó mi ánima desear vuestras justificaciones en todo tiempo (1)." «¡Oh Señor, y cuán lejos me veo de tener aquellos vivos y encendidos deseos que tenian aquellos grandes Santos y verdaderos humildes, de ser despreciados del mundo! Mucho querria llegar siquiera á tener deseo de tener esos deseos: deseo desearlo.» Bien vais por ahí, muy buen principio y disposicion es esa para alcanzarlo; insistid y perseverad en eso en la oracion, y pedid al Señor que os ablande el corazon, y detenéos en eso algunos dias; porque agradan mucho al Señor esos deseos y los oye él de muy buena gana; pues dice el Profeta: "El deseo de los pobres lo oyó el Señor, y la preparacion de su corazon la percibió tu oido (2)." Presto os dará Dios un deseo de padecer algo por su amor y de hacer alguna penitencia por vuestros pecados; y cuando os le diere ¿en qué podeis emplear mejor ese deseo de padecer? ¿Y en qué podeis hacer mayor penitencia, que en ser despreciado y tenido en poco por su amor en recompensa de vuestros pecados? Como decia David, cuando le maldecia y deshonraba Semei: «dejadle, que por ventura será servido el Señor de recibir estas afrentas y desprecios en descuento de mis pecados, y será esa gran dicha mia (3).»

Y cuando el Señor os hiciese esa merced que sintais en vos esos deseos de ser despreciado y tenido en poco, por parecer

(1) Cap. 4, exam. §. 44 et 45.
(2) Cap. V.

(1) Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. *Ps.* CXVIII, 20.
(2) Desiderium pauperum exaudivit Dominus: praeparationem cordis eorum audivit auris tua. *Ps.* IX, 38.
(3) II. Reg. XVI, 11.

é imitar á Cristo, no habeis de pensar que está acabado el negocio y que habeis alcanzado ya la virtud de la humildad; antes entonces habeis de hacer cuenta que ha de comenzar de nuevo el plantar y asentar en vuestra alma la virtud. Y asi habeis de procurar no pasar ligeramente por esos deseos, sino deteneros en ellos muy de espacio, y ejercitaros mucho tiempo en ellos en la oracion, hasta que lleguen á ser tales y tan eficaces que se estiendan á la obra. Y cuando llegáredes á eso, que os parece que llevais bien las ocasiones que se os ofrecen, en la misma obra hay muchos grados y escalones que subir para llegar á la perfeccion de la humildad. Porque lo primero es menester que os ejerciteis en llevar con paciencia todas las ocasiones que se ofrecieren, que tocaren á vuestro desprecio y desestima: en lo cual habrá que hacer por algun tiempo, y aun por ventura por mucho. Despues habeis de pasar adelante y no parar ni descansar hasta que os holgueis en el desprecio y afrenta, y sintais en eso tanto contento y gusto como los mundanos en cuantas honras, riquezas y placeres hay en el mundo, conforme á aquello del Profeta: "Me deleité en el camino de tus Mandamientos, como se alegran otros en todas las riquezas (1)." Cuando deseamos alguna cosa de veras, naturalmente nos holgamos cuando la alcanzamos, y si mucho la deseamos, mucho nos holgamos; y si poco, poco. Pues tomad esto por señal para ver si deseais de veras ser tenido en poco y si vais creciendo en la virtud de la humildad. Y lo mismo es en las demas virtudes.

Para que nos aprovechemos mas de este medio de la oracion y con él se nos vaya imprimiendo mas en el corazon la virtud, habemos de ir en ella descendiendo á casos particulares y dificultosos que se nos pueden ofrecer, animándonos y actuándonos en ellos como si los tuviésemos presentes, insistiendo y deteniéndonos en eso hasta que ninguna cosa se nos ponga delante, sino que todo quede allanado, porque de esa manera se va desarraigando el vicio, y la virtud embebiendo y entrañando en el corazon y perfeccionándose mas. Es muy buena comparacion para esto lo que hacen los plateros para refinar el oro: derrítenlo en el crisol, y cuando está derretido, echan alli un granito de solimán y comienza el oro á hervir con grande furia y braveza hasta que se acaba de gastar el solimán, y en gastándose sosiégase el oro. Torna el platero á echar otro granito de solimán, y torna el oro á hervir; pero no con tanta furia como la primera vez, y en consumiéndose el solimán tórnase el oro á sosegar; torna á echar tercera vez otro poquito de solimán, y torna el oro á hervir, pero mansamente; torna cuarta vez á echar otro poco de solimán y ya no hace ruido el oro con el solimán, ni hace sentimiento mas que si nada le echaran, porque está ya refinado y purificado, y esa es la señal de ello. Pues esto es lo que nosotros habemos de hacer en la oracion, echar un granito de solimán, imaginando que se os ofrece una cosa de mortificacion y desprecio, y si os comenzais á azorar y turbar, deteneos en eso, hasta que con el calor de la oracion se gaste ese granito de solimán y hagais rostro á aquello, y quedeis quieto y sosegado en ello. Y tornad otro dia á echar otro granito de solimán, imaginando que se ofrece otra cosa dificultosa y de mucha mortificacion y humillacion; y si todavia hierve, y se turba la naturaleza, deteneos hasta que lo gasteis y os sosegueis en aquello; y tornad á echar otra y otra vez otro granito, y cuando ya

(1) In via testimoniorum tuorum delectatus sum, sicut in omnibus divitiis. *Ps.* CXVIII, 14.

no causare en vos ruido, ni turbacion el solimán, sino que con cualquiera cosa que se ofrezca y se os ponga delante os quedais con mucha paz y sosiego, entonces está refinado y purificado el oro; esa es la señal de haber alcanzado la perfeccion de la virtud.

CAPITULO XXVIII

Cómo habemos de traer exámen particular de la virtud de la humildad.

El exámen particular, como dijimos en su lugar (1), se ha de hacer de una cosa sola, porque de esta manera es mas eficaz este medio, y de mayor efecto que si le trajésemos de muchas cosas juntas, y por eso se llama particular, porque se hace de una cosa sola. Y es de tanta importancia esto, que aun un vicio ó una virtud muchas veces, y aun lo mas ordinario, es menester tomarla por partes, y poco á poco, para poder alcanzar lo que se desea. Pues asi es en esta virtud: si quereis traer exámen de desarraigar la soberbia de vuestro corazon y alcanzar la virtud de la humildad, no lo habeis de tomar en general; porque la soberbia ó la humildad comprende mucho, y si lo tomais asi á bulto y en general «no he de ser soberbio en nada, sino en todo humilde;» es mucho exámen y mas que si lo trajérades de dos ó tres cosas juntas, y asi no hareis nada, sino habéislo de tomar poco á poco, por partes. Mirad en qué soleis principalmente sentir falta de humildad y tener soberbia, y de eso comenzad; y en concluyendo con una cosa particular, tomad á pechos otra, y despues otra, y de esa manera poco á poco ireis desarraigando de vos el vicio de la soberbia y alcanzando la virtud de la humildad. Pues estas cosa iremos ahora dividiendo y desmenuzando, para que asi podamos hacer mejor y con mas provecho el exámen particular de esta virtud tan necesaria.

Sea lo primero, de no hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima. Como nos es tan natural este apetito de honra y estimacion y le tenemos tan arraigado en el corazon, casi sin sentir, ni advertir en ello, se nos va la lengua á decir palabras que puedan redundar en nuestro loor directa ó indirectamente; "porque de la abundancia del corazon habla la boca (1)." En ofreciéndose alguna cosa honrosa, luego nos querríamos hacer parte en ella: «yo me hallé allí y aun fuí en que se hicise asi; si no fuera por mí, etc. Desde el principio se me ofreció á mí aquello.» Yo aseguro que si la cosa no fuera tal, que aunque os hubiérades hallado y sido parte en ella, que lo callárades. A este modo hay otras palabras que muchas veces no echamos de ver hasta que despues las habemos dicho; y asi es muy bueno traer exámen particular de esto, para que con esta advertencia y costumbre buena quitemos esotra mala.

Lo segundo sea lo que nos avisa San Basilio (2), y es tambien de los Santos Gerónimo, Agustino y Bernardo, que no oigamos de buena gana que otro nos alabe y diga bien de nosotros; porque en esto hay tambien grande peligro. Dice San Ambrosio que cuando el demonio no nos puede derribar con pusilanimidad y desmayo, procura derribarnos con presuncion y soberbia: y cuando no nos puede derribar con deshonra, trata que nos honren y alaben, para derrocarnos por allí. Del bienaventurado San Pacomio se cuenta en su

(1) 1 part., trat. 7, cap. 4 y 5.

(1) Ex abundantia enim cordis os loquitur. *Matth.* XII, 34; *Luc.* VI, 45.

(2) Basil. *serm. de exercit. Monast.*

vida, que solia salir del monasterio é irse á partes mas solitarias á orar, y cuando volvia, muchas veces venian los demonios; y como cuando viene un gran ejército con un capitan, con grande acompañamiento, iban delante haciendo mucho estruendo, y como que hacian lugar y quitaban los impedimentos, iban diciendo: «Aparta, aparta, haced lugar, haced lugar, que viene el Santo, que viene el siervo de Dios (1),» para ver si podian por alli levantarle y ensoberbecerle; y él reíase y hacia burla de ellos. Pues hacedlo vos asi, cuando oyéredes que os alaban y cuando os vinieren pensamientos de vuestra estima; haced cuenta que ois al demonio que os dice esas cosas, y reios y haced burla de él, y asi os librareis de esta tentacion.

San Juan Clímaco cuenta (2) una cosa muy particular acerca de esto: Dice que una vez el demonio descubrió á un monge los pensamientos malos con que combatia á otro, para que oyendo el combatido, de la boca del otro, lo que pasaba en su corazon, le tuviese por Profeta, y le alabase y predicase por Santo, y asi se ensoberbeciese. De donde se verá cuánto estima el demonio que éntre en nosotros esta soberbia y complacencia vana, pues con tantos ardides y mañas lo procura. Y asi dice San Gerónimo: «Guardaos de las sirenas de la mar que encantan los hombres y les hacen perder el juicio (3).» Es tan dulce música y tan suave á nuestras orejas la de las alabanzas de los hombres, que no hay sirenas que asi encanten y hagan á uno salir de sí, y por eso es menester hacernos sordos y tapar los oidos. San Juan Climaco dice que, cuando nos alaban, pongamos delante nuestros pecados y hallarémonos indignos de las alabanzas que nos dan, y asi sacaremos de ellas mas humildad y confusion. Pues esta puede ser la segunda cosa de que se puede traer exámen particular, de no holgaros que otro os alabe y diga bien de vos. Y con esta se puede juntar el holgaros cuando alaban y dicen bien de otro, que es otra cosa particular de mucha importancia. Y cuando tuviéredes algun sentimiento ó movimiento de envidia, de que alaban y dicen bien de otro, ó alguna complacencia ó contentamiento de que dicen bien de vos, apuntadlo por falta.

La tercera cosa de que podemos traer exámen particular, es de no hacer cosa alguna por ser vistos y estimados de los hombres, que es lo que nos avisa Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: "Mirad no hagais vuestras buenas obras delante de los hombres para ser vistos de ellos, porque no recibireis premio de vuestro Padre Celestial (1)." Este es un exámen muy provechoso y puédese dividir en muchas partes: primero se puede traer de no hacer las cosas por respetos humanos; y despues, de hacerlas puramente por Dios; y despues, de hacerlas muy bien hechas, como quien las hace delante de Dios, y como quien sirve á Dios y no á los hombres, hasta llegar á hacer las obras de tal manera que mas parezca que estamos en ellas amando que obrando, como dijimos largamente (2) tratando de la rectitud y puridad de intencion que habemos de tener en las obras.

La cuarta cosa de que podemos traer exámen particular, es de no nos escusar; porque tambien nace de soberbia, que, en haciendo la falta ó en diciéndonosla, luego

(1) Date locum homini Dei, date locum homini Dei.
(2) Climacus, *cap.* 22.
(3) Nos ergo ad patriam festinantes mortiferos sirenarum cantus surda debemus aure pertransire. *Hieron.*

(1) Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis; alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in coelis est. *Matth.* VI, 1.
(2) P. I, trat. 3.

la queremos escusar, y sin sentir echamos una escusa tras otra, y aun de habernos escusado queremos luego dar otra escusa (1). San Gregorio sobre aquellas palabras de Job: "Si escondí como hombre mi pecado (2)," pondera muy bien aquel *como hombre*; dice (3) que es propio del hombre querer encubrir y escusar su pecado, porque nos viene de casta este vicio y le heredamos de nuestros primeros padres. En pecando que pecó el primer hombre, luego se fué á esconder entre los árboles del Paraiso, y reprendiéndole Dios de su desobediencia, luego se escusó con la muger: "Señor, la muger que vos me distes por compañera me hizo comer (4)." Y la muger se escusó con la serpiente (5). Preguntábales Dios de su pecado, para que conociéndole y confesándole alcanzasen perdon de él; y asi, dice San Gregorio, no preguntó á la serpiente, porque á esa no la habia de perdonar: y ellos en lugar de humillarse y conocer su pecado para alcanzar perdon, le acrecientan y hacen mayor, escusándole, y aun queriendo en alguna manera echar la culpa á Dios: «Señor, la muger que vos me distes fué causa de esto,» como si dijera: «si vos no me la diérades por compañera, no hubiera nada de esto. La serpiente que vos criastes y dejastes entrar en el Paraiso, esa me engañó; que si vos no la dejárades entrar acá, no pecara yo.» Dice San Gregorio: como habian oido de la boca del demonio que serian semejantes á Dios, ya que ellos no pudieron ser semejantes á él en la divinidad, quisiéronle hacer semejante á sí en la culpa, y asi la hacen mayor defendiéndola que habia sido cometiéndola. Pues como hijos que somos de tales padres, al fin como hombres, nos quedamos con esta enfermedad y con este vicio y mala costumbre, que en reprendiéndonos de alguna falta, luego la queremos encubrir con escusas, como debajo de unas hojas y ramos. Y algunas veces no se contenta uno con escusarse á sí, sino que quiere echar la culpa á otros. Compara un Santo (San Pedro Damian) á los que se escusan, al erizo, que cuando siente que le quieren tomar ó tocar, encoge con grandísima velocidad la cabeza y los pies, y queda por todas partes rodeado de espinas, hecho una bola, que no le podeis tomar, ni tocar, sin punzaros primero (1). De esta manera, dice este Santo, son los que se escusan, que si los quereis tocar, y les decís la falta que hicieron, luego se defienden como el erizo. Y unas veces os punzarán á vos, dándoos á entender que tambien vos habeis menester aquello; otras diciéndoos que tambien hay regla que no reprenda uno á otro; otras diciendo que otros hacen mayores faltas y se disimulan. Llegáos á tocar al erizo, y vereis si punza. Todo esto nace de la mucha soberbia que tenemos, que querriamos que no se supiesen nuestras faltas, ni ser tenidos por defectuosos, y mas nos pesa de que se sepan y la estima que por ello perdemos que de haberlas hecho, y asi las procuramos encubrir y escusar cuanto podemos. Y hay algunos tan inmortificados en esto, que aun antes que les digan nada, ellos previenen y se escusan, y quieren dar razon de lo que les pueden oponer: «si hice aquello, fué por esto, y si hice lo otro, fué por esto otro.» ¿Quién os pica ahora que saltais? El estímulo y aguijon de la soberbia que tienen allá den-

(1) Ad excusandas excusationes in peccatis *Ps.* CXL, 4.

(2) Si abscondi quasi homo peccatum meum, et celavi in sinu meo iniquitatem meam. *Job.* XXXI, 33.

(3) Greg. *lib.* 22 *Mor. cap.* 9.

(4) Mulier, quam dedisti mihi sociam, dedit mihi de ligno, et comedi. *Gen.* III, 12.

(5) Serpens decepit me, et comedi. *Ib.*

(1) Ut prius videas sanguinem tuum, quam corpus suum m.

tro en las entrañas, ese les pica y les hace saltar con eso, aun antes de tiempo. Pues el que sintiere en sí este vicio y mala costumbre, será bien traer exámen particular de ello, hasta que no os venga gana de encubrir vuestra falta, sino que antes os holgueis, ya que la hicistes, de que os tengan por defectuoso, en recompensa y satisfaccion de ella. Y aunque no hayais hecho la falta y os reprendan por ella, no os escuseis, que cuando el superior quisiese saber la causa ó razon que tuvisteis para hacer aquello, él la sabrá preguntar, y por ventura la sabe ya, sino que quiere probar vuestra humildad, y ver cómo tomais la reprension y el aviso.

Lo quinto, es tambien buen exámen el de cortar y cercenar pensamientos de soberbia. Es uno tan soberbio y tan vano, que le vienen muchos pensamientos vanos y altivos, imaginándose en puestos altos y en tales ministerios; ya os hallais predicando en vuestra tierra con grande aceptacion é imaginando que haceis mucho fruto; ya os hallais leyendo ó disputando en tales conclusiones con grande aplauso de los circunstantes, ó en otras cosas semejantes. Todo eso nace de la soberbia grande que tenemos, que está brotando y rebentando en esos pensamientos; y asi es muy bueno traer exámen particular de cercenar y cortar luego estos pensamientos altivos y vanos, como lo es tambien de atajar y cortar luego los pensamientos deshonestos y de juicios, y de otro cualquier vicio de que uno es molestado.

Lo sesto, será tambien buen exámen el de tenerlos á todos por superiores, conforme á lo que nos dice nuestra regla (1): Que nos animemos á la humildad, procurando y deseando dar ventaja á los otros, estimándolos en nuestra ánima á todos, como si nos fuesen superiores, y esteriormente teniéndoles el respeto y reverencia que sufre el estado de cada uno, con llaneza y simplicidad religiosa; que es tomada del Apóstol (1). Aunque en lo esterior haya de haber diferencia conforme á los estados y personas; pero cuanto á la humildad verdadera ó interior de nuestra ánima, quiere nuestro Padre, que asi como llamó mínima á esta Compañía y Religion, asi cada uno de ella se tenga por el mínimo de todos, y que á todos los tenga por superiores y mejores. Pues este será muy buen exámen y muy provechoso, con tal que esto no sea solamente especulacion, sino que en la práctica y ejercicio procureis haberos con todos con aquella humildad y respeto como si os fuesen superiores; porque si vos teneis al otro por superior, no le hablareis con libertad, ni aspereza, y mucho menos palabras que le puedan lastimar ó mortificar, ni le juzgareis tan fácilmente, ni os sentireis de que él os trate ó hable de esta ú otra manera; y asi todas estas cosas habeis de notar y apuntar por faltas cuando traeis exámen de esto.

La sétima cosa de que podemos traer exámen particular en esta materia, es de llevar bien todas las ocasiones que se nos ofrecieren de humildad. Soleis-os sentir cuando el otro os dice la palabrilla, ó cuando os parece que no hacen tanto caso de vos como de los otros. Traed exámen de llevar bien esas y las demas ocasiones que se os ofrecieren, que puedan redundar en desestima vuestra. Este es un exámen de los mas propios y provechosos que podemos traer para alcanzar la virtud de la humildad, porque fuera de irnos en esto previniendo para todo lo que se nos ofrece y habemos menester entre dia, podemos en

(1) Part. 3 const., c. 1, §. 4; et Reg. 29 *Summarii*.

(1) Ad Philip. II, 3; ad Rom. XII, 10.

este exámen ir creciendo y subiendo por aquellos tres grados que pusimos en la virtud (1). Primero, podeis traer exámen de llevar todas esas cosas con paciencia; despues, de llevarlas con prontitud y facilidad, hasta que no repareis, ni hagais caso de nada de eso; despues le podeis traer de llevarlas con alegría y holgaros en vuestro desprecio, en que dijimos consistia la perfeccion de la humildad.

Lo octavo de que puede uno traer exámen particular, asi en esta materia como en otras semejantes, es de hacer algunos actos y ejercicios de humildad ú otra virtud de que trajere exámen, asi interiores como esteriores, actuándose en aquello tantas veces á la mañana y tantas á la tarde, comenzando con menos actos y yendo añadiendo mas, hasta que vaya ganando hábito y costumbre en aquella virtud. De esta manera, divididos los enemigos, y tomando á cada uno por sí, se vencen mejor y se alcanza mas brevemente lo que se desea.

CAPITULO XXIX.

Cómo con la humildad se puede compadecer el ser tenidos y estimados de los hombres.

Suélese ofrecer muchas veces una duda acerca de la humildad, cuya solucion nos importa mucho para que sepamos cómo nos habemos de ver en ello. Decimos comunmente, y es doctrina comun de los Santos, que habemos de desear ser despreciados, abatidos y tenidos en poco y que no hagan caso de nosotros. Luego por otra parte se nos ofrece: pues ¿cómo haremos fruto en los prógimos, si nos desprecian y tienen en poco, porque para eso es menester tener autoridad con ellos y que tengan buena opinion y estima de nosotros? Y asi parece que no será malo, sino bueno, desear ser estimados y tenidos de los hombres. Esta duda tratan los gloriosos Santos Basilio, Gregorio y Bernardo (1). Y responden muy bien á ella; dicen que aunque es verdad que habemos de huir la honra y estimacion del mundo, por el gran peligro que hay en eso, y que cuanto es de nuestra parte, y por lo que nos toca á nosotros, siempre habemos de desear ser despreciados y tenidos en poco; pero que por algun buen fin del mayor servicio de Dios, lícita y santamente se puede desear la honra y estimacion de los hombres; y asi dice San Bernardo que es verdad que, cuanto es de nuestra parte, habemos de querer que los otros conozcan y sientan de nosotros lo que nosotros sentimos y conocemos de nosotros mismos, para que nos tengan en lo mismo que nosotros nos tenemos; mas muchas veces, dice, no conviene que los otros sepan eso; y asi podemos algunas veces lícita y santamente querer que no sepan nuestras faltas, porque no reciban de ello algun daño y se impida en ellos algun provecho espiritual. Empero es menester que entendamos esto bien, que vamos en ello con tiento y con mucho espíritu; porque semejantes verdades, so color de verdades, suelen hacer grande daño en algunos por no saber usar bien de ellas. Los mismos Santos nos declaran bien esta doctrina, para que no tomemos de ella ocasion de errar. Dice San Gregorio: «Algunas veces tambien los varones santos se huelgan de tener buena opinion y estima cerca de los hombres; pero esto es cuando ven que es medio necesario para que los prójimos se aprovechen y

(1) Véase el capítulo precedente.

(1) Basil. *in Regul. brev.* 188.—Gregor. *lib. 23 Moral. cap. 9.*—Bern. *serm. 42 super Cantica.*

ayuden mas en sus almas (1).» Y eso dice San Gregorio: «no es holgarse de su estima y opinion, sino del fruto y aprovechamiento de los prójimos, que es cosa muy diferente (2).» Una cosa es amar uno la honra y estimacion humana por sí misma y parando en ella por su propio respeto y contento, por ser grande y señalado en la opinion de los hombres; y esto es malo: otra cosa es cuando esto se ama por algun buen fin, como por el provecho de los prójimos y para hacer fruto en sus almas; y esto no es malo, sino bueno. Y de esta manera bien podemos nosotros desear la honra y estimacion del mundo y que tenga buena opinion de nosotros, por la mayor gloria de Dios, y por ser asi necesario para la edificacion de los prójimos y para hacer fruto en ellos; porque esto no es holgarse uno de su honra y estimacion, sino del provecho y bien de los prójimos y de la mayor gloria de Dios. Como el que por la salud quiere la purga que naturalmente aborrece, el querer y admitir la purga es amar la salud: asi el que la honra humana, que huye y desprecia, la quiere y admite solamente por ser en aquel caso medio necesario ó provechoso para el servicio de Dios y bien de las almas, se dice con verdad que no quiere ni desea sino la gloria de Dios.

Pero veamos en qué se conocerá si se huelga uno con la honra y estimacion puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos, ó si se huelga por sí mismo y por su propia honra y estima: porque esta es cosa muy delicada, y todo el punto y dificultad de este negocio consiste en esto. A lo cual responde San Gregorio: «El holgarnos con la honra y estimacion, ha de ser tan puramente por Dios que, cuando no fuere necesario para su mayor gloria y bien de los prójimos, no solo no nos habemos de holgar con ella, sino hános de dar pena (1).» De manera que nuestro corazon y deseo, cuanto es de nuestra parte, siempre se ha de inclinar á la deshonra y desprecio; y asi, cuando se nos ofreciere ocasion de esto, la habemos de abrazar de corazon y holgarnos con ella, como quien ha encontrado con lo que deseaba. Y la honra y estimacion la habemos de desear y holgarnos con ella solamente en cuanto es necesaria para la edificacion de los prójimos, para hacer fruto en ellos, y para mayor honra y gloria de Dios. De nuestro bienaventurado P. S. Ignacio leemos (2), que decia que, si se dejara llevar de su fervor y deseo, se anduviera por las calles desnudo y emplumado y lleno de lodo, para ser tenido por loco; mas la caridad y deseo que tenia de ayudar á los prójimos reprimia en él este tan grande afecto de humildad, y le hacia que se tratase con la autoridad y decencia que á su oficio y persona convenia. Pero su inclinacion y deseo era ser despreciado y abatido, y siempre que se le ofrecia ocasion de humillarse, la abrazaba y aun la buscaba muy de veras. Pues en esto se conocerá si os holgais vos con la autoridad y estimacion por el bien de las almas y gloria de Dios, ó por vos mismo y por vuestra propia honra y autoridad; si cuando se os ofrece la ocasion de humildad y desprecio, la abrazais muy de veras y de corazon y os holgais con ella, entonces es buena señal que cuando os sucede bien el sermon, ó el negocio, y por eso sois tenido y estimado, que no os holgais por vuestra

(1) Nonnunquam etiam sancti viri de bona opinione gaudent, sed cum per hanc ad meliora proficere audientes pensant. *Gregorius loc. cit.*

(2) Nec jam de opinione sua, sed de proximorum gaudent utilitate, quia aliud est favores quaerere, et aliud de profectibus exultare. *Ibid.*

(1) Qua in re necesse est, ut cum audientium utilitati non proficit, mentem nostram fama laudabilis non elevet, sed fatiget. *Gregor. ibid.*

(2) Lib. 5, c. 3, de la *Vida de N. P. S. Ignacio.*

honra y estima, sino puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos que se sigue de ahí. Pero si cuando se os ofrece la ocasion de humildad y de ser tenido en poco, la rehusais y no la llevais bien; y si cuando no es necesario para el provecho de los prójimos, con todo eso os holgais con la estimacion y alabanzas de los hombres y lo procurais, eso es señal que tambien en lo demas os holgais por lo que toca á vos y por vuestra honra y estimacion, y no puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos.

De manera, que la honra y estimacion de los hombres es verdad que no es mala, sino buena, si usamos bien de ella, y asi lícita y santamente se puede desear; como cuando el P. S. Francisco Javier fué al rey de Bungo con grande acompañamiento y autoridad (1). Y aun alabarse uno á sí mismo puede ser bueno y santo, si se hace como se debe, como vemos que San Pablo, escribiendo á los de Corinto (2), se comienza á alabar y á contar grandezas de sí, refiriendo grandes mercedes que nuestro Señor le habia hecho, y diciendo que habia trabajado mas que los demas Apóstoles; y comienza á contar las revelaciones y arrebatamientos que habia tenido hasta el tercero cielo. Mas esto hacia él, porque entonces convenia y era menester para la honra de Dios y para el provecho de los prójimos á quien escribia, para que asi le tuviesen y estimasen por Apóstol de Cristo, y recibiesen su doctrina y se aprovechasen de ella. Y decia estas cosas de sí con un corazon, no solo despreciador de la honra, sino amador del desprecio y deshonra de Jesucristo; porque cuando no era necesario para el bien de los prójimos, muy bien se sabia él apocar y abatir, diciendo de sí (1) que no era digno de llamarse Apóstol, porque persiguió la Iglesia de Dios; y llamándose blasfemo y abortivo (2) y el mayor de los pecadores; y cuando se le ofrecian deshonras y menosprecios, ese era su contento y regocijo. De estos tales corazones bien se puede fiar que reciban honra y que digan ellos algunas veces cosas que aprovechen para tenerla, porque nunca harán estas cosas, sino cuando fuere necesario para la mayor gloria de Dios; y entonces lo hacen tan sin pegárseles nada de ello, como si no lo hiciesen, porque no aman su propia honra, sino la honra de Dios y el bien de las almas.

Mas porque es muy dificultoso recibir a honra, y no ensoberbecerse, ni tomar en ella algun vano contentamiento ó complacencia, por eso los Santos, temiendo el peligro grande que hay en la honra y estimacion y en las dignidades y puestos altos, huian cuanto podian de todo eso; y se iban á donde no fuesen conocidos ni estimados, y procuraban ocuparse en oficios bajos y despreciados, porque veian que aquello les ayudaba mas á su aprovechamiento y á conservarse en humildad, y que era camino mas seguro para ellos. Decia San Francisco una razon buena (3): «No soy religioso, si no tomo con la misma alegría de rostro y alma la deshonra que la honra, porque si me alegro en la honra que otros me dan por su provecho cuando predico ó les hago otras buenas obras, donde pongo el alma á riesgo y peligro de vanidad, mucho mas me debo alegrar de mi provecho y de la salud de mi alma, que tengo mas segura cuando me vituperan.» Claro está que esta-

(1) Lib. 4, cap. 10 de la *Vida del P. S. Francisco Javier.*
(2) II. ad Cor. IV, 11.

(1) I. ad Cor. XV, 9.
(2) II. ad. Tim. I, 13.
(3) 4. part. lib. 1, cap. 7 *de la Crónica de San Francisco.*

mos mas obligados á holgarnos de nuestro bien y provecho que del bien y provecho de nuestros prójimos, porque la caridad bien ordenada, de sí mismo ha de comenzar. Pues si os holgais del provecho del prójimo, cuando el sermon ó el negocio os salió bien, y sois alabado y estimado por ello ¿por qué no os holgais de vuestro provecho, cuando, haciendo vos lo que es de vuestra parte, sois tenido en poco? Porque esto es mejor y mas seguro para vos. Si os holgais cuando teneis gran talento para hacer grandes cosas por el bien de los otros, ¿por qué cuando Dios no os dió talento para esas cosas, no os holgais por vuestro provecho y por vuestra humildad? Si os holgais cuando teneis mucha salud y fuerzas para trabajar para otros, por el provecho de ellos, ¿por qué no os holgais cuando Dios quiere que esteis enfermo y flaco y que no seais para nada, sino que esteis arrinconado é inútil? Porque ese es vuestro provecho, y eso os ayudará mas á ser humilde, y en eso agradareis mas á Dios que si fuérades gran predicador, pues él lo quiere asi.

De donde se verá cuán engañados andan los que tienen puestos los ojos en la honra y estimacion del mundo, so color de que eso es menester para hacer fruto en los prójimos, y con ese título desean los oficios honrosos y los puestos altos, y todo lo que dice autoridad; y huyen de lo bajo y humilde, pareciéndoles que con eso se desautorizan. Y hay en esto otro engaño muy grande, que con lo que uno piensa que gana autoridad, la pierde; y con lo que piensa que la perderá, la ganará. Algunos piensan que con el vestido pobre y oficio ó ejercicio bajo y humilde perderán la opinion y estima necesaria para hacer fruto en los prójimos, y engáñales su soberbia; que antes con eso la ganareis, y con lo contrario, que vos procurais, la perdereis. Enseñaba esto muy bien nuestro bienaventurado P. S. Ignacio; decia (1), que ayudaba mas á la conversion de las almas el afecto de verdadera humildad que el mostrar autoridad que tenga algun resabio y olor de mundo. Y asi lo practicaba él, no solo en sí, sino en los que enviaba á trabajar á la viña del Señor; de tal manera los enseñaba que para salir con las cosas árduas y grandes siempre procurasen hacer el camino por la humildad y desprecio de sí mismos, porque entonces estaria la obra bien segura, si estuviese bien fundada sobre esta humildad, y porque ese es el camino por donde suele el Señor obrar cosas grandes. Y conforme á esto, cuando envió á los PP. S. Francisco Javier y Simon Rodriguez á Portugal, les órdenó que llegados á aquel reino pidiesen limosna, y que con la pobreza y menosprecio de sí abriesen la puerta para todo lo demas. Y á los PP. Salmeron y Pascasio, cuando fueron á Hibernia por Nuncios apostólicos, tambien les ordenó que enseñasen la Doctrina Cristiana á los niños y á la gente ruda. Y al mismo P. Salmeron y al P. maestro Lainez, cuando la primera vez fueron al Concilio de Trento, enviados del Papa Paulo III por teólogos de Su Santidad, la instruccion que les dió fué que, antes de decir su parecer en el Concilio, se fuesen al hospital y sirviesen en él á los pobres enfermos, y enseñasen á los niños los principios de nuestra Santa Fé; y que despues de haber echado estas raices, pasasen adelante y dijesen su parecer en el Concilio, porque asi seria él de fruto y provecho, como sabemos que lo fué por la misericordia del Señor. ¿Y andaremos nosotros mirando, temiendo y tanteando con nuestras prudencias humanas, si se pierde autoridad por estas cosas? Que no hayais miedo

(1) Lib. 5, c. 3, de la *Vida de N. P. S. Ignacio.*

que se desautorice el púlpito por ir á enseñar la Doctrina, ni por hacer pláticas en las plazas, hospitales y cárceles. No hayais miedo que perdais crédito con la gente grave porque os vean vestido como religioso pobre; antes con eso ganareis autoridad y cobrareis mas crédito y reputacion, y hareis mas fruto en las almas; porque á los humildes levanta Dios, y por esos suele él hacer maravillas. Y dejando á parte esta razon, que es la principal, llevándolo por via de prudencia y razon humana, no podeis poner medio mas eficaz para ganar autoridad y opinion con los prójimos y para hacer mucho fruto en las almas, que ejercitaros en estas cosas que parecen bajas y humildes, y tanto mas, cuanto mayores fueren vuestras partes. La razon de esto es, porque es tanto en lo que el mundo tiene la honra y estimacion y las cosas altas, que de lo que mas se admiran los de él es de ver que esto se desprecie y que el que podia entender en cosas altas y honrosas se ocupa en cosas bajas y humildes; y asi cobran grande opinion y estima de santidad de los tales, y reciben su doctrina como venida del cielo.

Del P. S. Francisco Javier leemos en su vida (1), que habiéndose de embarcar para la India y no queriendo recibir ninguna provision para su navegacion, instándole mucho el conde de Castañeda, que tenia entonces oficio de proveedor de las armadas para aquellas partes, que á lo menos llevase un criado que le sirviese en la mar, diciéndole que disminuiria su crédito y autoridad para con la gente á quien habia de enseñar, si le viesen con los demas lavar sus paños al bordo de la nao y guisar su comida, el Padre le respondió: «Señor conde, el procurar adquirir crédito y autoridad por ese medio que vuestra señoría dice, ha traido á la Iglesia de Dios y á sus prelados al estado en que ahora está. El medio por donde se ha de adquirir el crédito y autoridad es, lavando esas rodillas y guisando la olla sin tener necesidad de nadie, y con todo eso, procurando emplearse en el servicio de las almas de los prójimos.» Quedó con esta respuesta el conde tan atajado y tan edificado que no supo qué responder. De esta manera, y con esta humildad y verdad, se ha de adquirir la autoridad, y de esa manera se hace mas fruto. Y asi vemos que hizo tanto el P. S. Francisco Javier en esas Indias, con enseñar la doctrina á los niños y andar tañendo la campanilla de noche á las ánimas del Purgatorio, y sirviendo y consolando enfermos, y con otros oficios bajos y humildes. De esta manera vino á tener tanta autoridad y reputacion que robaba y atraia á sí los corazones de todos, y le llamaban el Padre santo. Esta es la autoridad que es menester para hacer fruto en las almas; estima y opinion de humildes; estima y opinion de santos y de predicadores evangélicos. Y asi, esta es la que nosotros habemos de procurar; que esotras autoridades y puntos que tienen resabio y olor de mundo, antes dañan y desedifican mucho á los prójimos, asi á los de fuera como á los de dentro.

Sobre aquellas palabras de San Juan: "Yo no busco mi gloria, mi Padre tiene cuenta con eso (1)," dice muy bien un doctor: «pues si nuestro Padre celestial busca y procura nuestra gloria y nuestra honra, no es menester que nosotros tengamos cuidado de eso.» Tenedlo vos de humillaros y de ser el que debeis, y el de vuestra estima y autoridad, para hacer mas fruto

(1) Lib. 1, c. 12, *de la Vida del P. S. Francisco Javier.*

(1) Ego autem non quaero gloriam meam; est qui quaerat, et judicet. *Joann.* VIII, 50.

en los prójimos, dejadlo á Dios; que por donde vos mas os humillais y bajais, por ahí os levantará él mas con otra estima muy diferente de la que vos pudiérades alcanzar por esotros medios y prudencias humanas.

Y no se os ponga tampoco delante la honra y autoridad de la Religion, que es otra solapa que se nos suele algunas veces ofrecer, asi en esta como en otras cosas semejantes, para colorear nuestra imperfeccion é inmortificacion. «¡Oh! que no lo hago yo por mí, sino por la autoridad de la Religion, que es razon se le tenga respeto. Dejaos de esos respetos, que la Religion tambien ganará mas en que os vean á vos humilde, callado y sufrido; porque en eso consiste la autoridad y estima de la Religion, en que sus religiosos sean humildes y mortificados y estén muy deshechos de todo lo que tiene sabor y olor de mundo.

El P. Mafeo, en la Historia de las Indias cuenta (1), que predicando uno de los nuestros en el Japon la fé de Cristo nuestro Redentor, en una calle pública de Firando, un gentil de aquellos, que acaso pasaba por allí, hizo burla de él y de lo que predicaba, y arranca un flemon muy grande, y escúpele en el rostro. El predicador sacó su pañuelo y limpióse, sin mostrar turbacion alguna y sin responder palabra, y prosiguió su sermon con el mismo tenor y semblante como si no hubiera pasado nada. Uno de los que estaban oyendo notó mucho aquello, y viendo la paciencia y humildad grande del predicador, comenzó á pensar entre sí: «no es posible que doctrina que enseña tanta paciencia, tanta humildad y constancia de ánimo, no sea del cielo; cosa de Dios debe de ser esta.» Lo cual hízole tanta fuerza que le fué motivo para convertirse, y asi se fué tras él en acabando de predicar, y le pidió que le instruyese en la fé y le bautizase.

(1) Mafejus, lib. XIV *hist. Indiarum pag.* 277 *alias* 280.

CAPITULO XXX.

Del tercero grado de humildad.

El tercero grado de humildad es, cuando uno teniendo grandes virtudes y dones de Dios, y estando en grande honra y estimacion, no se ensoberbece en nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye á su misma fuente, que es Dios, del cual procede todo bien y todo don perfecto. Este tercero grado de humildad, dice San Buenaventura (1), es de grandes y perfectos varones, que cuanto mayores son tanto mas se humillan en todo. Que uno siendo malo é imperfecto, se conozca y estime por tal, no es mucho; bueno es, y de loar es; pero no es de maravillar, como no lo es que el hijo del labrador no quiera ser tenido por hijo del rey, y que el pobre se tenga por pobre, y el enfermo por enfermo, y que quieran ser tenidos por tales de los demas; pero que el rico se haga pobre, y el grande se apoque y conforme con los bajos, haciéndose pequeño, esto es de maravillar. Pues asi, dice el Santo (2), no es de maravillar que, siendo uno malo é imperfecto, se tenga por malo é imperfecto; antes lo es, que siendo tal, se tenga por bueno y por perfecto, como si estando lleno de lepra se tuviese por sano. Pero que el que es muy aventajado en virtud, y tiene muchos dones de Dios, y es verdaderamente grande ante su divino acatamiento, se tenga por pequeño, esa es humildad grande y de maravillar. Dice San Bernardo: «Grande y rara virtud es que obre uno

(1) Bonav. *processu* 6 *Relig.*, *cap.* 22.
(2) Idem dicit Bernard. *serm.* 45, *super Cantica.*

grandes cosas y que no se tenga por grande, sino por pequeño; que todos le tengan por santo y varon admirable, y que solo él se tenga en poco. En mas tengo esto, dice, que todas las demas virtudes (1).» Esta humildad se halló perfectísimamente en la Sacratísima Reina de los Angeles, que sabiendo que era elegida por Madre de Dios, con profundísima humildad se reconoció por sierva y esclava suya (2). Dice San Bernardo: «Eligiéndola para tan alta dignidad y tan grande honra, como era ser Madre de Dios, se llama esclava (3);» y siendo predicada por la boca de Santa Isabel por bienaventurada entre todas las mugeres, no se atribuyó á sí gloria alguna de las grandezas que en ella habia, sino todas se las atribuyó á Dios, engrandeciéndole y ensalzándole por ellas, quedándose ella entera y firme en su profundísima humildad (4). Esta es humildad del cielo. Los bienaventurados tienen allá esa humildad. Y eso dice San Gregorio (5) que es lo que vió San Juan en el Apocalipsi (6), de aquellos veinte y cuatro ancianos que, postrados delante del trono de Dios, le adoraban quitando las coronas de sus cabezas y arrojándolas á los pies del trono. Dice que arrojar sus coronas á los pies del trono de Dios, es no atribuirse á sí sus victorias, sino atribuirlo todo á Dios, que les dió fuerzas y virtud para vencer, y darle á él la gloria y honra de todo. «Razon es, Señor, que te demos la honra y gloria de todo, y que quitemos las coronas de nuestras cabezas y las arrojemos á tus pies; porque todo es tuyo, y por tu voluntad ha sido hecho, y si algo bueno tenemos, es porque tú lo quisiste (1).» Pues este es el tercero grado de humildad; no alzarse uno con los dones y gracias que ha recibido de Dios, ni atribuírselo á sí, sino atribuirlo y referirlo todo á Dios, como á autor y dador de todo lo bueno.

Podrá decir alguno; «si en eso consiste la humildad, todos somos humildes;» porque ¿quién hay que no conozca que todo el bien nos viene de Dios, y que de nosotros no tenemos sino pecados y miserias? ¿Quién hay que no diga: «si Dios me dejase de su mano seria el mas mal hombre del mundo?» De nuestra parte no tenemos sino perdicion y pecados, dice el Profeta Oseas (2). Todo el favor y todo lo bueno nos ha de venir de acarreo de la liberalidad de Dios. Esto es fé católica, y asi todos parece que tenemos esa humildad, porque todos creemos muy bien esa verdad de que está llena la Sagrada Escritura. El Apóstol Santiago en su canónica dice: "Toda dádiva buena y todo don perfecto nos ha de venir de arriba, del Padre de las lumbres (3)." Y el Apóstol San Pablo dice que "no podemos obrar, ni hablar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar cosa que sirva para nuestra salvacion, sin Dios, de quien toda nuestra suficiencia procede (4)." Y ¿con qué mas clara comparacion se nos

---

(1) Magna et rara virtus profecto, cum magna opereris, magnum te nescire; cum omnibus nota sit sanctitas tua, te solum lateat; cum omnibus mirabilis appareas, tibi soli vilescas. Hoc ego ipsis virtutibus mirabilius judico. *Bern. serm. 13 super Cant.*

(2) Ecce ancilla Domini. *Luc.* I, 18.

(3) Mater Dei eligitur, et ancillam se nominat. *Bernard. hom. 4 super Missus est.*

(4) Magnificat anima mea Dominum: et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. Quia respexit humilitatem ancillae suae. *Luc.* I, 46.

(5) Greg. *lib.* 22 *Moral. c.* 15.

(6) Apoc. IV, 4 et 10.

(1) Dignus es Domine Deus noster accipere gloriam, et honorem, et virtutem; quia tu creasti omnia, et propter voluntatem tuam erant, et creata sunt. *Apoc. loc. cit.*

(2) Perditio tua ex te Israel: tantummodo in me auxilium tuum. *Os.* XIII, 9.

(3) Omne datum optimum, et omne donum perfectum de sursum est, descendens a Patre luminum. *Jacob.* I, 17.

(4) Quid habes, quod non accepisti? *I. ad Cor.* IV, 7.—Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est. *II. ad Cor.* III, 5.—Deus est qui operatur in nobis, et velle, et perficere pro bona voluntate. *Ad Philip.* II, 13.

pudo dar á entender esto que con la que el mismo Cristo nos lo declara en el Sagrado Evangelio? ¿Quereis ver, dice (1), lo poco ó nada que podeis sin mí? "Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no está unido con la vid; asi nadie puede hacer obra meritoria por sí mismo, si no estuviere unido conmigo: Yo soy la vid, vosotros sois los sarmientos: el que está unido á mí, y yo á él, este lleva mucho fruto, porque sin mí nada podeis hacer." ¿Qué cosa mas fructífera que el sarmiento junto con la vid? ¿Y qué cosa mas inútil y desaprovechada que el sarmiento apartado de la vid? ¿Para qué vale? pregunta Dios al Profeta Ezequiel (2). ¿Qué se hará del sarmiento? no es madera, dice, que valga para obra alguna de carpintería, ni aun para hacer siquiera una estaca que pongais en la pared para colgar de ella alguna cosa: no es bueno el sarmiento apartado de la vid, sino para el fuego. Pues asi somos nosotros; si no estamos unidos con la vid verdadera, que es Cristo, no valemos nada, sino para el fuego (3): si algo somos, es por la gracia de Dios, como dice el Apóstol San Pablo (4). Bien enterados parece que estamos todos en esa verdad, que todo el bien que tenemos es de Dios, y que de nosotros no tenemos sino pecados, y que ningun bien nos habemos de atribuir á nosotros, sino todo á Dios, á quien se le debe la honra y gloria de todo. No parece esto muy dificultoso al que cree, para ponerlo por último y perfectísimo grado de humildad, pues es una verdad de fé tan llana.» Asi parece á primera faz; mirándolo superficialmente, y á sobre haz, parece facil; pero no es sino muy dificil.

Dice Casiano (1): á los que comienzan paréceles fácil el no atribuirse nada á sí, y el no estribar, ni confiar en su industria y diligencia, sino referirlo y atribuirlo todo á Dios; pero no es sino muy dificultoso. Porque como nosotros ponemos tambien algo de nuestra parte en las buenas obras, "como obramos nosotros tambien, dice San Pablo (2), y concurrimos juntamente con Dios;" luego tácitamente y casi sin sentirlo, estribamos y confiamos en nosotros mismos, y se nos entra una presuncion y soberbia secreta, pareciéndonos que por nuestra diligencia é industria se hizo esto ó lo otro; y asi, luego nos engreimos y envanecemos, y nos alzamos con las obras que hacemos, como si por nuestras fuerzas las hubiésemos hecho y como si fuesen solo nuestras. No es tan fácil este negocio como parece. Bástanos saber que los Santos ponen este por perfectísimo grado de humildad, y dicen que es humildad de grandes, para que entendamos que hay en ello mas dificultad y perfeccion de lo que parece. Recibir uno grandes dones de Dios, y obrar grandes cosas, y saber dar á Dios la gloria de ello como se debe, sin atribuirse á sí cosa alguna ni tomar de ello algun vano contentamiento, cosa es de mucha perfeccion. Ser honrado y alabado por Santo, y no se le pegar al corazon la honra y estimacion mas que si no tuviera nada, cosa es dificultosa y que pocos la alcanzan; mucha virtud es menester para eso.

Dice San Crisóstomo, que andar entre honras y no pegarse nada al corazon del

(1) Sicut palmes non potest ferre fructum a semetipso, nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis. *Joann.* XV, 4.—Ego sum vitis, vos palmites; qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere. *Ib.*

(2) Fili hominis, quid fiet de ligno vitis? *Ezech.* XV, 2.

(3) Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. *Joann.* XV, 6.

(4) Gratia Dei sum id quod sum. *I. ad Cor.* XV, 10.

(1) Casian. *collatione* 2 *de castit. et* 17 *inter collationes.*

(2) Dei enim sumus adjutores. *I. ad Cor.* III, 9.

honrado es como andar entre hermosas mugeres sin alguna vez mirarlas con ojos no castos. Cosa dificultosa y peligrosa es esa, y mucha virtud es menester para ella. Para andar en alto y no desvancerse, buena cabeza es menester; no todos tienen cabeza para andar en alto. No la tuvieron los ángeles en el cielo, Lucifer y sus compañeros; asi se desvanecieron y cayeron en el abismo del infierno. Ese dicen que fué el pecado de los ángeles, que habiéndolos Dios criado tan bellos y tan hermosos, con tantos dones naturales y sobrenaturales, no estuvieron en Dios (1), ni le atribuyeron á él la gloria de todo; sino estuviéronse en sí, no porque entendiesen que tenian de sí aquellas cosas, que bien sabian que todas venian de Dios y que de él dependian, pues conocian que eran criaturas; sino, como dice el profeta Ezequiel (2), envaneciéndose en su hermosura: pavoneáronse en aquellos dones que habian recibido de Dios, y deleitáronse en ellos como si los tuvieran de sí; no los refirieron ni atribuyeron todos á Dios, dándole á él la gloria y honra de ello; sino que se desvanecieron, ensalzándose y contentándose vanamente de sí mismos, como si de sí tuvieran el bien. De manera, que aunque con el entendimiento conocian que la gloria se debia á Dios, robabánsela con la voluntad y atribuiansela á sí. ¿Veis cómo no es tan fácil como parece este grado de humildad, pues á los mismos ángeles les fué tan dificultoso que cayeron de la alteza en que Dios les habia puesto por no saber conservarse en él? Pues si los ángeles no tuvieron cabeza para andar en lo alto, sino que se desvanecieron y cayeron, mas razon tenemos nosotros de temer no nos desvanezcamos, puestos y levantados en alto, porque somos tan miserables los hombres, dice el Profeta David (1), que como humo nos desvanecemos. Asi como el humo, mientras mas alto sube mas se deshace y desaparece, asi el hombre, miserable y soberbio, mientras mas le honran y suben á mas alto estado, mas se desvanece.

¡Oh qué bien y cuán á punto nos avisó de esto Cristo nuestro Redentor! Cuenta el Sagrado Evangelio que habiendo enviado á los setenta y dos discípulos á predicar, volviendo ellos muy contentos y ufanos de su mision, diciendo: «¡Oh Señor, que habemos hecho maravillas! aun hasta los demonios se rendian y nos obedecian en vuestro nombre.» Respóndeles el Redentor del mundo con gran severidad: «Guardaos del vano contentamiento; mirad que por eso cayó Lucifer del cielo (2), porque en aquel estado alto en que fué criado se contentó vanamente de sí mismo y de los dones que habia recibido, y no atribuyó á Dios la gloria y honra como debia, sino se quisó alzar con ella. No os acontezca á vosotros lo mismo; no os desvanezcais con las maravillas y cosas grandes que haceis en mi nombre, ni tomeis vano contentamiento en eso.» A nosotros dicen estas palabras. Mirad no os ensoberbezcais de que por vuestro medio se hace mucha hacienda en los prójimos y se ganan muchas almas. Guardaos no tomeis algun vano contentamiento del aplauso y opinion de los hombres y del mucho caso que hacen de vos. Mirad no os alceis con algo, y se os pegue al corazon la honra y estimacion, porque esto es lo que hizo caer á Lucifer, y lo que de ángel le hizo demonio. En lo cual vereis, dice San

(1) In veritate non stetit. *Joann.* VIII, 44.
(2) Elevatum est cor tuum in decore tuo, perdidisti sapientiam tuam in decore tuo. *Ezech.* XXVIII, 17.

(1) Mox ut honorificati fuerint, et exaltati, deficientes, quemadmodum fumus deficient. *Ps.* XXXVI, 20.
(2) Videbam Satanam sicut fulgur de coelo cadentem. *Luc.* X, 18.

Agustin (1), cuán mala cosa es la soberbia, pues de ángeles hace demonios; y por el contrario, cuán buena es la humildad, que hace á los hombres semejantes á los ángeles santos.

CAPITULO XXXI.

Declárase en qué consiste el tercer grado de humildad

No habemos acabado de declarar bien en qué consiste este tercero grado de humildad; y asi será menester declararlo un poco mas, para que mejor podamos ponerle por obra, que es lo que pretendemos. Este grado de humildad, dicen los Santos que consiste en saber distinguir entre el oro, que nos viene de Dios, de sus dones y beneficios, y entre el lodo y miseria que somos nosotros, y dar á cada uno lo que le pertenece: atribuir á Dios lo que es de Dios, y á nosotros lo que es nuestro, y que todo esto sea prácticamente; en lo cual está todo el punto de este negocio. De manera, que no consiste la humildad en conocer especulativamente que de nosotros no podemos ni valemos nada, y que todo el bien nos ha de venir de Dios, y que él es el que obra en nosotros el querer y el comenzar y el acabar, por su libre y buena voluntad, como dice San Pablo (2); que conocer esto especulativamente, porque asi nos lo dice la fé, fácil cosa es y todos los cristianos lo conocemos y creemos asi; sino en conocer y ejercitar eso prácticamente, y en estar tan llanos y tan asentados en esto como si lo viésemos con los ojos y lo tocásemos y palpásemos con las manos. Lo cual dice San Ambrosio (3) que es particularísimo don y merced grande de Dios. Y trae para esto aquello de San Pablo: "Nosotros habemos recibido, no el espíritu de este mundo, sino el espíritu de Dios, para que conozcamos y sintamos los dones que habemos recibido de su mano (1)." Sentir y reconocer uno los dones que ha recibido de Dios, como agenos y como recibidos y dados de la liberalidad y misericordia de Dios, es particular don y merced suya. Y el Sábio Salomon dice que esta es suma sabiduría: "Entender y conocer prácticamente que el ser continente no es cosa que podemos nosotros alcanzar por nuestras fuerzas, y que no basta ningun trabajo, ni industria nuestra para eso, sino que es don de Dios y que nos ha de venir de su mano, es suma sabiduría (2)." Pues en esto que San Pablo dice que es particular don y merced de Dios, y Salomon suma sabiduría, consiste este grado de humildad. "¿Qué tienes que no lo hayas recibido y sea ageno?" dice el Apóstol San Pablo (3): todo cuanto bien tenemos es recibido y ageno, de nosotros no tenemos bien ninguno; pues si lo has recibido y es ageno, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido y como si no fuese tuyo propio?

Esta era la humildad de los Santos, que con estar enriquecidos de dones y gracias de Dios y haberles él levantado á la cumbre de la perfeccion, y con eso á grande honra y estimacion del mundo, con todo eso se tenian ellos por tan viles en sus ojos, y se quedaba su ánima tan entera en su bajeza y humildad, como si no tuvieran nada de

(1) Humilitas homines Sanctis Angelis similes facit: et superbia demones ex angelis fecit. *Aug. lib. seu exhort. de salut. mon. ad quemdam comitem, c.* 18.
(2) Ad Philip. II, 13.
(3) Ambros. *epist.* 84, *ad sacram virgin. Demetriad.*

(1) Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est; ut sciamus, quae a Deo donata sunt nobis. *I. ad Cor.* II, 12.
(2) Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientiae, scire cujus esset hoc donum. *Otra letra dice*: Et hoc ipsum erat summa sapientia. *Sapient.* VIII, 21.
(3) Quid habes, quod non accepisti? si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis? *I. ad Cor.* IV, 7.

aquellos dones. No se les pegaba ninguna vanidad en su corazon, ni cosa alguna de aquella honra y estima en que el mundo los tenia, porque sabian bien distinguir entre lo que era ageno y lo que era suyo propio; y asi, todos los dones, honras y estimacion lo miraban como cosa agena y recibida de Dios, y á él le daban y atribuian toda la gloria y alabanza de ello, quedándose ellos enteros en su bajeza, mirando que de sí no tenian nada, ni podian bien alguno. Y de ahí les venia, que aunque todo e mundo los ensalzase, ellos no se ensalzaban, ni se tenian por eso en mas, ni se les pegaba nada de aquello al corazon, sino parecíales que aquellas alabanzas no decian ni hablaban con ellos, sino con otro, á quien pertenecian, que es Dios, y en él y en su gloria ponian su gozo y contento.

Y asi con mucha razon dicen ser esta humildad de grandes y perfectos varones. Lo primero, porque presupone grandes virtudes y dones de Dios, que es lo que hace á uno grande delante de él; lo segundo, porque ser uno verdaderamente grande delante de los ojos de Dios y muy aventajado en virtud y perfeccion, y por eso tenido y estimado en mucho de Dios y de los hombres, y tenerse él por pequeño y vil en sus ojos, es grande y maravillosa perfeccion. Y esto es de lo que se maravillan San Crisóstomo y San Bernardo de los Apóstoles y otros, que con ser tan grandes Santos y tan encumbrados en dones de Dios y haciendo Su Magestad por ellos tantas maravillas y milagros, y resucitando muertos, y siendo por eso tan estimados de todo el mundo; con todo eso, se quedasen ellos tan enteros en su humildad y bajeza como si no tuvieran nada de aquello, y como si otro hiciera aquellas cosas y no ellos, y como si toda aquella honra, estima y alabanza fuera agena y se hiciera á otro, y no á ellos. Dice San Bernardo: «No es mucho humillarse uno en la pobreza y abatimiento, porque eso de suyo ayuda á conocerse y tenerse en lo que es; pero que sea uno honrado y estimado de todos, y tenido por Santo y por varon admirable, y se quede él tan entero en la verdad de su bajeza y de su nada, como si no hubiera nada de aquello en él; esa es rara y escelente virtud y cosa de grande perfeccion (1).» En estos, dice San Bernardo (2), conforme al mandamiento del Señor (3), su luz luce y resplandece delante de los hombres, para glorificar, no á sí mismos, sino á su Padre celestial que está en los cielos. Estos son verdaderos imitadores del Apóstol San Pablo (4) y de los predicadores evangélicos, que no se predican á sí mismos sino á Jesucristo. Estos son buenos y fieles siervos que no buscan sus comodidades, ni se alzan con cosa alguna, ni se atribuyen nada á sí, sino todo lo atribuyen fielmente á Dios, y á él dan la gloria de todo. Y asi oirán de la boca del Señor aquellas palabras del Evangelio: "Alégrate, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho (5)."

CAPITULO XXXII.

Declárase mas lo sobredicho.

Habemos dicho que el tercero grado de humildad es cuando uno, teniendo grandes virtudes y dones de Dios, y estando en grande honra y estimacion, no se ensoberbece en nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye á su misma

(1) Non magnum est esse humilem in abjectione: magna prorsus, et rara virtus, humilitas honorata. *Bernard. hom. 4 sup. Missus est.*
(2) Bernard. *serm.* 13 *sup. Cantica.*
(3) Matth. V, 16.
(4) I. ad Cor. IV, 5; II. ad Cor. XII, 14.
(5) Euge, serve bone, et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis supra multa te constituam. *Matth.* XXV, 21.

ciente, que es Dios, dándole á él la gloria de todo, y quedándose él entero en su bajeza y humildad, como si no tuviese ni hiciese nada. No queremos por esto decir que nosotros no obremos tambien y tengamos parte en las buenas obras que hacemos, que eso seria ignorancia y error: claro está que nosotros y nuestro libre alvedrío concurre y obra juntamente con Dios en las buenas obras; porque libremente da el hombre su consentimiento en ellas, y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere y obra lo que obra, y en su mano está no obrar. Antes eso es lo que hace tan dificultoso este grado de humildad; porque por una parte habemos nosotros de hacer todas nuestras diligencias y poner todos los medios que pudiéremos, para alcanzar la virtud, y para resistir á la tentacion, y para que el negocio suceda bien, como si ellos solos bastasen para ello; y por otra, despues de haber hecho eso, habemos de desconfiar de todo eso como si no hubiéramos hecho nada, y tenernos por siervos inútiles y sin provecho, y poner toda nuestra confianza en solo Dios, como nos lo enseña él en el Evangelio: "Despues que hubiéredes hecho todas las cosas que os son mandadas (no dice algunas sino todas), decid: Siervos somos sin provecho (1)." Pues para acertar á hacer esto, virtud es menester y no poca. Dice Casiano: el que llegare á conocer bien que es siervo sin provecho y que no bastan todos sus medios y diligencias para alcanzar bien alguno, sino que ha de ser dádiva del Señor, este tal no se ensoberbecerá cuando alcanzare algo, porque entenderá que no lo alcanzó por su diligencia, sino por gracia y misericordia de Dios; que es lo que dice San Pablo (1): "¿qué tienes que no lo hayas recibido?"

Dice San Agustin que nosotros sin la gracia de Dios no somos otra cosa sino lo que es un cuerpo sin alma. Asi como un cuerpo muerto no se puede mover ni menear, asi nosotros sin la gracia de Dios no podemos obrar obras de vida y de valor delante de Dios. Pues asi como seria loco un cuerpo que se atribuyese á sí el vivir y el moverse, y no al ánima, que en él está y le da vida, asi seria muy ciega el ánima que en las buenas obras que hace las atribuyese á sí misma, y no á Dios que le infundió el espíritu de vida, que es la gracia, para que las pudiese hacer. Y en otra parte dice (2): que asi como los ojos corporales aunque estén muy sanos, si no son ayudados de la luz no pueden ver, asi el hombre, aunque sea muy justificado, si no es ayudado de la luz y gracia divina, no puede vivir bien. Si el Señor no guarda bien la ciudad, dice David (3), en vano vela el que la guarda. Dice el Santo: «¡Oh si se conociesen ya los hombres y acabasen de entender que no tienen de qué gloriarse en sí, sino en Dios (4)!» «¡Oh, si nos enviase Dios una luz del cielo, con la cual quitadas las tinieblas conociésemos y sintiésemos que ningun bien, ni ser, ni fuerza hay en todo lo criado mas de aquello que el Señor de su graciosa voluntad ha querido dar y quiere conservar! Pues en esto consiste el tercero grado de humildad, sino que no llegan nuestras cortas palabras á acabar de declarar la profundidad y perfeccion grande que hay en él, por mas que lo andemos diciendo, ahora de una manera, ahora de otra;

(1) Cum feceritis omnia, quae praecepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus, quod debuimus facere, fecimus. *Luc.* XVII, 10.

(1) I. ad Cor. IV, 7.
(2) Aug. *lib. de nat. et grat. cap.* 26.
(3) Ps. CXXVI, 1.
(4) O si cognoscant se omnes homines, et qui gloriantur, in Domino glorientur. *Aug. lib.* 9 *Conf. cap.* 13.

porque no solo la práctica, sino tambien la teórica de él es dificultosa. Esta es aquella aniquilacion de sí mismos, tan repetida y encomendada de los maestros de la vida espiritual; este es aquel tenerse y confesarse por indigno é inútil para todas las cosas (1), que San Benito y otros Santos ponen por perfectísimo grado de humildad; esta es aquella desconfianza de sí mismo, y aquel estar colgados y pendientes de Dios, tan encomendado en las Sagradas Letras; este es verdadero tenerse en nada, que á cada paso oimos y decimos. ¡Oh! ¡si lo acabásemos de sentir asi con el corazon! Que entendamos y sintamos con verdad y prácticamente, como quien lo ve con los ojos, y lo toca y palpa con las manos, que de nuestra parte no tenemos, ni podemos, sino perdicion y pecados, y que todo el bien que tuviéremos y obráremos, no lo tenemos, ni obramos de nosotros, sino de Dios, y que suya es la honra y gloria de todo.

Y si aun con todo esto no acabais de entender la perfeccion de este grado de humildad, no os espanteis; porque esta es una teología muy alta, y asi no es mucho que no se entienda tan fácilmente. Dice muy bien un doctor que en todas las artes y ciencias acontece esto, que las comunes y claras cualquiera las sabe y entiende; pero las sutiles y delicadas no todos las alcanzan, sino solamente aquellos que son eminentes en aquella arte ó ciencia: así acá, las cosas comunes y ordinarias de la virtud cualquiera las entiende; pero las particulares y sutiles, las altas y delicadas, no las entienden sino los que son eminentes y aventajados en aquella virtud. Y esto es lo que dice San Laurencio Justiniano, que ninguno conoce bien qué cosa es humildad, sino aquel que ha recibido de Dios ser humilde. Y de aquí es tambien que los Santos, como tenian profundísima humildad, sentian y decian tales cosas de sí, que los que no llegamos allá no las acabamos de entender y nos parecen encarecimientos y exageraciones; como que eran los mayores pecadores de cuantos habia en el mundo, y otras semejantes, como diremos luego. Y si nosotros no sabemos decir ni sentir estas cosas, ni aun las acabamos de entender, es porque no habemos llegado á tanta humildad como ellos, y asi no entendemos las cosas sutiles y delicadas de esta facultad. Procurad vos ser humilde é ir creciendo en esta ciencia y aprovechar mas y mas en ella, y entonces entendereis cómo se pueden decir con verdad esas cosas.

(1) Ad omnia indignum, et inutilem se confiteri, et credere.

CAPITULO XXXIII.

Declárase mas el tercero grado de humildad, y que de ahí nace que el verdadero humilde se tiene en menos que todos.

Para que entendamos mejor este tercero grado de humildad y nos podamos fundar bien en él, es menester tomar el agua de mas atrás. Asi como arriba dijimos (1), que todo el ser natural y todas las operaciones naturales que tenemos, las tenemos de Dios, porque nosotros éramos nada, y entonces no teníamos fuerza para movernos, ni para ver, ni oir, ni gustar, ni entender, ni querer; mas dándonos Dios el ser natural, nos dió estas potencias y fuerzas, y asi á él le habemos de atribuir asi el ser como estas operaciones naturales; de la misma manera y con mucha mayor razon habemos de decir en el ser sobrenatural y obras de gracia, y tanto mas,

(1) Cap. VI.

cuanto estas son mayores y mas escelentes. El ser sobrenatural que tenemos, no le tenemos de nosotros, sino de Dios; al fin es ser de gracia, que por eso se llama asi; porque es añadido al ser de naturaleza graciosamente. Nosotros nacimos en pecado, hijos de ira (1), enemigos de Dios, el cual nos sacó de aquellas tinieblas á su admirable luz, como dice el Apóstol San Pedro (2). Hízonos Dios de enemigos, amigos; de esclavos, hijos; de no valer nada, tener ser agradable en sus ojos. Y la causa por que Dios hizo esto, no fueron nuestros merecimientos pasados, ni el respeto de los servicios que le habíamos de hacer, sino solo por su bondad y misericordia, como dice San Pablo (3), y por los merecimientos de Jesucristo, único medianero nuestro. Pues asi como no podíamos nosotros salir de la nada que éramos al ser natural que tenemos, ni podiamos obrar obras de vida, ni ver, ni oir, ni sentir, sino que todo eso fué dádiva graciosa de Dios, y á él se lo habemos de atribuir todo, sin que podamos atribuir á nosotros gloria alguna de ello: asi tampoco podiamos salir nosotros de las tinieblas del pecado en que estábamos y en que fuimos concebidos y nacimos, si Dios por su infinita piedad y misericordia no nos sacara; ni podiamos obrar obras de vida si él no nos diera su gracia para ello; porque el valor y merecimiento de las obras no es por lo que tienen de nosotros, sino por lo que tienen de la gracia del Señor, como el valor que tiene la moneda no lo tiene de suyo, sino por el cuño, con que se labra. Y asi no debemos atribuirnos gloria alguna, sino toda á Dios, cuyo es asi lo natural como lo sobrenatural, trayendo siempre en la boca y en el corazon aquello de San Pablo: "Por la gracia de Dios soy eso que soy (1)."

Mas: asi como deciamos que no solo nos sacó Dios de la nada y nos dió el ser que tenemos, sino que aun despues que fuimos criados y recibimos el ser, no nos tenemos en nosotros mismos, sino que nos está Dios sustentando, teniendo y conservando con su mano poderosa para que no caigamos en el pozo profundo de la nada, de la cual primero nos sacó: de la misma manera en el ser sobrenatural, no solo nos hizo Dios merced de sacarnos de las tinieblas de los pecados, en que estábamos, á la luz admirable de la gracia, sino siempre nos está conservando y teniendo para que no tornemos á caer: de tal manera, que si un punto apartase y alzase Dios su mano y guarda de nosotros, y diese licencia al demonio para que nos tentase cuanto quisiese, nos tornariamos á los pecados pasados y á otros peores. Vos estais siempre á mi lado, decia el Profeta David (2), teniéndome para que no sea derribado: vuestro es, Señor, el levantarnos de la culpa, y vuestro es el no haber vuelto á caer en ella: si me levanté, fué porque me distes la mano; y si ahora estoy en pie, es porque vos me téneis para que no caiga. Pues asi como deciamos que aquello basta para tenernos en nada, porque de nuestra parte eso somos, y eso éramos, y eso seriamos si Dios no nos estuviese siempre conservando: asi esto tambien basta para tenernos siempre por pecadores y malos; porque, cuanto es de nuestra parte, eso somos, y eso fuimos, y eso seriamos si Dios no nos estuviese siempre teniendo de su mano.

(1) Eramus natura filii irae. *Ad Ephes.* II, 3.
(2) In admirabile lumen suum. *I. Petri* II, 9.
(3) Justificati gratis per gratiam ipsius, per redemptionem, quae est in Christo Jesu. *Ad Rom.* III, 14.

(1) Gratia Dei sum id, quod sum. *I. ad Cor.* XV, 10.
(2) Quoniam a dextris est mihi, ne commovear. *Ps.* XV, 8.

Y asi dice Alberto Magno (1), que el que quisiere alcanzar la humildad ha de plantar en su corazon la raiz de la humildad, esto es, que conozca su propia flaqueza y miseria, y entienda y pondere muy bien, no solo cuán vil y miserable es ahora, sino cuán vil y miserable puede ser y seria el dia de hoy si Dios con su mano poderosa no le apartase de los pecados y le quitase las ocasiones y le ayudase en las tentaciones. ¡En cuántos pecados hubiera yo caido, si vos, Señor, no me hubiérades por vuestra infinita misericordia librado! ¡Cuántas ocasiones de pecar me habeis escusado, que bastaran para derribarme, pues derribaron á David, si vos no las atajárades conociendo mi flaqueza! ¡Cuántas veces habeis atado las manos al demonio para que no me tentase cuanto pudiese, y si me tentase, para que no me venciese! ¡Cuántas veces podria yo decir con verdad aquellas palabras del Profeta: "Si vos, Señor, no me hubiérades ayudado, ya mi ánima estuviera en los infiernos (2)!" ¡Cuántas veces fuí combatido y trastornado para caer, y vos, Señor, me tuvistes, y poniades allí vuestra blanda y poderosa mano para que no me lastimase! Si os decia que mis pies habian resbalado, luego vuestra misericordia me ayudaba (3). ¡Oh cuántas veces nos hubiéramos ya perdido, si Dios por su infinita bondad y misericordia no nos hubiera guardado! Pues eso es en lo que nos habemos de tener, porque eso es lo que somos y lo que tenemos de nuestra parte, y eso fuimos y eso seriamos tambien ahora, si Dios apartase y alzase su mano y su guarda de nosotros.

(1) Alb. Magn. *tract. de variis perfectisque virtut. cap.* 2.

(2) Nisi quia Dominus adjuvit me, paulo minus habitasset in inferno anima mea. *Ps.* XCIII, 17.

(3) Si dicebam motus est pes meus, misericordia tua Domine adjuvabat me. *Ibid.*

De aquí venian los Santos á confundirse, despreciarse y humillarse tanto que no se contentaban con tenerse en poco y por malos y pecadores, sino que se tenian en menos que todos y por los mas viles y pecadores de cuantos habia en el mundo. Un San Francisco, del cual leemos (1), que le habia Dios levantado y encumbrado tanto, que su compañero, estando en oracion, vió allá entre los serafines una silla muy ricamente labrada de varios esmaltes y piedras preciosas que estaba preparada para él. Y preguntándole despues: «Padre, ¿qué reputacion tienes de tí?» respondió: «no creo que hay en el mundo mayor pecador que yo.» Y lo mismo dijo de sí el glorioso Apóstol San Pablo: "Nuestro Señor Jesucristo vino á este mundo á salvar los pecadores, de los cuales el primero y principal soy yo (2)." Y asi nos amonesta á nosotros, que procuremos llegar á esta humildad, que nos tengamos por inferiores y por menos que todos, y que á todos los reconozcamos por superiores y mejores. Dice San Agustin: «No nos engaña el Apóstol cuando nos dice que nos tengamos por los menores, que á todos los tengamos por superiores y mejores, ni nos manda que usemos de palalabras de adulacion y lisonja (3).» Los Santos no decian con mentira, ni con fingida humildad, que eran los mayores pecadores del mundo, sino con verdad, porque asi lo sentian en su corazon. Y asi nos encargan á nosotros que lo sintamos y digamos, no por cumplimiento ni con ficcion.

(1) 1 part. lib. 1, cap. 68, *de la Crónica de San Francisco.*

(2) Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere, quorum primus ego sum. *I. ad Tim.* I, 15.

(3) Non fallit nos Apostolus, nec adulatione uti jubet, cum, ad Philippenses II, dicit in humilitate superiores sibi invicem arbitrantes. Et ad Romanos XII, honore invicem praevenientes. *Aug. lib.* 83 *Quaest. q.* 71; *et lib. de sancta virginit. cap.* 46 *et* 47, *tom.* 6.

San Bernardo (1) pondera muy bien á este propósito aquel dicho del Salvador: "Cuando fueres convidado, siéntate en el postrer lugar (2)." No dijo que escogiésedes un lugar mediano, ó que os sentásedes entre los postreros, ó en el penúltimo lugar, sino solo quiere que esteis en el postrer lugar. No solo no os habeis de preferir á nadie, pero ni habeis de presumir de compararos, ni igualaros con nadie: solo os habeis de quedar en el postrer lugar, sin igual en vuestra bajeza, teniéndoos por mas miserable y pecador de todos (3). A ningun peligro, dice, os poneis en humillaros mucho y poneros debajo de los pies de todos; pero el anteponeros á solo uno os puede hacer mucho daño. Y trae aquella comparacion comun: asi como si pasais por una puerta baja, no os puede dañar el bajar mucho la cabeza; empero un tantico menos que os dejeis de abajar, de lo que la puerta requiere, os puede hacer mucho daño y quebraros la cabeza; asi en el ánima, el abajarse y humillarse mucho, no puede dañar; empero el dejarse de humillar un poco, el quererse anteponer ó igualar á solo uno, es cosa peligrosa. ¿Qué sabes, oh hombre, si ese uno, que piensas que es, no solo peor que tú (que por ventura te parece que ya vives bien), sino que es el mas malo de los malos y el mas pecador de los pecadores, ha de ser mejor que ellos y que tú, y si lo es ya delante de Dios? ¿Quién sabe si cruzará Dios las manos, como Jacob (4), y se trocarán las suertes, y serás tú el desechado y el otro el escogido? ¿Qué sabeis vos lo que ha obrado Dios en su corazon de ayer acá y en un momento (1)? En un instante puede Dios hacer de un publicano y de un perseguidor de la Iglesia Apóstoles suyos, como hizo á San Mateo y á San Pablo (2). De pecadores empedernidos, y mas duros que un diamante, puede hacer hijos de Dios (3). ¡Cuán engañado se halló aquel fariseo (4) que juzgó á la Magdalena por mala, y cómo le reprendió Cristo nuestro Redentor, y le dió á entender que era mejor que él la que él tenia por pública pecadora! Y asi San Benito, Santo Tomás y otros Santos, ponen este por uno de los doce grados de humildad: «Decir y sentir de sí que es el peor de todos (5).» No basta decirlo con la boca, es menester que lo sintais asi en vuestro corazon. «No pienses haber aprovechado algo, si no te tienes por el peor de todos,» dice aquel Santo (6).

(1) Bernard. *serm.* 37 *super Cantica.*
(2) Cum vocatus fueris ad nuptias, recumbe in novissimo loco. *Luc.* XIV, 10.
(3) Ut solus videlicet omnium novissimus sedeas, teque nemini, non dico praeponas, sed nec comparare praesumas. *Bernard. loc. cit.*
(4) Gen. XLVIII, 14.

(1) Quid scis, si melior, et te, et illis mutatione dexterae excelsi in se quidem futurus sit, in Deo vero jam sit? *Bern. ib.*
(2) Facile est enim in oculis Dei subito honestare pauperem. *Eccl.* XI, 23.
(3) Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahae. *Matth.* III, 9.
(4) Luc. VII, 39.
(5) Credere, et pronuntiare se omnibus viliorem.
(6) Thomas de Kempis.
(7) Dor. *doct.* 2 *de humilit.*

CAPITULO XXXIV.

Cómo los buenos y los santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo.

No será curiosidad, sino de mucho provecho, declarar cómo los buenos y los santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo, pues decimos que habemos de procurar llegar aqui. Algunos Santos no quieren responder á esta cuestion, sino conténtanse con sentirlo ellos asi en su corazon. Cuenta San Doroteo (7),

que como el abad Zózimo estuviese un dia platicando de la humildad, y dijese esto de sí, hallóse allí un sofista ó filósofo, y preguntóle: «¿cómo te tienes por tan pecador, pues sabes que guardas los Mandamientos de Dios?» Respondió el santo abad: «yo sé que esto que digo es verdad, y así lo siento, no me preguntes mas.» Empero San Agustin, Santo Tomás y otros Santos responden á esta cuestion, y dan diversas respuestas (1). La de San Agustin y Santo Tomás es, que, poniendo uno los ojos en los defectos que él conoce en sí y considerando en su prógimo los dones ocultos que tiene ó puede tener de Dios, puede cada uno con verdad decir de sí que es mas vil y mayor pecador que todos, porque mis defectos sólos yo, y no sé los bienes ocultos que el otro tiene de Dios. ¡Oh, que le veo que comete tantos pecados, y que yo no cometo! ¿Y qué sabeis vos lo que los ha obrado en su corazon despues acá? E un momento oculta y secretamente puede aquel haber recibido algun don y merced de Dios, con la cual os haga mucha ventaja, como aconteció en aquel fariseo y publicano del Evangelio que entraron á orar al templo. «De verdad os digo, dice Cristo nuestro Redentor (2), que el publicano y tenido por malo salió justificado; y el fariseo, que se tenia por bueno, salió condenado.» Esto nos habia de bastar para escarmentar y para que no nos atrevamos á preferir, ni comparar con nadie, sino que nos queramos solos en el postrer lugar, que es lo seguro.

Al que de verdad y de corazon humilde, muy fácil cosa le es el tenerse en menos que todos. Porque el verdadero humilde considera en los otros las virtudes y lo bueno que tienen, y en sí sus defectos, y anda tan ocupado en el conocimiento y remedio de ellos, que no se le levantan los ojos á mirar faltas agenas, pareciéndole que tiene harto que hacer en llorar sus duelos; y así á todos los tiene por buenos y á sí solo por malo. Y mientras mas santo es uno, mas fácil le es esto, porque así como va creciendo en las demas virtudes, va tambien creciendo en humildad y conocimiento propio y mayor desprecio de sí mismo, que todo anda junto. Y mientras mas luz y conocimiento tiene de la bondad y magestad de Dios, mas profundo conocimiento tiene de su miseria y de su nada, porque un abismo llama á otro abismo (1). Aquel abismo del conocimiento de la bondad y grandeza de Dios descubre el abismo y profundidad de nuestra miseria, y hace ver los átomos y polvos infinitos de las imperfecciones. Y si nosotros nos tenemos en algo, es porque tenemos poco conocimiento de Dios y poca luz del cielo. Aún no han entrado por las puertas de nuestra alma los rayos del sol de Justicia; y así, no solo no vemos los átomos, que son nuestras faltas é imperfecciones menudas, pero aun tenemos tan corta vista, ó por mejor decir, estamos tan ciegos, que aun las faltas graves no echamos de ver.

Añádese á esto que ama Dios tanto la humildad, y le agrada tanto que se tenga uno en poco á sí mismo y se conserve en eso, que por esto suele muchas veces en grandes siervos suyos, á quien él hace muchas mercedes y beneficios, disfrazar tanto sus dones y comunicarlos tan secreta y escondidamente, que el mismo que los recibe no lo entiende y piensa que no tiene nada. Dice San Gerónimo: «Toda aquella hermosura del Tabernáculo estaba cubierta con cilicios y pieles de animales (2).» Así suele

(1) Aug. *lib. de sancta virg. cap.* 46 *et* 47. Thom. 2-2, *quæst.* 161 *art.* 6, *ad* 1, *et art.* 3.
(2) Dico vobis: descendit hic justificatus in domum suam ab illo. *Luc.* XVIII, 14.

(1) Abyssus abyssum invocat. *Ps.* XLI, 8.
(2) Tota illa Tabernaculi pulcritudo pellibus tegitur et ciliciis. *Hyeron. in Prolog. galeato.—Exod.* XXXVI, 20.

Dios cubrir y encubrir la hermosura de las virtudes y de sus dones y beneficios con diversas tentaciones, y á veces con algunas faltas é imperfecciones que permite para que asi se conserven mejor, como las brasas cubiertas con la ceniza. San Juan Clímaco dice que como el demonio procura ponernos delante nuestras virtudes y buenas obras, para que nos ensoberbezcamos, porque desea nuestro mal; asi al contrario, Dios nuestro Señor, porque desea nuestro mayor bien, suele dar luz particular á sus siervos para que conozcan sus faltas é imperfecciones, y encubrir y disfrazar tanto sus dones, que el mismo que los recibe no lo entienda. Y es doctrina comun de los Santos. Dice San Bernardo: «Para conservar la humildad en sus siervos, suele la divina bondad disponer las cosas de tal manera, que cuanto uno va aprovechando mas, tanto menos piense que aprovecha; y cuando ha llegado al último grado de la virtud, permite que tenga alguna imperfeccion en el primero, para que piense que aun no ha alcanzado aquel (1).» Lo mismo nota San Gregorio en muchas partes (2).

Por esto comparan algunos muy bien á la humildad, y dicen, que se há con las otras virtudes, como el sol con las demas estrellas; es la razon, que asi como cuando aparece el sol, desparecen y se encubren las otras estrellas: asi cuando hay humildad en el alma, se encubren las demas virtudes y le parece al humilde que no tiene ninguna virtud. Dice San Gregorio: «Siendo á todos manifiestas sus virtudes, ellos solos no las ven (1).» De Moisés cuenta la Sagrada Escritura, que cuando salió de hablar con Dios, traia un grande resplandor en su rostro, y veíanlo los hijos de Israel, y él no (2); asi el humilde no vé en sí ninguna virtud; todo lo que vé le parece que son faltas é imperfecciones, y aun cree que la menor parte de sus males es la que él conoce y que son muchos mas los que ignora. Con esto le es fácil tenerse en menos que todos y por el mayor pecador de cuantos hay en el mundo.

Es verdad, para que lo digamos todo, que como son muchos y diversos los caminos por donde Dios lleva á sus escogidos, aunque á muchos lleva por el camino que habemos dicho de encubrirles sus dones, que ellos mismos no los vean, ni piensen que los tienen, á otros se los manifiesta y hace que los conozcan para que los estimen y agradezcan. Y asi decia el Apóstol San Pablo: "Nosotros habemos recibido, no el espíritu de este mundo, sino el espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que recibimos de su mano (3)." Y la Sacratísima Reina de los Angeles muy bien conocia y conocia las mercedes y dones grandes que tenia y habia recibido de Dios. Dice ella en su cántico: "Magnifica y engrandece mi alma al Señor, porque ha obrado en mí grandes cosas el que es Todopoderoso (4)." Y esto no es contrario á la humildad perfeccion, antes está acompañado con una tan alta y levantada humildad, que por eso la llaman los Santos humildad de grandes y de perfectos varones.

---

(1) Nimirum, conservandae humilitatis gratia, divina solet pietas ordinare, ut quanto quis plus proficit, eo minus se reputet profecisse, nam et usque ad supremum exercitii spiritualis gradum si quis eo usque pervenerit, aliquid ei de primi gradus imperfectione relinquitur, ut vix sibi primum videatur adeptus. *Bern. serm. de quatuor modis orandi.*

(2) Greg. lib. 34. *Mor. cap.* 15; *in pastorali, part.* 4; *lib.* 3 *Dialog. c.* 14.

(Boni soli bona sua non vident, qui in se videndalibus ad exemplum praebent. *Greg. lib.* 22 *Mc.* 5.

Ignorabat quod cornuta esset facies sua, ex cortío sermonis Domini. *Exod.* XXXIV, 29.

) Nos autem non spiritum hujus mundi accepi, sed spiritum qui ex Deo est; ut sciamus quae a donata sunt nobis. *I. ad Cor.* II, 12.

4) Quia fecit mihi magna, qui potens est. *Luc.* 49.

Hay empero aqui un peligro y engaño grande de que nos advierten los Santos, y es que algunos piensan de sí que tienen mas dones de Dios que los que tienen, en el cual engaño estaba aquel miserable á quien mandó Dios decir en el Apocalipsi: "Dices que eres rico y que de nada tienes necesidad, y no entiendes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo (1)." En el mismo engaño estaba aquel fariseo del Evangelio (2), el cual daba gracias á Dios porque no era él como los otros hombres, creyendo de sí que tenia lo que no tenia, y que era por eso mejor que los otros. Y algunas veces se nos entra esta soberbia tan oculta y secretamente, que casi sin sentirlo ni entenderlo estamos muy llenos de nosotros mismos y de nuestra propia estimacion. Por eso es gran remedio el tener el hombre siempre los ojos abiertos para ver las virtudes agenas, y cerrados para ver las suyas propias; y asi vivir siempre con un santo temor con el cual están mas seguros y guardados los dones de Dios.

Pero, al fin, como nuestro Señor no está atado á esto, y lleva á los suyos por diversos caminos, algunas veces, como dice el Apóstol San Pablo, quiere él hacer esta particular merced á sus siervos, que conozcan los dones que de su mano han recibido. Y entonces parece que tiene mas dificultad la cuestion propuesta; ¿cómo estos santos y varones espirituales, que conocen y ven en sí grandes dones que han recibido de Dios, pueden con verdad tenerse en menos que todos y decir de sí que son los mayores pecadores del mundo? Ya cuando nuestro Señor lleva á uno por ese otro camino de encubrirle sus dones, y que no vea en sí ninguna virtud, sino todo faltas é imperfecciones, no tiene eso tanta dificultad; pero en esos otros ¿cómo puede ser? Muy bien puede ser con todo eso; sed vos humilde como San Francisco, y entendereis el cómo. Apretándole su compañero, cómo podia él con verdad sentir y decir esto de sí, respondió el Seráfico Padre: «verdaderamente entiendo y creo, que si Dios hubiera hecho con un ladron, y con el mayor de todos los pecadores, las misericordias y beneficios que ha hecho conmigo, que fuera mucho mejor que yo y que fuera mas agradecido que yo. Y por el contrario, entiendo y creo que si Dios levantase su mano de mí, y no me tuviese, que yo cometeria mayores males que todos los hombres, y seria peor que todos ellos. Y por esto, dice, soy el mayor pecador y mas ingrato de todos los hombres (1).» Esta es muy buena respuesta, humildad muy profunda y doctrina maravillosa. Este conocimiento y consideracion es la que hacia á los Santos hundirse debajo de la tierra, y ponerse á los pies de todos, y tenerse con verdad por los mayores pecadores del mundo; porque tenian plantada y arraigada muy bien en su corazon la raiz de la humildad, que es el conocimiento de su propia flaqueza y miseria, y sabian penetrar y ponderar muy bien lo que ellos eran y tenian de sí; y esto les hacia creer que, si Dios los dejara de su mano y no los estuviera siempre teniendo, fueran los mayores pecadores del mundo; y asi se tenian por tales. Y los dones y beneficios que habian recibido de Dios, los miraban ellos, no como cosa suya, sino como cosa agena y prestada. Y no solo no les estorbaba ni impedia eso, para que ellos se quedasen enteros en su humildad y bajeza y se tuviesen en menos que todos; antes les ayudaba

(1) Dicis: dives sum et locupletatus, et nullius egeo, et nescis, quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et caecus, et nudus. *Apocalip.* III, 17.
(2) Luc. XVIII, 11.

(1) Part. 1, *lib.* 1, *c.* 68 *de la Crónica de San Francisco.*

mas esto, por parecerles que no se aprovechaban de ellos como debian. De manera, que á cualquier parte que volvamos los ojos, ahora los pongamos en lo que tenemos de nuestra parte, ahora los levantemos á lo que habemos recibido de Dios, hallaremos harta ocasion para humillarnos y tenernos en menos que todos.

San Gregorio pondera á este propósito aquellas palabras que dijo David á Saul, despues que pudiéndole matar en la cueva donde habia entrado, le perdonó y le dejó ir; sálese tras él y dále voces, diciendo: "¿A quién persigues, rey de Israel? ¿A un perro muerto persigues? ¿A una pulga como yo (1)?" Pondera muy bien el Santo (2); ya David estaba ungido por rey y habia sabido del Profeta Samuel, que le ungió, que Dios queria quitar el reino á Saul y dársele á él, y con todo eso se le humilla, y se apoca y abate delante de él, sabiendo que Dios le habia preferido á él, y que delante de Dios era mejor que él; para que aquí aprendamos nosotros á tenernos en menos que los que no sabemos en qué grado están delante de Dios.

CAPITULO XXXV.

Que este tercero grado de humildad es medio para vencer todas las tentaciones y alcanzar la perfeccion de todas las virtudes.

Casiano dice (3) que era tradicion de aquellos Padres antiguos, y como primer principio entre ellos, que no puede uno alcanzar la puridad de corazon, ni la perfeccion de las virtudes, si primero no conociere y entendiere que toda su industria, diligencia y trabajo no es bastante para ello sin especial ayuda y favor de Dios, que es el principal autor y dador de todo bien. Y este conocimiento, dice, no ha de ser especulativo, porque asi lo habemos oido ó leido, ó porque asi nos lo dice la fé; sino conviene que lo conozcamos prácticamente y por esperiencia, y que estemos tan llanos y tan asentados y resueltos en esta verdad, como si lo viésemos con los ojos y tocásemos con las manos; que es al pie de la letra el tercero grado de humildad de que vamos tratando. Y de esta humildad se entienden las autoridades de la Sagrada Escritura que prometen grandes bienes á los humildes, las cuales son innumerables. Y por eso con mucha razon le ponen los Santos por último y perfectísimo grado de humildad, y dicen que ese es el fundamento de todas las virtudes, y la preparacion y disposicion para recibir todos los dones de Dios. Y prosiguiendo Casiano esto mismo mas en particular, tratando de la castidad dice (1) que para alcanzarla ningun trabajo basta, hasta que entendamos por esperiencia que no la podemos alcanzar por nuestras fuerzas, sino que nos ha de venir de la liberalidad y misericordia de Dios. Y San Agustin (2) concuerda muy bien con esto; porque el primero y principal medio que pone para alcanzar y conservar el don de la castidad, es esta humildad, que no penseis que lo podeis vos ni que bastan vuestras diligencias, que mereceis perderlo si en eso estribais; sino que entendais que ha de ser don de Dios y que os ha de venir de arriba y en eso pongais toda vuestra confianza. Y asi decia un viejo de aquellos Padres antiguos que seria uno tentado en la carne hasta que conociese bien que la castidad es don del Señor y no fuerza propia. Confirma esto Paladio con el ejemplo del abad Moisés, el cual habiendo sido en

(1) Quem persequeris, rex Israel? Quem persequeris? canem mortuum persequeris, et pulicem unum? *I. Reg.* XXIV, 15.
(2) Greg. *lib. 34 Mor.*, *c.* 16.
(3) Casian. *l. 12 de spiritu superbiae, c.* 13.

(1) Casian. *collatione 2 Abbatis Cheremontis, c.* 4
(2) August. *lib. de sancta virginit., cap.* 39.

el cuerpo de admirable fortaleza, y en el ánimo viciosísimo, se convirtió muy de corazon á Dios. Fué á los principios muy gravemente tentado, especialmente de torpezas, y por consejo de los Santos Padres ponia sus medios para vencerlas. Oraba tanto, que pasó seis años orando, la mayor parte de la noche en pie, sin dormir. Trabajaba mucho de manos; no comía sino un poco de pan; iba por las celdas de los monges viejos, y traiales agua, y hacia otras mortificaciones y asperezas grandes. Con todo eso no acababa de vencer las tentaciones, sino que ardia en ellas, y estaba en peligro de caer y dejar el instituto de monge. Estando en este trabajo vino á él el santo abad Isidoro, y díjole de parte de Dios: «Desde ahora en nombre de Jesucristo cesarán tus tentaciones.» Y asi fué, que nunca mas le vinieron. Y añadió el Santo, declarándole la causa por qué hasta allí Dios no le habia dado cumplida victoria de ellas: «Moisés, porque no te gloriases, ni cayeses en soberbia, pensando que por tu ejercicio habias vencido, por eso ha permitido Dios esto para tu provecho.» No habia Moisés alcanzado el don de la desconfianza de sí mismo, y porque lo alcanzase, y no cayese en soberbia de propia confianza, por eso le dejó Dios tanto tiempo, y no alcanzó con tan grandes y tan santos ejercicios la cumplida victoria de esta pasion que otros con menos trabajo han alcanzado.

Lo mismo refiere Paladio que le aconteció al abad Pacon, que con ser ya viejo de setenta años, era muy molestado de tentaciones deshonestas; y dice que le afirmó con juramento que, despues de cincuenta años de edad, por espacio de doce años fué tan récia la pelea y tan ordinario el combate que no se le pasó dia ó noche en todo este tiempo que no fuese combatido de este vicio. Él hacia cosas muy estraordinarias para librarse de estas tentaciones, y no aprovechaban. Un dia, estándose él lamentando, pareciéndole que le habia el Señor desamparado, oyó una voz que le decia interiormente: «entiende que la causa de haber Dios permitido en tí esta récia batalla, ha sido para que conozcas tu flaqueza y pobreza, y lo poco ó nada que tienes de tu parte, y asi te humilles de aquí adelante, no confiando en cosa alguna de tí, sino recurriendo en todas á mí á pedirme socorro.» Y dice, que con esta enseñanza quedó tan consolado y confortado, que nunca mas sintió aquella tentacion. Quiere Dios que pongamos toda nuestra confianza en él, y que desconfiemos de nosotros y de nuestros medios y diligencias.

Esta doctrina no solo es de Agustino y Casiano y de aquellos Padres antiguos, sino del mismo Espíritu Santo, y en estos propios términos que la vamos diciendo. El Sábio en el libro de la Sabiduría nos pone espresamente la teórica, y juntamente la práctica de todo esto. "Como yo supiese, dice Salomon (1), que no podia ser continente sin especial don de Dios." Continente aquí es nombre general que abraza, no solo el contener y refrenar la pasion que es contra la castidad, sino todas las demas pasiones y apetitos que son contra la razon. Como tambien en aquello del Eclesiástico: "Todo peso de plata y oro no es digno del ánima continente (2)." No hay cosa que tanto pese ni valga como la persona continente. Quiere decir, que por todas partes tiene y contiene sus afectos y apetitos para que no salgan de la raya de la virtud y de la razon. Pues dice Salomon en el lugar arriba citado: "en sabiendo que supe, que

(1) Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientiae, scire cujus esset hoc donum, adii Dominum, et deprecatus sum illum ex totis praecordiis meis. *Sapient.* VIII, 21.

(2) Omnis autem ponderatio non est digna continentis animae. *Eccl.* XXVI, 20.

sin especial don de Dios no podia contener siempre estas potencias y pasiones de mi alma y de mi cuerpo en aquel medio de verdad y virtud, sin que algunas veces sobresaliesen, y conocer esto, es, dice, gran sabiduría; acudí al Señor, y pediselo de todo mi corazon." De manera, que este es medio único para ser continentes, y para poder refrenar y gobernar nuestras pasiones y tenerlas á raya, y para alcanzar victoria de todas las tentaciones y la perfeccion de todas las virtudes. Y asi lo reconoció muy bien el Profeta cuando decia: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que la edifica (1)." Y "si el Señor no guarda la ciudad, en vano trabaja el que la guarda (2)." Él es el que nos ha de dar todo el bien, y el que despues de dado lo ha de guardar y conservar; y sino, en vano será todo nuestro trabajo.

CAPITULO XXXVI.

Que la humildad no es contraria á la magnanimidad, antes es fundamento y causa de ella.

Santo Tomás, tratando de la virtud de la magnanimidad, pone esta cuestion (3): Por una parte, dicen los Santos, y dícelo el Sagrado Evangelio, que nos es muy necesaria la humildad; y por otra nos es muy necesaria la magnanimidad, especialmente á los que tienen oficios y ministerios altos: estas dos virtudes parecen contrarias entre sí; porque la magnanimidad es una grandeza de ánimo para emprender y acometer cosas grandes y escelentes y que sean dignas de honra; y lo uno y lo otro parece contrario á la humildad; porque cuanto á lo primero, que es emprender cosas grandes, no parece que dice con ella, porque uno de los grados de humildad que ponen los Santos, es: confesarse y tenerse por indigno é inútil para todas las cosas (1), y emprender uno aquello para lo que no es, parece soberbia y presuncion; y lo segundo, que es emprender cosas de honra, parece tambien contrario; porque el verdadero humilde ha de estar muy lejos de desear honra y estimacion. A esto responde muy bien Santo Tomás, y dice, que aunque mirando la apariencia y sonido esterior, parecen contrarias entre sí estas dos virtudes; pero en efecto ninguna virtud puede ser contraria á otra, y en particular dice de estas dos, humildad y magnanimidad, que si miramos atentamente á la verdad y sustancia de la cosa, hallaremos que no solo no son contrarias, pero que son muy hermanas y depende mucho la una de la otra. Y declara esto muy bien; porque cuanto á lo primero, que es emprender y acometer cosas grandes, que es propio de lo magnánimo, no solo no es eso contrario al humilde, antes es muy propio suyo, y solo el que lo fuere puede hacer eso bien. Si fiados en nuestras fuerzas y medios, emprendiésemos cosas grandes, seria presumcion y soberbia; porque ¿qué cosas grandes, ni aun pequeñas, podemos nosotros emprender fiados en nuestras fuerzas, pues no somos suficientes de nosotros, ni aun para tener un buen pensamiento, como dice San Pablo (2)? Pero el fundamento firme de esta virtud de la magnanimidad, para acometer y emprender cosas grandes, ha de ser desconfiar de nosotros y de los medios humanos y poner nuestra confianza en Dios, que es la verdadera humildad. El glorioso

(1) Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt, qui aedificant eam. *Ps.* CXXVI, 2.
(2) Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat, qui custodit eam. *Ibid.*
(3) S. Thom. 2-2, quest. I, 29.

(1) Ad omnia indignum, et inutilem se confiteri, et credere.
(2) Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis. *II. ad Cor.* III, 5.

San Bernardo, sobre aquello de los Cantares: "¿Quién es esta, que sube del desierto, abundante en riquezas, estribando en su amado (1)?," va declarando cómo toda nuestra virtud y fortaleza y todas nuestras buenas obras han de estribar en nuestro amado. Y trae para esto el ejemplo del Apóstol San Pablo á los de Corinto (2). Comienza el Apóstol á contar sus trabajos, y lo mucho que habia hecho en la predicacion del Evangelio y en servicio de la Iglesia, hasta venir á decir que habia trabajado mas que los demas Apóstoles. Dice San Bernardo: mirad lo que decis, Apóstol Santo; para que podais decir eso y para que no lo perdais, estribad sobre vuestro amado (3). Luego estriba sobre su amado: "No yo, sino la gracia de Dios conmigo (4)." Y escribiendo á los filipenses, dice: "Todo lo puedo." Y luego estriba en su amado, y dice: "En aquel que me conforta (5)." En Dios todo lo podremos: con su gracia seremos poderosos para todo: en eso habemos de estribar, y ese ha de ser el fundamento de nuestra magnanimidad y grandeza de ánimo. Y esto es lo que dice el Profeta Isaías: "Los que desconfian de sí y ponen toda su confianza en Dios, mudarán su fortaleza (6)," porque trocarán la fortaleza de hombres, que es flaqueza, en fortaleza de Dios: trocarán su brazo flaco y de carne, en el brazo del Señor; y así quedarán fuertes y poderosos para todo, porque en Dios todo lo podrán. Y así dijo muy bien San Leon Papa: «El verdadero humilde, ese es magnánimo, animoso y esforzado para acometer y emprender cosas grandes; ninguna cosa se le hace árdua ni dificultosa (1),» porque no confía sino en Dios; y poniendo los ojos en Dios, y estribando en él, nada se le pone delante (2). En Dios todo lo puede. Esto es lo que habemos menester mucho nosotros, ánimo grande, y esfuerzo y confianza en Dios, no desmayos, que quitan la gana de obrar nuestros ministerios. De manera, que habemos de ser en nosotros humildes, conociendo que nosotros no somos para nada, ni valemos, ni podemos nada; pero en Dios, y con su virtud y gracia, habemos de ser animosos y esforzados para emprender cosas grandes.

San Basilio declara esto muy bien, sobre aquellas palabras de Isaías: "Señor, aquí estoy yo, si me quieres enviar (3)." Queria Dios enviar á predicar alguno á su pueblo, y como él quiere obrar las cosas en nosotros con voluntad y consentimiento nuestro, dijo donde lo pudo oir Isaías: "¿A quién enviaré? ¿quién querrá ir de buena gana (4)?" Respondió el Profeta: "Señor, aquí estoy yo, si me quieres enviar: *Ecce ego mitte me*." Pondera muy bien San Basilio que no dijo: «Señor, yo iré y haré esto muy bien;» porque era humilde, y conocia su flaqueza y veia que era atrevimiento prometer de sí que haria una cosa tan grande y que sobrepujaba todas sus fuerzas; sino dice: «Señor, aquí estoy yo muy pronto y dispuesto para recibir lo que vos me quisiéredes dar; enviadme vos, que si me enviais, yo iré.» Como si dijera: yo no soy suficiente para un ministerio tan alto como ese, empero vos me podeis dar la suficiencia: vos podeis

(1) Quae est ista, quae ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum? *Cant.* VIII, 5.

(2) Gratia autem Dei sum, id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi. *I. ad Cor.* XV, 10.

(3) Innitere super dilectum tuum. *Bernard. serm. 60, ex parvis.*

(4) Non ego autem, sed gratia Dei mecum.

(5) Omnia possum in eo qui me confortat. *Ad Philip.* VI, 13.

(6) Qui sperant in Domino, mutabunt fortitudinem. *Isaiae.*, XL, 31.

(1) Nihil arduum humilibus: nihil asperum mitibus. *S. Leo Papa, serm. de Epiph.*

(2) In Deo faciemus virtutem, et ipse ad nihilum deducet tribulantes nos. *Psal.* LIX, 14.

(3) Ecce ego, mitte me. *Isaiae*, VI, 8.

(4) Quem mittam, et quis ibit nobis? *Ib.*

poner palabras en mi boca que truequen los corazones; si vos me enviais, yo podré ir, y seré suficiente para ello yendo en vuestro nombre. Y dícele Dios: Vé: *Vade*. Veis aquí, dice San Basilio, quedó el Profeta Isaías graduado por predicador y Apóstol de Dios, porque supo responder muy bien en la materia de humildad, porque no se atribuyó á sí el ir, sino reconociendo su insuficiencia y flaqueza, puso toda su confianza en Dios, creyendo que en él todo lo podria, y que si él le enviaba podria ir. Por eso se lo concede Dios, y le dice que vaya, haciéndole predicador y embajador y Apóstol suyo. Esta ha de ser nuestra fortaleza y nuestra magnanimidad para emprender y acometer cosas grandes. Por eso no desmayeis, ni os desanimeis por vuestra flaqueza é insuficiencia. Dice Dios á Jeremías: "No digas que eres niño y que no sabes hablar; que á todo lo que te enviare irás, y hablarás, y harás todo lo que yo te mandare. No temas, que yo seré contigo (1)." De manera, que cuanto á esta parte, la humildad, no solo no es contraria á la magnanimidad, sino antes es raiz y fundamento de ella.

Lo segundo que tiene el magnánimo, que es desear hacer cosas grandes y que sean en sí dignas de honra, tampoco es contrario á la humildad; porque, como dice muy bien Santo Tomás (2), aunque el magnánimo desea hacer esto, no lo desea por la honra humana, ni es ese su fin; merecerla sí, pero no procurarla y estimarla. Antes tiene un corazon tan despreciador de las honras y de las deshonras, que ninguna cosa tiene por grande sino la virtud, y por amor de ella se mueve á hacer cosas grandes, despreciando la honra de los hombres. Porque la virtud es cosa tan alta, que no se puede honrar ni premiar suficientemente de los hombres, porque merece ser honrada y premiada de Dios. Y asi el magnánimo no tiene en nada todas las honras del mundo; es esa cosa baja y de ningun precio para él, mas alto es su vuelo: por solo amor de Dios y de la virtud se mueve á obrar y hacer cosas grandes, despreciando todo lo demas. Pues para tener este corazon tan grande, tan generoso y tan despreciador de las honras y deshonras de los hombres, cual le ha de tener el magnánimo, menester es mucha humildad. Para llegar á tanta perfeccion que podais decir con San Pablo: "Sé portarme asi en la humillacion como en la abundancia y prosperidad, y asi en la hartura como en la hambre (1);" para que vientos tan recios y tan contrarios, como de la honra y de la deshonra, de las alabanzas y de las murmuraciones, de los favores y de las persecuciones, no causen en nosotros mudanza, ni nos hagan titubear, sino que siempre nos quedemos en un mismo ser; gran fundamento de humildad y de sabiduría del cielo es menester. No sé si sabreis vandearos en la abundancia, como el Apóstol San Pablo (2); padecer pobreza, mendigar, peregrinar y andar humilde entre las deshonras y afrentas, por ventura sabreis: pero ser humildes en las honras, cátedras, púlpitos y ministerios altos, no sé si sabreis. ¡Ay! que los ángeles en el cielo no supieron hacer eso, sino que se desvanecieron y cayeron. Aun allá dijo Boecio: «Siendo asi que se debe temer toda fortuna, mas digna de

(1) Noli dicere puer sum, quoniam ad omnia, quae mittam te, ibis; et universa, quaecumque mandavero tibi, loqueris. Ne timeas a facie eorum, quia tecum ego sum. *Jerem.* I, 7.

(2) S. Thom. 2-2, *quæst.* 129, *art.* 2 *ad* 3.

(1) Scio et humiliari, scio et abundare (ubique, et in omnibus institutus sum), et satiari, et esurire, et abundare, et penuriam pati. *Ad Philip.* IV, 12.

(2) Per gloriam, et ignobilitatem, per infamiam, et bonam famam: ut seductores, et veraces: sicut qui ignoti, et cogniti; quasi morientes, et ecce vivimus. *II. ad Cor.* VI, 8.

temerse es la próspera que la adversa (1).» Mas dificultoso es conservarse uno en humildad, en las honras y estimacion del mundo y en los ministerios y oficios altos, que en los desprecios y deshonras y en oficios bajos y humildes; porque estas cosas traen consigo humildad, y esotras soberbia y vanidad. La ciencia y las demas cosas altas de suyo hinchan y desvanecen (2). Por eso dicen los Santos que es humildad de grandes y de perfectos varones saber ser humildes entre los dones y mercedes grandes que reciben de Dios y entre las honras y estimacion del mundo.

Cuéntase del bienaventurado San Francisco (3) una cosa que parece bien diferente de cuando se puso á amasar el barro con los pies por huir la honra con que le salian á recibir. Entrando una vez en un pueblo, hiciéronle mucha honra por la opinion y estima que tenian de su santidad, y venian todos á besarle el hábito, las manos y los pies, y él no hacia resistencia ninguna. Su compañero juzgóle de que parecia se holgaba con aquella honra; y vencióle tanto la tentacion, que al fin se lo dijo. Respondió el Santo: «Esta gente, hermano, ninguna cosa hace en comparacion de la honra que habia de hacer.» El compañero quedó mas escandalizado con esta respuesta, porque no la entendió. Entonces díjole el Santo: «Hermano, esta honra que me ves hacer, no la atribuyo yo á mí, sino toda la refiero á Dios cuya es, quedándome yo en lo profundo de mi vileza, y ellos ganan con esto, porque reconocen y honran á Dios en su criatura.» Quedó el compañero satisfecho y maravillado de la perfeccion del Santo. Y con mucha razon, porque ser tenido y estimado por Santo (que es la mayor honra y estima en que uno puede ser tenido), y saber dar á Dios la gloria de ello como se debe, sin atribuirse á sí cosa alguna y sin que se le pegue la miel á las manos, ni tomar de ello algun vano contentamiento, sino quedándose tan entero en su humildad y bajeza como si no hubiera nada de aquello, y como si aquella honra no se diera á él sino á otro, es altísima perfeccion y humildad profundísima.

Pues á esta humildad habemos de procurar llegar con la gracia del Señor, especialmente los que somos llamados, no para que estemos arrinconados y escondidos debajo del celemin, sino en alto, como ciudad sobre el monte y como antorcha sobre el candelero para alumbrar y dar luz al mundo; para lo cual es menester echar muy buenos fundamentos y tener un deseo grande, cuanto es de nuestra parte, de ser despreciados y tenidos en poco, el cual nazca de un profundo conocimiento de nuestra miseria y vileza y de nuestra nada, cual tenia San Francisco cuando se puso á amasar el barro con los pies para ser tenido por loco. De aquel profundo conocimiento propio que tenia de sí mismo, de donde nacia el desear ser despreciado y tenido en poco, de allí nacia tambien que, cuando despues le honraban y le besaban el hábito y los pies, no se desvanecia ni se tenia por eso en mas, sino se quedaba tan entero en su bajeza y humildad, como si nunca honra le hicieran, atribuyendo y refiriendo todo aquello á Dios. Y así, aunque estos dos hechos de San Francisco parecen entre sí contrarios, procedian de una misma raiz y de un mismo espíritu de humildad.

(1) Cum omnis fortuna timenda sit, magis tamen timenda est prospera, quam adversa. *Boccius.*

(2) Scientia inflat. *I. ad Cor.* VIII, 1.

(3) Part. 1, lib. 1, cap. 73 de la *Crónica de San Francisco.*

CAPITULO XXXVII.

De otros bienes y provechos grandes que hay en este tercero grado de humildad.

Despues que el rey David habia preparado mucho oro y plata y grandes materiales para el edificio y fábrica del templo, ofreciéndolo á Dios, dijo estas palabras: "Todas las cosas, Señor, son vuestras, y lo que habemos recibido de vuestra mano, eso os damos y volvemos (1)." Esto es lo que habemos de hacer y decir nosotros en todas nuestras buenas obras: «Señor, todas nuestras buenas obras son vuestras, y asi os volvemos lo que nos habeis dado.» Dice muy bien San Agustin: «El que se pone á contaros sus merecimientos y los servicios que os hace, ¿qué otra cosa os cuenta, Señor, sino los dones y beneficios que ha recibido de vuestra mano (2)?» Esa es vuestra bondad y liberalidad infinita, que quereis que vuestros dones y beneficios sean nuevos merecimientos nuestros; y asi, cuando pagais nuestros servicios, galardonais vuestros beneficios, y por una gracia nos dais otra y por una merced otra (3). No se contenta el Señor, como otro José, con darnos el trigo, sino dános tambien el dinero y precio con que se compra (4). Todo es dádiva de Dios, y todo se lo habemos de atribuir y volver á él.

Uno de los bienes y provechos grandes que hay en este tercero grado de humildad, es que este es el bueno y verdadero agradecimiento y hacimiento de gracias por los beneficios recibidos de Dios. Bien sabida cosa es cuán encomendado y estimado es este hacimiento de gracias en la Divina Escritura; pues vemos que cuando el Señor hacia á su pueblo algun beneficio señalado, luego ordenaba alguna memoria ó fiesta en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa serle agradecidos para recibir de él nuevas gracias y mercedes. Pues esto se hace muy bien con este tercero grado de humildad, que, como está dicho, consiste en no atribuirse el hombre á sí bien ninguno, sino atribuirlo todo á Dios y darle á él la gloria de todo; y en eso está el bueno y verdadero agradecimiento y hacimiento de gracias, no en que digais con la boca: «gracias os doy, Señor, por vuestros beneficios;» aunque tambien con la boca habemos de alabar á Dios y darle gracias. Pero si lo haceis solamente con la boca, no será hacer gracias, sino decir gracias. Pues para que sea, no solo decir gracias á Dios, sino hacerle gracias, y sea no solo con la boca sino tambien con el corazon y con la obra, es menester que reconozcais que todo el bien que teneis es de Dios, y que se lo volvais y atribuyais todo á él, dándole la gloria de todo sin alzaros con nada; porque de esa manera se desnuda el hombre de la honra que vé no ser suya, y la dá toda á Dios, cuya es. Y esto nos quiso dar á entender Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio, cuando habiendo sanado á aquellos diez leprosos y volviendo solo uno á agradecer el beneficio recibido, le dijo: "No hubo quien volviese y diese la gloria á Dios sino este estrangero (1)." Y amonestando Dios á los hijos de Israel, que fuesen agradecidos y no se olvidasen de los beneficios recibidos, les advierte de esto: "Guardaos no os olvideis de Dios cuando os veais en la tierra de promision en mucha prosperidad de bienes temporales, de ca-

(1) Tua sunt omnia, et quae de manu tua accepimus, dedimus tibi. *I. Paral.* XXIX, 14.

(2) Quisquis tibi enumerat merita sua, quid tibi enumerat, nisi munera tua? *August. lib.* 9 *Conf. cap.* 13.

(3) Gratiam pro gratia. *Joann.* I, 16.

(4) Gratiam, et gloriam dabit Dominus. *Ps.* LXXXIII, 12.

(1) Non est inventus, qui rediret, et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena. *Luc.* XVII, 18.

sas, heredades y ganados. Guardaos no se levante entonces vuestro corazon, y seais ingratos, y digais que por vuestras fuerzas y diligencias lo habeis alcanzado (1)." Eso es olvidarse de Dios, y el mayor desagradecimiento que puede uno tener, atribuirse á sí los dones de Dios. No os pase tal cosa por pensamiento, "sino acordaos de Dios y reconoced que suya es la fortaleza, y él os dió las fuerzas para todo, y que esto lo hizo, no por vuestros merecimientos sino por cumplir la promesa que liberalmente hizo á aquellos Padres antiguos (2)." Este es el agradecimiento y hacimiento de gracias y el sacrificio de alabanza con que Dios nuestro Señor quiere ser honrado por los beneficios y mercedes que nos hace (3). Este es aquel Rey de los siglos inmortal, que dice San Pablo, á solo Dios se ha de dar la gloria de todo (4).

De aqui se sigue otro bien y provecho grande; que el verdadero humilde, aunque tenga muchos dones de Dios y sea por eso muy tenido y estimado de todo el mundo, no se estima ni se tiene por eso en mas, sino quédase tan firme en el conocimiento de su bajeza como si nada de lo que le dieron se hallara en él. Porque sabe muy bien distinguir entre lo que es ageno y lo que es suyo propio, y atribuir á cada uno lo que le pertenece, y asi los dones y beneficios, que ha recibido de Dios, míralos él, no como cosa suya, sino como cosa agena y prestada, y trae siempre puestos los ojos en el conocimiento de su propia flaqueza y miseria, y en lo que él seria si Dios le dejase de su mano y no le estuviese siempre teniendo y conservando. Antes, mientras mas dones tiene recibidos de Dios, anda mas confundido y humillado con ellos. Dice San Doroteo (1) que asi como en los árboles que están muy cargados de fruta, el mismo fruto hace abajar y encorvar los ramos y aun algunas veces hasta quebrarlos con su grande peso; empero el ramo que no tiene fruto ninguno quédase muy derecho y levantado en alto; y las espigas, cuando los trigos están muy granados, se inclinan tanto que parece que se quiere quebrar la caña; pero cuando las espigas están muy derechas, es mala señal é indicio de que están vacías; asi, dice, acontece en lo espiritual, que los que están vacíos y sin fruto andan muy engreidos y levantados, teniéndose en algo; pero los que están cargados de fruto y de dones de Dios, andan mas humillados y confundidos. De los mismos dones y beneficios que han recibido toman ocasion los siervos de Dios para humillarse y confundirse mas y para andar mas temerosos. Dice San Gregorio (2) que asi como el que recibe prestada gran cantidad de dineros, de tal manera se huelga con el empréstito que le templa muy bien la alegría del recibo el saber que queda obligado á pagarlo, y le dá cuidado y pena el pensar si podrá cumplir á su tiempo con la obligacion; asi el humilde, mientras mas dones tiene recibidos, se reconoce por mas deudor á Dios, y se tiene por obligado á servirle mas, y parécele que no corresponde á mayores mercedes con mayores servicios, ni á mayores gracias con mayores agradecimientos. Y cree y entiende que cualquiera á quien Dios hubiera dado

(1) Observa, et cave, ne quando obliviscaris Domini Dei tui, et elevetur cor tuum, et non reminiscaris Domini tui, qui eduxit te de terra Ægypti..... Fortitudo mea, et robur manus meae, haec mihi omnia praestiterunt. *Deut.* VIII, 11, 14, 17.

(2) Sed recorderis Domini Dei tui, quod ipse vires tibi praebuerit, ut impleret pactum suum. *Ibid.*

(3) Sacrificium laudis honorificabit me. *Psal.* XLIX, 23.

(4) Regi saeculorum immortali, et invisibili, soli Deo honor, et gloria. *I. ad Tim.* I, 17.

(1) Doroth. *serm. de humilit.*

(2) Greg. *lib.* 22 *Mor. cap.* 5; *et homil.* 9 *in Evang.*

lo que á él, usara mejor de ello y fuera mucho mejor que él y mas agradecido. Y asi, una de las consideraciones que trae á los siervos de Dios muy humillados y confundidos es esta, porque saben que no solo les ha de pedir Dios cuenta de los pecados cometidos, sino tambien de los beneficios recibidos. Y saben que á quien dieron mucho, mucho le pedirán; y á quien le encomendaron mas, mas le pedirán, dice Cristo nuestro Redentor (1). El abad Macario dice que el humilde mira los dones de Dios, como depositario ó tesorero que tiene la hacienda de su mano, al cual no le viene vanagloria de ello, sino antes temor y cuidado por la cuenta que sabe le han de pedir de ella si por su culpa se pierde.

De aqui se sigue otro bien y provecho, y es que el verdadero humilde no desprecia á nadie, ni le tiene en poco, por mucho que le vea caer en culpas y pecados, ni por eso se ensoberbece él, ni se tiene en mas que el otro; antes de alli toma ocasion de humillarse mas viendo al otro caer, porque considera que él y el caido son de una masa, y que cayendo el otro, cae él cuanto es de su parte; porque, como dice S. Agustin (2), no hay pecado que uno haga que otro no le haria si no le tuviese piadosamente la mano de Dios. Y asi, uno de aquellos Padres antiguos, cuando oía que alguno habia caido, lloraba amargamente y decia: «Hoy por tí y mañana por mí (3). Asi como aquel cayó pudiera yo caer, pues soy hombre flaco como él (4), y el no haber yo caido, lo tengo de tener por particular beneficio del Señor.» Asi como nos aconsejan los Santos, que cuando viéremos á uno ciego, á otro sordo, á otro cojo, manco ó enfermo, todos aquellos males tengamos por beneficios nuestros, y demos gracias á Dios que no me hizo á mí ciego, ni sordo, ni manco, ni mudo como á aquel: asi habemos de hacer cuenta que los pecados de todos los hombres son beneficios nuestros, porque en todos ellos pudiera yo haber caido, si el Señor no me hubiera por su infinita misericordia librado. Con esto se conservan los siervos de Dios en humildad y en no menospreciar á sus prójimos, ni indignarse contra nadie, por muchas faltas y pecados que vean, conforme á aquello de San Gregorio: «La verdadera justicia hace que tengamos compasion de nuestro hermano; la falsa, desdén é indignacion (1).» Y estos tales deben temer aquello que dice San Pablo: No permita el Señor que sean tentados en aquello mismo que condenan, y vengan á probar á su costa cuánta es la humana flaqueza; que suele ser castigo de esa culpa (2). En tres cosas, dijo uno de aquellos Padres antiguos (3), juzgué á mis hermanos, y en todas tres he caido; para que conozcamos por esperiencia que nosotros tambien somos hombres y aprendamos á no juzgar ni menospreciar á nadie (4).

(1) Omni autem cui multum datum est, multum quaeretur ab eo; et cui commendaverunt multum, plus petent ab eo. *Luc.* XII, 48.
(2) Aug. *in Soliloq. c.* 15.
(3) Ille hodie, et ego cras.
(4) Homo sum, et humanum a me nihil alienum puto. *Affert Bernard. serm. de Resurrect. Domini.*

CAPITULO XXXVIII.

De los favores y mercedes grandes que hace Dios á los humildes y qué es la causa por qué los levanta tanto.

"Viniéronme todos los bienes con ella:" estas palabras las dice Salomon de la Sa-

(1) Vera justitia compassionem habet, falsa justitia dedignationem. *Greg. hom.* 34 *super Evangelia.*
(2) Considerans te ipsum, ne et tu tenteris. *Ad Gal.* VI, 1.
(3) Refert Cas. *lib.* 5 *de instit. renunt. cap.* 30 *de abbate Macharío.*
(4) Ut sciant gentes quoniam homines sunt. *Ps.* IX, 21.

biduría divina (1), que con ella le vinieron todos los bienes. Pero podémoslas aplicar muy bien á la humildad, y decir que todos los bienes vienen con ella; pues el mismo Sábio dice (2) que "donde hay humildad ahí está la sabiduría." Y en otra parte (3) dice que "tener esta humildad es suma sabiduría." Y el profeta David (4) que "á los humildes da Dios la sabiduría." Pero fuera de esto, en propios términos nos enseña esta verdad la Escritura divina, así en el Viejo como en el Nuevo Testamento, prometiendo grandes bienes y gracias de Dios, unas veces á los humildes, otras á los pequeñuelos, otras á los pobres de espíritu, llamando por estos y por otros tales nombres á los verdaderos humildes. Dice Dios por Isaías: "¿A quién miraré yo, en quién pondré los ojos, sino en el humilde y en el pobrecito, y en el que está temblando y confundiéndose delante de mi (5)?" En estos pone Dios los ojos para hacerles mercedes y llenarles de bienes. Y los gloriosos Apóstoles San Pedro y Santiago, en sus Canónicas (6), dicen: "Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia." Lo mismo nos enseña la Sacratísima Reina de los Angeles en su Cántico: "El Señor abate á los soberbios y ensalza á los humildes: harta de bienes á los hambrientos, y deja vacíos á los que les parece estar ricos (7);" que es lo que antes había dicho el Profeta: "Tú salvarás el pueblo que se humilla, y abatirás los ojos de los soberbios (1)." Y lo que nos dice Cristo en el Evangelio: "El que se ensalza, será humillado, y el que se humilla será ensalzado (2)." Así como las aguas se van corriendo á los valles (3), así las lluvias de las gracias de Dios se van á los humildes. Así como los valles, por las muchas aguas que recogen en sí, suelen ser fértiles y dar abundantes frutos (4), así los bajos en sus ojos, que son humildes, aprovechan y dan mucho fruto, por los muchos dones y gracias que reciben de Dios. Dice San Agustín que la humildad atrae á sí al Altísimo Dios: "Alto es Dios, dice, y si os humillais, desciende á vos; y si os levantais y ensoberbeceis, huye de vos (5)." ¿Sabeis por qué? dice San Agustín (6), porque, como dice el Real Profeta, es Dios grande y Soberano Señor, y mira á los humildes, y el mirarlos es llenarlos de bienes; y á los soberbios, dice que los vé de lejos; porque así como acá, cuando vemos á uno de lejos, no le conocemos, así no conoce Dios á los soberbios, para hacerles mercedes. "De verdad os digo, que no os conozco," dice Dios á los malos y soberbios (7). San Buenaventura dice (8), que así como la cera blanda está muy dispuesta para recibir el sello que quieren imprimir en ella, así la humildad dispone el alma para recibir las virtudes y dones de Dios. En aquel convite que José hizo á sus hermanos, al mas pequeño cupo la mejor parte (9).

(1) Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa. *Sap.* VII, 11.
(2) Ubi est humilitas, ibi et sapientia *Prov.* XI, 2.
(3) Sap. VIII, 21.
(4) Sapientiam praestans parvulis. *Ps.* XVIII, 8.
(5) Ad quem autem respiciam, nisi ad pauperculum, et contritum spiritu, et trementem sermones meos? *Isaiae* LXVI, 2.
(6) Deus superbis resistit: humilibus autem dat gratiam. *I. Pet.* V, 5.—*Jacob.* IV, 6.
(7) Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles; esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes. *Lucae* I, 53.

(1) Quóniam tu populum humilem salvum facies, et oculos superborum humiliabis. *Psal.* XVII, 28.
(2) Quia omnis qui se exaltat, humiliabitur, et qui se humiliat, exaltabitur. *Luc.* XIV, 11.
(3) Qui emittis fontes in convallibus. *Psal.* CIII, 10.
(4) Et valles abundabunt frumento. *Psal.* LXIV, 14.
(5) Altus est Deus, humilias te, et descendit ad te; erigis te, et fugit a te. *Aug. serm.* 2 *de Ascens.*
(6) Quare? quoniam excelsus est, et humilia respicit, et alta a longe cognoscit. (Psal. CXXXVII, 6.) *Aug. Ibid.*
(7) Amen dico vobis, nescio vos. *Matth.* XXV, 12.
(8) Bonav. *in spec. disciplin. ad Novitios* c. 3.
(9) Gen. XLIII, 34.

Pues veamos qué es la causa por qué levanta Dios tanto á los humildes y les hace tantas mercedes. La causa de esto es porque se le queda todo en casa; porque el humilde no se alza con nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo se lo atribuye y vuelve enteramente á Dios (1), y á él dá la gloria y honra de todo (2). Pues en estos tales, dice Dios, bien podemos hacer, bien les podemos fiar nuestra hacienda y darles nuestros dones y riquezas, que no se nos levantarán, ni alzarán con ellas. Y asi hace Dios en ellos como en cosa propia, porque la gloria y honra se queda por suya. Aun acá vemos que un gran señor y un rey se precia y tiene por grandeza levantar á uno del polvo de la tierra, como dicen, y hacer en el que no era, ni tenia nada; porque en eso se echa mas de ver la liberalidad y grandeza del rey, y dicen despues, que aquel es hechura suya. Asi, dice el Apóstol San Pablo, tenemos los tesoros de las gracias y dones de Dios en vasos de barro (3), para que se entienda que estos tesoros son de Dios, y no de nosotros, que el barro no lleva eso. Pues por eso levanta Dios á los humildes y les hace tantas mercedes. Y por eso deja vacíos á los soberbios; porque el soberbio confia mucho de sí y de sus diligencias é industrias, y atribúyese mucho á sí y toma vano contentamiento en los buenos negocios, como si por sus fuerzas y diligencias se hubieran hecho, y todo eso quita á Dios, alzándose con la gloria y honra que es propia de su Magestad. En entrando un poco en oracion, con tantica devocion, con una lagrimita que tengamos, nos parece que ya somos espirituales y hombres de oracion. Y aun algunas veces nos preferimos á otros, y nos parece que los otros no están aprovechados, ó que no son tan espirituales, ni van tan adelante como eso. Por esto no nos hace el Señor mayores mercedes, y algunas veces nos quita lo que nos habia dado; porque no se nos convierta el bien en mal, la salud en enfermedad, la triaca en ponzoña, y sean para mayor condenacion nuestra los dones y beneficios recibidos, por usar nosotros mal de ellos; como al enfermo y de flaco estómago, aunque sea la vianda buena, como de una gallina, le dan poco, porque no tiene virtud para digerir mas, y si le diesen mas, se le corromperia y convertiria en mal humor. Aquel óleo del Profeta Eliseo nunca dejó de correr, hasta que faltaron vasos en que le recibir; en faltando, dice la Sagrada Escritura, luego paró el óleo (1). Pues tal es el óleo de la divina misericordia, que por sí no se limita; de parte de Dios no tienen límite sus gracias y misericordias. No ha estrechado, ni encogido Dios su mano (2), ni ha mudado de condicion; porque Dios no se muda, ni se puede mudar, sino siempre permanece en un ser, y mas gana tiene él de dar que nosotros de recibir. La falta está de parte nuestra, que no tenemos vasos vacíos para recibir el óleo de las misericordias y gracias de Dios: estamos muy llenos de nosotros mismos y confiamos mucho de nuestros medios La humildad y el propio conocimiento desembaraza y desarrima al hombre de sí mismo, haciéndole desconfiar de sí y de todos los medios humanos, y que no se atribuya á sí nada, sino todo á Dios, y asi á estos tales á manos llenas les hace él mercedes (3).

(1) Cap. 10, trat. 4, c. 15.
(2) Quoniam magna potentia Dei solius, et ab humilibus honoratur. *Eccl.* III, 21.
(3) Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus, ut sublimitas sit virtutis Dei, et non ex nobis. *II. ad Cor.* IV, 7.

(1) Stetitque oleum. *IV. Reg.* IV, 6.
(2) Non est abbreviata manus Domini. *Isaiae* LIX, 1.
(3) Humiliare Deo, et expecta manus ejus. *Eccl.* XIII, 9.

CAPITULO XXXIX.

Cuánto nos importa acogernos á la humildad, para suplir con ella lo que nos falta de virtud y perfeccion, y para que no nos humille y castigue Dios.

El bienaventurado San Bernardo dice: «Muy necio es el que confia sino en la humildad; porque, hermanos mios, todos habemos pecado y ofendido á Dios en muchas cosas (1),» y asi no tenemos derecho sino á ser castigados. Si quisiere el hombre entrar en juicio con Dios, dice Job (2), «no podrá responder ni uno por mil; á mil cargos no podrá dar un buen descargo. «¿Pues qué resta y qué otro remedio nos queda, prosigue San Bernardo (3), sino acogernos á la humildad y suplir con ella lo que nos falta en todo lo demás?» Y por ser este remedio de mucha importancia, le repite el Santo muchas veces, por estas y otras semejantes palabras: «Lo que os falta de buena conciencia, suplidlo de vergüenza; y lo que os falta de fervor y de perfeccion, suplidlo de confusion (4).» Y San Doroteo dice que el abad Juan encomendaba tambien mucho esto y decia: «Hermanos mios, ya que por nuestra flaqueza no podemos trabajar tanto, humillémonos siquiera, y con esto confio que nos hallaremos entre aquellos que trabajaron (5).» Cuando despues de muchos pecados os halláredes inhabilitado con falta de salud para hacer mucha penitencia, caminad por el camino llano de la santa humildad, porque no hallareis otro mas conveniente medio para vuestra salud. Si os parece que no podeis entrar en la oracion, entrad en vuestra confusion; y si os parece que no teneis talento para cosas grandes, tened humildad, y con esto suplireis la falta de todas esas cosas.

Pues consideremos aqui cuán poco nos pide y con cuán poco se contenta el Señor; pídenos, conforme á nuestra bajeza, que nos conozcamos y humillemos. Si nos pidiera Dios grandes ayunos, grandes penitencias, grandes contemplaciones, pudiéranse algunos escusar, diciendo que para lo uno no tenian fuerzas, y para lo otro no tenian talento ni habilidad; empero para no ser humilde no hay razon, ni escusa ninguna (1). No podeis decir que no teneis salud ni fuerza para ser humilde, ó que no teneis talento ó habilidad para ello. Dice San Bernardo: «al que quiere, no hay cosa mas fácil que humillarse (2).» Eso todos lo podemos, y dentro de nosotros tenemos harta materia para ello (3). Pues acojámonos á la humildad y suplamos con confusion lo que nos falta de perfeccion, y de esa manera moveremos las entrañas de Dios á misericordia y perdon. Ya que sois pobre, sed humilde; con eso contentareis á Dios. Pero ser pobre y soberbio, oféndele mucho. De tres cosas que pone el Sábio que aborrece mucho Dios, esa es la primera: «Pobre y soberbio (4).» Eso aun acá á los hombres ofende.

Mas: humillémonos, porque no nos humille Dios, que es cosa que él suele hacer muy ordinariamente (5). Pues si quereis

(1) Stultus est qui confidit, nisi in sola humilitate, quia apud Deum, fratres, jus habere non possumus; quoniam in multis offendimus omnes. *Bernard. serm. de diversis, serm.* 26.

(2) Non poterit ei respondere unum pro mille. *Job.* IX, 3.

(3) Quid ergo restat, nisi ad humilitatis remedia tota mente confugere, et quidquid in aliis minus habemus, de ea supplere? *Bern. loc. cit.*

(4) Quidquid vero minus est fervoris, humilitas suppleat puræ confussionis. *Bern. serm. de Nativ. Joann. Baptistæ, et de interiori domo, cap.* 37.

(5) Humiliemus nos paulisper, ut salutem animæ nostræ consequamur, et si propter imbecillitatem laborare non pussumus, humiliare saltem nos ipsos studeamus. *Doroth. serm. de humilit.*

(1) Sed num humiliare nos ipsos non possumus?

(2) Nihil facilius est volenti, quam humiliare semetipsum. *Bern. serm.* 2, *in cap. jejunii.*

(3) Humiliatio tua in medio tui. *Micheæ*, VI, 14.

(4) Pauperem superbum. *Eccl.* XXV, 4.

(5) Qui se exaltat, humiliabitur. *Luc.* XVIII, 14.

que Dios no os humille, humillaos vos. Este es un punto muy principal y digno de ser considerado y ponderado muy de espacio. El bienaventurado San Gregorio dice: «¿Sabeis cuánto ama Dios la humildad, y cuánto aborrece la soberbia y presuncion? Aborrécela tanto, que permite: lo primero, caigamos en pecados veniales y en muchas faltas pequeñas, para con esto enseñarnos que pues no podemos guardarnos de los pecados y tentaciones pequeñas, sino que nos vemos tropezar y caer cada dia en cosas bajas y fáciles de vencer, estemos ciertos que no tenemos fuerzas para evitar las mayores, y así no nos ensoberbezcamos en las cosas grandes, ni nos atribuyamos á nosotros cosa alguna; sino que andemos siempre con temor y humildad, pidiendo al Señor su gracia y favor (1).» Lo mismo dice San Bernardo (2), y es doctrina comun de los Santos: San Agustin (3) sobre aquellas palabras de San Juan: "Y nada se hizo sin él (4);" y San Gerónimo, sobre aquello del Profeta: "Os volveré los años que se comió la langosta, el pulgon, la niebla y la oruga (5);" dice que para humillar al hombre y domar su soberbia, crió Dios estos animalejos y gusanillos pequeños y viles que nos son tan molestos. Y aquel pueblo soberbio de Faraon, bien pudiera Dios domarle y humillarle, enviándoles osos, leones y serpientes; pero quiso domar su soberbia con cosas vilísimas, con moscas, mosquitos y ranas, para humillarlos mas. Pues así, para que andemos humillados y confundidos, permite Dios que caigamos en faltas livianas, y que nos hagan algunas veces guerra unas tentacioncillas, unos mosquitos, unas cosillas, que parece que no tienen en sí tomo ninguno. Si nos paramos á considerar atentamente lo que nos suele inquietar y desasosegar algunas veces, hallaremos que son unas cosas que bien apuradas no tienen tomo ni sustancia ninguna: no sé qué palabrilla que me dijeron, ó porque me la dijeron con tal modo, ó porque me parece que no hicieron tanto caso de mí. De una mosca que voló por el aire suele uno fabricar una torre de viento, y juntando unas cosas con otras, vénir á andar muy inquieto y desasosegado; ¿qué fuera si soltara Dios un tigre ó un leon, cuando un mosquito así os turba é inquieta? ¿Qué fuera si viniera una gravísima tentacion? Y así, habemos de sacar de estas cosas mas humildad y confusion. Y si eso sacais, dice San Bernardo, «es misericordia de Dios y gran beneficio y merced suya, que no falten de estas cosillas, y que os baste eso para andar humilde (1).»

Pero si estas cosas pequeñas no bastan, entended que pasará Dios adelante, y muy á costa vuestra, que lo suele él hacer. Aborrece Dios tanto la soberbia y presuncion y ama tanto la humildad, que dicen los Santos que suele permitir, por justo y secretísimo juicio suyo, que uno caiga en pecados mortales, á trueque de que se humille; y aun no en cualesquiera, sino en pecados carnales, que son mas afrentosos y feos, para que mas se humille. Castiga, dicen, la secreta soberbia con manifiesta lujuria. Y traen para esto (2) lo que dice

(1) Plerumque omnipotens Dominus rectorum mentes quamvis ex parte perfecit, imperfectas tamen in aliquibus esse permittit; ut licet minis virtutibus ruticnt, imperfectionis suæ tædio tabescant; et de magnis se non extollant, dum adhuc contra minima infirmentes, laberentur. Denique cum extrema vincere non valeant, de præcipuis actibus superbire non audeant. *Greg. in past. 4 p. in fine; et lib. 31 Mor. cap. 15; et lib. 3 Dial. c. 14.*

(2) Bernard. *serm. de quatuor modis orandi, et serm. in cœna Domini.*

(3) Aug. *tract. 1 super Joannem.*

(4) Et sine ipso factum est nihil. *Joann.* 1, 3.

(5) Et reddam vobis annos, quos comedit locusta, bruchus, et rubigo, et eruca. *Joelis* II, 25.

(1) Pia dispensatione nobiscum agitur, ut non penitus auferantur. *Bernard. serm. in cœna Domini.*

(2) Greg. *lib.* 26 *Mor. c.* 18.—Isidor. *de summo bono, lib.* 2, *c.* 39.

San Pablo de aquellos soberbios filósofos, que por su soberbia los entregó Dios á los deseos de su corazon. Vinieron á caer en pecados deshonestos, feísimos y nefandos (1), permitiéndolo asi Dios por su soberbia, para que quedasen confundidos y humillados, viéndose hechos bestias, como Nabucodonosor, con corazon y conversacion y trato de bestias. «¿Quién no te temerá, oh Rey de las gentes (2)?» ¿Quién no temblará de este castigo tan grande, que ninguno hay mayor fuera del infierno? Y aun peor es el pecado que el infierno. "¿Quién conoció, Señor, el poder de tu ira, ó la podrá contar con el gran temor de ella (3)?"

Notan los Santos que Dios usa con nosotros de dos maneras de misericordia, grande y pequeña: y misericordia pequeña es cuando socorre en las miserias pequeñas, como son las temporales, que tocan solamente al cuerpo; y misericordia grande, cuando socorre en las miserias grandes, que son las espirituales que llegan al alma. Y asi, cuando David se vió con esta miseria grande desamparado y desposeido de Dios por el adulterio y homicidio cometido, clama y dá voces, pidiendo á Dios misericordia grande: "Ten, Señor, misericordia de mí, conforme á tu gran misericordia (4)." Asi dicen tambien que hay en Dios ira grande é ira pequeña: la pequeña es cuando castiga acá en lo temporal, con adversidades de pérdidas de hacienda, honra, salud y otras cosas semejantes que tocan solamente al cuerpo; pero la ira grande es cuando llega el castigo á lo interior del alma, conforme á aquello de Jeremías: "Llegó la espada hasta el alma (1)." Y esto es lo que dice Dios por el Profeta Zacarías: "Con las gentes hinchadas y soberbias me airaré yo con ira grande (2)." Cuando Dios desampara á uno y le deja caer en pecados mortales, en pena y castigo de otros pecados, esa es la ira grande de Dios; esas son las heridas del furor divino; heridas, no de Padre, sino de justo y riguroso Juez, de las cuales se puede entender aquello de Jeremías: "Con herida de enemigo te herí, con castigo cruel (3)." Y asi dice el Sábio: "Hoya es muy profunda la mala muger, y aquel con quien Dios estuviere airado caerá en ella (4)." Finalmente, es tan mala cosa la soberbia, y aborrécela Dios tanto, que dicen los Santos que algunas veces le es provechoso al soberbio que le castigue Dios con este castigo, para que con eso sane de la soberbia que tiene. Asi lo dice San Agustin: «Atrévome á decir que les es útil y provechoso á los soberbios que les deje Dios caer en algun pecado esterior y manifiesto, para que se conozcan y comiencen á humillarse y desconfiar de sí los que, por estar muy contentos y pagados de sí, ya interiormente habian caido por soberbia, aunque no lo habian sentido (5).» conforme á aquello del Sábio: "Al arrepentimiento precede la soberbia, y antes de la caida se ensoberbece el espíritu (6)." Lo mismo

(1) In immunditiam, ut contumeliis afficiant corpora sua in semetipsis, in passiones ignominiae. *Ad Rom.* I, 24.

(2) Quis non timebit te, o Rex gentium? *Jerem.* X, 7.

(3) Quis novit potestatem irae tuae, et prae timore tuo iram tuam dinumerare? *Psal.* LXXXIX, 11.

(4) Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam. *Ps.* L, 3.

(1) Ecce pervenit gladius usque ad animam. *Jerem.* IV, 10.

(2) Ira magna ego irascor super gentes opulentas. *Zach.* I, 15.

(3) Plaga inimici percusi te, castigatione crudeli. *Jerem.* XXX, 14.

(4) Fovea profunda os alienae; cui iratus est Dominus, incidet in eam. *Prov.* XXII, 14.

(5) Audeo dicere, superbis esse utile cadere in aliquod apertum, manifestumque peccatum, unde sibi displiceant, qui jam sibi placendo ceciderant. *Aug. lib. de Civit. c.* 13, *et serm.* 53 *de verbis Domini.*

(6) Contritionem praecedit superbia, et ante ruinam exaltatur spiritus. *Prov.* XVI, 18.

dicen Gregorio y Basilio (1). Pregunta San Gregorio, á propósito del pecado de David, por qué Dios, á los que él ha escojido y predestinado para la vida eterna, y encumbrado con grandes dones suyos, les permite algunas veces caer en pecados mortales y feos, y responde que la razon de esto es, porque algunas veces los que han recibido grandes dones caen en soberbia: la cual tienen algunas veces tan entrañada en lo íntimo de su corazon, que ellos mismos no lo entienden; sino que, estando agradados y confiados de sí mismos, piensan que lo están de Dios, como aconteció al Apóstol San Pedro (2), que no le parecia á él que era soberbia aquellas palabras que dijo: «Aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré,» sino que era gran fortaleza de ánimo y grande amor de su Maestro. Pues para curar tales soberbias, tan secretas y disfrazadas, en las cuales ya está uno caido y no lo conoce, permite el Señor que caigan los tales en pecados esteriores manifiestos, feos y deshonestos, porque esos conócense mejor y échanse mas de ver; y por ahí viene el hombre á entender el otro mal que tenia de secreta soberbia que él no entendia, y así no le buscara remedio y se perdiera; y con la caida manifiesta conócelo, y humillado delante de Dios, hace penitencia de lo uno y de lo otro, y alcanza remedio para ambos males. Como lo vemos en San Pedro, que por la caida esterior y manifiesta vino á conocer la soberbia oculta que habia tenido, y vino á llorar y á hacer penitencia de ambos pecados, y así le fué provechosa la caida. Lo mismo le aconteció á David, y así dice él: "Señor, caro me costó, yo lo confieso; pero bueno ha sido para mí el haberme humillado, para que aprenda cómo os tengo de servir de aquí adelante (1)," y cómo tengo de desconfiar de mí. Así como el sábio médico, cuando no puede sanar del todo la dolencia, y por ser el humor maligno y rebelde, no le puede digerir y vencer, procura llamarle y sacarle á las partes esteriores del cuerpo para que mejor se pueda curar; así el Señor, para sanar algunas almas altivas y rebeldes, las deja caer en culpas graves y esteriores, para que se conozcan y humillen, y con el abatimiento de fuera se cure el humor maligno y pestífero que estaba dentro. Palabra es esta, que Dios hace en Israel (2), que á quien quiera que la oyere, le retiñirán las orejas de puro temor. Estos son los grandes castigos de Dios, que solo oirlos hace temblar las carnes.

Pero al fin, como el Señor es tan benigno y misericordioso, no usa con el hombre de este castigo tan rigoroso, ni de este medio tan desdichado y lamentable, sino habiendo usado antes de otros medios mas fáciles y suaves; primero nos envia otras ocasiones y otras medicinas y remedios mas blandos para que nos humillemos; unas veces la enfermedad; otras la contradiccion y murmuracion; otras la deshonra, y que caiga uno de su punto. Y cuando estas cosas temporales no bastan para humillarnos, pasa á las espirituales. Primero á cosas pequeñas, y despues permitiendo tentaciones récias y graves; y tales, que nos lleguen hasta ponernos en un hilo, y hasta persuadirnos ó hacernos dudar si consentimos, para que así se vea, y esperimente uno bien, que por sí no las puede vencer, y conozca y entienda por esperiencia su flaqueza y la necesidad que tiene del favor divino, y desconfie de

(1) Basil. *in Regul. brev.* 81.—Greg. *lib.* 23. *Mor. c.* 16.
(2) Matth. XXVI, 33.

(1) Bonum mihi, quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas. *Ps.* CXVIII, 71.
(2) Jerem. IX, 3.—*I.* Reg. III, 11.

sus fuerzas y se humille. Y cuando todo eso no basta, entonces viene esotra tan fuerte y costosa cura de dejar caer al hombre en pecado mortal y que sea vencido de la tentacion. Entonces viene ese boton de fuego del infierno, para que siquiera despues de haberse quebrado los ojos caiga el hombre en la cuenta de lo que es, y se acabe de humillar, ya que por bien no quiso.

Pues por aqui se verá bien cuánto nos importa ser humildes y no fiar ni presumir de nosotros. Y asi, cada uno éntre en cuenta consigo y vea cómo se aprovecha de las ocasiones que Dios le envia, para humillarle, como padre y médico piadoso, para que no sean menester esotros remedios fuertes y tan costosos. Castigadme, Señor, con castigo de padre; curad mi soberbia con trabajos, enfermedades, deshonras y afrentas, y con cuantas humillaciones fuéredes servido, y no permitais que yo caiga en pecado mortal. Dad, Señor, licencia al demonio para que me toque en la honra y en la salud, y me ponga como otro Job; pero no le deis licencia para que me toque en el alma (1). Con tal que no os aparteis vos, Señor, de mí, ni permitais que yo me aparte de vos, no me dañará cualquier tribulacion que venga sobre mí, sino antes me aprovechará para alcanzar la humildad de que vos tanto os agradais (2).

CAPITULO XL.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Cuenta Severo Sulpicio, y Surio, en la vida de San Severino abad (3), de un Santo varon muy señalado en virtudes y milagros, que sanaba enfermos, echaba demonios de los cuerpos, y hacia otras muchas maravillas; por lo cual acudian á él de todo el mundo, y le venian á visitar señores de título y obispos, y tenian por gran dicha poder tocar sus vestiduras y que les echase su bendicion. Con estas cosas sentia el Santo que se le comenzaba á entrar alguna vanidad en su corazon. Y viendo por una parte que no podia estorbar el concurso del pueblo, y por otra que no podia librarse de aquellos pensamientos importunos de vanidad, afligíase mucho, y poniéndose un dia en oracion, pidió á nuestro Señor con mucha instancia que para remedio de aquella tentacion, y para que él se conservase en humildad, permitiese su Magestad y diese licencia al demonio que entrase en su cuerpo por algun tiempo, y le atormentase como á los otros endemoniados. Oyó Dios su oracion, y entra el demonio en él, y era cosa de espanto y admiracion ver á aquel á quien solian poco antes traer los endemoniados para que los curase, atado como furioso y endemoniado, y ser asi llevado á que hiciesen sobre él los exorcismos y todo lo demas que se suele hacer con los tales. Y estuvo asi cinco meses, y al cabo de ellos, dice la Historia, que fué curado y libre, no solo del demonio que habia entrado en su cuerpo, sino de la soberbia y vanidad que se le entraba en el alma.

Surio cuenta (1) otro ejemplo semejante: dice que el santo abad Severino tenia en su monasterio tres monges altivos, tocados de soberbia y vanidad. Habiales avisado de ello, y perseveraban en su falta. El Santo, con el deseo que tenia de verlos enmendados y humildes, pidió al Señor con lágrimas que los corrigiese y castigase de su mano con algun castigo que les humillase y enmendase; y antes que se levantase de la oracion, permitió el Señor que tres demo-

(1) Veruntamen animam meam serva. *Job.* II, 6.
(2) Tomas de Kempis.
(3) Sever. Sulp. *dial.* 1, §. 14.—Surius *die* 8 *Januarii.*

(1) Surius *ubi supra.*

nios se apoderasen de ellos, y los atormentasen reciamente, confesando á voces la soberbia é hinchazon de su corazon: castigo proporcionado á su culpa, que el espíritu de soberbia entrase y morase en sugetos soberbios y llenos de vanidad. Y porque veia el Señor que ninguna cosa tanto les humillaria, estuvieron asi cuarenta dias, y al cabo de ellos pidió el Santo al Señor los librase del poder del demonio, lo cual alcanzó; y ellos quedaron sanos de cuerpo y alma, y bien humillados con este castigo del Señor.

Cuenta Cesáreo (1) que trajeron á un convento del Cister un endemoniado para ser sano. Salió el prior, y llevó consigo á un religioso mozo, de grande opinion de virtud, que sabia que era vírgen. Y díjole el prior al demonio: «Si este monge te manda salir, ¿osarás quedarte?» Respondió el demonio: «no le temo, porque es soberbio.»

Cuenta San Juan Clímaco (2) que una vez los demonios malvados comenzaron á sembrar ciertas alabanzas en el corazon de un fortísimo caballero de Cristo que corria á esta virtud de la humildad: mas él, movido por inspiracion de Dios, halló un brevísimo atajo para vencer la malicia de estos espíritus perversos; y fué, que escribió en la pared de su celda los nombres de algunas altísimas virtudes, conviene á saber: caridad perfecta, humildad profundísima, castidad angélica, oracion purísima y altísima, y otras semejantes; y cuando aquellos malos pensamientos comenzaban á tentarle, respondia él á los demonios: «vamos á la prueba de esto.» Y leia todos aquellos títulos: «Profundísima humildad. Esta no tengo yo. Con profunda nos contentaríamos: aun no sé si habemos concluido con el primer grado. Caridad perfecta. Caridad, sí; pero ¿perfecta? no es muy perfecta, que algunas veces hablo á mis hermanos alto y sacudidamente. Castidad angélica. No; que muchos malos pensamientos, y aun muchos malos movimientos siento en mí. Oracion altísima. No; duérmome y distráigome mucho en ella.» Y decíase á sí mismo: «despues que hubieres alcanzado todas estas virtudes, aun has de decir que eres siervo inútil y sin provecho, y por tal te has de tener, conforme á aquellas palabras de Cristo nuestro Redentor (1): "Cuando hubiereis hecho lo que se os ha mandado, decid: Siervos somos inútiles." Pues ahora que estás tan lejos de eso, ¿qué serás?»

(1) Cesarius, *lib. 4 Dialogorum, cap. 5.*
(2) Climacus, *cap. 25.*

(1) Cum feceritis omnia, quae praecepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus. *Luc.* XVII, 10.

TRATADO CUARTO.

De las tentaciones.

CAPITULO I.

Que en esta vida no han de faltar tentaciones.

Dice el Sábio: "Hijo, si quieres servir á Dios, consérvate en justicia y en temor y prepárate para la tentacion (1)." El bienaventurado San Gerónimo, sobre aquello del Eclesiastés: "Hay tiempo de guerra y tiempo de paz (2)," dice que mientras estamos en este siglo, es tiempo de guerra; y cuando pasemos al otro, será tiempo de paz (3). Y de ahí tomó aquella nuestra ciudad celestial el nombre de Jerusalen, que quiere decir «vision de paz.» Por tanto, dice (4), «ninguno se tenga ahora por seguro, porque es tiempo de guerra ahora ha de ser el pelear, para que saliendo vencedores, descansemos despues en aquella bienaventurada paz.» San Agustin, sobre aquello de San Pablo: "No hago lo bueno que quiero (5)," dice (6) que aquí la vida del hombre justo es pelea y no triunfo; y asi oimos ahora voces de guerra, cuales son estas que da el Apóstol, sintiendo la repugnancia y contradiccion que la carne tiene á lo bueno y la inclinacion tan grande que tiene á lo malo, y deseando verse ya libre de esto: "No hago lo bueno que quiero, esclama el Apóstol (1), sino hago el mal que no quiero. Veo otra ley en mis miembros que repugna á la ley de mi mente y que me cautiva en la ley de pecado que está en mis miembros." Pero la voz de triunfo oiráse despues, cuando, como dice el mismo Apóstol, este cuerpo corruptible y mortal se vista de incorrupcion é inmortalidad. Y la voz de triunfo, que entonces se oirá, será la que dice ahí San Pablo: «¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿dónde tu aguijon (2)?" Todo esto dijo muy bien el santo Job en aquellas breves palabras: "La vida del hombre sobre la tierra es una continua guerra y como el dia del jornalero. (3)." Porque asi como el oficio del jornalero es trabajar y cansarse todo el dia, y

(1) Fili, accedens ad servitutem Dei, sta in justitia, et timore, et praepara animam tuam ad tentationem. *Eccl.* II, 1.

(2) Tempus belli, et tempus pacis. *Eccl.* III, 8.

(3) Factus est in pace locus ejus. *Ps.* LXXIII, 3.

(4) Nemo ergo se nunc putet esse securum in tempore belli, ubi certandum est, et apostólica arma tractanda, ut victores quondam requiescamus in pace. *Hieron. loc. sup. cit.*

(5) Non enim quod volo bonum, hoc facio. *Ad Rom.* VII, 19.

(6) Aug. *serm* 45 *de tempore.*

(1) Non enim quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo malum, hoc ago....Video autem aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis. *Ad. Rom.* VII, 19, 23.

(2) Absorta est mors in victoria tua, ubi est mors stimulus tuus? *I. ad Cor.* XV, 53.

(3) Militia est vita hominis super terram et sicut dies mercenarii dies ejus. *Job.* VII, 1.

despues se sigue el premio y el descanso; asi tambien en nosotros el dia de esta vida es lleno de trabajos y tentaciones, y despues se nos dará el premio y el descanso, conforme á como hubiéremos trabajado.

Descendiendo en particular á examinar la causa de esta contínua guerra, el Apóstol Santiago la pone en su Canónica: dentro de nosotros mismos tenemos la causa y la raiz, que es la rebeldía y contradiccion para todo lo bueno que quedó en nuestra carne despues del pecado (1). Quedó tambien maldita la tierra de nuestra carne, y asi brota cardos y espinas que nos punzan y atormentan contínuamente.

Traen los Santos á este propósito la comparacion de la navecilla, que dice el Sagrado Evangelio que en comenzando á dar la vela, se alborotó el mar y se levantó una tempestad y olas tan grandes que la cubrian y querian anegar. Asi nuestra ánima va en esta barquilla del cuerpo, rota, agujereada, que por una parte hace agua y por otra se levantan olas y tempestades de muchos movimientos y apetitos desordenados que la quieren anegar y hundir; porque "el cuerpo corruptible hace pesada al alma (2)."

De manera, que la causa de nuestras tentaciones es la corrupcion de nuestra naturaleza, aquel fomite del pecado, é inclinacion mala que nos quedó despues del pecado. Quedósenos el mayor enemigo dentro de casa, y ese es el que nos hace contínua guerra. Y asi no tiene el hombre de qué espantarse, cuando se ve molestado de tentaciones, porque al fin es hijo de Adan, concebido y nacido en pecado (3), y no puede dejar de tener tentaciones é inclinaciones y apetitos malos que le hagan guerra. Y asi nota San Gerónimo, que en la oracion del *Pater noster*, que Cristo nuestro Señor nos enseñó (4), no nos dice que pidamos á Dios no tener tentaciones, porque eso, dice, es imposible (2); sino que no nos deje caer en la tentacion. Y eso es tambien lo que el mismo Cristo en otra parte dijo á sus discípulos: "Velad y orad, porque no entreis en la tentacion (5)." Dice San Gerónimo: «Entrar en la tentacion, no es ser tentado, sino ser vencido de la tentacion. (4).» El Santo Patriarca José, tentado fué de adulterio; pero no fué vencido de la tentacion. La Santa Susana, tentada fue tambien de lo mismo; pero ayudóla el Señor para que no cayese en la tentacion. Pues eso es lo que nosotros pedimos al Señor en la oracion del *Pater noster*, que nos dé gracia y fortaleza (5) para que no caigamos ni seamos vencidos de la tentacion. Y en la Epístola á Heliodoro dice: «Yerras, hermano, yerras y engáñaste mucho, si piensas que el cristiano ha de estar sin tentaciones (6).» «Esa es, dice (7), la mayor tentacion, cuando te parece que no tienes tentacion.» Entonces os hace el demonio mayor guerra cuando á vos os parece que no hay guerra. Nuestro adversario el demonio, como dice el Apóstol San Pedro (8), anda bra-

(1) Unde bella, et lites in vobis? nonne hinc ex concupiscentiis vestris, quae militant in membris vestris? *Jacob.* IV, 1.—*Matth.* VIII, 24.

(2) Corpus quod corrumpitur, aggravat animam. *Sapiens.* IX, 15.

(3) Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum; et in peccatis concepit me mater mea. *Ps.* L, 7.

(4) Matth. XI, 13.

(2) Impossibile enim est humanam animam non tentari. *Hieron.*

(3) Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem. *Matth.* XXVI, 41.

(4) In tentationem intrare, non est tentari, sed vinci. *Hieron.*—*Idem notat Aug. de serm. Domini in monte, lib. 2, cap. 14.*

(5) Non tentationem penitus refutantes; sed vires sustinendi in tentationibus deprecantes *Hieron.*

(6) Erras, frater, erras, si putas unquam Christianum persecutionem non pati. *Hieron. loc. sup. cit.*

(7) Tunc maxime oppugnaris, si te impugnari nescis. *Ib.*

(8) Adversarius noster, tanquam leo rugiens, aliquem devorare quaerens, circumit (*I. Petr.* V, 8), et tu pacem putas?—*Ib.*

mando y dando vueltas como leon á ver si halla á quien tragar, ¿y tú piensas que hay paz? Está escondido, acechando para matar al inocente (1); ¿y tiéneste tú por seguro? Es engaño ese, porque esta vida es tiempo de guerra y de pelea: y espantarse de las tentaciones, es como si el soldado se espantase del sonido del tiro y del arcabúz, y se quisiese por eso volver de la guerra; ó como el que quisiese dejar de navegar, y salirse de la nave, por ver que se le revuelve el estómago.

Dice San Gregorio (2) ser engaño de algunos, en teniendo alguna grave tentacion, parecerles luego que es todo perdido, y que les ha ya olvidado Dios y que están en desgracia suya. Muy engañado andais; antes es menester que entendais que el tener tentaciones, no solo es cosa ordinaria de hombres, sino muy propia de hombres espirituales y que tratan de virtud y perfeccion, como nos lo da á entender el Sábio en las palabras propuestas. Y lo mismo nos enseña el Apóstol San Pablo (3). Los que quieren vivir bien y tratan de su aprovechamiento y de adelantarse en el servicio de Dios, esos son los perseguidos y combatidos con tentaciones; que esotros muchas veces no saben qué cosa es tentacion, ni echan de ver la rebelion y guerra que la carne hace al espíritu; antes hacen de eso golosina. Nota esto muy bien San Agustin, sobre aquellas palabras de San Pablo: "La carne desea y apetece contra el espíritu (4)." «En los buenos, dice (5), que tratan de espíritu, de virtud y perfeccion, apetece la carne contra el espíritu; pero en los malos que no tratan de eso, no tiene la carne contra quien apetecer; y asi estos no sienten la lucha de la carne contra el espíritu, porque no hay espíritu que la contradiga y pelee contra ella.» Y asi el demonio tampoco ha menester gastar tiempo en tentar á estos tales, porque sin nada de eso ellos de su voluntad le siguen y se le rinden sin dificultad ni contradiccion. No andan los cazadores á caza de jumentos, sino á caza de ciervos y gamos que corren con ligereza y se suben á los montes. A los que con ligereza de ciervos y de gamos (1) corren á lo alto de la perfeccion, á esos anda por cazar el demonio con sus lazos y tentaciones; que á esos otros, que viven como jumentos, en casa se los tiene; no ha menester él andar á caza de ellos, dice San Gregorio (2). Y asi, no solo no nos habemos de espantar de tener tentaciones, antes las habemos de tener por buena señal, como lo advirtió San Juan Clímaco. «No hay, dice (3), mas cierta señal de que los demonios han sido vencidos de nosotros, que ver que nos hacen mucha guerra.» Porque por eso os la hacen, porque os habeis rebelado contra ellos y os habeis salido de su jurisdiccion: por eso os persigue el demonio, porque tiene envidia de vos; que sino, no os persiguiera tanto.

(1) Sedet in insidiis cum divitibus in occultis, ut interficiat innocentem; oculi ejus in pauperem respiciunt, insidiatur in abscondito quasi leo in spelunca sua. *Psal.* IX. 29.

(2) *Greg. lib. 24 Mor. c.* 13.

(3) Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur. *II. ad Tim.* III, 12.

(4) Caro concupiscit adversus spiritum. *Ad Galat.* V, 17.

(5) In bonis concupiscit adversus spiritum, nam in malis non habet contra quem concupiscere: ibi enim concupiscit adversus spiritum, ubi est spiritus. *Aug. de verbis Domini in Evangelium secundum Joann. serm.* 43.

(1) Qui perfecit pedes meos tanquam cervorum, et super excelsa statuens me. *Psal.* XVII, 34.

(2) Eos enim pulsare negligit, quos quieto jure possidere se sentit. *Greg. lib.* 14, *Mor. c.* 12.

(3) Nullum certius argumentum est, quod daemones victi a nobis sint, quam si nos acerrime oppugnant. *Clym.*

CAPITULO II.

Cómo unos son tentados al principio de su conversion y otros despues.

El bienaventurado San Gregorio nota (1) que unos comienzan á sentir esta guerra de las tentaciones al principio de su conversion, en comenzando á recogerse y á tratar de virtud. Y trae para esto el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, el cual nos quiso figurar y dibujar esto en sí mismo, con una admirable dispensacion, porque no permitió que el demonio le tentase, sino cuando despues de bautizado se recogió al desierto á ayunar, orar y hacer penitencia: entonces, dice el Sagrado Evangelio (2), que acudió el demonio á tentarle. Quiso, dice San Gregorio, avisar á los que habian de ser miembros é hijos suyos, que cuando tratan de recogerse y darse á la virtud, estén apercibidos para las tentaciones, porque es muy propio del demonio acudir entonces. Como en saliendo los hijos de Israel de Egipto, luego juntó Faraon su ejército y todo su poder para ir contra ellos; y Laban, viendo que Jacob se apartaba de el, le siguió con gente y con encendido furor; y cuando salió el demonio del otro hombre, dice el Sagrado Evangelio (3), que tomó otros siete espíritus peores para tornar á él, como quien hace gente contra quien se le alzó y le va de nuevo á sujetar; asi el demonio, cuando vé que uno se le rebela y quiere salir de su señorio y sujecion, entonces se ensoberbece mas y se muestra mas cruel y le procura hacer mayor guerra. Trae San Gregorio á este propósito aquello que dice el Evangelista San Marcos, cuando Cristo nuestro Redentor echó aquel demonio inmundo, sordo y mudo: "Clamando y despedazándolo mucho salió de él (1)." Dice el Santo: «Notad, que cuando el demonio poseia aquel hombre, no le despedazaba; y cuando con la virtud divina es compelido á salir de él, entonces le despedaza (2).» Para que entendamos que entonces procura él turbarnos y molestarnos mas con tentaciones cuando nos apartamos de él.

Fuera de esto, dice San Gregorio (3) que permite y quiere el Señor que seamos tentados á los principios de nuestra conversion, porque no piense uno que es ya Santo por haber dejado la mala vida y tomado otra buena, que son pensamientos que suelen venir á los tales; y tambien, porque la seguridad suele ser madre de la negligencia; y para que la seguridad de la buena vida que ha tomado no le haga negligente y flojo, permite el Señor que le vengan tentaciones que le pongan delante de los ojos el peligro en que todavia está, y le despierten y aviven, y le hagan diligente y cuidadoso.

San Juan Clímaco dice (4) que la novedad de la vida nueva suele hacerla pesada á quien estaba acostumbrado á la mala; y al abrazar de la virtud, se declara y siente la contradiccion y guerra del vicio que le repugna; como el ave, cuando quiere salir del lazo, entonces siente que está presa. Asi, no se ha de espantar ni desmayar nadie por sentir dificultades y tentaciones á los principios, porque es cosa muy ordinaria.

Añade San Gregorio, que algunas veces el que ha dejado el mundo y mala vida y comienza á servir á Dios, es tentado de tales tentaciones cuales nunca antes de su conversion habia sentido; pero

(1) Gregor. *lib.* 24 *Mor.* 1, c. 12, 13 *et* 14.
(2) Matth. IV, 1.
(3) Luc. XI, 26.

(1) Et exclamans, et multum discerpens eum, exiit ab eo. *Marc.* IX, 25.
(2) Ecce eum non discerpserat cum tenebat, exiens discerpsit. *Greg. lib.* 33 *Moral., cap.* 18.
(3) Greg. *lib.* 24 *Moral. cap.* XII, 13, 14.
(4) Clymacus, *cap. de discretione.*

esto, dice, no es porque no hubiese en él antes la raiz de aquellas tentaciones, que sí habia; sino porque no se parecia ni descubria entonces, y ahora se descubre. Como cuando el hombre está muy ocupado en otros pensamientos y cuidados muy diferentes, muchas veces no se conoce á sí mismo ni entiende lo que pasa allá dentro; y en comenzando á recogerse y á entrar dentro de sí, entonces echa de ver las malas raices que brotan en su corazon. Es, dice, como el cardo que nace en el camino, que como le pisan todos los que pasan, no se echa de ver; pero aunque no salgan fuera las espinas, dentro queda la raiz encubierta en la tierra; y en dejándole de pisar los que pasan, luego brotan y salen á fuera: asi, dice, en los seglares muchas veces está la raiz de las tentaciones oculta, que no se echa de ver por defuera, porque, como cardo que está en el camino, se pisa y se trilla, como de caminantes, de la diversidad de los pensamientos que van y vienen, y de los muchos cuidados y ocupaciones que hay; pero cuando uno se aparta de todo eso y se recoje á servir á Dios, entonces, como no hay quien pise el cardo, parécese lo que habia allá dentro escondido y siéntense las espinas de la tentacion que brotan de la mala raiz. Y esta es tambien la causa por que suelen algunos sentir mas las tentaciones en tiempo de la oracion, que cuando andan ocupados en oficios y cosas esteriores. De manera, que el sentir uno acá en la Religion tales tentaciones cuales nunca antes de su conversion habia sentido, no es porque ahora sea peor que cuando estaba en el siglo, sino porque entonces no se veia el hombre, ni se conocia, y ahora comienza á ver y á conocer sus malas inclinaciones y apetitos desordenados; y asi, lo que uno ha de procurar es no tapar ni cubrir la raiz, sino arrancarla.

Otros hay, dice San Gregorio, que al principio de su conversion no son combatidos con tentaciones, antes sienten mucha paz, gustos y consolaciones; y despues, andando el tiempo, los prueba el Señor con tentaciones, lo cual ordena su Magestad con divino consejo y disposicion, porque no les parezca áspero y dificultoso el camino de la virtud, y desmayen, y se vuelvan á lo que poco antes dejaron, como hizo con su pueblo cuando le sacó de Egipto, que no los llevó por la tierra de los filisteos que estaba cerca, y dá la razon la Sagrada Escritura: "Porque, por ventura, viendo que luego se les levantaban guerras, no se arrepintiesen de haber salido de Egipto, y se volviesen allá (1)." Antes al principio les mostró Dios muchos favores, haciendo por ellos grandes maravillas y milagros; pero despues que habian pasado el mar Bermejo, y estaban en el desierto, y no podian volver atrás, probólos con muchos trabajos y tentaciones antes de entrar en la tierra de promision. Asi, dice el Santo, á los que dejan el mundo, les quita el Señor algunas veces, á los principios, las guerras de tentaciones; porque como están tiernos en la virtud, no se espanten con ellas y se vuelvan al mundo. Llévalos por suavidad al principio, y dáles consuelos y gustos, para que habiendo gustado de la dulzura y suavidad del camino de Dios, puedan despues mejor llevar la guerra y molestia de las tentaciones y trabajos; y tanto mas, cuanto mas han gustado de Dios y conocido cuánto merece ser servido y amado. Y asi, á San Pedro, primero le mostró el Señor la hermosura y resplandor de su gloria en la Transfiguracion, y despues permitió que fuese tentado de la esclava que

(1) Ne forte pœniteret eum, si vidisset adversum se bella consurgere, et reverteretur in Ægyptum. *Exod.* XIII, 17.

le preguntó si era discípulo de Cristo, para que humillado con la tentacion, llorando y amando supiese valerse y ayudarse de aquello que primero habia visto en el monte Tabor; y asi como el temor le habia derrocado, asi la dulzura de la suavidad y bondad de Dios, que ya habia esperimentado, le levantase.

De aqui, dice San Gregorio, se entenderá un engaño que suele haber en los que comienzan á servir á Dios, que como se ven algunas veces con tanta paz y quietud, y que les hace el Señor merced de darles entrada en la oracion, y hallan facilidad en los ejercicios de la virtud y de la mortificacion, piensan que ya han alcanzado la perfeccion, y no entienden que son aquellos regalos de niños y de principiantes, y que les dá el Señor aquellas ayudas de costa para acabarlos de destetar de las cosas del mundo. Algunas veces, dice el Santo, se comunica Dios mas abundante á los menos perfectos, y que no tienen tanto aprovechamiento en la virtud, no porque ellos lo merezcan, sino por ser mas necesitados; á la manera que lo suele hacer acá un padre que, con amar mucho á todos sus hijos, parece que no hace caso de los que están sanos; pero si alguno está enfermo, no solo le cura con medicinas, sino tambien le dá lo que es de contento y de regalo. Y como el hortelano, que las plantas mas tiernas las riega á menudo y las regala; pero despues que están fuertes y bien arraigadas, déjalas sin ese riego y regalo: asi aquella divina bondad tiene esta manera de gobierno con los flacos y pequeñuelos y con los que comienzan.

Dicen tambien los Santos que algunas veces dá el Señor mas consuelos á los que han sido mas pecadores, y parece que les hace mas particulares regalos y favores que á los que han siempre vivido bien, porque aquellos no desconfien ni desesperen, y porque estos no se ensoberbezcan. Bien se nos declara esto en aquella parábola del hijo Pródigo (1), y en aquella fiesta, música y regocijo con que su padre le recibió, matando el becerro grueso y haciendo un gran convite, no habiendo dado al hijo mayor que le habia servido toda su vida y nunca habia salido de su mandado, ni siquiera un cabrito con que se holgase alguna vez con sus amigos; que no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos, como dijo el mismo Señor (2).

CAPITULO III.

Por qué quiere el Señor que tengamos tentaciones, y de la utilidad y provecho que de ellas se sigue.

Dice el Espíritu Santo en el Deuteronomio: "Tiéntaos el Señor Dios vuestro, para que se vea si le amais de veras y de todo vuestro corazon ó no (3)." El bienaventurado San Agustin (4) mueve una cuestion sobre estas palabras: ¿Cómo dice aqui la Sagrada Escritura que Dios nos tienta, y por otra parte dice el Apóstol Santiago en su Canónica: "Dios no tienta á nadie (5)?" Responde que hay dos maneras de tentar, una para engañar y hacer caer en pecado, y de esta manera no tienta Dios á nadie, sino el demonio, cuyo oficio es ese, conforme á aquello del Apóstol San Pablo: "No sea que os tiente el que tienta (6)." Dice allí la Glosa: «Esto es, el demonio, cuyo oficio es tentar.» Otra manera de tentar hay para probar y tomar esperiencia de uno, y de

(1) Luc. XV, 23.
(2) Matth. IX, 12.
(3) Tentat vos Dominus Deus vester, ut palam fiat, utrum diligatis eum, an non, in toto corde, et in tota anima vestra. *Deuter.* XIII, 3.
(4) *Aug. trat.* 48, *super Joannem et q.* 57 *sup. Gen.* —Idem S. *Thom.* 1 *p.*, *q.* 114, *art.* 2.
(5) Deus neminem tentat. *Jacob.* I, 13.
(6) Ne forte tentaverit vos is, qui tentat. *I. ad Thes.* III, 5.—Id est diabolus, cujus officium est tentare. *Glos.*

esta manera dice aqui la Divina Escritura que nos tienta y prueba Dios. Y en el capítulo XXII del Génesis (1) dice: "Tentó Dios á Abrahan;" esto es, probó Dios á Abrahan. Tentó y probó Dios á Abrahan. Dános el Señor un tiento y muchos tientos, para que conozcamos nuestras fuerzas y entendamos qué tanto es lo que amamos y tememos á Dios. Y asi dijo luego el mismo Dios á Abrahan, cuando echó mano al cuchillo para sacrificar á su hijo: "Ahora conocí que temes á Dios (2)," «esto es, como declara San Agustin, ahora he hecho que conozcas que temes á Dios (3).» De manera, que unas tentaciones nos envia el Señor de su mano, y otras permite que vengan por medio del demonio, mundo y carne, nuestros enemigos.

Pero ¿qué es la causa por que permite y quiere el Señor que tengamos tentaciones? San Gregorio, Casiano y otros (4) tratan muy bien este punto; dicen lo primero, que nos es provechoso el ser tentados y atribulados y que alce el Señor algunas veces un poco la mano de nosotros; porque, si esto no fuera asi, no dijera y pidiera el Profeta á Dios: "Señor, no me dejeis ni desampareis del todo (5)." Pero porque sabia muy bien que algunas veces suele el Señor desamparar á sus siervos y alzar un poco la mano de ellos para mayor bien y provecho suyo, por eso no pide á Dios que no le desampare nunca, ni alce jamás la mano de él, sino que no le desampare del todo. Y en el Salmo 26, dice: "No te apartes en ira de tu siervo (6)." No pide á Dios que no se aparte de él en ningun tiempo y de ninguna manera, sino que no se aparte de él en ira, que no le desampare tanto que venga á caer en pecado; pero que le pruebe y le envie tentaciones y trabajos, antes lo pide: "Pruébame, Señor, y tiéntame (1)." Y por Isaias dice el mismo Señor: "Por espacio de un punto en un poco te desamparé, y en miseraciones grandes te juntaré. En el instante de mi indignacion escondí mi rostro por un poco de tí, y con misericordia eterna tengo conmiseracion de ti (2)."

Pero veamos en particular qué bienes y provechos son los que se nos siguen de las tentaciones. Casiano dice (3) que se há Dios con nosotros como se hubo con los hijos de Israel, que no quiso del todo destruir los enemigos de su pueblo, sino dejó en la tierra de promision aquellas gentes de los cananeos, amorreos y jebuseos etc., "para enseñar y ejercitar á su pueblo, que no estuviesen con la seguridad ociosos, sino que se hiciesen valientes y hombres de guerra (4)." Asi, dice, quiere el Señor que tengamos enemigos y que seamos combatidos de tentaciones, para que teniendo ejercicio de pelear, no nos haga daño la ociosidad ó prosperidad; porque muchas veces, á los que el enemigo no pudo vencer con peleas, con seguridad falsa los engañó y derribó.

San Gregorio dice (5) que con alta y secreta providencia quiere el Señor que sean tentados y atribulados en esta vida los

---

(1) Tentavit Deus Abraham. *Gen.* XXII, 1 *et* 12.—Id est, probavit. *Glos.*
(2) Nunc cognovi quod times Deum. *Gen. ib.*
(3) Id est, feci te cognoscere. *Aug. q.* 58 *sup. Gen.*
(4) Greg. *lib.* 8. *Moral, cap.* 10; *et lib.* 20, *cap.* 21.—Cas. *collatio.* 4 *abbatis Danielis, cap.* 6.
(5) Non me derelinquas usquequaque. *Ps.* CXVIII, 8.
(6) Ne declines in ira a servo tuo. *Ps.* XXVI, 9.

(1) Proba me, Domine, et tenta me. *Ps.* XXV, 2.
(2) Ad punctum in modico dereliqui te, et in miserationibus magnis congregabo te: in momento indignationis abscondi faciem meam parumper a te, et in misericordia sempiterna misertus sum tui. *Isai.* LIV, 7.
(3) Cassianus *ubi supra.*
(4) Ut erudiret in eis Israelem, ut postea discerent filii eorum certare cum hostibus, et habere consuetudinem praeliandi. *Judic.* III, 1.
(5) Greg. *lib.* 23 *Mor. cap.* 24 *et seq.*

buenos y escogidos; porque esta vida es un camino, ó por mejor decir, un destierro, por donde andamos caminando y peregrinando hasta llegar á nuestra patria celestial; y porque suelen algunos caminantes, cuando ven en el camino algunos prados y florestas, detenerse y apartarse del camino; por eso quiso el Señor que estuviese esta vida llena de trabajos y de tentaciones, para que no pongamos nuestro corazon y amor en ella, ni tomemos el destierro por la patria, sino que suspiremos siempre por ella. San Agustin da la misma razon, y dice que aprovechan las tentaciones y trabajos para mostrarnos la miseria de esta vida, «para que asi deseemos mas ardientemente aquella bienaventurada, y la busquemos con mayor cuidado y fervor (1).» Y en otra parte dice: «Porque no amemos el establo, y nos olvidemos de aquellos palacios Reales para que fuimos criados (2).» Cuando el ama quiere destetar el niño, y que se enseñe á comer pan, pone acibar en los pechos: asi Dios pone amargura en las cosas de esta vida para que los hombres se aparten de ellas y no tengan acá que desear, sino todo su deseo y corazon pongan en el cielo. Y asi dice San Gregorio: «Los trabajos que nos fatigan y aprietan en esta vida, hacen que acudamos y nos volvamos á Dios (3).»

(1) Ut illa ubi erit beatitudo vera, atque perpetua, et desideretur ardentius et instantius inquiratur. *Aug. lib. 12 de Trinit. c. 16.*

(2) Ne viator tendens ad patriam, stabulum amet pro domo sua. *Aug. sup. Ps. 40.*

(3) Mala, quae nos hic premunt, ad Deum nos ire compellunt. *Greg.*

CAPITULO IV.

De otros bienes y provechos que traen consigo las tentaciones.

"Bienaventurado el varon que sufre la tentacion y prueba bien en ella, porque recibirá corona de vida (1)." Sobre estas palabras dice San Bernardo: «Necesario es que haya tentaciones; porque, como dice el Apóstol, no será coronado, sino el que peleare varonilmente; y si no hay tentaciones, ¿quién peleará no habiendo contra quien pelear (2)?» Todos los bienes y provechos que la Escritura divina y los Santos nos predican de los trabajos y adversidades, que son innumerables, todos los traen consigo las tentaciones; y uno de ellos, y muy principal, es el que nos dicen las palabras propuestas. Envíanoslas el Señor para que tengamos despues mayor premio y corona en la gloria (3). Ese es el camino real del cielo: tentaciones, trabajos y adversidades. Y asi, en el Apocalipsi, mostrándole á San Juan la gloria grande de los Santos, le dijo uno de aquellos ancianos: "Estos son los que vinieron de grandes trabajos y lavaron y blanquearon sus vestiduras en la Sangre del Cordero (4)." De camino pregunta San Bernardo: ¿cómo dice que blanquearon sus vestiduras con la Sangre del Cordero? porque la sangre no suele blanquear, sino colorear: quedaron blancas, dice (5), porque con la Sangre del Costado salió juntamente agua que las blanqueó. O sino digamos, dice, que se pararon blancas, porque la Sangre de aquel Cordero tierno y sin mancilla, era como una leche blanca y colorada, conforme á aquello de la Esposa en los Cantares:

(1) Beatus vir, qui suffert temtationem: quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae. *Jacob.* I, 12.

(2) Necesse est ut veniant tentationes, quis enim coronabitur, nisi qui legitime certaverit? (*II. ad Tim. II*, 5.) aut quomodo certabunt, si desit qui impugnet? *Bernard. serm. 64 sup. Cantica.*

(3) Quoniam per multas tribulationes oportet nos intrare in Regnum Dei. *Actuum*, XIV, 21.

(4) Hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni. *Apoc.* VII, 14.

(5) Bernard. *serm. 1 de Resurrect.*

"Mi Amado es blanco y colorado, escojido entre millares (1)." De manera, que por sangre y trabajos se entra en el reino de los cielos. Desbástense, lábrense y púlanse acá las piedras, para asentarlas en el templo de aquella Jerusalen celestial, porque allá no se ha de oir golpe ni martillo (2). Y cuanto en mejor y mas principal lugar se han de asentar las piedras, tanto mas las pican y labran. Y asi como la piedra de la portada suele ser la mas picada y labrada, para que quede mas vistosa la entrada, asi Cristo nuestro Señor, porque se hacia nueva puerta en el cielo, que hasta él estuvo cerrado, quiso ser muy golpeado y martillado; y tambien para que nosotros pecadores tuviésemos vergüenza de entrar por puerta labrada con tantos golpes de tribulaciones y trabajos, sin primero padecer algunos para quedar labrados y pulidos. Las piedras que se han de echar en el cimiento, no se suelen labrar: asi los que se han de echar abajo en el profundo del infierno, no es menester labrarlos, ni martillarlos: esos huélgense aquí en esta vida, cumplan sus antojos y apetitos, hagan su voluntad, dénse á buena vida, que con eso quedarán pagados; pero los que han de ir á reparar aquellas ruinas de los ángeles malos y llenar aquellas sillas celestiales que ellos perdieron por su soberbia, es menester labrarlos con tentaciones y trabajos. Dice San Pablo: "Si somos hijos, seremos herederos; herederos de Dios y juntamente herederos con Cristo: empero siéndole acá primero compañeros en sus trabajos, para que asi lo seamos despues en su gloria (3)."

Y dijo el ángel á Tobías: "Porque eras acepto á Dios y te queria bien, por eso te quiso probar con la tentacion, para que asi tu premio y galardon fuese mayor (1)." Y de Abrahan, dice el Sábio (2), que le tentó Dios y le halló fiel; y porque le halló fiel, constante y fuerte en la tentacion, luego le ofrece el premio, y le promete con juramento que habia de multiplicar su generacion como las estrellas del cielo y como las arenas del mar. Pues para esto nos envia el Señor los trabajos y tentaciones, para darnos mayor premio y mas rica corona. Y asi dicen los Santos que es mayor merced la que el Señor nos hace en enviarnos tentaciones, dándonos juntamente favor para vencerlas, que si del todo nos las quitase: porque de esa manera careceríamos del premio y gloria que con ellas merecemos.

Añade á esta razon San Buenaventura (3) que, como nos ama tanto el Señor, no se contenta con que alcancemos la gloria y grande gloria; sino quiere que gocemos presto de ella, y que no nos detengamos en el Purgatorio. Y para eso nos envia aquí trabajos y tentaciones, que son martillo y fragua con que se quita el orin y escoria de nuestra ánima, y queda purgada y purificada para poder entrar luego á gozar de Dios (4). Y no es pequeña merced y beneficio este, fuera del que se nos hace en conmutarnos tanta y tan grave pena, como es la que allá habiamos de padecer, en lo poco ó nada que en su comparacion padecemos en esta vida.

Mas: llena está la Sagrada Escritura de que las prosperidades de esta vida apartan el alma de Dios, y las adversidades y trabajos son ocasion de atraerla al mismo Dios.

(1) Dilectus meus candidus, et rubicundus, electus ex millibus. *Cant.* V, 10.

(2) Malleus, et securis, et omne ferramentum non sunt audita in domo, cum aedificaretur. *III. Regum* VI, 7.

(3) Si autem filii, et haeredes, haeredes quidem Dei, coheredes autem Christi: si tamen compatimur, ut et conglorificemur. *Ad Rom.* VIII, 17.

(1) Quia acceptus eras Deo, necesse fuit, ut tentatio probaret te. *Tob.* XII, 13.

(2) Et in tentatione inventus est fidelis.

(3) Bonav. *process.* 4. *Relig. cap.* 1.

(4) Aufer rubiginem de argento, et egredietur vas purissimum. *Prov.* XXV, 4.

¿Quién hizo al copero de Faraon olvidarse tan presto de su intérprete José, sino la prosperidad (1)? ¿Quién hizo ensoberbecer al rey Ocias, teniendo tan buenos principios, sino la prosperidad (2)? ¿Quién desvaneció á Nabucodonosor, quien á Salomon, quien á David, para contar el pueblo? Y los hijos de Israel, cuando se vieron muy pujantes con los favores y mercedes grandes que el Señor les habia hecho, entonces se empeoraron y se olvidaron mas de Dios (3). Y por el contrario, dice el Profeta que con los trabajos se volvian á Dios. "Llena, dice, sus rostros de ignominia, y buscarán tu rostro, Señor. Llamaron al Señor, siendo atribulados. Cuando los mataba, lo buscaban y volvian, y de mañana venian á él (4)." Vuelto en bestia Nabucodonosor, ahora fuese en realidad de verdad, ahora en su imaginacion, entonces conoce á Dios (5). ¡Cuánto mejor le fué á David en la persecucion de Saul, Absalon y Semeí, que con la prosperidad y paseo del corredor! Y asi, como bien acuchillado, dice despues: "Nos alegramos por los dias en que nos humillaste, por los años en que padecimos trabajos. ¡Oh qué bueno ha sido, Señor, para mí el haberme humillado y atribulado (6)!" ¿Cuántos han sanado de esa manera que de otra se perdieran? Cuando punza la espina de la tribulacion y tentacion, entonces entra uno dentro de sí, y se convierte y vuelve á Dios (1). Aun allá dicen que el loco por la pena es cuerdo. Y es sentencia del Espíritu Santo, por Isaías: "Solo el tormento hará oir (2)." Y mas claramente por el Sábio: "La enfermedad grave, los trabajos y adversidades hacen asesar (3)." Anda uno con la prosperidad libre y cerrero, como novillo por domar; échale Dios el yugo de la tribulacion y de la tentacion para que asiente (4). Con la hiel curó el Angel á Tobías (5), y con el lodo dió Cristo nuestro Redentor vista al ciego (6). Pues para eso envia el Señor las tentaciones, que son de los mayores trabajos y que mas sienten los hombres espirituales; porque esotros corporales de sucesos de hacienda, enfermedades y cosas semejantes, para los siervos de Dios, que tratan de espíritu, son cosa muy somera y que cae muy por de fuera: porque todo eso no toca mas que al cuerpo, y asi no hace mucho caso de ello. Pero cuando el trabajo es interior y llega al alma, como la tentacion que les quiere apartar de Dios y parece que los pone en ese peligro y contingencia, eso es lo que sienten mucho, y lo que les hace dar el grito tan grande como lo daba el Apóstol San Pablo cuando sentia esta guerra y contradiccion de la carne que queria llevar tras sí el espíritu: "¡Ay miserable de mí, que me lleva tras sí lo malo; y lo bueno, que deseo, no lo acabo de poner por obra! ¿quién me librará de este cautiverio y servidumbre (7)?"

(1) Et tamen succedentibus prosperis, praepositus pincernarum oblitus est interpretis sui. *Gen.* XL, 23.

(2) Cum roboratus esset, levatum est cor ejus in interitum suum, et neglexit Dominum Deum suum. *II. Paral.* XXVI, 16.

(3) Incrassatus est dilectus, et recalcitravit: incrassatus, impinguatus, dilatatus, dereliquit Deum factorem suum, et recessit a Deo salutari suo. *Deuter.* XXXII, 15.

(4) Imple facies eorum ignominia: et quaerent nomen tuum Domine. *Ps.* LXXXII, 17.—Et clamaverunt ad Dominum cum tribularentur. *Ps.* CVI, 6.—Cum occideret eos, quaerebant eum, et revertebantur, et diluculo veniebant ad eum. *Ps.* LXXVII, 34.

(5) Dan. IV, 31.

(6) Laetati sumus pro diebus, quibus nos humiliasti; annis, quibus vidimus mala. *Ps.* LXXXIX, 15.—Bonum mihi quia humiliasti me. *Ps.* CXVIII, 71.

(1) Conversus sum in aerumna mea dum configitur spina. *Ps.* XXXI, 4.

(2) Sola vexatio intellectum dabit auditui *Isai.* XXVIII, 19

(3) Infirmitas gravis sobriam facit animam. *Eccl.* XXXI, 2.—Virga atque correptio tribuit sapientiam. *Prov.* XXIX, 15.

(4) Castigasti me, et eruditus sum, quasi juvenculus indomitus. *Jerem.* XXXI, 18.

(5) Tobiae XI, 13.

(6) Joann. IX, 6.

(7) Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus? *Ad Rom.* VII, 24.

CAPITULO V.

Que las tentaciones aprovechan mucho para que nos conozcamos y humillemos, y para que acudamos mas á Dios.

Traen tambien consigo las tentaciones otro bien y provecho grande, que hacen que nos conozcamos á nosotros mismos. «Muchas veces no sabemos lo que podemos, mas la tentacion descubre lo que somos,» dice aquel Santo (1). Y este conocimiento de nosotros mismos es la piedra fundamental de todo el edificio espiritual, sin el cual ninguna cosa que sea de dura se edifica; y con el cual crece el alma como espuma, porque sabe arrimarse á Dios, en quien todo lo puede. Pues las tentaciones descubren al hombre su grande flaqueza é ignorancia, que hasta alli á lo uno y á lo otro tenia cerrados los ojos; y asi no sabia sentir vilmente de sí, porque no lo habia esperimentado. Pero cuando uno vé que un soplico le derriba, que con una nonada se pone frio, que en viniéndole una tentacion, se desconcierta y se encona, y que luego huye de él el consejo y el acuerdo, y que le cercan tinieblas, comienza á templar los brios, y á humillarse y sentir bajamente de sí. Dice el bienaventurado San Gregorio (2): si no tuviésemos tentaciones, luego nos tendriamos en algo, y pensaríamos que éramos muy valientes; pero cuando viene la tentacion y se vé el hombre á pique de caer, que no parece que está un canto de real de dar consigo al través, entonces conoce su flaqueza y humillase. Y asi, dice San Pablo de sí: "Por que el haber sido arrebatado al tercero cielo y las grandes revelaciones que he tenido no me ensoberbeciesen, permitió el Señor que fuese tentado, para que conociese lo que era de mi parte, y me humillase (1)."

De aqui se sigue otro bien y provecho grande, que como uno conoce su flaqueza, viene de ahí á conocer la necesidad que tiene del favor y ayuda del Señor, y de acudir á él con la oracion, y estar siempre colgado de él como de su remedio, conforme á aquello del Profeta: "¡Oh qué bueno es para mí allegarme á Dios, y nunca jamás apartarme de él (2)!" Asi como la madre, cuando quiere que su hijo se venga para ella, hace que otros le pongan miedo para que la necesidad le haga ir á su regazo; asi el Señor permite que el demonio nos espante y nos ponga miedo con las tentaciones, para que acudamos á su regazo y amparo; «para provocar, dice Gerson (3), como águila á sus polluelos á volar, y como la madre que por un poco deja á su hijo para que con mas instancia clame, con mas diligencia la busque, mas estrechamente la apriete, y ella con este le halague con mas cariños.» San Bernardo dice (4) que deja el Señor á veces al alma para que con mas deseo y fervor le llame y mas fuertemente le tenga; como hizo con los discípulos que iban á Emaus, fingiendo que queria pasar adelante é ir mas lejos, para que ellos le importunasen y detuviesen; y asi le digeron: "Quedaos Señor con nosotros, porque se hace noche y se va acabando el dia (5)."

De aqui viene uno tambien á estimar en mas el favor y proteccion del Señor,

---

(1) Thomas de Kempis.
(2) Greg. *lib.* 23 *Moral.*, c. 27.

(1) Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meae, angelus Satanae, qui me colaphizet. *II. ad Cor.* XII, 7.
(2) Adhaesit anima mea post te. *Ps.* LXII, 9.— Mihi autem adhaerere Deo bonum est. *Ps.* LXXII, 28.
(3) Ut provocet sicut aquila pullos ad volandum (*Deuter.* XXXII, 11); ut mater filium ad horam relinquit, quo instantius ille clamet, accuratius quaerat, arctius stringat, et illa vicissim blandiatur suavius. *Gerson, de mystica Theol. pract., consid. vel industr.* 9ª
(4) Bern. *serm.* 64 *super Cantica.*
(5) Mane nobiscum, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies. *Luc.* XXIV, 29.

viendo la necesidad que tiene de ella. Dice San Gregorio que por esto nos es provechoso que alce él algun tanto la mano de nosotros; porque si siempre tuviésemos aquella proteccion, no la estimariamos en tanto, ni la tendriamos por tan necesaria; pero cuando Dios nos deja un poco, y parece que vamos á caer, y vemos que luego nos dá la mano, entonces estimamos mas su favor y quedamos mas agradecidos y con mayor conocimiento de su bondad y misericordia (1). Llama uno á Dios en la tentacion, y siente su ayuda, y esperimenta la fidelidad de su Magestad en el buen acogimiento que le hace en el tiempo de la necesidad, y reconócele por padre y defensor (2), y enciéndese con eso mas en su amor, y prorumpe en alabanzas suyas (3), como los hijos de Israel cuando los egipcios les iban á los alcances, y se vieron de esotra parte del mar y á los otros ahogados (4).

De aquí viene tambien (5) no atribuirse uno á sí cosa buena, sino atribuirlo todo á Dios y darle á él la gloria de todo, que es otro bien y próvecho grande de las tentaciones, y un remedio grande contra ellas y para alcanzar grandes favores y mercedes del Señor.

CAPITULO VI.

Que en las tentaciones se prueban y purifican mas los justos y se arraiga mas la virtud.

Dicen tambien los Santos que quiere el Señor que seamos tentados para probar la virtud de cada uno. Asi como con los vientos y tempestades se ve si el árbol ha echado buenas raices; y el valor y fortaleza del caballero y buen soldado no se echa de ver en tiempo de paz, sino en tiempo de guerra, en los encuentros y peleas: asi la virtud y fortaleza del siervo de Dios no se echa de ver cuando hay devocion y sosiego, sino cuando hay tentaciones y trabajos. San Ambrosio, sobre aquellas palabras: "Preparado estoy, y no estoy turbado para guardar tus mandamientos (1)," dice (2) que asi como es mejor piloto y digno de mayor loa el que sabe y tiene industria para gobernar la nave en tiempo que hay tempestades y borrascas, cuando la nave unas veces parece que se va á fondo, otras con las olas se levanta hasta el cielo, que el que la rige y gobierna en tiempo de tranquilidad y bonanza, asi es tambien digno de mayor loa el que se sabe regir y gobernar en tiempo de tentaciones; de tal manera, que ni con la prosperidad se levanta, ni ensoberbece, ni con las adversidades y trabajos se amilana y desmaya, sino que puede decir siempre con el Profeta: "Preparado estoy, y no estoy turbado (3);" dispuesto y preparado estoy para eso y esotro. Pues para esto envia Dios las tentaciones, como hizo con los hijos de Israel, dejándoles aquellas gentes enemigas y contrarias, para probar la constancia y firmeza que tenian en su amor y servicio (4). Y el Apóstol San Pablo dice: "Es menester que haya heregías para que se conozcan los buenos y los que prueban bien (5):" porque Dios los tentó y los

(1) Nisi quia Dominus adjuvit me, paulominus habitasset in inferno anima mea. *Ps.* LXXXXIII, 17.
(2) In quacumque die invocavero te, ecce cognovi quoniam Deus meus es. *Ps.* LIII, 10.
(3) Bonav. *tom.* 2 *opusc. lib.* 2 *de prof. Relig.*, c. 5.
(4) Exod. XV, 1.
(5) Trat. 2, c. 83.

(1) Paratus sum, et non sum turbatus, ut custodiam mandata tua. *Ps.* CXVIII, 60.
(2) Amb. *serm.* 8, *super Ps.* CXVIII.
(3) Paratus sum, et non sum turbatus. *Ps. cit.*
(4) Ut in ipsis experiretur Israelem, utrum audirent mandata Domini, quae praecepit patribus eorum per manum Moysi, an non. *Judit.* III, 4.
(5) Oportet, et haereses esse, ut et qui probati sunt, manifesti fiant in vobis. *I. ad Cor.* XI, 19.

halló dignos de sí (1). Las tentaciones son los golpes con que se descubre la fineza del metal, y la piedra de toque con que prueba Dios á los amigos: entonces se echa de ver lo que hay en cada uno. Así como acá los hombres se huelgan de tener amigos probados, así tambien Dios, y por eso los prueba. Dice el Sábio: "Como los vasos se prueban en el horno, y la plata y oro con el fuego, así los justos se prueban con la tentacion (2)." Dice San Gerónimo: cuando la masa está ardiendo en el fuego, no se echa de ver si es oro, ó plata, ú otro metal, porque todo está entonces de un color, todo parece fuego (3); así en tiempo de consolacion, cuando hay fervor y devocion, no se echa de ver lo que es uno, todo parece fuego; pero sacad la masa del fuego, dejadla enfriar, y vereis lo que es. Dejad pasar aquel fervor y consuelo, venga el trabajo y la tentacion, y entonces se echará de ver lo que es cada uno. Cuando uno en tiempo de paz sigue la virtud, no se sabe si aquello es virtud; ó si nace de su natural bueno, ó de gusto particular que tiene en aquel ejercicio, ó de no haber otra cosa que le lleve; pero el que combatido de la tentacion persevera, ese bien muestra que lo hace por virtud y por el amor que tiene á Dios.

Sirve tambien la tentacion de purificar mas á uno. Así como el artífice purifica la plata y el oro con el fuego, y le quita toda la escoria; así el Señor quiere purificar á sus escogidos con la tentacion, para que así queden mas agradables á su Divina Magestad (4). "Quemarélos como se quema la plata, y los probaré como se prueba el oro," dice Dios por Zacarías (1); y por Isaías: "Coceré hasta lo puro de tu escoria, y te quitaré todo tu estaño (2)." Eso obra la tentacion en los justos: va consumiendo y gastando en ellos el orin de los vicios y el amor de las cosas del mundo y de sí mismos, y hace que queden mas acendrados y purificados. Verdad es, dice San Agustin, que no todos sacan este fruto de las tentaciones, sino solamente los buenos. Hay unas cosas, que puestas al fuego, luego se ablandan y derriten, como la cera; otras hay que se paran mas duras, como el barro. Así los buenos, con el fuego de la tentacion y del trabajo se paran tiernos, conociéndose y humillándose; pero los malos quedan mas duros y obstinados. Como vemos, que de los dos ladrones en cruz, el uno se convirtió, y el otro blasfemó; y así dice San Agustin: «La tentacion es fuego, con el cual el oro queda mas resplandeciente, y la paja consumida; el justo queda mas puro y mas perfecto, y el malo mas perdido. Es una tempestad, de la cual el justo escapa y el malo queda anegado (3).» Los hijos de Israel hallaron camino por las aguas, y las mismas aguas les servian de muro á la diestra y á la siniestra; pero los egipcios quedaron hundidos y anegados en las mismas aguas (4).

San Cipriano trae esta razon (5), para animarnos á los trabajos y persecuciones, y persuadirnos que no las temamos; porque la Escritura divina nos enseña que antes con eso crecen y se multiplican los siervos

(1) Quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos sè. *Sapient.* III, 5.

(2) Vasa figuli probat fornax, et homines justos tentatio tribulationis; et sicut igne probatur argentum, et aurum camino, ita corda probat Dominus. *Eccl.* XXVII, 6.—*Prov.* XVII, 3.

(3) Hieronym. *in ep. ad Galat.* III.

(4) Igne nos examinasti, sicut examinatur argentum. *Psal.* LXV, 10.

(1) Uram eos, sicut uritur argentum, et probabo eos, sicut probatur aurum. *Zach. cap.* XIII, 9.

(2) Et excoquam ad purum scoriam tuam, et auferam omne stannum tuum. *Isaiae*, I, 25.

(3) Tentatio ignis est, in quo aurum rutilat, palea consumitur, justus perficitur, peccator miserè perit. Tempestas est, ex qua hic emergit, ille suffocatur. *Aug.*

(4) Exod. XIV, 29.

(5) Cyprian. *lib. de exhortat. Martyrii.*

de Dios, como dice de los hijos de Israel (1), cuánto eran mas oprimidos y acosados de los egipcios, tanto mas crecian y se multiplicaban. Y del Arca de Noé dice: "Multiplicáronse las aguas del diluvio, y levantaron el Arca sobre los montes de Armenia (2):" así las aguas de las tentaciones y trabajos levantan y perfeccionan mucho un alma. Y si vos no quedais mas purificado con la tentacion será porque no sois oro, sino paja, y por eso quedais negro y feo. Gerson dice (3) que así como el mar con las borrascas y tempestades desecha de sí las inmundicias que ha recogido, y queda limpio y purificado; así la mar espiritual de nuestra ánima con las tentaciones y trabajos queda limpia y purificada de las inmundicias é imperfecciones que con la demasiada paz y tranquilidad suele recoger; y para eso las envia Dios.

Mas: así como el buen labrador poda la vid para que dé mas fruto; así, dicen los Santos, Dios nuestro Señor, que se compara en el Evangelio al labrador, poda sus vides, que son sus escogidos, para que fructifiquen mas (4).

Mas, con que se confirma lo pasado: la tentacion hace que se arraigue mas en el alma la virtud contraria. Dice el santo abad Nilo: «Así como los vientos, hielos y tempestades hacen que las plantas y árboles se arraiguen mas en la tierra; así las tentaciones hacen que se arraiguen mas en el alma las virtudes contrarias (5).» Y así declaran los Santos aquello de San Pablo: "La virtud se perficiona con la enfermedad;" »esto es, se establece, se funda, se declara estable (1).» Como cuando otro impugna una verdad, que vos defendeis, mientras mas razones y argumentos trae para impugnarla, mas razones buscais vos para defenderla y confirmarla, y con eso y con ver que respondeis y satisfaceis á los argumentos contrarios os vais confirmando en ella; así tambien el siervo de Dios, mientras mas tentaciones le trae el demonio para contrastar la virtud, mas motivos y razones busca él para conservarla y resistir á la tentacion, y entonces hace nuevos propósitos, y se ejercita mas en actos de aquella virtud, con lo cual ella se arraiga y fortifica, y crece mas. Y así dicen muy bien que la tentacion obra en el ánima lo que los golpes en la yunque, que la endurecen mas y hacen mas sólida y fuerte.

Fuera de esto, que va por el camino ordinario, dice San Buenaventura (2) que suele Dios nuestro Señor consolar y premiar estraordinariamente á los que han sido muy tentados de algun vicio, y mostrádose fieles en la tentacion, dándoles con ventaja y escelencia grande la virtud contraria. Como cuenta San Gregorio de San Benito que, porque resistió varonilmente á una tentacion vehemente de carne, echándose desnudo entre unos abrojos y espinas, le dió el Señor tanta perfeccion en la castidad que de ahí adelante nunca mas sintió tentaciones deshonestas. Lo mismo leemos de Santo Tomás de Aquino, cuando con un tizon de fuego hizo huir á una muger que le venia á solicitar. Envióle Dios luego dos ángeles que le ciñeron y apretaron los lomos fuertemente, en señal que le concedia el don de perpétua castidad. De la misma manera, dice San Buenaventura, que á los

(1) Exod. I, 12.
(2) Et multiplicatae sunt aquae, et elevaverunt Arcam in sublime. *Genes.* VII, 17.
(3) Gerson *de Mystica theologia práctica, consid. vel industria* 6.
(4) Omnem palmitem, qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus afferat. *Joann.* XV, 2.
(5) Plantas enutriunt venti, et tentatio confirmat animae fortitudinem. *Nilus Abbas.*

(1) Virtus in infirmitate perficitur (*II. ad Cor.* XII 9); id est, stabilitur, fundatur, stabilis declaratur.
(2) Bonav. *proc. 4 Relig., cap.* 13.

que son tentados de la fé, y con tentaciones de blasfemia, suele el Señor dar despues una claridad é ilustracion grande en esto y un muy encendido amor de Dios, y asi de otras tentaciones. Y trae á este propósito aquello de Isaías: "Cogerán y sujetarán á los que los quieran coger y sujetar (1)." Esta es una cosa que consuela mucho en las tentaciones. Consolaos y animaos á pelear, hermano mio, que quiere el Señor arraigar en vos con eso la virtud contraria; quiere daros una castidad angélica. Salióle á Sanson un leon al encuentro, y él acometióle y matóle, y despues halló en él un panal de miel (2). Asi, aunque la tentacion al principio os parezca leon, no la temais, sino acometedla y vencedla, y vereis cómo hallais despues en esa misma una dulzura y suavidad muy grande.

De aqui se entenderá que tambien, al contrario, cuando uno se deja llevar de la tentacion y condesciende con ella, crecerá el vicio con sus propios actos, y juntamente la tentacion, y será mas fuerte de ahí adelante, porque está mas arraigado el vicio y mas enseñoreado de él. Y lo nota San Agustin (3). "Un pecado pecó Jerusalen, por eso se ha hecho inconstante (4)," dice el profeta Jeremías. Porque pecó, quedó mas instable é inconstante, y mas flaca para tornar á caer: que es lo que dijo tambien el Sábio: "El pecador añadirá al pecado (5)." Este es un aviso muy importante para los que son combatidos de tentaciones; porque á algunos suele engañar y cegar el demonio, haciéndoles creer que satisfagan á su tentacion y que asi cesará. El cual es un engaño muy grande; antes si cumplís con la tentacion, se arraigará mas y crecerá mas la pasion y apetito; y tendrá de ahí adelante mayores fuerzas y mayor señorío sobre vos, y os tornará á derribar mas fácilmente otra y otra vez. Dicen muy bien que es esto como la hidropesía, que mientras mas bebe el hidrópico, mas sed tiene; y como el avariento (1), que mientras mas tiene, mas crece la codicia de tener: asi acá, tened entendido que cuando os dejeis llevar de la tentacion, y condescendais con ella, crece ella tantos quilates, y vos perdeis otros tantos de fortaleza, y asi quedais mas sujeto para tornar á caer mas fácilmente. Y cuando resistís y os haceis fuerza, no condescendiendo con ella, crece la virtud y fortaleza en vosotros tantos quilates. Y asi, el medio para alcanzar victoria contra las tentaciones y malas inclinaciones, y quedar quieto y sosegado, es no condescender con ellas, ni dejar que salgan jamás con la suya: porque de esa manera, poco á poco, con el favor del Señor, va perdiendo la fuerza la tentacion y la pasion, hasta no dar molestia ni pesadumbre ninguna. Lo cual nos deberia animar mucho á resistir con valor á las tentaciones.

(1) Et erunt capientes eos, qui se ceperant, et subjicient exactores suos. *Isai.* XIV, 2.
(2) Judic. XIV, 6 *et* 8.
(3) Aug. *lib.* 8 *Confess. cap.* 5.
(4) Peccatum peccavit Jerusalem, propterea instabilis facta est. *Threnorum* 8.
(5) Et pecator adjiciet ad peccandum. *Eccl.* III, 29.

CAPITULO VII.

Que las tentaciones hacen al hombre diligente y fervoroso.

Traen tambien consigo otro bien y provecho muy grande las tentaciones, que hacen al hombre diligente y cuidadoso y que ande con fervor y espíritu, como quien anda siempre á punto de pelear; asi como la larga paz hace á los hombres flojos, descuidados y para poco; y la guerra y

(1) Crescit amor nummi, quantum ipsa pecunia crescit.

ejercicio de armas los hace fuertes, robustos y valerosos; y por eso Caton, en el Senado romano, dió aquel parecer: «Conviene á los romanos que Cartago esté en pié, porque el ócio no los traiga á otros mayores males. Y ¡ay!, dice (1), de Roma, cuando faltare Cartago!» Lo mismo respondieron los lacedemonios; porque afirmando su rey, que habia de destruir y asolar una ciudad, que les daba mucho en qué entender á cada paso, dijeron los gobernadores y senadores que en ninguna manera consentirian que se quebrase la piedra de amolar en que se aguzaban y avivaban las fuerzas y virtud de los mancebos lacedemonios (2). A la ciudad que muchas veces les hacia tocar al arma, llamaban piedra de amolar: porque por ella la juventud se ejercitaba en las armas y se descubrian los aceros y valor de cada uno; y el no tener peleas y conquistas, juzgaban por gran detrimento. Pues asi, el no tener tentaciones suele hacer á los hombres remisos y descuidados; y el tenerlas, diligentes y fervorosos. Andase uno mano sobre mano; no hay quien le haga tomar la disciplina, ni el cilicio: en la oracion, está bostezando; en la obediencia, con flojedad; anda buscando entretenimientos: viénele una tentacion vehemente, en que es menester Dios y ayuda, y con eso se anima, y cobra brío y fervor para la mortificacion y para la oracion. Aun allá dicen: «si quereis saber orar, entrad en la mar.» La necesidad y peligro enseñan á orar y hacen acudir á Dios de veras. Y asi dice San Juan Crisóstomo, que para esto permite Dios las tentaciones para nuestro mayor bien y provecho espiritual. «Cuando vé, dice (3), que vamos descaeciendo hácia la tibieza, y apartándonos de su trato y familiaridad, y que hacemos poco caso de las cosas espirituales, poco á poco nos deja, para que asi castigados, volvamos á su Magestad con mas cuidado.» Y en otra parte dice: «Cuando el demonio nos acomete y procura espantar con sus tentaciones, aquello nos es de provecho: porque entonces conocemos lo que somos, y acudimos á Dios con mayor cuidado (1).»

De manera, que las tentaciones, no solo no son impedimento, ni estorbo para caminar en el camino de la virtud; antes son medio y ayuda para eso. Y asi el Apóstol San Pablo no llamó á la tentacion cuchillo ni lanza, sino estímulo y aguijon (2); porque asi como el aguijon no mata ni daña, sino aviva y despierta y hace caminar mas apriesa, asi la tentacion no hace daño sino mucho provecho, porque aviva y despierta para mejor caminar. Y este provecho suele ser general para todos, aunque estén muy aprovechados; porque asi como el caballo, aunque sea bueno y fuerte, ha menester espuela, y entonces corre mejor cuando la siente; asi los siervos de Dios corren mejor y mas ligeramente en el servicio de Dios cuando sienten estos estímulos y aguijones de las tentaciones, y entonces andan mas humildes y recatados.

Dice San Gregorio (3): La pretension del demonio con la tentacion, es mala; mas la del Señor es buena. Como la sanguijuela, cuando chupa la sangre del enfermo, lo que pretende es hartarse de ella y beberla toda,

(1) Carthaginem non delendam, ne Romani otio, et torpore languerent. Vae (dixit) Romae, si Carthago non steterit. *Caton.*

(2) Paulus Manutius *in Apopht.* pag. 113, §. 24.

(3) Cum enim nos ad torporem declinantes videmus, et ab ipsius familiaritate resilientes, et spiritualium nullam rationem facientes, paululum nos derelinquit: ut ita castigati ad ipsum studiosius redeamus. *Cris. hom.* 14, *ad Pop. Ant.*

(1) Quando malignus ille perterret nos atque perturbat, tunc frugi efficimur, tunc nos metipsos agnoscimus, tunc ad Deum omni studio recurrimus. *t.* 5, *et lib.* 1 *de Providentia.*

(2) Datus est mihi stimulus carnis. *II. ad Cor.* XII, 7.

(3) Gregor. *lib.* 2 *Moral.*, *cap.* 32.

si pudiese: pero el médico pretende con ella sacar la mala sangre y dar salud al enfermo. Y cuando dan un boton de fuego á un enfermo, lo que pretende el fuego es abrasar: pero el cirujano no pretende sino sanar; el fuego querria pasar á lo sano; el cirujano solo á lo enfermo, y no le deja pasar adelante. Asi el demonio con la tentacion pretende destruir la virtud y el merecimiento y gloria nuestra; pero el Señor pretende y obra maravillosamente todo lo contrario por ese mismo medio. Y asi las piedras que el demonio arroja contra nosotros para descalabrarnos y matarnos, las toma él para labrarnos de ellas una muy hermosa y preciosísima corona, como leemos del glorioso San Esteban (1), que estaba rodeado de perseguidores y cercado de piedras que le tiraban, y vé abiertos los cielos y allí á Jesucristo, cómo estaba recogiendo aquellas piedras, para de ellas fabricarle una corona de pedrería de gloria.

Añade Gerson (2) aqui otra cosa de mucho consuelo, y dice que es doctrina comun de los doctores y Santos, que aunque uno, cuando es molestado de tentaciones, haga algunas faltas y le parezca que tuvo alguna negligencia y descuido y que se mezcló alguna culpa venial; con todo eso, por otra parte la paciencia que tiene en aquel trabajo y la conformidad con la voluntad de Dios, y la resistencia que hace peleando contra la tentacion, y las diligencias y medios que pone para alcanzar la victoria, no solamente quitan y purgan todas esas faltas y negligencias, sino hacen que crezca y se adelante en merecimiento de mayor gracia y de mayor gloria, conforme á aquello del Apóstol: "Saca Dios bien de la tentacion (3)," y hace que quedemos de ella medrados y aventajados. El ama ó madre, para que el niño sepa andar, apártale un poco de sí, y luego llámale; él tiembla, y no osa ir; ella le deja, aunque caiga algunas veces, teniendo aquel por menos daño que el no saber andar: de esa manera se há Dios con nosotros: "Yo, dice él (1), soy como el ama de Efrain." No tiene Dios en nada esas caidas y faltas que á vos os parece que haceis, en comparacion del provecho que de las tentaciones se sigue.

De la santa vírgen Gertrudis cuenta Blosio (2), que afligiéndose y reprendiéndose ella mucho por un defecto pequeño que tenia, deseó y pidió á Dios que se le quitase del todo. Y respondióle el Señor con mucha blandura y suavidad: «¿Para qué quieres que yo sea privado de grande honra, y tú de grande premio? Porque cada vez que reconociendo ese defecto, ú otro semejante, propones de evitarle de ahí adelante, ganas grande premio; y cada vez que procura uno vencer sus defectos por mi amor, me honra á mí tanto, cuanto un soldado á su rey, cuando por él pelea varonilmente en la guerra contra sus enemigos y los procura vencer.»

CAPITULO VIII.

Que los Santos y siervos de Dios, no solamente no se entristecian con las tentaciones, antes se holgaban por el provecho que con ellas sentian.

Por estos bienes y provechos grandes que se siguen de las tentaciones, los Santos y siervos de Dios, no solamente no se entristecian con ellas, sino antes se holgaban, conforme á aquello del Apóstol Santiago: "Hermanos mios, cuando os viéredes en

(1) Actuum VII, 55.
(2) Gers. *tract. contra pusilanimit.*
(3) Faciet etiam cum tentatione proventum. *I. ad Cor.* X, 13.

(1) Et ego quasi nutritius Ephraim. *Oseæ* XI, 3.
(2) Blosius, *cap.* 4 *Monil. spirit.*

diversas tentaciones, tenedlo por grande ganancia, y holgaos mucho con eso (1)." Y el Apóstol San Pablo, escribiendo á los romanos, dice: "No solamente llevamos las tentaciones y trabajos con paciencia, sino gloriámonos en ellas, y llevámoslas con gozo y regocijo: porque sabemos que en ellas se muestra la paciencia, y en esa paciencia se prueba uno, y esa prueba da grandes esperanzas (2)." De esta manera declara tambien San Gregorio aquello de Job: "Si durmiere, diré: ¿cuándo me levantaré? y despues esperaré la tarde (3)." Por la tarde, que esperaba, entiende San Gregorio la tentacion (4). Y nota que la deseaba el Santo Job como cosa buena y provechosa: «porque las cosas buenas y prósperas, decimos que las esperamos; y las malas y dañosas, que las tememos (5).» Pues porque tenia el Santo Job la tentacion por cosa que le convenia y le era buena y provechosa, por eso, dice, que la esperaba.

San Doroteo (6) trae á este propósito aquel ejemplo que se cuenta en el *Prado Espiritual*, de uno de aquellos PP. antiguos, el cual era combatido del espíritu de la fornicacion; y él, favoreciéndole la gracia del Señor, resistia varonilmente á sus malos y sucios pensamientos; y para mortificarse, ayunaba, estaba mucho tiempo en oracion, y maltrataba su cuerpo con la obra de sus manos. Como su santo maestro le vió en tanto trabajo, díjole: «Si quieres, hijo mio, rogaré al Señor que te libre de este combate.» A esto respondió el discípulo: «Bien veo, Padre, que es grande trabajo el que padezco: mas con todo eso siento que por esta causa de esta tentacion me aprovecho mas; porque acudo mas á Dios con la oracion y con la mortificacion y penitencia. Y asi, lo que te suplico es, que ruegues á Dios me dé paciencia y fortaleza para sufrir este trabajo y salir de él vencedor, limpio y sin reprension alguna.» Mucho se holgó el santo viejo de oir esta respuesta, y dijo: «Ahora entiendo, hijo, que vas aprovechando en el camino de la perfeccion, porque cuando uno es combatido de algun vicio y él procura resistir varonilmente, anda humillado, solícito y acongojado, y con estas aflicciones y trabajos se va poco á poco purgando y purificando el alma, hasta llegar á una puridad y perfeccion muy grande.» De otro santo monge cuenta San Doroteo (1), que porque le quitó Dios una tentacion que tenia, se entristeció, y llorando decia amorosamente á Dios: «Señor, que no fuí yo digno de padecer y ser afligido y atribulado algun tanto por vuestro amor!»

San Juan Clímaco cuenta (2) de San Efrén, que viéndose en altísimo estado de paz y tranquilidad, á la cual llama él cielo terrenal, é impasibilidad, rogaba á Dios que le volviese y renovase las batallas antiguas de sus tentaciones, por no perder la ocasion y materia de merecer y labrar su corona. Y de otro santo monge (3) cuenta Paladio que vino un dia al abad Pastor, y díjole: «Ya Dios me ha quitado las peleas y dádome paz, porque se lo he rogado.» Dijo Pastor: «Vuelve á Dios, y pídele que te vuelva tus peleas, porque no te hagas negligente.» Fué al Señor, y díjole lo que Pastor decia.

(1) Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis. *Jacob.* 1, 2.
(2) Non solum autem, sed et gloriamur in tribulationibus; scientes quod tribulatio patientiam operatur; patientia autem probationem; probatio vero spem. *Ad Rom.* V, 3.
(3) Si dormiero, dicam, quando consurgam? Et rursum expectabo vesperam. *Job.* VII, 4.
(4) Greg. *lib.* 8 *Moral. cap.* 10.
(5) Expectamus enim prospera, et formidamus adversa.
(6) Dorot. *doctrina* 13.

(1) Dorot. *ubi supra.*
(2) Climacus, *cap.* 29.
(3) Del abad Juan Brev.

Respondióle Dios, que tenia su maestro razon; y volvióle sus tentaciones. En confirmacion de esto vemos que el Apóstol San Pablo, cuando pidió ser libre de la tentacion, no fué oido, sino respóndele el Señor: "Bástate mi gracia, porque en la tentacion se perficiona y echa de ver la virtud (1)."

CAPITULO IX.

Que en las tentaciones es uno enseñado, no solamente para sí, sino para otros.

Traen consigo las tentaciones otro provecho muy grande y muy importante para los que tratan de ayudar á los prójimos; y es, que en ellas es un alma muy enseñada, no solamente para sí, sino para otros; porque esperimenta en sí lo que despues ha de ver en los que ha de tratar y enderezar. Váse uno ejercitando en la milicia espiritual, y va advirtiendo con atencion las entradas y salidas del demonio; con lo cual se aprende el magisterio espiritual para guiar almas, porque la esperiencia enseña mucho. Y de ahí vino el proverbio «no hay mejor cirujano que el bien acuchillado.» Asi como el andar por el mundo hace á los hombres rasgados, prácticos y esperimentados (los que navegan el mar, dice el Sábio (2), cuentan sus riesgos), asi tambien lo hacen las tentaciones. Y por esto dijo tambien el Sábio: "El que no ha sido tentado, ¿qué puede saber (3)?" Ni para sí, ni para otros sabrá. Pero el hombre ejercitado y esperimentado, ese sabrá mucho y será hombre de muchos medios (4). El que estuviere bien curtido en estas guerras espirituales será buen pastor. Pues para eso quiere tambien el Señor que tengamos tentaciones, para que quedemos enseñados y diestros en el magisterio espiritual de guiar y enderezar almas. Declarando mas esto, quiere tambien el Señor que seamos tentados para que cuando viéremos á nuestro hermano tentado y afligido, sepamos tener compasion de él. Asi como acá en lo corporal aprovecha mucho el haber tenido uno enfermedades y achaques para compadecerse despues de los que los tienen y saberles acudir con caridad y amor, asi es tambien en lo espiritual.

Cuenta Casiano (1) que un monge mancebo y muy religioso, era muy tentado de tentaciones deshonestas, y fuese á otro monge viejo y declaróle llanamente todas aquellas tentaciones y movimientos malos que padecia, pensando que hallaria consuelo y remedio con sus oraciones y consejos. Pero acontecióle muy al revés; porque el viejo éralo solo en los años, y no en la prudencia y discrecion: y oyendo las tentaciones del mancebo, se comenzó á espantar y santiguar, y dále una buena mano, reprendiéndole con palabras muy ásperas, llamándole desdichado y miserable, y diciéndole que era indigno del nombre de monge, pues tales cosas pasaban por él. Al fin le envió tan desconsolado con sus reprensiones, que el pobre monge, en lugar de salir curado, salió mas llagado con tan grande tristeza, desconfianza y desesperacion, que ya no pensaba, ni trataba del remedio de su tentacion, sino de ponerla por obra; tanto, que tomaba ya el camino de la ciudad con esta determinacion é intento. Encontróle á caso el abad Apolo, que era uno de los Padres mas santos y mas esperimentados que alli

(1) Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur. *II. ad Cor.* XII, 9.

(2) Qui navigant mare enarrant pericula ejus. *Eccl.* XLV, 26.

(3) Qui non est tentatus, quid scit? *Eccl.* XXXIV, 9.

(4) Vir in multis expertus, cogitabit multa... Qui non est expertus, pauca recognoscit. *Ibid.*

(1) *Cas. Collat. 2 abbat. Moysi, c. 10.*

habia, y en viéndole, conoció en su semblante y disposicion que tenia alguna grave tentacion; y comienza con grande blandura á preguntarle qué sentia y qué era la causa de la turbacion y tristeza que mostraba. El mancebo estaba tan pensativo y tan embebecido en sus imaginaciones que no respondia palabra. El viejo, viendo que la tristeza y turbacion era tan grande que no le dejaba hablar, y que queria encubrir la causa de ella, importunóle con mucho amor y suavidad que se la dijese; al fin, importunado, dícele claramente que, pues no podia ser monge, ni refrenar las tentaciones y movimientos de la carne, conforme á lo que le habia dicho tal viejo, que habia determinado de dejar el monasterio y volverse al mundo y casarse. Entonces el santo viejo Apolo comiénzale á consolar y animar, diciendo que él tambien tenia cada dia aquellas tentaciones, que no por eso se habia de espantar ni desconfiar: porque estas cosas no se vencen, ni desechan tanto con nuestro trabajo, cuanto con la gracia y misericordia de Dios. Finalmente, pídele que siquiera por un dia se detenga y se torne á su celda, y que allí pida á Dios luz y remedio de su necesidad. Y como fué tan breve el plazo que pidió, alcanzólo de él; y alcanzado, váse el abad Apolo á la hermita ó celda del viejo, que le habia reprendido, y ya que llegaba cerca, pónese en oracion é hincadas las rodillas, y levantadas las manos y con lágrimas en sus ojos, comienza á rogar á Dios: «Señor, que sabeis las fuerzas y flaqueza de cada uno, y sois médico piadoso de las almas, pasad la tentacion de aquel mancebo á este viejo, para que sepa siquiera en la vejez compadecerse de las flaquezas y trabajos de los mozos.» Apenas habia él acabado esta oracion, cuando vió que un negrillo muy feo estaba tirando una saeta de fuego á la celda de aquel viejo, con la cual herido el viejo salió luego de la celda, y andaba como loco saliendo y volviéndose á entrar; y al fin, no pudiendo sosegar, ni quietarse en la celda, tomó el camino que llevaba el otro mancebo para la ciudad. El abad Apolo, que estaba á la mira, y por lo que habia visto entendia su tentacion, llégase á él y pregúntale: «¿á dónde vas? ¿y qué es la causa ó tentacion que e hace, que olvidado de la gravedad y madurez que pide tu edad, andes con tanta priesa é inquietud?» Él confundido y avergonzado con su mala conciencia, entendió que habia conocido su tentacion, y no tuvo boca para responder. Entonces toma la mano el santo abad, y comiénzale á dar doctrina: «vuélvete, dice, á tu celda, y entiende que hasta aquí, ó el demonio no te conocia, ó no hacia caso de tí; pues no peleaba contigo, como él suele hacer con aquellos de quien tiene envidia; en eso conocerás tu poca virtud, pues al cabo de tantos años que eres monge, no pudiste resistir á una tentacion, ni aun sufrirla, y aguardar siquiera un solo dia, sino que luego al punto te dejaste vencer, y la ibas ya á poner por obra. Entiende, que por eso ha permitido el Señor que te venga esta tentacion, para que siquiera en la vejez sepas compadecerte de las enfermedades y tentaciones de los otros, y aprendas por esperiencia que los has de enviar consolados y animados, y no desesperados, como hiciste con aquel mancebo que vino á tí: al cual sin duda el demonio acometia con estas tentaciones, y te dejaba á tí, porque tenia mas envidia de su virtud y de su aprovechamiento que del tuyo, y le parecia que una virtud tan fuerte con fuertes y vehementes tentaciones habia de ser contrastada. Pues aprende de aqui adelante de tí á saber compadecerte de los otros, y á dar la mano al que va á caer, y ayudarle á levantar con palabras blandas y amorosas, y no ayudarle á caer con palabras ásperas y

desabridas; conforme á aquello de Isaías: "Dios me ha dado prudencia y discrecion para que sepa animar y sustentar al que ha caido (1);" y conforme al ejemplo de nuestro Salvador, del cual dice el mismo Isaías, y lo trae el Evangelista San Mateo: "La caña cascada no la acabará de quebrar, y la torcida que está humeando, no la acabará de apagar (2)." Concluyó el santo viejo diciendo: «y porque ninguno puede apagar, ni reprimir los movimientos y encendimientos de la carne, sino es con el fervor y gracia del Señor, hagamos oracion á Dios, pidiéndole que te libre de esta tentacion; porque él es el que hiere y el que sana, el que humilla y ensalza, el que mortifica y vivifica.» Pónese el Santo en oracion, y asi como por su oracion le vino la tentacion, asi tambien por ella se la quitó luego el Señor. Y con esto quedaron remediados y enseñados asi el mozo como el viejo.

CAPITULO X.

Comiénzase á tratar de los remedios contra las tentaciones: y primeramente del ánimo, esfuerzo y alegria que habemos de tener en ellas.

"Hermanos mios, dice el Apóstol San Pablo (3), confortaos en el Señor y en la potencia de su virtud. Armaos de Dios para que podais resistir y tener fuerte contra las asechanzas del demonio." El bienaventurado San Antonio, varon muy ejercitado y esperimentado en estas guerras y batallas espirituales, solia decir que uno de los principales medios para vencer á nuestro enemigo, es mostrar ánimo, esfuerzo y alegria en las tentaciones; porque con eso luego él se entristece y desmaya, y pierde la esperanza de podernos dañar. Nuestro Padre, en el libro de los Ejercicios Espirituales pone una regla ó documento muy bueno á este propósito. Dice (1) que el demonio nuestro enemigo se há con nosotros en las tentaciones como se há una muger cuando riñe con algun hombre, que si ve que el hombre le resiste y muestra pecho, luego ella se amilana, y vuelve las espaldas y huye; pero si siente en el hombre pusilanimidad y cobardía, luego ella se engrie y toma de alli mas atrevimiento y osadía y se hace un tigre. Asi el demonio, cuando nos tienta, si nosotros le mostramos pecho y brío, y resistimos varonilmente á sus tentaciones, luego desmaya y se dá por vencido; pero si siente en nosotros pusilanimidad y desmayo, entonces cobra mayor brío y fortaleza, y se hace un tigre y un leon contra nosotros. Y asi dice el Apóstol Santiago: "Haced rostro al demonio, resistidle con ánimo y esfuerzo, y huirá de vosotros (2)." Confirma esto San Gregorio (3) con aquello de la Escritura en el libro de Job (4), donde segun los Setenta, llama al demonio *mirmicoleon*, esto es, leon y hormiga. Es leon de las hormigas; pero si vos le mostrais fortaleza de leon, será una hormiga para vos. Por esto nos aconsejan los Santos, que en las tentaciones no nos entristezcamos, porque nos haremos cobardes y pusilánimes; sino que peleemos con alegría, como dice la Sagrada Escritura de Judas Macabeo y sus hermanos

(1) Dominus dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum, qui lassus est, verbo. *Isai.* L, 4.
(2) Arundinem quassatam non confringet, et linum fumigans non extinguet. *Isai.* XLII, 3; *et Matth.* XII, 20.
(3) De caetero, fratres, confortamini in Domino, et in potentia virtutis ejus. Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli. *Ad Ephes.* VI, 10.

(1) Ignat. *lib. Exerc. spirit. Regul.* 12, *ad motus animae discernendos.*
(2) Resistite diabolo, et fugiet a vobis *Jacob.* IV, 7.
(3) Mirmicoleon; id est, leo, et formica. *Gregor. lib.* 5. *Mor.*, c. 17.
(4) Job. IV, 11.

y compañeros: "Peleaban las batallas de Israel con grande alegria (1);" y así vencian.

Y hay otra razon para esto; que como los demonios son tan envidiosos de nuestro bien, nuestra alegria les atormenta y da pena, y nuestra tristeza y pusilanimidad los alegra; y asi, aunque no fuese sino por eso, habiamos de procurar no mostrar pusilanimidad ni tristeza, por no darles ese contento, sino mostrar mucho ánimo y alegria para hacerlos rabiar con ello. Cuentan las Historias eclesiásticas de los Santos mártires, que una de las cosas con que hacian rabiar á los tiranos, y con que ellos atormentaban mas á los tiranos que los tiranos á ellos, era con el ánimo y fortaleza que mostraban en los tormentos. Pues de esa manera nos habemos de haber nosotros con los demonios en las tentaciones, para hacerlos rabiar y que queden corridos. Por ser este medio tan principal para vencer las tentaciones y salir con victoria y triunfo de nuestros enemigos, iremos diciendo en los capítulos siguientes algunas cosas que nos ayudarán á tener este ánimo y esfuerzo en ellas.

CAPITULO XI.

Cuán poco es lo que el demonio puede contra nosotros.

Ayudarános, y no poco, para tener ánimo y esfuerzo en las tentaciones, considerar la flaqueza de nuestros enemigos y cuán poco puede el demonio contra nosotros, pues no nos puede hacer caer en pecado ninguno, si nosotros no queremos. Dice muy bien San Bernardo: «Mirad y advertid, hermanos mios, cuán flaco es nuestro enemigo, pues no puede vencer sino al que quiere ser vencido (1).» Si cuando uno va á la guerra á pelear contra su enemigo, estuviese cierto que si él quisiese venceria, y que en su mano estaba la victoria, ¡qué contento llevaria, porque iria cierto de ella, pues de sí está cierto que quiere vencer y no ser vencido! Pues de esta manera podemos ir nosotros á pelear con el demonio; porque estamos ciertos que no nos puede vencer, si nosotros no queremos ser vencidos. San Gerónimo (2) notó esto muy bien sobre aquellas palabras que el demonio dijo á Cristo nuestro Redentor, cuando puesto en el pináculo del templo, le tentó persuadiéndole que se echase de allí abajo (3). Dice San Gerónimo: «Esa es voz del demonio, que desea que todos se echen y caigan abajo (4).» El demonio puede persuadir que os echeis; mas no os puede él echar si vos no quereis (5); «échate de ahí abajo,» dice el demonio, cuando os tienta: «échate en el infierno.» Decidle vos: «échate tú, que sabes ya el camino, que yo no me quiero echar.» Pues si vos no quereis ir al infierno, él no os puede llevar allá. Andaba uno muy afligido y ya muy consumido y gastado con una tentacion del demonio que le decia interiormente: «ahórcate.» Díjole un religioso á quien se declaró: «hermano, ¿eso no ha de ser queriendo vos? Pues decidle, «no quiero;» y avisadme de aquí á ocho dias cómo os va.» Y quitósele con aquello la tentacion, y volvió á dar las gracias al confesor que tal remedio le habia dado. Pues este es el medio que ahora vamos dando.

Concuerda bien con esto lo que dice San Agustin: «Hermanos mios, antes de la

(1) Et praeliabantur pro eum Israel cum laetitia. *I. Mach.* III, 8.

(1) Videte, fratres, quam debilis est hostis noster, qui non vincit nisi volentem. *Bernard.*

(2) Hieron. *sup. cap. 4 Matth.*

(3) Mitte te deorsum. *Matth.* IV, 6.

(4) Vox diaboli est, qui semper omnes cadere deorsum desiderat. *Hieron, ubi supra.*

(5) Persuadere potest, praecipitare non potest. *Ib.*

venida de Cristo, el demonio andaba suelto; pero viniendo él al mundo, ató al demonio que se habia hecho fuerte en él, como dice el Sagrado Evangelio (1), y le vió San Juan en el Apocalipsi (2).» "Ví, dice (3), volar un angel del cielo que tenia la llave del abismo, y una gran cadena en la mano, y cogió al dragon, serpiente antigua, que es el demonio, y atólo por mil años, y arrojólo al abismo, y cerró y selló, dejándolo encerrado para que no engañe mas á las gentes hasta que se pasen mil años, y despues se le dará larga por algun poquillo de tiempo." Dice San Agustin, sobre este lugar, que este atar al demonio, es, no le dejar ni permitir que haga todo el mal que él podia y queria, si le dejaran, tentando y engañando á los hombres de mil maneras esquisitas. Cuando venga el Anti-Cristo, le darán alguna mas licencia; mas ahora está muy atado. Pero direis: «si está atado ¿cómo prevalece y hace tanto mal?» Es verdad, dice San Agustin, que prevalece y hace mucho daño; pero eso es en los descuidados y negligentes: porque el demonio está atado como perro con cadenas, y no puede morder á nadie, sino es al que se quiere llegar á él. Ladrar puede y provocar y solicitar á mal; pero no puede morder, ni hacer mal, sino al que se le quiere llegar (4). Pues asi como seria necio, y os reiriades y hariades burla del hombre que se dejase morder de un perro que está amarrado fuertemente con una cadena: asi, dice San Agustin, merecen que se rian y hagan burla de ellos, los que se dejan morder y ser vencidos del demonio, pues está atado y amarrado fuertemente, como perro rabioso, y no puede hacer mal sino á los que se le quieren llegar: vos os lo quisistes, pues os llegastes á él para que os mordiese; que él no puede llegar á vos, ni haceros caer en culpa alguna, si vos no quereis; y asi podeis hacer burla de él. Declara San Agustin á este propósito aquello del Salmo: "Este dragon, que criastes, Señor, para que hiciésemos burla de él (1)." ¿No habeis visto cómo hacen burla de un perro, ó de un oso atado, y se van á jugar y pasar tiempo con él los muchachos? Pues asi podeis hacer burla del demonio, cuando os trae las tentaciones, y llamarle de perro, y decirle: «anda, miserable, que estás atado, no puedes morder, no puedes hacer mas de ladrar.»

Cuando al bienaventurado San Antonio le aparecieron los demonios en diversas formas espantables, en figuras de fieros animales, como leones, tígres, toros, serpientes y escorpiones, cercándole y amenazándole con sus uñas, dientes, bramidos y silvos temerosos, que parecia le querian ya tragar; el Santo hacia burla de ellos, y decíales: «si tuviésedes algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaria para pelear con un hombre: mas porque sois flacos, procurais juntaros á una mucha canalla, para poner miedo con eso. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, veisme aquí, tragadme; mas si no le teneis, ¿para qué trabajais en valde?» Asi podemos hacer nosotros; porque despues que Dios se hizo hombre, ya no tiene el demonio fuerzas, como él mismo lo confesó á San Antonio, el cual respondió: «Al Señor

(1) Matth. XII, 29.
(2) August. *serm.* 197 *de tempore.*
(3) Et vidi angelum descendentem de coelo, habentem clavem abyssi, et catenam magnam in manu sua. Et apprehendit draconem, serpentem antiquum, qui est diabolus, et Satanas, et ligavit eum per annos mille: et misit eum in abyssum, et clausit, et signavit super illum, ut non seducat amplius gentes, donec consumentur mille anni. Et post haec oportet illum solvi modico tempore. *Apoc.* XX, 1.
(4) Latrare potest, solicitare potest, mordere omnino non potest, nisi volentem. *Aug. lib.* 20 *de civil.*, c. 8.

(1) Draco iste quem formasti ad illudendum ei, *Psal.* CIII, 26.

se dén gracias por eso que, aunque eres padre de mentiras, en eso dices verdad, porque el mismo Cristo nos lo dice:» "Ya yo he vencido y librado al mundo" de la sujecion y poderío del demonio, "por eso tened ánimo y confianza (1)." "Gracias infinitas sean dadas al Señor, que por Cristo nos ha concedido esta victoria (2)."

CAPITULO XII.

Que nos ha de dar grande ánimo y esfuerzo para pelear y en las tentaciones considerar que nos está mirando Dios.

Ayudarános tambien mucho para tener grande ánimo y esfuerzo en las tentaciones, y pelear varonilmente en ellas, considerar que nos está mirando Dios cómo peleamos. Cuando un buen soldado está en campo peleando contra sus enemigos, y echa de ver que el emperador ó capitan general le está mirando y gustando de ver el ánimo con qué pelea, cobra grande esfuerzo y bríos para pelear. Pues eso pasa en nuestras peleas espirituales, en realidad de verdad. Y asi, cuando peleamos contra las tentaciones, habemos de hacer cuenta que estamos en un teatro, cercados y rodeados de ángeles y de toda la córte celestial que está á la mira esperando el suceso, y que el presidente y juez de nuestra lucha y pelea es el Todopoderoso Dios. Y es consideracion esta de los Santos, fundada en aquellas palabras del Sagrado Evangelio: "Hé aqui que los ángeles se llegaron á él y le servian (3)." En aquella tentacion y batalla espiritual de Cristo con el demonio, estaban los ángeles á la mira, y en acabando de vencer comenzaron á servirle y á cantarle la gala de la victoria. Y del bienaventurado San Antonio leemos que, siendo una vez reciamente azotado y acozeado de los demonios, alzando los ojos arriba, vió abrirse el techo de su celda y entrar por allí un rayo de luz tan admirable que con su presencia huyeron todos los demonios, y el dolor de las llagas le fué quitado, y con entrañables suspiros dijo al Señor, que entonces le apareció: «¡Dónde estabas, oh buen Jesus! ¿Dónde estabas, cuando yo era tan maltratado de los enemigos? ¿Por qué no estuviste aqui al principio de la pelea, para que la impidieras ó sanaras todas mis llagas?» A lo cual el Señor respondió diciendo: «Antonio, aqui estuve desde el principio; mas estaba mirando cómo te habias en la pelea; y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré y te haré nombrado en la redondez de la tierra.» De manera, que somos espectáculo de Dios y de los ángeles y de toda la Córte Celestial. Pues ¿quién no se animará á pelear con esfuerzo y valentía delante de tal teatro?

Y mas, porque el mirar de Dios es ayudarnos, habemos de pasar en esto adelante, y considerar que no solamente nos está Dios mirando como Juez, para darnos premio y galardon si vencemos; sino tambien como Padre y valedor, para darnos favor y ayuda para que salgamos vencedores (1). En el cuarto libro de los Reyes, cuenta la Sagrada Escritura que envió el rey de Siria la fuerza de todo su ejército de carros y caballos sobre la ciudad de Dotain, donde estaba el profeta Eliseo, para prenderle; y levantándose de mañana su criado Giezi, viendo sobre sí tanta multi-

(1) Confidite, ego vici mundum. *Joann.* XVI, 33.
(2) Deo autem gratias, qui dedit nobis victoriam per Dominum nostrum Jesum-Christum. *I. ad Cor.* XV, 57.
(3) Et ecce Angeli accesserunt, et ministrabant ei. *Matth.* IV, 13.

(1) Oculi enim Domini contemplantur universam terram, et praebent fortitudinem. *II. Paral.* XVI, 9. —Quoniam a dextris ex mihi ne commovear. *Ps.* XV, 8.

tud, fué corriendo y dando voces diciéndole lo que pasaba. Parecíale que ya eran perdidos (1). Dice el Profeta: "No temas, que mas son los que nos defienden á nosotros (2)." Y pidió á Dios que le abriese los ojos para que lo viese. Abrele Dios los ojos, y ve que todo el monte estaba lleno de caballeros y carros de fuego en su defensa, con lo cual quedó muy esforzado. Pues con esto lo habemos de quedar tambien nosotros: "Pónme, Señor, cerca de tí, y cualquier mano pelee contra mí," decia el Santo Job (3). Y el Profeta Jeremías: "El Señor está conmigo, y como fuerte guerrero pelea por mí; no hay que temer los enemigos, porque sin duda caerán y quedarán confundidos (4)."

San Gerónimo, sobre aquello del Profeta: "Señor, con el escudo de vuestra buena voluntad nos coronastes (5)," dice: notad que allá en el mundo una cosa es el escudo y otra la corona; pero para con Dios una misma cosa es el escudo y la corona; porque defendiéndonos el Señor con el escudo de su buena voluntad, enviándonos su proteccion y ayuda, este escudo y amparo es nuestra victoria y corona: "Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros (6)?"

CAPITULO XIII.

De dos razones muy buenas para pelear con grande ánimo y confianza en las tentaciones.

El bienaventurado San Basilio dice (7) que la rabia y enemistad que el demonio tiene con nosotros, no solo es envidia del hombre, sino ódio que tiene contra Dios nuestro Señor, y como no puede hacer fuerte en Dios, ni satisfacer en él su rabioso enojo, viendo que el hombre habia sido criado á su imágen y semejanza, convierte toda su rabia y enojo contra el hombre, por ser imágen y semejanza de Dios, á quien él tanto aborrece, y procura vengarse en él, haciéndole todo el mal y daño que puede; como si uno estuviese muy airado con el rey y descargase el enojo en su imágen, porque no puede llegar al rey. Y como el toro, dice San Basilio, que viéndose agarrochado del hombre, arremete con su estátua y figura, que en el coso le han puesto, y en ella descarga su furia y rabia, haciéndola pedazos, vengándose en ella del hombre.

De aquí sacan los Santos dos razones muy buenas para animarnos á pelear varonilmente en las tentaciones y para que tengamos grande confianza que saldremos de ellas con victoria. La primera es, porque no nos va en ello nuestra honra sola, sino la de Dios, á quien el demonio quiere injuriar y ofender en nosotros. Lo cual nos ha de animar á dar la vida, antes que faltar, porque el demonio no salga con la suya de haber tomado aquella venganza contra Dios en nosotros, como en imágen suya y que él tanto ama y estima. De manera, que ya, no solo defendemos nuestro partido, sino volvemos por el partido y causa de Dios; y asi habemos de morir en la demanda, antes que consentir que se menoscabe la honra de Dios.

Lo segundo, pues el demonio, por respecto de Dios, y por el ódio que á su Divina Magestad tiene, nos hace guerra, podemos confiadamente esperar que el Señor saldrá á la causa, y tomará este negocio por suyo, y volverá por nosotros, para que no

(1) Heu, heu, heu, Domine mi, quid faciemus? *IV. Reg.* VI, 15.

(2) Noli timere: plures enim nobiscum sunt, quam cum illis. *Ib.*

(3) Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me. *Job.* XVII, 3.

(4) Dominus autem mecum est, quasi bellator fortis; idcirco, qui persequuntur me cadent, et infirmi erunt: confundentur vehementer. *Jerem.* XX, 11.

(5) Domine, ut scuto bonae voluntatis tuae coronasti nos. *Ps.* V, 13.

(6) Si Deus pro nobis, quis contra nos? *Ad Rom.* VIII, 31.

(7) Basil. *serm.* 21 *et* 28 *de variis argumentis.*

seamos vencidos, ni sobrepujados de él, sino que salgamos con victoria y triunfo. Porque aun acá vemos, que si un príncipe ó señor poderoso ve á otro puesto en algun trabajo ó aprieto por su causa y respeto, luego sale á la demanda y toma el negocio por suyo. En el libro de Ester cuenta la Sagrada Escritura (1), que por causa de Mardoqueo, habia Aman puesto á punto de muerte á todo el pueblo de los judios, y tornó Mardoqueo por su causa de tal manera, que puso á Aman y á los suyos donde él queria ponerlos. Mucho mejor hará esto el Señor. Y asi osadamente podemos decir á Dios: "Levantáos, Señor, y volved por vuestra causa. Toma, Señor, las armas y el escudo, y levántate en mi ayuda (2)."

CAPITULO XIV.

Que Dios no permite que nadie sea tentado mas de lo que puede llevar, y que no debemos desmayar cuando crece ó dura la tentacion.

"Fiel es Dios, dice el Apóstol San Pablo (3), que no permitirá que seais tentados mas de lo que podeis; y si creciere la tentacion, crecerá tambien el socorro y favor para vencer y triunfar de vuestros enemigos, y quedar con ganancia de la tentacion." Esta es una cosa de grandísimo consuelo y que pone grande ánimo en las tenciones: por una parte sabemos que el demonio no puede mas de lo que Dios le diere licencia, ni nos podrá tentar un punto mas. Por otra parte estamos ciertos que Dios no le dará licencia para que nos tiente mas de lo que pudiéremos llevar, como dice aquí el Apóstol. ¿Quién con esto no se consolará y animará? No hay médico que con tanto cuidado mida y tase las onzas de acíbar que ha de dar al enfermo, conforme á la disposicion del sugeto, como aquel Físico celestial mide y tasa el acíbar de la tentacion y tribulacion que ha de dar ó permitir á sus siervos, conforme á la virtud y fuerzas de cada uno. Dice muy bien el santo abad Efrén (1): «Si el ollero que hace vasos de barro, y los pone en el horno, sabe bien el tiempo que conviene tenerlos en el fuego para que salgan bien sazonados y templados y sean provechosos para el uso de los hombres, y no los tiene mas tiempo del que es menester, porque no se quemen y se quiebren, ni les tiene menos tiempo del necesario, porque no salgan tan tiernos que luego se deshagan entre las manos; ¿cuánto mas hará esto Dios con nosotros, que es de infinita sabiduría y bondad, y es grande el amor paternal que nos tiene?»

San Ambrosio, sobre aquello de San Mateo: "Entrando Jesus en la navecilla, le siguieron sus Discípulos; y levantóse una gran tormenta en el mar, de suerte, que á la navecilla la cubrian las olas; mas Jesus dormia (2)," dice (3): notad que tambien los escogidos del Señor, y que andan en su compañía, son combatidos de tentaciones, y algunas veces hace Dios del que duerme, escondiendo como buen Padre el amor que tiene á sus hijos, para que acudan mas á él; pero no duerme Dios, ni se ha olvidado de vos. Dice el Profeta Habacuc: "Si os pareciere que tarda el Señor, esperadle, y estad muy cierto que vendrá y no tarda-

(1) Esther, *cap.* 8 *et* 9.
(2) Exurge Deus, judica causam tuam. *Ps.* LXXIII, 22.—Apprehende arma, et scutum, et exurge in adjutorium mihi. *Ps.* XXXIV, 8.
(3) Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere. *I. ad Cor.* X, 13.

(1) Ephren, *serm. 1 de patientia.*
(2) Ascendente Jesu in naviculam, secuti sunt eum discipuli ejus, et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus: ipse vero dormiebat. *Matth.* VIII, 23.
(3) Ambr. *lib. 6 super Lucam.*

rá (1)." Paréceos á vos que tarda, mas en realidad de verdad no tarda. Al enfermo parécele larga la noche y que se tarda el dia; mas no es asi, no se tarda, que á su tiempo viene. Asi Dios no se tarda, aunque á vos como á enfermo os parezca que sí. Él sabe muy bien la ocasion y la coyuntura, y acudirá al tiempo de la necesidad.

San Agustin trae á este propósito aquello que respondió Cristo nuestro Redentor á á las hermanas de Lázaro, Marta y Maria: "Esta enfermedad no es para la muerte, sino para gloria de Dios, y para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella (2)." Habíanle enviado á decir que estaba enfermo su amigo Lázaro, y detúvose dos dias, que no quiso ir allá, para que el milagro fuese mas señalado. Asi, dice (3), hace Dios muchas veces con sus siervos; déjales por algun tiempo en las tentaciones y trabajos, que parece se ha olvidado de ellos; pero no se ha olvidado, sino hácelo para sacarlos despues de ellos con mayor triunfo y gloria. Como á José, que le dejó estar mucho tiempo en la cárcel, para sacarle despues de allí como le sacó, con grande honra y gloria, haciéndole gobernador de toda la tierra de Egipto. Asi, dice, habeis de entender, que si el Señor se detiene y permite que dure la tentacion y el trabajo, es para sacaros despues de él con mayor aprovechamiento y acrecentamiento vuestro. San Crisóstomo nota tambien esto sobre aquellas palabras: "Que me ensalzas de las puertas de la muerte (4)." Advertid, dice, que no dijo el Profeta: «librásteme, Señor, de las puertas de la muerte;» sino «ensálzasme.» Porque el Señor, no solamente libra á sus siervos de las tentaciones, sino pasa adelante haciéndoles con esto mas aventajados y señalados. Y asi, por muy apretado que os veais, aunque os parezca que llegais hasta las puertas del infierno, habeis de tener confianza, que de ahí os sacará Dios. Él es el que mortifica y vivifica, y el que deja llegar hasta las puertas de la muerte, y el que saca y libra de ellas, cuando ya pensábades perecer (1). Y asi decia el Santo Job: "Aunque me mate, en él esperaré (2)."

San Gerónimo pondera aqui muy bien aquello del Profeta Jonás, que cuando pensó que ya era perdido y que no había remedio, sino que dan con él en la mar; ahí le tenia el Señor á punto una ballena que le recibiese, no para despedazarle, sino para salvarle y echarle á tierra, como en navío muy seguro (3). «Advertid y considerad, dice (4), que lo que los hombres pensaban que era su muerte, esa fué su guarda y su vida. Pues asi, dice, nos acontece á nosotros, que lo que pensamos muchas veces que es pérdida, es ganancia; y lo que pensamos que es muerte, es vida.» Como la redoma de vidrio en manos de hombre que juega de manos, que la echa muchas veces en alto, y piensan los otros que cada vez se le ha de caer y hacer pedazos; pero despues de dos ó tres veces, quitáseles el miedo á los que lo ven y tienen por tan diestro al jugador que se admiran de su destreza. Asi los siervos de Dios, que saben muy bien cuán diestro oficial es Dios, y conocen prácticamente y

(1) Si moram fecerit, expecta illum: quia veniens veniet, et non tardabit (*Id est*, citissime veniet). *Habac.* II, 3.
(2) Infirmitas haec non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur Filius Dei per eam. *Joann.* XI, 4.
(3) Aug. *Epist.* 143 *ad Demetr. virginem.*
(4) Qui exaltas me de portis mortis. *Ps.* IX, 15.

(1) Quia Dominus mortificat, et vivificat; deducit ad inferos, et reducit. *I. Reg.* II, 6.
(2) Etiam si occiderit me, in ipso sperabo. *Job.* XIII, 15.
(3) Praeparavit Dominus piscem grandem, ut deglutiret Jonam. *Jon.* II, 1.
(4) Animadvertendum est quod ubi putabatur interitus ibi custodia sit. *Hieron.*

por experiencia que sabe muy bien jugar con nosotros, levantándonos y humillándonos, mortificándonos y vivificándonos, hiriendo y sanando, no temen ya en las adversidades y peligros, aunque se tengan por flacos y de vidrio; porque saben que están en buenas manos (1), que no se le quebrará la redoma ni la dejará caer.

En la Historia Eclesiástica se refiere que decia el abad Isidoro: «cuarenta años há que soy combatido de un vicio y nunca he consentido.» Y de otros muchos de aquellos santos monges antiguos leemos semejantes ejemplos de tentaciones muy contínuas y largas, en que peleaban con grande fortaleza y confianza. Pues á estos gigantes, que sabian bien pelear (2), habemos nosotros de imitar. El glorioso San Cipriano, para animarnos á esto, trae (3) aquello de Isaías: "No quieras temer, dice Dios (4), porque yo te redimí; tú eres mio, y bien te sé el nombre; cuando pasares por las aguas, seré contigo, y no te hundirás; cuando anduvieres en medio del fuego, no te quemarás, ni la llama te hará mal alguno; porque yo soy tu Dios, tu Señor y Salvador." Tambien son para esto muy tiernas y regaladas aquellas palabras que dice Dios por el mismo Profeta: "Sereis llevados á los pechos, y sobre las rodillas os halagarán: como la madre halaga al hijuelo, os consolaré yo (5)." Mirad con qué amor y ternura recibe la madre al niño, cuando teniendo miedo de alguna cosa se acoge á ella; cómo le abraza, y le dá los pechos; cómo junta su rostro con el suyo, y le acaricia y regala. Pues con mayor amor y regalo, sin comparacion, acoge el Señor á los que en las tentaciones y peligros acuden á él. Esto decia el Profeta que le consolaba y animaba mucho á él en sus tentaciones y trabajos (1). Esto nos ha de consolar y animar tambien á nosotros, y hacer que tengamos grande ánimo y confianza en las tentaciones; porque no puede faltar Dios á su palabra, dice el Apóstol San Pablo (2).

(1) In manibus tuis sortes meae. *Ps.* XXX, 16.
(2) Ibi fuerunt gigantes scientes bellum. *Baruc.* III, 26.
(3) Cyprian. *lib. de exhortat. Martyrii.*
(4) Noli timere, quia redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu; cum transieris per aquas, tecum ero, et flumina non operient te: cum ambulaveris in igne, non combureris, et flamma non ardebit in te; quia ego Dominus Deus tuus, Sanctus Israel Salvator tuus. *Isai.* XLIII, 1.
(5) Ad ubera portabimini, et super genua blandientur vobis. Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos. *Isai.* LXVI, 12.

CAPITULO XV.

Que el desconfiar de sí y poner toda su confianza en Dios es grande medio para vencer las tentaciones, y por qué acude Dios á los que confian en él.

Uno de los mas principales y eficaces medios para alcanzar victoria y triunfo en las tentaciones, es desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios. Y así vemos que no da otra razon el mismo Señor en muchos lugares de la Escritura para amparar y librar á uno en el tiempo de la tribulacion y tentacion, sino haber esperado y confiado en él: "Por que esperó en mí lo libraré yo. Dios hace salvos á los que esperan en él; es protector de todos los que esperan en él (3)." De donde tomó la Iglesia aquella oracion: «Señor, que sois protector y amparo de los que esperan en vos, etc. (4).» Y en el Salmo LVI, esto

(1) Memor esto verbi tui servo tuo, in quo mihi spem dedisti. Haec me consolata est in humilitate mea: quia eloquium tuum vivificavit me. *Ps.* CXVIII, 49.
(2) Impossibile est mentiri Deum. *Ad Heb.* VI, 18.
(3) Quoniam in me speravit, liberabo eum. *Ps.* XC, 14.—Qui salvos facis sperantes in te. *Ps.* XVI, 7.—Protector est omnium sperantium in se. *Ps.* XVII, 31.
(4) Protector in te sperantium Deus, etc.

alega el Profeta y pone delante á Dios, para obligarle á que use con él de misericordia: "Señor, habed misericordia de mí, porque he esperado y puesto toda mi confianza en vos (1)." Y lo mismo hace el Profeta Daniel: "No quedan confundidos, Señor, los que confian en tí (2)." Y el Sábio dice: "¿quién jamás esperó en Dios que quedase confundido (3)?" Y toda la Escritura está llena de esto; de lo cual digimos arriba (4), y asi no será menester detenernos aqui en ello.

Pero veamos qué es la causa de ser este medio tan eficaz para alcanzar el favor del Señor; y por qué acude Dios tanto á los que desconfian de sí y ponen en él toda su confianza. La razon de esto habemos tambien tocado diversas veces, y la dá el mismo Señor en el Salmo XC: "Porque esperó en mí, le ampararé y libraré;" ¿por qué? "Lo ampararé, dice (5), porque conoció mi nombre." Declárolo muy bien San Bernardo: «La razon es, porque ese no se atribuye nada á sí, sino todo lo atribuye y refiere á Dios, y á él le da la honra y gloria de todo (6);» y asi, entonces toma Dios la mano, hace suyo el negocio y se encarga de él, y vuelve por su gloria y honra. Pero cuando uno va confiado en sí y en sus medios y diligencias, todo aquello se atribuye á sí y lo quita á Dios, y se quiere alzar con la honra y gloria que es propia de Su Magestad, y asi le deja Dios en su flaqueza porque no haga nada; porque, como dice el Profeta (1), «no se agrada Dios en los que confian en la fortaleza de sus caballos, y en sus industrias y diligencias, sino en aquellos que, desconfiados de sí y de todos sus medios, ponen toda su confianza en Dios y á esos envia él su socorro y favor muy copioso y abundante.»

San Agustin dice que por esto dilata Dios algunas veces sus dones y favores, y permite que duren mucho en nosotros los resabios de algunos vicios y malas inclinaciones que tenemos y que no las acabamos de vencer y sujetar del todo; «no para que nos perdamos y condenemos, sino para que seamos humildes y para encomendarnos mas sus dones, y que los estimemos en mas y los reconozcamos por suyos, y no nos atribuyamos á nosotros lo que es de Dios; porque este es un error muy grande y muy contrario á la honra y á la Religion y piedad cristiana (2).» Y si alcanzásemos estas cosas con facilidad, no las tendriamos en tanto y luego pensaríamos que nos las teníamos en la manga, y que por nuestra diligencia las habíamos alcanzado. San Gregorio, sobre aquellas palabras de Job: "Veis aqui, que nō hay socorro en mí para mí (3)," dice: «Muchas veces usamos tan mal de la virtud y de los dones de Dios, que nos fuera mejor no los tener; porque nos ensoberbecemos con ellos y confiamos luego mucho en nosotros mismos, y atribuimos á nosotros y á nuestras fuerzas y diligencias lo que es pura gracia y misericordia de

(1) Miserere mei Deus, miserere mei; quoniam in te confidit anima mea. Et in umbra alarum tuarum sperabo. *Ps.* XXXVI, 1.
(2) Quoniam non est confusio confidentibus in te. *Dan.* III, 40.
(3) Eccl. II, 11.
(4) Trat. 3, cap. 35 y 38.
(5) Protegam eum, quoniam cognovit nomen meum. *Ps.* XL, 14.
(6) Si tamen cognoverit nomen meum: ne sibi tribuat quod liberatus est, sed nomini meo det gloriam. *Bernard. serm.* 15, *super Ps.* Qui habitat.

(1) Non in fortitudine equi voluntatem habebit: nec in tibiis viri beneplacitum erit ei: beneplacitum est Domino super timentes eum, et in eis qui sperant super misericordia ejus. *Ps.* CXLVI, 10.
(2) Non ut damnemur, sed ut humiles simus. Commendans nobis gratiam suam, ne facilitatem in omnibus assecuti, nostrum putemus esse quod ejus est; qui error multum est Religioni, pietatique contrarius. *Aug. lib. 2 de peccat. merit. et remis. cap.* 19.
(3) Ecce non est auxilium mihi in me. *Job.* VI, 13.

Dios (1).» Pues por esto (2) nos niega el Señor muchas veces sus dones, y permite que millares de veces esperimente uno su propia imposibilidad en muchas obras buenas, grandes y pequeñas, y que no pueda obrar cuando querria; y permite que dure mucho tiempo esa imposibilidad, para que aprenda á humillarse, y á no confiar de sí, ni atribuirse cosa alguna, sino que todo el bien lo atribuyamos á Dios, y entonces podrá cantar y decir: "Las armas de los fuertes fueron vencidas y los flacos han sido ceñidos de fortaleza (3)."

CAPITULO XVI.

Del remedio de la oracion, y pónense algunas oraciones jaculatorias, acomodadas para el tiempo de las tentaciones.

El medio de la oracion siempre se ha de tener por muy encomendado, porque es un remedio generalísimo y de los mas principales que la Divina Escritura y los Santos nos dan para esto. Y el mismo Cristo nos le enseña en el Sagrado Evangelio: "Velad y orad, porque no entreis en la tentacion (4)." Y no solo de palabra, sino con su propio ejemplo nos le quiso enseñar la noche de su Pasion, apercibiéndose para aquella batalla con larga y prolija oracion, no porque él tuviese necesidad, sino para enseñarnos á nosotros que lo hagamos asi en todas nuestras tentaciones y adversidades. El abad Juan decia que ha de ser el religioso como un hombre que tiene á la mano izquierda el fuego, y á la derecha el agua, para que en prendiéndose el fuego, luego eche agua y le apague. Asi, en prendiéndose el fuego del pensamiento torpe y malo, habemos de tener luego á la mano el refrigerio de la oracion para apagarle. Traia tambien otra comparacion, y decia que el religioso es semejante á un hombre que está sentado debajo de un árbol grande, el cual, viendo venir muchas serpientes y bestias fieras contra sí, como no les puede resistir, súbese encima del árbol, y asi se salva. De la misma manera el religioso, y todo el que trate de su aprovechamiento espiritual, cuando ve venir las tentaciones, se ha de subir á lo alto con la oracion y acogerse á Dios, y asi se salvará y librará de las tentaciones y lazos del demonio. En valde trabajará y echará él sus redes, si nosotros sabemos volar y subirnos á lo alto con las alas de la oracion (1).

En la primera parte (2) tratamos largamente de este medio de la oracion; ahora solamente recogeremos algunas oraciones jaculatorias, de que nos podamos ayudar en semejantes tiempos. Llena tenemos la Sagrada Escritura (3), especialmente los Salmos, de oraciones acomodadas para esto. Cuales son: "Levantáos, Señor, ¿por qué dormís? ¿por qué apartais vuestro rostro, y os olvidais de nuestra pobreza y tribulacion (4)?" "Tomad armas y escudo, y levantáos en nuestra ayuda; decid á mi ánima: yo soy tu salud (5)." "¿Hasta cuándo,

(1) Plerumque enim virtus habita, deterius quam si deesset, interficit; quia dum ad sui confidentiam mentem erigit, hanc elationis gladio transfigit: cumque eam quasi roborando vivificat, elevando necat: ad interitum videlicet pertrahit, quam per spem propriam ab interna fortitudinis fiducia evellit. *Greg.*

(2) D. Vincent. *tract. de vita spirituali, cap.* 3.

(3) Arcus fortium superatus est, et infirmi accincti sunt robore. *I. Reg.* II, 4.

(4) Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem. *Matth.* XXVI, 41.

(1) Frustra autem jacitur rete ante oculos pennatorum. *Prov.* I, 17.—Oculi mei semper ad Dominum; quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos. *Psalm.* XXIV, 15.

(2) 1 p. trat. 5.

(3) Isai. XXXVIII, 14.

(4) Domine vim patior responde pro me. Exurge, quare obdormis, Domine? Exurge, et ne repellas in finem. Quare faciem tuam avertis, obliviseeris inopiae nostrae, et tribulationis nostrae? *Ps.* XLIII, 23.

(5) Apprehende arma, et scutum, et exurge in ad-

Señor, me habeis de olvidar? ¿Hasta cuándo habeis de apartar de mí vuestro rostro? ¿Hasta cuándo se ha de gloriar mi enemigo sobre mí? Miradme, Señor, y oidme, y alumbrad mis ojos para que no duerma sueño de muerte, ni pueda decir mi enemigo que prevaleció contra mí (1)." "Vos sois, Señor, nuestro refugio y amparo en el tiempo de la necesidad y tribulacion (2)." «Asi como los pollitos se guarecen debajo de las alas de su madre, cuando viene el milano, asi nosotros, Señor, estaremos bien guarecidos y guardados debajo de vuestras alas (3).» San Agustin se alegraba mucho con esta consideracion, y decia á Dios (4): «Señor, pollito soy, tierno y flaco, y si vos no me amparais, arrebataráme el milano.» "Amparadme, Señor, debajo de vuestras alas (5)." Particularmente es maravilloso para este efecto aquel principio del Salmo LXVII: "Levántese Dios y sean desbaratados sus enemigos; huyan delante de él los que le aborrecen (6)," porque como les ponemos delante, no nuestra virtud, sino la de Dios, desconfiando de nosotros é invocando contra ellos el favor de su Magestad, desfallecen y huyen viendo que ha de salir él á la causa contra ellos en favor nuestro. San Atanasio afirma (7) que muchos siervos de Dios han esperimentado mucho provecho en sus tentaciones, diciendo este verso.

Unas veces con estas ú otras semejantes palabras de la Sagrada Escritura, que tienen particular fuerza; otras veces con palabras salidas de nuestra necesidad (que tambien suelen ser muy eficaces), siempre habemos de tener muy á la mano este remedio de acudir á Dios con la oracion. Y asi solia decir el P. maestro Avila: «La tentacion á vos, y vos á Dios.» "Levantaré mis ojos á aquellos montes soberanos, de donde me ha de venir todo el socorro y favor (1)." Y habemos de procurar que estos clamores y suspiros salgan, no solamente de la boca, sino de lo íntimo del corazon, conforme á aquello del Profeta: "De lo profundísimo clamé á tí, Señor (2)." Dice San Juan Crisóstomo sobre estas palabras: «No dijo, ni clamó solamente con la boca, porque estando el corazon distraido, puede la lengua hablar; sino de lo profundísimo y mas íntimo de sus entrañas y con grande fervor clamaba á Dios (3).»

CAPITULO XVII.

De otros dos remedios contra las tentaciones.

El bienaventurado San Bernardo dice (4) que, cuando el demonio quiere engañar á uno, primero mira muy bien su natural, su condicion é inclinacion, y á

---

jutorium mihi; dic animae mea: salus tua ego sum. *Ps.* XXXIV, 1.

(1) Usquequo, Domine, oblivisceris me in finem? Usquequo avertis faciem tuam a me? usquequo exaltabitur inimicus meus super me? Respice, et exaudi me, Domine Deus meus: illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte: ne quando dicat inimicus meus, praevalui adversus eum. *Ps.* XII, 1, 2, 3, 4, 5.

(2) Adjutor in opportunitatibus, in tribulatione. *Ps.* IX, 10,

(3) In umbra alarum tuarum sperabo. *Ps.* LVI, 2. —Et in velamento alarum tuarum exultabo. *Ps.* LXII, 8.

(4) Si non me protegis, quia pullus sum, milvus me rapiet. *Aug.*

(5) Sub umbra alarum tuarum protege me. *Ps.* XVI, 8.

(6) Exurgat Deus, et dissipentur inimici ejus: et fugiant qui oderunt eum a facie ejus. *Ps.* LXVII, 1.

(7) Athanas. *in quaestionibus. quaest.* 15.

(1) Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi. Auxilium meum a Domino, qui fecit coelum et terram. CXX, 1, 2.

(2) De profundis clamavi ad te Domine. *Ps.* CXXIX, 1.

(3) Non dixit solummodo ex ore, neque solummodo ex lingua: nam errante etiam mente verba funduntur: sed ex corde profundissimo, cum magno studio, et magna animi alacritate, ex ipsis mentis penetralibus. *Chrysost. tom.* 1, *hom. sup. Ps.* CXXIX.

(4) Bernard. *de interiori domo, cap.* 17.

donde le ve mas inclinado, por allí le acomete. Y así, á los blandos y de suave condicion, les acomete con tentaciones deshonestas y de vanagloria; y á los que tienen condicion áspera, con tentaciones de ira, de soberbia, de indignacion é impaciencia. Lo mismo nota San Gregorio, y trae una buena comparacion. Dice, que así como uno de los principales avisos de los cazadores es saber á qué linaje de cebo son mas aficionadas las aves que quieren cazar, para armarles con eso, así el principal cuidado de nuestros adversarios los demonios, es saber á qué género de cosas estamos mas aficionados y de que gustamos mas, para armarnos y entrarnos por ahí. Y así vemos que acometió y tentó el demonio á Adan por la muger, porque sabia la aficion grande que la tenia; y á Sanson tambien por ahí le acometió y le venció para que declarase el enigma y para que dijese en qué estaba su fortaleza. Anda el demonio como diestro guerrero rodeando y buscando con mucha diligencia la parte mas flaca de nuestra alma, la pasion que reina mas en cada uno, y aquello á que es mas inclinado, para combatirle por allí. Y así esta ha de ser tambien la prevencion y remedio que nosotros habemos de poner de nuestra parte contra este ardid del enemigo; reconocer la parte mas flaca de nuestra ánima y mas desamparada de virtud, que es donde la inclinacion natural, ó la pasion, ó costumbre mala nos lleva, y poner ahí mayor cuidado y defensa.

Otro remedio muy conforme á este nos ponen los Santos y maestros de la vida espiritual. Dicen que habemos de tener por regla general, cuando somos combatidos de alguna tentacion, acudir luego á lo contrario de ella, y defendernos con ello. Porque de esa manera curan acá los médicos las enfermedades del cuerpo (1): cuando la enfermedad procede de frio, aplican cosas calientes; y cuando de sequedad, cosas húmedas: y de esa manera los humores se reducen á un medio, y se ponen en conveniente proporcion. Pues de esa misma manera habemos nosotros de curar y remediar las enfermedades y tentaciones del alma. Y eso es lo que nos dice nuestro Padre: «Débense prevenir las tentaciones con los contrarios de ellas, como es, cuando uno se entiende ser inclinado á soberbia, ejercitándole en cosas bajas que se piensa le ayudarán para humillarse. Y así de otras inclinaciones siniestras (1).»

(1) Contraria contrariis curantur.

CAPITULO XVIII.

De otros dos remedios muy principales, que son: resistir á los principios y nunca estar ociosos.

Otro remedio muy bueno y general nos dan aquí los Santos; y es, que procuremos resistir á los principios. Dice San Gerónimo: «Cuando el enemigo es pequeño, matadle: ahogadle en su principio, y deshacedle en su raiz antes que crezca, porque despues por ventura no podreis (2).» Es la tentacion como una centella de fuego, que si una vez prende, crece y abrasa (3). Y así dijo muy bien el otro: «Resiste á los principios: tarde viene el remedio, cuando la llaga es muy vieja (4).» Y mucho mejor nos avisa de esto el Espíritu Santo por el profeta David: "Dichoso el que quebranta tus pequeñuelos en la piedra (5)." Y por su hijo Salomon: "Cogedme las pequeñas raposas que destrozan las viñas (6)."

(1) 3 p. *Const.* cap. 1, § 13; et Reg. 14 *Summarii.*
(2) Dum parvus est hostis interfice: nequitia elidatur in semine. *Hieron.*
(3) A scintilla una augetur ignis. *Eccl.* XI, 34.
(4) Principiis obsta: sero medicina paratur, cum mala per longas invaluere moras.
(5) Beatus qui tenebit, et allidet parvulos tuos ad petram. *Ps.* CXXXVI, 9.
(6) Capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas. *Cant.* II, 15.

Cuando las raposillas de las tentaciones son pequeñas; cuando comienzan los pensamientos de juicios, de soberbia, de la aficioncilla, de la amistad y de la singularidad, entonces los habeis de quebrantar en la piedra firmísima, que es Cristo, con su ejemplo y consideracion, para que no crezcan y vengan á destruir la viña de vuestra alma. No podemos escusar que no nos vengan tentaciones y pensamientos malos; pero bienaventurado aquel que al principio, cuando comienzan á venir, se sabe sacudir de ellos. Asi declara San Gerónimo (1) este lugar. Importa mucho resistir á los principios, cuando el enemigo es flaco y tiene pocas fuerzas; porque entonces el resistir es fácil, y despues muy dificultoso.

San Crisóstomo declara esto con una comparacion(2). Asi como si á un enfermo le viene el apetito de comer una cosa dañosa, y vence aquel apetito, se libra del daño que le habia de hacer aquella mala comida y sana mas presto de la enfermedad; mas si por tomar aquel poco de gusto, come el manjar dañoso, agravásele la enfermedad y viene á morir de ella ó á tener muy grande pena en la cura, todo lo cual pudiera escusar con tomar un poco de trabajo en refrenar al principio aquel apetito de gula de comer aquel manjar dañoso; asi, dice, si cuando al hombre le viene el mal pensamiento y el deseo de mirar, se vence en esto al principio, refrenando la vista y desechando luego el mal pensamiento, librarse de la molestia y pena de la tentacion que de allí se le habia de levantar, y del daño en que consintiendo podria caer: pero, si no se vence y refrena al principio, por aquel pequeño descuido y por aquel poquito de gusto que recibió mirando, ó pensando, viene despues á morir en el alma, ó á lo menos, á tener gran trabajo y pena resistiendo. De manera, que lo que al principio le costara poco y casi nada, le viene despues á costar mucho. Y asi concluye el Santo, que importa grandemente resistir á los principios.

En las vidas de los Padres (1) se cuenta que el demonio se le apareció una vez al abad Pacomio en figura de una muger muy hermosa, y riñéndole el Santo porque usaba de tanta malicia para engañar á los hombres, le dijo el demonio: «si comenzais á dar alguna entrada á nuestras tentaciones, luego os ponemos mayores incentivos para provocaros mas á pecar; empero si vemos que al principio resistís y no dais entrada á las imaginaciones y pensamientos que os traemos, como humo desfallecemos.»

Tambien es gran remedio contra las tentaciones, nunca estar ociosos. Y asi dice San Casiano, que aquellos PP. de Egipto tenian esto por primer principio, y lo guardaban como tradicion antigua, recibida de sus mayores, y lo encomendaban mucho á sus discípulos por singular remedio: «Hállete siempre el demonio ocupado (2).» Y asi se lo enseñó Dios á San Antonio, y le dió este medio para poder perseverar en la soledad y defenderse de las tentaciones, y lo trae San Agustin. Dice que San Antonio no podia siempre estar en oracion, con ser San Antonio, y era combatido y fatigado algunas veces de diversos pensamientos, y pidió á Dios: «Señor, ¿qué haré? que querria ser bueno y mis pensamientos no me dejan.» Y oyó una voz que le dijo: «Antonio, si deseas agradar á Dios, ora; y cuando no pudieres orar, trabaja; procura siempre estar ocupado en algo, y hacer lo que es de tu parte, y no te faltará el favor

(1) Hieron. *epist. ad Eustochium.*
(2) Chrys. *contra concubinarios.*

(1) In *vitis Patrum part.* I., *pag.* 913.
(2) Semper te diabolus occupatum inveniat.

del Señor (1).» Otros dicen que le apareció un ángel en figura de un mancebo que cavaba un poco, y otro poco estaba puesto de rodillas en oracion, las manos puestas y levantadas, que era decirle lo mismo. La ociosidad es raiz y orígen de muchas tentaciones, de muchos males; asi nos importa mucho que nunca el demonio nos halle ociosos, sino siempre ocupados.

CAPITULO XIX.

De las tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que es gran remedio contra todas las tentaciones el conocerlas y tenerlas por tales.

San Buenaventura avisa (2) otra cosa comun, pero muy necesaria; y es, que estemos advertidos que á los buenos, que tratan de virtud y de perfeccion, procura el demonio acometerles siempre con apariencia de bien, transfigurándose en ángel de luz. Los venenos y ponzoña, dice San Gerónimo, no se dan sino cubiertos con azúcar ó con otra cosa gustosa, para que no se sientan, y el cazador esconde el lazo con el cebo. Asi lo hace el demonio (3); porque si claramente y al descubierto acometiese con lo malo, los que aman la virtud y desean servir á Dios, huirian de ello y no haria nada con ellos. Y asi, dice San Bernardo: «El bueno y virtuoso, nunca es engañado, sino con apariencia de bien (4).» Es el demonio muy astuto y sabe muy bien por dónde ha de entrar á cada uno: y asi, para mejor conseguir su intento, entra muy disimulado. Lo primero, dice San Buenaventura, propone cosas de suyo buenas; luego las mezcla con malas; despues ofrece falsos bienes y verdaderos males; y cuando tiene ya á uno en el lazo, que con dificultad puede salir de él, entonces muestra claramente su ponzoña, y le hace caer en pecados manifiestos. Es como el escorpion, que tiene una cara halagueña, y en la cola tiene el veneno con que mata. ¡Cuántos, dice San Buenaventura, han trabado conversacion y amistad con algunas personas so color de espíritu, pareciéndoles que todo aquel trato era de Dios y espiritual y que aprovechaban sus almas con aquello! y por ventura al principio era asi; pero este es el ardid del demonio, que vamos ahora descubriendo. Bien sabemos sus celadas, sus entradas y salidas (1); por ahí comienza él, primero por cosas buenas; pero luego se siguen de ahí largas pláticas y conversaciones; y unas veces son de Dios, otras del mucho amor que se tienen; luego se sigue de ahí el darse algunas cosillas y donecillos en señal de amor y para que se acuerde el uno del otro; las cuales cosas, como dice San Gerónimo (2), son señal clara de amor no santo. Va ya mezclando el demonio males con bienes, y de ahí se siguen falsos bienes y verdaderos males. De esta manera engaña el demonio á muchos en este y en otros muchos vicios, cubriéndolos con velo de virtud para que no se entienda ni conozca lo que son. Como el que se finge ser amigo de otro, para tener entrada con él, y despues matarle á traicion, como hizo Joab con Amasá (3) y Judas con Cristo nuestro Redentor, entregándole y vendién-

(1) Antoni, si cupis Deo placere, ora; et dum orare non poteris, manibus labora; et semper aliquid facito: fac quod in te est, et non deficiet tibi auxilium de Sancto. *Aug. serm. 7, ad Fratres in Eremo.*

(2) Bonav. *process. 4 Relig., cap. 12.*

(3) In via hac, qua ambulabam, absconderunt laqueum mihi. *Ps.* CXLI, 4.

(4) Bonus, nunquam nisi boni simulatione deceptus est. *Bern. serm. 66 in Cantica.*

(1) Non enim ignoramus cogitationes ejus. *II. ad Cor.* II, 11.

(2) Sanctus amor non habet. *Hieron. Epist. II, ad Nepotianum. tom. 1.*

(3) II. Reg. XX, 9.

dole con beso de paz (1). Y asi es menester que nos guardemos mucho de estas tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que estemos muy sobre aviso, porque son tanto mas peligrosas cuanto son menos conocidas. Por lo cual pedia el Profeta al Señor que le librase del demonio de medio dia (2). Aun no se contenta el demonio con transfigurarse en ángel de luz, como dice San Pablo (3), sino que se transfigura en luz de medio dia, haciendo que parezca muy claro y resplandeciente lo que es oscuridad y tinieblas; y haciendo entender que no hay que dudar, ni peligro ninguno, sino que es claramente bueno lo que es ciertamente malo y de suyo muy peligroso. Hay algunos ladrones, los cuales andan tan vestidos de seda, que no hay quien los conozca, ni piense pueda caber tal maldad en hombres que parecen tan honrados, hasta que los topan con el hurto en las manos. Entonces se espantan cómo aquellos eran ladrones; y dicen: ¿quién pensara tal? Asi es la tentacion que viene con apariencia de bien.

Doctrina es comun de los Santos y maestros de la vida espiritual, que es gran remedio contra todas las tentaciones conocer que es tentacion aquella que me combate, como lo es conocer á uno por enemigo para guardarse de él. Y por eso tambien deciamos arriba (4), que el propio conocimiento es un medio eficacísimo para vencer todas las tentaciones. Y verásse bien la fuerza de este medio por aqui: si cuando viene la tentacion y el movimiento y apetito malo, viésedes delante de vos un demonio horrible y espantoso que os está persuadiendo aquello; ¿qué haríades? Luego os santiguaríades é invocaríades el Nombre de Jesus; no seria menester mas de ver que el demonio es el que os persuade á ello, para entender que es engaño y tentacion y huir de ello. Pues esto pasa al pié de la letra en nuestras tentaciones. Asi como tenemos cada uno su ángel custodio, conforme á aquellas palabras de Cristo: "Mirad no desprecieis uno de estos pequeñitos; porque os digo de verdad que sus ángeles siempre ven el rostro de mi Padre que está en los cielos (1)." Sobre las cuales palabras dice San Gerónimo (2): «Grande es la dignidad de las almas, y en mucho las estima Dios; pues en naciendo el hombre, luego le diputa y señala un ángel que le guarde y tenga cuidado de él (3);» asi como un padre principal da á un hijo muy querido un ayo que le guarde en lo corporal y le enseñe en las costumbres; asi Dios nos quiso y estimó en tanto que dió á cada uno un ángel por ayo. Pues volviendo á nuestro punto, tambien traemos contra nosotros cada uno un demonio, que atiende y se ocupa en solicitarnos á lo malo, y causar en nosotros malos pensamientos y peores movimientos, y está siempre aguardando la ocasion y coyuntura para eso, porque nunca duerme, y está mirando nuestra inclinacion y lo que nos dá mas gusto, para acometernos y entrarnos por alli, tomando por medio nuestra carne y sensualidad para hacernos mal. Y así dijo Dios al demonio: "¿No has consi-

(1) Luc. XXII, 48.
(2) Ab incursu, et daemonio meridiano. *Ps.* XC, 6.—Bernard. *serm.* 33, *sup. Cantica.*
(3) II. ad Cor. XI, 14.
(4) Trat. 1, c. 11.

(1) Videte ne contemnatis unum ex his pusillis; dico enim vobis quia angeli eorum in coelis semper vident faciem Patris mei, qui, in coelis est. *Matth.* XVIII, 10.
(2) Magna dignitas animarum; ut unequaeque, habeat ab ortu nativitatis, in custodiam sui angelum deputatum. *Hieron. sup. Matth.*
(3) Ita sancti et doctores gravisimi, quos referunt P. Joan. Maldon. *sup. locum citatum Matth.* et P. Gabriel Vazqu z *super* p. 1. S. *Thom. tom.* 2 *disputat.* 243, *cap.* 2.

derado á mi siervo Job (1)?" como á quien andaba trás él. De manera, que siempre anda el demonio á nuestro lado (2). Y asi, cuando os viniere algun movimiento ó algun pensamiento que os incite á hacer algun pecado ó alguna imperfeccion, entended que esa es tentacion del demonio, y santiguaos, y guardaos como si viésedes al mismo demonio que os está diciendo que hagais aquello.

San Gregorio (3) trae un ejemplo que le aconteció al bienaventurado San Benito con un monge suyo, con que se declara bien esto. Dice que un monge era muy tentado de la vocacion; parecíale que no podia llevar el rigor de la Religion, y queríase volver al mundo: acudia muchas veces con esta tentacion á San Benito; el Santo decíale que era tentacion del demonio y aconsejábale lo que le convenia. Y como hiciese esto muchas veces, y no aprovechase para que el novicio dejase de hacer instancia para irse; el Santo, cansado é importunado, dijo que se fuese en buenhora, y mándale dar sus vestidos. Pero al fin, como Padre, no pudo dejar de sentirlo y púsose en oracion por él; y en saliendo el monge por las puertas del monasterio para irse al mundo, ve venir contra sí un grande dragon que abierta la boca le queria tragar. Él temblando y palpitando, comienza á dar grandes voces: «Socorredme, socorredme, hermanos, porque este dragon me quiere tragar (4).» Acudieron los monges á las voces, y no vieron el dragon; pero hallaron al monge temblando y casi ya agonizando: tráenle al monasterio, y en viéndose dentro, hizo voto de nunca mas salir de él. Y asi lo cumplió, y no fué de ahí adelante molestado de aquella tentacion. Nota alli San Gregorio, que por las oraciones del bienaventurado San Benito vió al dragon que le queria tragar, al cual antes no veía, y asi le seguia, porque no le tenia por dragon ni por demonio; pero cuando le vió y conoció, comenzó á dar voces y á pedir socorro para librarse de él. De manera, que no es esta imaginacion ni consideracion inventada de nuestra cabeza, sino que pasa asi en realidad de verdad, que el demonio es el que nos acomete con la tentacion. Y asi nos lo avisa tambien el Apóstol San Pedro como buen Pastor, y nos lo trae cada dia á la memoria nuestra Madre la Iglesia como cosa de mucha importancia. "Hermanos mios, estad siempre á punto y sobre aviso, porque vuestro adversario el demonio anda como un leon bramando, buscando y rodeando á ver si halla á quien tragar. Resistidle varonilmente y no os dejeis llevar de sus engaños y persuasiones (1)."

(1) Numquid considerasti servum meum Job? *Job.* II, 3.
(2) Et diabolus stet a dextris ejus. *Psalm.* CVIII, 6.
(3) Greg. *lib* 2 *Dial.*, *cap.* 25.
(4) Succurrite, fratres; succurrite, fratres. *Ib.*

(1) Fratres, sobrii estote, et vigilate: quia adversarius vester diabolus, tanquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret: cui resistite fortes in fide *I. Petri.*, V, 8.

CAPITULO XX.

Cómo nos habemos de haber en las tentaciones de pensamientos malos y feos, y de los remedios contra ellas.

Acerca de esto se ha de advertir: lo primero, que hay algunos que se entristecen y afligen mucho cuando se ven combatidos de pensamientos malos, de blasfemias, ó contra la fé, ó con pensamientos torpes y deshonestos; tanto, que algunas veces les parece que el Señor los ha desamparado y olvidado, y que deben de estar en su desgracia, pues tales cosas pasan por ellos. Este es un engaño grande.

Cuenta Gerson (1) de un monge que hacia vida solitaria en el Yermo, que era muy tentado y afligido de pensamientos de blasfemias y de otros muy feos y torpes, y habia veinte años que padecia esta tentacion, y no se atrevia á descubrirla á nadie, pareciéndole ser aquella una cosa nunca oida, ni vista, y que se escandalizaria el que la oyese. Finalmente, al cabo de veinte años, fué á un Padre muy antiguo y esperimentado, y aún no se atrevió á decírselo de palabra, sino escríbelo en un papel, y dáselo: el viejo leyó su papel, y comenzóse á reir, y dice al monge: «Pon tu mano sobre mi cabeza.» Y como la pusiese, dijo el viejo: «yo tomo todo este tu pecado sobre mí, no hagas mas conciencia de él de aqui adelante.» El monge quedó espantado. «Pues ¿cómo? pareciame á mí que estaba ya en el infierno, y dícesme que no haga caso de ello?» Dícele el viejo: «¿recibias tú por ventura contento en esos pensamientos malos y torpes?» «¡Jesus! dice, no, sino muy grande pena y tormento.» «Pues de esa manera, dice el santo viejo, claro está que no hacias tú eso, sino padecíaslo contra tu voluntad, procurándolo el demonio para traerte con eso á desesperacion. Y asi, toma, hijo mio, mi consejo, y si de aquí adelante te tornaren á venir esos pensamientos malos, dí: sobre tí sea esa blasfemia, espíritu maligno, y ese pensamiento sucio: yo no quiero tener parte en eso, sino que creo y tengo todo lo que tiene y cree la Santa Madre Iglesia, y daré la vida antes que ofender á mi Dios.» Con esto quedó remediado el monge, y de alli adelante nunca mas le vino aquella tentacion. Y nótese aqui de camino, para los que por la dificultad que sienten dejan de manifestar sus tentaciones, cómo es mayor pena y tormento el no declararse uno que el declararse, como diremos en su lugar (1). Veinte años estuvo este monge en grande afliccion y tormento por no manifestar su tentacion, y en manifestándola, quedó quieto y sosegado. ¡Cuánto trabajo hubiera ahorrado, si lo que hizo al cabo de veinte años, lo hiciera al principio! De manera, que no es nueva esta tentacion, ni nos habemos de espantar de ella.

Resta decir cómo nos habemos de haber en semejantes tentaciones de pensamientos malos y feos. Algunos no se saben valer en ellas, porque hacen mucha fuerza y ponen mucho ahinco para desechar y resistir á estos pensamientos, apretando las sienes, arrugando la frente, meneando la cabeza, cerrando los ojos, como quien dice, «no habeis de entrar acá.» Y algunas veces, si no hablan y responden «no quiero,» les parece que consienten. Mayor es el daño que se hace uno con esto á sí mismo que el que le hace la tentacion. Estaba el otro criado del rey Saul dando voces de cerca, y reprendia al que las daba de lejos, porque despertaba é inquietaba al rey (2). Estais-os vos inquietando y turbando á vos mismo de cerca, ¿y quejais-os de la tentacion que viene de fuera? Adviértase mucho esto, porque es una cosa que suele destruir mucho las cabezas, especialmente á gente escrupulosa. No es la oracion, ni los ejercicios espirituales, lo que les tiene cascadas y quebradas las cabezas y gastada la salud; sino sus escrúpulos é indiscreciones. Y eso es lo que pretende el demonio, que bien sabe él que estais muy lejos de consentir. Y no es pequeña, sino grande ganancia para él cuando esto saca. No es negocio este que se ha de hacer á cabezadas.

(1) Gerson., *p.* III, *fol.* 71.

(1) Trat. 7, p. 3, c. 6.
(2) Quis es tu, qui clamas, et inquietas regem? *I. Reg.* XXVI, 14.

Pues ¿cómo se han de resistir y desechar estas tentaciones? Dicen los Santos y maestros de la vida espiritual, que el modo de resistir no ha de ser pelear por desecharlas, fatigándose y cansándose, y haciendo fuerza con la imaginacion, sino no haciendo caso de ellas. Declaran esto con algunas comparaciones que, aunque bajas, lo declaran bien. Asi como cuando salen algunos gozquejos á ladrar á uno, si no hace caso de ellos, luego se van; y si hace caso, y vuelve á ellos, vuelven á ladrar: asi acontece en estos pensamientos. Y asi, el remedio es no hacer caso de ellos, y de esa manera nos dejarán mas presto. O habemos de hacer, dicen, como el que va por alguna calle, y el aire trae contra él muchedumbre de polvo, y él no hace caso de esto, sino cierra los ojos, y pasa adelante. Y para mayor consuelo de los que son molestados de esta tentacion, y para que se acaben de persuadir á usar de este remedio, advierten los Santos que, por muy malos que sean los pensamientos, no hay que hacer caso de ellos; antes, mientras mas malos son, menos caso habemos de hacer de ellos, por ser menos peligrosos. ¿Pueden ser peores que contra Dios y sus Santos, contra la fé y Religion? Pues esos son los menos peligrosos; porque cuanto peores, tanto, por la gracia del Señor, están mas lejos de vuestra voluntad y consentimiento. Y asi no hay que tener pena de que os vengan, porque eso no es culpa ninguna, ni está en vuestra mano, ni sois vos el que haceis eso; sino padeceislo contra vuestra voluntad, procurándolo el demonio para haceros desmayar y caer en desesperacion ó en una tristeza y afliccion grande.

Cuéntase de Santa Catalina de Sena que, estando una vez muy fatigada y afligida de estos pensamientos, se le apareció Cristo nuestro Redentor, y desaparecieron luego todos aquellos nublados. Ella quejóse dulcemente á su Esposo: «¡Ay! Señor ¿y dónde estábades vos cuando tales cosas pasaban por mi corazon?» Dícele: «hija, ahí estaba yo dentro de tu corazon.» «¡Jesus mio! ¿entre pensamientos tan torpes y malos estábades vos?» Dícele: «díme, hija, ¿holgábaste tú por ventura de tener aquellos pensamientos?» «Oh, Señor, que me llegaba al alma, y no sé qué me escogiera antes que tenerlos!» «Pues ¿quién, dice, hacia que te pesase, sino yo que estaba allí?» De manera, que por malos y feos pensamientos que tengais, si vos no os holgais con ellos, antes recibís pena y pesar, no solo no os ha desamparado Dios, sino podeis tomar esta señal de que mora en vos, porque él es el que os dá ese aborrecimiento del pecado y ese temor de perder á Dios. "Con él estoy en la tribulacion," dice el Señor (1). En medio de la zarza y de las espinas y del fuego está Dios (2).

Dice San Bernardo: «Penosa y molesta es esta pelea, pero fructuosa; porque todo lo que se le añade de pena y de trabajo, se le acrecienta de premio y de corona. No está el pecado en el sentimiento, sino en el consentimiento (3).» Blosio, en confirmacion de esto dice: «Cualquiera que gusta de complacerse á sí mismo, aunque sea una sola vez, parece mas mal en los ojos de Dios, que si muchos años padeciese semejantes movimientos, por muy malos que sean, como no les dé consentimiento (4).» Y así, no hay que acongojarse, ni hacer mucho caso de estos sentimientos y pensamientos;

(1) Cum ipso sum in tribulatione. *Ps.* XC, 15.
(2) Exod. III, 2.
(3) Molesta est lucta, sed fructuosa; quia si habet poenam, habebit et coronam; non nocet sensus, ubi non est consensus: imo quod resistentem fatigat, vincentem coronat. *Bernard. de interiori domo, cap.* 19.
(4) Ludov. Blos. *in speculo spirit. cap.* 6.

sino como si pasasen por otro, y no por vos, asi os habeis de haber en ellos, y muy bien podeis hacer cuenta que pasan fuera de vos, dice un Santo, porque en tanto los pensamientos malos están dentro de vos, en cuanto la voluntad consiente, y no mas; y no consintiendo, aun no han entrado en vuestra casa, sino llaman y dan golpes á la puerta de fuera.

Y advierten aquí los maestros de la vida espiritual, que el temer mucho estas cosas, y hacer mucho caso de ellas, no solo no es bueno, sino malo y dañoso; porque hace crecer la tentacion; y esta es esperiencia, y la razon de ello es natural, y los mismos filósofos la enseñan; porque el miedo despierta la imaginacion, y el pensar y dar y tomar mucho en una cosa hace que se imprima mas profundamente en la memoria, con lo cual crece y se aviva mas la tentacion. Así como vemos que pasa uno seguramente por un madero angosto cuando está en el suelo; pero cuando el madero está en alto, el temor le hace que no vaya por allí seguro, sino con grande peligro de caer; porque con el temor recógese la sangre al corazon, y como quedan los miembros destituidos de virtud, va con gran peligro y viene á caer. Eso hace tambien el temor y pusilanimidad en las tentaciones, y asi conviene no andar con demasiados temores en estas cosas, ni hacer mucho caso de ellas, porque asi se suelen olvidar mas presto. Pero nota aquí Gerson y otros, que aunque no es bueno entonces este temor particular, pero que es bueno y muy provechoso el temor del pecado en general, pidiendo á Dios: «Señor, no permitais que jamás me aparte de vos (1):» y haciendo algunos actos de antes morir mil muertes que hacer un pecado mortal, sin pensar ni acordarse en particular de aquella tentacion que entonces le combate.

Añado á lo dicho otro punto, que encomiendan aquí mucho los Santos, y servirá de medio general contra todo género de tentaciones interiores: y es, cuando nos viene el pensamiento malo, procurar divertir el entendimiento á algun pensamiento ó consideracion buena, como de la muerte de Cristo, ó á otra cosa semejante. Y esto no ha de ser haciendo fuerza con la imaginacion, ni congojándose y fatigándose, sino solo procurando hurtar el cuerpo, como dicen, al mal pensamiento y emplearlo en el bueno; como cuando uno anda por hablar á otro, y el otro nunca se desocupa para ello, ni le dá lugar; ó como cuando le dicen á un hombre cuerdo algunas cosas impertinentes, y vuelve la cabeza á otra parte, no curando de responder ni atender aquello. Este es muy buen modo de resistir á estas tentaciones, y muy fácil y seguro; porque mientras estuviéremos en el pensamiento bueno, muy lejos estaremos de consentir en el malo. Para esto ayudará mucho el cavar y ahondar uno en la oracion en algunas cosas que le suelen mover mas, haciéndoselas muy familiares; porque con esto, cuando es fatigado y molestado de algunas tentaciones y malos pensamientos, luego halla allí guarida. Y asi, que cada uno tenga para esto algunos lugares de refugio donde se pueda acojer en semejantes aprietos, como quien se acoje á sagrado. Unos se acojen á las Llagas de Cristo, especialmente á la del Costado, y se hallan allí muy bien guarecidos (1). Otros se hallan bien acordándose de la muerte y del juicio ó infierno (2). Cada uno eche mano de lo que

(1) No permittas me separari a te.

(1) In foraminibus petrae, in caverna maceriae. *Cant.* II, 14.

(2) Quis mihi hoc tribuat, ut in inferno protegas me, et abscondas me, donec pertranseat furor tuus? *Job.* XIV, 13.

mas le aprovechare y moviere, y procure haber ahondado y cavado bien en alguna cosa de estas, para que asi pueda tener fácil recurso y hallar luego entrada y guarida en ella en semejante tiempo.

Cuenta Esmaragdo abad (1) una cosa muy graciosa á este propósito, pero provechosa. Dice que un religioso vió que estaban una vez dos demonios platicando entre sí; «á tí, ¿cómo te va con tu monge?» decia el uno; «á mí muy bien, porque le pongo el pensamiento, y luego pára y se pone á pensar en él, y torna á hacer reflexion cómo fué aquel pensamiento, si me detuve, si tuve yo alguna culpa en ello, si resistí, si consentí, de dónde me vino esto, si dí yo alguna causa para ello, si hice todo lo que pude. Y con aquello le traigo al retortero y medio loco.» Muy bien le va al demonio cuando uno se pone á razones y en demandas y respuestas con la tentacion, porque no le faltarán á él argumentos ni réplicas. Dice el otro: «á mí me va muy mal con mi monje; porque representándole el mal pensamiento, luego acude á Dios, ó á otro buen pensamiento, ó se levanta de la silla y toma alguna ocupacion para no pensar en aquello ni hacer caso de ello; y asi no le puedo entrar.» Este es muy buen modo de resistir á estas tentaciones y pensamientos: no los dejar entrar, ni responder á ellos, ni ponerse á razones con la tentacion, sino volver la cabeza y huirle el rostro, y no hacer caso de ella. Y cuando este huir y no querer escuchar, es volviendo la cabeza á algun buen pensamiento, como habemos dicho, es mejor; y cuando eso no bastare, es bueno tomar alguna ocupacion esterior.

(1) Esmaragd. abbas, *lib. de gemma animae.*

CAPITULO XXI

Que en diferentes tentaciones, diferentemente nos habemos de haber en el modo de resistir.

San Juan Clímaco, tratando de la discrecion, dice (1) que en diferentes tentaciones nos habemos de haber diferentemente en el modo de resistir; porque hay algunos vicios que de su naturaleza son desabridos y penosos, como es la ira, la envidia, el rencor, el ódio, el deseo de venganza, la impaciencia, la indignacion, la amargura de corazon, la tristeza, la contienda y otros tales. Otros vicios hay que traen consigo deleite, como son los pecados carnales, el comer, el beber, el jugar, el reir, el parlar, y otros gustos y contentamientos sensuales; y porque estos segundos vicios, cuanto mas los miramos y ponemos los ojos en ellos, tanto mas atraen nuestro corazon y le llevan en pos de sí, dice que habemos de pelear contra ellos huyendo, que es, apartándonos de las ocasiones y desviando la vista y la memoria y consideracion de ellos con toda presteza. Pero en los otros vicios primeros, habemos de pelear luchando contra ellos, mirando atentamente la naturaleza, malicia y fealdad de ellos, para poder mejor vencerlos, lo cual se hace con menos peligro, por no ser tan pegajosos, aunque á la ira y deseo de venganza, dice, que es menester tambien hurtarle el cuerpo, no pensando cosas que nos puedan incitar á ella.

Esta misma doctrina pone Casiano y San Buenaventura, y añaden (2), que en los primeros vicios puede uno desear ejercitarse y buscar loablemente ocasiones de pelear contra ellos; como conversando y tratando con los que le persiguen y ofenden, para aprender paciencia, y sujetándose

(1) Climacus, cap. 26.
(2) Cassian. *col.* 19, *cap.* 16; *et lib.* 6 *de instit. renunt.*—Bonav. *de reforma mentis, cap.* 3; *et process.* 4. *Relig. cap.* 12.

á quien en todo le quiebre la voluntad, para aprender á obedecer y á ser humilde. Pero en los vicios carnales, seria indiscrecion y cosa muy peligrosa desear estas tentaciones y ponerse en ocasiones de ellas. Y asi Cristo nuestro Redentor no permitió ser tentado de este vicio, para enseñarnos que en tentacion semejante no nos habemos nosotros de poner, aunque sea con esperanza de mayor premio y triunfo; porque este vicio es muy connatural al hombre, y como trae consigo mezclada tanta delectacion, no solo en la voluntad sino en el mismo cuerpo, es mas fácil y mas peligrosa su entrada. Trae San Buenaventura una buena comparacion para declarar esto: asi como cuando el enemigo tiene dentro de la ciudad que combate algunos que le favorecen, mas fácilmente la entra y la rinde: asi el demonio nuestro enemigo tiene acá dentro quien le favorezca muy particularmente en esta tentacion, que es nuestro cuerpo, por el deleite grande que de ello le cabe, conforme á aquello de San Pablo: "Cualquier otro pecado que el hombre cometiere, está fuera del cuerpo (1)." En los demás pecados no tiene tanta parte el cuerpo; pero en este tiene mucha, y por eso conviene mucho apartarnos de las ocasiones, y huir y desechar luego con diligencia los pensamientos é imaginaciones que nos vienen de estas cosas; y asi añadió allí el Apóstol: "Huid de la fornicacion (2)." Huyendo se ha de resistir y vencer esta tentacion. De esta manera declara Casiano y Santo Tomas este lugar.

Cuéntase en las Crónicas de la Orden de San Francisco (3), que estando una vez juntos en plática espiritual Fray Gil, Fray Rufino, Fray Simon de Asis, y Fray Junípero: dijo Fray Gil á los otros: «Hermanos, ¿cómo os armais y resistís á las tentaciones de la sensualidad?» Respondió Fray Simon: «Yo, hermano, considero la vileza y torpeza del pecado, y cuán aborrecible es, no solo á Dios, mas aun á los hombres; los cuales, por malos que sean, se esconden y encubren para que no sean vistos cometer un pecado sensual. Y de esta consideracion me viene un grande enojo y aborrecimiento, y asi escapo de la tentacion.» Fray Rufino dijo: «Yo postróme en tierra, y con muchas lágrimas llamó á la clemencia de Dios y de nuestra Señora, hasta que me siento perfectamente libre.» Fray Junípero dijo: «Cuando yo siento las tales tentaciones diabólicas y oigo su entrada en los sentidos de la carne, luego en esta hora cierro fuertemente las puertas del corazon, y pongo mucha gente de santas meditaciones y buenos deseos para guarda segura de él. Y cuando aquellas sugestiones de los enemigos llegan y combaten la puerta, respondo yo, como de dentro, no les abriendo en ninguna manera: á fuera, á fuera, que la posada está tomada y por eso no podeis entrar acá: y asi nunca doy entrada á aquella gente ruin, y ella vencida y confusa, váse.» Fray Gil, habiendo oido á todos, respondió: «A tí me atengo, Fray Junípero, porque con este vicio mas seguramente pelea el hombre huyendo.» De manera, que el mejor modo de resistir á esta tentacion, es no dejar entrar en el corazon los pensamientos malos, ni dar entrada alguna á esta tentacion, porque esto es mas fácil; pero si una vez entran los malos pensamientos, no será fácil, sino muy dificultoso el desecharlos. La puerta fácilmente se defiende; mas ella tomada, Dios nos libre. En la tercera parte, en el tratado de la castidad, trataremos mas largamente de esta tentacion y de los remedios que habemos de usar contra ella, los

(1) Omne peccatum quodcumque fecerit homo, extra corpus est. *I. ad Cor.* VI, 18.
(2) Fugite fornicationem. *I. ad Cor.* VI, 18.
(3) P. I, lib. 6, cap. 38 *de la Crónica de S. Franc.*

cuales nos podrán ayudar tambien mucho para las demas tentaciones.

CAPITULO XXII.

De algunos avisos importantes para el tiempo de la tentacion.

Hartos remedios habemos dicho para las tentaciones: pero por muchos que se digan, no se pueden decir todos. Porque asi como las enfermedades corporales y sus remedios son tantos y tan diversos que no se pueden escribir, ni enseñar todos, sino que se ha de dejar mucho al arbitrio y parecer del médico, que conforme al sugeto y circunstancias particulares aplique el remedio que le pareciere convenir, asi es tambien en las enfermedades espirituales. Por lo cual los Santos y maestros de la vida espiritual ponen por remedio general y muy principal para todas las tentaciones, el descubrirlas y manifestarlas al médico espiritual: pero porque de esto trataremos largamente en la tercera parte (1), aqui solamente avisaremos una cosa que advierte San Basilio acerca de esto. Dice el Santo (2), que asi como las enfermedades del cuerpo no se descubren á cualquiera, sino solamente á los médicos que las han de curar: asi tambien las tentaciones y enfermedades espirituales no se han de descubrir á todos, sino solamente á aquellos que Dios nos ha puesto por médicos para eso, que son los superiores ó confesores; conforme á aquello de S. Pablo: "Debemos nosotros mas fuertes sostener la debilidad de los flacos (3)." Y asi nuestra regla dice (4) que se acuda con estas cosas al prefecto de las cosas espirituales, ó al confesor, ó al superior. Este es un aviso de mas importancia de lo que algunos por ventura piensan. Porque suele acontecer algunas veces que no quiere uno descubrir sus tentaciones á quien debe, y descúbrelas á quien no debiera, y á quien por ventura hará daño descubriéndolas y le recibirá él tambien; porque podrá ser que el otro tenga la misma tentacion y flaqueza, y con eso quede mas confirmado en ella el uno y el otro. Pues por esto, y por otros inconvenientes que se podrian seguir, conviene mucho que solamente comunique uno sus tentaciones y enfermedades espirituales con los médicos espirituales que las han de curar y remediar, á quien puede estar seguro que no hará daño y que recibirá provecho. Y asi dice el Sábio: "No descubrais vuestro corazon á cualquiera (1)." Y en otro lugar: "Amigos muchos, todos han de ser nuestros amigos; pero consejero, uno entre mil (2)."

Otro aviso dan tambien (3), para el tiempo de las tentaciones, de mucha importancia: que procuremos en tales tiempos continuar nuestros ejercicios espirituales y perseverar en ellos con diligencia, y nos guardemos mucho de dejarlos ó disminuirlos; porque cuando no hiciese otra cosa el demonio con la tentacion, sino desbaratarnos, en eso habria hecho mucho y se daria por bien pagado. Antes entonces hay necesidad de mayor continuacion en estos ejercicios, y de añadir, antes que quitar. Porque si el demonio nos quita las armas espirituales con que nos defendemos y le ofendemos, claro está que nos llevará mas fácilmente á lo que él desea. Y asi conviene mucho ser fieles á Dios nuestro Señor en el tiempo de la tentacion, y en eso se conocen los verdaderos siervos (4). No

(1) P. III, trat. 7.
(2) Basil. *in Reg. brevior.* 229.
(3) Debemus autem nos firmiores, imbecillitates infirmorum sustinere. *Ad Rom.* XV, 1.
(4) 3, p. Const. c. 1. §. 12; Regul. 41 *Summarii.*

(1) Non omni homini cor tuum manifestes. *Eccl.* VIII, 22.
(2) Multi pacifici sint tibi, et consiliarius sit tibi unus de mille. *Eccl.* VI, 6.
(3) D. Vicentius Ferrer, *lib. de vita spirituali*, c. 12.
(4) Vos estis, qui permansistis mecum in tentationibus meis. *Luc.* XXII, 28.

es mucho perseverar uno en su buenos ejercicios, cuando hay bonanza y devocion: pero perseverar cuando hay tempestades, tentaciones, sequedades y desconsuelos, eso es mucho de loar; porque es gran señal de verdadero amor y de que sirve á Dios puramente por quien él es.

El tercero aviso es que se debe guardar uno mucho, en el tiempo de la tentacion, de hacer mudanza y tomar nuevas resoluciones; porque no es aquel tiempo á propósito para eso. En el agua turbia no se vé nada; dejadla asentar y aclarar, y entonces vereis las guigitas y arenitas que están allá en lo hondo. Con tentacion está uno muy inquieto y turbado, no puede ver bien lo que le conviene (1). Y asi, no es ese buen tiempo para deliberar y resolverse y determinarse en ninguna cosa de nuevo. Dejad pasar la tentacion, y cuando esteis sosegado y quieto, entonces vereis mejor lo que os conviene. Todos los maestros de la vida espiritual encomiendan mucho este aviso. Y nuestro Padre nos le pone en el libro de los Ejercicios, en las reglas que dá para discernir los diversos espíritus, y dá alli (2) una razon muy buena de esto; porque asi como en el tiempo de la consolacion es uno llevado y movido de Dios á lo bueno; asi en la tentacion es llevado é instigado del demonio, con cuya instigacion nunca se hace cosa buena.

Lo cuarto, es menester que en el tiempo de la tentacion seamos diligentes en aprovecharnos de los remedios arriba dichos, y que no nos estemos mano sobre mano: lo cual se entenderá bien con el ejemplo siguiente. Cuéntase en las *Vidas de los Padres*, que un monge andaba muy molestado del espíritu de la fornicacion, y deseando librarse de tal molestia, se fué á un aprobadísimo Padre del Yermo, y con mucho sentimiento le dijo; «Pon, Padre venerable, tu cuidado y solicitud en mí, y ruega á Dios que me favorezca, porque pesadamente me combate el espíritu de la fornicacion.» Y como esto oyó el santo viejo, de alli adelante suplicaba de dia y de noche á Dios le favoreciese. Pasados algunos dias volvió el monge al Padre, y le suplicó que orase por él con mas vehemencia, porque no se le mitigaba su pegajosa tentacion. El Padre de alli adelante suplicaba con mas instancia al Señor le diese esfuerzo al monge, y enviaba á su Magestad suspiros y gemidos con mucha eficacia. Otra y otra vez volvió el monge á él, y le dijo que no le aprovechaban sus oraciones; de lo cual el santo viejo quedó desconsolado, y se maravillaba cómo Dios no le oia. Estando, pues, fatigado con este pensamiento, el Señor le reveló aquella noche siguiente que la causa por que no le oia, era la negligencia y poco valor del monge para resistir. Y la revelacion fué de esta manera: que veia estar muy ocioso y sentado aquel monge, y el espíritu de la fornicacion andaba delante de él tomando diversas formas y rostros de mugeres, jugando y haciéndole visajes, y el monge lo miraba y se holgaba mucho con ello: veia tambien que el ángel del Señor estaba cabe él, muy indignado con el monge, porque no se levantaba de allí, y acudia al Señor, y se postraba en tierra, y hacia oracion, y dejaba de deleitarse en sus pensamientos. Por esto conoció el buen viejo que la causa por que Dios no le oia, era la negligencia del monge. Y asi, la primera vez que le volvió á visitar, le dijo: «por tu culpa, hermano, no me oye Dios, por cuanto te deleitas con los malos pensamientos. Imposible es que de tí se aparte el espíritu sucio de la fornicacion, aunque otros rueguen á Dios por tí, si tú mismo no tomas

(1) Comprehenderunt me iniquitates meae: et non potui, ut viderem. *Ps.* XXXIX, 13.

(2) S. P. N. Ignat. *lib. exerc. spirit. Regul.* 5 *ad discernendum varios animi motus.*

el trabajo de muchos ayunos, oraciones y vigilias, rogando á Dios con gemidos y lágrimas que te conceda su favor y misericordia, y te dé fortaleza, de manera que puedas resistir á los malos pensamientos: porque aunque los médicos apliquen á los enfermos todas las medicinas necesarias, y se las den con toda diligencia y cuidado, ninguna cosa les aprovechará si por otra parte los enfermos comen cosas dañosas. De la misma manera pasa en las enfermedades del alma, que aunque los PP. venerables, que son los médicos del alma, oren con toda su intencion y corazon á Dios por aquellos que piden les ayuden con sus oraciones, poco aprovecharán los tales médicos si los que son tentados no se ejercitan en obras espirituales, rezando, ayunando y haciendo otras cosas que son á Dios agradables.» Como esto oyó el monge, arrepintióse de todo su corazon, y de alli adelante siguió el consejo del buen viejo, y afligióse con ayunos, vigilias y oraciones, y asi mereció la misericordia del Señor, y se le quitó la tentacion. Pues de esta manera nos habemos de haber nosotros en las tentaciones, haciendo lo que es de nuestra parte y poniendo los medios que debemos, porque de esta manera nos quiere el Señor dar la victoria.

Y porque en esto del resistir á las tentaciones puede haber mas y menos, no nos habemos de contentar con resistir de cualquier manera, sino procurar la mejor. En las Crónicas de San Francisco se cuenta (1) que declaró el Señor á un grande siervo suyo, religioso de aquella Orden, llamado Fray Juan de Alverne, el diverso modo con que se habian los religiosos contra las tentaciones, especialmente contra los pensamientos de la carne: vió casi innumerable multitud de demonios que sin cesar arrojaban contra los siervos de Dios muchas saetas, algunas de las cuales con impetuosa ligereza volvian contra los demonios que las tiraban; y entonces ellos con gran clamor daban á huir como afrentados. Otras de aquellas saetas, arrojadas de los demonios, tocaban á los religiosos; mas luego caian en el suelo sin hacerles daño alguno. Otras entraban con el hierro hasta la carne, y otras pasaban el cuerpo de parte á parte. Pues conforme á esto, el mejor modo de resistir, y el que habemos de procurar, es el primero, hiriendo al demonio con las mismas tentaciones y saetas con que él nos procura herir, y haciéndole huir. Y esto haremos muy bien, cuando pensando el demonio dañarnos con sus tentaciones, nosotros sacamos mayor provecho de ellas: como si de la tentacion de soberbia y vanidad, que el demonio nos trae, sacamos mas humildad y confusion; y de la tentacion deshonesta, sacamos mayor aborrecimiento del vicio y mayor amor á la castidad, y andar con mayor recato y fervor, y acudir mas á Dios. Y asi dice el bienaventurado San Agustin, sobre aquellas palabras: "Este dragon que criaste para que se haga burla de él (1)"; que de esta manera los siervos de Dios hacen burla de este dragon, porque queda cogido y enlazado con el mismo lazo con que él nos queria enlazar, conforme á aquello del Real Profeta: "En el mismo lazo que armaron cayó su pié de ellos (2)." Viniendo por la lana, vuelve trasquilado (3).

(1) Part. 2, lib. 7, cap. 8 *de la Crónica de San Francisco.*

(1) Draco iste, quem formasti ad illudendum ei. *Ps.* CIII, 26.

(2) In laqueo isto, quem absconderunt, comprehensus est pes eorum. *Ps.* IX, 16.—Captio, quam abscondit, aprehendat eum. Et in laqueum cadat in ipsum. *Ps.* XXXIV, 8.

(3) Convertetur dolor ejus in caput ejus: et in verticem ipsius iniquitas ejus descendet. *Ps.* VII, 17.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

El Editor V
Noticia biográfica del V. P. Alonso Rodriguez VII

PARTE PRIMERA.

TRATADO PRIMERO.—*De la estima, deseo y aficion que habemos de tener á lo que toca á nuestro aprovechamiento espiritual, y de algunas cosas que nos ayudarán para ello.*

Capítulo I. Del aprecio y estima que habemos de tener de las cosas espirituales. 1
Cap. II. De la aficion y deseo que habemos de tener á la virtud y perfeccion 6
Cap. III. Que el tener gran deseo de nuestro aprovechamiento, es un medio muy principal y una disposicion muy grande para que el Señor nos haga mercedes 9
Cap. IV. Que mientras uno mas se dá á las cosas espirituales, mas hambre y deseo tiene de ellas. . . . 11
Cap. V. Que es gran señal de estar uno en gracia de Dios, el andar con deseo de crecer é ir adelante en su aprovechamiento 13
Cap. VI. En que se declara cómo el no ir adelante es volver atrás . . 15
Cap. VII. Que ayuda mucho para alcanzar la perfeccion, olvidarse uno del bien pasado y poner los ojos en lo que le falta 18
Cap. VIII. Que ayuda mucho para alcanzar la perfeccion poner los ojos en cosas altas y aventajadas. . . 22
Cap. IX. Cuánto importa hacer caso de cosas pequeñas, y no las menospreciar 26
Cap. X. De otra razon muy principal, por la cual nos importa mucho hacer caso de cosas pequeñas. . . 28
Cap. XI. Que no habemos de tomar el negocio de nuestro aprovechamiento en general, sino en particular: y cuánto importa el ir poniendo por obra los buenos propósitos y deseos que el Señor nos da . . 31
Cap. XII. Que nos ayudará mucho para alcanzar la perfeccion, no hacer faltas de propósito, ni aflojar en el fervor 33
Cap. XIII. De otros tres medios que nos ayudarán para ir adelante en la virtud 35
Cap. XIV. Que nos ayudará mucho habernos siempre como el primer dia que entramos en la Religion. 37
Cap. XV. Que ayudará mucho preguntarse cada uno á sí mismo á menudo: *¿á qué viniste á la Religion?* 40
Cap. XVI. De algunas otras cosas que nos ayudarán para ir adelante en nuestro aprovechamiento y alcanzar la perfeccion 45
Cap. XVII. De la perseverancia que habemos de tener en la virtud y lo que nos ayudará á tenerla. . . 47
Cap. XVIII. De otro medio para aprovechar en virtud, que son las exhortaciones y pláticas espirituales, y cómo nos aprovecharemos de ellas. 49

TRATADO SEGUNDO.—*De la perfeccion de las obras ordinarias.*

Capítulo I. Que nuestro aprovecha-

miento y perfeccion está en hacer las obras ordinarias, que hacemos, bien hechas. 53
Cap. II. Que nos ha de animar mucho á la perfeccion el habérnosla Dios puesto en una cosa muy fácil. . 56
Cap. III. En qué consiste la bondad y perfeccion de nuestras obras, y de algunos medios para hacerlas bien. 57
Cap. IV. De otro medio para hacer bien las obras, que es hacerlas como si no tuviésemos otra cosa que hacer. 60
Cap. V. De otro medio, que es hacer cada obra como si aquella hubiese de ser la postrera de nuestra vida.. 61
Cap. VI. De otro medio para hacer bien las obras, que es no hacer cuenta mas que de hoy. 64
Cap. VII. De otro medio, que es acostumbrarse uno á hacer bien las obras. 66
Cap. VIII. Cuánto le importa al religioso no aflojar en el camino de la virtud. 68
Cap. IX. Cuánto les importa á los novicios aprovecharse del tiempo del noviciado, y acostumbrarse en él á hacer los ejercicios de la Religion bien hechos. 70

TRATADO TERCERO.—*De la rectitud y puridad de intencion que habemos de tener en las obras.*

Capítulo I. Que debemos huir en nuestras obras el vicio de la vanagloria. 74
Cap. II. En qué consiste la malicia de este vicio de la vanagloria. . . . 75
Cap. III. Del daño que trae consigo la vanagloria.. 77
Cap. IV. Que la tentacion de vanagloria, no solamente es de los que comienzan, sino tambien de los que van adelante en la virtud. . . . 79
Cap. V. De la necesidad particular que tienen de guardarse de este vicio de la vanagloria los que tienen oficio de ayudar á los prójimos.. . 80
Cap. VI. De algunos remedios contra la vanagloria. 82
Cap. VII. Del fin é intencion buena que habemos de tener en las obras. 86
Cap. VIII. En que se declara cómo haremos las obras con gran rectitud y pureza de intencion. 87
Cap. IX. Que la causa de hallarnos algunas veces distraidos y desaprovechados, no son las ocupaciones esteriores, sino el no hacerlas como debemos. 88
Cap. X. Del bien y ganancia grande que hay en hacer las obras de la manera que habemos dicho.. . . 90
Cap. XI. Declárase mas la rectitud y puridad de intencion que habemos de tener en nuestras obras. . . . 93
Cap. XII. De algunas señales en que se conocerá cuándo hace uno las cosas puramente por Dios, y cuándo se busca en ellas á sí mismo. . . 96
Cap. XIII. Cómo habemos de ir creciendo y subiendo en la rectitud y puridad de intencion.. 98
Cap. XIV. De tres grados de perfeccion, por los cuales podemos ir subiendo á gran pureza de intencion y á grande y perfecto amor de Dios. 101

TRATADO CUARTO.—*De la union y caridad fraterna.*

Capítulo I. Del valor y escelencia de la caridad y union fraterna. . . 105
Cap. II. De la necesidad que tenemos de esta union y caridad, y de algunos medios para conservarnos en ella. 109
Cap. III. De algunas razones sacadas de la Sagrada Escritura que nos obligan á tener caridad y union con nuestros hermanos. 115
Cap. IV. De qué manera ha de ser la union que habemos de tener con nuestros hermanos. 117
Cap. V. Comiénzase á declarar en particular qué es lo que nos pide la union y caridad fraterna, y lo que nos ayudará á conservarla. . 119
Cap. VI. De otras dos cosas que nos pide la caridad y union. . . . 121
Cap. VII. De otra cosa que nos pide la caridad y nos ayudará á conservarla, que es tener y mostrar mucha estima de nuestros hermanos y hablar siempre bien de ellos.. . 123

Cap. VIII. Que nos debemos guardar mucho de decir á otro: *fulano dijo esto de vos*, siendo cosa que le puede amargar. 125
Cap. IX. Que las palabras buenas y blandas ayudan mucho á conservar la union y caridad, y las no tales le son contrarias. 127
Cap. X. Que nos debemos guardar mucho de palabras picantes que puedan lastimar ó disgustar á nuestro hermano. 128
Cap. XI. Que nos habemos de guardar de porfiar, contradecir, reprender, y de otras palabras semejantes. 129
Cap. XII Del buen modo y buenas palabras con que se ha de ejercitar el oficio de caridad. 132
Cap. XIII. Cómo nos debemos haber cuando hubo algun encuentro ó disgusto con nuestro hermano. . . 134
Cap. XIV. De tres avisos que habemos de guardar cuando otro nos dió alguna ocasion de disgusto. . . 136
Cap. XV. De los juicios temerarios; declárase en qué consiste su malícia y gravedad. 139
Cap. XVI. De las causas y raices de donde proceden los juicios temerarios, y de sus remedios. . . . 141
Cap. XVII. En que se confirma lo dicho con algunos egemplos. . . . 144
Cap. XVIII. De otras maneras de union y amistades no buenas. 148
Cap. XIX. De la segunda manera de amistades y juntas no buenas. . 149
Cap. XX. De la tercera manera de union y junta muy perjudicial á la Religion. 152

TRATADO QUINTO.—*De la oracion.*

Capítulo I. Del valor y escelencia de la oracion. 159
Cap. II. De la necesidad que tenemos de la oracion. 160
Cap. III. Que debemos mucho á Dios por habernos hecho tan fácil una cosa por una parte tan escelente y por otra tan necesaria. 163
Cap. IV. De dos maneras de oracion mental. 164
Cap. V. Cómo la Sagrada Escritura nos declara estas dos maneras de oracion. 166
Cap. VI. En que se declara y confirma mas esta doctrina. 169
Cap. VII. De la oracion mental ordinaria. 171
Cap. VIII. De la necesidad de la meditacion. 173
Cap. IX. De un bien y provecho grande que habemos de sacar de la meditacion y cómo se ha de tener para aprovecharnos de ella. . 175
Cap. X. De otros bienes y provechos que hay en la meditacion. . . . 176
Cap. XI. Del modo que se ha de tener en la oracion y el fruto que habemos de sacar de ella. 178
Cap. XII. De cuánta importancia sea el detenernos en los actos y afectos de la voluntad. 180
Cap. XIII. En que se satisface á la queja de los que dicen que no pueden ó no saben meditar ni discurrir con el entendimiento. 182
Cap. XIV. De dos avisos que nos ayudarán mucho para tener bien oracion y sacar fruto de ella. . . . 183
Cap. XV. Cómo se entiende que en la oracion habemos de tomar á pechos una cosa, aquella de que tenemos mas necesidad, é insistir en ella hasta alcanzarla. 186
Cap. XVI. Cómo nos podremos detener mucho en la oracion en una misma cosa; y pónese la práctica de un modo de oracion muy provechoso, que es ir descendiendo á casos particulares. 189
Cap. XVII. Que en la consideracion de los misterios habemos de ir tambien despacio y no pasar por ellos superficialmente, y de algunos medios que nos ayudarán para esto. . . 193
Cap. XVIII. Muéstrase prácticamente cómo está en nuestra mano tener siempre buena oracion y sacar fruto de ella. 196
Cap. XIX. De algunos medios y modos fáciles para tener buena y provechosa oracion. 199
Cap. XX. Que nos habemos de con-

tentar con la oracion que habemos dicho y no andar congojados ni quejosos por no llegar á otra mas alta. 203
Cap. XXI. De las causas de la distraccion en la oracion, y de sus remedios. 205
Cap. XXII. De algunos otros medios para estar con atencion y reverencia en la oracion. 207
Cap. XXIII. De un consuelo grande para los que son molestados de distracciones en la oracion. 211
Cap. XXIV. De la tentacion del sueño, de dónde proviene y de los remedios para ella. 212
Cap. XXV. Cuánto conviene tomar algunos tiempos estraordinarios para darnos mas á la oracion. . . 213
Cap. XXVI. Del fruto que habemos de sacar cuando nos recogemos á estos ejercicios. 217
Cap. XXVII. De algunos avisos que nos ayudarán para aprovecharnos mas de estos ejercicios. . . . 219
Cap. XXVIII. De la leccion espiritual, cuán importante sea, y de algunos medios que nos ayudarán á tenerla bien y provechosamente. . . . 221

TRATADO SESTO.—*De la presencia de Dios.*

Capítulo I. De la escelencia de este ejercicio y de los bienes grandes que hay en él. 227
Cap. II. En qué consiste este ejercicio de andar siempre en la presencia de Dios. 230
Cap. III. De los actos de la voluntad en que consiste principalmente este ejercicio, y cómo nos habemos de ejercitar en ellos. 232
Cap. IV. Declárase mas la práctica de este ejercicio, y pónese un modo de andar en la presencia de Dios muy fácil y provechoso y de mucha perfeccion. 234
Cap. V. De algunas diferencias y ventajas que hay de este ejercicio de andar en la presencia de Dios á otros. 236

TRATADO SÉTIMO.—*Del exámen de la conciencia.*

Capítulo I. Cuán importante sea el exámen de la conciencia. . . . 237
Cap. II. De qué cosas se ha de hacer el exámen particular. 239
Cap. III. De dos avisos importantes para acertar á elegir de qué cosa se ha de traer el exámen particular. 241
Cap. IV. Que el exámen particular se ha de traer de una cosa sola. . . 243
Cap. V. Cómo se ha de traer y dividir el exámen particular por las partes y grados de las virtudes. . 244
Cap. VI. Que no se ha de mudar fácilmente la materia del exámen particular, y qué tanto tiempo será bien traerle de una misma cosa. . 248
Cap. VII. Cómo se ha de hacer el exámen particular. 250
Cap. VIII. Que en el exámen habemos de insistir y detenernos principalmente en el dolor y propósito de la enmienda. 252
Cap. IX. Que ayuda mucho añadir al exámen algunas penitencias. . . 254
Cap. X. Del exámen general de la conciencia. 256
Cap. XI. Que el exámen de la conciencia es medio para poner por obra todos los demas medios y avisos espirituales, y que la causa de no aprovechar es no hacerle como debemos. 259

TRATADO OCTAVO.—*De la conformidad con la voluntad de Dios.*

Capítulo I. En que se ponen dos fundamentos principales. . . . 261
Cap. II. En que se declara mas el segundo fundamento.. 264
Cap. III. De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios. 267
Cap. IV. Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra. 269
Cap. V. Que en solo Dios se halla contento, y el que le pusiere en otra cosa no podrá tener verdadero contento. 272
Cap. VI. En que se declara por otra vía cómo el conformarnos con la voluntad de Dios es medio para te-

ner contento 275
Cap. VII. De otros bienes y provechos que hay en esta conformidad con la voluntad de Dios. . . . 278
Cap. VIII. En que se confirma con algunos ejemplos cuánto agrada á Dios este ejercicio de la conformidad con su voluntad, y la perfeccion grande que hay en él. 280
Cap. IX. De algunas cosas que nos harán fácil y suave este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios. 282
Cap. X. De la providencia paternal y particular que tiene Dios de nosotros, y de la confianza filial que habemos de tener nosotros en él. 284
Cap. XI. De algunos lugares y ejemplos de la Sagrada Escritura que nos ayudarán para alcanzar esta familiar y filial confianza en Dios. . 288
Cap. XII. De cuánto provecho y perfeccion sea aplicar la oracion á este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y cómo habemos de ir descendiendo á cosas particulares, hasta llegar al tercer grado de conformidad. 293
Cap. XIII. De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios que ha de tener el religioso para ir y estar en cualquiera parte del mundo donde la obediencia le enviare. 296
Cap. XIV. De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios que ha de tener el religioso para cualquier oficio y ocupacion en que la obediencia le quisiere poner. . 300
Cap. XV. De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de los talentos y dones naturales. . . . 303
Cap. XVI. De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades. 307
Cap. XVII. Que no habemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios; y que nos habemos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino tambien en todas las cosas que suelen suceder en ella. 310
Cap. XVIII. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . 312
Cap. XIX. De la conformidad que debemos tener con la voluntad de Dios, asi en la muerte como en la vida. 315
Cap. XX. De algunas razones y motivos por los cuales podemos desear la muerte lícita y santamente. . . 318
Cap. XXI. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 322
Cap. XXII. De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envia. . . . 325
Cap. XXIII. De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envia, asi particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecados. 328
Cap. XXIV. De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en la sequedad y desconsuelos de la oracion, y qué entendemos aqui por el nombre de sequedad y desconsuelos. 331
Cap. XXV. En que se satisface á la queja de los que sienten sequedades y desconsuelos en la oracion. . . 334
Cap. XXVI. Cómo convertiremos la sequedad y desconsuelos en muy buena y provechosa oracion. . . 336
Cap. XXVII. De otras razones que hay para consolarnos y conformarnos con la voluntad de Dios en las sequedades y desconsuelos de la oracion. 337
Cap. XXVIII. Que es grande engaño y grave tentacion dejar la oracion por hallarse en ella de la manera dicha. 339
Cap. XXIX. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . 341
Cap. XXX. De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de las demas virtudes y dones sobrenaturales. 343
Cap. XXXI. De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los bienes de gloria. . 345

Cap. XXXII. De la conformidad, union y amor perfecto con Dios, y cómo nos habemos de ejercitar en este ejercicio. 347
Cap. XXXIII. Cuán encomendado y repetido es este ejercicio en la Escritura Divina. 350
Cap. XXXIV. Cómo nos podremos estender en este ejercicio. . . . 351

PARTE SEGUNDA.

Del ejercicio de algunas virtudes que pertenecen á los que tratan de servir á Dios.

Al lector. 355

TRATADO PRIMERO.—*De la mortificacion.*

Capitulo I. Que es menester juntar la mortificacion con la oracion, y que estas dos cosas se han de ayudar la una á la otra 357
Cap. II. En qué consiste la mortificacion, y de la necesidad que de ella tenemos 362
Cap. III. Que es de los mayores castigos de Dios el entregar á uno á sus apetitos y deseos, dejándole que se vaya tras ellos. 365
Cap. IV. Del ódio santo de sí mismo, y del espíritu de mortificacion y penitencia que de él nace. . . . 367
Cap. V. Que nuestro aprovechamiento y perfeccion está en la mortificacion. 368
Cap. VI. Que á los religiosos, y especialmente á los que tratan con prójimos, les es mas particularmente necesaria la mortificacion . . . 371
Cap. VII. De dos maneras que hay de mortificacion y penitencia, y cómo ambas las abraza y usa la Compañía. 372
Cap. VIII. Que la mortificacion no es ódio sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo 379
Cap. IX. Que el que no trata de mortificarse, no solo no vive vida espiritual, pero ni racional. . . . 381
Cap. X. Que es mayor trabajo no tratar uno de mortificarse que el tratar de eso. 382
Cap. XI. Comiénzase á tratar del ejercicio de la mortificacion. . . . 385
Cap. XII. Cómo se ha de ir poniendo en práctica el ejercicio de mortificacion. 387
Cap. XIII. Cómo nos habemos de mortificar en las cosas lícitas y tambien en las cosas necesarias. . . . 389
Cap. XIV. Que principalmente nos habemos de mortificar en aquel vicio ó pasion que reina mas en nosotros y nos hace caer en mayores faltas. 393
Cap. XV. Que no habemos de dejar las mortificaciones en cosas pequeñas, y cuán provechosas y agradables sean á Dios estas mortificaciones. 394
Cap. XVI. Del mal y daño que se sigue de menospreciar las mortificaciones en cosas pequeñas. . . . 396
Cap. XVII. En que se ponen tres avisos importantes en esta materia. 398
Cap. XVIII. Que por bueno y aprovechado que uno sea, siempre tiene necesidad de ejercitarse en la mortificacion. 402
Cap. XIX. De dos medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificacion, que son: las gracias del Señor y su santo amor. . . 405
Cap. XX. De otro medio que nos facilitará y hará gustoso el ejercicio de la mortificacion, que es la esperanza del galardon. 407
Cap. XXI. En que se confirma con algunos ejemplos lo dicho en el capítulo pasado. 410
Cap. XXII. De otro medio que nos ayudará y hará fácil el ejercicio de la mortificacion, que es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor. . . 412
Cap. XXIII. De tres grados de mortificacion. 413

TRATADO SEGUNDO.—*De la modestia y silencio.*

Capítulo. I. Cuán necesaria es la modestia para edificar y aprovechar á nuestros próximos. 417
Cap. II. Cuán necesaria es la modestia para nuestro propio aprovechamiento. 420
Cap. III. Del engaño de algunos que

hacen poco caso de estas cosas esteriores, diciendo que no está en eso la perfeccion. 421
Cap. IV. Del silencio, y de los bienes y provechos grandes que hay en él. 424
Cap. V. Que el silencio es un medio muy importante para ser hombre de oracion. 426
Cap. VI. Que el silencio es medio muy principal para aprovechar y alcanzar la perfeccion. 428
Cap. VII. Que andar uno con modestia, silencio y recogimiento, no es vida triste, sino muy alegre. . . 430
Cap. VIII. De las circunstancias que habemos de guardar en el hablar. 431
Cap. IX. Del vicio de la murmuracion. 436
Cap. X. Que no habemos de dar oidos á murmuraciones. 439
Cap. XI. Que nos habemos de guardar de todo género de mentiras. . . 441
Cap. XII. Que nos habemos de guardar de palabras juglares y ridículas, y de decir gracias y donaires. . . 443
Cap. XIII. Que nuestras pláticas y conversaciones han de ser de Dios, y de algunos medios que ayudarán para esto. . . . . , 446
Cap. XIV. De otra razon muy principal, por la cual nos conviene mucho que nuestras pláticas y conversaciones con los prójimos sean de Dios. 449

TRATADO TERCERO.—*De la virtud de la humildad.*

Capítulo I. De la escelencia de la virtud de la humildad, y de la necesidad que de ella tenemos. . . . 451
Cap. II. Que la humildad es fundamento de todas las virtudes. . . 453
Cap. III. En que se declara mas en particular cómo la humildad es fundamento de todas las virtudes, discurriendo por las mas principales. 455
Cap. IV. De la necesidad particular que tienen de esta virtud los que profesan ayudar á la salvacion de los prójimos. 458
Cap. V. Del primer grado de humildad, que es tenerse uno en poco y sentir bajamente de sí mismo. . 465
Cap. VI. Del propio conocimiento, que es la raiz y el medio único y necesario para alcanzar la humildad. 466
Cap. VII. De un medio muy principal para conocerse el hombre á sí mismo y alcanzar la humildad, que es la consideracion de sus pecados. 468
Cap. VIII. Cómo nos habemos de ejercitar en el propio conocimiento para no desmayar ni desconfiar. . . 471
Cap. IX. De los bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento. 473
Cap. X. Que el propio conocimiento no causa desmayo, sino antes ánimo y fortaleza. 475
Cap. XI. De otros bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento. 477
Cap. XII. Cuánto conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento. 479
Cap. XIII. Del segundo grado de humildad: declárase en qué consiste este grado. 482
Cap. XIV. De algunos grados y escalones por donde habemos de subir á la perfeccion de este segundo grado de humildad. 485
Cap. XV. Del cuarto escalon, que es desear ser despreciados y tenidos en poco y holgarnos con ello. . 488
Cap. XVI. Que la perfeccion de la humildad y de las demas virtudes está en hacer sus actos con deleite y gusto, y cuánto importa esto para perseverar en la virtud. 490
Cap. XVII. Declárase mas la perfeccion á que habemos de procurar subir en este segundo grado de humildad. 492
Cap. XVIII. De algunos medios para alcanzar este segundo grado de humildad, y particularmente del ejemplo de Cristo nuestro Señor. . . 494
Cap. XIX. De algunas razones y consideraciones humanas de que nos habemos de ayudar para ser humildes. 497
Cap. XX. De otras razones humanas que nos ayudarán para ser humildes. 499
Cap. XXI. Que el camino cierto para

ser uno tenido y estimado de los hombres es darse á la virtud y humildad. 501
Cap. XXII. Que la humildad es medio para alcanzar la paz interior de el alma, y que sin ella nunca la tendremos. 504
Cap. XXIII. De otro género de medios mas eficaces para alcanzar la virtud de la humildad, que es el ejercicio de ella. 507
Cap. XXIV. Confírmase lo dicho con algunos ejemplos. 511
Cap. XXV. Del ejercicio de humildad que tenemos en la Religion. . . 514
Cap. XXVI. Que nos habemos de guardar de hablar palabras que puedan redundar en nuestro loor. . 516
Cap. XXVII. Cómo nos habemos de ejercitar en la oracion en este segundo grado de humildad. . . 518
Cap. XXVIII. Cómo habemos de traer el exámen particular de la virtud de la humildad. 521
Cap. XXIX. Cómo con la humildad se puede compadecer el querer ser tenidos y estimados de los hombres. 525
Cap. XXX. Del tercero grado de humildad. 530
Cap. XXXI. Declárase en qué consiste el tercer grado de humildad. . . 534
Cap. XXXII. Declárase mas lo sobredicho. 535
Cap. XXXIII. Declárase mas el tercero grado de humildad, y que de ahí nace que el verdadero humilde se tiene en menos que todos. . . . 537
Cap. XXXIV. Cómo los buenos y los Santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo. 540
Cap. XXXV. Que este tercero grado de humildad es medio para vencer todas las tentaciones y alcanzar la perfeccion de todas las virtudes. . 544
Cap. XXXVI. Que la humildad no es contraria á la magnanimidad, antes es fundamento y causa de ella. . 546
Cap. XXXVII. De otros bienes y provechos grandes que hay en este tercero grado de humildad. . . 550
Cap. XXXVIII. De los favores y mercedes grandes que hace Dios á los humildes, y qué es la causa por que los levanta tanto. 552
Cap. XXXIX. Cuánto nos importa acogernos á la humildad, para suplir con ella lo que nos falta de virtud y perfeccion, y para que no nos humille y castigue Dios. . . . 555
Cap. XL. En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. . . . 559

TRATADO CUARTO.—*De las tentaciones.*

Capítulo I. Que en esta vida no han de faltar tentaciones.. 561
Cap. II. Cómo unos son tentados al principio de su conversion y otros despues. 564
Cap. III. Por qué quiere el Señor que tengamos tentaciones, y de la utilidad y provecho que de ellas se sigue. 566
Cap. IV. De otros bienes y provechos que traen consigo las tentaciones. 568
Cap. V. Que las tentaciones aprovechan mucho para que nos conozcamos y humillemos y para que acudamos mas á Dios. 571
Cap. VI. Que en las tentaciones se prueban y purifican mas los justos y se arraiga mas la virtud. . . 572
Cap. VII. Que las tentaciones hacen al hombre diligente y fervoroso. . . 575
Cap. VIII. Que los Santos y siervos de Dios, no solamente no se entristecian con las tentaciones, antes se holgaban por el provecho que con ellas sentian. 577
Cap. IX. Que en las tentaciones es uno enseñado, no solamente para sí, sino para otros. 579
Cap. X. Comiénzase á tratar de los remedios contra las tentaciones, y primeramente del ánimo, esfuerzo y alegria que habemos de tener en ellas. 581
Cap. XI. Cuán poco es lo que el demonio puede contra nosotros. . . 582
Cap. XII. Que nos ha de dar grande ánimo y esfuerzo para pelear en las tentaciones conziderar que nos está

mirando Dios. 584
Cap. XIII. De dos razones muy buenas para pelear con grande ánimo y confianza en las tentaciones. . . 585
Cap. XIV. Que Dios no permite que nadie sea tentado mas de lo que puede llevar, y que no debemos desmayar cuando crece ó dura la tentacion. 586
Cap. XV. Que el desconfiar de sí y poner toda su confianza en Dios es gran medio para vencer las tentaciones, y por qué acude Dios á los que confian en él. 588
Cap. XVI. Del remedio de la oracion, y pónense algunas oraciones jaculatorias, acomodadas para el tiempo de las tentaciones. 590
Cap. XVII. De otros dos remedios contra las tentaciones. 591
Cap. XVIII. De otros dos remedios muy principales, que son: resistir á los principios y nunca estar ociosos. 592
Cap. XIX. De las tentaciones que vienen con aparencia de bien, y que es gran remedio contra todas las tentaciones el conocerlas y tenerlas por tales. 594
Cap. XX. Cómo nos habemos de haber en las tentaciones de pensamientos malos y feos, y de los remedios contra ellas. 596
Cap. XXI. Que en diferentes tentaciociones, diferentemente nos habemos de haber en el modo de resistir. . 600
Cap. XXII. De algunos avisos importantes para el tiempo de la tentacion. 602

mirando Dios. 584
CAP. XIII. De dos razones muy buenas para pelear con grande ánimo y confianza en las tentaciones. . . 585
CAP. XIV. Que Dios no permite que nadie sea tentado mas de lo que puede llevar, y que no debemos desmayar cuando crece ó dura la tentacion. 586
CAP. XV. Que el desconfiar de sí y poner toda su confianza en Dios es gran medio para vencer las tentaciones, y por qué acude Dios á los que confian en él. 588
CAP. XVI. Del remedio de la oracion, y pónense algunas oraciones jaculatorias, acomodadas para el tiempo de las tentaciones. 590
CAP. XVII. De otros dos remedios contra las tentaciones. 591
CAP. XVIII. De otros dos remedios muy principales, que son: resistir á los principios y nunca estar ociosos. 592
CAP. XIX. De las tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que es gran remedio contra todas las tentaciones el conocerlas y tenerlas por tales. 594
CAP. XX. Cómo nos habemos de haber en las tentaciones de pensamientos malos y feos, y de los remedios contra ellas. 596
CAP. XXI. Que en diferentes tentaciones, diferentemente nos habemos de haber en el modo de resistir. . 600
CAP. XXII. De algunos avisos importantes para el tiempo de la tentacion. 602

ERRATAS.

Pág.	*Col.*	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
XVI	»	4	sean sean	sean
1	2	5	(ñ)	(1)
6	1	en la nota (1)	esuriunt et,	esuriunt, et
16	1	id. (3)	ambulare vit	ambulavit
18	2	18	mas particular	mas en particular
19	1	37	que podais	que podeis
21	1	11	e le van	se le van
37	2	35	fuiste e	fuiste el
59	1	13	cno	con
65	2	44	el verdadero	al verdadero
66	1	en la nota (1)	non aiiquanto	non aliquanto
67	1	en la nota (2)	Docum te	Ducam te
id.	1	en la nota (3)	medicum	modicum
80	1	2 y 3	sobrepu-ando	sobre-pujando
86	2	22	y mi padre	y mi madre
88	1	1 en la nota	sive hibitis	sive bibitis
id.	1	12	(2)	(3)
92	1	18	primero libro	libro primero
93	2	en la nota (2)	curabimus	curavimus
99	2	en la nota (1)	veres ignoras	vere ignoras
111	2	2	mas ya	mas va
132	2	en la nota (1)	et in omn	et in omni
138	1	31	leve	lleve
159	2	en la nota (3)	in pretio, sunt	in precio sunt,
166	2	id. (2)	Ad te luce	Ad te de luce
167	2	1	sserae vido	sea servido
177	2	1	mueb es	muebles
190	2	20 y 21	de vicio	del vicio
194	2	25	(3)	(5)
196	1	26	CAPITULO VIII.	CAPITULO XVIII.
200	1	en la nota (2)	*Pratums pirituale*	*Pratum spirituale*
210	2	id. (1)	et nol	et noli
240	2	3	(3)	(1)
id.	2	38	(1)	(2)
id.	2	nota 1.ª	(3)	(1)
id.	2	id. 2.ª	(1)	(2)
259	2	31	CAPITULO IX.	CAPITULO XI.
283	2	15	misericordia los	misericordia que los
286	2	6	(4)	(1)
288	1	1 y 2	la primera línea debe ser la segunda y vice versa	
320	2	en la nota (3)	(2)	(3)
id.	id.	id.	misericoros	misericors
359	1	en la nota (3)	pau percula	paupercula
360	1	1	ierra	tierra
364	1	11	Apóstol	el Apóstol
383	1	en la nota (3)	doraverunt	adoraverunt.
421	1	23	mudos	mudo
428	»	la página	728	428
457	2	en la nota (1)	virginita	virginitas
472	2	en la nota (1)	et	te
478	1	3 y 4	espituales	espirituales
485	1	21	(2)	(1)
id.	id.	36	(1)	(2)
495	2	1	(7)	(1)
id.	id.	32	(1)	(2)
501	2	14	(2)	(1)
id.	id.	23	(3)	(2)

id.	id.	40	(4)		(3)
504	2	nota 2.ª	(1)		(2)
id.	id.	id. 3.ª	(2)		(3)
id.	id.	id. 4.ª	(3)		(4)
527	1	39	de Jesucristo		por Jesucristo
534	2	28	si no fuese		si fuese
570	2	en la nota (3)	virgo		virga
581	1	en la nota (1)	las susest		lassus est
id.	id.	28	(1)		(3)
582	2	en la nota (4)	siderat		desiderat